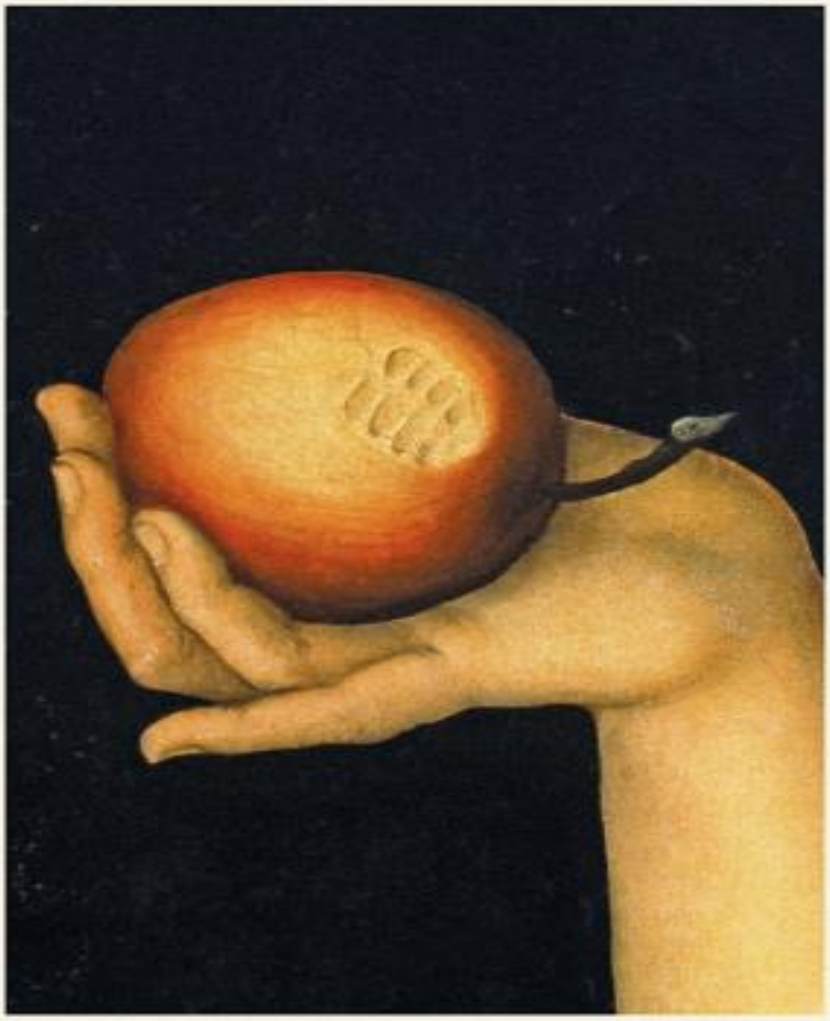
LA FÁBRICA DE CANALLAS

CHRIS KRAUS



narrativa
salamandra

Chris Kraus

LA FÁBRICA DE CANALLAS

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

NORWAY
CHRISTIANIA
Bergen
Stavanger
Christiansand
The Naze
SKAGER RAK
Skagen
GOTHENBURG (GOTEBORG)
Aalborg
KATTEGAT
Jutland
DENMARK
Aarhus
COPENHAGUE
Esbjerg
Odense
Schleswig
KIEL
Heligoland
Cuxhaven
Lübeck
Schwerin
HAMBURG
BREMEN
Emden
Groningen
HOLLAND
AMSTERDAM
THE HAGUE
ROTTERDAM
Haarlem
Helder
Utrecht
Arnhem
MÜNSTER
Dortmund
Essen
Düsseldorf
Crefeld
COLOGNE (KÖLN)
Aix la Chapelle (Aachen)
Coblenz
Wiesbaden
FRANKFURT
Mainz
Darmstadt
Mannheim
Carlsruhe
Stuttgart
Nürnberg
Cassel
Halle
LEIPZIG
Plauen
Potsdam
Magdeburg
BRUNSWICK
HANOVER
Liège
Luxemburg
Metz
BELGIUM
BRUSSELS
ANTWERP
Ghent
Ostend
Lille
Amiens
Rouen
Havre
Dieppe
PARIS
Versailles
Boulogne
Calais
Dover
Brighton
Portsmouth
LONDON
Harwich
Yarmouth
Northampton
Leicester
Lincoln
Grimsby
HULL
York
Darlington
Middlesbrough
Sunderland
NEWCASTLE
Berwick
Aberdeen
Peterhead
Montrose
Wick
Orkney Is
Shetland Is
Fair I.
NORTH SEA
Dogger Bank
East of Greenwich

HELSINKI
SAN PETERSBURGO
NARVA
REVAL/TALLIN
ESTOCOLMO
DORPAT
PLESKAU/PSKOV
RIGA
DUNABURG
LIBAU
KOVNO/KAUNAS
VILNA/VILNIUS
KONIGSBERG
DANZIG
VARSOVIA
BERLIN
POZNAN
BRESLAU
LODZ
DRESDE
BREST-LITOVSK
MAR DEL NORTE
Y MAR BÁLTICO,
1915
Railways
Roads
0 20 40 60 80 100 MILES

No hay secretos que el tiempo no revele.

JEAN RACINE

Nota preliminar del autor

Muchas de las circunstancias, acontecimientos históricos y catástrofes del siglo XX que tienen un papel importante en este libro son bien conocidos, pero no todos. Algunos despertarán asombro y se leerán negando con la cabeza, y parecerán tan estrechamente vinculados a los mecanismos de la novela que cabría tomarlos por pura invención.

Lo cierto es que sólo una pequeña parte de los hechos y *affaires* políticos relatados son imaginarios, y los personajes que nunca existieron son muy pocos (y no necesariamente los más insólitos).

Con todo, tanto las personas como las acciones descritas aquí tan sólo tienen entidad dentro del mundo ficticio de esta novela.

Fuera de su marco, puede ser que las cosas sucedieran así o de otra manera.

PRIMERA PARTE

La manzana roja

1

A veces me pone las manos sobre los hombros y, mirándome con tristeza, me dice con su vocabulario simple cuánto lamenta lo que ha pasado y lo que probablemente pasará.

Sólo que no tiene ni idea de lo que ha pasado.

Y menos todavía de lo que probablemente pasará.

Es un hippy auténtico de treinta y pocos años. Cuando lo veo a la derecha de mi cama, tiene largos rizos rubios pero, si pasa por delante arrastrando los pies para asomarse a la ventana y ver a los bebés de la planta de abajo y se pone a mi izquierda, siempre me sorprenden el redondel color nácar del tamaño de un platillo de café afeitado en medio de esa melena de Botticelli y el fulgurante tornillo de titanio que termina en algún lugar de la corteza craneal y sirve para que no se le abra la cabeza.

Así que el hippy tiene sus propios problemas.

Está en la cama de al lado desde hace semanas, más oriental que occidental: tumbado con toda la paciencia del mundo como una alfombra vieja con rastros de influencia india.

«Ser uno con el universo», dice.

«Ser uno contigo mismo.»

Ése es su mantra.

Si algo lo arranca de ese estado de unión consigo mismo son los bebés que duermen en la planta de abajo.

Y los ataques, claro.

A veces, al mínimo indicio de un brote se lo llevan en una camilla, y cuando lo devuelven permanece inconsciente durante horas. Le meten una vía por el tornillo —que es una especie de válvula para liberar la presión intracraneal— y uno de esos aparatos que emiten pitidos se enciende y le drena el líquido, que fluye por la vía hasta un recipiente de plástico, para que su cerebro no sufra daños.

El recipiente de plástico es de Gerda, la enfermera nocturna. Tiene asa y está decorado con cabecillas de Mickey Mouse negras sobre fondo rojo. Cuando se llena hasta el tercer Mickey, Gerda, la enfermera nocturna, entra sigilosamente en el cuarto y, cuidando que no se le derrame ni una gota, vierte el líquido en un termo grande. Ella también se ocupa del drenaje de las otras

tres o cuatro fracturas de cráneo de la planta. Revisa sus recipientes de plástico y se pone contenta.

Aunque tuerce el gesto.

Más tarde, saca el termo del hospital a escondidas y, con esa secreción, abona las plantas de su casa. Debe de ser un fertilizante brutal: en el corcho del cuarto de enfermeras, Gerda tiene clavadas fotos de su invernadero, y muestran una selva de plantas ornamentales o utilitarias, con lianas y nomeolvides entre medias, como para quitarse el sombrero. Todo es verde y exuberante: puro esplendor barroco, igual que la propia enfermera Gerda, quien tiende a expandirse, a desbordarse desde el punto de vista físico y también del temperamento.

A la luz de esto último, tampoco es de extrañar que la enfermera Gerda una vez le trajera de regalo al hippy un tomate del tamaño de una pelota de tenis cultivado con su propio líquido cefalorraquídeo. El hippy se lo comió con orgullo y deleite, y hasta quiso compartir un trozo conmigo, cosa muy propia de él.

Seguro que el hippy es una bellísima persona, justo como uno se imagina a los hippys. Trata a casi todo el mundo de tú, incluyéndome a mí, y le importa poco si le responden de usted. Prescinde de cualquier trato formal propiamente dicho: nada de «señor» o «señora», a lo sumo te llama «compañero».[1] Al médico jefe lo llama «compañero jefe». Las formas no van con él. Incluso con los nombres en sí tiene una relación completamente distinta a la que podemos tener tú y yo: cree que sería mejor nombrarnos en función de los rasgos de carácter más notables, como en Papúa Nueva Guinea, donde a lo largo de la vida vas adoptando nombres distintos, tres o cuatro, incluso más, que pueden ser contradictorios entre sí. Eso dice el hippy. Vivió allí bastante tiempo, y también en Australia, como buscador de diamantes. Luego se dedicó a otras cosas: trabajó en una guardería y en el aeropuerto de Múnich-Riem, donde el año pasado saqueó el equipaje de los Rolling Stones. Todavía guarda un par de gemelos suyos.

Naturalmente, yo no sabía quiénes eran los Rolling Stones.

Ahora sí porque me ha cantado una de sus canciones favoritas. En tiempos, cuando buscaban voces para la catedral de San Pedro después de que los bolcheviques fusilaran a medio coro —sobre todo a los bajos, claro—, lo habrían admitido al instante.

Él no se puede ni imaginar que comparte la habitación con una persona que nació en el imperio de los zares. A mí mismo se me hace extrañísimo.

Cuando, hace algún tiempo, me trasladaron a esta habitación desde la Unidad de Cuidados Intensivos, el hippy me pidió que le pusiera un nombre a partir de mi primera impresión de él y

me vino a la memoria una temporada en la que visité varias veces el Museo del Prado para copiar el retrato que Francisco de Goya hizo de la malograda familia real, en la que también eran rubios y raquíticos. Se lo dije.

Y pensó que con «borbones» me refería a distintos tipos de whisky.

Se llama Sebastian Mörle, pero cuando no acerté a ver nada característico en su persona me pidió que lo llamara Basti.

«Yo soy Konstantin Solm», me presenté, y al día siguiente añadí (en un tono de lo más indiferente: un anillo de humo de mi pipa de la paz) que muchos me llaman Koja.

El hippy contestó que para él no tenía nada de Koja, y que Konstantin Solm tampoco iba conmigo.

Clavos oxidados, frío, distancia: eso era yo.

Aunque también una persona maravillosa.

Hay que reconocer que te hace reír con esas frases. Diez veces al día me susurra con su voz curtida en los Alpes del Chiemgau qué persona tan maravillosa soy, y eso que le parezco remilgado y mi forma de hablar le inspira cierto rechazo. Creo que le parece demasiado báltica, demasiado poco común, más apropiada para una habitación individual, donde, por otro lado, lo natural sería que yo no abriera la boca. Quizá por eso me pusieron en una habitación compartida, para que se me suelte un poco la lengua. Podría ser.

Con todo, yo no digo mucho: casi siempre es él quien se explaya. Mi edad no lo echa para atrás a la hora de hablarme, aunque, por desgracia, suele contarme cosas bastante rudimentarias. Soy el confidente de sus escasas preocupaciones. Siempre afectuoso, se refiere a la habitación del hospital como «nuestra choza», y agradece profusamente al universo cualquier sopa de leche fría que le traigan después de alguno de sus ataques. No le da ningún reparo que yo haya ido la guerra, nunca pregunta qué hice allí. En todas las criaturas ve una premonición del advenimiento de la paz mundial, incluso en mí. Desde que sabe que una vez estuve bebiendo champán con David Ben-Gurión (incluso de su copa), comparte mi punto de vista con respecto a la cuestión de Israel en general y de Golda Meir en particular, o al menos respecto a su nombre de pila, «que es realmente especial, mágico». En eso estamos de acuerdo.

No obstante, lamenta mi postura con respecto a la marihuana (un nombre más bonito todavía, como para una primera ministra directamente narcótica).

Sin drogas, el hippy se siente incompleto.

De ahí que le explicara a la enfermera Gerda, con mucho arte y discreción, cómo conseguir plantitas de cannabis. Y se entendieron a la perfección.

Ella a veces le trae fotos de los esquejes recién plantados —fotos que, obviamente, no puede

clavar en el corcho del cuarto de enfermeras— y a veces no sólo le trae fotos, sino plantas como tales —que crecen a toda velocidad—. Entonces, el hippy me ofrece una de esas matas de hoja palmeada, ricas en resina, cultivadas en macetas en el suburbio muniqués de Schwabing y abonadas con su propio líquido cefalorraquídeo que yo obviamente rechazo, y por una buena razón.

—¿Conoces el hachís?

—Sí, conozco el hachís.

—¿En serio conoces el hachís, compañero?

Yo nunca respondo a preguntas repetidas, así que, al cabo de un rato, el hippy comenta:

—Mira que conocer el hachís alguien como tú...

—¿Por qué no?

—Porque es como si yo conociera al emperador Guillermo de Prusia.

Hace unos días, el hippy y la enfermera Gerda estuvieron mascando hojas casi con solemnidad. Eran las dos de la madrugada y ella mecía su cuerpo pesado hacia delante y hacia atrás en la cama, apoyada en los hombros del borbónico hippy. Los chirridos no me dejaban conciliar el sueño.

Aun así, tengo que reconocer que podría haber sido peor, mucho peor. ¿Qué tal si me tocaba compartir cuarto con alguno de esos perturbados que prenden fuego a los grandes almacenes de Fráncfort,[2] protestan contra Vietnam y básicamente están en contra de todo? Mi greñudo compañero de habitación no está en contra de nada porque su objetivo es ser uno con el universo, y ambas cosas son incompatibles. Él cree en el bien, no en «lo mejor», como los ideólogos; cree en el bien, como Mahatma Gandhi.

Su interés por lo que pueda haber de bueno en mí es inequívoco y se nota en muchos detalles. Por ejemplo, cuando recibo alguna visita (a él no lo visita casi nadie) escucha la conversación con los ojos muy abiertos e incluso se arrima, igual que un animalito doméstico, como si, por la mera casualidad de estar en la cama vecina, formara parte de mi historia. Creo que es una buena tradición hippy abrazar como propios los destinos a cuyas orillas son arrastrados.

Aunque casi no puede creerse las cosas que escucha.

En cuanto se marcha el visitante, me pide que se lo explique todo con los ojos llenos de una emoción espontánea, de un sentimiento grande y profundo: cree que su interés compensa de algún modo el proyectil que llevo en la cabeza, bajo la tapa del cráneo, incrustado en la corteza cerebral —ese retículo protoplasmático hecho de miles de millones de neuronas—. Es una bala de mediano calibre —de 7,65 milímetros— que a veces me parece atisbar cuando cierro los ojos.

Como el casco de un barco, se mece en el océano de mis pensamientos y recuerdos; no se hunde, no duele, no se puede extraer.

«Es inoperable», dice el joven médico adjunto; griego, por cierto, y con «ojos de pez», como dicen en la zona de los Alpes. «Alégrese de que estemos en 1974, señor Solm: hace tres años no habríamos podido controlar la meningitis.»

El doctor Papadopoulos es amable conmigo porque cree que estoy triste.

Y es verdad que me he convertido en una persona triste, Ev. Creo que estoy siempre triste, aunque no se note, pues esta gran tristeza no tiene nada que ver con mi estado normal, de modo que no lo enturbia: es como un fondo o, al contrario, como una superficie que lo cubre todo, de manera que siempre se me ve tranquilo y animado. Entiendo que no puedas escribirme, lo entiendo, pero yo sí que tengo que escribirte, aunque sospecho que nunca volveré a saber nada de ti y también que, mientras escribo estas palabras, tu silencio no se me nota en la cara.

Estoy bien, en cualquier caso.

Puedo hablar, aunque sea despacio. Si acaso, da la sensación de que me pienso mucho las cosas. Puedo sentarme erguido y comer más dulces que antes. Lo que más me gusta son los terroncitos de azúcar: cuando los machaco entre los dientes, crujen como una tormenta sobre el casco del barco inoperable que es mi cerebro. No te haces una idea del desbarajuste que causó el disparo en los receptores del gusto. En cuanto a la vista, aunque perdí cuatro dioptrías en el ojo izquierdo, tengo bien el derecho: leo sin problemas, aunque las gafas se me han vuelto indispensables. No es tan raro: tengo casi sesenta años. La pena es que necesito una muleta para andar y tardo tres minutos en llegar al baño. A veces hablo de ti, Ev, y cuando lo hago el hippy se olvida de los bebés que chillan en la planta de abajo, pero sólo por un momento, porque tampoco digo más de lo necesario.

En cuanto su estado lo permite, se envuelve en su albornoz andrajoso, se pone unas pantuflas viejas y baja arrastrando los pies a la unidad de neonatos para recargar el corazón con la vida sin nombre que brota día tras día. A veces insiste en que lo acompañe, pero a mí no me haría ningún bien. A él, en cambio, le encanta contemplar los terrarios iluminados donde yacen aquellas larvas humanas aureoladas de confianza, amor y esperanza resplandecientes. Por lo general se limita a quedarse sentado en el pasillo, ver jadear a las parturientas y explicarles a los padres interesados el funcionamiento de la válvula que tiene en el cerebro, pero de cuando en cuando roba unas cuantas tarjetas de esas que anuncian el feliz nacimiento de un bebé, las sube a nuestra choza y

luego me muestra las caras de las mamás de las fotos, que le recuerdan sus orgías en el sur de Francia.

O se pone a cuestionar los nombres de los niños.

—¿Max? ¡Pero ¿cómo se atreven a ponerle Max a un chiquillo así?! ¿Cómo va a desarrollar su individualidad? ¿No ven que tiene un carácter fuerte? Míralo en esa postura como acechante. Debería llamarse Ojo-avizor, ¿a que sí?

Te puedes imaginar lo difícil que me resulta, en momentos así, mostrarme tranquilo y animado, y en qué medida la gran tristeza de la que te he hablado sí enturbia mi estado normal, al fin y al cabo. Lo cerca que sigo sintiendo a Anna, lo que sufro su ausencia y cómo me siento atrapado en el puño diminuto del dolor.

El hippy no tiene hijos. Eso le duele. Y yo no digo ni mu sobre lo que significa tener hijos. En su opinión, los hijos no se pueden *tener*, como tampoco se pueden tener cosas —unos gemelos de camisa, por ejemplo—. Son las cosas las que eligen a su dueño, y no al revés.

Ojalá le hubiésemos puesto Ojo-avizor a Anna.

• • •

El hippy respeta mi tristeza. Puede hacerse una idea de la situación por quienes me visitan, sobre todo por los detectives de la policía, aunque también de la empresa han venido unos cuantos. Con la de tiempo que ha pasado y aún preguntan toda clase de tonterías, y yo que pensaba que la gente se olvida pronto de las cosas.

Pero no es así.

No te has dejado ver por aquí ni una sola vez, Ev. Lo entiendo. Pero ni una llamada, ni una carta... ¿Quién conoce tu aliento tan bien como yo? ¿Quién recostará la cara sobre tu vientre o tu clavícula, quién se pondrá a contarte las costillas como solía hacer yo, te acuerdas? ¿Te acuerdas, Ev? He aquí la razón por la que te escribo, la condenada razón por la que me he puesto a escribirte esta larga carta.

Aquí va.

El caso es que un día, cuando mi memoria entumecida por el disparo vadeaba recuerdos, de pronto apareció Hubsi en la habitación.

Ya sé que no me crees.

Yo también pensé que era un recuerdo que de pronto se había materializado. Eso pasa algunas veces. Pero era él de verdad. Tapaba toda la puerta con su gabardina enorme y empapada. Le

caían gotas del sombrero, y fue el charquito que se formó a sus pies lo que me hizo tomar conciencia de que fuera estaba lloviendo.

Como Hub no era más que una silueta húmeda en el paspartú de la puerta abierta y no decía palabra, el hippy se incorporó en su cama y preguntó con deliberada amabilidad:

—¿A quién buscas, compañero?

A Hubsi no se lo puede llamar «compañero», es imposible. Ni siquiera se lo puede llamar Hubsi.

Así que Hubsi se metió las manos en los bolsillos —o mejor dicho la mano: ya no tiene más que una, siempre se me olvida— sin mover su corpachón ni un centímetro hacia nosotros: aún domina el lenguaje corporal, un lenguaje que el mundo entero comprende. Claro que tampoco sabe expresarse de otra forma.

—Seguro que no es tu culpa que te hayan puesto en la habitación con un tipo así —farfulló, y fue la voz lo que realmente le confirió a su presencia la profundidad y el peligro correspondientes—, pero haz el favor de advertir a este mono melenudo de que le quedarán cuatro pelos en la cabeza si vuelve a tratarme de tú.

Me volví hacia mi desconcertado compañero de habitación y le expliqué algunas cosas que hacía falta saber sobre Hub, sobre la intimidad que implica el tuteo y sobre la relación entre ambas cosas.

—¿Es su hermano?

A causa del susto se salió de su papel y me trató de usted.

—Se llama Hubert Solm —dije asintiendo con la cabeza—, y bajo ningún concepto debe llamarlo Hubsi.

—No, no, ¡le diré «señor»!

Luego nos quedamos solos el señor Hub y yo, y nos arrastramos como dos insectos mutilados hasta una ventana del pasillo, situada a la altura de nuestras cabezas. Al otro lado, un velo de plateados hilillos de aguanieve que lo desdibuja todo como en esos túneles de lavado de coches modernos. No soy consciente de que le falta el brazo izquierdo, ¿cómo iba a notarlo si en ese lado lleva un sombrero y un maletín? Por culpa de mi muleta tardamos una eternidad en llegar hasta la ventana. Delante hay una mesita de formica con un jarrón de siemprevivas y un cuenco con manzanas de hospital.

Nos sentamos.

Uno con un brazo amputado y otro con una bala en la cabeza, entre los dos sumamos casi ciento treinta años, tenemos cuatro piernas, tres brazos y una mujer. (Un hospital no sólo hace tomar conciencia de la fugacidad de la existencia, sino también de la rapidez con que ésta

transcurre; en una sala de baile, por ejemplo, no te darías cuenta en absoluto de lo deprisa que vas a menos.)

A Hub lo trataron bien, pero ahora ha venido porque tiene que cumplir su condena. Sigue sin hablar, y yo tampoco sé qué decir. Él había jurado que no volveríamos a vernos, pero aquí está, viéndome, y es evidente que lo que ve no le gusta.

—Siento lo que pasó —murmura.

—Dime sin más a qué has venido.

—Lo siento —repite.

—¿Y por qué no pareces arrepentido?

—Te conviene hacerte el inocente.

—¿Estoy haciéndome el inocente?

—No tergiverses mis palabras.

No ha cambiado lo más mínimo. Es grosero y prepotente, un auténtico fósil de sí mismo, petrificado de la cabeza a los pies.

—De acuerdo —añade—, no estás tergiversando mis palabras, pero sabes que lo harás: las acabarás tergiversando.

—Lo que tú digas —replico yo.

—Ya lo has ganado todo.

—¿Ganado? Mírame. Tus amigos me dispararon a la cabeza.

—No son mis amigos, sino los tuyos. Y ahora van a meterme en la cárcel.

Fuera, la lluvia tamborilea, ruge, gorgotea; en mi interior veo salas en silencio llenas de obras de arte: aquel museo de Siracusa, ¿lo recuerdas? La magnífica cima del Etna, de color violeta, presidiéndolo todo desde lo alto.

—¿Cómo está Ev? —dice al cabo de un rato como si pudiera leer el pensamiento.

—No ha aparecido por aquí.

—Ya aparecerá. También ella lo ha ganado todo.

—¿Has venido para hablar de ganancias?

—Siempre te he protegido, Koja. Estabas a mi cuidado.

—En tus manos.

—A mi cuidado. Porque de eso se trata en una familia.

Sonríe a su modo frío y desesperado.

—Sólo que ahora todo se ha ensuciado. Yo me he ensuciado, y tú, y nuestro honor, todo.

—«Nuestro honor.» Me dan ganas de reír. ¿A qué te refieres exactamente?

—A la lealtad.

—Anda, cállate.

—Nuestro honor depende de la lealtad, ¿o no?

—Seguro que no has venido a hablar conmigo de las SS.

—¿Te acuerdas de aquella vez que estuvimos en el despacho de Heydrich, al principio? ¡Lo bien que se le daba calar a las personas! Tenía olfato para la mente y el carácter de las personas.

—¿El carácter, Hubsi?

—Sí. No es lo que más falta hace en nuestra profesión, claro. Más adelante me dijo que a ti te había elegido por tu inteligencia, no por tu carácter.

—En tu caso fue al revés, es evidente.

Su cara no trasluce sus sentimientos. No parece que nada lo ofenda; ni siquiera sus labios muestran la menor reacción: a pesar de la lluvia, están secos como dos reptiles marinos arrastrados a la tierra firme. Él, por su parte, está viejo y canoso, mucho más viejo y canoso de lo que se espera a los sesenta y nueve años. Sin embargo, cuando se pone de pie veo que aún es capaz de moverse como en un ring de boxeo. Se agacha a rebuscar en su pequeño maletín empapado, lo abre con destreza —para ser manco—, saca un sobre DIN-A4 color herrumbre, lo pone con cuidado en la mesa delante de mí y vuelve a sentarse.

Resopla sin dejar de mirar el sobre.

—Ev tiene que saberlo —lo oigo decir.

Qué tiene que saber Ev, señor Insoportable; deja de hacerte el interesante, ni que tuvieras doce años y, en el regazo, una rana que vas a mostrarme cómo inflar.

Me pongo a escuchar la lluvia interminable y percibo también aquel silencio de Siracusa, que debe de datar de hace veinte años. ¡Ay, qué bonito era aquello...!

Por fin dice:

—No le mostré nada a la corte. No es asunto suyo. Pero Ev tiene que saberlo.

No tengo que mirar dentro del sobre para saber lo que contiene. Sin pensarlo, tomo una manzana roja del cuenco del hospital; una Edelborsdorfer me parece, o quizá sea reineta.

—No te atrevas —musita Hubsi casi con delicadeza.

Durante los segundos en que froto la piel roja y brillante de la manzana no puedo evitar pensar en ti, Ev. No te veo como en Siracusa, sino como te veía de pequeño: una niña infinitamente flaca de tiempos oscuros y primitivos, con grandes colmillos de tigre, dientes de sable que se hincan en cuanto les pasa por delante; desde luego, como Blancanieves, también en la manzana, el Santo Grial familiar. Una vez me los hincaste en el brazo porque te había atrapado, pues tú hacías de ladrón y yo de policía, y cuando dije —a punto de desmayarme de dolor con tus dientes clavados en la carne como los de una morena— que no valía morder tan fuerte, me

soltaste y respondiste riendo: «Es que soy un bandido, y los bandidos pueden hacer lo que quieran, y además tu piel tiene un sabor muy raro; igual deberías lavarte.»

—Deja eso donde estaba —gruñe mi hermano.

Yo no dejo la manzana donde estaba, sino que la muerdo como lo haría un tigre dientes de sable, y en ese mismo instante siento como si mi historia personal entera, hecha de acontecimientos y de instantes, me cayera encima transformada en la tromba de lluvia del exterior, es decir: como la lluvia de una vida real. Furibundo, mi hermano me arrebata la fruta de la mano y la lanza lejos, en dirección a la máquina de bebidas —Dios, qué espectáculo—, y lo oigo llamarme de todo por haber comido de lo que no debía y, tras perder la noción del tiempo con los ojos clavados en sus ojos —dos rendijas negras y llenas de odio—, veo aparecer al hippy: viene a devolverme la manzana mordida.

—¿Qué te está haciendo el señor?

Yo me limito a negar con la cabeza enérgicamente, aunque es obvio que no puedo moverla enérgicamente. No veo nada a través de la cortina de mis lágrimas y, por segunda vez, muerdo la jugosa carne de la manzana.

—¡Ni se te ocurra dar un mordisco más! —me amenaza Hub.

—¿Y por qué razón no va a comerse una manzana su hermano? —pregunta el hippy extrañado, y Hub contesta que no es asunto suyo.

El hippy replica:

—Necesita vitaminas.

—¡Largo, de vuelta a la habitación!

—Éste es un lugar para personas maravillosas, así que es usted, más bien, quien debería marcharse.

Para no estar nunca en contra de nada, el hippy parece estar muy seriamente en contra de Hub.

—¿Me está diciendo que no soy una persona maravillosa? —pregunta él con sarcasmo.

—Quiero decir que debería usted marcharse ahora mismo o sucederá algo terrible.

—¿Ah, sí...? ¿Y qué es eso tan terrible que va a suceder?

—Llamaré a la enfermera Gerda.

En el silencio que hay a continuación sólo se oyen mis mandíbulas triturando la condenada manzana. Estoy a punto de acabármela, y a cada mordisco la rabia de mi hermano crece más y más.

—Escúcheme, maricón —le dice Hub al hippy—. Debería reflexionar sobre la palabra «maravilloso» y su relación con tipos como éste.

—Su hermano tiene buen karma...

—¿Karma? ¿Y eso qué es?

—... y a lo mejor es usted quien debería reflexionar sobre la palabra «maricón».

—Si con «karma» se refiere al alma, al alma inmortal imbuida del Espíritu Santo, este hombre carece de una: no tiene corazón, ¡es un monstruo!

—Tendrías que relajarte, compañero.

—Por favor, Basti, manténgase al margen —murmuro preocupado y con la boca llena, mientras los dedos de mi hermano, incluso los que le amputó la explosión, empiezan a tamborilear.

Al hippy le basta con eso y se pone a hacer el ejercicio de respiración correspondiente para cortar cualquier contacto con Hub. Lo aprendió en un ashram donde también le enseñaron a hornear pan con piedras. Cierra los ojos, endereza la espalda y abre los brazos.

Hub se dirige a mí como un perro rabioso:

—Enséñale al descerebrado este el sobre marrón. Enséñaselo, y que vea lo «maravilloso» que eres.

—Basti, por favor vuelve a la habitación. Yo voy enseguida, ¿de acuerdo?

—¡Eso! ¡Tú distrae la atención! Ahora distraes la atención porque no quieres decir que nos traicionaste a todos.

El hippy baja los brazos.

—Pero, vamos a ver, ¿a quién se supone que ha traicionado el compañero?

—Eso, Koja, di: ¿a quién traicionaste?

—Al mundo entero.

—¿Al mundo entero?

—Es otra forma de decir «a todos».

—¡Lo sabía!

—¿Qué?

—Que acabarías tergiversando mis palabras, ¡y en mi propia cara!

—No: estoy repitiendo tus palabras de mierda, repitiendo lo que quieres oír. El mundo entero sufre por mi culpa. ¿Satisfecho?

—Ya, la ironía es el único recurso que te queda, pero nosotros luchamos por la libertad y contra el mal absoluto, luchamos para que un botarate como éste pueda seguir a su Buda y envenenar a nuestros hijos con sus drogas.

—Está siendo usted muy ofensivo, señor —protesta el hippy.

—Solamente digo la verdad. Nunca he hecho otra cosa, y por eso me mandan a la cárcel. Y tú, Koja —se dirige a mí—, has mentido, traicionado y vendido, y ahora la gente te ve como el inocente. Ojalá te pudras. Incluso a Großpaping lo traicionaste.

—No es verdad.

—¡Traicionaste los ideales del año cinco!

—¡No es verdad!

—Del *annus mirabilis*.

—¡No!

—Te atreverás a comerte una manzana delante de mí, ¡canalla!

—¡Basta!

—Incluso a tu fulana la traicionaste.

Está tan cerca de mi cara que le acierto con la muleta en la barbilla de un modo inesperadamente rápido para un tullido. Se produce un crujido, un crujido leve, en realidad, como si alguien estrujara flores secas. No debería haber hablado de ti, Ev, no de esa manera. Se tambalea hacia atrás, tropieza con la silla, alarga el brazo hacia algún sitio pero no hacia el correcto, cae como un tronco, se golpea contra el suelo y se queda encogido junto a la cristalera, hecho un ovillo con la cortina de lluvia de fondo.

—¡Enfermera...! —grita el hippy, pero antes de que pueda añadir «¡...Gerda!», Hub vuelve a ponerse en pie, sacude un poco el brazo como un elefante sacudiría la trompa y se lanza sobre mí. Sólo veo cómo el hippy se interpone haciendo gestos para que Hub abandone la violencia y luego veo su cabeza —esa bella cabeza con la palidez del autorretrato que Durero pintó en 1498 — moverse violentamente hacia atrás, y pienso que es imposible que la válvula de titanio aguante ese golpe, y de pronto hay gente alrededor, gente que igual ya estaba ahí desde antes, pero que sólo esperaba una señal para acercarse, ¿y qué mejor señal, en un lugar como éste, que un paciente con una lesión cerebral pidiendo socorro a gritos?

2

Aunque no me cuesta reconocerla en las fotos —sólo tengo que superponer mi propio perfil y el suyo, pues los dos tenemos la misma nariz romana ligeramente ladeada hacia la derecha—, soy incapaz de imaginarme a mi madre joven.

Pero era muy joven todavía, y la fuente de todo patetismo en la familia, cuando se creó la tradición de la manzana roja.

Todo aquello sucedió porque era 1905, el año en que se tambalearon los cimientos del imperio ruso en el que habíamos crecido. Mi madre siempre lo llamaba el «*annus mirabilis*»: el «año milagroso»;[3] eso fue «el año cinco» para ella (los alemanes del Báltico no lo llamábamos «mil novecientos cinco» como los alemanes del Reich). Para mamá, el tiempo siempre fue algo orgánico, con voluntad y objetivos propios: podía ser bueno o malo como una persona. Y en aquel undécimo año del reinado de su incompetentísima majestad el zar Nicolás II, toda forma de orden se disolvió como el humo. Rusia entera ardió, desde San Petersburgo hasta las provincias más alejadas.

Los revolucionarios también le prendieron fuego a la tierra natal de mis padres, los pintorescos Estados Bálticos. El hippy no sabe lo que son o lo que fueron, de modo que le explico:

—Imagínese uno de esos cielos, como de acuarela, de Claudio de Lorena... bueno, probablemente no conozca a ese pintor, así que no nos compliquemos: imagínese un precioso cielo azul y debajo una especie de versión en miniatura de Canadá, pero junto al mar, con interminables campos de trigo y enormes granjas de las que salen huyendo en calesas y coches de paseo los aterrados granjeros perseguidos por el Vietcong. Justo ése era el ambiente de entonces: la revolución bullía. Todas las fincas alemanas estaban en barbecho. Las tropas rusas estaban ocupadas perdiendo aquella guerra contra Japón que supuestamente era imposible que perdieran y los campesinos letones merodeaban por las provincias indefensas. Aliados con los más pobres entre los pobres, invadían los terrenos y campos de los nobles y cosechaban su heno, talaban los árboles, saqueaban las mansiones abandonadas de los alemanes y dejaban excrementos debajo y encima de las alfombras orientales.

Mi abuelo, Hubert Konstantin Solm —Huko para los que se atrevieran—, a quien la gran mayoría llamaba simplemente Großpaping,[4] no había huido, al contrario que otros pastores como él: jamás habría dejado en la estacada a la comunidad que Dios quiso poner a su cuidado. Para él, habría sido como dejar en la estacada a Dios mismo. Según cuentan, una cálida tarde de agosto estaba trabajando despreocupadamente en su huerto cuando apareció una tropa de hombres voceando y blandiendo hoces.

No era la primera vez: desde hacía meses, todos los fines de semana una multitud de manifestantes marchaba desde Riga hasta su iglesia. A menudo irrumpían en la casa de Dios con banderas rojas, tambores y hachas, y se ponían a cantar *La Internacional* a toda voz delante del altar. Großpaping les daba las gracias por los bellos cánticos y proseguía con su misa sin inmutarse. Los campesinos letones lo estimaban porque sabía predicar en su lengua y recorría aquella provincia en plena efervescencia en su destartalado carro de dos caballos sin que los imponderables de la vida le impidieran cumplir con su deber de oficiar entierros y acompañar a los deudos, de consolar o echar alguna reprimenda y hasta de quedarse luego a tomar una copita de aguardiente y marcharse con el «vuelva pronto» de rigor.

Una vez, quitó el *ucase*, la proclama, que los revolucionarios habían clavado en la puerta de su iglesia y lo colocó en el portón del establo de los cerdos «porque ése era su lugar». Sólo un par de años antes de los hechos que te estoy contando, mi padre pintó un retrato de Großpaping que acabó colgado en la pared del comedor de la casa familiar. Era un cuadro al pastel algo sombrío que mostraba a un anciano con las características patillas al estilo de Francisco José, la cabeza casi calva coronada por un solideo y la barba, sin bigote, blanca como la nieve. Sus facciones —los ojos claros y acuosos, los pómulos anchos y la boca ligeramente abierta, casi voluptuosa— recordaban al Moisés de la página cincuenta y cuatro de la Biblia familiar, ilustrada por Schnorr von Carolsfeld: serio, violento y siempre listo para hacer que se derrumbe el muro de Jericó.

Junto al retrato acabó también la pequeña espada que él mismo había forjado y que llevaba bajo la sotana cuando subía al púlpito: no quería que lo capturaran con vida —decía en el yidis de Prusia Oriental, que era el dialecto de mi tierra—, y una vez que los revolucionarios amenazaron con atacar el crucifijo con sus hachas levantó aquella arma oxidada y de fabricación casera como quien ahuyenta a los vampiros con una estaca tallada por él mismo.

No habría vacilado en cortarse el cuello *coram publico*[5] si alguien se acercaba demasiado a él o al crucificado: por aquel entonces, la sangre de un sacerdote en una pila bautismal aún no era buena publicidad para los revolucionarios, sobre todo porque habría hecho una *bella figura* como mártir, de eso estoy convencido. De él heredé mi talento dramático, aunque siempre me haya faltado el coraje, la rebeldía y esa estatura de héroe solitario *envers et contre tout*[6] que tan extendida ha estado en mi familia y tantas desgracias nos ha deparado hasta el día de hoy.

La decisión de Großpaping de predicar el Evangelio con una espada en el bolsillo era tan

grotesca como sensata. Claro que un revólver habría sido todavía más grotesco y más sensato.

Pero la mencionada tarde calurosa de agosto, cuando Großpaping se quedó de pie bajo los frutales del huerto —por entonces inundado de tonos violeta— viendo a la turba aproximarse como una plaga de mosquitos, no disponía de otra arma que un cesto con manzanas rojas recién recogidas («*svaigi āboli*» se llaman en letón, ¡qué palabras tan bellas!).

Quizá si mi abuelo hubiera recurrido a esas palabras, o a cualquier otro vocablo de esa lengua rica y bella que carece de palabrotas —pues lo peor que se le puede llamar a alguien en letón es «serpiente negra»—, todo podría haber terminado de otra manera; si se hubiera mantenido tranquilo, sumiso y humilde, si hubiera cumplido con las exigencias del decreto, que sonaban casi como peticiones corteses, aparentando plegarse a ellas o al menos aceptándolas, en letón, como destino inevitable, quién sabe, quizá el desenlace de aquel episodio habría sido distinto.

Pero su carácter se lo impidió.

Empezó a recitar salmos en alemán que sonaban como imprecaciones, y cuando uno de los cabecillas, rociado de aquel modo con los pasajes más sonoros del Evangelio en versión de Lutero, perdió la paciencia y le exigió con cierta brusquedad que le entregara las llaves de la sacristía «*nekavējoties, nekavējoties*!»,[7] mi abuelo, desde una distancia de tres metros, le tiró una manzana de la variedad Roter Herbstkalvill. En el fondo fue un gesto increíblemente tonto, sin embargo, el tipo esquivó el proyectil, que pasó zumbando junto a él y fue a dar como una pedrada en la cara de la joven que estaba detrás, de tal suerte que le rompió la fina y respingada naricilla de quinceañera. La sangre le manchó el delantal, o tal vez sólo era papilla rosácea de la fruta reventada.

El caso es que, un agudo gemidito de quinceañera después, Großpaping ya estaba en manos de los manifestantes.

Derribaron la puerta de su casa y, ante sus ojos, sacaron del salón las imágenes de Jesús, el cristal de Bohemia, la porcelana buena y las máscaras mortuorias de sus dos difuntas esposas, y los hicieron pedazos. Luego arrastraron hasta la veranda el gran piano de cola en el que mi padre había aprendido de niño a tocar a Mozart y a Chopin y, después de destrozarlo, se repartieron las teclas de marfil. Finalmente, cuando ya sólo sonaban «aleluyas» con lengua de trapo, resultado de las nada despreciables reservas de vino de Burdeos que se encontraron en la bodega, se pusieron a pensar en la *sodīšana*, el castigo, para Huko, una *sodīšana* muy especial, mucho menos honorable que el suicidio al estilo de la antigua Roma que él mismo habría podido infligirse con su espadita.

Mis padres, por aquel entonces, vivían en Riga, en pleno barrio art déco: papá se había buscado un *atelier* en la flamante Albertstraße, una especie de opereta arquitectónica única en Europa donde un estudio equivalía a un aria. Muy cerca de allí, para ser exactos al oeste de la pradera de la ciudad, estaban estacionadas las escasas unidades militares, en su mayor parte de infantería apática. Digamos que, a pesar de las revueltas, la ciudad se consideraba relativamente segura, incluso aquella Albertstraße cuyos únicos custodios eran mayordomos franceses y doguillos ingleses.

Papá acogió a los parientes que llegaron en masa huyendo del campo, pero Großpaping se negó a huir y, obstinado como sus frutales, permaneció en Neugut, Curlandia,[8] donde acabó por ser el único alemán en muchos kilómetros a la redonda. Mediante postillones suicidas, le hicieron llegar cartas con ilustraciones humorísticas, telegramas seductores —y luego desesperados—, le suplicaron que fuera sensato y saliera por pies de Letonia lo antes posible. Sin embargo, como yo mismo he aprendido, ni la sensatez ni la moda entienden de súplicas.

«La moda de la cobardía», escribía como respuesta Großpaping.

Y no se contentó con ignorar los consejos de abandonar su trabajo pastoral e irse de allí, sino que se empeñó en ocuparse espiritualmente de las cinco parroquias vecinas, que habían quedado huérfanas. Los antiguos párrocos, bien guarecidos en Riga con sus familias, solían preguntarle a papá —pálidos de vergüenza— si Huko estaba bien, aunque con toda probabilidad esperaban con fervor que estuviese mal, por decirlo sutilmente.

Por uno de aquellos fariseos («¡Ay, señor mío; ay...!»), papá se enteró un día de que, muy cerca de la parroquia de mi abuelo, habían hecho descarrilar un tren, talado los postes del teléfono y atacado el puesto de la policía («Como lo oye, ¡que lo sé yo de primera mano...!»). Entonces, mandó enganchar los caballos a su coche con la firme determinación de traerse a su cerril padre de la zona de los disturbios, a tan sólo cincuenta verstas de distancia,[9] así fuera a rastras.

Sin embargo, mi madre se lo impidió, o más bien el estado de mi madre: en aquel verano estaba embarazada de nueve meses, de modo que su barriga hinchada bastó como argumento cuando se plantó en medio de la calzada para cortarle el paso. Su esposo no se atrevió a intentar atravesar tamaña barricada.

No es que mamá se hubiera sentido desprotegida sin él, ¡qué va! Más bien le preocupaba que fuera él quien se metiera en dificultades emprendiendo solo aquel viaje tan peligroso. Como una manifestación más de su talento artístico, mi padre parecía atraer casi mágicamente las debacles, fiascos, catástrofes y complicaciones más insólitas —el summum de las cuales era mi madre, por supuesto—, aunque al final del día siempre quedaba claro que había nacido con suerte, lo que no se contradice con lo anterior.

Todos los días sin falta, mamá iba caminando al mercado con su barriga hinchada y pasaba delante de los mítines de los socialistas, siniestras figuras manchadas de aceite que fulminaban con la mirada a aquella mujer y al fruto de su vientre. Porque Anna Marie Sybille Delphine von Schilling era baronesa, y de las de rancio abolengo, nada de nueva noble, y por tanto había mamado privilegios desde su mismísimo nacimiento en un castillo en las cercanías de Reval.[10] Sin duda, el temor no le era ajeno, pero no estaba acostumbrada a mostrarlo: podía alterarse muchísimo cuando alguien no sabía comportarse, eso sí, pero jamás la vi dejarse llevar por el pánico. Le parecía inaceptable.

La Revolución rusa de 1905 fue, a sus ojos, una indecencia: las opiniones políticas radicales le inspiraban el mismo respeto que la violación o el infanticidio. Y así, mi hermano, desde que era un embrión, se impregnó de una rabia materna que ningún movimiento hippy del mundo podría apaciguar contra las revueltas comunistas. Lo siento, señor Basti, querido vecino de cama pacifista.

Sé cuánto interés le despiertan los nacimientos en general, pero el de mi hermano tuvo la particularidad de producirse en medio del caos y la histeria. En realidad, fue más una emanación que un nacimiento como tal, pues tuvo lugar en el mismo instante en que nuestro abuelo desaparecía de la faz de la tierra. Los brahmanistas como usted considerarán que algo así es una reencarnación, y a lo mejor hasta es verdad que mi hermano, al tiempo que atravesaba el canal del parto, asumió el sufrimiento del iluminado Großpaping, quien, en el mismo instante y a medio día de viaje de distancia, esperaba su destino.

A saber: después de pasar dos horas encerrado en la sacristía de su propia iglesia, adonde lo llevaron para que desde allí pudiera ver cómo las llamas devoraban el edificio que había servido como casa parroquial durante cuatro generaciones, el párroco alemán —a la sazón convertido en un basilisco— recibió un castigo reservado al clero que no requería más que un estanque cercano, un saco de patatas vacío y un público ávido. Todo aquello estaba a su disposición, así que sacaron de su iglesia a Huko, que juraba en arameo, le cortaron la barba de un tajo y lo obligaron a comerse delante de todo el mundo la fruta con la que había cometido su pecado. Él, por su parte, escupió con desprecio la carne de color frambuesa —una particularidad pomológica de la variedad Roter Herbstkalvill— sobre la bandera roja que sus captores habían clavado en las que hasta entonces eran sus tierras, y que ondeaba a un paso de él.

A continuación le ataron las manos antes de echarle el saco por la cabeza y amarrarle también los tobillos. Finalmente, un corpulento herrero —al que un año más tarde mandarían a la horca por ello— levantó en volandas el fardo, que se retorcía totalmente indefenso, y lo lanzó al estanque de la finca. Los espectadores letones aplaudieron al comprobar que la ayuda divina

brillaba por su ausencia. Les llamaron particularmente la atención los desgarradores gritos que brotaban del saco —que no dejaba de agitarse—. Por fortuna, duraron bastante tiempo porque hubo que interrumpir varias veces el proceso de ahogamiento para que nadie se perdiera detalle.

• • •

El cadáver permaneció toda la noche en el agua, pero, al amanecer, Anna Ivánovna, el ama de llaves rusa con la que mi abuelo había vivido —dando mucho que hablar—, tras la muerte de su segunda esposa se arrojó al estanque en ropa interior para nadar hasta él y arrastrarlo a la orilla tirando del pie descalzo que asomaba apenas a la superficie y al que, según cuentan, se le había subido una rana. La propia Anna Ivánovna —que más tarde se convertiría en gobernanta de nuestra casa, la Mary Poppins de nuestra infancia— nos contó que los habitantes del pueblo se congregaron en silencio en torno a aquel cadáver empapado —aún metido en el saco de yute— como en torno a una ballena varada, y que lloraron amargamente. Durante medio siglo, Hubert Konstantin Solm había estado presente en bodas y bautizos, nacimientos y defunciones; había pronunciado la primera oración y la última despedida de sus vidas. Su ejecución resultaba inconcebible incluso para aquellos que la habían jaleado la tarde anterior.

Para mi hermano y para mí, la muerte de Großpaping marcó un punto de inflexión y determinó, como el principio de Arquímedes, nuestra concepción del mundo: nada de cuanto habría de suceder en los años posteriores puede juzgarse, ni siquiera contemplarse, sin vincularlo a aquella manzana lanzada en un arrebato de cólera, a la casa en llamas, el escupitajo sobre la bandera roja y el cadáver chorreando a la orilla del pantano.

Para mis padres, el mundo entero se tornó en un Armagedón de dolor y culpa. Incluso a punto de morir —tolerando apenas la vida que transcurría a su alrededor sin poder tomar parte en ella —, mi padre se hacía reproches: «¡¿Por qué no me iría al pueblo aquel día, por qué...?! A ella no le habría pasado nada. ¡Soy un calzonazos y un cobarde!», parecía musitar entre dientes desde su parálisis.

Como no podía ser de otra manera, a mi hermano le pusieron el mejor de los nombres; a saber, el de mi abuelo, magníficamente reencarnado en él: Hubert.

A mí me toco el segundo mejor: Konstantin.

Y eso determinó nuestra relación durante mucho tiempo.

No pretendo decir que mi hermano fuera el primero y yo el segundo, sino que él era el primero y yo el último; él la bendición y yo la maldición; él el suertudo y yo el desafortunado; él el destinatario del amor de mamá, yo el del suelo de mármol sobre el que me dejó caer a los tres

días de nacido —causándome una lesión en la cadera que, en la situación en que me encuentro, no me está facilitando que vuelva a aprender a andar—. En fin, esto no es más que lloriqueo y autocompasión, pero lo cierto es que Hubert y Konstantin —Hubsi y Koja en lo sucesivo— serían siempre sistemas solares con distinta numeración: yo no nací el día de la muerte de mi abuelo, ni en su cumpleaños, ni en domingo o día de fiesta,[11] ni en ningún día que pudiera tener algún significado en mi familia. Ni siquiera soy un Solm nacido en agosto o diciembre, lo habitual en más de dos tercios de mis parientes, que solían venir al mundo en cualquiera de esos dos meses como si el año no tuviera más.

Cuando éramos pequeños, mi hermano siempre me hacía rabiar con la insignificante fecha de mi llegada a este mundo. Una vez hasta nos pegamos por eso, y salí perdiendo yo, claro, que era cuatro años más débil.

La verdad es que tampoco me parece un gran motivo de alegría haber nacido en el *annus mirabilis*, aquel año salido de las cocinas de Satanás, ¿y acaso es tan deseable celebrar el cumpleaños un día en que, nada más abrir los regalos, se emprendía el camino al cementerio y se vertían amargas lágrimas por el abuelo? Además, luego, en el día del martirio de san Pedro, cada dos años en Riga se rendía homenaje a los pastores luteranos caídos a manos de los bolcheviques, y a Hub le tocaba pasarse horas delante del altar sosteniendo un grueso cirio blanco que simbolizaba la vida de Großpaping.

Una vez también a mí me concedieron el honor de prestar tal servicio, pero apagué sin querer la llama con un suspiro y, para colmo, me entró un ataque de risa porque el obispo tenía un chupetón en el cuello —al menos eso fue lo que me dijo el barón Hase, a quien apodábamos *el Granos* por razones que huelga explicar, y que hipaba a mi lado con su correspondiente cirio—. No, la verdad es que nacer en un día tan señalado no me parece un gran motivo de alegría.

Por el contrario, debo reconocer que me alegraba que la fecha del ineludible cumpleaños fuera un día sólo mío y de nadie más: el 9 de noviembre, cuando, por culpa de una terrible tormenta, mi madre rompió aguas dos semanas antes de tiempo y vine al mundo yo, su segundo hijo. Ese día pasaba desapercibido en el calendario, y un día subestimado y gris que no le decía nada a nadie era perfecto para mí.

No le decía nada a nadie hasta 1918.[12] Al final de aquel año tan relevante para el destino de Europa, Riga estaba ya (o tal vez deberíamos decir: todavía) ocupada por el ejército alemán y, de hecho, ya no pertenecía a Rusia. Por la tarde, mientras hacíamos carreras de sacos —en el cumpleaños de Hubsi las carreras de sacos estaban terminantemente prohibidas porque los sacos de patatas traían consigo terribles asociaciones, así como tampoco era apropiado ir a bañarnos— y brincábamos como canguros por el cuarto de estar, nos enteramos por el primo de papá, que trabajaba en el periódico *Rigaer Rundschau* y se presentó corriendo a contárnoslo, que el

emperador de Alemania, Guillermo II, había abdicado y se había proclamado la República en Berlín. Hubsi aprovechó la ocasión para espetarme cuando ambos estábamos ya en la cama:

—En mi cumpleaños murió un gran hombre; en el tuyo, en cambio, se ha ido a la mierda un país entero.

Yo lloré mucho porque para entonces habíamos vuelto a ser reconocidos como alemanes. A Rusia habíamos dejado de amarla hacía tiempo, aunque es verdad que, después de que la Revolución fuera aplastada en 1906, las cosas habían vuelto más o menos a su cauce y mamá y papá habían retomado una vida bastante desahogada. Mis primeros recuerdos tienen lugar en estancias de decoración recargada con sofás llenos de almohadones, y tampoco he podido olvidar un samovar ruso de plata con el que una vez, sin querer, escaldé a nuestra cocker spaniel *Püppi*: uno más de mis muchos desatinos. Teníamos tres criadas de nombre Anna que nos atendían con todo el mimo del mundo: Anna Niñera, Anna Cocinera —oronda y talentosa— y, sobre todo, nuestra adorada Anna Ivánovna, que se pasaba el día recordando lo maravilloso que había sido nuestro Großpaping, trágicamente convertido en santo y con quien, al parecer, había tenido «cierto apaño», por más que mamá se pusiera hecha una furia cuando papá aludía a ello guiñando un ojo y, por supuesto, sin encontrarlo tan terrible.

Mamá lo encontraba terrible porque, respecto del abuelo, sólo le parecían aceptables los panegíricos y la elevación solemne. Así, la manzana roja se convirtió en el sacramento de la familia, el misterio de mi infancia más temprana. Le encargó a Anna Ivánovna que tratásemos las Roter Herbstkalvill, y en general las distintas variedades de manzanas, como los católicos la hostia consagrada —aunque hay que decir que mi padre, que no aprobaba esa deriva papista de mamá, y lo digo con todo respeto para la religión de su Baviera natal, apreciado hippy de la cama de al lado, se negaba rotundamente a comer el cuerpo de Großpaping.

Para mi hermano y para mí, comer una manzana suponía observar un riguroso ritual: primero, mientras nos la partían en dos, teníamos que guardar un devoto silencio y pensar intensamente en el abuelo —motivo por el cual siendo yo muy pequeño se me llenaban los ojos de lágrimas cuando la casa olía a manzanas asadas—; luego nos daban una mitad a cada quien con gesto solemne y teníamos que santiguarnos (si bien mamá prohibía llamarlo «santiguarse», puesto que los protestantes no se santiguan, sino que «hacen la señal de la cruz»; era una luterana convencida, aunque del mismo modo en que Lutero creía que podía ahuyentar al demonio soltando un buen pedo,[13] también ella tenía su lado supersticioso: nos mandaba musitar, sin que papá se enterase, «hosanna en las alturas» antes de dar el primer mordisco, fórmula que, con el paso de los años, se quedó en un farfullado «...ana» que Anna Ivánovna escuchaba con

éxtasis), finalmente teníamos que comernos la fruta del rabillo a las pepitas —que saben a mazapán—, sin olvidarnos del corazón, pues de ese modo rendíamos homenaje a nuestro abuelo.

Ese santo sacramento suponía, además, la máxima integridad moral, puesto que, si te habías portado mal, hecho alguna travesura, sisado a mamá o soltado alguna mentirijilla, perdías el derecho a comer manzana, y en eso mamá era implacable.

Y el ritual de la manzana roja no se reservaba tan sólo a las Roter Herbstkalvill y demás variedades de manzana conocidas por la humanidad, sino que se transfería a cualquiera de sus presentaciones. Así, también estábamos obligados a venerar con devoción religiosa la tarta de manzana, la compota de manzana, el zumo de manzana, el vino de manzana y hasta los jabones con olor a manzana que tanto le gustaba comprar a mamá. Incluso ante nuestro primer Calvados tuvimos que hacer la consabida señal de la cruz. De hecho, como mamá se movía en un círculo cultural francés, llegó a pensar en hacer extensivo el ceremonial a las patatas, que por algo se llaman «*pommes de terre*»: «manzanas de tierra» —igual que en el alemán del Báltico, donde se las conoce como «*Erdäpfel*»—. Esa consagración hubiera implicado darle el mismo trato litúrgico al puré de patatas, las patatas asadas, las patatas fritas (que por entonces aún no se habían inventado), las croquetas de patata y, por supuesto, las tortitas de patata rallada y frita (que, rizando el rizo, se sirven con puré de manzana), y probablemente también se habrían añadido al santo repertorio de objetos de devoción los numerosos productos del almidón de patata, como el etanol o el papel, con lo que hasta el último periódico habría recordado de algún modo la otoñal Roter Herbstkalvill de Großpaping.

A papá todo aquello le parecía una exageración tremenda: para él toda aquella farsa catolicoide —y así se lo echaba en cara a mamá— no tenía otro propósito que paliar sus remordimientos de conciencia por haber hecho aquel numerito que le impidió en su día ir al pueblo y salvar a Großpaping.

Su relación estaba llena de portazos.

Y la casa, llena de puertas.

Para Hubsi y para mí, en cambio, cuando finalmente nos volvimos inseparables —mi hermano, el héroe fuerte e intrépido de mi infancia, y yo su Sancho Panza, un poco regordete—, la manzana se convirtió en un símbolo de unión inquebrantable. Si salíamos vencedores de alguna pelea en el patio de la escuela o, más tarde, si salíamos indemnes de alguna gamberrada en el bachillerato, acostumbrábamos a celebrarlo «matando una manzana»: la manzana de la lealtad y el honor, del tiempo y la eternidad.

Anna Ivánovna alentaba todo aquello que mantuviera a Großpaping en la memoria colectiva. Lo buscaba en nuestras facciones y, por la forma en que nos miraba, era obvio que lo había querido

mucho. Ella nos formó con su teatralidad, sus grandes pechos y su risa. Se reía tan fuerte como un campesino ruso y, por algún motivo inexplicable, trataba de usted a los cocheros, cosa que en Riga no hacía nadie. Treinta años más tarde, en su lecho de muerte, nos obligó a llamarla «*mademoiselle*», pues hablaba un francés excelente.

Y, sobre todo, nos enseñó la lengua rusa, porque se suponía que debíamos formarnos para hacer carrera en la corte del zar y seguir los pasos de los antepasados de mamá, que habían llegado a ser almirantes, generales e ilustres diplomáticos en San Petersburgo.

Al padre de mamá no lo recordábamos de la misma manera que a Großpaping, es decir: no le rendíamos culto con manzanas ni mucho menos con devoción; de hecho, ni siquiera nos acordábamos de él porque había tenido el mal tino de morirse, junto con su esposa Clementine (de soltera Von Üxküll), de una intoxicación por comer pescado en su primer y último viaje a Oriente, a los pocos meses de nacer mi madre. Al parecer, a mi abuela el pescado ni siquiera le gustaba, pero en un gesto de amor y fidelidad conyugal mal entendidos probó de la misma perca del Nilo en mal estado. Habían dejado a la pequeña Anna Marie, su hija de seis meses (y mi *mamushka*), en Reval, a cargo de un ama de cría letona. La educó su abuelo, un viudo al que todos llamábamos Opapabaron, «barón-abuelo», si bien lo correcto hubiera sido decirle Uropapabaron, «barón-bisabuelo».

Opapabaron —a saber, el barón Friedrich von Schilling— había nacido en tiempos de las guerras napoleónicas y, en su condición de almirante, le había dado varias vueltas al mundo. Gracias a sus vívidas cartas, mamá adquirió la capacidad de evocar ante nuestros ojos y oídos infantiles la dulce sensación de deslizarse sobre el agua con las velas hinchadas por los cálidos vientos alisios, los destellos del mar, las bandadas de peces voladores, el ataque de un cachalote, las tempestades y la amenaza de unas olas tan altas como montañas de un modo tan creíble que durante mucho tiempo Hubsi y yo estuvimos convencidos de que también ella había sido almirante (a decir verdad, se comportaba como tal).

Capitán de barco y descubridor, Opapabaron nos había regalado un montón de souvenirs de sus viajes; por ejemplo, la cabellera de un jefe tribal de los tlingit de Alaska que guardábamos en el más hermoso de nuestros cajones y que, según recuerdo, por el lado sin pelo tenía el tacto de la cámara de una rueda, o un pedazo de piel de un brontosaurio que había encontrado al pie de un volcán en la gélida Kamchatka y estaba colgado en casa al lado de la espada de Großpaping.

Dos animales marcaron el destino de Opapabaron: por una parte, los mamuts, a los que sólo podía agradecer que sus cadáveres se conservaran durante milenios bajo la nieve de Siberia porque eso permitió que el zar le encomendara la misión de extraer el marfil de sus colmillos a base de picar el permafrost; por otra, las nutrias marinas, que lo llevaron a Alaska en calidad de

gobernador —junto con su esposa Anna, de soltera Von Montferrant y diez años más joven— para defender de los nativos los millones de pieles de nutria marina destinados a la corona rusa. Finalmente, ascendió al rango de almirante y miembro del estrecho círculo de consejeros del zar, donde su misión consistía, sobre todo, en jugar al bridge con su majestad.

Y, por supuesto, también mamá conoció personalmente a los Romanov.

Un día, paseando con Opapabaron por el parque de la Villa de los Zares a la edad de diez años, se cruzaron con la pareja imperial. El abuelo —para entonces anciano y marchito— les presentó a su nieta y ella, con el corazón a punto de salírsele del pecho, los saludó con una graciosa reverencia. Como resultado, los soberanos invitaron a aquella niña tan vivaz a visitar a las princesas. De aquella época, mamá conservaba un manguito de zorro blanco, un trozo de piel bastante inútil, pues sólo servía para que las jóvenes refinadas metieran las manos por los lados en invierno, de modo que luego pudieran quedarse mucho rato de pie sin hacer nada. El de mamá, por mor de la elegancia, conservaba la cabeza y las extremidades del animalito, que en consecuencia parecía observarte con sus ojos fijos y cierto gesto de reproche. Mi hermano y yo siempre cogíamos aquel manguito para hacer de lobo malo en el guiñol, y eso que había sido un regalo de la gran princesa Xenia, hija de los zares, que tenía la misma edad de mi madre y con quien había pasado dos días jugando en el palacio de Gátchina en el invierno de 1885.

Es realmente asombroso que mamá consiguiera arrancarle a Opapabaron, siempre orgulloso de su rancio abolengo, el permiso para casarse con un burgués medio vagabundo y sin mayores aspiraciones que ser artista, para decepción de mis dos —digámoslo así— abuelos, uno de los cuales —Großpaping— pensaba que pintar no era una profesión seria, mientras que el otro —Opapabaron— consideraba que lo poco serio era tener una, ya que la gente normal (para él) no tenía profesiones, sino propiedades de imponente extensión y patentes de capitán. Así pues, Opapabaron estaba horrorizado y Großpaping incluso pensó en desheredar a ese hijo díscolo originalmente destinado a hacerse cargo de la grey de su padre y de la iglesia de color azafrán que la corona había otorgado a nuestra familia en enfiteusis en tiempos de Catalina la Grande; los Solm habían predicado allí a lo largo de cuatro generaciones y, por tanto, eran algo así como los Windsor entre los pastores de los Estados Bálticos.

Pero mi padre, Theo Johannes Ottokar Solm, no quiso plegarse a la voluntad de su padre ni vivir esa vida definida de antemano en una provincia del confín de la tierra sólo para dar fe de lo que su padre entendía como la voluntad de Dios. Tenía sus propios deseos: el deseo de expresión artística, por ejemplo; el deseo de mantener relaciones sexuales con distintas personas (que satisfaría de sobra en los viajes que hizo por el Mediterráneo para pintar); el deseo de vivir

acontecimientos psicobiográficos, de dejarse llevar por el azar y la belleza... y sobre todo, dadas sus escasas cualidades de tirano, el deseo de no ser pastor luterano.

Aunque lo anterior podría hacer pensar que mi padre era un hombre con una gran fuerza de voluntad, no lo era en absoluto: desear se le daba muy bien, pero no tenía la fuerza necesaria para cumplir sus deseos. Con todo, vio la muerte por meningitis de su madre (la primera esposa de Huko) como una oportunidad de escapar a Berlín, y pese a la indignación de Großpaping utilizó su modesta herencia para estudiar pintura en la Academia de Bellas Artes. Una vez allí, como alumno ejemplar, logró darles clases de dibujo de natural a dos Hohenzollern, a los pies de los cuales olfateó el favor imperial; más tarde, sin embargo, prefirió olfatear otros pies e incluso respirar un poco de aire bohemio y, al final, después de sendos viajes de formación a Roma y Florencia, regresó al Báltico y, en la hacienda Stackelberg, se convirtió en el muy mundano maestro de dibujo de mi madre.

Mamá no tardó en enamorarse de su ligereza y su flema. Adoraba su orgullosa forma de andar siempre muy erguido (aunque se debía a una lesión en la columna resultado de un accidente ecuestre), la encandilaban los doce años que él le llevaba de ventaja y quizá también su indecisión, que le resultaba irresistible y a menudo incluso divertida, su talento artístico, que era enorme incluso medido por el rasero europeo, y hasta sus ocasionales depresiones, delicadas como el terciopelo negro.

Seguro que mi padre hubiera podido llegar mucho más lejos como artista; sin embargo, el espíritu de Fausto le era ajeno y el riesgo de caer en la pobreza que conlleva la búsqueda de la expresión personal no lo atraía. Lo que anhelaba, bajo la constante presión de justificarse ante mis dos —digamos— abuelos era, más que ninguna otra cosa, el reconocimiento social. Y así sucedió que, finalmente, se dedicó al arte del retrato, el género que menos se presta a desarrollar el talento del artista, pero el más lucrativo y cómodo desde el punto de vista social, un género que yo mismo acabaría apreciando. Y, gracias a los contactos de mamá, la mitad de la alta nobleza de las provincias orientales terminó posando frente a su caballete.

Todo eso tocó a su fin en 1918, que no fue un *annus mirabilis*, sino un *annus horribilis*.

Todavía recuerdo cómo, un día de octubre, un conde bajito entró en el taller de papá y cortó con un cuchillo el lienzo con su retrato aún a medio acabar —donde se lo veía completamente calvo y vulnerable, pues papá siempre pintaba el pelo al final—, lo enrolló y salió por la puerta a toda prisa tras espetarle al artista, que se había quedado lívido como un muerto: «Lo siento, querido amigo, pero tenemos que huir de aquí» y pagándole nada más que una parte del

presupuesto acordado. La alta aristocracia ya no necesitaba distracciones, sino pasajes de barco. Habían fusilado al zar: la sangre azul se convirtió en una enfermedad mortal y Alemania, que se había anexionado los Estados Bálticos, estaba en peligro de perder la guerra.

Lenin había tomado el poder en Moscú y sus tropas cayeron sobre nuestro diminuto país. Pero no quiero aburrirlo con cuestiones de cultura general. Simplemente digamos que nuestro trauma de 1905 pareció repetirse... elevado a la enésima potencia.

Porque, cuando las últimas tropas alemanas se retiraron, el día de Año Nuevo de 1919, y los bolcheviques entraron en Riga —precedidos por espeluznantes rumores y toda una marea de refugiados— papá se quedó un largo rato frente al retrato al pastel de Großpaping dándose golpes en la frente hasta que decidió que valía más la pena darse un tiro en la frente después de hacer lo propio con sus repeinados vástagos.

Mamá no estaba en casa, sino entre la masa de desesperados que huían en los contados vapores ingleses que se hallaban en el puerto calentando máquinas. Ignorando sus protestas y lloriqueos, papá había empleado todos sus ahorros en comprarle un billete de diplomático a un precio escandaloso y un visado británico más caro todavía porque no quería que cayera en manos de los rojos siendo hija de un barón. Reinaba una atmósfera parecida a la de la última semana de Saigón. ¿Recuerda que estuvimos viendo las noticias en el cuarto de televisión de la planta de abajo, joven amigo? Toda esa gente de ojos rasgados hacía las maletas con manos temblorosas porque el Vietcong estaba a las puertas de la ciudad y, con independencia de lo que dijeran los periódicos, todos sabían que no tardaría en caer. Así se sentían mis padres el día de Año Nuevo de 1919, cuando tuvieron que separarse, porque puede que Dios dividiera el mar Rojo para Moisés, pero estaba claro que no iba a dividir el Báltico para Theo Solm.

Tras escribirle una carta de despedida a mi madre (carta que, ante la absoluta falta de datos postales estaba destinada a quedar, literalmente, en letra muerta), afeitarse por última vez, comprobar su arma y llamarnos a su taller, le hizo un gesto con la mano a mi hermano mayor para que se acercara primero. Pero el sol de diciembre brillaba sobre los tejados, y se filtró iluminando a mi hermano como si se tratara de una dorada estrella fugaz a punto de desaparecer del universo. Desalentado, mi padre se dejó caer en una silla.

—¿Qué haces con esa pistola, papá? —preguntó Hubsi.

—No quiero que nos capturen con vida, hijo.

Lo dijo en el mismo yidis de Prusia Oriental en que hablaba Großpaping.

—*Cher papà*, Koja es muy pequeño todavía.

Mi padre me miró y tuvo que aceptar que era verdad que yo era aún muy pequeño: acababa de

cumplir nueve años, cojeaba un poco, me gustaba jugar con los guiñoles y llevaba en la mano el manguito de mamá, el lobo malo, que dejé caer.

—Ven, Koja, acércate a papá y cógele la mano —me pidió Hub.

Mi hermano poseía entonces una gran influencia sobre mí, y en aquel preciso instante tenía el esplendor de un adulto, serio y sereno a la vez, mientras que mi padre parecía una libélula. Yo me apresuré a acercarme y tomarlo de la mano: no se me fuera a escapar volando con las temblorosas alitas de sus párpados.

—Pero ¿qué haces? —me preguntó gruñendo ante aquel comportamiento tan poco viril.

—Creo que Koja ejerce una influencia ática en la gente —fue la críptica respuesta de mi hermano.

Probablemente se refería al siglo de Pericles. Vi cómo papá se hundía cada vez más en su sillón, se sujetaba las alas de libélula con el pulgar y el índice y modificaba su plan para no llevar a cabo más que la última parte, es decir: el punto tres (calculando en disparos).

Nunca había sido muy viril, ni siquiera tan viril como mamá, y unos años más tarde empezaría a usar ropa de señora en su taller «para no descuidar su lado femenino», según le explicó a Hubsi, que había abierto la puerta pese a que lo teníamos prohibido y lo había sorprendido con un vestido de muselina. Claro que papá tenía para entonces un ánimo muy distinto y ningunas ganas de matarse.

—Tendrás que cuidar de tu hermano, Hubsi —dijo. Me apartó suavemente la mano con el cañón de la pistola, quitó el seguro y se colocó en posición de dispararse.

—Pero ¿no nos vas a cuidar tú, papá? —preguntó mi hermano en voz baja.

Desde la calle nos llegaba el vocerío de la gente: los bolcheviques estaban sólo a cincuenta kilómetros de la ciudad, en el puerto sonaban las bocinas de los buques ingleses y, como tantas veces, papá fue incapaz de decidirse. Puso la pistola cargada y ya sin seguro en manos de Hubsi y se metió en su taller a pintar un jacinto.

Al final, lo que reencauzó la situación fue el regreso de mi madre.

Ya a punto de zarpar, le entró un ataque de pena (como consecuencia del cual le propinó un puñetazo en la cara al atónito marinero encargado de llevarla bajo cubierta), consiguió abandonar el barco salvador en el último segundo, corrió en dirección contraria al hervidero de gente que chillaba, lloraba y apestaba de miedo tras recorrer un largo camino, y regresó al lugar de su desgracia, al lado de sus hijos, a los que no podía abandonar sin más, y sobre todo al lado de aquel marido de desbordante imaginación, *quod erat demonstrandum*.

Unos días más tarde, Hubsi y yo habíamos salido en trineo a buscar coles —de las que supuestamente había una gran provisión en un sótano— cuando nos cruzamos con una horda de

jinetes de la caballería roja. Venían de la dirección del hipódromo cabalgando sus greñudos caballitos, y sólo las armas permitían identificarlos como soldados. Un caballo blanco llevaba sobre la silla algo parecido a una alfombra enrollada que, de cerca, se nos reveló como un cadáver envuelto en una lona verde de la que asomaban unas botas bamboleantes. Una estaba rajada y goteaba sangre que se congelaba enseguida trazando una fina línea roja en la nieve.

Uno de los jinetes nos saludó con la mano sonriendo socarronamente y yo levanté la mano también, un acto reflejo que me costó que mi hermano dejara de hablarme durante una semana.

El molino de la muerte empezó a moler ese mismo día. Mamá, papá, Hubsi y yo, Anna Ivánovna y casi todos nuestros amigos y conocidos nos convertimos en un abrir y cerrar de ojos en una plaga de insectos que había que borrar de la faz de la tierra.

El barón Hase, aquel gracioso al que apodábamos *el Granos*, fue uno de los primeros en comprobarlo un día que, en la escuela, hizo un chiste en voz demasiado alta, esa vez no sobre el chupetón en el cuello del obispo, sino sobre la mala cara del camarada director del liceo, tras lo cual decidieron ahorrarle al joven de catorce años y medio tan poco edificante visión mediante la ejecución preventiva. Los tribunales revolucionarios no daban abasto, y tampoco los pelotones de fusilamiento; circulaban listas de proscritos y parecía que era cuestión de tiempo que llamasen también a nuestra puerta.

Papá pilló un resfriado del susto cuando mamá le insistió en que escondiéramos en nuestro piso a parte de sus ilustres parientes, en concreto a los que estaban en busca y captura y tenían que esperar a que les creciera la barba para poder escapar a través del frente sin ser reconocidos. «La barba tarda en crecer, y como los encuentren en casa... —decía papá sonándose la nariz— *finita la commedia*.»

La checa había instalado su cuartel general en la cercana Schützenstraße, y en sus sótanos los mongoles cazadores de aristócratas les arrancaban a los detenidos la piel de las manos desde las muñecas hasta las puntas de los meñiques para dejar una huella inconfundible de sus interrogatorios.

A esos horrores se les sumó el hambre que se extendió al verse interrumpido el abastecimiento de la ciudad. A diario se veían cadáveres de los muertos de hambre tirados en los portales o en plena calle, cubiertos de nieve y aferrados al último sueño. Un crudísimo invierno asolaba el país. Para sobrevivir, papá se hizo pasar por enfermero, aunque no soportaba ver sangre. Le permitieron trabajar con un médico amigo suyo en un lazareto de campaña del Ejército Rojo, donde se desmayaba una y otra vez, pero también conseguía algunos rublos que llevar a casa. Por lo demás, vivíamos de patatas y mondas de patata que robábamos, y mamá se alegró de no haber incluido las *pommes de terre* en nuestras solemnes ceremonias en honor a Großpaping.

Cuando detuvieron a unos vecinos a los que colgarían unos días después, Hubsi se coló por un balcón y encontró en su cocina un barril de setas en salazón. Fueron la base de nuestra dieta, muy

escasa en proteínas, y no me cabe duda de que nosotros y aquellos parientes que esperaban a que les creciera la barba les debemos la vida.

Por entonces, la carestía llegaba a cotas insoportables.

Fue en ese tiempo —curioso y confuso a ojos de los pequeños, y hasta desagradable a causa del hambre y la acumulación de cadáveres, pero nunca realmente amenazante porque los niños no podíamos morir—, Anna Ivánovna reapareció acompañada por un ruso barbudo y visiblemente nervioso que se llamaba Vladimir y llevaba a una niña pequeña de la mano. Con los ojos inundados de lágrimas, se puso a implorarle a mamá mientras papá, desmadejado en el sillón, se recuperaba de la experiencia de haber amputado por error una pierna completamente sana. Eso sí: una pierna bolchevique, detalle que, según le aseguraban los de la barba en crecimiento escondidos en la cocina, convertía ese aparente error en una obra de caridad, teniendo en cuenta los grandes males que aquella pierna podría haberle causado a la humanidad civilizada.

Por la noche, mamá entró en nuestro cuarto sin hacer ruido y nos comunicó que había una nueva huésped en la casa. Era la niña que yo había visto por la mañana: menuda y con unos ojos despiertos y negros como el carbón que parecían no parpadear nunca y observar todo cuanto la rodeaba con tremenda concentración y una extraña ligereza.

Como todas las demás camas, sofás y catres estaban ocupados por ilustres invitados, Hubsi tuvo que dejarle su sitio en la cama que compartíamos: a mamá le pareció que no había nada de malo en que *la petite* y yo durmiéramos juntos teniendo en cuenta mi corta edad, mis rasgos de niña, mis frecuentes muestras de ser bueno y, en especial, mi escasa capacidad para imponerme: todo eso me impediría caer en tentaciones en las que, según creía ella, Hubsi caería gustoso —no confiaba en él desde que a Anna Ivánovna se le había escapado que su lengua se parecía a la de Großpaping—. Mi hermano tuvo que instalarse en el pasillo, donde los ronquidos del colectivo apenas lo dejaban dormir.

Cuando *la petite* se metió en la cama me sorprendió comprobar que su cuerpo no era más voluminoso que el de *Püppi*, nuestra pequeña cocker spaniel, que a esas alturas sólo se alimentaba de ratas. Después, mamá le dio un beso de buenas noches y ella se quedó acostada a mi lado sin el menor indicio de nervios. Yo sentía el calor de su piel bajo la manta. El pelo le olía a camomila.

—Me gusta mucho tu cama.

—Gracias.

—De nada.

—¿Cómo te llamas?

—Eva, pero me puedes llamar Ev.

—Yo soy Koja.

—¿Te importa si uso tu orinal, Koja?

Comenzó a agitar un pie que rozó el mío.

—También puedes ir a nuestro baño —le sugerí—, aún es temprano.

—Pero tendría que pasar por delante de toda esa gente que no conozco.

—Ya, claro.

—Tú pareces simpático.

—Gracias.

—Entonces, ¿me dejas usar tu orinal?

—Sí, sí.

Se levantó de la cama y, delante de mí, se sentó en aquel orinal que yo jamás había imaginado que sirviera para sentarse. Contuve la respiración y clavé la vista en los motivos del papel pintado preguntándome hacia dónde estaría mirando ella. Cuando acabó, arrastró el orinal hasta el lado de la cama.

—Lo tienes que meter debajo —le expliqué.

—Sí, ya —dijo—, pero ahora te toca a ti.

—Es que yo no tengo pis.

—Yo tampoco tenía, sólo quería comprobar si se puede uno fiar de ti.

No fui capaz de decir una palabra. Ev olía a farmacia no sólo por la camomila con la que claramente le habían lavado el pelo, sino también por el penetrante tufo a orina que ascendía desde el orinal.

—Creo que eres de fiar: has apartado la vista todo el rato. Eres un caballero.

—Pues no pienso hacer pis ahí.

—Pero si yo he hecho...

—Bueno, pero tú te puedes sentar y con el camisón no se ve nada; en cambio, yo tengo que mantener el orinal en alto y me verías todo.

—No miraré.

—Pero lo oirás.

—También me puedo tapar los oídos.

—¿Y para qué quieres que lo haga, entonces?

—Porque entonces seremos hermanos.

Así fue como Eva, a quien llamábamos Ev, entró en la familia: como traída por el viento de

aquel tiempo enloquecido. Sus padres, un médico alemán y su esposa enferma, refugiados de Dünaburg,[14] habían sido detenidos sin motivo por la checa y ejecutados al día siguiente, pero antes de que echasen abajo su puerta el padre había escondido a la pequeña Eva, con dos salchichas, detrás de una puerta tapizada y cerrada con llave.

Pasado un tiempo la encontró el criado ruso, que era primo de Anna Ivánovna. Tenía llave de la vivienda, aparte de buen corazón. De entrada, ocultó a la pequeña en su propia casa hasta que se enteró de la muerte de sus señores, entonces tuvo que buscar otra solución: una niña de habla alemana en una familia de antiguos sirvientes rusos parecía un claro indicio de actividades contrarrevolucionarias y ponía en riesgo sus vidas. Además, Vladimir apenas tenía medios para alimentar a *la petite* con la hambruna que imperaba. ¿Y qué solución más inmediata que recurrir a su prima Anna Ivánovna, que era lista y buena persona? Así pues, ella —suponiendo erróneamente que en casa de una baronesa como mi madre aún quedaría algo de las riquezas de antaño— decidió pedirnos ayuda.

—La pequeña es un *engelka*, un angelito —le juró a mi madre en su conmovedor dialecto—. Cuidaba a su *mamushka*, su pobrecita *mamushka*, con el mismo mimo con que se cuida a un pony enfermo. Porque su *mamushka* estaba enferma de los nervios por la desesperación... —«Más probable es que tuviera cáncer», dijo mi padre— y la aseaba todos los días, y le limpiaba las secreciones y la secaba... —«O sea, que le limpiaba la mierda», dijo mi padre—, y seguía las instrucciones de su pobre *papashka*, que era un médico con la consulta siempre llena... —«Pues yo no lo conozco», dijo mi padre—. Pero la checa fue a buscarlos a él y a su esposa enferma, la pobrecita de Lastashka, y se los llevó. A ella tuvieron que sacarla en silla de ruedas: seguro que la bala que le quitó la vida fue una liberación... pero, ¡por el amor de Dios! ¡La pequeña Eva está oyéndonos! ¿No es como para comérsela de bonita? Y también baila como los ángeles.

La relación de Ev con las funciones «menos nobles» del cuerpo (como papá las llamaba eufemísticamente) se caracterizaba por una empatía inusual, tal vez porque llevaba en la sangre la forma en que las contempla un médico, cosa de la que ni Hubsi ni yo podíamos presumir: no nos costaba nada imaginar que a papá le diera asco atender a su propia madre.

Ev se ganaba a las personas desde el primer momento, conquistándolas de un modo franco e intrépido con sus ojos como cuervos en vuelo. Luchaba por el amor como un animal rapaz por su presa: ésa era su única posibilidad de sobrevivir. Nos entendimos desde el primer instante y ya la segunda noche me rodeó los hombros con el brazo y me dijo que gracias a mí se sentía mucho menos sola. Desde entonces, rezábamos juntos y también orinábamos siempre juntos, donde fuera. Ev decidió dejar de ser una huérfana para convertirse en una Solm.

Incluso introdujo un lenguaje secreto en mi vida, tan falta de color hasta entonces. Un día que ya nos habíamos comido las tres setas con sabor a gelatina rancia (la ración diaria habitual) y yo me quejé de la peste a col que impregnaba la casa, se sacó de la chaqueta un trozo de pan mohoso que les había mendigado a los soldados del Ejército Rojo, lo compartió conmigo y, sonriendo, me susurró bajito, para que nadie nos oyera:

—*A bisl un a bisl... wert a fule schisl*!

«De bocado en bocado, ¡juntamos todo un plato!»

Yo me sobresalté porque los niños de la nobleza de los Estados Bálticos teníamos terminantemente prohibido el yidis: era la lengua de los vendedores ambulantes y el populacho de las calles de Riga y mamá la despreciaba todavía más que el letón, así como despreciaba a los judíos todavía más que a los letones, pues estos últimos al menos tenían la decencia de mantenerse al margen de la bella familia de las lenguas germánicas.

—*Bistu a jid*? —repliqué en mi tosco yidis de la calle.

«¿Eres judía?»

—*Bistu a goj*? —respondió ella con una risa como el tintineo de una campanita.

«¿Eres gentil?»

Así sonaba su risa: como la campana más pequeña de San Pedro. Todavía hoy me parece estar oyéndola. Y subió un poco el tono al pronunciar la palabra «*goj*», envolviendo así aquella pregunta, que revelaba mi imbecilidad, en el encanto que la caracterizaba. Después, en el alemán que se puede esperar de la hija de un afamado cirujano de Dünaburg, añadió:

—Yo hablaba en yidis con todas mis amigas cuando estábamos entre nosotras; ¿quieres que te lo enseñe, Koja?

Y como quise, mi hermana me enseñó la lengua de sus amigas y, en lugar de sentirme espantado, disfruté de adentrarme así no sólo en el reino de lo prohibido, sino también de lo femenino, y cuando nos daba la gana cometíamos la osadía de rezar en aquella lengua de la chusma, pues «*In onhejb hot got baschafn dem himl un di erd. Un di erd is gewen wist und lejdik, un finsternisch is gewen ojfn gesicht fun tehom, un der gajst fun got hot geschwebt ojfn gesicht fun di wasern*»: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra. La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas cubrían la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.»[15]

• • •

De habernos oído alguien en aquellos días, de haberse enterado de los progresos que yo iba haciendo en aquella lengua alegre como un carnaval, de haber dado crédito a sus oídos alguno de nuestros barbudos invitados (que más de una vez nos miraban con recelo mientras

cuchicheábamos), a Ev no le habría quedado más remedio que empaquetar las tres o cuatro cosas que tenía (unos pocos vestidos y un crucifijo de plata colgado de una cadenita, nada más), pues tanto mamá y papá como Hubsi —deseoso de volver a su cama y dejar de dormir en el suelo del pasillo aguantando los ronquidos de un barbudo a su lado— desarrollaron profundas reticencias contra nuestra pequeña huésped: inventaban excusas y ponían todo tipo de peros, los más convincentes de los cuales tenían que ver, naturalmente, con lo material. Pero yo les calenté las orejas a mis padres con que quería quedarme con Ev como hacen otros niños cuando suplican para quedarse un perrito. Era un hecho que Ev no debía de tener parientes carnales, y a Dünaburg, su ciudad natal, no había forma de llegar porque se había formado un Freikorps que pretendía limpiarla de soviets.[16]

Tras la sangrienta reconquista de Riga por el ejército territorial de los Estados Bálticos, en mayo de 1919, ya no pudimos averiguar más acerca de los orígenes de Ev. En medio de la confusión de aquella agitada primavera tampoco era raro que hubiera muchas personas desarraigadas, desperdigadas por el país y lejos de toda posible certeza.

Después de cinco años de enfrentamientos bélicos, Letonia era la viva imagen de la destrucción. Había franjas de territorio despobladas por completo: la pérdida de vidas humanas había sido de dimensiones cartaginesas, sobre todo en relación con el tamaño del país o, mejor dicho, con la falta de tamaño del país. Casi nadie en Europa conocía aquel Lilliput devastado donde los alemanes nos sentíamos como un puñadito de Gullivers; incluso me he dado cuenta, mi querido amigo cataléptico, de que también usted sigue sin saber nada de Letonia. No obstante, después de la guerra surgieron allí ciertas fuerzas que aún tienen repercusión en nuestros días, pues detrás de muchas cosas que vemos ahora en la televisión: la cobarde reacción de Gerald Ford, el afán de Breznev por llegar a la cima, la contrarrevolución de Mao, la incertidumbre del futuro tras la muerte de Ho Chi Minh y demás, está alguno de esos Gullivers del Báltico, sea porque lo fomenta o porque lo combate, porque lo lidera o porque lo socava, pero, sobre todo, porque lo investiga para ver qué se puede sacar de ello.

Nosotros odiábamos el nuevo Estado, la República de Letonia, y la República nos odiaba a nosotros. Los letones nos trataron del mismo modo que los liliputienses trataron a Gulliver, al que primero condenaron a muerte (por haber orinado en público) y luego prefirieron dejar ciego y que se muriera de hambre poco a poco. Ellos también esperaban que nos fuéramos muriendo de hambre y de sed.

Cuando, en 1920, el Estado letón fue reconocido oficialmente, se le expropiaron todos sus bienes

a la familia de mamá. Las tierras, una extensión del tamaño de Andorra, se repartió entre dos mil campesinos letones henchidos de entusiasmo, y el castillo de Opapabaron, a orillas del mar, se transformó en un internado para niños del campo. Muchos barones y miembros de la alta nobleza emigraron.

Papá se quedó sin clientela solvente. Fue como si a mis padres les hubiese caído un rayo: la familia Solm, es imposible decirlo de otro modo, se había quedado con una mano delante y otra detrás.

—«Pobres como ratones de iglesia» —solía decir mi padre con un peculiar tono de satisfacción en la voz, como si un ratón de iglesia aún tuviera algo de simpático, por piadoso, y despertara la solidaridad. No nos podíamos permitir tener servicio. Mamá, que en su vida había fregado un plato y menos aún planchado la ropa, tuvo que tragarse la amargura de tener que aprender las cosas más básicas a esas alturas de su vida, e incluso hizo sus pinitos como cocinera, en la medida en que teníamos algo que cocinar. Claro que hasta las ortigas se pueden guisar más ricas o menos, y las de mi madre siempre supieron como recién cortadas de la mata.

Es justo decir que la guerra, la revolución, el bolchevismo, la fundación del Estado letón y el hundimiento de mi clase social me trajeron pocos beneficios personalmente, pero apoyé sin reservas las nuevas —y laxas— normas de adopción: casi se podía uno llevar a casa a cualquier niño que encontrase por la calle desorientado y con pinta de abandono. El país necesitaba toda la mano de obra que fuera posible, así que, sin mayores complicaciones burocráticas —dado que en la devastada Dünaburg era imposible localizar a ningún pariente de Ev—, se nos permitió convertir a nuestra encantadora huésped de guerra, casi como con una varita mágica, en la señorita Solm: mi hermana, con sus tres vestidos, su crucifijo de plata y su tendencia a hablar de cosas prohibidas en una lengua mal vista.

Pero no fue sólo su trágico destino de huérfana lo que movió a mis padres a aceptar una boca más que alimentar pese a las dificultades: Ev tenía un talento natural para hacerse imprescindible; era sumamente pragmática, no se quejaba nunca y poseía habilidades impensables para una niña pequeña de buena familia. Incluso sabía coser a máquina, y nos hizo a Hubsi y a mí unos trajes horrendos con las cortinas buenas del cuarto de estar. Le enseñó a mamá a distinguir entre una costura plana y una cadeneta y, la Navidad de 1920, me confeccionó, con el manguito de zorro de mamá, unas divertidas botas blancas de invierno con forma de bolas de nieve gigantes que me granjearon las burlas de mis compañeros de colegio. Pero era mejor que andar descalzo por la nieve y todavía las conservo: las he salvado de guerras y deportaciones, de la persecución, el genocidio y la dictadura, y le tengo un cariño especial a la izquierda, que lleva de adorno en la caña una garrita de zorro polar.

Ev era consciente de que no sólo tenía que impresionar a mamá, sino que también tenía que ganarse a mi padre. A todas luces, él estaba mucho menos entusiasmado que mi madre con la adopción: creía que se trataba de una nueva manifestación de los remordimientos de su mujer. Llegó a afirmar que la pequeña Ev, aquella niña escuchimizada que se nos comía las últimas provisiones, era una especie de petición de indulgencia que mamá le enviaba a Großpaping al más allá.

Mamá volvió a dar portazos... con las pocas puertas que todavía no se habían convertido en leña.

Ev, por su parte, se comportaba con suma docilidad, aunque no era propensa a mostrar afecto, excepto conmigo: era mi hermana mayor, mientras que Husi era, simplemente, su hermano mayor.

No había en ella ni un ápice de falsedad: no intentaba ser complaciente ni caía en la adulación; más bien mostraba una coqueta displicencia, en ocasiones descarada. Tenía un sexto sentido para captar justo aquello que el otro anhelaba con más desesperación y, en su gran caja de herramientas, solía encontrar siempre algo que uno percibía como un sentimiento —aunque quizá no lo fuera— y agradecía. Alentaba las esperanzas de las personas de ser vistas con el corazón; ¿cuántos tienen un don como ése?

En cualquier caso, también con papá consiguió dar en el clavo: se empeñó en servirle de modelo, a lo que él se negó tan decidida como vanamente. Por aquel entonces había recibido el primer encargo de cierta envergadura después de la guerra: unos frescos con motivos del Kama Sutra para decorar un nuevo burdel a punto de abrirse en la Elisabethstraße y propiedad de un especulador que se había enriquecido con la guerra. Mamá no podía enterarse y no se enteró jamás. Él sentía que aquel encargo estaba muy por debajo de su nivel y se entregó al vodka: digamos que él bebía y, gracias a su sacrificio, nosotros comíamos.

Indignado, no les había pintado caras a los cuerpos de aquellas bacantes en pelota picada, sino círculos blancos, pues, según él, las prostitutas que le habían servido de modelo hasta entonces no tenían rostro, sino únicamente platos vacíos. Ev, sin embargo, quien a pesar de sus diez años recién cumplidos poseía un perfil inteligente, misterioso y un tanto pícaro que nada tenía que envidarle a la joven Mata Hari en términos de carisma y labio superior un poco fruncido, tenía tantos rostros que siempre había uno que podía encajar con determinado cuerpo. Así pues, papá se concentró en aquella pluralidad de facetas, en la riqueza de su mímica, en su mirada y en todas las variaciones del éxtasis que la pequeña Ev era capaz de representar como una actriz profesional. A menudo le tocaba aguantar media hora seguida en una pose, con los músculos de la cara en tensión, mientras mi padre se concentraba en aplicar finas pinceladas para que encajase en «las tijeras», «la balanza» o «el nirvana».

• • •

—¿Tú sabes lo que es una postura? —me preguntó Ev una noche.

A mí «postura» me sonaba a política, y más me sonaba como «posición»: posición social o las posiciones militares en una batalla, o cómo inclina la cabeza el caballo, luego sabía algo de posiciones en la ruleta, y, claro, la posición de las estrellas unas respecto a las otras, aunque a eso se lo llama «constelaciones».

—No, me refiero a las posturas sexuales.

—¡De esas cosas no se habla!

—¿Por qué no? Papá me lo ha explicado.

Entretanto, había empezado a llamar «papá» a Theo, aunque al principio tendía a llamarlo «padre» y, antes aún, incluso «tío».

—¡¿Cómo es posible?! —pregunté yo atónito.

—Mira, es que las paredes del local están tapadas con sábanas, pero hace poco, mientras estaba pintándome, una de las sábanas se cayó, y después de lo que vi no podía quedarse callado.

—¿Qué viste?

—En la pared estaba pintada una india que sólo llevaba puestas unas perlas y, detrás de ella, un indio también desnudo y a cuatro patas como un perro. Así. —Me lo mostró—. El caso es que a papá le dio mucho apuro, de modo que no puedo hablar con nadie sobre el asunto: es un secreto. Me explicó lo que es un falo.

—¡¿Un qué?!

—Un falo. Cuando el pene crece, se llama «falo». Tú también tendrás uno más adelante. El caso es que por ahora tengo que guardar el secreto.

—Y entonces, ¿por qué me lo cuentas?

—Es que prefiero que sea un secreto entre nosotros.

—Habrá sido espantoso de ver.

—Sí, ¿te gustaría verlo tú también?

—No.

—Sé cómo se entra sin llave, como el local está en obras...

—Papá me pegaría una soberana paliza.

—Pues yo lo miré todo: hay otra escena donde una india tiene un falo en la boca.

—No me lo creo.

—Te lo juro.

—Pero si te pones así echas pis en la boca.

—No, el pis lo haces con el pene, y en la boca metes el falo, no el pene.

—¡Qué asco!

—No creas: es una postura de lo más normal.

—¡Papá no pinta esas cosas!

—¿Por qué lloras, Koja? Perdóname. Anda, mejor abracémonos y *dawenen zu dem gutn got*.

«Recémosle al buen Dios.»

Años más tarde, estando ya en la facultad, visité con algunos de mis compañeros aquel discreto establecimiento, cuyo exótico nombre cambiaba con la misma frecuencia que las señoritas que trabajaban allí, y comprobé que las distintas estancias estaban decoradas con fantasiosos frescos de bailarinas indias con múltiples brazos, todas ellas con el rostro infantil de Ev y pintadas por el pincel inconfundible de mi padre. Elegí un cuarto donde se representaba un *cunnilingus* y a una eslovaca más bien entrada en carnes.

Cuando se lo conté a Ev pensé que se reiría, pero se quedó consternada y esa vez me tocó a mí consolarla. La abracé y la animé a rezar conmigo, como cuando éramos pequeños, «*dawenen zu dem gutn got*» porque ya no había inocencia entre nosotros, sólo culpa y culpables. Para entonces, a Ev, a Hub y a mí nos tendrían que haber pintado como centauros: criaturas fabulosas surgidas de una nube oscura, hermanos incapaces de contener su lascivia, cohabitando los tres.

Y así desencadenamos la cólera del mundo entero.

3

El hippy no reacciona: está tumbado boca arriba con ojos clavados en el techo, sin moverse, sin respirar, como un pez mudo que prestara oídos sólo a mi inocencia, no a mis preocupaciones. A lo mejor espera que siga hablando, pero no me quedan cosas que quiera contarle y al cabo vuelve sus pupilas hacia mí.

—¿Por qué te detienes?

—A partir de ahora se vuelve todo muy complicado, es difícil de explicar.

—¿Y sólo porque es difícil de explicar te detienes? Cuando algo es difícil de explicar no se para uno, hombre: ¡es cuando empieza de verdad! Yo es que ni escucho cuando alguien pretende explicarme algo fácil, me aburro al instante. Con las cosas complicadas, en cambio...

—Podría hablarle de mi hermano.

—Sí, el del nombre raro de la manzana que acaba en «mandril».

—Es Kalvill, Roter Herbstkalvill, no mandril.

—No recuerdo qué es un mandril.

—Un mono.

—Ahí lo tienes —reflexiona—: por eso no quería que te comieras la manzana esa.

—No debería haberlo golpeado, habríamos quedado en paz.

—¿Los mandriles son los del culillo rojo?

—Sí, son unos monos.

—¿Esos monitos del culillo rojo?

—Exacto.

Veo, como si la tuviera ante los ojos, la poblada jungla que cobra vida en la mente del hippy. Él se echa a reír bajito porque reírse fuerte le duele —igual que a mí, por cierto: en nuestro cuarto es raro oír risas; si nos entra mucha risa damos golpes con las manos sobre la colcha, lo que limita el movimiento, pero también los ruidos—. Le ha dado un ataque de risa, habrá que esperar a que se le pase.

—Tenga cuidado, no le vaya a dar un ataque de verdad —le digo.

—Ya, ya tengo cuidado.

—Tanta gracia tampoco tiene...

Hub ha ido a golpearlo justo en el lóbulo frontal. Como consecuencia, sufre mareos, vómitos y hasta alucinaciones visuales: auténticas fotopsias. La enfermera Gerda y el médico griego están

preocupadísimos (seguramente por motivos bien distintos), pero el hippy les hace un gesto con la mano indicando que no pasa nada: las alteraciones de la percepción le recuerdan experiencias positivas con las drogas, según dice.

Está claro que mi influencia ática sobre las personas ha perdido fuerza: mi hermano ni se dignó mirarme cuando se lo llevó la policía. Alteración del orden público, acoso y agresión con lesiones graves. Lo habrán metido en la cárcel, en una celda de tres por tres metros (ése es el estándar). Quizá lo dejen salir dentro de diez años. Estaremos en 1984. Quién sabe cómo serán las cosas en esos días aún lejanos. ¿Seguirá habiendo dos Alemanias? ¿Los americanos tendrán una colonia en la luna? ¿Se habrá hecho realidad lo que vaticina Orwell? De niños solíamos jugar al futuro, otra forma de decir que jugábamos a tener grandes esperanzas. Claro que, para cuando salga, Hub tendrá setenta y nueve años y ya no le quedarán muchas más esperanzas que llegar a los ochenta.

Y con una bala en la cabeza, no tiene uno ni esa esperanza.

Un agente de policía ha venido a apostarse ante nuestra puerta. Pasa el día hojeando tranquilamente una revista —se humedece el dedo con saliva antes de pasar página— mientras espera a que llegue su relevo. Ya se les podría haber ocurrido antes que no es difícil colarse en un hospital, ni para Hub ni para nadie. En fin, se supone que la vigilancia policial debería beneficiar a mi bienestar psicológico, pero lo cierto es que la presencia del agente pone nervioso a todo el mundo e impide que la enfermera Gerda le traiga sus plantitas de cannabis al hippy.

Como mi maltrecho compañero de cuarto apenas puede levantarse de la cama, soy yo el que baja cojeando como puede a la unidad neonatal. Allí contemplo a los recién nacidos e incluso les hago fotos, bien de cerca, con una Polaroid, y tengo la sensación de que también esos bebés necesitarían que los resguardara un agente, pues nada me impediría entrar en la sala, agarrar a cualquiera de ellos —a la revoltosa Rabieta-para-dos, a Nubes-y-claros, a Té-de-las-cinco, a Let-it-be o qué sé yo los nombres que les pone el hippy— y llevármelo en una bolsa de deporte.

Esas larvas humanas me están poniendo de los nervios. Arriba, en mi armario, tengo escondido el sobre color herrumbre que me entregó mi hermano. Contiene fotos en las que también se ve a un bebé. Quienquiera que las tomase era un hijo de puta, eso está claro: cuando aprieto el botón de la cámara en la planta de abajo, inclinado sobre las cunitas de cristal de los recién nacidos, me estremezco como si se me fuera a desprender la retina. Lo soporto a duras penas, y tampoco me gusta que el hippy se pase mucho rato con las instantáneas.

Por las noches no consigo dormir.

Oigo el viento haciendo gemir las ramas de los árboles al otro lado de la ventana, pero no hay tales ramas: el árbol más cercano, una caricatura de un haya, está muy lejos y, aunque gritara, aquí no se oiría. A mí también me asaltan las alucinaciones auditivas y los sueños oscuros que se mezclan al cien por cien con la cruda realidad de los pitidos, zumbidos, gañidos, traqueteos, gorgoteos, murmullos y tictacs de todos los aparatos que nos rodean, monitorizan y protegen. Sí, Hub, protección: yo estaba bajo tu protección.

• • •

—¡Koja!

—¿Mmm?

—Koja, tienes una pesadilla.

—¡Pero qué dice!

—Has gritado: «Pam, pam, pam.»

El hippy me mira con los ojos muy abiertos mientras me despierto como si estuviera en un ataúd. Me envuelve el silencio del hospital, luego oigo los pitidos, zumbidos, gañidos, traqueteos, tictacs, etcétera y finalmente su voz, que parece salir directa de sus ojos:

—Me estás preocupando, Koja.

—No, no, es usted al que le han pegado, no a mí. Es usted quien debería preocuparnos, no yo.

—¿Sabes lo que te digo? Eres una persona maravillosa, de verdad.

Yo me ladeo como un fardo y vomito en el suelo de linóleo azul. Echo líquido y más líquido, como una fuente. El hippy quiere llamar a la enfermera Gerda, pero yo no lo dejo: al final, hasta nuestro agente-niñera querrá entrar, y él es la última persona a la que quiero tener cerca. El hippy se ofrece a ayudarme a limpiar el vómito. Hay que decir que estos hippys se pasan de amorosos.

Sin duda, Basti es un caso extremo, pero ha habido otras personas en mi vida —hombres y mujeres— atraídas por mi honestidad. No fueron muchas, pero las hubo. Lo que nunca me he preguntado es si esa honestidad realmente existía. Tampoco es que me hiciera falsas ilusiones con respecto a mí mismo: siempre era muy consciente de aquello en lo que me había convertido, pero la clave era que se trataba de algo que me había pasado, que me había sucedido: venía de fuera y yo tan sólo había reaccionado. El mundo era cada vez más decadente y yo reaccionaba, no al revés. Fui profundamente sincero y profundamente hipócrita también, pero la hipocresía era parte de mi trabajo: la parte honesta era yo mismo, una capa de piel imposible de arrancar; ciertamente muy fina, pero de una honestidad inquebrantable. Y debajo la carne, los huesos, el corazón. No dejé que la mentira se me metiera por dentro: eso es lo que siempre me digo, eso me

decía, eso suelen decirse a sí mismos los que han vivido una vida como la mía y son como yo. La mentira es nuestra moneda de cambio. No es fácil pagar con ella y hacerlo no significa ser intrínsecamente un mentiroso.

Me acerco a la ventana, abro las dos hojas y oigo el murmullo de las ramas de los árboles que en realidad no están ahí, sino sólo en mi cabeza. Me subo al alféizar y alguien tira de mí hacia dentro: es el hippy, que ha corrido solícito a pesar de lo difícil que le resulta y tira fuertemente para apartarme de la ventana, pues no se cree que mi única intención era respirar aire fresco de la cabeza a los pies, del cráneo roto a los pies descalzos.

Dos días más tarde estamos los dos sentados en la azotea del hospital.

Es el único sitio donde, por las noches, no te pillan fumando la droga que el hippy cultiva a través de la enfermera. Sólo una escalera de incendios llega hasta esta parte del edificio y subir nos ha costado casi media hora. El hippy quería celebrar que ya puede moverse. Es medianoche y hace calor, el calor propio de finales del verano, en el que se nota el rastro de algo perdido. La ciudad está a nuestros pies, y sus luces lo bastante lejos como para que podamos distinguir las estrellas sobre nosotros: miles de diminutas esquirlas de magnesio.

La enfermera Gerda, convertida en toda una maestra del trapicheo y más que curada de espanto, incluso nos ha hecho llegar, bajo las propias narices del cancerbero, una pipa de bambú cuyas ventajas no se cansa de explicarme quien me invita a compartirla con él, me apetezca o no, mientras desmenuza las hojitas secas entre los dedos, que son un coñazo, al igual que él.

Su voz rasposa me llena el corazón de amargura y me enfado cuando —como lo hizo hace unos días— pretende liberar a los médicos de tabúes e inhibiciones con grandes gestos como el de arrojar por el retrete no solamente sus medicamentos, sino también los míos. En resumen: no lo soporto, sus cantinelas esotéricas me matan de aburrimiento y sus mismos signos vitales me sacan de quicio.

Pero es como la encarnación del más allá, y Dios sabe que también le he tomado mucho cariño. Su escandalosa autocomplacencia es tan inocente como la de un caniche, y me reiría de su visión del mundo si me sintiera con ánimos de reír. Siempre se muestra respetuoso y se interesa por cómo me encuentro con una naturalidad conmovedora. Me da sus bocadillos cuando son de embutido («¡Animales muertos!»), y a cambio me agradece que yo le dé mi postre cuando a mí no me resulta lo bastante dulce. Le encanta leerme unos textos budistas que me ponen los pelos de punta, aunque también le gustan los tratados hinduistas y los manuales ayurvédicos que proponen curar los proyectiles alojados en el cráneo con aceites y esencias. Ha mezclado todas las doctrinas indias de salvación y cree en las vacas sagradas, en el poder divino de Brahma y en el Buda, a quien cuesta hacer encajar en el grupo. Incluso algunas técnicas tántricas, de las que

yo no había oído hablar en mi vida, han arraigado en su centro de energía: ese cráneo lleno de líquido que la enfermera Gerda tiene que drenar tan frecuentemente. Rezuma un infinito amor al prójimo: ahora mismo me está ofreciendo su pipa de hachís y no le entra en la mollera —como dice él con su acentillo bávaro— que yo no quiera ni probarlo.

—Pero ¿por qué no? Te soltarías...

Empezaré con la verdad más simple de todas: el hachís.

Hace veinte años estuvimos involucrados en el Proyecto Alcachofa. Bajo ese ridículo nombre en clave, la CIA llevó a cabo una serie de experimentos para testar drogas como la heroína, las anfetaminas, los opiáceos y el recién descubierto LSD. Como el programa tenía como sede Alemania —Kronberg, sobre todo, en la zona más bella de la cordillera del Taunus—, informaron a nuestra sección y nos hicimos cargo de una parte del proyecto que era tan secreta que todo el mundo se iba de la lengua de la emoción: se trataba de desarrollar una técnica de interrogatorio que llamábamos «el martillo de las brujas».

El objetivo era que el «martillo de las brujas» se convirtiera en un suero de la verdad infalible y las personas a quienes se administrara fueran incapaces de mentir. En el marco de aquella serie de experimentos, en el otoño de 1952, se hizo que siete reclusos de la penitenciaría de Núremberg se mantuvieran hasta arriba de hachís y LSD durante setenta y siete días —el siete era número de la suerte del director del experimento, un farmacólogo de Filadelfia—. Ya te haces una idea lo que fue aquello, pero lo cierto es que unas celdas pintadas de vivos colores y unos reclusos condenados a cadena perpetua siempre de buen humor tampoco eran para maravillarse, así que buscaron a otros siete voluntarios, esta vez de la organización. Sólo nos apuntamos tres: yo mismo y otros dos agentes de la sección de operaciones, y como tres y siete no son lo mismo, más tarde el director del experimento le echaría la culpa al puto número tres del fracaso del experimento. Nos pusieron la marihuana en vena y, en mi caso, sólo puedo hablar de relajación total. Mi compañero Frank Burmeister, en cambio, a la semana de comenzar el experimento saltó por la ventana de la tercera planta de la torre de pisos donde vivía porque quería volar con sus propias alas hasta el cine Stachus, donde una Lauren Bacall desnuda y del tamaño de un *Tyrannosaurus rex* estaba saludándolo con la mano. No eran más que ocho metros de caída libre, pero sobre un suelo de puro asfalto. Tardó tres días en morir.

Más tarde eliminamos casi todos los expedientes relacionados con el proyecto porque, de haberse hecho pública la participación alemana, el ministerio nos habría machacado.

De eso conozco el hachís, amigo, y por eso no me hace ninguna gracia, menos todavía en lo alto de un tejado y con estas vistas. Con lo fácil que sería abrir las alas y echar a volar.

—Señor Solm —dice el hippy tratándome otra vez de usted después de mucho tiempo—, ¿le

estoy entendiendo bien? ¿Me está diciendo que trabaja para el gobierno?

Sostiene la pipa como Ev, en tiempos, sostenía las colillas: con elegancia y gesto de preocupación.

—Olvídese de seguir por ahí.

—Pero me está diciendo que tuvo que ver con la CIA.

—No puedo hablar de ello.

—No me diga que es usted un agente...

—Lo que le digo es que no puedo hablar de ello.

—Y no tiene que hablar: tiene que confesarse.

—Basti, hombre, no me toque las narices, que usted no es cura.

—Soy swami.

—¿Que es qué?

—Doy cursos de meditación dinámica. He estado tres veces en Bombay y allí era el swami Deva Basti. En cualquier caso, veo la semilla que hay en usted, su potencialidad, y no dejo de preguntarme cómo pudo alejarse tanto de su verdadero camino espiritual.

Por muy infantil que sea el hippy, por poco que entienda la pureza cristalina del mal (y menos todavía la estupidez del mal), ya me gustaría a mí descubrir que puede ser normal que la gente se sincere conmigo. En mi interior hay placas tectónicas emocionales que se mueven, y sobre ellas arden velitas de la infancia. Porque sí, querida memoria: hubo tiempos en los que también tuve cierto potencial espiritual. Después de todo, provengo de una familia de pastores luteranos. Incluso mi padre, antes de hacerse pintor, había tenido que estudiar Teología: lo obligó el estricto Großpaping, que tanto deseaba que se hiciera cargo de su iglesia. Llegó a dar el sermón que hace las veces de examen final para ser pastor protestante, y lo superó con buena nota antes de huir de mi despótico abuelo para dedicarse al arte. Así que, genéticamente, desciendo de cuatro pastores y medio, y tal vez no sería casualidad que el círculo se cerrara en este hospital y me encontrara a mí mismo en presencia de este gurú de Kindergarten. No, no sería casualidad. El hippy está convencido de que las casualidades no existen, de que todo obedece a determinadas reglas y todo está conectado. «Tan sólo tenemos que darnos cuenta: una vez que uno encuentra la conexión, se vuelve natural lo que no lo era. Quien quiera encontrarse a sí mismo tiene que encontrar su historia: cuéntame el principio, luego el medio y luego el final de tu historia y entonces verás la conexión.»

Este tipo de cosas dice.

—¡Ya le he dicho que es muy complicado contar ese principio! —le suelto con voz ronca.

—Ése es el sentido de nuestro encuentro, que puedas relatar el principio. Casi nunca encuentra

uno a alguien a quien pueda contarle el principio, es muy difícil: la gente no quiere oír más que los finales.

El hippy niega con la cabeza, triste, y el pelo largo del lado izquierdo se le enrolla en la pipa.

Así pues, continúo con el principio.

4

En los años veinte, mi familia pareció remontar.

Papá consintió en trabajar como profesor de pintura en colegios privados alemanes y, en paralelo, produjo una serie de cuadros con títulos del tipo *Los abrazos de Afrodita* o *Safo en la cama*. Para mantenerlos en secreto ante mamá, en los meses de verano solía viajar durante varios meses a Jutlandia, donde, según su versión, iba a retratar a la nobleza danesa, aunque en realidad se dedicaba a satisfacer sus encargos de escenas pastoriles galantes y más que galantes. Mamá estalló una o dos veces porque regresaba bronceado por el sol, y una memorable mañana de domingo incluso le prendió fuego a un óleo titulado *In flagranti*, de tal suerte que se incendió el taller. Ella misma sofocó el incendio, como si fuera lo más natural del mundo, arrojando por la ventana todos los cuadros en llamas.

Por lo demás, sin embargo, mamá ponía *bonne mine à mauveais jeu*,[17] haciendo como que no se enteraba de nada, a lo que la ayudaba la compostura propia de sus orígenes aristocráticos. Nos sacó adelante con diligencia en los años de penurias sin dejar de ser nunca una cocinera pésima, amante (eso sí) de las tareas del jardín —limitado a los doce metros cuadrados de patio interior— y de cada uno de sus rosales. Jamás hubo en ella nada de filosófico ni de elevado, mientras que papá siempre daba la sensación de estar sumido en hondos pensamientos, aunque lo vieras mudo frente al caballete coloreando pezones.

En medio del derrumbe, mi madre se aferró firmemente a sus orígenes nobles. Encarnaba, por así decirlo, el rancio abolengo báltico, y ni en la mayor de las miserias perdió su actitud de baronesa ni su orgullo de clase. Y no resultaba ridícula en absoluto, sino simplemente una mujer con los pies en la tierra, mientras que mi padre parecía estar en otro mundo, y de un modo bastante morboso. Al menos a los niños nos tomaba en serio: de él procede la bella frase de que los niños siempre saben más de lo que son capaces de decir y los adultos siempre dicen más de lo que son capaces de saber. Tal vez fuera ése uno de los motivos para aceptar que Ev posara para él siendo todavía tan pequeña. Es posible que ya entonces se diera cuenta de que a ella no la afectaría negativamente, sino todo lo contrario: la inspiraría. También conmigo hablaba a veces de una forma que no es la habitual en las personas respetables cuando se dirigen a un niño de once años. Una vez fuimos a pescar al Düna,[18] y tras media hora de estoico silencio frente a sus aguas de color rojo escaramujo dijo en un tono de gran solemnidad:

—No hay modo de saber si los peces orinan: fuera del agua no lo hacen y bajo el agua no

podemos verlo.

Su sutileza se plasmaba en diversos objetos. Me encantaban sus lienzos, que él mismo imprimaba y blanqueaba. La base de yemas de huevo sólo se preparaba en presencia de nuestra cocinera Anna, pues las yemas se tenían que batir como para una tortilla perfecta, y su famosa «imprimación Solm» por lo visto procedía de Jan Vermeer, y entre otros ingredientes llevaba polvo de mármol y cristales de cuarzo. Así conseguía que sus cuadros captasen el reflejo de la luz y la hicieran danzar. Es muy probable que fuera ese blanco resplandeciente lo que me hizo querer ser artista yo también, porque el blanco simboliza la inocencia, y los artistas son las criaturas más inocentes del mundo.

Papá me enseñó que nuestra época extrae sus certezas de la investigación de este mundo, y que el interés en el más allá que había marcado a nuestros antepasados pastores —y a él mismo, que era medio pastor— había sido sustituido por el interés en lo tangible, lo material, lo inmediato, y que es la experiencia de eso tangible, material e inmediato lo que nos conduce a nosotros mismos.

—La individualidad, hijo mío —me decía a menudo—, significa creer en lo que ves.

Por eso es imposible aprender a pintar: sólo se puede aprender a mirar. Yo le debo a mi padre mi capacidad de mirar, poca o mucha. A Picasso no le vino mal que su padre fuera un pintor de cierto renombre y profesor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y así como Pablo aprendió con siete años a mirar de la mano de su padre a su perro *Clipper*, papá me enseñó a observar desde todas las perspectivas imaginables a mi querida *Püppi*, que al descubrir su retrato se puso a ladrar contentísima de encontrarse tan parecida. Papá estaba muy orgulloso de mí porque aprendía deprisa y, aunque no llegué a tener un período azul o rosa (a lo sumo uno negro), técnicamente no tengo nada que envidiar a ese español claramente sobrevalorado, como demuestra el hecho de que, unas décadas más tarde, obtuve pingües beneficios falsificando sus cuadros.

Hub ingresó en la Universidad de Letonia, en Riga, al terminar el bachillerato, como haría yo mismo poco después. Siguiendo el modelo de Großpaping, se matriculó en Teología, aunque, al igual que mi padre y yo, tampoco quería saber nada del más allá. Más tarde ambos nos haríamos miembros de la Curonia, una asociación estudiantil que cultivaba la esgrima, muy popular por entonces. Mi hermano resultó ser un as del florete y se batía en duelo con cuantos se le pusieran por delante. La primera herida que le hicieron la celebró como quien gana la lotería: se arrancó la careta y el resto de los pertrechos, exclamó «¡Hurra!» y dejó al médico plantado en el gimnasio. Goteando sangre, corrió a un hotel cercano donde lo esperaba Ev, quien le cosió la herida después de limpiársela con la lengua, que fue su manera de quitarle hierro al asunto. Por entonces, ella también estudiaba en la universidad el primer semestre de Medicina y quería demostrar lo que sabía, sobre todo a Hub, para quien las universitarias eran unos marimachos

sabelotodo, una idea que, hay que reconocerlo, compartíamos casi todos los demás. Entre risas, Hub le cantaba a Ev, acompañándose con la guitarra, una de nuestras coplillas estudiantiles:

No nos importan un cuerno
vuestros afanes de sabiduría.
Las mujeres no han de hacer poemas,
sino ser ellas mismas poesía.

Tanto en la universidad como en la Curonia, a Hub lo apodaban *Piquito*: ése era su mote oficial porque no se mordía la lengua y no perdonaba una. La idea de que, como futuro pastor de la Iglesia, hay que desarrollar un talante conciliador ni siquiera se planteaba en aquellos tiempos; desde luego, en los Estados Bálticos nos era del todo ajena: el mismo Großpaping había perdido media oreja en un duelo y se había mostrado orgulloso de ello toda la vida.

A mí la sala de esgrima, ese lugar con olor a cerveza, sudor y cuero viejo por donde aparecías resacoso cada mañana para practicar estocadas, marchas y rupturas, no me gustaba nada. Yo nunca participé en ningún duelo, con lo cual, por desgracia, no tengo ninguna cicatriz que pudiera recordarme a Ev. Eso sí: más tarde sentiría muchas veces el aguijón de los celos al ver a Hub sentado en alguna parte, ensimismado, acariciándose con los dedos la fina línea blanca que le quedó en la mejilla. Debo confesar que, además, nunca fui tan aplicado como Hub y mucho menos tuve su legendario éxito con las mujeres. Me faltaba su imponente e inquebrantable autoestima. Hub poseía una autoridad natural tan sólo por su forma de hablar, y brillaba en todos los ámbitos. Poseía una energía irresistible que conquistaba a todo el mundo. Mientras que yo, por lo general, giraba en torno a mí mismo, la pintura, los libros y las afinidades espirituales, él tenía una fuerte vena social y le encantaba estar en grupos que, desde su perspectiva, parecían existir tan sólo para que él sobresaliera o se encaramara a ellos. Sus palabras preferidas eran «tremendo» y «fabuloso», palabras que también describen a la perfección sus logros universitarios.

Desde siempre, cuando íbamos a nuestra pequeña dacha junto al lago Kisezers, en Jugla, Hub fomentaba todo tipo de juegos de mesa: cartas, charadas, parchís... Casi siempre ganaba y, si no, se comportaba como si hubiera ganado. Además, encontraba el momento de ocuparse de los problemas de aquellos que no ganábamos prácticamente nunca, ni en los juegos ni en la vida. Cuando por poco suspendo el examen final del bachillerato porque tenía atravesado el latín, se dedicó a machacar conmigo *De bello gallico* de César. «¡Tienes que hacer un esfuerzo tremendo, Koja!», me repetía hasta el punto de que la frase «Hacer un esfuerzo tremendo» se convirtió en nuestro lema.

Porque, mientras que él, sin poner demasiado empeño, pasó por todos los exámenes de

Teología con la misma facilidad con la que Jesús caminó sobre las aguas del lago de Genesaret, yo era un desastre académico y amenazaba con hundirme.

Mi descabellada ilusión de ser artista como mi padre no tardó en enredarse en las espinas de la realidad. Cierto es que papá me apoyaba y aseguraba que yo tenía talento; de hecho, todos lo creían así, sobre todo Ev, que estaba convencida de que el siglo venidero llevaría mi nombre. Sin embargo, como alemán del Báltico no tenía ninguna posibilidad de que me admitieran en la Academia de Bellas Artes de Letonia, aunque superé el examen de ingreso con la mejor nota de mi promoción. Hecho una furia, papá fue a hablar con Celnin, el presidente de la institución, para reclamarle. Dado que pertenecía al gremio, aunque no fuera catedrático propiamente dicho, lo trataron con el debido respeto, llamándolo «profesor», aunque aquello no fue óbice para que le reiteraran el criterio inamovible de que alemanes y judíos no eran quiénes para dejar sin plazas a los talentos letones.

Así pues, obligado por la situación, trasladé mis ambiciones artísticas a la arquitectura, aunque lo cierto es que los edificios me resultaban tan interesantes como las montañas de escombros. Me veía diseñando carboneras y muros cortafuegos hasta el fin de mis días.

—Lo de los cortafuegos suena interesante, ¿qué es un cortafuegos? —preguntaba Ev.

—Es el muro que se pone entre dos edificios para impedir que se extiendan los incendios, un muro de protección.

—Seguro que hay muros de protección de lo más bonito.

—Los cortafuegos no se ven, Ev.

—Tienes que hacer un esfuerzo tremendo —decía ella entonces riendo—. Que no se te olvide: un esfuerzo tremendo.

Sólo que a mí me resultaba muy difícil.

En cuanto tenía un minuto libre, iba a por el lienzo y los pinceles. Igual que mi padre, lo que más me gustaba era retratar a la gente o, para ser exactos: a personas bellas, es decir, a mujeres.

• • •

Después de morirse *Püppi* (que en cierto modo también era mujer), era Ev quien me hacía de modelo voluntaria. Para mí no era raro verla desnuda, y al pintarla estudiaba cada pliegue de su cuerpo, cada centímetro de su piel y hasta las constelaciones que formaban sus lunares, cosa que me tenía terminantemente prohibido pintar.

Desde que, de pequeña, pasó en mi cama su primera noche en casa habíamos visto nuestros respectivos cuerpos crecer con total naturalidad. Yo tuve una piel bastante mala durante la

pubertad y a Ev le encantaba estrujarme los puntos negros con gesto de máxima concentración, como si estuviera haciendo equilibrios sobre la cuerda floja, y después me mostraba los gusanillos de grasa amarillenta como si esperara una felicitación. Cierta vez que se puso muy enferma, sólo a mi madre y a mí nos permitía que entráramos en su cuarto. Tuvo tuberculosis pulmonar, una «consolidación parenquimatosa en el lóbulo medio», según dijeron los médicos, y aunque estaba entre la vida y la muerte, lo que más la preocupaba era oler mal. No le daba asco nada relacionado con el cuerpo, pero cuando se trataba del suyo le daba vergüenza incluso conmigo. En cuanto entraba en su cuarto me pedía que abriera la ventana, pero estábamos en invierno, así que yo no la obedecía y ella fruncía el ceño en señal de disgusto, pero finalmente consentía en que la consolase, le acariciara el brazo húmedo de sudor y le leyera en voz alta.

Me gustaba el olor acre y resinoso de sus fluidos corporales, el ligero tufo a orines, y eso que hasta hoy me espantan las enfermedades y me gustaría salir hoy mismo de este hospital donde no tenemos más remedio que pasarnos el día vegetando, mi querido y maltrecho amigo. El olor de Ev, en cambio, era para mí la muestra de que seguía con vida, y eso me hacía feliz, mientras que el agua de colonia que mamá le ponía a diario en la frente y el cuello habría olido igual en un cadáver.

En tanto que Ev y yo nos tratábamos como si fuéramos indios del Amazonas y habríamos sido capaces de perforarnos la nariz para ponernos un aro, mi hermano y ella se comportaban con un pudor casi anglosajón. En la playa, por ejemplo, cuando tenían que vestirse o desvestirse mostraban una mojigatería insoportable mientras que, si era yo el que la acompañaba, no era raro que nos quedáramos en cueros y nos echáramos chillando al agua.

Pero en cuanto aparecía Hub, el natural coqueto de Ev desaparecía por completo: en presencia de mi hermano sólo se cambiaba de ropa si cualquier mirada lasciva quedaba descartada por imposible. Durante un tiempo incluso se ponía roja como un farolillo cuando mi hermano o algún otro admirador serio andaban por ahí.

Conmigo siempre estaba relajada y blanca como la porcelana, como si yo no fuera más que un gato doméstico. En la vida le hubiera estrujado un grano a Hub, que por cierto ni siquiera tenía: su piel era tan lisa y sana como el resto de su cuerpo. Aun así, rara vez hacía gala de su condición de Piquito con ella; podía bromear, pero siempre guardando cierta distancia caballeresca que parecía dictada por un pudor parecido al de Ev.

Yo veía claro que entre ambos existía una atracción soterrada y tal vez amenazante. Para él era como si Ev fuera una especie de Loreley ante cuyos cantos tuviera que taparse los oídos, una de esas sirenas devoradoras de hombres de las que Odiseo logró escapar. En cuanto a ella, cuando le

pregunté por qué se trataban de aquel modo tan raro, tan distinto a como nos tratábamos ella y yo, me respondió:

—Él es el papá; yo, la mamá, y tú eres el hijo.

Me pasé una semana sin dirigirle la palabra.

A Ev le dio igual: no reaccionaba al silencio ni a la ausencia; para ella, sólo contaban los gritos y la presencia. Pero eso sólo lo descubrí más tarde. En todo caso, está relacionado con el hecho de que se convirtiera en el motor a la hora de explorar los misterios de la madurez sexual que por entonces nos cayó encima para complicar más las cosas.

Una noche en que papá y mamá habían salido a un concierto con Hub, que era siglos mayor que nosotros y ya formaba parte de un *Corps*, una especie de fraternidad universitaria pensada para miembros de la nobleza, Ev entró sigilosamente en mi cuarto, cerró la puerta y me explicó con gran determinación que tenía que examinar mi cuerpo. Me mandó quitarme el camisón, tumbarme en la cama boca arriba, desnudo, y dejarle contemplar mi sexo. Ella se quedó completamente vestida, todavía con su traje de calle: un vestido de cuadros rojos, una bufanda de color claro y medias blancas. Se sentó a mi lado sin tocarme y se puso a contemplar mi desnudez del mismo modo en que yo contemplaba la suya cuando la pintaba: con todo detalle. Luego, con cuidado, me cogió el miembro y se puso a mirarlo. Segundos después atrajo toda su atención.

—¿Te da vergüenza?

—Un poco.

—Anda ya. Soy tu hermana, delante de mí no tiene que darte vergüenza nada.

—Bueno.

—Se te está poniendo bien grande.

—No quites la mano.

—¿Qué tengo que hacer?

Se lo expliqué. Entonces, se inclinó hacia mí y acercó la cara. Yo podía notar su respiración sobre mi vientre. Miré hacia abajo y descubrí que contemplaba el proceso desde la menor distancia posible, con un interés casi científico. No estaba dispuesta a perderse el más mínimo detalle. Cuando eyaculé, no se apartó, tan sólo entornó un poco los ojos y apretó los labios: era, por desgracia, el mismo gesto de concentración de cuando me estrujaba los puntos negros. Ya era un poco la médica que más adelante llegaría a ser. Mojó el dedo en mi humilde muestra de esperma y se dispuso a probarla, pero notó mi cara de asombro y de pánico y se avino a ahorrarme semejante mal rato con una sonrisa dulce, casi triste. Se quitó una media que me tendió discretamente.

Después nos quedamos tumbados uno junto al otro e hicimos lo que siempre hacíamos en

momentos así: le rezamos en nuestro idioma secreto al crucifijo de plata que llevaba al cuello. Luego, tuve que jurar por mis pintores favoritos, Durero y Botticelli, que jamás le hablaría a ningún mortal de aquel examen médico con resultados fluidos que, por lo demás, había transcurrido a plena satisfacción de Ev.

Se acurrucó a mi lado y me susurró que había encontrado al amor de su vida. Yo estaba increíblemente emocionado.

—Sí —musitó—, Hub es el hombre más imponente, el más maravilloso y el más peligroso de todos.

—¿Hub? —pregunté carraspeando.

Entonces, sin un ápice de vergüenza me describió sus anhelos más cursis y ridículos, que tenían por objeto a mi hermano y que, sin duda, habían alimentado la distancia, el callado respeto, la fuerte desconfianza y las constantes puyitas entre ellos. En cuanto a mí, el más fiel servidor de todos sus caprichos, me veía degradado a la condición de almohada en la que uno recuesta la cabeza para susurrar sus sueños. La gratitud humana no es precisamente la mejor piedra sobre la que edificar nada.

—¿Crees posible que yo también le guste un poco? —preguntó.

—Mmm.

—¿Qué pasa, por qué estás tan gruñón?

—Es tarde. Nuestros padres estarán a punto de volver.

—No estarás celoso, ¿verdad?

¿Qué se responde en una situación así?

—Hub es como de otra raza —continuó—: nunca le llegaremos ni a la suela del zapato. Ay, Koja, mi queridísimo Koja, nosotros dos nos parecemos tanto... Tú también quieres a Hub, ¿verdad?

—Sí, lo quiero.

—Si lo prefieres, me desnudo, ¿prefieres que me desnude?

Puede que le cueste creerme, mi noble y posiblemente aburrido compañero de hospital, pero a mí todo aquello me parecía de lo más normal, puro e inocente, y eso que por aquel entonces nuestros referentes morales no eran ni el festival de Woodstock ni canciones como *Penny Lane*. Se estará preguntando qué tiene que ver todo esto con mi trabajo en los servicios secretos, con el gobierno, la bala que tengo en el cráneo y ese mundo de ahí fuera. Pero usted quería que empezase por el principio y eso es lo que estoy haciendo.

Sigo. Ev y yo nos sentíamos como de otro planeta. Cierto es que admirábamos a héroes como Hub y, en el caso de ella, incluso los deseaba, pero no vivíamos como él, ni como nuestros

padres, ni como Anna Ivánovna, entre la gente de este mundo, sino paralelamente, al margen, y mientras que ellos percibían el mundo como una estructura firme que no se derrumbaría jamás nosotros notábamos que estaba sujeto con tornillos flojos y el viento lo sacudía. Ev y yo éramos marginados, aunque teníamos el don de no parecerlo porque nos insuflábamos fuerza el uno al otro, quizá justamente a través de aquellos tocamientos sin consecuencias que emulaban la costumbre de despiojarse de los chimpancés. Al mismo tiempo, seguro que ese modo de tratarnos, más propio de simios, le habría producido verdadero estupor a cualquiera que nos hubiese visto: los hermanos no se masturbaban juntos en aquellos tiempos. De habernos descubierto en aquel *frejd* (como lo llamaba Ev en yidis: en ese «gustito»), es posible que la hubiesen metido en un internado o incluso expulsado por completo de nuestra familia.

Y el hecho de que yo estuviera en condiciones de aniquilarla creó entre nosotros un vínculo inquebrantable.

Repetíamos aquel ritual cada tanto —con una distancia de meses o incluso de un año— intercambiando los papeles, aunque sin salirnos jamás de los límites establecidos desde el primer momento para esas bacanales secretas y amorales, y es probable que yo me hubiera conformado con seguir así el resto de mis días. Incluso me acostumbré a soportar que luego se pusiera a cantar las alabanzas de Hub elogiando su fuerza de carácter.

Sin embargo, el día que cumplió veinte años Ev me contó que se había enamorado de un flamante doctor en Jurisprudencia. Estaba emocionadísima.

—Tenemos que dejar de hacer esto: seguro que a él no le parece bien.

—Pero si no hacemos nada.

—Dice que jamás se casaría con una chica que ya haya besado a otro.

—¡¿Piensas casarte con él?!

—Está loco por mí, es el hombre más maravilloso que un ser de otro planeta como yo podría desear y yo quiero olvidar a Hub.

—¿Y crees que lo conseguirás?

—Con muchos hijos, sí.

—¿Y cuántos son muchos hijos?

—Él dice que ocho.

—Ocho son muchos, la verdad.

—Él dice que tenemos que multiplicar la raza nórdica porque si no los judíos van a invadirlo todo.

—Oye, Ev...

—¿Qué?

—Eso es una soberana tontería.

—Lo sé, pero él es tan maravilloso...

—Y nosotros no nos hemos besado nunca.

Entonces se produjo un punto de inflexión en nuestras vidas.

Apareció Erhard Sneiper, ese hombre que, con los ojos inyectados en sangre, habría de hipnotizarnos a todos para introducirnos en el paraíso nacionalsocialista, un paraíso cuya existencia ignorábamos hasta entonces, que ni siquiera existía aún, y por el que ni Ev ni yo nos habríamos interesado lo más mínimo aunque hubiéramos creído en la existencia del otro paraíso, con su manzana y su serpiente, pues lo único que nos interesaba a ella y a mí era nuestro propio mundo: éramos como las ostras, que en toda su existencia no conocen más que la perla que va formándose en su interior a partir de su propio nácar.

Ev había conocido a Erhard Sneiper en un baile de la universidad y, aunque él no sabía bailar, se comprometieron en menos de lo que canta un gallo. Si no supiera lo escandalosamente que terminaría esta historia, tendría que reconocer que, si bien Erhard no era precisamente guapo, era un buen partido.

Su rostro anguloso, como de rata lista, y su expresión alerta hacían pensar en la clase de inteligencia que uno reconoce, por ejemplo, en los retratos del cardenal Richelieu. Era delgado, tenía aire de erudito y llevaba gafas (parecidas a las del tal Lennon, ese tipo con cabeza de seta que usted tanto admira). Con su aspecto de anémico, era el polo opuesto de Hub, fuerte y atlético como un mastín. Pero, en su favor, Erhard tenía también una magnífica voz de tenor y un extraordinario don de palabra —que sin duda eran un activo importante para su futuro como abogado—, una memoria prodigiosa y un notable talento político. Conocía a todo el mundo y era muy ducho manejando hilos. Además, amaba a Ev, motivo por el cual yo lo odiaba. Lo trataba con cordialidad edulcorada, pero lo odiaba.

Hub, a pesar de que a todas luces era mil veces más carismático que Erhard, sucumbió de inmediato al encanto del cuñado, dos años mayor. Hasta aquel año de 1931 ninguno de nosotros había oído hablar de un tal Adolf Hitler, y Erhard nos lo describió como si se tratase del rey Arturo. Años más tarde me sorprendió descubrir que el Führer, lejos de parecerse al legendario rey, era una mezcla de King Kong y Charlot, dos personajes del cine a los que conocía bien.

En todo caso, en poquísimo tiempo yo también, como Erhard, me convertí en un buen nazi. Muchos lo hicimos, y sin darnos cuenta, pues convertirse en un buen nazi era muy parecido a

convertirse en un buen cristiano. Es más, de los nazis se sobreentendía que eran buenos: no los había de otro tipo, y el proceso de conversión parecía darse solo.

Nuestra situación política no era de color de rosa, eso también hay que decirlo: una crisis económica mundial nunca es plato de gusto, pero los cascotes de la explosión de Wall Street que salieron proyectados por todo el globo barrieron los últimos restos de optimismo que la minoría alemana de Letonia pudiera haber tenido aún. Erhard agitaba a esa minoría pública y clandestinamente contra el gobierno letón, y pronto empezó a recibir apoyo económico de un tal señor Himmler, de quien yo oí hablar por primera vez en aquel entonces y a quien Erhard fue a ver a Berlín para conspirar. Terminó fundando un partido nacionalista al que llamó el Movimiento y escogió a Hub como su mano derecha: ¿quién mejor para esa tarea que un futuro pastor descendiente de una estirpe de sacerdotes acostumbrados a repartir bendiciones por doquier?

Mi hermano era, primero que nada, un idealista: lo contrario de dos ostras como Ev o como yo. No tenía mayor interés en medrar, lo que quería era ayudar a salvar el mundo, como suele ser habitual en los hijos de familias de pastores protestantes. Su testarudez, heredada directamente de Großpaping, se convirtió en celo: le encantaba apasionarse por causas que requirieran de su inflexibilidad. La volubilidad y la indecisión eran mis talentos, no los suyos. Movido por la fe en un bien absurdo del que, en realidad, no había traza en el movimiento, excepto en la embriaguez de nuestro propio entusiasmo, mi brillantísimo y extraordinario hermano se sumó a Erhard y, para mi sorpresa, aceptó ser su segundo pese a que el segundón por antonomasia era yo.

Pero Erhard también se acercó a mí. Una mañana se presentó sin más en el taller de papá, donde yo me había refugiado para ver si podía terminar de una vez un boceto de una villa de Palladio. Cuando alguien me habla, yo le miro a la boca, no a los ojos, pues como pintor soy capaz de reconocer cómo la curva de una boca hace patente el desinterés o la ternura —mi oficio consiste justamente en poder dibujar esa clase de cosas—. Un ojo se puede pintar como una canica recubierta por un velo de finísimo cuero: no refleja nada más que el ángulo del sol, en cambio los labios de Erhard me revelaron su engreimiento mientras posaba sus huesudas asentaderas sobre mi mesa de dibujo.

—Koja —me saludó respirando entre las sílabas: «Ko», respiración, «ja».

Yo dejé el lápiz a un lado e hice lo que él esperaba: levanté la vista para mirarlo.

—Sé por Ev que no sientes mucho aprecio por los uniformes.

—¿Qué uniformes?

—La manera a veces un tanto ruda que tiene Alemania de abordar los problemas, tú me entiendes.

—Puede ser.

—Créeme que te comprendo: la primera vez que asistí a una convención del Partido en Múnich... —Aquí bajó el tono de voz y levantó una mano, y su boca me reveló que no sabía cómo entablar una conversación en medio de todos aquellos cuadros salaces de mi padre— me dio cierta... cierta repulsión. —Se bajó discretamente de la mesa para quedarse de pie a mi lado y me dio unas palmadas en el hombro. Pretendían ser casi alegres, como quien llama a una puerta —. Pero por favor no olvides que se trata de la supervivencia de nuestro pueblo: de un bien amenazado por un gran mal.

—Erhard... —empecé a decir, pero me interrumpió apretándome el hombro con fuerza.

—Sí, sé que tu familia ha conocido ese mal, sé lo que los letones le hicieron a tu abuelo. Y eso mismo intentan hacer con los alemanes que aún vivimos en el país; precisamente por eso tenemos que defendernos, Koja. ¿Lo entiendes? ¡Debemos ofrecer resistencia!

Hacía aquellas breves pausas al hablar que tan buenos resultados les daban a los demagogos de pacotilla por aquel entonces, y luego me repitió la palabra «resistencia» al oído susurrándola apenas, casi ensimismado, como si fuera el mismísimo conde Cagliostro revelando el ingrediente más secreto de alguno de sus misteriosos bebedizos. Finalmente añadió con voz untuosa:

—Sólo hay un hombre en Europa que no se contenta con quedarse de brazos cruzados.

Entonces me soltó y dedicó un rato a ir de aquí para allá en el taller fingiendo interés por las imágenes pastoriles y las *fêtes galantes* que recubrían las paredes. En un momento dado se detuvo a contemplar un tarro de cristal lleno de polvo rojo y me preguntó qué era, a lo que respondí que quinientos años antes los conquistadores de América habían aprendido a aplastar unos bichos para obtener un pigmento de un rojo vivo, y así conseguí apartarlo del tema durante unos instantes, aunque la historia de la grana cochinilla no le importaba en absoluto. Contemplé hablar de Ev, pero eso no podía traer consigo nada bueno, así que me alivió escuchar que proseguía en tono amable:

—Tu hermano me ha contado lo que las manzanas simbolizan en tu familia. Cuandoquiera que te decidas a mostrar algo más que mera simpatía por nuestra causa... cuando la consideres algo más que una manzana, acude a hablar conmigo. —Me dedicó una sonrisa llena de promesas y concluyó—: Verás cómo tu vida se vuelve mucho más emocionante.

¿He insistido ya en cuánto odiaba a Erhard Sneiper?

En algo tenía razón: mi vida hasta entonces había sido cualquier cosa menos emocionante, más bien parecía una larga siesta. Continuaba a trancas y barrancas los estudios y terminaba como buenamente podía los bocetos de Palladio, me divertía en la Curonia y navegaba a vela en mis muchos ratos libres —una pasión recién descubierta—, leía mucho, montaba en motocicleta

—a lo que había aprendido poco antes— y durante los veranos pasaba el tiempo pintando en Jugla, en una casita de madera que había diseñado y construido para mis padres: el único resultado tangible de una carrera de Arquitectura que a mí me costó muchos años y a mi padre gran parte de los ingresos procedentes de sus encargos de moralidad dudosa. Mis ambiciones artísticas se encaminaban hacia un callejón sin salida, aunque eso no queríamos verlo ni papá ni yo.

La gran capital que era Riga ofrecía numerosas distracciones para estudiantes mediocres como yo: una vida nocturna casi como la de los tiempos de los zares, con abundante vodka, champán, zíngaros y cocheros que te esperaban a la puerta de los locales; cabarets, teatros de varietés, fiestas locas y estimulantes en la Sala Foxtrot o en el Alhambra, preciosos burdeles donde una y otra vez me topaba con frescos de mi padre. Es posible que fuera la mejor época de mi vida, a pesar de que, como todas las inercias, también exudaba melancolía. La ciudad, con sus tranvías anticuados y traqueteantes, sus barquitos de vapor —que hacían sonar lánguidamente sus silbatos mientras navegaban por el Düna—, las gaviotas que planeaban graznando sobre los bulevares, se había convertido en una especie de Barcelona del norte, impregnada de la clase de atmósfera cosmopolita que quizá haya conocido usted en París. Costaba imaginar que, tan sólo unos años antes, en aquellas mismas calles habían muerto de hambre y de frío miles de personas.

La Kalkstraße, en el casco antiguo de la ciudad, era un revoltijo de comercios letones, judíos, alemanes y rusos. La zapatería Beck era famosa por sus importaciones de calzado inglés, y enfrente estaba la tienda de vinos y ultramarinos Schaar & Caviezel, propiedad de judíos suizos; a la derecha, en la esquina, el Club Ulei, un centro cultural ruso, y un poco más allá el Teatro AT: un cine que más parecía una confitería y donde daban todas las cursiladas de Lilian Harvey. Al final estaba la esquina ideal para los golosos, con la chocolatería letona Kuze a la izquierda y la famosa pastelería alemana Otto Schwarz a la izquierda... y enfrente, el gigantesco reloj Laima, punto de encuentro de la juventud de Riga, donde solíamos quedar con los amigos.

A pesar de todo, la capital de Letonia no era lo que llaman un crisol de culturas ni un lugar de asimilación. No: Riga no era Nueva York; más bien Ciudad del Cabo... por lo del apartheid, quiero decir. Las distintas nacionalidades y culturas no se mezclaban; cada una se autogestionaba, tenía sus propios diputados en la Saeima —el Parlamento letón—, sus propias escuelas, su propio club deportivo... Había un club de vela letón, otro de los alemanes del Báltico y hasta uno judío. Ni siquiera las gorras de los uniformes de los escolares eran iguales, sino del color correspondiente al origen de cada cual: los que íbamos a la escuela alemana llevábamos gorra verde; los judíos, azul claro; los rusos, azul oscuro; los letones, de un rojo oscuro como el

de las manzanas Herbstkalvill —o eso me parecía a mí—: el color de su bandera; y también había gorras estonias y polacas.

Eso explica que Hub y yo en realidad no saliésemos nunca de los círculos alemanes de Letonia: vivíamos en un enclave donde no había lugar para los ritmos negros, la *chançon* francesa, el folklore letón o los cantos corales judíos. No había más que canciones alemanas, bailes alemanes, clasicismo alemán, literatura alemana, historia alemana y una ciudad alemana hasta el tuétano.

A esa esencia teutona estuvo dedicada la velada cultural que terminó por cambiar mi vida para siempre. Le parecerá una exageración, mi querido amigo swami, pero no lo es. Hub y Erhard habían alquilado el local del circo Salomonski en la Elisabethstraße, pero, en lugar de acróbatas, funambulistas, payasos, leones y elefantes amaestrados, varios coros de férreos seguidores del Movimiento ofrecerían un programa de cantos edificantes en la línea de *Cuando desfilamos*: esa marcha que glorifica al ejército alemán.[19] Lo mejor de la sociedad alemana del Báltico estaba invitado, es decir: las diez mil personas que formaban la clase alta.

Esa misma tarde, después de la comida, papá se quejó de que no se encontraba bien. Ev le preparó una infusión de camomila, le tomó el pulso y le aconsejó guardar cama, cosa a la que mi padre se negó. Quería salir, sobre todo porque iban a actuar muchas ninfas de su clase —desde luego, enseñaba en una escuela sólo para chicas y recibía muchas cartas con aroma de lavanda, pese a sus casi setenta años y su aspecto de Mark Twain.

Yo estaba a punto de cometer una estupidez mayúscula, pues el odio siempre viene acompañado de imbecilidad, pero nadie sospechaba nada. Ev se había llevado a casa la camisa blanca de Erhard: la típica camisa blanca que se pone uno para una velada cultural, la había lavado amorosamente y después tendido a secar en una cuerda justo delante de mi ventana. Tal vez me irritaba que me tapase la vista, tal vez me torturaban los habituales aguijonazos de resentimiento, tal vez me disgustaba, sin más, aquel blanco hipócrita. El caso es que la semana anterior papá y yo habíamos tenido uno de nuestros «días de mezclas» que dedicábamos a la preparación de las pinturas siguiendo el procedimiento tradicional de los antiguos maestros. Mi padre despreciaba la pintura ya preparada y en tubos, y tenía sus propias recetas para mezclar los pigmentos con aceite de nuez, huevo, cera, cola, alas de insectos machacadas, cal, bórax o trementina y convertirlos en emulsiones capaces de conservar el brillo durante siglos. Aquel día me había mostrado un preparado de limón, carbonato de amonio y barniz de aceite de linaza, que se utiliza como imprimación y que, una vez aplicado sobre el lienzo blanco y completamente seco, adquiere el tono marrón saturado y cálido que caracteriza, por ejemplo, los cuadros de Rembrandt.

Mi futuro cuñado no me había hecho nada —más que arrebatarme a Ev—, pero yo sentía que aquella camisa blanca que resplandecía ante mis ojos me estaba pidiendo a gritos una buena capa de la fórmula mágica de mi padre y, como no podía ser de otro modo, disfruté mucho embadurnándola. Poco después Ev la destendió tras hacerme un guiño sin sospechar el acto ignominioso del cual yo ya había empezado a arrepentirme en lo más profundo de mi ser.

Al comienzo de la velada cultural en el circo Salomonski —que olía a almendras tostadas, serrín y excrementos de caballo— Erhard pronunció un exaltado discurso nacionalista de pie en la tarima de la orquesta. Estaba flanqueado por dos valientes cornetas que, a su señal, tenían que tocar una fanfarria como la del pregón del carnaval de Maguncia. Esos dos músicos y él mismo eran los únicos que no podían ver cómo el impoluto cuello blanco de su camisa iba transformándose en caca bien planchada. Daba la impresión de que el buen Dios en persona estaba haciendo de vientre sobre ella. Los niños sentados aquí y allá empezaron a reír y el público se quedó de piedra; los jóvenes del Movimiento que rodeaban la pista en posición de firmes de pronto dejaron de estar tan firmes. De reojo, advertí que Ev, horrorizada, se tapaba la boca con las mismas manos con que tan amorosamente había lavado y planchado la camisa de su novio.

En aquel momento mi padre se puso de pie y yo, que estaba bien entrenado en leer los labios, vi en ellos unas furiosas ganas de vivir: pequeñas pompas de saliva sobre una sonrisa beatífica que no casaba en absoluto con la situación. Tenía las mejillas rígidas, al igual que la prominente mandíbula. No puedo asegurarlo, pero creo que se volvió para mirarme antes de caer sobre los espectadores de enfrente visiblemente desconcertado ante aquel ataque de apoplejía. La camisa color caca de Erhard desapareció entre los gritos de la multitud.

Desde aquel día, papá quedó hemipléjico.

Sólo su frente, aquella frente alta surcada por gruesas venas, permaneció igual; el resto de su rostro se asemejaba a una vela derretida: torcido, con la boca abierta. Ya nunca pudo volver a hablar. Acabó en una silla de ruedas y mamá tenía que darle de comer como a un niño pequeño. Yo siempre había sido el preferido de papá, mientras que Hub era el de mamá —en casa siempre hubo una clara división entre los de corazón blando y los de cabeza dura, dos líneas que se cruzaron en el destino de Großpaping—. Mi padre era el que creía en mí, de modo que, al perderlo a él, perdí también mi vocación mesiánica.

Me refugié en mi cama y pasé tres días temblando en la penumbra.

Cierto: nadie se había enterado de mi absurda gamberrada, que habría sido casi imperdonable

en un chiquillo de doce años, no se diga en un miembro de la Curonia en condiciones de batirse en duelo y cursando el decimocuarto semestre de la carrera de Arquitectura, pero no estaba seguro de que aquella desgracia no viniera de mi mano, aquella mano entrenada por mi padre y clandestinamente impregnada de aquella imprimación. Por momentos habría querido cortármela.

Mamá quedó reducida a cenizas. Ev se distraía ocupándose de cuestiones médicas y a Hub lo ayudaba el alcohol que pretendía darle a papá y que al cabo se bebía él mismo. Yo me figuraba que a mi padre le gustaba tomar la mano de Hub entre las suyas durante largo tiempo, mientras que nunca buscaba la mía. En sus ojos, ahora turbios y pastosos, no volví a percibir ni un ápice de aquel constante calor que envolvía a las mujeres, a los niños y a los que eran todavía más débiles que él, en especial a mí.

Eso se había esfumado.

De un día para otro nos quedamos sin recursos económicos. La bancarrota se nos vino encima como una catástrofe natural no sólo porque los cuidados y medicamentos que necesitaba mi padre costaban una fortuna, sino porque nos vimos privados de sus ingresos oficiales y extraoficiales, y no teníamos otros.

Ev se vio abocada a interrumpir sus estudios de Medicina; Hub, pese a sus brillantes notas, sólo consiguió un modesto trabajo como encargado de un albergue de los scouts cristianos que a duras penas le daba para mantenerse a sí mismo; mamá no sabía hacer nada más que guantes de ganchillo —aunque en secreto contempló la devastadora posibilidad de trabajar de lavandera—: estaba claro que yo, que estudiaba Arquitectura sin ninguna perspectiva de conseguir el título, tenía que dejar la universidad y aceptar el trabajo que fuera para ayudar a que la familia saliera adelante. No quería, bajo ningún concepto, que Ev renunciara a ser médica.

—Qué más da —decía Hub—, Ev tendrá la vida solucionada en cuanto se case con Erhard. Es mujer, y además guapa. No necesita una carrera. Tú sí.

—Pero ella es la mejor de su clase y yo el peor.

—Pues eso tiene que cambiar.

Sin embargo, mi situación en la universidad no tenía arreglo, como aceptó el propio Hub después de enterarse de los detalles: me faltaban casi todos los exámenes de las asignaturas básicas, y sólo para llegar a la reválida habría necesitado un mínimo de dos semestres más, para los que no teníamos dinero ni de dónde sacarlo.

La propia Ev estaba dispuesta a sacrificarse por nosotros: ya había conseguido un empleo de secretaria en la naviera White Star Line con el cual podría mantenernos.

—Koja —me dijo con dulzura—, tus padres me acogieron en su familia y me salvaron la vida.

Ahora me toca a mí salvarlos, y estoy en condiciones de hacerlo. Tú acabarás la carrera, ¿de acuerdo? Si no, mamá será todavía más desgraciada de lo que ya es.

Yo me enfadé tanto que esa misma noche la pinté como Salomé. Era un cuadro con muchos marrones y rojos, una erupción de cabello castaño rodeado de mariposas doradas y una mano estirada de la que colgaba la cabeza de un san Juan Bautista con mis rasgos.

No me quedaba otra que ir a ver a Erhard y recordarle la oferta que me había hecho. Eso hice, y él me citó para una reunión dos días más tarde.

Nos encontramos en un rincón del café Otto Schwarz, en presencia de Hub, cosa con la que yo no había contado. Vi sus siluetas acercarse a contraluz entre las mesas y luego sentarse frente a mí, de modo que no podía verles las caras —para colmo, no se quitaron el sombrero—. El sol sólo les iluminaba las manos puestas sobre la mesa.

—Me alegra que hayas venido, Ko —respiración— ja —empezó a decir Erhard mientras yo me esforzaba en no interpretar los movimientos de su boca en las sombras—. Claro que tendríamos un trabajo para ti, y mis contactos con los altos cargos del Reich garantizarían que tus ingresos alcanzaran para cubrir tus gastos y los de tus padres.

—¿Y dónde está la trampa?

Erhard se echó a reír y yo pensé que así debía de reírse por las noches con Ev. Tenía un diente de oro, y ella me había contado que sus orgasmos eran breves y espasmódicos.

—No hay ninguna trampa. Lo único que tienes que hacer es jurar lealtad al nacionalsocialismo; de otro modo, ¿cómo podrías esperar que el nacionalsocialismo fuera leal contigo?

Yo me quedé mudo, así que Hub intervino:

—Koja no suele mostrar sus sentimientos, pero yo lo conozco muy bien y te aseguro que está eufórico.

—¿Y tú, Ko —respiración— ja? ¿Tú te conoces bien?

—Eso ni se pregunta —repuse yo—. Y lo que conozco está de vuestro lado.

A Erhard no le gustó mi respuesta. Juntó las manos iluminadas por el sol, ladeó ligeramente la cabeza y se subió un poco las gafas; todo parecía un tanto estudiado. Dio la sensación de que reflexionaba un rato, miró a Hub y carraspeó con mala cara.

—En fin, nuestro Movimiento sigue creciendo. Necesitamos ofrecer un liderazgo serio a los jóvenes: demasiados chicas y chicos alemanes son scouts cristianos o se han unido a esos desaliñados Wandervögel.[20] Hace falta una firme columna vertebral política.

Sí, sí, usted se ríe, mi querido vecino de cama de hospital, pero eso de la «firme columna vertebral política» no fue lo más absurdo que tuve que escuchar en aquel día memorable.

—Lo que necesitamos es una herramienta realmente poderosa: una organización que dirija a todos los jóvenes alemanes de Letonia hacia un mismo objetivo, unas Juventudes Hitlerianas, aunque sin Hitler, claro. Los letones no deben sospechar nada, por lo que se requiere cierto talento conspirativo... o, mejor dicho, diplomático.

—¿Se trata de acabar con los scouts cristianos? —pregunté—. Pero si tú trabajas para ellos, Hub.

—No se trata de acabar con nadie —gruñó mi hermano—, sino de que todos nos unamos: es lo contrario de acabar con nadie.

—¡Ahí lo tienes! Por eso creo que no hay nadie más adecuado que Hub para guiar a nuestra juventud hacia otros horizontes: él tiene el don de convencer.

Con su entusiasmo, Erhard golpeaba el duro cascarón de mi soledad sin lograr romperlo. Jamás me había sentido más culpable, jamás me había resultado tan indeseable la ayuda de alguien, así que, para distraerme, me puse a pasear la mirada por el café preguntándome si no sería mejor hacerme camarero, pianista de bar o darme a la bebida.

—Lo que Erhard quiere decir es que voy a dedicarme profesionalmente a servir al Movimiento —insistió en explicarme Hub.

—¿Ya no vas a ser pastor?

—No, no voy a ser pastor.

—¡Va a ser alemán! —intervino Erhard como quien dice algo de especial relevancia.

—Exacto: voy a ser alemán, y tú podrías empezar como mi segundo.

—Entiendo: tú un ex pastor alemán y yo tu segundo.

Erhard se puso tenso al instante, una honda arruga apareció en su frente y su voz adquirió un tono metálico.

—Hablemos bien claro, Koja —dijo, esta vez sin separar las sílabas—: hay muchas personas en nuestro Movimiento con más méritos que tú, él salario es bueno..., además, tú mismo has acudido a nosotros porque necesitabas ayuda para salir de una situación difícil.

Arrimó hacia mí su silla como un veterinario que se dispone a inseminar a la hembra de turno y la luz le iluminó por fin la cara.

—Lo primero que nuestro Führer espera de su gente es que seamos trabajadores, y tú no lo has sido precisamente en los últimos años. En segundo lugar, espera lealtad, así que no hay lugar para tus estúpidas bromas. Si no estás dispuesto a ayudar a tu hermano a formar a jóvenes alemanes a gran escala en Letonia, basta con que nos lo digas. Eso sí, haz el favor de decírnoslo, Ko —respiración— ja.

Yo miré su camisa blanca y, a decir verdad, pese a las trágicas consecuencias de aquella

fatídica tarde en el circo, deseé que se pusiera marrón. Incluso tenía delante una serie de bebidas que podían contribuir a ello.

—Koja, por favor, hagámoslo juntos —me imploró mi hermano—. Los dos necesitamos ese trabajo o lo tendremos muy difícil para salir adelante. Y nuestros padres también lo necesitan, ¿y qué me dices de la alegría que se llevará Ev?

Así fue como, a la edad de veinticuatro años, me convertí en uno de los líderes de las Juventudes Alemanas de Letonia a tiempo completo. Hub era el rostro de nuestra organización y escribía los discursos. Su tarea consistía en sentar las bases del Movimiento. Ninguno de nosotros había formado parte nunca de ninguna agrupación juvenil de ese tipo, más allá del breve período de Hub como encargado de un albergue, y, a nuestras edades casi matusalénicas, teníamos que ponernos al día en asuntos como ir de campamento, montar tiendas de campaña, encender fogatas y pasar lista de madrugada.

Hub me explicó que haríamos un curso de capacitación sobre el Reich en la escuela de cuadros de las Juventudes Hitlerianas en Potsdam. Mientras tanto, para acostumbrarnos a la vida al aire libre, nos fuimos de campamento con otros jóvenes germano-bálticos. Hub estaba en su elemento: los grupos siempre le habían encantado.

En cuanto a mí, sólo me molestaban las constantes lluvias.

Pronto quedó claro que lo mío era quedarme en segundo plano y ocuparme del trabajo organizativo. No puse objeción: quería que me vieran como una persona firme. Pero no era suficiente porque ser miembro de las Juventudes Alemanas de Letonia significaba desfilar formando una columna —nada de formar grupitos—. Significaba disciplina, sumisión, obediencia. Nada de chapuzas ni de hacerse el remolón o el vago, nada de escaquearse o distraerse charlando, nada de revistas o canciones de moda. Nada de disculpas, condolencias o finales felices. No había lugar para aspirantes a pintores o escritores, ni para erotómanos. Nada de hachís, LSD, rock and roll, palitos de incienso, túnicas de batik ni ninguna de esas otras cosas que a usted tanto le gustan, mi querido swami Basti, señor de las flores. No habrían despertado entusiasmo, más bien habrían desencadenado un pogromo.

Yo me hice cargo de las actividades culturales, ocupándome de que aquellos jóvenes espartanos visitaran alguna vez un teatro o pusieran en escena una obra; de que maltocaran la guitarra y pintaran del natural; es decir: me ocupé de lo que en el Ática constituía el cultivo del ocio.

Hub, por su parte, además de ejercer sus funciones como líder, se entregó al jiu-jitsu y la religión, una mezcla que a él le exigía bastante desde un punto de vista físico y espiritual y que a

mí simplemente no me cabía en la cabeza. Por primera vez se produjo entre nosotros algo que podríamos describir como «fricción»: hasta entonces siempre habíamos compartido la misma opinión en todo y, cuando no era así, al otro le daba igual.

Una de nuestras primeras misiones consistió en reorganizar los diversos subgrupos del Movimiento, que en adelante se denominarían «tribus» y tendrían nombres harto patrióticos. Estaban la tribu Sigfrido y la tribu Hagen, la tribu Arminio —nombre que nos pareció demasiado romano, por lo que poco después hubo que rebautizarla como Hermann der Cherusker, aunque finalmente, tras el pacto entre Hitler y Mussolini, volvió al nombre latino para subrayar el hermanamiento entre ambos pueblos—, la tribu Andreas Hofer y las tribus Gebhard Leberecht von Blücher y Otto von Bismarck.

Yo reivindiqué que hubiera al menos una tribu que, en vez de subrayar la dimensión marcial de nuestra patria alemana, rindiera homenaje a su dimensión espiritual y Hub prometió que se lo pensaría. Al cabo de dos semanas en las que echó por tierra todas mis propuestas (tribu Fausto, tribu Martín Lutero, tribu Juan Sebastian Bach), un día irrumpió resplandeciente de gozo en la casa donde estábamos instalados y exclamó:

—¡Apfel!

—¿«Apfel»? ¿«Manzana»?

—Tribu Apfel. Lo tiene todo: es la fruta alemana por antonomasia, simboliza el sentimiento alemán, etcétera, etcétera.

Yo me limité a mirarlo entornando los ojos.

—Claro —prosiguió—, y también contiene la esencia de Großpaping, es decir: la historia báltica, el arrojo báltico, el espíritu báltico.

—¿Eres imbécil?

—¿Por qué?

—Tribu Apfel. ¡Por favor, es ridículo!

—¿Qué tiene de ridículo?

—Man-zana *in corpore sano*... ¿no lo has oído nunca?

Hub reflexionó durante un rato negando con la cabeza y luego, como quien grita «*eureka*», exclamó jubiloso:

—¡Un proverbio acertadísimo! ¡Razón de más!

Yo me pellizqué el tabique de la nariz, un gesto que mi padre solía hacer y que yo echaba de menos en él desde que estaba hemipléjico.

—No puedes pretender en serio que le pongamos ese nombre a un grupo de personas mayores de tres años y que ya controla los esfínteres.

—A Erhard también le parece bien.

—¿Hablas con Erhard antes que conmigo?

—Ha sido casualidad, en serio. Me lo he encontrado abajo, en la puerta.

—Vamos a ver, Hub. Ese símbolo remite a algo que sólo tú y yo entendemos: nuestro dolor. Para el resto de la gente, que ni conoce nuestro dolor ni mucho menos lo comparte, una manzana no es más que una manzana: llamar Apfel a una tribu es simplemente indigno.

—¿Indigno? ¡Pues tú propusiste que hubiera una tribu Minna von Barnhelm, como el personaje que da nombre a esa comedia de Gotthold Ephraim Lessing!

—¿Y qué tiene de malo esa comedia? ¡Habla de la dignidad de las mujeres alemanas!

—¿Y tú crees que a los que les toque desfilar como parte de la tribu Minna von Barnhelm se van a sentir más orgullosos que si lo hicieran en una tribu nombrada a partir de una fruta que simboliza la esencia misma del pueblo alemán?

—Entonces al menos ponle tribu Roter Herbstkalvill, así ni Dios sabrá a qué se refiere el nombre.

—¡Claro que no! «*Rot*» es «rojo»: ¡el color de los comunistas!; «*Herbst*», «otoño»: una estación inequívocamente decandente, ¿y no sabes que «*Kalvill*» significa «gorro de invierno» en finés, idiota?

Nos peleamos como rara vez nos habíamos peleado por una banalidad, pero al final conseguimos ponernos de acuerdo en tribu Reichsapfel, que bien podría querer decir «manzana del Reich», pero que significa «orbe o globo imperial»: uno de los símbolos que aparecían en las insignias imperiales de los emperadores y reyes del Sacro Imperio Romano Germánico, pero el caso es que las intenciones originales se perdieron por completo.

Al poco tiempo, apenas unos meses después de que Hitler tomara el poder, Hub y yo viajamos a Berlín en el tren expreso. Cuando llenamos la solicitud del visado tuvimos que indicar el destino y el motivo de nuestro viaje; escribimos «Berlín» y enseguida: «visitar museos». El gordo funcionario de la aduana nos miró de arriba abajo con gesto suspicaz y nos gruñó en nombre de su gobierno que, una vez que cruzásemos la frontera, no debíamos incurrir en el delito de visitar museos contrarios al espíritu del régimen letón. Esperó a que ambos asintiéramos con la cabeza en señal de sumisión y luego nos estampó enérgicamente el sello en el visado.

Pasamos una semana del todo contraria al régimen letón en la bella Potsdam y su reluciente escuela de cuadros de las Juventudes del Reich. Aprendimos cómo guiar a los jóvenes y despertar su entusiasmo, asistimos a conferencias sobre raza, geografía, higiene sexual e incluso sobre cómo izar correctamente una bandera, y al final nos regalaron un montón de cornetas para las fanfarrias de los desfiles militares.

—¡A ver cómo pasamos esta chatarrería por la aduana! —dijo Hub entre suspiros.

Finalmente, el último día, tras preguntarme si me sabría mal perderme el seminario titulado:

Vivir lealmente, luchar sin rendirse, morir sonriendo —a lo que yo contesté que podría soportarlo—, me propuso que hiciéramos novillos para quedar con uno de sus compañeros en el centro de Berlín. Hacía un día cálido y sin nubes, y de aquella supuesta Babilonia que era Berlín no había atisbado yo más que el andén de la estación de trenes.

Nos bajamos en la estación de cercanías de la Potsdamer Platz y no se imagina usted lo que era aquello: al instante el andén se convirtió en una especie de afluente del Amazonas donde cada persona era una gota arrastrada en una dirección o en la opuesta, daba igual. A nuestro alrededor y sobre nuestras cabezas todo era estrépito y vocerío. Había rótulos publicitarios de pasta dentífrica Chlorodont y lácteos Bolle con letras de metros de altura pintados en gigantescos autobuses de dos pisos que se deslizaban por la calle como acantilados móviles. Allí ya no había coches de caballos traqueteando por la calzada como en la decrépita Riga; allí, al son de una *big band* de motores, los tranvías ofrecían un confuso número de ballet entre chispas que volaban por los aires.

Hub no había querido decirme adónde íbamos, pero a mí me parecía bien cualquier cosa. Como nos quedaba algo de tiempo, nos echamos al cuerpo una limonada mientras el célebre semáforo pentagonal, a nuestras espaldas, nos miraba como un robot desde las alturas. Luego, entre una masa de gente, cruzamos al otro lado de la calle en dirección a lo que llamaban la Haus Vaterland, la Casa Patria, pero el torrente que expulsaban los enormes extractores de aire, oloroso a humo, perfume y cerveza, por poco nos tira al suelo. Y ni hablar del tufo que imperaba dentro. El caso es que en la puerta nos recibieron dos sonrientes guerreros bantúes con aros en la nariz que nos pusieron en las manos unos volantes de «la sala de baile más grande del mundo», pero nos dirigimos al café situado en la planta de abajo. Tenía un aforo de dos mil quinientas treinta y dos personas sentadas, pero no quedaba lugar para un par de buenos nazis del Báltico que luego se pasearon con los ojos como platos frente a la bodega española, el café turco, la taberna vienesa, el bar Arizona y varios otros lugares adornados como burdeles de *Las mil y una noches*, con frescos que bien podrían haber sido de mi padre con unos cuantos vodkas de más. Para las personas comprometidas a no hacerse el remolón ni el vago, a no escaquearse ni distraerse, a pasar de las revistas y las canciones de moda; en resumen: a alejarse de cualquier diversión, la Casa Patria era, sin duda, el infierno en la tierra.

Hub me arrastró de nuevo a la calle. Obediente, caminé a su lado como un corderito y me bajé de la acera, con lo que por poco me atropellan. De una tienda de aparatos de radio brotaba, a todo volumen, la voz de Hans Albers:

Avión, dale al sol mis saludos...

A mi lado, una corista que salía de la peluquería me sonrió mientras coreaba

saluda a las estrellas, saluda a la luna.

Y desapareció entre un tropel de gente.

La vida es como surcar el aire,
y al final no encontrarse con nadie en el mundo.[21]

Hub y yo recorrimos unos quinientos metros bajando por la Saarlandstraße. Luego giramos para tomar la Prinz-Albrecht-Straße. Primero pensé que Hub se dirigía hacia el Museo de Prehistoria e Historia Antigua, donde se guardaba el tesoro de Príamo, lo que habría cuadrado con lo que prometíamos en nuestro visado letón.

Sin embargo, sólo pasamos por delante y seguimos hasta el edificio contiguo, mucho más grande —cinco plantas orientadas al norte— y de arquitectura más refinada, que resultó ser el cuartel general de la Gestapo, según pude deducir por la placa de metal pulidísimo en la que se reflejaba un agente de las SS en posición de firmes: GEHEIMES STAATSPOLIZEIAMT BERLIN, Oficina de la Policía Secreta Estatal, Berlín.

Me paré en seco. Aún resonaban en mis oídos los jirones de la canción de moda que acababa de escuchar y que no me había servido precisamente como preparación para aquel rótulo. Hub me agarró del brazo y me hizo entrar.

En el interior reinaba un silencio gélido. Por todas partes había esculturas de bronce, adornos de estuco, murales... y a toda aquella decoración se sumaban unas majestuosas plantas en grandes macetones. La atmósfera de grandilocuente distinción de aquellos pasillos resultaba incluso intimidante, y la sensación de incomodidad sólo creció cuando descubrí a Erhard Sneiper sentado en un sofá de cuero del vestíbulo con las piernas cruzadas, sonriéndonos. Nos estaba esperando. Cortés, se levantó como los *gentlemen* en los clubes de caballeros británicos y, de hecho, dejó a un lado el *Times* que estaba leyendo y que sólo hubiera podido leerse sin despertar sospechas justo allí, donde, por otro lado, no lo proporcionaban.

¿De dónde lo había sacado él?

—Muchos recuerdos de Eva, está en el hotel Adlon.

Ya estaba claro de dónde había salido aquel periódico.

—¿Ev está aquí? —pregunté como un bobo.

No me había comentado nada. Miré a los dos caballeros con los que estaba, uno con refinada pajarita (Erhard), otro con una corbata de baratillo (Hub) y me invadió un sentimiento difícil de describir. «Desazón» no sería la palabra correcta; era como si, en medio del Caribe, en vez de encontrar exuberancia tropical nos topáramos con un iceberg.

—¿No has preparado a tu hermano? —le dijo Erhard a Hub con cierta acritud.

—Aún no estaba listo.

—¿Qué pasa? —quise yo saber.

—Vamos a conocer a quien nos da trabajo.

—¿La dirección de las Juventudes del Reich también está en este edificio?

Los dos se me quedaron mirando fijamente. A pesar de las numerosas palmeras en sus respectivos macetones, aquello no tenía nada que ver con el Caribe. Erhard se apartó a un lado con tacto para que Hub pudiera inclinarse hacia mí y decirme en voz baja:

—A ver, Koja, no creerás que nos pagan un sueldo tan estupendo por organizar juegos de campamento y cantar el himno del Partido.[22]

Vuela, y más rápido vuela...

—¿O sí?

giran las hélices como tú quieras.

—¡¿Eso creías?!

Los pilotos pueden hacer de todo,
a fondo acelera y recorre la tierra.[23]

Diez minutos más tarde conocería a Reinhard Heydrich, un hombre con las ideas muy claras y una voz asombrosamente aguda, casi de pito, quien —desde aquella hora más o menos temprana hasta la hora del té de las cinco— nos explicó cómo quería establecer el Servicio de Seguridad conocido como SD en Letonia, qué tipo de informes, investigaciones y resultados esperaba, a qué tipo de enemigos políticos teníamos que observar, dónde infiltrarnos y, llegado el caso, a quién liquidar.

5

—¿El servicio secreto? —dice el hippy.

—Servicio de Seguridad —replico—: el Sicherheitsdienst, abreviado SD.

—¿Y Heydrich no es el cerdo ese que...?

—Sí, claro, pero era un cerdo muy refinado. Después mudó sus oficinas al edificio de al lado, el palacio del Príncipe Alberto, rococó, todo revestido de caoba, construido para unos ricos comerciantes de seda.

El hippy no se inmuta.

—El molino de sangre de Europa —sigo— difícilmente ha pulverizado nunca algo más hermoso.

—Menudo horror —responde en tono mustio.

—Pues sí —digo—, puede que tenga razón.

—Me alegro de que hables así. ¿Y cómo puedes decir que fuiste nazi? ¡Y para colmo un buen nazi! Eso es terrible.

—Es la verdad, y aún se pondrá peor.

—Pero tú no liquidarías a nadie, ¿no? Por favor, señor Solm, dígame que usted nunca...

Estamos los dos tumbados bajo la luz de la luna de Múnich, que ilumina tenuemente los aparatos que procuran mantenernos con vida. Yo estoy agotado y el hippy mira hacia mi cama con cara de consternación. Parece a punto de decir algo más, pero se queda en silencio. Cierro los ojos y digo como si estuviera en un túnel oscuro:

—Bueno, si prefiere que no siga, podemos dejarlo.

Aguzo el oído por si me responde y sólo oigo la respiración del edificio.

En un momento dado el hippy hace ruido, quizá moviendo la colcha; luego se queda en silencio.

Decido interpretar su falta de respuesta como anuencia, aunque igual es lo contrario: al fin y al cabo, el silencio puede significar cualquier cosa. O a lo mejor acaba de morir y su alma de swami ha ido a reunirse con Shiva; a lo mejor le estoy hablando a una carcasa vacía que se puede incinerar, triturar y arrojar al río Isar, el pobre río Isar.

Y eso me tranquiliza.

6

Estuve dos semanas sin hablarle a Hub y mi silencio se infectó hasta que el pus me salía por todos los poros.

Pero cuando miraba en silencio a Hub con aquel pus en la mirada, él apartaba la vista: no quería ver nada. Mis ojos nublados de inquina querían hacerle una señal, le pedían que se acercara y me preguntara qué me pasaba, pero él no quería ver nada ni preguntar nada.

Dejamos de ser uña y carne.

Pero tenía que confrontarlo con su autoengaño; ¿de verdad creía que había sido la catástrofe familiar, la ruina que trajo consigo la enfermedad de papá, lo que había movido a Erhard Sneiper a proponernos como informantes de Heydrich, o acaso Hub ya tenía experiencia mintiendo? Después de todo, a mí me había engañado: a su propio hermano. Nunca antes había pasado nada semejante, y era inconcebible para mí que Ev supiera en lo que nos estábamos metiendo.

—No —me dijo cuando por fin me habló, al cabo de casi tres semanas de silencio—, esos asuntos no son cosa de mujeres. Ev no tiene ni idea, y me tienes que jurar que seguirá siendo así.

—Yo a ti no tengo que jurarte nada.

Lo dije con voz cansada, gutural, espesa por culpa del pus que también me había invadido la garganta.

La sombra de tristeza que vi en el rostro de Hub me dejó frío. Quiero decir: el fuego que tenía en las entrañas se enfrió. La pregunta por el posible engaño de Hub se quedó sin respuesta, pero es difícil pensar otra cosa: me engañó y enredó, y jamás se avino a darme una explicación. Hizo como si yo hubiera sabido desde un principio que aquellas Juventudes Alemanas de Letonia eran sólo una tapadera de la venta de nuestra dignidad.

Hasta aquel día yo no había visto a mi hermano como a una persona, sino como a un titán, el Prometeo de la escultura de Adam el Joven,[24] que ha entregado a los hombres el fuego de los dioses y que por ellos es capaz de dejar que un águila le coma el hígado a diario. En serio, querido swami de la cama de al lado, eso era para mí el hombre que lamentablemente lo golpeó hace apenas una semana.

Nuestras obligaciones estaban muy claras: teníamos que vigilar a todo el mundo; letones, judíos, opositores políticos de la región germano-báltica. El señor Heydrich había ordenado, además,

que registrásemos y describiésemos en detalle las corrientes y personalidades económicas y políticas de Letonia, y que preparásemos expedientes, mapas y ficheros con vistas a una posible intervención. («Intervención», curiosa palabra. Recuerdo que mi madre nos preguntaba socarronamente, de niños, si podíamos cambiarnos los calzoncillos solos o necesitábamos de su intervención.) En fin, ése fue el primer secreto de Estado del que me enteré en la vida. Mi hermano, más adelante, los coleccionaba con quien colecciona sellos raros, pero a mí nunca me provocaron ningún placer.

Tengo que reconocer que Hub fue muy considerado conmigo: era su manera de contribuir a sanar la herida. Fingía una ceguera retrospectiva porque, por encima de todas las cosas, no quería que yo me echara atrás: nuestros padres dependían de los pagos que las SS nos habían prometido.

Nos vimos obligados a llevar una doble vida: de cara al exterior éramos jóvenes funcionarios de rango más bien bajo al servicio del nacionalsocialismo, pero en realidad nos convertimos en parte de la maquinaria oculta que transformó el mundo entero. Estábamos entre los iniciados que conocían los planes; nadie ajeno, nadie que no estuviera iniciado podía enterarse de nada. Ya durante el camino de regreso a Riga me quedó claro que cuanto puede tener de atractivo, de deportivo, por así decirlo, el trabajo de espía consiste precisamente en ocultar la propia condición incluso al entorno más íntimo. Todo el territorio del engaño y la ocultación se abría ante nosotros, y nos adentraríamos en él paso a paso.

Fiel a su costumbre, Hub sugirió que él mismo se encargaría del trabajo sucio. Crearía un archivo y una serie de listas negras, reclutaría a los espías entre los jóvenes y los infiltraría en la comunidad alemana del Báltico. Asumiría la misión harto desagradable de espiar a nuestros propios vecinos, por ejemplo a la anciana señorita Von Pilatier, de la planta baja del edificio, para descubrir cuál era su postura política y su condición racial (era de origen hugonote y, por tanto, dudosa como aria, pero, al parecer, sus ancestros provenían de una estirpe de cónsules de la antigua Roma que se remontaba al mismísimo Poncio Pilatos, como indicaba el escudo de armas de su familia, que mostraba un águila de la Legión).

Por mi parte, me encargaría de espiar a los letones: una bagatela.

De hecho, mi tarea consistía en leer la prensa letona a diario, viajar por el país a lo largo de meses y años y, de paso, registrar y hacer croquis de los cuarteles y demás instalaciones militares con los que me encontrara. Leer y viajar y dibujar: justamente lo que me gustaba más. Fue una jugada maestra de mi hermano para ahorrarme los escrúpulos que me atormentaban y que a él jamás le quitaron el sueño. Estaba muy seguro de su visión del mundo: a su juicio, estaba haciendo algo inequívocamente bueno y correcto, pues trabajaba contra los bolcheviques y los letones; es decir, contra aquellos que habían asesinado a Großpaping. Para mí estaba claro que la

fe traducida en certeza que había caracterizado a nuestro abuelo y, antes de él, a tantos otros pastores luteranos de nuestra familia, adquiría en mi hermano una nueva forma. No podía decir que me diera miedo, pero sí me perturbaba, puesto que ni con mi mejor voluntad me veía capaz de compartirla.

Quise ver a Ev para mostrarle aquella otra infección purulenta, tal vez con la esperanza de que ella pudiera limpiarme el pus. Cierto que Hub me había prohibido decirle nada, y que yo estaba revelando mi primer secreto de Estado sin siquiera comprender en qué consistía, pero no me importaba y, además, me habría sido imposible ocultarle algo así a Ev, a quien nunca le había ocultado nada, por nimio que fuera. Ella sabía a quién amaba y con quién me acostaba, y yo sabía que ella amaba a Hub aunque se acostara con Erhard, si bien ella lo expresaba en términos más románticos (tampoco tanto):

—Hub es como un sueño, un castillo que veo a lo lejos, mientras que Erhard es la cueva en la que me refugio buscando abrigo.

—¿Y yo? —le pregunté—. ¿Yo qué soy?

—Tú —repuso sonriendo— eres mi cortafuegos.

Así hablaba por entonces.

Y ya se ve que tampoco era tan romántica.

Quedamos en el café Pushkin, un local muy cerca del Freiheitsboulevard que conservaba el estilo lujoso de otros tiempos, donde los emigrantes rusos trataban de envolver su desesperación en el humo de sus cigarrillos Papirossi y los alemanes del Báltico no poníamos un pie jamás.

Era la última hora de la tarde y Ev se había sentado al fondo de la sala de brocado rojo, en un rincón envuelto en guedejas de humo bajo la luz lechosa de una bombilla. Me sorprendió su mirada lánguida. Apoyaba el mentón en las manos y agitaba los deditos como si quisiera salir aleteando de allí. Le di un beso rápido, me senté frente a ella y elogié el conjunto amarillo con lunares negros que llevaba —no sin cierta ironía, como a ella le gustaba—. Sonrió dolorosamente. Su mirada desasosegada huía de la mía en lugar de buscarla, como solía ser habitual.

Enseguida empecé a hablarle de aquellos secretos nuevos y oscuros, pero la revelación... la confidencia... puede llamarla «confesión», incluso; sí, la confesión la dejó impasible: nada de aquello parecía ni gustarle ni disgustarle. Permaneció como ausente, aunque con un aire de enorme fragilidad.

—¿Ev?

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Estás muy rara.

Trasladó el peso de la barbilla a la mano izquierda, tomó una cucharilla con la derecha y se puso a juguetear con ella, haciendo piruetas sobre el mantel.

—Ya sabía eso que me cuentas —musitó con voz áspera. Me costó entenderla porque había mucho ruido a nuestro alrededor.

—¿Ya lo sabías todo?

Asintió con la cabeza.

—¿Erhard te lo contó?

—Erhard no.

—¿No?

—Hub.

Yo estaba seguro de haberla entendido mal.

—¿Hub? Pero si tiene prohibido contártelo, y me lo ha prohibido terminantemente a mí también. Son secretos de Estado, no se puede...

Ev me miró con una expresión de pesadumbre que me resultó completamente nueva.

—Hub y yo... —empezó— bueno, ya sabes...

Apareció el camarero para traerme una cerveza. ¿«Hub y yo»? ¡¿Qué significaba eso de «Hub y yo»?! Intenté paliar mi confusión concentrándome en la cerveza, que burbujeaba como si fuera una criatura marina, una medusa amarilla o algo así. Me preguntaba si esa criatura también tendría sentimientos, esperanzas, miedos... la clase de tonterías que uno se pregunta en los momentos de confusión total.

—Soy una adúltera.

Sí, mi cerveza podía tener miedos; por ejemplo, un miedo atroz a que se la bebieran. Me puse a mirar su conjunto amarillo tratando de contar los lunares. El castillo, la cueva y el cortafuegos empezaban a reorganizarse cuando uno de los rusos del local abrió el piano desafinado y empezó a entonar la canción *Por la calle Petersburgo*.[25] Toda la mesa vecina se puso a cantar a coro con él.

—¿Koja? —dijo Ev.

—Esto sí que es una novedad...

—Sí.

—¿Hub y tú...?

—Sí.

—¿Y Erhard sabe algo?

—¡Claro que no, por Dios!

—¿Y Hub sabe algo de nosotros?

—¿Estás loco?

—¿Sabe alguien algo de alguien?

Medio local se había sumado a aquella vieja canción absurda, en tanto que a los ojos de Ev afloraban las lágrimas.

—Estaba segura de que me ibas a juzgar.

—Yo sólo pregunto.

—Sucedió sin más. No lo provoqué yo, te lo juro. Me siento fatal, y Hub también se siente fatal.

—Mírame al menos —le exigí y enseguida le espeté—: Tu prometido tampoco va a dar saltos de alegría.

Los rusos se abrazaban, «*na zdrovie*!», «¡salud!», por aquí, «*na zdrovie*!» por allá, sentimentales, alegres, rabiosos, orgullosos, apasionados y perdidos. Yo respiré hondo y me bebí la aterrada cerveza. Me envolvió una especie de nebulosa que me tranquilizó un poco.

—Bueno, Ev. Creo que, si miramos el asunto con perspectiva, aún hay esperanzas, de verdad. —Trataba de ocultar el temblor de mis manos apretando la jarra vacía—. Mira —proseguí—, Hub no está obligado con nadie, sólo ha tenido algún lío amoroso sin importancia, y tú no eres una adúltera ni mucho menos: sólo estás prometida, rompes el compromiso y ya está. Puedes casarte con tu amado Hub... —La voz se me quebró un poco, pero sólo un poco, enseguida recuperé el aplomo—. Y seréis felices, y no tendréis ocho hijos, sino dos o tres, lo habitual en la familia Solm.

Sé que se me da muy bien hablar en situaciones así; para mí es como ayudar a una dama a quitarse el abrigo, o abrirle la puerta. Sin embargo, en vez de iluminarse, el rostro de Ev se volvió más serio, desconsolado.

—No soy una adúltera, pero lo voy a ser. —Sus ojos negros se clavaron por fin en los míos—. Voy a casarme con Erhard.

La medusa amarilla por poco se me escapa del estómago.

—Dentro de dos meses —la oí decir—: ayer me pidió matrimonio.

—¡Ev!

—Tengo que hacerlo, Koja.

—¡Pero tú quieres a Hub desde hace años! ¡Lo amas! Y ahora el puto castillo del que hablabas es tuyo. ¿Qué me estás diciendo?

—¿Es que no entiendes nada? La carrera de Hub depende de Erhard, y también la tuya. Si perdéis el trabajo, ¿qué va a ser de papá y mamá? ¿Qué será de ti, Koja?

No tuve más remedio que levantarme de un salto y salir corriendo a la calle. De veras que no pude evitarlo. En mitad de la Kalkstraße, un coche estuvo a punto de atropellarme; el cochero me esquivó como pudo y luego me soltó un latigazo; después, un perro empezó a seguirme, pero lo alejé de un grito. Tampoco pude evitarlo.

Al llegar a la plaza del Ayuntamiento ya no pude más. Me apoyé jadeando en la estatua de san Rolando,[26] o más bien en su espada, y deseé que ese caballero de piedra pudiera prestarme su corazón porque el mío latía a toda velocidad bombeando sangre a mi cerebro, justo donde menos falta me hacía porque ya estaba a punto de explotarme.

El hombre más honesto que conozco funda una unidad de los servicios secretos, manipula a su hermano, engaña a su superior, amigo y confidente y se acuesta con la prometida de éste, que no es otra que su propia hermana. Y además aprueba que ese superior, amigo y prometido se case con ella, una boda que, si los acontecimientos siguen su curso lógico, hasta es posible que él mismo oficie, bendiciendo en el nombre de Dios esa unión, como buen pastor.

Bendita sea la familia Solm, alabado sea su nombre y santificado su destino.

Y por si eso fuera poco, a mí me corresponde ser el que lo sabe todo, lo apoya, lo alienta y hasta lo necesita.

Por los siglos de los siglos.

Amén.

Un agente de policía se me acercó a preguntarme si me encontraba bien. Me tomaba por un borracho y yo conseguí decirle un par de frases medianamente coherentes en letón: «No, no necesito una celda para dormir la mona. No sé lo que necesito.»

¿Cómo habíamos podido llegar a eso?

• • •

Me lo he preguntado muchas veces, venerado y moralmente superior swami. La historia que le estoy contando no es la de los servicios secretos alemanes, sino la de mi participación en ellos. Parafraseando una frase célebre de D.H. Lawrence, sólo puedo hablar de cosas insignificantes que les sucedieron a personas insignificantes que anhelaban cosas triviales: reconocimiento e influencia, amor e incluso confianza. Nadie debería tomar por historia propiamente dicha una serie de acontecimientos insustanciales que un viejo con una bala en la cabeza considera dignos de contar. Éramos enanos; y, en nuestros razonamientos, acciones y decisiones, auténticos liliputienses. No así en nuestros proyectos e ideas. Eso jamás, porque nos abrumaban los interrogantes de nuestro tiempo, la magnitud del presente, la inminencia de la guerra, el gusto por el misterio y el peligro. Nuestro destino personal se nos subió a la cabeza aun cuando, apoyados en la espada de piedra de san Rolando, la vida nos pareciera una pesadilla, la pesadilla

de una hormiga atrapada en un hormiguero en llamas. Que fuéramos nazis no se nos puede echar en cara, pues no deja de tener sentido querer vivir en el futuro, y el futuro siempre se puede elegir dado que, hasta que cristaliza en un presente de mierda, tan sólo puede ser una esperanza: la esperanza de mejorar con el tiempo.

Sin embargo, como no fuimos capaces de mantener la mentira alejada de nuestras vidas, por más que Hub, Ev y yo —y eso lo juro— anhelásemos la verdad, el enanismo apareció en nuestras vidas, y después la depravación y el crimen y, por último, la muerte.

Es muy posible que a la mayoría de los nazis les pasara lo mismo.

Pero sobre eso no soy quién para hablar.

La boda de Eva Solm con Erhard Sneiper fue todo un acontecimiento.

La iglesia de San Pedro se llenó hasta el último asiento. Hub y Ev habían tenido que emplear sus mejores artes para convencer a Erhard de celebrar un enlace religioso porque nuestro líder habría preferido un ritual al más puro estilo de los antiguos germanos, sin pastor y pasando bajo piernas de carnero entrecruzadas.

Sin duda, eso habría acabado con papá, que pasó la ceremonia irguiéndose cuanto podía en su silla de ruedas, escupiendo miguitas de comida y de copos de avena cuando tocaron el coral: ésa era su forma de entonar el *Aleluya*. Mamá lloró, todo el mundo lanzó los sombreros al aire, las sonrisas generalizadas resultaban insoportables.

Lo único que tendría que haberme sorprendido fue la consternación de Anna Ivánovna, pero tardé cinco años en caer en la cuenta. Ya volveré sobre ese tema más adelante.

Los camaradas de camisa blanca y medias formaron un pasillo para que desfilaran los novios, aunque sin atreverse a hacer el saludo nazi porque aquí y allá se veían también gabardinas de los servicios secretos letones, que se presentaron para comprobar si entre los cánticos de celebración no se entonaba también alguno en contra del régimen.

Hub, gracias a Dios, había renunciado a oficiar la ceremonia. A cambio —y casi fue peor—, le tocó conducir hasta el altar a nuestra hermana vestida de un blanco cristalino, casi enterrada bajo la nieve, para entregársela a su orgulloso futuro marido. Yo me había negado en redondo a ejercer de padrino aunque Hub me lo había pedido de rodillas. Mi negativa lo conmocionó: no entendía qué me había picado. Ev no le había contado nada y yo me hice el ignorante para no avergonzarla. Y así nos alejamos todavía más el uno del otro, el flamante castillo y su astroso muro cortafuegos, que ahora ya no servía para nada y amenazaba con colapsar, y quizá ni eso: se desintegraba y convertía en arena, simplemente.

Ev se marchó de la casa para instalarse con su esposo y yo me despedí de ella con un beso fraternal. En los años que siguieron la vi con frecuencia: en las celebraciones oficiales, por

Navidad, el día de su graduación como médica o en actos que organizaba su esposo. Eso sí, nunca más nos encontramos a solas.

7

Era evidente que el lío entre Ev y Hub continuaba. A veces mi hermano miraba y remiraba con impaciencia el reloj de la oficina a horas intempestivas (un lunes a las once de la mañana, con el espía de Libau esperando en la antesala), luego salía a caminar durante una hora justamente en dirección al hotel Petersburger Hof y volvía oliendo a camomila o al perfume que el ciego marido de Ev le llevaba con regularidad de Berlín.

La felicidad de mi hermano casi se podía palpar cuando iba a dejar a su cuñado al aeropuerto de Spilve, desde donde un avión trasladaba al cornudo hasta aquel hervidero de conspiraciones que era la capital del Tercer Reich. Él volvía silbando a la oficina, comentaba un par de tonterías que pretendía hacer pasar por una charla casual y luego se tomaba el resto del día libre pidiéndome que no se lo contara a Erhard: necesitaba recuperarse un poco de tanta tensión.

No era de extrañar que lo necesitase. Aquel lamentable juego del escondite, que yo favorecía sin que él se diera cuenta, se sublimaba y casi justificaba por la ardiente pasión a la que respondía. Al mismo tiempo, nuestra actividad en la sombra comenzaba a tomar cuerpo.

A mí se me había helado el corazón, lo que resultaba de lo más provechoso para avanzar profesionalmente.

Tuvimos muchos éxitos.

En una fiesta popular conocí a una chica poco atractiva, Mumu, una letona bajita y regordeta de Dünaburg que trabajaba de secretaria en el Ministerio de Guerra. Yo estaba en tal estado de decadencia interior, y al mismo tiempo me sentía tan solo, que me aproveché de ella. Ése fue el primer engaño que cometí con conocimiento de causa, pues Mumu tenía buen corazón y nunca pensaba mal de nadie. Pero pronto dejé de sentirme mal, al comprobar hasta qué punto la actividad sexual suelta la lengua de las personas porque la toman por intimidad cuando no es más que calor o, en el mejor de los casos, calentura.

Aquel verano me dediqué a recorrer todo el país en moto, a toda velocidad cuando era posible, con una enorme carpeta de dibujo y los útiles de pintura en la parte trasera del asiento, en el lugar del pasajero. Hice exposiciones en Riga, la mayoría de paisajes a la acuarela; me concentré en estudios de plantas y conseguí reproducir la práctica totalidad de los matices del alma del abedul, el árbol nacional de Letonia. Con ese pretexto pasaba largos ratos al aire libre cerca de los campos donde llevaban a cabo sus ejercicios las tropas del ejército, pues era allí donde crecía el abedul más maravilloso de todos, con vista a los cuarteles, las bases aéreas y los búnkeres.

Pronto pude enviar a Alemania una serie de mapas con su posición y otros detalles. Heydrich en persona me envió sus cumplidos, y yo le regalé, no un abedul, que a fin de cuentas no es más que un árbol, sino un roble pintado al óleo: el superárbol símbolo del alma teutona.

Aunque nunca terminé la carrera ni había estudiado nada en condiciones, disfrutaba de cierto prestigio social. Mi reputación era excelente y mi posición, calculada como multiplicación de la buena posición de mis antepasados, inmejorable. Por añadidura, me tenían por un joven acomodado: nadie sospechaba por qué caminos torcidos me aseguraba mis ingresos. Lo ocultaba mediante la actitud del que sabe lo que hace, con diversos encargos de cuadros y el sueldo de funcionario de la juventud. Por entonces no hacía más que trabajar de la mañana a la noche, y no podría afirmar que me desagradase vivir así. Todo me servía de distracción mientras hacía lo posible por olvidar a mi hermana, quien a veces se me aparecía en sueños justo antes de que me despertara gritando porque tenía la horca al cuello y habían pateado el taburete que me sostenía.

• • •

En medio de aquel desasosiego personal se produjo el golpe de Estado de un hombre del que ya nadie se acuerda. El 15 de mayo de 1934 me fui a la cama en una república y me desperté, al día siguiente, en una dictadura. Durante la noche, Kārlis Ulmanis, el líder de la Unión Campesina Letona, un partido de extrema derecha, había proclamado el estado de guerra y disuelto el Parlamento para hacerse con el poder, un acto por el que, diez años más tarde, Stalin lo enviaría a Siberia a morir de hambre. Había tanques en las principales plazas de Riga, soldados y paramilitares controlaban las calles. No oculto que me sentí orgulloso porque podía reconocer casi cualquier vehículo después de mis excursiones veraniegas.

Esa mañana mi madre había sacado a pasear a mi padre en la silla de ruedas, como hacía casi a diario para que tomara el aire, así que atestiguó cómo los soldados se llevaban a un pequeño grupo de comunistas con los brazos en alto para meterlos en un camión, lo cual no le impidió pedirle al jefe de la unidad, muy educadamente y en el dialecto local, que hicieran favor de moverse unos metros para allá porque estaban precisamente en el lugar favorito de mi padre, desde donde había una magnífica vista de la catedral.

Letonia había dejado de ser una democracia parlamentaria.

Eso tendría consecuencias para mí y mi familia, pues los fascistas del nuevo régimen de Ulmanis no querían a los alemanes del Báltico en su país. Incluso se alzaron voces pidiendo que nos capturasen a todos y nos echasen a la hoguera de modo que hirviese nuestra preciosa sangre azul, espectáculo que, de haberse producido, papá habría contemplado como contemplaba los

fuegos artificiales de Año Nuevo, pero que mamá entendió como el momento adecuado para afilar la espada de fabricación casera de Großpaping y colocarla bajo la almohada.

Al final, lo único que redujeron a cenizas fue nuestro orgullo: perdimos antiguos y nuevos derechos, dejaron de existir los partidos, la libertad de prensa y de expresión y, por supuesto, también el Movimiento. Expropiaron todas las propiedades de las asociaciones alemanas del Báltico y les confiscaron sus activos, incluso ocuparon los centenarios edificios gremiales, palacios de aspecto italiano, pero hechos del mismo humilde ladrillo que los de Lübeck, y disolvieron todas las instituciones germano-bálticas.

Fue como si Al Capone hubiese aparecido por Riga con un ejército de saqueadores sicilianos.

Erhard esbozó su típica sonrisa lobuna y llamó al señor Himmler.

El Movimiento, que ya en tiempos de la democracia letona era objeto de una moderada persecución, pasó a ser directamente ilegal. Hub y yo también habríamos pasado a la clandestinidad, pero ya éramos agentes de los servicios secretos y no hay nada más ilegal que un espía. Así pues, nos hicimos a la idea de que vendrían siete años de vacas flacas.

Lo que vino, sin embargo, fueron siete semanas de vacas gordas. Los abusos, las humillaciones públicas y la pérdida de la escasa influencia que aún conservaban los alemanes del Báltico contribuyeron a que una auténtica estampida de indignados acudiera a nosotros: la indignación se convirtió en el combustible que mantenía en marcha a nuestro pequeño partido.

Las autoridades no tardaron en advertirlo. Un día, al asomarme por la ventana me di cuenta de que vigilaban la casa desde un Ford V8 Limousine verde oscuro de cuyas ventanillas escapaba de cuando en cuando humo de tabaco.

Los demócratas querían evitar una confrontación con quienes estaban al frente del Estado. En su opinión, una revuelta abierta tan sólo conduciría a la catástrofe. Yo tenía otro punto de vista: por mucho que fuera partidario de dejar que el mundo siguiera su curso, el robo manifiesto, el saqueo y la piratería me sacaban de quicio, y cuando un descarado miembro de uno de aquellos gremios desposeídos, un barbero, saludó públicamente las medidas criminales del nuevo gobierno diciendo que no eran más que una corrección largamente aplazada de ideas obsoletas, e incluso llamó al dictador Ulmanis a llevar más allá su supuesta modernización, no pude evitar que se adueñara de mí un bilioso deseo de contraatacar.

Esa misma noche, Hub y unos cuantos muchachos entusiastas de la tribu Reichsapfel, excitados cual indios del Oeste a punto de emboscar a los vaqueros, fueron al bosque a buscar palos gruesos, se pusieron máscaras de carnaval venecianas y entraron en el local del diligente barbero sin molestarse en pedir la llave.

Le aseguro que yo... bueno, me encantaría decirle que yo no formé parte de aquello,

consternado swami, pero sí que formé parte. Incluso fui yo quien hizo acopio de energía física y psíquica para, en una especie de trance, ser el primero en cruzar el umbral de la decencia (es posible que me ayudara con un hacha). Nuestra visita no duró mucho, pero hizo mella en el esplendor de los escaparates, el mobiliario y las pelucas. Hub sacó un sillón de barbero a la calle y alguien le colocó encima una cabeza de cerdo, pero antes de que aquello consiguiera irritarme desde el punto de vista estético, dos bombas incendiarias pasaron volando hacia el interior de la barbería. Entonces llamamos a los bomberos. «¡Sed libres, sed los amos! ¡El terror es necesario!» ¿Cantan algo parecido sus compañeros melenudos? Pues nosotros cantábamos cosas así de estúpidas.

La prensa letona recogió el incidente y nuestros compatriotas liberales condenaron nuestros «métodos jacobinos». Fue magnífico... y espantoso. Fue magníficamente espantoso.

Los que nos odiaban nos llamaban la Banda Sneiper-Solm, y nos odiaba mucha gente, incluso mamá, que visitó las ruinas humeantes de la peluquería atónita y preguntándose adónde iría ahora a que le lavaran el pelo y la peinaran, exclamó en voz alta un «¡Desde luego...!», que equivalía a una reprimenda a la Banda Sneiper-Solm, sin ser consciente de que estaba regañando a sus propios hijos.

8

Yo lo sabía: sabía que el gobierno de Letonia actuaría, que el dictador Ulmanis estaba hecho una furia y que no iba a consentir que una pandilla de gamberros redujese a cenizas el negocio de un honrado barbero por prestarse a colaborar con su régimen. Y sabía, sobre todo, que lo de la cabeza de cerdo no había sido una buena idea.

Y lo sabía de primera mano por Mumu, mi letona regordeta, que había oído cosas muy poco halagüeñas sobre mí en el Ministerio de Guerra y que en cada cita parecía más triste. También sus orgasmos eran cada vez más tristes hasta que al final dejaron de ser.

—¿No te estarás aprovechando de mí para espiar? —me preguntó en una ocasión cuando, como en tantas otras ocasiones, nos disponíamos a zamparnos una gran copa de helado de fresa, que le encantaba, en uno de los reservados del bar del Petersburger Hof.

—Pero, Mumu, ¡qué cosas se te ocurren!

—Sois una banda de enemigos del Estado, en el ministerio lo saben perfectamente: Sneiper y Solm son los apellidos más odiados.

—¿Te parezco odioso?

—Como se enteren de que salimos, perderé el trabajo.

—Entonces no deberían enterarse.

—Pero ¿tú me quieres de verdad? ¿No te estás aprovechando de mí?

Fue la última vez que la vi: no acudió a la siguiente cita y, cuando intenté contactarla llamando por teléfono al ministerio, una voz gélida me dijo que la señorita Dalbenik se había despedido.

«¿Quién la llama?»

Unos días más tarde llegó el contragolpe.

La policía irrumpió en nuestro cuartel general, un piso cerca del puerto que sólo conocíamos los altos mandos del Movimiento, justo cuando estábamos reunidos allí.

—¡Bueno, caballeros, hagamos bien las cosas! —exclamó Erhard, se apresuró a meterse en la boca un papel donde, en apretadas líneas, llevaba anotados unos cuantos asuntos estratégicos y se puso a masticar con parsimonia, como una cabra rumiando, al tiempo que, desde fuera, nos echaban la puerta abajo con un hacha. Luego nos pusieron a todos contra la pared. Fue mi primera detención.

Aunque no encontraron nada verdaderamente comprometedor —pues habíamos escondido las armas y Erhard deglutió el documento inculpatorio—, nos metieron en la prisión preventiva de la Schützenstraße acusados de «actividades pangermánicas». La tarde de nuestra llegada, un superintendente me dijo, ahogando sus bostezos, que estábamos bajo custodia policial sobre la base de la ordenanza de Kerenski, una ley que databa de la época rusa y que autorizaba el encarcelamiento de un sospechoso sin que mediara juicio por un período máximo de siete años.

Me pusieron en una celda individual, lo cual, en Letonia, no significa que estuviera solo en ella: compartía los cinco metros cuadrados de suelo de piedra con Mortimer MacLeach, una especie de Falstaff glotón que luego fue perdiendo peso de un modo espectacular —diría que se derritió ante mis propios ojos como una pella de mantequilla en la sartén—. Su hermano era el único alemán del Báltico que trabajaba como policía de tráfico en toda Letonia, probablemente porque la familia era originaria de Escocia, con lo cual era improbable que hubieran exterminado a algún nativo letón en su día.

A pesar de esa conexión con las autoridades, ninguno de nosotros pasó más tiempo en cárceles letonas que Mortimer MacLeach. Se ocupaba de la seguridad en los actos del Movimiento, con lo cual se peleaba a menudo con los comunistas. Sabía un montón de cosas útiles: él fue, por ejemplo, quien me enseñó el *kochemer loschen* (la «lengua de los listos»), un alfabeto yidis, parecido al morse, inventado por los ladrones para comunicarse de celda a celda. De ese modo conseguimos conversar provechosamente en las mismas narices de la policía. También fue a él a quien se le ocurrió la brillante idea de que la esposa de nuestro líder Erhard, cuya belleza le aseguraba toda clase de privilegios, nos llevara provisiones. En eso consistía todo el plan.

Ev, en efecto, recibió el permiso para ir a vernos y acudimos los tres: Solm uno, el rostro visible del movimiento; Solm dos, el invisible, y Erhard, el sordo y mudo. La encontramos pálida y decidida en la sala de visitas. Una barrera nos separaba, así que simplemente le lanzó un beso con la mano a su marido; después, al saludar a Hub, su rostro se iluminó, y se apagó por completo cuando me saludó con la cabeza, como quien saluda a un cómplice que aún necesita demostrar si es digno de confianza.

Al cabo, la visita nos deparó un aroma a jabón de limón que pareció impregnar cada rincón de la condenada cárcel durante días y días —se desprendía de su pelo: había abandonado la camomila— y un paquete de vituallas que ocasionó que los guardias se carcajearan durante un buen rato, pues no contenía más que cangrejos y manzanas.

Al ver las Roter Herbstkalvill, Hub por poco se echa a llorar, y el hambriento Mortimer también, aunque por motivos bien distintos. En cuanto a los cangrejos, de carne tan exquisita como escasa, no se puede decir que nos dejaran satisfechos. Eso sí, mi hábil compañero de celda

convirtió sus pinzas en pequeñas plumas estilográficas. Las rellenaba de tinta, que no era otra cosa que pis que ponía en una lata hasta que adquiriera un color negruzco, y les hacía un agujerito en el extremo para que la «tinta» llegara al papel. El truco consistía en regular adecuadamente el flujo de pis con el índice. Al principio costaba un poco hacer de tripas corazón y acostumbrarse a semejante artilugio, sobre todo porque ni Erhard, ni Hub ni yo usábamos nuestro propio pis —sólo teníamos una lata—, sino el de Mortimer, que era de un color inusualmente oscuro. Mediante ese sistema escribimos incontables mensajes sobre el rígido papel higiénico de la cárcel, y, enrollándolos y escondiéndolos en los tubos de pasta de dientes, pudimos distribuirlos entre los correspondientes destinatarios a través de la lavandería. Nos sentíamos los condes de Montecristo del Báltico, en una roca azotada por el oleaje.

Puedo dar fe de que el régimen de vigilancia en las cárceles europeas cambió poco después: ni en las celdas de la Gestapo ni en los sótanos de la Lubianka de Moscú, donde se torturaba a los detenidos por el NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos soviético, se permitieron nunca los paquetes de provisiones llevados por esposas infieles, especialmente si contenían cangrejos frescos.

En mi caso, mientras escribía con pis —y hasta dibujaba, pues hice una caricatura de Mortimer como Oliver Hardy, con quien tenía cierto parecido— no sólo me sentía como el Conde de Montecristo, sino como la Pimpinela Escarlata: astuto, audaz e intransigente, mientras que los funcionarios responsables de la seguridad del Estado letón se me antojaban una panda de cretinos que no tenían ni remota idea de que los espabilados nazis les estaban tomando el pelo en su propia cárcel.

Sin embargo, tuvimos que lamentar que las cosas fuesen justo al contrario.

Evidentemente, los servicios secretos letones estaban al tanto de todo lo que hacían sus detenidos, de manera que reunir allí a los díscolos nazis de Letonia tenía por objeto enterarse de sus planes más secretos. Por supuesto, conocían el código secreto de los bandidos judíos —cada noche un intérprete disfrazado de guardia taquigrafiaba nuestras conversaciones—, y también el contenido de los mensajes que escribíamos con medios cangrejiles y urinarios, si se me permite hablar así.

Peteris Petrins, el agente de segundo grado encargado de interrogarme, lo sabía todo sobre mí: estaba al tanto de cada una de mis comunicaciones de los meses anteriores y, por tanto, de que lo había calificado de «cretino que se cree cualquier tontería», «asqueroso lameculos» y «más corto que las mangas de un chaleco». Sin embargo, se comportaba con suma cordialidad. Al comienzo de cada uno de los numerosos interrogatorios, después de estrecharme la mano, me preguntaba si me apetecía una infusión de espino blanco —padecía de frecuentes taquicardias—. Luego daba

un buen sorbo a su taza y se disponía a escuchar pacientemente, durante horas, las mentiras infames y rocambolescas que yo le soltaba. Desde luego, se daba cuenta de que todo aquello eran puras patrañas, pero nunca me interrumpía, más bien ponía cara de gran interés: la cara de mayor interés de toda la ciudad, a excepción de la mía un lunes lluvioso y amarillento en el que, por casualidad, pude echar un vistazo a sus anotaciones.

Sucedió porque el señor Petrins tuvo que ausentarse un momento para contestar una inesperada llamada de su superior, un agente de interrogatorios de primer grado, y me dejó sólo con la taquimecanógrafa, quien unos instantes más tarde tuvo una urgencia irreprimible de ir al aseo. La pobre me suplicó que no le dijera nada a nadie —porque tenía terminantemente prohibido ausentarse de la sala de interrogatorios— y que, sobre todo, no fuera a levantarme para hojear las carpetas que el agente de segundo grado Petrins guardaba en su escritorio, mucho menos la que estaba rotulada como CENTRA. Me comprometí a no hacer nada de eso utilizando el tono de hombre cumplidor, sensato y maduro que tanto había apreciado la infortunada Mumu. Ella me dio las gracias en letón: «*paldies jums*», sonrió nerviosa y salió volando de la sala.

Apenas se cerró la puerta ya estaba yo pasando el dedo por el lomo de las carpetas en busca de la de CENTRA. La saqué de la estantería, me detuve un momento para escuchar si alguien se acercaba y, cuando vi que no, la abrí.

Me quedé turulato, como se dice vulgarmente. «*Centra*», en letón, significa lo que parece: «centro», y era un nombre en clave que correspondía a una función; esa función no era otra que la de informante, y ese informante provenía de nuestro Movimiento, y no sólo eso, sino que provenía del centro mismo de nuestro movimiento —de ahí lo de Centra—, ¡y era nada menos que Mortimer MacLeach! Mortimer era un *neformālās darbinieki* (ND), un «trabajador informal», como denominaban los servicios secretos letones a los más indeseables de sus colaboradores: ¡los soplones! Vi su firma en la primera página, comprometiéndose a colaborar, y hojeé el expediente sin dar crédito a lo que tenía ante los ojos. Había decenas de informes, nombres conocidos, nombres que me sorprendieron y, sobre todo, el mío: las iniciales K.S. aparecían una y otra vez, cada tercera línea.

«K.S. es un intelectual esnob que sin duda tiene una amplia cultura general y bastante talento artístico, aunque no tanto como él mismo se cree. Le gusta comer manzanas.» Al lado estaba la caricatura que le había hecho unos días antes. «Documentación adjunta: retrato del informante Centra, caricatura de K.S., dibujo a tinta (tinta especial).»

O en otro lugar: «K.S. afirma que el agente P.P., con sus gafas de montura gruesa y sus grandes orificios nasales, parece un ayudante de verdugo. Que P.P. es un cretino que se cree cualquier dislate que le cuenten.»

O, por último: «Con respecto a su ideología, no puede decirse que K.S. sea un

nacionalsocialista convencido: no tiene nada en contra de los judíos ni del arte moderno. Sin su hermano H.S., mucho más relevante que él, ya lo habrían dado de baja del Movimiento.

Me quedé como una marioneta sin hilos frente a aquella carpeta. Me asomé a la ventana. Llovía —como he dicho ya—, y por unos instantes fui incapaz de apartar la vista de aquella cortina de regueros.

En cualquier momento podían volver el ayudante de verdugo o la taquimecanógrafa con cistitis, así que saqué el último informe de mi compañero de celda, me lo metí en el bolsillo del pantalón, devolví la carpeta a su lugar y corrí a sentarme de nuevo en mi sitio en el instante preciso en que se abría la puerta y entraba la taquimecanógrafa con cara de alivio. Volvió a agradecerme mi amabilidad con exageradas maneras.

Enseguida volvió también el señor Petrins, que encontró al intelectual esnob de quien no podía decirse que fuera un nacionalsocialista convencido tan impasible como antes, aunque interiormente conmocionado por saberse sujeto y objeto de la infiltración, la penetración y la violación de la intimidad por parte de los servicios secretos. Ese descubrimiento cambió por completo mi manera de ver el mundo.

Vale la pena que me detenga en ese momento de mi vida porque supuso un gran aprendizaje e influyó muchísimo en mi futuro. No es nada fácil encontrarse cara a cara con alguien que ha mudado completamente de rostro. De hecho, yo sólo tenía noticia de esa clase de transformaciones por las *Metamorfosis* de Ovidio, donde el iracundo Zeus, por ejemplo, transforma a Licaón, el mítico rey de Arcadia, en un lobo que aúlla, desgarra la carne con los dientes y habla en griego clásico. El caso es que aquel día, cuando me devolvieron a mi celda me encontré, dormitando en su litera, a un orondo hombre lobo que apenas una hora antes era un orondo hombre normal que dormitaba en su litera. En el intervalo había salido la luna, y también me había transformado a mí. Ahora me tocaba jugar con aquella bestia, engatusarla con historias llenas de detalles —incluso verdaderos—, seguir debatiendo y riendo con ella y, desde luego, no arrancarle la piel pasara lo que pasase. Mortimer MacLeach, con todo, seguía pareciéndose mucho al Mortimer MacLeach al que le gustaba hacer bromas inofensivas y que era amigo de todo el mundo, de modo que en el fondo no resultaba tan difícil disimular con él. Más difícil era seguir escribiendo con su pis.

Las siguientes tres semanas mantuve el estilo: me dediqué a escuchar sus historias sobre su hermano, el policía de tráfico (me sonaban distintas, desde luego, y me explicaba muchas cosas),

sus quejas por asuntos de dinero (¿en serio?) y hasta sus penas de amor, de las que sólo a mí me hablaba porque conmigo estaba más a gusto que con nadie.

—Qué gran amigo eres, Koja —me decía suspirando—. En ti puedo confiar, con lo valioso que es eso.

Yo le respondía que sí y luego me callaba la boca: mientras estuviera en la cárcel tenía que cuidarme muchísimo de intentar revelarle a nadie que había un topo en nuestras filas, ni siquiera a Hub, con el que no intercambiábamos ninguna información que consideráramos delicada ni aun con aquel código de golpecitos. En cuanto a los mensajes trasladados en los tubos de pasta de dientes, los nuestros no decían nada que no fuera pura propaganda, al fin y al cabo estábamos acostumbrados a ocultarnos incluso de nuestros mismos compañeros, que no sabían nada de nuestros tratos con el Tercer Reich.

Cuando finalmente tuvieron que soltarnos —porque no lograron probar que hubiésemos cometido ningún delito y el Reich presionaba a través de la embajada para que liberaran a sus hoplitas—, lo primero que hice fue acudir al despacho de Hub y entregarle el informe de Mortimer, que logré sacar de la prisión con un método cuyos detalles no quiere usted saber, créame: sólo puedo decirle que el papel olía mal —con el consiguiente asco por parte de mi hermano—. Entretanto, no había dejado de llamarme la atención que los servicios secretos letones, al parecer, no hacían nada por buscarlo. ¿Acaso no habían echado de menos el informe robado? ¿Sería posible que Peteris Petris se creyera que él mismo había traspapelado el testimonio de Centra? ¿Cabía imaginar otra explicación, sacada de la chistera de mi sabio hermano mayor?

No se le ocurría ninguna. Después de escucharme apretando los labios, simplemente dijo:

—Tenemos que ir a ver al jefe.

Nos abrió la puerta Ev con el abrigo puesto. Erhard y ella vivían en Kaiserwald, en una villa Jugendstil con un gran jardín lleno de pinos agitados por el viento.

Ev nos sonrió, pero estaba claro que nuestra visita la había sorprendido.

—¡Qué alegría volver a veros! —exclamó con fingido entusiasmo y nos dio un beso que parecía dirigido a cualquier persona menos a Hub y a mí. Estaba a punto de salir de casa.

»Erhard no se encuentra bien, sería mejor que volvierais en otro momento.

No supimos qué decir. Hub se puso muy serio y negó con la cabeza y entonces noté que Ev se estremecía: lo noté en sus manos, así de bien las conocía. No obstante, simplemente volvió a sonreír con falsedad, se ajustó el sombrero y se ató más fuerte el cinturón del abrigo.

—Lo siento mucho pero tengo que ir al hospital —dijo, y de pronto ya había desaparecido de

nuestra vista, como cuando el viento se lleva las hojas del otoño. Hub la siguió con la mirada como a quien sale huyendo.

Entonces entramos por la puerta que ella se había dejado abierta a causa del susto y vimos a Erhard de pie en el salón, de perfil. Miraba hacia fuera, estaba descalzo y sin afeitar. Cuando se volvió contemplé su rostro gris y enjuto asomando por encima de un albornoz de color claro con restos de yema de huevo cocido en la manga izquierda. Detrás de él, en las paredes, estaban colgados los cuatro cuadros que yo le había pintado a Ev: un ramo de acianos, ella durmiendo en mi cama a los doce años con un camisón azul, una versión del Juicio de Paris y una acuarela que titulé *Melancolía*, pero que a ella le parecía que expresaba alegría de vivir.

Ninguno de aquellos cuadros casaba en absoluto con la cara de Erhard.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Hub explicó que había surgido un problema del que teníamos que informarlo sin demora.

—Sí, ya, bueno... —farfulló de mala gana y luego se quedó un buen rato callado. Era evidente que estaba bebido.

—¿Podemos hablar del asunto? —insistió Hub—. Es muy serio, de verdad, un problema muy gordo.

A Erhard parecía no importarle en absoluto. Hizo un gesto con la mano como de que lo dejásemos correr o quizá, por la dirección, quería decir que nos sentáramos en el sofá. Nos sentamos y observamos a nuestro jefe avanzar a duras penas hasta un secreter, sacar un sobre marrón, pescar una botella de vodka del aparador y regresar.

—Os voy a enseñar una cosa.

Se dejó caer en un silloncito frente a nosotros, sacó una foto del sobre y nos la tendió sin decir palabra con la mano derecha mientras, con la izquierda, intentaba servirnos un gran vaso de vodka, cosa que no le salió muy bien.

La fotografía estaba ampliada, por lo que se veía borrosa y con mucho grano. Se había tomado desde lo alto de un tejado o desde un balcón, y mostraba un gran ventanal abierto captado a la distancia. La que era inconfundible era la mujer asomada al ventanal con gesto de agotamiento: nuestra hermana Ev. Tenía el torso desnudo pero los brazos cruzados le cubrían el pecho. Fumaba un cigarrillo con gesto de agotamiento y la mirada perdida en el vacío. Detrás de ella se distinguía una cama sobre la que había un hombre desnudo y con el blanco miembro erecto. Parecía estar leyendo un periódico cuya sombra le ocultaba la cara, fundiéndola con la penumbra de la habitación.

Mientras yo aún intentaba entender las implicaciones de esa foto, Erhard nos pasó otra en la que Ev había desaparecido de la ventana y había ido a reunirse con el hombre en la cama. Se veían brazos, piernas, un ojo medio cubierto por el pelo revuelto, una boca abierta, casi todo de Ev, no del hombre, cuyo rostro no llegaba a verse nunca y cuyo cuerpo resplandecía, tan

musculado y perfecto que en modo alguno podía pertenecer al tipo que, borracho, se tambaleaba ante nuestros ojos como un débil junco azotado por el viento.

También Erhard conocía, pues, la metamorfosis del hombre en lobo.

Hub, a mi lado, se puso en pie de un salto gritando que, faltaría más, estaba dispuesto a batirse en duelo, que Erhard eligiera las armas.

Sus palabras fueron a dar contra un muro de incomprensión.

—¿Y por qué íbamos a batirnos en duelo tú y yo, Hub? —preguntó Erhard asombrado—. ¿Por el honor de la familia? —Negó con la cabeza—. Es tu hermana quien me es infiel, no tú.

En los ojos de Hub advertí un fulgor de consternación, mientras que Erhard se quedó ensimismado mirándose las piernas desnudas. Me sentí obligado a hacer algo.

—¿Quién tomó esas fotos? —pregunté en voz baja.

—Un detective privado.

—¿Y cómo le pones un detective privado a Ev? Deberías habernos informado de que estaba echando una canita al aire.

—¿Una canita al aire? ¡Me ha puesto los cuernos en toda regla!

El dialecto Báltico tiene muchas expresiones para el engaño, pero Erhard utilizó las más duras.

—Creo que me los lleva poniendo desde la boda. Es una zorra.

—Erhard, con todo respeto —dije yo alzando la voz—: estás hablando de nuestra hermana

—Por eso no podía deciros nada —repuso él asintiendo con la cabeza—: sois amigos míos, sois familia.

—Pero también somos los responsables de la seguridad del Movimiento: nos tendríamos que haber encargado nosotros.

—Claro que os tendríais que haber encargado, pero ahí está el problema: que es vuestra hermana.

—¿Y qué dice ella?

—Todavía no lo sabe.

—¿Todavía no lo sabe?

—No.

—Todavía no lo sabe, Hub.

—Ya, ya lo he oído.

Erhard seguía como ausente, reconcomiéndose por dentro y con la boca convertida en una línea recta que me resultaba indescifrable. Aun así, la línea que formaba la boca de Hub era todavía más delgada. Del color céreo de su rostro se podía deducir que estaba muy afectado; y realmente lo estaba, claro, y no precisamente por la tragedia de su cuñado cornudo.

—Disculpa que insista, Erhard —proseguí—, pero mandaste a un detective privado a seguir a Ev, tienes esas fotos... ¿y todavía no le has dicho nada?

—No, primero quiero dar con ese cerdo.

Hub apuró su vodka de un trago y se sirvió otro.

—¿Y... sospechas de alguien? —pregunté titubeando.

Erhard lanzó un gruñido por toda respuesta y sentí cómo me invadía una especie de calma dulce, una nube de satisfacción y profundo bienestar. Se mesó el pelo y noté que un poco de caspa le caía sobre los hombros.

—¿Al menos tienes una mínima idea de quién podría ser? —insistí.

Erhard levantó la cabeza al borde de las lágrimas.

—El detective llegó a ver el manillar de una moto una vez, pero no le funcionó la cámara: se le había acabado el carrete. Por lo visto, es un hombre bien parecido, más o menos de tu complexión, Hub. Lleva ropa inglesa, sombrero, gafas de sol. Es muy cuidadoso. Qué pena que en esas fotos no se le vea bien la cara.

—Nosotros lo pillaremos, amigo —prometí.

—Eso —dijo Hub, lo primero que decía en mucho rato—, lo pillaremos.

Nos tomamos otra ronda de vodkas en silencio, suspirando ensimismados mientras el viento del exterior lanzaba finos granitos de arena contra los cristales de las ventanas. Finalmente, Erhard nos miró como una suricata que viera planear un azor en el cielo.

—¿Y cuál es ese problema tremendo por el que veníais a hablar conmigo?

—Ah, caramba —desistí yo—. Nada, no tenemos ningún problema.

—¿No tenemos ningún problema? —repitió mi hermano con voz terrosa.

—Bueno, no es un problema tan grave.

—¿No me habíais dicho que era un asunto muy serio? —insistió Erhard.

A un segundo hermano nunca le falta ingenio para las artimañas: su pensamiento tiene siempre un doble fondo porque ésa es la única manera de ganarle al primogénito. Hub sin lugar a dudas habría llegado a ser un gran predicador (siempre le gustó dar sermones), pues los sermones no hay que urdirlos, maquinarlos, tergiversarlos, reconducirlos ni reinventarlos: un sermón se da sin más, mientras que una artimaña requiere ir paso a paso, y entonces se convierte en intriga.

—No, no, tampoco es tan serio —fue todo lo que respondí, con la firme determinación de no sacar el tema Mortimer MacLeach de ninguna manera.

—Pero, Koja, tenemos que contarle a Erhard la canallada que está ocurriendo en la cúpula del Movimiento.

Yo me eché un poco hacia un lado para arrimarme a Erhard y que mi hombro distrajese su atención de la desafortunada insistencia de Hub. Luego me incliné hacia mi cuñado.

—Sí —murmuré—, es un asunto desagradable, pero no tiene ni punto de comparación con lo

que nos acabas de contar. —Le acerqué las fotos—. Erhard, tú no crees que podría tratarse de... bueno, no es más que una hipótesis, pero ¿no crees que quien busca hacerte tanto daño a ti y a nosotros puede ser alguien de nuestro círculo más estrecho? Incluso cabe la posibilidad de que lo que nos has contado y lo que veníamos a decirte guarde cierta relación...

Nadie entendía adónde quería yo ir a parar.

—Me refiero a que hay cierta persona en el Movimiento político que está intentando toda clase de cosas para desestabilizarnos.

Erhard se me quedó mirando fijamente. Por un momento parecía estar en trance.

—¿Como tirarse a mi mujer?

—Hombre, yo no lo diría tan duramente...

—¿Me estás queriendo decir que uno de los nuestros, un alemán de nuestro Movimiento, un hombre de raza alemana, se está tirando a mi mujer?

—A decir verdad, a mí también me cuesta mucho imaginarlo, pero...

—¡¿Y que no sólo se tira a mi mujer, sino que nos la está clavando a todos: a ti, a Hub, a ese jardín de ahí, a las gaviotas de ahí fuera; que se la está clavando a la hierba y a las estrellas, al Reich alemán y hasta al Führer?!

—Deberías calmarte, Erhard, no es más que una idea que...

—¡Si es que está clarísimo! —Y juntó las manos dando una palmada—. ¡Sólo un vil gusano, un parásito del pueblo, un enemigo genético es capaz de tirarse a la mujer de su líder! ¡PORQUE YO SOY EL FÜHRER DE LA COMUNIDAD ALEMANA DEL BÁLTICO!

—Erhard, por favor, siéntate.

—¡Y NO ME LO MEREZCO! YO, QUE SIEMPRE LA HE TRATADO COMO A UNA REINA ¡Y ME LA PEGA CON MI PROPIA GENTE!

Se echó a llorar. Los sollozos sacudían sus hombros; temblaba como un flan y, por si eso fuera poco, Hub también se vino abajo: una lágrima corrió por la mejilla del héroe y yo me vi con una enorme tarea por delante.

Más tarde, mi hermano y yo estábamos bien lejos, sentados en medio de las dunas en la playa de Bilderlingshof. Hub parecía haber envejecido años. El viento silbaba a nuestro alrededor y en el lejano horizonte se reunían gruesas nubes de tormenta.

Tras fingir que era la primera vez que llegaba a mis oídos su aventura con Ev (que él mismo acababa de confesarme muy compungido), pasé a explicarle lo que se me había ocurrido. Porque los hechos eran tan devastadores como oscuros, mientras que nuestras opciones estaban clarísimas.

—O salvamos el pellejo los tres —expuse— o no nos quedará pellejo ni carne ni huesos que

salvar.

Con todo, mi plan le pareció un despropósito total. Le costaba decidirse.

Por primera vez en la vida, fui yo quien le dijo que tenía que hacer un esfuerzo tremendo.

Porque todo era muy sencillo y absolutamente seguro, con lo cual no le quedó otra opción que ceder.

Así que fuimos a casa de Mortimer MacLeach, alias *Centra*.

Vivía en un barrio en la periferia de Moscú, una zona algo degradada cerca de las grandes naves del mercado. Llamé sin respuesta a una puerta verde de la que se desprendía la pintura. Hub la echó abajo sin que se produjese reacción alguna en el interior. Lo arrancamos de la taza del retrete, le metimos la cabeza dentro, accionamos la cisterna, escuchamos el ruido del agua y cómo la tragaba, le explicamos con todo detalle lo que yo había descubierto (claro: él nunca había querido hacerlo), le pusimos su propio informe delante de los ojos, en aquel momento bordeados de enormes ojeras, y, mientras caía de rodillas suplicando por su vida, le expusimos nuestra propuesta.

La primera opción era dar a conocer que era un soplón infiltrado en las filas de nuestro Movimiento y que, como Efialtes, la escoria de las Termópilas, había traicionado a todo el mundo revelando la estructura de la organización, dónde guardábamos las armas y quiénes eran nuestros contactos en Alemania. Y ya se sabía lo que hacían con los traidores en la época dura del Partido Nacionalsocialista Alemán: podía tener la feliz seguridad de que ese destino estaba garantizado.

Pero había una segunda opción, que era mostrar la magnanimidad de Pericles y callarnos su infamia. Claro que, a cambio, le pediríamos su cooperación en cierto asunto.

—¿De qué asunto se trata? —gimoteó nuestro licántropo.

Yo le expliqué que lo primero era abandonar de inmediato cualquier forma de colaboración con los servicios secretos del Estado letón y que luego debía confesar ser el amante de mi hermana. Para ser exactos, confesárselo a Erhard, el marido furioso que deseaba saberlo.

—¿Estáis locos? ¡Me matará!

Hub le pegó un puñetazo en la cara sin previo aviso (el ruido me recordó el que hizo mi hombro una vez, cuando me lo disloqué y el médico tuvo que volver a ponerlo en su lugar). Le rompió la nariz y brotó un chorro de sangre, pero él pareció no darse ni cuenta. Suplicó clemencia y puso todo tipo de objeciones, entre ellas que estaba demasiado gordo como para hacerse pasar por el misterioso Adonis de la foto.

En efecto, Mortimer acababa de señalar un punto débil de nuestro plan, y no poco importante. Era cierto que, después de todas esas semanas comiendo el rancho de la cárcel, había adelgazado

mucho. Probablemente, si no nos quedaba otra, podíamos sostener que su complexión recordaba la del hombre de la foto (lo diré con todas las letras: mi hermano). Ahora bien, que una de las mujeres más guapas y cultas de Riga hubiera escogido para irse a la cama precisamente a aquel doble de Oliver Hardy, un matón con tendencia al sobrepeso, un fracasado sin mayores intereses que vegetar en la periferia de la vida intelectual de Europa, le olería mal incluso a Erhard.

Con todo, teníamos que arriesgarnos.

El amor es ciego.

Nada es imposible.

• • •

Llamamos a Erhard por teléfono y le aseguramos que podía prescindir del detective privado.

Colgó sin decir una palabra.

Dos tardes después, los cuatro hombres nos encontramos en nuestra casa. Todavía era septiembre y nuestros padres estaban pasando una semana en un sanatorio de Kemmern. Nos sentamos a la mesa de la cocina sin quitarnos los abrigos largos ni los sombreros y el hombre lobo no lo hizo mal. Previamente, Hub había hablado con Ev, quien se negó a participar en aquella farsa que le parecía indigna. En todo caso, dijo estar dispuesta a no decirle nada a Erhard sobre su supuesta relación con el señor MacLeach, o sea, a guardar silencio con la esperanza de que Erhard se mostrara benevolente con ella y pudieran separarse.

Cuando Mortimer hubo pronunciado su confesión y pedido perdón a nuestro adorado Führer local, éste, dejándonos a todos con la boca abierta, sacó un revólver, le puso la punta del cañón en la frente al amante de su esposa y, en tono mesurado, le sugirió que rezara el padrenuestro.

—¿Qué estás haciendo, Erhard? —intervine con cautela.

—¡Lo que hay que hacer!

—No puedes pegarle un tiro aquí: es la cocina de nuestros padres.

—Vuestros padres no están.

—Esto es una alfombra del palacio de Peterhof. En su día, el mismísimo zar puso los pies sobre ella.

—¡Ve a sentarte fuera de la alfombra, Mortimer!

—Por favor, Erhard, no pierdas los nervios.

—Eso, no pierdas los nervios. —Hub apoyó mi ruego—. El Movimiento te necesita en libertad, no en la cárcel. Este tipo no merece la pena.

Erhard vaciló.

—Por favor, Erhard —insistí en tono suave—, ¡con todo lo que aún puedes hacer por nuestra patria!

Su boca me decía que era un mar de dudas: el labio superior le temblaba y estaba cubierto de diminutas perlas de sudor.

—Está bien —profirió finalmente.

Con lágrimas en los ojos, volvió a ponerle el seguro al revólver y se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—Pero hay que castigar a este cerdo, a este...

—Por supuesto —dijo Hub interrumpiendo la catarata de insultos que Erhard estaba a punto de verter sobre el inocente Mortimer (aunque sólo fuera inocente en tanto amante): «cabeza hueca», «mamón», «hijoputa», etcétera, y todo esto seguramente en alemán y en letón. Mi hermano se acercó a la pared donde estaba el retrato de Großpaping y descolgó la espada que él mismo había fabricado. La depositó sobre la mesa, delante del lobo, y le dijo que tenía que cortarse un dedo.

—¡Pero me prometisteis que no me pasaría nada! —gimoteó Mortimer.

—Tienes cinco minutos, te esperamos fuera.

—¡Hub, mejor deberíamos pensar en una multa cuantiosa! —exclamé yo, pues el desarrollo de los acontecimientos ya no tenía nada que ver con mi plan.

—¡Ni hablar! ¡O el dedo o la polla! ¡Algo que este cabrón le haya metido a mi mujer! —soltó Erhard lleno de veneno.

—¡Por favor, compañeros, seamos sensatos!

Y en ese momento Mortimer MacLeach gritó:

—¡Alemanes de mierda! ¡Sois unos salvajes! ¡Os odio a todos! —Con la cara descompuesta, agarró la espada, la levantó, abrió mucho la mano y exclamando «*Rule Britannia*!» asestó el golpe. Su meñique izquierdo salió volando por la cocina, trazando un gran arco para ir caer sobre el cubremesa de ganchillo tejido por mi propia madre: un lugar idóneo para ir a caer; es más, pareció enroscarse y todo, desde mi perspectiva. Nadie dijo una palabra, Mortimer empezó a tararear una canción inglesa por lo bajo (desde aquel momento no volvió a hablar más que en inglés) y yo me extrañé de que el muñón no le sangrara en absoluto.

Así terminaron los años treinta, en una armonía harto peculiar.

Sí, sí, ya sé que usted, juez de un tribunal astral superior, utiliza la palabra «armonía» con otro sentido: piensa en proporciones cósmicas, en la magia de la armonía del universo o incluso en lo que siente cuando se fuma su pipa de hachís. Por otro lado, si definimos «armonía» como el encaje de asuntos y acontecimientos que no guardan la más mínima relación entre sí y que, en realidad, tendrían que haber desembocado en el caos, es decir: como un todo que llega a cierta unicidad, entonces podemos afirmar que aquel tremendo embrollo de Hub y Ev, de Erhard y

Mortimer, de los detectives y los agentes, del amor y la política, sí que llegó a un final de lo más armónico.

Con nueve dedos y transformado en anglófilo empedernido, Mortimer MacLeach abandonó Letonia para irse al Reich alemán pocos meses más tarde. Tuvo muchísima suerte. Para colmo, quiso la casualidad que le tocase a Ev curarle la herida, pues trabajaba en las urgencias de la clínica de Knorr y estaba de servicio esa noche en que llevamos en ambulancia al que había sido su amante aunque no lo había visto en su vida. Había un pesar impenetrable en su mirada de piedra, que cayó sobre nosotros como desde una altura infinita: de haber sabido lo que realmente había pasado no nos lo habría perdonado nunca, pero Mortimer nos tenía auténtico terror (hasta el punto de que se había vuelto medio loco), de modo que le mintió diciéndole que lo del dedo había sido un accidente mientras partía leña.

Claro que a quién se le ocurre partir leña en septiembre.

Mister MacLeach mantuvo la boca cerrada, especialmente con el agente de segundo grado Petrins, como demuestra el hecho de que, poco después del accidente de Mortimer, su hermano, que era policía de tráfico, se viera obligado a colgar el uniforme. Por lo que sé, Petrins nunca llegó a ascender a agente de interrogatorios de primer grado.

Nuestro trabajo para el Servicio de Seguridad del Movimiento dio sus frutos, aunque no todos eran apetecibles; algunos tenían un amargo sabor a estricnina porque no era agradable cortar miembros, espiar y controlar costumbres y aversiones, sobre todo cuando esas aversiones estaban relacionadas con nosotros.

Hub era quien recopilaba todos los datos y daba parte regularmente al Instituto Wannsee, en Berlín: un laboratorio político del SD camuflado como academia de estudios arqueológicos que era el castillo del Santo Grial de Heydrich, y al que me convocaban varias veces al año. Como su nombre lo indica, se hallaba a orillas del lago Wannsee, y había sido una magnífica villa requisada a una rica familia judía. Tenía un jardín señorial lleno de estatuas de animales, invernaderos, una rosaleda, una cancha de bocha e incluso una pista ecuestre que empleaban las SS.

La siniestra división del Báltico, de la que dependíamos, estaba dirigida por un primo de Erhard al que, en su día, un tiburón le había arrancado una pierna en el mar Rojo.

—El tiburón es el judío entre los peces —nos decía con su lengua viperina y un convencimiento digno de Catón cuando le entregábamos nuestros informes y luego se retiraba cojeando con su pata de palo para pasárselos a otros fascistas alemanes del Báltico exiliados allí, que se lanzaban como tiburones sobre los documentos. Yo me sentía como un caballito de mar nadando entre aquellos escualos, agentes del servicio secreto germano-báltico que chocaban

entre sí y se tiraban mordiscos. Para entonces ya éramos una auténtica red subversiva, dogmática y bien pagada.

Por mi parte, he de reconocer que le había encontrado cierto gusto a pertenecer a ese club de élite —integrado por la alta intelectualidad fría y académica— que aunaba la elegancia del Secret Service británico y el gélido pragmatismo de la checa soviética.

Pero lo único que me gustaba era la fachada: la imagen hechizante de aquellos a quienes el poder y la audacia transfiguraban. Para mí eran como cuadros de Caravaggio, ahora envueltos en luz, ahora en sombras. Más tarde, sin embargo, el peligro que latía detrás de aquella fachada me fue atrayendo hacia el placer secreto y reprimido que nos unía a todos: el del engaño, la impunidad y la soledad. «Quien ha sido espía una vez, lo será toda la vida», se decía en nuestros círculos, y sólo quienes han vivido en carne propia la unión entre conjurados —que se convierten en una especie de familia siniestra— pueden calibrar cuánta verdad encierra esa estúpida frase.

• • •

Erhard nunca se enteró de lo que había sucedido en realidad.

Nos dio mil veces las gracias a sus leales camaradas (o sea, a mi hermano y a mí); llegó a decir que éramos los fieles burgundios que habían sacado las castañas del fuego a su Dietrich von Bern[27] (o sea, a él), aunque en realidad no sabíamos si las famosas castañas eran su orgullo varonil. Lo que sí estaba claro era que mi hermano y yo —él, en particular— éramos el fuego. Pero por supuesto de eso él no tenía ni idea.

Le pidió el divorcio a Ev y ella accedió aliviada. No tardó en confesarme que casarse con «ese gnomo» había sido el gran error de su vida: que se había pasado un año entero con alguien que pretendía atarla a la cocina y traer al mundo a sus ocho hijos por arte de magia con un besito de buenas noches, pues el sexo frecuente lo superaba, al menos el sexo con su propia esposa. De hecho, lo que realmente le gustaba era ducharse con jovencitos de dieciséis años, de lo que Konstantin Solm, el sorprendido guía de los campamentos juveniles —o sea, yo— podía dar fe. Sólo cumplía con su deber conyugal una vez al mes, cumplimiento para el cual su miembro viril erecto estaba disponible unos escasos dos o tres minutos. Y le había exigido a Ev algo inconcebible para ella: abandonar su trabajo de médica, cosa a lo que no estaba dispuesta, y, por consiguiente, le supuso una preocupación constante.

—¿Sabes qué más, Koja? Todo este asunto de los nazi es completamente ridículo. Ya sé que Hub y tú también estáis metidos, pero es que no parece cosa de adultos.

Gracias al divorcio Ev y yo volvimos a acercarnos, y como ella nunca había tenido pelos en la

lengua, ni se avergonzaba delante de mí, tampoco se avergonzaba de las fotografías que le había hecho el detective contratado por su marido, y que yo había visto, ni del tema de las mismas. El deseo sexual era para ella una expresión más de su voluntad, y estaba acostumbrada a hacer su voluntad. Las convenciones sociales le habían resbalado toda la vida. Ella misma me había contado en su día que tenía una aventura con Hub, y yo sabía que el sexo era importante para ella desde nuestra temprana juventud, cuando soñábamos juntos con una vida plena que —y eso no me atreví a confesárselo— yo seguía anhelando. Pero el anhelo del pasado no es la vida, sino la muerte del presente (aunque eso yo no lo sabía aún por aquel entonces), y tanto mis ilusiones como las de ella tenían su raíz en esa juventud común, tal como suele pasarle a casi todo el mundo.

Lo único que yo sabía con certeza por entonces era que el camino había quedado libre para Hub y ella. Si dejaban pasar el tiempo que aconsejaba el decoro, podrían estar juntos incluso sin rencor por parte de Erhard, casarse, tener hijos, envejecer juntos... y yo me alegraba por ellos con todo mi corazón, un corazón lleno de cicatrices, aunque todavía era lo bastante fuerte como para desearles lo mejor del mundo a las personas que quería.

Y así, el destino siguió su curso.

9

Estoy preocupado.

El hippy da muestras de una melancolía que no le había notado antes.

Siempre estaba feliz, feliz como un negro en taparrabo. Y no lo digo en sentido peyorativo, aunque sé que cada vez hay más gente que no quiere que se hable de «negros». ¿Qué tiene de malo la palabra «negro»? Llamar «amarillos» a los chinos sí es feo: «asiáticos» suena más considerado. A lo mejor deberíamos llamar «africanos» a los negros, pero lo de «gente de color»... no sé.

Me gustaría debatir sobre esto con el hippy, pero está desganado. Su continua curiosidad por mis asuntos parece estar disipándose. Hace unos días me agobiaba su ferviente interés y ahora me duele que lo haya perdido. Está mucho menos comunicativo y reclama menos comunicación.

A ratos se queda ensimismado y con gesto taciturno como un payaso triste. Esta actitud melancólica no casa en absoluto con él porque la melancolía y la inteligencia son dos caras de la misma moneda, y está claro que inteligente no es.

Yo sí lo soy, y mucho, por eso soy melancólico.

Kant ya señalaba que el melancólico posee una sensibilidad extraordinaria para lo sublime, puesto que su atención se centra sobre todo en las dificultades. Los hippys son al contrario: nunca prestan atención a las dificultades, sino a los vastos campos de maíz, por eso se pasan el día cantando *Happy Sunshine* o repitiendo «*Take it easy*». Para los hippys, las dificultades son como mosquitos que uno mata de manotazo, aunque la imagen es inexacta porque los hippys no matan mosquitos, sino que se imaginan cómo sería reencarnar en mosquito dentro de mil años. Esas ideas no tienen nada de sublime, ni tampoco sus cabellos largos y sucios, ni sus sandalias al estilo de Jesús. Los hippys también carecen del egocentrismo asociado con la melancolía, de otro modo mi compañero de habitación no iría todo el rato a contemplar a los bebés ajenos, ni se ilusionaría con ellos como si fueran sus propios hijos. Así que sencillamente no me explico por qué razón está así.

—¿Cómo es que está tan monosilábico? —le pregunto.

—¿Qué?

—Que por qué está tan monosilábico.

—Qué va, será una falsa impresión.

—¿Se le ha acabado el cannabis?

—No.

Yo digo que sí, que el hippy está distinto. Me pregunto si tendrá que ver con la historia que le estoy contando. Aún no le he contado lo peor y no tengo intención de ahorrárselo: de algún modo me siento vigorizado. Es tremendo y fabuloso, diría Hub.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice el hippy por fin. Eso sí, sin mirarme, de tal manera que el tornillo que lleva en el cráneo destella bajo el sol amarillo y me deslumbra.

—Por supuesto.

—¿Por qué estás de tan buen humor?

—¿Se lo parece? Yo no lo tengo tan claro, aunque encuentro que la enfermera Gerda nos cuida bien y que los médicos son agradables; no me duele la cabeza y nosotros dos nos llevamos de perlas, ¿verdad?

—Pues sí, pero me cuentas todas esas cosas espantosas, tío. Es atroz. ¿Así que aquel pobre tipo se cortó el dedo y tú te dedicabas a espiar gente?

—Mi hermano se dedicaba a espiar, yo más bien...

—Sí, sí, ya sé.

—Los servicios secretos de todo el mundo son bastante extraños.

Se vuelve hacia mí y me mira a los ojos.

—¿Conduce a alguna parte todo el horror que me estás contando o sólo es una sucesión de cosas horribles?

—Lo que estoy compartiendo con usted... —le digo, y hago una de esas pausas dramáticas que tan bien sabía usar Erhard Sneiper, pues estoy haciendo un esfuerzo para que mi historia y yo mismo le parezcamos interesantes porque quiero... no, no: porque necesito continuar hasta el final— lo que le estoy contando pronto se convertirá en una balada truculenta sobre los días salvajes de la Guerra Fría o, si lo prefiere, en una lección política sobre la continuidad de determinadas corrientes a lo largo de nuestra historia contemporánea. Tiene ante usted a un hombre que ha contribuido a marcar el curso de los acontecimientos en este país hasta un extremo del que no se hace usted idea.

—No me tomes el pelo.

—No le estoy tomando el pelo.

—¡Y un cuerno!

—Pregúntele al policía que tenemos en la puerta.

—Tu hermano montó un número, por eso está ahí.

—Ya le contaré de dónde vino esta bala que tengo en la cabeza. —Me la señalo—. Pero usted mismo fue quien me dijo que empezara por el principio: todavía estoy contándole el principio.

De nuevo me da la espalda y coge su manual de budismo-chamanismo-visnuismo-shaktismo. Es posible que, para un hippy, realmente sea más fácil creer en la iluminación, es decir, en un

momento en que el buen Dios o quien sea le da a un interruptor y ¡chas!, de golpe se hace la luz. Pero el conocimiento no progresa así, el conocimiento es el resultado de una sucesión infinita de derrotas, pues sólo se aprende del dolor, del daño. A mí esta bala del lóbulo frontal me tendría que haber vuelto tremendamente sabio, pues es el mayor daño que puedo imaginarme, y a lo mejor es por eso que sólo consigo ir colocando las piezas de la historia poco a poco; las piezas o las piedras que siempre se me escapaban de las manos, como a Sísifo, esas piedras sin sentido con las que un arquitecto como yo —después de todo soy arquitecto, ¿no?— termina construyendo su casa: el conocimiento. Comprendo perfectamente que el hippy no quiera vivir en esa casa, ¿quién querría?

• • •

Sí, no cabe duda de que he sido yo quien lo ha puesto melancólico. Por las mañanas se despierta mucho más temprano que en las primeras semanas. No tiene apetito: ya no quiere mi postre porque ni siquiera es capaz de acabarse el suyo (yo, por el contrario, tengo mucha más hambre: esta mañana me he comido todas las gachas de sémola). Creo que tiene sentimientos de culpa por escucharme.

—¿Se siente culpable por escucharme?

—¿Quieres que te diga una cosa? Me tomas por tonto.

—Ni muchísimo menos.

—Crees que eres más inteligente que yo porque tus padres aristócratas te atiborraron de cuadros de pintores famosos y de libros de Goethe, y porque en su día fuiste a la universidad, aunque no hayas acabado la carrera. Yo no terminé el bachillerato porque mi padre, que sufría depresiones, se tiró de un andamio, y aun así creo en el camino con siete sendas. Me hice swami porque el camino europeo, concentrado en la voluntad, me parece una mierda. Yo creo en la ausencia de voluntad mientras que tú, como la mayoría de los europeos, crees que lo importante es la voluntad. Pero quien tiene voluntad también tiene una opinión, lo que impide que Dios le hable en todas sus manifestaciones: no se permite cambiar. Yo no te juzgo por lo que hiciste, y creo que precisamente por eso te permites pasar tanto tiempo conmigo: porque yo no tengo una opinión formada sobre ningún asunto, porque en el fondo te crees superior y piensas que lo único valioso en mí es que me presto a escucharte.

—Me entristece que lo vea así.

—¿Y cómo voy a verlo si no? Eres una persona maravillosa, como todo el mundo, pero lo que me estás contando me afecta, y no quiero: no quiero formarme una opinión, por eso estoy exhausto.

La transparencia de su dolor es monstruosa. Quisiera levantarme de la cama y hacerle una

reverencia. Por desgracia, mi orgullo me lo impide: el hippy es treinta años más joven que yo.

Retomo la conversación:

—Tal vez me sienta de tan buen humor porque usted me deja hablar a gusto.

—Claro, soy tu terapeuta; así debe ser. Sin embargo, resulta agotador.

—Pero ¿quiere saber cómo sigue la historia?

—Claro que sí: quiero saberlo porque tú quieres saberlo.

—Yo ya lo sé.

—Nadie lo sabe todo de sí mismo, sólo Dios lo sabe todo de todos.

10

El verano de 1939 fue el más caluroso que se recuerda. La ciudad se derretía como si estuviera dentro de un horno. Los coches de caballos se quedaban atrapados en el asfalto fundido. El estanque del parque estaba a punto de hervir y las carpas muertas flotaban en la superficie. Por las noches, cuando salía al balcón porque no podía dormir, veía a lo lejos los incendios forestales, devorando el horizonte. Para huir del calor me echaba a la carretera con mi nuevo coche oficial, que era mi orgullo, e iba a bañarme a la larga playa de Wezahken.

De cuando en cuando invitaba a Donald. Como la mayoría de los americanos, Donald no tenía ni la más remota idea de dónde estaba, y eso que llevaba años trabajando como corresponsal del *Chicago Tribune* en Rusia, aunque sin haber puesto un pie en Rusia jamás. En su día se había negado a garantizar a las autoridades soviéticas que sólo informaría de cosas positivas, con lo que perdió su acreditación en Moscú. Desde entonces vivía en Riga, siempre al acecho de noticias que le pudieran llegar desde el otro lado de la frontera. Odiaba tanto a Stalin que lo culpaba de haber provocado aquellas temperaturas, más propias del desierto que del centro de Europa, por pura maldad y aburrimiento.

—Los rojos están quemando media Siberia para dañar la atmósfera terrestre y sembrar el terror. *Carbon dioxide, you know*?

«Dióxido de carbono, ¿sabe?»

Yo lo alimentaba con truculentas historias antisoviéticas: miguitas de pan que caían de mi trabajo en la SD. Por supuesto, también tenía un expediente sobre él, dado que parte de mi labor consistía en vigilar a los extranjeros. Para ellos utilizaba las fichas de color azul cielo que Hub me había proporcionado ex profeso. El día en que llené la suya no sabía qué poner en el campo «Características raciales», así que, basándome en su nariz de patata, puse «Tipo nórdico-dinárico» y agregué, entre paréntesis, «o similar» porque nunca se sabía quién iba a leer esas cosas. Por lo demás, había poco de lo que informar: Donald Day tenía un nombre como de chiste, era de Filadelfia —el típico yanqui corpulento y ruidoso— y le encantaba coger cangrejitos en la playa. Al igual que yo —desde hacía dos años—, vivía en el paraíso de los solteros: un elegante bloque de apartamentos junto al consulado de Estados Unidos, cerca del castillo.

A veces Donald me llevaba a los bares que frecuentaba la pequeña comunidad americana de Riga, y una noche me presentó a una bailarina negra... corrijo: africana... aunque originaria del Caribe. Se llamaba Mary-Lou y me enseñó un poco de inglés, cosa que me sería de utilidad más adelante con la CIA. Fumaba como un carretero y se parecía a Nefertiti, sólo que con lana de acero sobre la cabeza. Todo en ella daba una sensación de ligereza, incluida su piel de color antracita, que se me antojaba un vestido precioso en sí misma. No tenía un gramo de grasa en el cuerpo: se le marcaban todos los músculos. En el fondo, lo único que sentíamos el uno por el otro era deseo, y salíamos sobre todo para preparar el terreno o para reponer fuerzas. Me ponía apodos divertidos: cuando llegaba bronceado de la playa, por ejemplo, me llamaba *Schnitzel*, o incluso *Fried Chicken*. Le encantaban la ternera y el pollo, así que debían de ser motes cariñosos.

A mí, ella me gustaba mucho, muchísimo, sobre todo cuando estaba de mal humor. Entonces se sentaba en la cocina envuelta en mi albornoz, que le quedaba enorme, se encendía uno de mis puros, igual de enormes, y, cuando le preguntaba si le apetecía salir a dar un paseo conmigo, me respondía:

—*Don't make me* dolor de cabeza, baby; *make* dolor de cabeza *yourself*.

«No hagas que me duela la cabeza, cariño; mejor que te duela a ti.»

Cuando estaba de buen humor nunca se ponía mi albornoz, sino que prefería pasarse el día entero como Dios la trajo al mundo: se sentaba desnuda a la mesa del desayuno, se tomaba el café desnuda y desnuda saludaba con la mano a los chiquillos de la casa de enfrente, que se la quedaban mirando como a un espejismo.

Por culpa de Mary-Lou tuve grandes discusiones con Hub: me tachaba de imposible porque me dejaba ver en público, por el mismísimo paseo del Düna, «en compañía de una bastarda de otra raza». Le parecía insano. Me aseguraba que en Berlín ya estaban enterados y que lo que hacía estaba penado por las Leyes de Núremberg, en vigor desde 1935.

—No hacemos nada en Berlín —respondía yo—, sino en mi dormitorio, y ahí no hay leyes que valgan.

Le preocupaba que no me admitieran en las SS si estallaba la guerra y la Wehrmacht, el ejército de la Alemania nazi, ocupaba Letonia, lo que, según él, ocurriría en cualquier momento.

En general, tenía un montón de preocupaciones que le habían dejado dos surcos en las comisuras de sus bonitos labios. Tenía treinta y tres años, la edad con la que murieron Alejandro Magno y Jesús, y él no había fundado un imperio ni una religión: le angustiaba pensar que su momento de gloria pudiera no llegar jamás.

Por mi parte, no podía imaginarme un momento más glorioso: vivía en una rapsodia de actividades absurdas y estupendas, tenía tiempo para traicionar a la patria y pintar desnudos

(Mary-Lou resultó una modelo de gran talento), me daba el gusto de no madrugar y aun así les organizaba a nuestros jóvenes todo tipo de juegos al aire libre, marchas y ejercicios, competiciones de tiro con armas de pequeño calibre, yincanas que requerían leer mapas, olfatear pistas, reptar y rodar por el suelo, calcular distancias, inventar estrategias de comunicación y de camuflaje... en suma, un montón de cosas fascinantes para los niños y los dictadores de entonces. Y en el fondo para casi cualquiera porque para entonces ya hacía mucho que los nacionalsocialistas habían triunfado en todos los sentidos entre los alemanes del Báltico: cualquier rasgo liberal había desaparecido.

El Estado letón combatía contra nosotros, pero ¡qué era el Estado letón!

Erhard Sneiper, el imbécil de mi ex cuñado, había ascendido a presidente de la Comunidad Nacional Alemana del Báltico, y Kārlis Ulmanis no se atrevía a meterse con él. Repito: el dictador de Letonia no se atrevía a meterse con aquel imbécil. Eso hay que imaginárselo (era el mundo al revés).

Sin duda, fue una época gloriosa.

Hub era el príncipe heredero y, en el fondo, habría podido vivir como un triunfador. Sin embargo, fue entonces cuando algo parecido a la amargura apareció en su carácter.

Evidentemente, la incertidumbre que envolvía su relación con Ev tuvo mucho que ver: no quería causar un escándalo mostrándose abiertamente en pareja con su propia hermana, en primer lugar porque eso le habría provocado otro ataque a papá y el ostracismo de todas las baronesas, parientes suyas o no, a mamá, pero además porque Erhard tampoco se lo habría perdonado, pues, aunque seguía asegurando que Hub y yo éramos sus fieles burgundios, Ev era la espléndida rosaleda sobre la que, como Laurin, el rey de los enanos, había lanzado la maldición de que ningún ojo humano volvería a verla ni de día ni de noche. Él había vuelto a casarse —con una rubita sosa que no mostraba sino pasmo ante cualquier atisbo de instinto animal— y cuando coincidía en sociedad con Ev cuidaba las formas, pero en secreto albergaba un odio tenaz y devorador contra ella. Yo lo adivinaba en su rostro y, en secreto, me alegraba porque Erhard se merecía todo lo que le había pasado.

No obstante, para Ev y Hub aquel rostro suponía un peligro y debían estar en guardia.

Vivían en una casita que Ev llamaba con sarcasmo «nuestra Sing», rodeada por un alto muro de ladrillo. De cara al exterior vivían como si simplemente compartieran casa como buenos hermanos. Hub fingía estar apoyando a su hermana divorciada para quien la separación había supuesto un duro golpe emocional, todo un trauma.

Nada más lejos de la realidad. Aunque era cierto que Ev conservaba la tendencia a la

hipocondría que la atormentaba desde la infancia. Le gustaba contar que sufría jaquecas y, en cuanto le dolía un poco la tripa, se imaginaba que tenía un tumor. Había que escucharla una y otra vez hablar de cierto lunar que tenía en la axila izquierda, y palparlo, y leerse toda la bibliografía que ella recomendaba sobre los lunares. Una vez me enseñó una radiografía de su mano izquierda porque estaba convencida de que se le iba a romper en cualquier momento. Hasta me enseñó el punto por el que creía que iba a rompérsele, en el arco del pulgar.

Pero no tenía ningún trauma por la pérdida de Erhard. Sólo deseaba tener a Hub a su lado, y albergaba la esperanza de que el juego de las escondidas tocara pronto a su fin y pudiera mostrar su amor por mi hermano en público. En las condiciones en que se hallaban no podían besarse ni tener gestos tiernos delante de los otros, y por supuesto tenían que evitar a toda costa que ella se quedara embarazada.

Al final, ninguna precaución bastó: se quedó preñada y, cuando Hub insistió en que abortase, se interpuso entre ambos un fino velo de gasa que incluso a mí me hubiera podido pasar desapercibido, pero que yo, siendo el único que conocía su secreto, notaba cuando iba a visitarlos: una dolorosa amabilidad que ocultaba un distanciamiento.

En el terreno profesional, mi hermana hizo buenos progresos. Se sumergió en su profesión e incluso recibió una condecoración, la Orden Nacional de las Tres Estrellas, por salvarle la vida a un obeso ministro letón en una operación de emergencia que tuvo lugar en unos baños públicos ante quinientos bañistas atónitos: por eso fue tan especial.

Sin embargo, yo notaba que su carácter era mucho menos juguetón y que andaba siempre solitaria. Sonreía poco, aunque seguía poseyendo el don de iluminar estancias enteras. La gente la quería, sobre todo sus pacientes, pero yo no habría podido responder si seguía queriéndose a sí misma —¡cuánto había ironizado en tiempos sobre su naturaleza egocéntrica— pese a que hablábamos de todo, o de casi todo, en particular de sus diversas «enfermedades».

Eso sí, cuando las cosas no salían como ella había previsto, tendía a perder los estribos y a ponerse a la defensiva, señalándote con su índice flamígero, como en los viejos tiempos.

Por ejemplo, la indignaba que Hub hubiera prohibido de manera terminante que Mary-Lou visitara Sing-Sing: le parecía una muestra de estrechez mental y no se lo callaba.

Así pues, quedó con mi novia y conmigo en el café del Wöhrmannscher Park, y lo cierto es que lo pasamos muy bien. Mary-Lou, rodeada de la altiva y decadente crema y nata de Riga vestida como para ir a jugar al golf, soltó:

—*Sorry, I have to go to the caca-house*.

«Perdón, tengo que ir adonde se hace caca.»

Se levantó y se dirigió con paso elegante al aseo de señoras mientras todas las miradas la

seguían como si se tratara del hombre elefante.

—Estoy celosa —dijo Ev y, tras el Himalaya de su coquetería, noté una especie de asombro de sí misma: pese a que sonreía, las comisuras de su boca se curvaban ligeramente hacia abajo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertado.

—Seguro que lo pasas muy bien con ella.

—Sí, nos entendemos bien.

—Pero sabes a lo que me refiero con lo de «pasarlo bien», ¿no?

—¿Al amor?

—Y a los orgasmos.

Yo no respondí.

—¿Tiene muchos orgasmos? —preguntó Ev sin la menor delicadeza, como tantas otras veces, y luego, como si nada, le dio un sorbito a su Campari. Me habría encantado contarle que el color rojo de esa bebida se obtiene de las mismas cochinillas que el rojo de la pintura de mi padre, porque ¿a quién puede gustarle beber insectos machacados?

—Eres imposible —dije simplemente.

—¿Por qué?

—¿Qué te parecería que te preguntara sobre los orgasmos de Hub?

—Tú nunca harías eso. No lo has hecho nunca: no te interesa porque no eres médico. Yo, por el contrario, pregunto por puro interés médico.

—¿Puro interés médico?

—En fin, no te lo creerás: lo pregunto porque soy una chica traviesa con la que nunca te aburres.

Por lo general, me encantaba cuando volvía a transformarse en la niña adorable que hacía rabiar a sus hermanos, pero esa vez no le funcionó: por un segundo me invadió la tristeza y ella lo percibió, como siempre. Me cogió la mano y dijo en un tono completamente distinto:

—Perdóname, por favor, querido Koja. Es maravillosa, de verdad: eres un tipo con suerte y ella un gran arcoíris con todos los colores.

Mary-Lou volvió del aseo entusiasmada con una enorme guía telefónica que había encontrado en la cabina del café.

—*Oh my gosh*! —exclamó, y añadió con su acento yanqui—: «*Fernsprechteilnehmerverzeichnis*» —que es como se dice «guía telefónica» en alemán—. *It's a poem for a phone book*!

«¡Es lo más! ¡Todo un poema para una guía telefónica!»

Ev no pudo evitar echarse a reír: su corazón siempre fue de color blanco y, delante de esa blancura y del colorido arcoíris del corazón de Mary-Lou, yo sólo podía anhelar seguir siendo el holgazán bueno para nada que mi hermano pensaba que era. Por desgracia, esa paleta de colores

claros que brillaban como celebrando la existencia terminó escapándoseme ante el caballete y ante la vida.

La realidad era que estábamos sentados sobre un polvorín: Adolf Hitler estaba en la cima de su poder, y se había anexionado una serie de países sin disparar un solo tiro. Austria entera, con una superficie comparable a la de Gran Bretaña y veinticinco millones de habitantes, deliraba de entusiasmo. Estaba claro que sólo era cuestión de tiempo que le llegara el turno a la pequeña Letonia.

La expectativa crecía semana a semana, a medida el tiempo se tornaba más tropical. Aún recuerdo la frase del meteorólogo de la radio:

—Por el momento, temperaturas altas y bochorno, después se espera aire más fresco desde el oeste.

Donald Day me dijo que su gobierno se estaba planteando evacuar la legación de Riga con excepción del cónsul: que ése era el único aire fresco que notaba.

—*My heart aches when I think of the Baltic States* —dijo suspirando mientras recorría con la mirada el bar letón adonde habíamos ido a beber sendos aguardientes. Luego, levantando la voz, añadió—: *We're all dead men drinking!* —Y estalló en una carcajada homérica que más parecía un ataque de tos, entrecerró los ojos y se bebió el vaso de aguardiente hasta el fondo.

«Me duele el corazón cuando pienso en los Estados Bálticos. Los que estamos aquí bebiendo somos todos hombres muertos.»

El día que Hub cumplía los treinta y cuatro, fuimos a nuestra dacha junto al Stintsee.[28] No iba a ser más que una pequeña fiesta familiar, pero terminó cambiando a la familia para siempre.

Mientras mamá y Anna Ivánovna horneaban la rosca de cumpleaños típica del Báltico, papá se dedicó a dormir bajo el gran manzano en cuyas ramas brillaban docenas de Roter Herbstkalvill todavía inmaduras y sólo rojas en parte, pero que, como en todos los cumpleaños de Hub, rendían homenaje a Großpaping, cuya tumba habían ido a visitar por la mañana sin mí.

Yo no había ido al cementerio porque había decidido presentarles a Mary-Lou, no porque pensase que lo nuestro iba en serio, sino sencillamente porque no veía razón para ocultar un romance que, por una vez, en lugar de volverme loco me hacía bien.

Mary-Lou había entendido equivocadamente que quien cumplía años era yo, así que, tres horas antes, mientras los demás iban en peregrinación a la tumba de Großpaping, me había bailado un salvaje boogie de cumpleaños sólo para mí y sin que nada cubriera su cuerpo más que los colores de mi paleta de pintor, que ella se había aplicado artísticamente, de modo que cuando

al final llegamos a la dacha aún le quedaba un poco de azul ultramar en la cara y pintura plateada en los tobillos.

Ev fue un encanto con ella. La tomó del brazo como si fueran amigas de toda la vida y le enseñó el lago de aguas azules y cristalinas, tal vez para recordarle su Caribe natal, y nuestro velero. Mamá, en cambio, se mostró desdeñosa, quizá porque sólo podía imaginarse a los negros recogiendo algodón en las plantaciones o porque no sabía realmente cuál era mi relación con ella.

—¿Quería alardear de que ahora se puede permitir tener una criada? —preguntaría más tarde.

Papá, por el contrario, revivió a la vista de todos, tal vez animado por el recuerdo de viejos hábitos, y se puso a agitar los brazos como para remar hacia Mary-Lou desde su manzano. Por desgracia, lo habían atado al árbol por su propia seguridad. En cuanto a Donald, declaró —con la boca pequeña— que se alegraba de que hubiera «sangre negra» entre nosotros, y entre Erhard y otros compañeros del Movimiento allí presentes los hubo desde neutrales hasta espeluznados.

Hub, por su parte, se quedó congelado como un carámbano en medio de aquel calor pegajoso, o quizá sería mejor decir que quedó convertido en una estatua de sal. Luego desapareció por detrás de la casa. Allí nos encontramos.

—Pero ¡¿en qué estás pensando?! —bufó—. ¡¿El mismo día de mi cumpleaños, en el aniversario de la muerte de Großpaping, se te ocurre convertirnos en el hazmerreír de la gente?!

—En las Leyes de Núremberg no pone nada al respecto —repliqué—. Lo he comprobado: está prohibido casarse con una mulata, pero todo lo demás se puede.

—Cuando estalle la guerra el mundo dará un vuelco, Koja. No habrá nadie que te pague un sueldo para irte de copas con un yanqui o a la cama con el conguito ese.

—¿Qué intentas decirme?

—Que estás mostrando un comportamiento antialemán cuando ser alemán es tu único seguro de vida. ¿Sabes lo que significa el crimen contra la pureza racial?

—¿Y sabes tú lo que es el incesto?

Entornó los ojos y por un momento me dio la sensación de que iba a pegarme, pero luego se limitó a secarse el sudor de la nuca como si con ello se quitara de encima también mi descaro. Luego me miró con gesto sombrío.

—No tienes formación, Koja. No has estudiado nada. Pintas acuarelas y te vas de juerga, eso es todo lo que sabes hacer. Eres arrogante y te falta compromiso. Erhard ya ha hecho saber en Berlín que no se fía de ti para asumir tareas de mayor responsabilidad.

—Erhard es un capullo.

—Pues ningún otro capullo puede ayudarte tanto como él, ni a ti ni a mí. Por eso lo hemos

invitado a mi cumpleaños.

—Lo has invitado tú, no hables en plural.

Dio un paso hacia mí y me puso una mano en el hombro. No era un gesto conciliador, sino un modo de reforzar lo que iba a decirme.

—Nuestro único futuro son las SS, no lo fastidies.

En ese momento me di cuenta de que estaba hablando de sí mismo: de sus preocupaciones, no de las mías. Él era un teólogo fracasado; yo, un arquitecto fracasado. Tenía miedo de que yo le restara brillo, que le robara su carrera, una carrera de estrella fulgurante como la de Alejandro Magno o Jesucristo, y todo por no ser capaz de atenerme a la disciplina nazi y acostarme con la persona equivocada.

De golpe tomé conciencia de cuánto había cambiado, muchísimo más de lo que yo había imaginado. Nos quedamos de pie uno frente al otro bajo un sol de justicia, y entonces apareció Mary-Lou para cantarle el *Happy Birthday* —una canción que por entonces no conocía nadie más que ella— y pedirle que fuera a abrir sus regalos.

Para el ritual de los regalos nos reunimos en la veranda. Le regalaron unas gafas de motorista con protectores laterales de napa, la *Cosmogonía glacial* de Hanns Hörbiger, dulces caseros, un cuchillo de caza, un cuchillo finlandés, una navaja (era una buena época para los cuchillos y navajas), una lata de lamprea en conserva, un whisky de malta (de mister Day), otra navaja, pero que incluía unas tijeritas de uñas, dos abrebotellas con forma de doble meandro (la esvástica pompeyana, o más bien griega) y un jersey noruego tejido por mamá que, a pesar del calor, se tuvo que probar allí mismo.

El regalo de Mary-Lou fue el último que abrió: un juego de mesa típico en Estados Unidos en su paquete original. Se llamaba Monopoly, y en realidad estaba pensado para mí. Una amiga se lo había traído directamente de Nueva York, pues en Letonia no se podía comprar.

—*Oh honey, believe me, it is the hottest game in town* —le dijo al oído a Hub con voz cantarina mientras quitaba la tapa.

«Créeme, cielo, es el juego más de moda en la ciudad.»

Se trataba de comprar y revender bienes raíces, y estaba en la lista de juegos prohibidos en Alemania. Menos los americanos, todos los presentes lo sabíamos, ya puede usted imaginarse la tensión que reinaba en el ambiente.

Sólo Ev tuvo el valor de romper el gélido silencio:

—Pues nada, pongámonos a ganar dinero...

El festejado agarró un fajo de dólares de juguete de la caja y lo lanzó al aire. Entonces, una

racha de viento —probablemente la primera en varias horas— hizo revolotear los billetes como confeti, enriqueciendo nuestro jardín. Luego se puso en pie y declaró:

—Es un juego judío.

Dio media vuelta y se alejó aún con el jersey noruego puesto (que, por cierto, le quedaba pequeño). Ev sonrió, se quitó un billete de cien dólares de color salmón que se le había pegado a la pierna, se disculpó y fue tras él. Al cabo de un rato los oímos discutir a gritos en la distancia. Yo me concentré en los frondosos castaños del jardín, que acompañaban con su murmullo el contrito silencio que se había hecho en la mesa, y me acordé de Großpaping: me imaginé lo que debe de sentirse que te arrojen al agua y luego se rían mientras te ahogas.

—*Did you enjoy the party, Koja*? —me preguntó Mary-Lou en el camino de regreso.

«¿Te lo has pasado bien en la fiesta, Koja?»

Yo sencillamente le devolví la pregunta:

—¿Y tú?

—*Well, I think it was definitely not a party*.

«Bueno, creo que ha sido todo menos una fiesta.»

Esa noche, mientras daba vueltas en la cama sin poder dormir, agobiado por el calor y atormentado por la inevitabilidad de envejecer, me di cuenta de que era la primera vez que mi hermano y yo, después de una pelea, no habíamos ido juntos a escoger una manzana para luego bendecirla con la señal de la cruz, partirla y comérnosla a la vez musitando «Hosanna en el cielo», aquella fórmula indulgente e inapropiada que mamá y Anna Ivánovna nos habían enseñado de pequeños, y que sancionaba la reconciliación y el regreso a la calma. Me estremecí con sólo pensarlo y, si vuelvo la vista atrás, me parece que no haber realizado ese ritual fue el germen de todos los conflictos que viviríamos en lo sucesivo.

Una semana después estalló la guerra.

La Wehrmacht aplastó Polonia («Como un huevo cocido», añadió Donald Day). Erhard voló a la Cracovia ocupada para ver a Himmler, quien le explicó que también Letonia dejaría de existir en breve. Sin embargo, no era el Reich el que se disponía a anexionarse solemnemente ese territorio, sino la Unión Soviética: así lo habían acordado Hitler y Stalin en un pacto secreto.

Nos quedamos atónitos. ¿Un pacto secreto de Hitler con Stalin? Pero ¿cómo era posible? ¿Era una manera distinta de decir «regalo envenenado»? Sobre todo Hub, que odiaba a los comunistas como a nada en este mundo, reaccionó con incredulidad y soltó una expresión rusa que había aprendido de Opapabaron: «*Ves'ma zamechatel'no*!», que viene a significar algo así como: «¡Es

increíble!» Pasó noches en vela preguntándose cómo era posible que el amado Führer consintiese semejante despropósito. Aunque hacía mucho tiempo que se había apartado de la fe en Dios, fue a la iglesia, se postró de hinojos y se pasó horas rezando para sus adentros. ¿Cómo era posible que a los asesinos de Hubertus Konstantin Solm, el honesto, orgulloso e indómito pastor que, por defender su fe, perdió la vida ahogado en un estanque dentro de un saco de patatas, se les permitiera volver a Riga, a la iglesia de San Pedro en la parroquia de Neugut, justo en el vigésimo aniversario de su martirio, cuando, como cada año desde 1919, se encendería un cirio en su memoria?

No nos sentíamos capaces de contarles a nuestros padres la desgracia que se avecinaba... aparte de que lo teníamos prohibido, pues aquel secreto de Estado sólo lo conocíamos Erhard, Hub y yo, las tres cabezas del Movimiento —originalmente rubias, pero ahora amenazadas por la calvicie— que a esas alturas ya se había ocupado de erradicar cualquier oposición dentro de la sociedad báltica.

Para poner a salvo a nuestros compatriotas frente a la inminente embestida del Ejército Rojo hubo que organizar un desplazamiento masivo de emergencia: los ochenta mil alemanes de Letonia tenían que derribar sus tipis como una tribu de indios del Oeste americano para volver a montarlos en la Polonia conquistada sabiendo que nunca volverían a ver la tierra de sus orígenes.

Era un éxodo irrevocable.

Erhard y Hub, en calidad de líderes supremos del grupo étnico, se ocuparon de los preparativos. Todos los periódicos hablaban de ellos. Mi madre no cabía en sí de orgullo. En medio de la pena por la inesperada pérdida de la tierra que, en el siglo XII y bajo el signo de la Cruz, nuestro remoto ancestro Wolfram von Schilling les había arrebatado a los «nativos» —así los llamaría mi madre hasta el final de sus días—, a pesar de la angustia de aquellos días, que sin duda se le notaba en la cara, sus ojos se iluminaron al descubrir a su deslumbrante Hubsi —casi podría decirse: a su adorado Hubsito— ascendido a la categoría de inmortal en una de las últimas ediciones del *Rigaer Rundschau*. Al pie de la fotografía que lo mostraba en perfil de tres cuartos con su flamante bigotito a lo Clark Gable, se leía: «El comandante Hubert Solm, a cargo de las medidas de evacuación, habla con sus hombres en el almacén del puerto.» Puede que no llegara a ser un Alejandro Magno —comparación reservada para Erhard, como demostraba otra foto, bastante más grande, publicada en la misma edición—, pero, al menos para mi madre, mi hermano aún podía convertirse en un Alejandro Menor.

Hub, pues, se encargaba de la logística de aquel inmenso traslado. Básicamente era el jefe de una

gigantesca empresa de transporte con miles de empleados que organizarían el viaje de ochenta mil personas y las mudanzas de unos quince mil hogares, con millones de piezas de equipaje y muebles, en un plazo de cuatro semanas.

Alemania envió una flota de barcos de pasajeros y de carga para que la migración se llevase a cabo por mar.

A mí me correspondió la tarea de recoger todos los datos que pudiese sobre las fortificaciones, posiciones de artillería, etcétera, en territorio letón. El ayudante de Heydrich me dio la orden por teléfono, despidiéndose con un «*Heil Hitler*!» del que yo me hice eco por primera vez.

Mary-Lou estaba fuera de sí. Incluso se encerró en la cocina (para dejarme sin comer) y estuvo días sin quitarse mi albornoz blanco (que terminé regalándole). No podía decirle la verdad, pero le insistí en que tratase de conseguir pasajes de barco para volver a su país, junto con Donald Day, lo antes posible. Ella hizo un puchero en señal de desaprobación y me dijo:

—*Poland is surely in a bad mood, don´t they need a dancing queen*? —Y luego añadió, muy bajito—: *I will miss you*: *I'm your smile and you're my sadness*.

«Seguro que Polonia está bajísima de ánimos. ¿No necesitarán a una buena bailarina? Te echaré de menos: yo soy tu sonrisa y tú mi tristeza.»

Pero eso ya fue en el puerto del que salían los transportes internacionales.

Fue la amante más vivaz, más libre y con más talento musical que he tenido nunca, aunque no haya sido la más elegante. Jamás olvidaré una noche en que me cantó con su voz ronca y profunda, formada siglos atrás en la selva del Congo o de Senegal, el himno de Horst Wessel sin tener ni idea de lo que significaba, tan sólo porque le gustaba la melodía y pensó que me haría ilusión. Eso sí, en vez de cantar:

Bandera en alto, las filas bien cerradas...[29]

Su particular versión, acorde con lo que entendía de las palabras alemanas fue:

Yo ya me largo, las tías encerradas...

Le corrían las lágrimas por las mejillas mientras bailaba al compás.

Todos los alemanes recibieron la orden de vaciar sus casas, embalar sus pertenencias y vender o regalar lo que no pudieran llevarse. Las mascotas no estaban autorizadas a embarcar en las naves

de Hitler, y las protestas y llantos de los niños obligados a dejar atrás a sus perros y gatos resonaron por las calles de Riga, acompañados de una elevada mortandad de animalitos.

Mamá empaquetó nuestras cosas con mucho esmero. Opapabaron, que en paz descanse, tenía su propio baúl, con las joyas apaches y los colmillos de fiera coleccionados en sus viajes por el mundo.

Como Hub apenas daba abasto con los preparativos del traslado masivo, utilicé mis pocas horas libres para reunir los documentos necesarios para naturalizarnos en el Reich alemán. O al menos lo intenté, pues fue una tarea infernal rescatar de los impenetrables montones de documentos de los Solm los certificados de nacimiento, partidas de bautismo o defunción, escrituras, certificados de matrimonio y títulos académicos archivados con el cuidado con que se ordena un cajón de sastre. Le reproché amablemente a mi madre, quien como anciana báltica no compartía el celo burocrático de los alemanes del Reich, la negligencia con que había tratado su propia historia.

—¡Pero si eso no es historia! ¿Para qué quieres todos esos papeles absurdos? —me preguntó negando con la cabeza.

—Pues para el certificado de arianidad, por ejemplo.

—¿Y eso qué es?

—Lo necesitaremos para conseguir un buen trabajo en Alemania: Hub y yo tenemos que demostrar que descendemos de alemanes desde hace dos siglos.

—¡Pero si no descendemos de alemanes! ¡Sólo faltaría!

Dejé sobre el escritorio la carpeta que tenía en las manos y clavé la mirada en el rostro arrugado de mi madre, que parecía un tanto distraída.

—¿No?

—¡Nosotros descendemos de los Yngling! —afirmó—. Por eso Opapabaron se apellidaba Von Schilling.

—¿Los Yngling?[30]

—Yngvi, el patriarca de los Yngling, era nieto de Odín.

—¿Me estás diciendo que descendemos de Odín?

—Si te hace falta para el certificado ese...

—Mamá, no podemos decirles a los funcionarios que descendemos de dioses.

—¿Y por qué no? Son dioses germánicos, ¿qué «pero» nos pueden poner?

—¿Existe algún documento que pruebe ese parentesco, mamá?

—No, pero puedo jurarlo.

Mis padres nunca habían llevado sus cuentas de un modo apropiado. No respetaban a los

contables porque, como decían de vez en cuando entre suspiros, «desempeñaban un trabajo que no requería ni cerebro ni talento», y el interés de la administración en las declaraciones de impuestos sólo les inspiraba hastío: las hacían de un modo orgullosamente chapucero, pues eso era una vulgaridad.

—Los números son el infierno —solía decir mi padre, quien, siendo consecuente, también se olvidaba siempre de nuestros cumpleaños.

Y ese desdén por los formularios oficiales se extendía, cómo no, a los documentos familiares, de modo que, en busca de los papeles que certificaran nuestra procedencia étnica, tuve que sumergirme en un desbarajuste de carpetas llenas de polvo que mi padre, con su característica ligereza, en algún momento había utilizado como papel para sus bocetos. Después de todo, tanto él como mi madre eran dos espíritus artísticos, y además desde siempre en Riga, incluso frente al Estado, había valido mucho más el abolengo de una familia que el papeleo de turno.

Probablemente también se debió a esa displicencia el que apenas encontrase ningún documento de Ev. En su pasaporte figuraban como progenitores Theodor y Anna Marie Solm, si bien logré encontrar el certificado de adopción de 1919 entre dos recetas de cocina («¡Ay, Koja, hijo mío, qué alegría me das!, ¡mira que llevo años buscando esas recetas!») donde sí aparecían los nombres de sus padres biológicos: un tal Marius Meyer, pediatra de Dünaburg, y su esposa, Barbara Meyer, aparentemente ama de casa. Lo malo es que no conseguí hallar nada más, ni siquiera su certificado de nacimiento. Ella misma carecía de información: nunca le habían preocupado sus orígenes, y tampoco le preocupaban entonces, pues tenía tarea de sobra desmantelando el hospital.

Hojeé también el archivo secreto de Hub sobre los alemanes del Báltico sospechosos y vigilados. Por supuesto, no había recogido dato alguno sobre su propia familia.

Indignado, en medio de aquel esfuerzo y la histeria de tener listo todo lo necesario en el momento del viaje, no me quedó más remedio que viajar personalmente a Dünaburg: doscientos kilómetros a través de un país en proceso de disolución. Por las carreteras me cruzaba con columnas de soldados del Ejército Rojo que se dirigían a sus bases: aquella plaga repugnante de soviéticos que el presidente Kārlis Ulmanis estaba dejando extenderse por su país como única opción para evitar, o al menos postergar, la desaparición definitiva de Letonia como Estado en los mapas. Era como abrirle la puerta del gallinero a un zorro para evitar que se coma a las gallinas.

En Dünaburg empecé a preocuparme de verdad.

En un archivo parroquial conseguí encontrar la entrada que daba cuenta del enlace entre Marius y Barbara Meyer, de soltera Muhr. Sin embargo, no había referencia alguna a ningún Meyer ni a ningún Muhr en las décadas anteriores. Y lo mismo sucedía en los registros de nacimientos y defunciones. Al parecer, ambas familias se habrían trasladado a vivir a Dünaburg, pero no eran de allí, con lo cual ya me veía investigando los orígenes de aquellos apellidos por toda Letonia, o tal vez incluso en Alemania. Tengo que añadir que, para entonces, existían gestorías especializadas en investigaciones genealógicas de ese tipo; sin embargo, todo indicaba que Stalin estaba a punto de hacerse con el país, y en cuanto Letonia se convirtiese en parte de la Unión Soviética, no habría la menor oportunidad de que un alemán de origen consiguiera llevar a buen puerto una pesquisa como ésa. Sabía que Ev, para conseguir un trabajo de médica, necesitaría el certificado de arianidad de máximo grado, así que había muy poco tiempo. Decidí recorrer Dünaburg en busca de gente que pudiera haber conocido a los Meyer: si el padre de Ev había sido pediatra, tendrían que quedar allí amigos, vecinos o antiguos pacientes.

Pasé la noche en un hotel del casco antiguo y, al día siguiente, fui a ver a un notario que ya tenía las maletas hechas, y nada mejor que hacer que lamentarse por su despacho perdido. Elogió a mi hermano («¡Qué hombre tan valioso! ¿Vio usted la foto del periódico? Idéntico a Clark Gable, dice mi mujer. ¡Tremendo!»), me acompañó corriendo al ayuntamiento, consultó los expedientes y, diez minutos después, me explicó amablemente que nunca había existido ningún pediatra llamado Meyer en Dünaburg.

Ante mi silencio, sugirió que siguiéramos todos los posibles rastros en los archivos locales con el fin de encontrar algún hilo del que tirar. Así fuimos a revisar los libros de las iglesias evangélicas, pero sin éxito. Luego acudimos a los libros de las iglesias ortodoxas rusas, puesto que los popes habían conseguido ganarse a muchos alemanes del Báltico, pero de nuevo nada.

Al cabo cayó la tarde sin que hubiéramos comido en todo el día. El notario me miró desde abajo —su aliento, seguramente a causa del hambre, me olió un poco a acetona— y con delicadeza me preguntó si no había considerado la posibilidad de echar un vistazo a los registros de los hebreos. Lo más probable era que saliéramos con las manos vacías, claro, «pero por preguntar no se pierde nada, ¿no cree?».

Aquel joven que era yo se quedó petrificado en el más estricto sentido de la palabra, para más señas con la boca abierta. Luego se echó a andar en aquella tarde espesa y se sentó en un prado de Dünaburg con un enjambre de mosquitos revoloteando a su alrededor hasta bien entrada la

noche, sin hacer nada más que abrazar sus huesudas rodillas mientras la hierba húmeda refrescaba las hemorroides que lo torturaban desde la partida de Mary-Lou.

Esa noche se entregó a escalofriantes imaginaciones de enredos sin límites. Se levantó y se tomó una aspirina, pero entonces pensó que también la aspirina, un remedio tan efectivo para el dolor de cabeza, la había inventado un judío: el señor Eichengrün, según le había contado Ev hacía apenas unos días... —«¿por qué, por qué, por qué?...»—, y vio en aquello un señal de que los judíos normales y corrientes no sólo habían cometido crímenes contra la humanidad a lo largo de una extensa historia cultural, aunque sin duda los habían cometido, y luego notó el efecto del ácido acetilsalicílico y fue cayendo en un sueño endulzado por un judío.

Al día siguiente decidí acudir a la sinagoga.

El notario había ido acompañado por un compañero de profesión, un judío vetusto llamado Moshe Jacobsohn que se puso la kipá para examinar la documentación hebrea.

Para mi gran alivio, no encontramos registros de nadie que se apellidara Meyer ni Muhr. Para no repetir el error de la víspera, hicimos un descanso para comer, el señor Jacobsohn nos invitó a *gefilte Fisch*, una especie de albóndigas de pescado, y yo me puse de mejor humor.

Luego, simplemente para asegurarnos, regresamos al archivo. En un momento dado, el judío vaciló ante un nombre y le preguntó al notario qué día había visto la luz la tal Barbara Meyer, de soltera Muhr. «El catorce de julio de 1878», le respondió éste. «¿El catorce de julio?», se sorprendió Moshe Jacobsohn. Daba la casualidad de que ese día había nacido en Dünaburg una niña que no se llamaba Barbara, sino Bathia, y que no se apellidaba Muhr, sino Murmelstein, pero luego ya no había más datos en los libros. A lo mejor los padres se habían convertido al cristianismo.

Y entonces su rostro se iluminó de golpe y dijo que claro, que se acordaba de haber oído hablar de un Meyer, pero que no era pediatra y que, según creía, se llamaba Marian y no Marius, y era camarero, camarero jefe incluso, en el mismo hotel elegante donde yo mismo estaba alojado, y que al pobre Meyer lo habían matado los bolcheviques junto a su esposa tan sólo por el aspecto distinguido que ofrecía con librea, y que únicamente había sobrevivido su hijita, o a lo mejor no, porque eran tiempos muy duros, pero que Meyer no era judío, desde luego: que sus padres ya eran cristianos conversos, o al menos eso era lo que se decía. Pero ¿qué habría sido de esa pobre niña?

Puede que a estas alturas, ilustre juez terapéutico de la cama de al lado, le parezca absurdo perder ni que sea un minuto en imaginar en qué estado se hallaba sumido un hombre de buena voluntad

que, en cosa de veinticuatro horas, había descubierto irremediablemente que el mundo entero se le había vuelto del revés: hoy en día no importa si alguien es judío, tenista o pescador en un pueblo de Malasia.

Y resulta muy difícil de explicar.

Cuando dices: «por entonces», ya has perdido. «Por entonces» implica trasladarse a otro país y a otro tiempo... un país y un tiempo que no son los suyos, querido compañero, pero que aún existen en este viejo corazón. Cuando digo «por entonces», vuelvo a ese país y a ese momento terrible. No puedo imaginarme que el joven que era yo pudiera definirse como un antisemita. Incluso hoy en día esa postura me resulta extraña, créame. Y aun así, cuando vuelvo al país del «por entonces» me veo comportándome como un antisemita: vuelvo a verme sentado frente al vetusto Jacobsohn, que estaba enfermo del estómago, y frente al discreto notario en el archivo de la sinagoga, que está dentro de la propia sinagoga, y veo cómo la tierra se abre ante mí, y me caigo a un agujero profundísimo por el mero hecho de descubrir algo que a nadie de su edad —de su generación, debería decir— le daría ni frío ni calor. Continúo, pero esto es algo que tenía que explicarle, puesto que de pronto la melancolía le parece a usted tan familiar, mi querido y joven amigo momentáneamente infravalorado.

Dos días y numerosas aspirinas más tarde fui a ver a Anna Ivánovna para que me contara su versión de la historia. Lloró como sólo son capaces de llorar las rusas con remordimientos de conciencia, a saber: desgarradoramente. En su momento, veinte años atrás, había ido a vernos sollozando y nos había contado que su primo se había presentado en su casa en plena ocupación bolchevique con aquella pequeñina de la mano. La pobre palomita estaba medio muerta de hambre, ¡había que buscarle una familia!, le había dicho el primo. Pero ¿quién iba a querer compartir las últimas calorías disponibles con un gatito judío?

—Eso me dije, Koja, hijo mío. Era hija de un camarero muy amigo de Vladimir, una bellísima persona, pero cuando le preguntamos a qué se dedicaba papá respondió que no lo sabía, que siempre estaba fuera de casa. Así que convertimos al camarero en médico para que la checa no pudiera seguirle la pista. Eso fue lo que sucedió.

Claro que a ella no le había hecho ninguna gracia mentirle a la buena de su señora ni al bueno de su señor, pero era una cuestión de vida o muerte, y la señora había dicho una vez que ningún judío pondría un pie en su casa ni siquiera si estaba bautizado.

—Y es natural, Koja, angelito mío, porque los judíos son muy mala gente: en eso tiene razón vuestro Führercito...

Ahí yo la interrumpí y le dije que no podía referirse al Führer como «Führercito» por más que les guste a los rusos ponerle el diminutivo a todo.

—...es natural, Koja, hijito, porque los judíos son unos delincuentes, pero aquella criaturita tan chiquitina y tan linda, con los ojazos que tenía... cómo la íbamos a dejar morirse de hambre; así que, por favor, no le digas nada a la señora, por el amor de Dios, con lo buena y generosa que fue la señora... no le digas nada.

Una hora después estaba yo llamando a la puerta de Hub y Ev. Fue él quien me abrió. Llevaba una servilleta al cuello, masticaba...

—Perdona, creí que estabas en el puerto —le dije.

—No, no, pasa: hay bastante asado. Qué bien que hayas venido.

Luego me quedé sentado frente a ellos sin saber por dónde empezar. La cálida luz de la lámpara de la cocina bañaba sus rostros, pero por lo visto no el mío.

—¿Te encuentras bien, Koja? —Ev se preocupó—. Se te ve muy pálido.

—En fin, es que hay mucho que hacer: se juntan muchas cosas.

—¿Quieres que te traiga una pastilla? Todavía me quedan de mi última migraña.

—Por cierto, la aspirina no es un invento judío; medio judío, a lo sumo, si entendemos a la casa Bayer como a una persona moral alemana...—comencé.

—¡Qué tiempos tan fabulosos, hermano! —respondió Hub también sin venir al caso, y añadió —: ¿Ya se ha ido tu amiga?

—Sí: ha encontrado donde quedarse en Marsella. Su intención es ir luego a París.

—¿Y aún os escribís?

—A decir verdad, apenas sabe escribir.

—Era muy simpática. Me porté como un patán con lo del juego del Monopoly. Ella lo trajo con buena intención.

Yo no tenía ni idea de qué podía haber desencadenado aquel arrebato de arrepentimiento, pero fruto de su propia reflexión seguro que no era.

Ev carraspeó, se limpió la boca con la servilleta y alargó la mano hacia la copa de vino.

—Sea lo que sea a lo que hayas venido, Koja —levantó la copa sonriendo—, olvídate de lo que bulle en esa atormentada cabecita. Brindemos por el día de hoy.

No: por ese día precisamente no me apetecía brindar, ni tampoco por los que seguirían, que ya veía desplegarse ante nosotros como una sucesión de catástrofes.

—Encantado —dije, y brindamos.

Hub estaba de un buen humor escandaloso desde que me había abierto la puerta. Se le notaba el esfuerzo por agradarme, y todavía más por agradar a Ev, cuya mano acariciaba para luego sonreírme a mí como quien sabe que algo muy bueno está a punto de suceder.

—Hoy he recibido la noticia —dijo casi reventando de entusiasmo—. Me han nombrado

Sturmbannführer y a Erhard, Standartenführer.[31] —Su exultante alegría ascendió por el cielo como un cohete en Nochevieja. Y aún no había terminado—: Debemos guardar el secreto mientras sigamos siendo ciudadanos letones. —Tampoco con esto había terminado—: Pero lo que es más importante —prosiguió— ¡es que nos vamos a casar!

Y ya no dijo nada más. Nadie dijo nada hasta que Ev añadió con un suspiro:

—Sí, Koja, nos vamos a casar: seremos marido y mujer.

Los dos me miraron expectantes. No sé qué esperaban; una explosión de alegría, supongo, y mi bendición, pero yo me debatía entre «¡Qué maravilloso!», la rara expresión báltica «¡Esto es terriblemente de maravilloso!», algo parecido a «No he recibido mejor noticia en muchísimos años», o tal vez algo más prosaico, como «¿Estás embarazada, Ev?». Al final, lo único que dije fue:

—*Nu, s'ken sajn as a chasene vet sajn gants schwer*.

Siguió un silencio con púas, como el alambre de espino.

—*Chasene*?

—...

—¿Eso es yidis?

—Sí, Hub, es yidis. Significa «boda».

—¿Y tú cómo sabes yidis?

—Me lo enseñó Ev, ¿a ti no?

—No.

Hub se quedó pensativo. El cohete cayó al suelo y se apagó.

—¿Tú sabes yidis, Ev?

—Bueno, en Dünaburg todos los niños sabían yidis: eran niños judíos.

—¿Y cómo es que a mí no me lo enseñaste?

—Tú ya no eras un niño, Hub.

Él se tapó la mano con la boca, dándose cuenta de que había dejado de masticar hacía rato. Se pasó el pedazo de carne olvidado al carrillo izquierdo y preguntó:

—¿Qué ha dicho Koja?

—«Bueno, una boda podría resultar un poco difícil», eso es lo que ha dicho.

Ev, por hacer algo, volvió a llevarse la copa de vino a los labios y fijó la vista en las patatas que me había dejado en el plato. Hub tragó, asintió con la cabeza y adoptó un tono algo más formal:

—Sé que nuestros padres reaccionarán mal, Koja. En eso tienes razón. Pero se lo explicaré con mucha cautela.

—Y a Erhard —susurró Ev.

—Y a Erhard también. A ver, somos adultos.

«Hay que reconocer que la luz de esta lámpara es muy bonita...», quién sabe por qué, pero eso fue lo que se me pasó por la cabeza, y enseguida me propuse comprarme una igual, a ser posible de inmediato.

—Estoy muy contenta de que Hub defienda nuestro amor —dijo Ev insegura a causa de mi silencio—. Es una gran decisión, pero ahora que partimos rumbo a un nuevo país y una vida nueva, estos rancios alemanes del Báltico no encontrarán con quién chismorrear. Y si a pesar de todo lo hacen, beberemos y lo ignoraremos.

Y con estas palabras apuró la copa de vino tinto, aunque al instante volvió a rellenársela, con lo cual me quedó claro que no: la doctora Solm, de soltera Meyer-Murmelstein, sin duda no estaba embarazada.

—¡Eso! —confirmó Hub—. Al fin y al cabo, no somos hermanos de verdad. Por cierto, ¿avanzaste en Dünaburg?

—¡Claro, Koja! Aún no nos has contado nada, ¿cómo te ha ido? —preguntó Ev—. ¿Tienes los papeles?

Yo me quedé un rato mirándolos y luego farfullé:

—*Nu, schturmbanfirer vestu sicher lang nit blajbn, majn Hubsilejn*.

«Bueno, de Sturmbannführer seguro que no duras mucho, Hubsito.»

Para no dar lugar a malentendidos, mi más preciado swami entre todos los swamis: por supuesto que no dije eso, ¿cómo iba a decir algo semejante en aquella atmósfera de infinita dicha, de esperanza, fatalidad y profundidad abismal?

Simplemente lo pensé con un ridículo sentimiento de superioridad, y al imaginarme la cara que se le quedaría a Clark Gable-Solm, su boca abierta de pura estupefacción —aquella boca que solía reflejar una ambición que daba asco—, de pronto me entró un ataque de risa como los que les dan a los niños en la iglesia. Un impulso incontenible me invadió, desató mi lengua hinchada, relajó mis mandíbulas y... la verdad es que no se me ocurre una expresión más acertada: se adueñó de mí.

—¿De qué te ríes?

Mis carcajadas se redoblaron como si fuera un demente. Era la risa más descorazonadora que se pueda imaginar, pero gracias a Dios el desconcierto de Ev se transformó en solidarias risotadas y, al final, hasta Hub —quien no se reía casi nunca y, de hacerlo, no producía ningún ruido— se sumó con una especie de balido como el de las cabras, lo que llevó mi desesperación a un nuevo clímax.

Me puse hasta arriba de vino tinto y, con lengua de trapo, les conté una mentira del tamaño de un piano de cola: que había encontrado los papeles en Dünaburg, todo certificados de primera. Meyers y Muhrs eran arios de pura cepa desde hacía siglos, sí.

El resto se cuenta rápido.

En los días que siguieron, falsifiqué e hice desaparecer todo cuanto hizo falta falsificar o hacer desaparecer. A Moshe Jacobsohn le ofrecí nuestro tresillo de cuero de búfalo: una cortesía, por así decir, y él a cambio aceptó quemar algunas páginas de los libros de la sinagoga de Dünaburg. Con la de veces que los rusos habían quemado documentos judíos —y a sus dueños—, aquello tampoco tenía nada de extraordinario.

El discreto notario, además, aceptó dejar a mi disposición los libros de la iglesia luterana de su ciudad natal durante unas horas sin volver a mirarlos después con ojos de detective.

El talentoso pintor, acuarelista, caricaturista y, por supuesto, también restaurador, tipógrafo y calígrafo Konstantin Solm en persona añadió entonces, con mano experta y tinta envejecida artificialmente, algunos datos imprescindibles.

Al final el notario se dejó persuadir —sin duda ayudó el oro de tiempos de los zares sacado del joyerito de mamá— para dar fe, «habiendo consultado los registros de las iglesias», de un árbol genealógico que jamás había existido y, sin embargo, se erguía como un esqueleto sobre las páginas de los registros, permitiendo a su descendiente Eva Solm casarse con el Sturmbannführer de su preferencia.

La noche del 15 de diciembre de 1939, mamá, papá y yo abordamos uno de los últimos barcos que abandonaban Riga.

Mi padre, como discapacitado grave, estaba obligado a ir en el vapor destinado a minusválidos y pacientes psiquiátricos, pero mamá se había negado a dejarlo allí solo —y cito— «entre cuatrocientos tarados». Gracias a la intervención del comandante a cargo de la operación, quien ya se había marchado con su flamante prometida en otro barco: el *Deutschland* —seguramente para evitarles a nuestros padres, todavía en shock, las muestras de cariño propias de los enamorados que están a punto de casarse—, nos asignaron un lujoso camarote junto al del capitán.

Previamente, y por orden expresa del propio Hub, nuestro vapor había sido enviado a Danzig para someterse a varias «mejoras» que resultaron ser unas celdas acolchadas.

Aquella tarde mamá salió a la cubierta de paseo, que enseguida empezó a llamar de forma despectiva «el *totum revolutum*», ante la dudosa alcurnia de sus compañeros de viaje. Apoyada

sobre la barandilla, se quedó contemplando la silueta de la ciudad iluminada, y precisamente ella, que no se había permitido nunca derramar una sola lágrima de emoción ni de miedo, ni siquiera frente a los bolcheviques, rompió a llorar. A su lado, mi padre, sentado en su silla de ruedas, se puso a llorar también, y sus suaves gemidos sonaban como gaviotas lejanas.

A medianoche el *Bremerhaven* levó anclas, y los tarados y dementes, los bienaventurados pobres —y ricos— de espíritu, se adentraron en las calmadas aguas del océano a bordo de nuestra particular «nave de los locos»[32] acompañados por treinta cuidadores, cien enfermeras, un reputado catedrático de Wittenau y dos buques de guerra profusamente iluminados.

Pese a todo aquel esfuerzo, un año más tarde casi todos los pasajeros de aquel barco morirían de hambre, por una inyección letal, gaseados o envenenados... por órdenes de la sección donde yo mismo trabajaba. Pero ya habrá tiempo de hablar de eso.

SEGUNDA PARTE

La orden negra

1

Gracias por su brahmánica discreción. Puede que lo mejor sea seguir adelante sin más. Eso también fue lo que pensé en su día: había que mirar hacia delante y dejarse llevar por fuerzas más poderosas y mejores que nosotros. Porque ¿no es ese monitor de ahí, que registra la frecuencia cardíaca, más fuerte y mejor que nosotros? ¿Y el chisme ese de mercurio? El tabernáculo de medir la tensión... ¿cómo lo llaman? ¿Acaso todo ese aparataje no controla nuestras vidas mucho mejor de lo que jamás lograríamos nosotros por nuestra cuenta?

En todo caso, ésa era mi convicción cuando llegué a la Polonia ocupada después de un viaje de dos días en el *Bremerhaven*. Porque Polonia era, toda ella, un gigantesco sanatorio: un hospital para curar el «polonismo», podríamos decir. Había que someter al país entero a una cura para sanarlo, sobre todo, de quienes habían vivido allí hasta entonces, y los alemanes del Báltico éramos el suero gracias al cual todo el mundo volvería a ponerse bueno y rubio.

Así, como por una cánula, los Solm fuimos inyectados en el Reichsgau de Wartheland,[1] aquel ventrículo del corazón polaco que acababa de ser trasplantado al Reich alemán por prescripción facultativa mediante un efectivo instrumental quirúrgico (o sea: varias divisiones blindadas).

Nuestro barco atracó en el gran puerto de Stettin en medio de una tormenta de nieve. Allí, entre los acordes de una banda de músicos morados de frío y como cubiertos por una costra de sal marina, las exultantes valkirias del NSV[2] recibieron a los tarados que bajaban a tierra tambaleándose. Como regalo de bienvenida, les endosaban una fotografía enmarcada de un loquero que miraba oscuramente un paisaje nevado y al que debían llamar, de ahí en adelante, «*mein Führer*». Entonces, aquellos pobres diablos completamente desorientados procedían a lamer los copos que habían caído sobre aquel bigotillo recortado. Todo sucedía tan rápido, y parecía tan lleno de condescendencia y devoción, que incluso mis padres y yo nos sentimos como unos náufragos rescatados.

Eso sí, de nuevo gracias a Hub, a nosotros nos esperaba un Mercedes con chófer, si bien aquel hombre, la verdad sea dicha, parecía todavía más tarado que los pasajeros del barco. Antes de dar con el hotel de lujo —requisado por las SS— que esperaba mamá, nos llevó a un campo de barracones; luego, en medio de un camino rural, atropelló a un perro que quedó en la memoria familiar vinculado a las palabras: «Bah, era un perro polaco», y ni siquiera una rueda pinchada consiguió enturbiar su inalterable optimismo.

A la mañana siguiente emprendimos un viaje que sin duda contravenía el sentido común a través de la nieve y el hielo —Polonia parecía cubierta por un sudario—, y al cabo de dos días arribamos finalmente a nuestro destino: la capital de la nueva provincia alemana del Warthegau, Poznan, con aquella catedral casi milenaria que alberga las tumbas de los reyes polacos y que los nazis harían «saltar por los aires de aquí a una semana», según nos aseguró nuestro chófer, encantado con la idea.

Debo decir, y le aseguro que lo hago sin segundas intenciones, que precisamente los miembros cultos de las SS del Báltico, como Hub o Erhard, hicieron todo lo posible por evitar ese tipo de remodelaciones urbanas, y en aquel caso concreto lograron su objetivo recordando que los maestros de obras de la catedral eran de Westfalia y el mausoleo de los reyes, obra de Christian Daniel Rauch. (¿Que no sabe usted quién es Rauch? ¿No conoce usted su estatua funeraria de la reina Luisa de Prusia ni los bustos que hizo para el Walhalla de Luis I de Baviera,[3] que tanto le gustaban a Hitler?)

• • •

En medio del más gélido invierno y en una tierra aún más fría, nos pusimos a buscar casa. No era una tarea fácil: nadie podía elegir con quién le tocaba vivir. La mayoría de nuestros amigos y parientes se alojaron inicialmente en antiguas fábricas y cuarteles, o incluso en los subterráneos del estadio local, sin calefacción y con carámbanos colgando de los techos abovedados, pues los nazis aún no habían deportado ni fusilado a la población local cuyas viviendas nos habían prometido. En los campamentos atestados de alemanes del Báltico, las ancianas temblaban de frío y los jóvenes gamberros les lanzaban bolitas de papel con cerbatanas improvisadas a los gordos comandantes que patrullaban, armados con fustas, por los pasillos.

Para escapar del internamiento masivo, mamá, papá, Hub, Ev y yo tuvimos que solicitar lo que llamaban un «alojamiento familiar», a pesar de la reticencia inicial de mi hermana.

Por entonces debí de dibujarla al menos veinte veces sin que se diera cuenta, de perfil, mirando al vacío. En sus ojos sólo veía enigmas porque no podía acercarme y su mirada oscurecida ocultaba esa otra mirada, llena de luz, que a menudo contemplaba en mis sueños. No quería vivir con nosotros en el país del amor redescubierto, sino sola, con mi hermano.

—Pero, cariño, los únicos que viven solos son los caracoles —oía yo decir a Hub al otro lado de la fina pared del hotel donde nos alojábamos temporalmente—, y en los tiempos que corren no podemos ser como los caracoles.

La casa que finalmente nos consiguió Hub, gracias a su influencia en las SS, era una villa en las

afueras que los dueños tuvieron que desalojar en sesenta minutos, ni uno más.

Cuando metimos la llave en la cerradura y entramos, vimos lo que dan de sí sesenta minutos: los moradores de la casa parecían haberse esfumado, como antaño los de Pompeya y Herculano, dejando tras de sí las huellas de su intimidad. La casa aún estaba caldeada, y desde luego amueblada; todos los armarios y cajones estaban abiertos, y los suelos sembrados de prendas de ropa. En el baño todavía quedaban las toallas húmedas y en las paredes podían verse fotografías de un bebé: una linda princesita que jugaba feliz con una carretilla de madera en una playa del Báltico. Esa misma carretilla estaba volcada en su cuarto infantil, roja y brillante, entre peluches.

Mamá se dirigió de inmediato a la oficina de las SS que nos correspondía y, después de explicar que su hijo había estado a cargo de la evacuación de los alemanes de Riga, preguntó qué había sido de la pobre gente que vivía en aquella casa. Entonces, el jefe de escuadrón le respondió fríamente que debía considerarse afortunada por tener un techo sobre su cabeza y paredes sin salpicaduras de sangre.

Y así fueron las cosas a partir de entonces.

Ni a mi indignada madre ni a ninguno de los alemanes del Báltico refugiados, fuera descendiente de Odín o no, se les dio opción de abrir la boca desde el momento de su llegada: éramos trofeos de caza para colgar de la pared, como las cornamentas de venado que adornaban la casa de Himmler, y para colmo ni siquiera éramos cornamentas de dieciséis puntas —ésos eran los alemanes de los Sudetes—, ni mucho menos de veinticuatro —como los alemanes del Reich, que llegaron en tromba al Warthegau y arramplaron con todo lo que las deportaciones dejaron como posible botín—, sino simples cornamentas de doce puntas: las menos valiosas.

Ni siquiera el mismísimo Erhard Sneiper, quien durante años había tenido el honor de brindar con suero de leche —mucho más sano que una copita de coñac— con Himmler y Heydrich, y que se había hecho ilusiones de que le encargarían germanizar toda una provincia como una especie de Gran Inquisidor, recibió mejor trato. Los mandamases de las SS no tuvieron ni un detalle más con él: lo nombraron diputado del Reichstag —con la orden expresa de no abrir la boca en las sesiones del Parlamento—, pero al final se quedó atascado en una especie de oficina de empadronamiento para alemanes del Báltico que gestionaba de mala gana sin tener a su disposición a los maquinadores hermanos Solm.

En cuanto a Hub, tuvo que hacerse a la idea de que, en su papel de Alejandro Menor, no llegaría muy alto en aquella Jauja pangermánica: a lo sumo lo dejarían hornear panecillos.

—¡Quieren que me limite a calentar la silla! —se lamentaba.

Ya no necesitaban superagentes en hostiles tierras enemigas; si acaso, simples funcionarios.

Lo destinaron al SD local, que tenía su sede en el Bismarckring, la avenida que rodeaba el centro histórico de Poznan. Le asignaron un despacho, una secretaria rolliza, el chófer descerebrado del que ya he hablado y un puesto de segundón: era responsable de la expulsión de

los polacos y judíos del distrito de Poznan, tarea que consideraba matadora para el ánimo —y que se trataba precisamente de matar—, pero en la cual, aun así, intentó involucrarme.

—No lo sé —le respondí—. Hay un trabajo en el teatro municipal que quizá me interese.

—¿Quieres hacer del rey Lear?

—Están buscando a un escenógrafo.

Cuando fui a preguntar por el puesto me comunicaron que sólo se habían presentado otros dos candidatos: «Dos diletantes, para colmo con problemas estomacales», según me los describieron con gran desprecio al mostrarles mi carpeta, que cosechó grandes elogios. Pero luego se enteraron de que mi hermano trabajaba para el SD de las SS —fue a esperarme al vestíbulo del teatro con su uniforme y la insignia de la calavera y las tibias cruzadas, pese a que yo se lo había prohibido—, y al día siguiente resultó que los diletantes ya no eran tales, sino célebres e insustituibles maestros de la profesión, y por cierto estaban sanísimos, con lo cual no podían contratar «ni siquiera a un candidato tan talentoso como usted, señor Solm; a menos que sea pro bono».

El problema era que yo necesitaba dinero para mantenerme a mí y a mis padres, y para cubrir gastos de la casa: desde luego, no había que pagar alquiler, puesto que simplemente nos la habíamos apropiado, pero necesitaba un nuevo tejado a cuatro aguas, como dictaba la tradición alemana, porque los techos planos de las construcciones comunistas ofendían el sentido estético del Sturmbannführer local. De manera que, pocas semanas más tarde, empecé a trabajar como administrativo en una sección del SD denominada Monitoreo Báltico.

Pasaba los días en una gran oficina de planta abierta en el cuartel de la Gestapo en Poznan —el único civil de los trece empleados—, analizando los datos sobre nuestros conciudadanos de Riga que Hub había recogido durante años de minucioso trabajo. Mi evaluación determinaba quién de nuestros compatriotas tenía buena reputación, a quién había que seguir vigilando, quién debía ser deportado al viejo Reich alemán por no cumplir con los requisitos raciales o quién mostraba algún comportamiento criminal o antisocial que merecía el traslado a un campo de concentración.

Aquello no me resultaba nada edificante, y el mal humor me llevó a aderezar mis decisiones con el subjetivismo más radical. Llegué tan lejos como para enviar un año a Dachau (lugar para el cual los compañeros se reservaban los mayores elogios porque tenía una *Apellplatz*,[4] una gran explanada tan imponente como pintoresca) al que había sido mi profesor de matemáticas en la escuela, sospechoso de simpatizar con los socialdemócratas, pues aún recordaba vivamente lo mal que me lo había hecho pasar en uno de los primeros cursos de la secundaria, quince años atrás.

Claro que después me invadió una mala conciencia con la que por desgracia no había contado, y a las tres semanas hice que sacaran del campo de concentración a Don Formulitas, como

apodábamos al profesor, sin hacer constar los motivos en el expediente. Simplemente le denegué el permiso de trabajo, también sin hacer constar los motivos. Por último, dos semanas más tarde, de nuevo presa de los remordimientos, acabé recomendándolo para un puesto muy bien pagado como director de un liceo de Schwetz —indicar los motivos a esas alturas habría resultado directamente freudiano— con la esperanza de que Dios me tuviera en cuenta esa buena acción y mi propósito de enmienda.

Supongo que, para Don Formulitas, esos bandazos del destino habrán resultado inexplicables: le parecerían tan ilógicos como mis soluciones a las ecuaciones diferenciales que tanto me hicieron sufrir en su día. En todo caso, ya en ese entonces le había dicho yo que sobreestimaba la lógica.

Mi posición más bien subordinada me permitía decidir a mi antojo el destino de mis compatriotas sospechosos —al menos sospechosos para mi hermano—. Mi superior directo, el Hauptsturmführer Schmidtke,[5] un alegre gordito de origen renano que tenía labio leporino («¡No sabía yo que un labio leporino resultaba aceptable para los estándares de las ss!», se indignaba Hub), era de la opinión de que apenas era necesario que nuestras conclusiones se sometieran a un control más puntilloso, ni por su parte ni por la de nadie. Su única indicación era que debíamos alcanzar cierta cuota mínima de enemigos del Estado que enviar al exterminio, aunque sólo fuera por una cuestión de estética («*Ufted mifmo, Folm, como artifta que ef, fabe bien lo que fifgnifica la eftética*»).

He de confesar que, aunque me sabía mal por los delincuentes, no tenía intención de descuidar aquella cuota mínima. Tan sólo dos de los grupos considerados antisociales me inspiraban compasión: en primer lugar, las prostitutas del Báltico, sobre todo las guapas, y en particular las guapas a las que reconocía en las fotografías —siempre he tenido buena memoria para las caras femeninas, como se espera de un buen retratista de mujeres y de un sentimental—; y, en segundo lugar, los judíos que habían intentado hacerse pasar por alemanes falsificando documentos, pero que habían sido descubiertos por expertos genealogistas que revisaban a fondo los registros de bautismo. Tratándose de estos últimos desarrollé una inercia verdaderamente notable: no malgasté mis dudas ni siquiera con casos que cabría calificar de circenses.

—*Con todof mif refpetof,* Folm —se extrañaba Schmidtke—, *para fer un potenfial Efe-Efe, la permifividad con que trata ufted a lof judíof va demafiado lejof... Con el buen tino que mueftra con lof pederaftaf... ¿por qué no ef lo mifmo con lof judíof*?

No es que por entonces fuera yo mejor persona, ni mucho menos una persona maravillosa, como usted me hace el favor de creer: si ayudaba a los judíos no era por amor al prójimo, sino para allanarle el terreno a ya-sabe-usted-quién.

Pasarían pocas semanas hasta que, con ayuda de Hub, se aceptara mi solicitud de ingreso en las SS: teniendo en cuenta mi leal dedicación como empleado del servicio secreto en el extranjero, fui admitido de manera formal en ese cuerpo de élite en la primavera de 1940. Mediante documento oficial, Heinrich Himmler me nombró Obersturmführer,[6] dos grados por debajo de Hub en el escalafón (un detalle no falto de tacto).

Así, en un mundo prácticamente dominado por el fascismo, comenzó para mí la rutina, una rutina en la que no faltaba un toque de locura. Después de los años que había pasado, como quien dice, meciéndome en una hamaca con aroma a bohemia, todos mis días pasaron a estar organizados y planificados. Cada mañana Hub me despertaba con un grito. Yo me daba una vuelta más en la cama mientras él entraba a zancadas en mi habitación y se ponía con su gimnasia matutina, jadeando y animándome a que la hiciéramos juntos: abdominales, flexiones, sentadillas, siempre en series de siete. El siete era el número de la suerte de Ev, y Hub amaba a Ev. Cuando yo salía de la cama a duras penas y me quedaba un rato sentado en el borde, aún aferrado al último jirón de un sueño, él ya estaba lavándose en el baño contiguo como seguramente lo hará en la cárcel con la mano que le queda: con movimientos enérgicos, bien fuerte y a fondo. También el aseo parecía una tabla de gimnasia.

Luego salía silbando del baño, en el que yo entraba arrastrando los pies y entre bostezos.

Cuando regresaba a mi cuarto a medio secar, Ev ya me había dejado el uniforme perfectamente planchado encima de la cama.

Para Hub, ese atuendo era como una armadura que preservaba su autoridad. Su actitud me recordaba un legendario dicho de mi padre, que solía afirmar que el uniforme de un hombre era como las tetas de una mujer. Todo tenía una enorme carga sexual: la camisa con los botones forrados de cuero negro, la corbata negra, los pantalones de montar negros, las botas de montar negras, la chaqueta negra con tres botones de plata y dos franjas plateadas paralelas en las hombreras, el brazalete rojo con la cruz gamada negra sobre el círculo blanco en la manga izquierda, el cinto negro para la pistola, la gorra negra con la calavera plateada y el águila del Partido. Una vez vestido, me quedaba frente al espejo del cuarto y un letárgico Obersturmbannführer de las SS me devolvía la mirada.[7] La gorra no me quedaba nada bien: me gustaba más la de tipo marinero, que me recordaba a las travesías en barco. En cualquier caso, servía para disimular la incipiente calvicie de un joven ya no tan joven.

Por último, cogía la pistola de encima del tocador, una Luger de 9 milímetros (Hub prefería la Walther PPK), me aseguraba de que funcionaba bien, me la guardaba en el cinto y bajaba. Allí me reunía con mi hermano y, armados y equipados, desayunábamos con la familia. Había queso, jamón, salchichón, una torre de rebanadas de pan negro, leche, una taza de café humeante —café

del bueno, en grano, nada de sucedáneos baratos—. No hablábamos mucho a esas horas de la mañana. Mamá le daba de comer a papá y Ev hacía el papel de ama de casa, tal vez porque esa fachada de sumisión al destino le permitía ocultar lo insatisfecha que estaba con la situación, aunque lo cierto es que siempre le costó aceptar cualquier forma de sumisión. Todavía sabía coser, cocinar, remendar ropa o hacer mermelada mejor que mi madre, quien realmente lo había aprendido todo de su hija, aunque nunca pudo asimilar que se hubiera convertido en su nuera.

Rutina... y un toque de locura: con esas palabras se podía definir nuestra vida en la Gran Alemania.[8] Nos adaptamos rápidamente a la nueva casa, llegaron los muebles de Riga y los cambiamos por los que habíamos robado. Enseguida pasó el invierno y se celebró el obligado casamiento.

Ante los ojos incrédulos de nuestros padres, Ev y Hub comenzaron a vivir su improbable vida de casados, que para mí resultó más tortuosa de lo que pensé que sería.

Me habían nombrado testigo de su boda pero, más allá de eso, yo no quería ser testigo de nada, ni testigo presencial, ni testigo ocular, ni testigo auditivo. ¿Sabe usted lo que es un testigo auditivo? Es, por ejemplo, quien oye el impacto de un accidente de coche. Y justo así me sentía al oír las ocasionales peleas de mis hermanos en cualquier parte de la casa, alimentadas por alguno de los muchos cambios de humor de Ev o por el inflexible afán de tener razón de mi hermano.

Peor aún, sin embargo, era ser partícipe de cómo se llevaban palmeritas de hojaldre a la cama para desayunar, o cómo hacían el amor por las noches. Más que correrse, Ev se descarrilaba: no hacía el más mínimo esfuerzo por reprimirse porque mamá estaba sorda y papá agradecía cualquier manifestación de vida a su alrededor. Conmigo, mi alegre cuñada no mostraba ningún miramiento. Es verdad que yo conocía sus gemidos mejor de lo que Hub habría podido soportarlo de aquella época enterrada en la memoria en que ella y yo nos ayudábamos a alcanzar la madurez sexual. Verla con el cabello mojado frente a un espejo cubierto de vaho por el vapor del baño me resultaba doloroso incluso cuando ella se dejaba la bata bien atada, en vez de fingir que no me había visto y abrírsela momentáneamente frente a mí.

Pero yo la conocía muy bien.

Una noche pasó algo que marcó un antes y un después en nuestra convivencia, algo que desencadenó una especie de zumbido que ya no dejaría de resonar en nuestras sienes. Papá y mamá se habían ido a la cama temprano, y ella y yo, junto con Hub, bajamos las persianas y nos quedamos zanganeando los tres en el cuarto de estar como cuando éramos niños. Mi hermano y

yo, en los extremos del sofá, leíamos bajo la isla de luz de dos lámparas de pie —las únicas luces encendidas— nuestro respectivo ejemplar del *Ostdeutscher Beobachter*, un periódico tan florido que casi parecía oriental.

Ev se instaló en el medio con la cabeza en el regazo de mi hermano y sus piernas fueron a parar al mío. Intenté quitármelas de encima discretamente, pero sus pies me siguieron como dos conejillos buscando calentarse... o calentarme a mí, según se vea.

Sentí un sabor a ceniza en la boca. Pensé en levantarme, pero era demasiado tarde: habría sido imposible ocultar la erección, pues no llevaba puesto más que un pijama, mientras que en el sofá al menos me protegía el *Ostdeutscher Beobachter* —un artículo de página entera sobre Dunkerque, lo recuerdo a la perfección—. Lancé un suspiro y me apreté cuanto pude contra el brazo derecho del sofá con el fin de recobrar la serenidad, pero Ev giró ligeramente sobre sí misma para susurrarle algo a Hub —quien, de hecho, empezó a leernos el artículo del periódico — y su suave pantorrilla fue a aterrizar como un almohadón justo encima de mi pene erecto. Por poco grité del pánico; ella, sin embargo, convertida de repente en una criatura inocente y sin doblez, hizo como si no se hubiera dado cuenta de nada: sin duda, la huida de los británicos en yates particulares y pequeños pesqueros era mucho más interesante. Se estiró un poco, apretando la pierna contra mi bajo vientre, que palpitaba, y perdió una zapatilla. No se le ocurrió nada mejor que agitar el pie y desprenderse de la otra, y enseguida procedió, cómo no, a quitarse un calcetín enrollándolo con el dedo gordo; tras quitarse el primero, siguió con el otro, rozándome, frotándome e incluso balanceándome, proceso que yo sufrí sin respirar. Atisbé sus tobillos desnudos, que asomaban por un lado del periódico, mientras procuraba leer lo ocurrido en aquella playa del sur del Canal de la Mancha en la que había penetrado el Grupo de Ejércitos A, precisamente las líneas que Hub leía en voz alta, pero que yo oía en mi interior como desde lejos.

Mientras las tropas alemanas tomaban las posiciones de artillería enemigas cerca de Gravelinas, mi hermana volvió a estirarse para alcanzar una manzana de la mesa —una roja tenía que ser, ¡ojalá hubiera sido una verde!— y yo pensé, aterrado, que Hub no dejaría pasar la ocasión de repetir el viejo jueguecito de la manzana: justo lo que menos me convenía en ese momento. Lo miré de reojo, pero él seguía a lo suyo, pues la Royal Air Force estaba perdiendo no menos de ciento seis cazas en los cielos del Canal. A Ev no podía verla —¿estaría pálida, sonrojada?—, pero oí crujir la manzana cuando la mordió. Hub soltó una risita, supongo que imaginando la rabia de Churchill, y Ev rió también, y aquella risa ya era lo último que me faltaba, así que me concentré en que parasen los espasmos que ya sentía hasta en la médula. Pero entonces Ev ronroneó y se enderezó para darle a Hub «un beso con sabor a manzana», me vi atrapado y, cuando sentí la presión de su nalga derecha, no pude evitar eyacular: sólo nos separaban los dos milímetros de la tela de algodón de nuestros pijamas.

Ev se puso de pie de un salto, apartándose del sofá, y noté un ligero rubor en sus mejillas. Se

pasó las manos por el cabello revuelto y siguió masticando. Su mirada pasó sobre mí tan fugazmente como un trapo de fregar. Con la boca llena dijo: «Ven», agarró a Hub de la mano y tiró de él de manera que mi hermano no llegó ni a desearme buenas noches: se alejaron contoneándose para desaparecer como un relámpago, o como un niño feliz, en su dormitorio.

Luego se hizo el silencio y yo me quedé solo, oyendo el tictac del gran reloj de la repisa de la chimenea.

En el artículo sobre Dunkerque que tenía en el regazo, justo sobre el ceño fruncido de Gerd von Rundstedt, el Generalfeldmarschall de la Wehrmacht,[9] se formó una mancha de líquido. Apagué la luz y me quedé un largo rato con la mirada perdida en la oscuridad hasta que oí dos disparos en alguna parte de la ciudad, muy a lo lejos —algo que en aquellos tiempos no era raro —. Sólo entonces me levanté para volver sigilosamente a mi cuarto sintiéndome avergonzado y sucio.

Fue el único incidente de esa índole.

No volvió a actuar de un modo que pudiera describirse como provocativo, a menos que su personalidad espontánea y coqueta pudiera considerarse provocativa. Pasó a tratarme con reserva, sobre todo la mañana que siguió a la «ofensiva de Dunkerque», de la que no hablamos jamás. Es posible que aquel ataque careciera de la virulencia que yo le atribuí, incluso es posible que todo fueran imaginaciones mías, no lo sé.

Sea como fuere, después de aquella noche surgió un recelo entre ambos, aunque no se manifestara de un modo concreto. Yo procuraba, por ejemplo, evitar quedarme a solas con ella, pero si sucedía, y sucedía a menudo, tampoco pasaba nada: ella era siempre la primera en irse.

La verdad es que nos entendíamos bien: a ella le gustaba tomarle el pelo a la gente y a mí me resultaba fácil hacerla reír, seguro que más fácil que a Hub, cuyo carisma y éxito social le permitían prescindir de la ayuda de la risa, lo que no quita que también tuviera sentido del humor.

—Claro que tiene sentido del humor. Creo que con él puedo ir por la vida riendo, aunque él no siempre ríe del modo en que yo lo necesito —me dijo Ev con su característica espontaneidad un día que estábamos plantando fresas en el jardín.

—¿Acaso no necesitamos la risa, de cualquier clase, para sobrellevar medianamente la vida? —pregunté yo.

—Me refiero a una risa que despierte lo mismo en mí, el mismo sentimiento.

Ev se levantó, se pasó la mano llena de tierra por la cara, de facciones inquietas y al mismo tiempo tan serenas como las de una tortuga que se paseara por el jardín.

—La risa de Hub no me hace preguntarme nada.

Podría haberme pasado media noche analizando aquellas tonterías con ella, como solíamos hacer: ella lo deseaba tanto como yo, pero me limité a enterrar bien las plantitas de fresas, sumido en mis pensamientos.

Sencillamente, ya no sentía que pisara suelo firme. ¿Conoce usted esa sensación de que todo se balancea y se balancea hasta el punto de darnos náuseas? Una vez, en un momento en que nadie me veía, me descubrí a mí mismo cogiendo una de las botitas negras de Eva y metiendo la nariz en ella con la esperanza de no encontrar un olor a pies, sino algo que me sorprendiera y me hiciera bajar a tierra. Y eso fue lo que sucedió. Sin embargo, cuando dejé la bota en su lugar, embriagado por el perfume dulce del cuero, vi a papá a tres metros de mí: alguien lo había dejado en su silla de ruedas en el umbral de una puerta y él me miraba con gesto interrogante desde sus ojos sabios y trastornados.

Echaba de menos a Mary-Lou, e incluso cosas tan inocuas como cambiar una bombilla fundida —mientras la desenroscaba, Ev me sostenía la escalera y la pierna izquierda— venían acompañadas de una tensión que me consumía poco a poco.

A ello se sumaba mi conocimiento de su verdadero origen racial y la conciencia de que, día tras día, estaba protegiéndola con mi silencio: eso creaba entre nosotros un vínculo mucho más profundo que nunca antes. O más bien me vinculaba más profundamente a ella, que ni siquiera sabía que estaba en peligro, y en un peligro muy serio, pues era imposible saber con certeza si alguno de los compañeros de mi elegante sección del SD, o incluso el Hauptsturmführer Schmidtke, podían sospechar de repente de la pureza racial de Ev; al fin y al cabo faltaban todos los documentos oficiales: sólo constaba la fe de un notario que decía haber visto su registro en una iglesia. Me sentía responsable de ella y quería estar cerca por si pasaba algo: ése era el único motivo por el que no me apartaba, aunque me atormentara su belleza desmañada; la manera distraída en que, a la mesa del desayuno, abría el huevo pasado por agua; el calor de su cuerpo en la tapa de madera del inodoro —en la que yo corría a apretar la mejilla justo después de que ella saliera—; el olor de su orina, que aún flotaba en el aire unos instantes después de que ella tirara de la cadena y que me recordaba los tiempos en que compartíamos el orinal.

Pero incluso el modo en que se arrancaba el delantal, furiosa porque no le habían salido bien unas galletas, me quitaba el aliento; y su risa ronca y juvenil, que el viento arrastraba desde el jardín; y cómo apretaba el puño espumoso de jabón mientras lavaba; o sus angustias cada vez que descubría una nueva forma de morir —por ejemplo, atrapada en el moderno ascensor de mis oficinas en medio de un incendio— de la que ella precisamente no podría escapar (sólo ahora me doy cuenta de que, entre las múltiples facetas de su personalidad, también se hallaba la tendencia a la melancolía: a veces se abría ante ella un abismo de pesadumbre que intentaba disimular con

enfermedades más o menos psicosomáticas, como la migraña, el dolor de tripa o algún proceso gripal, síntomas todos de una especie de asco generalizado ante la vida que yo comprendía demasiado bien).

Y, finalmente, también su caprichoso e intermitente interés por mí y por mis asuntos —que en el fondo no le importaban— era como un aguijón clavado en mis entrañas.

Pero incluso si hubiera querido, me habría sido imposible huir de aquella situación mudándome de casa: no tenía derecho a un certificado de residencia independiente, pues precisamente habíamos conseguido aquella casa con el argumento de la reagrupación familiar y la vivienda escaseaba entre los millones de alemanes que llegaban a Poznan desde el Este. Hub no daba abasto con los desahucios y expulsiones de polacos y judíos. Le había contado a Ev que su trabajo consistía en solucionar los problemas de los migrantes alemanes consiguiéndoles alojamiento, lo cual era cierto en parte, pero le ahorraba lo de los desalojos, que era lo que le preocupaba más.

En términos generales, se le daba de maravilla presentar todo cuanto hacíamos bajo una luz absolutamente positiva, mientras que yo sentía como si corriera polvo por mis venas. Éramos los responsables de hacer avanzar las grandes causas del nacionalsocialismo: ése era su convencimiento, y lo hacía feliz, de manera que yo lo repetía como un loro.

Sí, querido vecino de cama: nosotros éramos los buenos.

Por desgracia, uno de aquellos días, antes de amanecer, un obrero ferroviario de la Reichsbahn[10] encontró, estacionado en una plataforma aislada de la estación de clasificación de Poznan, un tren de mercancías del que parecían salir débiles gemidos. Tras abrir un vagón precintado —decisión que habría de costarle el puesto, ya que nadie podía abrir un vagón precintado sin permiso por algo tan nimio como oír morir a gente en su interior—, vio bajar a decenas de seres apestosos a excrementos y podredumbre y abalanzarse sobre el charco en el que él estaba de pie para beber como ganado. Resultó ser un tren de polacos que iban a ser deportados del Gobierno General[11] sin comida, agua ni ropa, pero un funcionario despistado se había olvidado de ellos... durante seis días, para ser exactos.

Al amanecer hicieron traer un camión que aparcaron junto a la plataforma, y obligaron a varias mujeres que habían sobrevivido, y que aún apretaban contra su pecho los bultos rígidos que una vez habían sido sus hijos, a depositarlos allí. Por puro azar, mi hermana pasaba por la carretera cercana justo en ese momento y vislumbró la escena. Iba de bata blanca, camino al hospital donde la habían contratado como médica auxiliar dos días antes. Vio a la gente llorar y le pidió al descerebrado chófer de Hub, que la llevaba al trabajo, que parara junto a aquel camión.

Los ss sin duda habrían echado bruscamente a cualquier otro civil que se hubiera atrevido a

inmiscuirse en asuntos que consideraban internos, pero nadie se atrevió a detener a aquella doctora guapa, joven, firme y resuelta que, para colmo, bajaba de la limusina oficial de un alto cargo del cuerpo. Ev atravesó la barrera de seguridad, miró a las mujeres medio muertas de hambre y echó un vistazo a las pequeñas y sucias larvas humanas apiladas como nabos en la trasera del camión.

Entonces le preguntó al oficial al mando quién era el responsable de aquel acto de barbarie verdaderamente satánico y, sin faltar a la verdad, el intimidado oficial le respondió a la señora esposa del Sturmbannführer que la orden había venido de su esposo, es decir: del Sturmbannführer en persona, que era quien daba las órdenes.

Quizá no he contado todavía lo que le pasaba a Ev cuando se enfurecía. Muchas mujeres no son capaces de ponerse furiosas, sólo de ser desagradables. Ev, en cambio, se transformaba: su sola mirada daba miedo, como si arrojara clavos. Palidecía como para hacer más evidentes los músculos faciales que se movilizan para expresar ira. Estamos acostumbrados a los temperamentos coléricos cuya cara enrojece inyectada de sangre, Ev se tornaba completamente blanca, como si fuese de porcelana. Los que no la conocían podían ver en ello un rasgo de fragilidad porque la palidez puede significar muchísimas cosas. Una vez dos chicos de la escuela me dieron una paliza a orillas del Düna, en medio de la zona del puerto, y cuando la vieron venir se pensaron que era frágil. «Mira quién viene por ahí...», le dijo uno al otro. Ev llegó muy rápido, pero sin dar la impresión de apresurarse; su rostro, blanco como la tiza, no revelaba en modo alguno la tormenta que estaba a punto de estallar.

—*Zwej akegn ejnem, ir zent mer nischt vi drek* —les soltó como si fuera la reina de Saba.

«Dos contra uno: valéis menos que la mierda.»

Y a pesar de su palidez de porcelana, le pegó un puñetazo en la nariz a uno de aquellos matones, estupefactos porque, en aquel entonces, no era nada común que una señorita fina que cursaba el bachillerato te insultase en yidis barriobajero y después te diera una tunda.

Hub llegó a casa aquella noche con un gigantesco ramo de flores en un brazo y dos entradas para *Rigoletto* entre los dedos sudorosos: su chófer ya lo había puesto al corriente de lo sucedido. Ev, blanca como el explosivo plástico, llevaba horas recorriendo la villa que nos habíamos apropiado.

Mamá no sabía qué hacer: jamás había visto una furia desatada como ésa; sólo conocía la rabia contenida que, además, consideraba la única forma apropiada para expresar el descontento entre gente civilizada. Lo que pasaba —le explicó Ev— era que no se trataba de un asunto entre gente

civilizada, sino entre ella y su hermano y esposo, frase que volvió a desconcertar a mi madre por completo.

Créame, porque aquella noche sí que fui testigo presencial, ocular y auditivo del siniestro; es más, podría decir que fui un testigo histórico porque aquello fue una masacre de época. Hub se animó a pedirle, balbuceante, que por favor se calmase, y ésa es la mayor tontería que se le puede pedir a un terrorista rabioso listo para encender la mecha del explosivo.

—Claro que es... claro que es un desastre, Ev, pero estamos en guerra, cariño, no olvides que estamos en guerra: a diario mueren en el frente cientos de compatriotas. Tienes que ver las cosas en su contexto...

—¿Que tengo que ver esto en su contexto?

—Exacto.

—¿Que tengo que verlo en su contexto? ¡¿Qué es lo que hacéis realmente en ese servicio de «seguridad»?!

—Pues me ocupo de la seguridad de las personas ¡y Koja también!

—¡A Koja no lo metas en esto! ¡A Koja no lo relaciones con esta puta mierda!

—Hija, por Dios, qué lenguaje de las alcantarillas es ése... —Mi madre se sobrecogió.

—¡Es que estamos metidos en las alcantarillas hasta el cuello! —replicó Ev indignada, y siguió abroncando a Hub—: Dijiste que te ocupabas de buscar alojamiento a los alemanes del Báltico, ¡yo creí que te dedicabas a ayudar a la gente!

—Y es lo que hago, créeme. Te aseguro que en mi posición le salvo la vida a mucha más gente que tú.

—¡Tendrías que haber visto a esos bebés! ¿Quieres tener un hijo conmigo y te dedicas a matar niños?

—Pero, cariño..., ¡no metas peras y manzanas en la misma cesta!

Ev se acercó a él, le quitó el ramo de las manos y lo usó para abofetearlo.

—¡No vuelvas a hacerlo! ¡No vuelvas a hacerlo nunca más! —gritó—. ¿Te ha quedado claro? ¡Peras y manzanas...!

Luego intentó meterle las flores en la boca.

—Por Dios, Ev, ¿te has vuelto loca?

—¿Se te ocurre hablar de peras y manzanas al pensar en esas criaturitas que murieron de sed? ¡No estamos hablando de fruta, Hub! ¡Ten un poco de respeto!

Ev lloraba de rabia, Hub y ella estaban salpicados de pétalos y hojas de las preciosas flores.

—¿Es eso cierto, hijo? ¿Han muerto niños pequeños?

—Ha sido una desgracia terrible. Sí, mamá.

—¡Vaya por Dios!

—Pero cuidamos muy bien de los polacos. Lo que pasa es que tenemos que trasladarlos

porque esta zona se está convirtiendo en una provincia alemana. Tú lo sabes, mamá.

—Naturalmente.

—Pero el Gobierno General los realojará en buenas casas y les dará lo que necesiten.

—¿Lo ves, hija? Les darán buenas casas. —Mamá suspiró aliviada y añadió—: *Tant de bruit pour une omelette*!

«¡Tanto ruido por tan poca cosa!»

—Yo sé lo que he visto.

—Debes tener un poco de confianza en tu... —Mamá no encontró la palabra apropiada para Hub, con lo cual se limitó a mirarlo con gesto vacilante mientras él carraspeaba conmovido.

—Ha sido una gran desgracia, lo reconozco. Un desatino terrible. Los responsables asumirán las consecuencias —prometió.

—¡Júrame que no volverá a suceder nada parecido! —bufó Ev.

—Lo juro.

—Se oyen rumores de cosas terribles.

—¿Qué rumores?

—Que los polacos y los judíos están muy mal, que en los guetos ocurren cosas espantosas. Hasta ahora no me lo había creído: ¡no se puede creer que esas cosas sean ciertas!

Hub estiró el brazo y señaló el retrato que papá había hecho de Hubert Konstantin Solm, mártir trágico que presidía nuestra cocina con el gesto grave de un Moisés.

—¡Piensa en Großpaping! ¡Era pastor! ¡Su padre había sido pastor! En los últimos ciento cincuenta años no ha habido en mi familia más que pastores. Yo mismo soy teólogo, Ev.

—Y yo estoy en el consejo parroquial —añadió mi perspicaz madre.

—Y mamá es miembro del consejo parroquial. ¿Crees que alguno de nosotros, yo o quien sea, se metería en las SS si el bien de la humanidad no estuviera en el centro de todas sus acciones?

—¿Y qué ha sido de la gente que vivía en esta casa?

—Les dieron otra muy bonita en Cracovia.

—¿Igual de bonita que ésta?

—Más bonita.

—Consígueme la dirección. Les voy a escribir: lo comprobaré.

—Veré qué se puede hacer.

—¿Me conseguirás la dirección?

—No te lo puedo garantizar, pero haré lo posible.

—¡Quiero esa maldita dirección, Hub!

—Sí, sí, te la conseguiré, pero tú no debes individualizar así el sufrimiento de las personas.

—¿Qué estás diciendo? ¡El sufrimiento siempre es individual!

—Pero hemos de pensar en términos globales. Ante el sufrimiento de una nación entera, esta

desgracia terrible no lo es tanto.

—¡No empieces otra vez, Hub!

—Perdona, pero ¿no te estabas planteando ingresar a las SS como médica?

—¿Después de lo que he visto hoy?

—Deberías hacerlo, en serio: ayer me enteré de que necesitan muchísimo personal médico. Para los campos de concentración, por ejemplo. Entonces verás con qué estándares éticos cumplimos con nuestro deber los nacionalsocialistas.

—¡No! —intervine consternado—. No creo que Ev quiera ser médica en un campo de concentración. —Y enseguida me apresuré a añadir—: Además, no podríais seguir viviendo juntos, ¡los campos están lejísimos!

—Tú haz el favor de no meterte donde no te llaman. —Ev me fulminó—. ¡Yo me haré de las SS cuando me dé la gana, aunque sea sólo por diversión!

—¡Cielos! —dijo mi padre.

Llevaba años sin decir una palabra, pero ahora parecía a punto de saltar de la silla de ruedas. Apenas podíamos creer que un sonido pudiera escapar de esa cavidad torácica atrofiada, pero de nuevo lo oímos graznar «¡cielos!, ¡cielos!» como si mi padre estuviera encerrado en el interior de mi padre y gritara con todas sus fuerzas que desanudáramos esas cuerdas vocales y lo sacáramos de aquella garganta. Incluso percibíamos un tono de voz familiar: aquel «¡cielos!» sonaba fluido, y también sorprendido. Todos lo miramos; mi madre se puso a frotarle la espalda.

—Está hablando, está hablando... —balbuceó extasiada, como si mi padre fuera un bebé que ha dicho su primer «mamá».

Le acarició la mejilla de anciano y la barba blanca, que le cuidaba y cortaba con el mismo esmero que si se tratase de un arriate del jardín; luego, conmovida, intentó darle un sorbo de té. Entonces, el rostro de mi padre se inundó de una luz que parecía brotar de su interior y una sonrisa se dibujó en sus labios. Se inclinó hacia delante con gesto de felicidad y, sin que nadie pudiera impedirlo, dio con la cabeza en el tablero de la mesa, muerto con los ojos abiertos.

En cuanto a la última manifestación física de mi padre, su último *voilà* contra la impermanencia, fue Ev quien la limpió del asiento de la silla de ruedas como si fuese un regalo de Dios: ése fue su último gesto de amor hacia el hombre que en su día la había adoptado como hija.

Obviamente, con aquello terminó la terrible pelea.

En las semanas siguientes, cuando nos reuníamos para desayunar todos íbamos de negro: sencillo negro civil, elegante negro SS, negro de lo primero que hubiera a mano —eso se ponía Ev—, negro guipur del velo de luto que había pertenecido a mi antepasada, la gran duquesa Mishkova,

con ciento veinte años de antigüedad, que era el que prefería mi madre. Llevaba aquel velo a todas horas, hasta en el baño, por incómodo que le resultara.

Bajo todo aquel negro latía nuestro dolor, pues, aunque durante años papá no había sido más que una sombra, esa sombra, o más bien el espíritu que la animaba, nunca había dejado de estar presente entre nosotros.

El entierro, en el nuevo cementerio de Poznan, parecía una procesión en la antigua Riga de los zares. Los miembros de la Curonia, prohibida hacía mucho tiempo, recibieron un permiso especial de Erhard Sneiper para vestirse con toda su parafernalia e inclinar sus estandartes ante la tumba de papá.

A los ocho años lo había retratado representándolo como el buen san Nicolás, que nos traía regalos el 6 de diciembre. La nariz me salió demasiado grande, pero papá me dijo que una nariz hermosa nunca es suficientemente grande: ese retrato fue lo que deposité en la tierra, junto a él.

Todas las noches oíamos llorar a mi madre: a ella, que no había llorado en su vida salvo aquella noche a bordo del *Bremerhaven*. Pero el shock le había adelgazado la piel y ya no podía contener las lágrimas acumuladas durante seis décadas de compostura, que brotaban de sus ojos a chorros, como si se hubiera roto un dique. Lloraba por la muerte y por la vida, por la pérdida de su patria, por el asesinato de las preciosas hijas del zar, incluso por un pobre viejo con una estrella amarilla cosida a la ropa que había tenido que bajarse de la acera para cederle el paso.

Gran parte del día parecía tan serena y tan terca como siempre, pero al caer la tarde preparaba la infusión de manzanilla de su Theo, ponía la taza humeante ante su sitio en la mesa, se daba cuenta de su error, exclamaba: «¡Ay, mi Theo!» lanzando un gran suspiro, se iba a tirar la manzanilla al fregadero ya con lágrimas en los ojos y luego no dejaba de llorar hasta bastante después de la medianoche. Así fue durante meses. En ocasiones la oíamos a través de la puerta ir y venir por la habitación hablándole a su Theo, sollozando, haciéndole reproches o incluso regañándolo. Era lo mismo que había hecho los años anteriores, cuando papá tampoco podía replicarle; no obstante, nos resultaba perturbador. Dejó la silla de ruedas, oliendo a lejía, a la mesa de la cocina, y discutía con ella deteniéndose para escucharla. No daba la sensación de que aquella silla fuera una reencarnación de papá, sino de que había un nuevo duende del hogar (tal vez el amante que nunca se había permitido tener).

A menudo nos preguntaba qué habría querido decir papá con aquel último «¡Cielos!», y si cabía imaginar que estaba contemplando la luz eterna o incluso que era la voz de Dios hablando a través de él. Una vez la oí rezar y pedirle perdón a mi padre por haberse plantado aquel día frente al coche para impedirle ir al pueblo y salvar de los bolcheviques al indómito Großpaping. Una larga retahíla de sollozos acompañó a aquella invocación, y por primera vez en mi vida me pregunté si mis padres, enredados en una maraña de culpa como el resto de nosotros, se habían querido de verdad. Si era el caso, ¿por qué mi madre sólo declaraba ese amor, conmoviéndonos a

todos, cuando ya no parecía tener sentido? ¿Acaso nos damos cuenta de que amamos a alguien sólo cuando es demasiado tarde?

Eso mismo me preguntaba en relación con mi hermana, quien estaba visiblemente afectada por la muerte de papá y había empezado a buscar mi compañía todo el rato sin imaginar cuánto me desasosegaba su presencia. Yo no podía ni quería hablarle del tormento con regusto a fatalidad en que me sumían sus más mínimas acciones y gestos desde hacía décadas, pero cuanto más me retraía, más se me acercaba ella.

Sin duda, la pérdida de mi padre, la actitud sonámbula de mi madre, aquella casa que no era nuestra, los bebés muertos, los polacos que sobrevivían a duras penas, la guerra... todas aquellas descargas eléctricas de sufrimiento habían hecho estremecer y aun envejecer su joven matrimonio. Claro que también es posible que Ev no deseara la eternidad que conlleva un matrimonio. En cualquier caso, me extrañaba que, desde el día de la muerte de mi padre, apenas me llegaban ruidos de la alcoba conyugal: ni suspiros, ni gemidos, ni súplicas, ni órdenes ni jadeos que medio año antes me martirizaban noche tras noche. Es verdad que estábamos de luto, pero mamá estaba sorda y yo siempre les había dado igual...

En todo caso, aquel silencio no me molestaba; incluso me alegraba, ¿me explico?

• • •

Un día que fui con Ev al cementerio para llevarle flores a papá —era de madrugada, antes de su trabajo y del mío—, me pidió que me sentara con ella en un banco porque quería contarme una cosa. Parecía agotada, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche, y cuando le pregunté por el motivo me respondió que Hub seguía sin darle la dirección de Cracovia.

Al instante supe a qué dirección se refería.

Pero eso no era lo que quería contarme. Para mi horror, me comunicó que había encontrado, en una revista médica, una oferta de trabajo a la que se había presentado. Era para trabajar en un «campo de readiestramiento profesional para mujeres» situado en Ravensbrück: un campo de concentración de las SS.[12] Me mostró el anuncio, que traía cuidadosamente doblado. Todavía no había hablado del asunto con Hub.

—Pero es el primero al que le tienes que preguntar.

—Y a lo mejor se opone. Hizo ver que me apoyaría en esto, pero no me lo creo. Y a lo mejor nos hace bien cierta distancia, ¿sabes?

Se inclinó sobre la grava que cubría el camino del cementerio, cogió una piedrecita amarilla y

se la puso delante de un ojo como si intentara mirar a través de ella para, a continuación, dejarla caer. Luego suspiró y se volvió hacia mí.

—Hub es una persona muy fuerte, es difícil estar a su lado.

Yo asentí con la cabeza.

—Quizá debería dedicarme a los demás durante otro año o dos y afianzar la confianza en mí misma antes de que él y yo formemos una familia.

—¿Y cómo va a afianzar la confianza en ti misma un campo de concentración de las SS?

—Quiero contribuir de alguna manera, hacer algo por las víctimas, ¿me entiendes? Seguro que allí no tienen buenos médicos. Yo quiero ir a ayudar a las presas.

—¿En un campo de concentración?

—Claro. Es donde están, ¿no?

—Hub me ha dicho que en esos campos no todo es como nos lo cuentan en las revistas.

—También me lo ha dicho a mí. Se refería a que las SS dan un trato ejemplar a sus enemigos.

—Por favor, Ev, no vayas —le insistí—. Aquí tienes un buen trabajo, y una casa grande y bonita. Pronto serás muy feliz con Hub.

Cuando le conté esa conversación, Hub se quedó muy sorprendido. Me comentó que, en las últimas semanas, el carácter de nuestra hermana se estaba volviendo cada vez más inestable.

—Sigue dándole vueltas al asunto de los bebés —se lamentó—, no consigue quitárselo de la cabeza. Con que sólo ese punto se arreglara, con que se le pasara esa angustia y esa pesadumbre... ¡Ahora quiere hacer del mundo un lugar mejor!

Negó con la cabeza y dijo que él personalmente se ocuparía de que no le dieran el puesto en el campo de Ravensbrück. Luego se quedó callado, pero no porque deseara que me marchase.

Como nos resultaba difícil preguntarnos por nuestras cosas, sólo hablábamos de otras personas, sobre todo de Ev. A veces pasábamos días enteros sin cruzar palabra, y cuando su chófer nos llevaba al trabajo por las mañanas, cada uno miraba la ciudad por la ventanilla de su lado: polacos amedrentados, alemanes que lucían sus uniformes como los pavos reales sus plumas —mi padre tenía razón: el uniforme es como las tetas—. Ya no había rastro de los caftanes de los judíos.

Cada día pasábamos por delante de columnas Morris llenas de carteles que anunciaban fusilamientos de rehenes en el fuerte de Poznan y éxitos militares de la Wehrmacht. Poznan era una ciudad provinciana con un orden plácido que podía resultar tranquilizador, idílico y mortal a la vez, pero era, ante todo, una ciudad provinciana: un adjetivo somnoliento en un mundo en que ya sólo parecían existir los superlativos, la velocidad, el relámpago, los récords, la conquista del universo. En esos tiempos de gigantes, Hub no llevaba una vida que se pudiera definir como

heroica, y yo percibía su disgusto. En su papel de alto funcionario, se sentía atrapado como un caballo de carreras obligado a dar vueltas a un molino y, para colmo, su esposa, que solía ser la alegría de la huerta, estaba cayendo en una depresión. Me contó que sospechaba que aquel cargo tan poco satisfactorio era cosa de Erhard, su venganza porque se había casado con Ev.

• • •

Para mi hermano era un problema no poder decirle toda la verdad a Ev. Se consideraba enérgico y sincero: un hombre enérgico y sincero, pero la evidente falta de sensibilidad política de Ev hacía imposible, en su opinión, conseguir que viera el núcleo filantrópico de nuestras convicciones. Ev se rehusaba a ver lo general, lo global: sólo le interesaba lo individual, y su estilo de vida era demasiado individualista —lo mismo que el mío, por cierto— como para entender que, en el fondo, el hombre es un simple gusano, mientras que el pueblo es un dragón. Siempre que él intentaba explicarle los principios del nacionalsocialismo y esa visión de conjunto, ella lo reducía todo a preguntas como: «¿Dónde están las personas que vivían antes en nuestra casa?»

—Alguien de nuestra sección tiene que escribir una carta falsa. —Suspiró y me lanzó una mirada fraternal y suplicante—. ¿Tú podrías?

—¿Me estás pidiendo que me haga pasar por el inquilino anterior de nuestra casa?

—Exacto: vives en Cracovia y estás muy contento con todo.

—No sé polaco.

—Tendrías que escribir en alemán con errores, como el que hablan los extranjeros, ¿comprendes? «Mucho gracias, *siñora*.»

—Eso no estaría bien, Hub: es mentirle a tu esposa.

—No: es tranquilizarla.

Pero al tiempo que decía esto último él mismo tomó conciencia de lo estúpidas que sonaban aquellas palabras en las que creía contra viento y marea: «tranquilizar», «calmar», «apaciguar», «quitar hierro»... Todo el arsenal de su cariño. Quería mucho a Ev, tal vez más que ella a él. Cierto que no era plenamente sincero con ella, pero en cambio era leal hasta unos niveles casi perversos: leal con ese santo que había destronado a Dios; leal conmigo, que lo sacaba de quicio con mi pasividad; incluso con Erhard, que lo había obligado a enviar a muchas personas a un exterminio inevitable; y, sobre todo, leal con ella, con su Ev, ahora tan triste, cuando él sólo quería hacerla muy feliz; con su Ev, que parecía tropezar una y otra vez en el camino que él había empedrado de buenas intenciones.

—¿Sabes cuál fue nuestro último momento realmente feliz? —me preguntó mi hermano una mañana en el coche, de camino a la oficina. No me miró, pero noté cómo se le hacía un nudo en

la garganta—. Aquella noche que nos quedamos los tres en el sofá como en los viejos tiempos, ¿te acuerdas? Cuando os leí en voz alta un artículo del periódico sobre Dunkerque.

A finales de 1940 Hub, Ev y mamá iban a pasar el fin de semana en una finca de Prusia Occidental. Estábamos todos invitados a la boda de una prima, pero yo no sentía mayor aprecio por ella y, además, tenía que trabajar en mi informe final del Monitoreo Báltico, que poco a poco tocaba a su fin, por lo que no tenía tiempo para asistir a la fiesta.

Poco antes de partir, Ev alegó que no se encontraba bien: tenía migraña, como tantas veces en las últimas semanas, de modo que se metió en la cama. Hub se mostró muy comprensivo: mojó un paño y se lo puso en la frente dejando que las gotas de agua le cayeran sobre los ojos cerrados, como a ella le gustaba; le preparó una infusión, colocó un cubo vacío junto a la cama y corrió las cortinas. Yo mismo vi cómo le daba un beso lleno de ternura en la boca. Hub me abrazó al despedirse, cosa rara. Luego mamá y él emprendieron el viaje sin ella —y sin el tonto del chófer, a quien Hub le había dado el día libre.

Ev apenas se dejó ver en todo el día. Subí a ver cómo estaba y descubrí que había vomitado, probablemente horas antes, pero no me había llamado.

—¿Necesitas algo, Ev?

—¿Huele a vómito?

—Da igual, ¿necesitas algo?

No necesitaba nada.

A última hora de la tarde se formaron grandes nubarrones en el oeste. Se notaba que el tiempo había cambiado de golpe: el aire balanceaba los abedules como un terremoto. El Blockwart,[13] el dirigente de manzana, llamó a nuestra puerta para notificarnos que habían declarado la alerta por temporal durante las siguientes veinticuatro horas porque se esperaban tormentas importantes.

Salí al jardín y recogí la colada, hice lo que pude para proteger nuestro invernadero de las ramas que pudiesen caer, metí las tumbonas dentro de casa y eché el seguro a todas las ventanas. En cuanto cerré la puerta, vi caer los primeros goterones de lluvia sobre las baldosas de piedra, aunque los truenos todavía sonaban muy lejos. Preparé unos bocadillos y se los dejé a Ev al lado de la cama.

Se había dormido con la boca abierta y, entre el labio superior y uno de los colmillos inferiores, le colgaba un hilillo de saliva que parecía haber sido tejido por una araña minuciosa que viviera en su garganta, o todavía más dentro: en su corazón.

Me llevé el cubo nuevamente lleno de vómito, vacié el contenido verde grisáceo en el inodoro, lo enjuagué y lo guardé en el cuarto de las escobas.

Entretanto, todas las ventanas empezaron a temblar y traquetear: fuera, el huracán se anunciaba ya en los silbidos y aullidos del viento. Me fui a la cama antes de lo habitual con intención de leer un poco, pero entonces se fue la luz en toda la casa. La habitación se quedó a oscuras. En algún lugar cercano cayó un rayo y partió un árbol en dos. Sonó como una bomba.

A los cinco minutos el picaporte de mi puerta se movió y sentí que había entrado Ev. No la veía, sólo la oía, pues estaba acostado de espaldas a la puerta, haciéndome el dormido.

—¿Puedo meterme en tu cama? —susurró.

—No.

—¿No?

—Creo que no estaría bien.

Yo sabía perfectamente qué cara se le había puesto: cuando conoces a alguien de mucho tiempo, mirarla a los ojos no es más que una cuestión de cortesía.

—Sólo venía a darte las gracias por limpiarme el vómito.

—No hay de qué.

—Pero ahora ya no huelo a vómito.

—Eso está bien.

—Me he lavado los dientes.

Su voz era como papel muy fino. Me di la vuelta y la vi de pie en medio del cuarto; parecía un fantasma con su camisón blanco y el cabello revuelto.

—Lo siento, pero no puedes meterte en mi cama, Ev. No quiero. No puede ser.

—De acuerdo.

Se quedó allí de pie, sin moverse del sitio. Durante un instante un relámpago iluminó la estancia, tiñó de color su camisón y vi sus ojos muy abiertos y consternación: parecía como si se fuera a disolver, como si fuera a convertirse en nada más que polvo o moléculas; entonces sonó el trueno.

—Me dan miedo las tormentas, ya lo sabes.

—Sí, lo sé, Ev.

—Me puedo sentar en ese sillón de ahí. Eso no me lo puedes prohibir.

—Claro que no.

Pasó media hora sentada tranquila en el viejo sillón orejero, creí que se habría quedado dormida.

—Koja, tengo frío.

—Te has quedado sentada ahí, sin taparte con nada...

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué iba a molestarle a Hub?

No respondí.

—Sigo siendo tu hermana.

—Puede ser —repliqué—, pero yo no soy tu hermano.

Se puso de pie, se acercó a mi cama y se metió bajo el edredón.

—Me voy a enfadar muchísimo, Ev.

—Pero te enfadas mañana, ¿de acuerdo? Ahora déjame dormir, por favor.

Se durmió al instante.

Yo me quedé escuchando la tormenta que azotaba el mundo exterior y también la que me azotaba por dentro. Ev me rodeaba con el brazo derecho, e incluso el peso de su fina muñeca me hería con recuerdos. Estaba tumbada de lado con la cara hundida en la almohada, como siempre que compartía la cama conmigo antes de estar casada, de ser mi cuñada, de ser judía. Su respiración era suave y acompasada; me concentré en ella y así poco a poco empezaron a pesarme los párpados, y el huracán y el temporal se incorporaron a mi sueño. Estaba en una galera y remaba.

Sentí frío y me desperté. El brazo de Ev ya no me rodeaba... y estaba desnudo. Ella estaba a mi lado, también desnuda, esperando con la cabeza apoyada en el brazo, observándome. Quizá llevaba horas allí. El susto me hizo incorporarme.

—¿Cómo es que no llevo nada puesto?

—Te he quitado la ropa.

—¡¿Estás loca?!

—Estábamos sudando.

La aparté de un empujón.

—Koja, ¡por favor!

Encendí la lámpara de pie. Ya había electricidad, había dejado de llover. Me volví. Nuestros pijamas estaban en suelo como un montoncito de arena.

—Sólo quería tumbarme a tu lado como antes una vez más.

—¡Vete a tu cuarto ahora mismo!

—No.

—¡Levántate!

—No, no, por favor...

—Si hace falta te llevaré yo mismo.

Tiré de su brazo para sacarla de la cama, pero ella se agarró al poste del cabecero. Intenté que se soltara y eso la hizo enfadar; me mordió en el hombro como un perro rabioso. Grité. Intenté levantarla con ambas manos como una excavadora, pero se echó a un lado y me dio un golpe en la cara partiéndome el labio. Me quedé de pie, consternado. Los dos jadeábamos y, como ya he dicho, estábamos completamente desnudos. Se tiró al suelo frío tratando de recuperar el aliento.

—Tengo miedo, Koja —dijo casi sin voz.

—No puedes estar aquí. Vete con Hub. Aquí no puedes estar.

—¿Y dónde quieres que esté? Eres mi único amigo.

—¿Y esto es lo que le haces a tu único amigo? —dije señalando la ropa del suelo.

—Antes nos metíamos en la cama juntos.

—No te tomas nada en serio.

—Te necesito: todo es muy confuso, estoy completamente perdida. Nada te confunde tanto como una derrota moral.

—Ya, y aquí te estás buscando otra.

—Quizá he cometido un error con Hub.

—Papá siempre decía que, cuando uno no sabe si ha cometido un error, basta con esperar un poco —le solté.

Ella se inclinó hacia delante, cogió su camisón del montón y se lo puso por la cabeza. Estaba llorando.

—No entiendo a ese hombre —musitó—, ¡es tan distinto de como era de niño!

—Yo también soy distinto a como era de niño.

—Pero no me he casado contigo.

—Exactamente. En tu egoísmo, en todo ese «yo, yo, yo; yo lo que necesito, yo, yo, yo, es alguien con quien pueda reír», ¿nunca se te ha ocurrido pensar en lo que todo esto significa para mí?

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de que no te has casado conmigo.

—¡Pero es que tú eres demasiado agradable!

Era una de esas frases que sólo ella se atrevía a decir: una fruta caída de un árbol venenoso que reconocemos sólo cuando ya la hemos mordido.

—Será eso, que soy demasiado agradable: nadie es perfecto —murmuré—, pero te amo.

Se quedó callada.

—Estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi. Te amo desde hace veinte años, ¡desde que hacíamos pis en el mismo orinal!

Ella seguía sin decir nada, me miraba con unos ojos incrédulos que flotaban como el aceite en el agua.

—¡Pero por mucho que te ame, no pienso engañar a mi propio hermano. Y menos aún con alguien que me mata de dolor a diario, que se mete en mi cama sin miramientos aunque le diga que no quiero, que me desnuda como a un niño de teta, que me acosa...! Para ti soy como una puta, y créeme que de putas entiendo lo mío. A una puta se le puede tener mucho cariño, y así es como tú me quieres: como a una puta agradable, y quieres mi pene como uno quiere a una puta.

—¡Basta ya, Koja, basta ya!

Se hizo un ovillo en el suelo, a mis pies.

—¡Vas a ver lo agradable que soy!

Me agaché, la agarré de una pierna y la arrastré por el suelo como el carnicero arrastra un cerdo. Ella dejó de defenderse, sólo lloraba y chillaba. Se le subió el camisón, dejándole el culo al aire, y yo pensé: «Pues he visto culos mejores», y la arrastré hasta el otro lado de la puerta mientras ella gritaba: «¡No, Koja, por favor; lo siento!» La dejé tumbada en el pasillo, cerré la puerta por dentro con dos vueltas de llave y pasé la noche oyendo los votos de nuestra infancia hacerse pedazos en mi interior.

2

Sentí la necesidad imperiosa de hacer un viaje y pintar.

Recorrer mundo sin más carga que el caballete y el bloc de dibujo da nueva vida al órgano más importante para quien se dedica a las artes plásticas: el ojo.

Papá siempre me había aconsejado que, en épocas de inestabilidad emocional, diera preferencia a los tonos amarillos y rojos, pero que, por lo demás, me fiase de la impresión del momento; que, en el fondo, bastaba con dejar que la luz, y nada más que la luz, entrase en mi cerebro. Los viajes pictóricos tienen ese propósito: deleitar el cerebro con los reflejos más brillantes, y sobre todo protegerlo; dibujar, pintar, aplicar colores igual que pastan las ovejas, en vez de pensar.

Fui a ver a Hub a su regreso de la boda en Prusia Occidental, que obviamente había sido muy divertida y, en cualquier caso, había servido para distraer un poco a nuestra madre. Entré en su despacho, le presenté un parte oficial y le solicité, en su condición de Sturmbannführer, un traslado inmediato. Tuve que exponer los motivos. Me inventé algo y también le expuse mi deseo de viajar para pintar y aliviarme un poco la existencia. Le di más fuerza a la petición sacándome la Luger del cinto, quitándole el seguro y poniéndomela en la sien: otra variante, desde luego más drástica, de dejar que la luz entre en el cerebro.

Mi hermano y superior jerárquico alzó los ojos al cielo y maldijo la teatralidad de sus hermanos, pero tuvo el tacto de no mencionar que mi arma estaba descargada. Aunque pensaba que yo exageraba con mis angustias, no me falló —nunca lo había hecho—: tres días después ya había encontrado una solución. Como agradecimiento, me inspiré en la expresión de su rostro, magnánima, aunque también algo untuosa, para bocetar mi primer retrato en meses. Lo hice con el viejo lápiz de grafito de mi padre antes de vaciar mi oficina.

Poco después yo abordaba el tren con rumbo a Berlín. Era el propio Hub, como oficial de alto rango del Servicio de Seguridad, quien tendría que haber viajado en aquel confortable compartimento de primera clase para organizar la próxima transferencia de población a Europa del Este, pero se negó en redondo.

Por un lado le parecía imposible dejar sola a Ev durante tres meses. Al volver de Prusia, le había visto unos rasguños en el estómago y un moratón en la cadera.

—Debe de haber tenido la mala suerte de desmayarse —farfulló.

Yo fingí estar muy sorprendido:

—Pues a mí no me llamó la atención nada durante el fin de semana, Hub. Sólo tenía dolor de cabeza.

Por suerte no se dio cuenta de que yo tenía el labio partido.

Pero aún tenía un motivo de mayor peso para no participar en aquella operación: el proceso implicaba que tendría que cenar y beber vodka con oficiales soviéticos en lugar de mandarlos fusilar, y eso no se lo podía hacer a Großpaping.

Así pues, fui yo, en su lugar, quien viajó a la Oficina Central de Seguridad del Reich, en Berlín, un día soleado, asumiendo una responsabilidad mayor de la que correspondía a un Obersturmführer como yo.

Cualquiera habría dicho que estaba haciendo carrera. Por supuesto, nadie sabía que aquello, en realidad, era un viaje pictórico, aunque encubierto por los tejemanejes cotidianos de las SS.

Lo primero que hice al llegar a Berlín fue acudir a Heppen & Pelzmann, la magnífica tienda de bellas artes de la Friedrichstraße, y comprarme un montón de lápices Faber-Castell, pasteles, tinta y pinceles chinos, pinceles planos y redondos (de pelo de comadreja siberiana). Compré como un poseso, me llevé casi media tienda.

En el cuartel de Stahnsdorf, utilicé un lápiz 6B para hacer a escondidas la caricatura del enjuto funcionario que nos explicó —a mí y a los demás agentes de la Sección VI— que teníamos que ir corriendo a Besarabia, en el mar Negro, para ayudar en la evacuación de cien mil colonos suabos. Se refería a ellos como «morralla del pueblo alemán» que el zar había llamado a sus tierras cien años antes para distribuirla por las estepas desde Moldavia hasta Odesa, el punto más meridional; y ahora resultaba que los soviéticos ya no los querían y había que arrastrarlos de vuelta al Reich de sus ancestros.

A mí me hacían ilusión todos los motivos exóticos que encontraría allí, las tentaciones de un desierto a lo Karl May —el gran escritor de aventuras— a la espera de ser recreado. Además, era consciente de que, por primera vez, era yo quien estaría al mando de una pequeña unidad del servicio secreto en el extranjero. Como tapadera, se suponía que seríamos simples civiles responsables del traslado de la población de origen alemán (mi cargo sería el de representante en jefe del Gobierno del Reich en el distrito de Mannsburg).[14] Oficialmente, íbamos a coordinar las acciones sobre el terreno; extraoficialmente debíamos cartografiar todo el país en busca de instalaciones militares de los soviéticos. La evacuación de la población alemana de Besarabia se llevaría a cabo conjuntamente entre soviéticos y nazis.

—La cosa se puede poner divertida... —concluyó su explicación el agente encargado de explicarnos todo, aunque no parecía muy amante de las diversiones.

Me asignaron un asistente personal, el Untersturmführer Möllenhauer.[15] Era de Hannover y

tenía un aspecto algo fofo, el pelo lacio pegado al cráneo y la cara como espolvoreada con harina; recordaba al pierrot de la comedia italiana y, de hecho, sostenía el arma como si fuera una mandolina.

Aparte de Möllenhauer, me pusieron una especie de escolta: un sajón forzudo como un oso con aire de bebedor secreto al que, en efecto, apodaban el *Bebedor* y nunca decía ni palabra. Por todo esto me gustaba especialmente tenerlo cerca y lo dibujé a la manera de *Los Disparates* de Goya.

Möllenhauer y el Bebedor velaban por la cohesión de los dieciséis hombres que formaban el pequeño destacamento del SD con el que me enviaron a Viena. Allí se nos unieron cientos de colaboradores llegados de todas partes del Reich para organizar el traslado: personal sanitario, médicos, conductores de camiones, técnicos de radio, agentes de las SS disfrazados de turistas, funcionarios del ministerio, investigadores raciales y lo que denominaban «especialistas en información bélica», a saber: fotógrafos, reporteros, ilustradores, e incluso un mago que no tenía ni idea de lo que se esperaba de él, pero que mantenía alta la moral del grupo con sus trucos de cartas.

En un vapor de recreo blanco como la nieve descendimos por el Danubio y pasamos por Budapest —donde pinté una acuarela del puente de Francisco José—. Al poco de cruzar la frontera croata, nos acabamos la totalidad de las reservas de Tokaji —lo que dio lugar a un bodegón inacabado representando dos vasos y un cuenco de frutas—, y en Vukovar orinamos de treinta y cuatro en fondo en la magnífica corriente del río —de eso no hay ninguna ilustración—. Lentamente dejamos atrás Belgrado —una ciudad muy bonita para la que ya tenía yo preparados los pasteles y un papel hecho a mano—; en Serbia, saludamos con la mano a un vapor herrumbroso y deteriorado que transportaba a unos cuantos judíos a Palestina, pero había encallado en mitad del río —un desvergonzado compañero me arrancó de las manos el bloc de dibujo, escribió «¡Muere, Judas!» y blandió su obra de arte ante los ojos de los famélicos anticristos—, y, durante todo el trayecto a lo largo de la costa búlgara, nos dedicamos a cantar una y otra vez *Hoy llegan los ángeles de vacaciones a Viena*, el tema de la película *Opereta*.[16]

Por fin nuestro barco atracó en el puerto de Galati, Rumanía, donde nos esperaban los soviéticos, así que no tuve más remedio que dejar a un lado el bloc y los útiles de dibujo. Hacía una temperatura muy agradable, mediterránea, aunque el recibimiento fue gélido: el jefe de la comisión soviética asignada a la supervisión del traslado subió a bordo acompañado de dos hombres, pero al instante sufrió un ataque al corazón. Nuestro médico le diagnosticó una intoxicación etílica severa y consiguió sacarlo adelante. Necesitamos más de una hora para ponernos de acuerdo en cómo se realizaría el control de nuestro equipaje. Al final los soviéticos insistieron en inspeccionar hasta la última pieza en busca de armas y nos confiscaron los mapas

en los que teníamos que marcar los puntos estratégicos del enemigo, de tal suerte que nuestra misión parecía haber fracasado antes de empezar siquiera.

En medio de aquella animada atmósfera me presentaron a mi homólogo soviético, un comandante del NKVD a quien conocí en el mismo muelle del puerto de Galati. Esperaba en medio de un grupo de hombres con una mano en el bolsillo del pantalón y un cigarrillo entre los dientes. Se acercó tendiéndome la mano y yo me acordé de lo que había aprendido en la Curonia: ignoré aquella mano tendida esperando a que sacara la otra del bolsillo y se quitara el cigarrillo de entre los dientes, como corresponde a un saludo entre caballeros.

Por desgracia, eso no sucedió: la mano y el cigarrillo siguieron donde estaban, y quedó claro que aquel comandante disfrutaba de aquella afrenta que podía permitirse. Yo me apresuré a hurgar en mi cartera, saqué el bloc de bocetos y en treinta segundos lo retraté al estilo del periódico *Der Stürmer*,[17] pues tenía toda la pinta de ser judío. Ese retrato, que él me pidió enseguida para mostrárselo orgulloso a sus hombres, me valió su respeto y determinó nuestra relación en lo sucesivo.

Se llamaba Uralov y era bajito, fibroso y jovial como un sabueso. No podía imaginar que yo hablaba ruso a la perfección gracias a muchos años de esfuerzo de Ana Ivánovna, así que había hecho contratar a una intérprete que, con objeto de sacarme información para sus servicios secretos, también había recibido órdenes de entablar conmigo una relación carnal.

Yo no desaproveché la ocasión, lo que causó cierto revuelo en mi equipo. Mi asistente Möllenhauer, preocupado y pálido como buen pierrot, me preguntó si sabía lo que hacía porque, siendo estrictos, él tenía que dar parte a nuestro superior en Berlín. Yo le respondí que adelante, pero que parecía no tener ni idea de que el trato carnal con seres inferiores, siendo, sin duda, uno de los más duros sacrificios, era también uno de los más provechosos para la causa del pueblo alemán, pues la cama es el campo de batalla de todo buen servicio secreto, como había dicho Talleyrand en su día (¡y el tipo sabía quién era Talleyrand!), con lo cual, después de todo, yo no hacía más que cumplir con mi maldito deber. Le aconsejé que entrara en acción de forma similar, aunque ya intuía que su atención se centraría más en los fornidos estibadores de Vladivostok.

Mi intérprete se llamaba Maya y no tenía más de dieciocho años, así que era casi una niña. También era el polo opuesto de Ev: nada coqueta, ni complicada, ni testaruda, ni hipocondríaca ni depresiva; no estaba herida emocionalmente ni suponía para mí una herida emocional siempre abierta y supurante, sino todo lo contrario: un bálsamo con que cubrirla. Además olía a gloria, como las florecillas de la estepa que solía regalarme, seguro que por órdenes Uralov. Era ligera como una guirnalda de papel, y tan transparente y luminosa como el agua... y así, bebí de ella como quien se muere de sed.

Prefería dibujar detalles de su cuerpo en lugar del conjunto. Sacrifiqué media caja de pasteles en honor de su culo, su nuca, sus ojos —con la brida mongólica—, su oreja izquierda —la

derecha tenía el lóbulo pegado, lo que no me ha gustado nunca—, sus pechos grandes e ingrávidos, su vulva —que casi desaparecía entre la frondosa vegetación, hasta el punto de que tuve que pedirle que podase un poco aquellos arbustos, cosa que hizo como quien pasa un cortacésped—. Tenía una cara agradable, como de zorrito, e intentaba sacarme información con tan poco recato y en momentos tan inoportunos que, conmovido por su afán de cumplir con su deber, me inventaba las historias más estupendas. Al comandante Uralov seguro que le pitaban los oídos.

Todos los días Maya nos acompañaba a mí y al Bebedor, que conducía estoicamente mi coche oficial, por un entorno orientalizante salpicado de mezquitas en ruinas que los turcos habían dejado atrás al huir de allí ciento cincuenta años atrás. Los alemanes que encontrábamos hablaban una lengua de finales del Barroco. No conocían la electricidad, ni los tractores ni el teléfono: seguían segando sus campos con las mismas guadañas que, en tiempos, habían traído sus antepasados de la Jura de Suabia. Todo daba la sensación de ser un cuadro de costumbres del sur de Alemania pintado sobre seda árabe. Algunas de aquellas fisonomías huesudas quedaron recogidas en mi libreta, como también varios gatos, de los que había miles, pues aquél era el país de los ratones. Pero a Maya no le gustaba que me pasara el día haciendo «garabatos», como ella decía, así que, como hay muchas maneras de «dejar que la luz penetre en el cerebro» nos besábamos muy a menudo y con gran alegría.

Esa armonía sexual contrastaba con el caos de la evacuación de la población de origen alemán de Besarabia: los soviéticos no sólo realizaban tasaciones harto imaginativas de las propiedades de los evacuados con el fin de que la mayor parte posible de sus bienes se quedase en el país, sino que movilizaban a aquellos campesinos literalmente entre bayonetas, cañones, tanques y alambradas. Daba la impresión de que cualquier movimiento azaroso habría bastado para que abrieran fuego.

Vivíamos bajo el mismo techo que el comandante Uralov y su tropa, y utilizábamos el mismo teléfono, que funcionaba muy mal y evidentemente estaba pinchado por el NKVD. En algún momento me harté y le pedí a Möllenhauer que instalasen una línea paralela para comunicarnos entre nosotros y escuchar las conversaciones de los rusos. Cuando Uralov se enteró, colocó a dos guardias de su escolta armada en la sala donde desayunábamos, lo que nos arruinó el apetito hasta que le pedí al Bebedor que los sacara por la puerta cristalera, pero sin abrirla.

A medida que avanzaba la evacuación y los primeros alemanes de Besarabia eran trasladados a los puertos del Danubio en pintorescas caravanas tiradas por caballos e interminables columnas

de camiones, llegó la temporada de lluvias. Los caminos de tierra, que más bien parecían pistas de arena, se convirtieron en profundos barrizales.

Maya había encontrado un pequeño cobertizo medio derruido en las montañas, a una hora de camino a pie de nuestro hotel. Allí solíamos encontrarnos: yo tenía todo el tiempo del mundo disponible porque me fiaba absolutamente del celo de Möllenhauer y ella lo prefería porque, sin decírmelo, quería librarse de la cámara instalada en la habitación vecina del hotel, que captaba todos nuestros movimientos, cosa de la que yo era plenamente consciente y que no me importaba, pues las profundas y negras aflicciones que me habitaban eran inmunes a la vergüenza, la ternura y el temor.

A Maya, en cambio, esas aflicciones parecían atraerla, pues lo incurable posee un enorme poder.

—Tú, triste —susurraba a veces en su mal alemán mientras me acariciaba la mejilla con una brizna de hierba, pero yo no respondía. La lluvia chapoteaba sobre el tejado ruinoso, mi silencio la animaba a ser más cariñosa y yo acababa recibiendo sexo a cambio de no abrir la boca. Era tan pueril como un cachorrillo y su corazón poseía la consistencia de una galleta: idónea para romperse. Creo que ni siquiera le reveló a Uralov que yo hablaba ruso mejor que él mismo, pues de otro modo supongo que no la habría dejado seguir siendo mi intérprete.

A veces, cubiertos tan sólo con una manta, nos sentábamos a contemplar desde nuestra vieja cabaña la poesía agreste, casi de cuento de hadas, de aquel paisaje que se extendía a nuestros pies, reluciente por las frecuentes lluvias. El viento nos traía el olor de la tormenta inminente o de la tierra mojada, puntuado de plantas aromáticas. La estepa era infinita, cubierta por las noches por una cúpula de estrellas bajo la cual toda clase de animales raros —quebrantahuesos, lobos, pelícanos, avutardas, espías que se consolaban mutuamente— obedecían a sus instintos o a las órdenes que habían recibido.

Un día, mientras el Bebedor nos llevaba de vuelta al hotel, me pareció ver un ternero sentado al borde del camino, pero cuando nos acercamos el animal abrió las alas y se abalanzó sobre el coche: era una gigantesca águila de la estepa, y una de sus alas llegó a rozar el parabrisas mientras pasaba por encima de nosotros. El interior del coche se oscureció y Maya se agarró fuerte a mí al tiempo que nos agachábamos instintivamente. El Bebedor, a quien en realidad nunca vi beber, ni siquiera pestañeó.

Tras dejar a Maya en su hotel, me llevó a nuestra central de operaciones en Mannsburg, instalada en lo que en tiempos había sido una taberna de pueblo.

Eran nuestros últimos días en Besarabia y tocaba hacer el balance de los escasos resultados de nuestros afanes conspirativos con mis más estrechos colaboradores. El caso es que Möllenhauer

salió, ya no recuerdo para qué, y al cabo de un rato volvió a entrar con el Bebedor y un maletín en la mano: era el maletín que Maya solía llevar siempre consigo.

—Mire lo que hemos encontrado en el asiento de atrás del coche —mostró triunfante. Sólo le faltó ponerse a bailar.

—Sí, parece que la intérprete se lo ha dejado olvidado.

—¡Qué increíble suerte, Obersturmführer!

—¡Soldado! —le dije al Bebedor—. Lléveselo a su dueña.

—¿Sin echar un vistazo al interior? —Möllenhauer se asombró.

—¿Para qué? Llevará cosas de maquillarse y lo que necesite para su trabajo de traductora.

—Ya, pero a lo mejor deberíamos echar un vistazo de todas maneras.

Entonces, todos los ojos se volvieron hacia mí. Los manuales de la Sección VI de la Jefatura del SD del Reich decían claramente que era obligado inspeccionar hasta la última partícula de cuanto guardase alguna relación con el enemigo. Hacer una excepción con el maletín de una agente que el NKVD me había asignado precisamente a mí me habría puesto, como quien dice, a un paso del pelotón de fusilamiento.

—Desde luego —dije.

Möllenhauer abrió el maletín y sacó una bufanda que Maya me había puesto al cuello unas horas antes, dos blocs de taquigrafía, un dibujo de ella de perfil con la mirada perdida —que su amado Obersturmführer le había regalado tres días atrás—, un diccionario ruso-alemán, dos pañuelos, una pistola para mujer —«¡Mire, mire!»— y, finalmente, una delgada carpeta. Möllenhauer se quedó mirando la cubierta unos segundos de más.

—Bueno, yo no leo bien el ruso, pero creo que esto podría ayudar a que nuestro Obersturmführer ascienda muy pronto a Hauptsturmführer.

Y me tendió el expediente henchido de orgullo.

En la cubierta se leía, en ruso: SECRETO.

Y debajo: NO SACAR DEL ARCHIVO.

Al abrirlo, descubrimos una relación de todos los miembros de la delegación soviética en Besarabia con sus nombres reales y en clave: justo lo que más nos interesaba averiguar. Yo no tenía ni idea de cómo era posible que Maya la llevara encima, pero tanto la forma como el contenido hacían evidente que no debería haberlo hecho.

Ante el estupor de mis subordinados, di órdenes de copiar todos aquellos datos inmediatamente, incluso les grité que se dieran prisa.

Dos horas más tarde corrí al hotel con el maletín y el documento original.

Pero la puerta de Maya estaba cerrada con llave.

Entonces enfilé hacia nuestra cabaña de las montañas. Conseguí recorrer el camino en veinte minutos, pero vomité delante de la puerta.

Maya no estaba allí.

Me pasé la noche en vela con la esperanza de que en algún momento llamara.

A la mañana siguiente el Bebedor y yo estuvimos esperándola en el coche, a la entrada del hotel, como lo habíamos hecho durante meses. El Bebedor dejó el motor encendido. Por fin se abrió la puerta y salió una bruja paticorta de unos cuarenta años a quien yo no había visto nunca, se acercó a nosotros sin esbozar siquiera una sonrisa y nos graznó que la camarada Maya Dzershínskaya se había puesto enferma y que, desde ese día y hasta el final de la misión, ella tendría el honor de ser mi intérprete.

Luego tuvo la osadía de sentarse a mi lado.

Para disimular mis nervios, regresé a mi verdadera misión y me volqué en las plantas autóctonas que aún no había ilustrado como merecían. Dibujé con suma precisión pequeños arbustos y nueces, un tocón, una solitaria rosa mosqueta... mientras el otoño caía sobre aquella estepa inconmensurable y desolada, vaciada casi por completo de sus habitantes: un desierto tachonado de pueblos deshabitados. El gris patético y esponjoso de las nubes de lluvia dio paso al monótono gris de los cielos cubiertos de Mongolia. Si me quedaba un buen rato al aire libre, se me humedecía la ropa, se ondulaba el papel.

Möllenhauer se dio cuenta de que aquel asunto me había afectado. Tenía mucho tacto y se hizo cargo de organizarlo todo. Recibimos un telegrama elogiando nuestro trabajo, muy en especial el mío. Fue una imprudencia porque los soviéticos debían de haberlo interceptado.

En todo caso, la actitud de Uralov no cambió en absoluto y nos organizó una alegre fiesta de despedida.

Y, para ponerle la guinda al pastel, acabó acompañándome personalmente al barco y, en el mismo muelle donde nos habíamos conocido tres meses antes, me abrazó con lágrimas en los ojos y me confesó que me había tomado mucho cariño («maldito alemán», añadió). Luego me cantó una estrofa de *Katyusha*[18] y, como despedida, me regaló un sobre amarillo en cuya cubierta se leía, en ruso: SECRETO.

Y debajo: NO SACAR DEL ARCHIVO.

Supongo que tenía intención de ser gracioso.

Me temblaban las manos al sacar las instantáneas en que se nos veía a Maya y a mí en la cama: testimonios en blanco y negro de una breve distracción erótica, recuerdos de una treintena de coitos.

Uralov rió de buena gana, me dio unas palmaditas en el hombro y dijo que no me preocupara, que los negativos también iban dentro del sobre. Nada de aquello se utilizaría en mi contra. Añadió que podía contar con su amistad hasta el fin de sus días y que la intérprete había sido una

buena elección —al comentar esto último se puso las manos delante del pecho como si sopesara algo: el gesto que mundialmente, entre los hombres, indica unas buenas tetas—. Desde el barco gritaban ya mi nombre, que dónde me había metido, que era el último en abordar.

A medio camino en la pasarela me detuve una vez más, me armé de valor, retrocedí unos pasos y le pregunté a mi nuevo amigo-hasta-el-fin-de-sus-días si tenía idea de cómo se encontraba mi intérprete.

Me miró desde abajo con cara de perrillo apaleado, respiró hondo y trató de darle el tono más humano posible a su áspera voz de borrachín:

—Tu intérprete, por desgracia, ha fallecido.

3

En tiempos de guerra la indignación siempre va acompañada de una especie de resignación. Quién sabe por qué, pero en épocas así es difícil distinguir la inocencia de la culpa: ambas se fusionan como el azul y el rojo en una acuarela, que terminan diluyéndose uno en el otro. Trabajar en la clandestinidad es como pintar con la técnica de húmedo sobre húmedo: no hay contornos nítidos, los perfiles se suavizan y difuminan, y hay que tener mucho cuidado de que al final no se vuelva todo violeta, el color más espantoso que conozco junto al marrón momia, que se obtiene machacando momias del Antiguo Egipto, o que al menos se obtenía así, según papá nos explicó a Ev y a mí, orgulloso de sus conocimientos, cuando éramos niños. Él utilizaba esa sustancia bituminosa en sus retratos, pues resulta muy adecuada para las sombras de los rostros, pero Ev se quedó completamente horrorizada al enterarse de que provenía de cadáveres humanos y no pudo evitar hacer algo al respecto: sustrajo el tubo de pintura del taller de papá y le dio un entierro digno en el jardín.

La verdad es que preferiría no hablar más de Ev, y también en aquella época quería borrarla de mi memoria; sin embargo, la muerte siempre me devolvía a ella, incluso la muerte de Maya, que no me cabía en la cabeza y me hizo arrojarme a las gélidas aguas del Danubio en la frontera húngara. Era medianoche, pero los guardias del puente de mando me vieron, mandaron parar los motores del barco, me sacaron de la corriente y atribuyeron al exceso de alcohol mi caída por la borda. En efecto, estaba borracho como una cuba. Mi rescate se celebró con júbilo entonando varias veces *Hoy llegan los ángeles de vacaciones a Viena*.

Como podrá usted imaginar, el viaje pictórico había acabado.

No hay muro más difícil de atravesar que el que uno mismo construye a su alrededor: mi cerebro no volvería a recibir ni un solo rayo de luz, de eso estaba seguro.

Apenas era consciente de lo que sucedía a mi alrededor.

En algún momento me encontré de regreso en Berlín. Mucha gente se portó bien conmigo: me mantuvieron como agente especial (AE) en la capital del Reich. Eso sí, tuve que cursar una formación de cuatro semanas de la que no conservo más recuerdo que cierta mosca fiel que se posaba en el antepecho de mi ventana un día tras otro. Supongo que estaba contenta de que me hubieran concedido la cruz del mérito de segunda clase por los documentos secretos que había

conseguido, o en todo caso posaba sus feas patitas sobre la susodicha cruz y se pasaba minutos ahí. A lo mejor le hubiera gustado que le dieran una condecoración a ella también, como buena mosca patriótica (sus alitas brillaban como el oro viejo).

Poco después Walter Schellenberg, el jefe del espionaje en el extranjero, quiso conocerme. Möllenhauer, que de cuando en cuando me acompañaba al cine, no cabía en sí de la emoción:

—Mi Obersturmführer, eso es como si los dioses bajaran a la tierra. Seguro que tienen grandes planes para usted. ¡Qué digo, grandes! ¡Gloriosos!

Sea como fuere, me llevaron en limusina al palacio del Príncipe Alberto, donde me recibió un oficial enérgico y resuelto que me guió por numerosos pasillos y corredores —suelos de mármol cubiertos de alfombras rojas— hasta que, por fin, me dejó en manos de una secretaria de asombrosas redondeces muy concentrada en pintarse las uñas.

A cabo de unos minutos de espera, se abrieron de golpe las dos hojas de una puerta y pasé a un despacho que, por su estilo, recordaba a un café de Viena.

El señor Schellenberg estaba sentado en un sofá Luis XV frente a unos espejos de cuerpo entero con marco dorado. Se levantó —cosa que yo jamás había visto hacer a un general de las SS— y, como un perfecto anfitrión, caminó hacia mí con paso elástico, ágil, casi ansioso y lleno de intenciones ocultas. Luego me ofreció la mano, o más bien su guante vacío —al menos ésa fue mi sensación—, y contemplé su rostro sonrosado, afable y nervioso a la vez, y su boca blanda y sensual, pero congelada en una sonrisa arrogante. Recuerdo cuánto me impresionaron sus maneras impecables, su seductora petulancia y su apariencia elegante y perezosa como de pez tropical.

Nos sentamos a una coqueta mesita, y enseguida se lanzó a decirme, con voz aguda y en un tono de amable reproche, que para mi edad tampoco podía decirse que hubiera llegado yo demasiado lejos. Esa alusión a mi edad, a la sazón treinta y un añitos, no sólo los que tiene usted, mi experimentado swami, sino los que tenía él mismo, el jefe del servicio de inteligencia más poderoso de Europa («*Eheu fugaces*, *Postume*, *Postume*, *labuntur anni*!»),[19] era una inesperada muestra de prepotencia.

Aquella impresión se vio reforzada cuando el ínclito Brigadeführer[20] se puso a mostrarme los múltiples dispositivos de escucha que estaban ocultos entre aquella decoración exquisita no sin antes hacerme adivinar dónde. Acerté varios: en su escritorio, en la lámpara de pie, en la araña de cristal, pero fallé clamorosamente con el que estaba debajo del cenicero y con uno que había detrás de la pared, a la que dio unos golpecitos para demostrarme que estaba hueca.

Su escritorio parecía un mueble renacentista florentino, pero tenía instaladas dos metralletas que en un instante podían dejar como un colador a cualquier visitante indeseado. «Entre las dos

tienen mil balas», me dijo con devoción mientras me mostraba un botón oculto en el cajón central. Otro botón cercano disparaba una alarma para el bloqueo de todas las salidas del edificio.

Yo no sabía muy bien qué comentar.

Entonces Schellenberg carraspeó, me elogió por el golpe maestro de la intercepción de los documentos en la misión anterior y me propuso otra, especialmente delicada, en París: allí había un hombre de suma importancia para la política alemana, me explicó, un fabricante de quesos georgiano llamado Kedia que aglutinaba a su alrededor a los exiliados rusos. Trabajaba para las ss, pero últimamente se rumoreaba que también cultivaba contactos con la resistencia, lo que supondría una traición imperdonable. Era esencial llegar al fondo del asunto, para lo cual se requería que un agente confiable se ocupara de la esposa de Kedia, su talón de Aquiles.

—¿Tengo que vigilar a esa mujer? —pregunté.

—No, no; tiene que acostarse con ella —repuso Schellenberg sonriendo.

—¿Y eso por qué?

—Porque se le da bien.

Yo era consciente de mi egoísmo y hasta de mi abyección, pero que éstos me hubieran convertido, a ojos de mis superiores, en un donjuán, y para colmo en un donjuán a sueldo, me llenaba de asco, rabia y tristeza. El cuerpo de Maya no debía de haberse descompuesto todavía, puesto que era invierno, y en invierno en Rusia se congela la tierra y todo lo que ésta abrigue. Cada día volvía a mirar nuestras fotos, las sombras de nuestros cuerpos, y siempre descubría en el suyo nuevos detalles que luego comparaba con los numerosos dibujos que le había hecho. Tenía la sensación de que finalmente comprendía quién había sido de verdad aquella muchacha, de que finalmente la conocía: «Ésta es ahora carne de mi carne y hueso de mis huesos...»[21]

Aquel día en el despacho de Schellenberg, con sus micrófonos y metralletas, más parecido a un burdel de lujo o un salón de juego francés que a una oficina de verdad, sentí por fin el peso bíblico de Maya, que siempre me había parecido ligera como una guirnalda de papel, y al mismo tiempo comprendí que, a través de aquellos grandes espejos con marco dorado, me internaría en un mundo donde ya nada tenía un peso verdadero: cualquier visitante podía ser un asesino, detrás de cada amistad se ocultaba algún interés; un acto sin doblez se consideraría extraño, una relación sexual sin un objetivo oculto, una pérdida de tiempo.

Después de todo, Talleyrand tenía razón.

Por favor, no me malinterprete: al final, acepté la oferta de Schellenberg. Carecía de la fuerza necesaria para rechazar una propuesta que sin duda suponía un ascenso no sólo profesional, sino incluso social. No obstante, también tenía claro que aquella madame Kedia, que se convertiría en el objetivo de mi miembro viril, mi simpatía, mi talento y mi formación, no tendría conmigo ninguna cercanía, ni fingida ni auténtica.

Necesitaba salir de aquel despacho y alejarme de Berlín y de Alemania, pero también de

Poznan, y hasta de mí mismo, como fuera.

París se me antojaba un universo fulgurante, una vía láctea llena de formas de vida desconocidas y distracciones inauditas, una tierra prometida.

Sin embargo, no fui capaz de quemar las fotos de Maya ni los dibujos y bocetos que había hecho de ella: no podía separarme del lóbulo de su oreja, que ya no estaba pegado, sino plegado y arrugado en mi billetera —era de tamaño natural—. Llevaba siempre conmigo su maletín y al menos una vez al día me asomaba al interior y sostenía durante un rato la pequeña pistola rusa, que a veces me llamaba y me seducía, sobre todo cuando había bebido demasiado (lo normal eran tres o cuatro cervezas, media botella de vino tinto, un buen aguardiente y varios vasitos de distintos licores dulces franceses).

Había pasado del escenario a la tramoya, y entonces, para colmo, me encontré con Marie-Lou... más bien con su foto amarillenta en el escaparate del Moulin Rouge.

A aquel encuentro fortuito le siguió un cara a cara con el taquillero del local, un bretón que resultó que había sido su novio —ambos nos moríamos de celos.

Horas más tarde, ya en mi barrio, tuve que consolarme con un vino de Cahors a la luz de una vela, de la noticia de que Mary-Lou había regresado a Estados Unidos hacía tres meses y, al parecer, no había mencionado mi nombre ni una sola vez.

Las noches siguientes cené en varias ocasiones en el palacio Maubrid, la residencia de los Kedia, con monsieur y madame, una cabra ninfómana que más de una vez me metió mano en la entrepierna, aunque no encontró más que un trozo de carne blando como un caracol.

Los fines de semana me divertía en un local donde, previo pago, proporcionaban alucinaciones ópticas: a medianoche unas mujercitas de Vietnam te ataban con correas a un sillón de dentista y un médico colonial te inyectaba mezcalina Merck, un derivado del peyote, en las ávidas venas. Y entonces, de pronto, entendías el vietnamita.

Mi superior, el Sturmbannführer Lischka, un tipo que resultaba terrible hasta con un croissant en la boca, insistía en amargarme esas incursiones en el estilo de vida francés: una y otra vez, con creciente impaciencia, me exigía que cumpliera con la misión que me habían encomendado.

Así que yo redactaba, en completo estado de ebriedad, unos informes tan surrealistas como insignificantes sobre los Kedia, que no dejaban de invitarme a su casa para comentar sin tapujos la posibilidad de llevar a cabo un «proyecto triádico» (erótico triádico, para ser precisos) que tenía, sin embargo, implicaciones vitales que no me interesaban. A pesar de todo, me consideraban un huésped grato porque hablaba bien el ruso y mejoraba la tez de madame en mis acuarelas —o eso supongo, puesto que no dejaban de invitarme a pintarla—. Relaté algunas de

esas visitas en mis informes para Berlín, y una vez también una redada de las SS que me tocó presenciar por casualidad en el boulevard Sebastopol.

Además, en esos documentos consignaba minuciosamente los nombres de todos los amantes de la señora Kedia. Era evidente que a cualquier hombre, literalmente, le llegaba el turno en algún momento... «Menos a mí», telegrafiaba con tristeza a Berlín. Como mi fracaso no tenía excusa, dadas las circunstancias, y como no podía achacarlo a mi inapetencia, le eché la culpa al mal aliento y fui a un dentista carísimo a expensas de Schellenberg. Nunca llegué a confirmar ni a desmentir si monsieur Kedia tenía contactos con la resistencia francesa pero, como su mujer se acostaba con todo el mundo, era obvio que debía de estar acostándose con la *Résistance* en pleno.

Ésas fueron mis conclusiones.

Sentía como si tuviera la cabeza llena de arena, mi vida sexual era la de un monje —ni me acercaba a los burdeles— y me olvidaba de la realidad de un modo que sólo era posible en París.

Por desgracia, mis superiores no se olvidaron de mí.

• • •

En mayo de 1941 me llamaron al cuartel general de la Gestapo y, por primera vez, me hicieron pasar por la puerta principal, no por la entrada de la rue d'Alsace por la que entraban los artistas. El Sturmbannführer Lischka me recibió en privado y no me pidió que me sentara. De hecho, me dijo:

—Por favor, no se siente.

Tampoco me ofreció uno de sus puros.

Después de unas cuantas preguntas punzantes relacionadas con gastos en restaurantes y dentista, y de un agrio recordatorio de «los muchos sufrimientos y penurias del pueblo alemán que permitían que yo pudiera permitirme vivir a cuerpo de rey...» —tal como se lo cuento: «permitían que yo pudiera permitirme»; estaba claro que aquel Sturmbannführer hablaba un pésimo alemán—... Ehhh, ¿por dónde iba? En fin, que después de aquel prefacio, Lischka me hizo saber que Schellenberg estaba decepcionado conmigo.

—Muy decepcionado incluso.

Con efecto inmediato, podía dar por rescindida mi misión especial para las SS. En su lugar, tenía que presentarme de inmediato ante el Sturmbannführer Solm.

—Mire por dónde... —Lischka se interrumpió—. ¿Ese Sturmbannführer Solm es pariente suyo, Obersturmführer Solm?

—Sí, pariente —repuse yo.

—¡Qué cosas! —lo oí farfullar sin la menor cordialidad—. Pues nada, debe ir a Sajonia y

presentarse en la Academia de la Policía Fronteriza de Pretzsch. Allí recibirá órdenes, incluida la de marchar al frente. *Heil Hitler*! Puede retirarse.

Pasada la frontera alemana, había que parar en la estación terminal de Stuttgart y esperar a que el tren cambiara de locomotora. Bajé al andén y vi que la gente tenía los ojos clavados en los altavoces instalados por encima de sus cabezas. Estaban retransmitiendo un programa espacial desde la Krolloper de Berlín: en ese instante Adolf Hitler anunciaba que aquel día había dado comienzo la Operación Barbarroja en un vasto frente; que Alemania emprendía una guerra a muerte contra la Unión Soviética; que él, nuestro Führer, no capitularía jamás y que no se quitaría el uniforme militar hasta que el Reich alcanzase la victoria definitiva.

Ninguno de los presentes aquel día en la estación de Stuttgart se habría podido imaginar que el Führer y canciller del Tercer Reich, por entonces amo y señor de medio mundo, en su momento ardería como una tea con ese mismo uniforme gris —rociado previamente con dos bidones de gasolina— a unos pocos cientos de metros del enemigo a punto de tomar Berlín. Y menos que nadie yo mismo.

4

De niño estaba convencido de que todo el mundo necesitaba estar en busca de algo para justificar su existencia. No pensaba, ni mucho menos, en Schliemann y en su maniática búsqueda de Troya, ni en la sed de hazañas ni en la búsqueda del Grial; simplemente tenía la sensación de que todos somos un poco como Hänsel y Gretel: estamos en un bosque oscuro y tenemos que ingeniárnoslas para encontrar el camino a casa.

Luego, a medida que fui cumpliendo años, tomé conciencia de que, en realidad, nadie consigue nunca salir del bosque: nos limitamos a dar tumbos unos alrededor de otros, nos quedamos atrapados en la maleza y, en lugar de buscar, soñamos con que nos encuentren.

Eso era lo que me pasaba a mí.

Ahora bien, ¿qué se hace cuando el condenado bosque está en llamas?

No sabía lo que me esperaba en Pretzsch, pero no podía ser nada bueno, excepto por la perspectiva de reencontrarme con mi hermano: echaba de menos su capacidad para convertir a quienes lo rodeaban en testigos de una dignidad auténtica e irresistible. Eso lo hacía parecer rígido en muchos sentidos, pero también confiable: puede que él tampoco lograra sacarte del bosque, pero quizá te llevara hasta algún claro. Al menos ésa era la imagen que siempre había tenido de él.

Cuando pensaba en él, también afloraban imágenes de Ev: recuerdos sobre los que yo había vertido, como si de lodo se tratara, mis deseos de olvidarla, la tragedia de Maya y las alucinaciones de París, y que por tanto creía profundamente enterrados en la memoria. Su talante infantil y su visión infantil de la vida siempre habían sido una especie de consuelo; ella lo sabía, y el mero hecho de que lo supiera me resultaba reconfortante de por sí, teniendo en cuenta que yo jamás he sabido reconocer mi efecto en las personas. Lo cierto, sin embargo, es que ella tampoco era consciente del efecto de sus palabras.

—Eres como el barón de Münchhausen —le dije una vez que, para variar, intentó hacerme creer una historia rocambolesca.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Era muy guapo?

Yo no podía evitar sonreír ante aquellos recuerdos que surgían de pronto con los mismos colores estridentes que caracterizaban los cambios de humor de Ev, sus pasos de baile en mitad

de la calle, sus ocurrencias brillantes y provocativas; pero con ellos llegaba la melancolía, la memoria de nuestra desdichada despedida apenas un año atrás. Eso me borraba la sonrisa de inmediato.

¿Cómo estaría?

No me había enviado ni una sola carta, ni siquiera una postal, ni a Besarabia, ni a Berlín ni a París. De hecho, ninguno de los tres había dado señales de vida. Por un lado había sido un alivio; por otro, algo enteramente nuevo, pues la eterna disponibilidad, y no lo contrario, era el signo de nuestro vínculo.

Sólo gracias a la afición, auténticamente báltica, de mi madre por la correspondencia me había enterado de algunas cosas básicas. «Mi querido Kojashka...», me escribía con su caligrafía práctica, sin adornos ni florituras:

La verdad es que estamos algo incómodos, en fin. Vacía, la casa se siente demasiado grande y el jardín necesita una buena poda. La cosa es que desde aquella caída tan tonta por las escaleras del sótano he quedado medio coja («¡Pero no se me quede sentada todo el día!», me repite siempre el doctor Blumenfeld). También me haría falta un electricista que arreglara la lámpara de la cocina porque en eso sí que soy una nulidad. No estar rodeada de niños me parece maravilloso, y sin embargo os echo muchísimo de menos. Sé que estás entre esos franceses sinvergüenzas... haciendo tonterías, según me cuentan (¡a papá y a mí nos encantaba la Madeleine!). A Hubsito lo han trasladado al frente, ¡imagínate! Se dedica a perseguir comunistas, como Dios manda. Espero que pronto acabe con ellos. La pequeña Ev sigue igual de encantadora y de dispersa. Se pasó muchísimo tiempo dándole vueltas a qué hacer y al final, en vez de quedarse a echarle una mano a su anciana madre (porque habría que tirar de una buena vez todos esos trastos que tenemos en el sótano, y con la pata de palo no puedo montar en bicicleta: no llegaría ni a medio metro de la casa; ¡y mejor ni te cuento cómo está el pobre ruibarbo!), se ha apuntado como médica de guerra. Menudo disparate, ¿no? Tu hermana tiene la cabeza llena de pájaros: lo que le hace falta es un hijo. El caso es que se ha mudado hace poco a una clínica de Cracovia que, por lo visto, le resulta muy interesante. Más no se sabe porque el correo del frente tiene que pasar primero por la censura. Últimamente había adelgazado, volvía a llevar el pelo liso y se la veía muy callada, quizá porque echaba de menos a Hubsi.

Cuando llegué a Pretzsch, Sajonia, y me presenté en la Academia de la Policía Fronteriza, el oficial de guardia se limitó a mirarme con sorpresa. Miró a derecha e izquierda, como si quisiera

comprobar que los pasillos seguían tan vacíos como un momento antes y, levantando las manos en un gesto de impotencia, me dijo:

—¡Pero si ya se han marchado todos!

Así me enteré de que las tropas de las SS habían estado esperando fervientemente en aquel bonito lugar (un palacio renacentista que servía de alojamiento a los huéspedes del balneario cercano y a los hombres ansiosos por entrar en acción) a iniciar la campaña militar, y que ésta había empezado unos días antes, con lo cual mi tropa, siguiendo los pasos del ejército alemán, se dirigía hacia la Unión Soviética «a limpiar todo aquel estercolero». Ésas fueron las palabras exactas que utilizó: «Limpiar todo aquel estercolero.» De manera que me habían destinado a la limpieza del estercolero de Letonia, Lituania y Estonia... Pero la furibunda columna de saneamiento, la Tropa de Asalto Clase A, ya se había ido: mil demonios limpiadores provenientes de todas las unidades imaginables de las SS (unidades con los nombres más raros que se puedan imaginar: le sonarán la Gestapo y la Kripo, la Policía Criminal; y tampoco es difícil deducir qué era la Orpo, la Policía del Orden;[22] pero ¿qué le parece la Popo,[23] la Policía Política? Una broma, ¿verdad? Pues ésa era a la que yo pertenecía, aunque Himmler nos había ahorrado la vergüenza renombrándola como Sicherheitsdienst: SD, el Servicio de Seguridad.

Una hora más tarde el oficial de guardia me entregó la orden de traslado al frente. Dio varios golpecitos con el dedo en la línea donde ponía mi destino, pero la gruesa alianza de oro rojo que llevaba me la tapó, así que sólo cuando se rascó la nariz pude averiguar adónde me mandaban: a Riga.

La ciudad estaba a punto de caer, con lo cual habría mucho que limpiar.

Así fue que, dos años después de trasladarnos desde Riga y doce meses después de mi precipitada marcha de Poznan, la noche del 2 de julio de 1941 llegué de nuevo a las afueras de mi ciudad natal. La torre de San Pedro era pasto de las llamas: parecía una antorcha de color amarillo naranja y cien metros de alto. Se veía a kilómetros de distancia. Como un mechero Bunsen, alejó la lluvia que se cernía sobre la iglesia y que luego cayó sobre nosotros, caliente y furiosa «como si Dios se estuviera meando encima de toda esta mierda», según farfulló un suboficial en el camión.

La lucha había cesado escasas horas antes y las calles estaban salpicadas de cadáveres rusos a los que nadie prestaba atención. Los tanques habían pasado por encima de la cabeza de uno de ellos, que había quedado convertida en una papilla roja en medio de la cual brillaba un globo ocular intacto que parecía mirar la torre de la iglesia en llamas. Los pioneros que iban sentados a mi lado se pusieron a bromear, uno incluso pretendió bajarse para coger el ojo y llevárselo de

recuerdo, pero lo retuvieron los compañeros entre risas. Yo iba al fondo del camión que llevaba dos semanas acelerando al máximo para alcanzar a mi tropa, pero que a la sazón circulaba por encima de entrañas humanas, avanzando apenas en medio de aquel caos en ebullición. La Wehrmacht trasladaba provisiones en interminables convoyes a los que las enormes filas de prisioneros de guerra estorbaban el paso. La lluvia llevaba ya unas cuantas horas sin remitir y el suelo se había convertido en un inmenso lodazal sobre el cual chapoteaban hombres y vehículos.

En uno de los cruces, por fin logré ver a alguien de mi unidad: un Scharführer de las SS con el emblemático diamante del SD en la parte inferior de la manga izquierda.[24] Pedí que parasen el camión a su lado, bajé la ventanilla y, a través del aguacero torrencial, vi que custodiaba a un numeroso grupo de civiles apuntándolos con su metralleta. Parecían aterrados. Una mujer bajita, de cabello corto y canoso y vestida de azul claro, vomitó sobre la mano de su marido, que intentaba sostenerla. De reojo, me pareció ver que otro guardia golpeaba a la gente con la culata de su arma.

Cuando me acerqué, el Scharführer se cuadró. Le pregunté dónde estaba la oficina de registro y me respondió que en la antigua prefectura. Luego me preguntó si conocía el hotel Petersburger Hof, «porque allí se alojan los oficiales, mi Obersturmführer». El marido de la mujer bajita le limpió la boca, ella lloraba y parecía deshacerse con la lluvia como el papel muy fino. Y sí, el horrorizado Obersturmführer Solm conocía el Petersburger Hof.

¿Le he dicho ya cuánto les gustaban los hoteles de lujo a los oficiales de las SS?

A la mañana siguiente me encontré con mi hermano en el comedor estilo Imperio que, a pesar de la batalla casa por casa, no había sufrido más daño que la rotura del cristal de una ventana. Estaba sentado solo a una mesa con mantel blanco. Aunque no hacía más de un año escaso que nos habíamos visto por última vez, estaba completamente cambiado: ya no llevaba el bigotillo estilo Clark Gable, con lo que no parecía más joven, pero sí más duro. Sus ojos azules seguían siendo los de un hombre que no tiene ni la más remota idea de lo que es ser deshonesto, pero también vi en ellos determinación, nerviosismo y una absoluta falta de curiosidad.

—Koja —dijo cordial, aunque escueto. Se levantó, me abrazó y nos sentamos.

Un camarero diligente acudió al instante y, sonriendo, nos sirvió café en las finas tazas de porcelana de cebolla.[25] Cuarenta y ocho horas antes había matado a tres rusos que se retiraban del lugar, se sabía por la escarapela letona que lucía en la manga de la librea: tres cruces negras bordadas.

—Él mismo me lo contó —comentó Hub indiferente y ordenó el desayuno para ambos.

Nos comportábamos como si todo fuera igual que siempre. A pesar de ir de uniforme, conversábamos como si fuésemos turistas, amigos o hermanos que se quieren. Y yo quería ver en

qué se había convertido Hub, pero no me apetecía intercambiar frases huecas. Me dediqué a criticar sin recato a los pavos reales de las SS que degustaban sus respectivos desayunos en las mesas de nuestro alrededor mientras alardeaban de su esnobismo, su codicia, su estupidez y su talento para la corrupción. No escatimé bilis.

Hub me rogó que bajara la voz. No quería discutir conmigo, pero tampoco alentó mis venenosos comentarios. La única crítica que se permitió hacer al régimen fue una frase críptica:

—Los que están al mando siempre creen que después de la lluvia sale el sol, pero a veces llueve después de hacer sol, y eso aquí no quiere verlo nadie.

De muchacho, a Hub lo habían comparado con Großpaping, con un almirante alemán, con un zar ruso, con un ángel, con un polluelo de gorrión, con un buque de guerra y con un perro pastor alemán, pero en la época de la que hablo se había vuelto escurridizo: era una anguila —y a nadie se le había ocurrido nunca compararlo con una anguila—, una criatura serpenteante y sigilosa que, para salir adelante, se valía de la capa de la invisibilidad.[26]

—No consigo verte —le dije al cabo de media hora.

—¿Qué quieres decir?

—Te me escabulles. Es como si no fueras tú, como si tuvieras la cabeza en otra parte.

—La guerra te cambia, Koja; la guerra lo cambia todo. Tú todavía no lo sabes. Seguro que París de noche es muy diferente de lo que te espera aquí.

Tomó la copa de champán que ponían con el desayuno, la levantó y dijo en tono conciliador:

—¡Por fin!

—¿Por fin qué?

—Por fin les estamos dando su merecido a los bolcheviques.

Pensé en el comandante Uralov. Recordé su sonrisa socarrona en el muelle de Galati aquel día, y lo que me dijo acerca de Maya. Pensé en los restos de Maya: sí, mi amante había muerto; sí, yo estaba brindando con mi hermano. Hub cogió una rebanada de pan de centeno, le untó mantequilla y mencionó, de pasada, que Ev estaba mejor y que había empezado a trabajar en un sitio nuevo.

Yo de Ev no quería saber nada.

—Ayer vi a algunos de nuestros hombres en las afueras de Dünaburg —dije para cambiar de tema—. Llevaban a un grupo de civiles detenidos.

—Sí —respondió mi hermano—: delincuentes, comunistas. Los han liquidado hace rato.

Se puso mermelada de saúco en el pan.

—¿Por qué me has mandado venir aquí? —le pregunté sin más rodeos.

Él se tomó su tiempo antes de morder el pan y, desde luego, antes de explicarme las cosas con tranquilidad. Con voz queda y masticando al mismo tiempo, me contó que se había enterado de mi éxito en Besarabia, pero también de mi lamentable fracaso en París. Que por culpa de esa

misión fallida había faltado poco para que me destinasen a Auschwitz, según le dijeron en secreto.

Yo no sabía a qué se refería: jamás había oído hablar de Auschwitz y tampoco quería saber qué era. En todo caso, no debía de ser compatible con seguir comiendo, pues dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, se limpió la boca con la servilleta y se inclinó para decirme en corto:

—De no haberse tratado de Auschwitz —murmuró—, te aseguro que no te habría hecho venir, aunque me temo que éste tampoco es lugar para andarse con remilgos. Nos ocupamos de nuestros enemigos, ya lo has visto.

Tomó un sorbo de café sin dejar de mirarme fijamente por encima del borde de la taza de porcelana. Volvió a ponerla sobre la mesa y se me acercó más todavía.

—Sé que eres un esteta, Koja, un amante de la teoría y de los rusos. No te va a gustar todo lo que veas por aquí, pero no es nada comparado con Auschwitz. Esto no es ni la ínfima parte, te lo juro. —Guardó silencio un instante—. Ev está en Auschwitz.

Lo miré fijamente.

—No pude impedir que fuese. Qué te voy a contar, ya la conoces. Es médica en el lazareto y ayuda en lo que puede, pero me escribió pidiéndome que bajo ningún concepto permitiera que te destinasen al campo de Auschwitz. Y era justo adonde iban a enviarte. —Me regaló su sonrisa de triunfador—. Así que alégrate de que hayamos conseguido traerte a Riga.

Estuve solo en el hotel durante cuatro días porque Hub tenía que organizar su oficina. Lo habían nombrado jefe del SD local, es decir: jefe de la Sección III de la Comandancia de la Sicherheitspolizei, la Policía de Seguridad. Al parecer, esperaban mucho de él.

En aquellos días el ambiente en Riga se asemejaba a una fiesta popular. Alemanes y letones salían a pasear por el centro de la ciudad bajo la claridad del tardío anochecer de mediados del verano. Yo también recorrí los bulevares en compañía de otras diez mil personas, la mayoría en pequeños grupos, a veces del brazo. Habían expulsado al comunismo: la derrota de la Unión Soviética parecía definitiva y la promesa de una nueva era flotaba en el aire. La gente tenía esperanzas de ver el renacimiento de Letonia.

Y esas esperanzas, que descendían sobre la nación como si las hubieran lanzado en paracaídas desde lo alto —y que no tardarían en estrellarse contra el suelo, fuera de control, y romperse en mil pedazos—, daban lugar a cánticos y bailes por las calles. Incluso llegué a ver a un tragafuego semidesnudo escupir una bandera roja en llamas, y todos nos pusimos a bailar alrededor de esas llamas como los indios en torno a sus tótems. Los tilos estaban en flor, y hasta los tanques destruidos y los cadáveres atropellados, que los barrenderos retiraban tarareando, parecían oler a verano.

• • •

Unos días más tarde Hub me mostró la prefectura, nuestro lugar de trabajo. Yo respiré con alivio: los pasillos estaban limpios, los grandes ventanales abiertos; de alguna parte surgía un aroma a café recién hecho, mecanógrafas jóvenes y guapas subían taconeando por las amplias escaleras. La encantadora señorita Paulsen acudió a ocuparse del nuevo colaborador, que ronroneaba como un gato: el hermano de su jefe; es decir, yo. Me asignaron un despacho orientado al sur y con las paredes pintadas de un refrescante verde lima.

Lo compartía con el Obersturmführer doctor Grählert, un amable filólogo clásico que hablaba el cálido dialecto de los notables de Colonia y se mordía las uñas ante el exceso de trabajo. Dirigía la sección de cultura (SD-D-III-C1) y, debido a la escasez de personal, también las subsecciones de literatura (SD-D-III-C1) y artes escénicas (SD-D-III-C2). A la hora de juzgar, sólo se fiaba de sus ojos inteligentes y cansados. Yo era responsable de la subsección de arquitectura, arte y cultura popular (SD-D-III-C3), que conformábamos yo mismo y un intérprete letón que por supuesto no me hacía ninguna falta.

Mi principal tarea era la supervisión y vigilancia de los artistas plásticos de Riga, sus organizaciones, exposiciones y circunstancias personales. Como en tiempos, a través de mi padre, había conocido a la flor y nata de los pintores y dibujantes locales —que no sólo estaban encantados de volver a verme, sino con las raciones extra de mantequilla, tocino y miel—, disponía de buenos contactos e informantes bien dispuestos. Mi trabajo consistía en observar el ambiente artístico, dirigir a los informantes y espías a mi cargo, obtener de ellos todos los datos posibles y luego transmitir esa información a otras secciones que se ocupaban de lo demás a partir de mis sugerencias.

En suma: aquello suponía una tremenda degradación para quien, hasta hacía poco, parecía la gran promesa de los servicios secretos alemanes. Seguro que el Brigadeführer Schellenberg se arrepentía de haberle mostrado su escritorio renacentista con ametralladoras incorporadas a una miserable cucaracha como yo. Hub, sin embargo, se comportaba como si mi fracaso no le diera ninguna vergüenza, y yo me sentía de maravilla: tenía la sensación de poder respirar de nuevo libremente después de media eternidad.

En compañía de mi compañero Grählert, que se encargaba de vigilar los teatros, asistía a magníficas puestas en escena. Conocí a actores tensos y a actrices no tan tensas, y me di a la buena vida. Me recordaba a mis mejores tiempos: la época de antes de la guerra con Mary-Lou. Vivía en la Wallstraße, en un apartamento no sólo bonito, sino amueblado con gusto.

Los modales de cuantos conformaban la sección de Hub resultaron ser exquisitos. Casi todos eran metafísicos con inclinaciones líricas, gente extraordinariamente culta o antiguos músicos de orquesta —un muy buen violista se encargaba de mantener a raya a las sociedades corales letonas—, pastores protestantes que habían colgado los hábitos o doctores en Geografía. El entorno era nuevo por entero y distinto de lo que yo había conocido hasta entonces en las SS.

Para las comidas nos reuníamos todos y, dadas nuestras buenas maneras en la mesa, terminaron apodándonos *los Bitte-schön-danke-schön*: los *Por-favor-gracias-no-hay-de-qué*.

Pero en aquel comedor también había quienes me producían una impresión desagradable, por no decir de auténtico rechazo; en especial, los miembros de la Sección IV, la Gestapo, que eran francamente maleducados.

Uno de aquellos colegas, un Obersturmführer vienés de apellido Bertl, me saludaba todas las mañanas en el dialecto cantarín de su tierra diciéndome «hola, *scheiko*». Como sonaba simpático, yo le devolvía el saludo cortésmente. No pregunté qué significaba lo de «*scheiko*» pensando que sería un simple giro dialectal equivalente a «qué tal», como el «*gell*» del suabo o el «*woast*» del bávaro, pero pasadas unas semanas la señorita Paulsen me preguntó cómo le consentía algo semejante. Resultó que «*scheiko*» no era una interjección, sino la abreviatura de uno de esos sustantivos compuestos típicos del alemán: «*Scheißeierkopf*»; o sea, «cabezahuevo de mierda». Más adelante me enteraría también de que el tal Bertl era un especialista en interrogatorios y ejecuciones.

En general, cada vez más situaciones odiosas se colaban en mi idílica vida cotidiana. Una noche fui al edificio para preparar unos expedientes que urgían y oí, a través de las tuberías de la calefacción, una especie de gañidos bastante perturbadores. Le pedí al vigilante nocturno que bajara al sótano a comprobar qué pasaba con la instalación y él se limitó a encogerse de hombros y a asegurarme que la Gestapo ya realizaba sus interrogatorios de la manera más discreta posible. «Por algo los hacen en el sótano, y de noche, cuando el edificio está vacío —añadió—. Es imposible hacer menos ruido.»

A mediados de julio la Gestapo acordonó Kaiserwald, la zona residencial de Riga, y detuvo a todos los judíos ricos para que dejasen sus casas libres y a disposición de las SS. Yo me enteré porque uno de los participantes en la redada se sentó a mi lado en la mesa de los Por-favor-gracias-no-hay-de-qué.

—Había algunos interiores realmente elegantes —comentó soltando un silbido de aprobación —. Tuvimos que entrar en todas las habitaciones para echar a los judíos a la calle, así que sé de lo que hablo. Eso sí, tardamos muchísimo en subirlos a todos en los camiones y recorrer el camino hasta aquí.

—¿Trajeron aquí a los judíos?

—¡Pues claro! —prosiguió con la boca llena—. Se tiraron dos horas ahí abajo, en el patio, y nosotros vigilándolos bajo el rayo del sol y de uniforme. Menuda panda de ricachones. Se notaba que no habían hecho otra cosa en su vida que plantar el culo en sus sofás de cuero. En fin, más tarde oí que los habían fusilado. ¿Cómo te las arreglaste para no enterarte de nada?

No tenía ni idea, aunque justo aquel día, a primera hora de la tarde, mi hermano me había enviado a Bauske a ver una exposición: probablemente había sido por eso. De repente me di cuenta de que mis frecuentes salidas de trabajo, todas tan agradables y muchas veces ordenadas por Hub sin previo aviso, no tenían otro objeto que convertir al delicado e hipersensible Obersturmführer Solm en el hazmerreír de todo el mundo.

En un plazo de veinticuatro horas reuní toda la información necesaria (trabajaba para el SD, después de todo) para entender que la prefectura era el núcleo de los crímenes más atroces y abominables, urdidos por el cerebro de un enfermo, por mucho que los Por-favor-gracias-no-hay-de-qué nos entretuviéramos discutiendo sobre el espíritu y la materia en Descartes.

—Bueno, bueno, Koja. Para empezar, tranquilízate —me pidió Hub en el mismo tono que había empleado, en su día, ante el descubrimiento de un montón de cadáveres de bebés en la estación de carga de Poznan.

Yo le dije a mi hermano en muy pocas palabras que no se atreviese a tomar por imbécil a alguien de su propia sangre y que me jurase, como se jura ante los tribunales y en alta mar, por el honor de Opapabaron y la sagrada ira de Großpaping, que diría la verdad: la verdad y nada más que la puta verdad. Apesadumbrado, Hub asintió con la cabeza y sacó la pitillera de plata de Opapabaron, una pieza de su celebérrimo sobrino Peter Carl Fabergé, a quien en la familia solíamos llamar, con una mezcla de orgullo y envidia, «el sobrino de los huevos». Al verla, Hub suspiró con resignación. Sacó un Reval y, después de encendérselo con una cerrilla, le dio una profunda calada. Verlo fumar fue una sorpresa para mí, y me dio la sensación de que aún no dominaba del todo ese arte.

—De acuerdo, te diré la verdad. —Volvió a mirar el cigarrillo como si éste contuviera toda la verdad del mundo y luego dijo tres frases cortas separadas por ansiosas caladas—: No quería que soportaras esa carga. —Primera calada—. Tú, con tu sensiblería. —Segunda calada—. Estamos haciendo un trabajo importante.

La tercera calada fue mucho más larga que las otras porque lo interrumpí.

—Por lo visto —dije— nuestra gente fusila cada día a trescientos judíos en el bosque de Bickern.

—Son bolcheviques: ellos son los portadores intelectuales de esta peste.

—¿Y los fusilan sin siquiera juzgarlos?

—Son órdenes del Führer.

—¿El Führer ha dado orden matar a trescientos judíos al día en el bosque de Bickern?

—No, ha dado órdenes de matar a todos los judíos... —Dio otra calada al cigarrillo—. No sólo a trescientos... —Dio otra calada al cigarrillo—. Y, además, en todas partes... —Dio otra calada al cigarrillo—. No sólo en el bosque de Bickern.

Su cabeza entera estaba ahora envuelta en una nube de humo que le desdibujaba los rasgos de la cara. Apenas se lo reconocía, es posible que lo hiciese a propósito.

—¿Estás loco?

—Me lo ha dicho Himmler en persona.

Volví la cara hacia un lado y vi la fotografía. Estaba sobre el escritorio de Hub, detrás de un cristal en un marco de plata: una foto de mi hermana de medio perfil, de la oscura Ev... ¿o era la oscura Sulamita de labios como hilo de grana, habla hermosa y mejillas como cachos de granada tras el velo? Tuve que sentarme y tratar de no pensar en nada, tan sólo mirar a aquella muchacha: como un manzano entre los árboles silvestres era su amado, y sólo anhelaba sentarse a su sombra entre las manzanas, y contemplar manzanas y manzanas y manzanas en honor a Hubert Konstantin Solm. Qué bellas son tus mejillas enmarcadas entre los pendientes, que bello es tu cuello entre los collares; ¡qué hermosa eres tú, hermana mía! Sí, eres muy hermosa. Yo os ruego, doncellas de Jerusalén, por los corzos y por las ciervas del campo, que no despertéis a mi amada, ¡que no interrumpáis su sueño mientras ella se complazca en dormir![27]

—Deja esa foto donde estaba, Koja.

—No la conoces.

—¡Que la dejes en su sitio!

—No tienes ni idea de quién es.

—Pero ¿esto qué es? Estamos hablando de política, no de asuntos personales.

Y de nuevo dijo una cosa que también había dicho en tiempos y que no tendría que haber dicho nunca:

—No metas peras y manzanas en el mismo cesto.

• • •

Mi sensación de impotencia era tal que estaba agotado; no podía mover ni un dedo. Hub continuó diciéndome que, después de mi fracaso en Francia, no era posible enviarme al frente ni a ningún otro sitio que no fuera Riga. Eran órdenes superiores. Mi traslado había sido un castigo.

—¡Por Dios! ¿Por qué no te follaste a la señora esa de París?

«No me puedo marchar de este lugar de pesadilla», fue lo que me vino a la cabeza.

Schellenberg me había enviado a aquellas cloacas del Reich con toda intención.

—¿Te extrañas, Koja? ¿Creías que ibas a pasarte la guerra ayudando a las viejecitas de Besarabia a subir a los autobuses para ser evacuadas y consumiendo opio hasta vomitar en los fumaderos de París?

Con todo, Hub me prometió mantenerme alejado del abismo.

No tendría que tomar parte activa en ninguna operación; ni siquiera tendría que enterarme de que se llevaban a cabo determinadas operaciones, ni en qué consistían. De hecho, había mucha gente que no lo sabía o que simplemente lo olvidaba, como la encantadora señorita Paulsen.

Al final me quedé allí sentado, apretándome los ojos con los puños y ansiando fumarme un cigarrillo yo también.

A medida que avanzaba el verano se hacían más patentes las tensiones en el seno de la prefectura. Mientras que mis compañeros de comidas y yo nos dedicábamos a redactar mensajes en clave y a reseñar las canciones satíricas de los cabarets, lejos del fuego purificador que terminaba con los portadores de la peste mundial y perturbados tan sólo por los gemidos que ocasionalmente se abrían paso desde los sótanos, muchas otras secciones estaban hundidas en sangre hasta las rodillas.

Pero con cada día que pasaba, conforme los verdugos de la Gestapo comprobaban que sus sensibles compañeros del SD, en vez de ensuciarse las manos o el alma, en vez de tener que rasparse la masa encefálica de las botas, se limitaban a leerse de cabo a rabo las secciones culturales y los folletines de los periódicos, el resentimiento crecía. Se elevaron quejas formales, y Bertl dejó de llamarme «*scheiko*» para decirme abiertamente «gilipollas» cuando pasaba frente a la puerta abierta de mi despacho y me veía retratando a la dulce señorita Paulsen en mi bloc de bocetos.

Hub me llamó a su despacho. Había tanto humo de tabaco que apenas se podía respirar.

Estaba muy alterado: se notaba que no sabía cómo decirme lo que me tenía que decir. A esas alturas, me dijo, yo aún no conocía a la auténtica cabeza de aquel grupo de operaciones,[28] el Brigadeführer Stahlecker, un suabo impulsivo, temperamental, ambicioso, desequilibrado, arrogante, vanidoso, imprevisible: la encarnación misma de un neurótico de manual. Hasta ese momento había logrado mantenerme alejado de él, pero ya no tenía modo de continuar haciéndolo: los ejecutores de la Sección IV se habían quejado formalmente de que se los dejaba solos en sus loables esfuerzos por limpiar el Reich de los apestados. Porque, como ya debía de

saber, nos habían enviado allí para limpiar, fregar y aclarar, y para una tarea así se necesitaban todas las manos posibles y la solidaridad de todos.

El caso es que el Brigadeführer Stahlecker, aquel pérfido pero leal comandante, había escuchado las quejas de sus hombres y llamado por teléfono a Himmler, quien, como padre justo, había dado la orden de que todos y cada uno de los miembros del grupo de operaciones, sobre todo los oficiales de las SS del grado que fuese, incluso los más profundamente inclinados hacia las artes, tenía que participar al menos una vez en el «tratamiento especial» que recibían los judíos,[29] aunque fuera por *esprit de corps*.

—Lo siento, Koja, no hay manera de que te ahorre esto. Pronto conocerás a Stahlecker. Eso sí, he acordado con él que tu sección sólo tendrá que observar la operación.

—¿Qué significa lo de «tratamiento especial»? —quise saber.

—Sólo tendrás que mirar —repitió Hub imperturbable—. Cuando ocurra, procura pensar en otra cosa, por favor. Lo mejor es tararear una canción para tus adentros; créeme, ayuda. Tú tararea para tus adentros y ya está.

¿Sabe usted que la expresión «*esprit de corps*» ya ni siquiera se usa hoy en día? Por entonces, en cambio, se entendía como una muestra de compromiso con el bien común.

Por eso me ordenaron participar en el «tratamiento especial».

Por compromiso.

Recuerdo aquel día como si fuera hoy: era un cálido día de agosto y los árboles habían llegado al límite de su frondosidad. La copa de un roble se recortaba contra el cielo resplandeciente, pero al bajar la mirada vi la zanja que estaba evitando mirar. Medía diez metros de largo por dos de ancho y la lluvia de hacía diez minutos le había dado una tonalidad marrón almendra. A mi lado estaba Hub; olía a loción para después del afeitado y tarareaba para armarse de valor. De cuando en cuando me miraba, supongo que para infundirme valor a mí también.

El bosque estaba en silencio, pero los criminales no tardarían en llegar. Habrá usted notado que las ramas sacudidas por el viento suenan como una catarata o como un fuerte aguacero: una vez leí que se debe a que el viento y el agua resuenan en la misma frecuencia. El caso es que, para mí, siempre sonarán a espera.

A la derecha de Hub estaban tres agentes de la Gestapo cuyos nombres no recordaría ni aunque me esforzara y Bertl, que llevaba un colchón hinchable rojo, quién sabe para qué. A mi izquierda, todos mis compañeros del SD, calados y temblando.

Delante, el rotundo Brigadeführer Stahlecker, de pie con los brazos en jarras, agitando una fusta a su espalda como la delgada cola de un monito. Era la primera vez que lo veía, pero supe al instante que no iba a olvidarlo jamás.

Junto a él, el oficial letón al mando.

Entre los árboles asomaba un autobús azul de Riga que había transportado a unos especialistas desde Dünaburg. Rondaban por allí haciendo el tonto. Unos cuantos cogieron palas —había de sobra— y se dedicaron a destruir un hormiguero y a sembrar el caos entre las hormigas.

Finalmente oímos los motores de los camiones que se acercaban, pero se apagaron a unos cientos de metros, antes de que pudiésemos verlos, lo que impacientó al Brigadeführer. El oficial letón aprovechó para apartarse, se sentó detrás de un arbusto y, sin más, sacó una Biblia. Hub lo siguió y, al descubrir que la tenía abierta en el Viejo Testamento, le preguntó por qué, a lo que el otro contestó que en el Nuevo no había pasajes adecuados para lo que pasaría aquel día: una respuesta valiente. Luego admitió que prefería no estar presente. No dio más explicaciones, pero seguro que tenía conocidos entre los judíos y Stahlecker le permitió no asistir.

Entonces, entre los árboles, empezaron a llegar los judíos, mudos y flanqueados por guardias. Sólo había adultos: hombres y mujeres, pero no niños.

Les ordenaron quitarse chaquetas y camisas, faldas y pantalones, y depositarlos ordenadamente en una pila: todo aquello se lavaría para volverlo a utilizar. Yo, en vez de observarlos, traté de concentrarme en el montón de ropa, cada vez más alto y salpicado de algunos de mis colores favoritos. Contrastaban con el bosque y me distraían. Recuerdo un bonito azul ultramar, o el dorado de las costuras de un traje de chaqueta.

En todo caso, aún no se había producido ningún disparo y, por momentos, daba la impresión de que lo que estaba por suceder no sucedería nunca. Nadie gritaba ni lloraba, aunque el miedo estaba tan presente como el aroma de los árboles —y era igual de invisible—. El mundo seguía su curso: los pájaros trinaban y saltaban entre las ramas, las hormigas huían de su hormiguero destrozado... Yo volví a escuchar el susurro del viento entre las hojas húmedas y me pareció que incluso la luz que se filtraba producía un sonido.

Es probable que lo más perturbador no fuera la zanja en sí misma, sino el contenedor lleno de cal viva que habían colocado allí cerca. De cuando en cuando la brisa levantaba nubecillas de polvo blanco que iban a caer sobre los helechos y el musgo.

En ese momento reconocí a Moshe Jacobsohn, el anciano de Dünaburg, y volví a sentir en la boca el sabor del *gefilter Fisch* al que me había invitado alguna vez, aún más delicioso. Estaba en la segunda fila y, como era muy menudo, se ponía de puntillas para mirar, por encima de la fila de delante y de los guardias, hacia donde estaba yo. No voy a pretender que me quedé ciego de repente, pero le aseguro que dejé de ver durante un instante y, cuando pude hacerlo de nuevo, Moshe Jacobsohn me gritó con voz quebrada y acento yidis:

—*Herr «Jugendfirer»*!

Los tres miembros de la Gestapo siguieron la mirada del anciano y terminaron clavándome los

ojos, al igual que el Brigadeführer Stahlecker. Hub seguía tarareando sin comprender nada y yo guardaba silencio. Entonces Jacobsohn volvió a gritarme, esta vez más fuerte:

—¡Querido *Jugendfirer*! ¿Se acuerda de mí?

Uno de los guardias avanzó hacia él dando grandes zancadas.

—¿Se acuerda? ¿Meyer y Murmelstein?

Le dio un golpe en la cara y lo tiró al suelo. Dos judíos lo levantaron trabajosamente. Tenía la boca ensangrentada y repetía: «Meyer... Murmelstein.» Intenté enceguecerme de nuevo, pero ya no lo conseguí. ¡Lo que hubiera dado por un vaso de agua para quitarme de la boca aquel sabor a pescado!

Un puñado de tiradores formó una hilera a cinco metros de la zanja. Alguien miró el reloj.

Faltaban noventa segundos.

Los guardias escogieron a los primeros diez supuestos criminales.

Sesenta.

Los mandaron levantarse y andar hasta el borde de la zanja.

Treinta.

Algunos intentaron resistirse: no querían levantarse ni acercarse a la zanja.

Diez segundos.

Pero al final lo hicieron.

Cinco segundos.

Incluido Moshe Jacobsohn.

Tres.

Se oyeron las órdenes habituales.

Uno.

Cero.

• • •

Ejecutar a alguien a quemarropa implica que, a veces, la masa encefálica y la sangre salpiquen en todas direcciones, y así fue. Esquirlas de los cráneos salieron disparadas como metralla hasta donde estaba yo, a veinte metros de distancia. Se oían gritos, la sangre empapaba el suelo y el aire olía a hierro mojado mezclado con sudor frío, excrementos y orines. En lo que llamaban a las víctimas, las obligaban a caminar hasta el borde de la zanja, cargaban las armas, los apuntaban y disparaban pasaban apenas un par de minutos, y enseguida venía una nueva ronda. El ruido era incesante, yo no me explicaba cómo el oficial letón sería capaz de seguir leyendo la Biblia con aquel estruendo. Por fin se hizo el silencio, pero no era el silencio de una tumba.

Percibimos un leve resuello y una voz amortiguada que provenían de las profundidades de la

zanja. Hub se preparó para actuar, pero la orden de Stahlecker lo detuvo como un ladrido:

—¡Que lo haga su hermano!

Hub ya había avanzado cuatro pasos en dirección a la zanja y tenía la mano sobre la pistola que llevaba en el cinto. Se detuvo sin dar crédito a lo que había oído y se volvió hacia su superior:

—Brigadeführer, será un honor para mí ocuparme de esto.

—Seguro que para su hermano también.

Miré a Hub sabiendo que la decisión estaba tomada, pero él se rebeló. Bajó la voz, para no negarse a cumplir una orden abiertamente.

—El Obersturmführer Solm tiene órdenes de participar sólo como observador, Brigadeführer. Le ruego que me permita a mí disparar el tiro de gracia.

—Gracias.

—Pero...

—¡No discuta! ¡Retírese!

Los letones ya habían empezado a echar cal viva a la zanja, pese a los lamentos que brotaban de debajo del montón de cadáveres. Yo desenfundé mi Luger y me asomé al borde.

En medio de aquel revoltijo de cuerpos distinguí unos pies que aún seguían agitándose. Era una chica a la que le habían saltado la tapa del cráneo, que había ido a parar a su lado como si fuera la tapa de un puchero. Me miraba con los ojos muy abiertos sin dejar de abrazar a su bebé, que parecía intacto, simplemente dormido. De pronto oí a mis espaldas el clic de una cámara y mi primer impulso fue pegarle un tiro al fotógrafo, pero evidentemente no lo hice. Mi segundo impulso fue salir corriendo de allí sin más: tirar el arma, dar media vuelta y echar a correr... cosa que tampoco hice.

Entonces descubrí que el bebé se movía. La mujer procuraba, entre gárgaras de sangre, escupir la cal viva que le quemaba el paladar y la garganta, y miraba el diminuto hatillo que era su bebé. Antes de que me fuera imposible retener el vómito, les vacié la pistola a ambos. Tiempo después, Stahlecker aún se burlaba de mí diciendo que me arrestaría por desperdiciar munición de ese modo.

5

El hippy está en su cama. Ha cogido de la mano a la enfermera nocturna Gerda y le pide —qué digo, le suplica— que lo cambien de habitación.

—Pero es que no tenemos otra, querido Basti —la oigo responder—. ¿Qué te molesta, así, tan de pronto? Con lo que te gustaba esta vista, con todos esos árboles al otro lado de la ventana, y las ardillitas... Y con lo agradable que es el sol... Todo eso te hace mucho bien. Y tenemos el nuevo botón de emergencia que han instalado especialmente para ti, de modo que puedas pulsarlo sin levantarte si quieres ir al baño o si sientes que te vas a desmayar. Y ninguna otra habitación tiene extractor de humedad, ni la pared pintada de verde claro, ni un compañero tan educado y amable como el señor Solm.

Veo cómo el hippy, aterrado, le hace señas. Tira de ella para que le acerque un oído y a partir de ahí ya no distingo más que susurros.

—¡Pero qué dices! —exclama la enfermera Gerda, y se echa a reír—. ¡Cómo va a haber matado a un bebé el señor Solm! Eso es absurdo. Mira, creo que vamos a tener que reducir un poco lo del cannabis: no podemos olvidar que produce alucinaciones, y además me da que el doctor Papadopoulos ha empezado a sospechar algo. La ley antinarcóticos es muy rigurosa y yo no puedo darme el lujo de perder mi trabajo en el hospital. ¡Incluso me da miedo que te me vayas a tirar por la ventana, ja, ja, ja! Qué barbaridad, querido Basti, ¡cómo puedes pensar esas cosas tan horribles del pobre señor Solm! ¡Si es cónsul...!

No soy cónsul, por cierto.

—¡... si te ha regalado un pijama y a mí me ha hecho un retrato precioso! ¡Me ha sacado diez años más joven!

En efecto, la saqué diez años más delgada y así me gané su corazón de hipopótamo, con lo cual no ha sido capaz de explicarse por qué el hippy ha roto a llorar. Ahora lleva un rato larguísimo con los bebés de la planta de abajo. Me ha costado lo mío convencerlo, pero está dispuesto a seguir escuchándome si encuentro en la unidad de neonatos a un bebé que se parezca al niñito de la zanja. Creo que es otra de sus descabelladas creencias de swami sobre la transmigración de las almas, etcétera.

Pero le he seguido el juego.

—Allí abajo hay un bebé idéntico al de 1941 —le he dicho—, con los labios carnosos, la naricilla chata, poco pelo (y además pelirrojo) y cierta expresión de terquedad en los ojos. El letrero en su cunita dice que se llama Maximilian.

El hippy y yo nos hemos colado en la sala de neonatos durante la noche y, una vez delante de Maximilian, hemos hecho un ritual hindú: arrodillado ante él, he tenido que beber de sus sueños (me han sabido a inocencia, sobre todo, y un poquillo a hambre), le he pedido perdón y luego le he puesto un punto rojo en la frente (para lo cual hemos utilizado el pintalabios de Gerda, aunque ella no lo sabe).

En suma, y que quede entre nosotros, todo eso ha sido una enorme patochada. Nunca ha habido ni habrá ninguna reencarnación de aquel bebé del bosque de Bickern, aunque a mí todos los bebés me parezcan iguales. Tan sólo me presté a semejante farsa porque no quiero perder el cariño del hippy y últimamente le parece que lo que me escucha contar le da «*bad vibrations*»: «malas vibras».

Pese a todo, ha conseguido convencer a la enfermera Gerda de separar nuestras camas un poco más y yo he dado mi consentimiento, y el espacio que media entre nosotros se ha convertido en una especie de zona maldita que ninguno de los dos se atreve a pisar. Él se levanta por el lado izquierdo de su cama, que está a la izquierda de la habitación, y yo por el derecho de la mía, que está a la derecha de la habitación, y por la noche nos acostamos por esos mismos lados, de modo que jamás coincidimos en el espacio maldito que, justo por eso, se ha convertido en una especie de muro de cristal que hace pensar a los no iniciados que estamos como dos cabras.

El día en que me visitó, Donald Day —envejecido, canoso y trémulo, pero tan energético como siempre— no entendía por qué no podía poner la excelente botella de whisky que me había traído encima de la silla que hay entre ambas camas. Al final no pude impedírselo, pero lo cierto es que el hippy dice que necesita mantener esa distancia y que en esa zona neutral no haya ningún objeto que haya estado en contacto conmigo —por ejemplo un peine, un cepillo de dientes, un testamento...— o que vaya a estarlo —por ejemplo el whisky, que pasará por dentro de mi cuerpo y, aunque luego vuelva a salir, no lo hará sin dejar trazas.

El caso es que el hippy se interesó por Donald Day y le preguntó si era cierto que me había conocido en Riga y si era un devorador de comunistas tan terrible como yo se lo había pintado.

—*For God's sake*! —dijo Donald riendo—, ¡vaya por Dios!, tendría que haberme visto con el granuja este durante la crisis de Cuba. ¡Hasta el senador McCarthy pensaba que nos pasábamos de anticomunistas! A los tipos como usted nos los habríamos merendado en un perrito caliente.

A Donald le encanta decir esa clase de cosas.

El hippy no se puede creer que un antiguo miembro de las SS haya ido a parar a la CIA.

Cuando es lo más natural del mundo.

6

—Uno puede lamentar los errores del nacionalsocialismo, pero no utilizarlos de mala fe para ponerlo en cuestión.

Hub dijo eso sin sonrojarse; de hecho, sin que se le moviera un pelo.

Y no pretendía ser sarcástico.

Durante tres días avisé de que estaba enfermo y él me lo permitió, pero al cuarto fue a buscarme a casa. Encontró los muebles destrozados: yo mismo los había roto a patadas para demostrarle a no sé quién —probablemente a mí mismo— que aquel apartamento no tenía nada que ver conmigo puesto que se había requisado a judíos. Todos los oficiales de las SS a los que yo frecuentaba vivían en casas maravillosamente amuebladas y decoradas con objetos requisados. Teníamos dormitorios enteros de roble de Galilea y dormíamos tan a gusto. Más de un Sturmbannführer aseguraba que, habiendo conocido esos placeres, no podría volver a vivir rodeado de muebles de su propiedad.

Hub me quitó el vodka y lo vertió por la pila.

—La bebida es la forma que Dios tiene de indicarte que te sobra el tiempo libre —dijo. Era asombroso que hablase de Dios. Le habría quedado de sus tiempos de teólogo.

Arrojó la botella vacía junto a las demás botellas vacías que se acumulaban en el suelo y me anunció una noticia que consideraba «fabulosa»: el Reichsführer Heinrich Himmler visitaría Riga en los próximos días.[30] Los viajes por las recién conquistadas colonias se habían convertido en una grata costumbre para él, y comenzaría un recorrido por el Báltico pasando varios días en la bella Riga. El caso era que, dado que ningún otro oficial de las SS poseía un conocimiento tan profundo de la historia de la cultura, el arte y el pensamiento de nuestra patria como yo, el Brigadeführer Stahlecker había accedido a que se me encomendase la misión de ser su guía local y asistente.

—¡No es buena idea que yo conozca al señor Himmler! —solté.

—¡Pero, Koja! ¡Es tu oportunidad de rehabilitarte! ¡A Himmler lo entusiasman la cultura y la erudición! Pronto lo tendrás comiendo de tu mano y te podrás librar del trabajo sucio que hacemos por aquí.

—¡No es buena idea que yo conozca a Himmler! —repetí.

Pero tres días más tarde conocí al señor Himmler. Estaba en un Mercedes coupé aparcado con la capota abierta cerca de la Ritterhaus, el Salón de los Caballeros, contemplando el barrio medieval de la ciudad rodeado por un auténtico séquito de miembros uniformados de las SS, entre ellos Stahlecker y mi hermano.

Al ver Hub que me acercaba al grupo, se adelantó y me dijo con un bufido: «Pon mejor cara.» Luego me condujo directamente hasta Himmler pasando por delante de los generales de la Wehrmacht (a quienes podría haberles dicho lo mismo) e hizo las presentaciones. Yo me cuadré e hice el saludo militar mientras Himmler me miraba de arriba abajo con gesto complacido.

—Dice su hermano que dibuja usted de maravilla.

No fui capaz de contestar; me limité a mirar a aquel hombre sumamente miope que tanto valor concedía al *esprit de corps* en las ejecuciones. Hub respondió por mí que, en efecto, era un magnífico dibujante.

—Bueno, entonces hágame una caricatura, Obersturmführer.

—¿Ahora mismo, mi Reichsführer?

—Tiene cinco minutos.

Obediente, saqué mi cuaderno de bocetos del bolsillo, cogí un lápiz y empecé por los ojos —siempre hay que empezar por los ojos; mucha gente que no sabe dibujar sostiene erróneamente que también se puede empezar por el óvalo de la cara o por la nariz, pero eso es el principio del fin—. Dibujé los ojos de una hiena, pues Himmler se reía igual que una hiena: rompía en unas carcajadas agudas y estridentes y luego se callaba de golpe. Tenía unos dientes diminutos, pero ésos los dibujaría más adelante. Debajo de los ojos le puse un precioso hocico de cerdo, y debajo del hocico el bigotillo que llevaba. Luego le dibujé una boca torcida como de vaca de la que asomaban unas briznas de heno. Barbilla no le puse porque Himmler no tenía; sus orejas eran como las del tití y, por último, a la hora de darle forma a la cabeza, tras dudar si decantarme por la de una carpa o la de un hipopótamo, al final retomé la idea del buen cerdo doméstico de toda la vida, del que, por cierto, también aproveché las mejillas fláccidas.

—He terminado, Reichsführer.

—Pues veamos el resultado.

Himmler miró a Hub para indicarle que se moviera y mi hermano se me acercó con pasos de autómata. Yo le entregué la caricatura y él se quedó mirándola un buen rato sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Himmler impaciente.

La plana mayor de Riga al completo miraba a mi hermano con gesto expectante.

Hub dobló el papel, lo rompió y se lo guardó en el bolsillo del abrigo de cuero.

—Creo que al Obersturmführer no le ha salido bien, mi Reichsführer.

—¿Puede hacerlo mejor?

—Puede hacerlo mucho mejor. Creo que el Obersturmführer está un poco nervioso.

—Pues que no esté nervioso, que no mordemos.

Yo entré en razón e hice un segundo dibujo que representaba a Himmler como el caballero Lancelot, con armadura reluciente y los rasgos y el bigote de Douglas Fairbanks.

En lo sucesivo, el señor Himmler y yo recorrimos juntos el Báltico. El Reichsführer se pasó todo el viaje sentando cátedra con su acento bávaro, que, por cierto, se parecía mucho al de usted, swami. Aunque no me crea, estaba familiarizado hasta un punto asombroso con las doctrinas espirituales asiáticas de las que usted me habla con tanto conocimiento y convicción. En el fondo, al menos por lo que respecta a su grado de independencia de espíritu, Himmler fue el primer hippy al que conocí. Sabía cómo relajarse. Y amaba a los animales como los budistas. Una tarde, en una carretera comarcal de Estonia, tuvimos que esperar dos horas con el motor apagado a que cruzaran los veinte mil sapitos del lugar, que estaban en su época de migración.

Ni que decir tiene que también era un vegetariano convencido, tomaba píldoras homeopáticas, creía que los germanos habían llegado del espacio en un meteorito de hielo que había caído en la región de Bad Wimpfen y era un experto en el zodiaco. Me preguntó de qué signo era y enseguida me aseguró: «Los nacidos bajo el signo de Escorpio son personas de espíritu alegre y se sienten a gusto en ciudades como Münster, Osnabrück o Lisboa.»

Lo que más le gustaba, sin embargo, era dar discursos sobre sus amadas SS.

Una vez me explicó que en aquella sagrada orden necesitaban hombres de sangre nórdica que fueran inteligentes e intolerantes: eso era lo más importante. Era su deber, pues, averiguar si yo era lo bastante inteligente e intolerante.

Le respondí que yo no podía decir nada sobre mi propia inteligencia, que eran los demás los que debían juzgarla, pero que, en lo que se refería a la intolerancia, podía asegurarle que había hecho grandísimos progresos en las últimas semanas. Él regruñó satisfecho.

Durante nuestra visita a Reval, mientras paseábamos de incógnito por las callejas medievales («¡Imagine usted qué maravilla sería la ciudad alemana original!»), nos topamos, en lo alto de la colina, con la catedral ortodoxa de Alejandro Nevski. Aquellas cúpulas en forma de cebolla no le gustaron nada; primero porque habían irrumpido sorpresivamente en la imagen de postal que él se estaba haciendo por su cuenta; segundo, porque no tenían nada que ver con la arquitectura gótica de la capital y, por último, por su revestimiento dorado. «Qué poco viril, mi buen Solm —me dijo—, esto es una frivolidad, ¡cosa de mujeres!», y dio órdenes a sus dos asistentes de iniciar sin demora los preparativos para dinamitar el edificio, cosa que ellos se apresuraron a hacer. En shock, seguí como pude al Reichsführer, que se alejaba paseando tan tranquilo, para pedirle que hiciera el favor de pensarse dos veces lo de la catedral. Pero, sin darme tiempo a decirle nada, me agarró del brazo y exclamó:

—Obersturmführer, ¡¿ha visto esa pareja con la que acabamos de cruzarnos?!

—No, señor, lo lamento. Todavía estoy reflexionando sobre las palabras que ha expresado mi Reichsführer en relación con la catedral.

—¡Un jovencísimo cadete de la Marina alemana! ¡Y fíjese en la chica!

Me señaló a una pareja que nos había adelantado: un recluta de unos dieciocho años y una estonia rubia que caminaba de su brazo mirándolo con adoración.

—¡Ella es de raza mongola! ¡Tiene un rostro cien por cien mongol! ¡Es el rostro más mongol que he visto nunca! ¡Es increíble!

Himmler me ordenó ir tras el cadete, pararlo y llevarlo ante él. El joven se quedó estupefacto, pero me siguió; adoptó la posición de firmes y saludó como dictaban los cánones a su Reichsführer, cuya indignación había disminuido un poco y que le dijo en tono indulgente:

—Mi querido muchacho, sin duda habrás sido miembro de las Juventudes Hitlerianas...

—Sí, mi Reichsführer.

—¿Y no oíste hablar de las investigaciones raciales de los científicos alemanes?

El joven lo miró sin entender de qué le estaba hablando.

—Lo que te pregunto es si tienes alguna noción sobre las razas humanas.

—Sí, mi Reichsführer.

—¿Y no te has dado cuenta de que esa muchacha con la que vas del brazo es mongola pura?

El joven vaciló un momento y le lanzó una mirada a su novia, que no sabía alemán y no entendía una palabra de la conversación, pero que sin duda sabía que giraba en torno a ella y se sentía halagada hasta el punto de esbozar una sonrisa boba. Él se puso muy tieso.

—¡Mi Reichsführer! ¡Se lo pregunté expresamente y ella me aseguró que no es mongola, que es maestra!

Himmler se quedó perplejo, tanto que incluso se le olvidó que había dado orden de dinamitar la catedral de Alejandro Nevski, y eso que las SS ya habían apilado toda la provisión de dinamita de la ciudad en la nave central y encomendado la compleja misión a tres expertos en explosivos de una sección pionera de la Wehrmacht.

Cuando, tras cinco días de espléndido sol, llevamos al señor Himmler al aeródromo de Spilve —iba bronceado y de un humor excelente— me entregó como regalo de despedida el famoso portavelas diseñado por Theodor Kärner, con un corro de niños alrededor de la base. Era de exquisita porcelana de Allach,[31] y solían recibirlo las familias de los miembros de las SS al nacimiento de su cuarto hijo.

—Tómelo como aliciente, querido Solm. Sus valiosos talentos no han de agostarse sin dar fruto. Plante sus buenas semillas en un surco bien fecundo.

—Así lo haré, mi Reichsführer.

—No se le olvide: usted no es más que un eslabón.

Y me señaló con el dedo la máxima que lleva grabada el portavelas: «En la eterna cadena de la estirpe no soy más que un eslabón.» Yo le di las gracias tan cortésmente como pude por considerarme un buen eslabón. Estoy seguro de que se me veía muy conmovido, incluso hice el saludo nazi y grité «*Heil Hitler*!» cuando el avión despegó y vi que el Reichsführer agitaba la mano por la ventanilla: me habían dicho que era muy bueno leyendo los labios incluso a cuarenta metros de distancia (¡vaya tío!). A lo mejor hasta grité «*Heil Himmler*!», vaya usted a saber. En cierto modo, me sentía como cuando, siendo niño, después de que los bolcheviques tomaron Riga, fui incapaz de negarle el saludo a aquel jinete de la caballería roja que nos sonrió socarronamente a mi hermano y a mí. Debe de ser lo que llaman «instinto de supervivencia».

• • •

Al contrario que aquella vez, en nuestra infancia, cuando me retiró la palabra durante una semana, Hub reaccionó con verdadero entusiasmo: no había duda, Himmler había quedado encantado conmigo.

En efecto, tan sólo dos semanas después llegaron las consecuencias.

Recibí instrucciones de emprender una nueva misión especial: me trasladaron al frente de Leningrado para convertirme en el brazo derecho del Brigadeführer Stahlecker, comandante en jefe de la Sección A, quien se dedicaba a la caza de espías, terroristas, criminales, gitanos y judíos directamente en la línea enemiga, y no con menor afán a la rapiña de los numerosos cuadros que aún permanecían en los palacios de los zares. Mi trabajo consistía en dar fe de la veracidad de los informes que enviaba a Berlín, donde casi nadie se fiaba de su contenido, y vigilar al Brigadeführer día y noche en secreto, como le gustaba a Himmler que se hiciera con sus generales, sobre todo a los psicópatas con ganas de medrar como Stahlecker.

Por supuesto, yo no había olvidado que esa especie de Hércules jactancioso y prepotente que no se reía casi nunca —y que, si acaso, lo hacía con una risa homérica— me había obligado a dispararle a un cerebro al descubierto, y tampoco que se había burlado del modo en que yo lo había hecho, y eso se reflejaba en mis informes.

Informé, por ejemplo, de que Stahlecker se negaba a que él o sus hombres se pusieran a cubierto de las balas en las situaciones de combate, y que parecía disfrutar de ellas como si fuesen una actividad recreativa.

Informé de que el motivo era que se consideraba invulnerable porque, según él, «las propias balas lo eludían».

Informé de que aprovechaba cualquier ocasión para impresionar y, por ello, recorría

«triunfalmente» las calles de Leningrado en un coche —o un carricoche, más bien— lleno de agujeros de balas y con planchas de metal en vez de ventanillas.

Informé de que había ordenado a todos los hombres de su unidad masturbarse hasta eyacular cada mañana y cada noche.

Informé de que el motivo de tal orden residía en su preocupación por nuestra disciplina.

Informé de que, en la 18.ª Brigada del ejército, Stahlecker —cuyo apellido significaba literalmente «lamedor de acero»—, recibía el apodo de *Arschlecker* —«Lameculos»—; que en la 4.ª División de tanques le decían *Stahlficker* —«Follacero»— y que en su propia tropa lo conocían como *el Enfermo*.

Informé de que Stahlecker seguía exterminando «judíos» del territorio a su cargo incluso cuando ya no quedaba ninguno; que sencillamente mandaba fusilar a los rusos que, por su aspecto, habrían podido ser judíos, y eso con el único fin de presumir de sus elevadas cifras ante Berlín.

Informé de que, el 22 de marzo de 1942, durante un enfrentamiento con partisanos, pese a su cacareada invulnerabilidad, había recibido un disparo que le había atravesado una parte del cuerpo.

Informé de que la susodicha parte del cuerpo era el trasero; para ser exactos, las dos nalgas, que la bala había perforado y después abandonado limpiamente.

Informé de que Stahlecker había muerto el 23 de marzo, no como consecuencia de esa lesión sin importancia, sino de un colapso cardiovascular consecuencia, según los médicos, del shock emocional que había supuesto para él tomar conciencia de que no tenía poderes sobrenaturales.

Todos esos informes propiciaron que la Oficina Central de Seguridad del Reich recuperara su confianza en mí, pero aun así tuve que participar en una operación contra unos partisanos en Bielorrusia a finales de ese verano. Mi unidad estaba estacionada al oeste de Minsk, entre Uzda y Slunzk, cerca de los bosques de Naliboki, y nuestra misión consistía en disparar proyectiles de mortero por los pantanos, con lo cual matamos un montón de abedules y alisos, pero ni a un solo partisano.

Por pura rabia, los comandantes nos mandaron tomar las granjas y pueblos de los alrededores, comunidades pacíficas cuyos habitantes nos dieron la bienvenida saludándonos con la mano y a los que acabamos pasando por las armas antes de fusilar también a sus perros y gatos, además de saquear, arrasar y quemar sus casas y campos de manera que, en unas pocas horas, quedaron reducidos a lo meramente mineral, vegetal y antropomorfo.

Uno de aquellos pueblos se llama Vishneva, y no volví a acordarme de él hasta después de muchos años, en presencia de un ministro israelí, cuando me vino a la cabeza lo que escribimos en grandes letras sobre los tablones de madera de una pared antes de prenderle fuego, y que decía: VISHNEVA RESPLANDECE.

En su momento creí que Vishneva era la misma boca del infierno, pero al parecer sólo era la última prueba perversa a la que me habían sometido.

Pues, entretanto, al señor Himmler se le había ocurrido una nueva idea que quería llevar a la práctica de inmediato y, como me tenía tanto aprecio, me invitaría a ser parte de ella.

7

Por segunda vez en mi vida me encontré con Schellenberg, el único general de las SS que no apretaba la mano al saludar, y de nuevo me pareció un pez tropical y me sorprendió su exquisita educación, más exquisita que la vez anterior, si cabe.

—Por lo visto hay quien se ha encandilado con usted... —me dijo en tono malicioso.

Luego me invitó a sentarme en su sofá de terciopelo rojo burdel y, desde su escritorio-ametralladora, me leyó una cita de Lawrence de Arabia para finalmente preguntarme si me sentía con ganas de conquistar los siete pilares de la sabiduría por encargo de las SS. «Por qué no —pensé yo—, si ya he conquistado los siete pilares de la estupidez, de la locura y de los crímenes más depravados.»

—Dado que hay millones de rusos muriendo míseramente en los campos de prisioneros —continuó Schellenberg su elocuente perorata—, y su única posibilidad de sobrevivir consiste en pasarse a nuestro lado, en el SD nos pusimos a preguntarnos seriamente qué clase de servicio podrían prestarnos. Entonces nos acordamos de los faraones que convertían a sus cautivos hititas en agentes involuntarios de la estrategia egipcia y se nos ocurrió que podíamos hacer eso mismo con los rusos.

Si Ramsés les mandaba afeitar la cabeza, les tatuaba mensajes secretos en el cuero cabelludo y luego esperaba a que el pelo les creciera para que atravesaran las líneas enemigas sin llamar la atención de modo que después, en los correspondientes enclaves del exterior, volvieran a raparlos y leyeran los importantes mensajes del monarca, nuestros rusos serían el cuero cabelludo donde escribiríamos, las piernas que nos transportarían y las manos que empuñarían nuestras metralletas.

Schellenberg concluyó informándome de que ya se había puesto en marcha una iniciativa gracias a la cual la larva del comunismo sería erradicada desde su interior.

Y que se llamaba Operación Zeppelin.

En el marco de esa operación se formaría a miles de voluntarios soviéticos como guerrilleros, saboteadores y exploradores para después lanzarlos en paracaídas en territorio soviético, de modo que estuvieran en condiciones de incitar a las poblaciones a rebelarse y vencer al Ejército Rojo, tarea que últimamente se les estaba indigestando a las divisiones alemanas.

—Ni que decir tiene que la Operación Zeppelin precisa de líderes alemanes capaces y con la

sensibilidad adecuada, y resulta que cierta persona que aprecia su sensibilidad artística lo ha recomendado para esa tarea.

—Eso me alegra mucho, Brigadeführer.

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

—Gracias, Brigadeführer.

—Eso sí: no habrá una tercera.

Mientras vivimos en Riga, en el taller de papá estuvo siempre colgada una reproducción de *Pan entre las cañas* de Arnold Böcklin.

De niño, ese cuadro, con su naturaleza exuberante en la que sólo falta oír croar a las ranas, me transmitía paz. Más tarde me enteré de la historia que narraba: Pan, el sátiro perseguidor de ninfas, se enamora de la casta Siringa, una ninfa del bosque, pero ésta, en lugar de rendirse a él y a su enorme rabo peludo, se escapa transformada en un haz de cañas por sus hermanas, las ninfas del río. Cuando Pan descubre que, en lugar de tener a Siringa entre las manos, sólo tiene unas cañas, las corta y se hace con ellas la famosa flauta de Pan. En el cuadro de Böcklin está sentado de espaldas en medio del húmedo cañaveral tocando melodías tristes con los restos de su adorada ninfa. «Porque —me advirtió mi padre— las ninfas son mortales.»

Esto último me dejó consternado: la flauta de Pan no era más que un cadáver. Estaba hecha con los restos de una criatura femenina —qué más daba de qué tipo—, por eso sus notas, un poco roncas —que papá sabía imitar silbando—, lo hacían a uno estremecerse hasta la médula.

—Eso es el pánico —me explicó papá—: el terror que inspira Pan, y se parece mucho al amor que surge por sorpresa. Mientras que el miedo, al igual que la noche, nos prepara para el terror, el pánico se da a plena luz e irrumpe de golpe sin que nadie se lo espere.

Cuando mi padre sufrió la apoplejía me apresuré a vender su copia de Böcklin: no quería tener cerca semejante recordatorio de que incluso en el amor laten la violencia y el pánico. Pero mientras fui parte de la Operación Zeppelin (y lo fui durante mucho tiempo) me venía a la memoria con frecuencia aquel cuadro, aquella elegía de la violencia dormida que celebra al dios de la masacre y los bombardeos en un estado de ensoñación.

Noviembre de 1942 comenzó tan arcádico como aquel cuadro de Böcklin —aunque en vez del calor húmedo del cañaveral hacía un frío húmedo—. Mi nueva área de responsabilidad cambió el perfil de mis actividades... y me cambió a mí también. Atrás quedaron los vínculos con los grupos de operaciones de las SS, volví a ser un oficial de inteligencia: especialista en información con fines de defensa. Había aprendido la lección.

A pesar de lo mucho que había llegado a despreciar, después de la muerte de Maya, a esa red de mentirosos que eran los servicios secretos, resultó un verdadero alivio conseguir salir de los escuadrones de la muerte. Y uso la palabra «alivio» con toda intención, porque exactamente eso era lo que sentía al inicio de la Operación Zeppelin.

Al principio me trasladaron a Silesia, cerca de Breslau,[32] donde el pez tropical de apellido Schellenberg había hecho construir un gigantesco complejo de barracones para los voluntarios rusos.

Me habían nombrado director de la escuela central de agentes y mi predecesor, un derviche de mirada vidriosa, me explicó al darme el relevo que a los rusos no les hacían falta superiores militares, sino domadores de fieras.

—¡Son tigres hambrientos! Aliméntelos con vodka, trátelos a latigazos y, sobre todo, ¡nunca les dé la espalda!

Pronuncié mi discurso de toma de posesión ante los cuatrocientos alumnos del campo escuela en el ruso que me había enseñado Anna Ivánovna y lo salpiqué de chistes fáciles, elogios a mis futuros discípulos, insinuaciones y francas amenazas. Los tigres acabaron lamiéndome la cara como gatitos. La mayoría eran jovencitos patosos cuyos rostros traslucían sus pensamientos; les gustaba hacer el ganso y reír, y se sentían tan contentos de haber escapado del infierno —en su caso, los campos de prisioneros de guerra— como yo, que cada día daba gracias al destino por depararme el papel de profesor en aquella «aula voladora», si me permite el homenaje a Erich Kästner.[33] En el campo escuela había alumnos empollones y payasos, exámenes, clase de idiomas, patio de recreo, las típicas bromas pesadas entre escolares y hasta una campana.

Cierto es que, pasado cierto tiempo, me di cuenta de que muchos de aquellos diligentes alumnos a los que había que instruir en el manejo de aparatos de radio, armas y explosivos, la falsificación de documentos y otras habilidades subversivas, no terminaban de ser aptos para esas tareas. Además, entre ellos había un montón de espías soviéticos y agentes dobles del SMERSH, el departamento de contraespionaje de la Unión Soviética —a menudo eran los primeros de la clase —, y no pocos esperaban la primera ocasión para huir y regresar a su patria.

Así que necesitaba a un hombre de confianza.

Alguien como Uncas, hijo de Chingachgook: el último mohicano;[34] amable, valiente, leal y con una devoción a prueba de balas por mí.

Una mañana de domingo, mientras me tomaba el café sentado en la veranda de mi vivienda y contemplaba el cielo velado por las nubes del otoño, advertí a cierta distancia a un muchacho que dibujaba con un palo en la arena húmeda un montón de caras, según me pareció. Lo llamé y le pregunté qué estaba haciendo y se cuadró y me informó, con todas las formalidades de un parte oficial, de que estaba dibujando el sueño que había tenido la noche anterior, en el que algunos de los miembros de su familia volaban por el cielo convertidos en pájaros para buscarlo, pero no lo

encontraban porque se hallaba en un huevo gigante junto con otros muchos pájaros aún no nacidos. Que en un momento dado el huevo empezaba a mecerse y de pronto se veía en un barco en medio del mar, pero que el barco tenía una grieta y por ella entraban un sinfín de tiburones que se comían a los pájaros. Él, sin embargo, llevaba una sustancia que conseguía beberse apenas a tiempo, y comenzaba a vomitar todos sus órganos internos en una cazuela, con lo que se volvía ligero y podía volar. Así emprendía el vuelo con la cazuela en las manos, pero para entonces ni su *babushka*, ni Valeri, ni Piotr ni su adorada Anushka estaban ya en el cielo.

Yo en la vida había oído un parte militar como ése, menos aún teniendo en cuenta que el chico, después de darlo por concluido con otro saludo, esta vez bastante descompuesto, se puso a pintar otra cara, la cara de una mujer, en la arena donde yo me había plantado con mis botas reglamentarias y la taza de café todavía en la mano. Observé los particulares trazos que llenaban el suelo a mi alrededor: una alfombra de surcos en forma de arabesco que se extendía más de diez metros en cada dirección. Le pregunté al muchacho cómo se llamaba y él respondió que se llamaba Grishan y que era de Uzbekistán, todo esto sin dejar de dar vueltas a mi alrededor. Finalmente me contó que en el sueño, si se volvía a comer los órganos internos de la cazuela, podría aterrizar otra vez.

Diez minutos después, tras despertarlo de aquel trance e imponerle cien flexiones de castigo por no hacerme el saludo según dictaban los cánones (a las que él añadió otras cien como penitencia voluntaria), decidí que aquel Grishan de Uzbekistán sería mi mohicano.

Seguro que existen métodos más fiables que un sueño para encontrar un agente valioso, pero al fin y al cabo da igual porque en el fondo no tiene sentido confiar en ningún ser humano. Eso yo ya lo sabía por entonces y sigo convencido de ello.

Por eso, hasta el día de hoy, nunca he conseguido explicarme por qué Grishan me fue fiel hasta su espantosa muerte.

• • •

Y entonces sonó el teléfono de mi casa.

—*Heil Hitler*!

—Hola, Hub.

—¿Te acuerdas de Arnold Böcklin?

—¿Qué?

—El de *Pan entre las cañas*.

—Sí, claro.

—Pues tuvo catorce hijos, de los cuales ocho murieron antes que él y tres se volvieron locos.

Me puse alerta, pues «loco» era la palabra en clave que utilizábamos para hablar de cosas de

las que no podía enterarse nadie, mucho menos alguna telefonista cotilla.

—Me parece interesante, pero ¿qué pasa con Arnold Böcklin?

—Pues que he oído que cerca de Auschwitz hay una exposición de cuadros suyos.

—¿Cerca de Auschwitz?

—En Cracovia.

—...

—¿No te apetecería verla?

Yo seguí sin decir nada, esperando a ver qué decía él.

—Ev tampoco la ha visto todavía.

—Tengo mucho trabajo aquí, Hub.

—Te digo que Ev aún no la ha visto, con lo cerca que está Cracovia de donde trabaja.

¿Cómo es posible que yo nunca haya sido capaz de ponerme en la piel de mi hermano? Con la de años que fue el centro de mi vida. Su voz sonaba angustiada y contenida.

—¿Quieres que vaya a ver a Ev? —pregunté—. ¿Eso es lo que intentas decirme?

—No queda lejos de donde estás destinado y, por lo que he oído, también tenéis instalaciones allí.

—¿Tú también vendrás?

—No puedo moverme de Riga. ¡Con lo que me gustaría ver *La isla de los muertos*!

—¿Auschwitz?

—*La isla de los muertos*, el famoso cuadro de Böcklin: también está en la exposición.

—Le echaré un vistazo cuando esté allí.

—No se te olvide preguntar por un hombre llamado Dressler.

Al terminar esta abstrusa conversación le dije a Grishan que tendría que acompañarme unos días en un viaje de trabajo, que me preparase la maleta.

Entretanto, yo mismo me expedí y firmé la orden de viaje. No tenía más que llamar a Berlín y dejar constancia de que me marchaba unos días con el fin de realizar una inspección. En efecto, la Operación Zeppelin tenía un campamento en Auschwitz y yo no lo había inspeccionado todavía. Estaba perfectamente justificado que lo hiciera.

Por supuesto, en Cracovia no había ninguna exposición de Böcklin, así que era imposible ver *Pan entre las cañas* o *La isla de los muertos*. La única exposición de arte —por cierto, elogiadísima por la prensa— estaba en la Lonja de los Paños y se llamaba *La peste universal de los judíos*. Estaba claro que Hub no me enviaba allí a ver cuadros simbolistas, sino a averiguar cómo estaba Ev. Aquella llamada misteriosa tenía que estar motivada por la sospecha de algún peligro. Tenía que ponerme en camino lo antes posible.

Desde Breslau no eran más que dos horas de tren.

Pero decidí ir en el coche oficial.

8

—¿Y entonces?

—Fui a recoger a Ev.

—Pero ¿qué hizo?

—Se negó.

—¿Se negó a que la recogieras?

—Se negó a echarles a las pacientes astillas de madera y cristal en las heridas abiertas.

—Dios santo...

—O a inyectarles sustancias sépticas.

—¡Dios santo!

—Otro médico les machacaba las extremidades con un martillo para que se produjesen heridas lo más adecuadas posibles: heridas como las de guerra, y le ordenó a Ev que hiciese lo mismo.

—¿Y ella se negó?

—Bueno...

—¡Dios santo!

—No, no: agarró el martillo y golpeó al médico en la mano con todas sus fuerzas. Dos veces: pam, pam. Qué le voy a decir, ya le he hablado de su carácter.

—Eso no está nada bien.

—No, no bien.

—Seguro que estaba tremendamente pálida.

—Como la madera de deriva lavada por el mar.

—¿Y...?

—La pusieron en una celda.

—¿En Auschwitz?

—Cuando llegué, sí.

—¿Y luego?

—Luego salimos de allí.

El hippy enciende la luz y decide ponerse a leer un tebeo, aunque ya pasa de la medianoche. No lo había mencionado hasta ahora, pero es increíble la cantidad de tebeos que tiene: Ásterix y Óbelix, *Gastón Elgafe*, *Marsupilami*. Yo no leo nada de eso, aunque me gusta *Tintín* porque el protagonista se parece a las caricaturas que solía hacerle a Hub. Justo así era Hub de jovencito,

igual que el reportero Tintín: intrépido, dinámico, una especie de niño grande con un gracioso tupé que más adelante se convertiría en calva.

Tintín y Milú en Auschwitz: eso es lo que me viene a la cabeza cuando lo miro a usted ahora, con la nariz metida en esa porquería de tebeo. Más me habría esperado que se cortara las venas, ¡con la que montó el otro día! Es usted un santo de pacotilla. Ahí está, leyendo como si nada: pasa la página catorce y sigue leyendo donde se quedó la vez anterior. Hernández y Fernández tienen el pelo morado. ¿Leer lo distrae, o lo integra usted todo? ¿Hernández y Fernández observan los experimentos con seres humanos y el Profesor Tornasol dice que lo lamenta? ¿Es que no tiene decencia? ¿No tiene piedad? ¿No sabe que uno no puede ponerse a leer un tebeo cuando se le cuenta algo semejante? ¿Cómo cree que me siento?

—Vamos, sea amable y escúcheme, ¡deje ese condenado tebeo! Gracias. Y haga el favor de volver a apagar la luz. Gracias.

No fue nada fácil salir de allí con Ev, fue difícil. Y necesitamos mucha suerte; es decir, a Dressler: un Obersturmführer amigo de Hub que estaba en la sección política de Auschwitz, o sea, en la Sección II. ¡Vaya suerte!

Y necesitamos más cosas, por ejemplo dinero.

Que Ev no fuera miembro de las SS también era una suerte. Simplemente se debía a que, si bien las mujeres podían trabajar como médicas para las SS, no podían integrarse a éstas. De haber sido miembro sólo habría podido esperar lo peor: en esos casos, Himmler no conocía el perdón.

Porque la mano del médico había quedado hecha puré; pam, pam: no le quedó ni un hueso entero. Pero por otro lado era un cerdo que la había acosado en varias ocasiones, y había testigos, así que Dressler y yo hablamos con aquel pervertido que temía perder la zarpa con la que realizaba sus operaciones y le advertimos de que, si se abría una investigación oficial, lo acusaríamos de intento de violación, con lo cual Ev no habría hecho sino reaccionar en legítima defensa ante su acoso. Decirle eso surtió efecto de inmediato. Me sigue, ¿verdad?

En cualquier caso, después de tres días de difíciles negociaciones, Ev estaba sentada a mi lado en el asiento de atrás del coche, encogida como una babosa rociada con sal, mientras Grishan nos llevaba a casa.

Aunque, en realidad, tampoco puedo decir «a casa»: Ev se negó a ir a las instalaciones de Zeppelin. No volvería a poner un pie en ningún lugar presidido por el símbolo de las SS. Prácticamente no habló en todo el viaje, pero eso lo repitió una y otra vez, y Grishan lo oyó.

Tuve que llevarla a un hotel en Breslau. Elegimos el Excelsior, a un lado del Naschmarkt. No fue difícil conseguir una habitación ni llamamos la atención de nadie a pesar de mi uniforme, pues yo era el señor Solm y ella la señora Solm: eso ponían nuestros pasaportes.

Aquella noche los Solm se acostaron por primera vez. No por pena, ni porque llevaran sin verse dos años en los que no habían hecho otra cosa que pensar uno en el otro.

Se acostaron porque era la única posibilidad de salvar a Ev de la muerte. Una parte de ella había muerto ya, y por las noches se le salía «como moscas negras por las orejas, la nariz y la boca», así lo describió ella misma. Yo sentí cómo esas moscas rebullían dentro de ella buscando salir y apreté los labios contra su boca, y le tapé la nariz y una oreja, pero no tengo más que dos manos, así que ella tuvo que taparse las orejas por sí misma y yo atrapé las moscas con la lengua y las machaqué. Pero eran muchísimas. No puedo explicar por qué, pero de pronto todo aquello parecía perfectamente natural: cuando sentimos un dolor muy grande percibimos un gran peso en el interior, pero cuando el dolor crece aún más y se desborda, hay personas que se sienten como si estuvieran dentro de un globo de helio.

No hay duda de que esa sensación es muy peligrosa, y en aquel momento también sabía que lo que hacíamos no estaba bien. Pero tampoco era malo ni mucho menos, puesto que, al fin y al cabo, era lo único que podíamos hacer, y por eso nos acostamos: mi piel contra tu piel, mi carne dentro de tu carne una y otra vez, y por eso hablamos como si fuera la primera vez que nos veíamos. Tuvimos un cuidado infinito: rozábamos la piel del otro con la ligereza del viento. Tres días pasamos en aquel hotel, tal vez albergando la esperanza de que todo acabara allí. No sé si «esperanza» es la palabra correcta, quizá debería haber dicho «perspectiva» u «horizonte». El horizonte parece el fin del mundo, ¿no? (aunque desgraciadamente no lo es), pero no deja de ser una perspectiva, al menos.

A lo mejor todo habría acabado allí si Ev no se hubiera quedado embarazada en una de aquellas noches. Creo que fue en la tercera porque era un 9 de noviembre: mi cumpleaños. Del mismo modo en que coincidían las fechas de nacimiento de Hub y la muerte de Großpaping, es posible que mi cumpleaños coincidiera con el día en que engendramos a Anna, y también con la muerte de Ev, claro, porque aquel día había muerto algo en ella, como probaban todas aquellas moscas que salían de su cadáver. Aquel día murió y se hizo realidad esa famosa frase de Goethe, ¿cómo dice? Nada termina nunca, nada toca a su fin, toda solución es el problema, algo así.

Cuando llevé a Ev a la estación de Breslau para que se marchara a Poznan con mamá, no habíamos hablado de Hub ni una sola vez.

Sin embargo, después de que Grishan, solícito como un criado chino, hubiera sacado sus maletas del maletero, cuando nos dirigíamos hacia la sala de espera me dijo que de aquel momento en adelante haría todo lo que estuviera en su mano por combatir a los nazis, que no escucharía en la radio más que las emisoras del enemigo, que no daría ni un pfennig más para la ayuda de invierno, que saludaría diciendo «buenos días» y nunca más «*Heil Hitler*!», que no lavaría, ni plancharía ni le cosería los botones de plata a un solo uniforme más de las SS, que le contaría a todo el mundo, Hub incluido, lo que había visto en Auschwitz, lo que les estaban

haciendo a los judíos. Fue en ese momento cuando, por fin, salió el nombre de mi hermano, pero el viejo reloj de la estación nos hizo ver que no nos quedaba demasiado tiempo.

Traté de convencerla.

—No, Koja —repuso—. Déjame en paz. Hablaré con Hub: tiene que dejar las ss.

—No puede, ni yo tampoco: no podemos salirnos de las ss sin más, tienes que entenderlo.

—¿Tú has hecho algo malo alguna vez?

—No, Ev.

—Júrame que nunca le has hecho daño a un ser humano.

—Te lo juro.

El engaño tiene muchas caras, ¿no es cierto? La clave es el efecto que produce sobre la persona engañada. Creo que, en aquel caso, fue sumamente positivo; tranquilizador, habría dicho Hub. Por eso enseguida le aseguré que tampoco su marido había hecho jamás nada de lo que tuviera que avergonzarse.

Entonces ella me contó parcamente que Hub le había encargado a alguien que le escribiera durante un año entero desde Cracovia fingiendo ser el antiguo inquilino de su villa de Poznan y asegurándole que tenía una bonita casa nueva. Pero Cracovia estaba a cincuenta kilómetros de Auschwitz, de modo que a ella le había faltado tiempo para ponerse en camino y buscar la Hutttenstraße, 24, donde no había ninguna familia Brusila, sino un montón de alemanes del Reich que la miraron con perplejidad porque no habían oído hablar de la familia Brusila en la vida.

—«No hay secretos que el tiempo no revele», Koja —dijo en voz baja—. Toda mentira acaba por salir a la luz. Y Auschwitz también saldrá a la luz, yo misma me encargaré de ello.

Le expliqué que no podía hacer eso, que una parte del trato, harto turbio, que habíamos hecho con Dressler y con el simpático médico de Auschwitz era que no se sabría ni una palabra de todo aquello fuera de allí, que yo mismo había dado mi palabra de honor de oficial de las ss —Ev rió con sarcasmo, pero sólo fue una carcajada, así que sonó más como una tos seca—, que habían retocado su expediente de manera que sólo apareciera en los documentos del campo como personal en prácticas, no como médica de Auschwitz, y que faltaba que varias personas diesen por buena esa interpretación de los hechos.

—¡«Interpretación de los hechos»!

Se puso blanca de odio y, aunque le supliqué y traté de apaciguar a sus demonios, se cerró en banda. Mi desesperación fue en aumento, pues el tren estaba a punto de llegar y ella no parecía ser consciente del peligro en que se encontraba. Tenía que mantener la versión que habíamos acordado, no podía decirle nada a Hub y, menos aún, informarlo sobre sus subversivos puntos de vista. Al fin y al cabo, quizá esas ideas se le saldrían de la cabeza con la misma velocidad con que se le habían metido. Traté de hacerla entender hasta qué punto dependía de Hub: no podía,

bajo ningún concepto, correr el riesgo de que rompiera con ella, y sabíamos que era perfectamente capaz de romper con cualquiera que no tuviese los mismos enemigos que él.

—Para Hub, lo más importante en la vida son los enemigos, no los amigos ni el amor, justo al revés que para ti, Ev: a ti, los enemigos siempre te han dejado indiferente.

—No, Koja —afirmó—, aquí no hay más que una verdad, y Hub y tú tenéis que salir de las ss.

«Salir de las ss.»

Estábamos en el andén, de pie frente al vagón verde de la Reichsbahn; la locomotora ya había encendido la caldera y una desagradable corriente de aire arrastraba el vapor y nos lo lanzaba a la cara. Entonces vi brillar en el cuello de Ev la cadenita de plata con el crucifijo que había llegado con ella a la casa de la familia Solm y supe que unos momentos después no sería más que un viejo pedazo de metal, pues, igual que tenía que decirle que la amaba y que mi uniforme y el de Hub eran lo único que podía mantenerla a salvo, tenía que advertirla de la verdadera dimensión del peligro que corría. Cuando ya estaba sentada en su compartimento y me había tendido la mano a través de la ventanilla —más parecía el esbozo de una mano: un primer boceto de unos huesecitos como de pollo; fríos, de cristal—, le conté lo de Meyer y Murmelstein y todo lo que da tiempo a contar en cuarenta segundos.

Y, ante su cara de asombro, le pregunté:

—*Wos, du host gornischt nischt gewust? Wi is dos meglech*?

«¿Cómo que no sabías nada de nada? ¿Cómo es posible?»

Me quedé mucho tiempo siguiéndola con la mirada, y su mano fue lo último que vi, pues ni siquiera cerró la ventanilla.

9

Era Hub quien me enviaba cada semana fotos nuevas de mi hija.

Su hija, según creía.

Se llamaba Anna, pero no por Anna Ivánovna —como la pobre Anna Ivánovna suponía, conmovida—, sino en honor a la baronesa Anna von Schilling, su tatarabuela, la esposa de Opapabaron, quien había viajado a Alaska en calidad de esposa del gobernador y había llegado a ser reina de los indios tlingit.

Para los tlingit, los hombres son más fuertes, pero las mujeres son más inteligentes: ningún hombre puede guiar espiritualmente a la tribu, sino sólo una mujer; ningún hombre tiene permitido pronunciar una oración, sino sólo una mujer. Todos los tlingit reciben el apellido de su madre y, al casarse, los guerreros adoptan el apellido de su *squaw*, su esposa —aunque ciertamente esos apellidos significan «águila», «lobo», «búfalo», etcétera.

Para mi bisabuela fue un gran honor que la coronasen reina de una tribu nativa americana. Le correspondió por ser capaz de curar de la varicela a un niño de la tribu tan sólo cantándole dulcemente, o eso fue lo que creyeron los tlingit, que tenían una gran fe en el canto y todas las noches cantaban juntos sus mitos sobre la creación del mundo alrededor de su tótem.

Las historias familiares, en cambio, sólo podían cantarse en privado, y sólo la mujer de más edad de la familia tenía derecho a cantarles a sus descendientes lo que les había sucedido hasta entonces.

La baronesa Anna von Schilling no podía ofrecerles más que el villancico alemán *Una rosa ha brotado*,[35] pero tenía que repetirlo una y otra vez ante los fascinados tlingit: por algo era la reina. Hace unos años, en una reunión de la CIA en Oregón, coincidí con un compañero de Alaska cuya abuela pertenecía a esa tribu, y me aseguró que de niño siempre le cantaban esa canción y que estaba convencido de que era una antigua melodía india.

El caso es que en algún momento los tlingit quisieron perforarle el labio inferior a mi abuela para ponerle el tradicional disco de madera que identifica a la reina. Ella se planteó acceder a semejante tortura con tal de que la colonia rusa alcanzara por fin la paz, pero su esposo, Opapabaron von Schilling, gobernador de la América rusa, apreciaba la integridad física de su señora, y en especial la de sus labios. También debió de haberse planteado qué pensarían en el baile anual del palacio de los zares si su mujer apareciese con un disco de madera delante de los dientes. Así que al cabo de poco tiempo volvieron las guerras, y al final casi todos los tlingit

murieron ya fuera en una de ellas o a causa de las enfermedades que llevaron a su tierra los rusos y los alemanes del Báltico.

Me pareció que Anna era un nombre maravilloso, y el bebé, tan lindo que ni siquiera un disco de madera en el labio inferior le habría restado belleza. Era una princesita decidida y sin miedo a nada: sin duda había salido a su madre. Hub estaba loco por ella. Ev me escribió que mi hermano había querido que ambas se trasladaran con él a Riga, a la única villa de un oficial de las SS que pagaba alquiler. Hub estaba muy pendiente de su familia, añadió, y pasaba cada segundo libre que tenía con nuestra Anna. A Ev le gustaba decir «nuestra» Anna: hablar de «nuestra» preocupación por ella, de «nuestro dulce gorrioncito»; era una fórmula en la que todos podíamos sentirnos incluidos.

Aunque Hub era un padre modélico en todos los sentidos, disponía de muy poco tiempo libre: lo habían separado del SD, ascendido a Obersturmbannführer y nombrado comandante en jefe de la Operación Zeppelin en primera línea del frente, lo que significaba que era mi superior directo, con sede en Riga.

A lo mejor se le hace a usted un poco pesado, pero creo que valdría la pena, llegado este punto, que le explicara un poco más sobre la Operación Zeppelin. Lo hago por su propia conveniencia, así que por favor no se impaciente, acuérdese de lo atento que estuve cuando me dio aquella conferencia sobre la meditación Kundalini de la que sólo se me quedó lo de las ondas cerebrales Alfa y Theta, que ahora sé que sirven para procesar las tensiones emocionales.

La Operación Zeppelin, por el contrario, más bien favorecía las tensiones emocionales, y el motivo era que el mundo se había vuelto del revés. Me refiero a la situación de la guerra.

Tras su victoria en Stalingrado, los soviéticos de algún modo estuvieron en condiciones de movilizar a seis millones de hombres que, desde el punto de vista alemán, conformaban algo así como un ejército de fantasmas surgido del mismo barro de los campos de batalla, puesto que las bajas soviéticas sumaban precisamente seis millones desde el inicio de la guerra. Digamos que, aunque en principio los habíamos matado a todos, luego resultó que tenían el doble de efectivos. Era un verdadero misterio, magia pura.

Alemania, por el contrario, se desangraba como un animal degollado. La producción de armamento de la URSS florecía a lo grande y la intervención masiva de Estados Unidos dejaba claro que, a largo plazo, Alemania estaba acabada. Eso Hitler lo sabía, y también sus generales, y hasta Hub y yo.

El tiempo corría en nuestra contra.

Por eso había que trabajar en estrategias alternativas. Intentarlo todo: armas mágicas, la bomba atómica, una inyección de sangre fresca para las SS traída de media Europa —suizos, flamencos, franceses y hasta un puñado de británicos de la isla de Jersey— e incluso del Turquestán y de Siberia.

Eso sí, la madre de todas las estrategias era la idea de Schellenberg de hacer que los propios rusos luchasen contra Stalin: un despropósito a los ojos de cualquiera que hubiese hojeado *Mein Kampf*, y más aún si se tenía en cuenta que el Reichsführer Himmler no estaba dispuesto a proporcionar armas a gente sobre la que había escrito un librillo muy pensado con el título de *Der Untermensch*: «El subhombre», que repartió entre nuestras tropas.

Pero el mundo se había puesto del revés después de Stalingrado.

Schellenberg mandó comunicarle a mi hermano —y éste, a su vez, me lo comunicó a mí— que mis tranquilos días de director de escuela en Breslau se habían acabado: la Operación Zeppelin debía pasar inmediatamente a la fase activa. Me tocaba trasladar el producto de aquella alianza entre las SS y los parias rusos a suelo local con el fin de mejorar al máximo la calidad de la investigación de los servicios secretos y así poder iniciar las primeras acciones de la guerrilla en suelo soviético.

Por ese motivo me trasladaron de Breslau a Pleskau,[36] una bonita ciudad medieval rusa, en tiempos sede episcopal que, además, había sido asediada durante cuatro meses por uno de mis antepasados, Hermann von Schilling. Sus soldados instalaron una catapulta a la orilla del Velíkaya —un río que, en esa región, recuerda al Misisipi— y se dedicaron a lanzar cadáveres de caballos por encima de las murallas, lo cual debió de producir sin duda las imágenes más increíbles de corceles galopando por el cielo, pero que también hizo brotar en la ciudad una enfermedad similar al ántrax que acabó con la vida de casi todos los niños.

Pleskau era, desde tiempos inmemoriales, el punto más occidental de la Rusia central. Está a escasas verstas de distancia de la frontera con Estonia y del lago Peipus, y también estaría cerca de Ev, para el caso; y yo cerca de ella.

Grishan tardaba a lo sumo cuatro horas en llegar a Riga por unas carreteras de tierra perfectamente rectas y flanqueadas por bosques de abedules. Cuando yo iba a ver a Ev, Hub casi siempre estaba de viaje de inspección: parte de su trabajo consistía en la coordinación de los puntos estratégicos vinculados a la Operación Zeppelin en todo el norte de Rusia. Mi hermano también se alegraba de que fuera a su casa tan a menudo y me ocupara de su familia porque Ev tenía los nervios a flor de piel. Se quejaba de dolores de cabeza y de cuerpo, y tenía fases de profundo decaimiento. Mi hermano me explicó con todo detalle los medicamentos que tenía que tomar a diario y yo le prometí ocuparme de que lo hiciera. Depositó su confianza en mí, por eso

casi nunca estuve con Ev en su dormitorio: siempre nos amábamos en el cuarto de invitados, con Anna en su cestito a nuestro lado.

Como suele sucederles a quienes engañan y traicionan, al principio teníamos la nebulosa sensación de que podríamos renunciar a aquello cuando quisiéramos, lo que nos hacía sentir menos avergonzados, pero sobre todo nos creíamos inmunes a un amor que en realidad no tenía nada de físico, sino que tan sólo buscaba en lo físico una suerte de complemento que nos purificase o nos devolviese a la tierra, según conviniera. A veces Ev me pedía que la agarrase de las muñecas y yo las oía crujir mientras ella se revolvía y retorcía buscando una postura que deseaba encontrar sólo para mí. A veces sus ojos, que para entonces parecían de opaco cristal soplado, se llenaban de lágrimas y yo adivinaba que había caído en un pozo de angustia del que tardaría media eternidad en salir, aunque jamás reveló ni el más mínimo detalle sobre Auschwitz. Con frecuencia recordábamos nuestra infancia, y entonces se echaba encima de mí y contemplaba mi pene, ya de hombre, desde la distancia más corta posible y yo creía percibir el olor de nuestra antigua casa, la cera del suelo, las incontables pinturas de mi padre y, bajo la cama, el orinal que compartíamos.

Ev tenía una chica de servicio rusa que se llamaba Olga y que un día volvió a la casa inesperadamente y llamó a la puerta. Ev se levantó de un salto para ir a abrirle, pero la ventana estaba abierta de par en par y yo temí que los gemidos de Ev hubieran salido flotando por el aire seco, caliente y silencioso de mediados del verano y hubieran llegado a los oídos de Olga.

En momentos de peligro como ése yo sentía el corazón podrido, y me invadía el desprecio hacia mí mismo y hacia Ev por la frivolidad de lo que hacíamos y las tretas a las que recurríamos para que nadie nos pillase por sorpresa (antes de irnos a la cama por las noches, Ev, por ejemplo, colocaba latas sobre los adoquines del camino). Intentaba castigarme mostrándome ausente, ignorándola, pero nunca aguantaba más de dos horas porque Ev caía en un abatimiento cuya única cura era volver a estar pendiente de ella al cien por cien. Me gustaba contemplarla mientras le daba el pecho a Anna: adoraba el ruidito de la boca de mi hija al chupar. Era el sonido de un hambre completamente inocente, mientras que el hambre de Ev y la mía siempre sonarían de otra manera.

Nunca le pregunté cómo era el sexo entre ella y mi hermano. Sencillamente, no era de mi incumbencia; en cambio, Ev lo quería saber todo de mí, de modo que le hablé de Maya y, después de llorar a mi amante con ella, por fin pude volver a coger el carboncillo y el papel para dibujar. Nunca creí que volvería a ser capaz de dibujar el cuerpo de una mujer sin pensar en la muerte y la descomposición, pero lo conseguí. Empleaba una técnica distinta a que había empleado con Maya, otros lápices, otros colores. Para el cuerpo tristemente perfecto, casi huesudo, de Ev resultaban más adecuados los colores claros y apagados, y utilizaba muchos

menos trazos. Mis dibujos se parecían un poco a los de los pintores franceses que había visto en París.

Y siempre le pedía que me mirase de frente.

Por Anna, sobre todo, Ev había decidido resignarse a las circunstancias. Aunque les deseaba a los nazis todos los horrores del infierno, como me hacía notar siempre que mi actividad me alejaba de ella, y aunque no me dejaba llevar el uniforme dentro de su casa ni quería saber el más mínimo detalle del frente, de cara al exterior se ocultaba bajo una convincente capa de conformismo, como se esperaba de la esposa de un alto cargo de las SS. A Hub sólo le había contado de Auschwitz lo que no pudo evitar, sabiendo que Dressler no se callaría.

Intentó olvidarse de todo pasando dos meses en una clínica balneario de Bad Pyrmont, pero entonces empezó a notársele el embarazo.

A veces, cuando iba a Riga me la encontraba en la puerta, feliz y encantada. Lanzaba un grito de júbilo y se arrojaba a mis brazos, y entonces yo sabía que, por ejemplo, había oído en la BBC que la Royal Air Force había hecho saltar por los aires el bloqueo de tal o tal valle, o que había dejado una ciudad alemana reducida a cenizas. Yo no podía compartir su entusiasmo ni quería que nuestras tropas fueran derrotadas lo antes posible. Quizá no luchara por mi país ni mucho menos por los nazis, pero sí lo hacía por las personas que me rodeaban, aunque sin duda con menos fervor que Hub, y con escasa valentía, simplemente como alguien que habría preferido mil veces estar sentado en el Jardín de las Tullerías guardando una flor como recuerdo entre las hojas de un libro.

Yo nunca fui un héroe.

Ev y Hub, por el contrario, eran héroes a su manera porque, para mí, los héroes son quienes se mantienen fieles a sí mismos pase lo que pase, y ambos lo hacían, cada uno a su manera. Hub Solm siempre era Hub Solm, y Ev Solm jamás fue otra persona que Ev Solm; por mi parte, nunca llegaré a saber si alguna vez fui Koja Solm o no lo fui nunca, salvo en aquellos breves y perturbadores momentos de triste abyección en casa de Ev.

10

Solía llegar a mi destacamento en Pleskau al amanecer, justo para empezar la jornada. En realidad, no teníamos permitido circular por carretera de noche si no era como columna en misión militar, debido a las frecuentes emboscadas de los partisanos, pero, como a mí me daba igual, a Grishan le daba igual. Apagaba los faros Notek y volaba a través de la traicionera noche por pura devoción hacia su Obersturmführer, el pecador que esperaba en el asiento de atrás a que lo golpeara el puño vengador de Dios. Jamás vi al miedo sentarse sobre el cogote de Grishan, que era lo único que veía de él en la oscuridad. Creía en el destino —entendido en el sentido de *fatum*— y solía contarme sus extraños sueños.

Ya había visto manifestarse su talento artístico el mismo día en que lo conocí mientras pintaba los rostros de sus familiares en la arena, y siempre que, durante algún viaje, yo me detenía y sacaba el bloc de dibujo, él caía en una especie de extasiada catalepsia.

Una vez le regalé una acuarela de un bosquecillo de abedules, y, cuando murió, la encontré doblada en el bolsillo de su pechera, manchada de sangre. Aún la conservo. Como Grishan hervía de curiosidad y ganas de aprender y hacer cosas, le regalé uno de mis blocs para hacer bocetos. Semanas después, cuando yo ya me había olvidado de aquel presente circunstancial, me enseñó con timidez lo que, entretanto, había dibujado con unos trocitos de carbón. Vi trazos expresivos: gnomos que eran sus compañeros y árboles que representaban a sus superiores; dibujos ingenuos como los de un niño, pero hechos con un nervio que yo no he conseguido alcanzar en la vida. Grishan carecía de competencias técnicas, pero no me cabe duda de que aquel muchacho soñador, aquel joven pastor uzbeko que liquidaba sin pestañear a cualquier persona que yo le señalase, fue el mayor artista que he conocido.

A partir de entonces solíamos salir juntos a la naturaleza, que, como siempre me decía mi padre, «anhelaba el reconocimiento humano», y al igual que mi padre me había enseñado de niño a pintar del natural yo procuré enseñarle ese arte. Ante interminables llanuras de hierba mullida y en medio de alfombras de flores de color violeta le repetía las lecciones de papá sobre los sombreados, los puntos de fuga, los lavados, y revivía el duelo por su muerte. Grishan aprendía rápido sin perder su ímpetu natural. Lo aprovechaba todo.

La unidad de la Operación Zeppelin a mis órdenes estaba estacionada en un pueblo a ocho

kilómetros del centro de la ciudad de Pleskau, en la orilla del Velíkaya, por eso llamamos a los campamentos de la zona «los cuarteles del río». Allí se alojaba la compañía de vigilancia, compuesta por cincuenta cosacos, además de los reclutas rusos, pálidos y aterrorizados, que acababan de llegar del campo preparatorio de Breslau. Algún día serían agentes, pero por lo pronto estaban muy verdes.

La escuela de agentes propiamente dicha estaba a un kilómetro hacia el este. Allí era donde se instruía a los voluntarios, a los que oficialmente llamábamos «activistas». Todos habían superado duras pruebas de aptitud en el campamento del río, además de recibir una formación básica, de modo que estaban preparados para entrar en acción. También se hallaba allí el cuartel general del Comando Pleskau, que era como se denominaba a la unidad de manera oficial.

Yo no me sentía a gusto en ese sitio: prevalecía un ambiente como de galera y, para colmo, al otro lado del río, bajo la luz de unos amaneceres casi siempre hermosísimos, podía verse la ciudad herida, despoblada, exhausta, violada, bombardeada e invadida por una gigantesca guarnición de la Wehrmacht. Por todas partes florecía el odio, no sólo en las calles de la ciudad, sino en el campo mismo. Las brigadas de partisanos asaltaban bases alemanas, estaciones de policía y oficinas del gobierno local, y a menudo mataban hasta al último hombre que se cruzara en su camino. En la vía de ferrocarril a Narva, que corría apenas a tres kilómetros al norte del campamento del río, se producía una detonación diaria como mínimo.

Por mi parte, durante el verano y el otoño me instalé, con unos cuantos hombres, en el enclave más idílico que se pueda imaginar: la finca de Hallahalniya, a veinte kilómetros al oeste de Pleskau, lejos de todo cuanto pudiera recordar la guerra. Durante ese tiempo construimos establos, criamos gallinas, vacas y cerdos y hasta nos permitimos, de cuando en cuando, darle una alegría a la población local regalándoles dos o tres lechones en un arranque de magnanimidad colonial.

De Hallahalniya me gustaba todo: las lámparas de petróleo que encendíamos al caer la tarde, los murciélagos de mi habitación, el dios sol que nunca dejaba de brillar y calentaba aquel lugar aislado de todo y, por tanto, a salvo del hostil mundo exterior.

Allí, entre prados y bosques centelleantes, vivían, además de mí, los diez antiguos músicos del Cáucaso que formaban la unidad de vigilancia, Grishan y mis dos colaboradores más estrechos: el Untersturmführer Möllenhauer, aquel melancólico pierrot de Besarabia, y el Bebedor, mi antiguo chófer, que entretanto había engordado hasta el punto de que apenas cabía detrás del volante. A ambos los había solicitado yo mismo a la central de Berlín y los mandos habían accedido a ponerlos a mi servicio.

La finca, aparte de abastecer a mi unidad de Pleskau de pan, leche, carne y huevos, servía

como última estación para los grupos de agentes que habían terminado su formación y estaban listos para atravesar las líneas rusas. Cada grupo se componía de cuatro activistas y un instructor ruso con el rango de oficial que los acompañaba a la misión.

Möllenhauer era primer oficial de Estado Mayor, y entre sus competencias estaba la de planificar las operaciones. Distribuía el equipamiento, las provisiones, las armas, los uniformes y cualquier otro material que pudieran necesitar los voluntarios y luego los informaba de su destino y lo que se esperaba de ellos. Después, en medio de un enjambre de mosquitos, acompañaba a cada unidad al despacho de su jefe —o sea, yo—, donde debían repetir su juramento de lealtad al Führer y a la sagrada Rusia con un vasito de aguardiente en la mano: ése era el punto sin retorno al que seguía la partida inevitable.

Como su destino bien podía ser la muerte, los alojábamos durante unos días más en unas cabañas de madera para poder observarlos de cerca y someterlos a las últimas pruebas: las psicológicas.

Pasada una semana más o menos, se veía a lo lejos una nube de polvo que luego resultaba ser un vehículo. Casi siempre era un furgón blindado y sin ventanillas que recogía al comando aislado y lo llevaba directo al aeródromo de Pleskau. Luego, los esperaba el ruido de los motores del avión Heinkel y el descenso en paracaídas sobre la tundra.

Tres o cuatro veces se dio el caso de que un agente resultaba no ser lo bastante fiable en aquellos últimos controles psicológicos después de haberlo informado de todos los detalles de su misión secreta y, como sabía demasiado, era necesario hacer desaparecer ese conocimiento.

Durante mi etapa en Hallahalniya, no había cosa que odiara más que las ocasiones en que Grishan venía discretamente a mi casa, tocaba cortésmente a la puerta cristalera de la veranda y me decía con gesto consternado que teníamos un «foco de incendio». Nadie quería que se produjera un «incendio», y era obvio que no podíamos enviar al «foco» de regreso al campamento del río, eso era impensable.

Grishan se ocupó siempre de apagar aquellos focos de incendio. No sé cómo lo hacía ni quise saberlo nunca. Se llevaba al activista correspondiente del brazo, charlando como buenos amigos, al establo de los caballos y allí sucedía algo que no hacía ruido ni dejaba rastro de sangre. Jamás vi un solo cadáver.

Dos décadas más tarde, la fiscalía general ordenó una investigación en mi contra por aquellos hechos. Me consideraban sospechoso de haber retirado de la circulación a algunos agentes incómodos sin motivo ni justificación, de haber dispuesto de sus vidas sin más.

El BND, el servicio secreto de la República Federal,[37] se ocupó de acabar con las pesquisas, de manera que no hubo juicio. Con todo, tengo que reconocer que me pareció injusto porque

aquellas acusaciones no eran ciertas: Grishan jamás me habría avisado de que existía un foco de incendio sin motivo ni justificación. Después de apagarlos, durante una o dos semanas, sus sueños se desbordaban como el magma de un volcán y sus gnomos y árboles se convertían en manchas de Rorschach sobre el papel que yo le daba. Grishan no era un sicario desalmado, sino un subordinado fiel, un soldado.

Todavía recuerdo un caso.

Un día, poco antes del vuelo y con todo listo para emprender la misión, Grishan inspeccionó una vez más las mochilas, cajas de material, paquetes de armas y petates del comando, aunque casi nunca se hacía, pues era muy trabajoso empaquetarlo todo. Como era habitual en él, se mostró flexible, permitiendo que los hombres llevaran fotos de sus novias o de sus padres, condones o novelas de Tolstói, pese a que lo tenían prohibido (en aquel territorio salvaje, cualquier objeto personal estaba prohibido).

Sin embargo, aquella vez, en ese último vistazo, descubrió que el más diligente de todos los rusos, un muchacho apuesto y querido que tocaba la balalaika, llevaba un equipaje excesivamente voluminoso, y que dentro no estaba su instrumento musical, sino un uniforme soviético, papeles falsificados y un carnet auténtico del NKVD. Sin duda, habría matado a todos al tocar tierra, incluido su superior, pero también habría expuesto a la persecución a las novias, hermanos, padres y madres de sus compatriotas, a quienes habrían conseguido localizar por las fotos que llevaban en la cartera, y nuestro deber era evitar esas muertes.

Por sugerencia de Grishan, una hora más tarde entregamos al músico a sus compañeros. Se tomaron su tiempo para acabar con él, le arrancaron la carne con las hoces del campo aún vivo y, como había perdido el derecho a yacer en una tumba, lo convirtieron en humo que escapó por la chimenea de la pequeña panadería de la finca.

Esto puede parecerle una salvajada, mi querido swami, y sin duda lo fue; de hecho, durante semanas fui incapaz de comer pan salido de aquel horno.

Pero no hay que olvidar que protegerse de la traición con el mayor rigor es parte de la naturaleza de los servicios secretos de cualquier país. Frente a lo que viví más adelante en la CIA, donde, a la más mínima sospecha de alguna actividad antiamericana, se torturaba, eliminaba y hacía desaparecer cualquier rastro, lo de Pleskau no tiene punto de comparación. Hace unos años, durante una visita diplomática a Indonesia, presencié cómo los consejeros militares de la CIA enseñaban a los escuadrones militares anticomunistas del general Suharto lo que llamaban «*happy killing*», a saber: matar oyendo música rock. Le sonará abyecto, pero ¿se cree que los interrogatorios que realiza actualmente el Vietcong en Saigón son tan melodiosos?

Cuando nació Anna, Hub y Ev fueron a verme a Hallahalniya.

Hub tenía un permiso de paternidad de dos semanas. Era en agosto y hacía un calor tremendo, casi el doble del habitual.

Desde la terraza de la segunda planta, a izquierda y derecha se veían bosques polvorientos y, en el centro, una estepa plagada de malas hierbas y girasoles quemados que se extendía hasta el horizonte y por la que transcurría, en línea recta, la carretera que llevaba hasta la entrada de la finca.

La brisa de la tarde arrastraba miles de florecillas muertas que terminaban entrando por las ventanas y salpicando a Anna lo mismo despierta que dormida. Nos intrigaba muchísimo saber si, cuando fuera una viejecita, recordaría aquellas flores o cualquier otro detalle de la finca.

Soplábamos para quitarle las florecitas de la cabeza, la llevábamos fuera y le mostrábamos las nubes rusas que se acumulaban en el cielo y ella balbuceaba alegre. Le hacíamos muecas y payasadas hasta que se dormía sonriendo, luego la llevábamos al cuarto que le habíamos preparado en la primera planta de la casa de la finca y nos olíamos unos a otros las manos que la habían sostenido.

Para matar el tiempo antes de partir a la muerte, unos cuantos activistas le habían construido una cunita con dosel que pintaron de azul.

Sólo conservo imágenes fragmentarias de aquella visita: el tintineo del carrillón de viento cuando Ev abría la puerta, el aspecto del gran salón, con su araña de cristal, mientras cantamos *Una rosa ha brotado*, aquella «canción india» que mi abuela les enseñó a los tlingit. Y, por supuesto, el día en que Grishan nos mostró el retrato que le había pintado a Ev. Se la veía con la cara verde y sudorosa, y bien podría haber sido de Van Gogh. A Hub le pareció de mal gusto, pero era una muestra notable del mal gusto genial de mi ayudante.

Con Ev no tuve más que un momento a solas. Me dijo que amaba a Hub «infinitamente, infinitamente», y después nos besamos.

Aquello fue pocos meses antes de que el mundo se pusiera del revés.

Porque un día, cuando ya había caído la primera nevada, mientras Grishan ataba a un poste, cabeza abajo, el lobo que había cazado y despellejado para advertir a otros lobos, según la antigua costumbre rusa, vi cómo, por detrás de él, se acercaba a la finca un convoy de la Wehrmacht compuesto por dos vehículos ligeros y un camión. En cada uno de ellos se agazapaba, muerto de frío, un soldado raso con la metralleta en ristre, pues por entonces había partisanos por todas partes.

Pararon delante de la puerta. Grishan dejó el cadáver del lobo, se limpió las manos en el pantalón —¡cuántas veces se lo había prohibido!— y se les acercó corriendo: iba a pedirles a los

conductores que no se detuviesen allí porque a su venerable Hauptsturmführer —acababan de ascenderme— no le gustaba que le taparan la vista del paisaje nevado, pero yo ya estaba ahí, y ellos a punto de bajar de los vehículos.

Reconocí a Maya antes de que ella me reconociera a mí, pues se quedó mirando al lobo despellejado con una repulsión que no me pareció propia de ella.

11

Tal vez debería hablarle primero de Jan Vermeer, antes de explicarle las circunstancias que hicieron que la repentina reaparición de Maya me resultara a la vez profundamente impactante y perfectamente plausible. Vermeer nos permite ver las cosas bajo una luz diferente, incluido el tiempo que pasé en Hallahalniya, pues detrás de cuanto le he contado actuaban unas fuerzas invisibles que sólo podían llevar a esa reaparición igual que un río siempre desemboca en el mar.

Puede que el nombre de Jan Vermeer no le diga nada, swami. Era un maestro barroco de la ciudad neerlandesa de Delft, fundada por el rey Godofredo III, a quien apodaban *el Jorobado*, epíteto que también podría aplicarse a la ciudad. No pintó muchos cuadros: a lo mejor era un poco vago o simplemente se pensaba mucho las cosas; en cualquier caso, no le interesaba batir ningún récord ni tampoco pintar a gente relevante: santos, vírgenes o alegorías de la paz como la de Rubens. En cambio, sus cuadros se titulan: *Una criada*, *Mujer con una jarra de agua* o *La lechera*.

Por eso mismo, y porque sus composiciones serenas y equilibradas siempre tienen la luz como centro, tomé su estilo como modelo para retratar a mis subordinados del Comando Pleskau, un grupo de hombres de lo más insignificantes.

En Pleskau y Hallahalniya se enseñaba a engañar, a ocultar y a matar, pero yo no era un maestro en esas artes; de hecho, al llegar tuve que aprender muchas cosas, sobre todo a tratar a mis hombres de un modo que les infundiese temor y respeto y los hiciese sentir que su vida dependía de mí. Por eso aceptaron posar para mí.

Eso sí: por mucho que valoraran el arte del retrato flamenco, por cultos y sensibles que fueran, lo de posar para que los retratara su superior no les hacía ninguna gracia. En primer lugar porque yo no era Jan Vermeer —no llegaba ni a Jean Siméon Chardin—, pero sobre todo porque sentían que la fisonomía de una persona, cuidadosamente observada, revela parte de su naturaleza.

El viejo mito de que la imagen de una persona tiene cierto poder sobre ella está muy presente aún. Mientras retrataba a mi segundo, Girgensohn, de medio perfil, comenzaron a temblarle los párpados, se sonrojó y, al final, confesó haber sisado cuatro tarros de caviar de las provisiones de la tropa para enviárselos a su familia en el distrito de Wartheland. Titulé el cuadro *El Glotón*, pues Girgensohn se ocupaba de los suministros en la Operación Zeppelin y sentía debilidad por las *delicatessen* importadas de Auvernia.

Después de la guerra, trató de continuar su carrera en el sector y, consecuente con sus

inclinaciones culinarias, terminó en los servicios secretos franceses. No se hace usted una idea de lo deprisa que las potencias extranjeras reciclaron, convertidas en méritos al servicio de la democracia, las competencias subversivas adquiridas a mis órdenes en cuanto el cadáver de Hitler fue pasto de las llamas.

También mi tercer oficial de Estado Mayor, el Obersturmführer Hans von Handrack, doctor en Ciencias Políticas y en Filosofía y poseedor de la habilitación como catedrático, consiguió salvar la ropa. Cuando llegó la Hora Cero,[38] primero se incorporó a la CIA y después se pasó al Servicio Federal de Inteligencia (BND) la organización del señor Gehlen, de la que ya hablaremos más adelante, donde permaneció en activo durante décadas como jefe de sección y naturaleza muerta de sí mismo. Yo lo retraté como el típico funcionario alemán del Báltico, cansino e ineficiente, que pierde el tiempo en cosas como calcular el número de rabitos de ratón necesarios para cubrir la distancia de la tierra a las estrellas, y titulé su cuadro precisamente *El Cansino*.

Su adjunto, el Untersturmführer Gerhard Teich, también se había doctorado en Leipzig. Era geógrafo y etnólogo especializado en Europa del Este, pero su verdadera vocación era la de esbirro de cualquiera, por lo que titulé su cuadro precisamente *El Esbirro*. Después de la guerra entró como colaborador en el Instituto Internacional de Economía de Kiel. Según me enteré, les confesó a los británicos todo, pero absolutamente todo, lo que sabía de mí. Tuve ocasión de leer las actas de los interrogatorios y descubrí que, además, había especulado de forma interminable sobre mí y mi «bella cuñada», como llamaba a Ev. Pero, en Hallahalniya, le ordené acudir a mi taller como a todos los demás («¡Preséntese preparado para que lo retrate, Hauptstürmführer!») y, cuando llegó, su rostro revelaba rebeldía y disgusto, de modo que le pregunté si no le hacía ilusión ser inmortalizado en la galería de héroes que tenía planeada.

—¿De qué galería de héroes me habla, mi Hauptstürmführer?

—De la galería de héroes del salón de abajo, compuesta por el personal del comando.

—Pero no he visto que haya ningún cuadro colgado allí.

—Obviamente: se colgarán conforme los héroes vayan cayendo, Untersturmführer —le expliqué con amabilidad, y él se apresuró a poner otra cara.

Por desgracia, al final de la guerra ninguno de los alemanes de mi Estado Mayor estaba en mi galería de héroes, sino sólo los rusos. Por ejemplo, el comandante Lashkov, en tiempos oficial de la guardia zarista, que estaba a cargo de la formación militar básica de los activistas, al que inmortalicé con su barba de cosaco y sus quevedos de oro, que merecían la pena por el mero hecho de ser los únicos quevedos de todas las SS; o los dos miembros rusos del SD, Pavel Delle, que enseñaba tiro, y el capitán Palbyzin, que tenía la enorme responsabilidad del laboratorio de falsificaciones y resultó muy difícil de retratar porque tenía parte de la cara paralizada; pero hubo

muchos más, cuyos nombres no necesita usted conocer, que no consiguieron hacer frente a la sed de venganza de los soviéticos con tanto éxito como un servidor, como veremos más adelante.

• • •

De mis oficiales, ya fueran alemanes o rusos, el valiente Möllenhauer era, con mucho, mi favorito (por lo cual le autorizaba que contratara como sirvientes a los jóvenes campesinos rusos más guapos, aunque su propensión a hacer mucho ruido durante el sexo por poco lo lleva a enfrentarse a un tribunal de las SS). Ya he hablado de su palidez, pero debo agregar que, pese a su aspecto algo fofo, tenía una carita pequeña y femenina, la nariz respingona, los ojos grandes y la barbilla redondeada; nada que ver con las caras toscas de Handrack *el Cansino*, Girgensohn *el Glotón* o Teich *el Esbirro*. A petición suya, le di la alegría de retratarlo con una elegante camisa blanca, como corresponde a un pierrot, y no de uniforme, como al resto.

Me devolvió el favor en 1949, cuando escribió, para la CIA, un informe de ochocientas páginas sobre la Operación Zeppelin que rayaba en lo fantasioso y contenía la observación de que «el Hauptsturmführer Solm, desde su legendaria intervención durante la evacuación de Besarabia, podía ser considerado, sin lugar a dudas, como uno de los agentes con mayores habilidades erótico-sexuales de todo el SD».

De mi afán por retratar a mis colaboradores no escribió nada, tal vez porque lo consideraba una mera excentricidad sin percatarse de su valor en términos de gestión de recursos humanos. No obstante, lo que realmente me colocó en una situación favorable a ojos de Estados Unidos fueron sus amables comentarios acerca de mis convicciones antisoviéticas y mis métodos de mando que, si no destacaban por su rigor, siempre eran muy imaginativos.

Recapitulando con toda humildad, mi querido swami de rostro escéptico: mi Comando Pleskau, dirigido por personajes banales, inmortalizado en los tonos flamencos de Vermeer, logró convertirse, en los meses del verano y otoño de 1942, en la unidad más efectiva de agentes alemanes en suelo ruso. En ese intervalo de tiempo, casi veinte equipos de sabotaje y exterminio fueron depositados por mi gente detrás de las líneas enemigas, un hecho que, en años venideros, siempre me daría un montón de puntos en las entrevistas para puestos de la CIA.

Por regla general, los activistas procedían de las mismas zonas a las que se los enviaba, de manera que no les era difícil contactar con parientes y amigos en un radio de unos cincuenta kilómetros y construir una red en la clandestinidad.

Más importante, sin embargo, fue que Girgensohn *el Glotón* resultó ser un verdadero as para

conseguir cualquier cosa, y Möllenhauer y yo entendíamos la importancia de que nuestros agentes contaran con el mejor equipo posible: ésa fue la clave del éxito.

Así, el grupo estándar de cinco hombres recibía un arsenal de lujo compuesto por cinco fusiles recortados soviéticos, cinco metralletas, veinticinco granadas de mano, cuatro pistolas alemanas y dos soviéticas, cinco cuchillos de combate Solingen, una ametralladora soviética con cincuenta mil cartuchos de munición, dos escopetas de caza, treinta kilos de explosivo plástico, cincuenta cargas de demolición de un kilo cada una, hechas con Amatol 41, y un quintal de dinamita. En realidad, si uno estaba dispuesto a cometer una locura, con eso podía atacar a una guarnición entera, al menos sorprendiéndola en sus horas de sueño.

A ello se sumaban cien mil rublos en efectivo, latas que contenían el equivalente a medio cerdo, varios quintales de mijo y fideos, cien kilos de sal para curar la carne de los animales de caza y todo tipo de herramientas para construir refugios subterráneos. Llevaban pastillas de glucosa Dextro Energy para tomarse en caso de hipoglucemia, diez latas de chocolate energético Scho-ka-kola, cien limones, mil pastillas del bactericida Prontosil, el antidiarreico Tannalbin, Aspirina, quinina, dos mil cigarrillos y, por si acaso, también cinco cápsulas de cianuro (con la típica advertencia alemana de PARA USAR SÓLO EN CIRCUNSTANCIAS DESESPERADAS).

Y ya lo más de lo más era un cordón umbilical de comunicación directa con Alemania: un aparato de radio desarrollado a propósito para la Operación Zeppelin, muy pequeño, pero de altísima precisión, con sus baterías y accesorios.

Puede que al enumerar todo ese equipo y provisiones se me haya notado cierto orgullo sentimental: es la típica deformación profesional de los agentes entrados en años. Pero lo cierto es que, de las veinte unidades de sabotaje que lanzamos en paracaídas en territorio ruso, diecisiete lograron ponerse en contacto con nosotros: fue todo un logro. Por desgracia, el NKVD terminó capturando a muchos, así que hacia finales de la guerra apenas nos quedaban tres o cuatro unidades de agentes leales en la Unión Soviética. Al menos ésos conseguimos vendérselos a Estados Unidos, aunque la incorregible estupidez de nuestros nuevos aliados sólo causó problemas.

Pero también hubo éxitos. Por ejemplo, logramos organizar grupos de resistencia antisoviética de Transcaucasia gracias a que los activistas tenían estrechos lazos familiares con la población local. Y la Operación Ulm, cuyo objetivo era paralizar el suministro de energía eléctrica en los Urales, logró derribar tres postes de electricidad en Novosibirsk, como nos comunicó un orgulloso agente desde el terreno. La noticia produjo tanto entusiasmo que di la orden de repartir vodka entre oficiales, activistas y personal en general. Desafortunadamente, tres conductores de camión en estado de ebriedad se lanzaron gritando al Velíkaya y se ahogaron. «Perdimos un

conductor a causa de un poste soviético derribado», comentó juiciosamente el lánguido Möllenhauer.

Otro triunfo amargo me deparó el ascenso a Hauptsturmführer: conseguimos hacer llegar a una pequeña unidad de la Operación Zeppelin hasta Moscú. Ya le contaré el dramático, por no decir trágico, resultado de la Operación Iósif, que descansaba sobre los hombros de aquellos activistas estacionados a sólo unos cientos de metros de la Plaza Roja. Por ahora baste decir que la suerte nos sonrió sólo tímidamente.

Porque no se puede negar que, al final, casi todos los activistas que enviamos tras las líneas soviéticas cayeron víctimas del frío, el hambre, los osos pardos, las setas venenosas, el NKVD o el SMERSH, los paracaídas defectuosos, su propia desesperación, los tribunales populares, los bacilos, virus, hongos y protozoos, la soledad, los inútiles de los americanos —que no sabían ni cómo funcionaba una radio— y, *last but not least*, la derrota de Alemania, porque después nadie hizo nada por algunos Robinsones que se pasaron años y años resistiendo como pudieron en los bosques de los Urales, y eso que, obviamente, el rescate posterior había sido el compromiso más importante que habíamos adquirido con ellos para persuadirlos de participar en aquellas misiones.

Pero no vaya usted a pensar que los nazis fueron los únicos en cometer semejantes disparates: todas las facciones beligerantes organizaron misiones suicidas de ese tipo, y ya sé que, desde su perspectiva budista-hinduista (perdóneme por no saber diferenciarlas), el concepto de «facciones beligerantes» no es admisible, pero ¿cómo explicar entonces a esos enviados del cielo?

Los soviéticos, por ejemplo, perdieron a miles de agentes lanzándolos —o mejor dicho empujándolos— desde aviones en vuelo como si llevaran paracaídas, sólo que sin paracaídas. Es verdad que esos saltos —por llamarlos de alguna manera— se producían desde aviones que volaban muy despacio y muy bajo, y sobre territorio pantanoso o cenagoso, pero a nadie le gusta golpear la tierra sin control, por muy cenagosa que sea, y tampoco percibe cien pies de altura como una altura despreciable. Después de aquellas operaciones nuestras tropas sólo tenían que peinar la zona para encontrarse aquí y allá con escarabajos humanos echados sobre sus espaldas e incapaces de darse la vuelta, por más que patalearan, porque estaban malheridos.

Hasta los británicos, que hasta la fecha poseen los servicios secretos más eficientes del mundo, estuvieron *unlucky*: «poco afortunados». ¡Basta pensar en Ian Fleming, el autor de las novelas de James Bond! Su unidad especial «con licencia para matar» —los pieles rojas de los servicios secretos de la Marina británica— tuvo tan poco éxito en sus operaciones que a él le negaron el ascenso tres veces. Hace dos años, en el Imperial War Museum de Londres, vi la chaqueta que llevaba el comandante Fleming cuando huyó de Dieppe en 1942, después de fracasar en el

intento de hacerse con una máquina Enigma, acción que les valió a los Aliados la pérdida de más de tres mil quinientos soldados. Ya le digo yo que todas esas historias que se inventó luego, en Jamaica o vaya a saber dónde, son más falsas que las aventuras de Tintín.

También los americanos, que poseen los agentes más lamentables por estos mundos de Dios, fracasaron clamorosamente. El jefe del OSS, el servicio secreto del ejército, antecedente de la CIA, Bill Donovan, al que apodaban *Wild Bill*, es decir: *Bill el Salvaje*, tuvo la brillante idea de lanzar a sus agentes destinados a Alemania directamente sobre la Selva de Oden —más o menos en la época en la que yo lanzaba a los míos sobre la URSS—. Murieron todos: de las veintiuna parejas de hombres que aterrizaron jamás se volvió a saber nada.

Desde luego, en cuanto a operaciones fantasiosas, por no decir rocambolescas, no cabe duda de que Estados Unidos se lleva el premio mayor a escala internacional. Donald Day en persona me contó que una unidad a su cargo dedicó meses a elaborar un estudio de viabilidad para prender fuego a Tokio con ayuda de murciélagos que transportarían en masa desde sus cuevas en las Montañas Rocosas tan sólo porque Wild Bill pensaba que Tokio estaba hecha de papel.

Si le cuento todo esto es porque guarda relación con un acontecimiento cuya sombra ya debe usted de atisbar a estas alturas: la ruptura con mi hermano, iniciada cuando Mary-Lou le regaló aquel juego de Monopoly por su cumpleaños, alimentada por la eterna batalla de quién manda sobre quién y rematada por la ruleta rusa a la que Ev y yo jugábamos sin pensárnoslo dos veces —y ya se sabe que la ruleta rusa es un juego que lo hace a uno perder la cabeza—. Era, pues, una ruptura anunciada, y quien la precipitaría sería nada menos que Iósif Stalin.

Unas semanas después de su visita de agosto a Hallahalniya, Hub me recibió en Riga sentado detrás de su escritorio. Estaba evidentemente inquieto, pero de un humor excelente. Mientras me enseñaba una foto reciente de nuestra hija (Ev, con un pañuelo en la cabeza y un delantal, estaba dándole puré de manzana... ¡puré de manzana!), no se pudo contener más y me soltó la noticia de que se había decidido asesinar al jefe de Estado de la Unión Soviética.

—Liquidar al jefe de Estado de la Unión Soviética... —repetí yo como un autómata mientras le devolvía la foto.

—Exacto, liquidarlo —confirmó Hub y después añadió una locución adverbial que no puedo precisar ahora, algo así como: «definitivamente», «del todo» o «a cualquier precio».

La euforia de Hub iba acompañada de un consumo de tabaco que dejaba sin respiración. Abrí la ventana, a pesar de que ya hacía un frío otoñal, y paseé la mirada por los tejados de Riga pensando en que Ev me esperaba en la habitación 215 del Petersburger Hof, cuyo tejado de color cobre —rojo como la vergüenza— se veía desde el despacho y me llenaba de reproches con su mera presencia.

Mientras me preparaba mentalmente para hacérselo a Ev por detrás —ella a cuatro patas y yo, más bien callado y humilde, arrodillado a su espalda— pocos minutos más tarde, sentía a mi espalda la presencia de Hub —qué ironía—, quien ardía de emoción mientras me contaba, con una mezcla de soberbia y furor vengativo, que en las oficinas de Berlín habían urdido un complot para el asesinato gracias al cual el Ministerio de Guerra alemán volvería a hacerse con el control de la contienda.

Cerré la ventana y puse cara de interés.

La eliminación de Iósif Stalin, declaró mi hermano en tono solemne, era idea personal del mismísimo Himmler, que la había convertido en un asunto personal, así que el jefe del SD en el extranjero (Schellenberg, aquel pez tropical que en su día me aburrió con los detalles de las ametralladoras secretas instaladas en su escritorio) estaba ansioso porque Hub asumiera la dirección y la responsabilidad última de la operación, pero para las cuestiones prácticas y logísticas —a saber: preparativos, ejecución y *postscriptum*— habían pensado en el Comando Pleskau. Era en mi unidad donde se encontraba el único agente de todo el Tercer Reich al que consideraban capaz de roer un hueso tan duro.

—¿El único agente? —me oí preguntar.

Cuando luego penetré a Ev, tan sólo un cuarto de hora más tarde, pues los últimos metros hasta el hotel había ido literalmente corriendo, y mientras miraba sus hombros y su nuca, empezó a faltarme la respiración por varios motivos, el más mundano de los cuales era Piotr Pólitov.

12

Piotr Pólitov era un hombre fuera de lo común.

Había llegado al campamento de Pleskau en el transporte habitual desde Breslau pocas semanas antes de la decisión de Himmler de asesinar a Stalin. Desde la central del SD de Berlín me había llegado la orden de formarlo como «especialista en terrorismo» para «tareas especiales» no especificadas.

El comandante Lashkov (el de los quevedos) y el capitán Delle (que enseñaba tiro) estaban entusiasmados y hablaban de él como de un hermoso caballo de carreras. La primera vez que lo vi (lo recuerdo como si fuera ayer: estaba frente al granero de Hallahalniya con Grishan al lado, a punto de reventar de celos, y un azor planeaba en espiral por encima de ambos) me llamó la atención su parecido con el boxeador Max Schmeling, aunque estaba claro que no era tan modesto como el campeón.

—Yo rápido, yo fuerte, tú Hauptsturm —me soltó sonriendo de oreja a oreja: un saludo impecable y casi fervoroso.

Grishan lo odió desde el primer instante, probablemente porque el fornido Pólitov era su polo opuesto en todos los sentidos. Dominaba a la perfección el *blat*, la jerga del submundo soviético, de la que yo no entiendo una palabra, y su rapidez para captar las cosas y tomar decisiones iba de la mano con una gran capacidad de adaptación; sin embargo, no era obsequioso; más bien, siempre daba con el tono adecuado, la mezcla perfecta de fanfarronería, ligereza y simpatía que inspiraba respeto a sus compañeros. Contaba con una magnífica formación política, se sabía todas las leyes y decretos soviéticos de memoria y carecía por completo de escrúpulos.

Lo que enseguida me hizo conectar con él fue la muerte de su padre, al que los bolcheviques habían fusilado siendo él todavía un niño y ante sus propios ojos. Cuando le hablé del trágico final de mi abuelo en el pantano del pueblo, se inclinó hacia delante, me dio unas palmaditas en la mano y consiguió que en sus astutos ojos brotara una lágrima.

—Jefe Hauptsturm —musitó—, Pólitov le puede decir usted tranquilo, a Pólitov eso no pasar, Pólitov nadador buenísimo.

Su pasado era un cruce entre el arte académico y el parietal; pintura rupestre de la Edad de Hielo con la decadencia de la pintura moderna; un bisonte de Altamira enfundado en un traje de seda; un modelo de impostura.

Poco antes de la guerra, trabajaba como administrador de un pozo de petróleo. Había

malversado una suma exorbitante de dinero y se había dado a la fuga, escapando de la busca y captura por todo el país. Después había recurrido a la falsificación de documentos, el fraude, la usurpación de títulos y el abuso de autoridad para colarse como juez de instrucción en la fiscalía de Voronesh.

Unos meses después, el carismático, sorprendentemente joven y autoproclamado juez se había enrolado en el Ejército Rojo. Allí, bajo un nombre falso, consiguió, mintiendo sobre sus antecedentes, que lo nombraran oficial, hizo carrera, recibió varias condecoraciones y ascendió a capitán. Al destaparse su verdadera identidad a principios de 1942, desertó para evitar que el NKVD lo arrestara.

Entonces se acercó a nosotros. Según se dice, al primer agente que lo interrogó le pidió que le permitiera abrazarlo y darle un beso. Luego, como se detalla en su expediente, no tardó en delatar ante la Gestapo a sus compañeros de prisión soviéticos, lo cual le valió ser calificado como un subversivo de gran talento, pero poco confiable en general. Los funcionarios destacaban su «capacidad de liderazgo», su «astucia», su «presencia de ánimo» y su «antibolchevismo», pero también su «codicia», «afán de medro» y «ausencia de principios».

Sí, aquel hombre era el arma perfecta.

• • •

El día en que Hub me encargó formar a Piotr Pólitov como asesino de Stalin marcó el comienzo de una fase en mi servicio que ya no se ajustaba a los principios tradicionales del funcionariado nazi: me convertí en el Hauptsturmführer Siegried von Xanten, y Pólitov, en mi fiel espada Balmung: el nombre, desde luego, remitía a la espada de Sigfrido en el *Cantar de los nibelungos*.

Los dos juntos descendimos por la montaña para matar al dragón.

Queríamos bañarnos en la sangre de Stalin y ya no en su mierda, como hasta entonces.

En los meses que siguieron, académicos, diligentes funcionarios de archivo, brillantes analistas y pintores talentosos se volcaron para llevar adelante la misión de ese verdugo, violando las convenciones de Ginebra, La Haya y demás.

Eso sí, sin violar ni por un momento las convenciones del *Cantar de los nibelungos*.

Y eso era lo único que nos importaba.

A esa clase de situaciones las llamo «fenómenos gordianos», porque quien corta el nudo gordiano con la espada, en lugar de desatarlo, se siente en la gloria mientras no le pidan explicaciones por la cuerda hecha trizas. Durante mi vida me he encontrado ante varios fenómenos gordianos; por ejemplo, la crisis de los misiles en Cuba. Pero también las ejecuciones de los traidores rusos por parte de Grishan, sin juicio previo y sin que le temblara el pulso, tenían todas las características de los fenómenos gordianos.

Una de mis primeras medidas fue apartar a Pólitov del campamento y hacer que se instalara, con un nombre falso, en la ciudad de Pleskau. Girgensohn *el Glotón* le consiguió un alojamiento adecuado en el barrio antiguo y un puesto de ingeniero en una empresa constructora, y le prohibió frecuentar su lugar de trabajo más de una hora a la semana.

En cambio, Piotr pasaba mucho tiempo conmigo: antes de comunicarle en qué consistía la hercúlea misión para la que había sido seleccionado, tenía que conocerlo a fondo, y la mejor manera de conocer a alguien —no me cansaré de repetirlo— es haciéndole un retrato.

Ninguno de mis hombres tenía tantas ganas de entrar a formar parte de la galería de héroes como Piotr Pólitov. Llevó un peine a la sesión para poder peinarse su magnífica cabellera a lo Max Schmeling y otro más pequeño —se lo juro— para las hirsutas cejas. Estaba «inquieto como un colegial», como habría dicho mi madre. Se puso a olisquear mis pasteles e incluso me preocupó que se los pudiera meter en la boca.

Me costó mucho encontrar una pose apropiada para él que, además, no diera al traste con la serenidad de mi retrato a lo Vermeer. Papá siempre decía que en todo movimiento hay una línea más importante que el resto; en el caso de Pólitov, todos los movimientos, y por consiguiente todas las líneas, eran importantes. En él, sólo era capaz de ver detalles (y «los detalles son muy tramposos», decía mi padre). No conseguí penetrar en su espíritu y su forma se me escapó.

Mientras me afanaba con el pincel pintando nariz, boca, barbilla, consternado al comprobar que aquel retrato no se le parecía nada, de repente me di cuenta de que jamás tendríamos éxito con Pólitov si no le buscábamos una compañera, no por motivos sexuales (para eso no es necesaria una compañera como tal), sino por razones de autoestima: todo hombre necesita un refuerzo constante, pero el grado de refuerzo que exigía Pólitov (quien no paraba de preguntarme si estaba bien sentado y lo bastante quieto, si la luz era la correcta, si no sería mejor que se desabrochara un botón, si sus dientes se veían blancos, si se lo decía de verdad o sólo porque era un alemán bien educado, si lo dejaría asomarse a ver el retrato...) dejaba claro que la única persona que podría proporcionarle la seguridad necesaria (léase, el refuerzo constante e ininterrumpido) para acabar con Stalin sería una compañera estable.

—No debería ir por ahí tan tristón, señor Pólitov —le dije unos días después de aquel desastroso intento de retratarlo—. Todo va bien: en Berlín están muy contento con usted. Debería buscarse una mujer.

—¿Buscar mujer?

—Sí, buscarse una mujer.

—¿Cómo mujer?

—Una mujer de verdad.

—¿Mujer que lava ropa para Pólitov y limpia para Pólitov?

—No, no una mujer de la limpieza, una que le guste.

—Ah... ¿puta?

—¿No sabe lo que es una mujer, Pólitov?

—¿Hijos?

—Eso, la madre de sus hijos.

—Pólitov no quiere hijos, Pólitov quiere muerte por *Jitler*.

—Nadie quiere morir por Hitler, ni siquiera yo quiero morir por Hitler.

Su mirada se llenó de un inconmensurable estupor. Casi pude ver cómo los pensamientos giraban frenéticamente dentro de la cabeza.

—¿No muerte por *Jitler*? —me susurró espantado.

Opté por hablarle en ruso, la lengua que me había enseñado Anna Ivánovna, porque entendí que era mi única opción si quería aplacar su protesta interior y conseguir sacarles algo de sustancia a las migajas de nuestra conversación.

—Las personas no deben vivir en soledad, eso va en contra de la naturaleza —empecé a filosofar—. ¿Por qué no iba a tener una vida familiar normal usted también, activista Pólitov?

Ni que decir tiene que, desde la perspectiva del activista Pólitov, había unos cuantos argumentos en contra de tener una vida familiar normal, pues su día a día constaba de: instrucción de tiro, técnicas de combate cuerpo a cuerpo, cursos especiales de conducción de coches y motos, boxeo, preparación de venenos y otras técnicas para asesinar... Pero como me empeñé, Pólitov empezó a buscar novia por Pleskau, y como no sólo se parecía a Max Schmeling, sino al Juan Bautista de Durero que se parece a Max Schmeling (me estoy refiriendo a una pieza que ahora está en el Museo Nacional Germano de Núremberg), no le hizo falta ni una semana para conocer a la costurera Shilova, que trabajaba planchando las chaquetas de los uniformes de los mandos alemanes en un taller de arreglos de sastrería.

No encontré objeción: era de una belleza muy discreta, doce años más joven que Pólitov —que tenía treinta y dos— y su padre llevaba una eternidad en un campo de trabajos forzados de Siberia por actividades antisoviéticas. Le iba como anillo al dedo.

—Espero que no tenga usted nada en contra de que formemos a su futura esposa como agente especial.

—*Jail Jitler*! —dijo él cuadrándose, y tampoco encontró objeción.

Lo hablé con mi Estado Mayor y, mientras que Girgensohn *el Glotón* opinaba que aquello era un golpe maestro (casar a dos agentes y luego enviarlos juntos a un atentado suicida le recordaba el amor condenado al fracaso de Abelardo y Eloísa, que tanto había hecho por la Iglesia), el Esbirro

se mostró escéptico. Era muy posible que una mujer, afirmaba, quisiera asegurarse los fluidos fecundadores de su hombre para mezclarlos con los suyos y, por tanto, obstruir sus designios asesinos con el pretexto de que el heroísmo no era más que un principio abstracto. Además, agregó, el plan implicaba enviar a la muerte segura a una jovencita.

Tal arrebato de sentimentalismo le valió la oposición de todo el grupo; incluso oí a Handrack *el Cansino* farfullar para sus adentros que aquéllas eran mariconadas. Acto seguido declaró en voz alta que él estaría de acuerdo con lo que yo decidiese.

Esa misma tarde comunicamos por radio a Berlín que Pólitov nos parecía idóneo para el desempeño de la gran misión patriótica, pero que era esencial enviarlo a Moscú acompañado por una activista a quien urgía dar la formación completa en el menor tiempo posible. Como en el campamento no disponíamos más que de instructores de género masculino, solicitábamos que la Oficina Central de Seguridad del Reich tuviese a bien enviarnos a una instructora, a ser posible rusa y con suficiente experiencia en el SD como para incorporarse al Comando Pleskau.

Estoy seguro de que, de no haber sido por aquella solicitud, jamás en mi vida hubiese vuelto a ver a Maya.

13

Desde Hallahalniya había que caminar unos cinco kilómetros por la linde del bosque hasta una pequeña colina que los campesinos llamaban Broschnij, «el gigante», o más bien «la gigante». Era la única colina de toda la zona y, aunque no tenía absolutamente nada en común con el macizo de los Cárpatos que, siglos atrás, nos había dado refugio a Maya y a mí casi en la cima del mundo, era el único mirador que conocía. En la cima había un solitario arce, árbol que, según la creencia rusa, protege de las brujas; yo lo interpreté como una buena señal. Me apoyé en el tronco, al cabo de diez minutos vi a alguien emerger de la sombra del bosque y caminar hacia mí. Se detuvo cuando se oyó el aullido de un lobo a lo lejos (seguro que llamaba lastimeramente a su compañero, al que Grishan había despellejado y colgado cabeza abajo). A la luz de la luna parecía una mancha de tinta sobre la nieve, o un cuervo.

Y de pronto estaba a mi lado.

Y no era tan oscura.

Me contó que no la habían fusilado, aunque no había necesidad porque la tenía delante. Opinó que mi voz sonaba como si estuviera llena de clavos y de órdenes. El ruso es una lengua rica en imágenes, y creo que Maya quería decir que mi voz no sonaba amable ni cálida, que no sonaba como en su recuerdo. Me enteré de que la habían torturado, aunque no me dijo mucho más, el resto lo descubrí acariciando sus brazos y su espalda, llenos de bultos y cicatrices; comprobé que su belleza física había desaparecido. Me confesó que ya no podría tener hijos. Supe que le daban miedo los lobos y que se alegraba de que yo llevara encima una Luger (entendía de armas). Me reveló que se había entregado a los alemanes pensando que todos serían como yo, pero que no es así. Me informó de que el comandante Uralov había muerto. También supe que, en la cárcel a la que había ido a parar, un guardia se había enamorado de ella y le había salvado la vida, y que lo habían mandado a Siberia por ello. Me hizo ver que yo seguía teniendo la misma tristeza por dentro, y que, a esas alturas, ella también la tenía, y que a todo el mundo le pasaba tarde o temprano. Supe que en su día me había tomado mucho cariño, y que le habían quitado todos mis dibujos, y que Uralov los había usado para limpiarse el culo. Me contó una vez más que Uralov había muerto, y me dijo que las vistas desde lo alto de aquella colina no tenían nada que ver con las de la estepa de antaño, pero que también era una panorámica muy amplia, y que todavía se acordaba de cuánto me gustaban las vistas panorámicas, y luego constató que empezaba a hacer frío, aunque eso lo sabíamos ya los dos. Al final nos dimos la mano bajo el arce y ella me

prometió tratar bien a la activista Shilova y llamarme siempre Hauptsturmführer Solm, nunca Koja.

Como se imaginará, después de aquello pasé muchas noches encerrado en mi habitación.

No quería que llamaran a la puerta.

A la luz del día vi que a Maya le habían cortado las mejillas, prolongándole las comisuras de la boca. Ya no podía sonreír de verdad, pero tenía una especie de sonrisa de payaso, horrible y permanente, y la tendría hasta la tumba.

No obstante, estábamos en guerra y había que matar a Stalin: no había tiempo para pensar en esas cosas.

Y no quería que llamaran a la puerta.

Sin embargo, la siguiente vez que fui a Riga, ya no me acosté con Ev. No fui yo quien lo decidió, sino algo muy dentro de mí, situado en la profundidad de la que proceden la respiración y el duelo, porque acostarme con ella no habría estado bien ni siquiera en la manera equivocada en que ella y yo entendíamos lo bueno y lo malo.

Y además no sentía ningún deseo.

Y quizá pueda usted imaginar cuánto amaba a Ev si le cuento que le confesé que no la deseaba.

Y ella se apartó el pelo brillante que le caía por la cara para poderme ver mejor, y luego me rodeó con sus brazos, aunque no se le daba muy bien abrazar porque creía que sus brazos sólo servían para aferrarse o para agitarlos libremente. Me tomó la temperatura y acostó al bebé sobre mi vientre, y yo busqué en Anna los ojos de su madre y, por un instante, vi la mirada paquidérmica de papá, quien tenía por principio no tomar decisiones irrevocables y, de ser necesario, cambiar de opinión, especialmente si se trataba de matar a tus propios hijos, y entonces me vino a la memoria aquella tarde de 1919 en que Hub le dijo a mi padre que yo todavía era muy pequeño.

No tenía la sensación de haber crecido mucho desde entonces: sólo Anna me hacía sentir que me había hecho mayor, y yo me metía sus deditos en la boca como hacen todos los padres, y a ella le gustaba el interior de mi boca, caliente y húmeda.

Cuando le hablo de los acontecimientos externos, swami, no debe usted olvidar que por entonces mi alma estaba enferma, y que todos los acontecimientos externos, por terribles que fueran, le quitaban al alma su energía, pero no su peso.

Yo sentía cuánto me necesitaba Ev, lo preocupada que estaba por Hub. Ella misma me lo decía, es cierto, pero Ev podía decir una cosa y la otra. Si yo tenía clara esa preocupación era porque se le tensaban los músculos del cuello cuando hablábamos de él.

Hub no le había contado nada de Stalin, el único que se iba de la lengua como una portera cotilla era yo.

Ev aseguraba que Hub había cambiado, que cada vez era más duro, más inflexible, más imprevisible, y que, para hacer carrera, insistía en tener un segundo hijo, aunque sólo hacía medio año que ella había dado a luz a Anna. Ella era igual de incoherente: simplemente decía una palabra tras otra, y que la aterraba pensar en el día en que se enterase de su ascendencia.

—*Er wil mich tejtn*, estoy segura. *Er wil mich tejtn*.

«Me matará.»

Yo la tranquilizaba: Hub era incapaz de matar a nadie (bueno...), jamás le haría daño (eso sí); él la amaba (cierto) y ella lo amaba también (¿o no?).

—*Ich wejs nischt, Koja, ich wejs nischt.*

«No lo sé.»

• • •

Para nosotros era la Shilova, aunque se llamaba Natasha: mi nombre ruso preferido. El comandante Lashkov llegó a renunciar a sus quevedos en señal de protesta porque no creía que fuera capaz de adquirir habilidades militares, por mínimas que fueran: pensaba que las mujeres no habían nacido para la guerra, y el solo hecho de que el Ejército Rojo hubiese creado la figura de la mujer armada le habría bastado para hacerse anticomunista. Pero el capitán Delle, instructor de tiro y violador múltiple, se entregó con devoción al entrenamiento de la nueva recluta.

Por eso me alegraba que Maya estuviese siempre cerca de ella. Le enseñó a utilizar el cuchillo de combate, a no quedarse boquiabierta y viendo al cielo cuando lanzaba una granada de mano, sino mirar con atención (Maya se habría entendido bien con mi padre, para quien lo más importante, tanto en el arte como en la vida, era tener siempre los ojos bien abiertos), a no olvidarse jamás un maletín en el coche del enemigo.

No obstante, lo que más necesitaba saber un miembro de los servicios secretos soviéticos —y ella se convertiría en una— podía aprenderse a base de largos y lacrimosos interrogatorios simulados. Y así lo hicimos. Cada tarde Maya me daba el parte. Yo la escuchaba y contemplaba sus cicatrices. Nos tratábamos con la cortesía propia de dos personas que no se conocen de nada, pero a las que les toca viajar juntas. Después yo me tomaba un aguardiente, siempre a solas.

En noviembre Pólitov se casó con la Shilova. Sin duda, era una de las chicas más guapas de Pleskau, y si dejó entrar en su vida el horror —que entonces se hallaba en estado latente, pero pronto se verificaría— fue por un único motivo: estaba enamorada.

Yo fui testigo de aquella boda entre agentes que yo mismo había orquestado. A la puerta de la iglesia, mientras los invitados gritaban el típico «¡Vivan los novios!», yo no podía dejar de

pensar que felicitábamos a dos cadáveres (al menos eran dos cadáveres que se besaban). De pie a la derecha del altar de la antigua catedral de Pleskau, entre cirios e iconos sagrados, tenía la sensación de que las cuatro generaciones y media de sacerdotes de mi familia me miraban y se daban cuenta de que su descendiente estaba enviando al matadero a una ratita que chillaba de felicidad al son de las campanas, volví a sentir la imperiosa necesidad de tomarme un aguardiente, aunque todo aguardiente habría sido poco para mí.

El fenómeno gordiano que, en mi aislamiento y afán por cumplir con mi deber profesional, me había llevado a pergeñar una idea tan perversa se desvaneció y sólo quedó el remordimiento. Sin embargo, aquel remordimiento no salía a la superficie, tan sólo me paralizaba las entrañas, me roía el sistema vegetativo, me alteraba el pulso, la tensión arterial, el tono muscular. Y el ritual del pan y la sal, el tradicional juego de robarle un zapato a la novia, la novia con su vestido blanco y el pope con su casulla dorada... todo me hacía pensar en un espléndido funeral rebosante de alegría.

Eso lo sabía sólo yo, pero el resto sabía también que Pólitov estaba casado hacía mucho y había dejado a su mujer en Yekaterimburgo. La Shilova no se enteró nunca, al menos no por nosotros.

Antes de revelarle nuestros planes al flamante matrimonio, todavía había que hacer un último cambio de agujas. La clave del atentado contra Iósif Stalin era la sincronicidad y la cronología. Que el acontecimiento inicial (la incitación a una masacre) realmente desembocara en el desenlace deseado (*exitus letalis*) dependía del desarrollo de los acontecimientos intermedios.

El éxito del Comando Iósif, del que ya le he hablado, era uno de esos acontecimientos intermedios. El comando era una célula secreta de la Operación Zeppelin en el centro de Moscú integrada por dos agentes que, como su nombre indica (*nomen est omen*), debían vigilar a Iósif Stalin. Los dos activistas habían conseguido colarse en Moscú medio año antes, después de saltar en paracaídas, gracias sobre todo a nuestro excelente departamento de falsificación de pasaportes. Llegar a Moscú con documentos falsos, superar los infinitos controles de seguridad de la ciudad —resultado de la paranoia de los rusos con los espías—, encontrar un escondite, construir una vida que diera el pego, no llamar la atención de los comisarios del Partido Comunista en el barrio... todo ello era indispensable para los siguientes pasos. A partir de ahí, sin embargo, los agentes —a los que apodábamos *Todo* y *Listo*— no podían hacer otra cosa que esperar.

Durante todo el proceso, Todo y Listo nos mandaban mensajes más o menos cada dos semanas en las narices mismas de la Lubianka,[39] sólo eso ya daba esperanzas de alcanzar el desenlace deseado (el *exitus letalis*, se entiende), pero el día que, tras un largo intervalo de silencio, nos

comunicaron que el apartamento del Comando Iósif estaba perfectamente camuflado con un contrato de alquiler oficial y que nuestros dos caballeros de la triste figura (que en tiempos habían sido oficiales de la guardia zarista) habían encontrado empleo en una brigada de construcción de carreteras con todos los papeles en regla, la sincronicidad de los acontecimientos ulteriores nos pareció realmente viable. Conseguido el escondrijo de Moscú, ya podíamos revelar los planes a Pólitov y la Shilova. Nuestro superior, el Brigadeführer y pez tropical Schellenberg, quiso hacerlo en persona y en su más puro estilo, es decir: con la correspondiente pompa y boato.

Seis de nosotros viajamos a verlo a Berlín. Una fuerte tormenta invernal sacudía el decrépito Junkers Ju 52 que olía a diésel, a trementina y a vómito de la Shilova. Todo cuanto nos rodeaba gemía, los hierros y las personas, sobre todo nuestra agente especial, que no paraba de vomitar en su bolsita sentada en la última fila con Maya tomándola de la mano. Möllenhauer y Pólitov se limitaban a mirar por la ventanilla. Yo iba delante, tan sólo separado de Hub por el pasillo. Él estaba pálido y demacrado, y tamborileaba con los dedos sin cesar.

«El aire es para los gorriones», le había dicho Opapabaron al zar allá por mil ochocientos ochenta y algo, cuando su majestad, fascinado como todo su siglo por la técnica, pretendía invertir en la construcción de aeronaves (en concreto, en el motor de gas de Lenoir). Los Schilling se habían hundido muchas veces en el Atlántico junto con hombres y ratas, pero ¿precipitarse de un cielo del que normalmente sólo caía lluvia y mierda de gaviota (qué iba a saber mi abuelo del fósforo y el benceno, de las minas y los explosivos) y posiblemente acabar estampado en el suelo como un huevo? Eso era indigno para una dinastía de marinos del Báltico. Visto así, el miedo a volar de Hub tenía raíces historiográfico-familiares, pero me resultaba raro para la imagen que solía dar.

En un momento dado le empezó a sangrar la bella nariz de alto mando de las ss y yo le ofrecí mi pañuelo, de un blanco impoluto. Lo cogió, se lo apretó contra la cara y, cuando la tela se transformó en una acuarela monocroma de Emil Nolde —un tulipán marchito sobre la nieve—, reclinó la cabeza hacia atrás, esbozó una sonrisa ausente y dijo que Ev lo estaba engañando.

—¿Estás de broma? —le pregunté con voz ahogada.

El copiloto entró en la cabina gritando cosas que apenas se entendían bajo el estruendo del huracán. Miró consternado el pañuelo ensangrentado de Hub, se santiguó y desapareció.

No, Hub no estaba de broma: Ev lo engañaba, sólo que él no sabía por qué, cómo, cuándo ni con quién. Dijo que le encantaría contratar a un detective privado, como Erhard en su momento, pero ya no quedaban detectives privados, de modo que me preguntó si le podía enviar a Riga a algún ruso que se dedicara a espiarla, que supiera hacer fotos y documentara toda esa ignominia. Eso era lo que necesitaba.

Yo repliqué, presa del estupor, que no era fácil encontrar a alguien capaz de mantener la boca cerrada. Hub dijo que tampoco hacía falta que mantuviera la boca cerrada, pues una vez hecho el trabajo se le pegaba un tiro y punto.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué?

El avión descendió trescientos pies de golpe.

—Lo que acabas de decir.

—¿Sabes cómo me siento? ¿Tienes la más remota idea?

—Hub —me oí decir en tono empático—, no puedes pegarle un tiro a ninguno de nuestros rusos.

Hub se retiró el pañuelo de la cara, lo contempló como quien contempla un regalo indeseado (cosa que era, sin duda) y me lo puso en la mano.

—Lo sé —asintió con la cabeza—, pero al final mueren de todas formas.

Me empezó a doler la cabeza.

Cuando cesaron las turbulencias, Pólitov se sentó junto a su exhausta esposa y se puso a cantarle una canción cosaca en voz baja:

Con límpida nota suena la campanilla...

Puro veneno en modo menor para maridos cornudos. A mi lado, Hub rumiaba sus sospechas (¿qué sospecharía exactamente?). El uniforme le quedaba perfecto: un uniforme perfecto hecho de hojarasca putrefacta. Olía mal (¿o era él quien apestaba?). Seguro que Ev no se lo lavaba y planchaba desde hacía un año. ¿Qué habría pasado? ¿Qué habría descubierto Hub? Yo lo miraba de reojo, a hurtadillas, y sólo veía recelo. Por poco rompe la ventanilla de tanto tamborilear con los dedos sobre el cristal, sobre el que se había formado una capa de hielo. A veces, daba un puñetazo y entonces todos se volvían para mirarnos.

Después de aterrizar en el aeródromo de Tempelhof, nos recogieron dos limusinas de la Gestapo. Nos deslizamos por la ciudad, gravemente herida, bajo la llovizna: todo eran ruinas y escombros humeantes. Se veía que acababan de bombardear una biblioteca en Lützowplatz. Miles de jirones de papel ennegrecido formaban remolinos en el aire y unas cuantas páginas de Lessing acabaron pegadas en nuestro parabrisas. Hub iba a mi lado como una marioneta desmadejada.

Dejamos a las mujeres (entre las cuales, por supuesto, había que contar a Möllenhauer) en el café Josty. Desde allí Hub, Pólitov y yo nos dirigimos al apacible e intacto barrio de Schmargendorf, donde la Sección VI del SD, nuestra central, había tomado el antiguo asilo de

ancianos de la comunidad judía, un edificio alargado, de ladrillo rojo con impostas de mortero blanco a rayas, como una cebra, y de tejado plano, al estilo de la arquitectura bolchevique.[40] En la sala de oración habían instalado una barra de taberna bávara a modo de cantina. Allí esperamos varias horas sentados en bancos de madera al más puro estilo alpino, dos tercios del grupo tomando sucedáneo de café en tazas de porcelana nazi, el resto, cerveza (las estrellas de David del techo habían sido astutamente tapadas para no amargarle las comidas a nadie). Hub acabó gritándole a un ordenanza por una nimiedad, yo le pedí que se controlara. Se fue al baño y creo que estuvo llorando.

Schellenberg, el pez tropical, nos recibió en su despacho, que no recordaba ni remotamente a la suntuosidad del palacio del Príncipe Alberto antes de que lo bombardeasen excepto por el gigantesco escritorio renacentista del que el Brigadeführer no había querido separarse, muy probablemente por las ametralladoras que tenía instaladas.

—¡Qué se puede decir de este edificio! —exclamó indignado, suspirando y dando golpecitos a la pared con el índice curvado—. ¡Degeneración racial allá donde mires! Al menos enviamos al arquitecto al campo gueto de Terezín a modo de sutil protesta por su estupidez.

No había perdido su perpetua sonrisa arrogante, aunque quizá parecía un poco más helada que en los gloriosos tiempos de las victorias. Recibió al alegre Pólitov y a los pálidos hermanos Solm —ambos al borde del colapso, cada uno a su manera— con amabilidad, si bien sólo tenía veinte minutos, según nos advirtió. Hub se levantó un momento, se quedó de pie, negó con la cabeza y volvió a tomar asiento. Schellenberg se deshizo en elogios al activista Pólitov por su inequívoco parecido con Max Schmeling. Luego, y sin solución de continuidad, le preguntó si tenía agallas para la misión de aniquilar de inmediato al jefe de Estado soviético. Entre fruta y champán, Pólitov ilustró sus agallas con unas cuantas anécdotas. Yo ya me las sabía todas, Hub no le prestó atención.

Esa misma noche el Brigadeführer Schellenberg, tras consultarlo con Heinrich Himmler, dio su visto bueno a la intervención del Comando Pleskau.

La operación recibió el nombre de Momento Estelar.

14

Al día siguiente Hub avisó de que estaba enfermo.

El resto de la delegación de Riga nos dirigimos en coche hasta un campo de tiro bastante alejado de la entrada de Berlín acompañados por dos corteses Standartenführer[41] y una fina lluvia incesante que poco a poco fue tornándose nieve. Allí nos recibió otro envarado comandante que nos condujo a un edificio alargado de una sola planta y con las ventanas tapiadas. En un sótano a diez metros de profundidad, le mostraron a Pólitov todo el equipamiento especial que habían desarrollado para él durante los meses anteriores «guardando el máximo secreto, por supuesto». «Qué secreto no tiene alguna grieta», pensé, y al instante me vino a la mente Ev y nuestro secreto torpe y desmañado a punto de revelarse, y me costó un rato recuperar la concentración en lo que estábamos haciendo allí.

—Con esto se puede volar un tanque —decía en aquel momento el comandante acerca del pequeño artilugio que sostenía casi con delicadeza delante de mi cara. Estaba compuesto por un tubo de metal corto de unos sesenta milímetros de diámetro, una cabeza de granada, varias correas de cuero, cables de distintos colores y un botón detonador. Era un lanzagranadas en miniatura, tan delgado que Pólitov se lo pudo ajustar con las correas al antebrazo desnudo y luego ponerse un abrigo sin que se notase el más mínimo abultamiento de la manga. Pólitov rió y se dio una vuelta como frente al espejo de un probador. Qué cierto era lo de que necesitaba el constante refuerzo.

Nos presentaron otras armas secretas: bombas lapa con detonador electrónico a distancia, pistolas Parabellum especiales que disparaban cápsulas de veneno en lugar de balas, nuevos silenciadores, una moto con marcha atrás. Incluso tuvimos ocasión de ver el diseño del avión especial que trasladaría a la unidad, un Arado-332 de cuatro motores que iríamos a inspeccionar al día siguiente a una fábrica de aviones de Brandemburgo. Todo aquel despliegue de prodigios de la alta tecnología tenía por objeto impresionar y dejar una huella imborrable en nuestro activista estrella —quien se mostraba fascinado y eufórico, lleno de confianza en sí mismo y disposición para lo que fuera—, amén de convencerlo de la superioridad de la técnica militar alemana.

Era indispensable.

Pues, durante nuestra estancia, Berlín fue asolada por varios bombardeos demoledores.

Vimos edificios en llamas, gente huyendo, víctimas de las bombas esperando heridos en los búnkeres, y aquello tenía muy poca pinta de ser la «victoria final».

La mañana siguiente a un ataque nocturno durante el cual casi me volví loco de angustia —preocupado por Hub, por Ev, por mí mismo—, el coraje a prueba de bomba de Pólitov se me hizo insoportable.

Con los nervios destrozados, lo mandé a una tienda a comprarle medias a su mujer, que quería unas medias de nailon que se podían conseguir, suponiendo que se tuvieran buenos contactos en las SS, a cambio de una suma escandalosa —y no valía pagar en cupones de racionamiento— en el Femina-Palast.

De camino allí Pólitov tuvo ocasión de contemplar cómo unas chispas que aún flotaban en el cielo producían un incipiente incendio en un edificio. El fuego, a esas alturas poco más que una nubecilla de humo en la buhardilla, despertó su ambición. Al instante corrió escaleras arriba y, según subía, agarró dos cubos de agua que encontró en un rellano. Finalmente, llegó a la buhardilla donde estaba el foco del incendio, pero antes de entrar por la puerta oyó los chillidos de una mujer desde abajo:

—¡Mis cubos, mis cubos! ¿Qué está haciendo usted con mis cubos?

Pólitov se apresuró a dar media vuelta, corrió escaleras abajo y a continuación le plantó los cubos a la mujer delante de los pies: «Tus cubos, aquí», y salió a la calle y entonces se dedicó a observar tranquilamente cómo el edificio que había querido salvar ardía hasta los cimientos.

«Creo que fue en ese momento cuando nuestro agente estrella empezó a plantearse ciertas cosas», opinaría después Möllenhauer, que iba con él. Huelga decir que al final también él se compró las famosas medias de nailon.

Poco tiempo después Hub me llamó al hotel y me explicó con voz inexpresiva que se había incorporado a un transporte de la Wehrmacht y ya estaba de camino a Riga. Que él tenía que llegar al fondo de ciertas cosas y por esa circunstancia me habían nombrado jefe de la delegación, ya me llegaría la confirmación por escrito. Que cumpliera con el resto del programa tal como estaba planeado.

Oí un clic: la conversación había terminado.

Colgué.

La pensión de lujo del Kurfürstendamm donde nos alojaron aquella vez sigue en pie, pese a los feroces bombardeos de la guerra. Hace un par de años estuve en Berlín Occidental y volví a entrar para ver el vestíbulo. El lujo había desaparecido, pero la puerta giratoria todavía estaba ahí. También se conserva el tapizado en cuero de las paredes de la escalera, oscuro y suntuoso.

Hoy día ya no se pueden imaginar aquellos colores de la antigua capital del Reich, aquel esplendor que hacía pensar en una burbuja pintada por Tintoretto, liberada de todo peso terrenal. Subí hasta el tercer piso y me quedé de pie frente a la que había sido mi habitación, pegué la oreja a la puerta y me oí caminar de aquí para allá durante horas treinta años atrás, y golpear la frente contra las paredes (pum, pum), y recordé cómo me mordía los nudillos porque no podía llamar a Ev a Riga: la probabilidad de que la línea estuviera pinchada era demasiado grande.

Más tarde me acosté. Y más tarde todavía seguía acostado, despierto, muerto de preocupación. Como plomo que se hunde en el agua.

Dormir era impensable, así que me arrastré escaleras abajo hasta el salón del desayuno, donde me encontré a Maya. Había corrido las gruesas cortinas y por los altos ventanales se filtraba la luz de unas cuantas estrellas y de la luna velada por las nubes; en la calle no había faroles de gas, anuncios de neón, automóviles con los faros encendidos ni nada parecido. No era mucha luz, apenas un resplandor gris plata que caía sobre ella y hacía parecer que estaba sentada sobre cenizas, que toda la escena era una grisalla.

El reloj marcaba las dos y media y su tictac resonaba por toda la estancia. Las agujas eran lo único que se movía en todo el salón. La figura de Maya, junto a la ventana, podría haber sido de escayola.

—Se está bien a oscuras.

—Sí —repliqué yo.

—Así no se ve lo fea que soy.

—Tú no eres fea.

—Te doy asco.

—No.

—Te doy lástima.

—No.

—¿No sientes lástima por mí?

—Lo único que me da lástima es lo que te hicieron, no la persona en la que te has convertido.

—Si te quedaras ciego... eso sería lo peor para ti, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque eres pintor.

—Puede ser... Sí, supongo que sí.

Desde la calle nos llegó el sonido de unas risitas: una pareja borracha a pesar del toque de queda.

Por lo demás, la noche estaba en silencio como si estuviésemos en el campo: no se oía un coche, ni gente, ni ataques aéreos, tan sólo el reloj del rincón.

—Para mí no sería lo peor si te quedaras ciego.

La miré. Siempre me había resultado difícil leer lo que decía su rostro, incluso cuando aún era un libro abierto y no un revoltijo de añicos mal pegados.

—Hacía mucho que nadie me decía algo tan amable —le dije.

—¿Hay alguien en tu vida? —respondió en voz tan baja como la mía.

—No.

—Pero tu corazón pertenece a alguien, lo noto.

Oímos una voz ronca y autoritaria a lo lejos: un control debía de haber pillado a la parejita borracha después de todo.

—Si perdéis la guerra... y creo que vais a perder la guerra... Si perdéis la guerra, los dos moriremos, de una manera o de otra. Pero también creo que después, dentro de unos años, todo volverá a ir bien para toda la gente que hemos conocido.

—Sí, puede ser —dije.

—¿Qué te has hecho en la frente?

—Me he estado golpeando contra la pared, arriba, en la habitación.

—Ah, eras tú...

—Sí.

—Pum, pum.

—Sí.

—Te has dado muchos golpes.

—Sí, también me he mordido —dije y le tendí la mano. Maya la palpó y se detuvo en las marcas de los dientes. Tenía los dedos fríos.

—¿Rezamos juntos?

—No, Maya, lo siento.

—¿Por qué no?

—Cuando era niño, rezaba con alguien. No puedo rezar con nadie más.

—De niño es cuando es mejor.

—Maya...

—¿Qué?

Retiré la mano con cuidado, de manera que la suya se quedó perdida en la mesa.

—Me voy a ir a mi habitación.

Bajó los ojos, ahora al menos tenía un poco de color en las mejillas.

—Sí, vámonos los dos a nuestras habitaciones.

Dos días más tarde me llegó un telegrama de Riga:

QUERIDO KOJA STOP VEN POR FAVOR STOP DESGRACIA STOP EV STOP

15

A mi hermana le había preocupado su salud desde siempre. Con sólo diez años, ya se le ocurrían los males más insólitos. Podía entrar en la cocina gritando: «¡Se me están pudriendo las orejas, se me van a caer!» Sus orejas de pronto le parecían tan blanduzcas como los melocotones pasados y no consentía en que nadie le acariciase la cabeza, ni siquiera mamá, pues la más mínima distracción haría que se le cayeran, y entonces habría que enterrarlas y ella se quedaría sin orejas y sin oír nada.

A menudo pensaba en el cáncer, y a veces se metía en mi cama llorando porque se imaginaba que tenía alguna enfermedad de las que había leído en algún libro de Charles Dickens; consecuencia del hambre, por ejemplo. O temía sufrir el síndrome de Pickwick. Cuando ya estaba estudiando Medicina, me explicó que el síndrome de Pickwick había pasado a llamarse «síndrome de hipoventilación por obesidad» y que sólo lo padecían las personas muy obesas y sobrealimentadas, así que era imposible tener hambre y síndrome de Pickwick a la vez. Eso era lo único bueno de las dos enfermedades, que se excluían entre ellas.

¡Lo que había que oír! Pero Ev lo decía en serio. Se obsesionaba y angustiaba muchísimo. A veces conseguía sacar fuerzas de flaqueza y burlarse de sí misma, pero en muchas ocasiones no. Cuando una terrible epidemia de gripe azotó el Congo Belga y en casa compraron plátanos del Congo, por entonces un auténtico lujo, se negó a entrar en la cocina durante tres días. Tenía catorce años y pensaba mucho en la muerte. Para ella, el más allá tenía algo de fascinante, por eso le gustaba tanto rezar, y como sus padres habían muerto y no tenía hermanos ni parientes, y había aterrizado a los ocho años en un planeta desconocido —en tanto que su viejo planeta, la madre tierra de sus orígenes, flotaba por ahí, entre las galaxias, purgada de toda forma de vida—, se moría de miedo pensando que también ella, último espécimen de una forma de vida extinta y, ya puestos, maldita por el Todopoderoso, podía fenecer en cualquier momento de la infección más inimaginable o el trastorno orgánico más ridículo, amenazas que no suponían nada para un nativo del nuevo planeta, pero sí para ella, la última de la vieja tierra. No hacía falta un vendaval para barrerla de la faz de la nuestra, ni siquiera una brisa suave: un hálito bastaba.

Para Ev los meses en Auschwitz tuvieron que suponer la certeza última de que cualquier cosa es posible en cualquier momento, hasta lo más impensable, inimaginable e inconcebible. Y ni siquiera se precisaba un hálito; bastaba, por ejemplo, un iris castaño oscuro.

En comparación con eso, las heridas que le había infligido mi hermano estaban tan desprovistas de misterio que resultaban tranquilizadoras: magulladuras, moratones, edemas, una pequeña brecha sobre la ceja izquierda que había requerido unos pocos puntos de sutura. Con todo, una tormenta de asteroides destrozó la estratosfera de su planeta. Eso supusieron para ella los golpes de su esposo.

Piedras venidas del espacio.

Me recibió en su casa. La pequeña Anna dormía al otro lado de la puerta de su cuarto, pintada hacía pocas semanas. Vi muebles volcados o como a la deriva por la habitación, arrastrados por olas de libros arrancados de las estanterías que ahora flotaban por el suelo. La cara de Ev estaba de todos los colores. Se había tenido que curar ella misma. Para coserse la herida, no había tenido más remedio que pedirle ayuda a Hub, sacudido por ataques de llanto, así que les había bailado la aguja y los puntos habían quedado de mala manera. «Bueno, así cada uno le ha dado al otro su dosis de canguelo», bromeaba con amargura, o diciendo: «¿Tú sabías que “dosis” viene del verbo “dar”?»

No podía salir de casa, ni siquiera al jardín; imagino que no pudo hacerlo durante semanas excepto cuando estaba oscuro. No bastaba con que se pusiera gafas de sol y la bufanda por encima de las orejas. Tampoco dejaron que Olga fuera a limpiar y viera a la señora del Obersturmbannführer en semejante estado, por no hablar de la casa devastada. Ev se negó a recoger, no quiso tocar nada, ni siquiera un objeto, pero no dejó de ocuparse de Anna, que lloraba más que nunca.

Hub se había quedado destrozado, se había puesto de rodillas y le había suplicado que lo perdonase... «Esa mancha roja, esa mancha roja», me contó Ev que gritaba. Se refería a sus escleróticas, que desde niño se le tiñen de rojo cuando se encoleriza, y gritaba y gritaba sin parar.

—Lo nuestro tiene que acabarse —susurró Ev.

—Por supuesto —repuse yo.

—Nos va a matar. Nos va a matar a los tres, lo sé.

—Dejaremos de vernos.

—Ni yo misma lo reconocía. Ya no tenía cara: era todo ojos.

Me dijo que le había pegado una paliza, como si estuviera poseído, cuando ella no había querido contarle lo que había pasado.

Hub había encontrado una única pista, una hoja del diario de Ev. Debía de haberse soltado en algún momento y quedado pillada detrás del cabecero de la cama. Una semana atrás a Hub se le había caído una uva del plato, que fue a rodar debajo de la cama, y como no quería que se pudriera y llenara de moho, o simplemente se quedara seca ahí, movió la cama y ahí apareció la uva, encima de la hoja de papel perdida como un imán sobre una plancha de acero. Levantó el papel y leyó unas pocas líneas acerca de un acto sexual en el que participaba alguien que no era

él. Aparecían palabras que empleábamos Ev y yo, y la fecha, y una mención a un bonito dibujo relacionado con el cuerpo desnudo de Ev. A mí no me mencionaba; bueno, no decía mi nombre, así que Hub le preguntó quién era el afortunado y ella no quiso responderle. Entonces él le exigió que le entregara el resto del diario y ella le mintió: le dijo que lo había quemado, que aquello se había terminado y que se avergonzaba. Que se avergonzaba.

Minutos más tarde Hub tenía que salir hacia el aeropuerto: fue cuando se sentó junto a mí en el avión y viajamos para hablar con los mandos sobre la Operación Momento Estelar.

Ev se quedó consumida por las náuseas, el miedo, el odio a sí misma y los remordimientos, pero con la esperanza de que todo terminase bien. Lo siguiente fue que Hub apareció por la puerta tres días antes de lo planeado.

—¿Quién es? —preguntó ella, y en el mismo umbral de la puerta ya recibió un golpe mientras se secaba las manos de fregar los platos.

Hub abrió todos los cajones de la casa y vació su contenido; movió todas las mesas, armarios y estanterías, y encontró por el suelo unas cuantas uvas, un pedazo de pan, todo tipo de insectos y dos ratones descompuestos.

Pero no encontró el diario, pues Ev lo había escondido muy bien.

Hub, sin embargo, no lo dejó estar. Comprobó la fecha y la combinó con otras, hizo toda clase de conjeturas en relación con el dibujo y las palabras empleadas para describir el *corpus delicti* y llegó a la conclusión de que no había más que una persona capaz de haberlo engañado de una forma tan infame. Entonces la zarandeó y la golpeó una y otra vez, preguntando si estaba en lo cierto, si era quien él pensaba, pues no concebía que pudiera ser nadie más.

—Así que... Por favor, Koja, no sabes cuánto lo siento —lloraba Ev—, pero al final le tuve que decir que estaba en lo cierto.

—¿Y le hablaste de mí?

—No, ¿cómo voy a hacerlo? Eso no se lo creería en la vida.

—¿Y quién más podía ser?

—Tu chófer.

—¿Mi chófer?

—Sí.

—¿Grishan?

—Había estado allí ese día.

—¿Le has dicho a Hub que te acostaste con Grishan?

—Siempre estaba cuando venías tú, y con lo guapo que es... Y, bueno, Grishan y yo salimos a pasear juntos un par de veces el verano pasado en Hallahalniya. Y en aquella ocasión me hizo un retrato que dijiste que te recordaba a Van Gogh, ¿de verdad no te acuerdas?

—Sí, te pintó con la cara verde.

—Y Hub se puso muy celoso al ver aquella cara verde, y dijo que ni se me ocurriera dejarme retratar otra vez por ese ruso.

—Ev...

—Lo siento, lo siento.

—Ev, esto es muy muy grave.

—Lo sé, pero es el único que dibuja aparte de ti.

—Tengo que hablar con Grishan de inmediato.

—Ya lo he hecho yo.

Me imagino que alguien como usted, que se cree que el mundo es una especie de festival de Woodstock y no vivió aquellos tiempos, apenas se hace una idea de lo que significaba aquella frase: significaba que mi hermana había logrado contactar con Grishan antes que su marido, cosa que había que agradecer a la casualidad, o tal vez a una combinación de azar y necesidad o, en último término, al mismísimo Iósif Stalin.

El Hombre de Acero había dado orden al Ejército Rojo de iniciar una gran ofensiva a todo lo largo del frente norte justo dos días antes, el 12 de enero de 1944, y dos millones de obedientes soldados habían atacado nuestras posiciones en Luga y Novgorod mientras mi hermano sacudía a mi hermana, y avanzaban a toda velocidad hacia Leningrado y Pleskau, con lo cual Hub tuvo que quitarle las manos de encima, si bien para entonces ya se hallaba tan arrepentido que no podía más que sollozar. En todo caso, debido a su furor se le había olvidado arrancar el cable del teléfono de la pared y el aparato empezó a sonar. Como un alma en pena, descolgó y respondió:

—Sí, aquí Solm. ¿Qué pasa?

Y oyó un código de números, lo que significaba una llamada de emergencia, y una llamada de emergencia significaba que uno tenía que acudir a su puesto a toda prisa sin ocuparse, por ejemplo, del amante de su esposa.

• • •

Dos horas y cuatro minutos después de la llamada de emergencia, el diligente Grishan llegaba en mi coche oficial, un reluciente Opel Olympia, y aparcaba, de acuerdo con mis indicaciones, frente a la entrada de la casa de Hub, completamente cubierta de nieve, pues así se lo había ordenado yo una semana atrás antes de montar en el Junkers Ju 52 rumbo a Berlín. Iba a recoger a Ev y su hija para llevarlas al aeródromo, de modo que la pequeña Anna pudiera recibir entre risas y balbuceos a su querido padre y a su tío, que en realidad era su padre. Se suponía que sería

una sorpresa para Hub; una de las bonitas, claro. Ése era el plan, que se fue al traste por diversas razones, pero sobre todo por la decisión de Hub de volver a Riga tres días antes.

En aquella vorágine de calamidades se me olvidó informar a Grishan del cambio: nadie le había dicho que ese día no se requerían sus servicios; acudió a la casa sin saber nada.

Así pues, mi muchacho llama a la puerta de la familia Solm por error, pero cumpliendo órdenes (¡qué combinación tan terrible!), a la hora convenida. Se alisa el uniforme y se pone a admirar la bonita composición de ladrillos de un rojo intenso y otro más pálido con que está construida la villa. Unos cuantos copos de nieve se cuelan en la instantánea que muestra a la señora de la casa abriendo la puerta. Grishan se sorprende de encontrársela molida a golpes, manchada de sangre, con cuatro puntos de sutura serpenteantes en la ceja y una cara que no recuerda ni remotamente al retrato que le hiciera en su día. Le piden que entre en una casa como barrida por una tormenta y se entera de toda la historia entre Ev y yo, historia que nunca debería haber sabido y que, sin duda, tampoco quería saber. A continuación le comunican que en realidad ha sido él, Grishan, quien ha tenido trato íntimo con la señora de la casa y que ésa es la versión que tiene que sostener frente a cualquiera que le pregunte, sea quien sea y bajo cualquier circunstancia, por más que sea la primera noticia que tiene —él, Grishan— de tan extraordinario suceso.

Hasta allí llegan las instrucciones de Ev, quien a duras penas puede farfullar con la cara completamente hinchada.

Seguro que Grishan escuchó las indicaciones con los ojos como platos, pero con el máximo respeto y sin juzgar. Seguro que no dijo mucho y su dignidad natural le permitió ocultar la consternación del momento.

Luego, contraviniendo mis órdenes, regresó a Pleskau lo más deprisa que pudo: se lo había pedido la señora de la casa, quien no quería que llamara la atención de su esposo, el Obersturmbannführer Solm, antes de tiempo.

Al oír yo todo aquello, pensé que lo que había hecho Ev era crear un testigo clave: Grishan nos podría chantajear a voluntad, pedirnos cuanto quisiera... o también mostrarse leal, generoso, olvidadizo. Si se le antojaba, podría bastarle con alimentar sus fantasías, disfrutar de su poder e imaginarse a Ev como Dios la trajo al mundo.

Quisiera lo que quisiese, estaba en sus manos.

Me despedí de Ev sin tocarla por primera vez en años. Me limité, como un completo idiota, a recoger dos libros del suelo dejando otros ochocientos tirados, del mismo modo en que había dejado en Riga a mi hija, a Pólitov y a la Shilova.

Sólo con Möllenhauer (perplejo) me dirigí a Pleskau a toda prisa (como anestesiado) en un

transporte sanitario, al encuentro de los dos millones de soldados del Ejército Rojo que venían a por nosotros. El coche que me correspondía como oficial se quedó en la prefectura: preferí no arriesgarme a toparme allí con mi hermano.

Cuando finalmente nos reunimos con el Comando Pleskau —en medio de una ventisca, tiritando por diversas razones y con varias horas de retraso—, reinaba la confusión. Girgensohn *el Glotón* se me acercó corriendo —y aleteando con los brazos—, y exclamó tres veces seguidas:

—¡Nuestro buen Lashkov!

Para luego quedarse mirándome con sus ojillos rojos de conejo hipnotizado, temblando en silencio.

Pasó un cuarto de hora hasta que mi segundo, aquel modelo de eficiencia a la hora de conseguir *delicatessen*, pero negado para cualquier otra tarea, logró explicarme que, la tarde siguiente a mi partida un trineo de caballos, de los corrientes allí, con cuatro hombres vestidos con pellizas de carnero y armados con ametralladoras y granadas de mano, se había presentado en la casita de campesinos cercana al campamento del río donde vivía el comandante Lashkov. Que aquellos hombres con pellizas habían llamado suavemente a la puerta y esperado a que el ama de llaves les abriera para luego amordazarla y atarla de manos y pies, y que enseguida habían encañonado a Lashkov y, tras ordenarle que se pusiera ropa de abrigo, lo habían subido al trineo y se lo habían llevado, barbas al viento como un Papá Noel, delante de las narices de los guardias de un puesto de la Operación Zeppelin que estaba a trescientos metros.

Dicho esto, Girgensohn me llevó al cobertizo de las provisiones. Nos plantamos frente a una tina de metal a la luz trémula de las lámparas de petróleo, él retiró una lona que la cubría y yo tomé conciencia de golpe de que mi galería de héroes a la manera de Jan Vermeer acababa de inaugurarse. Girgensohn dio unos golpecitos con una fusta al bloque de hielo que pocas horas antes habían logrado sacar del fondo del Velíkaya. Contenía, hecho un ovillo, un cuerpo desnudo de un color violeta brillante. Le faltaba el pie izquierdo y le habían arrancado el cuero cabelludo entero y la barba —esto último fue lo que más me impresionó—. Tenía incrustados los quevedos de oro en una de las cuencas oculares de modo que sólo asomaban los dos cristales, como en un cuadro de Georges Braque.

Mandé llenar de gasolina la tina y luego prenderle fuego a aquel cuadro expresionista: la única forma de sepultura posible cuando también la tierra está congelada. Mientras hacíamos el saludo militar contemplando las llamas, Girgensohn se temió que Lashkov, que crujía y se resquebrajaba, pudiera haber revelado los verdaderos nombres de nuestros agentes rusos.

—Hombre —intervino el empático Möllenhauer—, a alguien que le amputan un pie y le arrancan el cuero cabelludo sin anestesia tampoco se le podría reprochar nada.

Pero, claro, los nombres en clave de aquellos activistas que Stalin perseguía por alta traición eran el seguro de vida de sus familias.

Para evitar males mayores, sólo nos quedaba desmantelar la escuela de agentes y el campamento del río y abandonar Hallahalniya. De todas formas, como nos informó Möllenhauer, el frente se acercaba cada vez más, y la artillería soviética estaba segando las divisiones alemanas como una cosechadora enorme y monstruosa.

Ordené una evacuación de emergencia y conseguimos llegar a Riga a pesar de los bombardeos nocturnos de las fuerzas aéreas soviéticas. Al otro lado del río, las bombas alcanzaron un almacén de munición que estuvo ardiendo durante dos días.

Todo aquel caos se mezclaba con mi agitación interior porque no había logrado localizar a Grishan ni en Pleskau ni en Hallahalniya, donde pasé a recoger mis pertenencias personales. Por fin, en el campamento del río, di con Teich *el Esbirro*. Estaba cargando los archivadores metálicos a prueba de incendios que contenían los archivos del personal en uno de esos magníficos camiones Magirus Deutz mientras otros sacaban al patio y amontonaban toda clase de cosas que se esperaba que pudieran transportarse también: colchones y mantas, alambre de espino, pupitres y hasta dos cachorritos. El caso es que Teich me informó de que Grishan se había marchado a Riga con todo nuestro material, cumpliendo la orden especial que el Obersturmbannführer Solm había dado nada más regresar de Berlín, en el Opel Olympia; es decir, en mi coche oficial, y luego añadió, con evidente malicia, que, dado que no tenía vehículo propio, no tenía inconveniente en que huyéramos ambos en el suyo, a lo que yo, para su sorpresa, respondí que no era necesario: que su vehículo y su chófer quedaban requisados con efecto inmediato para las necesidades de su comandante —o sea, las mías— y que yo tampoco tenía inconveniente en que él viajase en la trasera del camión con los archivadores de metal a prueba de incendios.

Cuando llamé a Hub por la línea de teléfono abierta, nos limitamos a aclarar cuestiones de la operación, sin mencionar su deplorable comportamiento, mi visita a Ev ni la situación de Grishan.

Me comunicó, con voz de autómata, que por el momento no había ningún cuartel disponible para mi unidad en Riga y que, por tanto, tendríamos que trasladarnos al zoo con los caballos, las vacas y los cerdos de Hallahalniya. Que no podía hacer más por nosotros. Fin de la discusión.

El convoy emprendió el viaje a la noche siguiente por la carretera cubierta de nieve y bajo el hostil resplandor de una luna llena: desde el aire, caballos, limusinas, camiones y el solitario

tanque que nos acompañaba debíamos de parecer un angosto río de un blanco lechoso con algunos puntos negros que se dirigía sin participación alguna de su voluntad hacia el Báltico. El previsible ataque de un avión soviético que pasó a muy baja altura sobre nosotros provocó el incendio del camión que transportaba los cerdos —el conductor logró salvarse, pero estuvo días oliendo a torreznos—, aunque conseguimos llegar a Letonia y finalmente a mi ciudad natal, que dormitaba como si en ella reinase la paz más absoluta.

Tal como se nos había ordenado, nuestros doscientos rusos montaron su campamento en el zoo de la ciudad, que estaba en el idílico barrio residencial de Kaiserwald, no lejos del campo de concentración del mismo nombre, con lo cual el personal a cargo del campo podía ir allí a trabajar por las mañanas y volver por las tardes, dando un agradable paseo, a las villas requisadas a los judíos, e incluso, a mediodía, darse una vuelta por el zoo. Esta última posibilidad explicaba de algún modo que esas instalaciones no se hubieran cerrado a pesar de la guerra. El jefe del campo, el comandante Sauer, quien los fines de semana despertaba con las alegres fanfarrias de una elefanta blanca de Siam —su villa quedaba justo frente a la entrada principal del zoo—, amaba tanto a los animales que les daba raciones diarias de la comida de los prisioneros para que no pasaran hambre. De esta forma, las grasas que pudieron haber consumido éstos, escasas de por sí, se destinaron a los osos polares, de modo que el pelo no fuera a ponérseles opaco. Así, cuando nosotros llegamos nos encontramos con una fauna asombrosamente bien alimentada.

El parque albergaba numerosas especies exóticas con las que teníamos que convivir y, comprensiblemente, la mayoría de los activistas prefería dormir cerca de la bien caldeada zona del terrario: el orondo caimán del Misisipi al que los letones habían bautizado como *Hociquito de miel* necesitaba una temperatura tropical, además de humedad, al igual que las anacondas, boas, iguanas y gecos que lo ponían a uno de buen humor y no metían tanto ruido como los chimpancés, que a veces, encima, podían lanzarle a uno sus excrementos. Todo un destacamento de rusos acampó en el recinto de los elefantes; otros procuraban acurrucarse cerca de las jaulas de los grandes felinos para aprovechar el calor corporal de los tigres, etcétera. El importante número de caballos de la unidad —peludos koniks que soportaban bien las bajas temperaturas de enero— fueron a parar al amplio terreno destinado originalmente a los gamos.

Las ocho vacas que habíamos cargado en los camiones con las patas atadas para poder transportarlas desde Hallahalniya no llegaron ilesas porque algunos rusos se sentaron encima de ellas durante el trayecto pese a la prohibición explícita de hacerlo y los bramidos de los pobres animales: simplemente no les apetecía estar de pie durante horas. Una de ellas murió bajo el peso de media docena de tártaros de Crimea que se pusieron a cantar y a mecerse agarrados del brazo. Al menos después pasamos una semana entera comiendo filetes y chuletas, lo cual elevó un poco los ánimos de la tropa a pesar de la desmoralizadora retirada.

A Hub no lo vi hasta pasados unos días: me mandó llamar a la sala de reuniones que habían improvisado en la pajarera. Estaba salpicada de papagayos azules y rojos que sabían decir «*Heil*» y «Hitler» —eso sí: uno que decía «*Hitler kaputt*» dio pie a una investigación política dentro de la unidad y el antipatriótico bicho terminó en una cazuela— y que me miraban fijamente, silenciosos como peces, mientras me apuntaban con sus grandes picos de fusil.

Hub me estaba esperando en la puerta envuelto en humo de cigarrillo. Aún era temprano, pero en vez de darme los buenos días dio media vuelta sin decir palabra, se subió el cuello del abrigo y se puso en marcha obligándome a ir tras él. Cruzamos el zoo en silencio y, después de rodear el estanque de los cisnes —entonces congelado—, me di cuenta de que se dirigía al recinto de los lobos, que quedaba apartado del resto. Allí no había soldados acuartelados, pues no era más que un cobertizo de madera sin ventanas donde la manada se podía meter si hacía frío o viento.

Enfrente estaba mi coche oficial: el Opel Olympia desaparecido. «Dentro estará Grishan, de un modo o de otro», pensé, pero cuando nos acercamos fueron dos SS los que se apearon y nos hicieron el saludo militar. Hub asintió con la cabeza, enterró la colilla en la nieve y dijo que iríamos solos él y yo, que nos esperasen delante de la puerta; obviamente habrían preferido esperar dentro del coche, y pusieron la cara correspondiente.

El temblor en las manos me confirmó que estaba alerta y que mi instinto no me engañaba.

Uno de los hombres quitó la cadena del portón del recinto de los lobos y abrió para dejar pasar a Hub, que avanzó a grandes zancadas, terminó de abrir la puerta de golpe y, tras volverse, me indicó fríamente que pasara delante.

La oscuridad que nos rodeaba y el penetrante olor a orines de lobo me cortaron la respiración. Hub accionó un interruptor y una bombilla desnuda se iluminó por encima de nuestras cabezas. Grishan estaba hecho un ovillo sobre el suelo de barro en un rincón. Lo habían amordazado y tenía las manos encadenadas sobre el vientre —se veía que le habían arrancado las uñas de los dedos índice y corazón de ambas manos— y las piernas atadas con un cordón.

—«El pájaro en el limo se ha posado» —dijo Hub.[42]

—¿A qué viene eso?

—Este pájaro, que se ha reído de nosotros.

En ese momento supe que torturar a Grishan no había servido de nada: lo que él sabía de mí seguía bien guardado, intacto, detrás de sus ojos hinchados y costrosos, que parecían pintados sobre madera de tilo por el Maestro del martirio de San Erasmo,[43] y con los que apenas debía de ver.

—Se ha reído de nosotros —insistió Hub—. Mientras tú te ocupabas de Ev, él se reía. Cada vez que salías de la casa, se iba con ella y se reía de nosotros.

—Desátalo y déjalo irse —le dije furioso.

—Un amigo le dice al marido: «Oye, creo que tu mujer es una fiera en la cama...» «Bueno —

responde éste—, unos dicen una cosa, otros dicen otra...»

Su risa sonó gutural, amarga; en realidad, no era una risa.

—Pareces otra persona, Hub: estás completamente fuera de ti.

—El pájaro lo ha confesado todo.

Le hice saber que no me parecía bien que torturase a mi fiel escudero, a mi asistente, a mi hombre de confianza, y mucho menos que le hubiese dado una paliza a nuestra hermana adúltera. Él se disculpó y reconoció que se arrepentía de lo que le había hecho a Ev, luego avanzó tres pasos hacia Grishan y le pegó una patada en la cara con el tacón de la bota. Mi chófer escupió un diente y enderezó el torso envuelto en un aura de dignidad. Incluso cuando mataba por mí a los traidores de Hallahalniya, estrangulándolos, ahogándolos o asfixiándolos con un paño de cuero en el establo, estoy seguro de que lo hacía con la mayor decencia y dignidad de las que es capaz un verdugo.

Le dije a mi hermano que ya bastaba, que ya se había quedado a gusto y que yo me ocuparía de Grishan.

—No, Koja, espera un poco.

—En tiempos quisiste ser sacerdote, Hub. Dejémoslo aquí, por favor.

Pero Hub me respondió con una sonrisa que no le conocía y se dirigió hacia el extremo opuesto del cobertizo. Descorrió el cerrojo y empujó la pesada y chirriante puerta de madera hasta que vimos la nieve, los senderos de tierra marronácea que habían abierto en ella los lobos y los propios lobos, que parecían esculturas de granito azul grisáceo repartidas por aquel mundo vallado que no acababan de comprender, como revelaban sus miradas inmóviles e interrogantes. Hub volvió y se acercó a una mesita de donde cogió un recipiente esmaltado que hasta entonces no me había llamado la atención. Con éste en la mano, se inclinó sobre Grishan y se puso a recitarle con voz dulce:

—«El pájaro en el limo se ha posado, / no para de aletear, pero es en vano.»

—¿Qué es esto? —pregunté.

—«Un gato negro se le acerca sigiloso, / afiladas uñas, fuego en los ojos, / trepa por el árbol y sube y trepa...»

Hizo una pausa y estiró el brazo derecho con el recipiente en alto, como si quisiera echarse su contenido por la cabeza.

—«Y el pájaro lo tiene cada vez más cerca.»

Vi cómo metía los dedos de la mano izquierda en el recipiente y sacaba un trozo sanguinolento del lomo de una de las vacas de Hallahalniya.

—No lo hagas, Hub —conseguí articular entre dientes.

—«Piensa el ave:/ si no es otro mi destino / y va a comerme el gato,/ para qué perder el rato / renunciando a mis trinos.»

Él dejó caer la carne sobre el regazo de Grishan.

—«Así que tan contento seguiré trinando.»

—Hub, vuelve en ti, esto es enfermizo.

—«¡Parece que tiene humor este pájaro!» —susurró Hub, luego se levantó y depositó el recipiente en el rincón sin hacer ruido para no asustar a los lobos.

Grishan se inclinó hacia un lado y, con uno de los dedos en carne viva, dibujó una cara en el polvo: un círculo con un palito a modo de nariz, una boca sonriente y, finalmente, dos pequeñas ondas que representaban los ojos cerrados: una carita dormida, o soñando... el sueño de una vida o de una muerte.

—¿Vienes? —me dijo Hub ya con el picaporte en la mano, al tiempo que el primer lobo se preparaba y daba un primer paso cauteloso hacia nosotros.

—Voy —le dije, y esperé al último momento para tomar impulso, tal como me habían enseñado. Hub cayó al suelo al lado de la puerta con una expresión de infinito asombro, el segundo golpe le rompió algo, creo que la nariz, y entonces empezó a defenderse y nos enzarzamos en una pelea.

En algún momento vi que los dos SS nos miraban desde arriba, luego fue un lobo el que se acercó a mirarnos. Hub les gritó a uno y otros que se fueran a tomar por el culo, orden que los SS obedecieron de inmediato, pero que el lobo no cumplió hasta no haberse llevado de un mordisco el pedazo de carne del cuerpo de Grishan. Mi hermano acabó a horcajadas sobre mí, abofeteándome la cara una y otra vez con la mano abierta; yo ya no podía más, tan sólo le deseaba la muerte. Le grité que amaba a Ev y que yo era el culpable de todo, que yo era quien lo había deshonrado y no Grishan, que era el honor personificado. Todo eso le grité a mi hermano a la cara, y él se apartó, como quien ya está saturado de dolor. Lo único que me callé fue lo de Meyer y Murmelstein, y, por supuesto, lo de mi hija Anna: mi puntito de luz blanca al final de esa garganta en la roca que es esta vida.

Luego me quedé callado. Para entonces todos los lobos habían entrado ya en el cobertizo y nos rodeaban sin moverse, callados y reservados como un público fascinado. Uno se puso a lamer del suelo la sangre que bien podía ser de Grishan, de Hub o mía.

Hub asintió con la cabeza con expresión ausente.

—Conque eras tú —dijo con voz suave. Ya no había ni un ápice de locura en su mirada.

Luego abrió la pistolera, sacó su Walther PPK y le pegó un tiro en la frente a Grishan, cuyo cuerpo cayó hacia atrás, pero rebotó en la pared de madera y volcó como un fardo hacia delante, de modo que su cabeza fue a caer justo encima de la carita soñadora.

16

Mamá llegó a la estación en abril. Yo no la había visto en casi dos años y me resultó más parecida que nunca a un pájaro de presa. También me recordaba a papá: tenía su labio leporino y bostezaba como él.

Ya había dejado de llorar —lo consideraba impropio—. Quizá, habiendo adquirido tantos rasgos que recordaban a mi padre —le habían salido los mismos lunares en el pómulo, creo que por pura fuerza de voluntad— de nuevo lo sentía cerca. De ser por ella, jamás habría abandonado Poznan, pues el paseo diario a la tumba siempre la alentaba: cuando menos tenía garantizada media hora de charla con él, preferiblemente en francés, como en la corte del zar, o en su defecto en ruso, lengua que echaba de menos. El letón, por el contrario, no le había gustado nunca, y tampoco los letones, a los que consideraba campesinos toscos, mojigatos y brutos. No veía motivos para regresar a Riga.

Pero Hub se lo había pedido. Por telepatía, por teléfono y por carta, primero firmando como «Hubsi» y después incluso como «Hubsito». La necesitaba: Ev había vuelto a trabajar, esta vez en el hospital militar alemán, y alguien tenía que cuidar de Anna... y de Ev.

Todo contacto entre mis hermanos y yo se había roto. Hubsito me trataba de usted. Cuando coincidíamos en alguna reunión para hablar de nuestras misiones me daba la mano igual que a los demás, pero no me la estrechaba, sino que me ofrecía una aleta de foca fláccida, como retándome a estrujarla y destrozarla del mismo modo en que había destrozado todo lo que era suyo. También yo me acostumbré a no mover ni un músculo de la mano, con lo cual nos saludábamos como los cadáveres de dos ahogados que la marea hace chocar en el agua, y yo, en cuanto podía, iba a lavarme el veneno cadavérico de la mano.

Ninguno de nuestros compañeros y colaboradores notó nada, más allá de mi manía de lavarme o la extraña condescendencia con que me trataba Hub: mera cortesía exenta de tensión vital, igual que la mano que me ofrecía al saludarme.

Girgensohn *el Glotón*, Teich *el Esbirro*, y Handrack *el Cansino* desplegaron sus antenas buscando reorientar sus lealtades porque había corrido la voz de la pelea en el cobertizo de los lobos, y también hay que reconocer que no es normal ver a dos hermanos tratándose de usted, aunque, por otra parte, a Hub lo trataba de usted todo el mundo. Ya vio con sus propios ojos, mi querido swami, la que se montó aquí cuando tuteó a mi hermano el día que entró por esa puerta, ¿o igual se le ha olvidado que le respondió llamándolo «mariconazo»?

Möllenhauer fue el único que se mantuvo incondicionalmente de mi lado, en parte porque yo hacía la vista gorda ante su afición a las saturnales con camareros o ágiles prostitutos, afición que podía costarle la cabeza. Todos los demás me ponían buena cara, pero trataban de escabullirse como lagartijas por las rendijas de los muros.

Ni que decir tiene que mamá captó enseguida que estaba pasando algo muy grave. No hubo Roter Herbstkalvill, ni tarta de manzana, ni velada de juegos que consiguieran convencerla de lo contrario. Con profundísimo pesar, hubo de asumir que, entre Ev y Hub, entre Hub y yo y entre Ev y yo se cernían nubes negras que ella trataba de dispersar en vano. Hasta amenazó con marcharse a Poznan con papá, que nunca discutía con ella ni con nadie más (estaba muy contenta de que, en el cementerio, no lo flanquearan dos señoras, «¡ni Dios lo mande!», sino dos caballeros muy cultos y de trato fácil: Jeremías von Ottenklonk y Peter Johannson, a izquierda y derecha respectivamente). Hub le había cedido la habitación más bonita de su villa, a saber, su antiguo dormitorio, renovado por entero: había arrojado al fuego la cama mancillada, repintado las paredes manchadas por el horror y colgado montones de cuadros y bocetos de papá, más precisamente los de tipo patriótico; por ejemplo, *Caballeros galopando sobre el lago Peipus helado* y otras cosas por el estilo.

Como mamá seguía añorando a papá, al llegar la primavera mi hermano empezó a organizar espeluznantes domingos en familia; incluso íbamos juntos a la vieja dacha de Jugla, que papá adoraba y Hub había vuelto a alquilar, quizá porque allí no había un solo lugar donde Ev y yo hubiéramos hecho el amor alguna vez.

En Jugla, claro, no me podía tratar de usted, pero evitaba con sistemático rigor dirigirse a mí. En la mesa no se notaba, pues podía decir, por ejemplo: «¿Me pasa alguien la sal, por favor?» La cosa se complicaba cuando jugábamos los cuatro a las cartas, lo que resolvía con una construcción impersonal digna de Federico de Prusia:

—Procede salir.

Llamaba la atención lo respetuoso y tierno que se mostraba con Ev, para empezar porque jamás llevaba uniforme estando ella presente. Ella también se esforzaba por propiciar una cercanía que no se me hacía falsa, pero sí demasiado esforzada y, para colmo, insuficiente. Los dos se deshacían en muestras de cariño con Anna. Cuando la picó un ganso, Hub corrió a soplarle la herida.

Yo hacía todo lo que podía por no enviarle a Ev ninguna señal, ni siquiera de preocupación. Incluso intenté convencerme de que me había mentido y Anna era, en realidad, hija de mi hermano. Me empeciné en creerlo aun teniendo la certeza de que no era así; al fin y al cabo, pensaba, no hay nada más fiable que la duda. A la vista de la fatalidad que se cernía sobre

nosotros, intenté enterrar en el hoyo más profundo cuanto había sentido por ella desde siempre, del mismo modo en que los romanos enterraron sus tesoros al saber que los germanos se precipitaban sobre ellos.

Un día de primeros de junio invité a Maya a visitarnos, aunque lo hice sólo por darle gusto a mamá.

Durante semanas Maya había tratado de respetar mi deseo de que mantuviéramos una respetuosa distancia, pero todo se fue al traste la tarde que se presentó en mi villa de Kaiserwald para darme el parte del día y, tras pasarse cinco minutos llamando al timbre y otros cinco golpeando la puerta, entró por la ventana de la cocina, que estaba abierta, y en vez de encontrarme sentado al escritorio, como de costumbre, me halló tirado en el suelo en medio de un charco de orines que, al igual que mi sangre, contenían un porcentaje de alcohol cercano al del coma etílico. A la mañana siguiente me desperté en mi cama, lavado y perfumado. Ella estaba acostada junto a mí, y conversamos y lloramos hasta que, dos horas más tarde, se subió con cuidado encima de mí, se deslizó lentamente y alargó una mano hacia mi pene para luego llevarlo al sitio que cuatro años antes había sido el idóneo.

Mamá se llevó una verdadera alegría al conocer a mi *petite amie*, a mi «noviecita», como ella decía. La conversación en ruso siempre la animaba. Al instante le tomó cariño, en parte por los poemas de Turguéniev que ella se sabía de memoria.

Me resultaba muy extraño estar con Maya en Jugla. Me sentaba con ella en la endeble mesita que había debajo del tejo y veía las ramas a punto de llenarse de hojas, y adivinaba la sombra que en otro tiempo había caído sobre Mary-Lou ahora cayendo sobre ella. El jardín entero aún estaba lleno de aquel verano con Mary-Lou: no me habría extrañado que empezaran a caer del cielo billetes de dólar del Monopoly, y que papá, atado al manzano, aletease con los brazos intentando atrapar alguno mientras mis hermanos discutían a gritos. Todos los veranos se parecen; cuando hace calor no echas en falta a quienes has perdido o han muerto, simplemente no quieres ser tú el que muera.

Pese al sol radiante, Maya llevaba el vestido de cuello alto y manga larga que mantuvo durante toda la temporada de calor. Un chal ocultaba las cicatrices de su cuello. Tan sólo su cara rajada y su sonrisa de payaso quedaban al descubierto, y siempre me pedía que mi cara, mi mano o alguna otra parte de mi cuerpo mediara entre mi familia y su tormento. Yo era incapaz de hacer tal gesto delante de mi madre, que se creía que hablarle a Maya todo el rato de la belleza interior era la mejor medicina posible.

Por mi parte, yo amaba aquellas cicatrices, todas y cada una. Habría podido pasarme el día entero contemplando aquellas huellas de la mezquindad y la ignominia del ser humano a las que

mi amante había sobrevivido igual que había sobrevivido a estar conmigo. El jardín mismo, floreciente de recuerdos, era como un sobreviviente que se viste con las ropas de los muertos para no ser descubierto. ¡Era tan hermosa a pesar de todo! Sólo había que estar con ella a solas para descubrir la belleza espiritual de la que tanto hablaba mamá. A diferencia de Ev, no habría despertado el menor interés en uno de esos bailes en la Ópera, en un salón literario, ni siquiera en aquel soberbio jardín. Sin embargo, cuando estaba acostado junto a ella por las noches, contemplando el delta que formaban en su blanca espalda las cicatrices de los latigazos, o las líneas de sus mejillas, en las que, al contrario que en su espalda, no crecía un suave vello por el que yo pudiera pasar la lengua, era para mí como Queequeg, el arponero caníbal de *Moby Dick*, cuyas mejillas tatuadas también atemorizaban a mucha gente, y yo me convertía para ella en Ismael, un nombre que ella había empezado a pronunciar casi como un conjuro después de que yo le leyera el libro en voz alta, pues Ismael es el único sobreviviente del *Pequod*, y Maya rezaba todas las noches para que también yo sobreviviera.

Se había convertido en mi colaboradora de mayor confianza en Riga.

Entonces no supe verlo, pero sustituyó a Grishan en mi vida y, al igual que él en su día, cerró la brecha con los activistas rusos y su manera de ver el mundo, pues para los rusos es importante ver a un superior como un ser humano.

De la desaparición de Grishan nadie habló jamás, lo que, paradójicamente, ponía de manifiesto que notaban esa desaparición y los llenaba de temor. La aceptaron como el montañero anticipa que en la alta montaña siempre puede producirse un alud. Incluso Möllenhauer se comportaba como si nunca hubiera existido el antecesor de mi nuevo chófer, que no era nuevo en absoluto, sino viejo, puesto que era el Bebedor, quien, por su parte, se comportaba como si siguiéramos en Besarabia. Una vida humana apenas contaba, y la vida de un ruso era la vida de un ruso, o sea: nada.

Maya lo sabía y, tal vez por eso, en el trabajo se mostraba eficiente y distante —desdeñosa incluso—, y actuaba con la frialdad y la determinación de un arponero.

Sólo en Jugla, en aguas desconocidas, ella era la ballena herida que recibía arponazos. Hub la trataba con una cortesía hostil y un desprecio apenas perceptible: racialmente hablando, era tan inaceptable como Mary-Lou. Desde luego, ignoraba que su hija supuestamente aria no sólo no era su hija, sino que ni siquiera tenía una madre aria.

Lo más curioso de la paranoica vida de un espía es que uno acaba acostumbrándose a la ventaja que supone saber más que otro. Me habría encantado conservar para siempre la voluptuosidad que me producía entonces saber más que Hub. Y ojalá mi hermano no hubiera descubierto nunca la verdad: se habrían salvado muchas vidas.

Semanas más tarde, tras levantar el campamento del jardín zoológico (no sin llevarnos uno de los valiosos tapires, una criatura adorable), mi unidad se instaló en el paseo marítimo de Riga. Allí reconstruimos la escuela de agentes en dos antiguos hoteles balneario y reconvertimos en cuartel una villa Jugendstil.

Cada tres días los mandos nos reuníamos con Hub para hablar de la situación de nuestras misiones. Me tendía la aleta fláccida, se sentaba a escuchar los informes callado y amenazador y, llegado el momento, preguntaba cómo era posible que Iósif Stalin continuara con vida.

Era una puya dirigida a mí.

No obstante, mi unidad avanzaba a buen ritmo hacia el Momento Estelar y yo cumplía diligentemente, pese a la enorme presión que suponía recordar la frente agujereada y el cráneo reventado de Grishan, que también alimentaba mis recurrentes pesadillas. Sólo me ayudaba concentrarme por entero en la preparación del asesinato. Me lo imaginaba como una composición pictórica, como Miguel Ángel debió de haber imaginado su Capilla Sixtina antes de empuñar siquiera el pincel. La mía era una Capilla Sixtina del horror, y para culminarla no sólo contaba con mi voluntad, sino con la enorme suma de cuatro millones de marcos del Reich aprobada por el mismísimo Heinrich Himmler: una fortuna con la que se habría podido comprar media brigada de tanques.

Claro que la creatividad no tiene nada que ver con el dinero: es ante todo el gozo de combinar elementos, ensayar perspectivas, transgredir límites... En otras palabras, tiene que ver con la plasticidad del cerebro, y el mío (por entonces aún sin la bala que lo inutiliza, como usted sabe) desplegaba toda su capacidad plástica con el fin de crear la mejor leyenda posible para nuestro salvador, el activista estrella Piotr Pólitov, pues su leyenda era el núcleo creativo de la misión, un núcleo que sólo yo podía crear, como Dalí había creado el surrealismo a partir de sueños sin pies ni cabeza.

Finalmente decidí ir a lo grande: sopesadas las opciones, me pareció que la mejor era transformar a Pólitov en un laureado capitán de artillería: tenía que ser un auténtico héroe de la Unión Soviética, un camarada herido en varias ocasiones, al mando de un cuerpo del ejército de los que luchaban en el frente y con la tarea de conseguirles vehículos y cañones. Esa misión le brindaría la oportunidad de viajar por el interior de la Unión Soviética, aprovechar los alojamientos destinados a los oficiales en tránsito y —mientras su amenazada salud lo permitiera— quedarse luego en Moscú sin despertar más sospechas de las habituales. En la capital, a la que Pólitov y su Shilova llegarían en moto después de que los lanzáramos discretamente en paracaídas al abrigo

de la noche —ya me lo había imaginado todo, y el plan era tan perfecto como un lienzo de Canaletto—. Luego se dirigirían al apartamento alquilado por el Comando Iósif, y desde allí Pólitov, con el apoyo de nuestros agentes Todo y Listo, dedicaría las semanas siguientes a estudiar la situación para averiguar de qué modo se podían tener los órganos vitales de Stalin lo más a tiro posible.

Hasta aquí mi etapa rosa.

Pólitov también debía ser creativo, y para ello contaba con toda suerte de recursos proporcionados por Girgensohn *el Glotón*: balas envenenadas, una pistola automática y una metralleta, dos granadas de mano, una bomba lapa con detonador a distancia y aquel ultramoderno lanzagranadas que nos habían enseñado en Berlín y que llamaban *Panzerknacke*, el «revientablindajes», capaz de atravesar la limusina blindada que llevaba a Stalin al Kremlin cada mañana, según nos habían informado los agentes del Comando Iósif.

El cuadro ofrecía gran riqueza de colores, si bien sólo hallaría un lugar en la historia del arte si la realidad conseguía estar a la altura de la fantasía. El talón de Aquiles era el largo intervalo, quizá de varios días, desde que nuestro avión dejara a los agentes al otro lado de las líneas soviéticas y su llegada a la casa de seguridad de Moscú.

Para minimizar en lo posible el riesgo, el taller debía trabajar con absoluta precisión.

La tarea de Möllenhauer era conseguirle al espía de espías los uniformes adecuados, las condecoraciones, las armas y los medios de transporte, además de dinero en efectivo para una posible estancia de varios años: un millón doscientos mil rublos en billetes de cinco y diez chervonzes, una cartilla de ahorros con cinco mil rublos, mil dólares americanos y quinientas libras esterlinas.

El capitán Palbyzin, un Da Vinci de la falsificación, debía proveerlo de documentos con apariencia de auténticos, cosa que consiguió con una calidad impresionante. De su mano maestra surgieron la cartilla militar de Pólitov, su orden de traslado a Moscú, treinta órdenes de incorporación en blanco para los sitios que fueran, cartillas de racionamiento, permisos, el carnet del Partido, uno del NKVD y otro del SMERSH, tres certificados de alta hospitalaria, diversas certificaciones de heridas de guerra y ciento ocho sellos de goma de todas las secciones militares, hospitales y autoridades habidas y por haber.

Palbyzin también enseñó a Pólitov a escribir con distintas caligrafías —de modo que, desde el punto de vista grafológico, se desdobló en cinco Pólitovs distintos— y lo ilustró sobre los distintos procedimientos administrativos y los entresijos de la emisión de documentos personales en la Unión Soviética.

Por último, el capitán Pavel Delle, nuestro violador de confianza, formó a Pólitov en el combate cuerpo a cuerpo y el manejo de toda clase de armas, incluido el complejo *Panzerknacke*,

que era la opción más realista para que Iósif Stalin, o más bien su cadáver, se ajustara lo más posible a lo que yo había imaginado.

Como la leyenda de Pólitov que me había inventado implicaba que era un héroe de guerra gravemente herido, exigí lo que los antiguos llamaban «mímesis» o *imitatio*.

Así que mandé llamar a Pólitov, con quien tenía una relación excelente desde que había sido su padrino de bodas, y le expliqué el concepto: del mismo modo, empecé, en que los indefensos sírfidos, también conocidos como «moscas de las flores», imitan muy convincentemente a las abejas europeas en el modo de volar y de zumbar y en su aposematismo; es decir, aclaré, en sus estrategias para defenderse de los pájaros, también él, el gran Pólitov, concluí, debía convertirse en un insecto perfectamente camuflado, para lo que era indispensable que luciera las heridas de guerra que caracterizaban a su *alter ego*.

Pólitov asintió con gesto serio y viril, pero no entendió una mierda de lo que quería decirle. Sé muy bien, mi querido swami, que a veces me expreso de una forma asaz barroca —que mis enemigos describen como enrevesada—, de modo que lo volví a intentar en otros términos: le expliqué que nuestro Führer y canciller del Reich había decidido enviar al salvador ruso de Europa; es decir, a él, a Pólitov, detrás de las líneas enemigas en la figura de un tullido.

—¡A sus *órrrdenes*! —dijo él obediente.

Para que tal camuflaje resultara lo más convincente posible, proseguí, los mejores cirujanos del hospital militar de Riga le romperían los fémures (con anestesia) y luego se los recompondrían del revés, de lo que resultaría un tullido de lo más creíble.

—¡A sus *órrrdenes*!

Me alegré de que se lo tomara así de bien, por eso me apresuré a añadir que, además, estaban pensando en dejarle un pie zambo, pues un pie zambo se ve de inmediato.

—¡A sus *órrrdenes*! ¿Y cómo después correr agente Pólitov?

—¿Correr? —pregunté.

—Correr —confirmó—. Rápido, mucho.

Y recorrió el pasillo a toda velocidad para ilustrar lo que quería decirme. Entonces me acordé de que, en su juventud, había sido campeón de atletismo.

¿Cómo le iba a decir que difícilmente alcanzaría a correr una vez cumplida su misión? Era obvio que iba a morir como mártir ruso por las SS y por Adolf Hitler, o, ya puestos, por la humanidad, sólo que él parecía ser el único que no había caído en ello... y nadie tenía el detalle de advertírselo.

De hecho, la principal desventaja de mi bello cuadro residía, precisamente, en que ya no tenía colores para el momento decisivo de después del atentado: no había ni el más mínimo boceto de

un plan de rescate, ni plan de fuga, por rocambolesco que fuera, para el señor y la señora Pólitov (más allá de pegarse un tiro, tomarse una cápsula de cianuro o llevar encima una bomba y estallar con ella). Sólo pensar en ello me parecía una ingenuidad pues, con independencia del éxito o fracaso de su misión, el único final posible era la captura de la valiente pareja de activistas... y luego la tortura y la muerte.

Así, cuando Pólitov me preguntó cómo iba a correr después de la operación, no le expliqué que sus posibilidades de sobrevivir después del atentado equivalían a cero... aunque tal vez tendría que haberlo hecho, teniendo en cuenta que él mismo me había dicho en su día que no quería tener hijos, sino tan sólo morir por Adolf Hitler. Pero lo veía ahí, jadeando después de su corto esprint, y me parecía un atleta tan vital, saludable y atractivo que no fui capaz, o sea que me limité a recordarle que, en el mundo animal, la especie que no sabe camuflarse de una forma efectiva está abocada a la extinción.

Y él se negó en redondo a convertirse en un insecto.

—No creo que esté listo para morir —suspiró cabizbajo Möllenhauer en nuestro gabinete de crisis.

—Desde luego —malmetió el Esbirro—, ¡cómo vamos a esperar que sacrifique su vida si no quiere sacrificar una mísera pierna!

Pero habíamos llegado a un punto de no retorno: el Ejército Rojo tenía ya bajo control la totalidad de su antiguo territorio, había avanzado sobre Estonia y Polonia y amenazaba las fronteras letonas.

En nuestras noches, cada vez más cortas entre los agobios de la situación y la inminencia del solsticio de verano, Maya me contó cuánto habían cambiado los ánimos dentro del Comando Zeppelin: muchos de sus compatriotas soñaban con ser reclutados como agentes dobles por la todopoderosa resistencia prosoviética en Riga, única forma de evitar la muerte si triunfaban los Aliados. Sentían que se acercaba el ocaso, aunque actuaban como si luciera un sol espléndido. Durante el día Maya y yo eludíamos aquella sensación de asfixia concentrándonos al máximo en el trabajo, y por las noches nos concentrábamos en los brazos, manos y dedos (muy en especial en los dedos) del otro, en sus murmullos y olores, así como en su lenguaje y en cada muestra de su vigor, todo esto con tal ternura que, por su misma naturaleza, no servía para construir algo a lo que aferrarse de verdad.

A veces ella gritaba en mitad de la noche, o hablaba dormida, e Ismael se estremecía de dolor a su lado mientras el mar proceloso rugía fuera.

Tras difíciles negociaciones y una notable labor de persuasión por mi parte, Pólitov consintió, si bien de mala gana, en que al menos le realizasen algunas intervenciones cosméticas. Varias operaciones de cirugía plástica imitaron heridas de gravedad en la zona de los riñones, así como algunas cicatrices en las palmas de las manos y en la cara. En caso de un examen médico superficial, su leyenda (hipogastrio perforado por metralla) daría el pego, pero una radiografía significaría el final de su misión.

Como colofón de su preparación médica, un dentista le colocó un empaste metálico que se podía desenroscar para esconder dentro la obligada cápsula de cianuro. Bajo ninguna circunstancia podía caer con vida en manos del NKVD, eso sí lo comprendió, y aprovechó para pedirle al dentista que, ya que estaba, le pusiera una funda de oro en uno de los incisivos. Le parecía elegante.

Seis semanas después, había concluido su formación y sus heridas artificiales habían cicatrizado. Era capaz de conducir cualquier tipo de vehículo ruso y también la moto que habían construido especialmente para él, sabía fabricar explosivos y poner trampas, así como —y aquí cito literalmente al capitán Delle— «todo lo relativo al envenenamiento, ahorcamiento o lanzamiento de un objetivo desde un tren en marcha».

También la formación básica y especial —como operadora de comunicaciones— de la Shilova se había completado ya, aunque Maya no estaba nada convencida. Me dijo que era débil, que no tenía fuerza de voluntad y no soportaba la presión. En su opinión, igual que en su día se había pasado el vuelo entero a Berlín vomitando, vomitaría en el vuelo a Moscú y luego todos los días que estuviera en la capital, y cuando se topara de frente con Stalin era más probable que le vomitara encima que que le pegara un tiro.

—¿Me estás diciendo que es un fracaso total?

—Bueno, está enamorada.

—Pero eso no es excusa.

—¿Estar enamorada no es excusa?

—No, es un terrible fallo de carácter.

Maya se volvió hacia mí y me clavó los ojos. Su pecho desnudo subía y bajaba. Cuando me miraba de ese modo yo no tenía defensa posible.

—Me da miedo lo que le estamos haciendo —dijo en voz baja. Luego apoyó la cabeza en mi pecho y yo le acaricié el pelo.

—Mejor no pensar en eso.

—Lo sé.

—Estamos en guerra.

—A lo mejor podríamos irnos a Estados Unidos.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Pavel Delle dice que Estados Unidos está acogiendo a mucha gente, que Roosevelt acepta a cualquier ruso que esté en contra de Stalin.

—¿Ah, sí? ¿Eso dice Pavel Delle?

Maya levantó la cabeza.

—Sí, pero no le harás nada, ¿verdad?

—¿Por qué iba yo a hacerle algo?

—También ha dicho que, si perdemos, Stalin obligará a Churchill a que nos entreguen a todos. Tengo mucha curiosidad de...

—Si no fueras tan adorable te podría pegar un tiro aquí mismo. No puedes decir esas cosas, cielo.

—Tú no piensas en el después, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con «el después»? ¿Después de matar a Stalin?

—¡Olvídalo! Hagamos el amor.

El primer intento de lanzar a Pólitov y su esposa sobre territorio soviético tuvo lugar a mediados de junio de 1944, pero sin éxito. El avión fue alcanzado por el fuego antiaéreo, abortó la misión y, al volver, tuvo problemas con el tren de aterrizaje que sugerían un sabotaje. Durante el turbulento vuelo, la Shilova requirió dos bolsas de mareo que llenó hasta el borde.

Los preparativos para el siguiente despegue llevaron unos días, de forma que la mayoría de los oficiales pudimos tomarnos un permiso. Mamá nos invitó a la finca de verano del barón Otto Grotthus, un antiguo pretendiente. Resultó un viudo alegre que, enfermo de añoranza de su tierra, había conseguido un permiso especial para regresar a Letonia, a su finca de Spahren,[44] en medio del campo, pretextando que era uno de los últimos herederos de la antigua Livonia.

Desde el momento en que el barón nos recibió a la entrada de su casa, empezó a ponerle a cada sustantivo el diminutivo habitual en el habla familiar rusa: «Amiguitos —nos dijo—, tengan a bien pasar al cuartito de invitados para dejar las maletitas, así nos tomamos todos un descansito de la guerrita.» Se iniciaba así un último veraneo, que no puedo describir como un soplo de aire fresco porque ya por las mañanas se alcanzaban temperaturas propias del norte de África. Al igual que en el verano de 1939 —que en su momento se consideró el más caluroso del siglo—, también cinco años más tarde se veían arder los bosques en el horizonte al caer la noche, y cuando alguien salía a la puerta se levantaba un polvo que olía a almendras amargas a causa de los jazmines marchitos.

Mi familia, dividida por dentro pero jovial por fuera, se reunía a la sombra de las dos verandas. Hub y yo nos dábamos la mano, o más bien las aletas de foca, y él no me quitaba los ojos de encima.

Una sola vez vi a Ev a solas, en el único lugar al que no se podía ir acompañado: la pintoresca letrina, situada en el bosquecillo de la finca.

Ev salía por la puerta de madera, todavía alisándose el vestido sobre los muslos, cuando me paré de golpe a tres metros de ella. Los dos nos quedamos paralizados del susto y entre ambos se tendió un hilo de incomodidad. Al parecer le daba apuro que yo fuese a ver su caca, y a mí que supiera cuánto me gustaba esa clase de cosas. Llevaba un vestido de algodón de color claro y tenía la cara cubierta de sudor. Nunca le había gustado el calor porque, según ella, le hacía los ojos saltones; también respiraba de un modo más superficial y agitado, aunque en ese momento probablemente lo hacía por otro motivo. Con gesto vacilante me comentó, por decir algo, que hacía mucho calor y yo le respondí que sí, que era cierto.

—Unas fresas con cuajada serían lo ideal —añadió apresuradamente.

Luego dijo que las fresas con cuajada eran riquísimas (lo que también era cierto), y que el barón le parecía muy simpático.

—Sí —repuse de nuevo, pero añadí—: Se te ve muy bien.

Durante un momento no dijo nada más, y el espacio entre nosotros se hizo más grande, hasta convertirse en distancia. Entonces añadió con una voz distinta:

—Ten cuidado, Koja. Quiere acabar contigo.

Y se marchó corriendo.

Luego me alargaría un plato de aquellas fabulosas fresas (las conté, y aún hoy sigo convencido de que me sirvió más que a Hub).

Por la noche Maya me preguntó de pasada qué tal me llevaba con mi hermana. Yo no respondí —nunca le había hablado de Ev—, y ella se limitó a asentir con la cabeza. Creo que era de esas personas que saben que lo esencial no es lo que se dice, sino lo que no se dice.

Al menos me permitían que jugara cuanto quisiera con la pequeña Anna, lo que me hacía estar seguro de que Hub no sabía nada. Anna tenía casi un año y le aplaudíamos cada pasito que daba. Sabía decir tres palabas: «Anna», «mamá» y «ansa». «Ansa» era «Panzer», «tanque». Yo me revolcaba a la orilla del lago con ella, le ponía caracoles en la barriga, la envolvía en mi albornoz y ella balbuceaba de alegría. Me propuse enseñarle la cuarta palabra de su vida: «papá».

Mientras dormía en su cestito en el jardín, bajo una sombrilla azul turquesa, dibujé sus ojos. Luego le enseñé los dibujos a mi madre, que cogió sus gafas, las sostuvo delante de su cara de azor, y comentó:

—Desde luego, hijo, esta niña es igualita a ti.

Por suerte, Hub no la oyó.

A mí me encantaba caminar a orillas del lago de Spharen antes del anochecer, pero Maya odiaba

los paseos, como la mayoría de los rusos —de hecho, consideraba que caminar por ahí era poco menos que degradante—. Así pues, yo casi siempre iba solo.

Una tarde —recuerdo que llevaba unas zapatillas de esparto y el suelo estaba tan caliente como el Sáhara— me senté a la orilla del lago, a pesar de los mosquitos, y me quedé contemplando la puesta del sol entre las cañas. De pronto se oyó un rumor extraño, entorné los ojos y vi algo sorprendente: era como si el aire temblara. Miles y miles de larvas estaban convirtiéndose en libélulas al mismo tiempo y el rumor era su piel al romperse. Entonces me vino a la mente la imagen de los insectos que tienen que camuflarse para que no se los coman, y cientos de insectos de un verde brillante, transparentes y bien camuflados, se agolparon a mi alrededor, cubriendo casi por entero a un hombre que se hacía la ilusión de que iba a cambiar el curso del mundo unos días más tarde.

17

El hippy se había imaginado a mi madre exactamente así.

Sólo llegar, ella le ha preguntado si estaba emparentado con alguna de las principales casas reales europeas porque eso lo habría convertido de inmediato en su pariente, pero obviamente no era el caso.

Él le ha explicado que proviene de una familia pequeñoburguesa de la Alta Baviera —para colmo— y que su padre se suicidó. «A nadie le faltan motivos para quitarse la vida», ha respondido con seriedad mamá, a quien le gusta evocar a su sobrino en segundo grado Nicolas de Staël, unos pocos años menor que yo, a quien nunca llegó a conocer y cuyos cuadros le parecían horrorosos, como todo lo relacionado con él, salvo ese parentesco no demasiado cercano. Pero le inspira respeto que se tirara al vacío desde la terraza de su taller en Antibes, pues Antibes es una de sus ciudades preferidas.

Mamá me cuenta que Hub está bien, que ya está instalado y tiene un buen compañero de celda, pero enseguida vuelve a interesarse por el hippy y me pregunta si es un asesino, un violador o tan sólo un vagabundo.

Curiosamente, no se lo pregunta a él, que está acostado a menos de un metro de ella, indignado porque ella ha ignorado por completo la zona prohibida entre su cama y la mía, y está sentada, tan campante, justo en medio de los dos.

—No, no —respondo yo—, el señor Basti es incapaz de hacerle daño a una mosca; es swami, y un ser sumamente espiritual.

—Bueno, entonces debe de ser un estafador —sentencia mamá con una sonrisa amistosa.

Puede que ya no entienda la diferencia entre una prisión y un sanatorio. Se le olvida dónde está cada uno de sus hijos, por qué motivo y por cuánto tiempo. Aun así, para sus noventa y cinco años impresiona la energía que conserva. Se parece a Toro Sentado, se sienta perfectamente erguida y, a pesar de que tiene que usar bastón, se desplaza perfectamente con él, incluso en terrenos pantanosos.

No vive en una residencia, sino en su pequeño piso de Núremberg, repleto de todas las cosas que pudo salvar de los Estados Bálticos. Está segura de que llegará a los cien años, cuando menos, pues todas sus antepasadas que murieron de muerte natural —no muchas, la verdad sea dicha— llegaron a edades bíblicas.

Me pregunta cómo estoy.

—Estábamos hablando de Spahren.

—¿Cómo dices?

Me inclino hacia delante y le enciendo el audífono.

—DECÍA QUE ESTÁBAMOS HABLANDO DE SPAHREN, DEL VERANO DEL AÑO CUARENTA Y CUATRO. ¿TE ACUERDAS?

—Ay, sí. ¡Menudo golfo ese Grotthus! ¡Y qué fresas tan espléndidas!

—¡MENUDO CALOR HACÍA!

—Hacía un calor tremendo aquel año. ¡Por Dios bendito, era un horno! Y la pequeña Anna era una ricura: daba gusto veros jugar juntos a la orilla del lago. Aún conservo los dibujos que hiciste de ella. Aprendiste mucho de papá, pero los niños no te salen bien. Claro, es difícil porque no tienen aristas... ¡y aquello era un horno!

Yo soy incapaz de hablar.

—Qué pena —añade mamá—, qué pena que la pequeña Anna muriera tan pronto.

El hippy me deja en paz incluso muchas horas después de haberse ido mi madre. Cuando mamá viene a verme, casi siempre habla de Anna. ¡Cuántas veces le he pedido que no lo haga!

No quiero que venga a visitarme nunca más.

¡Cuántas veces le he pedido que deje de venir!

Se ha dejado una bufanda. Y me ha traído, como siempre, una latita con pastas de almendra caseras.

Seguro que le ha llevado otra igual a Hub.

Bendita sea la materia.

Qué pequeñitos eran tus dedos, más que la lluvia.

No pasa un solo día...

Mi niña, mi chiquitina.

18

Para conmemorar con champán el tercer aniversario de la invasión de la Unión Soviética, el barón Grotthus nos llevó, todos tan contentitos en su coche de caballitos, al gran laguito de Usma, que bebe de los pantanitos de Curlandia y por eso es de color arcilla. Nos bañamos en aquella especie de caldo para refrescarnos y evitar los mosquitos y, hacia el mediodía, vimos a un motorista emerger de las verdes coníferas del bosque con el típico estruendo y acelerar hacia nuestra duna. Poco antes de llegar, cayó en un pozo de arena y estuvo a punto de volcar. Su casco de acero cayó al suelo y él tuvo que bajarse de un salto y sujetar el manillar con ambas manos como un torero desesperado agarraría al toro.

Hub se dirigió hacia él a grandes zancadas, furioso y sin más vestimenta que el bañador azul marino con tirantes. El motorista no sabía qué hacer para levantar el casco y hacerle el saludo militar de rigor sin que se le cayera la moto, y sobre todo para entregarle el telegrama urgente, que era a lo que venía, así que se limitó a quedarse quieto, como clavado en la arena, y mi hermano tuvo que servirse él mismo. El tipo llevaba el telegrama en el bolsillo izquierdo de la pechera, así que le costó un rato.

Así recibimos la noticia de que también el Ejército Rojo —al que sin duda le encantaba hacer coincidir sus operaciones con aniversarios— quería conmemorar el tercer aniversario de la entrada de los alemanes en la Unión Soviética, aunque no precisamente con champancito: una pomposa ofensiva conmemorativa había irrumpido en nuestras posiciones a primera hora de la mañana y había aplastado cuanto se interponía en su camino. Su superioridad implicaba 3,7 veces más efectivos, 9,4 veces más piezas de artillería, 23 veces más tanques, 3,6 veces más ametralladoras y 10,5 veces más aviones; y con cada una de las elegantes brazadas que Ev daba en el centro del lago morían cincuenta soldados alemanes.

Antes de partir hacia Riga para incorporarnos con nuestras unidades, brindamos a la salud del hospitalario barón (tres meses más tarde, los soviéticos les prenderían fuego a él y a su finca); luego Hub tomó la palabra largamente para proponer un brindis por aquel día señalado, cuyo carácter simbólico y trascendental enfatizó con sus fervorosos gestos de fanático, pero también con su ridículo bañador. En cierto momento a Maya se le escapó una risita, pero a lo mejor fue porque yo le hice cosquillas disimuladamente, ya no lo recuerdo. De lo que sí me acuerdo es de la mirada que le lanzó Hub porque, con lo que pasó más tarde, simplemente ya no pude

sacármela de la cabeza. Sólo entonces adquirió su verdadero significado, y era negro como la pez.

Pasaron doce semanas entre aquel 24 de junio de 1944 y la toma de Riga, doce semanas que incluso un budista como usted, sin el menor interés por la historia secular y el marco temporal, pero lleno de compasión por las criaturas que nacen y por tanto están condenadas a sufrir, calificaría como un acto creativo sin precedentes porque al final de esas doce semanas un millón de soldados alemanes tuvieron que reencarnarse.

Durante ese tiempo la Operación Zeppelin quedó en suspenso: se cancelaron los vuelos hasta nueva orden. Pólitov no podía ir a Moscú. Tuvo que soportar que su objetivo siguiera gozando de excelente salud en el Kremlin mientras que sus admirados superhombres huían como conejos. Maya me contó que nuestro agente estrella no podía dormir: la Shilova se lo encontraba por las mañanas sollozando y estremeciéndose en el sofá. Con cada día que pasaba, las tropas de Stalin se acercaban veinte kilómetros más a Riga, pero no cundió el pánico, sólo se percibía una desesperación sorda y melancólica en las calles.

Hub se ocupó de que mamá y Anna Ivánovna pudieran marcharse lo antes posible en uno de los barcos que evacuaban la ciudad. Se llevaron a la pequeña Anna, que se despidió con la mano desde la cubierta mientras su madre y su padre (y no hablo de mí, que me quedé escondido entre la muchedumbre) lloraban en el muelle o intentaban reprimir las lágrimas (y aquí hablo de Hub).

Ev tenía que quedarse, como todas las enfermeras de la Cruz Roja. La sensación de amenaza inminente no era nueva para ella; en realidad, la había acompañado toda su vida, pero nunca le había resultado tan grata.

Esperaba ansiosa la caída del Tercer Reich.

Muy pronto oímos un rugido lejano, apenas perceptible, pero que se aproximaba sin cesar: era el frente, y como mis rusos eran la única unidad que quedaba en el paseo marítimo de Riga, me nombraron comandante con efecto inmediato.

Huelga decir que lo último que quería ser era comandante de una unidad de combate, sobre todo porque el día después de mi estúpido ascenso el Ejército Rojo irrumpió en el mar Báltico, al sur de donde estábamos nosotros, impidiendo que las treinta divisiones alemanas llegaran al Reich. Estábamos atrapados en una ratonera. Mi tarea consistió, pues, en dar ánimos, armas, municiones y cápsulas de cianuro a doscientos traidores rusos que, aterrorizados, veían llegar sus últimas horas tras despertar como bellas durmientes en el hotel balneario. Sólo el bosque de

Tukums (un pinar traicionero, pobre en maleza), de unos veinte kilómetros de ancho y completamente despoblado, separaba nuestra pintoresca playa de las líneas soviéticas.

Girgensohn *el Glotón* comenzó a invocar a Dios todas las mañanas en tono lastimero, mientras que Möllenhauer se evadía follando cada noche con un turcomano bajito de pelo castaño ya sin disimular ante nadie y dando gritos. Handrack *el Cansino* me rogó que le pusiera fin de inmediato a ese espectáculo indecente, pero lo mandé a tomar viento afirmando que el camarada Möllenhauer era un hombre de moral intachable y sólo tenía pesadillas germánicas.

Los nervios estaban a flor de piel.

Si nos capturaban, no quedaría nadie con vida.

Hub me ordenó acudir a la prefectura.

Cuando entré en su despacho estaba admirando sus nuevas charreteras, que sostenía a la luz como reliquias. Me explicó, como quien no quiere la cosa, que lo habían ascendido a Standartenführer con efecto inmediato. Todos las unidades de policía de las SS en la ciudad quedaban bajo su mando: la Gestapo, el SD, la Orpo. Lo felicité como correspondía. En una situación menos desesperada habría sido el sueño cumplido de convertirse en Jesucristo y Alejandro Magno.

Me preguntó cómo estaban Pólitov y la Shilova.

Respondí que Pólitov estaba tenso y que la Shilova no era una buena agente.

—¿Y qué es una buena agente, Hauptsturmführer?

—Maya Dzershínskaya es una buena instructora y un modelo para la activista Shilova en todos los sentidos, mi Obersturmbannführer.

Hub se quedó unos instantes reflexionando sobre lo que acababa de decir antes de acordarse, y de recordármelo a mí, que desde hacía unos minutos era Standartenführer y que ése era el tratamiento que deseaba recibir. Luego me ordenó que ayudara a una unidad de las SS llegada desde Berlín unos días antes a desenterrar los cincuenta mil cadáveres judíos que habíamos producido en los bosques de Bickern, quemarlos, moler sus huesos hasta convertirlos en polvo y después hervirlos hasta transformarlos en gelatina, todo ello con ayuda de los presos del campo de concentración de Kaiserwald, quienes, una vez cumplida su tarea, también deberían seguir el camino que espera a todo mortal.

—Disculpe, Standartenführer, pero no le entiendo.

—Hay que desenterrarlos y...

—¿Quiere que desenterremos a los judíos y los quememos?

—Me ha entendido a la perfección.

—¿Y por qué hay que hacerlo?

—Para que el enemigo no encuentre nada.

—Le ruego que me dispense de esta tarea.

—Negativo. Retírese y cumpla la orden.

Enseguida me vino a la cabeza la imagen de aquella mujer con los sesos al aire y su bebé convertidos en esqueletos a los que había que quemar hasta reducirlos a briquetas y luego machacar, y le dije a mi hermano que se fuera a tomar por el culo.

Hub parpadeó dos veces, pero no vi ningún otro movimiento en su cara de té-a-las-cinco. Así estuvo un buen rato. Luego apretó un botón que había en su escritorio y aparecieron su asistente y una secretaria.

—Hauptsturmführer —me dijo muy solemne—, reciba mi amonestación en presencia de testigos. En vista de su papel en la acción especial contra Moscú, me abstendré de reiterarle la orden que se ha negado a cumplir.

—Gracias, mi Standartenführer.

—Le aconsejo que no vuelva a insubordinarse.

—Muy bien.

—En caso contrario, tendrá usted que asumir las consecuencias, incluso las más graves. Se lo diré sólo una vez, y únicamente porque soy su hermano.

—Gracias, mi Standartenführer —repuse yo—, gracias por ser mi hermano.

En los días siguientes, una especie de ceniza oleosa caía continuamente del cielo y el viento traía del este un olor nauseabundo. Junto con aquel olor a cadáveres judíos quemados bajo las órdenes de algún Hauptsturmführer sin parentesco con mi hermano llegaron a la ciudad decenas de miles de refugiados. Se formaban colas interminables frente a las oficinas que repartían los últimos pasajes de barco para Alemania. Todos los rostros se pintaban de los colores de las ansias de escapar: el rojo y el escarlata de la súplica, el verde náusea y el amarillo anhelo, el rosa iridiscente de la hipertensión arterial y, una y otra vez, el blanco tiza, el color internacional de la rendición.

En nuestro comando también reinaba el nerviosismo. Una radioperadora mató a un activista y luego se suicidó sin que nadie supiera por qué. Dos ucranianos le gritaron a Girgensohn: «¡Tú primero!» cuando les ordenó inspeccionar una cueva sospechosa en la zona del frente. Él y Möllenhauer tuvieron que aplicarse a fondo para mantener la disciplina entre los hombres.

Ante todo aquello, Maya mostró una valentía que no tenía parangón entre mis subordinados, ya fueran alemanes o rusos. Y cuando hablo de valentía me refiero a negarse a ceder al desaliento y seguir nadando con buen ánimo aunque no haya tierra a la vista. Con su cara de zorrito herido y una simple mirada ponía firmes a todo el mundo. Nunca he conocido a nadie, ni

siquiera a un swami, con menos en su interior. Y una noche en que los lejanos truenos de la artillería nos mantuvieron en vela, sentados uno junto al otro en la terraza y contemplando los relámpagos que iluminaban el horizonte, le pregunté si se imaginaba convirtiéndose en mi esposa.

Ella se tapó la boca con la mano, asustada como una niña pequeña. Luego se levantó y, aún con la mano sobre la boca, se dirigió a la cama y se escondió debajo de las mantas tapándose la cabeza. Yo me arrimé a su cuerpo, pensando que a lo mejor la había ofendido. Aquello no había sido una proposición como Dios manda: no me había puesto de rodillas ni le había regalado una flor ni nada, había sido una simple pregunta. Pero Maya se sentía tan feliz que me dio un fuerte mordisco en el brazo. Yo lancé un aullido de dolor y se desató una batalla de almohadas, pero, como sí se imaginaba convirtiéndose en mi esposa, la dejé ganar.

A finales de agosto el asalto a Riga parecía inminente. Recibimos del alto mando del ejército órdenes de evacuar a la mayor parte de los civiles alemanes en un plazo de dos semanas, así como a todas las mujeres que prestaban servicios de apoyo a los militares: personal de las oficinas y asistentes de telecomunicaciones y enfermeras.

Una noticia me alarmó tanto que rompí el pacto de neutralidad entre hermanos y corrí al hospital de la Wehrmacht en Düna.[45] Al entrar en el vestíbulo descubrí que se había transformado en un bullicioso puesto de socorro, por no decir en un hormiguero, y vi ante mis ojos un tapiz de color blanco, rojo y gris del ejército alemán: los heridos trasladados directamente desde el frente. El ambiente apestaba a yodo y excrementos y, cuando por fin di con mi hermana, cerca de los quirófanos de la segunda planta, estaba junto a un saco lleno de miembros amputados. Tenía la bata ensangrentada y se le notaba que llevaba días sin dormir. Me vio, pero tenía una coraza de determinación completamente impenetrable.

—No deberías haber venido, Koja —dijo, y me dejó allí plantado.

Yo fui tras ella.

—He oído que has tachado tu nombre de la lista de evacuación.

—Vete, Hub tiene el hospital vigilado.

Se dirigió a otra sala tan atestada como el vestíbulo, ahí también se veían apretadas hileras de heridos todavía con el uniforme puesto. Se detuvo junto al que gritaba más fuerte: una bala lo había alcanzado en la ingle y la sangre había empapado el pantalón de loneta. Ev le sirvió un vaso de agua y le dio de beber.

—Por favor, Ev, rectifica. No te haces una idea de lo que va a ser esto dentro de unos días. Piensa en nuestra Anna.

—El acuerdo fue que no nos veríamos nunca más a solas.

—Lo sé.

—No pienso irme de aquí, ya estás viendo lo que hay.

Apartó el vaso, medio lleno aún, y le secó la boca al joven soldado.

—Y tengo cosas que compensar, créeme.

Dejó al herido y salió de la sala. El joven no podía hablar ni moverse, pero la siguió con la mirada. Yo le acerqué el vaso a los labios y le di un poco más de agua, quién sabe por qué, tal vez por hacer una buena acción, aunque no sabía si el muchacho realmente quería más agua.

Encontré a Ev en el descansillo de las escaleras, estaba apoyada en uno de los grandes ventanales, mirando hacia fuera.

—¿Cómo lo consiente Hub? —pregunté quedándome de pie a su lado.

—¿Consentir qué?

—¿Cómo consiente que sigas exponiéndote a este peligro?

—Porque aquí me puede vigilar.

Lo dijo sin ironía y señaló a la calle con la barbilla. Yo seguí su mirada. En el portal de la casa de enfrente estaba, vestido de paisano, un agente de la Gestapo al que yo conocía de vista.

—Tienes que marcharte, Ev.

—No, tú tienes que marcharte. Sal por la puerta de atrás. Con suerte no te habrá visto.

Cuando empezó el ataque, los soviéticos lanzaron mil trescientos tanques sobre Riga, más de los que Hitler había destinado para toda Francia cinco años antes. En cuestión de días nuestras defensas estaban a punto de colapsar. Las pérdidas de efectivos y material eran tan devastadoras que hubo que disolver las bandas de música de todas las unidades y armar a los desconcertados trombonistas y trompistas (por no mencionar a los panaderos del ejército) con carabinas capturadas para las que ni siquiera había munición.

En el paseo marítimo de Riga tuvimos suerte: los soviéticos no quisieron atacar cruzando el bosque de Tukums. El rápido empeoramiento del tiempo —una sucesión de aguaceros ininterrumpidos— hizo que nuestras improvisadas posiciones defensivas tuvieran que retroceder hacia el mar, las trincheras se convirtieron en una ciénaga. Después empezó una lluvia de proyectiles de mortero, y uno de ellos partió en dos al capitán Palbyzin (a lo ancho, no a lo largo). Nuestro taller de falsificaciones desapareció con él. El Comando Pleskau fue retirado del frente de combate y trasladado como reserva al centro de la ciudad, a lo que fuera el Liceo Horacio, convertido en cuartel.

La situación era extremadamente violenta y la ciudad empezó a morir: los medios de transporte dejaron de funcionar, las oficinas y tiendas se tornaron barricadas. Nadie barría los montones de hojas que caían de los árboles y se pudrían en el suelo. Desde mi ventana veía un

río de gente bajo la lluvia interminable: hombres, mujeres y niños que huían hacia ninguna parte por el puente sobre el Düna, y también carretas tiradas por caballos konik, y ganado dando balidos.

Ése fue el final.

En medio de la noche sonó el teléfono: una llamada de emergencia. Los oficiales teníamos que presentarnos sin demora en la prefectura; armados, pero no equipados como para incorporarnos al frente. Dejé a Maya durmiendo y llamé a mi chófer, el Bebedor, que siempre estaba en vela.

Todos llegamos pálidos e inquietos.

Hub nos recibió en su despacho a oscuras y con las cortinas descorridas: la ciudad entera se veía por las ventanas, y también la pirotecnia que acompaña la toma de una ciudad: los fogonazos de las bombas, los destellos de las granadas, el fuego de los tanques... Altas columnas de humo azul oscuro se elevaban desde las casas en llamas y en el cielo podían verse las bengalas que se abrían como flores de cerezo. Era todo un espectáculo, la verdad. Estábamos de pie, apretujados, y yo percibía el calor de los cuerpos y los oía respirar; no distinguía las caras, pero olía a sueño, a miedo, a loción de afeitar, tabaco de mascar y algodón sudado. Hub estaba de pie, muy tieso, detrás de su escritorio, con los brazos en jarras, pasando revista a nuestras sombras. Curiosamente, lo que dijo a modo de saludo fue:

—Qué bochorno hace aquí, caballeros.

Dio media vuelta, abrió la ventana que tenía a la espalda y dejó entrar el fresco viento del otoño y el traqueteo de los disparos.

—Esta noche... —dijo mi hermano, pero enseguida tuvo que aclararse la garganta como si hubiera empezado a hablar demasiado pronto. Una bengala roja trazaba un semicírculo por encima de su cabeza y parecía prestarle atención—. Esta noche Berlín ha decidido que, en vista de la inminente caída de la ciudad, debemos acelerar nuestros planes. Acaba de llegar el permiso del Führer para poner en marcha de inmediato el atentado contra Iósif Stalin. La unidad volará a las cercanías de Moscú lo antes posible, teniendo en cuenta que no podremos defender durante mucho tiempo más el aeródromo de Spilve. Así que todos los hombres a sus puestos.

Me gustaría que existiera una palabra que indicara un entusiasmo desquiciado y completamente carente de sentido, y quizá también otra para la euforia de vengar a Großpaping enviando a una muerte segura a una pareja de enamorados, pero no hay palabras simples que describan lo que percibí en el silencio ahogado que siguió al breve discurso de Hub. Todo cuanto puedo decirle

es: por un momento me invadió la dicha absoluta que acompaña a los desenlaces, y a la vez la sentí completamente huera y podrida.

Es posible, sin embargo, que cuando regresé junto a Maya, de madrugada, se impusiera otro sentimiento: el orgullo del artista. Hicimos el amor hasta agotarnos, como dicen que lo hacía Rembrandt con su esposa antes de mostrar en público un nuevo cuadro. Sexo nervioso, expectante, antes de exponer su obra sin saber si provocaría un «¡ohhh!» o un «¡buuu!».

Sólo teníamos dos días para los preparativos.

Echábamos en falta a Palbyzin; el Esbirro se hizo cargo de las últimas actualizaciones a los documentos de Pólitov, pero ni por asomo alcanzaba a sustituir a nuestro experto en falsificaciones partido en dos. Pavel Delle revisó las armas y Möllenhauer la parte logística. Por mi parte, me llevé a Pólitov al cine Ulei para mostrarle las últimas ediciones de los noticiarios rusos en carretes requisados al enemigo. Vimos a oficiales soviéticos en el puente de un barco, a oficiales soviéticos dando órdenes a la artillería, a oficiales soviéticos dándole un parte a Stalin, a oficiales soviéticos haciendo el cafre en la Kiev reconquistada y lanzándoles besos a través de la cámara a los obreros y campesinos soviéticos (o más probablemente a las obreras y campesinas soviéticas); el caso es que, después de diez minutos de ese espectáculo, Pólitov se volvió hacia mí y me propuso que, ya que estábamos en el cine, a lo mejor podíamos ver *Lo que el viento se llevó*.

—*Porrr favorrr*, Hauptsturm jefe, a Pólitov gusta mucho Clark Gable porque Clark Gable se parece a Pólitov. Porque Clark Gable hace mismas cosas que Pólitov. Porque Clark Gable besa como Pólitov besa a Shilova.

La verdad es que ese Clark Gable ruso me caía mucho mejor que el Clark Gable alemán que había sido mi hermano en tiempos (y que ya no podía ser por culpa de su calvicie), y además pensé que me vendría bien darle una tregua a mi conciencia aunque fuera por unos momentos, así que envié a Girgensohn *el Glotón* a buscar la película, y éste, en menos de dos horas, nos consiguió, en medio de una Riga sacudida por los combates, la única copia letona de la inolvidable epopeya con sus campos sureños y sus esclavos sonrientes. Pólitov y su mujer pasaron la velada abrazados en el patio de butacas y lloraron a moco tendido. Yo también, en mi palco, lloré y me hundí en los brazos de Maya, atormentado porque Tara me recordaba las tierras de Opapabaron y Großpaping, y las manzanas Roter Herbstkalvill. Y con los ojos arrasados de lágrimas miraba una y otra vez a aquel matrimonio trágico que yo mismo había propiciado.

Handrack *el Cansino* se hizo cargo oficialmente de la comunicación con Hub, quien a su vez

estaba en contacto con Berlín. Quizá debería haberme preguntado entonces por qué motivo mi hermano había aceptado como oficial de comunicaciones a aquel tipo, más escurridizo que la yema de huevo (y que, en efecto, no valía más que para estamparlo contra una sartén). Handrack se presentaba a diario en la prefectura, siempre con la misma expresión aburrida y ensimismada y acompañado de su ordenanza, y luego se pasaba dos horas arrastrando sin ton ni son por los pasillos las botas que había tardado otras dos horas en lustrar (pese a que Hub sólo concebía que un oficial de las SS caminara a grandes zancadas o directamente marchara). Por lo demás, se limitaba a esperar instrucciones sin mostrar jamás un ápice de iniciativa o de ideas propias. En el fondo, reunía todas las características necesarias para sacar de quicio a Hub, pero debo reconocer que su decisión no me extrañó lo más mínimo entonces, y que más bien me alegré de librarme de aquel cachazudo y de no tener que verle la cara a mi hermano.

Hub insistió en nombrar al cachazudo oficialmente mi segundo (las necesidades de la operación lo exigían), pero tranquilicé a Girgensohn *el Glotón* diciéndole que aquella jerarquía sólo tendría vigencia para la Operación Momento Estelar.

19

El día empezó frío y neblinoso, se esperaba lluvia por la tarde.

Maya me despertó temprano y me llevó sucedáneo de café a la cama. Mientras me afeitaba, se acercó por la espalda y, sin mirarme a través del espejo, me besó el hombro desnudo. Luego, cuando salió del baño, algo en su forma de moverse, en su manera de inclinar la cabeza, me decía que pretendía confesarme alguna cosa. Me chocó porque esa clase de incomodidades entre amantes no suelen ocurrir por la mañana (ni por las noches, sólo en las horas intermedias), pero tenía muchas cosas en que pensar y se me olvidó enseguida. Después del desayuno, durante el cual apenas dijimos palabra, fuimos a ver a la pareja de agentes.

Pólitov parecía tranquilo. Estaba sentado en el vestidor en ropa interior soviética, comiendo cerezas a puñados y escupiendo los huesos, que antes de caer a la papelera trazaban un bello arco en el aire. A su alrededor revoloteaban cinco de mis colaboradores contando por última vez y empaquetando todas las piezas de su equipamiento, los uniformes, las medallas, las armas, los sellos, los papeles y fotografías y los aparatos de comunicación.

Maya, en el cuarto contiguo, se ocupaba de la Shilova, que, a juzgar por lo que podía oírse, estaba sufriendo un ataque de pánico. Handrack *el Cansino* estaba con ellas. De cuando en cuando se oían fuertes sollozos.

A primera hora de la tarde fui con Handrack al aeródromo para aclarar los últimos detalles con la Luftwaffe, la fuerza aérea. Handrack llevaba una caja verde de munición, con un precinto de plomo, que también había que cargar en el avión por orden del Standartenführer Solm. El Cansino comentó que no tenía ni idea de lo que contenía, pero que tenía pinta de ser munición (hasta una ardilla habría tenido más imaginación que él y se habría sorprendido menos si descubriera una cáscara de nuez que no contuviera una nuez).

Después de hablar con los oficiales de aviación, nos dispusimos a regresar al cuartel general, pero una llamada de mi hermano nos lo impidió: Handrack y yo debíamos quedarnos a supervisar la construcción de una cabina de madera, aparentemente destinada a alojar nuestro aparato de comunicaciones, en uno de los hangares. Fuera de eso, lo más importante parecía ser montar un buffet con champán, fruta y bombones de chocolate Laima.

El Arado-232 apareció en el cielo al minuto exacto en que nos había anunciado Berlín, nada más

ponerse la tarde. Atravesó la gruesa capa de nubes bajas como un gran dinosaurio volador y viró hacia nosotros. Era un arma milagrosa en peligro de extinción (sólo había siete en todo el mundo), y más tarde me acercaría bajo la lluvia para tocar su piel de saurio. Tenía ocho ametralladoras, una bodega de carga lo bastante grande para transportar un autocar, puerta posterior de apertura hidráulica, aparatos de navegación nocturna y, bajo el fuselaje, veinte ruedas de caucho que le permitían rodar sobre las trincheras como sobre algodones. Hacían falta seis tripulantes para controlar aquel prodigio de la ingeniería aeronáutica moderna. El piloto, que se parecía a Hemingway, me saludó y preguntó con indiferencia:

—¿Dónde está la clientela?

La clientela aún no había llegado y no quedaba mucho tiempo. Ciertamente, el aeródromo estaba al norte de Riga; es decir, fuera del radio de alcance de la artillería rusa, aunque en cualquier momento podían presentarse los cazas enemigos. Los auxiliares de la Luftwaffe aparecieron con la moto, de la marca soviética M-72 y especialmente preparada para el agente, y la dejaron frente a la bodega del Arado. Apenas se demoraron en descargar el resto del equipamiento de nuestro camión, cargarlo en el imponente vientre del dragón y sujetarlo con cinchas y correas.

Bajo una lluvia fina vi cómo atravesaba la ciudad el convoy: un largo gusano gris de vehículos sin luces que se aproximaba siseando. A la cabeza, el coche de general de mi hermano, que paró a muy poca distancia del avión. Las otras limusinas aparcaron detrás en ordenada hilera. Girgensohn *el Glotón*, Möllenhauer, Pavel Delle, Teich *el Esbirro* y una docena más de oficiales se apresuraron a bajar y a apelotonarse en el hangar abierto desde donde monitorearíamos todo el vuelo. También Maya estaba allí, por supuesto, pero se quedó un poco aparte, tal como hacíamos siempre que estábamos de servicio.

Pólitov fue el último en salir de su vehículo. Se acercó a nosotros igual que Armstrong, el astronauta que viajó a la luna hace unos años, se dirigió a zancadas hacia el *Apolo 11* en Cabo Cañaveral. Se detuvo frente a mí, se acomodó la chaqueta de cuero negro y preguntó con una seriedad inusual en él dónde estaba su mujer. Yo le hice la misma pregunta a Handrack, quien puso su habitual cara de perro salchicha y respondió que estaba de camino.

Para aprovechar el tiempo y, de paso, distraer a Pólitov, le pedí que practicara un par de veces entrar y salir del avión con la moto. Así pues, rodando marcha atrás subieron la moto con su sidecar a la bodega del aparato y la compuerta se cerró mediante el sistema hidráulico. Todos nos quedamos boquiabiertos porque jamás habíamos visto que una compuerta del tamaño de la puerta de un granero que también hacía las veces de rampa se moviera sola y se cerrara herméticamente de manera automática. Al cabo de un rato la compuerta volvió a abrirse y Pólitov salió con su moto. Los SS allí reunidos aplaudimos satisfechos. Los auxiliares volvieron a

subir la moto en el avión y la sujetaron con mucho cuidado. Empezaron los últimos preparativos antes del despegue.

Pero la Shilova seguía sin llegar.

Pólitov se estaba poniendo nervioso y yo intentaba calmarlo. Hub, quien entretanto se había dado una vuelta por todo el hangar, había hablado con los operadores de radio, incomodado a los miembros de la Luftwaffe con su arrogancia y echado mano al buffet más de una vez, se acercó a él acompañado de Handrack como por casualidad, una casualidad harto sospechosa. Vi que Handrack llevaba en las manos la caja verde de munición que habían cargado aquella mañana y se adueñó de mí un sentimiento cáustico (como si me hubieran rociado con sosa cáustica, digamos): allí estaba pasando algo turbio, y al segundo o tercer vistazo me di cuenta de que habían abierto el precinto de plomo de la caja. ¿Cómo es que mi cansino subordinado no me había informado de nada al respecto? Estaba claro que la caja no contenía munición, pues de otro modo los escuchimizados bracitos se le habrían quebrado por el peso.

Hub carraspeó, los oficiales y suboficiales se callaron, y yo pensé que mi hermano iba a soltarnos un discurso. Pero ésa no era su intención. Miró fijamente a los ojos a nuestro agente estrella, convertido en oficial ruso de alto rango, y dijo:

—Activista Pólitov, le deseo mucha suerte. *Heil Hitler!* —Hizo una breve pausa, volvió a aclararse la garganta y prosiguió—: El puesto de la activista Shilova, que no está en disposición de presentarse, lo ocupará la instructora Dzershínskaya.

Miró a Maya, mi arponero Queequeg, y yo sentí como si en mi garganta se produjera un desprendimiento de rocas que se precipitaron en el vacío. Entonces Hub se dirigió a ella:

—Instructora Dzershínskaya, también a usted le deseo mucha suerte. *Heil Hitler*!

Maya, confusa, hizo el saludo militar. Vi que Handrack caminaba hacia ella arrastrando los pies. Sacó de la caja verde el uniforme del NKVD de la Shilova y se lo entregó con desgana, luego se dirigió a Maya haciéndole un gesto con la mano para indicarle adónde podía ir a cambiarse, y hete aquí que era justo aquella absurda cabina de madera cuya construcción habíamos supervisado esa misma tarde. No había duda de que en ese momento el Cansino ya estaba al corriente de lo que se cocía. Mis sensibles dedos de artista se apretaron en un puño y me juré que en algún momento exprimiría a aquella cara de lama las últimas gotas de vitalidad.

Excepto él, nadie parecía estar enterado del cambio. Todos los presentes se miraron perplejos. Tuvo que ser el Esbirro el primero en recomponerse.

—Usted me disculpará, Standartenführer... —dijo—, hemos estado casi un año entero formando a la activista Shilova. Todos los documentos, carnets militares, etcétera, se han hecho con la fotografía de la activista Shilova.

Temblando, abrió su maletín con intención de buscar alguno, pero el Standartenführer Solm ni lo miró.

—Eso no importa en absoluto, Untersturmführer —gruñó en respuesta—, lo importante es que se pongan en marcha a la hora convenida.

Y, sonriente, recibió el saludo de la camarada Maya Dzershínskaya ya vestida con su uniforme, la misma persona que, tres meses atrás, se había reído de él en el lago Usma.

—No veo obstáculo para dar el permiso de iniciar el despegue —dijo Hub satisfecho.

Sus oficiales lo miraban boquiabiertos, pero él simplemente se acercó al buffet y cogió una manzana de un platito sin duda con la intención de comérsela ante mis ojos.

—Standartenführer —dije con voz mecánica—, no puede enviar a la instructora a Moscú en el lugar de la activista.

—Bueno, la señora Shilova ha sufrido un ataque de nervios.

Se frotó la manzana contra la manga para sacarle brillo.

—Le sucede con frecuencia.

—Y usted dijo que la instructora Dzershínskaya era un modelo para la activista Shilova en todos los sentidos: usted mismo lo dijo.

Metí la mano en el bolsillo del uniforme y saqué el papel que me había entregado Schellenberg, el pez tropical, en Berlín.

—La orden sólo es válida para la señora Shilova.

Echó un vistazo al papel. Estaba firmado por nuestro superior y rezaba expresamente que mediante aquel documento autorizaba que Pólitov y su esposa, y nadie más, participaran en el Momento Estelar.

—Discúlpeme, mi Standartenführer —señalé en voz baja—, pero esto es una traición al Führer.

El Standartenführer Solm se detuvo con la manzana en alto y la boca abierta, lista para darle un mordisco.

—Poner en marcha el avión sin la presencia de la activista formada ex profeso —me apresuré a añadir— y sin documentos que proporcionen la cobertura suficiente implica poner en riesgo la operación entera. ¿La activista Shilova podría estar aquí dentro de cuatro minutos? —le pregunté a Möllenhauer.

—Si aún está en la base, dentro de unos sesenta minutos, mi Hauptsturmführer.

—Sesenta minutos, Standartenführer, ése es el tiempo que deberíamos esperar.

El Standartenführer Solm, todavía con la manzana en alto, miró a mis hombres, que apartaron la vista compungidos, y enseguida soltó toda su artillería pesada:

—¡Entregue su arma! —me ordenó.

Yo hice el saludo militar, saqué la pistola del cinto y se la entregué al atónito Möllenhauer.

—Preséntese en el cuartel general —ordenó el Standartenführer Solm— y póngase a disposición del tribunal militar.

Devolvió la manzana al platito y dio orden de iniciar la operación.

Maya Dzershínskaya, mi ángel triste, mi tesoro, mi brillante chispita en un pozo de desgracia, me miró con su uniforme, que le quedaba grande. Era evidente que la habían obligado, pero no vi en sus ojos la menor sorpresa, ni indignación, ni siquiera un guiño. No le permitirían hablar conmigo. Pólitov la condujo bajo la lluvia en dirección al Arado, él también conmocionado por tener que dejar a su mujer.

Lo último que Ismael vio de Queequeg fue su mano apretada contra la ventanilla del avión, que lentamente empezó a rodar por la pista para luego adentrarse en la noche.

TERCERA PARTE

La ternera de oro

1

Poco antes de la caída de la ciudad, fui acusado de desacato grave y alta traición ante un tribunal militar especial.[1]

Tardaron veintidós minutos en condenarme a muerte.

El presidente del tribunal, de tres miembros, era mi hermano... un juez de tres cabezas, puesto que los otros dos vocales sólo existían del cuello para abajo.

El veredicto no era definitivo, puesto que aún tenía que ser confirmado por Heinrich Himmler.

Me metieron en una celda de la prefectura, un zulo maloliente y sin ventanas en aquel sótano desde el cual, años atrás, me llegaban los gemidos de los torturados a través de los conductos de la calefacción mientras trabajaba en mi despacho, tres pisos por encima de las ratas que ahora me hacían compañía. No podía verlas, pero las oía salir de sus agujeros. La bombilla del techo sólo se encendía cuando alguien se asomaba desde fuera por la mirilla de la puerta, lo que ocurría cada hora. Por lo demás, como si se hubiera cumplido el deseo de Maya de que me sacaran cuidadosamente los ojos como se saca un pudin, permanecía tumbado en el cálido lecho de la ceguera en una negrura propia del más allá que, con todo, no me liberaba de seguir estando en este mundo.

Por todas partes caían granadas.

Mucho después me enteraría de que, dos noches antes de la fecha señalada para mi ejecución, Ev fue a ver a Hub a su despacho. Él no había pasado por su casa en una semana, sino que pernoctaba en la prefectura. Precisamente estaba tumbado en su sofá de cuero cuando llegó su mujer. La blancura de su traje de enfermera se prolongaba en su tez, o en todo caso así me la imagino, como imagino el fuego frío de su rabia. Me cuesta creer que, en los sesenta segundos que duró el encuentro, pestañease siquiera una vez.

—Todos hablan de lo que le vas a hacer a Koja —susurró mirándolo desde arriba—. Nadie da crédito y nadie tampoco puede impedirlo, pero te digo una cosa: como tenga que ir a verlo a su tumba más te vale huir lo más lejos que puedas porque, si te encuentro, y estoy segura de que daré contigo, te juro que te mataré, te envenenaré o te inyectaré el bacilo del ántrax, como aprendí en Auschwitz. Te lo juro por la vida de nuestra hija.

—No irás a esa tumba —repuso mi hermano, y luego se ocupó de que Ev partiera al día siguiente en el último barco que salió de Riga.

Me enteré de aquel episodio porque a Himmler no le gustaban aquellos tribunales especiales.

Y es posible que también tuviera algo que ver el recuerdo de los paseos que dimos por la bella Reval, o a lo mejor hasta tenía encima del escritorio la lisonjera caricatura que le hice como el caballero Lancelot. Sea como fuere, el Reichsführer de las SS no accedió a que me fusilaran sin tener un juicio previo. Un telegrama desde Berlín dio orden de que me enviasen de inmediato en un barco a Alemania, donde me juzgaría un tribunal de las SS.

Mi hermano entró en mi celda igual que, de niños, entraba en nuestro cuarto para averiguar si yo había estado jugando con sus soldaditos de plomo. Se detuvo en un rectángulo de luz artificial y yo parpadeé. Oí cómo se abrían, una a una, las celdas del pasillo, y luego unos disparos —sin una sola voz— que debieron de suponer el desalojo inmediato de alguna de esas celdas. Me estremecí ante cada detonación como si mi cuarto se contrajera para escapar de la violencia que me rodeaba.

Hub se sentó en un taburete que él mismo había llevado consigo, me tendió el telegrama de Himmler y dijo con voz inexpresiva:

—Enhorabuena.

Entonces tuvimos que irnos.

Mientras mis compañeros de encarcelamiento —a los que atisbé desde el pasillo mientras lo recorría a toda prisa— parecían dormidos sobre sus charcos de sangre, sus verdugos y el Standartenführer Hubert Solm se apresuraron a salir al patio arrastrando a un humilde servidor.

En el patio reinaba el caos. Los ojos me empezaron a llorar de inmediato: el humo del edificio de la entrada, en llamas, envolvía casi por entero el camión y las dos limusinas que nos esperaban con los motores en marcha. Subimos corriendo mientras las granadas pasaban por encima de nuestras cabezas. La pared de un edificio de cuatro plantas se derrumbó a nuestra espalda con un ruido ensordecedor.

A los cuatro o cinco minutos aquel cuartel general estaba evacuado por completo. Un eficiente jefe de pelotón fue tan minucioso como para intentar echar la llave a las puertas de entrada, pero un oficial le dio una voz, así que, incapaz de tirar el manojo de llaves, lo depositó con cuidado junto al felpudo.

No me esposaron, viajé sentado en la parte de atrás de un Opel Admiral que incluso podría haber sido mío, con mi mugriento uniforme de las SS, rodeado por hombres de Hub a los que no conocía. Salimos del patio en convoy en dirección al oeste y recorrimos a toda velocidad la ciudad azotada por los bombardeos por el único hueco que la Wehrmacht, empleando todos sus recursos, había logrado abrir en el cerco que el ejército soviético formaba alrededor de la ciudad. Los proyectiles caían del cielo como ladrillos sobre las calles desiertas. Algunos árboles de las

avenidas ardían. El ejército alemán parecía haberse retirado al completo: no nos topamos con ninguna patrulla nocturna.

—Esperemos que los *ruskis* aún no hayan llegado a los puentes —dijo entre suspiros el oficial que iba al volante, y pisó el acelerador.

El convoy giró hacia la Elisabethstraße y por un instante se hizo el silencio absoluto; un silencio de catedral, o así me lo pareció a mí. Agucé el oído, al igual que el resto de los pasajeros del coche, y levanté la cabeza tratando de adivinar el futuro.

Después vino un relámpago y salimos volando por los aires como si no existiese la gravedad. Mientras flotábamos, antes de caer de cabeza sobre el asfalto, noté que no oía nada: pese a que lo captaba todo con plena conciencia, los objetos, las certezas y las expectativas se disolvieron en una especie de gigantesco hongo de silencio. Se hizo la oscuridad y, como todo estaba tan oscuro y silencioso, me puse a intentar con toda la calma mover el brazo, pero simplemente no lo conseguí: aunque sentía como si el mundo fuese de algodón, estaba atrapado en un amasijo de hierros. Algo puntiagudo se me había clavado en la ingle, pero no me dolía.

Noté sangre caliente en la boca, pero no era mía, sino del hombre que me había caído encima. Cuando abrí los ojos, vi que ya no tenía cara.

Mareado, conseguí liberarme y repté para salir de debajo del cadáver y por la ventanilla de la carcasa humeante en que había quedado convertido el coche.

Una vez que lo conseguí, vi que aquella calle vacía y ventosa que un instante antes se abría ante nosotros había sido alcanzada por algo similar a un meteorito. El camión donde viajaban una docena de nuestros SS no existía ya, no quedaban más que cascos de acero machacados, madera, carne y caucho burbujeante.

Nos habían dado de lleno.

Un trozo de metralla de una bomba, una gigantesca masa dentada que ni dos hombres habrían podido levantar había partido en dos a un oficial de las SS: una variación del caso del capitán Palbyzin. Tanto el hombre como el trozo de metralla echaban humo. A otro, la fuerza de la detonación le había empotrado el cráneo entre las dos clavículas. Donde antes tenía el cuello ahora sólo asomaban un par de ojos atónitos. A diez metros, un jovencísimo SS no paraba de chillar. Había perdido el control de los esfínteres. Por lo demás, parecía ileso, a lo mejor sólo había salido despedido del camión.

Al otro lado del cráter que la bomba había abierto en la calle estaba el coche de Hub. La onda expansiva lo había estampado contra un muro al que parecía estar pegado. Desde la distancia pude ver que por la carrocería asomaban jirones de cuerpos o de entrañas... y el brazo de Hub.

Llamé a gritos al SS de los esfínteres descontrolados y ambos nos arrastramos sobre el vientre,

como las focas, hasta el coche en llamas, tiramos del brazo y mi hermano salió detrás, de una pieza, justo antes de que el vehículo explotara. El estruendo despertó a Hub, que se extrañó de que yo le hubiera salvado la vida. No es que lo dijese, pero sé que se extrañó. En ese momento vimos, dos calles más allá, un tanque T-34 soviético que avanzaba tranquilamente en dirección al Düna. Yo empezaba a poder oír de nuevo.

—¡Mierda! —gritó Hub—. ¡Tenemos que salir de aquí!

A pesar de que estaba todo cubierto de ampollas y quemaduras, reunió a su alrededor al jovencito cagado y a otros dos supervivientes más, y les explicó que una bomba había destruido todos los vehículos, lo que no constituyó ninguna sorpresa para nadie, puesto que nosotros mismos representábamos lo menos destruido en medio de toda aquella destrucción. Luego dio orden de avanzar hasta nuestras líneas a pie: «¡En marcha, en marcha!» Sólo en ese momento, cuando intenté levantarme, me di cuenta de que yo también estaba herido. Caí al suelo y sentí un aguijonazo de dolor en los pies.

—Tiene los pies hechos mierda —dijo uno de los SS.

—Que lo lleven en brazos —decidió Hub.

—Mi Standartenführer, si hay que llevarlo —respondió el hombre mostrando su espalda en carne viva—, que sea solamente al otro lado de la calle.

Algo estaba pensando en mi interior, pero no era yo.

Pensaba en los niños que habíamos sido; en la bala de mi padre de la que mi hermano de doce años me había salvado aquella tarde de desesperación, y en esa otra bala que me esperaba en Berlín, que para recibirla quería que me llevaran en barco, y me protegía ya no a mí, sino a lo que quedaba de mí. Algo en mi interior estaba pensando en todo aquello sin que yo fuera del todo consciente; lo pensaba sin miedo ni rabia, sin que se me rompiera el corazón. Y junto a esos pensamientos que yo contemplaba como desde lejos, como nubes que descargaban sobre mí sin mojarme, yo pensaba —ahí sí conscientemente— en Maya: que habría aterrizado en Moscú (o no), que habría matado a Stalin (o no). Más parecía que no, a juzgar por el panorama.

¿Por qué ama un ser humano a otros seres humanos? ¿Por qué los ama, si todo amor fracasa? ¿Por qué en el desierto que es nuestra alma brotan una y otra vez pequeños olivos verdes destinados a perecer? Es cierto que algunos prosperan y echan raíces, pero ¿por qué amamos? ¿Por qué amaba yo a Maya?

¿Por qué, en nuestra última noche juntos, había visto en su mirada un camino que se extendía hasta una distancia sin límites, prometiéndome un lugar donde sería amado sin límites, donde todo lo que yo era y no era se aceptaría sin más con profunda gratitud? ¿Por qué la echaba tanto de menos, cuando siempre habíamos sabido que nunca existiría un «nosotros», cuando, durante tanto tiempo, sólo habíamos amado nuestro propio deseo? ¿Y por qué había amado a Mary-Lou? ¿Por pura coincidencia? ¿Acaso obedecía todo a un patrón de lo más trivial? ¿Por qué demonios

sólo amaba a mujeres cuyos nombres empezaban por «M»? Maya, Mary-Lou, Mumu, en Riga; todas empezaban por «M», incluso Ev, que en realidad se apellidaba Meyer y Murmelstein, empezaba por «M»...

La imagen de esa «M», con sus aristas, desapareció de mi mente cuando un segundo T-34 atravesó la Elisabethstraße, una calle más cerca que el anterior.

—Yo me quedó aquí —le dije a Hub—. O me pegas un tiro o me das algo para que todo esto tenga algún sentido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo detengo esos tanques rusos?

Hub me miró como mira a todo el mundo. Tenía los brazos en jarras y el pie apoyado sobre una farola caída. Un hippy como usted diría: «¡Vaya tío!» Luego le hizo una señal con la cabeza al SS que sangraba menos y éste brincó como pudo entre los cadáveres despedazados y recuperó varias armas que después depositó delante de mí: dos pistolas —una de ellas brillante de sangre húmeda—, un subfusil MP40, dos fusiles y varias granadas de mano. Me explicó cómo funcionaba el MP40, que yo no conocía, al tiempo que el cagado se ponía a vomitar y Hub y el otro aseguraban el perímetro. El ataque de la artillería había cesado: los oteadores soviéticos tenían que estar muy cerca.

En aquel momento yo estaba preparado para todo; con lo que no contaba era con que Hub agarrase uno de los fusiles, diera orden a sus hombres de retirarse de inmediato y a continuación tomara posición junto mí y mi MP40. Tendrá que reconocer que fue inesperado, swami.

Nos dejaron allí, en el cráter de la bomba, y desaparecieron.

Hub estuvo diez minutos fraternalmente echado junto a mí, con el fusil a punto, sin decir ni palabra. Yo olía su loción de afeitado y me sentía muy confundido al pensar que en un día semejante se hubiera puesto loción después de afeitarse. Oía su respiración y, de cuando en cuando, un gemido de dolor, pues él empezaba a notar sus quemaduras.

—¿A qué viene esto? —le pregunté.

—No te voy a dejar morir aquí solo.

—Valiente cabronazo estás hecho.

Hub no dijo nada, ni se movió, ni volvió a gemir.

—¡Lárgate y ve a ocuparte de tu familia!

—Tú eres mi familia.

Me puse de lado y le disparé con el subfusil desde una distancia de cincuenta centímetros. Le pegué un tiro en la mano derecha. Él rodó hacia atrás. Pero no me costó acercarme y apuntarle a la frente.

—No quiero estar mal acompañado en un momento tan importante —le dije—. Si no lo cuento, que conste que hasta el último instante te consideré un puto cabronazo.

Levantó su mano ensangrentada, me miró a través de la mano ensangrentada —a través del agujero que acababa de hacerle, quiero decir— y asintió con la cabeza. Luego se levantó y pareció que aquella locura que se había adueñado de él durante los últimos días, semanas y meses se había borrado de su mirada, que volvía a ser la mirada de un muchacho serio.

Lo último que vi fue cómo le latía una arteria del reverso de la mano ilesa —aunque negra por las quemaduras— mientras me dejaba un paquete con cinco cigarrillos al lado de las granadas de mano. Vi que aquella mano de un color violeta negruzco estuvo a punto de rozarme para despedirse; lo anticipé, pero no sucedió.

Fue una sensación maravillosa quedarme allí solo, sin él.

Lo primero que hice fue encenderme un cigarrillo.

No recuerdo haberme sentido derrotado. A lo sumo, febril. Ni siquiera me sentía solo porque los recuerdos, espontáneos y provocados, míos y de quién sabe quién, me hacían mantenerme ocupado y con una extraña sensación de compañía. Tiré el cigarrillo, eché mano al arma y fijé la vista en la calle. Le pegaría un tiro en la frente al primero que doblara la esquina. Me parecía lo correcto, y también si sucedía a la inversa. Pensar en tu cuerpo hecho pedazos, despachurrado, reventado, etcétera, es una perspectiva que asusta muchísimo más que una balita de nada. Cierto que, ahora que tengo una bala alojada en la cabeza —porque más tarde fue a mí a quien dieron un tiro en la frente—, he cambiado de opinión, swami, pero entonces me parecía una solución aceptable.

Transcurrió una hora, o tal vez un día entero, y varias tormentas hasta que me encontraron los rusos.

Desperté completamente empapado de un sueño ponzoñoso y vi cuatro siluetas de soldados inclinados sobre mí. No sólo me apuntaban con sus armas, sino con mi propia MP40. Me quedé paralizado. «Éste es el segundo crucial», pensó algo en mi interior. «El instante de la muerte.»

Sin embargo, pasó otra cosa. Los soldados me agarraron por los brazos y las piernas, tiraron de mí para sacarme del barro de ceniza y corrieron a presentarse ante su comisario conmigo meciéndome entre ellos como un puente colgante.

El comisario me interrogó someramente y consideró la opción de fusilarme, pero le cayó en gracia el ruso que hablaba, el que me había enseñado Anna Ivánovna. Él, a su vez, se sabía un poema de Heinrich Heine. Sacó del bolsillo un diapasón que al parecer llevaba siempre encima, le dio un golpecito contra el borde de una mesa, se lo acercó al oído para afinar bien el la y, a partir de esa nota, declamó:

Queremos ser felices aquí en la tierra,
y dejar de morirnos de hambre.

Luego bajó la voz y prosiguió:

Que no empache más el vientre vago
lo que otros cosechan con trabajo
y sangre.[2]

Me dedicó una sonrisa tonta, se volvió a guardar el diapasón y mandó que me pusieran en una camilla por cómo tenía las piernas.

Cinco meses más tarde, un día de marzo, atravesando el barro que formaba la nieve derretida, con los crujidos y zambullidas de las grandes placas de hielo del Düna como sonidos de fondo y bajo el cielo cubierto de nubes grises del norte, me llevaron a Moscú, me metieron en la Lubianka y, durante muchos meses, se dedicaron a reírse de mí, a humillarme y a torturarme.

Entonces comprendí por qué ama un ser humano a otros seres humanos, y es que no tiene más remedio que amarlos, pues eso constituye, para cada uno, la única esperanza de seguir siendo humano a pesar de todo.

2

—¡Por fin: la transformación! —exclama el hippy.

—¿Cómo?

—La transformación en una persona maravillosa. Me has contado todas esas cosas para ocultar tus sentimientos, pero ya está: a partir de ahora todo irá bien.

—Ah, no, no, tengo que contarle muchas cosas más. Esto es sólo el principio.

—Sí, el principio de algo nuevo.

—El principio de mi historia.

—El ser humano ama a los demás seres humanos: ahí estás en lo cierto. Un swami no habría podido expresarlo mejor.

—El ser humano no ama a cualquier ser humano. En la Lubianka yo no amaba a nadie, créame.

—No me lo cuentes, ¡concéntrate en tus sentimientos!

—¿Y no es un sentimiento no amar a nadie?

—No es un sentimiento al que se le pueda decir «SÍ» con una gran «S» y una gran «I».

—Usted quería que le contara todo, así que le contaré todo.

—¡Pero me cuentas pura palabrería! Ahora vas a hablarme de la Lubianka y de las cosas horribles que te ocurrieron allí: puro blablablá para distraerte de lo que sentías y tal vez sigas sintiendo. Es demasiado fácil.

—O sea, ¿que hablo para no tener que hablar? ¿Y hablo por primera vez de cosas de las que no he hablado en la vida para no tener que hablar de ellas?

—Eso es, justamente eso.

—¡Vaya disparate! ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque te distrae de tus sentimientos.

—Y usted, ¿cómo se supone que se da cuenta?

—No has llorado ni una sola vez.

—Ah, mire usted.

—Ni una sola.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Vaya preguntas que me haces. ¿Por qué no lloras? ¿Es que no te ha quedado claro, y por favor no me malinterpretes, que eres una escoria insufrible?

Aparto los ojos del cristal esmerilado que estaba mirando, enderezo ligeramente la espalda y miro hacia su cama. Está encogido, agarrado al poste de la cama, agazapado detrás de la mesita de noche de hierro blanco que lo separa de mi desgracia. Descubre que estoy observándolo y se obliga a dedicarme una de sus sonrisas de fumado.

Mientras trato de entender bien lo que acaba de decirme, me levanto muy despacio de la cama y atravieso la ridícula distancia de un metro que en su día declaró zona desmilitarizada y de seguridad. Luego me siento cuidadosamente en el borde de su cama. A él los ojos casi se le salen de las órbitas de puro terror.

—¿Me considera escoria?

—No, por el amor de Dios. Te considero una persona maravillosa. ¿Acaso hace falta que te lo repita una vez más? Lo que pasa es que estoy impaciente por que llegue la transformación, el momento de la transformación. Porque, para ser sinceros, no paras de hablar de ti mismo como escoria en vez de dejar fluir tus sentimientos.

—¿Pretende que me eche a llorar aquí, delante de usted?

—A ver, el problema es que... si no haces más que hablar y hablar... los sentimientos reprimidos se almacenan en tu cuerpo, ya sea directamente en tu cuerpo material o en uno de los cuerpos sutiles, es decir: en el cuerpo espiritual, mental, emocional o etérico. ¿Hasta ahí me entiendes?

Está temblando, y yo intento poner una cara en la que se mezclen la compasión, la indiferencia y la superioridad para que se calme.

—Perfectamente —le digo—. Así que nos saltamos lo de la Lubianka.

—Sí, sí, y a lo mejor puedes prescindir de las descripciones horripilantes y pasar directamente a los sentimientos: así no se interrumpiría el flujo de tus sentimientos. Pero ¿tendrías la amabilidad de regresar a tu cama, por favor?

—¿Y qué sentimientos se supone que deberían fluir?

—No sé; la culpa, tal vez, o el miedo... —dice una vez que vuelvo a estar acostado y tapado con la manta—. Pero, bueno —añade tras unos instantes de vacilación—, dímelo tú: ¿qué *feeling* era el predominante?

3

Cuando rememoro la época de la Lubianka, los meses y años que pasé en aquellas mazmorras abovedadas de las que no me deja hablarle, mi querido y cada vez más incomprensible swami... cuando rememoro, digo, aquel invierno perpetuo con ropa de perpetuo verano (si es que aquellos harapos de algodón húmedo se podían llamar «ropa»), cuando recuerdo la humedad, las alimañas y el hambre, los primeros sentimientos que afloran no son la culpa o el miedo, sino la debilidad y el dolor, por ejemplo el dolor concretísimo que la extracción de las uñas deja en el gabinete de curiosidades de la memoria y, por supuesto, en los propios dedos, cuyas yemas todavía tengo insensibles.

E incluso si dejo a un lado eso, incluso si ignoro a propósito las necesidades de mi cuerpo material para dejar hablar a mi cuerpo espiritual, mi cuerpo emocional o vete a saber qué coño de cuerpo, manifestaciones de mi persona que al parecer son las responsables de los gemidos, temblores y vacilaciones, ni por casualidad encuentro esos sentimientos de culpa y miedo a los que se les tendría que decir que «SÍ», con una «S» y una «I» bien grandes para dejar de ser escoria.

El sentimiento predominante, durante todos aquellos años, era la soledad.

Cuando hablo de aquella soledad, me viene a la boca un regusto a nueces rancias, ¿me entiende? Ahora bien, si espera usted que me ponga a llorar, más le vale esperar sentado. Porque la soledad era mi mayor terror y, no obstante, se convirtió en mi compañera. Mi espantosa compañera. Si logré sobrevivir a la Lubianka fue por eso, según he descubierto más tarde. La soledad no te obliga a nada; con la soledad como compañera te encuentras libre de obligaciones y malentendidos. Sólo es mala para ti mismo. Hace sufrir, pero es bella. ¿La ha conocido usted alguna vez? La mía era alta y delgada, tenía el cabello negro y los ojos verdes y profundos, y uno de esos rostros que te siguen a todas partes, hasta el último agujero sucio, hasta la última sala de interrogatorios. Amando la soledad, nunca estás solo: en eso consiste la locura. Lo importante es no dejar que se marche de tu lado durante las conversaciones con los agentes que te interrogan. Porque ellos intentan hacer amistad contigo, fingen estar de tu lado, pero, como te pongas en sus manos, como confíes en ellos por un segundo, estás perdido: una vez experimentada de nuevo la cercanía y la confianza, la soledad regresa con mayor virulencia, y ya nunca vuelve a ser tu amiga. Por eso es tan importante serle fiel incondicionalmente.

El único oficial del NKVD que estuvo a punto de hacerme caer en la tentación fue el camarada Nikitin.

Nikitin era un sátiro circunspecto de unos cincuenta años que, durante la batalla para recuperar Moscú, había contraído, por falta de yodo, el síndrome de Basedow.[3] Sus grandes ojos saltones le daban un aspecto de anfibio, lo que hacía que uno descartara enseguida la posibilidad de ahogarlo, pues sin duda podía respirar bajo el agua.

A pesar de su poder, su enfermedad y su ascendencia judía, se mostraba asombrosamente amable conmigo. Con un bocio del tamaño de una tortuga y un cuerpo reducido a la piel y los huesos, hacía el ímprobo esfuerzo de levantarse de la silla cada vez que yo entraba en su despacho acompañado por un guardia. Me daba la mano, huesuda pero suave, algo húmeda, y fría como la de un cadáver, y luego se ponía a hablar de arte conmigo. El camarada Nikitin sabía mucho de las vanguardias rusas: a principios de los veinte había estudiado pintura con Marc Chagall, en la Academia de Bellas Artes de Vitebsk, y en la pared de detrás de su escritorio tenía un tríptico suyo con barbudos violinistas de rostro azul y varias cabras y ángeles volando por el cielo, supongo que para incitar a sus víctimas a comentar algo.

En cuestiones estéticas teníamos gustos similares. Me aplaudió cuando le confesé que odio el suprematismo. Abrió un cajón y sacó un grueso álbum de fotos de todos los suprematistas a los que había interrogado y torturado personalmente en la misma silla donde estaba sentado yo.

También vi fotos de Meyerhold y su esposa («Una actriz bellísima, qué lástima»), una foto de Kandinsky tomada en 1921 («Acababa yo de empezar en este puesto»), otra foto donde se lo veía —a él, a Nikitin— del brazo de Lion Feuchtwanger frente a la entrada de la Lubianka («Sólo había venido de visita, pero le gustó tanto el edificio que quiso quedarse») y otra más con Isaak Bábel («Tuvo una muerte muy desafortunada, pero estuvo dos meses en la misma celda que usted; a lo mejor escribió algún poema en las paredes, fíjese bien...»).

En suma, Nikitin fue a por mi soledad y trató de arrebatármela con todos sus recursos. Se valió del arte para construir un avieso puente hacia la mota de polvo que era mi corazón, buscó la armonía homérica, el «nosotros», los puntos en común, con objeto de acabar conmigo sin siquiera mencionar mi pasado como agente del SD.

Yo ya les había escrito a los soviéticos cientos de páginas con lo que querían saber: nombres, lugares, detalles sobre la Operación Zeppelin. Nombres y direcciones de nuestros espías rusos y letones. Me obligaron a revelarlo todo: querían saber hasta el último detalle sobre mi hermano, sobre Heydrich, sobre Schellenberg, el pez tropical... y yo se lo dije todo.

Pero sólo hasta llegar al borde del abismo.

Sobre el abismo en sí guardé silencio.

Quedaban por decir algunas cosas.

Quedaban las masacres, lo del bosque de Bickern, lo de Moshe Jacobsohn; todo eso lo

guardaba en el témpano de hielo de mi silencio, y Nikitin no pretendía extraerlo a golpes de pico, sino conseguir que se derritiera. No quería reventarlo con los explosivos de la tortura, sino deshacerlo lentamente con cumplidos bien temperados sobre los dibujos que me permitía hacer.

Dejó que me dieran un lápiz (aunque pude habérmelo clavado en el ojo y escapar así, para siempre, de aquella vida monótona) y dos pliegos de papel a la semana. Y yo dibujaba mis huesos sarmentosos, mis pies mal cicatrizados, mi pene, que se descamaba como la pasta de hojaldre reseca y ya no era más que un cacho de manguera para mear, y luego, delante del espejo, sacudía la cabeza como un viejo sacudiría su pene y dibujaba mi gesto de asco.

Nikitin estaba encantado con aquellos testimonios de mi declive físico. Colgó algunos junto a sus violinistas barbudos de cara azul y me felicitó por mi gran talento.

El final de la guerra fue como una fiesta que se hubiera organizado encima de mi tumba.

El 9 de mayo oí gritos de júbilo tras los gruesos muros, y trombones, y tanques. «Hitler ha caído, paz entre los pueblos.»

Y llegó el verano, el otoño, el invierno...

Y la primavera siguiente Nikitin empezó a tomar comprimidos de yodo y su cuello de tortuga se redujo, lo que se evidenció a la vista tanto como a los oídos: su tono de voz ganó volumen. Su amabilidad disminuyó.

Yo me convertí en Cuatro-Cuatro-Tres.

Y en el verano de 1946 contraje el tifus.

Y cuando empezó a nevar de nuevo Nikitin me quitó el lápiz y el papel, tanto el de dibujar como el higiénico, de modo que tuve que volver a limpiarme el culo con los dedos. Poco a poco fui hundiéndome en la nieve del tiempo. Todo se volvió blanco a mis ojos. No había ningún poema de Bábel en la pared, tan sólo un letrero donde ponía MIERDA.

Nikitin esperaba una cosa en concreto; incluso me lo dijo: esperaba de mí una cosa en concreto y lamentaba muchísimo que no se la quisiera dar voluntariamente.

Yo veía claro que no me quedaba mucho tiempo de vida.

—Fíjese, Cuatro-Cuatro-Tres —me susurró un día—, con todo lo que hemos hablado de artes plásticas y ni una sola vez hemos conversado sobre fotografía.

—A mí la fotografía no me interesa.

—Pues es una pena.

Entonces me puso delante, sobre la mesa, un taco de fotos en blanco y negro. Yo las cogí y me vi: «Soy yo, vestido con el uniforme de las SS. En ésta tengo una pistola en la mano. En ésta estoy apuntando, bajo las ramas de unos árboles negros, a un grupo de personas que yacen en una zanja...»

—Para mí, la fotografía es un arte fascinante —comentó Nikitin.

Reconocí al bebé que aparecía en mis sueños de tanto en tanto: me miraba directamente desde el papel fotográfico y parecía balbucear mientras yo le disparaba a la cabecita; entonces recordé a aquel fotógrafo que se había colocado a mi lado, y al fondo vi al Brigadeführer Stahlecker y a Hub, y su mirada al tiempo que yo vaciaba el cargador entero sobre aquel cuerpecito.

—Fascinante, sin duda. «Fascinante» es una palabra curiosa, ¿no lo ha pensado nunca? Viene del latín «*fascinum*»: «encantamiento, hechizo, embrujo» —sentó cátedra Nikitin—. Y, por cierto, tiene la misma raíz que «fascismo».

—Me obligaron a hacerlo.

—No me cabe duda. Pero tampoco pretendía mostrarle otra cosa que la composición: ese contrapunto entre la naturaleza y los seres humanos.

No fui capaz de decir nada más.

—El que hizo esta foto era un gran artista. Por desgracia, murió de hambre en Stalingrado. Encontramos estas muestras de su gran talento entre sus pertenencias.

Me volví hacia un lado y vomité en la papelera. Nikitin se acercó compasivo, dando pasitos desde su escritorio, y me puso la mano en la nuca sin hacer presión. Su secretaria se apresuró a traer otra papelera, aunque esta vez de latón, para que no se saliera nada.

—¿Qué quiere de mí?

—Muy bien —farfulló satisfecho Nikitin—, por fin vamos por el buen camino. Lo que quiero es que reflexione, a ver si se acuerda de más cosas que aún no nos haya mencionado sobre lo que sucedió aquella tarde en el bosque.

Pero yo no quería reflexionar: llevaba el tiempo suficiente en aquel negocio como para saber que no me convenía.

Y así comenzó una fase que sé que no le puedo contar, sensible swami. El caso es que a aquello le siguió el clásico cambio de entrenador. Los guardias se ocuparon de ponerme en forma empleando pesas, cuerdas de saltar y látigos de cuero durante meses; no sé si me explico. Me asombraba cuántos recursos tenían, pero me asombraba sin decir ni palabra. Así pues, en algún momento de principios de 1948, después fingir por tercera vez que estaban a punto de ejecutarme, me llevaron ante Nikitin. Sin duda, él mismo se lo había ordenado.

Se lo veía mucho mejor de salud, al contrario que a mí. Hasta el bocio se le movía con más brío. No se levantó ni me dio la mano, y tampoco me permitió sentarme. Una lámpara me apuntaba directamente a la cara. Yo estaba débil a causa del hambre y tenía los huesos machacados por las palizas, apenas me tenía de pie. Por primera vez desde que nos conocíamos, Nikitin no empezó

la conversación con algún comentario sobre la historia del arte europeo; en lugar de ello me preguntó si había oído alguna vez el nombre de Pólitov.

—No —respondí.

Él rió de buena gana, me amenazó con el dedo índice y me miró como quien mira a un joven que ha hecho una gamberrada.

—No, no, le digo que no —repetí.

—¿Así que nunca ha tenido nada que ver con un tal Piotr Pólitov?

—No.

—Planeaba asesinar a nuestro gran líder.

—Eso es terrible...

—Sí, porque nuestro padrecito Stalin ama a la gente y la cuida como a las rosas y manzanos que ha plantado en su pequeña dacha.

—Seguro que también tiene limoneros y melones.

—Puede que sí.

—Y que en ese jardín también ha puesto nidos para pájaros y ardillas.

—¿Intenta tomarme el pelo?

Negué con la cabeza.

—Mejor.

—Discúlpeme si se lo ha parecido.

—Haré como si no hubiese oído nada.

—¿Cómo dice que se llamaba el autor de ese atentado?

—Qué más da cómo se llame: ha dicho que no lo conoce.

—Claro, claro.

Nikitin me miró de arriba abajo. Sus ojos de sapo, saltones hasta el punto de que no debía de poder cerrar los párpados cuando dormía, resultaban tan expresivos como dos canicas flotando en una papilla.

—Tenemos información —dijo en tono suave acariciándose el bocio— de que a ese criminal de Pólitov lo formó en Riga un oficial del SD para enviarlo a atentar contra Stalin, y la descripción de ese oficial alemán coincide con la suya.

—Es que los oficiales del SD tenemos todos el mismo aspecto —dije con una risa oxidada.

—Hágame el favor de confirmar una vez más que no conoce a ese hombre.

Abrió su álbum de fotografías verde y, sin prisa, buscó una página determinada. Luego me mostró la foto de Piotr Pólitov. Estaba afeitado, pero con el cabello revuelto y mojado; tenía sangre bajo el pómulo izquierdo y miraba a la cámara del NKVD con los ojos fijos, perdidos en la lejanía. Entre el pelo, que no era más que una costra de suciedad y sangre, se veían incontables plumas blancas. Le habían limpiado la cara, pero también entre las pestañas tenía restos de

plumas, como si acabara de salir de una batalla de almohadas. Un sentimiento de horror me invadió como si me subiera ceniza desde las entrañas, pues era obvio que lo que mostraba la foto era el cadáver de Pólitov recién sacado del barro con los ojos abiertos, por eso tenía esa cara de asombro. «Por eso no pueden sentarnos frente a frente», me vino de golpe a la cabeza: su muerte me permitía negar mi implicación, así que afirmé:

—No, no he visto a ese hombre en la vida.

Triste, Nikitin asintió con la cabeza, cerró el álbum, se reclinó en su sillón y, después de acomodarse, dijo:

—Mire, recluso Cuatro-Cuatro-Tres, yo pensaba que entre usted y yo se había creado cierto vínculo de respeto mutuo. —Apretó un botón rojo que había en su escritorio, volvió a mirarme de arriba abajo y susurró con una voz que parecía a punto de quebrarse—: Es más, lo tenía por un verdadero amigo. —Se abrió la puerta y entraron dos guardias—. En fin, ¿dónde está escrito que debamos perdonar a nuestros amigos? —preguntó retóricamente.

No estoy diciendo puro blablablá, querido swami. Al contrario: mientras vuelvo a recorrer mentalmente aquel pasillo por el que dos guardias —cuyas cuencas oculares parecían dos agujeros sin fondo a la luz de las bombillas temblorosas— condujeron a Cuatro-Cuatro-Tres, estoy sumido en mis sentimientos. Iban tan serios que sus caras parecían dos tenazas, y yo sentía que mi suerte se agotaba a cada paso. Nikitin iba detrás de nosotros, medio cojeando, como el diablo en persona. Nunca antes me había acompañado ni salido de su despacho, nunca antes lo había visto tan furioso.

Llegamos a unas escaleras que recordaban un teatro de opereta, bajo unos focos grandes, como los del cine, que hacían relucir los mármoles. Había redes entre las balaustradas de cada planta para que nadie se pudiese suicidar tirándose. Bajamos hasta el sótano sin decir una palabra, pasando por delante del puesto de control y a través de una especie de esclusa de aire hasta llegar al laberinto de mazmorras.

Cuando pasamos de largo mi propia celda en dirección al corredor de la muerte, donde tenían a los que iban a ser ejecutados, pensé que aquello no podía ser un simulacro. En un cuarto especial había una mesa al pie de la cual se veían jeringuillas llenas de un líquido amarillo y viscoso, y cuchillas de afeitar. El suelo evidentemente estaba inclinado para que la sangre drenara mejor.

Me recibió otro guardia que me vendó los ojos. Entonces sí que estaba reducido al cuerpo de la emoción. La palabra «miedo» no se aproxima ni de cerca al frío cortante que me recorría las venas. Ése era el *feeling*: la sensación de no ser capaz de respirar más que con los dientes, como si les hubieran implantado unos pulmones diminutos.

Bajamos algunos escalones más y oí voces y murmullos. Luego, unas manos fuertes me agarraron por la izquierda y la derecha, y noté cómo el camarada Nikitin se me acercaba mucho.

—Si lo hemos traído aquí es porque ya no le creo —dijo jadeante, pues tantas escaleras y la humedad del aire lo habían agotado.

Me esposaron los brazos a la espalda, se abrió una puerta y me condujeron al interior de un zulo que apestaba a excrementos y azufre. Entonces me quitaron la venda y, tras un brutal empujón, aterricé como un fardo ante la sombra gris que tres años antes había sido Maya Dzershínskaya.

4

Había pasado lo siguiente:

El Arado había emprendido el vuelo hacia el este y cruzado la línea del frente en plena noche. Volaba por encima de las nubes y de la tormenta. Maya Dzershínskaya no veía nada del exterior, pero sí al sudoroso operador de radio que no paraba de darles detalles sobre el vuelo, incluso meteorológicos.

Faltaba media hora para llegar al punto de aterrizaje cuando el haz de luz de un foco atravesó la oscuridad y a su izquierda y derecha empezaron a estallar bolas de fuego amarillo: era el fuego antiaéreo que pronto alcanzó el fuselaje del aparato. Maya sintió las vibraciones en la espalda y se apretó contra el asiento como si pudiera absorber las ondas expansivas. Así notó que el avión aceleraba y ganaba altura, pero los proyectiles seguían estallando muy cerca. Sentía como si le estallara el cráneo. El gran foco no dejaba de iluminarlos.

El piloto hizo un viraje brusco, pero se encendió un segundo foco y luego un tercero. El Arado no tardó en verse atrapado; de pronto la cabina estaba tan iluminada como si le hubieran prendido fuego.

Maya ya no tenía miedo.

Se había pasado el vuelo entero llorando sin que nadie la viera, ni siquiera Pólitov, que no paraba de despotricar tapándose la cara con la gorra de motorista. Ella, por su parte, se tapaba la boca con el dorso de la mano, olía el aroma familiar de su piel y se acordaba de cuando era una jovencita y aprendía a besar besándose el dorso de la mano. Volvió a besarse la mano pensando en mí, que estaba a cientos de kilómetros de distancia, y en la mirada que le había lanzado en el aeropuerto, y en medio del fuego antiaéreo volvió a besarse la mano para darle consuelo a aquella mirada mientras con la otra mano se apretaba los ojos para no llorar más. Siempre había tenido miedo a la destrucción, pero no a la suya.

Varios proyectiles alcanzaron el fuselaje del avión, pero no lo atravesaron. El piloto volvió a cambiar el rumbo y, finalmente, consiguió salir de la zona de peligro.

Lo que era impensable era llegar a aterrizar en el lugar planeado: una meseta apartada en Smolensk. El piloto, a quien Hub había prohibido terminantemente abortar la operación, tuvo que improvisar y buscar otro sitio en pleno territorio enemigo... en plena noche y bajo el fuego antiaéreo y la lluvia, quizá perseguidos por cazas.

Sólo tres faros instalados en la proa estaban disponibles para al menos distinguir algo.

Rocas o árboles.

Hacia la una de la madrugada, sin que el enemigo volviera a atacarlos por tierra o por aire, el aparato llegó a una zona que se prestaba al aterrizaje, a cincuenta kilómetros al noroeste de Moscú. «Patatales», había dicho el operador.

Ni rocas ni árboles.

El avión empezó a girar y a descender sobre un campo invisible en el que confiaban que no hubiera grandes obstáculos.

No era el caso, como comprobó Maya cuando miró por el ojo de buey poco antes de aterrizar: era un prado lleno de trincheras antitanque de cuatro metros de anchura. Cuando el aparato tocó tierra se produjo un estruendo, los cristales reventaron, alguien gritó. El aparato giró sobre su propio eje, resbaló hasta una zona de pinos y paró de golpe atravesado por las ramas quebradas. Pasajeros y tripulación salieron como pudieron del amasijo de hierros. Algunos sangraban. Una rama le había segado la mano al artillero. Excepto por sus gemidos, reinaba un silencio absoluto, y la oscuridad, y una lluvia torrencial que no paraba.

Maya miró a su alrededor.

Después de todo, había sido buena idea aterrizar en aquella zona en mitad de la antigua línea del frente: casi todos los pueblos de los alrededores habían sido pasto de las llamas y en las ruinas no vivía nadie. Además, aquel prado estaba lejos de cualquier carretera, eso era bueno.

Con todo, cabía la posibilidad de que el aterrizaje forzoso no hubiera pasado desapercibido. Cada minuto contaba.

Los alemanes corrieron a abrir la compuerta trasera y ayudaron a Maya y a Pólitov a sacar la moto con su sidecar de lo que había quedado del avión. Maya vio a Pólitov desplomarse sobre la hierba y ponerse a mascar una brizna como si fuera una oveja por culpa del shock. Observándolo, cayó en una especie de trance hipnótico y, en medio de ese trance, tomó la decisión de que volvería a verme. Lo decidió del mismo modo en que había decidido que sobreviviría a Uralov, al cautiverio de los alemanes y al Comando Zeppelin, y como antes había sobrevivido a su propio padre, aquel cerdo que, cuando aún era una niña, la llamaba a su dormitorio por el día y por la noche.

Volvió a abrir los ojos, se incorporó, revisó su arma y la amartilló para que aquel sonido le infundiera valor. Mientras se ponía el casco, el piloto del avión, a su espalda, acercó una cerilla encendida al charco de gasolina que se había formado debajo del avión. En cuestión de segundos el aparato empezó a arder y se hizo la luz como si fuera de día.

—¿Está usted loco? —bufó Maya—. ¡Eso es como una antorcha: se ve a diez kilómetros de distancia!

El piloto la miró de arriba abajo con desprecio, le recordó las órdenes que había recibido y dio media vuelta sobre los tacones de sus botas. Él y su tripulación tumbaron bajo un árbol al artillero, que ya había perdido el conocimiento y se desangró poco a poco, después cogieron sus armas y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Durante siete semanas se abrieron paso por territorio ruso, se vieron envueltos en varias escaramuzas y, al final, tras horas de tiroteo en la frontera polaca, los capturó una patrulla del SMERSH. Por participar en la planificación de un atentado contra él, Stalin los mandó juzgar como criminales de guerra. Fueron ejecutados.

Claro que no sabían que ése sería su destino cuando dejaron atrás el fatídico lugar del aterrizaje y se los tragó un muro de lluvia. Tampoco yo me enteré hasta pasados cinco años de que el piloto había estado preso sólo un piso encima de mi celda en la Lubianka. Nikitin me contó que, poco antes de morir, le había escrito a su esposa unas cartas de despedida preciosas y muy interesantes desde el punto de vista literario.

Maya se acercó a Pólitov, que no reaccionaba.

Le echó una botella de agua por la cabeza, lo cual no sirvió de nada, puesto que llovía a mares. Así pues, le dio un bofetón con la mano abierta, y otro más, y eso pareció despertarlo. Tuvo que hablarle como a un niño pequeño. Estaban solos, a su suerte.

—Vamos, Piotr, querido. Ven conmigo, anda. Si no huimos, moriremos.

Como en trance, Pólitov se sentó a horcajadas en la moto, arrancó y se puso en marcha con Maya en el sidecar. Cuando se alejaron lo suficiente del avión, Maya lo mandó parar. Se bajó, desabrochó las correas que sujetaban el aparato de comunicación que llevaban en la parte delantera de la moto y lo tiró entre los arbustos. Pesaba mucho y les obstaculizaba la visión. Pólitov no dijo nada. Maya había decidido desvincularse de la Operación Zeppelin y deshacerse del aparato que les permitía contactar con Alemania, solicitar suministros y pedir ayuda. No quería matar ni que la matasen, no tenía ningún otro plan que estar a mi lado, fiel como los gansos, y tiene usted razón: me siento escoria cuando me veo obligado a reconocer, pensando en esa mujer, de lo que es capaz un ser humano.

Maya tenía que salvar su vida, eso era lo primero; salvar su vida y la de Pólitov, un alma en pena que frotaba nerviosamente su anillo de boda. Ella lo zarandeó, lloró con él, le gritó que el puto plan de asesinar a Stalin con un lanzagranadas no era más que una fantasía de los arrogantes nazis, pero que ni ella ni él eran idiotas.

Poco a poco Pólitov fue recuperando las esperanzas de no ser un idiota. Su instinto de supervivencia empezó a rebullir y recobró las fuerzas. Después de todo, disponían de más de un

millón de rublos en efectivo, y del camuflaje perfecto. Tan sólo tendrían que superar las horas inmediatas, cuando sí tenían que contar con que los persiguieran miles de personas.

Volvió a montar en la moto. Parecía transformado por completo. Por desgracia, aquella energía repentina no valía para sustituir una brújula, y en medio de la oscuridad, en medio del aguacero, apenas había modo de orientarse. Primero recorrieron un camino entre campos que conducía a un desfiladero, luego fueron a dar a un lago que olía a petróleo y en el que flotaban restos de tanques destrozados...

Después de ir de un lado para otro, vieron un pueblo en ruinas y se dirigieron hacia él. Allí encontraron a una joven borracha paseando un perrito: el único ser del género masculino de toda su familia que había sobrevivido, y Pólitov —cuyo nombre había pasado ya a ser Tavrin, héroe de la Unión Soviética— le pidió que le indicase el camino a Rzhev. Con perro y todo, la chica se subió a la moto con ellos, riendo histérica y cantando a toda voz. El animalito se les cayó en medio del trayecto, pero volvieron a recogerlo. Lo único fue que no llegaron adonde iban, sino a otro pueblo tan devastado como el pueblo del que llegaban. La joven desapareció por las calles desiertas y ellos siguieron avanzando, pero sin mejor suerte.

Después de pasar un par de pueblos fantasma más, Pólitov se dirigió al este cada vez más paranoico.

Hacia las seis de la mañana, ya amaneciendo, llegaron a un pueblecillo llamado Karmanovo donde había un control de carretera. Pólitov echó la mano a la funda de la pistola, Maya conservó los nervios y muy amablemente le preguntó a uno de los tres guardias armados por dónde se iba a Rzhev. El guardia, que llevaba bigotes de cosaco, les indicó la dirección.

«Un milagro», habría dicho mi madre.

Seguía lloviendo, pero con menos fuerza, y cuando amaneció ya tenían un plan para Pólitov y su supuesta esposa, un plan real, factible, pues Maya había pasado una pequeña parte de su vida en Rzhev, en casa de la hermana de su *mamushka*, que, según me había contado, era cocinera. Estaba segura de que allí encontrarían dónde esconderse. Las carreteras estarían despejadas mientras el NKVD y el SMERSH no sospecharan que los tripulantes de aquel avión incendiado tenían una moto.

Pólitov pisó el acelerador y adelantó varias carretas de campesinos de los koljoses que, a pesar del mal tiempo, se dirigían a sus sembrados a primerísima hora de la mañana. No había entendido las indicaciones del cosaco, así que, en lugar de girar a la izquierda, como Maya le gritó que tenía que hacer, lo hizo hacia la derecha, y en lugar de dar media vuelta cuando llegaron a una rotonda, tomó un atajo por un sendero del bosque ignorando las protestas de su compañera.

Maya se puso nerviosa porque estaban perdiendo un tiempo valioso: minuto a minuto había más luz y menos lluvia. Por fin, después de dar vueltas por el bosque a toda velocidad, milagrosa e inesperadamente, volvieron a salir a una carretera asfaltada.

Pólitov lanzó un grito de júbilo y, mientras Maya hacía lo que podía para no golpearlo, se dirigió hacia un nuevo control de carretera que, sin embargo, no era nuevo, sino el mismo de antes, en Karmanovo, donde tan cordialmente los habían tratado dos horas atrás.

Esta vez, en cambio —hay que imaginar que entretanto se había hecho de día, había dejado de llover y el reciente descubrimiento de los restos del avión estrellado y calcinado había traído consigo la orden de movilizar todos los recursos e investigar la posible infiltración de espías alemanes—, el cosaco del mostacho se mostró bastante menos amable y prestó bastante más atención a los documentos de aquel condecoradísimo capitán. Lo cierto es que estaban en regla; sin embargo, en el caso de su acompañante, su rostro desfigurado y su boca de payaso se parecía más bien poco al que mostraba la foto. Ella se defendió diciéndole que se había hecho aquella foto antes del desafortunado accidente de carretera que le había llenado de cortes la cara y medio cuerpo.

El guardia no tenía ganas de mirarla mucho más tiempo, así que dio por buena la versión, pero entonces se dio cuenta de un detalle: el famoso capitán llevaba la Orden de Lenin en el lado equivocado del uniforme, cuando hasta los niños soviéticos sabían cuál era la forma correcta de portar esa condecoración, puesto que en los periódicos aparecían todo el tiempo las fotografías de los héroes de la patria. Con desconfianza, les preguntó a los camaradas de dónde procedían. Maya iba a responderle tal como Pavel Delle le había enseñado y como ella, a su vez, le había enseñado a la Shilova, pero Pólitov le arrebató la palabra y le ordenó al guardia en tono brusco que dejase de hacer perder el tiempo a un oficial condecorado en lugar de permitir que pasara y continuara su camino. El hombre se sobresaltó, pues la directiva J1423 del NKVD, dirigida a todos los miembros de las fuerzas armadas y emitida hacía apenas unas semanas, decía expresamente que ningún oficial podía evadir un control de rutina apelando a su rango. Nunca, en ninguna circunstancia.

Así pues, obedeció al supuesto capitán y, después de hacerle el saludo militar, los dejó pasar a él y a su acompañante, pero en cuanto aceleraron —espantando a unas gallinas que cruzaban tranquilamente por la carretera— los apuntó con su ametralladora y abrió fuego. Las balas alcanzaron las ruedas, el brazo izquierdo de Pólitov, su aurícula derecha y la cabeza de una pobre gallina blanca como la nieve. La moto patinó en dirección a la cuneta y volcó en un barrizal. Enseguida acudieron otros guardias y sacaron a la pareja del barro. En el caso de Pólitov, sólo pudieron comprobar que había muerto. Había caído sobre la gallina, lo que explica las plumas blancas que tanto me llamaron la atención en la foto que el NKVD me mostró varios años más tarde.

Lo registraron y encontraron la dirección del apartamento del Comando Iósif en Moscú, pese a que Pólitov tenía prohibido llevar esa clase de chuleta.

Maya, que no había sufrido más que contusiones, fue capturada y cacheada en cuestión de segundos.

Eran las ocho y media.

La operación para acabar con Iósif Stalin, que había costado muchos millones de marcos del Reich y un año entero de planificación, había fracasado en sólo siete horas y media, de modo que no cambiamos el curso de la historia y mi nombre desapareció para siempre de las listas de candidatos a la fama mundial.

A las pocas horas de la muerte de Pólitov y la detención de la agente Dzershínskaya, el camarada Nikitin llegó al lugar del incidente en un elegante Moskvitch negro en cuyo interior no sólo había mandado instalar una especie de *chaise longue*, sino también una bombona de oxígeno a la que recurría de cuando en cuando para refrescarse la laringe.

Maya odió a Nikitin desde el primer interrogatorio, pues no fue al grano en ningún momento, sino que se dedicó a elogiar su perfil y su parecido con la poetisa Anna Ajmátova. En todo caso, fue una suerte para ella que, después de «conversar» durante una hora y tomarse una tacita de té, no diera órdenes de fusilarla de inmediato. Antes bien, se le ocurrió llamar a su superior en Moscú y sugerirle que valía la pena intentar identificar y engañar, utilizando su propio aparato de comunicación, al oficial nazi a cuyas órdenes trabajaba Maya; es decir, a mí.

Y para ello debían mantenerla con vida.

El visto bueno a esa maniobra de engaño lo dio Lavrenti Beria en persona, el jefe del NKVD, a quien apodaban *la Úlcera* —mote que les quedaría a la perfección a todos los jefes de los servicios secretos que he conocido en mi vida—. Se sentía especialmente comprometido con aquella causa porque Stalin lo había amenazado con terribles consecuencias como algún comando alemán con intenciones de matarlo consiguiera acercársele a menos de cien kilómetros.

El camarada Nikitin ya había mandado limpiar y reparar el aparato de comunicación que los espías alemanes habían arrojado detrás de unos arbustos. Lo hicieron cuidadosamente, pero en general estaba en buen estado.

La treta empezó con buen pie cuando, sólo veinticuatro horas después de la detención de Maya —de la que no tenían ni idea—, los operadores alemanes recibieron un mensaje y creyeron identificar, en el uso más bien torpe del código, el estilo del activista Pólitov.

Por desgracia, ya no podían informar al Hauptsturmführer Solm, quien en ese momento era conducido a una celda de la prefectura de Riga.

El supuesto mensaje de Pólitov, que en realidad había dictado Nikitin, le produjo verdadera

euforia a mi hermano:

SOLM STOP PRIMER DESTINO ALCANZADO STOP DAÑOS EN UN ALA AL ATERRIZAR STOP APARATO DESTRUIDO Y TRIPULACIÓN A PIE HACIA EL OESTE STOP NOSOTROS DE CAMINO A MOSCÚ STOP HEIL HITLER! PIOTR Y MAYA STOP

Así pues, hasta el final de la guerra y bajo las órdenes de Nikitin, Maya, a quien nunca consiguieron sonsacar el código —lo que le salvó la vida—, estuvo intercambiando mensajes con un superior que se suponía que era yo, con lo cual los rusos estuvieron avisados y pudieron prevenir cualquier peligro ulterior. Un mensaje del 31 de enero de 1945, por ejemplo, rezaba:

SOLM STOP EN ESTAS HORAS QUE NOS PONEN A PRUEBA SEGUIMOS COMPROMETIDOS AL MÁXIMO STOP SITUACIÓN DELICADA STOP CARECEMOS DE PRISMÁTICOS Y ESCASEAN LAS CANCIONES ALEMANAS STOP PASE LO QUE PASE STOP BUSCAREMOS CUMPLIR CON LOS OBJETIVOS STOP VIVIMOS EN LA ESPERANZA DE LA VICTORIA STOP HEIL HITLER! STOP PIOTR Y MAYA STOP

Hub respondió en mi nombre:

SALUDOS CORDIALES. LA VICTORIA FINAL SERÁ NUESTRA. QUIZÁ ESTÉ MÁS PRÓXIMA DE LO QUE CREEMOS. CONTRIBUYAN A ELLO Y NO OLVIDEN SU JURAMENTO. UNIDAD PREPARANDO GRAN COLECCIÓN DE CANCIONES POPULARES STOP PRONTO CONTACTO STOP SOLM.

Con la esperanza de capturar a esa misteriosa unidad que debía establecer «pronto contacto», el NKVD instaló a Maya en un apartamento en la calle Lesnaya Ulitsa. Resultó un apartamento muy bonito, enteramente decorado al estilo de la Bauhaus, en un edificio construido hacia 1900. Como Maya era el cebo para atrapar a los espías alemanes, pasó años entre aquellos muebles diseñados por Marcel Breuer, a la espera de que aparecieran sus supuestos camaradas. Siguió allí incluso después del final de la guerra, sólo a finales de 1947 la NKVD cerró el apartamento y ella fue enviada a una celda de la Lubianka.

Nos miramos en silencio.

Maya se quedó tan quieta como una pared más pero, en medio de la violencia convertida en piedra que nos rodeaba, pese a mi estado lamentable, fui capaz de percibir el momento en que me reconoció, y fue como una corriente de aire, como un rayito de sol, aunque ella simplemente se quedó allí, muda e inmóvil.

Debe usted saber que, pese a los tres años que había pasado en una celda, aún habría sido capaz de dibujar a Maya de memoria, así de bien la conocía; sin embargo, nunca he sido capaz de dibujar el instante de la corriente aire, del rayo de sol: Maya, como una estatua, a tres metros de mí, los dedos asomándose sobre sus clavículas como si fueran la punta de unas alas, los pies

paralelos sobre el suelo de piedra, la cara pálida y sucia, los ojos llenos de emoción. Ahora sé que, aunque de algún modo la había amado antes, los años transcurridos, marcados siempre por el siglo de mierda que nos tocó vivir, se convirtieron de pronto en un simple prólogo de ese momento, el camino que forzosamente conducía a aquel instante eterno en aquella celda.

Entonces yo no sabía nada de lo que le he contado aquí en relación al fracaso de la operación y el derrotero de Maya. Una pequeñísima parte me la reveló Nikitin poco después, pero el resto sólo lo averigüé muchos años más tarde. Sin embargo, como le decía, en un instante mágico, y a pesar de mi condición subhumana, entendía que Maya se había marcado un objetivo que acababa de cumplirse en el instante en que me arrojaron en aquella celda: nos habíamos encontrado, su instante hipnótico se había hecho realidad...

Tiene usted toda la razón en decir que soy escoria, pero ella no lo era, y ahora sí que me voy a echar a llorar. No quiero evitarlo, aunque piense usted que parezco una plañidera, porque en su día fui incapaz de llorar. Porque estaba fuera de todo, al margen, ¿me entiende? Ya no era del todo un ser humano: estaba hueco por dentro y en la soledad más absoluta, y ya le expliqué lo que implica la soledad.

Nikitin no paraba de hablar.

Me dijo que yo era un mentiroso y luego se puso a enumerar mis crímenes y los de Maya. Aseguró que se nos había agotado el tiempo y que él ya no podía hacer nada más. Que Alemania había perdido la guerra y estaba perdiendo la posguerra, y que él no tenía más opción que dejar que fusilaran a mi agente —a mi amada— por traicionar a su patria, a pesar de que su perfil le recordaba a Anna Ajmátova e incluso a la divina Cleopatra. Desde luego, tampoco podía hacer ya nada más por mí; sólo, quizá, retrasar un poco mi ejecución para que yo pudiera presenciar la de Maya. En todo caso, la culpa era mía, pues yo había tenido en mis manos que nada de eso sucediera...

—Dígame qué tengo que hacer —dije, y me quedé muy extrañado de oír mi propia voz, y sentí un enorme anhelo de oír la voz de Maya, con las sonoras consonantes de su acento ruso, y un miedo, enorme también, de que esa voz no existiera ya, de que le hubiesen cortado la lengua, una especialidad de la casa en aquellos años.

—Tiene que cooperar, Cuatro-Cuatro-Tres.

—Cooperaré.

—Pero no piense que necesito que me diga nada más sobre usted o sobre esa espía: ya lo sabemos todo.

—Cooperaré.

—Karl Marx afirmaba que somos un producto de nuestro entorno. Las personas cambian, pueden volverse mejores, pero tienen que quererlo.

—Yo quiero.

—Entonces trabajaremos juntos en su autocrítica.

—Haré lo que usted me diga.

—¿Realmente quiere cooperar?

—Sí.

—¿Desea de todo corazón, y por propia voluntad, convertirse en un miembro útil de la sociedad socialista?

—Sí.

—Entonces lo convertiremos en informante para la Unión Soviética.

—Maya —dije.

Y por fin ella dijo mi nombre.

5

Era primavera otra vez, casi verano. Era un miércoles de mayo de 1948 y el viento me arrastraba por el fondo de un ancho valle como si fuese un escarabajo lento y anónimo. A izquierda y derecha, las montañas gris elefante.

El aire era fresco y áspero y yo presentía que pronto habría *Föhn*,[4] aunque aún no conocía esa palabra ni ese tipo de viento. El *Föhn* altera la sangre: hace que te marees y te enfades, te ensombrece el pensamiento, así que yo pensaba que todo lo que me rodeaba estaba impregnado de maldad. Puede que las montañas sean el epítome de la indiferencia por lo humano, pero a mí me parecía que estaban a punto de escupirme aludes de piedras.

De escupírselas al informante.

El camino por el que iba se bifurcaba en una pista forestal y una avenida flanqueada de olmos, tal como me habían dicho. Las agitadas aguas del riachuelo que corría a mi lado eran verdes y lechosas. Me senté en una de las grandes piedras de la orilla, entre el olor a musgo húmedo. Veía la crueldad y la dureza del mundo en la hierba del prado, en el rojo intenso de los tejados cercanos, las paredes de roca violeta y el azul del cielo, hasta en los puntos marrón claro que eran las vacas que un pastor —otro puntito— llevaba a pastar a cierta distancia de mí. Nadie que venga del Hades, como venía yo, podría ver en toda esa belleza sino el más crudo sarcasmo de Dios. Me sentía excluido, burlado: yo no formaba parte del mundo, sino que apenas se me permitía captar las cosas por un instante, como una cámara de fotos, y en cualquier momento me lo podrían quitar todo. Así, «todo» era sencillamente una trampa en la que no me podía permitir caer.

No podía fiarme ni del tronco negro del olmo en que me había apoyado, y procuré poner atención a sus hendiduras y salientes, a las vetas de la corteza y a una hormiga que la recorría.

Había tardado siete horas desde Múnich. Primero había ido en tren hasta Garmisch-Partenkirchen; luego, como el tren de vía estrecha de Mittenwald no funcionaba porque —para variar— había un fallo en la red eléctrica, me había llevado hasta Klais un comerciante de maderas al que paré por la carretera. Y luego seguí a pie. Después de un desvío en la granja Erdelinger Hof, había tomado el camino que conducía al sanatorio de Pattendorf y ya veía el campanario de la pequeña iglesia, a dos kilómetros de distancia.

Me puse de pie, le deseé buena suerte a la hormiga y me eché a andar en dirección a los edificios, que no recordaban en nada a las ruinas esperpénticas en que las bombas habían

convertido la ciudad de Múnich. Salió a mi encuentro un hombre en camisón, agitando los brazos como aspas de molino y gritando: «¡Blaisi! ¡Blaisi!» Una monja corría detrás de él.

Atravesé el portón de entrada y llegué a un gran patio. Lo rodeaban tres alas residenciales y un edificio que albergaba un establo y un granero. En el medio había una fuente, un par de castaños, un sauce llorón y varios locos que discutían sobre quién debía sentarse en el único banco y si no sería venenoso porque estaba verde. Intercepté a una monja que corría nerviosa hacia el grupo de dementes y le dije quién era, y que estaba buscando a mi madre y a mi hermana. Ella se limitó a negar con la cabeza y me señaló una vereda cubierta por un emparrado a la sombra del cual una niña estaba sentada en un escalón de piedra.

Tendría unos cinco años y un bloc de dibujo sobre las rodillas. Estaba pintando al buen Dios, que llevaba gafas y, por supuesto, barba.

—Las gafas le permiten ver a la gente desnuda a través de la ropa; incluso puede ver través de la piel. Y los ángeles tienen alas para poder volar a cualquier parte. Aquí están intentando que me haga católica, pero Amama dice que lo llevan claro: que ésa sería la guinda del pastel.

Todo eso me dijo la niña, hablando como una cotorrita, en cuanto me detuve frente a ella. Llevaba un vestido blanco, rojo y negro con corazoncitos rojos cosidos, obviamente confeccionado con la tela de una bandera nazi. Su carita parecía pintada por Hans Holbein: rubita, pálida y decididamente inglesa. Mi sensación de ser un descarte del mundo se mitigó un poco al verla, y me quedé asombrado de lo mucho que se parecía a Ev. No podía ni imaginarme haber contribuido a engendrar algo tan bello, y tuve que contenerme para no acariciarle la cabeza como habría hecho cualquier padre.

—¿Eres nuevo?

—Sí.

—¿Eres un tullido?

—No.

—Eso pensé cuando te vi antes ahí... ¿o se dice «he pensado»?[5] ¡Qué más da! —Rió.

—¿Y qué es lo que has pensado?

—Pues que seguro que no eras un tullido, sino que lo tuyo debe de ser mental.

—¿Y qué es eso de «mental»?

—Son los que viven aquí. No son cojos ni nada parecido.

—¿Quieres decir que son idiotas?

—Mami dice que no hay que decir «idiotas».

—Es verdad.

—Se dice «gente con cosas mentales». Bueno, Amama no lo dice: Amama siempre dice «idiota», y a veces hasta «lelo», aunque eso lo dicen los bávaros, y no me dejan hablar en bávaro.

—Tampoco está nada bien decir «tullidos».

—Lo sé, pero mi papá está tullido.

Me quedé mirándola fijamente.

—¿Así que tú eres normal y corriente? —me preguntó.

Dije que sí con la cabeza.

—Es que, si eres normal y corriente, te tengo que hablar de usted.

—Pues no, porque ¿sabes una cosa? Soy tu tío: tu tío Koja, un tío normal y corriente. Y tú eres la normalísima Anna, ¿a que sí?

Ella sólo me miró, pero con curiosidad, e intensidad, para fijarse bien en todo.

—Pues estás flaquísimo, tío Koja.

—Sí, porque he estado preso después de la guerra. Me acaban de liberar.

—Si quieres, puedo robar una manzana para ti.

—No creo que eso le haga mucha gracia a tu mami.

—Pero está en el hospital, y Amama en el campo. Y si acabas de salir de estar preso...

Desapareció en el interior del edificio y a los cinco minutos salió brincando con dos manzanas y un huevo duro en las manos. Se asomó por encima de mi hombro, pues yo le había cogido el bloc de dibujo —del peor papel que he visto nunca— y sus lápices de colores, y había dibujado a la anciana demente que al final había conquistado el banco verde de debajo del sauce llorón.

—Qué bonito te ha salido ese dibujo, tío Koja —dijo cortés y admirada, y yo deseé que se sintiera más orgullosa de mí al precio que fuera.

Luego nos comimos las manzanas y el huevo duro.

Me pasé el día entero con ella, hasta que anocheció. Me enseñó el sanatorio de arriba abajo y me contó que, de mayor, ella también quería ser monja porque así se podría cambiar el nombre a sor Elegiana, sor Ambrosila, sor Violentia, sor Ditberga, sor Nemesia, sor Waldeburga, sor Alderamana, y así hasta Madre Superiora. Lo único que quería evitar a toda costa era llamarse sor Anna, y tampoco podía hacerse católica para no hacerle daño a su Amama, a la que quería mucho.

También me presentó a los internos del sanatorio —al fin y al cabo, ése era el entorno en que había crecido—. Estaban, por ejemplo, el Molinete, que se pasaba el día corriendo y aleteando con los brazos; el Cangrejo, al que le habían colocado la pierna de madera al revés; el gordo del Campanero, que en su día había sido cocinero en Hamburgo; la señora Liese, que tenía un vozarrón que se oía por todas partes; Sepp *el del Cura*, al que llamaban así porque su hermano era sacerdote; Sepp *el de los Bueyes*; Sepp *el Boticario*; el Barbillota, que tenía una barbilla enorme, era un fetichista de las gorras y divertía mucho a Anna imitando a perros y gatos. Luego estaba el de las Muletas, que sólo tenía una pierna y echaba las cartas en secreto, aunque eso estaba mal a los ojos de Dios porque es magia hereje, aunque el de las Muletas era como yo: había estado preso y lo habían liberado. El de las Muletas me echó las cartas y me dijo que me

esperaba un destino amargo a menos que le diera un cigarrillo, con lo cual me haría el favor de tirar las cartas de nuevo, a ver si salía otra cosa.

Cuando cayó la tarde y se levantó niebla desde el Isar, y el sol salpicó de rojo el patio y el velo de niebla, apareció mi madre. La vi antes de que ella me viera, en cuanto cruzó el portón andando como si pateara el suelo: una mujer menuda, bronceada, muy delgada y enérgica con un pañuelo gris a la cabeza y una falda que sin duda estaba hecha con viejos pantalones del uniforme de la Wehrmacht. Finalmente me vio, se detuvo y negó con la cabeza, pero a causa de la sorpresa se le cayó la pala que llevaba en la mano. La recogió enseguida, pues siempre le había parecido inadecuado el sentimentalismo, el suyo y el de los demás. De todas formas, caminó hacia mí sollozando. Yo corrí a su encuentro y ella me abrazó y se apretó contra mí. Como no quería soltar de nuevo la pala, me daba con ella en la espalda. Olía a tierra y a malas hierbas, a fresas, a vejez y al olor que conozco desde que tengo uso del olfato.

Lloramos y nos dijimos cuánto nos habíamos echado de menos; no dejaba de mirarme con los ojos llenos de lágrimas, negando con la cabeza y lamentándose de que me hubiera «quedado hecho un escuerzo, un pobre guiñapo».

Subimos a sus «habitaciones» y pasamos a la amplia «alcoba», como ella decía, mientras Anna se preparaba para dormir en el cuarto pequeño, que no llegaba a cuarto, ni siquiera a cuartucho, sino que era más bien un armario. La vivienda entera no constaba más que de aquella alcoba amplia en la que había tres camas, una mesa, varios taburetes (palabra que aplicaba mi madre a todas las sillas que no le parecían muy fiables), así como un lavamanos y un gigantesco armario antiguo de estilo rústico bávaro. En las paredes había cuadros míos, de los que le había regalado a Ev hacía más de una década. No vi el menor indicio de la existencia de Hub, pero sí moho verdoso en el techo.

—En fin, no deja de ser un lugar donde vivir —explicó mamá—. Llegamos aquí con una mano delante y otra detrás, como quien dice, pero nos dieron unas cuantas cosas, viejas casi todas. Eso sí, Anna tiene de todo gracias a la ayuda del prefecto local y de las monjas.

De otro armarito sacó un par de tablitas de madera de las que se usan para cortar, y que en Baviera se usan para comer, cubiertos y una hogaza de pan.

—Los americanos repartieron ropa en Mittenwald, pero sólo se la daban a los polacos, ucranianos y otras gentes a las que no les basta robar y saquear. A los bandidos de segunda, que es lo que parece que somos los refugiados alemanes, nada de nada, claro.

El talento para indignarse, los prejuicios y los juicios sumarísimos que caracterizaban a mi madre no habían menguado lo más mínimo a pesar de aquellos años de humillación que, obviamente, no había superado en absoluto.

Cenamos después de rezar. Había encurtido de rábano y apio para acompañar el pan, y un poco de tocino, además de agua del pozo. Pusimos el ramo de flores silvestres que salí a coger en una lata de conservas vacía.

Mamá se guardó de sacar ciertos temas. Yo no quise preguntarle directamente cómo era que Hub se había quedado tullido y ella tampoco dijo nada. De hecho, no mencionó a mis hermanos ni una vez; en vez de eso, se dedicó a describirme las dificultades de una familia protestante en un territorio enemigo católico donde, para colmo, se hablaba un dialecto imposible que ponía en peligro el futuro de la pequeña Anna.

—A las monjas las mandan aquí del convento. Son todas unas brujas a las que tanta misa y tanto rezo no les endulza el carácter ni por casualidad —me soltó—. ¿Tú las has oído alguna vez rumiando letanías como autómatas? Una escuela hebraica no sería peor.

—¿Qué es una escuela hebraica, Amama? —preguntó Anna.

—Es otra palabra para «sinagoga», cariño.

—¿Y qué es una sinagoga?

—Es una iglesia para judíos. Anda, cielo, termínate el rábano.

—¿Y quiénes son los judíos?

—Son gente que cree en Dios, pero que no es protestante.

—¿Es lo mismo que católicos?

—No exactamente.

—¡Qué bien! —celebró Anna—. Entonces me haré monja con los judíos.

Llevamos a Anna a la cama y salimos a tomar el aire de los Prealpes austríacos, que la cercanía del río enfriaba. Aunque ya era noche cerrada, se oía el canto de muchos pájaros: sonaba como si allí vivieran millares de ruiseñores, pero eran los periquitos del director del sanatorio, a los que había dejado ciegos un escape de gas en un búnker de Múnich y que, a causa de esa desgracia, pese a que su jaula estaba al lado de una ventana a diez metros por encima de nuestras cabezas, se perdían el grandioso paisaje de los montes del Karwendel.

—Yo no hago preguntas, cariño.

—Gracias, mamá.

—En el fondo, la situación está clara.

—¿Tú crees?

—Detrás del insondable sufrimiento del ser humano, como su verdadera causa, está el pecado, pero hay formas de alcanzar la salvación.

—Seguro que sí.

—Si la tristeza es fruto del pecado, la alegría es un vástago de la salvación. Y hoy me invade la alegría. ¡Qué alegría me has dado!

—Yo también me alegro mucho de verte, mamá.

—Que estés vivo es una señal de que Dios te protege y te ama, y a Hub y a Ev también.

—¿Están bien?

Mi madre no respondió. Dudó en hacerlo, cosa que no era nada propia de ella, y, al final, posó su mano de pájaro sobre mi rodilla, me miró con gesto resignado y dijo en voz baja:

—Qué alegría me has dado, hijo.

Cuando regresamos a la vivienda, Anna ya dormía. Mamá me dijo que Ev solía quedarse entre semana a pasar la noche en el alojamiento del hospital, en Mittenwald. Sólo iba a verlas cada dos o tres días.

—Hasta mañana no la esperamos, así que esta noche puedes dormir en su cama.

De modo que dormí en la cama de Ev. Hundí la nariz en su almohada buscando su olor, pero sólo me olía a jabón. Busqué algún cabello y encontré uno enredado en un botón de la funda, y hasta palpé entre el pulgar y el índice la raíz arrancada, del tamaño de un bulbo diminuto.

Me despertaron en mitad de la noche.

—Tienes que levantarte, tío Koja.

—¿Mmm?

—Tienes que levantarte y salir del dormitorio ahora mismo: me hago pis.

Por un instante no entendí lo que me decía. Se me mezcló con otra noche, hacía milenios, en que la pequeña Ev satisfizo aquella necesidad delante de mí. Fue el origen de todo, incluida la pequeña Anna, en cierto modo.

La chiquilla me zarandeó y me señaló su orinal insistiendo en que yo tenía que salir mientras ella echaba su avergonzado chorrito. Incluso echó la llave a la puerta (dos vueltas). Luego se olvidó de mí y volvió a dormirse, y yo me quedé a oscuras en el pasillo, contemplando la cerradura con dos vueltas de llave.

Como no quería despertarlas ni a ella ni a mi madre, no llamé, sino que me eché en el suelo de piedra del ancho pasillo envuelto en una de las cortinas de cuadros rojos que no sin esfuerzo conseguí descolgar de su barra. Y mientras permanecía allí tumbado, oyendo a través de las puertas el sonido amortiguado de los suspiros y ronquidos de todos aquellos enfermos mentales, me enorgullecí de que Anna hubiese heredado mi pudor, mi horror ante la desnudez, mi repugnancia ante los excrementos, ante mi propio sudor y mi propia sangre.

No, Anna nunca sería médica; o, en todo caso, nunca sería una buena médica.

Y colmado de amor hacia mi hija, un amor que había vuelto a florecer aquel día avieso y traicionero, me quedé dormido.

6

La mañana siguiente empezó temprano con el gran desfile de orinales. Una multitud de personajes como sacados de un extraño cuento pasaron por encima de mí tropezando, saltando o trepando con sus oscilantes orinales llenos entre las manos e intercambiando toda la variedad de saludos que ofrece el bávaro: «*servus*» y «*hobediejehre*» y «*griasdigot*»,[6] en dirección al único cuarto de baño del sanatorio, que estaba en el patio al lado de las cocinas, igual que los lavaderos.

El Molinete pasó a toda velocidad, tan agitado como siempre y derramando chorritos aquí y allá. Todos se apartaron, incluido yo, que rodé por el suelo para pegarme a la pared.

A Anna le dio mucha pena que hubiera acabado durmiendo en el suelo, así que me prometió que me haría un dibujo en el que me pondría en el cielo, acostado sobre nubes blancas, que son muy blanditas, y que no volvería a cerrar la puerta con llave nunca más, nunca más.

Luego tuvo que marcharse con su mochila viejísima al parvulario del pueblo... que era católico. Pero ni mi madre ni Ev podían ocuparse de ella. La vi alejarse con las trenzas aleteando al viento.

Mamá volvió a coger la pala y se fue al campo a realizar un trabajo del que no me dio ningún detalle.

Me quedé solo en el sanatorio: Ev llegaría después de comer porque le había tocado el turno de noche. Aproveché para ver la pequeña iglesia del sanatorio —una capilla gótica malamente revestida con los típicos elementos de estuco dorado del barroco—, un lugar apropiado para amar la vida desde la muerte, tal como se debe amar a Ev, estoy seguro.

Sin embargo, no fue con Ev con quien me encontré después.

Un DKW gris de antes de la guerra paró en el patio interior y de él salió un hombre al que le faltaba un brazo. Me maravilló lo atlético de sus movimientos, pero no reconocí a mi hermano hasta que una monja lo saludó:

—Con Dios, señor Solm.

Entonces no sabía que el tiro que le había pegado en la mano en aquel arrebato de rabia le había causado fracturas conminutas y sepsis —por falta de la atención adecuada a tiempo—,

obligando a los médicos del ejército primero a amputarle la mano, después el antebrazo y, al final, el brazo entero.

Después de la guerra, Hub supo hacer de la necesidad virtud y escribió un libro de autoayuda con el título de *Perder un brazo es ganar de otra forma*, un manual francamente ameno, revisado por Ev en lo relativo a las cuestiones médicas e inspirado en el sanatorio donde vivían su mujer y su hija, con muchos consejos útiles para la vida cotidiana de un herido de guerra. Había encontrado la manera de cortarse las uñas y atarse los cordones de los zapatos con una sola mano, y las ilustraciones mostraban cómo manejar las tijeras sosteniéndolas en la corva, cómo hacer el lazo con el cordón con diestros movimientos entre el pulgar y el meñique y, claro, cómo conducir con un brazo. Fue todo un *best-seller*, aunque hoy en día ya no se lea. Ahora mi hermano tiene varias prótesis de color carne hechas de PVC resistente al desgaste, aunque no las traía el día que casi le rompe la cabeza, mi querido swami (ni falta que le hicieron). En todo caso, hay que reconocer que la medicina ha avanzado a pasos agigantados.

Sea como sea, lo que único que vi entonces fue una manga vacía colgando del hombro de Hub cuando cruzó el patio a zancadas acompañado de la monja. En la mano que le quedaba llevaba una muñequita, sin duda un regalo para Anna, a quien iba a visitar de sorpresa.

Me decidí a hablarle y, diez minutos después, lo tenía arrodillado delante de mí, sollozando. Era evidente que se había vuelto muy religioso, pues me preguntó si también yo me había refugiado en el Señor y aseguró que, allí donde el pecado ha alcanzado un gran poder, también lo alcanza la misericordia. Lo cierto es que tan sólo tuve la seguridad de que era mi hermano por algunas expresiones sueltas como «menudo cabeza hueca» o «eso es como mear en la nieve».

Otros diez minutos más tarde tuvo que marcharse de nuevo, no sin asegurarme de que me daba su bendición para que fuera feliz con Ev.

Yo me sentí tremendamente confundido, como se puede usted imaginar, pues entre el despiadado Standartenführer y aquel lloroso siervo de Dios aún latía mi sed de venganza, y no era, ni mucho menos, tan leve como para permanecer en un limbo sin ser saciada.

Cuando finalmente llegó mi hermana, las flores junto a las que nos sentamos parecieron iluminarse, al igual que las montañas y, sobre todo, la propia Ev. Llevaba una falda ajustada de color azul claro con una abertura en un lado... En mi vida había visto yo una falda así: tenía que haberla comprado en una tienda de verdad. Era larga y cuando ella se sentaba formaba como el delta de un río a sus pies. La combinaba con una blusa de color claro y corte sencillo que sin duda estaba hecha a partir de una camisa de hombre, lo que acentuaba su aspecto juvenil.

Trataba de parecer relajada, pero sin conseguirlo, sobre todo porque al saludarnos estuvimos a punto de darnos un abrazo y, al sentir que nuestros cuerpos se acercaban, le entró hipo de

repente. Entre hipidos, intentó explicarme que, después de ser evacuada de Riga, se había quedado en aquel sanatorio de Pattendorf para estar más cerca de Dios, a quien le había rogado día tras día que me protegiese de todo mal jurando que se convertiría al catolicismo si yo regresaba del cautiverio ruso. Y, dado que había sido así, ahora tendría que hacerse papista.

Yo me preguntaba cómo les habría entrado a mis hermanos aquel fervor religioso: ni en los momentos más terribles en la Lubianka había tenido yo ninguna conversación con Jesucristo, sino tan sólo con mi amiga la soledad.

—Eso no le va a gustar nada a mamá —dije por decir algo.

—No, pero a Anna le facilitará mucho las cosas aquí.

—Está realmente guapa y encantadora.

—Y ha heredado tu talento. Y tu manera de ver las cosas casi siempre de la manera más complicada.

—¿Sabe algo Hub?

Ev soltó otro hipido y sus dedos brincaron sin querer sobre sus rodillas... sus bonitos dedos de médico; uno de ellos lucía el anillo de boda, todos parecían un poco nerviosos. Se llevó la mano al cuello, se acarició la piel —que yo había besado tantas veces años atrás— y negó con la cabeza:

—Cree que es hija suya.

Luego se puso a arrancar hierba como si fuera cabello.

—Nos separamos justo después de la guerra, nada más llegar aquí.

—¿Por qué?

—Por lo que te hizo en...

No terminó la frase; se concentró en las briznas de hierba y en sus dedos, que observó de uno en uno.

—Ha estado aquí hace un rato. —Las briznas de hierba acabaron cortadas en pedacitos diminutos y arrojadas al delta del río de tela azul claro—. Hemos hablado —dije.

—Eso está bien.

Asentí con la cabeza y tuve la sensación de que en el valle corría un viento más cálido, más suave que el de los días anteriores.

—Suele venir de Múnich a menudo, a ver a Anna. A veces también se queda a dormir.

—¿En tu cama?

—Sí, en mi cama: seguimos estando casados.

—Claro, claro, eso está muy bien.

—Y nos tratamos con mucho cariño, somos amigos.

—¿Eso funciona?

—Ha dejado de beber —respondió Ev como si no me hubiera oído—. Y ahora es muy

religioso.

—No sólo él, por lo que veo.

—Y es muy bueno con la pequeña Anna.

—¿Cómo le va profesionalmente?

—¿Qué pretendes, darme charla?

—¿Qué dices? ¿Por qué? Sólo quiero saber a qué se dedica.

—Pues no lo sé con exactitud —repuso desanimada—. Tiene coche, eso sí. Y a ver quién tiene coche en estos tiempos: los que se dedican al contrabando y al mercado negro. Aunque oficialmente trabaja para una casa de mudanzas.

—¿De mudanzas?

—En Pullach, cerca de Múnich.

—¿En una casa de mudanzas... siendo manco?

—¿Todavía me amas, Koja?

—Ev.

—¿Qué?

—Por supuesto que todavía te amo.

—Sólo lo pregunto porque no me has traído ningún regalo.

—No cambiarás nunca —repuse riendo.

—He estado esperándote todo este tiempo, ¿sabes? Creo que tú eres mi destino. Y aunque fuera terrible lo que hicimos, en cierto modo también era lo correcto. Ahora, que yo, desde luego, te habría traído algún regalo después de tantos años; cualquier tontería, aunque fuera un guijarro de ahí.

Señaló el río Isar con gesto mohíno.

—Desde luego, Ev, no conozco a nadie más que tú capaz de decir algo así.

—¿Me estás diciendo que soy rara?

—Más bien... especial.

—¿Y nada más?

—¿Qué quieres decir?

—Atractiva...

—Sí, me pareces muy atractiva.

—¿Deseable?

—Deseable.

—¿Deseable a pesar de las arrugas y las ojeras, y de mi primera cana?

—Con esa falda, aunque fueras calva serías la mujer más deseable que he visto nunca.

—Seguro.

—Tan seguro como que estoy aquí sentado.

Entonces me miró por fin. Lo hizo con una expresión que yo conocía de antes, y que me decía que sus pensamientos iban muy por delante, que ya se había imaginado su vida entera y sólo quedaba que se hiciese realidad. Y también que le parecía fácil conseguirlo.

—Nos quedan dos horas hasta que vuelvan mamá y Anna —dijo con cautela.

—Ah, qué bien.

—Podemos quedarnos aquí, al aire libre, a la vista de la mitad del clero de los Prealpes —se interrumpió y yo pensé que iba a entrarle hipo de nuevo, pero retomó la palabra con la rapidez de un torrente—... o podemos subir a la habitación.

Ahí descarté que fuese a hacerse papista.

También sabía a qué me recordaban sus ojos: a un búho de las nieves que una vez me dibujó mi padre. Yo tenía cinco años, y me había contado que esos búhos son capaces de no pestañear ni una sola vez hasta que consiguen lo que desean, por ejemplo un ratón.

—¿O no te apetece? —preguntó Ev insegura, casi hosca.

—El aire libre sienta muy bien —respondí sin saber qué hacer.

Ev sólo hipó una vez. Increíble.

Luego se puso a arrancar hierba de nuevo. Al cabo de un rato, dijo en un tono diferente:

—Perdona que sea tan infantil, es que me gustaría vivir contigo.

—A mí también, Ev.

—Lo digo en serio.

—No puede ser.

—¿Hay otra persona?

—Sí, hay otra persona.

Nos quedamos allí sentados, mirando las montañas. Ella se encogió de hombros y dijo:

—¿De verdad?

—Sí.

—Eso no es problema.

—Ev.

—Yo te amaré siempre. No lamento ni un solo día de todos estos años en los que te he estado esperando.

—Ev...

—Ahora vete, por favor. Quiero estar sola un rato.

Esa misma noche, de regreso al campamento de acogida de Schwabing-Nord, donde se alojaba temporalmente a los que regresaban después de haber sido prisioneros de guerra, le escribí una

larga carga a Maya Dzershínskaya y la adjunté a un telegrama que envié al día siguiente a la dirección acordada en Moscú.

En él le comunicaba al camarada Nikitin que había tenido éxito en la toma de contacto con mi familia.

7

Cuatro meses más tarde, Hub me recogía en su destartalado DKW de dos cilindros en la plaza Stachus de Múnich.[7] Anna estaba en el asiento de atrás, desde donde me rodeó el cuello con sus bracitos de araña. Su aliento me llegó junto con las oes alargadas de mi nombre: «Tíooo Koooja.»

Unos niños jugaban en una montaña de escombros al otro lado de la calle, creo que al escondite. A las ejecuciones ya no se jugaba tanto, o al menos eso fue lo que me dijo Anna.

Recorrimos la ciudad destruida. Había andamios e incluso edificios restaurados, pero también un montón de agujeros negros pendientes de limpiar y reconstruir, montículos de tierra y escombros, edificios reducidos a esqueletos a través de cuyas vigas podía verse el cielo. Pasamos por el animado mercado negro junto a Sendlinger Tor, una de las puertas de la ciudad antigua, y llegamos a la central de recogida de huesos que habían creado en el sur. Yo entregué un cesto con cinco kilos de huesos recogidos en cráteres de bombas, la mayoría esqueletos de perros y gatos; Anna llevaba incluso huesos rescatados de la cocina del sanatorio de Pattendorf. Entregar huesos humanos estaba prohibido. Como recompensa te daban dos trozos grandes de jabón. Orgullosos, regresamos al coche.

—Pronto no necesitarás seguir haciendo esto, Koja. Tendrás dinero de sobra —dijo Hub sonriendo sin que se le cayera el cigarrillo que parecía llevar pegado en la comisura de los labios.

—Pero, papi —intervino Anna—, las monjas siempre dicen que no se necesita dinero para ser rico.

—Y en eso tienen razón, mi amor: «Que ponga cada uno al servicio de los demás el don que haya recibido.»[8]

Cruzando el barrio residencial de Sendling a la orilla del Isar, Thalkirchen y la pequeña localidad de Solln, tomamos la carretera de Wolfratshausen hacia el sur, sobresaltados de cuando en cuando por estallidos del tubo de escape de su vetusto coche. Según avanzábamos se iban desvaneciendo las huellas de la guerra. Animados por Hub íbamos cantando himnos protestantes, pero en algún momento nos pareció demasiado e incluimos también algunas canciones populares.

Dejamos atrás los límites de la ciudad, adelantamos algunos carros de campesinos y, poco

antes de llegar a Pullach, doblamos en un camino sin asfaltar que conducía hacia el Isar.

Llevábamos cuatrocientos metros cuando paramos frente a una valla de alambre y un improvisado portón, y un soldado afroamericano le pidió los papeles a Hub. La única persona de color que yo había conocido era Mary-Lou: nunca antes había visto una mano masculina de piel negra, y menos aún una mano que no nos ofrecía un refresco o unas galletas. Mi hermano se cuidó mucho de no rozarla cuando el soldado le devolvió el documento a través de la ventanilla del coche. El soldado se la llevó a la frente y dijo:

—*Welcome home, mister Ulm, sir*.

«Bienvenido a casa, señor Ulm.»

Luego nos miró a Anna y a mí.

—*He's my brother* —explicó Hub.

«Éste es mi hermano.»

—*Mister Neu-Ulm, sir*? —preguntó el soldado con una sonrisa boba.

«¿El señor Neu-Ulm?»

Quedaba claro que el tipo se había movido bastante por los Prealpes porque Neu-Ulm es un pueblo de esa bella región.

—*He's been announced* —respondió Hub en tono avinagrado.

«Ya había avisado de su visita.»

El soldado fue a comprobarlo en el libro de visitantes, subió tranquilamente la barrera y pasamos al inmenso recinto donde Hub llevaba un año trabajando... por decirlo de algún modo.

Desde el primer momento aquel lugar me pareció un perfecto pastiche del Clasicismo de Weimar mediante recursos arquitectónicos absurdos. Entre zonas de césped recortado con precisión milimétrica hasta donde alcanzaba la vista, atisbé dos docenas de las típicas réplicas nazis de la casita de campo de Goethe (la que está junto al río Ilm, ya sabe), con sus tejados a cuatro aguas. Estaban convenientemente separadas entre sí y dispuestas alrededor de una pradera rectangular del tamaño de varios campos de fútbol: un pequeño paraíso de «sangre y suelo» a la espera del Rey de los Alisos.[9]

—¿Quién construyó esto? —le pregunté a Hub mientras bajábamos del coche—. ¿Y de quién pretendía reírse?

—¡No me digas que no es maravilloso, Koja! Una colonia entera en medio de la naturaleza, lejos del follón de la ciudad. Mira, Anna, allí delante están los columpios.

Mi hija corrió hacia los columpios, situados en uno de esos clásicos parquecitos infantiles con un pequeño tobogán, un arenero y unas barras paralelas. Mi hermano y yo fuimos paseando hasta allí y noté que detrás de los columpios se alzaba un asta de la altura de un árbol con la bandera de las barras y las estrellas ondeando ligeramente al viento.

—Adivina quién vivía aquí —dijo Hub.

—¿Blancanieves y sus setecientos enanitos?

—Martin Bormann y todo su entorno, de Brigadeführer de las SS para arriba. Allí al fondo, al otro lado del camino, está el búnker del Führer. ¿Quieres ir a verlo?

—Dime una cosa, Hub: ¿cómo es que los americanos te dejan vivir aquí, a ti precisamente?

Habíamos llegado junto a Anna, que nos suplicaba que empujásemos el columpio. El «tío Koooja» se mostró encantado de hacerlo.

—Los americanos no, desde luego. Esto es un proyecto íntegramente alemán y bueno a los ojos de Dios. Si no, no estaría aquí.

Escupió la colilla y, antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, empujó el columpio de Anna con su único brazo.

—El doctor odia a los americanos: sólo son los idiotas necesarios.

—Tu papá ha querido decir que necesitan a estas personas «con cosas mentales» —le expliqué a Anna, que ahora volaba por los aires.

—Están intentando montar un servicio secreto propio: se llama «Ce-I-A».

Aquello sonaba a rebuzno. Hasta años más tarde no lo pronunciaríamos también nosotros a la manera anglosajona («Si-AiEi»), al principio lo evitábamos incluso por sistema.

—Unos cuantos de ellos están aquí para aprender de nosotros.

—¿Aprender qué? ¿A perder una guerra?

—No exageres. —Hub se puso serio y miró el reloj—. Ya es la hora, voy a presentarte al doctor. Ten en cuenta lo que te he dicho.

«Ten en cuenta lo que te he dicho.»

Entre nosotros, todo parecía igual que antes: hermano mayor, hermano menor; protegido y protector; Hubert y Constantin, el que había nacido en el mes equivocado, el que heredaba su ropa, el que tenía que cederle el postre. ¿No era verdad que incluso mi condena a muerte ejemplificaba la superioridad con la que Hub se conducía conmigo desde niños y que yo había tenido que sufrir?

Él siempre estaría en condiciones de ocuparse de mí y gobernar mi vida, incluso a esas alturas, después de todo lo que había pasado.

Quería cuidarme, tal como había predicho el camarada Nikitin. Y si me hubiera hecho fusilar también habría sido un modo de cuidarme. Cierto: se había propuesto servir a Dios, pero ¿no se había propuesto ya ser pastor en una época? Entonces se había aprendido todos los salmos y versículos posibles de la Biblia, que ahora aprovechaba; sin embargo, también se los sabía cuando me había condenado a muerte por desobedecer sus órdenes, sólo que en ese momento no se había acordado de ellos.

«Que ponga cada uno al servicio de los demás el don que haya recibido.»

Pues muy bien: ¿por qué no iba a poner yo al servicio de los otros el don que había recibido de mi hermano? Eso pensé, y lo hice fríamente.

No obstante, Hub no daba la impresión de tener malas intenciones: para él era natural que yo siguiera dependiendo de él, de sus contactos, de sus secretos y decisiones.

El hecho de que ya no me acostara con Ev, cosa que ni él ni ella entendían, al menos me devolvía un poco de dignidad, un poco de independencia. Le deseaba a Hub todos los males del mundo, pero al mismo tiempo quería que se reconciliaran. Desde luego, me dolía en el pedacito de corazón que me quedaba, pero la pequeña Anna necesitaba un padre y por ella estaba dispuesto a hacer lo que fuera. De ahí brotó una cercanía de la que yo pretendía abusar con la mayor consideración posible.

Dejamos a Anna en los columpios y Hub se dirigió hacia el edificio principal de la colonia, amplio y de dos pisos. Yo lo seguí sin dar crédito a mis ojos, pues cuanto más nos acercábamos más claro estaba que la villa de Bormann no mostraba señales de la caída de su antiguo dueño. La gran puerta de entrada seguía coronada por el águila nazi esculpida en piedra —aunque parecía suspendida en el aire porque sí que habían demolido la esvástica de debajo—; las esbeltas estatuas de bronce de Thorak y Breker, los escultores preferidos de Hitler —cuerpos perfectos de la raza germánica— seguían en pie en el jardín; y en la pared del gran comedor se veía a unas matronas de pechos generosos atando gavillas de maíz amarillo.

Allí esperamos, yo con la cabeza apoyada en el delantal azul de una de las matronas de la pintura.

Un ordenanza con librea blanca nos fue llevando sucedáneo de té.

Cuando por fin apareció el doctor, acompañado de un asistente que no se apartaba de su lado, lo primero que me llamó la atención fueron sus gafas de sol: no me habría sorprendido más que entrase con un paraguas abierto. Hoy en día, esa clase de accesorio se ve en cualquier película mala de espías, pero entonces me pareció que debía de estar enfermo de los ojos.

Nos pusimos de pie y él se presentó como el doctor Schneider.

Hasta entonces yo sólo había conocido de cerca a uno de los tres grandes jefes de los servicios secretos del nacionalsocialismo: el siempre bien peinado Schellenberg, el pez tropical, jefe del espionaje extranjero, quien ese mismo día —pues era el 14 de septiembre de 1948— se enfrentaba a la pena de muerte en el tribunal de Núremberg.

Con el segundo gran jefe de los servicios secretos nazis, el almirante Canaris, jefe de la Abwehr, la agencia de espionaje y contraespionaje militar,[10] que sorprendentemente fue uno de los principales organizadores del atentado contra Hitler,[11] no coincidí jamás. Sólo sé que al

final, como era muy bajito y se quedó en peso mosca por culpa del rancho del campo de concentración, a la hora de ahorcarlo tuvieron que subir y bajar la soga cinco veces para conseguir que se le rompiera el cuello.

Al tercer jefe lo tenía ahora delante: calvo, con orejas de soplillo y gafas de sol, y apellidándose Schneider por los mismos motivos que habían convertido a Hub en el señor Ulm.

Yo conocía su nombre real: en calidad de jefe del FHO,[12] los servicios de inteligencia en el frente oriental, el general Reinhard Gehlen había colaborado estrechamente con la Operación Zeppelin. Era un milagro que siguiera vivo, y todo un misterio por qué el ejército de Estados Unidos no encontraba mal que él y Hub siguieran disfrutando de la vida mientras que Schellenberg, el pez tropical, se enfrentaba a la horca. De algo les servirían, obviamente.

—Genial —dijo el doctor—, no se parecen ustedes en nada.

—Mi hermano acaba de llegar de la Unión Soviética hace pocas semanas —explicó Hub.

—¿Y...?

Significaba que yo era un esqueleto, mientras que mi hermano ya empezaba a lucir carnes y su rostro a adquirir la textura de la masa de pan. Pero ésa no era una respuesta apropiada, así que intenté hacer una broma:

—Me hicieron cirugía plástica, general. Es un honor conocerlo. Solm, a sus órdenes.

Me cuadré y estuve a punto de hacerle el saludo hitleriano.

Gehlen se me acercó mucho y se quitó las gafas. Percibí un olor a tabaco de pipa y vi unos ojos azul intenso y un bigotillo bajo el cual se asomaba una boquita fruncida. «A ver si me va a dar un beso», pensé. Pero luego, a sólo diez centímetros de mí, dijo:

—Pues no le han quedado cicatrices.

Había sido un error intentar entablar conversación haciendo una broma. Estaba claro que, con él, las bromas se perdían como las gotas de lluvia en el mar.

—Ahí tienen ustedes la prueba de que el enemigo nos lleva ventaja en la cirugía facial —les dijo a su ayudante y a mi hermano—. Primero hace papilla a sus víctimas y luego los recompone y remienda como por arte de magia. Ordene que le hagan unas fotografías a su hermano para los archivos, Ulm. Incluso se les puede sacar partido como propaganda: «¡En el Este hacen experimentos con humanos!»

—Así se hará, doctor.

No tendría una segunda ocasión para corregir aquel error. Es más, años más tarde, en mitad de unas negociaciones internacionales, Gehlen se me acercó y me presentó a no sé qué militares filipinos o jordanos con intención de impresionarlos, diciéndoles:

—¿No es increíble lo recta que tiene la nariz?

Tras mandar retirarse a su ayudante y pedirnos que lo acompañásemos a su despacho —la puerta de enfrente—, entramos en una sala decorada como una funeraria próspera: tulipanes blancos sobre la mesa, un crucifijo en la pared al lado de una máscara mortuoria de Federico de Prusia y, en fin, una mezcolanza de objetos de devoción protestantes y católicos en un entorno con todos los tonos posibles de marrón.

Era el polo opuesto de aquel burdel de lujo lleno de espejos y terciopelo rojo que era el despacho de Schellenberg en Berlín. No había escritorio con ametralladoras, ni bar tapizado donde sirvieran brandy y whisky, ni micrófonos ocultos; hasta la secretaria parecía un comandante de tamborileros del Ejército de Salvación. Mientras que Schellenberg era un refinado hombre de mundo y sabía sacar el máximo partido de sus exquisitas maneras, el mayor encanto de Gehlen fue siempre su completa falta de sentido del humor, cualidad que trataba de compensar con arrogancia y condescendencia.

—¿Así que quiere trabajar con nosotros? —me preguntó con cierta brusquedad.

—Para mí sería...

—Responda sí o no, que para eso existen palabras concisas en nuestro bello idioma.

—Sí, doctor.

—¿Estuvo en la Lubianka?

—Sí, tres años.

—¿Y le han ofrecido colaborar?

—Sí, el NKVD. Mi jefe se llama Nikitin.

—Mal tipo. No pierda el contacto: le daremos material apropiado.

—Gracias, mi general.

—¿Estuvo en las SS?

—Sí, llegué a Hauptsturmführer. Operación Zeppelin.

—¿Expulsado?

—Sí, por mi hermano: era la única forma de quitarme del punto de mira de Himmler.

La mentira es una dulce amiga de manos suaves.

—Lo que más aprecio de las SS —dijo el general con cierta satisfacción, pese a su habitual tono hosco— es su lealtad a la visión del mundo de la que partimos.

—Gracias, doctor.

—Bueno, entonces le explicaré lo que tiene usted ante los ojos. ¿O ya lo sabe?

Señaló al exterior sin la más mínima solemnidad.

—Mucho sol y naturaleza —dije yo vagamente, mirando por la ventana como él y con la misma cara de desconfianza radical.

—Europa Occidental...

—Europa Occidental, claro.

—Europa Occidental bajo la amenaza de sucumbir al caos, el desmoronamiento de la economía y las ansias de poder del comunismo.

—Eso mismo es lo que veo yo —confirmé entrecerrando los ojos.

—A la vista de la apisonadora que son los rusos, que no para de avanzar, mis colaboradores más estrechos y yo hemos consentido en compartir nuestros expedientes y nuestro saber hacer con el MM.

Lo pronunció «eme-eme».

—¿El «MM», doctor? —pregunté

—El Mal Menor, Koja —intervino Hub.

—¿El Mal Menor?

—Los comechicle esos.

—Comprendo.

—Pero quiero dejar claro —añadió Gehlen— que rechazamos la forma de vida degenerada de los americanos.

—Ni que decir tiene, doctor.

—La democracia es para los patanes y los paletos.

—Sin duda.

—Y a la socialdemocracia hay que combatirla.

—Por supuesto.

—Y esos del 20 de julio son unos flojos y unos traidores,[13] de ésos no pone aquí el pie ni uno.

—Desde luego que no.

—Y sin ser antisemitas, es obvio que tampoco aceptaremos a un solo judío.

—Comprendo.

—Y nazis tampoco queremos, aunque Hitler era un hombre interesante y sabía lo que hacía.

—Un dictador sin igual, doctor Gehlen.

—Estuve con él las suficientes veces como para comprobarlo.

—Me siento entusiasmado con cada palabra que dice, sería un honor para mí estar bajo su...

Gehlen me interrumpió levantando el índice como una batuta. Luego cruzó las manos a la espalda, se acercó a la ventana y miró hacia el exterior aún con mayor determinación que antes. Sobre el fondo del paisaje alpino se recortaban las réplicas de la casita de campo de Goethe, como de juguete, que rodeaban el prado en cuyo centro, bajo la bandera de Estados Unidos, se columpiaba, ella solita, mi Anna.

—¿Su hija?

—No, la mía —intervino Hub equivocado—. Ya conoce usted a la pequeña Anna, ¿no?

Gehlen asintió con la cabeza distraído y se dirigió a mí:

—¿Usted también tiene familia?

—No.

—Es una lástima, pero bueno, le encontraremos un hueco de todas formas. El señor Ulm le explicará cómo funcionan las cosas aquí.

Dos horas más tarde llegamos al Flaucher, una especie de merendero tradicional bávaro en el bosquecillo a las orillas del Isar, al sur de la ciudad. Nos sentamos algo apartados, en la orilla de guijarros, que es muy llana en esa parte. El agua era cristalina, aunque ligeramente verdosa y olía un poco a pescado, pero apenas se notaba.

—En estas fechas no llega mucha pesca desde los Alpes —comentó Hub.

Se había arremangado el pantalón para meter los pies en el agua; aunque él decía «patas».

—Vaya patas de queso, tú —comentó al ver mis pantorrillas sin color después de los años en la Lubianka, y noté que a él sí le gustaba el bávaro, porque ahora mezclaba palabras típicas con su alemán del Báltico de toda la vida, sobre todo cuando hablaba con Anna, que chapoteaba en una pequeña piscinita natural que formaba el río a unos metros de distancia. Tras acercarse a la caseta en la que servían la comida y las bebidas con el sombrero bien calado para ocultar la cara volvió con dos jarras de cerveza de trigo y se puso a contarme cuáles eran las normas de vida de los que trabajaban con Gehlen.

—De ahora en adelante te apellidarás Dürer.

—Siempre he querido llamarme como el pintor.

—Heinrich Dürer.

—Me gusta.

—Nuestra organización es la Org, a secas: así es como se llama.

—¿Ahora trabajo en una «org»?

—No en «una Org», sino en la Org, la única: la Org de Camp Nikolaus.

—¿Me tomas el pelo?

—No, nos trasladamos allí el seis de diciembre.[14]

—Pues menos mal que no fue el veinticuatro.

—Todos los colaboradores de la Org viven en el recinto con sus mujeres e hijos. Todos juntos.

—¿Yo también?

—Tú, yo, todos —repuso Hub, y suspiró—. Menos Ev, que se empeña en seguir en Pattendorf, en esa miseria de sanatorio. ¡Con lo bien que viviría en la Org! Y la pequeña Anna, ni te cuento.

Yo no dije nada; observaba a Anna, que hacía equilibrios sobre las piedras de la orilla del río con los brazos en cruz, como una funambulista.

—¡Miraaad! ¡Paaapi! ¡Tíooo Koooja! ¡Hago equilibriooos! ¡Y no me caaaigooo!

Hub le dedicó una sonrisa, dio un sorbo de cerveza y prosiguió.

—Camp Nikolaus funciona de manera autónoma en todo: los niños pequeños tienen su propio Kindergarten y los mayorcitos van a la escuela de la colonia. Sus padres trabajan en sus respectivos puestos y sus madres, como casi todas las mujeres, son secretarias.

—Un paraíso.

—Hay un huerto con vivero, una biblioteca, un cine, piscina, dos campos de deporte, ¡el doctor ha mandado hacer incluso una piedra de golf! Contamos con una panadería, una lavandería, una gasolinera y hasta una peluquería propia.

—Se te olvidan las plantaciones de algodón y la licencia de pesca en altamar.

—Para eso aprovechamos las PX,[15] las tiendas de los yanquis. No veas los filetes que tienen, ¡así de grandes!

Me lo mostró con su única mano. Yo miré mi pedazo de jabón, que había depositado al lado de la jarra de cerveza, y pensé en la cantidad de esqueletos de gato que había tenido que sacar de los cráteres de las bombas de Múnich para conseguirlo.

—Y luego hay otra cosa importante —dijo en voz baja, sacó los pies del agua y encogió las rodillas—. Múnich, prohibido.

Fue lo primero que realmente me sorprendió.

—¿Eso qué significa?

—Es una ciudad prohibida, como Pekín o Lhasa.

—No lo entiendo.

—Está prohibido poner el pie en Múnich: sólo puedes ir una vez a la semana, en nuestro autobús, a comprar en las McGraw Barracks. Y una vez al año vamos todos juntos, la Org entera, al Oktoberfest.

Con lo confundido que estaba con la prohibición de ir a Múnich, entendí «Orgtoberfest».

—¿No puedo ir a la ciudad?

—Como te pille Gehlen en el Jardín Inglés sin autorización, estás acabado. Desde este mismo momento, la vida social es tabú: somos fantasmas, vivimos en una ciudad fantasma. Nadie puede saber ni que existimos, ése es el precio.

—¿Y esos de ahí? —pregunté señalando con la cabeza a dos orondos pescadores que dormitaban enfrente de nosotros y luego a la gente del merendero, que estaba lleno de oportunistas, chicas que se habían echado un novio de Estados Unidos, contrabandistas y abueletes bávaros vestidos con traje típico que tomaban cerveza como habían hecho toda la vida.

—Estamos sentados a orillas del Isar, Koja. Eso sí podemos hacerlo, pero no entrar en el merendero.

Volvió a calarse el sombrero como para dar más énfasis a sus palabras.

—Respecto a lugares públicos como ése hay una distancia de seguridad de cuarenta kilómetros. —Trazó un círculo en el aire con el dedo índice—. Y lo mismo vale para las excursiones en familia: como mínimo, a cuarenta kilómetros de distancia. Vacaciones, a un mínimo de cien kilómetros. Tampoco mantenemos contacto con los pueblos de la zona. Cero. No te está permitido ni comprar el periódico. Los padres deben tener mucho cuidado con sus hijos porque las amistades con los jóvenes del pueblo están estrictamente prohibidas.

—¿No exageráis un poco?

—¿Quién eres?

—¿Que quién soy?

—¿Cómo te llamas?

—Koja.

—No.

Guardé silencio.

—Te llamas Dürer, Heinrich Dürer, y siempre te has llamado así. Múnich está hasta la bandera de sicarios soviéticos, más te vale saberte bien tu nombre.

—Me has tendido una trampa.

—Bienvenido a la Org.

—¿Qué tendré que hacer?

—Yo te había propuesto para la sección principal, que se dedica a conseguir información del extranjero, pero el doctor estuvo mirando tu expediente y tu formación...

—¿Y...?

Hub se puso de pie y se desenrolló el bajo de los pantalones. Llamó a Anna, pero ella se resistió: que si el agua estaba muy fresquita, que si estaba buscando ninfas, hasta que Hub la regañó —como se regañaba en aquellos tiempos a los niños que no obedecían a la de tres—. Entonces mi hermano me miró y dijo:

—Estudiaste Arquitectura y nosotros necesitamos un arquitecto de confianza.

En otoño de 1948 me convertí, pues, en el arquitecto de confianza de aquel doctor sin rostro y sin nombre que, con los millones de dólares de los vencedores, el personal de los vencidos y un alambique de relaciones prometedoras, se dedicaba a destilar unos servicios secretos que tampoco tenían rostro, nombre ni lugar donde poder existir.

Así, en aquel lugar que no existía, puesto que todo era altísimo secreto, empecé mi programa estético —o hasta podría llamarlo «alquímico»— levantando un muro de ladrillo rojo de tres metros de alto y cuatro kilómetros de largo alrededor del perímetro de la colonia, donde hasta entonces no había más que una cerca de alambre de espino. Y si bien aquella colonia no existía,

no se podía negar que el muro estaba allí: una paradoja que no siempre tenía fácil respuesta cuando suscitaba la curiosidad de Ev, sobre todo, pero también de quienes lo veían cuando paseaban por la zona.

Con todo, creé algo perdurable a partir de lo amorfo y fantasmal, y bien puede afirmarse que la transformación arquitectónica del espacio cercado en un espacio herméticamente sellado salió de mi mesa de dibujo.

Por la parte exterior del muro mandé instalar colmenas de abejas, y por la interior hice colocar una serie de invernaderos con el fin de que la población (vulgo: los que pasaban por allí preguntándose qué demonios sería aquello) imaginase que aquel gran recinto fortificado daba cobijo a hacendosos jardineros, botánicos y apicultores que simplemente querían arar, cosechar y criar a sus animalitos sin que nadie los molestase.

Convertí el búnker del Führer (escondido en la oscuridad del bosquecillo y rebautizado como Mansión Hagen en honor a uno de los autores del fallido atentado contra Hitler) en un taller de falsificación en cuyo sótano (los antiguos aposentos privados de nuestro gran dictador, unas cuevas de muros de hormigón donde hacía un frío helador) creé el almacén de sellos más grande del mundo: hileras e hileras de estanterías para dar cabida a cien mil portasellos que contenían desde los sellos de los visados de las grandes ciudades del Brasil hasta la estampilla de un pequeño hospital del Turkestán.

Todas las reminiscencias del Reich de los mil años,[16] como los carteles de PROHIBIDO EL ACCESO SALVO EN CASO DE ALARMA DE ATAQUE AÉREO, se cubrieron con una buena mano de cal, y mandé retirar la bañera del Führer, la ducha del Führer y el bidet del Führer (bueno, de la señora del Führer, para ser exactos) para dejar solamente el inodoro del Führer (un excusado de lo más exclusivo donde más tarde alivié muchas veces mis necesidades), si bien le puse paredes y accesorios *made in USA*.

También me encargué de la villa que servía de residencia oficial del doctor: hubo que cambiar las alfombras (por unas que no estuvieran decoradas con esvásticas), pintar los pasillos y renovar las lámparas. Además, diseñé para el despacho de Gehlen una imponente vitrina de trofeos cuyas puertas interiores, al abrirse, revelaban un taraceado en forma de mapamundi (la capital soviética era la única metrópoli que tan sólo estaba marcada con una «M» en madera de tilo que el doctor interpretó erróneamente como la inicial de «Moscú», cuando era la de Maya).

Debajo del Kindergarten se construyó un refugio atómico para los más pequeños, los barracones del servicio se convirtieron en pequeñas oficinas y puse un segundo columpio para Anna justo frente a la ventana de mi despacho.

¿Hay algo más hermoso que ver columpiarse a tu hijita?

• • •

Yo mismo me instalé en una de aquellas réplicas de la casita de campo de Goethe, en un extremo de la colonia. Eso sí, me tocó compartirla con un tipo que había sido hombre de confianza del Führer, con un especialista en estrategia militar y con un gordo de la Alta Lusacia que más parecía el jefe de una tropa de bandidos y de quien hasta hoy no he sabido nada salvo que se llamaba Hortensius Vierzig,[17] al menos ése era su exótico alias.

Jamás hablábamos de nuestras identidades ni de nuestras misiones, y cuando los hombres no pueden hablar de sus vidas ni de su trabajo se les quitan las ganas de comunicarse, de modo que pasábamos los días sin decir nada, aunque no necesariamente callados porque jugábamos a las cartas y bebíamos cerveza de trigo Erdinger.

En realidad, lo más difícil del Camp Nikolaus era, como siempre, el elemento humano.

Hub conocía a muchos de los nuevos colaboradores de la Oficina Central de Seguridad del Reich, en Berlín, y a veces me llamaba a sus oficinas para que saludara a los correspondientes caballeros.

No siempre era plato de gusto para mí.

Por ejemplo, un día vi cómo dos antiguos Standartenführer de las SS se echaron a reír cuando Hub los recibió con un «buenos días». Respondieron con sendos «*Heil Hitler*!» y se pusieron a darle palmaditas en los hombros, encantados de encontrarse con un viejo camarada.

Otro antiguo nazi que en su día había mandado prender fuego a siete sinagogas en París, hizo una escueta reverencia y preguntó cómo podía ser que en un lugar independiente y autogestionado como ése nadie se hubiese acordado de poner un burdel.

Por mi parte, tuve que mandar a mi cuadrilla de constructores a medir sus cocinas y despachos para hacerles muebles a medida «preferentemente de roble macizo».

No tardé en encontrarme también con antiguos subordinados míos, por ejemplo Möllenhauer, todavía más afeminado que antes, pero casado con una antigua vigilante lesbiana de un campo de concentración, quien, al contrario que él (recordemos su palidez de pierrot), se sonrojaba de un modo encantador y hablaba con una voz tan dulce que parecía que siempre estuviera recitando poemas de Safo. Se habían convertido en el señor y la señora Pichelstein, vivían a sólo dos casitas de la mía y solían invitarme a pasar la velada en su casa.

La alegría de Möllenhauer al volver a verme con vida me pareció sincera. Estoy seguro de que le sorprendió mucho mi reconciliación con Hub, pero nunca hizo preguntas. Siempre había sido inteligente y astuto, así que era el único con quien, de cuando en cuando, podía saltarme las normas e ir a Múnich en secreto.

Él aprovechaba para visitar todos los garitos de homosexuales de la ciudad y yo me

encontraba en alguna taberna, siempre distinta, con el contacto de Nikitin.

Tenía que entrar y sentarme solo, a ser posible a una mesa cerca de la ventana, mientras que el agente estaba siempre en la barra. Nos dejábamos el sombrero puesto si queríamos hablar y nos lo quitábamos si creíamos que nos estaban vigilando.

Después nos reuníamos en los aseos, donde intercambiábamos mensajes y documentación secreta. Yo le entregaba los planos de cuanto construía, las listas de personal en la medida en que tenía acceso a ellas, memorandos importantes y resúmenes de mis conversaciones con Hub; él, por su parte, me entregaba cartas de Maya que sólo podía leer allí mismo, en el correspondiente cubículo con tufo a orines y bajo una bombilla desnuda. Las leía al menos diez veces antes de reducirlas a cenizas tan lentamente como podía con la llama del mechero, y me aprendía de memoria las más breves, como la del 9 de noviembre de 1948:

Amor, mil besos por todas partes. No te imaginas cuánto te echo de menos: hasta el infinito. Siento que me faltas, aunque siempre estoy a tu lado: soy el polvo en el fondo de tus bolsillos; soy invisible, como siempre.

Leo mucho: me lo permiten y se lo agradezco.

Siempre te echaré de menos. Sigo adelante sin ti, pero lo que hice y lo que soy, todo, todo, conduce tan sólo a tu nombre, Koja, amado mío. No te des golpes en la frente, «pum, pum».

Muchísimas felicidades por tu treinta y nueve cumpleaños.

Maya

Muchas imágenes pasaban por mi mente cuando leía entre sollozos esos galimatías que no casaban en absoluto con el carácter de Maya, y que no tenían otra función que demostrar que era ella, y no un censor, quien me los escribía. Yo hacía lo imposible por reprimir el llanto mientras chillaba en el cubículo del baño como un ratón pisado. Seguro que los hombres que estaban allí, meando pegados a la pared, al otro lado de la puerta, pensaban que estaba haciéndome una paja, pero ¿qué podía hacer yo, salvo estudiar el trazo de las cartas como un grafólogo e intentar adivinar el estado de ánimo de Maya por la longitud de las jambas de sus ges y sus pes?

Las cartas largas no podía memorizarlas, solamente me quedaba con pasajes y frases sueltas que me saltaban aquí y allá, como por ejemplo un pasaje de una carta que me envió por Navidad del año 1948, donde utilizaba la expresión «conversaciones de pastillas de glucosa»:

¡Cuántas veces sueño con nuestras tardes en las montañas de Besarabia! ¿Te acuerdas de la lluvia sobre el tejado de hojalata, amor mío? ¡Qué joven era! ¡Qué fácil resultaba ser feliz!

Y ahora soy una vieja de veintinueve años y se me han caído tres dientes.

Desde tu última carta he tenido tiempo de evolucionar: como estás haciendo todo lo posible por salvarme a

mí y a [el nombre estaba tachado por el censor] *del castigo que en realidad merecemos, podemos saborear la dulzura de las conversaciones de pastillas de glucosa*.

No sabía qué querría decir con lo de «conversaciones de pastillas de glucosa». ¿Se refería a la tortura, a los interrogatorios, o simplemente le daban pastillas de glucosa? ¿Haría bien en preguntárselo en mi próxima carta o podría acarrear que perdiera tres dientes más?

Aunque yo caía con frecuencia en el desánimo, las cartas que le enviaba tenían siempre un tono optimista, e incluso las adornaba con dibujitos divertidos en los márgenes: quería darle motivos para sonreír.

Le escribí que el frente invisible por el socialismo estaba obteniendo fantásticos resultados y que, gracias a mis éxitos, tal vez la dejarían libre pasados cinco años. Entonces podríamos tener cinco alegres hijitos: uno por cada año de los que aún le quedaban en la Lubianka. En ésa le dibujé cinco caricaturas de Anna saltando y con las trenzas bailoteando en el aire. Le encantaron.

Después de aquellas escapadas me quedaba exhausto, sobre todo emocionalmente, y cuando regresaba a Camp Nikolaus, aquel archipiélago fantasma, entraba sin que nadie me viera por una puerta secreta que el perspicaz arquitecto Solm (yo mismo, claro) había mandado construir ex profeso para uso exclusivo del doctor Gehlen (que poseía la única llave), así como del traidor de su arquitecto (que poseía la única copia de la llave).

Pero respecto de lo que hacía, y de sus implicaciones morales, me sentía tan tranquilo como una oveja pastando en un prado: mantener con vida a Maya merecía pagar cualquier precio y ¿quién podría afearme que yo quisiera conservar la vida también? Estaba tranquilo, claro que sí. Y no es que le aconseje a nadie que mienta y traicione... salvo en determinadas circunstancias. La mentira suele ser el último bastión del egoísta y el nostálgico, y mantiene a flote muchas cosas que de veras importan. ¿Cuántas familias no se hundirían si no se permitieran mentir? Y ni que decir tiene de los estados. Un mundo sin mentiras no existe, aunque tampoco podría existir un mundo en que la mentira estuviera bien vista.

Por desgracia, mentir hace que nos creamos omnipotentes. Frente a Hub, por ejemplo, me daba tal sensación de superioridad, tal sensación de que lo tenía en mis manos, que incluso podía disculparlo por el destino de Maya. Podía ser incluso afectuoso con él porque lo veía como a un animalito doméstico; un conejo, por ejemplo.

Al mismo tiempo, algo me separaba, como un abismo, de ese conejo, o mejor —y sé que no es una metáfora feliz—: algo me separaba de la mano que acariciaba el conejo. No vaya usted a creer, mi querido swami, que por aquel entonces me daba igual la verdad. La verdad seguía siendo mi máxima prioridad, pero chocaba con mi otra prioridad máxima: la autoconservación.

• • •

Por consiguiente, le revelaba al camarada Nikitin, con tanto detalle como podía, cuán perfectamente el doctor Schneider y sus doscientos adeptos daban continuidad, bajo la égida de Washington, a lo aprendido y hecho en tiempos de Hitler, cómo evaluaban la fuerza de las tropas y de los movimientos militares, cómo calculaban sus potenciales efectivos y su capacidad de producción, cómo registraban los datos personales, cambios de destinos y cargos de la cúpula militar del Este e incluso cómo creían que Nikitin era una mujer, y guapa, además.

Lo cierto es que no tenían ni puñetera idea de los entresijos políticos soviéticos, y menos todavía de la mentalidad del enemigo. Reinhard Gehlen, por ejemplo, se había tomado al pie de la letra una de las reglas de oro de los mandos del ejército: «No pierda el tiempo con los idiomas», de modo que únicamente sabía un par de palabras en ruso: *na zdrovie* —lo cual no quitaba que nos soltase algún que otro monólogo sobre el alma eslava.

Tampoco llegaba mucho más lejos en inglés (*cheers*), francés (*à la vôtre*), italiano (*cin-cin*) o japonés (*kampai*), y en español dejaba boquiabiertos a los franquistas cuando simplemente extendía el *Prost* alemán y levantaba su copa exclamando, en traducción *sui generis*, «¡próstata!». Y luego apuraba la copa de un trago. Cierto es que incluso aprendió a brindar en hebreo (*Mazel Tov*) cuando empezó a tratar con el Mosad, pero en general las lenguas extranjeras le inspiraban desconfianza simplemente por el hecho de ser extranjeras.

Pero, a pesar de todo, su gente dominaba el abecé del espionaje.

En aquellas colmenas tan bien escondidas a orillas del Isar y llenas de diligentes abejitas obreras libando para los servicios secretos, se producía tal cantidad de miel que uno no podía sino chuparse los dedos, se lo aseguro.

Cuando, en mayo de 1949, se me encargó hacer una reforma de la residencia particular de Gehlen, las expectativas sobre mi talento crecieron exponencialmente.

El MM le había regalado una villa junto al lago de Starnberg, en el pintoresco pueblecito de pescadores de Berg, que hasta hoy se enorgullece de que el rey Luis II de Baviera se volviese loco allí y primero ahogase a su médico personal en el lago al que después se arrojó. Hay que reconocer que ustedes los bávaros son gente de lo más peculiar.

La casa, de dos plantas, era la típica construcción de estilo rústico de la región, llena de ménsulas y torreones, y antes de que el doctor se trasladara con su familia había que adaptarla al paranoico gusto del gran empresario dedicado a la importación y exportación que Schneider fingía ser.

Empecé con mi especialidad: un muro perimetral de tres metros de altura. Luego remodelé los sótanos —originalmente destinados a los aperos del campo— como alojamiento para los

guardaespaldas, mandé reforzar las puertas y contraventanas de la casa de madera con planchas blindadas e hice instalar un sistema de alarma.

Pero el verdadero reto fue colocar por todos los rincones de la casa los pequeños micrófonos en los que tanto había insistido el camarada Nikitin. Aproveché que las paredes de mampostería necesitaban reparaciones para introducirlos allí, en cajitas de plástico del tamaño de un huevo de gallina. Funcionaban con pilas secas de dióxido de manganeso alcalino, por aquel entonces una auténtica innovación, y podían emitir señales de radio durante dos años. En fin, que eran una novedad mundial, como el propio KGB (el chiste favorito de Gehlen era: «¿Qué significa KGB?»: «Kremlin Gran Bobada»), que aún era un cachorro juguetón y se llamaba de otro modo, pero que poco a poco fue convirtiéndose en lo que todos conocemos hoy: un monstruo de ladrido metálico, aliento mortífero, cien cabezas y una cola de serpiente... que era yo.

Un día en que me quedé solo al terminar la jornada de trabajo y me disponía a picar una pared recién encalada para colocar uno de aquellos huevos de plástico, oí girar la llave en la cerradura de la puerta de entrada, un piso más abajo.

Rellené la pared como pude con cemento fresco y apenas tuve tiempo de pasar la espátula por encima del huevo-micrófono cuando se abrió la puerta y entró en la habitación la señora del doctor Schneider, alias señora del general Gehlen, alias Herta von Seydlitz. Era una mujer muy arreglada de cuarenta y pocos años, delgada y huesuda y con piel de aspecto escamoso en la cara y las manos. Llevaba bajo el brazo un cuadro de Friedrich Wilhelm von Seydlitz, antepasado suyo, no me pregunte usted por qué. A lo mejor le estaba buscando un buen lugar en alguna pared.

El caso es que nos pusimos a hablar, pues los vengativos soviéticos habían sacado los restos del susodicho antepasado (un célebre y sifilítico general de caballería cuyo nombre seguramente no les dirá nada a los pacifistas como usted, pero que alcanzó las más altas cumbres en tiempos de Federico II de Prusia), que llevaban doscientos años reposando en un mausoleo barroco más allá del Telón de Acero, para esparcirlos por los bosques de Silesia...

En cuestión de cinco minutos descubrimos que una tía bisabuela de la señora Gehlen, de la eterna alta nobleza de Silesia, había emigrado a Curlandia en tiempos del zar Pedro el Grande y allí había tenido un pretendiente de apellido Schilling de quien yo no había oído hablar jamás, pero bueno: la familia de mamá es grande.

Sea como fuere, la señora Gehlen decidió que podíamos ser parientes y se puso alegre como un cascabel cuando se enteró de que yo en realidad era un artista.

—Es una pena que Reini no tenga intereses estéticos —dijo lanzando un suspiro—. Lo más

cercano a un artista para él es un mago del Circo Krone que transforma manchas amarillas en manchas verdes.

La esposa del doctor insistió en que la llamase Herta, pero conservando el trato de usted: el «señora» («Frau Herta») y añadió que su nombre se escribía sin hache intermedia; es decir, que era «Herta» y no «Hertha» (me alivió que al menos no empezara por eme). Era muy sociable y cariñosa, y se moría de ganas de hacer vida social: enseguida había ido a presentarse a su vecina, la actriz Ruth Leuwerik («Frau Ruth»), llevándole una tarta casera (hecha por su cocinera, obviamente). Odiaba la existencia retirada de su marido. Para él, que sin duda habría preferido tener una ameba por esposa, esa mujer tan activa y mimosa como un perrillo faldero debía de ser todo un reto. Jamás lo vi sonreír en su presencia; creo que le tenía miedo.

Por el cumpleaños de su esposo, el 3 de abril de 1949, Frau Herta quiso regalarle a su marido un retrato mío de tres cuartos, o mejor dicho un retrato de él de tres cuartos que yo tuve que pintar. Su elección, según ella, se basaba en el hecho de que todos sus antepasados Seydlitz se habían hecho retratos de tres cuartos porque sabían que la mirada vuelta hacia el observador siempre da cierta impresión de profundidad.

La primera reacción del general fue echarme directamente, aunque eso podía haberse debido a que su señora lo llamó Reini delante de mí. Pero Frau Herta era muy testaruda y, al cabo de tres semanas de silencio punitivo (el que no me dirigía la palabra era él, no yo), un día, mientras comíamos en la cantina de Camp Nikolaus, me soltó refunfuñando que su esposa consideraba una buena idea que yo le hiciera un retrato. Eso sí: sólo estaba dispuesto a tolerarlo bajo la condición de que no se le impusiera la tontería de posar de tres cuartos.

Yo acepté.

La segunda condición era que lo retratase de espaldas.

—¿De espaldas, doctor Gehlen?

—La nuca y la espalda.

—La esencia de un retrato, doctor, es el parecido fisonómico...

—Pues pinte la nuca todo lo parecida que pueda. Y haga el favor de pegar más las orejas. Y píntelas más pequeñas.

—Y también debe expresar la esencia del sujeto, su personalidad...

—Estoy pensando ponerme un sombrero.

—Desgraciadamente un sombrero no puede sustituir la expresividad de una cara.

—¿Sabe lo que le digo? Que mejor retrate a mi mujer, así podrá expresar lo que le dé la gana.

—¿No hay nada que pueda pintar de frente y le haga un mínimo de ilusión?

Si le parece que me comportaba como un hipócrita, mi querido swami, acuérdese de Maya y

del tormento que suponían para mí su recuerdo y sus cartas, piense que muchas veces me despertaba en mitad de la noche soñando que se hallaba en el corredor de la muerte de la Lubianka, no se olvide de las conversaciones de pastillas de glucosa, del polvo en el fondo de mis bolsillos, de la «M» en madera de tilo del armario del doctor. Yo, desde luego, no lo olvidaba en ningún momento.

El doctor reflexionó durante un rato frunciendo los labios y luego me dijo con hastío:

—¿Sabe hacer algo alpino?

—¿El pino?

—¿Cómo?

—No termino de entender qué le gustaría que hiciera...

—¿No sabe pintar una cabaña?

—¿Quiere decir una cabaña alpina? Ah, sí, creo que sí.

—Entonces pínteme mi adorada cabaña de Elend, eso sí que me gustaría.

Así me enteré de que el doctor, quien entonces era aún «el general», había pasado los últimos días de la Segunda Guerra Mundial en un refugio alpino cerca del lago Schliersee, más precisamente en la Elendsattel (es decir, en la «mísera silla de montar», que es lo que significa ese topónimo). Para él, pues, ese lugar no tenía nada de mísero y más bien estaba muy cerca de su corazón.

Había sido en aquellas espléndidas montañas bávaras, en compañía de seis miembros fieles de su Estado Mayor, donde el general desertor había esperado, en abril de 1945, la capitulación alemana. A su alrededor, la flora alpina florecía sobre millones de microfilmes enterrados en contenedores de aluminio sellados herméticamente que contenían toda la información sobre la URSS que su plantilla había acumulado a lo largo de los años, lista para ser vendida al Mal Menor, tan solvente como entusiasta.

Y era justo ese momento histórico, con él, Reinhard Gehlen, y sus queridos oficiales en la cabaña alpina mientras los fragantes pastos y el humus sembrado de cajas de microfilms aguardaban la llegada de los americanos, lo que quería que yo inmortalizase en el cuadro.

—¿Desea que lo pinte asomado a una ventana?

—No, no, quiero un cuadro donde no haya personas.

—Entonces, ¿cómo se sabrá que es un retrato suyo?

—¡Ya sé yo que estoy dentro de la cabaña!

El doctor me proporcionó algunas fotografías de la cabaña de Elend (la típica cabaña de madera) y me encargó un fresco de cuatro metros de largo por dos de alto en la pared central de su salón. Una escena de género. Mucho marrón y mucho verde, los colores más espantosos del mundo. Frau Herta no estaba feliz precisamente, sobre todo porque a ella le gustaba el arte más moderno; los grandes impresionistas, por ejemplo: Manet, Degas, Monet...

—Franceses y comunistas... No, gracias, Herta —dijo el doctor Schneider resoplando—. Yo quiero una bonita cabaña de madera que se pueda reconocer y mucha naturaleza, eso es lo que quiero.

—...

—¡Eso es lo que quiero!

La técnica de la pintura al fresco no es nada fácil porque hay que pintar todo de una vez sobre el yeso húmedo para que los pigmentos penetren como una infección y lo enciendan de azul, rojo o amarillo. Así pues, cada día aplicaba una mano de cal fresca y, durante el resto de la jornada, iba pintando la condenada cabaña trocito a trocito, desde la parte inferior izquierda hasta la superior derecha, a la manera de Tiepolo (de quien no necesitaba más cualidades que la paciencia).

Una mañana de principios de mayo, el autobús de línea se retrasó, así que me dirigí a la casa del doctor al trote, motivado por la perspectiva de dejar el mural terminado esa tarde. Sin embargo, cuando llamaba al timbre de la puerta, vi que en la entrada del garaje había una limusina negra polvorienta y con matrícula de Colonia, zona de ocupación inglesa.[18]

Frau Herta me abrió con gesto de consternación.

—Ay, por Dios, ¿oye usted eso, señor Dürer?

Primero pensé que era un pájaro carpintero, pero luego pareció que alguien estaba demoliendo la casa. Al menos así era como sonaba.

Me mentalicé para lo peor mientras subía resollando a la primera planta.

Abrí la puerta de golpe y, entre un montón de polvo de cal que flotaba en el aire, vi, sentados en dos cómodos sillones de cuero con las manos como garras en los reposabrazos, al doctor y a un visitante, un enjuto caballero que parecía una tortuga de edad matusalénica con los ojos como dos ranuras. Sus trajes negros, calvas y pestañas estaban cubiertos por una fina capa de polvo blanco como la nieve.

—¿Qué está haciendo? —pregunté como un imbécil dirigiéndome a un chófer al que no había visto en la vida. Se volvió para mirarme con grandes ojos de carnero degollado y dejó caer despacio el pico con el que, a ojos vista, había dado ya varias docenas de golpes a mi pobre cabaña alpina. Mi fresco estaba medio destruido, transformado en morralla multicolor repartida por toda la alfombra.

—Buenos días, señor Dürer —dijo el doctor muy cortés, pero yo no tenía ningunas ganas de ser cortés y exclamé indignado:

—¡Están destruyendo mi mural!

Se volvió con parsimonia hacia su invitado.

—Permítame que le presente al artista —dijo—, el señor Dürer. —Y luego se volvió hacia mí

—: Le presento al señor Adenauer, del CDU, la Unión Demócrata Cristiana.[19]

La tortuga se limitó a asentir con la cabeza.

—El señor Adenauer ha querido ver la casa —comentó el doctor absurdamente.

—Bonito lago —dijo Matusalén en un cerradísimo dialecto de Colonia que ni siquiera intentó suavizar, y enseguida añadió mirando hacia el lago de Starnberg—: mmm, sí, sí.

—Lamentablemente el señor Adenauer... —suspiró el doctor, tomó aire, tosió por la cantidad de partículas de polvo que respiró sin querer y volvió a empezar la frase—: Lamentablemente el señor Adenauer fue ayer a ver otra casa, la del comandante Heinz, ese traidor.

—El señor Heinz es un buen hombre —intervino el invitado siempre en su dialecto.

—Le digo yo que es un farsante —lo contradijo el doctor—, un farsante y, para colmo, uno de los traidores del 20 de julio.

La tortuga se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó una cajita del tamaño de un huevo, la desenroscó y me mostró lo que entrañaba. —Aunque más bien lo hizo para el doctor. Era un micrófono con un emisor de señales y una batería.

—Para espiar las conversaciones —resumió Adenauer.

—Ridículo —dijo Gehlen.

—Un método bien sofisticado...

—Eso no es más que un montaje de Heinz para dárselas de importante.

—Lo encontró en su casa: se lo metieron los soviéticos en la misma pared.

—¡Por favor!

—Fue un capataz al que Heinz conocía de antes de la guerra. Estaría comprado por el enemigo, así de fácil.

—Si es que ese Heinz... —Un nuevo ataque de tos sacudió al doctor; su ropa lanzaba rítmicas nubecillas cuando se estremecía—. Ese Heinz no sirve ni para acertar con quien le hace las obras en casa.

—Sin embargo, mi querido general, usted no tiene sus conocimientos de geopolítica.

—Pero yo no permito que me metan micrófonos en las paredes.

—Aún está por ver —dijo la tortuga de Colonia, agitó la mano en el aire para despejar un poco la nube de polvo y contempló la pared picada.

—¿Están ustedes destrozando mi fresco con un pico para comprobar si, tras dos semanas de duro trabajo, hay un chisme de ésos dentro de la pared? —pregunté temblando.

—Ya ve, señor Adenauer. Ahora se nos ha indignado el artista.

—Ay, bueno, bueno —respondió el invitado con gesto conciliador—, entonces nada, dejemos esta tontería si así lo prefiere.

—No, no.

La tortuga de Colonia se echó a reír, lo que obviamente no hacía a menudo.

—Es usted muy especial, doctor.

—¿Porque no tolero que se me compare con el mentecato del comandante Heinz? De sus servicios secretos se puede uno fiar aún menos que de sus paredes.

—No se me ponga celoso, mi querido general. Ya nos pondremos todos de acuerdo... si llego a canciller, se entiende.

—¡Claro que llegará a canciller!

—Va a estar reñida la cosa. A saber qué ases tienen todavía bajo la manga los socialdemócratas tres meses antes de las elecciones.

—¿Quiere que lo averigüemos?

—Voy a hacer como que no he oído esa pregunta.

—Sobre todo porque yo no se la he hecho.

—Puede retirarse, señor Müllerstein.

El chófer asintió respetuosamente y dejó el pico apoyado en la pared, justo al lado del micrófono ultramoderno que asomaba un poquito del muro y que llevaba destrozándome los nervios desde que entré en la habitación.

Sin embargo, el chófer no lo vio —ni él ni nadie más—. Cogió la chaqueta de su uniforme, que parecía cubierta de harina, se puso la gorra y salió por la puerta. Yo levanté del suelo un trozo de pared y me apresuré a ocultar el huevo delator.

—Señor Dürer. —El doctor me detuvo.

Me volví hacia él a punto de desmayarme de miedo. Él y la tortuga se limpiaban el polvillo blanco de la cara con los pañuelos.

—¿Qué le parecería hacerse miembro del Partido Socialdemócrata?[20]

8

El hippy ya no tolera la comida sólida: se alimenta de sopas y de gachas de sémola. La enfermera Gerda lo cuida con un cariño conmovedor. A mí me llama la atención que ya no se queje, pero es evidente que está más tenso que de costumbre, lo que es peor que las quejas.

La cosa fue así: hace poco lo visitó una mujer a la que llamó la Peregrina.

Era flaca como un palo, llevaba sandalias de monje medieval y una túnica de batik verde y marrón que le colgaba de los hombros huesudos como el follaje de una selva tropical recién podada por taladores furtivos. Estuvo una hora sentada en su cama y en un momento dado le preguntó por la frecuencia de sus ocasionales erecciones, con lo que él tuvo una.

Luego estiró la mano y le tocó la válvula del cráneo. Como el otro no protestó, se dedicó a manosearla y rascarla como si eso fuera lo más natural del mundo, y en un momento dado se decidió a girarla como si fuera el grifo de un lavabo normal y corriente; eso sí, siempre con la peculiar sonrisa de fumado que caracteriza a la gente como ellos (¿será que están viendo a Jesús todo el rato o qué?). El caso es que en ese instante se produjo un ruido como el de las puertas mecánicas de los autobuses y yo les dije: «A ver, gente, un poco de cuidado, que esa válvula conecta con el cerebro y no es ningún juguete», pero el hippy me replicó enfadado que me ocupase de mis propios asuntos. Eso me chocó, puesto que él mismo me ha dicho muchas veces que el concepto de «asuntos propios» es absurdo y no es nada más que otro modo de obstaculizar el flujo de nuestra conciencia cósmica y bloquear la energía de los otros.

—Uf, qué poco fluye ese hombre... —murmuró la peregrina sólo por criticarme.

Pero de pronto una piececita metálica cayó y rodó por el suelo y ella se quedó con la placa que cubre el cerebro del hippy en la mano. Con gesto somnoliento miró la sesera al descubierto del swami y le preguntó si quería que le metiera una vela.

Y fue así como, lamentablemente, me di cuenta demasiado tarde de que estaba completamente drogada. Me puse a gritar, aunque no debo hacerlo porque la bala que tengo en el cráneo podría moverse, y apreté el botón de emergencia para llamar a la enfermera... ¿o es el botón para llamar a la enfermera de emergencia? En fin, el caso es que machaqué aquel botón sin parar de gritar y, como puede suponerse, a continuación se armó una buena.

Se llevaron al hippy al quirófano a toda prisa para intentar salvarle la vida y desde entonces ya no tolera alimentos sólidos y se siente mareado todo el tiempo, eso es lo que ha pasado.

De la peregrina dice que ella no tiene culpa de nada, que tiene poderes naturales de sanación,

que es una persona sensible, a diferencia de mí, y que desde luego sería incapaz de introducir micrófonos en las paredes para espiar a la gente.

Yo le pregunto si le parece mejor introducirles velas encendidas en el cerebro, pero él se escuda tras un silencio de hielo; precisamente él, que no calla un minuto. Hace mucho que ya no me trata de tú, y mi experiencia con Hub me dice que le falta poco para entrar en ese estado en que uno sólo es pura bilis y veneno. Y cuando uno es pura bilis y veneno sólo abre la boca para escupirle a alguien, no para charlar de naderías o para alabar al Señor.

—¿Basti?

—...

—No puede seguir así.

—¿Así cómo?

—Está usted de muy mal humor.

—Me estoy muriendo.

—¿Quiere que fumemos un poco de hierba?

—No tengo hierba.

—Claro que tiene. A mí me apetecería que nos volviéramos a subir al tejado a fumar juntos.

—Tú y yo nunca hemos fumado juntos: tú te dedicabas a mirarme fumar.

—Invito yo.

—Tú lo único que quieres es que la cabeza se me vaya del todo y me lance a volar sobre los tejados de Múnich para acabar estampado contra el suelo como aquel compañero tuyo.

—Igual debería fumar yo también.

—¿Tú?

—Los dos juntos.

—Me dijiste que no volverías a fumar marihuana nunca más, nunca.

—Pues ahora tendría ganas de romper viejas normas.

Él me mira con cara de susto, luego clava la vista en un punto de la pared y exclama a toda voz:

—¡No tengo la más mínima idea de lo que me está diciendo este hombre! ¡Yo no tomo sustancias ilegales! ¡No transgredo las leyes! ¡No conozco a este hombre! ¡Es un completo desconocido para mí!

Se levanta de la cama y empieza a rebuscar por todos los rincones de la habitación. Examina los pies de las lámparas de las mesillas, desenrosca el auricular del interfono, mira debajo del somier oxidado de la cama.

—¿Qué está haciendo? —le pregunto.

—Un momento, sé que daré con ellos.

—No he instalado micrófonos en la habitación, si eso es lo que piensa.

—¿Seguro?

—¿Cómo se supone que lo habría hecho?

—¿Y cámaras?

—Sí, claro, y he dado orden de que un equipo de especialistas se pase las veinticuatro horas vigilando a un hippy descerebrado como usted. ¿Por qué iba a hacer yo eso?

—Estás intentando provocarme: me incitas a consumir marihuana. Quieres documentar pruebas de un consumo de drogas que no existe, quieres que me encierren.

—Si ya está encerrado, Basti.

—Quieres hacerme cosas malas.

—Se está muriendo, Basti. A usted ya no se le puede hacer nada peor.

—Gracias —responde, pura bilis y veneno.

—Lo digo con buena intención.

—Pues yo no lo tengo tan claro.

—Y yo que pensaba que todo ese numerito de que soy escoria había quedado atrás.

—¿Y dónde está la transformación? ¿Cuándo empieza la transición? ¿Cuándo te convertirás en una persona maravillosa?

—¡Es que eso no va a pasar! No soy una persona maravillosa y nunca he pretendido que usted piense que lo soy, y si lo piensa es porque tiene la cabeza llena de esa mierda rosa de swami que le impide ver a la gente tal como es.

—¡A mí no me dice eso un tipo que ha matado a judíos y a rusos, que le ha volado el brazo de un tiro a su propio hermano y que traiciona a todo el que se cruza en su camino!

—Uno no elige cuándo nace, ni dónde ni en qué circunstancias, uno hace lo que puede en la época que le toca, y Dios sabe que no todos hemos tenido la oportunidad de nacer en un tiempo en que se puede ser hippy.

—Yo con tu agresividad es que no puedo.

—¡Pero si el agresivo es usted!

—No soy agresivo, estoy de mal humor.

—Pues toda esa mierda mesiánica de que el mundo es así y asá, y no de otra manera, es bastante agresiva.

—Porque hay verdades existenciales.

—Me entran ganas de vomitar.

—Las hay.

—Todas esas «verdades existenciales» son simples concepciones del mundo, ¡y crecemos con esas concepciones de mierda que siempre son producto de una época determinada! Todas las jodidas concepciones del mundo aseguran ser universales y eternas, pero son cualquier cosa menos eso.

—Pero el mundo se va volviendo mejor.

—¿Que se vuelve mejor?

—No creerás que, pasados cuarenta años, seguirá rigiendo el patriarcado.

—¿De qué habla?

—Pues de eso, de la supremacía del hombre sobre la mujer, de la represión de la sexualidad, del matrimonio burgués... todo eso desaparecerá, está clarísimo.

—Y en el año 2014 el mundo entero será un áshram, ¿no?

—Por supuesto, y ya no habrá gente como tú.

Prefiero callarme: hemos llegado a un punto en el que ya no hay nada que agregar, en que ni siquiera hay nada más que callar. Sólo queda trascender, y en ese sentido todo ese circo de Buda-Vishnu-Hare Krishna ha sido beneficioso para la humanidad, no seré yo quien lo niegue. Sé que hay gente capaz de viajar de un lugar a otro sin moverse, aunque también es verdad que eso puede hacerlo todo el mundo en sueños: por eso siempre me ha gustado soñar, y también dormir, aunque no sueñe. Y por eso no le temo a la muerte: el sueño más largo posible para un ser humano.

Me hundo en la almohada y espero a que las vírgenes del templo aparezcan danzando sobre nubecitas amarillas.

—Lo siento, compañero —dice el hippy con otra voz al cabo de veinte minutos—. Me he pasado. Por supuesto que seguirá habiendo gente como tú, no pretendía ofenderte.

—No me ha ofendido. Lo he ofendido yo, y además a propósito.

—No comprendo cómo se puede trabajar para los nazis, para los comunistas y para los reaccionarios... y al final afiliarse al SPD.

—Todavía no le he dicho si me afilié al SPD, y no se imagina todo lo que nos queda para llegar al final de la historia.

—¿Te afiliaste al SPD?

—Sí.

—No tengo claro si hacerme ilusiones de que llegues a convertirte al hinduismo.

—La política es como la nave de los locos.

—¿Y por qué no te quedaste de arquitecto en Camp Nikolaus sin más?

—Porque el mundo no se volvió mejor: nada mejora nunca jamás.

9

Para los servicios secretos de las potencias ocupantes, la Org era un pozo negro lleno de estiércol burbujeante donde cada cual podía permitirse evacuar a sus anchas, y el doctor Gehlen nadaba en un mar de orines y desprecio.

El comandante Louis Maxwell del MI6 británico se refería a él, sencillamente, como el Desertor.

Los franceses (SDECE), a puerta cerrada, lo apodaban *Fantômas* y se burlaban de sus orejas —que en tamaño y modelo de soplillo no quedaban a la zaga de las de Charles de Gaulle— y de sus ojos, los mejor protegidos de todo Occidente («*lunettes de soleil*, ja, ja, ja»).

En cuanto al representante en Múnich de los servicios secretos del ejército americano (CIC), el coronel Van Halen, cuando se enteró de que en Pullach lo llamaban «el Mal Menor», no volvió a darle la mano para saludarlo.

En lugar de eso, le pidió a su contraparte civil (el CIG) que se hiciese con el control de la Org.

El CIG, por su parte, le había respondido que no, gracias, argumentando que no querían que les lamiera el culo alguien que antes se lo había lamido a Hitler... y por favor, mi buen Basti, ahórreme que le dé más explicaciones y déjeme pasar directamente al resumen final, a saber: que el contraespionaje británico, el francés y el americano estaban abiertamente en contra de nosotros.

• • •

Tan sólo la recién fundada CIA —que para entonces al menos ya nadie llamaba «Ce-I-A»— constituía una feliz excepción.

Nos amaba como cualquier madre ama a sus hijos, por malnacidos que le vengan.

Así que nos daba de mamar, nos cambiaba los pañales y nos regalaba un montón de juguetes. *The Best Mum Ever*, «la mejor mami del mundo», se ocupaba de que gozásemos de la mejor calidad de vida en todos los sentidos. Todos los días nos enviaba a Camp Nikolaus a varias docenas de *babysitters* para darnos palmaditas en el hombro, preguntar dónde nos apretaba el zapato y comprobar que todo marchaba como tenía que marchar. En suma, lo que hacen los oficiales de contacto altruistas en cualquier lado.

Muchos de ellos tenían buena cabeza, habían estudiado en universidades de renombre, eran

científicos, escritores, periodistas...

Los domingos, en el campo de deportes, jugábamos con ellos a un juego absurdo con una pelota en forma de melón y entre semana intercambiábamos información.

Cómo iba extrañarme cuando, una mañana ligeramente nublada y fresca de mayo, me encontré frente a la Mansión Hagen a Donald Day, mi amigo de Riga. Había dejado su trabajo como corresponsal del *Chicago Tribune* en Rusia y, tras engordar hasta transformarse en un Buda, trabajaba como especialista en el Departamento de Evaluaciones de la «Agency», como llamaba él a la CIA. Nada más encontrarnos, me invitó a una cerveza letona para brindar por los viejos tiempos.

No pude decir que no, aunque tuviéramos que pasarnos por el arco del triunfo las normas de la Org.

—Los maricones de los británicos y los sifilíticos de los franchutes siguen sentados a lomos de sus altos corceles morales y nos preguntan por qué aprovechamos para colaborar con los *fucking* nazis —dijo masticando ruidosamente las salchichas blancas típicas de la zona; dio un sorbo a su cerveza maldiciendo al tiempo que paladeaba la cerveza y que nos habían servido en una taberna y continuó—: ¿No es una pregunta completamente estúpida? Para nosotros sería imposible operar en el sur de Alemania sin vosotros los nazis.

—Yo no soy un nazi, Donald.

—*Of course not*, pero yo soy un yanqui, y en cuanto pido una salchicha todo el mundo se da cuenta de que soy un yanqui, mientras que si la pides tú nadie se huele que eres un nazi.

—Que no soy un nazi.

—*Of course not*, lo que te quiero decir es: ¿quién puede pasar más desapercibido que un nazi en este país? ¿Quién conoce Alemania mejor que los nazis? ¿Quién está mejor organizado? ¿Quiénes son los mayores anticomunistas? Créeme: gente como tú.

—Me estás cabreando de verdad, Donald: yo soy todo lo contrario de un nazi. Soy del Partido Socialdemócrata.

—No aprovechar a los nazis es como aceptar que nos castren, así que nos aprovechamos, claro. ¿Y quieres que te diga otra cosa? —Me plantó su zarpa de oso en la rodilla mientras me miraba con sus ojillos de cordero—. También esos arrogantes de los *tommies*[21] los aprovechan cuando nadie los mira, y los finolis de los franceses los aprovechan cuando nadie los mira. ¡Hasta los *comuniskis* los aprovechan!

—¿Los comunistas? Eso no me lo creo.

—Te digo yo que en el KGB hay gente que estuvo en Auschwitz organizando el recuento de presos cada mañana.

—Increíble.

—Todos esos mariconazos del Departamento de Estado se creen que sacar ventaja no es un

buen argumento. Pero una cosa está clara: la Tercera Guerra Mundial no la vamos a poder impedir, así que al menos deberíamos ganarla.

Fue la influencia de Donald Day la que puso fin a mi actividad como arquitecto en Camp Nikolaus, cuando, de un día para otro, a principios de junio de 1949 me vi arrojado a un laberinto de viejas cicatrices y heridas nuevas.

La CIA empezó a derrochar los impuestos de los contribuyentes en operaciones encubiertas contra Stalin, la más secreta de las cuales era la financiación e instrucción de una guerrilla ucraniana, y para eso necesitaban a la Org, pues los paramilitares tendrían que formarse en Múnich por la sencilla razón de que era allí donde se habían congregado los exiliados ucranianos.

Donald me pidió buscar a posibles supervivientes ucranianos del Comando Zeppelin y a otros contrarrevolucionarios intrépidos.

Para mí era doblemente afortunado, primero porque por fin podría moverme libremente por la ciudad con permiso oficial y segundo porque aquella misión era un juego de niños, pues Múnich estaba a rebosar de ucranianos desnutridos y malhumorados.

Simplemente no tuve más que poner un discreto anuncio en el tablón de la universidad ucraniana (no muy lejos de donde estamos: en la Pienzenauerstraße, al otro lado del Jardín Inglés) y una treintena de jóvenes patriotas cambiaron las aulas por una nueva guerra. También reclutamos a varios exiliados miembros del llamado Grupo Bandera (por su líder, Stepán Bandera, fascista hasta la médula) a través del consulado de Estados Unidos. Finalmente localicé a varios veteranos de la Operación Zeppelin en las colonias de barracones que había al norte de la ciudad o en el campo de concentración de extranjeros de Zirndorf.

Algunos se acordaban de mí. Es más, uno de ellos todavía llevaba colgado del cuello un colmillo de aquel tapir del zoo de Riga con el que habíamos hecho una buena merienda en su día.

Aquellos guerreros de antaño vivían de la sopa de los comedores sociales de Cáritas, sudaban sangre trabajando como jornaleros en el campo y ni que decir tiene que estaban sedientos de aventuras y de riesgos. Curiosos como monitos, se quedaron encandilados con mis grandilocuentes promesas, y fue muy fácil acabar de echármelos al plato a base de chocolate, cigarrillos y whisky.

Los voluntarios se instalaron en tres antiguos barracones para pilotos del aeródromo de Schleißheim. A mí me nombraron jefe operativo, pero me dieron un uniforme de la policía militar de Estados Unidos sin ninguna insignia de rango y, como al fin y al cabo debía tener

algún rango, se optó por llamarme «*chief*». Me llevé conmigo a Möllenhauer, en calidad de *deputy*: de subjefe. Parecíamos dos yanquis de Wisconsin. El doctor Gehlen abrió unos ojos como platos cuando fuimos a despedirnos de él vestidos con uniforme del ejército de Estados Unidos, pero enseguida se recompuso y nos ordenó que no parásemos hasta enseñarles a los comechicle de una buena vez cómo volver a meter en vereda a Europa del Este.

Pero al que sería en adelante nuestro comandante en jefe, Europa del Este lo traía bastante al fresco. Era un sureño de bajo perfil llamado Dana Durand. Le debía su cargo a una combinación de azares, errores y despistes, y llamaba «negrata» a todos los voluntarios, incluido yo.

En lugar de Operación Zeppelin, el proyecto fue bautizado como Red Cap: «Gorra Roja», por las gorras de los mozos de estación de Estados Unidos, oficio sin duda útil pero poco heroico, amén de que, para colmo, en ucraniano es sinónimo de «lamebotas», circunstancia que en Washington, por desgracia, no tuvieron en cuenta.

Por si eso fuera poco, les dimos a los rebeldes unas gorras de terciopelo que se suponía que debían ser rojas, pero que tiraban a rosa chicle, y ningún ucraniano con un mínimo de autoestima se pone una gorrita rosa chicle ni a punta de metralleta.

Las unidades de la guerrilla serían trasladadas al otro lado del Telón de Acero en un Douglas C-54, saltarían en paracaídas sobre Ucrania y allí se las tendrían que ingeniar para unirse a los separatistas de Stepán Bandera, que se escondían en los bosques de Kiev. Les prometieron apoyo militar y económico sin límite y poco menos que la luna para cuando terminase la guerra y las tropas de Estados Unidos entrasen en la URSS, pero entretanto debían resistir en los pantanos y matar a tantos soviéticos como pudiesen.

La planificación, los preparativos, el equipamiento y el desarrollo concreto de la operación estaban en mis manos, y mi *deputy* y yo lo organizamos todo de la misma forma que la Operación Zeppelin, pues al fin y al cabo aquello era un *da capo* bajo otra bandera.

Lo cierto es que el destino de los nuevos «activistas» les importaba a los americanos tan poco como a nosotros, los alemanes, en tiempos. Ni siquiera tuvieron la decencia de fingir un poco de simpatía o interés.

Nuestro superior pronunciaba largos discursos —que más parecían divagaciones— sobre lo grandioso de matar a comunistas y la ventaja que suponía que un comunista le pegara a uno un tiro en vez de que lo hiciera él, el propio comandante Durand.

Yo hacía las veces de intérprete, pero jamás traducía semejantes disparates, que pretendían ser una broma pero que hubieran causado un desconcierto considerable entre la tropa. En su lugar, insertaba en mi traducción simultánea dichos rusos que no tenían mucho sentido, pero hablaban al alma eslava. Por ejemplo, en lugar de: «Hijos de puta, tenéis que aprender a ocultaros con la

perfección de los maricones», acudía a la máxima de Tolstói: «Si quieres esconder un árbol, lo mejor es llevarlo al bosque», y frases como: «Morid como hombres y no como guiñapos» se convertían en: «Muy pocas letras separan “placer” de “quehacer”.»

Gracias a mis artes como intérprete, el loco peligroso del comandante Durand contemplaba rostros de aprobación, llenos de confianza y entrega, a consecuencia de lo cual se lanzaba a peroratas cada vez más descabelladas.

Al final acabó dirigiéndose a los reclutas como «querido plutonio».

Möllenhauer y yo nos llevamos las manos a la cabeza cuando se hizo evidente que no sólo el comandante consideraba a todos los hijos de Ucrania marcianos cuya máxima aspiración en el planeta Tierra podía ser, si acaso, recolectar algodón, sino que ése era el pensamiento de los siete u ocho ignorantes que componían el grupo de instructores de Estados Unidos. A los antiguos alumnos de la universidad ucraniana les negaron el curso de inglés que solicitaron con la justificación de que no podían permitirse desperdiciar recursos en clases para analfabetos. Todos los errores que, en su día, cometimos los alemanes en Pleskau y Hallahalniya, los repitieron ellos a escala mucho mayor. Yo me sentía como en ese cuadro donde William Blake quiso pintar el fantasma de una pulga, y todas aquellas pulgas ucranianas que brincaban a nuestro alrededor se me antojaban una nube oscura que iba formándose a nuestro alrededor.

La única diferencia significativa entre las operaciones Zeppelin y Red Cap consistía en el despliegue de medios: mientras que en el SD habíamos tenido que hacer verdaderos malabarismos para suplir las carencias, los almacenes de la operación Red Cap estaban a rebosar de armas y munición de contrabando; había helicópteros, jeeps, granadas de mano, uniformes, chuletones congelados, Corn Flakes, Biblias y demás cosas indispensables para la agitación política y los golpes de Estado.

Me daba dolor de barriga cada vez que tenía que acompañar a los comandos a la pista del aeródromo de Schleißheim en mitad de la noche. El desarrollo del proceso y las órdenes era el mismo de siempre: manteníamos los viejos rituales de la Operación Zeppelin, de Pleskau y Riga —a excepción del remate con «*Heil, Hitler*!», obviamente—, pero en cuanto oía rugir los motores y olía el combustible y la hierba empapada de lluvia me invadían los recuerdos de la mano de Maya asomando a la ventanilla del Arado hacía una eternidad.

Y al tiempo que despedía a las pulguitas de turno con el saludo militar y las observaba subir al avión una tras otra, todas fingiendo el mismo desenfado para disimular su angustia, pensaba en que no volvería a verlos jamás.

En efecto, al cabo de pocos minutos se elevaban en el cielo nocturno, los lanzaban en paracaídas sobre los Cárpatos y, después de que descendieran haciendo zigzag por el aire, jamás les enviaban suministros ni ningún tipo de ayuda. Eso sí: *Radio Free Europe* emitía mensajes en clave dirigidos a los bosques de Ucrania para que no cejaran en la lucha, y como Möllenhauer los

había provisto de aparatos de radio de largo alcance se dirigían a la muerte al compás de Glenn Miller (la alegre *In the Mood*) o de George Gershwin (la nostálgica *Rhapsody in Blue*).

Por si esto fuera poco, yo estaba obligado a anticiparme a su destino e informar a Nikitin de todas las misiones de Red Cap y las coordenadas de los objetivos, así que enviaba lejos de este valle de lágrimas a muchachos que conocía de Hallahalniya, con los que había compartido el tapir del zoo, cantado *Katyusha* o despotricado de la gorrita rosa.

Expresado en términos más claros: los enviaba a la muerte.

Yo los maté, mi triste swami.

No hay otra manera de decirlo.

Comprenderá que aquello era insostenible desde cualquier punto de vista, que era «un sinvivir», como solía decir mi madre. Por obvio que sea que no soy un héroe, tampoco me he visto nunca como una persona amoral. Puede que haya sido un traidor, pero nunca fui un traidor cobarde; puede que no sea precisamente valiente, pero al menos he sido osado en algunos momentos.

Y mi preocupación por Maya debe de contar para la salvación de mi alma, ¿no? En todo caso, me hacía tener la ilusión de que hacía todo aquello por una causa noble... ¿Y qué causa puede ser más noble que salvar a una espía cuya vida pende de un hilo? Ahora bien, sacrificar a otros a cambio, y además del modo en que yo lo hacía...

Cuando pienso en ello me viene a la cabeza ese cuadro de Brueghel el Viejo, *La loca Margarita*, pintado exclusivamente con negro, marrón, rojo y amarillo, en que se ve a Margarita encabezando a un ejército de mujeres que matan demonios y hordas de criaturas fabulosas para, al final, ir a meterse ella misma de lleno en las fauces abiertas de otro monstruo más grande.

En fin, yo intentaba conservar un mínimo de integridad enviando a Moscú coordenadas que no se correspondían con los puntos de aterrizaje, pero el riesgo era enorme: el KGB podía tener otros infiltrados en Red Cap y no sólo averiguar las coordenadas correctas a través de ellos, sino además descubrir que yo mentía, lo que habría supuesto para Maya y para mí caer en el más negro de los abismos.

Tenía que encontrar una vía para escapar de aquel desastre inminente.

A lo mejor capta usted, en mi tono de voz y en mis largos silencios, que me cuesta hablar de esa época. Ojalá pudiera borrarla de mi vida, sobre todo porque fue tan breve e impersonal que ni siquiera recuerdo a las personas con las que traté, a excepción de aquella personificación de la estupidez humana que era el comandante Durand. Pero no puedo hacerlo; ni siquiera me ha parecido honesto ahorrarle el relato de aquellas semanas ignominiosas y confusas como una

borrachera, y tan llenas de escrúpulos como si dos millones de mosquitos se hubieran lanzado a por mi sangre, pese a que es posible que lo haga abrigar aún mayores reparos respecto de mí, o que incluso le den ganas de maldecirme, mi querido swami.

El caso es que, cuando ya no me quedaba ni gota de sangre en las venas, fui a ver a Ev al sanatorio mental de Pattendorf. Le pidió a Anna que saliera de la habitación y me refrescó la frente con un paño húmedo. No quiso saber detalles: le bastó con mis balbuceos incoherentes y con el hecho de ser mi hermana y mi amor imposible. Me inyectó algo que me produjo una reacción tan fuerte —una infección aguda— que tres días después pude dejar de ir a trabajar.

Postrado en mi cama de hospital, les imploré a Hub y Donald que me liberaran de mis responsabilidades operativas contra el acérrimo enemigo soviético alegando que la incompetencia de los comechicles había terminado minando la moral de un perfeccionista como yo.

Aunque no entendieron mi deseo, lo aceptaron igualmente, y al cabo de tres meses, a finales de agosto de 1949, permitieron que el *chief* y su *deputy* abandonaran aquel despropósito de Red Cap para regresar al cálido seno de la Org.

Poco después Möllenhauer se hizo cargo de la filial de Gehlen en Hannover, su ciudad natal, con lo cual perdí a mi colaborador más estrecho, lo que me entristeció. Siempre le había tenido aprecio, pese a que jamás nos tuteamos (su nombre de pila era Gunther), y seguimos enviándonos postales por Navidad hasta que, unos años más tarde, un prostituto de la calle le rajó el cuello.

El doctor Gehlen me trasladó a la sección de asuntos domésticos y el camarada Nikitin se puso como un basilisco al enterarse.

Me dio a entender que debía hacer lo posible y lo imposible por volver a Red Cap, y luego no tuve noticias de Maya durante semanas, pese a que le envié a Nikitin las copias de mis múltiples solicitudes (falsas) de que me transfirieran de vuelta.

No sé qué habría pasado si el KGB me hubiera hecho llegar una oreja de Maya o algo así como acicate, supongo que en ese caso habría hecho lo que me exigían, pero no sucedió: no le cortaron nada ni le inyectaron nada ni le hicieron nada.

Parece ser que Nikitin se fiaba de mí.

Todo indicaba que había conseguido escapar de la Operación Red Cap.

Incluso me lo creí, qué risa.

10

Para el 15 de septiembre de 1949, cuando Konrad Adenauer ganó por un solo voto —el suyo— la primera elección para canciller de la nueva República Federal de Alemania,[22] yo ya había puesto el punto final al capítulo de Red Cap y estaba instalado en un nuevo despacho en el cuartel E de Pullach.

Me habían asignado a la Sección III, que se ocupaba de la vigilancia del enemigo en el territorio alemán, y mi tarea consistía en mantener al día los expedientes de las personas a quienes teníamos bajo vigilancia y, sobre todo, reunir toda la información posible contra los socialdemócratas.

Durante aquellos años de tarde en tarde me llamaban para desempeñar «misiones» que apenas merecían ese nombre. Como era el único dibujante competente en toda la Org, me tocaba hacer retratos robot de agentes enemigos, un trabajo agotador para un artista.

De hecho, creo que si me hubieran puesto a moldear las florecitas azules de la porcelana de Delft me habría parecido menos tedioso.

Y como tampoco había nadie más en Pullach que hablara o siquiera entendiera yidis, también me tocó escuchar las conversaciones que los representantes israelíes mantenían en sus habitaciones de hotel —todas ellas inundadas de micrófonos ocultos— durante las negociaciones de reparación con Israel.

Si se tiene en cuenta que esta última tarea constituyó el punto álgido de mi actividad, creo que se puede afirmar que trabajar para aquella sección era lo más aburrido, lo más mediocre y lo más inocuo que se podía hacer en toda la Org.

Ni que decir tiene que yo me sentía como pez en el agua.

También mis esfuerzos por mejorar el flujo de comunicación con el KGB dieron sus frutos.

Había conseguido que me nombraran tesorero de la oficina del SPD en el barrio muniqués de Schwabing, ¡y con mi nombre real! Así se legalizaron por fin mis visitas al centro de la ciudad, con lo cual los encuentros con los buzones de correos con patas que enviaba Nikitin resultaban menos arriesgados, aparte de ser más frecuentes y gratos.

El KGB me había ordenado informar de los múltiples intentos de Adenauer por imponer, contra

todo y contra todos, a aquel tipo por quien tanto desprecio sentían los Aliados franceses y británicos como jefe de los servicios secretos de Alemania Occidental.

Y créame que fueron un montón de intentos, swami, y eso que la simple cuestión de si la República Federal de Alemania, aún ocupada por las potencias victoriosas y soberana solamente sobre el papel, era fuente de encendidos debates.

Un año entero se prolongaron aquellas negociaciones de las que yo me enteraba a través de mis informantes.

Recuerdo que Gehlen me llamó a su oficina un lunes, después de una de las grandes reuniones de la Org que aún se celebraban en Camp Nikolaus a mediados de 1950, para que lo informara de la conclusión de mis averiguaciones. A cada detalle él se removía en la silla, confundido y enfadado.

—Pero ¿qué memez de nombre es ése? —me preguntó, aunque sonó como un ladrido.

—Lo lamento, pero es el nombre que le han puesto —me justifiqué yo.

—¿*Amt für Verfaßungsschutz*? ¿Oficina para la Protección de la Constitución?

—Me temo que sí.

—Ese ripio seguro que se le ha ocurrido a un socialista.

—En todo caso, una comisión formada por miembros de todos los partidos lo ha votado por unanimidad.

—¡Pero si el país ni siquiera tiene Constitución que proteger, sólo una Ley Fundamental provisional![23]

—Bueno, otra propuesta era ésa: «*Grundgesetzhütung*», Oficina para la Preservación de la Ley Fundamental.

—¡¿Qué?! ¿Con esa palabra: «preservación»?

—Así es.

—¡Ni que la Ley Fundamental fuera una especie en extinción! «Preservación de la ley», ¡por Dios! ¿Y qué pretendían, que me convirtiera en «preservativo»?

—Esa propuesta no prosperó, doctor.

—¿Y qué otras opciones se plantearon?

—*Bundesbüro für Bundesuntersuchungen*: Oficina Federal de Investigaciones Federales.

—¿Y...?

—Se descartó por la abreviatura.

—¿La abreviatura?

—BU de «Bundesbüro» y BU de «Bundesuntersuchungen».

—¿BUBU?

—...

—Jefe de la BUBU...

—...

—¡La BUBU! —Se levantó de un salto del sillón y se puso a recorrer el despacho con la cara colorada de rabia—. ¡La BUBU se la voy a meter a todos por donde yo me sé! ¡Joder! ¿Por qué no nos llamamos «Defensa», sin más... o «Servicio de Seguridad»?

—«Servicio de Seguridad» nos volvería a dar SS, doctor...

—¡Bueno, pues que le pongan «Servicio de Seguridad Federal»!

—Es que los demás miembros de la comisión, por desgracia, comparten la opinión de que el mejor nombre es el de «Servicio para la Defensa de la Constitución».

—¿Cómo se llama eso de andar sometiendo a votos las cuestiones?

—¿«Democracia», doctor?

—¡No! ¡«Decadencia»!

—Comprendo.

—De verdad que no me explico qué ha visto mi mujer en usted, Dürer, pero me ha pedido que lo invite, junto con su hermano, a la fiesta que damos en nuestro jardín el próximo fin de semana.

—Será un gran honor asistir, doctor Gehlen.

—En fin, ¿algo más?

—Bueno, que si lo nombran jefe del Servicio de Protección de la Constitución, seguramente tendremos que trasladarnos a Colonia: el señor Adenauer querrá tenernos cerca.

—Pues nada, le tocará a usted encontrar una casa a orillas del Rin que le guste a mi mujer, Dürer.

Al tiempo que las correspondientes secciones empezaban a preparar el traslado a Westfalia del Norte, yo, por expreso de deseo de Frau Herta, viajé a Colonia en busca de un hogar a la altura del gusto exquisito de la familia Schneider, alias Gehlen.

Desde luego, buscaba algo lejos del centro, que llevaba cinco años cubierto de cenizas, como Pompeya, después de los bombardeos de la guerra, y finalmente un agente inmobiliario me mostró una villa de ensueño en la Kastanienallee, la Avenida de los Castaños, del barrio de Marienburg que aportaba un toque de frescura a la austera arquitectura neoclásica de Karl Friedrich Schinkel gracias a unos *putti* neobarrocos y que además disponía de un parquecito propio, piscina y pista de tenis.

La desventaja era que ya no había nadie que quisiera regalársela a un meritorio general de Hitler, como había sido el feliz caso de la villa que estaba junto al lago de Starnberg, en el pintoresco pueblecito de pescadores de Berg. De todas formas, llamé a Frau Herta y, después de contarle las mil maravillas del lugar, le mencioné la potencial complicación de que otro cliente

interesado pudiera comprar la casa ese mismo día. Esto último la puso muy nerviosa y me ordenó que formalizara yo mismo la compra pagando la entrada que me pidiesen.

Yo le pregunté si estaba segura de tomar una decisión semejante sin haber visto siquiera la casa, fiándose tan sólo de mis consejos. «Sí, sí, claro», me respondió, alegre como un cascabel. Con el buen gusto que yo tenía... Y a Reini esas cosas de todas formas le daban igual; por él, Reini era capaz de vivir en un barril.

Por desgracia, a Reini esas cosas no le dieron igual ni muchísimo menos porque al final no lo nombraron jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución.

Por consiguiente, no tenía motivo para mudarse a Colonia y, sobre todo, no le hacía ninguna falta un palacete con parquecito propio en una ciudad que le importaba lo mismo que Stalingrado.

Tras un largo pulso con Adenauer y los americanos —que no lograban ponerse de acuerdo consigo mismos—, Gran Bretaña y Francia lograron imponer su criterio y auparon a la anhelada cima de los nuevos servicios secretos alemanes precisamente a los enemigos jurados del doctor Gehlen; es decir, a los miembros del grupo que había urdido el atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler, el círculo del almirante Canaris.

Según me contó más adelante uno de nuestros topos en la Cancillería, después de aquella decisión el gobernador británico, sir Brian Hubert Robertson, se había acercado a Adenauer, le había estrechado la mano con sincera cordialidad y le había asegurado que se sentía orgulloso de que hubieran acabado para siempre con el «nazi malparido de Pullach».

La cosa es que, al igual que Gehlen, todos parecíamos acabados para siempre.

El letargo se apoderó de Camp Nikolaus. Nos sumimos en el silencio de nuestra fortaleza abandonada a su suerte, haciendo nuestro trabajo con la misma motivación con que un niño practica escalas en el piano.

A finales de 1950, la Org estaba llegando a su fin: la CIA había invertido millones de dólares en unos servicios secretos a los que se les había dado el pase y que esperaban letárgicos el desmantelamiento definitivo.

Tan sólo cinco días después del despido de Reinhard Gehlen, dimitieron veinticuatro colaboradores de la sección técnica: les habían ofrecido furtivamente trabajar en Colonia.

Hub los tachó de ratas traidoras.

• • •

Los ánimos estaban por los suelos la noche de invierno en que mi hermano y yo atravesamos la

explanada por la que se accedía a la villa que en su día había pertenecido a Bormann. Recuerdo que había nevado.

Las habitaciones estaban en penumbra: dos lámparas de pie apenas iluminaban lo suficiente para no tropezarse con los muebles. Un asistente nos hizo señas con la mano para que atravesáramos el gran salón y pasáramos a una salita con las paredes revestidas de madera que había sido el salón de música. Aparte de un pequeño mueble bar en un rincón y una mesa estilo Luis XIV con cuatro sillas en el rincón opuesto, sólo había un piano de cola Bechstein, justo delante de las ventanas. Toda la luz provenía de algunas velas en la mesa y la lamparilla del atril del piano.

El doctor estaba sentado al instrumento, tieso como una vela, tocando música de Bach. El asistente nos indicó que nos sentáramos a la mesa y esperamos cinco minutos escuchando respetuosamente la Fuga en la bemol mayor de *El clave bien temperado* hasta que el brillante acorde final se extinguió.

—Señor Dürer —dijo el doctor sin volverse hacia nosotros, cuando aún resonaban los armónicos—, así que compró ese palacete de lujo en el paseo junto al Rin.

—Su esposa me pidió que lo hiciera.

—¿No pretenderá responsabilizar a mi esposa de semejante transacción?

—Por supuesto que no.

—Ni que decir tiene que hay que desandar ese camino.

—Ya he procedido.

—Bien.

Empezó a tocar otro preludio, pero antes de que atacase la fuga yo carraspeé y añadí:

—El agente inmobiliario sólo pide quedarse con la comisión.

El doctor dejó de lado a Bach y se volvió hacia nosotros.

—¿Cuánto?

—Cinco mil marcos.

—Bueno, supongo que es una cantidad que se puede usted permitir.

Transcurrió un momento de silencio entre que Gehlen se levantó del piano, se acercó hasta la mesa recorriendo el suelo de tarima que crujió bajo sus pasos, se sentó ante la mesa y abrió la carpeta que estaba encima.

—¿Considera que soy yo quien debe pagarlos, doctor? —pregunté con cautela.

—Por supuesto, ¿no piensa usted lo mismo?

—En fin, es el sueldo de un año entero...

—Compró una casa sin consultarme.

—Lo que usted diga, doctor.

—Seguro que el señor Ulm le puede ayudar. Si pagamos sueldos tan altos es para que nuestra

gente pueda echar una mano a la familia en caso de apuro.

—Sin duda, doctor —le respondió Hub sin demasiado entusiasmo.

—Además, Dürer, espero que me sirva en bandeja la cabeza de ese jefe de la BUBU aupado por los británicos.

—Ya está en marcha, doctor.

—En ese caso, lo escucho.

La piel de sus pómulos se tensó mientras me examinaba de arriba abajo con gesto inexpresivo. Yo abrí mi carpeta y hojeé la documentación.

—El nombre del caballero es Otto John —comenté.

—Ya sé que se llama Otto John, lo que no sabía es que fuera un caballero.

—Al menos es presidente.

—Prosiga, Don Sabelotodo.

—Otto John, presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución —proseguí intimidado y sin levantar la vista de mis papeles—, es un liberal de izquierdas, casado con una judía, que consiguió librarse de participar en la guerra. Participó activamente en la resistencia contra Hitler y fue uno de los organizadores del atentado del veinte de julio en calidad de mensajero. Su hermano fue ejecutado como traidor por las SS.

—Discúlpenme, casi lo olvido: ¿les apetece una pasta?

Nos acercó un plato con pastitas que Hub y yo rechazamos educadamente en tanto que él se puso a ronchar una.

—Tras el fracaso del complot —continué—, huyó a Inglaterra a través de España y trabajó en contra de Alemania en la emisora de radio militar de Calais. Después de la guerra se puso a disposición de los Aliados como testigo de cargo y testificó en contra de varios generales de la Wehrmacht, lo que creó mucha mala sangre.

—Insisto en que deberían probar estas pastas, sobre todo las de almendritas.

—De lo que es el trabajo propio de unos servicios secretos no tiene la más mínima idea —continué imperturbable—. Se lo considera un excelente jurista y trabajó durante años como asesor legal de Lufthansa. En cuanto a su postura política, es de la cuerda de los socialdemócratas, y él mismo se califica de antifascista y filosemita. Su esposa es judía, como dije antes. Es casi diez años mayor que él, y según se dice, lesbiana. No tienen hijos en común.

—¿Eso es todo? —preguntó Gehlen con la boca llena.

—Tiene fama de donjuán, aunque también se rumorea que es homosexual y que se da más de un capricho al mes con jóvenes prostitutos. Le gusta beber, pero también es adicto a las pastillas y suele tener problemas de deudas porque invierte mucho dinero en su colección de arte. Una vez dijo que, por el arte, sería capaz de matar.

—Bueno, está claro que la seguridad de nuestro país está en las mejores manos...

—Adenauer está en su contra y ha intentado quitarle todas las competencias posibles. Nunca se encargará del trabajo en el exterior, eso es seguro, y será su segundo, Albert Radke, quien se encargue de su aparato operativo.

El doctor Gehlen asintió con la cabeza sin dejar de masticar su pastita y a continuación se sirvió otro café a las diez de la noche. En mi vida había visto a nadie hacer algo parecido, ni tampoco disolver tres cucharadas de azúcar en el café sin provocar movimiento alguno del líquido.

—A Radke lo conozco —dijo finalmente—. Nos ayudará.

—¿De veras?

Me sorprendí, aunque no tanto como años más tarde, cuando me enteré de que Albert Radke era un hombre de confianza del general, infiltrado por éste en el nuevo servicio secreto.

Pero entonces aún no lo sabía, de modo que dije:

—Pues Radke está haciendo todo lo posible por robarnos gente y llevársela a Colonia.

—De la situación de la Org —gruñó Gehlen con la cucharilla en la mano— deje que me ocupe yo.

—Como usted ordene.

—Y en cuanto al Mal Mayor y esta crisis que nos tiene consternados a todos —dijo dejando al fin la cuchara en el platillo—; en fin, creo que conseguiremos salir de ella con ayuda del Mal Menor. —Suspiró casi contento, cerró la carpeta, se reclinó en el respaldo de la silla y sorbió el café como si se encontrara en aquella pintoresca cabaña alpina de otros tiempos. Luego, al cabo de un rato, añadió—: Finalmente, por lo que respecta a Otto John, espero que me ayude a saldar esa cuenta.

—Reuniré toda la información posible.

—Estoy hablando de saldar la cuenta, no de recabar información. Es de interés nacional impedir que quien encabece los servicios secretos alemanes sea un traidor a la patria, un izquierdista con graves problemas psicológicos y un pervertido. Eso tiene que deshacerse.

Yo no supe qué decir, me limité a negar con la cabeza, cerré mi carpeta y junté las manos, gestos todos que podían interpretarse como una expresión de tácita obediencia. El ambiente alrededor de aquella mesa de nogal era de una solemnidad pedante, quizá simplemente porque los tres habíamos cerrado las carpetas al mismo tiempo, pero las múltiples sombras que las velas proyectaban en las paredes sin duda contribuían. Y en medio de aquel silencio casi conventual de pronto dejé de oír el aliento de Hub, como si contuviera la respiración.

Entonces dijo:

—¿Liquidarlo?

El doctor no se echó a reír como yo esperaba; no se rió en absoluto ni levantó la vista, sino que

esperó a que se desvaneciera el último eco de las palabras de Hub... que provenían, no hay que olvidarlo, de un hombre temeroso de Dios.

—Es bueno poder hablar libremente —dijo muy serio.

De pronto me entró la necesidad imperiosa de comerme la última pasta y, como la tenía delante, la agarré sin pensármelo dos veces y me la metí entera en la boca.

—Eso sí —continuó—, de entrada sería mejor no llegar a eso. Existen otros medios y otras vías, y mi instinto me dice que el señor Dürer las encontrará.

11

Tres días antes de conocer a Otto John, un hombre al que consideraré un caballero hasta el día que me muera, la familia Solm al completo celebró las Navidades en Pattendorf.

Mamá quiso festejar la Nochebuena a la manera tradicional del Báltico. No fueron las nueces pintadas de oro ni el muérdago, ni el lacre que sellaba los paquetes ni los bollos de avena lo que me perturbaron, sino las manzanas rojas, rojísimas, que, por supuesto, acabaron convertidas en compota, pero antes hubieron de pasar por el sagrado ritual fraterno que no habíamos celebrado en años.

La pequeña Anna insistía una y otra vez en que le contásemos en qué consistía y por qué era así, aunque en realidad ya lo sabía.

—Por favor, por favooor —suplicaba—, por favor, Amama, cuéntame cómo los comunistas tuvieron a Großpaping debajo del agua hasta que se quedó sin aire.

—Es Nochebuena, tesoro —le recordó Ev—, en un día así sólo queremos pensar en cosas bonitas.

—Así es, cariño —añadió Hub—, es un día para celebrar... y Amama no debería contarte siempre esas historias truculentas.

—Además, poco después Großpaping pudo disfrutar de todo el aire que quiso... —explicó mi madre con uno de aquellos razonamientos que sólo podían proceder de ella—, una vez que llegó al cielo.

• • •

Junto con todos los locos y tullidos del sanatorio, asistimos a la misa de Navidad católica —ya que no había servicio religioso protestante— en la fría iglesia barroca del lugar, donde apenas se podía respirar por la cantidad de incienso que flotaba en el aire. Todas las custodias y candelabros temblaron cuando los orates se arrancaron a cantar *Noche de paz* aullando a coro para mayor gloria de Dios, con un órgano atronador como acompañamiento instrumental y el contrapunto de los últimos loros ciegos que quedaban y que el director del sanatorio había colocado en el coro alto para que también pudieran entonar sus loas por estar vivos desde su jaula llena de caquitas. Las monjas se ponían coloradas de perseguir a los dementes que se

descontrolaban mientras se rezaba el padrenuestro. Uno de ellos se puso a lamer un gran cirio navideño, a lo mejor porque era de auténtica cera de abeja.

Cuando te hallas por primera vez con tu hija en una iglesia y ves sus ojos muy abiertos, y el brillo de esos ojos te dice que está escuchando con atención las bellas palabras que brotan del púlpito, el latín de Baviera no te suena falso ni artificial en absoluto. Y todas las penas y humillaciones y catástrofes personales de aquellos infelices que nos rodeaban no hacían sino subrayar aún más el futuro luminoso que esperaba a la pequeña Anna. No podría ser de otra manera: era evidente que se convertiría en una buena persona, y que siempre estaría dispuesta a ayudar a los demás en lugar de rebajarse para salvar su propia vida —como sus dos padres—; ella siempre se elevaría por encima de todo lo que nos hace pequeños, viles y mezquinos.

—¿Por qué lloras, tío Koja? —me preguntó con la vocecilla ronca y desdeñosa que había heredado de Ev. Su manita frotó la mía para consolarme y yo le dije que no estaba triste, sino feliz, igual que ella estaba infinitamente feliz.

—Pues claro —trinó como pajarillo—, porque Jesús nuestro Señor acaba de nacer.

Entonces capté un parpadeo de mi hermana, y oí su corazón dar un brinco, y junto a ella estaba la manga vacía de mi hermano, que nunca paraba de temblar, y también yo me puse a berrear junto con todos la canción *O du fröhliche, o du selige*,[24] con la esperanza de que fuera cierto que la Navidad nos llena de gracia, y en el momento exacto en que el villancico dice «*Weihnachtszeit*»: «Tiempo de Navidad», yo cantaba todo el rato «*Wahrheitszeit*»: «Tiempo de la verdad» porque es espantoso estar con tu propia hija en la iglesia sin que ella sepa nada.

Después de abrirnos paso por la gruesa capa de nieve, volvimos a la vivienda de mamá para admirar la decoración —toda en rojo, como manda la tradición báltica— del árbol de Navidad, un abeto que Hub había talado a escondidas con el brazo que le quedaba. Mamá adornó las trenzas de su entusiasmada nieta con «hilos de cabello de plata» —como llamaba ella al espumillón— para que se pareciera más al Niño Jesús y luego nos dispusimos a abrir los regalos.

Bajo el pañito que cubría los suyos, Anna encontró un *Cantar de los nibelungos*: ciento veinticuatro páginas que yo mismo, a lo largo de treinta y tres noches, había copiado a mano e ilustrado con tinta china, con un Hagen altísimo y siniestro y un Sigfrido heroico que no sólo tenía los mismos rasgos faciales que mi hermano, sino que también era manco y sostenía la espada Balmung con la mano izquierda (¡ay!, cómo no pensar en Pólitov).

Me permití la licencia poética de hacer que el pérfido dragón se comiera la mano de Sigfrido, y ésa, por cierto, era la ilustración más lograda del libro: Anna tuvo que tragar saliva al verla y

Hub suspiró conmovido. Ambos hojearon el libro fascinados y ambos con la mano izquierda. Hub respiraba tan fuerte como muchos hombres de cuarenta y tantos, y en un momento dado me rodeó con el brazo que le quedaba —Sigfrido sosteniendo su espada— como en nuestros mejores tiempos de juventud y me recitó no sé qué salmo.

Me pareció que Ev nos miraba con cierta sorna; llevaba «boca de día de fiesta», como llamaba Anna a los labios pintados, pero yo prefería su boca de todos los días, la boca de cuando era niña, aunque de algún modo podía verla en la cara iluminada de Anna.

—Muchas gracias por darle una alegría así a mi hijita, Koja —susurró Hub con verdadera ternura—. Te habrá llevado muchas semanas de trabajo.

Mamá finalmente nos trajo la maldita manzana, una tablita de madera y un cuchillo y, con toda solemnidad, llevamos a cabo el esperado ritual: la partimos y nos metimos trozos en la boca, *hosanna in excelsis*.

Mientras masticábamos con aire místico, mamá, a quien ya todos llamábamos siempre Amama, se puso a contar viejas historias familiares frente al árbol de Navidad, al que se le iban apagando las velas. Habló de la manzana que había ido a dar en la nariz de una joven hacía medio siglo, de la rana sobre el cadáver de Großpaping, del santo martirio de Hubert Konstantin Solm y de la insondable maldad de los bolcheviques.

No pudo evitar volver a contar cómo mantuvieron a Großpaping bajo el agua hasta que dejó de respirar, el gesto de Anna se tensó de rabia y soltó que ojalá todos los bolcheviques se convirtieran en piedra, y yo tomé conciencia de que mi hija no debía enterarse nunca de quién era su padre, y menos todavía averiguar a qué se dedicaba y para quién trabajaba en secreto.

Luego disfrutamos del primer asado de ganso desde el final de la guerra, y comimos paté dulce y jalea de frutas. La pequeña Anna incluso tomó un sorbito de vino de Madeira, y Hub levantó su copa y nos comunicó que, después de años separados, su amada esposa y su preciosísima hija iban a mudarse con él a Haidhausen.

Sí, volverían a vivir todos juntos, repitió, cortando el profundo silencio que se había hecho de golpe.

Pues su empresa, la casa de mudanzas Hubermaier de Pullach (la diferencia entre Hub y Hubermaier era un índice de su escasa originalidad) no le renovaba el contrato de la pequeña vivienda en el propio polígono industrial donde había vivido hasta entonces. Ev se apresuró a añadir que a ella le habían ofrecido un buen puesto en una clínica infantil de Múnich: al menos era algo mejor que un sanatorio en los Alpes.

Amama fue la primera en hacer de tripas corazón para responder que se alegraba «una barbaridad» por aquella increíble sorpresa, y agregó: «Dios nos ayude» con un ligero temblor en la voz.

Yo también temblaba, pero brindé por la felicidad de aquella familia que volvía a reunirse. Le

prometimos a Amama que iríamos a visitarla al sanatorio tanto como pudiéramos, fuera como fuese. El ánimo de todos se enrareció. Yo tenía un hueco en el estómago y me sentía incómodo, triste, incluso celoso, y me asaltó el presentimiento de que se avecinaba una desgracia, aunque en el fondo ese presentimiento ya formaba parte de mí, con excepción de los momentos o años en los que la desgracia no había sido un mero presentimiento, sino una realidad pura y dura.

—Ya estás raro otra vez, como en la iglesia —me dijo Anna un poco más tarde, ya en camisón, junto a una ventana del pasillo por la que se veían las montañas y, detrás de ellas, el débil resplandor de la luna.

—Pues estoy muy contento.

—Mentir no es bueno.

—Eso es cierto, Anna, mentir no es bueno.

El Molinete y Lies, la de la voz de pito, pasaron junto a nosotros y nos lanzaron besos con la mano.

—¿Es verdad que Sigfrido no tenía más que un brazo?

—Sí, es verdad.

—¿No lo habrás pintado para que mi papi piense que le caes bien?

—Yo quiero mucho a tu padre.

—¿Y a mami también la quieres?

—Por supuesto.

—Ella dice que también te quiere, pese a que mientes más que hablas.

—¿Ah, sí? ¿Eso dice?

—Es imposible que Sigfrido sólo tuviera un brazo: así nunca podría haber vencido a Brunilda.

—A lo mejor Brunilda también era manca, eso no se sabe.

—Y entonces, ¿cómo lo hizo para encadenar al rey Gunter en su noche de bodas?

—A lo mejor el rey Gunter no tenía brazos... o piernas.

—Desde luego, mientes muchísimo.

—No, Anna. La verdad es lo más valioso que existe entre dos personas.

—¿Y por eso cantabas todo el tiempo «glorioso tiempo de la verdad» en la misa?

—Yo creo que has oído mal.

—No, no, cantabas «glorioso tiempo de la verdad».

Yo fui incapaz de decir nada.

—De mayor quiero ser pintora como tú.

Yo fui incapaz de decir nada.

—¿Te haría ilusión?

Seguí incapaz de decir nada, pero conseguí asentir con la cabeza.

—«Tiempo de la verdad» es una expresión muy bonita.

—Feliz Navidad, Anna.

Le di un beso en la frente.

—¿Feliz verdad? —preguntó.

—No, tesoro: feliz Navidad.

—Feliz Navidad, tío Koja.

En aquel invierno de 1950, la guerra fría se encontraba en su apogeo. Los periódicos estaban plagados de rumores que eran cualquier cosa menos información fidedigna y que, por lo general, acababan con signos de interrogación: ¿Corea? ¿Irak? ¿Grecia? ¿Berlín? Pura paranoia.

El tema siempre era la guerra, o más bien lo que mamá denominaba «ni guerra ni paz». Y aquella «ni guerra ni paz» impregnaba cada saludo que se intercambiaba. Todo podía ser una agresión, hasta el parte meteorológico de la prensa recordaba a un parte de guerra: se hablaba, por ejemplo, de frentes fríos procedentes de Siberia que avanzaban en formación hacia el oeste y cruzaban el Elba llevando consigo tormentas que sembraban la destrucción. Ni del granizo corriente y moliente se podía uno fiar: tanto los tejados como el paraguas de mamá acabaron llenos de agujeros.

En aquel ambiente de paranoia, el espionaje era un negocio peligroso que le costó la vida a un imponente número de colaboradores y agentes de los servicios secretos, tanto reales como presuntos.

Por ese motivo, el viaje a Berlín para conocer a Otto John se planeó con gran minuciosidad.

El día después de Navidad me presenté a las seis de la mañana ante el oficial de tropa responsable en la estación central de Múnich, quien me asignó un asiento en el tren de servicio americano: era el procedimiento militar habitual desde que se había levantado el bloqueo de Berlín. La verdad es que yo no me diferenciaba mucho de un ciudadano de Estados Unidos: llevaba una gruesa bufanda, una gabardina de color claro, pantalones oscuros y una boina (regalo de Ev, que me la había puesto dos días antes, en Nochebuena, con una sonrisita melancólica).

En Helmstedt subieron al tren los soldados soviéticos que revisaban los papeles de todos los civiles, pero no les pusieron pega a mis documentos cuidadosamente falsificados.

Mientras avanzábamos por Berlín Oriental, me dediqué a mirar por la ventanilla. Por supuesto, no había nada especial que ver: básicamente nieve. Las calles estaban vacías, los andenes desiertos, y cuando el tren entró poco a poco en la estación del Zoo, en Berlín Occidental, lo que se desplegó ante mis ojos era una Cartago devastada.

El oficial americano a cargo del tren se quedó de pie en el andén dando órdenes y organizando el descenso de los pasajeros. Su primera orden fue:

—*All ranks from General to Colonel!* —Y los correspondientes oficiales, con rangos de

general a coronel, descendieron del vagón de primera. Tras una pausa, siguió—: *All ranks from Colonel to Captain!* —Y bajaron los altos oficiales, todos con rangos entre coronel y capitán. Luego—: *All ranks from Captain to Sergeant!* —Y bajó un enjambre compuesto por todos los uniformados con rangos entre capitán y sargento. Finalmente añadió—: *The Germans*!

Allí nos levantamos los alemanes, y fuimos bajando del tren como una procesión de lémures asustados entre las risitas de los soldados de Estados Unidos.

Yo salí de la estación y tomé un taxi que recorrió la escombrera en que estaba convertida la avenida Kurfürstendamm para llegar a la cercana Bleibtreustraße. La vista de los edificios nuevos a derecha e izquierda me hizo alegrarme de no trabajar ya como arquitecto: habría preferido seguir levantando muros para la Org hasta el fin de mis días antes que diseñar edificios tan patéticos como aquellas torres de viviendas que parecían construidas con esos bloques apilables con que juegan los niños.

Anna Ivánovna me abrió la puerta de la casa a la que iba. Tenía ya casi ochenta años y veía muy poco, tan sólo reconocía las siluetas.

—¡Ay, Koja, tesoro! ¿Eres tú de verdad?

Me palpó la cara e incluso la gabardina. Me sorprendió lo bien que se manejaba; vivía sola en un piso enorme y helado por culpa de la escasez de carbón. Cuando nos abrazamos se nos llenaron los ojos de lágrimas. Había ido a su casa porque la Org consideraba que era más discreto alojarse en una casa particular que en un hotel, aunque estaba claro que en aquella casa no podía pretender que me apellidaba Dürer. De todas formas, la misión implicaba que utilizara mi nombre real y estaba preparado para asumir el riesgo.

Anna Ivánovna puso a calentar el agua para el té en su samovar abollado y se dedicó a acariciarme las mejillas mientras hablábamos del Báltico y de toda la gente de allí que había muerto —y que a mí no me interesaba nada.

—¡Ay, mi adorado Koja...! —exclamó Anna Ivánovna en algún momento—, ¡qué pena que no nacieras niña!

Y yo me pasé la noche dándole vueltas a aquella enigmática frase.

Al día siguiente fue a buscarme un representante de la Org que parecía más una chimenea que una persona y no paraba de carraspear. Me llevó a un café de la Lietzenburger Straße a ver a Wolfgang Wohlgemuth y... Sí, sí, ya sé que a estas alturas esto empieza a ser un embrollo con tanto nombre; en eso lleva usted razón. Pero piénselo, ¿cuándo se ha visto una conspiración con pocos nombres? De otro modo el relato no funcionaría, así que no queda otra, mi querido y ahora concentradísimo swami.

Digamos que aceptamos su idea de nombrar a las personas según sus características más

peculiares; en ese caso, Wolfgang Wohlgemuth debería haberse llamado Todo-el-ancho-de-la-calle o Aquí-vengo-yo. Era una de esas naturalezas, digamos, solares —para sí mismas— que se consideran más atractivas que un tarro de miel y ven al resto de la humanidad como un enjambre de abejitas... todas hembras, por supuesto.

Yo, por mi parte, que de buen principio no podía ser una obrerita más por culpa de mi sexo, resultaba una especie de zángano que, para colmo, no estaba en absoluto preparado para encontrarse con un tarro de miel tan estupendo. En fin, que se me encogió el corazón. Por otra parte, era un artrópodo, ¿no? (y de la Org), con lo que tampoco podía inclinarme así como así ante la soberbia presencia de Wolfgang Wohlgemuth. En suma, me limité a decir que mi nombre era Konstantin Solm, pero que, en vista de lo que teníamos por delante, lo mejor era que me llamara Koja, a lo que él, amablemente, respondió ofreciéndome que lo llamara Wowo.

El representante de la Org hizo mutis por el foro carraspeando y convencido de que dejaba a dos agentes leales a Occidente en plena confabulación, cuando, en realidad, aquellos dos hombres que compartían un trozo de tarta de cereza al estilo socialista eran dos leales agentes de los soviéticos.

Al tercer bocado, Wowo me preguntó qué tal se llevaba la gente de la Org y se apresuró a revelarme que, para él, la Stasi era una especie de asociación de vecinos de colonia de huertos urbanos,[25] y Walter Ulbricht, el presidente de la RDA, el que pasaba la gorra recaudando fondos. Desde luego, quien me hablaba no tenía pelos en la lengua, y a mí en cierto modo me venía bien estar delante de otro agente doble y escrutarlo en busca de problemas psicológicos perceptibles.

Pero allí no había hilo del que tirar.

Wowo no parecía atormentado por el remordimiento, ni deprimido, ni adicto a la morfina... era el perfecto berlinés guaperas y de clase alta de regreso en la ciudad. Parecía una estrella de cine —un O.W. Fischer— hasta cuando se le quedaba nata de la tarta en las comisuras de la boca. Lucía unos zapatos impolutos de cuero blanco y un bronceado cultivado en las playas de la isla de Sylt.

El camarada Nikitin me había hecho llegar su expediente, así que yo sabía que, además de ser un ginecólogo de renombre, era todo un donjuán —por no decir que se llevaba a la cama a todo lo que se movía—, un bohemio, un trompetista de jazz bastante decente y el más íntimo amigo de Otto John. Había militado clandestinamente en el comunismo desde los años treinta, participado en la resistencia contra Hitler, pasado por un campo de concentración y salvado en el quirófano al hermano de John, herido de suma gravedad en el frente. De esta última acción provenían sus estrechos lazos con quien era mi objetivo real.

En la vida habría sido capaz de establecer contacto con Wowo de no ser por la casualidad de

que él también espiaba para el KGB. Nikitin lo había urdido todo para que yo pudiese cumplir el deseo de Gehlen de acabar con Otto John.

Pues lo que Nikitin quería era que Gehlen fuera la cabeza de los servicios secretos alemanes precisamente porque, entre otros agentes, me tenía a mí como un topo en su organización, mientras que cerca de John solamente tenía a Wowo, quien, pese a su evidente alegría de haberse conocido, era un espía con un escaso radio de influencia.

—Otto vendrá esta tarde hacia las ocho —comentó Wowo con voz aflautada—. He invitado a algunos amigos, sartreanos todos. Espero que hable usted *un peu* de francés.

Para bajarlo del pedestal, le solté:

—Sobre todo, hablo *un peu* de ruso, y estaré encantado de hablar *un peu* con los rusos.

Sin duda captó la indirecta porque perdió un poquillo de color en la cara.

—Mi intención —se apresuró a agregar bajando varias notas el tono de la flauta— es conducir la conversación de tal manera que surja la posibilidad de que usted les haga algunos retratos rápidos a los invitados: a Otto le encantan esas cosas. El resto será asunto suyo.

—«*Honni soit qui mal y pense*» —concluí.

«Que se avergüence quien piense mal.»[26]

¿A usted le dice algo el nombre de Otto John?

Me imagino que nada de nada.

Pues Otto John pasó a la memoria como uno de los más astutos traidores a la patria de toda la historia alemana, aunque algunos aseguran hasta hoy que fue víctima de un secuestro e incluso que murió durante ese secuestro y fue un doble suyo quien acabó en la cárcel. Lo cierto es que armó un gran lío y poco faltó para que el gobierno entero se viniese abajo por su causa, cosa que los jóvenes como usted ni siquiera conciben. Pero hay algo que aún menos personas se figuran: que sin su muerte el Servicio Federal de Inteligencia no habría existido jamás.

No me siento orgulloso de mi papel en aquel asunto, pues a pesar de su carácter caprichoso, autocomplaciente e ingenuo, Otto John poseía una mente aguda, humor y valentía, entre otras muchas cualidades humanas, la mayor de las cuales, pese al modo en que se lo retrata hoy, era su integridad. Era una de esas personas a las que un nombramiento no eleva ni un centímetro por encima de sí mismas, de lo que ya son de por sí, con lo cual era natural que entrase en conflicto con todos esos renacuajos de la política que no saben diferenciar la auténtica responsabilidad política del efímero éxito personal.

Para los anfibios, el agua y el aire son una misma cosa.

Para Otto John no lo eran en absoluto.

Me di cuenta desde el principio, desde aquella primera noche en que lo conocí en casa de

Wowo. Como presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución, John era, por entonces, uno de los hombres de mayor influencia en la recién fundada República Federal. Llevaba un traje blanco con un pañuelo azul brillante, y por la forma desenfadada en que se sentó en la gran escalera se notaba que, en el fondo, no tenía otra intención que pasar una velada agradable.

Tenía mi edad, pero un aspecto mucho más juvenil: era el alto cargo más joven de toda Alemania Occidental. En cierta manera, se parecía a John F. Kennedy. Lo que pudiera tener de presumido se manifestaba en el corte de pelo (cabello espeso y oscuro peinado hacia atrás), el bronceado de esquiador y la actitud viril ante el mundo, no en el poder que emanaba de su puesto, eso se percibía de inmediato. Desprendía la fuerza del rebelde por naturaleza, fruto de la cual se puede uno convertir en revolucionario o en un depresivo, pero nunca en un tipo gris con gafas de sol y sombrero de ala ancha. A pesar de que su indiscutible atractivo inundaba la habitación, daba siempre la impresión de que no se hallaba en su terreno: una contradicción, como todo en él.

• • •

Wowo me saludó con un abrazo y hasta con un beso, y exclamó: «¡Bueno, bueno, cuántos años sin vernos...!» Yo estreché manos de personas al azar hasta llegar a la escalera.

—Mira, Otto —dijo Wowo entusiasmado—. Te presento a un viejo amigo: Koja Solm, un gran artista.

John entornó los ojos, ya estaba borracho.

—¿De qué tipo de arte... si me permite preguntar?

Lo dijo en tono amable y procurando disimular su embriaguez.

—Ay, este Wowo... —respondí yo con fingido pudor, pensando en toda la información que tenía de él, y expliqué con una eficaz mezcla de vergüenza y modestia—: Frente a gigantes como Dalí o Picasso no soy más que un enano, me limito a manchar un poco el lienzo.

—¿Le gusta la obra de Picasso?

—¿Ha oído hablar de él?

—¿Que si he oído...?

Otto John rió como si no pudiera creer que le preguntaran eso, me miró con fingido disgusto y bromeó ya sin reprimir su cantarín acento de Fráncfort:

—Ande, ande, aléjese, que si no se las verá conmigo...

—No todo el mundo lo conoce.

—¡Me encanta Picasso!

Obviamente, yo sabía que el señor John adoraba a Picasso.

Pero, como era mi trabajo, dije que no lo sabía.

Luego, con bien dosificada ironía, añadí:

—No me negará que es usted una excepción: un hombre de Estado al que le gusta el arte moderno.

—Para ser honesto —repuso con inequívoco acento de Fráncfort—, Lucie y yo tenemos incluso una pequeña colección y hace tiempo nos hicimos con un precioso boceto de la etapa azul, cuando Picasso tenía unos veinte años, ¿verdad, Lucie?

Se volvió hacia su esposa, que estaba sentada tres escalones más arriba, y ella respondió con un asentimiento de cabeza en el que adiviné una advertencia; quizá: «No presumas», o bien: «No bebas tanto» o inclusive: «Hazme el favor de controlar ese dialecto pueblerino.» El señor John, por su parte, se sentía como pez en el agua hablando en dialecto, aunque sin duda podía hablar en un perfecto alemán estándar si la situación lo exigía.

Dio un buen sorbo de coñac, me sonrió y dijo que le encantaban los fauvistas, los expresionistas y Käthe Kollwitz.[27]

—Esto sí que es una casualidad insólita —dije con cara de infinito asombro, cogí el anzuelo y lo lancé al río para atrapar a aquella pobre trucha— porque fíjese que estoy haciendo mis pinitos como marchante de arte.

John procuró concentrarse, se frotó los ojos y acertó a decir:

—¿Ah, sí?

—Y de Kollwitz tengo un maravilloso autorretrato de antes de la guerra.

—¡Nooo! —soltó en un acento de Fráncfort desatado—. Ahora sí que le está poniendo los dientes largos a un viejo coleccionista.

Emocionadísimo, llamó a su lado a Lucie, una belleza fría de voz aterciopelada que el año anterior (¿o ese mismo año?) había publicado en Londres un libro con el título programático de *El arte del canto*. Lo tiene usted que leer antes de morirse, mi querido swami; simplemente no se lo puede perder. El caso es que ella me preguntó, directamente en inglés, si yo también cantaba, pues tenía la nuez típica de los cantantes, y al cabo de un momento ya estábamos hablando del *Guernica*, de los bombardeos de la Legión Cóndor, de Jerusalén, la Bauhaus, el existencialismo y, por supuesto, de mi actividad como marchante de arte.

—Bueno, de algo hay que vivir... —dije yo, ya lanzado—. Hasta ahora, todo lo he hecho a través de contactos particulares, pero estoy buscando un local en el barrio de Schwabing donde los recibiré con gusto. Tengo un fondo reducido pero exquisito de «artistas degenerados».[28]

—¡«Artistas degenerados»! —exclamó John indignado—. «El terror de los lienzos», «locos de atar», «pura decadencia mental y moral». Con qué perversidad atacaron los malditos nazis a esos grandes artistas. ¡Panda de criminales!

—Me lo dice o me lo cuenta...

—¿Cómo? ¿Acaso usted...?

—Un servidor estuvo tras las rejas de la Gestapo en el cuarenta y cuatro.

—¡No!

—Por desgracia, sí.

—¿Estuvo en la resistencia?

Yo asentí con la cabeza, consternado.

—Me condenaron a muerte en Riga —añadí—. Por alta traición. Fue un milagro que la orden no llegase a cumplirse.

—Las SS fusilaron a mi hermano en la cárcel de Moabit.

A mí me habrían fusilado las SS y mi hermano, pero eso no se lo podía contar. En vez de eso, dije:

—¡Qué terrible, señor John! Vaya época terrible.

Y mientras, por un instante, aquella época terrible inundaba nuestros viejos corazones de combatientes de la resistencia, añadí:

—Me obligaron a colaborar con las SS como intérprete y ayudé a los judíos en la medida en que me fue posible. El caso es que, cuando me descubrieron, uno de esos tribunales extraordinarios y sumarísimos me condenó a muerte.

—Sepa usted que cuenta con todos mis respetos, señor Solm. Sinceramente, me alegro muchísimo de conocerlo.

—Sí, yo también me alegro mucho.

Vació su copa con elegancia, soltó un hipo aprovechando que estábamos en confianza y enseguida se la volvió a llenar.

—Hoy en día no es nada frecuente encontrarse con antifascistas declarados: por todas partes hay viejos nazis saliendo de sus agujeros.

—*Honey*! —lo reprendió su mujer.

—Pero es verdad... —farfulló él.

—Comparto su opinión —dije en tono algo pomposo—. Hace dos años me hice miembro del SPD, el único partido capaz de ponerle freno a esta recaída en la barbarie.

—Huy, qué ilusión me hace —dijo John—. Me da otra alegría.

La trucha había mordido el anzuelo.

—Y de Paul Klee, por ejemplo, ¿qué opina? ¿Y de Ernst Ludwig Kirchner y Franz Marc? —pregunté entonces, recogiendo la cuerda poco a poco.

—Me podría pasar horas contemplando sus obras.

—Entonces me encantará mostrarle un caballo lila con crines amarillas de Marc. Si le apetece venir a Múnich, claro...

—*Unbelievable*. Es usted realmente *unbelievable, old boy*.

«Es usted increíble, amigo.»

—¿Me permitiría hacerles un retrato ahora mismo? Así, tal cual están en la escalera usted y su bella esposa. —Mi cuadernito de dibujo, que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta, apareció ante sus ojos como por arte de magia. Llevaba el lápiz afilado, el ojo presto a enfocar con precisión, la mente despierta, la conciencia anestesiada—. Quédense quietos un instante, un momentito nada más, por favor. Pero sonrían, ¡eso sí!

12

Así empezó mi relación con el matrimonio John.

Los cuadros que les había mencionado con tanto alarde se encontraban en un depósito en la Königsplatz de Múnich de cuya gestión se ocupaba la CIA: eran restos del expolio de los nazis, y antes habían pertenecido a judíos simplemente despojados o cruelmente asesinados. La «colección» —si se le puede llamar así al producto de un robo— se había encontrado en 1945 en las minas de sal de Altaussee, adonde los había llevado la Oficina Rosenberg,[29] supongo que con miras a venderlos más adelante, y por algún motivo, en vez de restituirlos a sus legítimos dueños, como en otros casos, habían ido a parar a manos de la agencia.

Yo me había enterado de su existencia por Hub, había ido a verlos y tenía la promesa del doctor Gehlen de que podría disponer de ellos libremente si tenía éxito en mi toma de contacto con Otto John.

No obstante, las cosas no resultaron tan simples después de haberme inventado, a la velocidad del rayo, una carrera como marchante de arte.

—Nada —me dijo el doctor Gehlen—: los americanos no quieren ni oír hablar del asunto.

—¡¿Por qué?!

—Quieren poner los cuadros en sus despachos. Según me han dicho, el servicio de transportes incluso ha hecho ya una solicitud formal porque necesitan algo con que decorar sus paredes.

—¿Y esos camioneros pretenden colgar un Max Liebermann en el váter? ¿Es que no les valen los carteles con chicas semidesnudas?

—Es un asunto complejo, Dürer.

Más complejo todavía era solucionar el asunto de que necesitaba conseguir un local para mi supuesto negocio, o más bien que necesitaba montar una galería de arte como tal en muy pocos días, además de algún ayudante de confianza, documentos de desnazificación (obviamente falsos),[30] certificados oficiales, pruebas de que había estudiado Bellas Artes en Letonia, contactos con marchantes de arte de Múnich... y todo ello al más alto nivel conspirativo: con toda certeza, la Oficina para la Protección de la Constitución me investigaría muy a fondo en cuanto se intensificase mi contacto con su director.

El doctor Gehlen casi se desmaya cuando le hablé del precio del alquiler de un pequeño local en la Salvatorstraße. Estaba entre el palacio Bernheimer de la Lenbachplatz, el negocio de un judío, Otto Bernheimer, al que Göring solía comprarle alfombras orientales (se supone que

felicitaba al propietario diciéndole: «¡Qué gran olfato tiene esa napia de judío!») y la galería de Adolf Weinmüller, el marchante preferido de Hitler, en la Brienner Straße. Tenía un artesonado decorado con motivos chinescos y, para ser un pretencioso palacete del siglo XIX en la parte más noble de la ciudad, que además no habría sufrido daños durante la guerra, el alquiler era justo, por no decir que hasta resultaba económico.

Gracias a Dios, el camarada Nikitin me echó una mano y me envió, a través de sus intermediarios, un cajón lleno de óleos de enemigos del pueblo fusilados.

Me tomé como una muestra del típico humor negro de la checa que aquel surtido incluyese los dibujos que yo mismo había hecho en la Lubianka de mi cuerpo convertido en una gran llaga, mi pene engurruñado como una babosa, mi celda heredada de Isaak Babel y hasta el tríptico azul de Marc Chagall que Nikitin tenía en el despacho.

De haber sabido Otto John que la CIA, el recién fundado gobierno alemán, la Org del psicópata de Gehlen y el KGB se habían aliado contra él, y que el conjunto de aquellos oscuros intereses confluía en mí, pese a mi actitud inocente, no me cabe duda de que nunca habría ido a visitar mi negocio con la feliz despreocupación con que lo hacía cada vez más a menudo.

• • •

Se presentó allí cuatro o cinco veces en aquel año, casi todas sin Lucie, así que luego, por las noches, podía acompañarlo a recorrer los bares y salas de baile de homosexuales en el barrio de Glockenbach para —como él decía en su inconfundible dialecto— «darle una alegría al cuerpo».

Le gustaban las ventanas con cuarterones y cristales emplomados como los del hotel «Deutsche Eiche», y en ese tipo de lugares solía sentarse en el rincón más oscuro, a ser posible para hablar de la simbiosis entre el arte y el erotismo que, al final, acababa llevando a la práctica con algún camarero. A sus dos guardaespaldas los dejaba siempre en el hotel donde se alojaba, y en cuanto notábamos que ya no nos vigilaba nadie y él se había bebido una botella de vino, cogía confianza, se le soltaba la lengua y hablaba de sí mismo en tercera persona.

—¡Aquí no le hace ninguna gracia estar al alegre Otto!

—¿Dónde? —preguntaba yo sorprendido.

—Pues en esta ciudad del Movimiento.[31]

—Eso es agua pasada, hombre.

—Quién sabe, quién sabe...

—No, hombre, no. Voy a pedir otra ronda.

—¿Conoces a Reinhard Gehlen, a ese pedazo de memo?

Aquello sí que me pilló por sorpresa del todo. Cuando Otto estaba bebido, a veces me tuteaba,

al menos hasta que se hacía de día. Acto seguido miré al camarero, le hice seña de: «pónganos dos cervecitas», y el afeminado muchacho asintió con gesto sumiso.

—No —dije entonces.

—«Memo» es un término demasiado flojo.

—¿Quién es?

—Un general nazi. Pero de los de máximo nivel. Tiene aquí en Múnich a una tropa de agentes de una envergadura que ni mi Oficina Federal entera se puede permitir. Y, por si fuera poco, esos miserables aún andan espiándome por todas partes.

Sentí que me entraba un calor tremendo en las axilas, y me quité la chaqueta para dejarla sobre el taburete que tenía al lado.

—Ése lo que quiere es mi cabeza. Y los americanos lo mantienen con vida —añadió—, porque en realidad son los americanos los que quieren mi cabeza.

—Por cierto, no me ha dicho nada de qué le ha parecido el Paul Klee verde...

—¿Es que no te interesa lo que te estoy contando, Koja?

—No especialmente.

—Pero viajas a Pullach con frecuencia, según me han dicho.

—Sí, pero es porque mi hermano trabaja allí. Para una gran empresa de mudanzas.

—¿Para una gran empresa de mudanzas?

Asentí con la cabeza.

—¿Es éste su querido hermano?

Sacó una delgada carpeta del bolsillo del abrigo y me la mostró. Era el expediente de las SS de Hub.

Volví a asentir con la cabeza.

—Aquí pone que estuvo en las SS: fue Standartenführer en Riga.

Yo ya no era capaz más que de asentir con la cabeza.

El señor John volvió a meter la mano en su abrigo («A ver dónde tengo ahora las gafas...»), se inclinó sobre el expediente («Si es que estos garabatos no hay quien los lea»), encontró el dato que buscaba y dijo:

—Te condenó a muerte, tu hermano del alma.

—¿Cómo ha conseguido usted ese documento?

—Bueno, no deja de ser parte de mi trabajo conseguir este tipo de cosas en alguna parte.

Es probable que se me notara la preocupación en el gesto. Sea como fuere, John se inclinó hacia mí y me puso la mano en el hombro.

—Ándate con cien ojos, Solm.

Aquella mano se me clavaba en el hombro mientras la otra me colocaba el expediente abierto directamente delante de los ojos, llenos de consternación.

—Estate seguro de que todo esto... —y dio unos toques con el índice sobre el rostro de Hub como joven oficial de las ss— quedará entre nosotros. Demuestra grandeza de espíritu que sigas en contacto con esa serpiente. Es grande y trágico.

Aquí había cambiado de registro al alemán estándar de ministerio y tan sólo quedaba alguna nota suelta de su habitual tonillo dialectal. El cerebro le iba a toda máquina. A mí también. La carcajada de hiena de otro cliente se coló hasta el angosto reducto en que me sentía atrapado.

Por fin me soltó el hombro y sentí cómo también su cuerpo se relajaba.

—Te comprendo. Es tu hermano. Hermano un día, hermano toda la vida.

Las carcajadas cedieron para convertirse en una risita sibilina. El local estaba lleno de hombres jóvenes, perfumados, ansiosos. Muchos de ellos lanzaban miradas a John una y otra vez, pues se lo veía pudiente, fragante y generoso.

Una presa perfecta.

—Tal vez deberías saber que tu hermano no trabaja en una empresa de mudanzas.

—¿Ah, no, señor John?

El señor John negó con la cabeza apesadumbrado.

—Dirige una de las secciones de Gehlen. Se hace llamar Herbert Ulm. Intentará sacarte información sobre mí. ¿Le has contado algo de que nos conocemos?

A mí los ojos se me llenaban de lágrimas.

—¡A tomar viento, Solm! —exclamó entonces Otto John con el típico gesto de la mano—. Le dices por las buenas que tenemos trato porque hablamos de arte. Y, por lo demás, mantente lejos de él.

Se volvió a guardar el expediente en el abrigo, me miró con aquellos ojos tan grandes que tenía y dijo:

—¿Cómo fue capaz de hacerte algo así?

Entonces le dijo algo al camarero y volvió a adoptar la actitud de despreocupación y generosidad que después habría de costarle el cargo.

—Hub fue herido de gravedad en la guerra, ¿sabe? —dije en algún momento—. Yo lo quiero. Y lo odio. Y lo entiendo. Y a la vez no lo entiendo en absoluto.

Me cayó un lagrimón sobre el tablero de la mesa con un efecto magnífico.

—Tienes un alma demasiado débil. Eres como Van Gogh, Solm, desde un punto de vista exclusivamente psíquico. A Lucie le encanta el dibujo que nos hiciste.

—¿Me está queriendo decir que mi hermano... que de nuevo está con los servicios secretos?

No llegué a terminar la frase de tan compungido como me mostré, y el jefe de la Oficina para la Protección de la Constitución en persona se puso, tal como se lo cuento, a secarme la nariz y los ojos con su pañuelo.

—Espero que esto no implique ahora un cambio abrupto en vuestra relación... Porque claro...

resultaría... llamaría mucho la atención.

—No, no —dije, muy triste—. Si tiene usted toda la razón. Hermano un día, hermano toda la vida.

—Qué se le va a hacer —suspiró Otto John—. Agente secreto un día, agente toda la vida.

Durante cinco minutos permanecimos mudos frente a nuestras jarras de cerveza vacías. Yo no paraba de apretar el pañuelo de Otto John que aún conservaba en la mano y no tenía ni la menor idea de si, después de aquella velada, no terminaría con mis huesos en la cárcel.

—No te lo tomes demasiado a pecho —concluyó John—. Gehlen está armando un nuevo ejército para Adenauer a base de antiguos esbirros nazis. Me hace muy feliz que no seas uno de ellos. Que encontrases la forma de escapar de la trampa nazi. Eso vale mucho. Llámame Otto.

—Koja.

—Salud, Koja.

Cogió la cerveza que el camarero afeminado le plantó delante con gesto enérgico, brindó conmigo y se la fue bebiendo a grandes y largos tragos al tiempo que seguía con la mirada el coqueto contoneo del culito del camarero.

—En mi propio servicio no me puedo fiar ya de nadie. Nos trajimos a unos cuantos antiguos colaboradores de Gehlen. Pero ahora resulta que algunos de ellos son agentes dobles. Como me pillen aquí, sabrán bien cómo utilizarlo en mi contra.

—¿Por qué? Estamos tomándonos una cerveza, eso es todo.

—Necesito un chófer —respondió—. Que sea incondicionalmente leal y discreto. Y que no sea un bocazas, claro.

Habló por sí sola la forma en que miró a dos muchachos con aspecto de campesinos que, apoyados en la barra, se daban un beso de tornillo sin ningún recato. Entendí a la perfección qué quería decir.

—¿Conoces a alguien?

—¿Yo?

—Sí.

—¿En Colonia, señor John?

—Otto.

—¿En Colonia, Otto?

—No, sería mejor que fuese alguien de aquí. Así sabría yo que es trigo limpio.

—Pero, Otto, no puedes fiarte de la gente así, sin más. Tampoco... me conoces tanto a mí.

—Claro que sí. Ahora sí que te conozco un poco. Sé que no eres un flojo. Eso ya me lo había dicho Wowo.

A continuación se puso de pie, me estrechó le mano, se acercó a los muchachos de la barra,

intercambió unas palabras con ellos con una sonrisa seductora y, tras dejar pagadas todas las bebidas, desapareció en compañía de ambos para el resto de la noche.

13

La galería de arte, o mejor dicho: la idea entera que había tras ella, funcionó justo hasta el momento en el que, un buen día, se presentó Otto John completamente por sorpresa y junto con Lucie, ambos con la firme determinación de comprarme el retrato de Käthe Kollwitz.

Yo intenté salir por la tangente, como había hecho hasta entonces: que si había otro cliente con prioridad por lo que fuera, que si no teníamos garantías de autenticidad, que si estaba pendiente de un tema judicial...

—¡Míralo cómo se resiste con este negocio! —bromeó Otto y me revolvió el cabello, ya ralo.

Lucie sacó un grueso fajo de billetes de cien marcos y me los puso en la mano. La mirada cálida y el rostro despierto de Otto querían decirme que con ello pretendían hacerle un favor al pobre Konstantin Solm, marchante sin éxito y, para colmo, pariente de un cerdo nazi. Pues, por aquel entonces, la obra de Kollwitz no era tan cara. No se hace usted una idea de cómo se dispararon los precios unos años más tarde.

El caso es que Lucie descolgó el cuadro de la pared sin pensárselo dos veces, se lo puso bajo el brazo sin que se lo envolviera ni nada y, con un cantarín «*Would you come*?» («¿Vienes?») dirigido a Otto, salió de mi local dejando tras de sí el tintineo de la campanilla de la puerta.

Otto me abrazó y se esfumó también.

Menuda catástrofe.

Porque yo no podía hacer público que tenía aquellas obras de arte. Era parte del trato. Los cuadros nos los había dejado la CIA en calidad de préstamo con el fin de llevar a cabo mi misión, fingiendo que aquel local era una galería de arte únicamente durante el tiempo que hiciera falta. El problema fue que hizo falta mucho más tiempo del que nunca calculamos. Y la mayor locura es que hoy seguiría siendo propietario de aquella galería si las circunstancias de la política mundial no me hubiesen obligado a venderla (claro que, como sabe, hace mucho que tengo otra colección, mientras que las circunstancias de la política mundial, y a ese tema ya llegaremos, en lo sustancial han cambiado muy poco).

Hub, el doctor y yo empezamos a rompernos la cabeza sobre qué hacer.

Finalmente dimos orden al chófer que Otto había contratado siguiendo mi recomendación para que fingiera un robo en la casa y se trajera de vuelta a la Kollwitz. Adivina adivinanza quién era ese chófer. Pues quién iba a ser sino el Bebedor, mi audaz conductor de los días de Besarabia. Lo

reclutamos en Hamburgo, donde trabajaba en los astilleros. Con su agudeza de jenízaro, me veía como a su sultán y hubiera sido capaz de conquistar Constantinopla por mí de habérselo pedido.

De ese modo conseguimos retirar de la pared de Otto y recuperar a nuestra vieja Käthe Kollwitz (aunque en el autorretrato todavía aparecía joven). Claro, habría resultado muy sospechoso y poco inteligente que no robaran más que el cuadro prestado por la CIA. Para no dejar lugar a que nadie creyera que aquello tenía algo que ver conmigo, nos dimos el lujo de llevarnos también unos paisajes de Kandinsky maravillosos y, por supuesto, la obra más valiosa de todos: el boceto de *La Vie* de Picasso, ese cuadro todo azul del hombre que habla con su esposa al tiempo que se le abraza su amante desnuda. Magnífico.

El robo tuvo lugar una templada tarde de primavera, en ausencia de Otto John y con la máxima facilidad. Todos los cuadros fueron entregados a los americanos de inmediato y desaparecieron en los almacenes. Los diez mil marcos que los coleccionistas habían pagado por ellos quiso quedárselos la Org, pero yo protesté y conseguí que al inconsolable Otto al menos le devolviesen la mitad del dinero, lo cual no hizo sino consolidar aún más nuestros lazos de amistad.

Nuestro Bebedor fue lo bastante espabilado como para prepararse a fondo para la investigación posterior (se clavó en el hombro izquierdo un cuchillo en el que a su vez había depositado huellas falsas y fue capaz de no quitárselo para producir un efecto más dramático). Así resultó creíble su testimonio de que había visto y perseguido a los ladrones. Otto John, un hombre con mala suerte, desde luego, dio aviso a su servicio de seguridad particular, pero no a la policía.

—Pero ¿esto qué es? —gruñó—. El máximo jefe de los servicios secretos no es capaz de mantener bien vigilada su casa. ¿Cómo va a velar por un país semejante inútil?

Otto ni siquiera tuvo el coraje de despedir a su chófer, que sangraba y gimoteaba y a quien llevó al hospital en su propio coche. Aunque sospechaba del Bebedor, según me enteré más adelante, lo conservó. La idea de tratar de forma a injusta a una criatura, aunque fuese una mosca común, le creaba serios problemas de conciencia.

El doctor Gehlen no hizo más que negar con la cabeza cuando leyó mi informe. Ser altamente sensible, desde su punto de vista, no era una mera debilidad, sino un crimen.

Las numerosas víctimas que hubo entre sus informantes y tropas de agentes enviados al otro lado del Telón de Acero no le arrancaron ni una sola palabra de compasión. En su opinión, eran gente que cobraba un sueldo espléndido a cambio de a) hacer algo bueno; b) asumir las consecuencias.

Lo más que hizo fue encogerse de hombros cuando pasó lo de la jefa de la secretaría del presidente de la RDA Otto Grotewohl, una agente de la Org de las mejores con el apodo de «mosquita muerta», que fue descubierta a principios de los cincuenta y guillotinada de un modo especialmente cruel (la Stasi difundió el rumor de que la colocaron en la guillotina boca arriba para que viera cómo se le venía encima la hoja).

—Algún mártir hay que tener —decía en tono seco—. Alguien tiene que creer en la causa.

Incluso el doctor Gehlen, con lo correoso que era, tuvo que aceptar que un segundo robo de obras de arte de la casa de Otto John era impracticable, por fácil y exitoso que hubiese sido el primero.

Y es que Otto estaba fuera de sí.

Lo que más nos preocupó fue el disgusto que le supuso la pérdida del Picasso. Estuvo casi a punto de dejar de coleccionar del todo. Y eso habría supuesto el fin de mi contacto con él, pero sobre todo el fin de su afición a gastar en arte, afición y dispendios que no son como para costarle la vida a nadie, pero sí constituyen una tara importante en la vida de un presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución, pues eran una muestra de decadencia muy fuera de lugar.

A ello se añadía que, entretanto, también habían empezado a venir a mi galería clientes normales, por así decir. De los ricachos bávaros que llevan prendas tradicionales, abrigos loden de primerísima calidad o pieles relucientes, sin duda beneficiarios del «milagro económico alemán». ¿Cómo mostrarles cuadros que no estaba autorizado a vender?

Y, sobre todo, ¿qué podía decirle a mi nueva ayudante, Monika, la que se encargaba de llevar el negocio, cuando yo me iba a Pullach, siempre alerta por si me tenían vigilado? Tenía que dejarle muy claro que no podía dejar salir de allí ningún cuadro, bajo ningún concepto.

Al mismo tiempo, tampoco podía ofender ni pisarles el terreno a los compañeros del gremio, los otros marchantes de arte, galeristas y directores de museos con quienes, lógicamente, empecé a tener cierto trato.

Un día, estando de viaje, se presentó en mi local el gran Bernheimer. Soy Otto Bernheimer, buenos días, señorita, le gruñó a Monika, querría ese dibujo tan bonito del escaparate. Lo siento mucho, le respondió la joven, eso no es posible. ¡Vaya por Dios! No me diga que ya está vendido el dibujo, añadió el gran Bernheimer. No, señor, es que no está en venta. Acto seguido el marchante depositó encima de la mesa cuanto llevaba en los bolsillos de los pantalones, y le digo yo que era muchísimo, pues Bernheimer solía llevar billetes en fajos gruesos y enrollados, como

los proxenetas. E insistió: bueno, señorita, podría usted tener la amabilidad de enseñármelo de cerca y así vemos si no se puede comprar después de todo. Esto serán unos tres mil marcos. O igual cuatro mil. Y el artista este tampoco es que sea muy conocido. ¿Cómo dice que se llama? ¿Solm? No lo había oído nunca.

Para que vea usted, mi querido swami: el gran marchante de arte de Múnich había ido a poner el ojo en el dibujo de mi pene engurruñado en la Lubianka, que yo había sacado al escaparate por un precio de doscientos marcos sin imaginar nunca que mi Mónika no lo soltaría ni a cambio de las joyas de la corona británica.

Es posible que fuera aquello lo que marcó un antes y un después.

En todo caso, empecé a cambiar de estrategia.

Todas las obras se convirtieron en mercancía.

Y la siguiente vez que vino a visitarme Otto John y quiso adquirir una *Mujer con niño* de Oskar Schlemmer, ese de la Bauhaus que pinta las figuras con cabezas de bola, tuve la feliz idea de retirarme unos días a mi nuevo piso de la Kaiserstraße y hacer, por las buenas, una copia del cuadro.

Mi padre me había dado una formación tan completa décadas antes que prácticamente dominaba todas las técnicas modernas y de las épocas anteriores, incluso a pesar del tiempo que llevaba sin pintar. Necesité practicar un poco. Pero desde la base a la tiza hasta la veladura final pasando por la témpera fui capaz de remedar yo mismo todos y cada uno de los pasos de Schlemmer. Y, con todos mis respetos, es un pintor bastante simplón, hasta la pequeña Anna habría sabido copiarlo.

Le envié a Otto mi versión de la *Mujer con niño* (hasta me permití corregir un par de fallos insoportables en la veladura azul, puesto que esas cosas no suele notarlas nadie). Mi cliente no encontró ningún pero que ponerle. El original lo mandamos al depósito de los americanos. Y yo, de pronto, me encontré con un montón de dinero.

También tenía que salir airoso de la engorrosa y —también en aquella época— habitual comprobación de autenticidad en el caso de cuadros más antiguos. Así pues, en algunas de las copias no me quedó más remedio que esmerarme con el craquelado, esas grietecillas más finas que el cabello que hace la pintura sobre el lienzo y por las cuales acaba pareciendo que todos los óleos reproducen piel vieja... claro, eso no le sucede a la tela hasta décadas después de terminada la obra.

Para obtener el mismo efecto de inmediato, seguí el procedimiento que papá denominaba «técnica de Copenhague» (llamada así porque la utilizó en uno de aquellos encargos que le hicieron después de la guerra en la capital danesa, un palacio que le mandaron decorar con sus

habituales pinturas guarras, pero que tenían que parecer antiguas sin serlo... y tampoco sé más detalles al respecto). Me hice con un horno de secado que calentaba a cien grados. Antes de hornear literalmente el lienzo terminado durante un tiempo considerable, con lo cual se secaba mucho más de lo normal, lo pasaba por el canto de la mesa, en vertical y en horizontal, con lo que la tela formaba luego unas grietas asombrosamente naturales. Luego, aplicaba una mano de un barniz ensuciado a propósito con polvo corriente de la casa, restos de agua de fregar y yema de huevo, frotando bien para quitar los restos de la superficie antes de volver al último secado en el horno, pero asegurándome así de que aquella peculiar pátina penetraba hasta las grietas más finas. El efecto era prodigioso.

Como base también solía servirme de óleos antiguos que me había enviado Nikitin. Primero les aplicaba un decapante y luego raspaba la superficie, bien con cuchillas de afeitar o con papel de lija de grano grueso, conservando el color de fondo y así me quedaban unos Lovis Corinth que daba gusto verlos.[32]

Los John también me invitaron a su casa de Colonia en numerosas ocasiones. Consolidamos aquellos cordiales lazos hasta el punto de que me enteré de casi todos los planes y propósitos de Otto. Así descubrí sin lugar a equívocos que la institución que John estaba intentando montar cimentaba sus decisiones capitales en lo que podríamos denominar la fe en la santa simplicidad.

Las principales premisas que guiaban cualquier actuación por parte de Otto John podrían haber sido las que proclama usted mismo, mi querido swami: en primer lugar, la legalidad y la fidelidad a la Ley Fundamental; después, la competencia democrática y, de cuando en cuando, alguna droga (esto es el punto tres).

Ahora bien, es importante que sepa una cosa: unos servicios secretos funcionan tanto mejor cuanto menos entienden de competencias democráticas. Y la legalidad y la fidelidad a la Constitución no sirven de gran cosa cuando se trata de liquidar a espías soviéticos (las drogas, por el contrario, sí que sirven).

Así pues, no era de extrañar que los colaboradores de Otto John estuvieran atacados de los nervios. En especial, porque lo primero que hizo su jefe fue expulsar a todos los miembros de la Gestapo que consiguió destapar, especialistas de primer orden que su jefe de operaciones, el señor Radke, previamente había sabido robarles a la Org prometiéndoles la luna. Con respecto a los infiltrados comunistas, John apostaba por someterlos a una observación rigurosa. Incluso introdujo el concepto de «aviso de observación».

—¿Quiere usted decir, señor presidente... —preguntó una vez Albert Radke en tono de hielo —, que bajo ese término de «aviso de observación» hemos de entender que se avisa al objetivo de que va a ser sometido a observación?

—Eso mismo.

—Pero si el objetivo está avisado, señor presidente, ya no tiene ningún sentido observarlo.

—Exacto, y así cuando dejemos de observar a la gente, porque no hace falta, tampoco nos hará falta tener unos servicios para velar por la Constitución. ¿No es maravilloso?

Radke se quedó mirando a su jefe como si fuera un perturbado mental. Ahora bien, John no era anarquista, ni mucho menos, sino que tenía unas miras políticas realmente amplias y un sentido del humor muy fino. Claro, entre su gente, esas dos cosas tenían una acogida pésima.

Al contrario que el doctor Gehlen, a Otto no le hacía ni la más mínima gracia urdir intrigas. No hacía nada para neutralizar a sus contrarios. Ni siquiera lo denunció al gobierno cuando el doctor Gehlen, después del fracaso en aquella votación para elegir al presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución, mandó robar toneladas de penicilina de los hospitales alemanes para vendérselas a los soviéticos a precio de saldo y así desaprovechar lo que podría haberse hecho con las subvenciones de la CIA.

Esto no quiere decir que no considerase a Gehlen, desde siempre, un «pelele de los americanos», pero de sí mismo no pensaba lo mismo en absoluto. Quería mantenerse íntegro y tenía la firme determinación de construir unos servicios secretos alemanes que cumpliesen al cien por cien con las leyes parlamentarias.

Hasta quienes, en su día, habían sido seguidores de Canaris rabiaban como los guerreros de Odín, porque John no les permitía montar unos servicios de espionaje en el extranjero sin comunicarlo oficialmente.

—Pues si no lo hacemos —le advirtió Radke— a corto o a largo plazo se lo va a llevar a usted por delante, Gehlen.

—¿Sabe lo que le digo, Radke? —le replicó su jefe de buen humor—, en nuestra bella Fráncfort tenemos un dicho: «El que viene a dar por culo siempre viene por detrás.»

Podría considerarse como una muestra de soberbia.

Sin embargo, Otto John estaba convencido de verdad de tener en la mano las cartas ganadoras. Era funcionario vitalicio y le quedaban veinticinco años hasta la jubilación, veinticinco años para formar unos servicios secretos de acuerdo a sus convicciones. El canciller Adenauer no tenía veinticinco años por delante, porque para entonces habría cumplido los cien. Ni siquiera tenía quince años por delante, porque tendría noventa. Y, en cinco, ya tendría ochenta, con lo que a lo mejor ya le suponía ocupación suficiente estar pendiente de su tránsito intestinal. ¿Qué podía pasar, pues?

Por entonces tendría que habérseme ocurrido —o tal vez sí que lo sabía en algún nivel de mi conciencia— que esa concepción de la política tan insalvablemente opuesta a la del canciller Adenauer, a la del intrigante de Gehlen y a la de los americanos, un día habría de costarle la cabeza a Otto John.

Él mismo decía que los sueños limitaban su destino, pues noche tras noche veía a su hermano pequeño, asesinado por los nazis, llamándolo desde la tumba y diciendo que allí había sitio para los dos. Y, como cuando eran niños, Otto se metía con Hans en su espacioso ataúd y se apretaba contra él para quitarle el miedo con el calor de su cuerpo y sus bromas en dialecto.

Tal vez sea usted capaz de hacerse una idea del horror que me produjo ser precisamente yo la persona elegida para eliminar a Otto John.

14

Lo último que distingo es su boca abierta, y me asombra que se le pueda abrir tanto que, de verdad, creo verle a través de ella la cavidad entera de la cabeza, hasta el sitio donde tiene puesta la válvula.

Luego se vuelve todo negro.

Cuando despierto, estoy en un espacio de calma.

La enfermera del turno de noche, Gerda, está a mi lado, a mi izquierda, y resulta que no es enfermera nocturna.

A menudo también le toca el turno de día, como ahora. Aquí la tengo sentada, en una tarde neblinosa. Se alegra de que me haya despertado y va a buscar al doctor griego.

Enseguida lo tengo también a él, a mi derecha, preguntando qué pasó.

Le digo que no me acuerdo de nada.

—Pues tiene una contusión en la mejilla derecha. ¿A qué se debe esa contusión?

Me habré caído, supongo, pero es cierto que no me acuerdo de nada.

—Ha tenido mucha suerte —afirma el doctor—. ¿Lo agredió alguien?

—¿Por qué me iba a agredir nadie?

—El caso es que el señor Basti dice haberlo agredido.

—No, eso no es posible —interviene la enfermera Gerda (ahora que sé que no es sólo enfermera nocturna no sé cómo definirla)—. Basti jamás haría una cosa así en la vida... —tartamudea un tanto descompuesta—; no, no, si es incapaz de hacerle daño ni a una mosca, y estaba muy condolido... desde hace días, sí, estaba muy condolido por el señor Solm.

—Eso es cierto —digo yo, refiriéndome a que el hippy es incapaz de hacerle nada ni a una mosca. Pero lo de que esté muy condolido... ¿Desde hace días? ¿Por mí? Eso no lo entiendo.

—Ha estado usted en coma —me dice Gerda, enfermera de día, tarde o noche—. Mucho rato. Horas.

Y el médico griego me pregunta:

—Dígame, ¿cuántos dedos ve? Bien. Ahora repita lo que le voy a decir: Oxopetlpirmasens. Bien. ¿Y qué planta es esa de la foto de la enfermera Gerda? No, cannabis no es. ¿Y usted cómo sabe el aspecto que tiene el cannabis?

—Creo que ya está mucho mejor —opina la enfermera multiturno con cierto énfasis.

—Continúe vigilándolo de manera intensiva —ordena el médico.

Se vuelve hacia mí.

—Tuvimos que abrirle la cabeza un instante. Así que manténgala todo lo quieta que le sea posible en los próximos días.

Lo prometo.

Dice que, por el momento, tampoco conviene que me mire en ningún espejo, y le repito que es verdad que no me acuerdo de nada.

Más tarde la enfermera Gerda (y ya me limitaré a llamarla por su nombre, sin más) me devuelve a mi habitación en la camilla con ruedas. El hippy está acostado en su cama. Tiene la cara cubierta con una toalla, una toalla blanca. La toalla extendida sobre la cara, para ser exactos. Así está ahora todo el tiempo, con esto de la toalla, suspira la enfermera Gerda.

—Lo siento mucho —oigo gemir al hippy bajo su toalla—. Muchísimo.

—Vamos, Basti —dice la enfermera Gerda—, tienes que relajarte, Basti. El señor Solm dice que tú no le agrediste.

—Miente —dice el hippy—, es un mentiroso redomado, porque es agente secreto.

La enfermera me ayuda a pasar de la camilla a la cama.

—El pobre Basti está un poco confundido, señor Solm. Se le mezclan la realidad y la imaginación, ya sabe usted —me susurra tan bajito que apenas la entiendo—. Si quiere trasladarse a otra habitación, dígalo. Pero con lo bien que se llevan... Y, después de todo, los dos son casos gravísimos. Eso une mucho, ¿a que sí?

—Yo no quiero irme a otra habitación —digo.

—Es usted un cielo. —La enfermera Gerda suspira con alivio—. Un auténtico caballero.

Luego nos quedamos solos: la toalla con el hippy debajo y yo, y lo primero que le pregunto es:

—¿Por qué me agredió?

Großpaping había sido sacerdote, mártir luterano, y, sin embargo, como bien sabes, Ev, yo nunca he tenido ningún sentido de la espiritualidad. En eso soy del todo distinto a mi hermano. Ni siquiera aquella vez que se me concedió el honor de rendirle homenaje a la memoria del reverendo Hubert Konstantin Solm en la iglesia me acerqué a Dios, y eso que por entonces tenía doce años, la edad idónea para ello.

Las Navidades católicas que celebramos en Pattendorf tuvieron un punto grotesco, allí entre los loros y los enfermos mentales... y, mira, en conjunto hasta podían pasar por ángeles todos. Ahora bien, de verdadera trascendencia sí que es imposible hablar. Y tú, por tu parte, Ev, te habrás vuelto cualquier cosa menos católica.

Mi único contacto con el islam fue un imán bosnio miembro de las ss a quien por error destinaron al Comando Zeppelin en su día y que se empeñaba en desenrollar su alfombra de oración en mi despacho a toda hora.

En los últimos años me he dedicado a estudiar el judaísmo, sobre todo porque quería entenderte, hermana pequeña, y no en último término por motivos que luego aún tendré que explicarle bien al hippy.

Por consiguiente, puede decirse que a lo largo de mi vida he tenido algo que ver con las grandes religiones, pero sin que ninguna dejara huella en mí.

El budismo, por otra parte, salpicado además de todos esos elementos hinduistas-esotéricos-bastiánicos, ni me había llamado la atención hasta conocer al hippy. No para de repetirme, en su tono de swami (y la verdad sea dicha: lo de ir de swami y el budismo son dos cosas que, por concepto, chocan entre sí), que todas las criaturas no iluminadas están sometidas a un eterno ciclo de nacimiento y renacimiento y tal. O sea que, si te mueres sin haber llegado a la iluminación, renaces como caracol, y luego como cabra y así sucesivamente.

La meta de la práctica budista es, pues, salir de ese eterno ciclo de existencias de sufrimiento sea en modo caracol, cabra o persona. Y eso sólo se consigue mediante el comportamiento ético, guardando los cinco preceptos, practicando la meditación trascendental y evitando cualquier forma de violencia.

En este hospital he sentido por primera vez en mi vida algo que podría considerar un contacto con lo espiritual. Por más que me resulte imposible tomarme en serio ninguna religión, no puedo negar que me tiene impresionado esa espiritualidad infantil y tan auténtica que caracteriza el budismo. A lo mejor es una característica de mi hippy-swami en particular, que también podría ser. En cualquier caso, ya empezaba yo a sentirme receptivo... claro, no para que lo recibido fuera precisamente una paliza y, menos todavía, propinada por el propio swami, tan defensor como es de la no violencia.

¿Cómo es que se levantó de la cama para abalanzarse sobre mí y golpearme en la cabeza, donde sabe que tengo alojada una bala, hasta el punto de que por poco me mata?

Preguntemos, pues, patéticamente.

Oigo sollozos debajo de la toalla, y como no tiene sentido ponerme serio ni levantar la voz, suspiro y le vuelvo a preguntar con mucho tacto por qué hizo lo que hizo.

—El pobre señor John... —sale de debajo de la toalla con un hilo de voz—, y tú lo mataste.

—¿Matarlo? ¿Quién dice que yo lo matara? Yo no dije que lo matara.

—Dijiste «eliminar».

—¿Y usted por qué no me escucha, sin más? Si yo lo único que quiero es que me escuche...

—¡Ya no aguanto más! —Solloza. Luego se retira la toalla de la cara, y veo un rostro como el de un Cristo demacrado, con las huellas del llanto, y oigo un bisbiseo:

—Lo siento.

Asentiría con la cabeza, pero no puedo. La siento como si tuviera un elefante sentado encima.

—Perderé mi chacra sin me dejo llevar por mis sentimientos. Llevo días intentando meditar. Pero ya no soy capaz de controlar la ira. ¿Por qué no avisaste al señor John?

—Ésas no eran mis órdenes.

—Todo lo que oímos nos marca. Oímos el murmullo de los árboles y por eso nos sosegamos. Yo creía que escuchaba murmurar un bosque cuando te oía hablar. Pero tan sólo oigo cómo al bosque lo consumen las llamas.

—Yo también lo siento.

—Las palabras nos cambian. No deberían utilizarse nunca palabras malas. Creo que, sobre todo, debería hablarse del amor.

—Pero si yo le estoy hablando del amor, créame.

—Lo tuyo no tiene nada que ver con el amor.

—¿Que no es amor cuando uno cae tan bajo que, por otra persona, abandona cuanto tiene que ver con la verdad y lo que debe hacerse?

—¿Por otra persona? Tú lo haces todo por puro egoísmo, por ti y por nadie más.

—Eso no es así.

—Sí que lo es.

—Hágame el favor de limitarse a escucharme hasta el final de la historia. Cuando nos conocimos, me dijo que la gente sólo quiere escuchar los finales, pero no los principios. Y ahora, en cambio, no me está escuchando más que los principios y no el final.

—¿Y es de amor de lo que me vas a hablar?

—Le estoy hablando de amor. Le estoy contando una historia de amor. Incluso dos historias de amor. ¿Es que no las oye?

—No, no las oigo. No las oigo.

15

Pues entonces escúcheme bien.

Porque falta un elemento en mi relato. Lo completo no se da nunca en la vida, jamás, y menos todavía en una vida tan incompleta como la mía. No le he contado todo, no he podido contarle todo, porque usted no para de interrumpirme con sus erupciones de afecto. Así que hágame el favor de aguzar bien los oídos.

Y es que aquel 27 de diciembre de 1950 en que conocí al señor Otto John, caballero del triste destino, en la casa de Wowo de la Lietzenburger Straße de Berlín, sólo me movía un único deseo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que me mandara el doctor, a cumplir cualquier orden. Y también haría cualquier cosa que esperase de mí el camarada Nikitin. ¿Y por qué? ¿Por qué, mi querido swami, consumido por la curiosidad?

Por volver a ver a Maya.

Todas las cartas que nos escribíamos, todas las esperanzas que compartíamos no eran más que mensajes en una botella lanzada o recibida del más allá. La botella era arrastrada hasta la orilla, paliaba el dolor, alimentaba el deseo, pero no iba a ninguna parte.

¿Se puede hacer una idea, swami duro de oído, por no llamarlo «sordo como una tapia», de lo que significó para mí cuando el camarada Nikitin me comunicó que, en aquel viaje a Berlín, me encontraría con Maya? ¿Acaso tengo que gritárselo en el oído? Maya iba a ir a Berlín. Yo iría a Berlín. ¿Entiende dos frases así de simples? ¿Se le enciende la bombilla?

Porque tonto no es.

Yo me había convertido en un informador relevante para el KGB, y me ofrecían tal perspectiva con el fin de mantenerme en un estado de dependencia perpetua, de convertirme en cera, en arena, en espuma, en betún negro para limpiar zapatos y así engrasar y hacer brillar su sistema. Era lo que yo mismo les había pedido: alguna perspectiva. Algún punto a cierta altura desde el que me fuera posible atisbar una isla cuando apareciera en el horizonte.

¿Me está escuchando?

No se lo volveré a preguntar, sólo quiero asegurarme bien de que me está escuchando de verdad.

Sentado en aquel tren militar de camino a Berlín, sentado en casa de Anna Ivánovna frente al samovar del té (con unas gotitas de vodka, por cierto), compartiendo los pastelillos de cereza con Wowo o engatusando a Otto John con el retrato de Käthe Kollwitz, el único pensamiento que

ocupaba mi cabeza (quitando lo que es pensar en las nimiedades vinculadas a la supervivencia y el funcionamiento de las tareas más inmediatas) era la posibilidad de vivir aquel momento imposible.

Era Navidad.

Ella estaba en Berlín. Yo estaba en Berlín.

Me limito a repetirlo.

¿Me oye?

Yo estaba dispuesto a fingir, a engañar y a mentir. No hubiera vacilado un segundo en hacerme pasar por lo que hiciera falta, en recurrir a cualquier treta, cualquier ardid, o en quitar de en medio a quien fuera, al presidente de los Servicios de Protección de la Constitución, al reno de Papá Noel o a una ballena, me daba igual quién fuese considerado como el trofeo.

Aquel trofeo era lo único que podía mover a Nikitin a concedernos una hora a Maya y a mí, o hasta varias horas, es más: una vez me escribió que sería un día entero.

Y yo viví por y para aquel día. Por aquel día en Berlín, por aquel posible momento imposible llevé a la práctica la descabellada idea del marchante de arte Solm que así logra acercarse al coleccionista Otto John.

• • •

Al salir de la villa de Wowo, haciendo eses de lo que habíamos bebido, a primera hora de la mañana, con la tarjeta de visita de Otto John en el bolsillo y el corazón lleno de coñac, tomé el tren urbano para ir al sector soviético.

Me bajé en la estación de Friedrichstraße,[33] corrí hasta la Oranienburgerstraße y, en un patio interior, encontré el coche negro que me habían descrito. El conductor no me dijo nada cuando subí y me senté en el asiento de atrás. Nuestras miradas sólo se encontraron brevemente. Luego, encendió el motor.

Atravesamos un Berlín que yo iba contemplando como desde dentro de una pecera y que se diferenciaba muy claramente del occidental, formado por la unión de los sectores americano, inglés y francés. Todo estaba aún más destrozado. Aún más venido a menos. Aún más pobre. Mujeres con pañuelo a la cabeza. Obreros con gorra de currantes. Ni rastro de la Navidad por ninguna parte. A mí me daba igual.

Llegamos a una colonia en la zona norte.

—Karlshorst —dijo el conductor, y fue la única palabra que pronunció en todo el viaje. Era el equivalente de la colonia de la Org, sólo que más grande. Una ciudad entera de villas del extrarradio, rodeada por un muro que —¡por Dios!— a mí me habría salido infinitamente mejor.

El camarada Nikitin me recibió en el edificio del KGB, en tiempos una escuela de los pioneros.

El bocio de antaño se le había reducido casi del todo, no así los ojos saltones característicos del síndrome de Basedow, que ahora parecían dos pelotas de ping-pong sobre las que hubieran pintado un lunar oscuro, unas pupilas impenetrables.

Lo primero que me preguntó fue, de hecho, si ya había tenido tiempo de visitar el Museo de Pérgamo. Lo que menos me apetecía a mí era el jueguecito de la charla amistosa de otros tiempos. Le solté la tarjeta de visita del señor John, en cuyo reverso el propio Otto me había anotado su número de teléfono particular.

Luego pregunté si ella estaba allí.

Nikitin me dedicó una sonrisa amable y recitó no-sé-qué poema de amor de un ruso al que él mismo había fusilado unas semanas atrás. No, hombre, no, aquí estoy exagerando, porque ni sé ahora ni en aquel momento sabía lo que había hecho Nikitin en Moscú. Me carcomía la rabia, y también la impaciencia. Sea como fuere, descolgó su abrigo del perchero de la pared, se puso el gorro de piel y, cojeando agarrado a su bastón, me condujo personalmente a una pequeña villa.

En la ventana del piso de arriba vi su silueta. Ella no se atrevió a levantar la mano, pero incluso desde los treinta metros de distancia que mediaban entre nosotros pude ver que lloraba, aunque no se le moviera la boca. También por su sombra me di cuenta. Los contornos lo son todo, tanto en la pintura como en la vida.

—Esta villa la diseñó el arquitecto Hermann Seuberlich en el año 1907 para el empresario von Raspe, propietario de una gran plantación de café. En el vestíbulo verá unas cariátides con cabezas de negros, una referencia al café. Y luego también hay un fresco de los años veinte. Ese fresco no se lo puede perder.

—¿Y puedo entrar ya?

—Vendré a recogerlo dentro de cuarenta y ocho horas. Aquí mismo. No se retrase.

Dio media vuelta y desapareció.

No vi guardias por ninguna parte, no vi a nadie, todo lo más unos cuantos cuervos en el remate del tejado. Entré corriendo y, mientras que antes había pensado que al mirarnos nos convertiríamos en estatuas de sal, tan sólo sucedió que nos fundimos el uno con el otro. En mitad de la escalera. Metal líquido.

Nos metimos desnudos en la bañera de un cuarto de baño espectacular, recubierto de baldosas de lapislázuli, nos lavamos el uno al otro y cada vez nos volvíamos más líquidos, yo como gotas de hierro viejo; ella como el mercurio.

Nos ayudamos a enjabonarnos, nos dimos masaje en la cabeza, comparamos nuestros cuerpos, nuestra piel, nuestros culos, hasta nuestra agudeza visual para calibrar hasta dónde había llegado en cada caso la crueldad del tiempo.

Las cicatrices de Maya se notaban mucho menos y no tenía nuevas. Aunque estaba delgada, ya no se la veía desnutrida. Se le habían quedado los pechos un poco caídos, y eso le daba

vergüenza. Pero a mí me resultó muy placentero levantarlos para luego dejarlos caer. Su piel no sólo estaba pálida, sino blanca como la nieve o casi verdosa, y supongo que me pareció mucho más perfecta de lo que sería en realidad, del mismo modo en que casi no percibí las cicatrices de su rostro, sino que todo fue sumergirme en su mirada.

Ahora tenía el cabello gris, partes de un gris piedra, otras de un gris polvo y guedejas blancas, y eso que no tenía más que treinta y un años. A mí me gustó de todas formas. Le faltaban cinco dientes. Apenas se notaba, pues de los delanteros no le faltaba más que un incisivo. Por aquel hueco le metí la lengua. Nos tomamos nuestro tiempo con todo, aunque yo tuve una erección desde el primer instante, si bien me pareció inapropiado dada la tristeza esencial y todo lo que conllevaba aquel encuentro. Ella también tenía miedo de que se le hubiera quedado el sexo seco. Sin vida. Así se expresaba ella. Nunca decía palabras como «coño», a diferencia de Ev, aunque pasado un rato se metió mi pene en la boca. Y luego ya fue todo como siempre.

Nos acostamos en una cama con sábanas que olían a saúco y nos quedamos cogidos de las manos. Aunque las paredes tenían micrófonos, hablamos sin ningún reparo, como hacíamos en nuestra época de Besarabia. Ella quiso saber si yo tenía alguna pareja. Le confesé algunos amoríos con chicas de la calle, visitas a hoteles por horas que me habían dejado con muy mal sabor de boca, pues al contrario que en otros tiempos, ya no me gustaba nada follar sin esperanza.

—A mí no tienes que guardarme ningún respeto, Koja. Te debo la vida.

—Viviremos juntos cuando te liberen. Me mudaré a Moscú y me haré carcelero.

Ella se echó a reír bajito, y fue increíblemente maravilloso escuchar aquella risa.

—No creo yo que fueras buen carcelero. Eres demasiado educado.

—Por favor, ¿tendría la bondad de dejar de revolverse así mientras le arranco la piel a tiras?

Maya rió y, lanzando una mirada hacia las paredes que nos espiaban, me indicó que no me excediera con las bromas.

Al cabo de un rato me dijo que no quería que me sintiera solo por esperarla. Porque en algún momento la iban a fusilar, eso lo tenía claro.

—No te pasará nada, Maya. Tendré éxito en la misión que me han encomendado. Seré un héroe de la Unión Soviética y entonces te dejarán en libertad.

—Por supuesto, amor. Dejemos de hablar de esas cosas.

—¿No ha abolido Stalin la pena de muerte?

—Guarda silencio y escucha cómo tiembla la tierra.

Escuché.

Estoy seguro de que oigo mucho mejor que usted, honorable swami, que se ha quedado sordo.

Escuché cómo temblaba la tierra debajo de nosotros mientras nos quedábamos muy quietos en la cama... o a veces no tan quietos. Y entonces, al levantar la vista, de pronto vi una bacanal: el fresco del que me había hablado el camarada Nikitin. Estaba en el techo y representaba una escena erótica, animada por música de crótalos y tambores, en la que dos cónsules romanos desnudos fornicaban con una graciosa y flexible ninfa que se parecía tanto a Ev que me levanté de un salto. Y, en efecto, era un fresco de mi padre, sin duda producto de alguno de sus muchos viajes por todos los rincones del globo para pintar e inspirarse en actos de cierta índole. Reconocí su pincelada, sus colores, la llamativa ausencia del color verde y el blanco nacarado de los pezones.

Ahora bien, ¿cómo lo habría reconocido Nikitin? Porque no estaba firmado por ninguna parte, ni había ningún monograma ni un *fecit*. ¿Qué clase de monstruo era aquel camarada que nos tenía consumidos emocionalmente y, para colmo, había elegido aquella casa para que nos encontrásemos Maya y yo, justo aquella casa, aquella habitación y, puestos en lo peor, aquella cama a la que también habría ido a parar mi padre, treinta años antes, imaginando como modelo nada menos que a Ev, su propia hija?

Maya me preguntó qué pasaba, y tal vez habría sido el momento propicio para contarle todo sobre Ev, sobre Ev y sobre mí y sobre Anna. Pero no pude. No me sentí capaz de introducir a nadie más en la delgada burbuja de tiempo que aún nos quedaba, y así se esfumó aquella oportunidad, como un tren que se pierde, así que ni siquiera con Maya llegué a conocer nunca un territorio de la verdad completa.

Eso sólo había sido posible con Ev, con la misma Ev que estaba viendo por encima de nuestras cabezas, penetrada por el ano y por la boca por un falo blanco y otro oscuro, al mismo tiempo que Maya y yo nos abrazábamos con ternura en la cama de debajo.

Ev, a quien quería olvidar.

Y estreché a Maya entre mis brazos como si me fuera la vida en ello.

La villa tenía buena calefacción, estaba limpia y equipada como un hotel de lujo. En la cocina había una alacena llena de comida. Jamón, pan y hasta naranjas, y eso en pleno invierno. No sé en qué estaría pensando realmente el camarada Nikitin al preparar todo aquello, pero a mí me pareció muy próximo a lo que un swami como usted definiría como la «gracia de la iluminación».

A ratos nos echábamos en un gran sillón que arrimamos a la cristalera del balcón para que Maya se cargase de energía con la visión del cielo todo lo que pudiera. Seguía con la mirada el movimiento de las nubes, se regocijaba con cada pájaro que veía y dijo que ojalá la siguiente vez que nos viésemos fuera verano. Nos quedamos charlando con la luz apagada hasta que amaneció.

Maya fumaba como una chimenea. Era capaz de fumar metiéndose el cigarrillo entero en la boca, como hacían los soldados del Ejército Rojo en las noches de guerra para que el resplandor de la ceniza encendida no delatase su posición.

Hasta el detalle de dejar por allí un bloc de dibujo se le había ocurrido a Nikitin. Pero no quise desperdiciar ni un segundo. Por desgracia, no dibujé nada. Al final lo único que hice fue escribirle una carta a Maya cuando se quedó dormida, después de habernos amado, y esa carta llena de besos y promesas sí la decoré con dibujos de su oreja, un pie y la mano izquierda, sobre la que reposaba su mejilla.

Qué tranquila, qué tranquila se oía su respiración.

16

Fue al regresar a Múnich cuando comenzó mi nueva vida, una vida fabulosa. Nikitin prometió invitarnos a Maya y a mí a la villa de Karlshorst dos veces al año. Su carta sonó tremendamente amable. Escribió, en efecto, «invitar».

Además, planteó la perspectiva de interceder por Maya para que la indultasen, siempre y cuando yo me mantuviese fiel a mis servicios a la Unión Soviética.

Dejó bien claro que la eliminación de John y la salvación de Maya Dzershínskaya irían aparejadas, del mismo modo en que son causa y efecto una buena acción y el agradecimiento correspondiente, o el hombre y la mujer.

El Kremlin tenía interés en que quien subiera al trono fuera el doctor Gehlen, que ya estaba infectado (infectado por mí, si para la ocasión se me consideraba como bacilo soviético).

Y mi interés era Maya.

No dudé ni un segundo en hacer lo que me mandaron.

¿Me entiende ahora, swami descerebrado?

Aquella galería de arte en la Salvatorstraße de Múnich, financiada por los dos servicios secretos, opuestos entre sí, para los que trabajaba, quizá fue la mejor idea de negocio que tuve en la vida. En un intervalo de tiempo muy breve, gracias a mi diligente trabajo de imitación de pinturas de Klee, Kandinsky, Münter y demás, de pronto conté con unos recursos económicos más que notables (al verano siguiente fui a visitar a Gabi Münter en Murnau y más tarde me llevé sus cuadros auténticos para venderlos a comisión, pero se quedaron colgados en las paredes sin que nadie se interesara por ellos, cosa que hoy en día resultaría increíble).

Me mudé a un piso de tres habitaciones en la Kaiserstraße de Schwabing.

Hub, Ev y la pequeña Anna no vivían muy lejos.

A Anna la veía todo lo que podía. Le daba clases de dibujo, igual que mi padre me las había dado a mí de pequeño (siempre con un zumo de manzana a mano, bendecido y todo). Técnicas de dibujo, forma y volúmenes, perspectiva, claroscuro, composición del conjunto... y muchos caballos. Anna pintaba caballos de frente, caballos de espaldas, caballos con jinete, caballos sonrientes («los caballos no sonríen, cariño»), bueno, pues caballos más contentos o menos contentos —a ésos se los reconocía porque sacaban la lengua—, caballos parados, caballos al

galope... caballos al trote no, porque el trote es una cosa muy tonta, caballos grandes sí, caballos pequeños nunca, porque los ponis son para cobardicas, menos los ponis de Islandia, que sí son muy lindos.

Me monté un pequeño taller en la Kaiserstraße y en él le enseñé a mi hija cómo se construyen las perspectivas o qué son los puntos de fuga, y la ponía a pintar sus propios dedos, sus dedos bajo la lluvia... Aún conservo esos dedos, pero los guardo bajo llave para no verlos, porque aún me remueven las entrañas sus deditos mojados por la lluvia.

La Academia de Bellas Artes no estaba lejos, y se quedaron con la boca abierta cuando, a finales de 1951, apunté a una niña de ocho años a un curso de dibujo del natural con modelo desnuda.

Claro que para un galerista no es difícil hacerse amigo de los catedráticos de Bellas Artes: al final, todos necesitan un galerista. Así que el gruñón del profesor Grobl terminó aceptando a mi Anna, pues no cabía la menor duda de que tenía un talento extraordinario. También se tomaba el arte muy en serio y tenía la costumbre de morderse la punta de la lengua cuando se concentraba mucho al pintar o cuando escuchaba al profesor. Una vez hasta le preguntó a la modelo, delante de todos los estudiantes, si no le importaba cambiar de postura.

—Muy bien, señorita, ¿y cómo quiere que me ponga? —preguntó la odalisca, un tanto rústica.

Anna, con su gracia natural, le soltó:

—Igual que se ponen los caballos, por favor.

El aula entera se echó a reír. Todos adoraban a Anna porque era pura poesía, incluso cuando estaba mal. Aunque ella nunca estaba mal.

Hub y Ev parecían haberse acercado de nuevo. Se habían mudado de Haidhausen y ahora vivían a un tiro de piedra del Jardín Inglés, un paraíso para los matrimonios convencionales por el aire puro que se respiraba allí, y, de hecho, su calle se llamaba Biedersteinerstraße, muy propio para una familia que vivía como en el Biedermeier.[34]

Con todo, yo percibía el miedo de mi hermano. Y yo mismo tenía miedo, pues me costaba mucho resistirme a la atracción que ejercía Ev sobre mí, una atracción física, como cuando se acerca un imán a unas virutas de hierro.

El fresco de papá que había visto en Karlshorst y que volvía a ver cada vez que me reunía con Maya me atormentaba de tal forma que un día raspé el pene oscuro con una cuchara. Y también la cara de Ev, que se la chupaba al cónsul de piel blanca.

A veces, cuando Ev y yo nos veíamos, bastaba con que ella comprase el pan de una manera determinada, y la manera en que abrazaba la hogaza, o tal vez la manera en que la apretaba, tal vez el ruido que hacía la corteza al quebrarse me recordaba algún momento de algún coito de

años atrás que tenía grabado en la memoria y ya no me excitaba, pero se me clavaba como una bala de la que no notas el dolor hasta después.

Y mucho peor todavía fue un día de verano del que me acabo de acordar. Fue en la piscina del norte, Ev pisó un trocito de cristal e hizo una mueca de dolor. En sus mejillas se marcaron pequeñas arrugas que normalmente no se le veían apenas, parecidas a las del craquelado del lienzo que creaba yo en el horno de secado, y de pronto se encendió como una hoguera dentro de mí el recuerdo de cómo Hub le había destrozado la cara tiempo atrás.

• • •

Sólo había dos maneras de no caer en el pecado de la carne.

La primera era la santurronería de mi hermano, que resultaba en un fervor casi desesperado por ir a la iglesia con frecuencia, participar en sesiones de lectura de la Biblia, hacer ejercicios espirituales para alcanzar la humildad de dejar su destino en las manos del Todopoderoso y confiar en su infinita sabiduría. Me planteé seriamente secundarlo en todo ello.

La segunda posibilidad era tener una compañera.

Obviamente, debía ser una relación con alguien que me atrajera lo menos posible, pero que al mismo tiempo resultara soportable y con quien luego pudiera romper sin problemas. Una relación que en modo alguno constituyera una amenaza para Maya, pero que convenciese a Hub de una vez por todas de que yo había dejado de ser un peligro en su vida. Me decidí, pues, por la posibilidad número dos; y luego, dentro de ésta, por la primera mujer que me vino a la mente, a saber: Monika, de quien lo único que me gustó desde el principio fue que su nombre empezase por «M».

Monika, la que trabajaba en mi galería, era flaca como un palo y sosa hasta decir basta; llevaba unas gruesas gafas sobre su nariz pequeñita, pero algo ancha, y tenía todavía menos sentido del humor que el doctor Gehlen, si bien —paradoja difícil de procesar— le encantaba reírse por todo. Había empezado de secretaria en la Org y era hija de un comandante de la Wehrmacht que la había echado de casa por leer libros de Bertolt Brecht, con los que Monika se reía a carcajadas (a esto me refería con lo de la paradoja difícil de procesar).

El trabajo en la galería le encantaba porque le encantaba el arte. Por desgracia, Monika —a quien todo el mundo llamaba simplemente Mokka— era, sin duda, la persona más negada para el arte con la que me he topado nunca, lo cual no dejaba de fascinarme, pues su tremenda falta de talento no era óbice para su fascinación por el arte, y por sí misma era incapaz de reconocer lo bello a menos que alguien se lo enseñara. Su fascinación por mí, a su vez, debía de ser fruto de que quien le enseñaba eso era yo. Lo que amaba en mí era el arte que me salía por todos los

poros y que, según creía ella, también poseía en sentido literal (¡ay, por favor, todos los cuadros famosos de la vanguardia clásica!).

En cierto modo, la enorme diferencia de edad también constituía un atractivo a sus ojos. Durante los primeros meses en que trabajó para mí tenía dos pretendientes a la vez que solían venir a buscarla a la hora de cerrar, alternándose: casi un Adonis el uno; en cualquier caso, los dos bien guapos. Ella les dio pasaporte a ambos ante mis propios ojos de señor mayor, se quedó mirando cómo se marchaban por el lado exterior del escaparate y suspiró en mi dirección, dándoselas de madura, pues esos chicos tan simpáticos le resultaban demasiado jóvenes. Qué pena.

Uno incluso volvió otro día y ella se comportó como la reina de Saba.

Yo no me lo explicaba. Monika no era ni especialmente guapa ni inspiraba a nada, no tenía conversación ni era demasiado inteligente, con lo cual lo único que podía impresionar de ella era su buena formación, fruto de lo que había leído, no del talento, con lo cual también cuanto sentía daba la impresión de ser prestado. Con Mokka resultaba fácil permanecer en silencio. Y es muy importante, cuando se trabaja con alguien en una galería sin tener nada que decirse, que a pesar de todo se pueda mantener una atmósfera agradable en la que reina el silencio.

A veces, con todo, le entraba el arrebato de perorar ella sola, sobre todo si había coincidido en el tranvía con alguna persona que le había parecido interesante y que podía pasarse horas describiendo. Por ejemplo, a un minero de la cuenca de Ruhr que se había puesto a hablarle de los túneles profundísimos y de sus lesiones pulmonares incluso me lo trajo un día a la galería (luego le tocó pasar el plumero para quitar el polvillo negro de todos los cuadros).

Una tarde que vendí un Jawlensky muy difícil de falsificar a un precio muy jugoso, se me ocurrió invitarla al Bayerischer Hof para celebrar el feliz acontecimiento con una cena elegante y que estuviera a la altura. No lo hice con segundas intenciones, pues no me gusta acostarme con empleadas, que es como si se acostara uno con sus mascotas.

Pero Mokka se esmeró lo suyo. Supo dirigir mis ojos hacia sus manos, que jugueteaban graciosamente con la copa de vino tinto, y sacó su mejor risa, siempre tapándose la boca con la mano —ésa sí que parecía una mano de Lucas Cranach de verdad—, porque creía que tenía los dientes feos.

Tendría que haber visto los dientes de Maya.

Acabamos en una habitación del tercer piso del hotel. Seguro que era su primera habitación de hotel, pero se desnudó con la mayor naturalidad del mundo y no pareció sentir vergüenza alguna por tener el escote abultado como el de una gallina, los pies planos, el culo aplastado pero asombrosamente duro y unos pechos diminutos. Para mi sorpresa, su olor era mucho más

agradable que su aspecto. Al penetrarla oí, en efecto, cómo le crujían los huesecitos de los tobillos, lo cual despertó mi compasión. Pero entonces me tumbó boca arriba y se me sentó encima, y ahí comprendí enseguida el porqué del apego que le tenían aquellos dos pretendientes tan guapos. Cabalgaba como los ángeles. Sus fluidos le daban la posibilidad de hacer de todo, su voz era capaz de imitar frentes de tormenta de todas las magnitudes y te llegaba a poner en un estado de excitación que casi le suplicabas que, por favor, por favor, no parase nunca. No dudaría en afirmar que aquel numerito era, desde el punto de vista sexual, lo mejor que me había pasado nunca, no lo superaba ni Mary-Lou, que se entregaba como una desatada; así que, después de la M de su nombre, ya había una segunda cosa que me gustaba mucho.

Lo tercero era la timidez que se adueñaba de ella de inmediato, en cuanto terminaba el momento de fusión erótica. Y eso le ponía a uno muy fácil dominarla, a veces con suavidad, otras de forma mucho menos suave.

Y lo cuarto era que jamás podría amarla, con lo cual quedó clarísimo que sería la elegida.

—¿Así que esa chica de ayer era tu novia? —me preguntó Ev, cuando fui a recoger a Anna para llevarla al curso de desnudo del profesor Grobl a la Academia.

—Sí, Mokka. ¿Qué te parece?

—Parece buena chica.

—¿Tan terrible te parece?

—Al volver de Rusia dijiste que había alguien en tu vida.

—No empecemos con viejas historias.

—Es que creí que, en algún momento... —Ev hizo una pausa y levantó las manos con los dedos abiertos para luego agitarlas en el aire diciendo «¡uhhh!»—, nos presentarías a la gran dama misteriosa. Y no a esta Cenicienta.

—¿Acaso el bello príncipe no fue feliz con Cenicienta?

—Ya me está dando pena y todo, la pobre.

—¿Acaso no eres tú muy feliz con Hub?

Antes de que Ev pudiese replicar, Anna se abrió paso por delante de su madre, con los útiles de pintura bajo el brazo.

—¿Nos vamos, tío Koja? —dijo sin compasión.

—Sí, vámonos ya.

—Ayer por la tarde pinté tres caballos nuevos.

—No deberías pintar tantos caballos.

—Hace lo que le da la gana, Koja —dijo Ev, se arrodilló y acarició la nariz de Anna con un dedo—. En eso ha salido a mí. ¿Y no es bonito ver cuánto ha salido a ti también?

Era muy peligroso que Ev dijese cosas así. Porque Anna era muy lista y estaba en una edad en la que los niños aún son capaces de ver todo lo que ocultan las palabras, así que se me quedó mirando muy fijamente, con ojos de asombro y un poco entornados, y un ápice de su atención se detuvo en la curva de mi nariz, de la que nunca llegaría a saber (como tampoco yo) si unos años más tarde la tendría también ella.

Estuve muchas semanas sin volver a hablar con mi hermana.

Todo lo efímero es una pura metáfora.

17

Mientras que a mí me iba cada vez mejor, para Hub iba todo de mal en peor.

De entrada, el único indicio era que volvía a reír.

Anna me contó que no la dejaban dormir, porque papi se pasaba toda la noche riendo con mami, mejor dicho: sin mami, porque mami no se reía nunca, el único que se reía era él. Sin embargo, su risa ya no eran aquellas carcajadas sonoras y limpias que brotaban de todo su cuerpo de forma incontenible y que yo adoraba cuando todavía éramos niños. Ahora habían adquirido un tono estridente y cínico.

Así me enteré de que Hub había empezado a beber otra vez. Pues la risa sólo le salía cuando iba borracho, sólo entonces podía soportar que las carcajadas hicieran que le brincase sola la manga sin brazo dentro, y por eso todos temíamos aquella voz, porque sabíamos que su risa no tenía nada que ver con no tenerle miedo a nada, como cuando era joven, sino con todo lo contrario: con un miedo y una angustia profundos, pero, sobre todo, con el alcohol.

Creo que Hub, desde el momento en que Ev apareció en su puerta con todos sus bártulos y junto con la pequeña Anna, desde que su cuerpo y su espíritu volvieron a acostarse junto al de él —lo que llevaba anhelando desde el fin de la guerra, lo que anhelaba incluso en aquellos momentos de la guerra en que no era persona, sino puro odio—, creo que desde aquel mismo momento fue presa de un indomable miedo a tener que sufrir su pérdida de nuevo. Todo el frío y la dureza que había mostrado hacia Ev y hacia mí durante aquellos años suyos de delirio parecía haber desaparecido por completo, igual que su brazo; su vuelta a la iglesia los había transformado en arrepentimiento y el regreso de Ev los había convertido en humo para siempre... eso sí: en un humo envenenado, cargado de miedo. Pues ahora se iba destilando de su interior una amargura que se complicaba todavía más, si cabe, por su pensamiento retorcido, de un lado, y su deseo de complacer a Dios, del otro.

Así pues, casi parecía que mi hermano fomentaba a propósito que Ev y yo nos viéramos sin él, por ejemplo en las tardes que pasaba con su círculo de lectura de la Biblia y yo acompañaba a Anna a sus clases de dibujo y Ev venía a buscarnos, de manera que interpretábamos los trazos de nuestra hija en común.

O a veces me telefoneaba a la galería para preguntarme si podía llevar yo al pediatra a «la pequeña», como él la llamaba. Y ahí siempre venía también Ev, que jamás dejaba a la niña sola cuando estaba mala. Ella, por su parte, jamás llamaba a su hija «la pequeña» (a lo mejor porque

lo cierto es que era muy menuda para su edad), sino «tesorito», o a veces «*schlambl*» (lo mismo en bávaro) o «*rebbelus*» (en alemán del Báltico), que viene a ser como «bichito», y así acabábamos los tres juntos en la sala de espera del médico, empapelada con los típicos dibujos infantiles, burdas obras que Anna, dado su imponente talento artístico, despreciaba con la soberbia de una reina o, a veces, hasta descolgaba de la pared para «poner las cosas bien», como lo expresaba ella.

Creo que Hub pretendía ponernos a prueba todo el tiempo. Es posible que lo hiciera de forma inconsciente, o es posible que lo hiciera del mismo modo en que sentía que a él lo ponía a prueba Dios. A Mokka le preguntaba todo tipo de detalles sobre nuestra relación, y se quedó contento al oír que nos estábamos planteando tener hijos (yo no me planteaba tener hijos ni de broma, y menos aún con Mokka; yo ya tenía una hija), y, de cuando en cuando, soltaba alguna gracia sobre la fidelidad sexual de los presentes.

Una vez Ev se levantó hecha una furia de la mesa en la que estábamos tomando café juntos, ya no recuerdo por qué.

Jamás se hablaba de lo que no se podía ni mentar, me refiero a lo que había sucedido años atrás, y, sin embargo, aquello impregnaba el aire de la habitación como lo hace el olor a podrido.

Una única vez me dejó ver Hub lo que había en el interior de su corazón, una mañana que íbamos los dos en el coche a Pullach. De repente me preguntó si sería capaz de volver a engañarlo.

—En tal caso ya no querré verte muerto, Koja. El que muera seré yo.

Y soltó una de aquellas risas suyas tan terribles. Una risa homérica.

Le juré que no tenía ningún motivo para atormentarse con eso.

Sobre todo, me lo juré a mí mismo.

Curiosamente, no consideraba engañar a mi hermano el hecho de revolver su escritorio en secreto, fotografiar su carpeta de documentos, copiar sus listas de agentes y redactar informes sobre nuestras conversaciones. Y el último paso, que era enviar todos los datos recién recogidos al camarada Nikitin a Moscú, tampoco significaba para mí más que el precio que tenía que pagar Hub para que yo ahora salvase a Maya, a quien no en vano había enviado a la muerte él.

A veces me venía a la mente este entramado perverso, cuando lo veía sentado en el césped de Pullach durante la hora del almuerzo, masticando el bocadillo de embutido que le había preparado Ev. Para mis adentros formulaba frases que después escribiría a Maya en mis cartas, en tanto que Hub guiñaba los ojos mirando al sol, y yo tomaba conciencia de que Maya nunca tenía la oportunidad de ver el sol en ninguna parte. A lo sumo, guiñaría los ojos ante la luz agresiva de alguna bombilla y se pasaría el día vegetando, porque Hub, en un determinado

momento histórico, había vivido siendo una versión de sí mismo con la que, a la larga, no es posible conciliar bien el sueño. Por eso luego la había cambiado por otra mejor, así, sin más. Yo la llamo «la versión evangélica sin memoria».

Hub no mencionaba jamás a Maya, su destino no fue objeto de conversación ni una sola vez. La daría por muerta, si es que se acordaba siquiera de su existencia. Porque de la «versión evangélica sin memoria» bien podía haberse deshecho de Maya, igual que se habían esfumado de ella Pólitov o Grischan o Mortimer MacLeach o igual hasta yo mismo, es decir: mi yo anterior y preevangélico.

Ya sabe usted a qué me refiero.

Hub rezaba con frecuencia, se concentraba en su trabajo, y mantenía la cabeza siempre ocupada en nuevas misiones de la Org del mismo modo en que sus mandíbulas masticaban el bocadillo.

A mí, cuando lo veía masticando así, a treinta metros de distancia, me invadían unas ganas casi irrefrenables de arrancarle de la cabeza aquellos secretos secretísimos, la expresión que utilizaba Anna para referirse a las cosas que no le contaba a nadie más que a su muñeca favorita. Y me parecía bien, me parecía perfecto agradecerle su apoyo y su intercesión a mi favor ante Reinhard Gehlen para que me colocase en un buen puesto, y luego echar por tierra todos sus esfuerzos por la causa sin que él se enterase.

Desde mi punto de vista, eso no era un engaño, sino un castigo.

Sin saberlo él, con cada papelito y cada dato que le sacaba para enviarlo a Moscú, reparaba un poco aquel daño.

Me juré apartarme de aquel juego diabólico en cuanto Maya recuperase la libertad y pudiéramos explicarle todo. Y si, en aquel remoto momento, Hub tenía algún problema para entenderlo, Maya podría ponerle en la mano los cinco dientes y diez años perdidos por su culpa, y a él no le quedaría otra que balbucear cuatro palabras ininteligibles, apabullado por la fuerza de un torrente de culpa consciente.

Cuando pienso ahora en la componenda mental que me había formado antaño, no salgo de mi asombro. ¡Parece mentira las ilusiones a las que el ser humano es capaz de aferrarse! La facilidad con que es capaz de construirse un andamiaje para guardar el equilibrio moral, incluso a sabiendas de que no existe andamiaje alguno más allá de su propia percepción de las cosas. Lo fácil que es entregarse al calor de la verdad, inventarse la luz de una verdad propia como dándole a un interruptor, incluso cuando no sólo se vive en el más frío de todos los engaños, sino que hasta uno mismo es el artífice del engaño.

Casi todas las personas a las que he conocido y que conozco hoy en día (y entre ellas lo cuento

también a usted, mi querido swami), siguen sistemáticamente la brújula de una realidad que señala la dirección más favorable para ellos, y, por equivocados que estén, dan por hecho que la brújula indica su norte, aunque señale al sur o al infierno. ¿Acaso no recorremos todos el camino que marca la aguja temblorosa de esa brújula, incluso con el considerable riesgo de tener que tergiversar los hechos para hacerlos encajar en nuestra realidad? ¿Acaso no late en el interior de todos y cada uno de nosotros una «versión evangélica sin memoria»? ¿Y no resulta comprensible, entonces, que Hub volviese de pronto con su risa de cabra, a pesar de que sentía un dolor infinito?

Sólo se le pasaban las ganas de reír en presencia del doctor Gehlen, y eso que también entonces sentía un dolor infinito.

Hay que decir que, en las reuniones que se celebraban en Pullach todos los lunes, no se podía uno reír ni queriendo, como tampoco se podía llorar, ni gritar, ni suplicar ni tener compasión. El máximo de emoción que se toleraba en tales ocasiones era el cinismo, cuyo uso, por otra parte, estaba restringido al doctor.

Hub hubo de tragarse unas cuantas muestras de aquel uso del cinismo, sobre todo cuando iban dirigidas hacia su inclinación por las bebidas espirituosas y las misas. Aquella forma de burla albergaba siempre un poderoso rechazo que se tornaba cada vez más profundo. Mientras que, al principio de su colaboración, Reinhard Gehlen había depositado en mi hermano una confianza ciega, hasta el punto de ponerlo a cargo de la Sección VII (Unión Soviética), aquel honor se había ido reduciendo para quedarse en poco más que hacer informes de pleitos y pequeños altercados.

Hub había sido el «hombre para todo» de Gehlen. Había ayudado a la CIA a esconder lingotes de oro en el fondo de los lagos y a enterrar arsenales de armas para las batallas futuras en todos los lugares imaginables de las montañas y bosques de Baviera, Baden-Württemberg y la Baja Sajonia, pero un gran número de aquellos búnkeres secretos habían sido localizados, abiertos y vaciados sin conseguir atrapar a los culpables.

También muchos de los agentes que habían pasado por la siniestra sección de Hub fueron descubiertos. Docenas de informantes fueron detenidos en la Unión Soviética. Una cantidad considerable de los materiales que falsificábamos en nuestro taller (por ejemplo, dos millones de sellos de correo contrarrevolucionarios en los que se representaba a Walter Ulbricht, el secretario general del SED,[35] con una soga al cuello) fueron pasto de las llamas incluso antes de llegar a la RDA, durante su transporte clandestino.

Fracasaba una misión de la Org detrás de otra. Hub no se lo explicaba. Era tan incapaz de explicárselo que una mañana, de pura rabia, le dio tal golpe al espejo del cuarto de baño que se

rompió el dedo medio. Llegó a pensar que había un infiltrado entre nuestra gente, sospecha que el doctor Gehlen descartó sin planteárselo, haciendo un despectivo gesto con la mano:

—En nuestra organización no hay manzanas podridas.

Yo rodeé los hombros de Hub con el brazo y lo puse un poco en su sitio. No podía decir esas tonterías que sólo dañaban su imagen aún más. ¿Quién podía ser un traidor dentro de la Org? ¿Acaso se le ocurría alguien capaz de cometer ignominias de tal calibre?

Hub se echó a llorar, me dio las gracias por preocuparme por él y decidió que en el futuro rezaría aún más e iría a la iglesia con mayor frecuencia aún.

Ni que decir tiene que aquella cuesta abajo por la que se deslizaba era consecuencia de las medidas que se tomaban en Moscú a raíz de las informaciones que enviaba yo. Con toda certeza. Claro, yo en eso no me permitía ni pensar, sino que hacía responsable de que Hub hubiera perdido su lugar de honor a la derecha del doctor Gehlen sobre todo al rastro del aliento a alcohol que iba dejando por los pasillos de la Org, a su amargura y a su «*fucking caginess*», su puta cerrazón (citando literalmente a Donald Day).

Pronto ocupó aquel lugar privilegiado una cara nueva. Heinz Felfe, un trepa más escurridizo que una anguila y a cuyo reclutamiento se había opuesto Hub con uñas y dientes.

—Conozco a Felfe —le había dicho al doctor—, es un cerdo vestido con traje de raya diplomática.

—Estuvo en las SS igual que usted. Fue parte de la Operación Zeppelin igual que usted. Se ocupa de las fuentes soviéticas igual que usted. En cambio, no bebe tanto como usted.

—Felfe era mi subordinado. No es de fiar. De verdad que sería necesario comprobar a fondo que está limpio.

Y, en efecto, así lo hizo Gehlen, pero a su manera de buen doctor, limitándose a examinarlo a través de los rayos X de sus perpetuas gafas de sol, y con eso lo dio por bueno. También en mi caso le había bastado con eso. No pude sino alegrarme, como supongo que también se alegraría Felfe, ya que era el segundo topo que Nikitin le colaba en la Org.

Ahora bien, por entonces yo tampoco lo sabía.

En pocos meses Heinz Felfe consiguió dejar a Hub al margen de todo dentro de su propia sección. Como una sombra, seguía los pensamientos de Gehlen al milímetro y se mostraba tan diligente y tan devotamente cumplidor que hasta llamaba la atención por excesivo. Era un poco como un gato, no tardó en conseguir los primeros resultados, como un morrongo negro que cada noche te trajera tres ratones muertos a la puerta para ganarse grandes elogios. Odio a los gatos.

Nadie, ni yo mismo hubiera alcanzado a imaginar que todo aquello que nos traía Felfe era trampa, material de pega preparado por los soviéticos. Lo que mayor sensación causó fue que un día se sacó del sombrero un plano detallado de las instalaciones de la central del KGB en Karlshorst (escala 1:1000). Allí descubrí mi adorada villa, el refugio y sacramento de la santa

conspiración Maya-Koja. Y, en una de las plantas, hasta estaba señalado qué váter utilizaba cada uno de los oficiales del KGB.

El doctor Gehlen, más contento que un niño con zapatos nuevos, me pidió que, dado que antes había sido su arquitecto, le hiciera el favor de construirle una maqueta de aquella asquerosa central del enemigo a partir de aquellos planos (la paradoja de que yo también era su enemigo me hizo construirle una que, en el fondo, me quedó muy bonita).

Durante semanas pasé las tardes en el taller serrando madera de balsa para construir el recinto. Y qué preciosidad de casita le puse en el centro, con una ventana hecha con azúcar glasé y una pequeña terraza cuya barandilla eran cerillas cortadas. Como Dios contemplaba yo aquella ventana y aquella terraza desde las que Maya y yo nos habíamos asomado al universo, sin descubrirlo a Él jamás. ¡Ay, swami mío! Luego el doctor Gehlen colocó la maqueta en aquel mueble que también le había hecho yo para sus trofeos (el de la «M» taraceada); ya puestos, me habría encantado que también circulase por allí un trenecito de juguete.

Sobre el papel, Hub siguió siendo el jefe de la Sección VII, pero después de aquel golpe maestro, Felfe medró hasta una posición desde la que luego le fue muy fácil revelar a los soviéticos los secretos más importantes relacionados con el rearme de la Alemania Federal, el gobierno de la República y la OTAN.

Hasta su detención, Heinz Felfe fue capaz de minar y denigrar al BND hasta tal extremo que tan sólo podía superarlo el daño que provocaba yo.

Por aquel entonces, sin embargo, un servidor surcaba la cresta de la ola del éxito con mayúsculas.

Con independencia de lo que en su día hubiera querido decir Gehlen con «liquidar» a Otto John, lo que estaba claro era que la guerra entre los dos jefes de los servicios secretos estaba en plena ebullición, y además con inequívocas ventajas para el equipo visitante, o sea: nosotros, los de Pullach.

—Muy bien —solía elogiarme el doctor cuando leía los informes fruto de mis observaciones, los datos de la presencia del presidente John en establecimientos de homosexuales («antros de perdición»), las listas de nombres de la gente de confianza de Otto a la que se podía extorsionar o ganar para servir a la Org, todas las anotaciones de sus comentarios despectivos sobre el canciller federal, el Ministro de Asuntos Exteriores, el presidente de Estados Unidos (de quien Otto John decía que era un nazi, pese a que el señor Truman había acabado con los nazis), y un informe de la policía que una vez lo había detenido por conducir en estado de embriaguez y que la Oficina para la Protección de la Constitución no tardó en hacer desaparecer. Lo mejor de todo eran las

informaciones que me aportaba mi antiguo chófer (el Bebedor, ya sabe), valiosísimos testimonios de colapsos o crisis, ataques de pánico y adicción a las pastillas por parte de su jefe.

Gehlen utilizaba aquellas informaciones.

Las hacía circular en el mundillo de la política y hasta le envió un dossier a Adenauer en persona.

Con el material que yo le proporcioné, acabó con Otto John, lo convirtió en una caricatura que se iba sola a la trituradora de desechos.

¿Y qué hubiera podido hacer yo para impedirlo, cuando también Nikitin me daba a entender una y otra vez que la única vía para conseguir la libertad de Maya era la caída de Otto John?

Otto estaba cada vez más hundido, lo veía cuando iba a visitarlos a él y a Lucie a Colonia.

—Ay, Koja —suspiraba Otto—, qué tiempos tan infames, en los que vivimos... Tiempos infames, *old boy*. Como no tenga cuidado, me van a dar por ahí a base de bien —añadía en su dialecto local.

No me pesa ahorrarle los meses que siguieron y en los cuales aquella Oficina para la Protección de la Constitución fue cayendo y bajando de nivel hasta quedarse en lo que es hoy, una especie de oficina en la que se limitan a fichar a hippys como usted, chiflados inofensivos del todo que pretenden hacer del mundo un lugar mejor, y no me lo tome a mal, por favor, que de verdad se lo digo con todos mis respetos.

Hay que tener en cuenta que unos servicios secretos sin policía propia, sin una doble contabilidad, sin base de operaciones, sin sección extranjera y sin un arsenal de armamento en condiciones son unos servicios secretos que no valen para nada, que no tienen poder, incluso se podría decir: no tienen pedigrí. En su base, aquellos servicios debían constituir el núcleo de un órgano que lo abarcase todo y poseyera una soberanía fulminante a todos los niveles. En cualquier caso, ésa era la visión del general Gehlen cuando él mismo aspiraba a ser su presidente.

Ahora su empeño era lograr a toda costa que su rival no consiguiera ninguna de las competencias imprescindibles para la creación de unos servicios secretos alemanes que actuasen tanto a nivel nacional como internacional.

—Gehlen se ha puesto de parte de los americanos y está vendiendo todo el Este de nuestro país —se lamentaba Otto John—. En el fondo, está traicionando a Alemania, y contra eso no hay dialecto de Hesse que valga, por auténtico que sea.

Se consolaba empinando el codo. Para el mediodía ya tenía el alcoholímetro rozando los máximos. Por la tarde le añadía un tremendo cóctel de medicamentos y luego no podía dormir por las noches. Cada día que pasaba se apretaba más el nudo de la soga invisible que tenía al cuello, y él mismo percibía que tenía que vérselas con un enemigo que no se detendría ante nada.

—Ya ni siquiera pretende quitarme el puesto —se lamentaba—, sino que está construyendo un servicio paralelo. Un servicio secreto en la sombra que, en algún momento, será el que Adenauer elija. A esa gente no le importa nada proteger a este país. Lo que quieren es la guerra.

En tanto que se mantuviera vigente el estatuto de ocupación del territorio alemán, Otto podía contar con el pleno apoyo de los británicos, que seguían considerando al doctor Gehlen un remedo del Führer, para empezar porque llevaba el mismo bigotillo gris (detalle que nadie que quisiera conservar su trabajo en Pullach osaba comentar).

Una vez los John nos invitaron a Colonia a Mokka y a mí a una fiesta con motivo del cumpleaños de Lucie (le regalé un precioso cuadrito falso de Ernst Ludwig Kirchner que titulé *El puerto de Hamburgo* y que no sólo daba el pego de ser Hamburgo, sino también de ser de Kirchner, quien en su vida había estado en Hamburgo... como tampoco yo, por cierto).

El problema fue que, aquella noche, Mokka bebió un poco más de lo necesario para calmar la sed, circunstancia que barrió también con su timidez natural. A mí mismo me dijo unas cuantas cosas (por ejemplo, me echó en cara que fuera tan reacio a comprometernos de una vez), y se echó a reír como una loca cuando Lucie nos presentó a su padrino: Theodor Heuss.[36] Sus carcajadas se convirtieron primero en graznidos y luego en sollozos, pues, por desgracia, Mokka siempre se moría de agobio y de celos en las fiestas, y Theodor Heuss, gran consuelo de las almas atormentadas entre los presidentes de Alemania, la abrazó y hubo de escuchar que yo era un canalla que les echaba miraditas a las demás invitadas, con lo que le repetía todo el rato para consolarla:

—Ay, muchacha, si es que es usted muy joven todavía...

Después, bastante más conforme con el mundo gracias a las reconfortantes palabras del cabeza del Estado, Mokka quiso dar una vuelta por la fiesta, presidida por el lema de «Rule Britannia». No paraba de ponerme morritos y de pedirme que le diera besos, y entre tanto puñetero beso también le tuve que explicar por qué había allí tantos ingleses.

Bueno, claro, a fin de cuentas, era el cumpleaños de Lucie John (afirmé), en cuya vida siempre habían tenido un papel esencial los ingleses (eso Mokka lo sabía), puesto que el British Empire le había ofrecido asilo político, dado que era una judía alemana, y ahora ella, con motivo de su aniversario, quería tener un detalle con el British Empire en forma de ponche típico, *roastbeef*, *Yorkshire pudding* y *mince pies*.

Mokka se quedó con la boca abierta cuando, en medio de un tropel de alegres hijos de la Gran Bretaña descubrimos a Otto, quien se había hecho para la ocasión una chaqueta de doble botonadura con la *Union Jack*. Recordaba al almirante Hornblower.[37] En los rostros de cuantos no eran británicos o probritánicos (altos cargos de los ministerios de Bonn, diputados del

Bundestag, gente que había perdido la casa en los bombardeos de los ingleses durante la guerra, etcétera) se veían gestos desde consternados hasta gélidos, pero el jefe de la Oficina para la Protección de la Constitución y anfitrión de la fiesta simplemente no tenía ganas de aguantar a nadie que no estuviera a favor de los británicos.

—*Miss Mokka, you're looking great*! —exclamó Otto en un inglés de clase alta teñido con un toque de su inconfundible acento de Hesse—. *Take your boyfriend and join us, here are some very fine people* con ínfulas.

«Está estupenda, señorita Mokka. Agarre a su novio y únase a nosotros, que aquí hay gente fina y con ínfulas.»

Entre los caballeros a los que nos unimos no faltaba ni uno de los estereotipos de las comedias de Oscar Wilde. Sobre todo, llamaba la atención un tipo que parecía un gnomo gordo, muy sarcástico y con unas gafas de pasta como las de Groucho Marx, que se presentó como «Sefton Delmer, encantado». Se lo consideraba el periodista político más célebre de Gran Bretaña. En su día había sido el máximo jefe de Otto John en la emisora de radio de Calais y siempre se dirigía a su anfitrión como Patriotto.

—*Hey, Patriotto, don't be a fool and get us some weird German drinks*!

«¡Hey, Patriotto, no seas tonto y tráenos alguna de esas bebidas raras de los alemanes!»

Otto dejó que Mokka tocara aquella chaqueta de bandera (¡era de seda y todo!) y luego nos presentó al acompañante de Delmer, un catedrático de cierta edad que había venido desde Londres a pasar unos días y que rezumaba distinción por todos los poros.

—*Pedo mellon a minno* —dijo el caballero en voz baja, ladeando la cabeza, y Mokka le sonrió sin entender nada mientras Delmer decía entre suspiros:

—*Oh my goodness*! ¡Estos lingüistas!

—«Di "amigo" y entra» —tradujo el profesor, asegurando que hablaba sindarin, una lengua élfica.[38] Con diferencia, fue el inglés más excéntrico que conocí aquella noche. Además del sindarin dominaba el alemán; afirmó que en realidad se llama Johann Tollkühn y nos ilustró con gesto solemne sobre los orígenes sajones de su familia.[39] Como no podía ser de otro modo, venía de Oxford y, como todos los eruditos de esa bella ciudad, tenía el cuello blanco de la camisa un poco manchado de yema de huevo. Cuando Otto, al llegar la fiesta al clímax y él a un grado de embriaguez soberbio, se lamentó de lo que le estaba haciendo sufrir la Org, el profesor de Oxford preguntó interesado:

—*Ork? What are you talking about*?

«¿Orcos? ¿De qué hablan?»

Y Otto John le explicó de lo que estaba hablando. El profesor le escuchó y respondió que, hacía unos años, había escrito un librillo para niños donde aparecían un montón de orcos, y luego

dijo también que el señor Delmer le parecía un típico enano de Moria, la simpática *mistress* Mokka-Bokka, una taimada elfa ansiosa por pillar marido y Otto John, un hobbit.[40]

Lo único es que, claro, allí no podía ponerse a explicarnos lo que era un hobbit, porque eso echaría a perder la velada y «*the marvelous mistress Lucie*», «la maravillosa señora Lucie», dejaría de ser el centro de atención. A cambio, nos mostró con gran plasticidad el aspecto que tenían los orcos. Así pues, desde aquella noche, los colaboradores de Gehlen, esos humanoides de dientes afilados y peludos cuerpos de lobo gris sucio, pasaron a tener ese nombre para Otto, para Mokka y para mí, excepto cuando yo mismo me convertía en uno de ellos.

A mí el profesor me comparó con Sauron, una especie de nigromante, por lo que entendí, y luego me enteré de que se había cambiado el nombre alemán a John Tolkien, pues, lamentándolo mucho, una vocal con *Umlaut* como la «ü» lo tenía más que difícil para imponerse en Inglaterra.

A Sefton Delmer, el enano de Moria, los orcos lo tenían preocupado.

Otto le había hablado del éxito con que había conseguido meter no sólo el pie en el gobierno de Bonn y hacer valer el poder del mal en el sector británico. Delmer inició una ofensiva que tuvo su eco. El 17 de marzo de 1952, el periódico londinense *Daily Express* publicó un largo artículo suyo que llevaba el título de: «El general de Hitler espía ahora por un puñado de dólares.»

No lo quiero aburrir, de verdad que no, pero las líneas con que se iniciaba aquel artículo aún me las sé de memoria, por los mismos motivos que hacen que otra gente se sepa poemas de Goethe:

Presten atención a un nombre que anuncia cosas terribles —empezaba el panfleto de Delmer —. Representa a quien, en mi opinión, constituye el explosivo político más peligroso de la Europa Occidental de nuestros días. Ese nombre es Gehlen.

Hace diez años se lo consideraba uno de los más capaces entre los altos mandos del ejército de Hitler. Hoy, Gehlen es la rúbrica de una organización secreta que posee un poder destructivo cada vez mayor. Al tiempo que él ha ido desplegando el alcance de su organización, se han incorporado a ella un sinnúmero de antiguos nazis y miembros de las SS y del SD que ahora disfrutan de su plena protección. Hoy, Gehlen es la cabeza de una unidad de espionaje que, al abrigo de la bandera de Estados Unidos, tiene agentes en todos los lugares del mundo. El peligro que se desprende de esta organización habrá de verse en el futuro.

Aquel artículo cayó en Camp Nikolaus como una bomba.

Del doctor Gehlen no se había hablado jamás en los medios. No había fotos suyas ni

descripciones, no había ningún informe. No había entrevistas, él nunca hacía comentarios, muy raro era que se quitara las gafas de sol, y lo hacía de mala gana sólo cuando no tenía más remedio, y el sombrero, igual. Hasta aquel momento, el doctor se creía tan secreto que incluso lograba convencerse a sí mismo de que no existía.

Nada más lejos de la realidad.

18

Mientras Anna se hacía mayor, pero no crecía, mientras Hub luchaba como un desesperado por conservar su cargo y sus funciones, que se le escapaban de las manos cada vez más claramente, mientras Ev se refugiaba en su labor de pediatra para superar los constantes altibajos de aquella segunda oportunidad que le daba a mi hermano por tercera, cuarta o hasta quinta vez sin que él se diera cuenta, mientras mamá organizaba pequeños círculos de lectura protestantes en la católica Pattendorf como particular forma de resistencia y ya tenía dispuesto a la conversión al Barbillota, mientras Maya y yo nos ilusionábamos cada seis meses, en Karlshorst, con tener alguna vez una vida y Mokka caía poco a poco en una tristeza que trataba de romper con sus risas, mientras que la risa de Hub no hacía sino alimentar su rabia y la risa de Anna era una explosión de energía vital y la de Ev era más que infrecuente... Mientras sucedía todo esto, la guerra no declarada contra Otto John llegó a su última fase.

Al final él mismo se derrumbó y con ello desencadenó el resto.

Una noche, el Bebedor se encontró al señor John flotando en su piscina, delirando. Lucie había ido a Londres a pasar unos días con su hija y todo apuntaba a que su esposo se había tomado un cóctel de barbitúricos, neurolépticos, triptaminas y whisky escocés de doce años que —menos mal— su estómago fue capaz de devolver tiñendo la bella piscina azul de un tono no tan azul. Otto estaba hecho una ruina, física y psíquicamente. Tuvo que venir Wowo desde Berlín, pues el paciente se negaba en rotundo a que lo tratase ningún otro médico.

Wowo me llamó a mí desde Colonia.

—Creo que ha llegado el momento —farfulló.

—¿Seguro?

—Manía persecutoria en grado severo. Reacciones paranoides. Debería usted venir.

—¿Le parecerá bien a Lucie?

—Es importante que sus amigos pongan todo de su parte para hacerlo sentir mejor. —Suspiró, dándoselas de santo—. Él mismo verá que seguir en su cargo sólo conlleva acabar con su salud.

—Está bien, señor Wohlgemuth —respondí como una serpiente—, es fundamental que lo hagamos todo por su salud.

—Él valora mucho su opinión. ¿Podemos contar con usted?

Yo sabía que el KGB le había ofrecido a Wowo la dirección de la clínica de cirugía de la Charité, el hospital más importante y puntero de la RDA.

Como sucesor de Ferdinand Sauerbruch, de quien tiempo atrás había sido discípulo: ése era el gran premio que recibiría a cambio de su traición.

—Cómo iba yo a dejar en la estacada a Otto —dije con un ligero exceso de complacencia y colgué el teléfono.

En la villa de Bormann sacaron el champán para brindar, y los orcos lanzaron gritos de júbilo, pues ya estaba claro el adiós a aquel «Protector of the Constitution» impuesto por los británicos y fiel a sus principios.

Esa misma noche aún escribí una carta larga a Maya, diciéndole que ya sólo necesitaba tener un poquito más de paciencia, y puse a sus pies mi negro corazón.

La victoria estaba tan cerca...

Por desgracia, Mokka entró en mi cuarto, vio que estaba escribiendo una carta y cómo mi rostro, bañado por las lágrimas, se convertía en cara de póquer en cuestión de un segundo. Como tantas veces, empezaron a temblarle los labios, un temblor que a mí me excitaba, pero ella no me dijo ni palabra, sino que salió dándome la espalda.

También había llegado la hora de pensar en lo que fuera con tal de librarme de ella de una forma elegante y al mismo tiempo definitiva. Pues, con todo lo mal que la trataba, Mokka nunca captaba las señales o no era capaz de interpretarlas. Realmente albergaba la esperanza de que algún día nos casaríamos. Yo me portaba como un canalla, pero me hacían más canalla todavía mi preocupación y mi incapacidad para hacerle daño a propósito y cortar por lo sano sin seguir dándole vueltas.

Cuando llegué a Colonia, a primera hora de la tarde, respaldado por los mejores deseos de buena suerte por parte del doctor Gehlen, de Nikitin y hasta de la pequeña Anna (quien, como Ev, se creyó que iba a una subasta de arte), no tardé en ver claro que resultaría muy fácil rematar a Otto. Tenía la cara inflamada, el brillo de sus pupilas se veía como empañado y, en cierto modo, su estado mental no se diferenciaba gran cosa del de mi hermano. Ambos habían dejado de entender el mundo, ambos estaban hundidos sin saber ni qué hacer consigo mismos, ambos ciegos de los ojos con los que me miraban.

—Todo le ha caído encima al alegre Otto... —me dijo en tono apagado, según entré por la puerta—, todo le ha caído...

Una frase muy extraña, cargada de autocompasión, pronunciada en un galimatías de dialecto, con los ojos cerrados y la boca torcida, torcida como la de un senador romano al que acaban de envenenar; y parecía muerto, allí tumbado en el sofá de su sala de estar, envuelto en un camisón

blanco manchado de mermelada. Lucie estaba sentada a su lado y le refrescaba la frente con un paño mojado, de color azul. De pie, detrás de ellos, vi a Wowo preparando una inyección. Aun fue capaz de enjugarse una lágrima.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunté muy contrito, depositando mi maleta en el suelo.

—¡Menuda sorpresa que ahora vengas de visita tú! ¿Qué va a acabar siendo esto? ¿Una «reunión de chicos malos»?

Se quitó el paño de la frente y me miró. Y en su mirada capté algo con lo que no había contado, una voluntad incondicional de defenderse, una voluntad que hasta entonces había permanecido muy bien escondida bajo su fragilidad y cuya fuerza no se había manifestado aún en aquella sala.

—¿Qué quieres decir, Otto?

—Ven, que te lo enseño —dijo en un tono casi de confidencia y se levantó poco a poco.

—*Honey, please*! —le suplicó Lucie para que se acostara de nuevo.

—Sólo vamos un momentito a la oficina. Enseguida estamos de vuelta.

—No te excedas cometiendo ningún esfuerzo —le rogó entonces Wowo.

—Creo que el esfuerzo le va a tocar más a Koja.

Dejó que Wowo le pusiera la inyección de pie. Luego salió para cambiarse de ropa.

Me invadía el desasosiego mientras recorríamos Colonia en el coche oficial de Otto. El Bebedor iba al volante, y me lanzaba miradas a través del espejo como para advertirme de algo, o esa sensación me daba a mí. Otto, por su parte, se mantenía frío y distante. Su mano jugueteaba con el paño azul, que se llevaba de cuando en cuando a la frente palpitante.

Sus oficinas ocupaban un edificio de nueva construcción de ocho plantas en la misma Ludwigstraße, un bloque desprovisto de cualquier adorno que habían levantado de un día para otro con planchas de cartón y cemento, dando muestra del peor gusto imaginable.

En los pasillos todavía se olía a pintura y barniz recién dado. Los suelos se hallaban recubiertos de una resina de color rojo, la variante barata del linóleo. El contraste con los ostentosos salones de la villa de Bormann de Pullach no podía ser mayor. Aquello no encarnaba la parodia de la casita de Goethe, sino la modestia en el peor de los sentidos. Nada de grandes alardes. Si acaso, alarde de pequeñez. Hasta la iluminación de los techos, bombillas envueltas en rejilla de latón, parecía simbolizar el desprecio por una institución que se bastaba y se sobraba ella sola con su nula influencia.

Otto me condujo hasta su despacho, cuya antesala era tan diminuta que parecía como que le faltara la mitad. La secretaria nos miró con cara de susto. Ya estaba con el abrigo y el sombrero puestos para dar por terminada su jornada laboral. El jefe le hizo un vago gesto con la cabeza (y

el paño azul a ella pegado), me abrió la puerta del despacho indicándome que pasara, yo entré y, antes de que llegase a decirme nada, sentí una corriente de aire frío, tal vez porque la ventana oscilobatiente estaba abierta, tal vez porque aún no habíamos cerrado la puerta, tal vez porque fue como sentir la caída libre desde la altura de los ocho pisos que acababa de subir, pero sin estamparme en ninguna parte. En la pared de detrás del escritorio de Otto, que era del mismo color verde del puente de Colonia y me quedé mirando pasmado, estaba el cuadro del hombre azul que habla con su esposa mientras al otro lado se le abraza su amante desnuda.

El cuadro.

¿Se acuerda del cuadro?

El Picasso que le robé.

Y justo al lado: Käthe Kollwitz, contemplando con sus ojos grandes y tristes aquel despacho pintado de verde intenso y decorado con muebles de Thonet, donde también había dos lanzas zulúes en el último rincón (regalo de la Delegación de las Colonias Británicas).

—Siéntate, por favor —dijo Otto, y mi cuerpo fue a parar a un sillón de tubo cromado recién salido de la fábrica, con tapicería en lana de cuadros, donde sin duda no ha vuelto a haber tanto pánico sentado encima jamás. El señor John le dijo a su secretaria que podía irse a casa, se despidió en dialecto y cerró la puerta. Se dirigió a un aparador, sacó dos tazas, levantó la tetera del tablero de cristal de la mesa y me sirvió un té de un color negro violáceo que debía de estar aún más frío que el ambiente. Luego se dejó caer en otro sillón enfrente de mí, y vi cómo también él, sin quitarse el paño de los ojos, se servía una taza de té. Le temblaba la mano.

—¿Te acuerdas de estos dos cuadros, Koja?

—Sí —dije yo.

No sabría decirle quién de los dos tenía la tez más gris y más enfermiza.

—Hace dos semanas fui a ver a Ivone.

Se refería al comisario jefe de las fuerzas de ocupación británicas.

—Los tenía colgados en el salón. Así, por las buenas.

Chasqueó los dedos.

Regalo de la *American Administration*.

—Es increíble que hayan vuelto a aparecer.

—Sí, es *unbelievable*.

Otto hablaba con esas bellas vocales como turbias que otorgan su particular encanto al dialecto de Hesse y consiguen que hasta los comentarios más sarcásticos conserven un resto de calidez humana.

—¿Hay alguna cosa que me quieras contar, Koja?

No había nada en absoluto que quisiera contarle.

Mientras que, en una situación similar, Gehlen habría empezado por coger la taza, echarle sus

tres cucharadas de azúcar para luego pasarse una eternidad removiendo con la cucharilla y destrozándome los nervios con ello, Otto era y estaba demasiado nervioso y perplejo como para utilizar como arma el recurso de ralentizar la acción. Apuró el té como si fuera una medicina y se deslizó hacia delante para quedarse sentado en el borde del sillón.

—Entonces tendrías que saber que estas obras de arte que, en su día, fueron de mi propiedad y que algún bastardo me robó de mi propio salón y que eché de menos como un puma a su cachorro... —necesitó tomar aire al levantar la vista hacia el Picasso—, estas obras de arte, como te decía, proceden de los fondos que tiene el ejército americano y que, a su vez, robaron los nazis.

—¿Cómo dices?

—Estaban almacenados en un sótano de la CIA en Múnich. Son cuadros que no se han restituido a sus propietarios. Y al parecer se sabe quiénes fueron esos propietarios.

—Qué cosa tan rara.

—Tampoco tanto...

—¿Pretendes decirme que crees que la CIA... que fue la CIA quien te robó los cuadros de tu casa?

—Sí y no.

—¿No?

—De haber sido la CIA, los americanos no habrían ido regalándolos luego a lo tonto, y menos a un tipo como Ivone. Ahora bien, para la *Agency* también trabaja la gente de Gehlen... —de nuevo necesitó una pausa para sus pobres pulmones, y luego repitió en dialecto—: la gente de Gehlen.

—Entiendo.

—No, creo que no lo estás entendiendo. Estos cuadros aparecieron hace cuatro semanas... y, claro, yo puse en marcha una investigación.

Sus dientes resplandecían en una sonrisa desencajada, muy poco natural. Dejó el paño a un lado, se puso de pie, se dirigió dando ligeros tumbos hasta un armario donde guardaban documentación y me di cuenta de que se le había olvidado ponerse calcetines. El zapato izquierdo se le incrustaba en un tobillo visiblemente inflamado. Abrió la puerta del armario y sacó un archivador grueso, de esos de la marca Leitz para hojas perforadas. Me lo puso delante, encima de la mesa, y empezó a pasear por la habitación, medio arrastrando el pie izquierdo.

—Los orcos están por todas partes, Koja. Llevan años espiando a tu querido Otto.

—Debes tener mucho cuidado con ciertas incriminaciones. También Wowo lo dice.

—¿Quién me recomendó a ese chófer?

—Es de la más absoluta confianza.

—De absoluta confianza sería quizá en la guerra, a la hora de matar rusos. De eso lo conocerás tú, supongo.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? Qué cosas tienes, Otto, de verdad. ¿Me quieres decir de una vez a qué viene todo esto?

—A ver, una cosa después de la otra. No todas a la vez, que se atragantan, como dicen en mi tierra de las albóndigas —prosiguió, ya siempre en dialecto.

—¿De qué estás acusando al Bebedor?

—No me creo que sorprendiera a los ladrones en su día.

—¡Pero si le clavaron un cuchillo!

—Sí, el suyo propio.

—Otto, de verdad que esto es absurdo.

—¿Quién recomendó al chófer?

—Ya lo teníamos.

—¡Me lo recomendaste tú!

—¿Adónde pretendes ir a parar, Otto?

—Trabaja para Reinhard Gehlen.

—Imposible.

Otto me señaló el archivador.

—Página 324.

Yo lo comprobé.

—¡Por el amor de Dios! —dije.

—Y ahora hablemos de ti.

De golpe, casi se me sale el corazón por la boca. Hasta podía oír los latidos desbocados. Me veía nadando en sangre.

—Página 325 —dijo, y añadió—: Esto no va a tener arreglo en la vida.

Se mantuvo en un silencio lleno de rencor mientras yo leía el informe de la investigación de mi propia persona, lo que me permitió poner en orden mis ideas.

A través del campo de minas que era aquel texto sobre mí pude comprobar que la Oficina para la Protección de la Constitución tan sólo había descubierto que al principio había trabajado en Pullach como arquitecto. Ni de mi participación en el programa del Red Camp ni mi actividad dentro de la sección principal de interior de la Org se sabía nada. Así pues, intenté controlar el rubor y me agarré, como quien dice, a un clavo ardiendo. Levanté la mirada hacia el libro abierto que era mi interlocutor, torturado por la migraña, y me puse a hojearlo. Lo más importante en una situación así es dar una explicación al instante. En el ABC del espía se aprende muy pronto que, si callar es plata, hablar es oro.[41] Me puse a hablar a vida o muerte, sobre todo, por la vida de Maya («Mira, Koja, déjalo, que este fregado no hay por dónde cogerlo», decía Otto). En

cualquier caso, yo no paraba de hablar, y cada palabra que salía por mi boca era mentira, pero la mentía con tal pasión que yo mismo me convencía plenamente de no estar diciendo más que la pura verdad («Anda ya, déjate de cuentos», seguía replicando Otto en su tremendo dialecto). Yo le aseguré que jamás había trabajado para la Org, sino que me habían empleado en Pullach un año nada más como arquitecto y con una tarea tan humillante como construir un muro («Yo toda esta mierda es que ya no puedo ni escucharla»).

—¡Mi hermano me consiguió el trabajo! —exclamé—, ¿acaso tenía otra opción que no fuera morirme de hambre? Ya sabes que le faltó un pelo para mandarme ejecutar. Y que me encargasen aquel muro fue su forma de reparar el daño y reconciliarnos. A continuación empecé con la galería de arte. ¡En la vida habría trabajado yo para un tipo como Gehlen! ¡En la vida! ¡Yo no tengo nada que ver con los nazis! —grité—. ¡Yo soy antifascista!

—Me has engañado.

—No. Te dije quién soy. Y todo cuanto te dije es cierto.

—Con lo bien que me caías, Koja. Anda que no te había tomado cariño.

Su respiración estaba aceleradísima.

—Lo único de lo que no te dije nada, Otto, fue de la actividad de mi hermano. Pero eso ya lo descubriste por ti mismo.

—¡No te creo! —gritó de repente, con la cara roja como el fuego.

—¡Yo soy artista, Otto! —me defendí yo, gritando igual de fuerte—. Artista y amante del arte, y sí, también soy arquitecto. ¡Por Dios! Si hasta construí un parque infantil en Pullach. Con dos pequeños columpios. ¿Me convierte eso en un criminal?

Otto agarró el paño azul y me lo tiró a la cara con toda su fuerza. Quizá ese detalle ya lo diga todo de cómo era. También habría podido tirarme la taza o —como hubiera hecho Gehlen— una de las dos lanzas zulúes que tenía detrás. Sin embargo, tirarte un trapo mojado era la mayor violencia de la que era capaz Otto. Yo mantenía la mirada fija en aquel hombre que encarnaba la indecisión en persona, indecisión furiosa pero tanto más atormentada cuanto más tiempo lo miraba yo, y al seguir mirándolo un rato más intuí que aún me quedaría una última oportunidad.

Él se volvió para darme la espalda, apretando los puños y debatiéndose consigo mismo.

—Júrame —me dijo al cabo de media eternidad, que aprovechó para apretarse los puños contra la cabeza—, júrame que nunca has trabajado en contra mía.

—Lo juro.

—Júralo por tu amor a Mokka.

Dado que no amaba a Mokka, pensé que jurar aquello no me costaba nada.

Después de aquel juramento de emergencia, repugnante y cobarde, y que no me quitaría el sueño hasta muchos años después, cuando realmente me atormentaría por ello, Otto se dejó caer como un fardo en su sillón y se quedó como muerto. La inocencia de su alma infantil no corría el

peligro de que se pusiera a analizar las cosas racionalmente. Le hubiera bastado con esforzarse un poco por atar cabos y me habría sacado todo. Pero Otto John no tenía remedio, era un romántico redomado y, débil como todos los románticos, incapaz de creer que la gente en quien confiaba pudiera ser lo más ruin que hay sobre la faz de la tierra. Para ser el jefe de unos servicios secretos, desde luego que era la persona menos idónea que quepa imaginar. Hasta el osito Pooh es alma menos cándida que él.

Todo ello no quita que fuera un hombre inteligentísimo, y allí estaba, sentado enfrente de mí y sin creerme una palabra de cuanto le estaba diciendo. Al mismo tiempo, tampoco es que no me diera crédito. Porque mis argumentos sonaban muy convincentes, y Otto John se dejaba guiar por el oído. Para él, la belleza de una voz era más importante que el contenido de lo que le dijera. Por eso se había casado con una cantante, supongo.

—Gehlen se piensa que me va a retirar de la circulación —musitó en tono apagado, se quitó el zapato que le hacía daño y lo lanzó al rincón—, pero va a ser él al que retiren de la circulación.

Ése sí era momento de callar, de mantener la boca cerrada, de guardar la belleza de mi voz.

—¿Sabes cuántos miembros de las ss hay en la organización de Gehlen?

Yo no lo sabía.

—¿Tenías la menor idea de que dos tercios de los altos funcionarios de la Oficina Federal de Investigación Criminal son antiguos oficiales de las ss?

Yo no tenía la menor idea.

—¿En algún momento te has enterado de que medio ministerio está compuesto por antiguos miembros del Partido Nacionalsocialista?

No.

—¿Y aún te las das de antifascista?

—¿De qué me estás hablando?

Señaló de nuevo el archivador.

—Como ese archivador tenemos ciento cuarenta. A rebosar todos de cuanto hay que saber sobre la Hydra.[42]

—¿Datos de investigaciones?

—Expedientes de las ss.

—¿Expedientes de las ss?

—Expedientes personales del Berlin Document Center. Y de otras fuentes.

—¿Y pretendes recurrir a esos expedientes para acabar con Gehlen?

—Gehlen. Adenauer. Schröder, el ministro de Asuntos Exteriores. La pandilla completa.

—¿Estás loco?

—Lo voy a sacar todo en la prensa.

—¿Estás loco de remate? —le repetí.

—No sé si todavía puedo fiarme de ti, Koja. Por mí, como si te vas de la lengua con esto. Me da igual. Esto es imparable. Hay cosas ahí escritas...

Rió en voz baja y se puso a masajearse los nudillos, rojos de sangre.

—Tu hermano estuvo en Riga. Participó en las masacres a los judíos. En primerísima línea. Ahí lo pone. Y la familia de Lucie fue deportada a Riga.

—Estás cometiendo un error.

—Y a mi hermano lo torturaron hasta matarlo en un campo de concentración. Le cortaron los párpados para que no pudiera volver a dormir nunca. ¿Sabes lo que les pasa a los globos oculares si te quitan los párpados?

—No puedes entregar ese material a la prensa.

—Lo mismo que a las manzanas: se pudren.

—No me escuchas, Otto.

—Más les vale abrigarse bien. A tu hermano lo condenarán por asesinato. Se lo puedes ir anunciando. Y a Gehlen le vamos a fusilar a todos esos criminales de guerra que tiene a su servicio.

Yo aparté la vista hacia un lado, buscando consuelo en el hombre azul de la pared, preguntándome cómo podía ser que amase a dos mujeres a la vez, y recordé esa frase tan maravillosa de Picasso que dice: «Un cuadro no es para decorar un salón, sino que es un arma de ataque y de defensa contra el enemigo.»

Ante aquella idea heroica, casi el polo opuesto de la opinión que tenía mi padre sobre el arte, pues se había pasado la vida pintando sin otro objeto que decorar salones, para colmo con bacantes y erecciones fabulosas, casi se me olvidó que Otto John ya era un hombre muerto.

19

Me desperté y me incorporé del susto. Pero sólo era Maya arrimándose a mí. Había ido al baño, oí el agua de la cisterna. La mayoría de las veces intentábamos mantenernos despiertos los dos días que nos concedían para estar juntos. Sin embargo, cuantas más horas pasaban, más tendíamos a quedarnos dormidos. Como granaderos de guardia a los que se olvidaran de relevar.

Miré el reloj mientras ella apretaba la cabeza contra mi brazo. Nos quedaban cincuenta minutos.

—Alemania ha ganado el campeonato del mundo —susurró Maya.

—¿Qué?

—Eres campeón del mundo.

Había pegado la oreja a la pared del baño, como hacíamos siempre que nos sentábamos en el retrete. Sabíamos que al otro lado de la delgada pared estaba el agente que seguía todos y cada uno de nuestros movimientos a través de los micrófonos escondidos tras el papel de las paredes, en los enchufes o en las barritas metálicas que sujetaban las alfombras. Solía oír la radio, cosa que tenía terminantemente prohibida, pero que yo prefería mil veces a que nos escuchara a nosotros.

—Lo acaban de decir en las noticias: tres-dos contra Hungría.

—Entonces podemos hablar tranquilos.

—Sí, podemos hablar, no nos oye.

Y qué iba a oír más allá de los inequívocos sonidos que van aparejados al fogoso amor físico, y las palabras de ese otro amor más profundo: los *kisskaja*, «gatito», *zajushkaja*, «conejito», *slatkaja*, «tesorito»... Todo aquello debía de procurar un aburrimiento mortal a la media docena de oídos del KGB que se requerían para vigilarnos todo un fin de semana.

—¿En qué piensas, *kisskaja*? —preguntó Maya.

—Sólo nos quedan cincuenta minutos.

—No pienses en eso.

—Bueno, pues no lo pienso.

—Qué a gusto hemos estado también esta vez.

—Sí, mucho.

—Pero tú estás angustiado.

—Mi amor...

—No quiero que estés angustiado nunca más. Te cantaré canciones. Luego.

—¿Qué tipo de canciones?

—Canciones que te pongan contento. Por ejemplo, la de la orillita del río Kazanka.

—¿Y ésa cómo es?

—Luego la cantamos, cuando nos escuchen.

—¿Se la vas a cantar también al agente?

—Si eres tú el que ha dicho que ahora íbamos a hablar...

—Mi amor.

—¿Qué es lo que te angustia tanto? ¿A qué se debe ese pu-pum, pu-pum, pu-pum?

Se refería a mi corazón y me dio unos golpecitos con el índice en el lugar.

Con el tiempo habíamos creado muchas palabras propias para designar las cosas que eran importantes durante aquellas horas. Yo veía el techo, con la pintura de mi padre ya deteriorada, y albergaba la esperanza de que aquélla fuese la última vez.

—Tengo que hacer una cosa que me resulta muy difícil.

—¿Qué tienes que hacer?

—No puedo decirlo.

—Qué pena.

—Pero no quiero que pienses que soy una mala persona.

—Tú eres la mejor persona que conozco.

—Pero también soy malo. Porque quiero a muy poca gente.

—Sólo me quieres a mí.

—Tan malo tampoco soy.

—Yo nunca he querido más que a canallas, porque son los que mejor besan.

—Mi amor...

Al despedirnos, le dije que la siguiente vez por fin la llevaría conmigo. Que eso era tan seguro como el amén de la misa.

Por entonces creí que Maya estaba más contenta que nunca, porque aquella perspectiva era una promesa de felicidad.

¿Era atractiva? Se le había caído mucho el pelo y la dentadura llena de huecos y sus facciones de tártaro, como ella decía, afeaban su aspecto.

Sin embargo, con todo lo echada a perder que estaba su belleza, la adornaban otros incontables detalles: su sonrisa, su cuello, su orgullo intacto a pesar del largo cautiverio, sus omóplatos, que se mecían como los campos al viento, el blanco de los dientes que le quedaban y que, después de

todo, no eran tan pocos (veintitrés), los pelillos de sus brazos, su cuerpo de hayas y abedules, sus ojos del color del ámbar.

Parece un cliché hablar de los ojos del color del ámbar, es como la típica metáfora cursi para no decir castaño claro sin más. Pero los ojos de Maya sí que tenían algo de esa resina fosilizada, tenían algo de la sabiduría ancestral que se expresa en la sangre de los árboles y que yo, de niño, había buscado muchas veces en las playas de Riga. Y lo encontraba ahora, en la última mirada que me dedicaba.

Aquel brillo.

Después tuve que presentarme ante el camarada Nikitin. Ofrecía un aspecto horrible. Se lo veía enfermo y viejo como nunca. Sus ojos sí que hubieran necesitado unas gafas de sol mucho más que los del doctor Gehlen. Sólo venía de Moscú una vez al año para darme instrucciones. Me extrañó que me recibiera en un despacho enano, un cuchitril, y no en el magnífico despacho oficial que, por lo general, tenía reservado en Karlshorst. Me adivinó el pensamiento y casi se disculpó por lo estrechos que estábamos.

—El otro despacho lo están arreglando, camarada Cuatro-Cuatro-Tres. Van a ponerlo todo nuevo.

—Ah, pues que sea todo nuevo está muy bien.

—¿Verdad que sí? Aunque para la próxima vez ya se verá igual de viejo.

Le pregunté directamente si nuestro acuerdo seguía en pie. Confirmó que sí. Le pedí que me diera su palabra. Algo absurdo, en realidad, teniendo en cuenta que yo ya no valoraba ni la mía propia, pues había traicionado y vendido a Mokka y a Otto John y a mi propio hermano e incluso un jugoso pedacito de nuestra patria.

Nikitin me miró. En su mirada no había ni un ápice de burla.

—Le doy mi palabra de que la camarada Tres-Tres-Uno y usted serán empleados juntos en Alemania Occidental cuando haya completado su misión. Eso sí, con la única condición de que su primer retoño se llame Nikitin. Nikitin II.

Aunque Nikitin, como siempre, estaba medio de guasa, no dejé de notar que en sus bromas también había una concentración o tal vez incluso una tristeza que me resultaba nueva. Es posible que tuviese que ver con las circunstancias tan difíciles que le había tocado vivir durante el último año, y me limitaré a mencionar el 17 de junio de 1953.[43] Un millón de obreros reivindicando sus derechos por las calles, huelgas y protestas masivas como volcanes en erupción, docenas de muertos. Para el KGB había supuesto mucha presión, pues el levantamiento popular en la RDA no lo habían visto venir ni por casualidad, y la escalada de los acontecimientos fue una sorpresa muy desafortunada.

Pregunté a Nikitin si no podía haber otra solución para Otto John más allá de la prevista. Lamentó que no. Cuando ya estaba yo en la puerta, volvió a decir mi número de agente y me volví.

—Enhorabuena, por cierto —dijo rascándose el mísero resto de bocio que le quedaba—, un fabuloso gol de Rahn.

• • •

Unos días más tarde mi hermano me explicó cómo era el plan.

Nos reunimos en el hotel Kempinski.

Nos reunimos en el hotel Kempinski, porque no podíamos hacerlo en casa de Anna Ivánovna, que había muerto de gripe unos meses atrás. Nos dejó en herencia una cama antigua, muchísimas fotos de Großpaping, un amuleto, cinco iconos, dos sombreros con plumas de avestruz, el samovar al que tanto cariño le tenía, un libro con recetas de cocina rusa escritas a mano y los papeles originales de Ev.

Cuando Ev, después del entierro, se encontró con sus documentos en la mano y leyó los nombres de sus padres, los nombres de Meyer y Murmelstein, a mí se me quitó un peso de encima. Ahora había documentos. Ev no tuvo que confesar que ya conocía sus orígenes desde hacía años, porque se lo había revelado nada más y nada menos que el intrigante del hermano de Hub, en tiempos Hauptsturmführer de las SS, Koja Solm después de dos días de sexo ininterrumpido y melancólico en Breslau.

Ese mismo día, con su partida de nacimiento en mano, Ev fue a Pullach a la puerta de la Org a recoger a Hub, a quien ver allí a su mujer le hizo mucha ilusión, aunque se le amargó enseguida, pues ella le mostró los papeles y le explicó que era judía, con lo cual su hijita era medio judía. Los papeles de Anna Ivánovna no dejaban ningún lugar a la duda. Así pues, Ev pretendía acudir de inmediato a la comunidad judía de Múnich, o al menos a lo poco que quedaba de ella, y además para implicarse todo lo activamente que pudiera.

Se compró en el mercadillo algunos objetos propios del culto judío: un candelabro de Janucá, velas trenzadas, varios amuletos con la estrella de David (incluso uno para Hub... ¡esto hay que imaginárselo!). Además, se hizo con un recetario de cocina kosher. A Anna le parecieron tan ricos los dulces, las *ma'amul* de nuez y las orejas de Hamán, que le dijo a Hub que estaba contentísima de ser una «judía golosona». En aquellos días pintó también su primer autorretrato, para el que eligió la pose de la reina Ester, con grandes ojos perfilados de negro y una corona oriental en la cabeza.

• • •

En realidad, yo iba a contarle que me reuní con Hub en el hotel Kempinski.

Ahora bien, hágase a la idea de lo alterado que estaba mi hermano por entonces.

Después de todas aquellas novedades, Hub —o al menos su «yo evangélico»— no había reaccionado, sino que parecía anestesiado (como un elefante al que le lanzan un dardo de anestesia a través de una pajita y se mantiene en pie a pesar de todo). Pasadas varias fases de anestesia, sin embargo, tuvo varios ataques de ira con motivo de los cuales Ev tuvo que llamarme varias veces. Yo siempre acudía corriendo a la Biedersteiner Straße, y la pequeña Anna lloraba mucho y decía que mami y papi se habían gritado de un modo terrible, y me escenificaba lo que había oído.

La risa y los gritos de Hub se alternaban, y uno ya no sabía a cuál de las dos cosas tenerle más miedo.

Y luego, dos semanas más tarde, nos reunimos en el hotel Kempinski, en una espaciosa suite decorada con mucho gusto, y me enseñó el arma con la que se suponía que debía eliminar al presidente del Servicio Federal para la Protección de la Constitución.

En aquel *best-seller* que había escrito en su día, *Perder un brazo es ganar de otra forma*, su almanaque de autoayuda para amputados de brazo, Hub daba instrucciones sobre cómo limpiar, cargar, colocar y quitar el seguro y disparar un arma con una sola mano. El capítulo lleva el título un tanto rebuscado de «Manejo sin mano». Sujetando la Walther PKK contra el suelo con el pie derecho, Hub me mostró todos los detalles del procedimiento de uso de la pistola con la mano izquierda, lo cual no dejaba de ser raro, puesto que yo también lo conocía perfectamente.

—¿Para qué haces eso, Hub?

—Te estoy ofreciendo instrucción profesional.

—Ya sé cómo funciona.

—No la fastidies, ¿me oyes? ¡No la fastidies!

Botón liberador del cargador.

Palanca de retenida.

Presión del resorte.

Percutor.

Retirada de seguridad.

Le tuve que enumerar todas las partes del arma.

Hub estaba nervioso. Pues aquella operación —y el doctor Gehlen lo había dejado bien claro — era su última oportunidad para seguir siendo parte del reducido círculo de la élite de la organización.

Tres semanas antes, al dar la noticia en la Org de que a Otto John ni se le pasaba por la cabeza

dimitir, lo primero que surgió fue un tremendo revuelo; cuando aporté informaciones más precisas, se impuso la consternación. Y luego llevó directo a la histeria el dato de que tenía ciento cuarenta archivadores llenos de material como para que a la cúpula de Pullach entera le cayesen varias docenas de años de cárcel para repartir a partes iguales.

Heinz Herre, por ejemplo, el enjuto oficial que nos hacía de enlace con la CIA, se puso en pie al final de la reunión para tratar el estado de las cosas, sacó los dientes y propuso prenderle fuego al edificio de la Oficina para la Protección de la Constitución durante la noche, así sin más, para librarnos de todos los condenados archivadores y, con suerte, también de unos cuantos de aquellos eficientes izquierdistas de mierda. Total, si hasta aquel edificio de nueva construcción era un insulto a la estética de la ciudad, gritó.

A Heinz Felfe le parecieron de maravilla las implicaciones estéticas de tal solución, pero le vio el problema de que también se llevaría por delante los datos que existieran acerca de enemigos de la Constitución de la RFA.

Herre, como un basilisco, soltó que eso daba igual, que a la Org le sobraban ya enemigos de la Constitución para meter entre rejas y que no necesitábamos a toda esa panda de aficionados de Colonia.

Otro musitó con mucha cautela que en los laboratorios de la CIA estaban investigando sobre unos escarabajitos tropicales que se alimentan de papel y que, en cuestión de pocas horas, son capaces de devorar archivos enteros, igual que harían las pirañas con un rebaño de terneros. Que veinte mil deberían bastar.

Alguien rió, y faltó bien poco para que llegaran a las manos.

El único que se mantuvo frío como el hielo fue el doctor Gehlen; dejó que todo el mundo hablara y, al final, intervino:

—El problema no son esos archivadores.

Al instante se hizo el silencio.

—Eso es cierto —añadió Hub—. El material que pueda haber en esos archivos no es el problema. La mano derecha de Otto John, Albert Radke, es de los nuestros desde hace años. Para él no sería ninguna complicación hacerlos desaparecer en cuanto John dejara el cargo.

—Pues eso es justo lo que no está dispuesto a hacer —repliqué yo.

—¡No! —rugió Herre— ¡Ése pretende matarnos!

—Por eso el problema es el señor John —dijo el doctor.

Luego mandó a todos fuera de la sala de reuniones... a todos excepto a Hub, a Felfe y a mí.

Tres antiguos oficiales de las SS y un antiguo general de Hitler fueron los que quedaron para salvar a la democracia occidental de un loco peligroso, poseído por la absurda idea de que en la nueva República Federal aún había oficiales de las SS y generales de Hitler por todas partes.

—Bien, caballeros, entonces ¿qué proponen? —preguntó Gehlen ofreciéndonos café, pastitas

y refrescos, como tenía por costumbre en las situaciones catastróficas.

—Tenemos que presionar aún más a ese probritánico. —Felfe lo intentó como quien hace un gran descubrimiento.

—¿Y cómo se supone que habría que hacerlo, Friesen? —preguntó Hub sorbiendo su refresco de cola. Procuraba utilizar el nombre en clave de Felfe en las conversaciones siempre que podía, porque le encantaba lo repelente que sonaba—.[44] Mi hermano ya se ha encargado de que le llovieran los problemas por todas partes. Mayor rechazo público no puede tener.

—Así es —corroboré, señalando un artículo de la prensa que había traído—. En esta entrevista, el propio ministro de Interior, Schröder, llega a expresar su desconfianza de manera oficial.

—¡Léamelo en alto! —ordenó Gehlen.

Yo desplegué el periódico y leí:

—«Por lo que respecta a la seguridad interna de nuestro país, una vez que la RFA alcance la plena soberanía, tal como contamos con que sucederá dentro de pocos meses, tendrá las manos libres del todo...»

Me detuve, levanté la vista, expliqué que, atención, a continuación, venía el pasaje clave y proseguí:

—«...las manos libres del todo para encomendar las tareas propias de la protección de nuestra Constitución a personalidades que estén clara y realmente a la altura.»

—¿Eso dice el ministro? —Felfe se asombró.

—Exacto —dije—. Quiere en ese puesto a alguien que «esté clara y realmente a la altura».

—Vaya, vaya, muchacho —silbó entre los dientes Felfe.

—¿Eso quiere decir que, en cuanto se retiren los ingleses, se quitarán de en medio a John? —preguntó Hub.

—Bueno, tareas vinculadas a la protección de la Constitución está claro que no le van a encomendar más, eso lo pone aquí bien claro. Y también viene a decir que es un flojo.

—Es como para pegarse un tiro —gruñó Hub—, que tu propio superior haga unas declaraciones que dejan en ridículo así.

—Me temo que no será el señor John quien se dispare ese tiro a la cabeza —dijo Gehlen como quien no dice nada.

Todos contamos las cucharadas de azúcar que se echó al café. Cinco.

—Con este tiempo primaveral tan estupendo, creo que mejor me tomaré el café al aire libre, con mi estimado señor Friesen.

El doctor se puso de pie junto con Felfe, que ronroneaba como un gato en celo.

—Tal vez los señores Ulm y Dürer puedan reflexionar un poco sobre ello.

Esas palabras venían a ser una orden de liquidación.

¿Ha recibido alguna vez una orden de liquidación, swami?

Es un shock. No sólo para hippys, que ya consideran coger flores como un acto de terrorismo. Me quedé tan perplejo que, de golpe, tomé conciencia de toda mi energía bionegativa. Un término técnico que mi padre, en su día, había tomado prestado de su libro favorito: *Genie, Irrsinn und Ruhm*,[45] y que, por más que le doliera, no había podido evitar transmitir a sus hijos un día en que pilló a Ev, cuando tenía trece años, subida a la copa de un árbol de un jardín ajeno, sisando tres kilos de peras (en tanto que yo vigilaba sin éxito junto al tronco, tembloroso y con una cesta en la mano).

La energía bionegativa era, según la deducción de mi padre, lo que había hecho de Miguel Ángel, Benvenuto Cellini, Leone Leoni, Giuseppe Cesari, Caravaggio o Bernini ladrones, estafadores, falsificadores de monedas, homicidas o asesinos; en suma: una tremenda inclinación hacia lo criminal, especialmente arraigada en el alma de los artistas italianos y que, según su plena convicción, también nos había llevado a Ev y a mí hacia aquellas peras prohibidas.

Fue la única vez en mi vida en que mi bondadoso padre me propinó una tunda de azotes. Y fue especialmente dolorosa, ya que en ella iba incluido el castigo por los pecados de Ev (claro, a una niña no se le podía dar una azotaina, y menos aún con una fusta). Además, hube de aprender que incluso a un artista —pues eso esperaba papá que fuera yo— hay que medirlo con el mismo rasero que al resto de las personas por lo que respecta a la aplicación de las leyes.

—Corres peligro, hijo querido —dijo mi padre, próximo a las lágrimas, mientras después me untaba pomada en la espalda llena de marcas de la fusta—, un grave peligro.

Así pues, es posible que posea una psique rematadamente bionegativa y medio italiana, para que vea usted, swami, desde su perspectiva, que seguro que ya no tiene nada de imparcial.

Con todo y con eso, una orden de liquidación era, incluso para mí, algo tan inconcebible que, tras recibirla, no pude sino marcharme de Pullach sin despedirme ni articular palabra, con la esperanza de no haber entendido bien lo que me ordenaban.

Pero por supuesto que me habían ordenado lo que me habían ordenado.

Hub, por el contrario, hasta volvió a florecer.

No sintió más que puro gozo de hacerse cargo, dirigir y planificar la misión del doctor. Incluso dejó de beber y dobló sus horas de visita a la iglesia, tal vez porque vio claro que el cumplimiento de aquel propósito luego inclinaría su balanza considerablemente el día del Juicio Final.

Mientras que se pasaba los fines de semana arrodillado y rezando ante diversos altares, los días laborables los dedicó, con la ayuda de la sección operativa de la Org y en colaboración con Donald Day, a desarrollar un detallado programa altamente confidencial para un atentado que no tenía ni pies ni cabeza.

El centro de la operación sería Berlín. Allí tendría lugar un acto de celebración el día 20 de julio de 1954 con motivo del décimo aniversario de aquel otro atentado fallido a Hitler, de cuyos artífices —en parte fusilados, en parte estrangulados y en parte decapitados, cuando no se habían quitado la vida ellos mismos en su momento— no quedaban ya más que unos pocos supervivientes aunque, eso sí, entre ellos estaba el presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución: Otto John.

Así pues, estaba cordialmente invitado al evento.

No sólo el presidente de la República Federal de Alemania, además de notables representantes de alto rango de los gobiernos aliados, estarían pendientes de él durante el acto, sino también dos francotiradores ucranianos de lo que quedaba de mi tropa del Red Cap. Sus fusiles de precisión Springfield M1903-A4 tenían capacidad para dos disparos cada uno, eso sí, siempre y cuando se dieran las condiciones para disparar sin demasiados obstáculos.

Como el recinto entero, así como el Bendlerblock, el histórico lugar donde se celebraría el acto, estarían sellados por la policía, los francotiradores tenían que estar apostados en algún lugar del Tiergarten, el gran parque aledaño que, desde finales de la guerra, más bien era un inmenso solar lleno de cráteres de bombas. Era una lástima, pero por allí no pasaría la comitiva en honor de aquellos heroicos fallecidos por la causa.

Con lo cual, me necesitaban a mí.

Mi misión consistía en procurarle una invitación a Otto John y, durante la ceremonia, llevarlo a algún lugar que ofreciese un ángulo de tiro fácil a los orcos. En el caso de que ellos fallasen, tendría que sacar el arma yo y dispararles, como para defender a Otto, pero apuntando mal para no darles. Y ahí sucedería un lamentable accidente: una bala perdida iría a parar al cerebro del presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución, garantizando que descansara en paz.

En el caos generalizado que se formaría a continuación, los autores del atentado podrían subir corriendo a un vehículo del US Army que estaría dispuesto para ellos y ponerse a salvo. Ya estaba preparado también el escrito en el cual reivindicaba el atentado el KPD.[46] A mí no me pasaría nada, pues me protegería la Org, y como a ojos de todos era un amigo y marchante de arte de Otto John con quien éste llevaba años de trato frecuente, cualquier juzgado del mundo me absolvería de cualquier responsabilidad en tan trágico accidente.

Hasta ahí la teoría.

El plan, brillante, perfecto y avieso, no tenía más que una pega, a saber: yo mismo.

Yo no aceptaba aquel plan.

De ningún modo.

Y si me disgustaba tanto era porque, para ser más brillante, perfecto y avieso, lo único que faltaba era que también me eliminasen a mí. Pues, de paso, se habrían librado de uno de los principales testigos que luego podrían incriminar al doctor Gehlen. Y, en general: ¿para qué hacían falta dos francotiradores? No le veía el sentido. Si salen dos toreros al ruedo, también tendría que haber dos toros. ¿No tenía aquello toda la pinta de que el segundo toro era yo? ¿No aprovecharía Hub para realizar una mínima ampliación del radio de alcance de su encargo para librarse muy elegantemente de su hermano, de cuya lealtad nunca estaba seguro y que ya le había arruinado la vida una vez?

Nuestra relación empeoraba de día en día. No era sólo el trato con los orcos, con quienes empatizábamos en grados muy distintos, sino que yo veía cada vez más a Ev y justo eso era una provocación para Hub. Mi relación con su hija era más estrecha que la que tenía él, y es posible que se pudiera decir lo mismo de la relación con Ev, aunque ya nunca volviéramos a transgredir ciertos límites.

Él se daba cuenta de que lo mío con Mokka se estaba acabando y se sentía presionado. Le daba miedo, formulémoslo así. Y mi compromiso con el SPD, la vida acomodada que, de repente, llevaba gracias a mi galería de arte, el que yo hubiera subido de estatus social gracias a mi amistad con Otto, el aumento de mi prestigio a los ojos de Gehlen... sin duda, todo ello contribuyó también a que mi hermano se perdiera cada vez más en el alcohol, en el sentimentalismo y las risotadas y los gritos. Me podía imaginar (puesto que soy capaz de imaginar muchas cosas) que, en aquel estado, Hub había trazado una cruz de hilo invisible entre ambos.

No me fiaba de él.

Tampoco me fiaba de su condenada religiosidad.

Una vez me dijo que, en la Biblia, siempre es el hijo mayor el que sale peor parado, que si no me había dado cuenta. Siempre era el mayor el que cometía el error. Ya empezaba con Caín y Abel. Caín era el mayor, y ¿qué hacía? Bien sabido es. Luego nos podíamos fijar en Esaú y Jacob. Luego en todos los hijos de Jacob: los mayores son malos, los menores, buenos. Y cuando los judíos huyeron de Egipto, Dios mató a todos los primogénitos. ¿Qué tenía Dios en contra de los primogénitos? ¿Qué tiene Dios en contra de mí, a ver? ¿Y por qué te prefiere a ti? Todas esas cosas me las preguntaba Hub, y yo de verdad que no sabía qué responderle, y él decía: tú fíjate, nada más, en la parábola del hijo pródigo. Una vez más, es el más joven. En su honor sacrifican la ternera cebada. Es una putada, Koja.

No, yo no me creía en absoluto aquella religiosidad suya. Aunque no fuera artista, mi hermano poseía una cantidad de energía bionegativa tremenda, y la derrochaba de tal forma que me daba mucho miedo. ¿Ha visto alguna vez rezar a un manco? No puede juntar las manos, aprieta el puño.

A pesar de todo, yo no tenía otro remedio que hacer lo que me habían mandado.

También el camarada Nikitin lo exigía.

Sin mi obediencia ciega, él tampoco podría cumplir la palabra que me había dado con respecto a Maya.

Así que, muy a mi pesar, me llevé la Walther PKK que me entregó Hub en el Kempinski después de firmarle tres impresos (uno verde, uno amarillo y uno rojo).

En los días que siguieron, llevé la pistola encima mucho tiempo, en la pistolera sujeta bajo el hombro izquierdo. Por cierto, que esa imagen de que las armas de fuego se marcan por debajo de la chaqueta es un cliché de folletín barato. Un tipo como usted, por ejemplo, con esa postura suya habitual podría pasearse el día entero con una pistola encima sin que se notase nada. Ni con el pijama se le notaría. Basta con caminar un poco encorvado, como cuando uno está enfermo, como si tuviera la espalda rota, redondeada, y ahí nadie se da cuenta de que va armado.

20

Cuando fui a recoger al aeródromo de Tempelhof a Otto y a Lucie el 15 de julio de 1954, ya me había acostumbrado a aquella forma de caminar encorvado.

Otto me saludó muy animado. Había decidido fiarse de mi juramento. Todas sus reservas parecían haberse esfumado por completo, y en su rostro, marcado por la lucha de los últimos meses, vi su cordialidad de siempre, y me hizo estremecer.

—*Old boy*, ¡qué bueno que vengas a recogernos! ¿Dónde está ese viejo zorro de Wowo?

Ésa era su expresión favorita, cuando echaba de menos a Wolfgang Wohlgemuth. No le había pedido que me acompañase. No estaba informado de aquella operación. Y quién necesita que traicionen su amistad por duplicado.

Con todo, el doctor apareció esa misma noche por el Kempinski, me encontró en el bar del hotel, se sentó en el taburete de mi lado y pidió un bloody mary. Su cabello blanco como la nata reflejaba la luz de las bombillas amarillas de encima de la barra de manera que parecía casi rubio.

—¿Y a usted qué le pasa? —me preguntó con cierta inquina—. ¡Por Dios, tiene un aspecto horrible! Se diría que acaba de llegar de alguna zona de tifus de Asia Oriental.

—La música es horrible, eso es lo único horrible —dije yo.

Wowo se volvió hacia la pequeña banda de jazz que tocaba sin que nadie les hiciera mucho caso debajo de una concha de color rosa.

—Tiene razón, sobre todo la trompeta.

El bar estaba bastante lleno, pero no tanto como para no distinguir a la gente. Recorrí el local con la mirada, pero no me llamó la atención nadie que conociera ni que me resultara sospechoso.

—¿Qué se le ha perdido por aquí, señor Wohlgemuth?

—Se está tramando algo, me doy perfecta cuenta.

—Yo no sé nada.

—¿No querrá Otto cruzar al otro lado?

—¿Cómo dice?

—Yo lo puedo llevar.

Se tomó con despreocupada frivolidad que mi respuesta fuera sacarle el dedo. Hasta le hizo gracia. Famoso en la ciudad entera, entre la iglesia memorial del káiser Guillermo y la Clay-

Allee,[47] y amigo personal de actores como Gert Fröbe, todo el bar podría haberlo reconocido, lo cual me impidió agarrarlo de la solapa y sacarlo a la calle.

—No me ponga esa cara de asco —dijo en tono cordial—, he venido con la intención de informarlo: si me necesita, estoy a su disposición.

Wowo me sonrió, y yo no le devolví la sonrisa.

—¿Qué disparates son ésos? —dije, haciendo notar que yo también estaba muy relajado—. Otto no se pasaría al otro lado por nada del mundo. ¿Dónde se ha visto a un jefe de los servicios secretos que se pasa al bando contrario?

—Aparte de Reinhard Gehlen, querrá decir...

—Aparte de Reinhard Gehlen, quiero decir.

—No me tome por tonto. Hasta en los periódicos pone que el ministro Schröder quiere pegarle un tiro a nuestro paciente. Eso significa que también el canciller quiere pegarle un tiro. ¿Y qué hace usted aquí, si no, rondándole el día entero?

—Yo he venido a pasar unas vacaciones con amigos a los que aprecio.

—Ay, que me entran ganas de llorar...

—Muy poco precavido por su parte, presentarse aquí por las buenas.

Enderecé mi espalda encorvada cuanto pude, me abrí un poco más la chaqueta y dejé que viera bien la pistolera con la Walther PKK.

Wowo frunció los labios, se bebió el bloody mary de un trago y plantó la copa vacía sobre la barra con un sonoro golpe.

—Pues nada. Usted verá. Yo voy a reunirme con él y le aconsejaré que se cambie de bando. Y me apuesto algo a que usted hará lo mismo, señor Solm.

Se levantó, se acercó a la banda de jazz con paso elástico y dejó atónito al trompetista al pedirle que le prestara el instrumento. Los clientes del bar rompieron a aplaudir cuando Wowo, cimbreándose como una palmera del Caribe al viento, se lanzó a tocar un tema de Louis Armstrong, *Heebie Jeebies*, y luego otros grandes éxitos de los Hot Five que me hicieron quedarme escuchando unos minutos más a pesar de que no me apetecía nada.

Sé que todo esto suena como a tópico de película de acción. No sólo para usted, mi querido swami, sino también para mí. Y no sólo ahora; en su día me pasó lo mismo.

Salí del bar y subí a mi habitación para sacarme de la cabeza aquel jazz. La suite estaba en la última planta. No podía dormir, abrí la ventana y me asomé a contemplar el Tiergarten, las frondosas copas de sus incontables árboles, y pensé en lo tranquilos que vivían aquellos árboles donde el verano lucía en todo su esplendor. Hacía una noche despejada en cuya penumbra gris se adivinaban las vibrantes sombras verdes de sus copas, y por encima de ellas el resplandor de un

tono entre lila y rosa cuando el alba empezó a asomar por el horizonte, acompañada de los primeros trinos de los pájaros.

Tres horas pasé junto a la ventana, o igual fueron cuatro, escuchando el canto de cada alondra que se despertaba, y no conseguía mentalizarme de que, pocos días más tarde, estaría al otro lado de aquel mismo parque, a dos kilómetros de distancia, y le pegaría un tiro a un hombre. No, no era capaz de imaginarlo. No lo haría.

Al mismo tiempo, sabía que lo haría como fuera.

Porque tampoco me abandonaba en ningún momento el rostro de alambre de espino de Maya. Y si bien no pude conciliar el sueño en las noches que siguieron y me pasaba las horas, hasta las seis de la mañana, buscando el lucero del alba en el firmamento, entonces me acostaba y me consolaba con la idea de que, en un futuro no lejano, ya no sería más que la mitad de una cama, la mitad de una mesa, la mitad de una casa y la mitad de un amor de guerra y cárcel. Qué ilusión me hacía reunirme con aquella otra mitad, que era mucho mejor que yo y que habría de curar mi miserable mitad, la haría sanar, la volvería menos mala, más bella, la recubriría con cheques que, esta vez, sí tendrían fondos para adquirir la felicidad, objeto de todas mis esperanzas.

Y pensando en aquello me quedaba dormido siempre, sin acordarme ni una sola vez de Mokka, para quien esa otra mitad de la vida era yo.

El matrimonio John estaba alojado en otro hotel, el único edificio de todo Berlín que tenía cierto toque típico alemán, o quizá alemán del sur: el hotel Schaetzle.

Mientras que su marido cumplía con los compromisos de rigor, Lucie me pidió que la acompañara a recorrer la que era su ciudad natal. No había vuelto a Berlín en veinte años. Hacía un tiempo de ensueño, y también la gente parecía ensoñada, aún se estremecía de gozo, rememorando la victoria futbolística de días atrás en el estadio Wankdorf de Berna. La expresión «campeones del mundo» se oía todo el tiempo.

Lucie quiso dar un paseo por el Tiergarten. ¿No se le podría haber ocurrido otro sitio? Quería ver arriates y emparrados, fuentes y vasijas y se quedó sin habla de ver que, en grandes áreas del parque, ya no había más que tocones y cráteres de bombas. Al terminar la guerra, los berlineses habían talado los árboles centenarios para hacer leña. Se habían replantado a cientos, pero los arbolitos nuevos todavía no parecían más que espantapájaros; de hecho, los gorriones no se atrevían a acercarse. El estupor de Lucie me facilitó apartarme un momento para vomitar sin que me viera. Pasear por allí se me antojaba una anticipación de la escena del crimen. Como el examen previo de la locura por venir.

Conseguí que nos fuésemos a un café del Kurfürstendamm, es posible que fuera el Kranzler. Allí pedimos un helado de frambuesa y hablamos de los amigos fieles que tenía John, entre los

cuales y a pesar de todos los roces que habíamos tenido me seguían contando. En la cabeza de la lista estaba, como no podía ser de otra manera, Theodor Heuss, el padrino de Lucie y mejor amigo de juventud de su padre. Me contó que había estado hablando de mí con «Teíto». Que le había impresionado mucho, profundamente, mi destino, el triste destino de un férreo combatiente de la resistencia antinazi. Que ya nos presentaría.

El helado de frambuesa se nos derretía al sol.

El padrino de Lucie fue reelegido presidente de la República Federal de Alemania el 17 de julio de 1954, en un Reichstag aún medio quemado.

Yo no lo conocí, sin embargo, hasta dos días más tarde, en la recepción que celebró el Senado en el ayuntamiento del barrio de Schöneberg. Con los John y sus viejos amigos de confianza, todos de aspecto muy británico, compartí mesa en un lateral del salón Brandemburgo, aturdido por los tintineos de copas y retazos de conversaciones del *totum revolutum* de invitados que, en las mesas vecinas, brindaban por la mejor de las suertes para el invitado de honor.

El presidente de la República, por su parte, no miró ni hacia la izquierda ni hacia la derecha cuando, una vez terminado su breve discurso previo a la cena, se dirigió directo a nosotros para saludar a cada uno de los miembros de la mesa. Tras presentarme Lucie como «el inquebrantable ya-sabes-quién» y un «maravilloso artista», también a mí me estrechó la mano y me dio unos golpecitos no muy presidenciales que se diga en el pecho. Por desgracia, fue a dar justo sobre la Walther PKK que llevaba bajo el hombro izquierdo.

—¡Caramba! ¿Va usted armado?

—Por supuesto, señor presidente —dije, pues qué otra cosa hubiera podido decir.

Heuss entornó los ojos un instante y añadió:

—Muy bien, muy bien.

Y así me mostró una impactante prueba de su postura liberal desde todo punto, o debió de pensar que los artistas hacemos cosas raras, y luego se fue.

Es más que evidente que no tiene ningún sentido andar todo el día con la pistola encima. A lo mejor es que yo albergaba la esperanza de que me detuvieran. No lo sé.

Al margen de este pequeño incidente, el transcurso de la velada se mantuvo mucho rato dentro de todos los límites del protocolo. Hasta bien avanzada la noche no se oyó protestar a Otto John:

—¡Si es que aquí también está todo lleno de nazis chaqueteros! ¡Aquí también!

Borracho como una cuba, se había puesto de pie y, agarrado a un tubo de la calefacción, acompañaba sus gritos con amplios movimientos con una botella de champán en la mano, de la que el líquido fluía a chorro igual que las palabras de su boca. Lucie corrió hacia él para pedirle que se calmase.

—¡Pero si estoy calmadísimo! ¡A vosotros sí que se os va a acabar la calma bien pronto! ¡A vosotros!

En eso, sin embargo, se equivocaba, pues los cuatrocientos invitados de la recepción del Senado, además de los cuarenta y cuatro camareros y hasta el propio Theodor Heuss, que sonreía con la indolencia de Mao, no podían estar más calmados. Casi que no se atrevieron ni a abrir la boca cuando vieron cómo aquel jefe de los servicios secretos tan guaperas y juvenil salía corriendo como un poseso para escapar de su esposa. Al mismo tiempo, con la cara toda colorada y jadeando de excitación, gritaba fuera de sí a los que estábamos en el salón:

—¡Ya os daréis la vuelta para mirarme! ¡Ya os daréis la vuelta todos! ¡Panda de fascistas!

Luego se paró en seco, abrió los brazos como un tenor y se puso a cantar con mucho sentimiento en dialecto:

Taran-tantán,
¡matad a esa cabrita
que se me lleva los huevos
y se me come el pan! [48]

Lo llevamos a su hotel y le quitamos la ropa, aunque él casi no se enteraba, lo único que hacía era hipar, tan feliz:

—Schaetzle, Schaetzle, Schaetzle, ¡ay! El hotel Schaetzle, ¡el hotel Tesorito!

Lucie me dio las gracias con lágrimas en los ojos y me comentó que a su marido siempre lo tenía muy revuelto el acto conmemorativo que nos esperaba en breve.

—Es usted un amigo de verdad, Koja. Una persona maravillosa, maravillosa. —Sí, fíjese: eso dijo, justo lo mismo que siempre me dice usted, querido swami. Y luego añadió—: Por favor, venga a recogernos mañana, ¿de acuerdo?

Yo me fui al hotel Kempinski y no me tiré por la ventana.

21

El día siguiente estuvo dominado por una mezcla de sentimientos permanentes y sentimientos pasajeros. Sentimientos permanentes y pasajeros míos, quiero decir, pues aquel 20 de julio de 1954 quien tenía sentimientos era yo; todas las demás personas implicadas en el atentado tenían intenciones bien claras. Querían que tales intenciones se cumplieran y, mientras fuese así, ya llegarían los sentimientos, en ese caso, positivos. Y si no se cumplían, llegarían otros que de positivo tendrían bastante poco.

Por mi parte, en cambio, las intenciones eran muchas y se contradecían unas con otras. Y las intenciones muy fuertes y en contradicción siempre conducen a sentimientos encontrados muy fuertes.

No quería que muriera Otto.

No quería que muriera Maya.

Ambos deseos eran incompatibles entre sí.

No quería matar de un tiro a nadie.

No quería matar de un tiro a Otto, sobre todo.

No quería que me mataran de un tiro a mí.

No quería ser agente secreto.

No quería ser un mentiroso.

Quería un feliz tiempo de la verdad.

¿Cómo conseguir que se cumpliera todo ello?

Una cosa que sentí durante todo el día fueron ganas de orinar. Otra fue miedo.

Los sentimientos pasajeros, por otro lado, dependían de qué intenciones pasaban al primer plano en qué momento.

Un agente que va a cometer un atentado no debe tener sentimientos de ningún tipo. Yo mismo se lo había dicho a Pólitov mil veces. Pero decir las cosas mil veces no sirve de nada.

Hub me había repetido las instrucciones por última vez a primera hora de la mañana, mientras dábamos un paseo por el Tiergarten a pesar de que lloviznaba. Me llevó hacia unos arbustos. Bajo unas ramas de muérdago de las que nos caían las gotas de agua me hizo saber que los francotiradores ucranianos ya estaban en posición, camuflados como guardas forestales. ¿Cómo

puede uno camuflarse como guarda forestal en pleno centro de Berlín? Además, sin saber apenas una palabra de alemán. Y luego, para colmo, tumbarse en el barro... lloviendo.

Le pegué unos cuantos gritos a Hub. Aunque, en realidad, sólo era para compensar mis sentimientos.

Después del desayuno, que consistió en una larga mirada a mi taza de café, fui a recoger a los John en un taxi, tal como habíamos convenido.

Ya me estaban esperando en la puerta del hotel Schaetzle debajo de un gran paraguas oscuro, como una seta con dos tallos. Otto estaba mejor, pero se lo veía frágil y permeable: parecía una persona envuelta en papel de seda. Ya durante el trayecto empezó a llorar en silencio, y yo rompí a sudar como un cerdo, sintiendo cómo se me mojaba la pistola en la axila. Se oyeron truenos. Era obvio que se avecinaba una tormenta.

—Luego iré a casa de Wowo —dijo Otto sin haberle preguntado—, quiere hablar conmigo.

—Hazlo, Otto —asintió Lucie con la cabeza—. Estar con Wowo siempre te hace mucho bien.

—Espero no derrumbarme.

—No va a derrumbarse nadie.

El Bendlerblock, antigua sede del alto mando de la Wehrmacht, es un edificio de piedra caliza a la orilla del Spree —en el Reichpietschufer para ser exactos— cuyo aspecto de mole ya echa para atrás. Después de la guerra habían ido a parar allí algunos servicios insulsos como la Dirección de Tráfico. Cosas por el estilo.

Una lluvia incesante azotaba las ventanillas del taxi cuando paramos frente al portón de entrada, detrás de docenas de otros taxis y limusinas negras oficiales de los que la gente salía corriendo para entrar en el edificio. Nosotros también bajamos, pero quedamos expuestos a la lluvia y a los saludos, pues Otto se paraba una y otra vez con gente a la que le habían ahorcado o fusilado al esposo o al padre, a hermanos o a amigos, mientras que él había sobrevivido, y parecía pedirles disculpas por ello con cada apretón de manos, cada abrazo y hasta con algún que otro saludo militar.

Mi madre se habría encontrado en su elemento allí, pues la distinguida mezcla de luto y gloria que fue llenando el patio donde en su día habían ajusticiado al conde Stauffenberg[49] y a otros nobles alemanes que conspiraron contra Hitler habría satisfecho sus ganas de condolerse de un modo acorde a su alcurnia, algo imposible tratándose de gente como Sepp *el Boticario* o el Barbillota.

Otto nos señaló a Lucie y a mí la ventana donde había fumado un último cigarrillo con

Stauffenberg después del fracaso del Plan Valquiria. Luego sus dedos se movieron mostrándonos cómo bajó la escalera (o más bien cómo voló escaleras abajo), y repitieron el camino por el que había huido, recorriendo el patio, tropezando con el mismo adoquín suelto.

—A ver si lo arreglan de una vez —le oí.

Luego volvió a guardar silencio, inspiró profundamente y dijo:

—Tempelhof.

Y de nuevo:

—Aeródromo de Tempelhof.

A continuación su mano simuló el despegue de un avión, un gesto con el que pretendía explicarnos cómo, diez años atrás, había sido el último que consiguió escapar del Bendlerblock, trasladarse a toda prisa a Tempelhof y, gracias a su cargo de abogado de Lufthansa, subir a un avión con rumbo a España, pocos minutos después de que las SS dieran orden de busca y captura de su persona.

El gran patio rectangular estaba enmarcado por entero por fachadas de cinco plantas y, en el centro, había una estatua de bronce: una figura desnuda con las manos atadas. A nadie se le había ocurrido proteger las sillas de la tormenta, así que la condesa Von Moltke,[50] una de las primeras en llegar, se había sentado toda tiesa con su vestido de terciopelo negro en un verdadero charco, con lo que al resto no le quedó otro remedio que hacer lo mismo, sin secar el agua de los asientos, no fuera a ser que se interpretase como falta de empatía para con ella.

Cuando empezó a hablar Philipp Boeselager, uno de los encargados de conseguir los explosivos en su día, un hombre increíblemente joven y que parecía un estudiante, Otto musitó que él, Otto John, ni siquiera había tenido la misión de conseguir explosivos, sino que había sido un simple correo para contactar con Madrid, mientras que su hermano, Hans... Y ahí se le quebró la voz, y Lucie le tomó la mano izquierda, y yo intenté sostenerle la derecha, pero como se puso a sollozar tan fuerte que todos se volvieron para mirarlo, también yo tuve que concentrarme en no romper a llorar.

Porque había llegado el momento, el momento acordado, y yo no me lo podía ni creer.

La lluvia nos borraba las facciones de la cara, a todos menos a Otto. Le tiré del abrigo y le dije que acababa de acordarme de una cosa muy importante y que tenía que venir conmigo. Por favor. Tenía que llevarlo como fuera a la acera de enfrente, a la Bendlerstraße, que era donde se hallaban apostados los guardabosques ucranianos con sus fusiles, a doscientos metros calle abajo. Era realmente tan fácil como había dicho Hub, no teníamos más que atravesar una barrera con un puñado de policías. Eso era todo.

Pero Otto no quería acompañarme.

No se movía del asiento.

En su lugar, se agazapó contra el cuerpo de Lucie sin parar de repetir «Hans», como después

contaron todos los periódicos: «Hans, Hans, Hans. Mi hermano.»

A mí me corría el sudor por todo el cuerpo, bañando la Walther PKK inoxidable, pues me venía a la mente Maya, sus ojos del color del ámbar.

En la orillita del río Kazanka...

Sentimientos permanentes y sentimientos pasajeros.

Entonces sí que se adueñaron de mí todos a la vez, montones de sentimientos pasajeros, y, poco a poco, fui capaz de tomar las riendas para cumplir mis intenciones.

—Otto —le dije en voz baja pero enérgica—. Se trata de Gehlen. Tengo que decirte algo sobre Gehlen.

Pero Otto seguía sollozando cada vez más fuerte, y yo me pregunté qué pasaría si, en ese instante, sacaba el arma allí mismo y no sólo liquidaba a un superviviente del Bendlerblock (convertido, además, en un mar de llanto), sino que liquidaba al único de los supervivientes (pues de aquel edificio sellado a cal y canto no había logrado escapar más que él). Y, por si todo eso fuera poco, el remate se producía en 20 de julio... ¡madre mía, tendría a todos los nazis del planeta clamando *hosanna*!

Sin embargo, rebelándome contra eso, lo que inundó mi corazón fue la indignación profunda de pensar que alguien pudiera atreverse a asesinar a quien había luchado en la resistencia antinazi y, encima, hacerlo en aquel lugar sagrado; y lo que me daba más coraje aún era que, para colmo de los colmos, aquel cabrón desalmado iba a ser yo. Y, de pronto, surgió en mi interior una idea, como una seta que brota del suelo disparada, y me pregunté cómo no había caído en ello antes, cómo no había visto los puntitos blancos y rojos de la idea-seta. Cómo no había pensado en Wowo.

De pronto todo parecía muy fácil y lógico, y lo sorprendentemente nuevo fue que, ahí, hasta mi sentimiento permanente cambió. Se me pasaron las ganas de orinar. El miedo nuevo era justo el polo opuesto del anterior.

Y cuando salió del interior seco del edificio un coro de niños vestidos de blanco, con un bosque de paraguas negros sobre las cabecitas (simbolizando la unión mística de lo armónico y lo disonante de aquel lugar tan especial), cuando a la imagen se sumó el sonido casi dulce de sus vocecillas blancas y hasta Lucie John, cantante lírica profesional, empezó a suspirar con el *Ave María*, Otto ya no pudo soportar más estar allí.

Se soltó de su esposa, se levantó de un brinco y salió corriendo a través del patio, directamente a la Bendlerstraße.

Me quedé perplejo, quizá también de ver lo deprisa que podía correr Otto. Claro que tenía la misma edad que yo, pero era mucho más deportista: le encantaba navegar, esquiar, escalar y el

fútbol, era del Eintracht Frankfurt. Todo eso se veía en sus pasos, que atravesaron el portón de entrada todo derecho, dejando atrás a los guardias y entrando en el área de los francotiradores.

Puedo asegurarle que le pisé los talones, pero luego echó a correr hacia la calzada, y ahí sonó un disparo. Al mismo tiempo, un trueno. Otto cayó sobre el asfalto.

Yo estaba a su lado y me eché encima de él, de manera que, para darle, tenían que matarme también. Lo ayudé a levantarse, aunque yo mismo estaba en el suelo.

—Ha sido un disparo —tartamudeó.

—¡Tonterías! ¡Ha sido un trueno!

—Ha sido un disparo, ¡lo he oído!

—Nadie ha oído ningún disparo, no ha sido más que un trueno.

Estaba ileso. Ninguno de los policías, que miraron hacia nosotros con cierta curiosidad por lo sucedido, se movió.

—¡Han intentado matarme! ¡Me van a matar!

—Nadie te va a matar, Otto. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has salido corriendo? Vamos, apártate de la calzada.

Cubriéndolo con mi cuerpo, rodeándolo con el brazo, lo arrastré hasta detrás de un coche. Atravesamos la acera, buscamos un sitio a cubierto detrás de una columna. Después, flanqueados por las miradas de los policías, que debían de pensar que estábamos los dos chiflados, volvimos al interior del Bendlerblock.

Allí, bajo el arco de una entrada de carruajes, ambos nos echamos a llorar. Mejor dicho: yo me eché a llorar, porque él llevaba llorando todo el rato, así que lloramos juntos los últimos compases del *Ave María*, y yo le dije que tenía que ir a casa de Wowo. Que se fuera a casa de Wowo pasara lo que pasase. Pasara lo que pasase.

—Te digo que ha sido un disparo, *old boy*; claro que, para variar, nadie me creerá.

Y ésas fueron las últimas palabras que Otto John me dijo en esta vida.

22

Estimada dirección del hospital:

¿De qué sirve que os haya dicho que me habéis puesto a un criminal en la cama de al lado?

¿Qué pasa, por qué nadie hace nada?

El cuarto sendero es samma kammanta*: «la recta acción»*.

Por favor, que alguien venga y me saque de aquí.

Pero no la enfermera Gerda: ella cree al criminal.

Piensa que estoy trastornado, pero yo estoy perfecto de la cabeza.

Por eso os he escrito esta carta.

Cero trastorno.

Nunca se me ha dado bien la lengua, pero en mates sacaba notable siempre.

Puedo enseñaros las notas.

Es un criminal, de verdad. Se apellida Solm.

Sacadme de aquí por mi bien.

Si me creéis, que venga el doctor (el griego) y me diga tres veces «salud» (no en griego), aunque yo sólo estornude dos veces.

Así sabré que me creéis. Vuestro afectísimo.

Basti

P. D. Me tenéis que sacar de aquí.

23

Wolfgang Wohlgemuth se encontró ante el dilema de escoger entre veinticuatro trajes, cuatro apartamentos, cinco amantes, dos ex mujeres y una esposa (que no estaba en casa), y una Walther PKK, con la que acabé apuntándolo a la sien al final de la noche.

Al principio de la velada, en cambio, nuestra relación aún era excelente.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Otto va a venir?

—Estoy seguro de que vendrá.

—Eso está bien.

—Se cambiará de lado.

—¿No te lo dije?

—Sí, pero él todavía no lo sabe.

Wowo hizo una O con los labios como para tocar la trompeta, pero se dio cuenta de que no salía sonido alguno, sonrió y dijo con la increíble displicencia que lo caracterizaba:

—Eso sí que es de risa...

Desde que, cuatro horas atrás, había dejado a Otto llorando como una magdalena apoyado en una pilastra del Bendlerblock, yo estaba ilocalizable o, en los términos propios de la profesión: «a la fuga». Había puesto pies en polvorosa atravesando la entrada principal a toda velocidad y dejando con la boca abierta a dos orcos que trataron de frenarme. Uno se me cruzó en el camino negando con la cabeza como con lástima, pero le pegué un empujón y se cayó como un niño. Subí de un salto al primer taxi que pasó y nadie fue tras de mí.

Nada más llegar al sector oriental, me metí en una cabina telefónica y marqué el número que no tenía permitido marcar.

Una hora más tarde me encontré con el camarada Nikitin en la Karl-Marx-Allee. A los ojos saltones de quienes sufren el síndrome de Basedow se sumaba, además, un gesto de enfado infinito. Le conté lo que había sucedido y lo que, en mi opinión, debía ser el siguiente paso intentando deducir de su mirada el grado de peligro que corría Maya, aunque no conseguí nada, pues él se limitó a asentir con la cabeza. Lo prepararían todo, dijo en tono seco, y me ordenó que le hiciera una oferta generosa al informante XT-Cero-Tres-Tres.

—Ésta es la oferta —le diría yo dos horas más tarde al doctor Wolfgang Wohlgemuth, tras colarme en su consulta ginecológica por la escalera trasera, burlando a la enfermera recepcionista —: el puesto de jefe del hospital de la Charité.

No sé si, en su lugar, yo habría cambiado veinticuatro trajes, cuatro apartamentos, cinco amantes, dos ex mujeres y una esposa por semejante ascenso como médico. A él, sin embargo, le brillaron los ojos y se declaró dispuesto a convencer a Otto para que hiciera lo que, sin lugar a dudas, consideraba lo correcto.

Esperé encerrado con llave en un cuartito contiguo para el cual mi madre habría usado sin duda la palabra «*kamorka*»: «armario». A las ocho de la tarde sonó el timbre de la puerta. No pude ver a Otto, sólo oírlo. Parecía que, entretanto, se había calmado, a juzgar por su voz, que se entremezclaba con el sonido de la lluvia que seguía azotando los cristales de las ventanas. Por eso pude entender poco de lo que decía, o más bien nada, aunque pegué la oreja a la puerta cerrada.

En algún momento se marchó la última paciente, y luego también se fue la enfermera recepcionista. El tiempo corría. Me tomé unas cuantas anfetaminas que encontré en los estantes en unos tubitos de color oscuro y que, según el folleto explicativo, prometían una mayor capacidad de atención y concentración, potenciación de la autoestima, visión más enfocada —incluso de túnel— y luego advertía de posibles efectos adversos como deslumbramiento, euforia y aumento del apetito sexual, temblor en los párpados y bruxismo.

Al cabo de una hora aproximadamente, Wowo entró a hurtadillas en mi cuartito-armario y musitó que Otto había ido al baño y que tenía la sensación de que la cosa no iba bien.

—¿Qué es lo que no va bien? —pregunté.

—No quiere que lo lleve al otro lado.

—¿Ni siquiera para dos horas?

—Ni para dos horas.

—¿Le ha dicho que le entregarán expedientes de Globke y Oberländer?

—Dice que expedientes de antiguos ss ya tiene de sobra.

—Póngale una inyección.

—¿Cómo?

—Algún anestésico.

—¿Se ha vuelto loco?

—O échele algo en la bebida.

—Otto es mi amigo.

—¡Pues haga algo por él!

—Eso sólo es posible si se presta voluntariamente.

—Ha faltado un pelo para que lo matasen esta tarde. Usted no tiene ni idea de lo que estoy poniendo en riesgo por haber venido aquí.

—¡No pienso participar en un puto secuestro, descerebrado!

Y ése fue el momento en que las anfetaminas hicieron su glorioso efecto, sobre todo en lo que respecta a la potenciación de la autoestima y el crujir de dientes: el señor Wohlgemuth entró en contacto directo con mi Walther PKK. Y créame que, después de todo lo que había sucedido en los días anteriores, me habían entrado muchas ganas de probar aquel chisme de una vez. Ir empapando un arma con el sudor de la axila y no usarla lo hace a uno sentirse ridículo, estúpido y humillado. Eso le dije al informante XT-Cero-Tres-Tres, y no se puede usted imaginar lo poco que tardó en encontrar aquel anestésico.

En diez minutos contados el nuevo jefe de la Charité estaba de vuelta en la puerta de la *kamorka* haciéndome una seña con la mano para que me dirigiera al salón. Otto estaba tumbado en un sillón de cuero junto a un esqueleto pintado de colores. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y roncaba bajito. Los brazos le colgaban y había una copa de coñac tirada en el suelo, en medio de un charco de líquido anaranjado.

—Vamos allá —dije.

—Pero, Koja... apreciado señor Solm —gimoteó Wowo—, ¡no podemos hacer una cosa así!

«Por supuesto que podemos», pensé, y dije en voz alta:

—No tenemos otra salida.

Tocaba conseguir que Otto recuperase la conciencia en algún momento y luego darle algo que le anulase durante un buen rato la voluntad y las ganas de llevarnos absurdamente la contraria.

Además, le aconsejé al doctor Wohlgemuth —a ojos vista superado por la situación— que pensara en sí mismo y se equipara con algunos efectos personales —calzoncillos, por ejemplo, no sólo la trompeta— además de destruir todo lo que pudiera relacionarlo con la RDA o con altos cargos de la Org. No volvería allí nunca más.

—¿Dejarlo todo? ¿Mi consulta? ¿Mi casa? ¿A mi mujer?

—Exacto. El orden de los factores es cosa suya.

Le dicté una carta para la enfermera que le llevaba la consulta (orgullo y justificación de un agente del KGB a la fuga). Después hizo su equipaje, y yo llamé a la Charité desde su teléfono, pues por aquel entonces todavía existía red de comunicación directa entre el oeste y el este de Berlín. Cuando, al otro lado de la línea, me comunicaron que estaba al aparato quien tenía que estar, le pasé el teléfono a Wowo. Escuchó durante unos instantes, luego se irguió como en el ejército y farfulló al auricular:

—Ahora mismo vamos mi buen amigo y yo, muy bien.

Luego le inyectó a Otto una dosis de clorpromazina, aunque a mí me daba igual lo que fuera, mientras le hiciese el efecto necesario.

—Secundará cuanto le proponga como si estuviera bajo los efectos de la hipnosis. Esta

sustancia tiene un efecto de sedación y de bloqueo reversible de dos subtipos de los receptores de dopamina.

—No entiendo ni una palabra.

—Otto hará lo que le digamos.

—Bien.

—Pero no le durará mucho. Si nos paran en los controles, no le garantizo nada.

—¿Dispone de un segundo coche?

—Sí, el de mi mujer.

—Adelántese con Otto en su coche, yo iré en el otro.

—Se despertará enseguida.

—*Tempus fugit*.

Wowo me entregó las llaves de un Fiat francamente femenino —en tono *rosé*—. Lo saqué del patio interior y me quedé esperando a la entrada del edificio. En el interior del coche olía tan fuerte a perfume que tuve que bajar la ventanilla. El aguacero me mojó la mejilla, la mano y el muslo izquierdos. Mientras el crepúsculo se transformaba en noche, yo observaba la Uhlandstraße, encharcada y vacía. Incluso los coches que adivinaba por su resplandor desdibujado y que aparcaban bajo dos farolas de luz mortecina parecían también vacíos. Nadie vigilaba la consulta de Wohlgemuth; excepto yo, claro.

Las luces del salón seguían encendidas, aquello se estaba prolongando demasiado.

Estaba a punto de sacar el arma y volver sobre mis pasos entre las dos columnas de mármol del portal del edificio —una caricatura del Renacimiento— cuando por fin se abrió la puerta de acceso al patio, se encendieron los dos faros de un coche y el Ford americano de Wowo pasó por delante de mí. Otto iba en el asiento del copiloto y parecía bastante animado.

Arranqué y seguí al Ford. Llevaba la Walther PKK al lado y no la lancé por la ventana cuando nos acercamos a la frontera con el sector soviético.

Pasar a Berlín Oriental aún era fácil por aquel entonces, siete años antes de la construcción del muro: bastaba con mostrarles la documentación de identidad tanto a los policías occidentales como a los orientales con gesto sumiso y cara de buena persona.

Fíjese que soy incapaz de recordar a cuál de los accesos nos dirigimos,[51] lo que recuerdo es que Wowo iba cada vez más deprisa por la noche berlinesa. A veces, lo único que veía de él era el resplandor rojo de las luces traseras del coche.

Los limpiaparabrisas del Fiat rosita prácticamente estaban de adorno.

Al llegar a una baliza, vi a dos hombres uniformados. Llevaban ametralladoras británicas, pero no nos apuntaban. La lluvia rebotaba en sus anoraks cuando se acercaron y, a juzgar por sus gestos, le pidieron al director de la Oficina para la Protección de la Constitución, aún medio anestesiado y completamente secuestrado, que bajase la ventanilla. Cogieron los respectivos

documentos de identidad falsificados —«Ojalá estén bien falsificados», pensé— para revisarlos a la luz de una linterna bajo una lona impermeable.

Seguro que me habría resultado fácil darle al guardia de delante disparando directamente a través del parabrisas, pero a eso le habría seguido una ráfaga de ciento veinte disparos hacia la dirección que fuese en un intervalo de siete segundos.

Así que me pareció más sensato rodearlos como si aquello no fuera conmigo.

Los dos uniformados se apretaban bajo la lona y seguían enfrascados en examinar la documentación. «Voy a tener que rodear la garita de vigilancia —pensé—. Sólo espero que la baliza no sea de metal de ningún tipo...»

Pensando en todo eso, metí la primera y empecé a moverme.

Pero no pasó nada.

Devolvieron los documentos por la ventanilla del Ford de Wowo y me hicieron un gesto con la mano de que pasara sin detenerme. También a mí me dejaban en paz, pues. Lo único que hizo uno de ellos fue cerrarse aún más la capucha, que chorreaba agua. Tengo la absoluta certeza de que, sin aquella lluvia afortunada, no habríamos tenido la misma suerte.

Muchos años más tarde, el propio Otto declararía que su mejor amigo —o el que antaño fuera su mejor amigo—, Wolfgang Wohlgemuth, lo había engatusado para ir a verlo a su consulta, donde lo había anestesiado primero y después hipnotizado. Que él no se habría pasado a Alemania Oriental voluntariamente en la vida, sino que lo habían llevado por la fuerza. Que no se acordaba de nada, excepto de haber salido en un coche a toda velocidad desde la consulta de Wowo, que después había perdido el conocimiento y, tras veinticuatro horas «en estado de absoluta narcotización» (hay que reconocer que Otto a veces utilizaba unas expresiones muy particulares), al volver en sí se había encontrado en el cuartel general soviético del barrio de Karlshorst. Que allí había visto a tres guardias y a una mujer con bata de médico: el comando responsable de las inyecciones que le ponían, y a un oficial del KGB de aspecto francamente deteriorado, aparte de viejísimo.

A mí, Otto no me vio, ni habló nunca conmigo, pero yo sí podía verlo y oírlo a través de un espejo, al otro lado del cual despertó sobre una mesa de quirófano. Nikitin lo recibió como si fuera un hermano, lo digo porque le besó las mejillas y la frente.

Contrarrestó las protestas y maldiciones de Otto encargándose de que el *Westberliner Morgenzeitung* (o igual era el *Berliner Morgenpost*), publicase un titular que rezaba: DESERCIÓN DEL JEFE DE LOS SERVICIOS SECRETOS DE LA RFA. Luego le ofreció a Otto John —paralizado del shock— unirse en una hermandad antifascista donde ambos estarían a la misma altura para así

devolver al camino de la verdadera democracia a esa República Federal de Alemania que aún seguía plagada de esbirros de Hitler.

O algo por el estilo.

Después de una serie de objeciones (que, traducidas de su dialecto natal, venían a significar «ruso de mierda», «lameculos», «comunista hijo de perra», etcétera), Otto se declaró dispuesto a colaborar.

A la vista de que los puentes hacia el Oeste se habían roto y ante la sutil mención de la prisión, la tortura y el repertorio de fármacos psicotizantes del KGB, fue una decisión inteligente.

Le contó a Nikitin, todo oídos y paciencia, cuanto sabía de la abundante mala hierba que seguía creciendo en Occidente y, sobre todo, le mencionó aquellos ciento cuarenta archivadores llenos de significativos datos que tenía en su despacho de Colonia, si bien tal información ya no se correspondía con la verdad, pues —como me enteraría poco más tarde— su supuesta mano derecha, Albert Radke, hacía tiempo que se los había llevado para entregárselos a Gehlen y así cortar de raíz una posible investigación.

Otto mencionó también a algunos demócratas ejemplares, entre los cuales no figuraba su propio nombre, pero sí aparecía el del leal Konstantin Solm.

—Un hombre y un artista honesto que ha tenido una vida difícil. En el acto de conmemoración del Veinte de Julio quiso decirme algo sobre Gehlen; no sé qué era, pero al parecer era urgente.

Otto guardó silencio un instante y cerró los ojos. Ya había visto demasiado y, en cierto modo, demasiado poco, y ahora trataba de pensar en lo sucedido dos días atrás. No creo que recordara nada, pues cuando volvió a abrirlos no vi en ellos más que confusión.

—Tal vez podrían preguntarle qué era aquello que insistía en contarme —prosiguió Otto con cautela—. Claro que Koja Solm jamás colaboraría con unos servicios secretos, ni con unos del Oeste ni mucho menos con los del Este: eso no va con él.

Vi cómo Nikitin se volvía para mirar hacia donde estaba yo y levantaba el pulgar.

Todo iría bien para Maya.

24

Podría pensarse que entonces llegó un largo período de dicha y paz sin perturbaciones a mi hogar. Al hogar de mi familia, quiero decir, que en realidad comprendía varias casas: el sanatorio de Pattendorf, por ejemplo, al que íbamos con frecuencia a visitar a Amama y porque a la pequeña Anna le encantaban las montañas, como también la gran cantidad de caballos que había allí para dibujar, acariciar, dar de comer y hasta montar, pues en Múnich ya apenas quedaban, hasta las fábricas de cerveza se deshacían de los jamelgos que siempre habían empleado para el trabajo.

Luego estaba mi propia casa, donde intentaba construir una especie de proyecto de distanciamiento con Mokka, una separación muy suave y tierna que tal vez ni a ella le llamase la atención, hasta que se conformase con pensar en mí con gran amistad y cariño —en mí y en mi dulce esposa—, pero teniéndome lejos y sin contacto alguno conmigo.

También la Lubianka de Moscú era para mí una de aquellas casas familiares, puesto que, a fin de cuentas, mi futura esposa seguía viviendo en ella, en condiciones de estrechez, pero relativamente agradables, según me escribía. Y con qué ilusión esperaba venir pronto a vivir conmigo...

Por último, también estaba la casa de Ev, Anna y Hub de la Biedersteinerstraße. Fue en aquellas habitaciones donde se produjeron la mayoría de los altercados, tan infantiles como inevitables.

Allí fue, efectivamente, en la luminosa y ordenada cocina, donde Hub me pegó.

Cuando regresé de Berlín Oriental, llamé a su puerta y, de pie delante de los fogones, le conté que, después del desastre del Bendlerblock había pasado dos días tratando de perderme por los burdeles de Kreuzberg, me propinó un golpe con el brazo. En toda la cara. Con toda la fuerza que pudo reunir.

Me dolió, y le dije que aceptaba que me pegase una vez más, pero que para la segunda utilizase el otro brazo. Se abalanzó sobre mí como un basilisco, pero yo lo sujeté. Estaba furioso y, sobre todo, era presa de la frustración. El fracaso del atentado contra Otto John determinaba su destino, y para mal.

Unas semanas más tarde lo degradaron. En lugar de dirigir una sección, se quedó sólo con una subsección de la Org: contraespionaje interno en el distrito de la Alta Baviera. Con ello perdía la

posibilidad de participar directamente en las asambleas de la sección principal, pues el doctor Gehlen no quería ni verlo.

A mí, por el contrario, sí que me quería ver, pues el fracaso de Berlín no se consideraba culpa mía, sobre todo porque, al fin y al cabo, el asunto se había resuelto de la mejor manera imaginable para él.

Otto John quedaría estigmatizado como traidor a la patria hasta el fin de los tiempos. Hoy en día es inimaginable el revuelo que se armó y cómo mantuvo a millones de alemanes en ascuas y a la élite política con el corazón en un puño.

Otto dio una rueda de prensa internacional desde Berlín Oriental en la que, presionado por la Stasi y el KGB, presentaba su decisión de pasarse a la RDA como un acto voluntario. La familia Solm, como la mayoría de la población, escuchó pegada a la radio cómo trataba de explicar sus motivos a la opinión pública:

—En la República Federal de Alemania se me ha privado de todo aquello que me permitía ejercer mi actividad —resonaba por el éter su voz indignada y sin huellas de dialecto.

Se hizo un silencio en el que se adivinaba la atención de los periodistas. Sólo se oía su respiración, el rumor de los papeles, los clics de las cámaras fotográficas en un *staccato* cada vez más rápido. Otto prosiguió con voz ahogada:

—Tras haberme visto una y otra vez acosado en mi cargo por los nazis que vuelven a hacerse presentes incluso en la esfera pública, el ministro del Interior me ha hecho imposible continuar con cualquiera de mis tareas de protección de la Constitución al declarar en la prensa que, una vez que la República Federal de Alemania alcanzase la plena soberanía, se las encomendaría a personas que... que... realmente estuviesen a la altura y lejos de toda duda.

Hablaba en frases tan enrevesadas que apenas era posible seguirlo, y luego anunció que se quedaría en la RDA para, desde allí, luchar por la reunificación de su patria.

Cuando una periodista de la incombustible Gran Bretaña le preguntó —llamándolo «mister Dschonn»— qué pensaba de la situación de los servicios secretos de Alemania Occidental, respondió:

—Como todo el mundo sabe, la organización de Gehlen, que financia Estados Unidos, lleva años operando en contra de la mía, cuando lo que intentábamos era proteger la República Federal de enemigos tanto de izquierdas como de derechas.

Un rumor se extendió entre los doscientos cincuenta periodistas, pues que alguien hablase de «enemigos de izquierdas» estando en Berlín Oriental merecía cuando menos un rato de murmullos porque allí el lema universal era que de la izquierda no podía venir ningún enemigo, sino que todos eran amigos... ¡Cómo iban a ser otra cosa los soviéticos!

—Esa organización de Gehlen —dijo «mister Dschonn»— tiene entre sus altos cargos a antiguos miembros de las SS y del SD que han cometido atroces crímenes de guerra y que

condenaron, en sus dudosos juicios, a miembros de la resistencia alemana, cuando no los asesinaron directamente. Gehlen ha vuelto a dar empleo a todos los que lucharon al lado de Hitler hasta su merecido final. En las filas de su organización, en cambio, los miembros de la resistencia son calumniados y tachados de traidores.

El doctor Gehlen no cabía en sí de gozo.

Pues que un desertor y traidor confeso lo insultase así era, para todo buen patriota alemán, la prueba fehaciente de que lo había hecho todo bien.

En la República Federal de Alemania, en efecto, nadie se tomó en serio aquellas acusaciones de Otto John. Fue como si el propio Stalin o, ya puestos, Iván el Terrible, despotricase sobre las flaquezas de carácter del doctor Gehlen.

Los ciento cuarenta archivadores de los que Otto, en las entrevistas oficiales, sólo hizo mención veladamente no volvió a verlos nadie. Claro que ¿a quién le habrían interesado?

A Albert Radke desde luego que no. Con independencia de lo que hubiera hecho con aquellos documentos, al final fue nombrado director de la Oficina para la Protección de la Constitución.

Así pues, Gehlen tenía todas las puertas abiertas en Colonia y en los demás estados federales, con lo que, por fin, podía tocar las estrellas que tanto había anhelado.

En el fondo, secuestrar a Otto John para llevarlo a Berlín Oriental y dejarlo con vida para que Walther Ulbricht lo expusiera como a un oso de feria no sólo hacía posible el nacimiento de los nuevos servicios secretos —el Servicio Federal de Inteligencia— sobre la base de la conspiración total, sino que tuvo un efecto mucho más mortífero que eliminarlo físicamente.

—Ahora, el gusano está dentro de la manzana —se regocijó Gehlen considerándose el gusano.

El camarada Nikitin dijo la misma frase aunque, para él, Gehlen era la manzana y el gusano, yo.

Estaba contentísimo, pues con mi ayuda podría sacarles todo el jugo a unos servicios secretos alemanes inmejorablemente infiltrados. A finales del verano recibí un telegrama en el que me comunicaba que me iban a conceder la Orden de la Bandera Roja de Clase III, aparte de unas gratificaciones mensuales de considerable cuantía. En otoño la agente Tres-Tres-Uno sería liberada y se procedería a su entrega.

«Entrega», vaya término.

Mi alegría era tan inmensa que no fui capaz de percibir el peligro que suponía para mi familia la situación de fragilidad en que había quedado Hub.

Desde luego, me hacía cargo de la profundidad de las tinieblas en que se había sumido el alma

de mi hermano, pero aquella sucesión de buenas noticias se me figuraba una suma, una especie de noticia buenísima hecha de muchas, y me hacía sentir una fuerza que en realidad no existía: cada noticia, buena o mala, es independiente y, por tanto, una nadería puede transformarla en lo contrario en cualquier momento. La aritmética de las noticias implica que no pueden sumarse ni potenciarse unas a otras. Yo, sin embargo, sentía que el viento soplaba a mi favor y sólo pensaba en mí, algo, por otro lado, muy propio de los pintores. Hoy, sin embargo, me daría de bofetadas por no haber sido capaz de ver las señales. Al contrario, sobreestimé mi triunfo.

Recibí la Orden de la Bandera Roja a través de Nikitin (me la envió por correo mediante el servicio ordinario de la RFA, ¡qué pena que no se la pudiese enseñar a nadie!), y poco después me concedieron a instancias de Gehlen otra medalla, inventada para la ocasión: la Orden del Mérito de la Org, que tampoco le podía enseñar a nadie, pero que podrían ponerme luego en la tumba).

Yo mismo tuve que encargarme del diseño de la medalla —que, por cierto, se sigue poniendo al cuello a los agentes, espías y traidores por los méritos especiales de turno—, y sugerí que nos inspirásemos en aquella cabaña alpina de Elend (me gustaba tanto el significado del topónimo: «miseria»), pero Gehlen quiso que fuera un san Jorge, su matador de dragones preferido.[52] En cuanto al material, sugerí que fuera de latón; sin embargo, él insistió en que fuera de un metal de prestancia como el bronce y, en mi caso particular, de oro de ocho quilates.

A fin de cuentas, había sido mérito mío acabar con Otto John de la mejor manera imaginable —o esa ilusión se hacía el doctor—, igual que en su día Yago había llevado a la muerte al ingenuo de Otelo fingiendo ser su gran amigo y confidente, engañándolo con su falsa compasión y su lealtad fingida.

Me entregó la Orden de la Org en una ceremonia celebrada en la cantina de la organización. Todos los jefes de las secciones y subsecciones se presentaron para aplaudirme, ilusionados ante la idea de conseguir ellos el mismo reconocimiento algún día. Incluso a Hub se le permitió participar. No sé cómo pude quedarme tranquilo viendo su mirada llena de odio; simplemente no quise darle crédito.

La misma tarde Gehlen pronunció un discurso en el que dijo que, transcurridos diez días de la huida de Otto John —y de la aniquilación moral de la Oficina para la Protección de la Constitución—, el canciller federal, Konrad Adenauer, le había dado su palabra de que podría crear unos nuevos servicios secretos. Mientras hablaba, Gehlen parecía Aníbal a la cabeza de sus elefantes. Se regodeó oyéndolos barritar y patear el suelo bávaro, y luego dijo que el canciller le había asegurado que en los dos años siguientes conseguiría que todos los miembros del cuerpo de la Org se incorporasen a ese servicio oficial de la República Federal de Alemania.

—¡La Org ha muerto! —exclamó—. ¡Larga vida al BND!

El júbilo cartaginés resonó por toda la sala y, en medio de los vítores, Gehlen me rodeó los hombros con el brazo, y Hub lo vio.

Con Lucie John seguí en estrecho contacto. La pérdida de su esposo, a quien consideraba enterrado bajo una gruesa capa de mentiras como quien es víctima de un alud, la dejó perpleja, pero no le rompió el corazón ni la llevó a perder los ánimos. Tanto ella como sus amigos británicos estaban convencidos de que se lo habían llevado de Berlín Oeste por la fuerza y después lo habían sometido a un lavado de cerebro.

La indignó la frialdad con que Adenauer y el gobierno se lavaron las manos en el asunto, aunque todos los indicios señalaran que aquella huida de Otto al lado soviético no había sido tal. Ella estaba convencida de que un hombre de honor como su esposo jamás la habría abandonado sin decirle nada, dejándola expuesta a las burlas y las malas lenguas. Cualquiera que conociese a Otto y a Lucie sabía que eran como Filemón y Baucis.[53] En el fondo, ni el cuerpo ni el alma de Otto necesitaban aquellos escarceos heterosexuales, homoeróticos o poliamorosos a los que se entregaba, y si lo hacía era porque, en el fondo, no era más que un niño grande.

Durante todo el tiempo que duró el cautiverio babilónico de su esposo, Lucie John —de soltera Manen— no dudó de él ni de su amor un solo instante. Se alegraba de mis muestras de cariño y, cuando se enteró de que mi hermana era judía como ella, acudió a visitarnos a Múnich. Hub evitó estar en casa aquel día, pues no quiso sentarse a la mesa con «tres judías»; a saber: su propia mujer, su hija y la esposa de un hombre al que había intentado asesinar pocos meses antes.

Y yo, idiota de mí, ni siquiera me planteé que aquello pudiera significar algo. Hoy simplemente no puedo entender en qué estaba pensando.

La separación de Mokka, por desgracia, no fue tan tierna y amable como yo pretendía conseguir con mi ambicioso proyecto de distanciamiento progresivo. Pero claro, se acercaba el momento de ir a recoger a Maya a Karlshorst, cruzar la frontera con ella e introducirla en mi entorno personal como prisionera de guerra liberada.

—¿Ya no te gusto?

—Claro que me gustas, Mokka. Es más, me gustas muchísimo.

—Entonces ¿por qué quieres que dejemos de vivir juntos?

—Tal vez necesitemos tomarnos un tiempo.

—¿Un tiempo? Yo no necesito tomarme un tiempo para nada. Si me desvivo por ti...

—Eso es cierto, Mokkita.

—Te lavo la ropa, te plancho, cocino para ti, me estudio todas las épocas de la historia del arte por ti y... —guardó silencio un instante para secarse una gota de la nariz— y... vendo todos esos cuadros falsificados por ti.

—¿Qué cuadros falsificados?

—Pues los cuadros que falsificas.

—Yo no falsifico cuadros.

—Ya, y el sol sale por occidente...

—Estás loca.

—Koja, que no soy tonta: sé perfectamente cuándo la pintura está fresca. Yo misma pinto un poco...

Suspiré, pues para mí no había desatinos pictóricos peores que los de Mokka: rosas y tulipanes a la manera de Renoir, de quien papá decía que lo único que le salían bien eran los sombreros... En resumen: un horror.

—Ya sé que no pinto bien, que no llego ni a la altura de tu Anna, pero hasta eso lo hago por ti, para que me prestes un poco de atención y me quieras un poco. Soy un ser humano, Koja, por si no te has dado cuenta.

—Claro que lo eres, y además un ser adorable, Mokka, pero eso no quita que todas las cosas bonitas toquen a su fin en algún momento.

—No diré nunca que falsificas los cuadros. Porque la verdad es que los falsificas muy bien y te admiro por ello, y si fuera capaz de pintar igual de bien que tú también yo falsificaría cuadros, y ganaría tanto dinero como tú, y me daría igual, porque también ese dinero lo ganaría para ti y para nuestros hijos.

—Yo no falsifico cuadros, Monika.

—¿Ahora ya ni siquiera me llamas Mokka?

—Mokka, cariño —repliqué con dulzura—, decir que falsifico cuadros es una calumnia y te podría denunciar por ello.

—¡Anda ya! No te voy a acusar de nada. Yo te quiero, aunque sé que engañas a una gran cantidad de gente y que Anna es hija tuya.

—Anna no es hija mía.

—Hasta un ciego vería que es hija tuya, el único que no lo ve es tu hermano y, desde luego, no me explico cómo es posible. Tú me tomas por lerda, pero tengo ojos en la cara.

—En realidad lo que te proponía era que fueras buscando un piso bonito, sin prisas, y que te quedaras aquí hasta encontrarlo.

—Utilizas a todo el mundo, a todo el mundo.

—Sí. —Suspiré—. Lo mejor es que pasemos página.

—A mí me tratas mal y, en cambio, siempre te portas muy bien con tu hermana, con la que en

su día te acostaste. Me doy perfecta cuenta y me lo trago todo, y hasta entendería que siguieras acostándote con ella porque es muy guapa y porque te quiero.

—Te voy trayendo una maleta.

—¿Acaso lo único que has apreciado en mí es que se me daba muy bien cabalgar?

Lloraba.

—No se te daba muy bien cabalgar, Mokka, se te da muy bien.

—Eso sí que es una canallada. ¡Serás canalla!

Cuando salió por la puerta sollozando, vulnerable y fea como un cuervo caído del nido, arrastrando la maleta tras de sí, con todo su cuerpo estremeciéndose ante tanta crueldad, me quedé largo rato mirando cómo se alejaba y disfrutando la sensación de ausencia total de gravedad.

Ev fue la primera persona a quien se lo conté.

No le hizo ninguna gracia que le hubiese dado pasaporte a Mokka de aquella forma. Me sorprendió.

Y no pudo con la idea de que Maya fuese a volver de Rusia: hasta acordarse de ella era pedirle demasiado. También eso me sorprendió.

—Dos mujeres que empiezan por «M» —dijo, como alargando las palabras—. Y las vocales tampoco son tan distintas. ¿Cómo diferenciar quién es quién?

Le recordé aquellos últimos días que habíamos pasado en Riga, aquel verano en la finca del barón Grotthus, cuando Anna todavía era muy pequeña...

—Fui con una chica que tenía la cara cortada, ¿no te acuerdas?

Y como es imposible que a alguien no se le quede grabada la imagen de una persona con la cara llena de cortes, pude ver cómo mi hermana recordaba, pero también cómo el recuerdo iba indisolublemente ligado a una expresión de incredulidad.

Faltaba poco para que se pusiera el sol. Estábamos los dos sentados bajo gruesas nubes de otoño dispersas por el cielo, sobre el césped de una zona para montar a caballo en Pattendorf; delante de nosotros, Anna cabalgaba sobre su primer poni, un regalo mío. Un poni islandés, comprado con el dinero que me daba el KGB y, de hecho, de un color rojizo; un animal muy bueno, algo falto de carácter.

—¡Mirad lo que sé hacer! —exclamó Anna, soltando las riendas y cabalgando sin manos por fuera del cercado, con el aplauso de los Alpes de fondo.

—¡Para ahora mismo! —gritó Ev en un tono que me pareció excesivamente estridente.

Anna obedeció, aunque todo apuntaba a que no seguiría siendo obediente mucho tiempo. Tenía once años, pero era muy menuda para su edad, con lo que la gente solía calcularle que

tenía nueve. De ese modo entró paulatinamente el dolor en su vida, como en algún momento entra en la de todo el mundo, el dolor de la humillación y la insatisfacción... eso sí, nunca habría de sentirse así a lomos de aquel poni, *Parvenue*.

—¿Y tú crees, Koja, que aún te llevarás bien con esa tal Maya?

—Sí, creo que sí.

—¿Te referías a ella cuando me dijiste que había alguien en tu vida? Estábamos sentados justo enfrente de donde estamos hoy, ¿te acuerdas?

Me señaló el lugar.

—Acababas de volver de la cárcel en Rusia y tenías un aspecto horrible, eras un esqueleto con patas. Y yo te dije que había estado esperándote. Y tú dijiste que había otra persona.

—Hace bastante que estamos en contacto, sí.

—¿Y cómo es posible conservar el contacto con alguien en Rusia?

—¿Es que no te alegras por mí?

—Claro que me alegro por ti, Koja, pero no soy nada feliz.

Anna, a lomos de *Parvenue*, emprendió el galope sin pasar por el trote. Al igual que con la pintura, odiaba los estadios intermedios. Conllevan las sacudidas que no se dan al paso normal, pero no te dejan disfrutar del premio de la velocidad. Y cuando se enteró de que, además, el trote es un movimiento antinatural para el caballo ideado por el hombre para mantener a flote las pistas de equitación, decidió acabar para siempre con semejante despropósito y, de mayor, dedicarse a liberar a todos los caballos del mundo.

Eso sí, aquel momento no había llegado todavía, pues de otro modo también tendría que haber dejado en libertad a su adorada *Parvenue*.

Noté cómo el cuerpo de Ev se tensaba. Le sucedía siempre que Anna se ponía a galopar. Ev ya se figuraba todas las posibles lesiones que podía sufrir. Hasta había sacado un libro de su consulta en el que aparecían imágenes de lesiones craneales especialmente cruentas, aunque eran resultado de combates a caballo, no de caídas por ir al galope. Y las niñas no se caen de los ponis sobre el imponente sable de un coracero.

—¡Despacio, Anna! ¡Ya basta! —gritó Ev, a pesar de todo, y se puso de pie de un salto.

Yo la cogí de la mano y tiré de ella para que volviera a sentarse. Se soltó, con mucha suavidad, pero se sentó.

—¿Por qué eres tan poco feliz?

—No deberías haberle regalado ese poni a Anna. Para empezar, por deferencia hacia Hub.

—¿Y eso?

—Él no se lo puede permitir. No tiene tanto dinero como tú. Para él es una humillación.

—Si yo sólo lo hago por nuestra Anna...

—Hub también es muy infeliz.

Anna montaba ahora por fuera del cercado, pero despacio. Ev le permitía, al final de la sesión, galopar un poco por el campo abierto, aunque esperaba a que pasara el momento con mucha angustia, se le quedaban los nudillos blancos de cómo apretaba los puños.

—Con lo bien que me va a mí ahora, no quiero que vosotros estéis mal...

—A lo mejor nunca deberíamos haber vuelto a intentarlo Hub y yo. Él no quiere ni ver a Anna sobre ese caballito. No quiere ni mirarla cuando dibuja. No quiere ir con ella a Israel.

—¿Quieres ir a Israel?

—No lo sé. A los alemanes no se les permite pisar Israel. No sé cómo va a seguir nuestra vida.

Se volvió hacia mí. El viento que se levantaba desde el río le revolvía el pelo.

—Seguimos engañando a Hub. Tal vez deberíamos decirle la verdad. La verdad completa, me refiero.

—Eso no puedes ni planteártelo, Ev.

Pero Ev se lo planteaba. Apretó los labios con el gesto de rebeldía que solía acompañar su costumbre de cumplir su voluntad. Lanzó una mirada hacia su hija, que volaba por el campo como un cosaco, chillando feliz.

—Nos va a costar la salud a todos, Koja —dijo Ev al cabo de un rato—. No se lo diría si viviera mi vida con otra persona. Pero ahora que estamos juntos se lo tengo que contar.

—No.

—Koja, vivo con él, lo veo todos los días.

—No quiero ni oír lo que me estás diciendo.

—Mira, Koja: tu hermano se comporta con Anna como un buen tío. Y tú eres para ella un buen padre. Ya actuáis cada cual como si fuerais conscientes de vuestro verdadero papel.

—Eso ya lo veo yo también. Pero saberlo lo destrozaría.

—Tengo mucho miedo, Koja. Tengo mucho miedo de que pase algo.

—¿Y qué podría pasar?

—Esto no está bien. Es la última gran mentira.

Para Ev era la última gran mentira, para mí no, claro. Y fue por eso, creo, por lo que no fui capaz de entenderla. Porque la última gran mentira es algo que puede volver loco a alguien. Algo de lo que necesita liberarse como sea. Algo que lo persigue. Pero eso lo sé ahora, ahora que soy un hombre viejo. En su día, no supe verlo.

—Escucha, Ev —dije—, cuando Maya esté aquí y tenga un hijo mío, si quieres se lo contamos. Porque la única posibilidad de que Hub no te abandone es si yo vivo con Maya y ella tiene un hijo. Ahí se sentirá seguro.

—¿Y por qué se sentirá seguro entonces?

—Porque implicará que tú y yo no volveremos a estar juntos.

—Yo no volvería a estar contigo nunca, Koja. Por nada de este mundo. Con lo frío que te has

vuelto.

Lo dijo con amabilidad, es más, hasta con cariño. Con ternura. Me dejó perplejo y la miré a la cara.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—¿Cómo has podido tratar así a Mokka? Mira que me caía mal. Pero se ha desvivido por ti. Hubiera ido a buscar la luna por ti. ¿Cómo has podido...? —No daba con la palabra adecuada—. Reemplazarla de esa manera.

—Es demasiado buena chica.

—¿Demasiado buena chica?

—Es lo que dijiste tú de ella. Buena chica. Y un poco del montón.

—Por entonces no sabía que sería capaz de ir a la luna por ti. En tu vida volverás a encontrar a nadie así. La gente capaz de traerte la luna no es «buena gente» sin más. Y no es nada frecuente. Yo no haría eso por nadie. Ni siquiera por ti. Yo sólo haría las cosas por mí y en mi propio interés. Y tú eres exactamente igual.

—Lo que nunca dejará de asombrarme de ti —repliqué con una sonrisa apagada—, es que siempre dices justo las cosas que no se deben decir nunca.

Entonces, como una moneda de oro, la rozó un fuerte rayo del sol ya muy bajo y a punto de ponerse por detrás de una capa de nubes en retirada. Se cubrió los ojos con la mano y buscó a Anna.

Pero al contraluz no vimos más que la silueta de *Parvenue*, que volvía hacia nosotros trotando sin jinete.

Ev se levantó como impulsada por un resorte y salió corriendo. Yo corrí detrás. Llamamos a Anna a gritos. No hay nada en el mundo más horrible para unos padres que tener que gritar el nombre de un hijo, y nada los separa más que ese martirio.

Tras cinco minutos de angustia (sentía un hormigueo en los dedos, me empezaron a pitar los oídos, me subió el reflujo del asado que había comido antes...), Anna apareció por detrás de un arbusto. Con una pícara sonrisa ladeada y diciendo que había querido gastarnos una broma. Porque habíamos dejado de mirarla. Así que se había escondido para ver qué pasaba.

Me di cuenta de que el labio de Ev empezaba a temblar. Luego le dio un bofetón a Anna, rompió a llorar y la abrazó, pues también la niña lloraba.

Yo las abracé a las dos... y lloramos los tres.

25

El 9 de noviembre de 1954, el día de mi cuarenta y cinco cumpleaños, fui a recoger a Maya a Berlín.

Me imagino que a los hippys no les gusta ir de compras, y menos todavía para ponerse como un pincel. Así que, mi querido swami, comprendo que no pueda ni hacerse una idea de la cantidad de encargados de tiendas de ropa y complementos de caballero de Múnich a los que saqué de quicio. En la camisería Blösdorfer pedí que me enseñaran modelos de *cutaway collar*, *pin collar* y *tab collar*. En Lodenfrey me compré un abrigo, pero luego lo fui a cambiar y me compré otro que también cambié y, al final, acabé en la peletería Rieger. Por lo que respecta al traje, tampoco me decidía si de cachemir, de seda, de mohair o de algodón.

Cuando por fin me decanté por el cachemir, me puse a darle vueltas a qué sastre ir. Por fin elegí a uno italiano buenísimo de la Ledererstraße. Pietro Cifonelli se llamaba. Pietro Cifonelli me dijo que pondría todo su arte al servicio de aquella ocasión única para el *signore*, pero claro, no con un toque de extravagancia, sino de elegancia. Y me preguntó si me inclinaba más hacia el barroco o el *Rinascimento*. Yo opté por el clasicismo (*stupido classico*). Y ahí Pietro objetó que el *stupido classico* él no lo trabajaba, que para eso más me valía ir a un sastre inglés, pues es sabido que a esa gente no le importa la verdadera elegancia, sino que sencillamente se ocupan de que la gente aburrida vaya vestida como es debido.

Así que le dije que sí al *Rinascimento* y me eligió una raya diplomática un tanto llamativa en exceso sobre un fondo gris, chaqueta con hombreras y corte en uve. Cintura entallada, faldón con mucha caída, muy regio. Luego fui a la Budapester Straße a por los zapatos, del tafilete más fino, y un sombrero nuevo que, desde luego, quedaba de maravilla.

Para Maya compré varios vestidos en tonos más bien discretos. No me había atrevido a preguntarle la talla que tenía. Con independencia de la alimentación mejor o peor de las cárceles soviéticas, es cierto que lo de la talla puede variar mucho. En mis dos grandes maletas de bienvenida incluí también bombones, un vino de Burdeos, perfume, una novela sobre Leonardo da Vinci de Mereschkowski (me la había pedido ella, aunque yo la había ayudado a escogerla), un collar de perlas y dos billetes de avión, en primera clase y vuelo de Lufthansa de Berlín-Tempelhof a Múnich-Riem, así como un mapa de Italia dibujado por mí con todas las ciudades que visitaríamos en diciembre, adornado con caricaturas de ambos como turistas agotados (ella con la carita colorada por haber comido demasiado, yo gordo y casi calvo, acorde con mi edad).

Fue maravilloso aterrizar en Berlín aquel día de noviembre en que hacía un perruno tiempo otoñal.

A la salida del aeropuerto, le regalé un chicle a un lisiado de guerra que pedía limosna, algo que no había hecho en toda mi vida. Tomé un taxi y me dirigí a Friedrichstraße con todo mi equipaje.

El habitual chófer del KGB esperaba en el punto de encuentro de siempre y, para mi asombro, comprobé la cantidad de maletas de piel que caben en el maletero de un Pobeda destartalado. El camarada Nikitin me había escrito que aún podría pasar una noche en la villa de Karlshorst con mi futura esposa. Sin embargo, a medida que nos adentrábamos en el sector soviético, me iba convenciendo de que lo mejor sería recoger a Maya y marcharnos lo antes posible. Las órdenes con nuestras siguientes misiones podían enviárnoslas después sin problema.

Al parar frente al edificio del KGB, saqué todas las maletas del coche, a pesar de que el chófer me ofreció quedarse al cuidado del equipaje. Demasiado bien sabía yo lo que entendían allí por tal concepto.

Nikitin no se había equivocado en su momento. El despacho que le habían renovado parecía tan viejo como siempre: no vi ni un solo rastro de renovación de nada. «Típico», pensé. El asistente que me había recibido dejó mis maletas en el suelo y me hizo el saludo militar, supongo que por ver la Orden de la Bandera Roja que, en el coche, me había puesto en la solapa de mi refinado traje. Me anunció que enseguida vendrían a despachar conmigo y se retiró con otro saludo sonoro y formal.

Yo había estado en aquel despacho en varias ocasiones, aunque siempre con los retratos de Stalin y Beria, el jefe del KGB, en un lugar preeminente. Los habían sustituido los de sus sucesores Nikita Jruschov e Ivan Serov. Me pregunté si la «renovación» se refería a eso.

Entonces se abrió la puerta. El corazón me dio un vuelco de alegría, pues vi cabello gris y creí que se trataba de Maya. Pero no era ella, sino una mujer uniformada de unos cincuenta años, bajita y rechoncha, a quien no había visto nunca. Me saludó con las formalidades de rigor y cuando yo, dándomelas de caballero *charmante*, le pregunté si acaso era la encantadora asistente del camarada Nikitin, me respondió en tono gélido que ella no había sido asistente de nadie en su vida, y menos aún después de la guerra. Luego me miró de arriba abajo: mi abrigo de piel, el traje, el sombrero que llevaba en la mano y hasta mis zapatos y maletas.

—¿Cuál es su profesión, camarada? ¿Alteza Real?

Percibí que las cosas se estaban desarrollando de una forma muy distinta de la que yo esperaba: dos días antes, el camarada Nikitin me había enviado un mensaje en clave en el que me explicaba amable y exactamente cómo habría de transcurrir lo que llamaban la «entrega».

—Bien, camarada Cuatro-Cuatro-Tres; siéntese, por favor.

Me senté y ella hizo lo mismo, para mi asombro, en el sitio de Nikitin.

—Soy la general Pertia —me explicó, y también que era mi nueva superior. Había recibido órdenes para llevar a cabo la entrega acordada. El general Nikitin había fallecido.

—¿Fallecido? —pregunté—. Si anteayer aún me escribió...

No, no: otros compañeros han venido encargándose desde hace meses de la correspondencia del camarada Nikitin; desde luego, cuidándose de reproducir el tono del general incluso cuando contravenía el espíritu del socialismo, pero ya no pasará más.

Un velo rojizo se desplegó por delante de mis ojos, resultado de toda la sangre que se me había subido a la cabeza, y la general Pertia se transformó en una gran fresa de uniforme rojo. Tuve que esforzarme para no responder a preguntas que no me estaba haciendo. Me puse el sombrero, no sé por qué; a lo mejor por ponerme a cubierto, si es que eso es cubrirse.

La general Pertia se me quedó mirando. Sin duda, ambos nos habríamos llevado una sorpresa si, de pronto, me hubiera levantado por las buenas.

Pero no lo hice.

Carraspeó y cogió una cajita a la que yo no le había prestado atención a pesar de que llevaba todo el tiempo encima de la mesa.

—Bien, camarada Cuatro-Cuatro-Tres, procedamos a la entrega de la camarada Tres-Tres-Uno.

Sí, una fresa, blanda y cada vez más de un rojo más oscuro: al borde ya de la putrefacción; tal vez dulce en otro tiempo, tal vez...

—Aquí la tiene.

Me acercó la cajita deslizándola sobre la mesa. Yo no podía levantarme, estaba como clavado al sillón, esforzándome por no echar las entrañas por la boca. Ella levantó un poco la cajita para que yo la viera, volvió a colocarla sobre el tablero de la mesa y me indicó con un gesto de la mano que estaba autorizado a llevármela cuando quisiera. Se puso unas gafas gruesas para leer y, con unos ojos enormes, leyó:

—«Como resultado del proceso H/314-lM de 1951 contra Maya Dzershínskaya, acusada de deserción por entregarse voluntariamente al bando alemán en la ciudad de Rzhev el 31 de mayo de 1942 siendo suboficial del Batallón de Castigo del 2.º Regimiento de la 359 División de Infantería de la Sección 30 del Ejército en el frente de Kalinin, se la declaró culpable del cargo de alta traición.» —Por concentrarme en algo, me concentré en las gafas que Pertia se recolocaba después de cada frase—. «El Tribunal Militar Supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas la condenó a muerte el día 1 de febrero de 1952.» —Pertia suspiró, se rascó la papada y volvió a recolocarse las gafas—. «Se dio cumplimiento a la condena con un tiro en la nuca en la prisión de Butyrka con fecha 31 de octubre de 1954. La ejecución duró un minuto y treinta segundos.»

La camarada se quitó las gafas, las dejó a un lado y me miró sin ellas. Yo no sabía qué veía

exactamente, pero me dio la sensación de que veía aún con más interés el traje a medida de Pietro Cifonelli, el *tap collar* de la camisa, el nudo de corbata que había aprendido a hacer para la ocasión, los zapatos comprados en la Budapester Straße y, por supuesto, las dos maletas de bienvenida.

—Camarada Cuatro-Cuatro-Tres, ha hecho usted grandes méritos en su trabajo por la Unión Soviética. Le debemos agradecimiento y reconocimiento. Lamento que la entrega haya de darse en esta forma, pero aquí tiene los restos mortales de Maya Dzershínskaya.

Lo único que conseguí hacer fue mirarla fijamente.

—Me refiero a esta caja.

Lo sé.

—Cójala.

Conseguí hacerlo.

—Ahora, permítame felicitarle cordialmente por su cumpleaños en nombre del KGB.

26

Llovió durante seis años, nueve meses y seis días.

Hubo épocas de lluvia muy fina en las que me fue posible salir al umbral de la puerta y poner cara de estar curado. Hubo lluvias fuertes y aguaceros como diluvios que dejaban los tejados chorreando. Hubo lluvias heladoras, lluvias calientes, lluvias de monzón; hasta hubo algunos momentos en que dejó de llover.

Desde otra perspectiva temporal diría que lo más frecuente fue la llovizna, aunque en ese caso tendría que decir que llovió durante once años, dos meses y cinco días.

A estas alturas me parece que en ningún momento ha dejado de llover, sino que, desde el día en que cumplí los veinticinco años, la lluvia no había hecho sino concentrarse a mi alrededor como una niebla.

Allá adonde fuera o estuviera, nunca me libraba de la humedad.

Y si en algún momento no reinó la humedad, me encontré con lluvia de ceniza, o de nieve, que no parece tan húmeda y a veces me trajo cierta paz.

Aprendí mucho en aquellos años de lluvia. Por ejemplo, nunca volví a menospreciar a nadie meramente por parecerme demasiado simpático o demasiado corriente.

Ojalá hubiera sido simpática o corriente la general Pertia.

Ojalá hubiera vuelto a ver a una Maya simpática, corriente y desdentada, y con la piel cortada a tiras como si fuera cuero. La habría amado igual, pero eso lo sé sólo ahora.

Y también me acordé de Mokka muchas veces a lo largo de mi vida, y le deseé lo mejor y, al cabo de algunos años, también investigué su paradero, pero emigró a Australia y allí, en la selva australiana, se perdió su rastro. Quizá siga allí todavía, criando camellos, o esté en Kimberley excavando en las minas de diamantes, o en el interior, con una docena de hijos feísimos y locos por el arte. Dondequiera que esté, espero que me perdone por mi soberbia y por lo impresentable que fui con ella.

En la cajita habían guardado cinco dientes de Maya que yo contemplaba una y otra vez. Un día se los llevé a un dentista para que me dijera cómo los veía y me aseguró que todos estaban muy cariados y reblandecidos. Pinté cuadros de esos dientes a principios de los sesenta, cuadros de

cada uno de ellos, sobre lienzos gigantescos de un blanco grisáceo, del mismo blanco grisáceo que los dientes, de manera que el cuadro entero parecía la densa niebla de noviembre. Me lo había recomendado mi psiquiatra, una mujer, por cierto, de la que me enamoré porque llegué a confesarle casi todo, aunque no tantas cosas como le estoy confesando a usted.

La general Pertia me hizo llegar el certificado de defunción, y así leí una y otra vez que Maya había sido ejecutada el 31 de octubre de 1954. No obstante, la condena a muerte databa del 1 de febrero de 1952, poco después de aquel primer encuentro en Karlshorst.

Entre el 1 de febrero de 1952 y el 31 de octubre de 1954 pasaron exactamente mil tres días.

Mil tres días de últimas comidas.

Mil tres días de últimos pensamientos.

Mil tres días en que se hicieron añicos todos los deseos locos y los anhelos desesperados. ¿O serán más bien mil tres noches?

«Tómate cada día el tiempo de permanecer sentado en silencio y escuchando cuanto te rodea, presta atención a la melodía de la vida que vibra en tu interior», ¿no dijo eso su Buda? En cada vida hay una medida de sufrimiento; sin embargo, Maya vivió aquellos mil y tres días entre la condena y la ejecución con la plena conciencia de que en algún momento le pegarían un tiro en la nuca; para ser exactos, en el mismo momento en que yo hubiera cumplido con mi encargo: eso es un sufrimiento sin medida. No se puede ni imaginar. Maya, mientras reía conmigo, y soñaba y fumaba cigarrillos, era una muerta en vida, incluso cuando sentía placer, cuando se consumía; tal vez entonces más que nunca.

Aun así, en aquellos mil tres días hubo momentos en los que fue feliz de verdad: el momento en que nos bañamos juntos en la bañera de lapislázuli, cuando le lavé las piernas condenadas a muerte, cuando mirábamos al cielo como si ambos mirásemos con un solo ojo, y en las cartas.

Aún me escribió diciéndome la ilusión que le hacía que fuese a recogerla con mis mejores galas.

Y con mis mejores galas fui a recoger sus dientes.

No deshice jamás las dos maletas de cuero bueno: me hubiera resultado imposible tener entre las manos aquellos vestidos. Eran de chiffon, una tela que cae muy lentamente cuando se lanza al aire. ¡Ay! Maya seguro que los habría lanzado al aire. Me parece estar viendo su gesto: cómo se echaría a reír de golpe y cómo la tela cubriría su cara, su adorada carita toda llena de cortes.

Por eso aún tengo esas dos maletas de cuero en el desván de mi casa, intactas, tal como llegaron de Berlín, a rebosar de moda de verano de otro tiempo, mi precioso mapa de Italia y la botella de Burdeos, que ahora debe de valer una fortuna. Por aquel entonces metí las maletas en la cama y dormí con ellas, y sí: las abrazaba por las noches, ya que no tenía ninguna otra cosa

que abrazar. Permanecí enterrado en mi casa durante semanas, pensando que la lluvia cesaría pronto.

Subestimé aquella lluvia.

Me propuse rechazar cualquier misión que me encomendara la general Pertia, pero el KGB me tenía en sus manos con el compromiso que había firmado.

Y el mundo entero me importaba una mierda, querido swami.

No invité a nadie a subir a mi arca del diluvio.

Mi galería de arte se quedó vacía.

Me tomé vacaciones de la Org y recibí infinidad de llamadas, pero no atendí ninguna.

Ev quería saber lo que había pasado. Me sorprendió un día en la Academia de Bellas Artes, esperando a Anna con los dientes de Maya en la boca, paladeándolos, empapado de lágrimas. Del susto me tragué dos (luego aparecieron), pero escupí en mi pañuelo los tres más grandes y se los mostré. Se quedó estupefacta.

Pero no podía decirle la verdad, ¿lo comprende?

En lugar de la verdad le dije que el avión de Maya se había estrellado una hora después de despegar de Moscú y que aquellos dientes eran lo único que habían logrado encontrar de ella en medio de la taiga (incluso se lo repetí varias veces).

Ev me abrazó y me aconsejó tirar los dientes. ¿Cómo iban a ser los dientes de mi gran amor? Seguro que eran una falsificación del KGB, hechos de mandíbula de delfín. No parecían humanos en absoluto.

—Te han engañado, Koja. Creo que te enamoraste de una espía que te ha tomado el pelo. Seguro que vive tan contenta en la taiga.

¡Qué ingenuas me sonaron aquellas palabras!, mi querido swami, y qué maravillosas...

¡Ay! Ojalá hubieran sido verdad: habrían significado que Maya vivía aún.

Y una tarde, pocos días antes de Nochebuena, sonó el teléfono.

Era mi hermano, y por su tono de voz supe que tenía que ir a su casa.

Los gritos alcanzaban tal volumen que me extrañó que la policía no hubiese acudido hacía rato. Subí las escaleras corriendo y vi a la pequeña Anna frente a la puerta abierta.

Lloraba.

—¿Qué pasa, mi amor?

Y, entre sollozos, Anna dijo que mami le había dicho que papi no era el papi, sino que el papi era el tío Koja.

—O sea, tú.

O sea, yo.

La impenetrabilidad de la mirada humana suele aumentar como reacción a la sorpresa. Sin embargo, en un brevísimo instante inicial, el shock cae a plomo hasta el fondo, como una persiana.

—Mi amor, tú quédate aquí tranquilita. No te muevas de aquí.

—Papi tiene una pistola en la mano y mami está muy callada.

Pero no sonaba así: aquello era un puro griterío. Claro, los gritos eran todos de mi hermano.

Entré en el piso y corrí por el pasillo. Pasando el pequeño recodo a la izquierda, llegué a su habitación. Ev, en realidad, tenía el mismo aspecto de siempre. Estaba apoyada en la ventana y no lloraba, tan sólo negaba lentamente con la cabeza, horrorizada de que me hubiese presentado allí.

Hub estaba de pie con la pistola en la mano y parecía un payaso: un manco con una pistola tiene aspecto de payaso, es un personaje cómico. Da risa.

—¡Una judía y el cerdo de mi hermano! —gritaba aquel personaje borracho—. ¡Me habéis arruinado la vida! ¿Por qué odiará Dios a los primogénitos? ¿Por qué ama a los segundos hijos y a los judíos?

—¡Cálmate, Hub! ¡Por favor, cálmate!

Oímos unas sirenas a lo lejos; aún muy lejos, pero algo era algo.

—¡Cómo sois capaces de traicionarme así! ¡De exponerme así a la muerte! ¡De traicionarme! ¿Qué os he hecho? ¡Yo, que os he perdonado todo! ¡A ti te salvé la vida, Koja! ¡Volví a confiar en ti! ¡Y folláis entre vosotros!

—¡No, Hubsi! —gritó Ev, pero mi hermano no quería que lo llamaran Hubsi, no en aquel momento. Le puso la pistola en la sien a Ev, una Walther PPK. El arma de Berlín.

—Tú me has robado a mi hija. Y tú no vales nada, Ev. *Omnium bipedum nequissimus.* *OMNIUM BIPEDUM NEQUISSIMUS!*

—¡Cálmate, Hub!

—¡LA MÁS DESPRECIABLE ENTRE LAS CRIATURAS DE DOS PIES!

—¡Hub!

—¡Ahí tienes tu ternera cebada,[54] esa niña de ahí fuera! ¡La ternera cebada! ¡Me lo has robado todo, a mi mujer, a mi hija, mi honor, incluso mi trabajo! ¡Igual hasta eres tú ese espía del que hablan todos! ¿Eres tú el cerdo que gruñe en nuestro establo?

—Cálmate, Hub.

—¿Eres el topo?

—No, Hub. ¡Baja esa pistola, maldita sea!

—Os diré lo que voy a hacer ahora. Me voy a pegar un tiro aquí mismo, ante vuestros ojos. Aquí mismo. Eso es lo que voy a hacer.

Ev gritó tan fuerte que hasta dejó de oírse la sirena de la patrulla que en ese instante doblaba la

esquina.

—Papi, ¿qué haces? —dijo una vocecilla, y yo me volví de golpe, y Hub se volvió de golpe: los dos papis se volvieron de golpe y, por el propio movimiento, el dedo de Hub apretó el gatillo. La bala salió por la boca de la pistola, y juro que vi cómo salía y pasaba rozando la sien de mi hermano, pues tenía la cara girada, y ahí supe lo que iba a pasar. Mi hija tenía los ojos grandes. Y qué piel tan preciosa tenía, y eso que era muy pálida. Luego se desplomó, como si le hubieran dado un golpe, y su vientre pequeñito se tiñó de carmesí en un abrir y cerrar de ojos. Y yo estuve a su lado en medio de todo aquel estruendo que nos rodeaba, y sostuve su mirada con la mía, y ella quiso preguntarme algo, lo tenía en la punta de la lengua, pero no le salía, y luego sólo alcanzó a repetir—: ¿Qué haces, papi?

Mi bien.

Y ya se había ido.

Llovió durante seis años, nueves meses y seis días.

CUARTA PARTE

Rojo, negro y oro[1]

1

El hippy ha reducido al mínimo sus expectativas con respecto a mi futuro. El modo en que, durante todo este tiempo y por insistencia suya, he ido vertiendo en él todas las cosas que he vivido y que (según piensa) se acumulan en su interior como la basura, dice que ya no lo soporta más. Las consecuencias que cree que va a tener para él no son positivas.

Ha escrito una carta. A la dirección del hospital. Una carta hiriente por lo que a mí respecta.

Quiere deshacerse de toda esa basura. Quiere salir de aquí.

—Cada vez estoy más desolado —se lamenta—. Me estoy llenando de pesar, de penas, yo qué sé, de angustia. Tanto *duhkha*,[2] tanto pesar y tristeza por todas partes... Me entran unos dolores tremendos en los riñones. Y no puedo remediar leer revistas baratas para compensar. Mucho *Ásterix* y mucho *Tintín* para evitar pensar en los bebés y en la pobrecita niña. Y no quiero seguir en una habitación que está llena de cosas malas, no quiero mirar la puerta y saber que al otro lado hay un agente de la policía criminal, no quiero despreciar a mi compañero y tampoco quiero retirar ningún «maravilloso» de los que he dicho. No, la única solución es abandonarlo, señor Solm.

Ya no me tutea, y estoy seguro de que es la primera vez que abandona a alguien en su vida.

A la enfermera Gerda le he dado quinientos marcos, que son mi esperanza, y ha intentado convencerlo para que cambie de opinión, pero no me ha entendido bien: ha confundido la disposición con la intención. Ella creía que el hippy estaba dispuesto a cambiarse a otro cuarto, cuando en realidad es que tiene esa intención como sea, así mismo lo ha expresado, y con más énfasis que nunca:

—¡Quiero irme fuera de aquí! —dijo—. ¡Fuera, fuera, fuera!

—Pero, Basti, sólo nos quedan habitaciones peores que ésta, llenas de mundo exterior —argumentó la enfermera Gerda—. Tendrías que compartir con un portero de Erding al que acaban de operar, por lo que no te dejaría dormir; o con un florista gay que duerme en medio de un mar de jacintos; o con un oficial del ejército. A ninguna de esas habitaciones te podría llevar el cannabis, y con ninguno de esos compañeros podrías compartir tus debilidades.

—Yo no quiero hablar de mis debilidades —le ha respondido Basti—. Para eso, ya podría hablar directamente del *duhka-duhka*.

¿El *duhka-duhka*?

Sí, la muerte.

Mi intención no es hablarle de la muerte.

A decir verdad, ni siquiera le hablaré de la vida después de la muerte, es decir: de la resurrección o la reencarnación, y eso que sería ideal conversar de eso con un swami, sobre todo si uno tiene una hija convertida en polvo.

Pero no le hablaré de la muerte y, para ser sinceros, ya debería haberse dado cuenta de que últimamente hablo sobre todo de la vida; para ser exactos, de la suya, de esa que tantas ganas tiene de cambiar. No se encuentra bien, por eso es importante que tenga a alguien a su lado. Le han rapado completamente la cabeza para colocarle otra válvula de drenaje, y les costó lo suyo cortarle la media cabellera de bucles a la manera de Botticelli que llevaba. Los dolores cada vez son más intensos, aunque tampoco sé mucho más al respecto. En todo caso, el doctor griego le ha dicho —yo estaba a su lado y lo escuché— que no podrá salir del hospital ni a corto ni a largo plazo: sonó a «nunca más».

Así que también su futuro parece bastante limitado. Sólo le queda el pasado, que ya no hay forma de cambiar; la historia de una enfermedad que tal vez sea lo más interesante de su vida.

¿Quién sino yo se atrevería a decirle algo así?

Pero él quiere irse como sea, quiere alejarse de mí a toda costa, no quiere oír ni ver nada relacionado conmigo.

Así pues, una mañana de viernes, en medio de un otoño dorado, lo trasladan a la habitación del oficial del ejército: un piloto que ha salido vivo tras estrellar un Starfighter.

¿Acaso no es *duhka* eso también?

Ahora que ya había dejado atrás el principio, ahora que la historia se encaminaba poco a poco al final, me pesa haberme quedado solo en la habitación.

Me han puesto a otro paciente en la cama de al lado: un motorista, pero no tiene nada que ver. Ha quedado poco de él, en realidad. Fue a caer de bruces sobre el asfalto, con lo cual su rostro, con dientes y todo, quedó esparcido a lo largo de los cincuenta metros de carretera empapada por la lluvia que recorrió desde el lugar del primer choque hasta el árbol que finalmente lo detuvo. No creo que pueda volver a hablar en la vida. ¿Qué diría sobre la utilidad y el sentido de la desgracia humana, cuando él mismo la encarna de una forma prácticamente insuperable?

Großpaping, por ejemplo, desde su perspectiva de sacerdote a la antigua usanza, habría estado convencido de que borrar de la faz de la tierra a mi Anna, tan preciosa, tan llena de talento y, sobre todo, completamente inocente como era, no podía ser sino expresión de la intencionalidad de una instancia divina y, por lo tanto, sucedía por algo significativo, puesto que también a él lo habían borrado de este mundo por designio divino. Estoy seguro de que así lo creyó firmemente, hasta las últimas gotas que tragara del agua del pantano de su pueblo.

Papá, por otra parte, que había interrumpido los estudios de teología por considerarlos un tormento impuesto por Großpaping, y que analizaba y comprendía la naturaleza con la mirada y luego la recreaba, era de la firme opinión de que lo único que amenaza nuestra existencia es el destino, que lo determina todo, le veamos el sentido o no, y así es como habría interpretado siempre la fugacidad de la vida y la abrupta desaparición de mi Anna, seguro.

Ahora bien, ¿qué hay de la tercera y última opción, la que no estaría avalada por ninguno de mis antepasados pero que aquí parece la más obvia? ¿Por qué no contemplar toda esa catástrofe que es cualquier vida como la consecuencia de nuestros propios errores en lugar de echarle la culpa a Dios o al destino? Si es la persona quien tiene la culpa de cuanto le pasa, también tendría en su mano la posibilidad de que su suerte mejore.

El padre culpable de la bala que atraviesa el cuerpo de su hija no tiene en su mano nada que pueda cambiar eso a mejor. No obstante, sabiendo que ese supuesto mazazo del destino es consecuencia de su propio comportamiento, al menos puede evitar cometer las mismas faltas en lo sucesivo.

Puede evitar el asesinato.

Puede evitar el fraude y el engaño.

Puede evitar cualquier forma de crimen.

Puede evitar el vicio.

Puede evitar a las SS.

Puede evitar a la Org, al KGB y a la CIA.

Bueno, a la Org, al KGB y a la CIA tal vez no los pueda evitar a esas alturas. Pero puede ser mejor persona, eso es lo que quiero decir.

Entonces, ¿por qué Basti no me escucha? ¿Por qué no escucha cómo me vuelvo mejor persona? ¿No estaba esperando mi transformación? Ahora estamos muy cerca y... ¿qué hace él? ¡Las maletas! Y se va a la peor de las habitaciones, a la cama de al lado de un piloto a quien está claro que el karma le ha impedido darle a tiempo al botón del asiento eyectable.

Soy injusto.

Soy injusto con el hippy.

No quiero agobiarlo. Me dedico a mirar por ventana el otoño, las hojas caídas, amarillas, rojas, de color óxido que cubren el césped como una alfombra, y las imagino como un millón de alas de mariposa arrancadas de entre las cuales, de cuando en cuando, emerge un gorrión que se va volando por el cielo.

—Pero, bueno, señor Solm... ¿qué hace ahí con esa cara tristona? —dice con un suspiro la enfermera Gerda.

Está detrás de mí, de pie junto a la cama del motorista cambiándole las vendas. Parece una alfarera dándole forma a una pella de arcilla con ágiles dedos.

—Ya se ha acabado el verano —digo.

—Sí, se ha acabado el verano.

—¿Cómo está Basti?

—Lo he puesto en la peor de las habitaciones, tal como usted quería, pero me siento culpable.

Yo asiento con la cabeza: le di otros quinientos marcos para que lo pusiera en la peor de las habitaciones, con vistas al piloto más repulsivo que se pueda imaginar. Sin duda, nadie se vuelve mejor persona con el tiempo, nadie.

—Entiendo que quiere que vuelva —dice la enfermera Gerda—, yo también. Está en la peor habitación y lo veo poquísimo.

—Es por su bien.

—Al menos le llevo su pipa de cuando en cuando.

Doy un respingo.

—¡¿Qué?!

—Bueno, el piloto no se entera de nada.

—¿Está diciéndome que le lleva droga a Basti?

—¡Por favor, señor Solm!

—¿Qué?

—¡Droga! Desde luego... ésa es una palabra muy muy fea.

—¿Teniendo en cuenta su estado? ¿No iban a trepanarle el cráneo otra vez?

—Le sirve para pensar en otras cosas, y el señor piloto de verdad que no se entera de nada. Casi siempre está inconsciente y, cuando no, no para de gritar de dolor.

El motorista parece tener urgencia de que acabe de empaquetarle la cabeza en vendas y gasas; el pobre se esfuerza para tomar aire a través de las gasas que la enfermera Gerda le pone momentáneamente sobre la boca y luego se apresura a quitarle. Que no pueda hablar no implica, ni mucho menos, que no oiga y no se entere de las cosas.

—Enfermera Gerda —le digo con el tono de mi voz más encantador—, ¿le importaría taparle las orejas al señor motorista, por favor?

Ella lo hace sin vacilar, aunque el motorista ya no tiene más que una oreja.

Dos días más tarde el hippy y yo nos encontramos camino del banco del jardín que queda bajo las ventanas de nuestras habitaciones. Sólo nos permiten salir del hospital durante unos momentos: aquí todo lo que tiene de libre el aire libre se considera un peligro mortal.

Los dos llevamos paraguas negros para que nada del cielo nos caiga en la maltrecha cabeza,

sean gotas de lluvia o mierda de algún pájaro.

Tras aparecer por entre dos olmos, el hippy se me acerca inclinado para protegerse del viento, envuelto en un albornoz y, además, con la cabeza cubierta por lo que parece una bolsa de plástico del supermercado Edeka, detalle que no sé cómo interpretar. Camina como si antes de dar cada paso tuviera que tomar mil precauciones —muestra de su estado, cada vez más parecido al mío— y termina sentándose a mi lado, aunque tan lejos como le permite el banco. En sus ojos entornados detecto obstinación.

—¿Por qué se ha puesto una bolsa en la cabeza?

—Me han pintado el coco.

—¿En serio?

—Están buscando el punto idóneo para el nuevo agujero.

—¿Me deja verlo?

—No.

Nos quedamos allí sentados haciendo girar los paraguas sobre nuestras respectivas cabezas: yo, muy despacio; él, mucho más rápido y nervioso. Tenemos delante la fuentecilla del hospital, a la que no le quedan muchos días de chapoteo: a finales de octubre siempre la desconectan.

Yo digo:

—En cualquier caso, le agradezco que haya encontrado el camino hasta aquí.

—Usted le dio dinero a la enfermera Gerda —me espeta sin mirarme—: le ha dado dinero para que deje de traerme hierba.

—¿Eso le ha dicho?

—¡Le dio dinero para que me pusiera en esa habitación horrible, para que le proporcionase información sobre mí y para que viniera a encontrarme con usted!

—Me extraña que la enfermera Gerda le cuente esas cosas.

—¿Por qué lo hace, por qué quiere que yo esté mal?

—Por favor, Basti, yo no quiero que esté mal —le respondo—. También le puedo dar dinero a usted para que esté mejor.

Ahí vuelve la cabeza hacia mí como una bandada de gaviotas al acecho.

—¿Ah, sí? ¿Cree que me puede comprar?

—Sólo quiero comprar su tiempo.

—Pues no me queda mucho, eso también lo sabe.

—Eso no lo puede saber nadie.

Baja el paraguas, se inclina hacia delante, forma un montoncito de hojas de olmo del suelo y las coge soltando el aire muy despacio. Seguro que prefiere hablar con las hojas de los olmos que conmigo, y lo creo capaz, pues a menudo habla con las plantas, y esas hojas también tienen

aspecto de encerrar oscuros secretos, sobre todo las hojas moribundas que ha cogido y mira con gesto de tremenda compasión. Como no me dé prisa se va a echar a llorar.

—Quiero proponerle una cosa —me apresuro a decir—. Nos encontraremos aquí una vez al día, y aquí, al aire libre, llegaremos al final del asunto.

Me muestras las hojas sin decir nada. O igual es al revés y es a las hojas a las que les quiere mostrar qué clase de persona soy.

—¿Qué me dice, querido Basti?

Él sigue guardando un silencio cerril y luego niega con la cabeza muy despacio, con lo que la bolsa de Edeka parece una prolongación de su cerebro —marca Edeka también— que se balanceara un instante hacia el lado izquierdo.

—Y, a cambio, le proporcionaré algo mucho mejor que esos hierbajos cultivados por la enfermera Gerda en su balcón. ¡Oro puro de Marrakech! —Intento seducirle con eso—. Traído directamente de la estación, de la mejor calidad.

Saco del bolsillo del abrigo un lingote de hachís envuelto en papel dorado, algo imposible de conseguir para Gerda.

Las hojas de olmo caen al suelo. El swami vacila, coge el taco de hachís, por un momento me da miedo que se lo trague de golpe. Sus ojos se clavan en los míos. En el izquierdo, de color azul paloma, brilla una chispa de ansia; en el derecho, algo más verdoso, veo resignación.

Luego dice en voz baja:

—Sí, ya veo que realmente cree que me puede comprar.

—Me entristece que lo vea usted así.

—¡Usted me da miedo!

—No tiene ningún motivo para tenerme miedo, Basti.

Con mucho cuidado le levanto la bolsa de la cabeza y, cuando la suelto, una ligera ráfaga de viento se la lleva volando y deja al aire su cabeza rapada como la de un maorí, llena de líneas azules y signos. Veo perfectamente cuál es el punto donde van a taladrar el segundo orificio y, con pena, le doy unos toquecitos con un dedo.

—¡Usted me da un miedo terrible!

2

Ev se pasaba el día en la cama de Anna.

De la mañana a la noche.

Ya no se levantaba, no se aseaba, no comía y sólo bebía mucha agua y mucha infusión de manzanilla, que yo le preparaba por las mañanas y por las noches y le dejaba en la puerta del cuarto de la niña.

Cuando el sudor de su piel se volvía espeso y acre, iba al baño a hurtadillas, durante la noche, se lavaba sin hacer ruido y con mucho cuidado de no mezclar su olor con el olor de Anna, el que aún impregnaba la ropa de la cama de la niña, en la que ella hundía los dientes, los puños y el alma.

Siempre echaba el pestillo por dentro. Al cabo de muchos días no tuve más remedio que echar la puerta abajo, porque dejamos de oírla por completo, no se oían ni su llanto ni su respiración, ni siquiera con el estetoscopio que había sacado de su maletín de médico, y pegué al cristal de la ventana por fuera, balanceándome como pude sobre la cornisa que separaba el tercer piso del cuarto.

Ev siempre había respirado un poco fuerte, ya de niña, cuando jugábamos al escondite, tenía un suave ronquido que casi parecía una risa y la delataba enseguida detrás de camas y cortinas. Sin embargo, ahora se había vuelto completamente silenciosa y no me explico cómo llegaba a entrarle el aire. Todos sus reflejos de supervivencia fueron agotándose. Al final adelgazó tanto que casi volvió al estado de aquel invierno de hambruna en Riga, en que se le marcaban las costillas bajo el camisón como si fueran de alambre. Tres días después de la muerte de Anna intentó tragarse treinta clavos con un vaso de leche. Se le quedaron atravesados a la entrada del esófago, de manera que los devolvió, pero le causaron tales lesiones en el paladar que mamá y yo no la volvimos a dejar sola ni un momento.

Hub estaba en prisión preventiva.

Yo me mudé a su dormitorio, huérfano, desde que ni él ni Ev lo utilizaban. Todavía resonaba el eco del disparo entre sus cuatro paredes cuando no te podías dormir.

Me pasé dos noches mirando fijamente el edredón de la cama del lado de Hub, donde aún se percibía la huella de su cabeza en la almohada, si le echabas la suficiente imaginación. Y otra cosa no, pero tener imaginación siempre ha sido mi mayor talento.

Así que bajé toda la ropa de aquella cama al patio, la colgué de la barra donde sacudíamos las

alfombras, la rocié con la totalidad de las reservas de vodka que tenía Hub en la casa y le prendí fuego. Las plumas del edredón en llamas volaron por los aires hasta la ventana de Ev, aunque ella no las vio.

Pedí que llevasen el ataúd al salón. Tenía un olor agradable, pero era de un marrón feo que no le habría gustado a Anna, así que lo pinté de azul y le puse una luna dorada y estrellas de plata. Luego mamá lo forró de satén blanco y le puso una almohadita de la cuna de Opapabaron.

Decidimos que lo llevaran hasta la sepultura Erhard Sneiper; los dos primos mayores de Anna, Fieps y Flops; el hermano medio ciego de mi padre (un periodista que no había escrito una palabra en treinta años); el tutor del colegio de Anna; el señor Delaroix (que era de origen hugonote y padecía un cáncer gastrointestinal) y un tal Jakobus Solm, a quien no sabría vincular con ninguna anécdota familiar.

Ev, sin embargo, nos devolvió la lista de nombres por debajo de la puerta tres minutos después de que se la entregáramos junto a la infusión de la mañana.

Con grandes letras, había escrito: NADIE DEL BÁLTICO, con lo que el único al que no podíamos tachar era al señor Delaroix, en vista de su apellido francés. Así que él se quedó, y se le sumaron el profesor de pintura de Anna (bávaro de pura cepa; de Bad Tölz,[3] para ser exactos), sus dos profesores de equitación (que ni siquiera habrían podido señalar Riga en un mapa), el profesor Grobl, el severo catedrático de la Academia de Bellas Artes (oriundo de Núremberg y sin el más mínimo interés en mares que no fueran el Mediterráneo), Boehringer, el que en tiempos fuera director del sanatorio de Pattendorf (católico, con lo cual era imposible que tuviera orígenes bálticos) y el doctor Julius Spanier, un judío que apareció por sorpresa. Ese grupo se encargó de llevar sobre los hombros el ataúd azul, cuyo color y porteadores despertaron no pocos murmullos entre los asistentes al funeral.

Mamá ya lo había visto venir algunos días antes, poco después de que Ev empezase a hablar un poco de nuevo (eso sí: desde el otro lado de la puerta mal reparada). La escena fue más o menos como sigue:

Mamá:

—Hija, ¿seguro que queremos que un judío y a un católico carguen el ataúd?

Ev:

—Sí.

Mamá:

—Sabes lo que pensaba Großpaping de los católicos, ¿verdad?

Ev:

—Sí.

Mamá:

—Pero...

Ev:

—Ahora no puedo con eso, mamá, por favor...

Mamá:

—Claro, hija.

Mi madre apoyó el brazo en el marco de la puerta y contó hasta diez lentamente y en silencio porque allí quedaba un asunto importante por resolver y la delicadeza no era su fuerte, sobre todo cuando se enfrentaba a un golpe del destino, que, como todos los golpes del destino, no era, a fin de cuentas, más que una tormenta purificadora que el buen Dios nos regalaba.

Mamá:

—Eva, tesoro...

Ev no respondía.

Mamá:

—Eva, hijita, lo siento mucho, pero hay una cosa que me perturba bastante...

Ev:

—¿Qué cosa?

Mamá:

—Bueno, tal vez te suene un poco extraño, pero date cuenta de que no tenemos ni una sola persona de la familia entre la comitiva que llevará el ataúd, ni un solo alemán del Báltico, ni un solo noble, ni un barón siquiera... me resulta un tanto chocante y no sé si es de recibo que un judío cargue el ataúd de la niña.

Ev:

—Dentro del ataúd de Anna va una judía, mamá.

No hay que malinterpretar a mi madre: siempre ha sido buena persona, pero la empatía no es su fuerte. No pude tomarle a mal que en cuestión de cinco minutos recogiera sus bártulos y se fuera de la casa quedándose con las ganas de dar un portazo porque para eso había recibido una educación aristocrática.

—¿Por qué eres así? —le pregunté luego a Ev sentado frente a la puerta cerrada a duras penas. Estaba triste, sentado en el suelo y abrazándome las rodillas.

—Soy judía —la oí responder—, y por tanto Anna lo es también. Mamá puede darse con un canto en los dientes de que no sea un entierro judío porque en ese caso el ataúd lo habría llevado más de un judío.

—¿Los judíos pueden siquiera llevar un ataúd con una cruz?

—El doctor operó a Anna de apendicitis.

—Lo sé.

—¿No te dice nada el nombre «Asociación para la Colaboración Cristiano-Judía»?

—No

—Pues él la fundó.

—Ev...

—El doctor Spanier pasó dos años en un campo de concentración y después fundó una asociación para la colaboración entre cristianos y judíos, ¡claro que podría llevar un ataúd con una puta cruz!

—Perdona si te he molestado.

—Tenía el apéndice casi perforado.

—Lo sé.

—Da exactamente igual qué Dios no salvó a Anna.

—Por supuesto.

—Da exactamente igual qué Dios es el padre todopoderoso que se ha llevado a mi hija. ¡¿Qué mierda de padre se supone que es?!

—Tienes razón.

—¡Un entierro protestante, católico o judío me da exactamente igual!

—De acuerdo.

—¡Yo no quiero esto, no quiero que esto esté pasando! ¡Quiero que Anna esté viva!

—Eso quisiera yo también, Ev.

—Pues dejemos el tema.

—Ojalá pudiéramos, pero no es posible: Anna ha muerto.

Ev lloraba.

—¿Qué quieres que hagamos, Ev?

Ev lloraba y yo me eché a llorar también.

—¿No la podemos enterrar como los tlingit?

—Por Dios, Ev...

—Pero Anna adoraba a los tlingit y le encantaba que le hablaras de ellos.

Y entonces, por debajo de la puerta, apareció una acuarela ligeramente amarillenta. Me soné la nariz y me sequé los ojos, levanté la acuarela y vi unos indios rojos sobre un fondo azul intenso, el mismo azul que su ataúd, y en el centro una majestuosa dama con un elegante abrigo de piel de nutria bendiciendo a un niño en las costas de Alaska. Y la dama era mi bisabuela Anna, la baronesa von Schilling, o mejor dicho la imagen que mi hija tenía de ella; mi hija, a la que habíamos puesto el nombre de aquella reina de los tlingit. Y al pie del dibujo se leía con una caligrafía llena de adornos: «Anna I, 1845», y debajo: «Anna II, 1954», con lo cual me convencí absolutamente de que debíamos celebrar un entierro tlingit.

Dado que no podíamos incinerar a Anna al aire libre, en plena noche y con música y danzas rituales, elegí el cementerio que hay en el bosque de Múnich y un entierro propiamente dicho, de indio nórdico por así decir. Alquilé una sepultura en un bosquecillo de píceas tan verde como hubiera podido serlo el más verde de los bosques de la Alaska subártica y, para sorpresa de la administración del cementerio bávaro, insistí en que la cabecera de la tumba estuviera orientada hacia el norte, pues así podría cuidar de mi hija la gran osa blanca.

También encargamos una cabeza de oso protector para la lápida, aunque por desgracia acabó pareciendo un osito de peluche, y la comitiva fúnebre al completo le cantó *Una rosa ha brotado*, la canción chamánica de mi bisabuela.

En aquellos gélidos días de enero, Ev no era más que una sombra que no mantenía contacto con nada ni nadie salvo con el más allá. Creo que de ahí le vino la descabellada idea de hacer llevar al entierro a *Parvenue*, el poni yegua de Anna (pues, en la mitología de los tlingit, el dios oculto en cada animal se suma al duelo por las personas, y había pocas cosas en el mundo que Anna adorase más que a aquel caballo).

Y el poni asistió: lo llevó en sereno vaivén la amiga de Anna, Erna Müllerlein, desde su lejano establo de Holzkirchen, pero como era de esperar un horrorizado guardia del cementerio le impidió acercarse hasta la sepultura, pues ya en la entrada se comió un ramo de flores de otra tumba.

A decir verdad, todos pensábamos que Ev había perdido la cabeza por completo: mamá se moría de vergüenza y los alemanes del Báltico no podían creer lo que veían sus ojos. Lo cierto es que Ev, confusa por la fuerza demoledora de su dolor, simplemente no podía responder a las exigencias sociales, entre las cuales estaba soportar lo insoportable: por ejemplo, la presencia de mi hermano, que asistió acompañado de dos policías y parecía más preocupado por el ataúd azul, el poni, los católicos y judíos que cargaron el ataúd y la ausencia de bendición evangélica que por el motivo de la ceremonia. O al menos eso fue lo que yo creí ver en los ojos flameantes del *Innombrabl*e, como había empezado a llamarlo Ev. El Innombrable, por su parte, no dijo ni una palabra, y mamá fue la única que lo abrazó.

El 5 de enero de 1955 enterramos a Anna en una umbrosa colina cubierta de nieve bajo un abeto rojo cuyas raíces crecerían, con el paso de los años, a través de su cuerpo. En eso pensaba cuando depositaron el ataúd en el fondo de la fosa excavada en el suelo helado. Me incliné hacia ella y la luna dorada sobre el fondo azul que fue desapareciendo bajo las paladas de tierra agudizó mi sentido de la compasión, una compasión que habría de extenderse en muchos sentidos y que tal vez ayude a entender las decisiones que tomé en los meses siguientes.

Porque cuando, al cabo de varias semanas, seguía durmiendo en casa de Ev para cuidar de ella;

cuando a pesar de todas aquellas noches de desesperación seguíamos sin saber ni por asomo cómo continuar con nuestra vida; cuando poníamos tres platos en la mesa de la cena, al principio sin darnos cuenta y después a propósito (eso sí, sin poner jamás un cuarto plato para Hub); cuando ninguno de los dos quería hacerse cargo de las cosas de Anna, con lo que convertimos su habitación en una especie de gran relicario que no nos atrevíamos a abrir, no fuera a perderse una sola molécula de aquello que la hacía sonreír; cuando Hub fue puesto en libertad y se desestimó la investigación policial; cuando yo ya había hecho todo lo posible para convencer a Ev de que renunciase a hacer declaraciones inculpatorias contra su marido, a quien maldecíamos ambos y que a su vez nos maldecía; cuando por fin decidimos ambos asumir la desgracia como una desgracia y, haciendo un esfuerzo de imaginación (imaginación que era más mía que de ella, sin duda), considerarla una desgracia de la que nadie tenía la culpa; cuando toda aquella existencia nos superaba por completo, una noche, a hurtadillas y sin hacer ruido, Ev entró en mi dormitorio (donde yo estaba en la cama, pero sin conciliar el sueño, sin conseguir relajarme siquiera), y se sentó a los pies de la cama, y me preguntó si estaba dormido y cuando vio que no, me preguntó cómo era posible que tuviera las ventanas abiertas de par en par en pleno mes de febrero, lo interpreté como una buena señal.

Mientras hablaba, su propia respiración la envolvía en forma de nubecillas blancas de vaho. La luz de la luna bastaba para verlo, y me sentí aliviado al comprobar que respiraba de nuevo y oír sus pulmones. Y, en medio de una de aquellas nubecillas de respiración, iluminada por el brillo, inseguro pero excitado de su mirada, me comunicó que había decidido emigrar a Israel.

Yo, de entrada, me levanté de la cama, cerré las ventanas y encendí la calefacción, cogí el abrigo y eché mi edredón sobre los hombros de Ev. Ella parecía no tener frío, a pesar de que sólo llevaba puesto un camisón e iba descalza.

—No puedes emigrar a Israel, Ev.

—¿Y por qué no? ¿Qué clase de vida me queda aquí? Lo odio todo. El mes pasado fundaron la Bundeswehr, el nuevo ejército de Alemania Federal.[4] Menuda locura, ¡si es que no hay más que locos e imbéciles por todas partes!

—Con todo y con eso, no puedes emigrar a Israel.

—Pero allí buscan médicos. Desesperadamente. En Haifa acaban de construir un hospital todo nuevo, y no tienen personal, no tienen a nadie.

—Ev, olvídate. ¡No puedes emigrar a Israel bajo ningún concepto!

—Dime, por favor, algún motivo razonable por el que de verdad no pueda.

—En Israel son todos judíos.

—Pero si yo soy judía...

—No eres judía, Ev. Trabajaste en un campo de concentración.

En la oscuridad pude ver cómo abría mucho los ojos.

—¿Y qué tiene que ver eso? ¿Adónde quieres ir a parar, Koja? —preguntó en voz baja, en un tono casi de sorpresa, de indefensión.

—No fuerces tu destino. No eres judía.

—Mis padres eran judíos.

—Tus padres eran judíos convertidos al cristianismo. Así que eran cristianos. ¡Judíos conversos! ¡Tus padres adoptivos eran cristianos! ¡Tus hermanos eran cristianos, cristianos y nazis! ¡Nazis cristianos! Tus orígenes son judeocristianos y nazi-cristianos, tu país, tu nombre, toda tu cultura... ¡todo es nazi-judeo-cristiano! ¡Hasta tus papeles son nazi-judeo-cristianos, yo mismo los falsifiqué con estas manos! ¡Toda tu historia es una bonita historia nazi-judeo-cristiana!

—Pero la historia también se puede cambiar. Tú te pasas la vida cambiando tu propia historia.

—Israel es de chiste, Ev. Los orcos dan por hecho que para el año 1960 se habrán llevado por delante ese país, que los árabes lo convertirán en polvo y cenizas y le cortarán el cuello a todo el que pillen.

—Pero, Koja ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan furioso?

—No puedo perderte a ti también.

—Koja.

—No sobreviviré a eso. Eso sí que seré incapaz de superarlo.

Ev me cogió la mano, se tumbó a mi lado, extendió el edredón para que nos tapase a los dos, hasta por encima de la cabeza. Arrimó la nariz a mi cuello, una nariz que pronto se humedeció, y unas pestañas que también se humedecieron enseguida, que me causaban pequeños pinchazos en la piel, como un diminuto alambre de espino. Sentía los deseos imperiosos de Ev bajo aquella desesperación que yo no podía aliviar con la mía propia de ninguna manera, pues nadie puede aliviar la desesperación de otro con la suya, igual que no hay infierno de nadie que borre el infierno de otro.

—Sólo veo cuevas —musitó, y uno de sus dedos empezó a trepar por mi frente—. No veo más que cuevas por las noches, cuevas, túneles, tuberías, cuevas, del mismo modo en que este edredón ahora es nuestra cueva. Si salgo de la cueva, me mareo. Se me hace un nudo en la garganta, me duele el estómago, me dan pinchazos las entrañas, siento los brazos paralizados, las piernas, este dedo... ¿Lo notas?

Se refería al dedo que seguía rascándome la frente, frío y fláccido como una oruga moribunda.

—No quiero salir de esta cueva, porque sé que en ella siempre estás a mi lado. Si veo algún paisaje, unos árboles, un arroyo entre la niebla, entonces me llevo la cueva conmigo, en una

bolsita o en la mano, y sé que, si abro la cueva, tú estarás dentro, como en una tienda de campaña hecha de piedras.

—No estás bien, Ev. Estás sumida en una depresión severa. Por favor, deja que vayamos a un especialista.

—Vayamos a Israel, por favor.

—¿Los dos?

—Quiero ir a Israel contigo, ya no tenemos nada en el mundo más que el uno al otro.

—Ev, yo no tengo nada de judío.

—Trabajas para los servicios secretos, Koja. ¿Acaso no te pueden convertir en judío esos servicios secretos?

—Estás enferma. De verdad que estás enferma, pero del todo.

—Yo te puedo ayudar a convertirte en judío.

—¡Eso no lo puede hacer nadie!

—Soy médica. Te puedo circuncidar, si quieres.

A eso me refería con lo de la compasión, mi apreciado swami. De qué otra forma, después de todas las cosas que habían sucedido, podría haber reaccionado ante la angustia de mi hermana enloquecida, sino mostrándome maternal con ella, y realmente era ése mi sentimiento predominante hacia ella, ahora que nuestra madre se había ido.

No nos acostamos, ni siquiera nos deseábamos ya, la atracción física mutua era la misma que puedan tener dos animales disecados entre sí. La ausencia esencial de Maya me había llenado de un anhelo demasiado fuerte como para que, ahora que su ausencia era absoluta en el más puro sentido del término, el único cambio posible en mí era un anhelo aún más profundo; así que la presencia esencial de Ev tampoco hubiera servido en absoluto para llenar ningún vacío. Era como si, tumbados uno junto al otro sobre una placa de hielo, ambos flotásemos a la deriva por la casa donde había muerto de un disparo nuestra hija. Y reconozco que comprendo que Ev necesitara ver una mínima franja de tierra en el horizonte de aquel océano polar que parecía no tener fin en ninguna parte... Ahora bien: ¿cómo se le ocurría pensar en Israel?

En aquella época, Israel todavía no era un país, sino territorio lunar en manos de gente que había ido a la luna. Pues no cabía en la imaginación de nadie que los judíos, que llevaban dos mil años errantes por el mundo, fuesen a tener un Estado propio.

Tres años después de que el cadáver de Hitler fuera pasto de las llamas dentro de una bañera de cinc en medio del patio de su búnker de Berlín, hasta sus cenizas debieron de revolverse allá

donde estuvieran cuando un puñado de sionistas proclamaron el Estado de Israel en una remota ciudad de Oriente Medio. Y, con respecto a Alemania, directamente después de esta fundación declararon un *hérem*, la mayor censura rabínica que existe, como una excomunión o declaración de veto total extensiva a la población entera, desde los recién nacidos hasta los ancianos. Prohibía cualquier tipo de comercio, cualquier relación con Alemania. La lengua alemana, la música alemana, los periódicos alemanes, los libros alemanes, la puesta en escena de obras de teatro alemán, la cría de perros pastores alemanes, es más: hasta las recetas de repostería alemana estaban vetadas en Israel (y eso que hasta lo que podríamos considerar la Biblia de la cocina kosher, el famoso recetario WIZO, editado en los dorados años veinte, incluía la preparación del *strudel* de manzana; claro que por entonces nadie imaginaba cuánto le gustaría al Führer la tarta de Linz, que también aparece).

Se hizo un exorcismo de todo lo alemán, sin excepciones. Ningún alemán estaba autorizado a mancillar con sus pies aquella tierra entre Haifa, Tel Aviv, Eilat y Jerusalén. Y el Estado de Israel tampoco le permitía a ninguno de sus ciudadanos viajar al país de la ignominia, ni para asistir a un entierro o a un *bar mitzvá*, ni para visitar a familiares enfermos, ni siquiera para recuperar sus inmuebles expropiados por los nazis, y así todos los pasaportes llevaban un sello que rezaba: VALID TO ANY COUNTRY EXCEPT GERMANY.

Incluso devolvían los paquetes postales, pues al Servicio Federal de Correos tampoco se le pudo ocurrir mayor despropósito que elegir para sus sellos los retratos de «grandes impulsores de la humanidad», a saber: Bodelschwingh, Sonnenschein, Pestalozzi o Kneipp,[5] rostros rebosantes de bondad que, sin duda, los carteros israelíes con familiares fallecidos en las cámaras de gas interpretaban como una auténtica provocación.

Cuando, en 1950, las potencias aliadas occidentales declararon el fin del estado de guerra y se retiraron de Alemania, la Knéset[6] protestó y se planteó como medida ejemplar una declaración de guerra *proforma* a Alemania. La propuesta no consiguió la mayoría porque el primer ministro Ben-Gurión mencionó a los veinte mil judíos que habían cometido la obscenidad de regresar en algún momento al país de los *goyim* a pesar del *hérem*. En caso de entrar en guerra con la RFA, habrían sido ellos quienes sufrieran las consecuencias.

Al menos dos años y medio antes de la muerte de la pequeña Anna, en la primavera de 1952, yo mismo había pasado varias semanas en La Haya, en una misión especial, y allí había tenido ocasión de vivir mis propias experiencias del *hérem*, muy peculiares, he de reconocer.

Las reuniones para negociar las reparaciones de guerra de Alemania a Israel tuvieron lugar en el palacio de Oud-Wassenaar, un hotel de estilo borgoñón. El canciller federal Konrad Adenauer le había encargado a su viejo amigo Gehlen que enviase allí a unos cuantos orcos de fiar cuya

principal misión era cubrir y que no se filtrase nada a otros servicios secretos, pero también —como se me encargó a mí— escuchar las conversaciones de los teléfonos pinchados de la delegación israelí.

Una cosa le puedo decir, escéptico maestro: en la vida se han pinchado las líneas telefónicas con tan eficiente precisión, aunque también hay que reconocer que fue como coser y cantar. Pues las instalaciones de escucha databan de la época de la ocupación alemana, estaban en las bodegas y, al retirarse los nazis, también se habían olvidado de quitarlas, al parecer la Gestapo (por otra parte, el espléndido surtido de vinos de la bodega ni lo había llevado allí la Gestapo ni tampoco se había olvidado de él). Como ni los Aliados, y por lo visto tampoco el holandés, propietario del hotel, se habían planteado desmantelar nada (quién desmantela unas instalaciones de primera clase, si eso es como arrancar un suelo de parquet de la mejor calidad innecesariamente), años más tarde seguía funcionando a la perfección y fue incluida en el alquiler del edificio, eso sí: a cambio de una escandalosa subida del precio. Así pues, pudimos ser todo oídos, y con la práctica certeza de que no nos descubrirían, condición *sine qua non*, teniendo en cuenta el polvorín sobre el que estábamos sentados.

Semanas antes un comando terrorista israelí había puesto una bomba para matar al canciller Adenauer, aquí en Múnich, por cierto, con un muerto y todo (sí, no me mire con esa cara de asombro, lo hizo Menájem Beguín, ya tendremos ocasión de hablar de ese nombre, que llegó bien lejos).[7] En Israel, un grupo de radicales, instigados por Beguín, intentó tomar la Knéset y linchar a todos los diputados que habían votado a favor de las reparaciones de guerra de parte de Alemania.

Con los mismos ánimos revueltos se desarrollaron también aquellas negociaciones de Wassenaar: los israelíes tenían prohibido darles la mano a los alemanes e incluso fumar, para que ninguno de esos condenados tuviera ocasión de ofrecerles fuego. Y a pesar de que todos los asistentes, judíos y *goyim*, hablaban alemán, las negociaciones tuvieron que llevarse a cabo a toda costa en francés, la bella lengua de la diplomacia universal que, por otro lado, casi ninguno dominaba.

Para colmo, la propia comisión israelí se hallaba dividida entre los partidarios de las represalias y los de la reconciliación, y yo mismo escuché a uno de los primeros gritarle por teléfono nada menos que al jefe de la delegación israelí, Felix Schneebalg, que era un amigo de los fascistas y un puto judío sumiso. El motivo era que Otto Küster, el homólogo alemán de Schneebalg, le había hecho llegar a éste una notita secreta preguntándole de dónde le venía ese acento suabo que se le notaba incluso en francés, y ambos habían acabado descubriendo no sólo que habían cursado la secundaria en el mismo instituto de Stuttgart, sino que solían burlarse del mismo profesor de latín, lo que había propiciado que le enviaran una postal conjunta en la que se leía:

Muy estimado doctor Schlehmil:

Reciba los más cordiales saludos y mejores deseos desde La Haya, donde estamos buscando juntos —como bien sabrá usted— la aurea mediocritas.[8] *Suyos devotísimos,*

Bola y Okü

Aquella gracia estuvo a punto de costarle muy cara a *Bola* Schneebalg: Israel no lo expulsó de su cargo por un pelo e incluso después de pasar página tuvo que soportar una tromba de insultos en yidis que un servidor, único experto en esa lengua de toda la Org, me esmeré en recoger meticulosamente en mi informe.

Por lo demás, en Wassenaar se habló muy poco yidis: los israelíes preferían el hebreo, lengua que en la organización tan sólo dominaba el agente a cargo de la sección especial para Palestina, un rubio que en su día había estudiado ciencia de las religiones. Se llamaba Friedrich, pero su nombre en clave era Hach y el colectivo lo llamaba simplemente Fritz Palestina.[9]

Fritz Palestina era de mi estatura, llevaba un fino bigote rubio y solía sentarse a mi lado en aquella bodega holandesa en la que nos calaba el frío de abril, repitiendo en voz baja, muy concentrado, todo lo que le llegaba a través de los auriculares. Como tanta gente de Colonia, siempre buscaba la diversión, se ponía de buen humor con el vino y le daba por comer flores, con predilección por los tulipanes, tallo y hojas incluidos. Y en una de esas ocasiones, aún con una flor entre los dientes, se puso a alardear de que era capaz de enviar a Israel a cualquier espía dispuesto a ir para allá.

A cualquiera.

Estábamos a 14 de febrero de 1955. Seis semanas después del entierro tlingit, Ev decidió celebrar los once años y medio de Anna, pues no quería esperar al duodécimo cumpleaños.

De pie en la cocina, preparaba el plato preferido de la pequeña, una especie de buñuelos con salsa de bayas negras, y yo coloqué delante de mí la cucharita de Anna, una cucharita de plata heredada de Amama con la que ya me habían dado de comer a mí de niño, cuando aún no sabía nada de los tormentos de la memoria humana, y fue como si me clavasen espinas en la carne al recordar la destreza con que la manejaban los deditos de Anna, que siempre dividía cada buñuelo en cuatro partes perfectamente iguales, con un bello sentido de la simetría... Aquí, en Múnich, los llaman «buñuelos de requesón con compota de arándanos». Olía de maravilla.

Habíamos comprado globos de colores, que yo me encargué de inflar. Cuando le tocó el turno al globo rojo, le dije a Ev que tal vez había encontrado la forma de que nos fuésemos a Palestina,

pero hasta que no tuve inflados otros dos azules y uno amarillo más no se dio la vuelta para anunciarme que, en tal caso, también era fundamental que borrase de mi corazón a Maya.

—Pero si ya está borrada, Ev.

—He encontrado sus dientes. En una pitillera. ¿Conservas sus dientes?

—Igual ni son suyos. Tú misma me dijiste que igual son unos dientes de vete-a-saber-quién del KGB.

—Tíralos.

—¿Por qué?

—¿O acaso no eres capaz?

—Pues... no sé...

—¿Te los metes en la boca y los chupas?

—¿Y a ti cómo se te ocurre eso?

—Porque eres un romántico, por eso.

Me acerqué a ella al fogón, sorprendido ante aquel ataque de desesperación mal enfocado. Le quité el buñuelo que sostenía en la cuchara y lo dejé caer en el puchero, en el agua hirviendo.

—Maya venía a reunirse conmigo cuando se estrelló su avión —mentí, tratando de alejarme de la verdad lo menos posible—. ¿Por qué iba a borrar de mi corazón a alguien que se dirigió a la muerte por mí? Tú tampoco me borrarías de tu corazón, si me dirigiera a la muerte por ti.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—¿En Palestina, Ev? ¿Qué otra cosa crees que me espera allí?

• • •

Al día siguiente, cuando felicitamos a Anna con once velas y media y rodeados de globos, todos sus dibujos y su máscara mortuoria (de escayola, la había hecho yo mismo en el instituto anatómico forense doce horas después del *exitus*, ayudado por un contacto de Gehlen), Ev abrió la ventana y lanzó por ella la fuente de porcelana con todos los buñuelos. Quizá les diera una alegría a algunos pájaros hambrientos. Cuánto le gustaba a Anna dar de comer a los cisnes, a los patos y a los gorriones, a los que, de muy pequeña, llamaba «gorrones».

Ay, mi gorrión, cumpleaños feliz, detrás de mis lágrimas, cumpleaños feliz.

3

Fritz Palestina estaba empleado en Pullach en un despacho diminuto en la buhardilla de una de aquellas casitas de imitación de la casita de Goethe, separado por una pared de cartón de la sección Panamá (esto no era cosa del destino, sino del simple orden alfabético). Sabía mucho de cuanto se puede saber sobre Judea, el Talmud o la Cábala, y lo sabía por Adolf Eichmann.

En Wassenaar había comentado una vez, de pasada, cómo aquel hebraísta ávido de conocimientos que era Eichmann, en los años treinta, habían hecho planes para emprender viajes maravillosos que luego, por desgracia, nunca habían tenido lugar (por falta de ganas de resolver el tema de los visados por parte de los británicos). Por cierto, que ahí su superior jamás había pronunciado ni una mala palabra sobre los judíos. Si algo había transmitido el señor Eichmann a sus jóvenes colaboradores había sido, precisamente, el respeto hacia otras culturas, sobre todo hacia las destructivas; al primero de todos, a él mismo, el Dr. Hach, quien después de haberse instruido tanto, se había visto obligado a dejar el trabajo para volver a la universidad, mucho antes de que salieran a la luz otros datos bastante menos positivos vinculados a las ocupaciones de Eichmann. Como, en el fondo, toda la Org sabía, Friedrich Hach alias *Fritz Palestina* aún mantenía contacto por correo con quien en tiempos fuera su jefe y que ahora se hacía llamar Ricardo Klement y vivía en Argentina.

—Ahora, incluso físicamente parece judío —suspiraba Hach a menudo, lo cual sonaba a descripción real... ¿Acaso recibía fotos?

A la espalda de su escritorio había un gran mapa de Palestina, aún de tiempos del Mandato británico, y al lado un cuadro con informaciones sobre la legislación relacionada con la alimentación kosher. ¿A que no sabía usted que los judíos tienen prohibido comer azor, porque entonces se pondrían a cazar ratones, que también tienen prohibido comer?

En cualquier caso, Fritz se me quedó mirando atónito cuando entré en su despacho sonriéndole muy educadamente. Se levantó, me estrechó la mano y me expresó su más sentido pésame.

Yo no quería saber nada de sentidos pésames, sino si todavía se acordaba de Wassenaar.

—¡Qué tiempos aquellos, señor Dürer!

—¿Se acuerda de aquel cafecillo junto al canal?

—¡Ah, y de los *poffertjes*![10]

—Ahí me dijo usted hace tiempo que era capaz de mandar a Israel a todo el que quisiera ir.

Fritz me retiró la mano del hombro, donde había estado dándome calor durante un ratito, y no

supo qué hacer con ella.

Al final se la llevó a la cadera, luego a la nuca para rascarse unos cuantos pelillos y luego creo que se olvidó de ella y yo también.

Nos sentamos a su escritorio y me preguntó con mucha cautela, es más: con desconfianza (y bajando la voz para que no nos oyeran en «Panamá»), si acaso tenía en mente ir a Israel para acabar con algo, con alguien, con materiales de algo, con lo que fuera.

—No, no se trata de eso. La esposa de mi hermano quiere emigrar a Israel.

—¿Acaso es judía?

—Sí.

—¿La esposa de su hermano es judía?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Estamos hablando de la esposa de su hermano... el que trabaja aquí, con nosotros?

—¿Acaso no me he expresado con claridad?

—Pero ¿está legitimada como judía?

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Tiene papeles que documenten sus orígenes?

—¿Papeles?

—No es ninguna tragedia si no los tiene. Hay un montón de papeles que la gente ya no tiene por... —se sacudió como si tuviera agua en los oídos—, por el calor, claro.

—¿De qué calor me habla?

—El calor normal de la guerra.

—Ah.

—Fuego y eso. Archivos que ardieron, documentos en llamas, registros catastrales y esas cosas... un puro mar de llamas todo. La identidad también puede probarse mediante el testimonio o aval de dos...

—No, no, si tenemos papeles, por supuesto —me lancé a decir, refiriéndome tanto a los papeles de Anna Ivánovna como a aquellos que el maestro falsificador Solm todavía tenía que hacer.

—Bueno, pues entonces no tendría por qué haber ningún problema importante. De acuerdo con la ley de regreso a la patria originaria, a toda persona judía que se establece en Israel se le concede la nacionalidad de manera automática. Y quien es de madre judía es considerada una persona judía.

—Bien. ¿Y cómo iría a Israel alguien como yo?

—¿Usted también quiere ir?

—No, lo pregunto en teoría. Alguien como yo.

—Alguien como usted es alemán. Ningún alemán va a Israel.

—Eso lo sé.

—A menos que sea de madre judía.

—Entiendo.

—De otro modo, tendría que convertirse al judaísmo, quiero decir: alguien como usted.

—¿Y eso cómo se hace?

—No es fácil, por no decir que es complicadísimo.

—Defina «complicadísimo».

—Alguien como usted necesitaría aprenderse los seiscientos trece *mitzvot* de la Torá y cumplirlos. También tendría que encontrar un rabino que lo apadrine, por así decir, y pasar un año yendo a la sinagoga. Alguien como usted necesitaría ser aceptado por la comunidad. Y ahí ya depende de su aspecto, de su actitud, de cómo huela, de cómo trate a la gente...

—¿Sólo llegas a ser judío si hueles bien?

—También es una cuestión de simpatía, sí. Pero, sobre todo, de acciones.

—Prosiga.

—Si sus acciones son gratas a los ojos de la comunidad, entonces pasa al segundo año con su rabino: ése es el año litúrgico. Ahí se tiene que aprender miles de preceptos de la Torá y otros muchos mandamientos secundarios, e incluso si lo consigue, entonces ya puede considerar que va de maravilla; entonces le toca construir una *sucá* para su familia o tocar el *shofar*, pero como no cumpla alguno de los siete Preceptos de las Naciones, por ejemplo, la *tzedaká*,[11] pues nada, no le vale. En tal caso, el tribunal de rabinos que forman el Bet Din lo suspenden sin compasión, y no le queda más remedio que mudarse a otra ciudad y buscar a otro rabino y volver a intentar convertirse en un judío como mandan los cánones durante otros dos años, eso es lo que tendría que hacer para ir a Israel usted, quiero decir: alguien como usted.

«Qué interesante la de cosas que se aprendían con Adolf Eichmann», pensé.

Sin embargo, dije:

—Hay que reconocer que suena muy complicado.

—Sin duda, y durante el día trabajaría usted para la Org.

—Entonces, ¿cómo consigue mandar a Israel a todo el que quiera ir?

—Es que todavía no ha querido nadie.

—¿Por qué no?

—Porque nadie es tan estúpido, señor Dürer. A cualquier alemán que fuese allí como espía lo colgarían.

Para explicármelo con más plasticidad, dibujó en el aire una soga imaginaria, se la puso al

cuello, se hizo un nudo en la nuca, ató la soga a una rama con la mano derecha y sacó la lengua por un lado de la boca; ¡menuda gracia!

• • •

Dos días después tuvo lugar la reunión que llevaba avecinándose semanas y que el jefe llamaba «la conversación pendiente».

Reinhard Gehlen nos recibió fumando en el salón de la villa de Bormann, con unas gafas de sol nuevas, y se echó una montaña de azúcar en el té. Sus dos colaboradores más estrechos lo flanqueaban. El de la izquierda había sobrevivido a una bala que le había entrado por la cara y salido por la nuca, en el frente oriental, y se llamaba Wolfgang Sangkehl; al de la derecha, Heinz Danko Herre, todo el mundo lo apodaba *Pinocho* por varios motivos, incluidos los fisonómicos. Los dos fumaban como si quisieran competir con su jefe. Era como estar frente a un volcán de tres bocas.

Frente a ellos esperaba el Innombrable. Estaba pálido y flaco, pero nada dispuesto a dejar que se lo tragase la tierra. A mí me habían sentado lejos de la mesa, en uno de los mullidos sillones acolchados que había pegados a la pared.

Gehlen expresó a Hub sus condolencias en un tono que sonaba como lo haría una hoja de papel en blanco.

—Gracias —respondió mi hermano, aunque casi no se lo oyó.

—A pesar de todo, es fundamental que hoy hablemos seriamente de su futuro en nuestra organización, señor Ulm.

—Por supuesto, doctor Gehlen.

—El trágico accidente de su hija también ha puesto en dificultades a la Org. Hemos tenido que revelar parte de nuestra actividad clandestina para que lo dejasen libre.

—Soy consciente de ello.

—Su hermano y su esposa declararon muy a su favor.

—Sí, mucho.

—Y, sin embargo, señor Ulm, usted ha solicitado el divorcio.

—Sí.

—¿Podría explicarme por qué?

—No, doctor.

Gehlen asintió con la cabeza y dio unos toquecitos al cigarro para que la ceniza cayese al platillo de la taza.

—No me gusta que mis colaboradores se divorcien.

De si le gustaba que sus colaboradores les pegasen un tiro a sus hijos no dijo nada.

Hub reflexionó unos momentos, carraspeó y declaró que aceptaría con la más obediente humildad cualquier decisión que tomase el doctor respecto a su futuro profesional. Eso sí, le rogaba que lo mantuviese alejado de cualquier tarea que implicase tener contacto con su hermano, el señor Dürer.

Yo ahí agarré mi taza de té y bebí, como movido por un estúpido reflejo de segundo hermano.

—Pues es una lástima —dijo Gehlen—. El señor Dürer no tiene más que buenas palabras para con usted.

—Muy bien. La cuestión es si también yo tendría sólo buenas palabras sobre él.

—Eso quiero darlo por hecho. Sobre todo, porque no deseo oír más que cosas buenas de él. Es un hombre extraordinario, su hermano.

Gehlen se retiró una miguita de tabaco de la boca y se volvió sonriendo hacia mí.

—Señor Dürer, tengo oído que se está planteando usted trasladarse al país de las cruzadas...

Fue un milagro que no se me cayese la taza de la mano, créame. Pero fingí haberme quemado con el té caliente, intentando hacer también una mueca con la boca para ganar tiempo y pensar adónde quería ir a parar Gehlen. ¿Por qué preguntaba eso en un momento así? ¿Acaso existía la oportunidad de emprender aquella «cruzada»?

—Lo cierto es que... —comencé cautelosamente— sí, he preguntado en la sección dedicada a Palestina... en términos teóricos nada más, claro, si existiría la posibilidad de que alguien como yo, por utilizar las mismas palabras de la consulta a la que me refiero... de que alguien como yo pudiera viajar a Israel.

—¿Con la señora Ulm?

—Le aseguro que de verdad no era más que una pregunta teórica.

—Bueno, fíjese, señor Ulm —le dijo Gehlen, sonriendo de oreja a oreja, al Innombrable—, que a su hermano lo vamos a mandar a Palestina con su ex mujer. No tendrán el menor contacto profesional. Seguro que así se siente más tranquilo, ¿a que sí?

Se pudo ver que Hub se ponía más pálido de lo que ya estaba. Con todo, consiguió asentir con la cabeza.

—Y por lo que respecta a su futuro en la Org, creo que también se podrá hacer algo.

—Muchas gracias —dijo Hub con voz de cuervo afónico.

—Señor Sangkehl, cuéntenos: ¿qué es lo que teníamos pensado?

Sangkehl, quien por la lesión mencionada siempre parecía tener cara de asombro y las mejillas coloradas, se colocó el pitillo en la comisura de los labios, justo donde la larga y marcada cicatriz del trayecto de la bala se extendía como una segunda boca, perpendicular a la de verdad, que le recorría de la barbilla a la nariz, aunque sin abrirse nunca, obviamente. Fumando como una chimenea se inclinó sobre la mesa como para leer algo de sus papeles, aunque era imposible que viera nada con la humareda que expulsaba.

—La cantina, doctor —dijo por fin con desgana.

—Eso, Ulm: se hará cargo de la cantina de nuestras instalaciones.

Conozco a mi hermano en todas sus facetas y estoy seguro de que (pensando o sin pensar en lo sucedido con la pequeña Anna), si en aquel momento hubiera tenido un arma a mano, la habría sacado, habría apuntado a Reinhard Gehlen y a Sangkehl a la cabeza y les habría dejado nuevos orificios de recuerdo en la cara.

Pero no tenía un arma y no le quedó otra opción que destilar una amenazante serenidad.

—¿Me está diciendo que me ponen a cocinar y hacer pasteles?

—No, por Dios. —El doctor Gehlen rió venenosamente—. Yo como aquí a diario. No, no: se trata de llevar la gestión de la cantina, un asunto importante. Sangkehl, ¿qué tareas implica?

—Compras, supervisión del personal, intendencia, tareas generales de administración... y una gran responsabilidad: ¡hay que servir más de mil comidas diarias!

—Doctor Gehlen, con toda humildad —siseó mi hermano—. He sido jefe de operaciones al más alto nivel. Estuve a cargo de toda la Unión Soviética, he estado a la cabeza de su organización...

—Eso es cierto —respondió Gehlen amablemente—. Y cuando el BND funcione de manera oficial el año que viene, a lo mejor son más de dos mil comidas diarias.

• • •

Esa tarde, cuando volví a casa, oí jadear a Ev desde la puerta.

De rodillas, ponía todo su afán en serrar los muebles de su antiguo dormitorio; o sea, el que ahora era el mío. Había partido la cama en trocitos con una sierra de calar y pretendía utilizarlos como leña para la estufa.

También había hecho pedazos el sofá del cuarto de estar, además de un sillón que le encantaba al Innombrable. Luego le había amputado las patas a la mesa de la cocina. Debía de haberse pasado el día entero con la sierra, tenía ampollas en los dedos, el interior de la mano derecha ya casi se veía en carne viva. Parecía desorientada cuando le quité la sierra de la mano.

—Ev, ¿qué estás haciendo? —pregunté, como si hiciera falta la pregunta.

—¿Lo has visto?

—Lo he visto, sí. No ha sido para tanto.

—Eso no me lo creo.

—Gehlen lo ha machacado. ¿Y sabes una cosa? Lo de Israel podría salir.

Daba la sensación de que Ev no me escuchaba.

—El jefe ha dejado caer un comentario... Un comentario que me ha sonado muy muy prometedor.

—Ah, mira qué bien, el jefe ha soltado un comentario muy prometedor.

Su sonrisa encerraba tanta amargura que, en realidad, ya no era una sonrisa, y durante el resto de la velada adoptó un tono displicente y como de reproche que únicamente sonaba medio amable en las notas más agudas (de todas formas, Ev ya no era capaz de hablar con aquella alegre y descarada lengua de petirrojo que tenía de niña; se la habían cortado y cambiado por una como de reptil, profundamente bífida y que te podía envenenar con sus comentarios ponzoñosos). Se escupió en las manos y, como yo no le devolvía la sierra, se puso a buscar otra ocupación. Yo no podía hacer nada por ella, era como un animal herido de muerte que tiene que mantenerse en pie por sí solo, pues quien se apresta a ayudarlo recibe un mordisco.

Así que me quedé mirando cómo, al final, se puso a rascar el papel de las paredes con una paleta de servir tarta y una rabia visceral contra todo y contra nada. Al mismo tiempo, sus ojos adquirían la manera oscura de mirar que siempre había adorado en ella. Pero también rayaba en los límites de su salud mental.

Cuando se quedó agotada, sentada y cubierta de suciedad ante una montaña de escombros, traté de convencerla para irnos a mi funcional apartamento de la Kaiserstraße y pasar la noche allí. Pero se negó. Ni siquiera por una noche era capaz de abandonar el dormitorio de Anna.

Yo no sabía bien qué hacer. En aquel estado, no podía dejarla sola. Pero no quedaba ningún lugar donde dormir en toda la casa, aparte de la cama de Anna.

Que al final me dejara compartir con ella la cama de Anna tendría que haberme servido de advertencia suficiente. Ev se agazapó contra la pared, exhausta, me dijo que mi aliento olía mal y que la dejase en paz, que me callara la boca sin más.

Y así lo hice. Me quedé en silencio y, en silencio, me aferré a la esperanza de que no se tomase como algo personal mis erecciones recurrentes al estar pegado a su espalda. A mí me parecía que tan sólo eran fruto de una serie de circunstancias con una explicación psicológica bastante simple, y es muy probable que fuera así. No obstante, cuando se hubo dormido profundamente, apreté mi cuerpo contra el suyo con mucho cuidado, aparqué mi ya-sabe sobre su cálido y afligido culo, pues me había insistido en que nos metiéramos en la cama desnudos (debería haberlo mencionado, por cierto), pues cualquier otra cosa habría supuesto una falta de respeto a nuestra relación de familia, o algo así fue lo que dijo... y hay que reconocer que cuesta entender esa clase de conceptos.

Cuando, después de todo, el ya-sabe se me empinó con una fuerza a la que jamás pensé que pudiera llegar con Ev y, por otro lado, me encontré presa del hechizo de su respiración acompasada que, además, había alcanzado el volumen casi normal, primero sentí un temblor en todo el cuerpo y después una erupción imparable, con lo que en el último instante me aparté de

su cuerpo, me apreté contra la sábana para no sentir más que mi propia temperatura y eyaculé sin hacer ruido sobre la tela de lino, a la sazón recubierta por una fina capa de polvo de serrín.

Al instante Ev dio un respingo, vio lo que había pasado y me dio una bofetada.

—¡¿Estás loca?! —exclamé perplejo.

—¿Te has corrido en la camita de Anna?

—Lo siento.

—¿Cómo se te ocurre?

—No he podido evitarlo.

—¿Estás destruyendo su olor?

—Lo siento, Ev, estaba soñando.

—¡Yo quiero oler a Anna! ¡No quiero oler tu esperma! ¡Mira lo que has hecho, mira cómo huele!

Me apretó la cabeza contra la mancha húmeda.

—¿Lo hueles?

—Ya está bien, Ev, para. ¿Qué quieres que haga?

—Estabas pegado a mi espalda. ¿Es que no te puedes correr en mi espalda por las buenas? Y me puedes abrir el culo, si te entran ganas, y la metes y te corres ahí, tranquilamente, como en una puta bolsa. Eso al menos se puede lavar para quitarle esa mierda.

—Odio cuando te pones así de vulgar.

—Ah, la vulgar soy yo... ¿Acaso me orino en la cama de mi hija?

—¡El esperma no tiene nada que ver con la orina, por favor!

—¡A mí no hace falta que me lo expliques! ¡Soy médica, joder, a mí no me lo expliques! ¡Por Dios, tengo que lavar eso ahora mismo!

Corrió al baño y oí cómo llenaba un cubo de agua.

—¡¿Te has vuelto loca?! —le grité desde el dormitorio—. Llevas semanas metida en esa cama sin lavar las sábanas. ¡Aquí ya no queda nada que huela a Anna! ¡A lo único que huele es a tu histeria!

—¡Esta habitación es Anna! ¡En esta habitación no se puede cambiar nada!

Volvió del baño con el cubo lleno y se puso a frotar la mancha con un trapo mojado. El resultado fue una mancha todavía más grande.

—No se puede cambiar nada, ¿no? ¡Pero si eres tú quien ha dejado la casa entera irreconocible! Asómate al salón: parece un campo de batalla. ¡Vamos a tirar todo lo que recuerde a Anna! ¡No dejaremos nada!

—¡No quiero que duermas en mi cama si no eres capaz de controlarte!

—Pues no dormiré en tu cama. Sólo estoy aquí porque me lo has pedido tú. ¡Fuiste tú la que quiso que me metiera desnudo en la cama contigo!

—Por la temperatura de tu cuerpo. Tu temperatura me consuela. ¡Pero no me consuela si te corres en la cama de Anna con ese asqueroso jadeo!

Ahí fui yo el que se encendió de rabia: por poco reviento ante la crueldad de Ev, que me arrastró como un maremoto del que salí a flote como pude. Entonces le agarré la mano con el condenado trapo mojado.

—¡Suéltame ahora mismo!

—Eres muy cruel y no tienes corazón. ¡Lo hago absolutamente todo por ti, lo soporto todo por ti, hasta voy a ir a Israel por ti!

—¡Que me sueltes!

—¿Tú sabes lo peligroso que es? ¿Sabes lo que me puede pasar en Israel? ¿Tienes la más remota idea de dónde me voy a meter si emigramos?

Se soltó por la fuerza, insultándome a viva voz: «¡Forúnculo!», y echó el cubo de agua entero sobre la cama, supongo que para purificarla de mi vergüenza, la verdad es que no lo sé, no me explicó nada; se quedó con el cubo en la mano, goteando aún, mirando consternada lo que había hecho. Llamaron a la puerta y yo abrí como un carcelero abre una celda. Un vecino asustado y con un camisón como de caricatura de Wilhelm Busch[12] me dijo que llamaría a la policía como no dejásemos de alborotar, luego lanzó una mirada furtiva a la montaña de muebles hechos trocitos que se veía con la luz del pasillo y se marchó a su casa tan deprisa como pudo.

Cuando volví al dormitorio, Ev seguía de pie frente a la cama empapada, sin aparentes cambios físicos, pero serena, moliendo entre los dientes los insultos y maldades que le llenaban la boca, o así me lo parecía.

Y con toda esa amargura en la lengua, de pronto se quedó sin fuerzas. Se sentó en el suelo, o más bien encima de un sillón partido por la mitad, se apoyó en el caballete de Anna y luego dijo, dirigiéndose más al caballete que a mí, que lo sentía, que se le había ido un poco la cabeza. Que le resultaba muy difícil ir hasta el fin del mundo, pero tenía que aguantar, que emigraría conmigo o sin mí, que ya le había presentado su dimisión al doctor Spanier, o al menos le había anunciado que iba a renunciar a su puesto... en fin, «anunciar que iba a renunciar» sonaba muy raro, pero que, en cualquier caso, tomaría las medidas necesarias. Y que no estaba dormida y de verdad deseaba mucho tenerme cerca, a su espalda, y que, desde luego, la palabra «meterla» no tenía nada que ver con lo que sentía, y menos aún la palabra «correrse», porque lo único que deseaba era que yo la protegiera, y que estaba en mis manos protegerla e irme con ella adondequiera que necesitara marcharse, adonde no tenía más remedio que marcharse para no morir.

—¿Me quieres, Ev? —le pregunté.

Se volvió para mirarme dando la espalda al caballete.

—No puedo más, Koja: no me da para querer a nadie. Lo siento, pero no me sale.

—No pasa nada.

—Ven, que está todo mojado. Vamos a tumbarnos en la alfombra y nos abrazamos.
—¿Aunque no nos queramos?
—Pero tú sí me quieres a mí, ¿o no?
—Sí.
—Pues eso basta.

Comprenderá, venerado swami, por qué en aquellas semanas tan difíciles me planteé seriamente enviar a Ev a un centro psiquiátrico o, cuando menos, a algún lugar donde pudiera hacer una cura. No era a Israel adonde necesitaba ir, sino a Bad Pyrmont o a Baden-Baden, a Bad Ischgl o a algún balneario del Báltico con muelle de recreo y jardines llenos de rosas impregnadas de sal marina, y señores mayores desayunando en salones de techos altísimos, sobre todo, un lugar donde no hubiese nadie con ningún niño adorable que pudiera despertarle recuerdos insufribles. Los nervios de Ev se le habían extendido directamente desde el cerebro hasta la punta de los pelos —así es como lo describió ella misma—, y una vez hasta se cortó un rizo, sólo para comprobar si era lo mismo que cortarse un dedo.

4

Para ir a Israel necesitaba preparación: es lo que me había dado a entender Fritz Palestina. Tenía que ir bien fuerte en todos los sentidos, mental, espiritual y culturalmente, y sobre todo en el tema del idioma. La Org necesitaba un agente en Palestina (me enteré); allí pasaban cosas (añadió con mucho misterio el jefe de la sección) que no tenían nada que ver con las versiones oficiales que llegaban. El doctor Gehlen necesitaba tener ojos en Tel Aviv, oídos, tal vez hasta un aparato de escucha.

Órganos, percepción, todo.

—Es posible que tardemos un tiempo en ver cómo organizarlo todo bien —murmuró Hach.

Hasta entonces, yo debía ir poniendo los cimientos.

—*Be prepared*.

«Estate preparado.»

A Fritz le encantaba el inglés.

Me consiguieron un profesor de hebreo: Jeremias Himmelreich —apellido que quiere decir nada menos que «Reino de los Cielos»—, un hombre simpático, de mi edad, que se movía siempre despacio y con el cuerpo como encogido por el malestar o por el miedo.

Lo conocí a primeros de marzo de 1955 en el café Burger de la Luitpoldstraße. Estaba detrás de una mesita con su traje arrugado y la *Historia cultural de la Edad Moderna* de Egon Friedell como un escudo. Su peinado era el producto de haberse pasado los diez temblorosos dedos por el cabello, bastante largo y prematuramente encanecido. Parecía un diente de león y, como tal, daba miedo que un soplo pudiera deshacerlo. De hecho, reaccionaba ante el mínimo soplo de aire como ante la fuerza de un huracán, y a mí me daba miedo que se me deshiciera en cualquier momento y saliera volando en pedacitos simplemente con que el camarero pasara un poco deprisa a nuestro lado. Sólo sus gafas de pasta a lo Trotski parecían mantenerlo todo ensamblado.

Bastó que me devolviera el saludo para darme cuenta de que tenía acento del Báltico. En efecto, era estonio: mi madre lo habría calificado como un «clásico pasmado del lugar». La mansedumbre de carácter le venía por parte de su padre, quien sin embargo había llegado a ser vicealcalde de Dorpat;[13] de su madre, por otro lado, había heredado lo que ella llamaba «pánico de Czernovitz»,[14] una actitud como de alerta permanente gracias a la cual había logrado salvar la vida en los años de la persecución. No quiso entrar en más detalles. Me

enseñaría hebreo con el dulce acento del Báltico y la acribia filológica que ve el judaísmo como una forma de anacronismo.

—*Ivrit*[15] no sé —dijo don Diente de León ensimismado—, es demasiado moderno. En su lugar, hablaremos en la lengua de Moisés, ¿de acuerdo, señor Dürer?

Lo que me costó más fue la escritura: me llevó casi la mitad de la primavera. Leer de derecha a izquierda y escribir de derecha a izquierda no es mi fuerte. Ahora bien, por cada letra nueva que aprendía, don Diente de León me premiaba con un chiste judío.

El chiste correspondiente a la primera letra del alfabeto, aleph, nivel principiante total y, por lo tanto, adecuado a mi condición de alumno que aún no pasaba de la clase C, decía así: «Pregunta una vecina: "¿Y qué edad tienen los niños?" La madre judía señala orgullosa a los vástagos que lleva en el cochecito: "El médico tiene seis meses y el abogado, dos años."»

El chiste de la dálet, ya de nivel B consolidado, le hacía especial gracia a don Diente de León, aunque a mí el final me superó: «Van dos viejecitos a ver al rabino, él de noventa y seis años, ella de noventa y cinco: "Querido rabino, venimos a pedirle el divorcio." "Pero, por Dios, ¿cómo me vienen ahora, después de setenta años de matrimonio?" "Estábamos esperando a que se nos murieran los hijos."»

No dudo de que sea un buen chiste, pero a mí se me saltaron las lágrimas: que un hijo muera antes de sus padres es tan contrario a la naturaleza, tan contrario al orden de las cosas que excede toda comprensión y toda lógica... En fin, a lo mejor por eso mismo es un buen chiste. El caso es que, cuando don Diente de León notó mi reacción, lo conmovió profundamente que un chiste suyo me hiciera llorar. Me tendió una servilleta: era una buena persona.

Al final fue precisamente aquel chiste lo que creó un vínculo especial entre nosotros, y a partir de entonces amplió su repertorio para incluir también chistes de clase A —un lujo para grandes expertos—, como, por ejemplo, el de la letra tav:[16] uno de esos chistes que se pueden alargar cuanto uno quiera y que hay que contar con la mayor seriedad posible, incluso acompañándolo con todo un repertorio de muecas de disgusto: «Va el novio a ver al rabino la mañana antes de la boda: "Rabino, rabino, esta noche después de la ceremonia, ¿por fin podré bailar con mi esposa?" "Bien sabes, hijo mío, que la Ley no lo permite: los hombres sólo bailan con hombres, las mujeres con mujeres. En el baile, no hay excepciones, ni siquiera el día de tu boda." "Pero luego... me podré acostar con mi esposa, ¿no?" "Por supuesto, pues así lo dicen las Sagradas Escrituras: 'Creced y multiplicaos.'" "'¿Y ahí qué es lo que está permitido, rabino?", pregunta el novio. "¿Hay que hacerlo siempre en horizontal o también se puede sentados?" "Sentados no es problema." "¿Ella encima y yo debajo?" "Sin problema." "¿Sobre la mesa de la cocina"' "Incómodo, pero no prohibido." "¿Y la práctica oral?" "Contra la práctica oral tampoco se dice

nada, siempre y cuando no sustituya al acto propiamente dicho, que es el que complace a Dios.” “¿Y de pie?” Ahí el rabino da un puñetazo en la mesa y le grita hecho una furia: “¡¿Te has vuelto loco?! ¡De pie no está permitido bajo ningún concepto!” “¿Y por qué no?” “¡Porque puedes acabar bailando!”»

Don Diente de León me exigía aprenderme de memoria todos aquellos chistes en hebreo, y a ser posible contarlos con la misma desgana y cara de póquer con que los contaba él, pues estaba seguro de que me abrirían las puertas de la sociedad judía.

Con el tiempo fue saliendo a la luz que Jeremias Himmelreich tenía un secreto que quería guardar para sí mismo, pero que una y otra vez se abría paso hacia la luz oculto en determinados comentarios. Se trataba de un amor de un pasado remoto cuyo objeto había sido una mujer con el nombre menos judío que se pueda imaginar: Christiane. Jeremias siempre hablaba de ella como si su espíritu siguiera a su lado, presente y visible para todo el mundo.

A veces se le escapaba que Christiane habría pensado esto o aquello en una determinada situación o que yo le habría caído bien (o mal), y alguna que otra noche incluso que ella nos habría sugerido que fuéramos a determinado restaurante (porque íbamos mucho de restaurantes porque Christiane, otra vez, consideraba que la mejor manera de aprender hebreo era entre desconocidos y con unas buenas copitas de vino, ¡y eso que ella, previsiblemente, jamás había estudiado hebreo!).

En sus tiempos don Diente de León había conocido a su Christiane en la Charité: una situación que no me costó nada imaginar. También fue fácil de averiguar que ambos —jóvenes médicos los dos— habían trabajado juntos en el servicio de cirugía y se habían enamorado. Claro, con la llegada del Reich de los mil años[17] a su historia debió de pasarle lo que a tantas otras y debió de acabar en algo dramático o trágico o —como pasó en la última vuelta de tuerca que le dimos en el Báltico— en algo grotesco, pues imagino que entraría en juego aquello que se inventaron los nazis del «crimen contra la raza»,[18] y hasta ahí llegaron mis averiguaciones. Himmelreich se guardaba mucho de dar demasiadas pistas.

Por lo demás, sé que vivía prácticamente en el aislamiento total, como los antiguos ermitaños. Hasta mucho después no supe dónde vivía siquiera. Al parecer no tenía amigos, ni siquiera conocidos en Múnich. Cómo es que no trabajaba en un hospital, siendo cirujano de profesión, sino que se mantenía a flote a duras penas con trabajos temporales para los turbios servicios secretos alemanes me resultaba igual de incomprensible (luego me enteré de que don Diente de León no soportaba ver sangre).

Era un hombre muy refinado, tremendamente culto, apegado a sus chistes como si fueran pequeños seres vivos... y mire lo que le digo: se parecía a usted en esa absoluta falta de mala fe.

Su repentina desaparición fue toda una sorpresa. Habíamos quedado en el merendero del Osterwald y allí lo estuve esperando comiéndome una salchicha. Después de un largo y frío invierno, la primavera había despertado con la energía de un polluelo recién salido del huevo, y yo me había sentado debajo de un árbol lleno de yemas a punto de romper y que daba buena sombra, pues Himmelreich evitaba exponerse al sol. Nos tocaba continuar con las conjugaciones: *ani kotev*, *ata kotev*, *hu kotev* («yo escribo, tú escribes, él escribe...»), pero no llegó.

Fritz Palestina se puso muy nervioso cuando lo llamé para informarlo. Cogimos el coche oficial para ir a la emisora de Radio Free Europe, en la Oettingenstraße, donde Himmelreich se ocupaba de traducir la programación checa para la CIA. Pero tampoco en el estudio lo había visto nadie.

En su casa, un estudio cercano al Jardín Inglés, tampoco encontramos ni rastro, salvo una tabla de planchar abierta con una plancha eléctrica boca arriba, encendida y al rojo vivo que había caldeado el piso entero, de lo pequeño que era.

Veinticuatro horas más tarde, poco después de que cayera una tormenta bastante fuerte, un guardabosques del Forstenrieder Park se topó, en la zona de Forst Kasten, con una cuerda enrollada en una rama de la que, a tres metros del suelo y con un nudo corredizo al cuello, colgaba mi profesor de hebreo por encima de un manto de flores azules (*Hyacintoides*). Apoyada en el tronco había una escalera cuyas patas se habían quedado hundidas en el suelo, hecho barro, del bosque. No se encontraron huellas de pisadas bajo la escalera, y estoy casi seguro de que el señor Himmelreich saltaría a los peldaños con tal de no pisar ninguna de aquellas preciosas campanitas azules. Se mecía apaciblemente en su rama, contemplando a través de sus gafas de Trotski los alegres árboles llenos de vida que lo rodeaban, y ofrecía un aspecto tan triste, tan melancólico que casi parecía todo un cuento o una parábola: el judío que se ahorca en medio del boque alemán, o algo así. La lluvia que había caído durante la noche le había dejado el penacho blanco todo pegado al cráneo, como si nunca hubiera sido un diente de león.

Pasé largo rato observando la fotografía que hizo el forense en el escenario del suceso, y también leí su carta de despedida, que me dejó perplejo, teniendo en cuenta que la había escrito el ermitaño más encantador, más adorable y detallista que he conocido nunca.

«Para todos vosotros, putos monos de feria», empezaba el escrito, sin duda, digno de mención:

Para todos vosotros, putos monos de feria, falsos dementes, yo no he existido en este mundo. ¿Hay algo que os mueva a los servicios secretos aparte de las mentiras? ¿Aún inclináis ante Dios vuestro rostro de mierda? Que os follen, hijos de puta; no, Dios es demasiado bueno para

vosotros. También Dürer es un canalla mentiroso. Quien vive en el anhelo crece hasta convertirse en gigante. Ojalá no fuera el corazón tan cobarde, hatajo de cabestros.

No hubieron de pasar muchos días para que me llamase la secretaria de Gehlen, comunicándome que el doctor deseaba invitarme a una velada para tomar un té, en su villa del lago de Starnberg, el fin de semana siguiente si me venía bien.

Hacía años que no pisaba yo aquella casa de Gehlen en Berg y, desde luego, no lo había hecho invitado a una de sus famosas veladas para tomar el té, a las que, en el fondo, no asistían más que nobles del campo y los que en tiempos eran considerados raza de especial pedigrí, por lo general, miembros de la nobleza de Silesia llevados para la ocasión, que era intentar casar a alguno con las poco agraciadas hijas del anfitrión.

Una de ellas me abrió la puerta, envuelta en lo que —en los años cincuenta— se consideraba un vestido de cóctel propio de una democracia parlamentaria, o sea: un diseño de un moderno que casi echaba para atrás, y, para colmo, de color violeta. Luego, en cambio, se comportó igual que hubiera hecho mi madre en la corte del zar de Rusia medio siglo antes; así pues, al son del *Lago de los cisnes* de Chaikovski, cuyas notas salidas de un tocadiscos revoloteaban por todas las estancias de la casa, acompañó al invitado, añadido a la lista después que los otros y azotado por toda suerte de tragedias en la vida, hasta donde estaba su padre.

La casa estaba llena de luz. Tuvimos que pasar por delante de varios potenciales yernos con tazas de té en la mano y cara de buen humor ante las increíbles vistas del lago de Starnberg en el resplandor del crepúsculo, y si hubieran dado media vuelta habrían reparado en un último pegote de pintura verde-marronácea en la pared opuesta a los ventanales, el resto de aquella cabaña alpina que en su día tuve ocasión de crear allí.

Pero, claro, para qué iban a dar media vuelta.

La hija de violeta tocó a la puerta (dos toques cortos, uno largo, dos cortos... no cabía la menor duda de que aquélla era una familia como para aparecer en un manual de los servicios secretos), la abrió sin hacer ruido y me indicó que pasase a la salita de fumar.

Allí estaba Gehlen, sentado frente a un secreter con una lámpara de mesa encima. Yo permanecí unos segundos fuera, a la luz de la fiesta. Luego la hija me empujó dentro diciendo: «El señor Dürer, padre» y cerrando la puerta detrás de mí, de manera que desapareció el haz de luz había entrado en la salita, como también la sombra que yo arrojaba sobre él. *El lago de los cisnes* se esfumó también, y me vi envuelto en una penumbra oscura y gris, sin más iluminación que la lamparita del secreter.

Gehlen, reducido a una silueta, me invitó a acercarme con un gesto de la mano. Yo me acerqué, y estuve a punto de pisar a un perro labrador gigantesco y con cara de tonto que estaba tumbado junto a una gran estufa de leña. Me hizo falta un rato para acostumbrarme a la

oscuridad y ver que, un poquito más allá de la estufa, sentado en una especie de puf muy duro, o más bien subido encima como un pájaro, estaba Fritz Palestina.

Llevaba un traje negro y se había quitado los zapatos de charol, que tenía muy colocaditos al lado de los pies, con calcetines de cuadros. Al posar su mirada sobre la mía, sonriendo, supe que allí estaba pasando algo muy turbio.

—¿Le apetece una taza de té o cualquier otra cosa? —me preguntó el anfitrión.

Dije que con gusto me tomaría un té. Luego, obedeciendo al gesto que me hizo con el dedo índice, me dejé caer sobre el segundo puf oriental, al lado de Fritz.

—Regalo de la Casa Real de Jordania —dijo Gehlen como quien no quiere la cosa, al tiempo que me servía un té de una tetera de plata—. En la Casa Real jordana se quita uno los zapatos para sentarse ahí. Y en ésta también, por cierto.

No es que fuese incómodo, pero te quedabas sentado mucho más abajo que Gehlen, quien nos miraba desde sus alturas de jeque beduino y trajinaba con la taza de té caliente por encima de mi cabeza. Obediente, me desaté los cordones de los zapatos, me los quité, los coloqué al lado de mis pies y le aguanté una conferencia sobre las ventajas de caminar descalzo, sea para el espíritu, la ortopedia y el espionaje (el comanche descalzo siempre se lleva la ventaja). También me hizo saber que, el verano siguiente, se concedería el gusto de recorrer los Alpes descalzo por el bien que supondría para su espalda.

—Pero no estamos aquí para hablar de mi espalda —dijo Gehlen, después de haberse explayado sobre el tema, y me tendió la taza.

Yo sorbí con devoción, aunque el té no sabía a nada; el labrador roncaba, o igual era Fritz el que roncaba, no podría poner la mano en el fuego.

—Qué trágico incidente lo de su profesor de hebreo —dijo Gehlen cuando se hubo sentado de nuevo. Era capaz de hacer un comentario semejante sin poner cara de que había sucedido una tragedia, pues para eso ya estaba yo, dado que Fritz se mantenía impasible como un muñeco de madera—. En fin, dejemos los sentimientos a un lado, por más que sean humanamente comprensibles, Dürer, y vayamos al asunto en los términos más amplios.

—Muy bien, doctor Gehlen.

—¿Conoce usted la postura de Israel con respecto a nuestro país?

—Por supuesto.

—Desde la perspectiva de un *homo politicus* que analiza la situación con la máxima agudeza de sus cinco sentidos, todo apunta a que las dificultades no presentarán cambio alguno durante los próximos años.

El doctor se reclinó en su sillón, y ahí me di cuenta de que también él se había quitado los zapatos y se frotaba los talones uno contra otro.

—Ahora bien, yo personalmente —prosiguió, recreándose en el frotamiento de los dedos

gordos— dudo mucho que Israel esté dispuesto a dejarse borrar del mapa. Así que antes o después comenzará el juego.

—¿Qué juego, doctor?

—El suyo, Dürer. Nadie le obliga. Que quede claro que es su juego. Ahí estamos de acuerdo, ¿verdad?

Yo me erguí y declaré a los expeditivos pies del máximo jefe de los servicios secretos de la República Federal de Alemania (porque a los ojos no lo podía mirar, claro) que me haría cargo de la misión de buen grado y de forma voluntaria, sin duda, pero que, con todos mis respetos, necesitaba detalles.

—Se trata de una misión encubierta en Palestina que implica un gran riesgo.

—¿Cómo de grande?

—El máximo.

Fritz, que hasta entonces no se había movido nada, reaccionó como ante una palabra mágica. No tuvo más que alargar la mano y, sin perder el gesto de estar de excelente humor, me tendió una carpeta fina que tenía preparada.

Yo la cogí, me puse de pie, me dirigí —en calcetines— hacia la lamparilla y saqué las gafas de leer de su funda, después de dejar a un lado la taza de té (sabia decisión). Vi que en la portada de la carpeta ponía CONFIDENCIAL y debajo HIMMELREICH. La abrí y necesité tres minutos para leer su contenido y luego otros tres para recuperarme del impacto.

Después devolví la documentación a Fritz y volví a sentarme sobre el puf, regalo de la Casa Real jordana, que ahora me daba la sensación de estar lleno de granadas de mano y explosivos plásticos.

—¿Una suplantación de identidad?

—Una suplantación perfecta, a decir verdad —replicó Fritz con expectante entusiasmo—. Ya sólo gracias a su condición de judío, la identidad de Himmelreich puede llevarle lejos.

—¿De modo que el hombre se ahorca, sale todo en la prensa y luego voy yo a arreglar las cuentas?

—En la prensa no ha salido absolutamente nada —replicó Fritz—. La policía ha desestimado el caso por petición expresa nuestra. No hay cadáver de Himmelreich. No hay más que un Himmelreich, que está vivito y coleando, o mejor dicho: sentado a mi lado.

—¿Vivito y coleando por cuánto tiempo?

—Por el que quiera usted. A su profesor de hebreo no lo echará de menos nadie, no tiene descendientes y sus restos mortales ya han sido incinerados.

—Alguien lo acabará echando en falta.

—En Múnich seguro que no. Sus contactos sociales eran nulos. Su familia se quedó en Auschwitz. Su actividad profesional estaba ligada a la Org y a la CIA, así que tampoco existe. Sus

compañeros de Radio Free Europe están sujetos al acuerdo de confidencialidad. Nunca dirían nada de él, ni siquiera que lo conocían. Es puramente cierto que no lo conocía ni Dios. Y usted es un hombre de suerte, señor Dürer.

—No me diga...

—Himmelreich será su pasaje para Israel.

Para que me entienda usted bien, por si se me ha perdido en algún momento, querido swami: el señor Gehlen y el emocionado Fritz habían planeado aprovechar el suicidio de Himmelreich para arrancarle del cuerpo el nombre, las características, los intereses y la soledad, sí, para arrancarle toda la piel judía y ponérmela a mí, como una capa mágica ensangrentada que transformase mi identidad.

Al otro lado de la puerta se oyó el galope de una carcajada que hasta hizo dar un respingo al perro dormido, y también Gehlen lanzó una mirada hacia la puerta, desde donde nos llegó que habían cambiado el disco: *Serenata a la luz de la luna* de Glenn Miller, veneno para los oídos.

—Bueno, nos quedaría un detalle mínimo... —me comentó Fritz en ese momento, y por primera vez capté un atisbo de sombra en la comisura de sus labios y en su carraspeo—, un detallito de Himmelreich sobre el cual... bueno, tampoco hay por qué hacer ningún drama.

• • •

Swami mío, ya le dije que le contaría todo... y así lo haré, sin tener en cuenta la circunstancia de que en la cámara del *duhka* en la que estamos a punto de adentrarnos nos depara una sorpresa tremenda; sorpresa para mí, pero sin duda lo será también para usted, que ya se habrá hecho su idea del amable y solícito profesor amante de las flores azules, en cierto modo a través de mis ojos. Ahora bien, eran ojos cerrados, ojos a través de los cuales tan sólo ha visto lo que quería ver yo, ojos errados que Fritz vino a abrirme de golpe aquella tarde, cuando me contó algo que yo ya sabía: que el señor Himmelreich había empezado su carrera de Medicina a principios de los años treinta en la Universidad de Dorpat, pero que la había terminado en Berlín.

En su primer puesto como médico ayudante en el hospital de la Charité, don Diente de León había conocido a una joven compañera de la que se había enamorado —sí, sí: esa Christiane— y quien militaba en el Frente Popular.[19] Ante los redondos ojos azules de Himmelreich, ella no imaginó que no fuera germano de pura cepa, y él no se preocupó de aclarar nada, puesto que estaba loco por ella. Para no perderla, consiguió ocultar sus orígenes bálticos y judíos y pasar por ario, pero poco antes de que los nazis llegaran al poder, le contó toda la verdad, aunque ya se le podría haber ocurrido a qué velocidad lo iba a dejar.

Y justo eso fue lo que no pasó.

Christiane lo prefirió a él y no al pueblo alemán (así lo resumió el jefe de ambos, que los echó

del hospital acto seguido). Christiane tenía tan clara su decisión que incluso llegaron a contraer matrimonio. Los padres de la novia, al contrario que ella, sí que eran férreos opositores de Hitler. A su padre, concejal socialdemócrata en el ayuntamiento de Potsdam, tenían cosas de que acusarlo (a esto lo llamaban en la época «causas socialdemócratas»). Y su hermano, que padecía una minusvalía física severa, corría el peligro de que le aplicaran la eutanasia. Cuanto más delicada se volvía la situación para Himmelreich, más firme se mantenía su esposa a su lado.

Durante la guerra, lo obligaron a mudarse a la Casa Judía de Berlín con ella. Para protegerla, como para evitar que al padre socialdemócrata lo enviasen a un campo de concentración como preso político, que al hermano se lo llevaran a una de aquellas instituciones supuestamente médicas donde resolvían el «problema» y para escapar él mismo de la deportación, había empezado a colaborar con el SD cuando su esposa se lo propuso.

Himmelreich lo hizo a su pesar. Tardó mucho en decidirse. Claro que, cuando al padre de Christiane fue a buscarlo la Gestapo y le dio una paliza como consecuencia de la cual sufrió un infarto, mi profesor de hebreo resultó ser un informante de primera: se puso a investigar dónde había judíos ocultos y peinó Berlín del Scheunenviertel al Kurfürstendamm, se hizo amigo de ellos y al final los entregó a la Gestapo.

—¿Himmelreich era un denunciante? —pregunté yo sin dar crédito.

—Espía, denunciante, colaborador... *the whole thing*.

—¿Y a eso lo llama «un detallito sobre el cual tampoco hay por qué hacer ningún drama»?

—No lo sabe casi nadie. A principios de 1945, la señora Himmelreich perdió la vida durante un bombardeo —por si no lo sabe por ser demasiado joven, amigo Basti, los judíos y sus familiares tenían prohibido el acceso a los refugios antiaéreos—. Himmelreich sobrevivió. En el caos de la posguerra, desapareció y se mantuvo lejos de sus amigos de antes por miedo a ser reconocido. Tuvo que acudir a los hombres del SD para los que había trabajado durante la guerra, y volver a colaborar con ellos, o más bien con nosotros, después de lo que pasó con la Oficina para la Protección de la Constitución.

—¿No pensará usted en serio que voy a prestarme a que me envíen a Palestina habiendo sido denunciante?

—Bueno, el señor Himmelreich siempre tuvo mucho cuidado. No hay muchos judíos que sepan de su existencia. A casi todos los que denunció los gasearon.

¡Qué putos monos de feria somos todos, dispuestos a trepar hasta cualquier puta palmera para agarrar el último coco podrido con tal de ofrecerlo por el mísero anhelo en el que vivimos! Ahí tenía razón Himmelreich en aquellas líneas tan crípticas que nos había dedicado en su nota de suicidio, convirtiéndonos en gigantes. Por más que me tomara a mí también por un canalla mentiroso y se considerase un canalla mentiroso él mismo, me caía muy bien. Era un canalla mentiroso muy sensible, muy culto y muy poético, y así mismo se lo dije a Fritz.

—Ya ve usted —me replicó de excelente humor—, si es que son tal para cual. Será usted un Jeremias Himmelreich todavía mejor de lo que él mismo hubiera sido nunca.

La traición no requiere más que un puñado de dolor y de angustia y una única estrella brillante en la noche para que, en medio de todo el horror, de cuando en cuando haya un poco de luz.

La estrella brillante de don Diente de León había sido la señora Himmelreich, y ahora la mía se llamaría igual, qué locura.

—Y bien, señor Dürer, ¿se ve capaz? —preguntó Gehlen con energía, poniéndose los zapatos de una vez—. Entonces ya puedo explicarle su misión.

5

El barrio de Möhlstraße, en el refinado distrito de Bogenhausen de Múnich, que después de la guerra era el único *shtetl*[20] de Europa del Este en un país «libre de judíos» y estaba lleno de caftanes, ruido, comerciantes de platería y un enorme mercado negro, se extendía ante Ev y yo como un territorio fantasma cuando llegamos un fresco y lluvioso día de septiembre. El último restaurante kosher que quedaba, el Astoria, todavía no había abierto. El mercado de antaño, con sus tenderetes, puestos y quioscos improvisados ya no existía, la sinagoga se había trasladado de la escuela de enfermería y el Kindergarten e incluso la escuela primaria judía habían cerrado.

Sólo unas pocas de las villas, que destacaban a la izquierda y a la derecha de la Möhlstraße, seguían ocupadas por instituciones judías que, legal o ilegalmente, habían ayudado a llegar a Palestina y Estados Unidos a decenas de miles de judíos jasídicos que, habiendo conseguido escapar del Holocausto, tuvieron que vivir unos años en Múnich como estación de paso en su peregrinaje desde Polonia o Rusia. Lo que fueran las oficinas de la Jewish Agency, del American Jewish Joint Distribution Comittee o de la UNRRA[21] se habían quedado vacías, sólo la Hebrew Immigrant Aid Society, también conocida como HIAS, en el número 37 de la calle —una casa cuya fachada llena de adornos la hacía parecer una tarta—, seguía esperando a judíos que pudieran llegar a Alemania tanto tiempo después.

Es decir: a gente como nosotros.

Llamamos a la puerta.

Nos abrió una anciana de apellido Rosensaft, de cuerpo menudo y fibroso, y después de darnos la bienvenida con un alegre «shalom» nos indicó dónde dejar las chaquetas y los paraguas, pues poco antes había caído una tormenta. Después nos condujo con pasitos de bailarina a su despacho, en el primer piso, tomamos asiento ante su mesita desvencijada y contemplamos la pared de enfrente. Había un póster con dos tractores trazando verdes surcos en forma de estrella de David entre dos enormes y bronceados pechos de mujer que, vistos de cerca, también podían ser dunas del desierto. Debajo se leía: WELCOME TO ISRAEL, KEREN HAYESOD-UNITED ISRAEL CAMPAIGN.[22] Empezó a llover de nuevo.

La señora Rosensaft colocó en el centro de la mesita un cuenco con unas galletas viejas y duras como piedras, y escuchó pacientemente que Ev era hija de judíos de Letonia y tenía la intención de mudarse a Israel (en efecto, dijo «mudarse») con ayuda de la HIAS aunque no sabía una palabra de hebreo, ni era judía practicante, ni conocía la Torá ni las leyes rabínicas, ni tenía

ni idea de cómo celebrar el Pésaj o el Yom Kippur, ni había participado activamente en ninguna asociación sionista, como tampoco había estado en ningún campo de concentración, al menos no como prisionera (allí yo la miré con gesto severo), ni había sido víctima de las Leyes Raciales de Núremberg; que había sobrevivido al Tercer Reich trabajando en diversas organizaciones nacionalsocialistas (en ese momento, gracias al cielo, la señora Rosensaft estaba mordiendo una pasta de anís e hizo mucho ruido) bajo otra identidad, puesto que llevaba el apellido Solm por partida doble: por adopción y porque su marido se apellidaba así...

—¿Se casó con su propio hermano? —preguntó la señora Rosensaft con interés.

—No es mi hermano biológico.

—¿Tiene hijos?

—Tuve.

—Vaya por Dios...

—Una niña.

Consternada, la señora Rosensaft asintió con la cabeza e hizo lo posible por terminar de masticar, casi litúrgicamente, tapándose la boca con la mano. Luego, tras sacudirse las migas, dijo:

—¿Su esposo se mantuvo a su lado durante la persecución?

—Nunca me persiguieron.

—¿Y a su esposo tampoco?

—No, tampoco.

—¿Y por qué no?

—Era Standartenführer de las ss.

—¡Oh! —exclamó la señora Rosensaft y cogió otra pasta del cuenco, pero se le rompió en las manos mientras reflexionaba.

Antes de aquella reunión, yo le había sugerido a Ev que se presentara con su apellido de soltera, o mejor aún: con el apellido de soltera de su madre, Murmelstein,[23] un nombre fantástico en todos los sentidos; pero no, ella quería decir la verdad a toda costa. ¿Por qué creerá todo el mundo (excepto los agentes secretos, claro) que se llega más lejos con la verdad por delante? La verdad no tiene futuro a menos que pueda emplearse como treta.

—Entretanto, la señora Solm ya se ha divorciado del señor Solm —expliqué no sin cierto entusiasmo, y a punto estuve de hablar de «divorcio relámpago», aunque ¿cómo habría sonado eso en el país de las «guerras relámpago»?

—Oh... —repitió la señora Rosensaft y luego se quedó callada durante un rato, reorganizó sus papeles, se pasó la lengua por los labios secos y, dirigiéndose a Ev ya con otro color de cara, le preguntó en un tono mucho menos cordial:

»¿Y quién es este caballero, si puedo preguntar?

Imagínese que yo le hubiera respondido: «También me llamo Solm y a mí tampoco me persiguieron los nazis.» Nos habría echado a patadas.

Menos mal que ahora era Jeremias Himmelreich, y eso fue lo que le comuniqué a la señora Rosensaft con voz firme, además de darle numerosos detalles sobre la persecución nazi. Himmelreich (o sea yo) incluso recibía una modesta pensión como víctima del nazismo, y además, a él (a mí) le habían tatuado en el brazo un número en un campo de concentración tres semanas antes y, como colofón, lo habían circuncidado (ay, si no le había tocado hacerlo a Ev había sido porque yo no quería, pero aún me costaba caminar con normalidad porque es una intervención dolorosa y el proceso de curación lleva mucho tiempo).

Mientras revelaba distintas facetas de mi nueva identidad, aunque no otras, sentí que Ev, sentada a mi lado, se apartaba de mí en su interior: no podía soportar aquello que podríamos denominar «medias verdades», y cuando añadí que la señora Solm y el señor Himmelreich (nosotros) se habían conocido frente a la sinagoga de la Reichenbachstraße, en Múnich, y comprometido la misma tarde, aún sentados en las escaleras de aquel santo lugar («compromiso relámpago»), cualquier muestra de afecto se borró de su rostro, lo cual ya anticipaba el conflicto al que tendríamos que enfrentarnos en las semanas siguientes, cuando Ev se dedicó a echarme en cara mi supuesta doble vida aunque su nueva existencia se cimentaba en ella.

La verdad se convirtió en su mantra.

Incluso cuando, el 10 de octubre de 1955, contrajimos matrimonio en el Registro Civil número III de Múnich (por desgracia, sin la bendición de mamá, quien fue incapaz de asimilar que sus hijos se convirtieran al judaísmo... ¡Si al menos se hubieran convertido a la religión de los tlingit de Alaska! En ese caso habrían tomado nombres indios y les habría estado permitido casarse entre ellos, pero lo de hacerse judíos jamás se había visto, ¡y era impensable!, entre unos Von Schilling)... cuando —como decía— sellamos aquel matrimonio urdido en las alturas de los servicios secretos, Ev Solm, de soltera Meyer-Murmelstein, al preguntarle si quería tomar como esposo a Jeremias Himmelreich hasta que la muerte los separara, repuso: «Sí, te acepto por esposo, Koja Solm», respuesta que heló el corazón del novio y obligó al funcionario del registro a revisar sus papeles un par de veces con cara de incredulidad.

La boda se caracterizó por la falta de distinción que mamá nunca había soportado. Nuestros testigos no fueron Fritz Palestina ni otros orcos que nos ofrecieron sus servicios casi como una obligación (según creía Ev), sino dos paisanos sajones que contratamos en la estación principal por el precio de dos salchichas a la parrilla para cada uno (una antes y otra después del enlace).

Durante toda la ceremonia Ev ni siquiera me rozó el brazo, ni la mano, ni mucho menos la

cara —que también se puede rozar con la mirada—: no quiso concederme ni un ápice de la cercanía que me había mostrado durante toda nuestra vida.

Al ponerle el anillo, también yo traté de no tocarla, un reflejo vengativo que a ella le resultó del todo indiferente y que a mí me causó una profunda tristeza. Deseé que aquel dedo hubiera sido el de Maya, que se habría deslizado por aquel aro como un delfín juguetón y feliz; sí, me hubiera gustado acariciar aquel dedo, aun cuando ya no fuese más que un hueso roído por los gusanos.

Cuando el funcionario del registro vio mis lágrimas, pensó que eran de alegría. En secreto, apreté los dientes de Maya. He de reconocer que no era correcto hacerlo, sobre todo porque Ev tenía una relación muy difícil con lo que para mí era un amuleto, y me había pedido expresamente que no los llevara a la boda, pero yo los había metido por dentro del dobladillo de la chaqueta. Ev no los encontró, y eso que me había cacheado de pies a cabeza en el baño de caballeros de los juzgados; un taquígrafo que estaba orinando a nuestro lado se quedó perplejo. Le juré a Ev que no pensaría en Maya, que no desearía aquellos dientes en la bella boca a la que pertenecían (sin embargo, fue justo lo que hice).

Ev me tenía por un mentiroso cuando fue ella misma quien me obligó al engaño. Sin ella nunca me habría convertido en don Diente de León (el peluquero de la Kaufingerstraße negaba con la cabeza, pesaroso porque, con mis cuatro pelos, no había modo de hacer la corona reinocelestial que le correspondía a un auténtico Himmelreich).

En el campo de refugiados de Föhrenwald, al sur de Múnich, donde nos reunimos con otros judíos que se habían quedado atrás, además de tomar toda clase de cursos preparatorios para la realidad de Israel (hebreo, pensamiento sionista, economía agrícola con especial atención a la lignicultura...), también tuvimos que leer a Herzl, Tagore, Stefan Zweig, Rosa Luxemburgo o Martin Buber (el *Yo y Tú*) para luego poder comentar con los demás nuestras respectivas lecturas edificantes, y ¿sabe usted qué libro me puso Ev debajo de la almohada? *La historia de mis experimentos con la verdad* de Gandhi.[24]

Cuando, poco después del Año Nuevo de 1956, desembarcamos en el puerto de Marsella y las autoridades fronterizas francesas exigieron una explicación por los cajones de madera de la altura de un hombre que pretendíamos importar a Palestina, las circunstancias me obligaron a explicar que se trataba de materiales de bellas artes imprescindibles para el trabajo del señor Himmelreich (o sea, yo).

Pero incluso un pequeño experimento con la verdad así hacía sufrir a Ev, de modo que, después de cruzar el Mediterráneo, en Jaffa, cuando los aduaneros israelíes se sorprendieron ante la cantidad de materiales y quisieron saber para qué llevaba setecientas cincuenta cajas de

acuarelas, Ev se lanzó a explicarles que se trataba de «materiales alemanes de alta calidad» con los que pretendíamos hacer negocios en Tel Aviv a fin de «elevar la calidad de la pintura israelí» a un nivel enteramente nuevo.

Los funcionarios nos miraron sin comprender.

Yo quise intervenir pero, antes de que pudiera hacerlo, Ev ya se había puesto a alabar, con la mejor de las intenciones, los materiales alemanes para dibujo y pintura, «los mejores del mundo en términos de calidad y densidad de pigmentos». Si estábamos en Israel, era precisamente para contribuir de esa manera en el desarrollo cultural del país. ¿Cómo era posible que no hubieran oído hablar de los extraordinarios colores de Hermann Schminkke, las acuarelas patentadas de Horadam, los óleos a la resina de Mussini, el vasto catálogo de *gouaches* de Lyra, los famosos lápices octogonales de Faber-Castell, los maravillosos lápices de madera de cedro y sanguina de Staedtler («¡todo un imperio!»), los míticos colores Lukas de Düsseldorf («de los que ya se había enamorado Van Gogh») o del grandioso azul mineral de Schoenfeld?

Me costó Dios y ayuda evitar que los indignados funcionarios de aduanas quemaran todos mis perversos colores fascistas en el mismo muelle del puerto de aduanas, y luego me llevó semanas y una parte del capital introducido de contrabando por la Org que me devolviesen la mercancía confiscada para poder abrir por fin el comercio que pretendía utilizar como tapadera para establecerme en el país.

Recuerdo que salimos temblando de la aduana y Ev, tras gritar, «¡Seis de enero del cincuentaiséis!», que era la fecha de aquel día, cayó de rodillas y se dispuso a besar el suelo como acostumbran los peregrinos. Tuve que levantarla y advertirla de que no podía continuar así:

—Sólo puedo protegerte si tú también me proteges a mí —le insistí—. Sólo puedo estar contigo gracias a lo que estoy fingiendo. Ahora bien, si te diriges a esa gente y les dices quién soy en realidad, me colgarán, ¡me colgarán, Ev!

Ella apoyó su cabeza en mi hombro y asintió sin fuerzas.

—Me pone enferma.

—¿El qué?

—Tu motivo para estar aquí me pone enferma.

—Mi motivo para estar aquí eres tú.

—Has venido a espiar a este país, Koja.

—Por favor, no me llames Koja.

—Me pone enferma no poder llamarte Koja.

La abracé y, aunque no llevábamos allí más que unos minutos, tuve la sensación de que todo era un error: la decisión, la misión, mi circuncisión con el correspondiente dolor, las temperaturas casi frías que no se correspondían con lo esperado, en suma: todo.

—¡Por el amor de Dios!

—¿Qué?

—¡Mira qué maravilla de país!

Ev se soltó de mi abrazo y señaló entusiasmada un par de perros sarnosos y unas palmeras cubiertas de polvo que bordeaban el puerto de Jaffa. Se veían cadáveres de animales desollados y pescado maloliente colgando bajo el sol de enero, pues era día de mercado para los últimos árabes que quedaban en la ciudad. Yo no veía ninguna maravilla de país, no veía nada maravilloso, y aun se acumulaban sobre mis labios diminutas motitas de polvo para que las moscas encontrasen mejor lugar donde posarse.

El autobús de Jaffa recorrió primero la carretera junto al mar, luego los antiguos barrios árabes de Manshiya, ahora convertidos en ruinas abandonadas, finalmente pasó por varios naranjales y después de un corto trayecto más terminó en la vecina Tel Aviv, bajó cimbreándose por toda la Dizengoff Street, por delante de unos edificios blancos estilo Bauhaus, hasta que llegó a la estación de autobuses, donde nos escupió a Ev y a mí: ella, con los ojos brillantes; yo, hecho un mar de dudas e infelicidad.

Al doblar la esquina con nuestras maletas hacia la cercana Ben Yehuda Street, donde nos alojaríamos en una de las pensiones para inmigrantes hasta encontrar un piso, nos encontramos como en el centro de Alemania. Se hablaba alemán por todas partes entre los puestos ambulantes de comida que había en cada rincón y cada esquina. Allí el *hérem* no se percibía. A pesar de todas las prohibiciones oficiales, se veían cafés alemanes, librerías alemanas, todos los carniceros eran alemanes, había una panadería bávara y un maestro pastelero de Königsberg. Ahora bien, tienda de materiales alemanes para bellas artes no había, como pude comprobar con alivio.

Un anciano que se parecía al escritor Gerhard Hauptmann se nos acercó con un montón de libros atados a la cintura, a modo de librería ambulante.

—Mucho gusto en saludarlos —dijo en el mismo dialecto de Hesse, tan cerrado como cantarín, que hablaba Otto John—. A los recién llegados los huelo yo a cien metros.

Pretendía vendernos *Las afinidades electivas* de Goethe y, como no mordí el anzuelo enseguida, se puso a recitarnos de memoria pasajes de sus obras con voz estentórea y siempre en dialecto.

Esa misma noche, metido con Ev en una cama minúscula en una habitación de hotel iluminada por una bombilla verde, mientras los huéspedes vecinos trataban de matar un ganso que no paraba de parlotear, finalmente conseguí librarme de la ansiedad y la desorientación que me paralizaban.

Le dije a Ev con palabras sencillas que estaba muy angustiado, pero no por ella, y que estaba enamorado, pero no de ella, lo que no quitaba que mi infinito y desbordante amor de hermano

sería suyo para siempre, y que ésa era la única verdad de la que podía responder, que nunca había pretendido engañarla al respecto como tampoco lo intentaría en el futuro.

Le rogué que, en vista de ello, me considerase una persona honesta, al menos en cuanto estaba relacionado con ella, cuyo afán de sinceridad absoluta era un tormento para los demás (para mí), y también le expliqué que no podía tomarme a mal que echase de menos a una muerta, ya que ambos echábamos de menos a la misma muerta, y luego, en mi caso, había que sumarle una segunda.

¿Acaso no son siempre los muertos quienes nos mueven?

Nos sentamos uno junto al otro en aquel catre de fabricación británica que chirrió suavemente cuando Ev me puso la mano en la pierna y la dejó allí hasta que la agarré.

—Me alegro de que no estés enamorado de mí —dijo un poco ronca.

No estaba en mi poder hacer nada. Ella tomó la iniciativa y comenzó a desvestirme. Me desabrochó la camisa, me la quitó, me quitó la camiseta por la cabeza, me desabrochó la hebilla del cinturón, me quitó los pantalones y, con cuidado de no hacerme daño en el sexo aún dolorido, también los calzoncillos, mientras me pedía que le hiciese yo lo mismo.

Y entonces susurró:

—Seis de enero del cincuenta y seis.

Hicimos el amor, al tiempo que el ganso fenecía en la habitación de al lado, y el animal y yo chillamos de dolor. Fue como si me acostara con un escorpión.

Más tarde me di cuenta del poco ruido que, tanto ella como yo, éramos capaces de hacer al llorar.

Al final rezamos como solíamos hacerlo de niños, y de pronto me di cuenta de que puede que creásemos aquel antiguo ritual religioso en nuestra infancia por una única razón: evitar la incomodidad de los besos.

Y para evitar la incomodidad de los besos, nos unimos también aquel día en la invocación a Dios.

Primero en hebreo.

Sin embargo, el fuerte vínculo de antaño no surgió, así que, finalmente, alejándonos de toda ortodoxia, bendijimos nuestra nueva vida como judíos con la oración vespertina que Großpaping Huko había sembrado palabra por palabra en nuestra familia para que echara raíces en nosotros y extendiera sus ramas incluso más allá.

Te damos gracias, Padre celestial, por habernos cuidado en este día, y te pedimos, en nombre de tu hijo Jesucristo, que perdones nuestros pecados y cuantas faltas hayamos cometido y que derrames sobre nosotros tu misericordia en ésta, nuestra primera noche en Tierra Santa. Nos

encomendamos a ti en cuerpo y mi alma: que tus ángeles nos protejan y que el pérfido enemigo no tenga poder sobre nosotros.

Amén.

6

Las primeras semanas en Tel Aviv fueron duras.

Enseguida nos pusimos en contacto con la organización judío-alemana Olej Germania —cuyas empleadas, de piel bronceada como las avellanas, insistían en que se las llamase «*die ollen Germanen*»: «las viejas alemanas»; hay gente para todo—, pero mi plan de distribuir pinturas alemanas por todo Israel se recibió con cierta hilaridad.

No obstante, me ayudaron a encontrar un local en la Ben Yehuda Street. Olía muy bien, pues había sido una perfumería que acababa de quebrar, y había espacio incluso para una pequeña galería de arte.

Nosotros alquilamos un pequeño apartamento de dos habitaciones en la tranquila esquina de Graets Street y Shir Street, y nos mudamos a un edificio cuadrado y encalado que parecía un diseño de mi profesor Krastins por lo mal trazado y moderno que era. Cierto que yo no me esforcé mucho con la carrera de Arquitectura en Riga, pero un cubo de tejado plano con mirador redondo y balcón semicircular como aquél me habría salido incluso en los primeros semestres.

Vivíamos en la segunda planta, y Ev amuebló nuestro pisito con piezas de madera clara y tubos de acero y lo adornó con dibujos de nuestra hija. Tal vez aquello fuera otro error: encontrarnos a diario allí, expuestos a todos aquellos alegres caballitos que día tras día nos recordaban lo que habíamos perdido.

En nuestro edificio vivían otras cinco familias europeas que habían escapado de los campos de exterminio. Sus hijos jugaban al balón tiro en la calle recién pavimentada y, para Ev, constituían una constante fuente de horror.

A veces invitaba a comer a Shoshana Kohn, una vecinita de nueve años cuyos padres trabajaban en la central eléctrica y agradecían su ayuda. Shoshana nos enseñaba hebreo mientras tomábamos el postre. Era un auténtico sol de niña, con mucho temperamento, una perlita de cabello muy negro, brillante en todo: en historia, matemáticas, deportes, tocaba la guitarra y, sobre todo, como *girl scout*. Con su falda azul y su blusa blanca, era para los Kohn como una bandera israelí particular que ondeaba sobre Auschwitz a diario.

El edificio entero sentía lástima por nosotros, porque como ya teníamos cuarenta y tantos años y Shoshana les había hablado de la cantidad de dibujos infantiles que teníamos en el cuarto de estar, los vecinos no tardaron en concluir lo que era evidente. Lo que no podía ni imaginarse. Para lo que no había consuelo.

Nunca nos preguntaron.

Nos consideraron sus iguales.

Muchos habían perdido a sus hijos en las cámaras de gas. En nuestra calle tan sólo había niños nacidos después de 1945. Y todos echaban de menos a algún familiar: abuelos, abuelas, tías, tíos, primos, de la misma manera que nosotros echábamos de menos a nuestra hija. Cada familia tenía un solo hijo, con suerte dos. Y detrás de cada una de aquellas pequeñas familias había una familia más grande que no había logrado sobrevivir.

El señor Krausz, del entresuelo, había perdido a su primera esposa en Kaunas. A madame Anton (primer piso) le habían arrebatado a dos hijos de las manos en el campo de concentración para arrojarlos al interior de un camión que, al son de alguna marcha militar, los habría llevado primero a algún lugar perdido y después al crematorio. La abuela de Shoshana estaba internada en un manicomio de las afueras de Tel Aviv porque había presenciado cómo quemaban a su marido en público en Minsk. En la diminuta vivienda del portero, en la planta baja —prácticamente un cubículo con un retrete— vivía el viejo Levy, cuya familia al completo, treinta y cuatro miembros entre parientes cercanos y lejanos, se habían quedado «allí», como decía él para referirse a los que habían muerto en Europa. Sufría de migraña crónica, por lo que siempre se cubría la frente con una toallita, mañana, mediodía y tarde, incluso cuando barría la calle, de modo que, cuando empezaba a pasar la escoba, sólo podía sostenerla con la mano izquierda, en tanto que la derecha apretaba la toallita contra la frente, en la dirección contraria al avance con la escoba, contra sus recuerdos.

Los demonios dormían, pues, por toda la casa, no solamente en nuestro cuarto.

Es posible que eso procurase algo de consuelo a Ev y la ayudase a tomar conciencia de que una vida a la sombra de los muertos seguía siendo una vida.

Porque la vida no era sombría. En Tel Aviv no había lugar para lo sombrío. El optimismo era un deber cívico. Por ardua que fuera la semana de trabajo y por inmenso que fuera el peso del polvo mortal de nuestra hija, el día solía terminar en la playa. Incluso Ev y yo nadábamos algunas veces hasta los barcos de pesca.

Los fines de semana la gente llenaba de agua el fregadero y echaba una carpa para conservarla fresca, pues el pescado relleno —el *gefilter fisch*— era una parte del *sabbat* tan importante como el *kidush*. Los padres de Shoshana siempre nos tocaban el timbre los domingos para venirse a leer el periódico, *Rosenthal's Latest News* y *Yidis Velt*, en nuestro balcón, el único de la casa.

Cuando llegó el calor, los niños se ponían a brincar alrededor del colorido camión de helados pidiendo agua helada, con la que el heladero les salpicaba la cabeza mientras ellos chillaban divertidos. Y la familia Eisenstein subía a la azotea de enfrente a jugar al *skat* medio en pelota, y bebían vodka o vino kosher, extendían el brazo como para brindar con nosotros y a todo el mundo le hacía gracia llamarlos por el mote de «los del acorazado Potemkin».

Ev sucumbió al encanto de aquel grupo variopinto. Tal vez sentía que la falta de familias más grandes siempre conduce a la formación de otras grandes familias nuevas, familias que no tienen nada que ver con la sangre, sino a veces tan sólo con la proximidad, aunque eso luego volvía a guardar relación con la sangre, pues la nuestra era una proximidad impuesta por la pérdida que todos tratábamos de compensar, hasta el punto de que yo mismo, en poco tiempo, sentí como si me estuvieran poniendo una transfusión de sangre judía, y Ev no tardó en interpretarlo como un resto de racismo que me quedaba.

—Deja de pensar en esas categorías de sangre y raza —me increpó—. Es buena gente sin más, gente a la que le han pasado cosas terribles, y por eso se sienten parte de un mismo grupo.

—Ya, y yo también me siento parte de ellos, lo cual es absurdo.

—¿Por qué iba a ser absurdo? Te sientes unido a mí y yo me siento unida a ellos. Lo que es absurdo, si acaso, es que trabajes en contra de ellos.

—No estoy trabajando en contra de ellos, Ev.

—¿Y qué haces en realidad, más allá de estar sentado en tu tienda a la espera de algún cliente?

En efecto, era difícil de decir.

En cuanto a mi actividad conspirativa, se reducía a una reunión semanal en diferentes cafés, donde el *station agent* de la CIA me invitaba a tomar uno de buena calidad. Resultó ser mi viejo amigo Donald Day, a quien Estados Unidos había enviado allí para compartir mis valiosas averiguaciones. Sin embargo, todo lo que tuve que decirle fue que, con ímprobo esfuerzo, mis setecientas cincuenta cajas de acuarelas se habían reducido a setecientas cuarenta durante el año, y que mi esposa había encontrado trabajo en el Hospital Assuta, no muy lejos de nuestra casa.

—No te preocupes —explicó Donald, entregándome los teletipos que me había enviado la Org a través de la embajada de Estados Unidos. Durante los primeros meses no tuve otra ventana por la que asomarme a Pullach. Lástima que los americanos pudieran mirar y ver lo mismo que yo.

El general Gehlen quería evitar la complicidad. Por una cuestión de principios. Por eso Fritz no me enviaba nunca instrucciones específicas ni detalles que pudieran darle pistas a la CIA sobre lo que iba a suceder.

Claro, de esa forma, tampoco yo disponía de la información —expliqué a Donald, frustrado—. ¿Qué sentido tiene la misión entera? Primero me lanzan aquí como con una catapulta y luego no me dicen absolutamente nada de lo que tengo que hacer.

Donald también estaba enfadado a su manera gruñona y sarcástica. Creía que la Org estaba jugando un doble juego, y me temo que no se equivocaba del todo. No paraba de sudar, protestaba del calor, incluso cuando todavía no hacía tanto. Y cuando nos despedimos me deseó lo mejor y me aseguró que pronto empezaría todo.

En tanto que corrían las semanas, yo esperaba ya muy nervioso aquel pistoletazo de salida de la misión.

Puede que le sorprenda que no le dijese nada a Ev, con lo mal que lo estaba pasando con que yo hiciera lo que me ordenasen, ya que además era la única opción con la que habíamos conseguido llegar a Israel. Sin embargo, dado el alcance de aquella misión, sólo habría servido para angustiarla más. Y nada estaba más lejos de mi intención que echar a perder los pequeños indicios de recuperación que advertía en mi hermana.

Porque por aquel entonces la veía como hermana, a pesar de que, desde aquella extraña noche de nuestra llegada, hubiésemos empezado también a tener un trato más que fraternal en la cama. Claro que, para empezar, el alto grado de mimosos cuidados que requería mi recién desprepuciado miembro, ahora judío a los ojos de cualquiera (por el cerco enrojecido que rodeaba el glande, Ev lo comparaba con una especie de coral que te encontrabas buceando por la costa de Tel Aviv), restringía enormemente nuestro radio de acción, pero sobre todo la intensidad de los placeres eróticos, con lo que, a lo sumo, soportaba los soplidos muy suaves, aunque por otra parte los necesitaba para calmar el dolor.

A Ev, a su vez, la depresión le impedía dar rienda suelta a las apetencias del cuerpo. Más bien solía hacerse un ovillo a mi lado, buscando protegerse del mundo como una cochinilla.

Como suele suceder cuando las personas que te rodean envejecen muy cerca de ti y, por lo tanto, no te das cuenta, me hizo falta aquella grieta que había abierto en nuestra unión la realidad de que nuestra Anna no volvería a la vida (aquella grieta que nos encontrábamos de nuevo cada mañana, y que yo contemplaba diariamente con la misma angustia a medida que llegaba la noche, hasta que ahí a lo mejor se cerraba gracias a una mirada de cariño o al sonido del cepillo de dientes sobre los dientes de mi hermana) para tomar conciencia de que Ev, entretanto, tenía cuarenta y cuatro años. Sus manos seguían siendo igual de ágiles y exigentes que de joven, pero el cabello se le había puesto todo gris casi de la noche a la mañana. Al ser tan menuda, aquel cabello se antojaba todavía más gris y falto de brillo, o quizá fuera el sol despiadado el que lo convertía en ceniza. Le dolían las rodillas y, como si tuvieran el doble de la edad del resto de sus complicados huesos, tenía que cuidarse de las escaleras empinadas y de las caídas. Su rostro, frágil y marchito si la mirabas de medio perfil, se veía cubierto por una telaraña de arruguillas minúsculas que recordaban al craquelado de mis cuadros barrocos o a una superficie de hielo que sufre un golpe con un martillo.

Y, sin embargo, escondida bajo aquel manto del tiempo, seguía viviendo la preciosa niña que con tanta alegría se había metido en mi vida para ponerlo todo patas arriba, y no me habría sorprendido que, en algún momento, se quitase aquel manto con uno de sus típicos gestos de

broma —«¡tacháááán!»— para plantarse delante de mí completamente desnuda y sin vergüenza alguna, joven y ajena a aquel perverso plan de Dios de que se le muriera una hija que sus ovarios aún no habrían concebido.

Salíamos a menudo, porque el olor de Tel Aviv de noche era todavía más perturbador que durante el día. Desde principios de abril, el siroco llevó el mar desde el puerto a las calles. El calor parecía colgar de los almendros de los bulevares. En el Teatro Habimah representaron obras maravillosas, de las que no entendimos ni una palabra, aunque también había funciones en yidis, y ahí me pasaba todo el rato susurrándole comentarios a Ev al oído derecho, aunque ella levantaba el hombro opuesto, el izquierdo, con el gesto de rechazo total que yo conocía de toda la vida y del que hacía caso omiso con una sonrisa que ella no me devolvía.

A menudo había fiestas en la Graets Street. El primer día de vacaciones, que pasamos junto con los Kohn, el conserje Levin y los otros vecinos en el parquecillo municipal que teníamos cerca de casa, fue la festividad del Lag Ba'omer,[25] que en el calendario judío es mayo, si bien, en aquel año de 1956, correspondió al 29 de abril.

Los niños de nuestro edificio y de las casas vecinas llevaron arcos y flechas y estuvieron recogiendo astillas y trozos de madera para encender la hoguera en honor del valiente Bar Kochba, quien dos mil años atrás les había mostrado a los romanos lo que es bueno según la buena tradición del Bosque de Teutoburgo.[26] Todos los vecinos de la calle nos reunimos alrededor del montón de leña, alguien encendió el fuego, los niños aplaudieron y gritaron viva y trajeron un muñeco que habían hecho en la escuela.

Aquel año, por primera vez, el muñeco no era un Adolf Hitler, pues a Hitler lo habían quemado ya muchas veces antes. En cambio, el personaje se parecía al presidente egipcio Nasser, gracias a mí, por cierto, pues Shoshana sabía de las caricaturas tan graciosas que yo hacía, y así ardieron entre las llamas y entre grandes aplausos la nariz de patata y la boca de anuncio de dentífrico de Gamal Abdel Nasser. Ev y yo nos abrazamos, entre los aplausos de los chiquillos, superados por la sensación de que el polvo de nuestra hija que revoloteaba a nuestro alrededor se nos echaba encima.

Dos días más tarde, sin embargo, todo cambió. Me encontré con Donald Day en café Mersand. Traía consigo un maletín que me entregó deslizándolo por el suelo con el pie, por añadirle un poco de dramatismo al asunto.

—*It's partytime, buddy*.

«Empieza la fiesta, amigo.»

—¿Estás de broma? —le pregunté.

No había nada preparado, no me habían dado órdenes de nada y el telegrama de Fritz que me entregó Donald decía:

Himmelreich, actúe según lo acordado. Realice la entrega según lo acordado. Espere más instrucciones en función de la reacción de la otra parte.

Hach

Con aquellos datos, lo mismo hubiera dado que me entregase una receta de cocina.

—¿Cuándo?

—*Tomorrow. Eight o'clock.*

«Mañana a las ocho.»

—¿Dónde?

—*You know* dónde.

«Ya sabes dónde.»

Donald me dijo la hora a la que pasaría a buscarme (siete y media), a qué tenía que prestarle atención (la ropa) y que lo estaba pasando fatal con aquel calor (treinta y dos grados centígrados a la sombra, demasiado para principios de mayo). La identificación que me haría estaba en el maletín. Miré el documento de identidad. De nuevo me habían cambiado de nombre, un nombre que en este momento es irrelevante. En mi trabajo te cambias de nombre como cambias las ruedas del coche, hay nombres de invierno, nombres de verano, nombres de repuesto, nombres recauchutados y nombres reventados, y por supuesto hay momentos en que te quedas sin nombre, y ésos sí que pueden ser mortales.

En casa, repasé bien todas las cosas importantes, las importantes que venían en clave, las importantes que tenía que memorizar, las importantes que no tenían importancia. Finalmente me hice con los documentos de los que supuestamente tenía que hacer entrega, ahora enseguida le cuento cómo.

Aquella noche no pude dormir. Salí a la calle, la crucé descalzo, bajé hasta la playa vacía. Primero sentí alquitrán bajo los pies. Luego, algo más suave. Cálida arena gruesa. Me senté, hundí la mano en la arena. Era como tocar lana. Cálida lana plateada bajo una luna creciente con la que el mar había tenido pequeños y delicados detalles: conchas, restos de coral, algún cangrejillo por aquí y por allá. También algunas algas.

Miré el mar a lo lejos, me planteé sumergirme y hundirme entre las algas, y que las mismas aguas me arrastrasen hasta la orilla unos días más tarde.

Pero no lo hice. Me faltaron las fuerzas o el empuje necesarios.

7

—¿Y los dientes?

—¿Qué dientes?

—¿Los dientes de la compañera Dzershínskaya?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Los llevaba consigo en la playa?

—Siempre los llevo conmigo.

—¿Incluso ahora?

En lugar de responder, cierro el paraguas, lo dejo a un lado, levanto la cabeza para asegurarme de que no llueve, meto la mano en el bolsillo del albornoz, saco la pitillera plateada y la abro.

—No se los he mostrado a nadie excepto a Ev.

La curiosidad es la mayor debilidad de mi hippy. Mira, aunque no quiere mirar. Ha pescado la bolsa de Edeka de la fuente hasta la que había volado. La sostiene entre los dedos como un reproche y hace ruido con ella. Está enfadado.

Al mismo tiempo, tampoco se puede decir que esté enfadado, porque enfadarse no conduce a nada bueno, ninguna emoción conduce a nada bueno, así que acaba doblando la bolsa con cuidado, la deja a su lado sobre el banco húmedo y se queda mirando fijamente la pitillera. Cinco dientecitos humanos, amarillos, sobre terciopelo rojo.

Pregunta si los puede tocar. Pero yo no quiero.

—Entonces, deme mi marihuana y punto —me dice enfurruñado—. Ya le he escuchado suficiente.

—Pero si es justo ahora cuando se pone emocionante...

—Llevo escuchando un rato larguísimo —repite—. Y, además, hemos estado aquí sentados demasiado tiempo.

—¿Por qué quiere saber más sobre esos dientes?

Es la primera vez, para mi completa sorpresa, que veo odio en sus ojos, sólo por un instante, como un velo oscuro.

Luego vuelve a desaparecer el velo y sólo queda el horror en su mirada, horror con respecto a él mismo.

—Por favor, dígamelo. ¿Qué es lo que le angustia tanto? —le pregunto.

—Usted no tiene ni idea de lo que es la muerte. Ni la más remota —me suelta, mientras

aprieta los labios hacia dentro con gesto rebelde.

—¿Eso piensa?

—Sí. Es capaz de matar. Ha matado a gente. Y, claro, será capaz de morir. Los dos vamos a morir pronto. Pero debería saber que ella no se ha ido todavía, ni mucho menos.

Señala mi pitillera, que yo cierro casi como acto reflejo.

—Creo que fue la compañera Dzershínskaya. Fue Maya quien le impidió meterse en el mar y fundirse con las algas. Estaba en su bolsillo y ella lo detuvo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Si tuviera usted idea de lo que es la muerte, lo sabría.

—¿La tiene usted acaso?

—Otra vez me suena escéptico y falto de fe por completo. Por mí, como si nos volvemos ya a las habitaciones. Aquí hace frío, así, en albornoz.

—Discúlpeme. ¿Qué es lo que sabe usted de la muerte de Maya, respetado swami?

—Eso es fácil de responder. Cuando los comunistas mataron a la compañera Dzershínskaya, creyeron que habían acabado con ella, con su vida, como suele pasar. Pero eso es una tontería. No se acaba con la vida de una persona por pegarle un tiro.

—¿Ah, no?

—No. Una sentencia de muerte es una broma. Le diré lo que le pasó a su amiga después de que la bala le entrara y le atravesara la cabeza.

—Adelante.

—Una energía masculina blanca, al menos una energía masculina que muchos swamis llaman «blanca», recorrió su cabeza durante diez minutos —y ahí señaló en su propia cabeza calva un punto que los médicos habían marcado con un pequeño garabato—, y así hizo el trayecto de la cabeza al corazón. En ese intervalo, la compañera Dzershínskaya experimentó una gran iluminación con la cual se liberó de treinta y tres formas diferentes de ira.

—Maya no conocía treinta y tres formas diferentes de ira. Ella no conocía ninguna forma de ira. La ira le era enteramente ajena.

—Entonces, una energía femenina roja se elevó desde el centro de su cuerpo —el swami se deshizo el nudo del cinturón, se abrió el albornoz, se levantó el pijama y señaló debajo del ombligo—, hacia arriba, hacia el corazón. Y en ese proceso se desvanecieron cuarenta tipos de vínculos diferentes.

—¿Vínculos?

—Vínculos con el mundo, hombre. ¿Es que no sabe qué es un vínculo?

—Siga.

—Cuando la luz roja y la blanca se encontraron en el corazón de la compañera... ¿cómo decirlo? Surgió una negrura insondable que disolvió siete tipos de ignorancia.

—¡Y un coro de ángeles dando palmas!

—Y entonces se le apareció a su amiga una luz blanca brillante que los swamis llaman «*tudam*». *Tudam* significa que el espíritu ha hallado su lugar en el corazón. El *tudam* coincidió con el momento de escisión entre cuerpo y mente. Fue aproximadamente media hora después de la supuesta muerte por un tiro en la cabeza cuando el cuerpo de la compañera murió de verdad. El cuerpo fue lo que quedó en el mundo. El espíritu pasó al estado de inconsciencia. ¿Qué tiene de gracioso?

—Nada. No tiene nada de gracioso.

—Entonces, ¿por qué se ríe?

—Si no me estoy riendo. Lo que pasa es que suena muy poco verosímil. ¿Qué es eso del estado de inconsciencia?

—Lo llamamos la «inconsciencia de las setenta y dos horas».

—Ajá...

—Transcurridas esas setenta y dos horas, el espíritu se despierta de nuevo, y como todavía conserva la tendencia a sus costumbres de antes, busca a las personas y lugares que conoce. Y está claro que la conciencia de la compañera buscaría sus cinco dientes, por ejemplo. Y creo que le gustó alojarse en ellos. Cabe la posibilidad de que la conciencia de la compañera Dzershínskaya todavía se encuentre en ellos.

Señala la pitillera de plata que aún tengo en la mano.

—¿Me está diciendo que Maya vive en esta pitillera?

—Eso sería demasiado fácil. Dado que su amiga carece de cuerpo, es lógico que, de entrada, se adueñase de ella una gran confusión. Sí, incluso el pánico. Porque, claro, en semejante estado, la percepción de los fenómenos cambia: todo se ve como cuando estás anestesiado, como a través de una niebla, y luego vuelve a desaparecer. ¿Lo entiende?

—Mmm.

—Esta forma de percibir el mundo contribuye a la confusión. Luego, unos diez días después de que le dispararan, la mente de la compañera por fin asumiría que estaba muerta. Claro, eso provocaría otra breve caída en la inconsciencia...

—¿Y entretanto se supone que Maya ha despertado de esa... de esa inconsciencia?

—Por supuesto. Y de ahí, puede que buscara otros padres, es decir que se metiera en algún óvulo fecundado por algún espermatozoide que le pareciese afín, con lo que, a estas alturas, ya se habrá convertido en otra linda señorita. O puede que siga aferrada a usted, que no lo abandone, ni a usted ni esos dientes. Y yo apostaría algo a que es así, compañero.

Le entregué su dadito de marihuana y no quedé con él durante dos días.

Pasó un tiempo antes de que nos volviéramos a encontrar en el banco. Decidí no volver a hablar de Maya.

Lo que siento o no siento por ella, lo que recuerdo o no recuerdo de ella, estalla y tiene una onda expansiva tremenda cuando lo siento o lo recuerdo.

No cabe, ni mucho menos, en sus cinco dientes.

Es demasiado. Eso es lo que pasa.

8

Llegué antes de las siete y media, aunque no mucho antes.

Esperé en el puerto en el lugar acordado, en la zona donde gira el autobús, la del suelo señalizado en amarillo. A mi espalda sonó la sirena de un barco a lo lejos. Fue como un golpe contundente y oscuro que cortara el aire bochornoso. Para relajarme, allí vestido con mi mejor traje de gala, me puse a pasear de un lado a otro con mis zapatos nuevos —marca Walker—, intentando tomar conciencia de mi fuerza a pesar de cómo temblaba.

Entonces apareció Donald en un Ford destartalado y sin matrícula diplomática. Subí, emprendimos la marcha a toda velocidad y, aunque fue un viaje corto, Donald llegó a repetir tres veces que menudo día *fucking hot* nos había tocado.

El sol picaba en la piel incluso a aquella altura del día, media hora antes de ponerse del todo.

La embajada americana tenía una fachada de ladrillo oscuro, probablemente era el único edificio de ladrillo oscuro en todo Tel Aviv. Tres plantas. Las ventanas de la más baja quedaban al nivel del jardincillo delantero y estaban tapiadas.

Donald me acompañó dentro por las escaleras de acceso. Mostré mi nueva identificación falsa con el nuevo nombre falso. El soldado, un tipo bajito con aspecto de comanche, le echó un vistazo y, dándose por satisfecho, me hizo el saludo militar. Donald subió conmigo al primer piso y se dirigió hacia una puerta de cristal acanalado. La abrió, subió otros tres escalones con reborde de latón y, jadeando por lo gordo que estaba, llegó a una segunda puerta, esta de roble macizo.

Llamó sin demasiado protocolo y entramos en un salón donde no había más que presidentes de Estados Unidos retratados al óleo que observaban fijamente una mesa de reuniones de forma elíptica. Y a cuatro caballeros que se volvieron hacia nosotros.

A ninguno de ellos pareció hacerle demasiada gracia mi presencia.

Donald me señaló el asiento libre más cercano a la puerta. Me acerqué, dije «*Shalom*» y me senté fingiendo no darme cuenta de que nadie me devolvía el saludo. Deposité mi maletín sobre la mesa con verdadera curiosidad sobre lo que sucedería a continuación.

El caballero de la cabecera de la mesa parecía saberlo. Era el más joven de los presentes, aunque le hizo a Donald un gesto con la cabeza como si fuera un druida sabio al tiempo que mi

amigo, visiblemente nervioso, se sentaba sin decir nada en un rincón junto a la puerta, justo detrás de mí, con lo cual yo sólo lo veía de reojo. El joven *gentleman* que tenía enfrente cruzó los brazos sobre la mesa, me miró de arriba abajo y esbozó una mueca de asco —sus labios formaban un triángulo isósceles con el gracioso hoyuelo de su barbilla; rara vez me ha recordado nadie tanto a Humphrey Bogart.

—¿De modo que es usted el comisionado alemán? —dijo por fin mister Bogart en alemán.

Tal vez me desconcertó que me hablase en alemán, tal vez lo gloriosamente joven que era o el peligro en que me hallaba, pero el caso es que, como por instinto, levanté los brazos para responder —un movimiento que sin lugar a duda refleja un gran apuro— y, al hacerlo, golpeé con el codo el maletín, que cayó de lado y fue a dar con un fuerte golpe contra el suelo de parquet, escupiendo todos mis papeles, un bocadillo y un lápiz de labios que Donald debía de haberse olvidado dentro y que rodó hasta detenerse justo delante de sus pies.

Nadie se rió, no vi ni siquiera una risa socarrona mientras recogía los papeles ruborizado. Me pregunté si se habría dado alguna vez el caso de que decapitasen a un espía por ruborizarse, y cuando volví a sentarme dije en mi hebreo chapurreado:

—Me llamo Jeremias Himmelreich, es un placer reunirme con ustedes esta tarde.

Pasó una eternidad antes de que un tipo regordete, feo y calvo que no se presentó, como tampoco había hecho Bogart, rompiera el gélido silencio:

—*Der schojte ken afile redn wi a mentsch*.

«*Schojte*» significa «idiota», así que el resto ya lo puede adivinar, swami. Yo me pregunté cómo habría reaccionado el señor Himmelreich (el verdadero, no yo) ante tal insulto; si, por ejemplo, se habría sacado de la manga el chiste de la tav, opción que consideré por un segundo, pero que tuve que descartar por lo imprevisible de sus consecuencias. En cambio, dije:

—*Brider, es schlogt mir tsu der gal. Ich wejs nit tsi dos is klor: Ich bin a jid*!

No tema, swami, que le traduciré fielmente cuanto se habló aquella tarde: ya sé lo que le cuesta entender el yidis, lo cual no me extraña nada de un bávaro de Chiemgau. (Por otro lado: ¿acaso los swamis no hablan todas las lenguas del mundo, incluyendo las de las aves y las marmotas?)

En fin, lo que el gordo comentó fue: «Vaya, este idiota habla como si fuera una persona.» A lo que yo respondí: «Hermano, me estás haciendo enfadar; ¡no sé si está claro que soy judío!»

En cualquier caso, Bogart me felicitó por ser judío y, volviendo a cambiar al yidis, continuó en tono amable:

—Según la CIA, es usted de buena familia...

—Conozco a este hombre desde hace mucho tiempo —confirmó Donald detrás de mí mientras guardaba el pintalabios—. *Himmelreich is one of the best agents of the German Intelligence Services*.

«Himmelreich es uno de los mejores agentes de los servicios de inteligencia alemanes.»

—Bien —dijo Bogart—. Dado que el asunto es tan delicado como todos sabemos, estamos de acuerdo con que Alemania quiera negociar a través de un emisario. Por nuestra parte, en los próximos días, enviaremos al coronel Tal —señaló al caballero de mi izquierda— directamente a la misión diplomática de Israel en Colonia.

El coronel Tal tenía unos brazos como los de un campeón de lucha libre y toda suerte de talentos para romper narices, bastaba mirarlo para saberlo. Llevaba unas gafas de sol a modo de diadema sobre el cabello muy corto. En lugar de uniforme, llevaba una camisa hawaiana verde.

—El coronel Tal hará en su tierra lo que usted ha venido a hacer a la nuestra. Igualmente de incógnito. ¿Tendría a bien transmitir estas noticias?

Asentí con la cabeza, tratando de poner la mejor cara de estar al corriente de todo de la que fui capaz, a pesar de no tener ni idea de nada. Odié a Fritz, pues no me había iniciado en absoluto sobre aquella gente.

—Por otra parte, tiene que entender que lo estemos vigilando por ser extranjero. Eso no quita que siga siendo ciudadano de Israel. No se le privará de sus derechos civiles, pero este caballero... —y el nombre que dijo era falso, por cómo lo dijo ya se notó—, este caballero será su contacto en Tel Aviv.

Señaló justo a quien tenía al lado, un enano de cabezón enorme y orejas aún más grandes que le juro, querido swami, tenían exactamente la misma forma y dimensiones que las de Reinhard Gehlen.

De haber sabido que aquel hombre en realidad era Isser Harel, y de haber sabido qué papel aún habría de desempeñar en mi vida Isser Harel, le puedo asegurar que lo habría mirado más de cerca.

Sin embargo, en aquel momento no fue a él a quien traté de calar con la mirada, sino a Bolita, a quien me presentaron en último lugar y que a su vez se me quedó mirando sin disimular el gesto hostil; su supuesto apellido era Goldenhirsh, y tenía algo que ver con una política exterior que no le había salido bien a Israel, como ya descubriría más adelante.

Después de que todos hicieran público cómo se llamaban o cómo se hacían llamar, Bogart se volvió hacia mí de nuevo:

—Soy el secretario de Estado Shimon Peres —dijo como lo más natural del mundo, pasándose la mano por el cabello negro azabache—. Represento al primer ministro y ministro de Defensa, el señor Ben-Gurión.

Sonrió como un triunfador. Su confianza en sí mismo no resultaba forzada, sino muy natural. Su aspecto era aún más deslumbrante que el de Bogart; era como si Bogie, además de atractivo hubiera sido un excelente jugador de tenis y a sus movimientos se les sumara, como la guinda del pastel, la grácil dureza de su señora: Lauren Bacall, aunque esto tenía su explicación lógica.

Porque, cuando conocí a Lauren Bacall muchos años después en una cena en Nueva York, me contó que Shimon era primo suyo, sobrino de su padre, un cerdo de padre que la había abandonado cuando tenía seis años para tirarse a una jovencita de Brooklyn en lugar de estar con su madre... sí, así mismo lo expresó The Look, como la apodaban, después de excederse con el *bourbon*. Despreciaba a su padre, y por eso no se apellidaba Peres como Shimon, sino Weinstein, como su madre, y por qué el nombre artístico era Bacall es otra historia del Hollywood más antisemita que te puedas imaginar, pero me estoy desviando del tema, discúlpame, querido swami. Volvamos, pues, a aquella mesa de reuniones tan bien custodiada por presidentes estadounidenses tan mal retratados, donde el primo del mayor icono de estilo de este siglo se sentó frente a mí, con los dedos entrelazados y más tenso que un arco a punto de lanzar la flecha.

—Bueno, dispare entonces, señor Himmelreich —me dijo—. ¿Qué nos dice de nuestras armas antitanque?

Yo me quedaría mirándolo con cara de pasmado.

—¿De sus armas antitanque?

—Sí. Y de los buques patrulleros.

—Los buques patrulleros —repetí como uno de aquellos tarados de Pattendorf; claro, así mismo me sentía.

—Bueno, los patrulleros que nos están construyendo, ¿no?

—No tiene ni idea —dijo Bolita enfurecido.

—Cállate, Benji.

—Es que se ve que no tiene ni idea...

—Tú tampoco tienes ni idea.

—¿Que yo no tengo ni idea?

—Tú no tienes ni idea de otras cosas que él sí sabe.

Y a mí me dijo:

—¿Cuál es el estado de su información en este momento?

—En fin —dije—, mis superiores me dieron orden de no hablar de ello salvo en territorio israelí.

—Está usted en territorio israelí.

—¿No estamos todos en el territorio de los Estados Unidos de América?

Donald levantó la vista, sorprendido, como si se hubiera perdido algo, y, en efecto, era así, ya que no entendía el yidis.

—*Well* —dijo Peres con voz sosegada—, *perhaps our host will kindly leave us alone for a moment.*

«Tal vez nuestro anfitrión tenga la amabilidad de dejarnos solos un momento.»

Donald no daba crédito a sus oídos, incluso me pareció que dejaba de sudar del susto.

—*You want me to leave the room*?

«¿Me está pidiendo que salga de la habitación?»

Miró a Peres con fuego en los ojos, meneó la cabeza como un toro que no quiere ni ver al torero y luego salió bruscamente sin decir una palabra más.

Introduje la mano en el maletín y saqué el sobre gris que había llevado conmigo en secreto los tres mil kilómetros de viaje desde Alemania en trenes, autobuses y un vapor de pasajeros junto con mi Großpaping (con esto quiero decir: escondido dentro del marco del retrato que en su día me había regalado mi padre).

Peres abrió el precinto, sacó del sobre una carpeta delgada y leyó al vuelo las primeras páginas. Al cabo de dos minutos volvió a cerrarla y acarició el lacre rojo con asombro.

—¿No sabe lo que contiene?

—Mis órdenes eran entregarles esto. No conozco los detalles, no.

—Pero a qué ha venido a Israel sí lo sabe, ¿no?

—A gestionar conjuntamente las entregas de armas que Alemania está poniendo a su disposición.

—Exacto. Eso es lo que esperamos todos. No es nada fácil.

—Soy consciente —respondí—. Casi me arrestan por importar acuarelas alemanas a Israel.

—Ya, y eso que importando acuarelas ni siquiera se infringen las leyes comerciales. Los fusiles Mauser ya son otra cosa.

—Los alemanes —añadió Bolita exaltado—, los alemanes mataron a miles de nuestros hermanos y hermanas con rifles Mauser.

—Benji, eso ahora no conduce a ninguna parte.

—¿Por qué no arrestamos a este judío principiante que tiene menos información que un niño de teta? Los alemanes no le han contado nada. Porque los alemanes nunca le contarían nada a un judío. ¡Porque los alemanes son como son!

—Y por eso saben muy bien a quién enviar aquí.

—Es una vergüenza («*a schand*!») que admitamos en el país a alguien que podrá deambular a sus anchas por Eretz Israel, inspeccionar instalaciones militares y búnkeres e informar de sus posiciones a los árabes.

—El señor Himmelreich es judío. ¡Cómo va a hacer eso!

—¡A los alemanes seguro que los informa de todo!

—Estás hablando de nuestro invitado en términos ofensivos. Eso no está bien. ¿Qué va a hacer el señor Himmelreich, si sus superiores lo privan de la información que se supone que debe transmitirnos?

—¡Pues menudo intermediario, si no tiene más que aire en el cerebro!

—Mis superiores consideran que es conveniente —intervine— no cargarme con el exceso de

responsabilidad que implica la información confidencial.

—Desde luego, está claro que el exceso de información confidencial no le pesa nada —se burló Bolita—. ¡Se lo ve tan ligero que ni se ha enterado de que está aquí!

—Según los documentos, podemos transferir todo a través de él —dijo Peres, consultando de nuevo el contenido de la carpeta.

—Yo no me fío de ningún judío que trabaje para los alemanes. Y confiar en alguien así y hablar tan abiertamente delante de un desconocido, Shimon, demuestra una vez más que serías capaz de hacer un trato con el diablo.

—Necesitamos armas, lo sabes tan bien como yo. Y los alemanes tienen las mejores armas, y mira, ¡lee esto! —Le lanzó el documento a Bolita—. Como podéis ver, ya podrán proporcionarnos los buques dentro de dos meses. Todo lo que tenemos que hacer es darle los detalles de la entrega al señor Himmelreich.

—Me muero de ganas de contarle toda esta mierda a Scharet. ¡Es imperdonable que todo se esté haciendo a sus espaldas, es una verdadera vergüenza («*a schand, a schand, a schand*...»)!

—¿Sabes lo que puede hacer Sharet?

—¿Qué puede hacer nuestro canciller, a ver? ¿Qué puede hacer? —ladró Bolita.

Shimon Peres no se calló.

A continuación Bolita se puso como un basilisco y le gritó a Peres que era un trepa sin agallas y que se estaba echando en brazos de los alemanes y traicionando a todo su pueblo y a sus propios familiares.

—Estás muy alterado, Benji. Tendrás ocasión de disculparte más tarde.

—¡No pienso disculparme! ¡Y menos ante los lameculos de Ben-Gurión! ¡Y ni de broma ante un joven más verde que nada y que no tiene respeto alguno por la historia!

—Sé que mataron a tu madre, pero ¿qué sabes tú de mí?

—¡No quiero saber nada de ti!

—Me estás faltando al honor, Benji. Me estás faltando al honor delante de nuestros amigos. Ante los oídos de nuestro invitado. Y nos estás convirtiendo en el hazmerreír de los americanos.

Bolita lo fulminó con la mirada, con unos ojos en los que estallaban las venitas. Se apoyó contra la mesa, los brazos extendidos, las toscas manos de trabajador con los puños apretados, del mismo color que dos nueces. Todos oíamos el ruido de sus pulmones. Finalmente bajó la mirada y se sentó de nuevo, despacio. Nadie se movió, nadie parpadeó. Hasta los presidentes estadounidenses parecían estar conteniendo la respiración. En algún lugar del piso de arriba, una secretaria caminaba sobre la tarima con tacones altos, y me llamó la atención que nadie encendiera la luz, a pesar de que ya había anochecido y sólo nos veíamos unos a otros como contornos y sombras.

Peres esperó un minuto entero antes de alcanzar la frasca de agua. Sirvió dos vasos y le pasó

uno a Bolita, quien lo ignoró, mientras él se bebía el otro a grandes tragos.

—El rabino Zwi Meltzer era mi abuelo —empezó— y me enseñó la Torá. Y como me enseñó la Torá, también me enseñó el respeto por la historia, Benji —dijo Peres sin perder la calma y dejando el vaso vacío sobre la mesa—. Aún me parece estar viéndolo, con su barba blanca y envuelto en el manto de oración. Tenía una presencia magnífica, imponía verlo en la sinagoga de Vishneva, te lo puedo asegurar.

«Por el amor del cielo —pensé—. Esto no puede ser verdad. Por favor, Vishneva no.»

—Me encantaba envolverme en el manto de oración de mi abuelo. Y escuchar su hermosa voz. Todavía hoy resuena en mis oídos el eco de aquella voz, la oración de Kol Nidre.

Yo había estado en Vishneva una vez. ¿Lo recuerda, swami? Justo después de la muerte de Stahlecker. Bielorrusia. Vishneva. *Vishneva resplandece*.

—Lo recuerdo de pie en el andén desde donde el tren habría de llevarme a un lugar seguro. Me llevaría a mí, su nieto de once años, lejos para siempre. Recuerdo la fuerza de su abrazo. Y recuerdo sus palabras, aquella última vez que lo vi allí en la estación de tren: «¡Hijo mío, no dejes de ser judío jamás!»

Aquí agarré la frasca de agua yo y me serví un poco.

—Cuando los nazis entraron en Vishneva diez años después, ordenaron que todos se reunieran en la sinagoga.

Cogí el vaso y vi temblar la superficie del agua.

—El primero en entrar fue mi abuelo, envuelto en el mismo manto de oración en que yo me envolvía de niño.

Yo di un sorbo de agua.

—Su familia lo siguió.

Sorbo de agua.

—Cerraron las puertas desde fuera. Los alemanes escribieron «Vishneva resplandece» en todo el ancho del edificio de madera. A continuación le prendieron fuego.

Sorbo de agua.

—Todo lo que quedó del templo fueron cenizas incandescentes. Cenizas y humo. No sobrevivió nadie.

—Disculpen, ¿podrían traer un poco más de agua? —pregunté.

—Por supuesto —dijo Isser Harel, el tipo bajito con orejas de Gehlen, y se puso de pie.

—Así que te pido un poco de respeto, Benji. Si estoy dispuesto a hacer todo lo posible con tal de conseguir armas para nuestro país, es precisamente porque pienso en mi abuelo. Qué importa de dónde vengan las armas, nunca más volverá a meternos nadie en una sinagoga de madera para quemarnos vivos. A nadie de tu gente. A nadie de mi gente.

—¡Himmelreich! —exclamó Peres con asombro—, está usted muy pálido. ¿Le pasa algo?

—No, no, todo bien.

Sentí cómo empezaba a resbalar de la silla.

—Seguro que también quemaron a los suyos... —Oí una voz que decía mi nombre, y lo último que vi fue a George Washington inclinándose hacia mí con preocupación.

9

Ya en el año 1947, el movimiento clandestino judío Haganah había utilizado cientos de armas de fuego de los arsenales del general Rommel transportadas hasta Palestina a través del Sinaí a lomos de camello.

Un año más tarde, poco antes del estallido de la Guerra de la Independencia, los israelíes compraron en Praga veinticinco de los aviones Messerschmitt que aún se fabricaban para la Luftwaffe en los talleres de Avia, cubrieron las esvásticas con pintura, sustituyéndolas por estrellas de David y, siguiendo la buena tradición Messerschmitt, se dedicaron a dispararles a los Spitfires enemigos (éstos pintados en Egipto). Durante los cruentos combates con Jordania, Siria, el Líbano y los reinos de Irak y Egipto, importaron clandestinamente desde el sur de Francia ametralladoras MG 42, también conocidas como «sierras de Hitler».

Conseguir pistolas Heckler & Koch en cantidades significativas era fácil a través de la mafia siciliana, que tenían de sobra entre los bienes familiares.

Los traficantes de armas griegos proporcionaron un número considerable de subfusiles MP 40.

En resumen: fueron armas alemanas las que impidieron la derrota de las fuerzas israelíes.

Tras las negociaciones en Wassenaar y la imposición de reparaciones de guerra a la República Federal de Alemania, en 1952 se abrieron nuevas perspectivas. Una vez incluso viajó a Alemania un equipo de expertos del Ministerio de Defensa israelí, disfrazados como delegación de grandes chefs italianos, pero no consiguieron nada relevante con respecto al comercio de armas, para empezar porque, de todos aquellos miembros de la delegación, ninguno sabía italiano y menos todavía nada de cocina (para colmo, se negaron a sostener una bandera italiana, pues el jefe de la delegación la confundió con la bandera iraquí, con lo cual la quemó en plena calle frente a la única *trattoria* de Múnich... me imagino que, entonces, objeto de estupor colectivo).

La Misión Diplomática de Israel en Colonia, que —desde el año 1953— coordinaría la exportación de productos alemanes a Israel (odiada con fervor por el partido Cherut de Menájem Beguín), intentó adquirir de forma clandestina armamento de relevancia para la guerra haciéndolo pasar por hornos de combustible «especiales para pan alsaciano». Los dos buques patrulleros por los que me preguntó Peres aquella tarde también fueron declarados como maquinaria e instalaciones de panadería.

Sin embargo, todas estas iniciativas se estancaron cuando, tras los Acuerdos de París y los acuerdos de rearme firmados con los aliados de la OTAN, la República Federal consideró fundar la Bundeswehr.

Ningún líder político de Israel estaba preparado ni dispuesto a iniciar negociaciones con los generales de la Bundeswehr recién nombrados, pues todos ellos habían sido previamente oficiales de la Wehrmacht y tenían las manos manchadas de sangre, sangre judía con toda probabilidad. Aunque el principal motor de esta negativa no fueron los escrúpulos de índole moral. Fue el miedo puro. De haberse hecho pública una cooperación tan diabólica, se habrían producido levantamientos populares en Israel y todos los involucrados se habrían visto comprometidos para siempre.

Por esa razón, y únicamente por esa razón, se le ocurrió a Reinhard Gehlen aquel trueque de mi prepucio a cambio de la oportunidad de infiltrarme en Israel como judío. La mediación de un agente judío como Jeremias Himmelreich, desinformado, emocionalmente inestable y con tendencia a los desmayos, parecía la única vía para llevar a la práctica aquel secretísimo comercio de armamento que, a fin de cuentas, también redundaba en interés nacional para Alemania.

Y por eso me habían enviado a Tel Aviv, querido swami.

Por eso me encontraba en la embajada de Estados Unidos.

Por eso me desperté tumbado en un sofá de cuero bajo el traqueteo de un ventilador de techo, en un despacho pequeño y en penumbra donde vi a Donald Day sentado ante la ventana abierta, pero con las persianas bajadas, con unas barbas como las de un mamut, sin chaqueta, con una camisa empapada de sudor y una pistola en la pistolera, por fin un arma que parecía no ser de producción alemana (una Browning).

Estaba fumando.

Me incorporé, aturdido. En lugar de un retrato del presidente de Estados Unidos, lo que adornaba su pared eran las cataratas del Niágara, a las que con gusto lo habría arrojado, y así se lo dije.

—*Shut up*! —«¡cállate!», farfulló Donald de mal humor y me explicó algunas conexiones muy complejas que bien me hubiera gustado saber con algunas semanas, días o al menos horas de antelación—. Y una mierda: ha sido bueno que no supieras mucho —gruñó.

—¿Qué tiene de bueno? Me sentí como un oso al que llevan por el circo tirando de una argolla que lleva en la nariz.

—¿Y si te hubieran pillado y torturado?

—¿Por qué querría nadie torturar a Jeremias Himmelreich?

—¡No habrían querido torturar a Jeremias Himmelreich! ¡Te habrían querido torturar a ti! ¡Tú no eres el *fucking* Jeremias Himmelreich!

—¿Y qué hubiera podido decirles?

—Pues de eso se trataba: nada. Si no sabes nada, no puedes decir nada.

Había sido una medida de precaución, me restregó por la cara, al igual que había sido una medida de precaución organizar la reunión en su embajada en lugar de en cualquier otra parte de la ciudad donde yo no fuera un huésped de la nación más poderosa de la tierra, sino una criatura indefensa.

—Me desmayé como una damisela —me lamenté.

—Ésa fue una gran actuación, *buddy*. Aunque tampoco sirvió de mucho.

Sacó un pañuelo y se secó la cara sin quitarse el cigarrillo de los labios.

—¿Qué me quieres decir? —pregunté.

—Que no te van a aceptar.

Me senté, noté el aire del ventilador en la cabeza, aunque quizá fue otra cosa lo que convirtió cada vello de mi cuerpo en una aguja.

—Yo creo que Peres habría accedido —murmuró Donald—. Pero ese tal Goldenhirsh...

No terminó la frase, la dejó flotando en el aire cargado de humo y se quedó contemplando con gesto melancólico cómo las aspas del ventilador lo descuartizaban al subir hasta el techo.

Luego, después de un rato, prosiguió:

—Lo que no nos viene nada bien es que Ben-Gurión está debilitado. Tropezó con unos cuantos espías judíos en El Cairo a los que detuvieron y colgaron, pobres idiotas.

Donald frunció los labios con desprecio, haciendo caer la ceniza del pitillo.

—Aunque Sharet ya no está en el poder, sigue siendo ministro de Asuntos Exteriores —continuó, al tiempo que cogía un cenicero—. Odia a los agentes. Odia la guerra. Quiere firmar la paz con esos mariconazos de Nasser a toda costa. Patético.

—Si los judíos quieren armas, ¿por qué tienen que importarlas precisamente de Alemania?

—¿Y de dónde las van a sacar?

—Quiero decir que por qué no se las compran a otro país.

—¿Qué pregunta es ésa? ¡Si hay embargo de armas en todo el mundo! ¡Sanciones en todo el mundo! ¿Y por qué? ¡Porque los palestinos estos han nacido con pocas flores en el culo!

—¿Y qué hay de América?

—¿De esa mariconada de gobierno que tenemos?

—Estados Unidos apoya a Israel.

—Eso te lo creerás tú. Los maricones del Ministerio de Asuntos Exteriores se mean en los pantalones de miedo. Los maricones del Departamento de Defensa se mean encima. Todos esos maricones de políticos se mean encima de miedo, y hasta Eisenhower cumple con el embargo de las Naciones Unidas. La CIA son los únicos que no se mean encima, porque no tienen ni para

pantalones. Soy un agente desnudo. Aquí me siento como Dios trajo al mundo a la CIA. La reunión de hoy corre de mi propia cuenta. ¿Por qué crees que te llamas George Springsteen?

Y señaló mi documento de identidad falso con el dedo índice, un dedazo de yanqui reaccionario y cabreado.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Me tendió el paquete de cigarrillos. Cogí uno y me lo encendí con el mechero que me dejó.

—Ahora te cruzas a nuestra estación de radio y les dices a los de Pullach que vas a volver.

Di dos caladas al cigarrillo y exhalé dos bellos anillos de humo en la penumbra antes de decir:

—Donald, vivo aquí. No me voy a marchar.

—*Are you kidding*?

«¿Estás de broma?»

—Lo digo en serio.

—No te van a aceptar como intermediario. Goldenhirsh está en contra porque cree que Sharet estará en contra. Y Peres no se atreve a hacerlo solo. *Also farewell, my love*.

«Así que adiós, mi amor.»

—Éste es mi hogar ahora —dije y exhalé un poco más de humo en dirección a la ciudad de Tel Aviv.

—¿Crees que por el simple hecho de haberte pelado el capullo y tatuado un puto número en el brazo puedes convertir este país en tu hogar?

—Ahora soy judío, y seguiré siendo judío.

Donald me miró. Luego apagó la colilla, se levantó, se acercó a la ventana y miró por una rendija de las persianas.

—Ahí abajo hay un Simca verde que creo haber visto antes —dijo con otra voz—. O igual no. Hay tantos iguales...

Volvió a sentarse, yo no dije nada.

—Créeme, *buddy*, estos tíos son muy buenos, de verdad. Durante la ocupación inglesa se pusieron ellos mismos el nombre Shai. El Shai tenía espías judíos, espías árabes, incluso espías británicos. Hasta las ovejas y las cabras hacían de espías para ellos. No había nada que no supieran. Ahora se hacen llamar Shin Bet.

—No lo he oído nunca.

—Y Mosad.

—No lo he oído nunca.

Me entregó una tarjeta de presentación que mostraba una cabeza de león cercenada. Sin ningún nombre. Ningún número. No supe qué hacer con ella, pero Donald me dijo que la guardara en el bolsillo. Que me la daba de parte del enano con orejas de elefante. Isser Harel. Era la primera vez que oía su nombre.

—Tardarán tres meses, a lo sumo, en descubrir quién eres. Son capaces de desenroscar las tuberías del váter de tu casa para investigar tus deposiciones. Examinarán tus cubos de basura. Entrarán en tu casa y registrarán cada centímetro cuadrado de tus cajones. Y en cuanto sepan quién eres, QUIÉN ERES EN REALIDAD, cogerán uno de tus preciados lápices Faber-Castell y lo usarán para tachar tu nombre.

10

Desde aquella extraña tarde en la embajada americana siempre veía a algún tipo parado en la calle.

Frente a mi tienda de Ben Yehuda Street, un tipo con un sombrero de ala ancha sentado durante horas en una jardinera, como si estuviera allí posando para que lo retratase a la melancólica manera de Edward Hopper.

Al otro lado de Graets Street, un señor ya mayor con un bastón que parecía patrullar la calle y tenía que apoyarse en un árbol de vez en cuando para recuperarse del esfuerzo de patrullar.

Incluso cuando me encontraba con Donald en algún café, había gente con gafas de sol de color negro azabache, por lo general pidiendo la misma bebida que nosotros y anotando en sus pequeñas libretas lo que tomábamos tanto nosotros como ellos.

Siempre que Ev y yo íbamos a la playa al atardecer nos seguía un chico de unos dieciocho años y tan guapo como el letal Tadzio de *La muerte en Venecia* de Thomas Mann y que se sentaba a una distancia respetuosa para no quitarnos ojo de encima ni por un momento. Una vez me harté y me acerqué a él y, con restos de agua de mar goteándome de la piel y el cabello, le expliqué que estaba encantado con que nos siguiera, pero que podía tener la decencia de mirarnos un poquito menos, que no hacía falta ser tan indiscreto, como cualquier espía de nivel principiante tendría que saber; después de todo, yo mismo soy experto en el tema.

A partir del día siguiente, vinieron a vigilarnos dos muchachos.

• • •

Ni siquiera a Ev la dejaban en paz. Siempre había alguien esperando frente a su hospital y la seguían cuando volvía a casa por la tarde en su bicicleta, siempre guardando la misma distancia.

Un día que vino a casa Shoshana Kohn para repasar las lecciones de hebreo, la notamos inusualmente callada y evasiva. Cuando le preguntamos si estaba preocupada por algo, abrió mucho los ojos, negó enérgicamente con la cabeza, luego cerró los párpados muy despacio y al final asintió, más despacio todavía. Más tarde nos confesó que la habían llamado al despacho del director de la escuela. Que allí la estaban esperando dos hombres, la habían iniciado en esto y en aquello y, por último, le habían puesto una cámara de fotos en la mano.

—Mirad —dijo y nos mostró una Leica antigua, una auténtica locura, pues demostraba que, en

el país de las prohibiciones de importación y exportación, sí que estaban permitidas las cámaras alemanas—. Se supone que debo tomar fotos de su casa —murmuró casi sin voz, si bien no tendría que habernos dicho ni una sola palabra, ni siquiera palabras sin voz.

Aunque dejamos que Shoshana hiciera su trabajo (para ser honesto, fui yo quien le hice las fotos de mi propia casa, así al menos saldrían nítidas y aparentarían algo), dos semanas después perdió su puesto como líder de las *girl scouts*. Poco después la expulsaron del cuerpo y la obligaron a devolver su uniforme. La que había sido la bandera blanca y azul de su familia se tuvo que plegar.

Después de aquello, sólo la veíamos cuando nos cruzábamos con ella por casualidad en el rellano de las escaleras. Ella siempre bajaba la vista y se abría paso entre nosotros, y también sus padres dejaron de subir a leer el periódico en nuestro balcón los domingos.

—¿Qué nos está pasando, Koja?

—¡Cuántas veces te he dicho que no me llames así!

—¿Por qué te pones tan agresivo? Estamos en nuestra casa, aquí nadie nos oye.

—¿Tan segura estás?

—Aquí no hay nadie, ¿no?

—Hay micrófonos que se pueden instalar en la pared.

—Sí, y seres de color verde que viven en Marte.

—Ev.

—¿Qué?

—¿Volverías a Alemania conmigo?

—¿Por qué?

—¿Lo harías?

—No, Koja, y eso lo sabes.

—¡No me llames así!

—No hace falta que grites.

—¡Maldita sea!

Cómo no iba a ponerme a gritar.

Ev salió de la habitación y regresó cinco minutos después, cuando mi voz volvía a sonar con la suavidad de un reloj de arena.

—¿Por qué estás tan angustiado, cariño?

—No lo estoy en absoluto —le dije.

—¿Por qué nos siguen? ¿Tiene algo que ver con tu trabajo?

—Ahora no tienes por qué hacerte la compasiva.

—He sido muy mala contigo.

No dije nada.

—Todos estos meses.

No dije nada.

—No te lo merecías. Me estoy esforzando por hacerlo mejor.

—Entonces vuelve conmigo.

—No puedo hacer eso.

—Me van a matar, Ev.

—Pero ¿qué es lo que pasa?

Le conté todo.

Al menos todo lo que se podía contar.

Después nos metimos en la cama abrazados para ser cada uno el ancla del otro en mitad de esas fauces que lo devoran todo, y se lo tragan y lo absorben y lo regurgitan y lo escupen y se lo vuelven a tragar. Porque eso es el mundo: una garganta insaciable, eso es el mundo y nada más.

—Pero, cariño —susurró Ev con ternura, a un centímetro de mi cara, a pesar del calor que teníamos debajo de tres edredones para que ningún micrófono pudiera oírnos—, cada vez que te tumbas en la playa para ponerte moreno deseo que no te dé un cáncer de piel. Y cuando te metes en el agua, espero que no te ahogues... porque el noventa por ciento de los ahogados son hombres, y hay muchos ahogamientos en Tel Aviv, que ya le he sacado yo agua salada de los pulmones a más de uno y te digo que es como para morirse sólo con verlo. Luego espero que no te encuentres con un tiburón y que no haya una tormenta con relámpagos, cuando te adentras en el mar nadando tan lejos como haces siempre. Cuando después te acuestas a mi lado, deseo que no hayas contraído ninguna enfermedad en los últimos días, que no tengas ninguna de las enfermedades que me encuentro a diario en el hospital, ni la viruela, ni el tifus, ni ninguna otra infección mortal. Y después de desear todo eso, de repente tengo la sensación de que se adueña de mí alguno de esos miedos, o tal vez todos mis miedos, a que te ahogues, o te quemes o te estés muriendo de cáncer de piel o se te lleve un virus, todo junto y al mismo tiempo. Y entonces mi único deseo es que me pase a mí lo mismo. Así que, si te matan, quiero que me maten a mí también.

Me besó debajo de los edredones como no me había besado desde que murió Anna. Aún acabaríamos rezando juntos aquella noche, claro.

—Antes, cuando éramos pequeños —susurró después de un rato—, nunca imaginaba que conocería a un príncipe a cuyo lado desearía morir. Más bien pensaba que querría tener una buena vida con él. Pero la vida es infinitamente difícil, Koja. Ya es bastante difícil conocer a un

príncipe, aunque sea uno que no para de mentir y de manipular a la gente y que nunca dice la verdad, con lo cual nunca podrá ser mi rey.

—Lo sé, Ev.

—¿No puedes decir la verdad y ser mi rey, Koja?

Estaba acostada a mi lado y, aunque intentaba sonar con la misma voz de pajarillo despreocupado que tenía de niña, se sentía como si no valiera nada, rota, avergonzada y culpable. Jamás volvería a Alemania conmigo, eso también lo repetía una y otra vez.

¿Qué íbamos a hacer en Alemania?, susurraba. Hacer pasteles, ir a escuchar a los petirrojos, dar paseos por la Selva Bávara, comprarnos una sepultura... no vivimos juntos, engañamos a nuestro hermano, no decimos la verdad, perdemos a nuestra hija, porque no decimos la verdad.

—La verdad —respondí con cautela— le costó la vida a Anna.

—Fue la mentira —musitó Ev—. Fue la mentira ¿No necesitábamos nacer nosotros? ¿No necesitábamos volver a nacer nosotros mismos, ya que no íbamos a tener otro hijo? ¿Hacer *tabula rasa*? ¿Una depuración interna? Nunca hemos sido capaces de ser nosotros mismos. Cuando llegué a vuestra familia, tampoco yo era yo misma. A lo mejor es por eso por lo que mi vida no tiene sentido. Suena banal, pero es cierto. El bien banal, el mal banal, la verdad banal. He apostado por cosas externas, Koja. A menudo por auténticas tonterías. La mayor parte del tiempo he buscado la aprobación de otras personas, esperando con fervor que me considerasen lo bastante misteriosa como para no necesitar hacer ningún mérito más por el que mereciese un reconocimiento.

—Eras una buena médica, eres una buena médica, Ev.

—Me muero de vergüenza y de arrepentimiento por lo que he hecho durante los últimos cuarenta años —dijo—. Pero no podemos seguir así. Si vuelves a Alemania, para mí es como si te murieras. Te habrás ido. Y entonces me moriré yo también.

—Me estás presionando. Esto es chantaje —me lamenté.

—No —dijo ella—. Siempre quise que la gente no fuera más que mi espejo y mi forma de autoafirmación. Nunca he querido a nadie más que a Anna. Creo que te amo, pero no sé si puedo fiarme de mí misma. Pero sí que tengo clara una cosa: lo que tenemos aquí es una verdad perfecta por primera vez en mi vida. Israel no tiene un doble fondo. No puedo irme de aquí. Y si te matan, que me maten a mí también.

—Ev —dije, pero había dejado de escucharme. Volvió la cabeza y formuló todas las preguntas que ella misma se hacía y que yo luego anoté, porque eran como para volverse loco.

«¿Por qué se siente uno más vivo cuando no es feliz?»

«¿Por qué no se puede volar alto hacia un cielo al que se agarran los locos?»

«¿Por qué hay palabras alemanas que no se pueden traducir al hebreo, palabras como “ocio”, por ejemplo?»

«¿Por qué mi sombra no es un problema para mí, pero lo es para muchos otros?»

«¿Por qué sabemos tan poco?»

«¿Por qué ya no me gusta follar, aunque antes me encantaba, y por qué ya no quiero sentirte dentro de mí, ahora que ya te ha cicatrizado la polla, ni tenerla ni en la boca, con lo rica que me sabe y con lo bien que te sentaba a ti también?»

«¿Por qué estoy haciendo todas estas preguntas, Koja?»

«¿Por qué no podemos quedarnos aquí y no puedes decir la verdad y ser mi rey?»

11

Ya no era posible encontrarme con Donald Day para conspirar. Todas las vías por las que nos comunicábamos estaban vigiladas.

Así que decidí renunciar abiertamente al disimulo, tomé un taxi y, como un turista al que le han robado el pasaporte, me fui directo a la embajada de Estados Unidos.

Allí pedí que me entregasen los mensajes que hubiera para mí de Pullach. El *station agent* Donald Day en persona me entregó la orden escrita de Fritz para tomar el primer avión a París y, desde allí, el tren a Alemania.

Mi misión había terminado.

—Lo siento, *buddy* —dijo Donald—. No soporto ver cómo te arrojas al abismo. El Mosad ha preguntado oficialmente si tenemos algún expediente sobre ti, la cosa se pone fea.

—Mi mujer no quiere venir conmigo.

—Ella no está en peligro, así que puede quedarse aquí hasta que Dios se invente un undécimo mandamiento.

—Es mi esposa, no puede quedarse aquí sola. Tenemos que sacarla de alguna manera.

—¿Contra su voluntad?

—Cuando se haya ido, estará a favor.

—¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Aturdirla como a un rinoceronte con una cerbatana y que se la lleven en un avión?

—¿Lo ves viable?

—Está claro que has visto demasiadas películas de espías.

• • •

«Mediado ya el camino de la vida, me vi de pronto en una selva oscura, ya del todo perdido el rumbo cierto. ¡Ah, tan difícil es decir lo densa y ruda y fiera que era la espesura, que sólo de pensarlo vuelve el miedo!...»[27]

Así me vino a la memoria el «Infierno» de Dante. A papá le gustaba citarlo cuando pintaba aquellos culitos redondos que se suponía que mamá no debía ver, y a mí me volvía continuamente a la cabeza en aquella época. Yo tenía mi propio infierno: el mío era uno de

aquellos «rostros azulados por el frío» en el Noveno Círculo,[28] y ¿qué opciones tiene, sabio swami, qué opciones tiene un hombre maldito metido en una selva oscura?

Volví al taxi.

Me dirigí hasta el hospital de Ev.

Me acerqué al gilipollas que la vigilaba. Ya la estaba esperando en la puerta y se quedó estupefacto de que le arrebataran la bicicleta; es decir, de que apareciera yo para quitársela. La levanté por encima de mi cabeza, la arrojé con todas mis fuerzas contra el empedrado de la acera y la pisoteé.

A continuación entré corriendo por la puerta del hospital, atropellando a un médico anciano al que le tiré las gafas. Poco me faltó para meterme en el quirófano, donde Ev estaba amputándole la parte inferior de la pierna a un paciente.

Cuando salió al pasillo y me encontró, me arrodillé a sus pies y le dije que me era imposible decir la verdad y ser su rey, que el poder de la mentira se había adueñado de mí y que la única forma en que nuestra vida podía continuar era si ella permitía que ese poder se adueñase también de ella. Tenía que estar dispuesta a ser mi reina del engaño. Y aunque eso fuera lo más repugnante que pudiera imaginarse, también era lo más verdadero que podía haber entre nosotros dos, aunque podía costarnos todo porque podían exigirnos cualquier cosa.

Entonces le cogí la mano, que tenía pequeñas salpicaduras de sangre, y me la llevé a la mejilla y ella se inclinó hacia mí como una santa y me rodeó con sus largos y delgados brazos. Ahí supe que jamás me dejaría en la estacada.

• • •

Salimos juntos a la puerta del hospital, donde el gilipollas del espía trataba de enderezar la bicicleta que le había pisoteado. No se hace usted idea de la cara de pasmo que me puso al entregarle aquella tarjeta de visita que me había pasado Donald, la que no tenía número ni nombre, sino una cabeza de león, y le dije que mi esposa y yo queríamos que nos concertase una cita lo antes posible.

12

Hasta el día de hoy, nadie sabe exactamente dónde se encuentra la sede del Mosad.

En cualquier caso, por aquel entonces nos citaron en una villa de estilo morisco algo deteriorada y de las dimensiones de un pequeño palacio, en Jaffa, en la antigua King George Avenue, que desde 1948 se llama Jerusalem Boulevard.

Un Sedán Packard nos había recogido por la mañana para cruzar una entrada que no custodiaban más que dos palmeras que llamaban la atención por la ausencia total de hojas, con lo que más bien parecían dos grandes forúnculos de color marrón amarillento sobre el verde exuberante de un círculo de césped.

El chófer nos llevó hasta la entrada principal, y tuvo que llamar a la puerta de madera y susurrar algo a través de un pequeño embudo, imagino que una contraseña. La puerta se abrió como por arte de magia y allí nos condujeron a un vestíbulo en cuyas paredes desnudas aún se veían los cercos sucios de la antigua decoración de las paredes. Lo único que quedaba en lo alto de la pared era una cabeza de león mal disecada, con un solo ojo, décadas de antigüedad y una golondrina anidada en la melena carcomida por la polilla. Debajo colgaba una bandera israelí ligeramente torcida.

Nos condujeron a una salita cuyo artesonado de madera, con los típicos arabescos orientales, parecía protestar contra el brutal vacío del espacio que techaba, donde algún enemigo de la comodidad de cualquier tipo había sustituido los suntuosos muebles originales por unos modernos, de tubo de acero y malla metálica. Luego había una mesa de madera sin otra cosa encima que un teléfono negro y un intercomunicador.

Al cabo de un rato se abrió de golpe una puerta y entró el enano enfurruñado que era Isser Harel. En la embajada de Estados Unidos, sus enormes orejas no me habían eclipsado el retrato del presidente Jefferson que tenía a la espalda (el presidente con las orejas más pequeñas que jamás conquistara la Casa Blanca, por cierto). No había en su despacho ningún cuadro ni ningún toque de color capaz de competir con aquellas orejotas coloradas de conejo.

El señor Harel vestía una camisa de safari arrugada, de color arena, pantalones cortos arrugados, de color arena, e incluso las sandalias se veían arrugadas y de color arena, cuando sólo eran viejas y estaban agrietadas y en su día habrían sido marrón oscuro. Yo apenas podía

apartar los ojos de sus calcetines azul celeste, de los que parecían salir y reptar hasta el muslo unas venas sarmentosas de un tono azul noche. Saludó a Ev con una timidez rayana en la mojigatería, mientras que a mí me miró con el gesto vacío, ni siquiera llegué a detectar una displicencia hostil en sus facciones, que no se alteraron ni diciéndole que mi esposa y yo acudíamos a verlo porque deseábamos trabajar para el Mosad.

—¿Y acaso creen —preguntó con aquella voz de *castrato* cabreado que lo caracterizaba— que también el Mosad desea trabajar con usted, señor Himmelreich?

Como era habitual en mi reina, que se había vuelto astuta reina del engaño de la noche a la mañana, no pudo contenerse y le soltó al señor Harel en su mejor yidis que yo, como judío leal a su causa, no había esperado otra cosa en la vida que poner todas mis fuerzas al servicio de Israel.

—Bueno, y si su marido tiene tanta fuerza —dijo el señor Harel, llevándose la mano al orejón izquierdo, ¿por qué no acude primero al servicio de basura de Tel Aviv?

Hasta años más tarde no me di cuenta de que aquel tipo de comentarios no tenían nada que ver con la ironía, pues es difícil imaginar a una criatura más ajena a la ironía que Isser Harel. La clave era que había desarrollado una táctica que yo ya había visto emplear a nuestra antigua ama de llaves, Anna Ivánovna, décadas antes, y a la que cierta gente recurre para ocultar sus pensamientos en una maraña de palabras del todo incoherentes y que no son sino cortinas de humo carentes de significado. Mientras hablan, en sus cerebros se conectan sinapsis completamente incompatibles, y yo estaba casi seguro de que, al tiempo que aquellas grotescas palabras salían de la boca de Harel, al otro lado de su retina se formaba un pelotón de fusilamiento invisible y me apuntaba.

—Me gustaría explicarle algunas cosas —dije, pues, no sin cierta prisa, y como el señor Harel no nos pedía ninguna explicación, comencé sin esperar a que lo hiciese con la descripción de los talentos del señor Himmelreich, tal como me los figuraba de acuerdo con mi propio ego... todo un desafío, ya que no sólo tenía que relatar cómo el señor H. había logrado sobrevivir en el Tercer Reich, sino también reconvertir la colaboración con ciertos sectores del gobierno a la que se debía tal supervivencia en coronas de laurel, que, gracias a Dios, me puso en la cabeza Ev.

—Somos conscientes —explicó Ev con la mezcla justa de humildad y calidez femenina— de lo chocante que debe de resultarle nuestra visita. Pero mi esposo no le causó ningún mal a ningún compañero en la fe judía durante aquellos años de persecución. No sería capaz de semejante debilidad de carácter. Transmitir mensajes, eso fue todo lo que hizo. Entregar órdenes de deportación. Eso fue todo.

Escuché que al señor Himmelreich lo carcomía el desasosiego debido a aquella actividad tan poco gloriosa, desasosiego que, sin duda, explicaba el ardiente deseo de que se le permitiera servir al Estado de Israel, ahora, en adelante y para siempre. Y exactamente lo mismo quería hacer ella a mi lado.

Los ojillos de Harel se convirtieron en dos rendijas.

—¿Usted cómo se llama? —preguntó con un gruñido.

Ev dijo primero su nombre falso, que era el mío, luego su nombre real, que también era el mío.

—¿Solm? —preguntó Isser, asombrado.

Fui adoptada por una familia alemana del Báltico a los nueve años.

—¿Conoce al Standartenführer Hubertus Solm?

—Sí. Es mi hermano —dijo Ev.

—Estamos buscando a su hermano.

—Yo sé dónde está.

—Los dos —dije— sabemos dónde está.

Harel nos miró, pero no preguntó cómo es que Jeremias Himmelreich sabía dónde estaba el hermano de su esposa.

Ev dijo:

—Me enteré de lo que Hubertus hizo en Riga. Qué horror.

Ev enderezó la espalda.

—Sin embargo, su familia me salvó la vida, a una niña de padres judíos. Así que es difícil para mí condenar a mi hermano sin tener en cuenta otras cosas.

Sobre todo, porque estuvo casada con él, un detalle que, sin duda, no habría contribuido precisamente a relajar la atmósfera de la sala de haberse sabido.

Era increíble la rapidez con que Ev adaptó su modelo de honestidad incondicional a lo que en aquel momento era absolutamente necesario.

Por desgracia, la verdad incondicional nunca suele ser absolutamente necesaria.

El señor Harel se sentó detrás de la mesa vacía, pulsó un botón del voluminoso intercomunicador y preguntó en hebreo si las celdas 04 y 05 de la prisión local seguían ocupadas o si ya estaban vacías. Una voz ronca respondió que se encargarían de ello de inmediato e informarían al capitán. Harel soltó el botón y cruzó las piernas, bajo cuyas rodillas se veían el brillo azul noche de las venas y azul celeste de los calcetines.

—¿Qué más quería decirme, señor Himmelreich?

—Me ha enviado a Israel mi propio gobierno —empecé, y aún me asombra que, en aquellas circunstancias, lograse sonreír con cara de ser de fiar—, con el fin de convencer a su Ministerio de Defensa de la absoluta fiabilidad de parte de las instituciones alemanas implicadas. Alemania está formando su propio ejército, como saben. El gobierno está interesado en una cooperación extraoficial y a largo plazo con Israel, con independencia de que la diplomacia alemana apoye a los estados árabes. El ministro de Defensa alemán, Franz Josef Strauß, garantiza el secreto absoluto sobre cualquier tipo de acuerdo.

—Sabemos de un ministro alemán que se ocupa de la defensa entre otras cosas y se llama

Theodor Blank. No tenemos noticia de ningún Strauß.

—Es el próximo. No tardarán en nombrarlo. Y me han asegurado que su ministerio les conseguirá armas en menos de lo que se tarda en decir «ay».

—¿A qué precio?

—A cambio, el gobierno alemán espera una relajación significativa de las restricciones de importación y exportación en el comercio bilateral. Todas las transacciones relacionadas con el Acuerdo de Luxemburgo... —y en este punto tendría que recorrer un largo camino para explicarle ese Acuerdo de Luxemburgo, así que le ruego, por favor, querido swami, que me lo ahorre—, como le decía, se espera que todas las transacciones relacionadas con el Acuerdo de Luxemburgo se realicen en el futuro en especie y no mediante transferencias de efectivo. Y cualquier despacho con su Departamento de Defensa me tendría a mí como intermediario.

—¿Pretenden que nuestro ministro de Defensa Ben-Gurión negocie con un antiguo informante de las SS?

—Verá, coronel, el miedo a esta pregunta me ha hecho dudar durante mucho tiempo si venir a verlo o no —suspiré—. Durante el Tercer Reich tuve el privilegio de que mi esposa fuese aria. ¿Considera eso motivo para tacharme de espía de las SS? La que fuera mi primera esposa murió en un bombardeo, pues, por estar casada con un judío no se le permitía acceder al refugio antiaéreo. Y también Kurt Himmelreich, Hannah Himmelreich, David Himmelreich y todos los Himmelreich a los que amaba fueron exterminados. ¿Realmente le parece correcto mostrarme ese desprecio?

Pude percibir cómo Ev, a mi lado, proyectaba aquella palabra, «desprecio», hacia mi persona, luego hacia ella misma, hacia ambos pues, y aquella forma de autodesprecio le confirió cierto aire de dignidad, es más, un aire de dignidad compungida, y yo recé para que mi reina del engaño fuese capaz de reprimir su innata tendencia a no callarse ninguna mentira y no hiciera ningún gesto, ni suspirase ni dijera nada que nos pudiera delatar.

—No creo que le parezca correcto eso —dijo finalmente su majestad, toda digna ella, después de un silencio demasiado prolongado que el señor Harel aprovechó para caer en una especie de letargo. En actitud de hastío, se miró las manos, anchas manos de enano con las uñas mordidas.

—Por nuestra parte, ninguno de los dos lo consideramos correcto —intervine, nervioso, moviendo el dedo índice entre Ev y yo—. Hemos venido para ser absolutamente honestos con usted.

Capté un estremecimiento muy poco propio de una reina del engaño, Ev tenía que relajarse como fuera.

—Y como muestra de la sinceridad de nuestras intenciones —añadí—, le hago la oferta, válida de aquí en adelante, de transmitirle toda la información de que dispongo acerca de los movimientos que realice mi país en relación con los problemas de Oriente Medio.

Aquí Harel bostezó.

—Mi marido no hace esto por falta de lealtad —se apresuró a decir Ev.

—No, claro que no. —Reí como quien no quiere la cosa—. Creo que Alemania e Israel deben trabar una buena amistad por pura responsabilidad con respecto a todo ese horror que forma parte del pasado.

Vi un segundo bostezo de Harel, esta vez sin siquiera llevarse la mano a la boca.

—Yo... yo... —tartamudeé sin poder evitarlo—, soy el primero que desea convertirse en un buen amigo. Claro, he de empezar trabando estos lazos de amistad por mi entera cuenta. Ni que decir tiene que mis superiores apoyarán... bueno, en realidad todavía no cuento con su apoyo expreso...

—No pretendemos recibir ningún pago ni nada a cambio —tartamudeó Ev, al borde de la histeria, pues Isser Harel parecía a punto de quedarse traspuesto—. Pero los dos amamos a Israel. No deseamos otra cosa que vivir en este país y servir a este país. Y mi esposo podría hacerlo de una manera muy destacada, dada su posición.

—Si usted... —retomé la palabra, aunque se me quebró la voz, carraspeé y volví a intentarlo —: si usted tal vez pudiera ponerse en contacto con el secretario de Estado, Shimon Peres, y explicarle lo que le estamos ofreciendo...

Aquí hice una interminable y ruidosa pausa dramática, metí la mano en el bolsillo superior de mi camisa, saqué una hoja de papel doblada y la deposité encima de la mesa de Harel.

—En fin, tal vez podría comenzar por aquí esa amistad que uniría a nuestros pueblos.

—¿Qué es eso? —preguntó mi correoso interlocutor.

—El expediente de Friedrich Hach, jefe de la sección que se ocupa de Palestina en la organización para la que trabajo. Mi superior.

Harel desdobló el papel y lo leyó.

—¿Es alcohólico?

—Por desgracia —dije—. Y tiene problemas matrimoniales —dije—. Serios —dije.

Llamaron a la puerta. Entró un ayudante, saludó y explicó que las celdas 04 y 05 estaban vacías. Aunque la celda 05 todavía había que limpiarla. Venía con un cubo medio lleno en la mano.

Harel asintió sin estar convencido del todo y volvió a dejar el papel sobre la mesa. Luego se quedó mirando al vacío, ensimismado, como esperando a que se le encendiese alguna bombilla.

—Así que es usted de Letonia —dijo—. Yo también.

Se levantó y se acercó a nosotros. Se detuvo frente a Ev de la misma manera en que se pararía frente a sus naranjos en el kibbutz al comenzar la cosecha. Besarle la mano a una mujer le debía de parecer igual de absurdo que besar una naranja, eso era obvio, aunque no obstante hizo ademán de algo parecido, aunque más dio la impresión de querer mirar la hora en el reloj de Ev.

—Soy el capitán Harel —le dijo solemnemente—. Su hermano fusiló a mucha gente. También a mucha gente de mi familia. Buenas personas.

Mantuvo la mano de Ev en la suya.

—Tal vez pueda presentármelo algún día.

Ev asintió.

—Si quiere trabajar para mí, debe llamarme Isser. Nada de «señor». Ni Harel. Ni «coronel». Sólo Isser.

Ahora ambos asentimos.

—Bienvenida, Ev. Bienvenido, Jeremias.

El ayudante de detrás de él hizo el saludo militar, derramando un poco de agua del cubo, que me pareció rojiza, se dio la vuelta y salió cerrando tras de sí. El capitán Harel, metro cincuenta y ocho, orejas como Dumbo, jefe del Shin Bet, Mosad, del Aman y pronto del Lakam, las piernas más torcidas que las patas de un caimán y pura encarnación de todos los secretos del Estado de Israel, abrió de nuevo la puerta y, pasando por debajo de la cabeza de león disecado, acompañó hasta la calle a los dos nuevos agentes del Mosad, donde los recibió una bofetada del calor sofocante que hacía en aquel día clave, mientras él los despedía con el comentario de que hacían muy buena pareja.

A mí me temblaba todo el cuerpo, y a Ev también, pero es verdad que hacíamos muy buena pareja.

13

La primera nevada de este año ha caído pronto. Lo cierto es que para volverse sabio no hace falta más que contemplar cómo cae la nieve, cubriéndolo todo sin hacer ruido: las hojas y el estiércol y los recuerdos horribles. Hasta el hippy está salpicado de copos blancos como si le hubieran echado sal con un salero. Lo tengo delante, sentado en el banco nevado, envuelto en un abrigo de piel oscura que le he regalado y que pierde vitalidad con cada copo blanco que se le posa.

—¿No sería mejor que entrásemos? —pregunto, trasladando mi peso de un pie al otro. Su abrigo da más calor que el mío.

—Me alegro de no volver a compartir habitación con usted, compañero.

—Entonces está todo bien.

—Después de la operación me darán una habitación individual. Cuando tienes la cabeza así de rota, te toca habitación individual.

—Tan mal tampoco tiene la cabeza, después de todo.

—Se me desplaza.

—¿La cabeza?

—Como placas tectónicas, según dice el doctor.

—Mañana le traeré otra buena piedra de marihuana.

—La enfermera Gerda dice que lo tengo que dejar.

—¿Por qué?

—Por la medicación. Las drogas son como cerillas encendidas y el hachís es la mecha y cuando las cerillas llegan a la mecha termina haciendo «¡bum!».

Las manos del hippy forman la esfera de una bomba imaginaria y luego agita los dedos simulando que le explota sobre la cabeza que pronto sujetarán dos tornillos en lugar de uno, aunque ahora no se ve porque lleva puesto un gorro de piel.

—¿No quiere más hachís?

—Claro que quiero. Pero si pasa algo, la culpa será suya.

—No le pasará nada.

Me rodeo el cuerpo con los brazos para que me llegue la sangre a las puntas de los dedos.

—¿Por qué traicionó a su pobre superior?

—¿Qué pobre superior?

—A Fritz Palestina. Con lo amable que había sido él con usted.

—El doctor Hach no fue nada amable conmigo. Y yo tampoco lo traicioné. No podían hacerle nada.

—Reveló que tenía problemas matrimoniales. Y problemas con el alcohol.

—Sólo dije eso para hacerlo parecer un poco más vulnerable.

—¿Qué significa «vulnerable»? No conozco esa palabra.

—Que es fácil hacerle daño. Cuando más gustan unos servicios secretos a otros es cuando los ven vulnerables.

—¿Yo soy vulnerable?

—Para usted, querido swami, se inventó esta palabra.

—Y también traicionó a su hermano.

—Es un poco más complejo.

—Usted trae *duhka* sobre la gente. Toda la gente que conoce está marcada por el *duhka*.

—¿Y usted no puede dejar ya esa tontería del *duhka*?

—¿Me habría traicionado a mí también de haberle servido de algo?

—¿Por qué se me pone tan susceptible ahora? No tiene ningún sentido.

—Entonces, ¿lo habría hecho?

—Creo que ha llegado el momento de entrar, Basti. Si la enfermera Gerda nos pilla aquí en medio de la nieve, nos caerá una buena.

—¡Seguro que lo habría hecho!

El hippy no se levanta. Sus pulgares se deslizan sobre las puntas de sus otros dedos. Están rojos, pero él no parece sentir nada. Igual es muestra de una nueva disfunción cerebral. Podría morir congelado y sentir calor al mismo tiempo, al menos en sus extremidades.

—Pensé que le haría cierta ilusión saber que he hecho cuanto podía para apoyar a Israel contra sus enemigos. En cualquier caso, sin mí no se hubiese dado el comercio de armas con Alemania.

—No me gusta hablar de armas. Las armas también son *duhka*. Todo lo que trae la muerte es un *duhka* infinito.

Me siento a su lado, a pesar del frío que se nos mete en el cuerpo, saco la lengua, atrapo los copos de nieve y los paladeo. No saben a nada, no sé si será por la bala que tengo en la cabeza o porque la nieve nunca ha sabido a nada, igual que no saben a nada los cristales de las ventanas si los lames, como tampoco tiene sabor la cerámica de Delft (le sorprendería saber la de cosas que he lamido a lo largo de mi vida).

Ahora, sin embargo, se me ha quedado la lengua toda áspera, como si me raspasen las papilas con hojas de afeitar. Me pregunto por qué me importa tanto que me escuche esta piltrafa de bávaro hippy que, en su día, era un incordio que no paraba de parlotear, pero que ahora está hundido en la pesadumbre, por qué me importará tanto. Bueno, será porque no le viene mal un poco de conversación edificante, me respondo a mí mismo de inmediato.

Así que prosigo:

—El capitán Harel envió a varios agentes israelíes a Colonia. Y en el otoño de 1956, diez días antes de la Guerra del Sinaí, llegó a Israel el primer envío de ayuda, camiones de ayuda de Estados Unidos.

El swami deja de mover los pulgares, coge un puñadito de nieve y se la frota por la cara.

—Más adelante, las entregas se volvieron más importantes. Incluían aviones Noratlas y Dornier, jets Fouga-Magister, helicópteros y cañones autopropulsados, ambulancias, misiles antiaéreos y drones antitanques con control remoto. Y submarinos, por supuesto.

El swami se tapa los oídos, cubiertos por copos de nieve.

—¡Le he dicho que no me gusta hablar de armas!

—Pero aquellas armas trajeron la paz. De paz sí que le gusta hablar.

—¿Me quiere decir que fue usted quien llevó la paz a Israel?

Tengo que decir que últimamente he notado en el swami una cosa que no se había manifestado en los primeros momentos de nuestra relación. De entrada, lo describiré como una especie de hostilidad que le infunde coraje. Tal como lo veo ahora, cogiendo un segundo puñado de nieve con la mano restregándosela por la cara, me doy cuenta de que en realidad querría restregármela a mí, pero como eso no es compatible con su religión y su temperamento no es compatible con el mío, lo que hace es sublimar ese impulso al que no quiere ceder a través del lenguaje, así que me pregunta si yo llevé la paz a Israel con el mismo tono de sarcasmo que tanto desprecia cuando me lo oye a mí.

Por supuesto que llevé la paz a Israel.

En cualquier caso, la paz con Alemania.

14

Ev y yo nos quedamos en Israel.

Nadie nos exigió volver a Pullach porque el BND estaba orgulloso de mí, la CIA sacaba tajada de mis averiguaciones, el KGB me dejó en paz y el Mosad se encariñó conmigo.

Pude invitar a Shimon Peres a un sorbete de limón en uno de mis cafés favoritos del paseo marítimo de Tel Aviv y allí negociar la entrega de metralletas Uzi con toda tranquilidad. Peres sabía que quien lo invitaba era el servicio secreto alemán, y sabiendo esto, paladeó aquel sorbete de limón con tal escalofrío de placer que me dio la sensación de que aquel simbólico helado derritiéndose al instante entre sus labios rojos como los de Lauren Bacall podía representar también cualquier forma de acercamiento político.

Aquella época sí era la propicia para los cambios.

La Unión Soviética se había hecho cargo del fortalecimiento militar de los árabes para fomentar alegremente lo que supondría el cambio más radical para Israel, a saber: su eliminación del mapa. Ante esta amenaza, Moshe Sharet fue depuesto como ministro de Asuntos Exteriores por Ben-Gurión, recurriendo a las correspondientes intrigas, claro está.

Y la Guerra del Sinaí, que estalló en octubre de 1956, hizo el resto para que los altos cargos del Estado israelí se prestasen a tomar helados con ex colaboradores de las SS como Jeremias Himmelreich, ex generales de la Wehrmacht como Reinhard Gehlen o ex comandantes nazis como Franz Josef Strauß con tal de que los ayudasen a ganar.

Por cierto, en casa de Strauß hacían un cóctel de vino y champán riquísimo.

Lo sé porque me tocó ir a casa del susodicho, que era redondo como un barril de roble, paticorto y sin cuello, porque Peres me había preguntado cuál era el mejor momento para pillar por sorpresa y en privado a un pez gordo de la política alemana.

La respuesta es muy fácil: en Navidad.

El 26 de diciembre de 1957 partimos del aeropuerto de París en el coche de alquiler más pequeño que se pueda imaginar y nos echamos a recorrer carreteras heladas y neblinosas rumbo a la Alta Baviera.

Durante aquel viaje nocturno de catorce horas, no sólo falló la calefacción del automóvil, sino también el sentido de la orientación de Peres, a quien desconcertó por completo un pequeño alud poco antes de llegar a su destino (en realidad no fue más que una placa de nieve helada que se desprendió de un pino de la carretera y nos cayó sobre el parabrisas).

Acompañados por unos cuantos copos blancos que, para ojos israelíes, eran una auténtica «tormenta de nieve», llegamos por fin a Rott am Inn (ésta sí, toda nevada), localidad natal del pintor Hans Georg Asam, tan enigmático como maravilloso maestro del arte sacro a quien papá admiraba mucho. Obviamente, llevé al exhausto Shimon Peres y sus dos compañeros askenazíes a visitar la iglesia del monasterio. Les expliqué todo y también les mostré las esculturas del altar de Ignaz Günther, grandes hitos de la escultura barroca alemana, y charlando animadamente llegamos por fin a la granja donde vivía el doctor Strauß, en la que no había ningún tipo de vigilancia y primero tuvimos que arrojar piedrecillas a las ventanas para comprobar si estaba allí y, en tal caso, si estaba solo.

Se abrió la puerta y un sorprendido ministro de Defensa, ataviado con un chaleco tradicional bávaro sin abrochar (con discretas flores bordadas sobre terciopelo verde) y calzoncillos largos, se alegró ante aquella visita no anunciada. Detrás de él, una jovencita semidesnuda corrió escaleras arriba. En ese momento Marianne tendría veintitantos años, seguro que no llegaba a los treinta, y llevaba muy poco casada con el ministro, al que llamaba cariñosamente *Franzeljott*. Fue ella quien, más tarde, nos sirvió cócteles de champán y cerveza artesana local: un delicioso punto de partida para cualquier tipo de negociaciones secretas del más alto nivel.

Por cierto, uno de los dos judíos askenazíes era Chaim Laskow, general del ejército israelí que, después de la guerra, había servido como oficial británico en Renania y se había dedicado a cazar y desollar a criminales nazis con sus propias manos, según le contó él mismo a Franzeljott mientras daban cuenta de un plato de rábano encurtido, aunque gracias a Dios se lo contó en hebreo y yo pude aprovechar mi papel de intérprete para decir que cazaba conejos.

El otro colaborador de Peres era Asher Ben-Natan, judío de Viena y uno de los hombres más inteligentes y astutos que he conocido en mi vida. Alto y de ojos azules, era la viva imagen del actor Curd Jürgens. Junto con el capitán Harel, era el agente secreto más influyente de Israel, con quien había discutido cada paso y detalle del negocio de armas germano-israelí. Fue al grano enseguida, puesto que era el máximo responsable de la comisión de adquisición de armamento del Ministerio de Defensa de Peres.

—Estimado doctor Strauß —dijo Ben-Natan con voz aflautada—, nuestro país necesita con urgencia bombarderos de largo alcance, artillería, misiles y una flota de guerra, y el señor Dürer (en Alemania, por supuesto, el señor Himmelreich era el señor Dürer y nadie más) nos ha transmitido que podíamos... pedírselos directamente.

—Me parece muy bien que me lo pida, pero me gustaría saber qué gano yo, panda de maleantes; ¡eso sí que me gustaría a mí saberlo! —les soltó Franzeljott sin reprimir el dialecto imposible de la Alta Baviera.

Y Strauß se echó a reír por aquella media broma que había hecho, aunque las carcajadas le duraron poco.

Porque Shimon Peres explicó que, por desgracia, Israel no tenía dinero, nada de nada, sino que dependía de donaciones, con lo cual se permitía añadir que esos bombarderos de largo alcance, artillería y misiles, así como la flota de guerra, esperaban recibirlos en calidad de donación.

Ahí Strauß se quedó estupefacto.

Apenas unos días antes los judíos lo habían insultado en la Knéset llamándolo «jefe de un ejército de bestias asesinas nazis» y ahora, en plena Navidad, lo pillaban en su casa en calzoncillos, le pedían armas de las escasas existencias de la joven Bundeswehr, para colmo de regalo, y, por si fuera poco, a espaldas del Bundestag, sin el conocimiento de los americanos y traicionando el juramento que había hecho al asumir el cargo.

No es que Strauß tomara aquellos principios demasiado en serio, pero tampoco estaba acostumbrado a dejarlos de lado sin estar sobre la mesa el sano interés personal o incluso financiero, así que dejó de masticar rábanos durante un instante esperando más explicaciones.

Entonces los israelíes añadieron algunas consideraciones estratégicas globales: que si Israel, como bastión de Occidente dentro de Oriente Medio y blablablá... tenía que hacer frente a los estados sovietizados por el Pacto de Varsovia y blablablá... para que el comunismo no se acabase adueñando de todo y blablablá...

En suma, ni con su palabrería más edulcorada pudo Shimon Peres explicarle de otra manera que se trataba de que Strauß sustrajese municiones y tanques de sus propios depósitos de la Bundeswehr: los mismos que su patria acababa de instalar allí gastando un dineral con objeto de protegerse de una invasión soviética.

—A ver, gente... —gruñó Strauß en un bávaro todavía más cerrado que antes al tiempo que se tironeaba de los botones plateados del chaleco—, no veo yo que tengáis muy claro que esas armas no nos las fabrican los enanitos del bosque, y tampoco se trata de que yo quede como un completo imbécil. *Manus manum lavat*, ¿no? Una mano lava la otra.

Y luego preguntó sin rodeos qué se suponía que tendría de ventajoso para el pueblo alemán aquel despropósito de acuerdo, porque él no lo veía.

Se hizo el silencio en torno al árbol de Navidad rebosante de espumillón. Sólo se oía cómo Laskow, el cazador y desollador de nazis, le sacaba las pasas al pan de Navidad con un cuchillo.

Así que, pasado un rato, me aclaré la garganta, hice de tripas corazón y rompí aquel silencio:

—Para el pueblo alemán podría suponer la paz con Israel, señor ministro. La paz definitiva.

—Mira por dónde sale nuestro hombre en Tel Aviv... ¡será arrogante el pollo!

Shimon Peres también me miró, y con gesto de aprobación, y mi único temor era que también él hablase de mí como «su hombre en Tel Aviv», cosa que, sin duda, habría sido cierta, aunque habría puesto en jaque mi condición de agente doble.

Franz Josef Strauß quiso pensárselo un poco. Para facilitar la decisión buscó el consejo de tres botellas de cerveza, luego se echó al cuerpo unos cuantos vasitos de aguardiente de frutas y

remató con los bombones de coñac que le habíamos traído. Luego sugirió dar un paseíto para hacer la digestión.

Así que Shimon Peres, sus dos asistentes y yo salimos al trote detrás de la mole envuelta en un abrigo de piel de oso que, haciendo eses, se dirigió precisamente hacia la iglesia del célebre monasterio local, donde ya habíamos estado.

Qué ilusión le hizo al buen católico del ministro Strauß que Shimon Peres conociera el grandioso fresco del techo, que incluso recordase el nombre del artista (Matthäus Günther, no me lo vaya usted a confundir con Ignaz Günther, también escultor, pero de otra época), que expresara su admiración ante la apoteosis conocida como *Rotter Himmelreich*, «el Reino de los Cielos de Rott», con las mismas palabras que yo mismo había utilizado pocas horas antes e incluso se fijase en un camello que había en una esquina del estucado: una alegoría de Asia, además del más tonto de todos los animales... y claro, también el más árabe.

—A la vista de algo así, quién no se siente encantado de ser parte de la cristiandad —murmuró Asher Ben-Natan, de quien ya dije que era uno de los hombres más inteligentes y astutos que he conocido nunca.

Strauß, que lo oyó, no podía estar más complacido, y quiso enseñarles a los impresionados hebreos la escultura de la emperatriz Cunegunda, una obra maestra del Rococó alemán en la que se ve a la santa recogiéndose el vestido con la mano izquierda, como para lanzarse a una danza salvaje, mientras esboza una sonrisa, y Strauß no pudo por menos que aprovechar la ocasión para explicarles a los visitantes el dramatismo de la escena, pues Cunegunda había sido acusada de adulterio y obligada a caminar sobre hierros ardientes para demostrar su inocencia, cosa que hizo tan feliz y sin quemarse ni nada, demostrando, a ojos de todos, «que no se la habían pasado por la piedra», como explicó Strauß, para entonces dulcemente alcoholizado.

—¿Qué es lo que dices que demostró? —preguntó Asher BenNatan.

—Que no se la habían cepillado —ofreció Strauß como alternativa, pero sin mucho éxito.

—Que no había cometido adulterio —propuse yo.

Aquella imagen de una santa que baila, que responde a la acusación de adulterio con una sonrisa y que, además, hace todo eso al pie de un altar en medio de la casa de Dios (aunque se tratase de la casa del dios de los herejes, pues los judíos no podían considerar aquella iglesia de otra manera), no dejaba de ser difícil de asimilar para nosotros como askenazíes.

Franz Josef Strauß, por su parte, ni lo notó, sino que abrazó a Shimon Peres, que tenía de religioso lo mismo que de experto en historia del arte, con lo cual en realidad me abrazaba a mí y a mis humildes conocimientos, o al menos yo me sentí incluido en aquel abrazo.

Al final de nuestra visita, primero nos regaló cuatro pequeñas estatuillas de madera de la Virgen María y el niño Jesús de Ottobeuren y, segundo, armas de precisión por valor de trescientos millones de marcos alemanes.

Sí, creo que fui yo quien llevó la paz a Israel. Sin duda, de una forma compleja y desvergonzada, pero no había otra manera de lograr la paz en Israel. El hippy sigue sentado en su banco. Saldrían dos bolas de nieve de tamaño mediano de tanta como tiene acumulada sobre el gorro, el abrigo de piel y los pantalones del pijama, que copo a copo han pasado de ser pantalones de flores a pantalones blancos lisos. ¿Tiene sentido responderle a aquella pregunta que me había hecho con tanto sarcasmo? ¿Conseguiría así minar aquella hostilidad que le infundía coraje? ¿Cabe imaginar que serviría de algo?

—Sí, sí que llevé la paz a Israel.

—Gracias —dice el hippy como en sueños.

15

Mis cinco años en Tel Aviv fueron mis cinco años con Ev.

Fueron cinco años en los que nuestras almas (entendámoslas como simples paquetes de conceptos mentales para no discutir, mi querido swami) encontraron el camino de regreso de la desembocadura a la fuente; nuestros cuerpos no.

Y, sin embargo, tuvimos ganas de divertirnos, de jugar. A veces, durante aquellos cinco años, podría decir que jugamos como los niños juegan a los médicos. Eso sí, de forma resignada. Pues mientras que, de niño, uno se sorprende y se fascina al examinar la carne del otro, firme y joven, y con sus orificios elásticos, lo que nos sorprendía y fascinaba a nosotros eran las cicatrices, las costras y los depósitos de grasa que aparecían en el otro en lugares nuevos o no querían desaparecer de lugares antiguos, por más que lo deseáramos de todo corazón, como la delgada línea blanca en el abdomen de Ev que había provocado el nacimiento de Anna.

Fueron cinco años en los que dejamos que aquella historia siguiera su curso. Durante cinco años, cuanto nos hicimos fue desayunar juntos por la mañana e ir juntos a la playa por la tarde. Ev siempre nadaba a cierta distancia de mí, como una ranita, su cuerpo chapoteaba hacia el sur, hacia Jaffa, y en algún momento yo la adelantaba y me quedaba debajo del agua. De las olas surgían viejas imágenes, recuerdos de cómo, una vez, aquel cuerpo delgadísimo y azulado que parecía emerger del fondo del mar como un banco de pececillos rugosos se había iluminado como si estuviera hecho de gas incandescente a mi lado mientras Anna bebé dormía en su cestillo junto a nosotros, una vez que, en el dormitorio de Standartenführer de Hub, con los brazos estirados en la dirección opuesta se me había quedado mirando a los ojos, obligándome a sumergirme hasta el fondo de los suyos yo también casi hasta el final, hasta que casi nos consumimos los dos en el humo de acontecimientos aún por venir, acontecimientos como los que promete un orgasmo inminente, pero que ya no se hacen realidad cuando se aproxima a los cincuenta.

A pesar de todo, no fuimos solamente infelices.

También nos carcomía la preocupación.

Porque, día tras día, pendía sobre nosotros una espada como la que Dioniso ató una vez al pelo de un caballo sobre el pecho de su favorito, Damocles. El fino pelo podría rasgarse en cualquier momento. En cualquier momento, en algún lugar del mundo, la espada podría atravesarnos, por ejemplo, en la forma de una fotografía que mostrase al joven Jeremias Himmelreich con su

pelambrera de diente de león y una nariz que no es la mía. Parecía muy posible que algún compañero judío de la Universidad de Dorpat [29] o de Berlín todavía estuviera vivo. Igual hasta vivía a tres manzanas de distancia. Nunca podíamos sentirnos a salvo de que alguien descubriese quién era... o no era yo. Nunca.

Más inquietante aún que aquella amenaza vaga, como latente e invisible para mí, fue una muy visible: Ev cambió, cambió mentalmente, pero también emocionalmente, ahora que también ella ejercía mi melancólica profesión, la que durante tanto tiempo había percibido como mero fruto de una debilidad de carácter.

Cierto es que ella no tenía talento para conspirar. En cambio, a subversiva no la ganaba nadie. Ya desde niña era así, y a veces le salía aquel temperamento infantil. Mientras que, bajo el signo de la anarquía, era capaz de robar y de mentir como antes, jamás y bajo ninguna circunstancia conseguiría hacerlo por obligación, por una tarea impuesta.

No estaba preparada para dejar pasar el sufrimiento allá donde lo viera. Sobre todo, no estaba dispuesta a espiar a sus colegas en su hospital, a los vecinos de nuestra calle o de nuestro edificio. Ni siquiera estaba dispuesta a incorporar la palabra «espiar» a su vocabulario. Tampoco recogía nada por escrito (mientras que, en épocas posteriores, le encantarían los archivos), nunca habría denunciado a nadie y, además, consideraba del todo inconcebible que yo pudiera haberlo hecho en algún momento. Y no lo había hecho, lo juré, pues nuestros desayunos y tardes en la playa se habrían resentido con esa verdad, y yo no quería eso.

Lo único que Ev consideró razonable y apropiado durante aquellos cinco años con el Mosad fue la búsqueda de nazis huidos.

En realidad, era una necesidad elemental que llevaba mucho tiempo dormida en su interior y que al capitán Harel le bastó con despertar.

Bajo su supervisión, Ev se lanzó a la caza, transformada en una Artemisa iluminada por la luna, con su arco y sus flechas, que se puso a recorrer los bosques empapados de sangre por los verdugos de las ss. A mí me confundió con su gemelo Apolo y me ordenó seguir rastros y localizar los escondites de los fugitivos. Pues casi todos los rastros conducían a Pullach, aquel Hades habitado por escurridizas sombras que tan bien conocía yo.

—Pero, a diferencia de ti —dijo la diosa de la caza, la luna y el bosque, la protectora de las mujeres, los niños y los pintores temerosos—, los que escaparon parecen convencidos de que el Servicio Federal de Inteligencia no es el Hades, sino los Campos Elíseos.

Si bien no había indicios evidentes, creo que Ev ya tenía el ojo puesto en Hub por aquel entonces. Tal vez esperaba que el dolor de los años se aliviara con el celo de la persecución.

Empezó a hablar conmigo del Innombrable (y a menudo, con lo incómodo que me resultaba). Porque en el camino de la vida de Hub se habían cruzado muchos nazis fugitivos.

El talento de Ev para tomarse todo como algo personal, su anhelo de encontrar un nuevo objetivo en la vida y su deseo natural de despejar la nube negra de la pérdida con un rayo de sol —¿no es acaso el deseo de venganza el único rayo de sol que logra brillar a través de todas las tempestades que nos atormentan?— alimentaron en su interior una rabia inconfesada hasta casi hacerla estallar.

Aquella rabia, precisamente por permanecer silenciada, se manifestaba más en forma de paciencia que de impaciencia, en un tesón casi febril gracias al cual podía pasar días y días investigando, sin alterarse, a los asesinos de masas que habían estado en contacto con nuestro hermano.

Un ejemplo sería Klaus Barbie, un hombre que usted no conocerá, así que le contaré algo.

Un día Ev se trajo a casa un archivador entero, de esos gruesos de la marca Leitz, lleno de informes de investigaciones sobre él (cosa que teníamos terminantemente prohibida; es más, la propia marca Leitz, que había prosperado no poco por la típica obsesión por el orden de los alemanes, estaba muy mal vista en Israel). Nuestro luminoso apartamento se llenó de una sombra que no pudimos ignorar. Nos sentamos en el sofá y Ev comenzó a leerme página por página. Le puse una mano sobre la suya, queriendo ofrecerle un poco de descanso y consuelo, como hacen las parejas de ancianos.

Pero sucedió justo lo contrario.

Los talentos de Klaus Barbie —para que lo sepa, querido swami— se basaban en el ejercicio de la violencia directa. El sonido de los huesos rotos era para él como una gran bandada de aves canoras en el cielo azul de nuestro Señor. Sus gorjeos no sólo le proporcionaban satisfacción, sino también cierto renombre, que Ev vio corroborado en sus archivos gracias a un telegrama que el Innombrable había conservado (ahí le apreté los dedos y Ev me devolvió el gesto).

Según aquel telegrama, mi hermano había solicitado el traslado de Barbie a la Gestapo de Riga en 1943, en vano, eso sí, pero con la intención de mejorar los métodos de interrogatorio de su sección, que al parecer no andaba muy inspirada en cuestiones de tortura. Por lo visto, se había corrido la voz en varios departamentos de las SS e incluso de los Estados Bálticos de que el Untersturmführer Barbie era todo un maestro de la creatividad, que había sabido cultivar en la noble Francia.

Por ejemplo, se le había ocurrido la insólita idea de no seguir realizando los interrogatorios en los lúgubres sótanos de la Gestapo, sino en la suite de lujo del Grand Hotel Terminus de Lyon, que se prestaba a ideas harto novedosas como colgar a los sacerdotes católicos cabeza abajo de los sólidos ganchos de las lámparas de techo, una vez retiradas las refinadas arañas, claro, y así sorprenderlos con electroshocks. En los cuartos de baño, alimentaba a los niños presos con agua

del grifo hasta que morían de hambre. Ataban a las mujeres a las grandes camas de matrimonio y les propinaban palizas hasta dejarlas inconscientes, las violaban o las obligaban a dejar que las penetrasen perros pastores a la vez que podían pedir champán al servicio de habitaciones.

Al llegar a pasajes como ése, los dedos de Ev ya no hacían nada. Se quedaban muertos en mi mano, como si fueran de plomo. Ev se hizo cargo de lo que aquello significaba y se apartó un poco de mí en el sofá para que le resultara más fácil empezar a dar vueltas como un buitre alrededor del Innombrable con la mayor objetividad posible. Intentó hacerme recordar justo el día en que estaba fechado aquel telegrama —el telegrama en que Hub solicitaba el traslado de Barbie a su unidad—. Quiso que regresara a aquel día exacto, a la hora exacta, al tiempo que hacía exactamente y a cada palabra que Hub hubiera dejado caer como quien deja caer la ceniza. También quiso saber si aún recordaba algún detalle de su ropa (qué sentido tiene, Hub siempre iba de uniforme) y, finalmente, se preguntó ella misma si cabía la posibilidad de haberlo acariciado o maldecido, o de haberle preparado la cena como una buena esposa.

Luego recordamos que, tres semanas después del envío de aquel mensaje, había nacido la pequeña Anna y que, hasta aquel momento, nos habíamos acostado cada vez que teníamos un minuto libre, probablemente incluso el mismo día del nacimiento, con cuidado de no hacerle daño al feto.

Para evitar echarse a llorar, Ev siguió leyéndome sobre Barbie, que había participado personalmente en lo que se describía usando sopletes, atizadores al rojo vivo, agua hirviendo y toda una colección de látigos, herramientas y porras. Para hacer bien la colada, como llamábamos entre nosotros al proceso de desnazificación exprés, poco antes de que la división de Infantería del Ejército de Estados Unidos entrase en Lyon en 1945, borró todos los rastros posibles disparando a la mayoría de sus colaboradores franceses de la Gestapo, y al final incluso a su amante francesa, y eso que, según su opinión de swami acerca de la muerte que no se muere cuando es por ejecución, me tendrá que reconocer que no es visión agradable al ojo humano.

Ev discutió conmigo, porque dije que el comportamiento de Barbie, sin pretender valorarlo, había sido el más prudente en su situación. Mis palabras le parecieron inapropiadas, cuando yo sólo quería mostrarle que una competencia como la que poseía Klaus Barbie era justo lo que lo hacía interesante, primero para Hub, luego para la CIA e incluso más tarde para el Servicio Federal de Inteligencia. Para tener éxito en nuestra profesión, hay que desarrollar un cierto sentido del trabajo bien hecho y dejar de lado las emociones, por desafortunadas que puedan resultar en casos individuales.

Abracé a Ev. Al principio no quería, pero luego nos quedamos entrelazados el uno con el otro durante mucho rato. Dos días no fuimos a la playa y otro no hubo desayuno.

Hasta días después, cuando ya estaba mejor, no le conté a Ev que, entretanto, Barbie se había convertido en teniente coronel de las fuerzas de seguridad bolivianas con el nombre de Klaus Altmann, asesor en métodos de interrogatorio y tácticas antiguerrilla, además de ser miembro de la Org, como Hub o yo.

Y eso fue lo que ella no quería creer.

Y quizá usted tampoco, querido swami.

No obstante, hasta 1966 estuvo Klaus Barbie enviando al BND decenas de informes de situación desde La Paz, y eso lo sé de primera mano. Y el año pasado mató a Monika Ertl, una revolucionaria de liberación alemana de izquierda que había cometido un conmovedor intento de secuestrarlo con la ayuda de un filósofo francés de pelo largo. Menuda estupidez. En serio. Antes de que arrojara a la Ertl viva de un vehículo de la policía para, acto seguido, matarla a tiros en plena calle, mientras trataba de ponerse de pie, Barbie la había torturado personalmente en nombre del Ministerio del Interior de Bolivia, o al menos eso se contó por los pasillos del BND.

• • •

Este orco nazi de primer orden, que recordaba a los orcos del Uruk-Hai de Tolkien (de los que se sabe que no se debilitan con la luz del día), era muy difícil de encontrar, aunque Ev casi temblaba de ansia por tenerlo enfrente en una sala de interrogatorios (estando ella en el lado bueno, claro). Aquella fantasía del orco en el lugar del interrogado se convirtió casi en una obsesión por aquel entonces. Nunca conseguí entenderlo. Pero gracias a eso se mantuvo en marcha su motor durante los años que siguieron, un motor de dos tiempos. Un motor de conocimiento que requiere dos ciclos para cada paso.

Pregunta. Respuesta.

Pregunta. Respuesta.

Pregunta. Respuesta.

Pregunta. Respuesta.

Y a modo de combustible para ir rellenando el depósito había muchos otros orcos que en algún momento tenían que haberse cruzado con el Innombrable. ¿Se hace usted idea del proceso?

Aquí tendríamos el ejemplo de Alois Brunner, cuyo caso también llegó a nuestro sofá dentro de un archivador Leitz. Con él, el motor de Ev recorrió un buen trecho.

Al señor Brunner me lo habían presentado en 1953 en Pullach, una vez que vino a una de nuestras reuniones sobre el estado de la situación desde la cuenca del Ruhr, donde estaba destinado, dirigiendo una de las secciones de la Org. También pasó por Camp Nikolaus para ver

a Hub, su superior directo, a quien conocía por alguna conexión con las ss, como se podía deducir de lo que oímos por entonces.

Almorzamos juntos en la cantina de la Org. Brunner tenía una mandíbula inferior prominente, pero muy mala dentadura, así que se le quedaba comida entre los dientes a cada bocado y casi era mejor no mirarlo. A pesar de sus duras facciones, parecía una persona sociable, casi bonachón, tenía el típico sentido del humor vienés y, en el postre, se puso a tararear una canción típica de las tabernas:

Con Anna, mi ama de llaves,
tenía yo un trato muy bueno.
Me gustaba meterle mano...
En fin, qué hay de malo en eso.

Ay, ya no estoy yo con ganas,
se ha ido al diablo mi Anna.
Ay, mi Anna, ay, mi Anna,
se ha ido al diablo mi Anna.[30]

Un año después, el alegre cantante fue condenado a muerte por un tribunal francés. Como adjunto de Eichmann, ni se sabía a la cantidad de gente que había matado antaño (aunque con menos imaginación que Barbie), aparte de enviar a las cámaras de gas a 128.500 judíos.

Ahora bien, aquel juicio había tenido lugar sin necesidad de estar él presente, así que, para prestar servicios a la Org, era requisito que se mantuviera lejos de Europa, a ser posible para siempre. Al menos desde el punto de vista de Reinhard Gehlen.

Gracias a su posición, el doctor organizó la fuga del valioso agente Brunner a Siria, donde se convirtió en el representante de la Org en Damasco, casi al mismo tiempo que yo lo hacía en Tel Aviv.

Más allá de eso, fue contratado por los servicios secretos sirios en calidad de «asesor especializado en temas judíos».

—Eso no significa otra cosa —dijo Ev— sino que está ayudando a preparar los futuros ataques de Siria contra Israel.

—¿Cómo llegas a esa conclusión?

—En Siria apenas quedan judíos que exterminar. No hace falta un asesor para nada.

—Por favor, cariño, no te tomes las cosas tan a pecho.

Por desgracia, Ev se tomaba todo muy a pecho, pues justo eso era su principal rasgo de carácter, meterse en la propia piel cosas que producían un dolor inenarrable.

Cuando aquella piel empezó a sufrir infecciones severas (sueños envenenados, gritos en mitad

de la noche), me pidió que le diera la dirección de Brunner al capitán Harel.

Por un lado, fue mucho más fácil que con Barbie, quien, como oficial de los servicios secretos bolivianos, estaba bajo la protección de un tremendo aparato de seguridad, mientras que Brunner, con un nombre falso, regentaba una tienda de chucrut en pleno casco antiguo de Damasco (tapadera que desplazaba mi tienda de artículos de bellas artes de su primer puesto en el ranking de ideas rocambolescas del BND).

Por otro lado, sin embargo, una denuncia tan arriesgada implica otros riesgos enormes, pues Brunner estaba bajo la protección personal del mismo Reinhard Gehlen, con lo que cabía pensar que el jefe mandaría a todos los orcos del universo a por mí, como descubriese alguna vez que me había atrevido a denunciar al Mosad a uno de sus hombres de primera fila.

Me tomó un mes discutir con Ev los pros y los contras de entregar a Brunner a los israelíes. Si cree que Ev presentó sus argumentos de manera objetiva y razonable, se equivoca. Sus argumentos fueron tazas y platos estrellados contra la pared de la cocina a mi derecha y a mi izquierda. Sus gritos y llantos, así como la indignación moral que los alimentaba, eran el polo opuesto de mi postura, en la que no había lugar alguno para todo aquello, ya que mi principal preocupación era seguir con vida nosotros.

Un día Isser Harel nos llamó a su despacho y nos mostró una foto de una especie de sillón gigante hecho de tubos y planchas de acero y varias bisagras. Junto a él se veía a Alois Brunner de pie, con un traje de hilo fino, contento, con cara de bien veraneado, flanqueado por dos oficiales sirios, uno de cada brazo, y sonriendo todos a un mayor del ejército repantingado en aquel incómodo sillón y haciendo el saludo hitleriano.

Aquello era el *kursi almani*, un invento prodigioso.

—«El sillón alemán», así lo llaman los sirios —explicó Harel—: es uno de sus más recientes instrumentos de tortura.

En realidad, tendrían que haberlo llamado *kursi brunneri* porque el inventor de aquel sillón era Alois Brunner.

Consistía en un ensamblaje de tres carcasas metálicas móviles, un respaldo con muelles de acero, una base en forma de estrella y todo tipo de estructuras flexibles. Usando un dispositivo giratorio, permitía descoyuntar el cuerpo de un prisionero atado al sillón con correas dando rienda suelta a la creatividad del torturador. Podrían pasar horas hasta que a la víctima se le rompía la columna vertebral.

Como agradecimiento, Ev me rodeó el cuello con los brazos cuando, dos semanas después, le metí en un bolsillo la dirección de Brunner. No recuerdo haberla visto mostrar nunca un regocijo tan infantil y tan puro ante una catástrofe como la que se avecinaba. Su sonrisa, su suave aliento

y hasta su errática felicidad despertaron en mí la sensación de que aquello significaba algo. Y se fue volando, como las Erinias,[31] con alas de murciélago y cabeza de perro.

El Mosad no se lo pensó dos veces y envió a mi compañero del BND un paquete envuelto en papel de regalo, con remitente de Viena y olor a bollitos de jengibre, pues Alois Brunner echaba muchísimo de menos su maravillosa Viena, en su día limpiada de judíos por él mismo, con lo cual se podía esperar que interpretase aquel regalo como un simple detalle de alguien.

De haber abierto el paquete en una pequeña habitación con sólidas paredes de piedra, seguramente no habrían sonado más canciones de taberna vienesa en los zocos de Damasco. Pero, por desgracia, se le ocurrió subir a la terraza, desde la que se abría una amplia vista sobre los tejados del casco antiguo y hasta la estación de tren, de suerte que la bomba no encontró la resistencia suficiente a su onda expansiva como para que en la explosión perdiera la mejilla izquierda y el ojo, ansioso por encontrarse sus bollitos tradicionales.

Pero en eso se quedó todo.

Creo que fue a partir de aquel momento, aquel momento en que la teoría pasó a ser la cuenca de un ojo sin ojo, cuando Ev asumió su papel por completo, la versión de sí misma que había permanecido en forma de crisálida, alimentada por la rabia y el dolor, pero ahora rompía la pupa y desplegaba sus alas. Tal vez hasta era eso lo que quería decir cuando hablaba del «nacimiento» que esperaba que se produjera en Israel.

Ahí ya ni siquiera tuvo reparo en abrir un expediente sobre Hub, y su aversión a los archivos de cualquier tipo comenzó a debilitarse.

Encontró y me mostró la declaración de un testigo, traducida, procedente de un tribunal soviético y la que se describía al Standartenführer Solm como un hombre «frío, enérgico y dispuesto a matar».

Ev consiguió también un telegrama enviado desde su despacho en el que se solicitaba para Riga el envío de dos nuevos camiones de gas, «incluyendo diez mangueras de escape, dado que las existentes ya presentan fugas». Firmado por el «Standartenführer Solm».

Una tarde me la encontré sentada a su diminuto escritorio escribiendo un informe que tituló: «Mi experiencia con el Standartenführer Hubertus Solm en la zona de carga de la estación del ferrocarril de Posen el 24 de febrero de 1941 (bebés congelados).»

A pesar de todo aquello, Ev nunca dejó de ir a la playa conmigo ni de desayunar conmigo en nuestro balcón, como también siguió jugando conmigo con la resignación ya habitual cuando nos metíamos en la cama juntos, piel con piel, con la ventana abierta por el calor.

Sin embargo, su mente estaba con los muertos o con los que iban a matar.

En la gran cadena de causas y efectos, no se puede contemplar ninguna actividad de manera aislada, tampoco aquella actividad de Ev que, en realidad, no había partido de ella misma. El que más hizo avanzar a mi hermana en ese sentido fue el capitán Harel, de quien no tardó en convertirse en colaboradora de confianza en la persecución de nazis fugitivos. Esto también se debió a que su antecesora sufrió una crisis nerviosa porque no habían podido pagarle salario alguno durante siete meses. Por aquel entonces, es evidente que el Mosad no era lo que hoy puede asociar usted con él, Basti.

Provisionalmente, Ev tuvo que instalar su archivo, cada vez mayor, en el sótano medio en ruinas de la villa de la cabeza de león disecado, en una sala que tenía columnas y una pileta de mármol por la que ya no corría el agua y que solían llamar, sin más, «el harén», pues las juntas de las paredes todavía desprendían la fragancia de los exquisitos aceites de masaje que las impregnaran décadas atrás. Allí los archivos de Ev adquirían el aroma de la lavanda, que induce al sueño, hasta que al final también ella lo cogía al llegar a casa por las noches y echarse en la cama.

Siempre que podía, se metía allí a hojear los malditos archivadores Leitz en busca de inspiración. También fue a consultar los archivos que acababan de abrir en el Yad Vashem, el Museo de la Historia del Holocausto de Jerusalén.

Inició la correspondencia con jóvenes historiadores de Alemania y Estados Unidos. Su celo daba color a sus mejillas, dormía mal y, en sueños, balbuceaba nombres de asesinos de masas, que contaba como quien cuenta ovejas.

En el mar empezó a nadar a crol. De un día para otro, ella sola aprendió el estilo de natación que hasta hoy me parece poco femenino y demasiado rápido para cualquier mamífero sin aletas. Se convirtió en un torpedo de bañador rojo que salía disparado y enseguida se alejaba de mí.

Al final, hasta renunció a su trabajo en el hospital para dedicarse por completo a aquella caza. Y, por supuesto, a sus presas.

Aunque los corifeos de la facultad de Medicina le habían prometido un futuro brillante entre ellos, Ev prefirió derrochar su agilidad mental y su concentración, su eficiencia y cuanto usted, swami, denominaría cualidades de un ser lleno de luz y amor, en aquel otro terreno mortal.

Cuanta más información reunía el capitán Harel gracias a Ev, cuantos más documentos le pasaban sus informantes de los archivos de otros cazadores de Europa Oriental, cuantos más testimonios de supervivientes le llegaban y más compartía yo con ella mis propios conocimientos del BND, más clara se volvía su impresión de que la Org venía a ser una gigantesca planta de tratamiento de las aguas residuales de la cloaca de las SS de Himmler.

• • •

—Yo lo veo así —informó Ev al coronel a modo de balance, resumiendo todos sus hallazgos en una sola frase—: Hay que tomar medidas mucho más radicales que antes.

A decir verdad, si no hubiera formulado tal exigencia en yidis, bien podría haber salido también de boca del Standartenführer Hubertus Solm, hasta el tono de determinación de su voz era similar al de quien fuera su marido.

Yo me estremecí e intenté relativizar aquella fatídica fijación de Ev por los orcos. Pero mis palabras no alcanzaron a la agente Himmelreich, que ya sólo miraba con ojos de Artemisa, puestos en un futuro lejano, en un mundo que casi estallaría de justicia, liberado por entero del mal gracias a su contribución activa. Ev quería tratar al BND del mismo modo en que había combatido infecciones, virus y tumores cancerosos.

Tenía una misión que cumplir.

—Deme unos cuantos nombres, Ev —gruñó Isser Harel, irritado—. Algunos nombres del BND.

Y Ev le dio unos cuantos nombres.

Vaya si le dio unos cuantos nombres...

16

El nombre de Walther Rauff, en tiempos máximo responsable del desarrollo de la flota de camiones de gas de Heydrich, fue, sin lugar a dudas, uno de los más sonados de entre todos, al menos para los oídos del Mosad. En 1942 Rauff había liderado las tropas de las SS en el norte de África y ya ahí le habían dado órdenes de invadir Palestina con el general Rommel, de arrasar Tel Aviv y matar a todos los judíos que vivían allí, empezando por gente como el capitán Harel. No es de extrañar que a Isser le interesara mucho la información de que ahora Rauff era agente del BND en Chile y recibía un sueldo mensual de 2.000 marcos alemanes; así que, después de revelarle dónde estaba a instancia de Ev, también recibió un paquete regalo del Mosad, aunque no lo abrió porque, a diferencia de Alois Brunner, no le gustaban los dulces.

El Servicio Federal de Inteligencia también ofrecía su protección, aparte de trabajo, a otros nombres, como, por ejemplo, al ayudante de Eichmann: Otto von Bolschwing (bajo cuyas órdenes fueron asesinados los judíos de Bucarest), al oficial de la Gestapo Hans Sommer (responsable de la meticulosa destrucción de las sinagogas de París) y, sobre todo, a Otto Barnewald, ex jefe de la administración de los campos de Mauthausen, Neuengamme y Buchenwald, con quien yo solía jugar al tenis de mesa en Pullach. Tenía un saque de categoría.

Otro nombre del BND, Hans Becher, miembro del Departamento de la Gestapo encargado de los judíos de Viena y responsable de numerosas deportaciones y rigurosos registros domiciliarios (le gustaba disparar en los armarios antes de abrirlos), fue enviado por Gehlen a Egipto como instructor de unidades del ejército y la policía.

Otro nombre más del BND, Ernst Biberstein, jefe de la destacada Sección VI de las SS en Ucrania, antiguo pastor, había sido condenado a muerte junto con todo su grupo en los Juicios Núremberg, pero se le escapó al verdugo y fue a echarse directamente a los brazos de Gehlen, quien lo acogió como espía.

Un miembro del personal del campo de Auschwitz que también pudo ser reclutado para el BND fue el Sturmbannführer Ludwig Böhne (Ev todavía lo recordaba vagamente de cuando había servido como médico del campo, un tipo bajito y gordo con bigote a la manera del emperador Guillermo I de Prusia).

Otro nombre del BND, Hartmann Lauterbacher, adjunto del líder de las Juventudes del Reich Baldur von Schirach, mostraba la foto de su boda con Joseph Goebbels de padrino a cualquier residente de Pullach que quisiera verla. Lauterbacher había sido Gauleiter[32] de la Baja Sajonia

durante la guerra y dio su nombre a la bastante espectacular Action Lauterbacher (agrupación de todos los judíos que aún vivían en edificios exclusivos para ellos, a modo de gueto donde luego no duraban mucho tiempo con vida). Poco antes de la capitulación, amenazó con ejecutar a cualquier ciudadano de su amada Baja Sajonia que osara cometer la cobardía de entregarse al enemigo, si bien luego fue el primero en hacerlo, junto con setenta y ocho millones de cigarrillos que había protegido heroicamente.

A finales de la década de los cincuenta, Lauterbacher fue enviado como jefe de la sección del BND en el norte de África, primero a El Cairo y luego a Túnez, con lo cual fue a convertirse en mi homólogo en el país vecino y, de hecho, dada la proximidad física, me reuní con él varias veces para conspirar, por ejemplo, una vez en un restaurante de primera clase en el Nilo, para hablar de esto y de aquello mientras degustábamos los platos típicos de la cocina local, *kofta* y *kushari*.

Ev también quería sorprender al señor Lauterbacher con un pequeño obsequio, pero eso habría puesto al Mosad sobre la pista de mi propio nombre (Himmelreich para el BND).

Rodeado de todos aquéllos, el Innombrable parecía ser poco más que un peso ligero, aunque Ev descubrió que había estado involucrado en las operaciones de exhumación de los bosques de Bickern, donde, durante aquellas semanas en que yo primero envié a Politov a Moscú y luego estuve esperando mi ejecución a la prisión de la Gestapo de Riga, bajo el mando supremo de Hub se habían desenterrado decenas de miles de cadáveres medio descompuestos y formado montones de huesos y pedazos de carne sobre enormes rejillas de madera para rociarlos con gasolina, aceite y alquitrán, quemar los cadáveres durante varios días y finalmente moler los restos humanos carbonizados hasta que quedaron reducidos a tierra y turba negra sobre la que nuestro hermano aún tenía la intención de plantar abedules jóvenes, pero no lo hizo, porque ya no le dio tiempo.

—No —resumió Ev—, nombres del BND no faltan. Los nombres del BND brotan como hongos a lo largo de cada borde de cualquier camino. No veo motivo por el que no debamos eliminarlos de raíz y a todos. Su política de ir recolectando nombres sueltos ya no es suficiente, Isser.

Ev se dirigió al capitán Harel con frialdad y aire de suficiencia, mientras él se balanceaba sobre su silla como un poseso, con los labios tan apretados que se veían como una simple línea. Estábamos los tres sentados en su despacho de Jaffa. Ahora tenía la cabeza de león colgada en la pared de detrás de su mesa, y con dos ojos: el izquierdo seguía siendo el viejo guijarro blanco con la pupila pintada de siempre, y en la cuenca derecha le habían puesto una canica de cristal nuevecita que me miraba fijamente.

—Sí, tiene razón, Ev —dijo finalmente Harel.

A mi lado, Ev respiró aliviada, casi feliz.

Qué bien conozco el sonido de esa respiración. Lo había escuchado al pie del árbol de Navidad (la primera vez que Ev no recibió como regalo la muñeca de turno, sino soldaditos de plomo pintados por papá, lo mismo que sus hermanos), o por teléfono, cuando amaba mi voz después de los devastadores bombardeos de Berlín. El ruido de aquella respiración, aliviada de golpe de algo que la angustiaba, encajaba muy mal con la afirmación de Harel de que tenía razón. ¿Tenía razón en que los paquetes bomba causan muy poco daño? ¿Tenía razón al entregar a su hermano mayor para que lo liquidasen? ¿Podría tener razón al desearle lo peor? ¿Era mejor persona que él ahora que comenzaba a imitarlo? ¿Erradicar? ¿Liquidar? ¿Fulminar? ¿Arrancar de raíz?

Tales eran las palabras que, de pronto, desempeñaban un papel en su vida.

No es que quiera yo considerarme superior a ellos, porque si me abrí camino fue gracias al mismo vocabulario. Ahora bien, lo de sentirme en posesión de la verdad en cada momento era una actitud que, hasta entonces, tan sólo había asociado con Hub. Y, en cierto modo, Ev se había vuelto igual que él. Y del mismo modo en que él siempre se había sentido una buena persona, Ev se sentía representante del bien con el vestido negro de verdugo existencialista cuya espalda le había abrochado yo por la mañana.

—¡Jeremias! —sonó la enérgica voz del capitán Harel, despertándome de aquellos pensamientos infructuosos como una sacudida. Odiaba que me llamaran Jeremias.

—¿Isser? —dije, obediente, y eso que odiaba su nombre real incluso más que el mío falso.

—Lo hará saltar por los aires.

—A Reinhard Gehlen.

Un silencio de infarto descendió sobre nosotros desde las fauces del león, como aire frío que le saliera por la boca. ¿Dónde habría rugido en vida? Se dice que había sido el último de su especie en Asia Menor, *Panthera leo persica*, aniquilado por los beduinos en el desierto de Siria; es curioso qué cosas en latín te vienen a la mente en determinados instantes.

—¿Pretende que haga volar por los aires al jefe del Servicio Federal de Inteligencia?

—Es la única solución.

—El señor Gehlen es mi superior.

—Yo soy su superior.

—No puedo hacer saltar por los aires al doctor Gehlen.

—Pero, cariño, ¿por qué no?

—Por favor, Ev, no te metas.

El capitán Harel se levantó y se dirigió a la pequeña puerta del balcón. Se asomó a la calle, a la ciudad arrebatada a los árabes, y si hubiera dibujado su rostro, habría sido igual que el de Laocoonte, un suspiro tallado en mármol blanco, parece mentira cómo Isser era capaz de unir emociones y principios en fracciones de segundo.

—¿Un ex general de la Wehrmacht que se dedicaba a informar en persona a Hitler y ahora está construyendo los servicios secretos de Alemania Occidental con todos estos nazis? —dijo hacia el balcón—. No, eso no se puede consentir. Es una amenaza constante para Israel.

—Pero ¿por qué?

—¡Eche un vistazo a la colección de archivos de su esposa!

—Conozco la colección de archivos de mi esposa. Si ha llegado a ser la colección de archivos de mi esposa es gracias a mi ayuda.

Harel se dio la vuelta, todavía con la mirada de dolor de Laocoonte, aunque ahora mezclada a una determinación muy diferente: la de deshacerse de las serpientes que lo estrangulaban y mordían.

—¿Cómo se le ha podido ocurrir a este hombre una idea tan disparatada, Jeremias? ¿Cómo puede emplear a antiguos oficiales de las SS como agentes en Egipto, en Túnez, en Siria, en el Líbano, en todos nuestros países vecinos? ¿Es que está buscando la solución final?

—A mí también me envió aquí.

—Ya, ya, y si he de serle sincero, me sorprende que no fuera usted miembro de las SS como el resto. Sería muy propio de Gehlen colarme un huevo de cuco en mi nido.

—Yo creo —se apresuró a decir Ev— que mi esposo tiene ciertos escrúpulos humanitarios.

—¿Escrúpulos humanitarios? —me preguntó Isser con asombro—. Creía que despreciaba usted a Gehlen...

—Ni que decir tiene que lo desprecio. Lo que pasa, claro... es que todo el comercio de armas se gestiona a través de él. Y nuestros dos países se están acercando gracias al comercio de armas. No se puede hacer volar por los aires a uno de los más altos representantes de la República Federal. Sería es como hacer saltar por los aires a nuestro ministro de Defensa.

—Deje que sea yo quien se ocupe de eso. Hablaré con Ben-Gurión.

Ev se alisó el vestidito de verdugo y dijo en tono pomposo:

—Necesitamos un faro que le deje al mundo inequívocamente claro que ningún nazi puede sentirse seguro en ninguna parte, vaya adonde vaya.

—Pero eso no es encender es un faro, es autoinmolarse —dije.

—Isser... —Ev se volvió hacia Harel y odié aquel gesto tan noble como prepotente—. No debes asignar esta tarea a Jeremias. Tiene el típico carácter de artista.

¿Cómo se atrevía a llamarme Jeremias? ¿Cómo podía hacerme algo así?

—¿Se supone que tengo el típico carácter de artista?

—No te enfades. Entiendo tus escrúpulos.

—¿Que soy el típico artista? ¡Soy el típico sicario!

—Cariño...

—¡Y me importa un carajo a quién haya que volar por los aires! Sólo que quiero asegurarme

de que luego no sembremos aquí una paranoia que después tenga a la gente revolcándose en su propia sangre y su propia mierda.

—Estamos en el Mosad, Jeremias —dijo Isser en tono conciliador—. Es cierto que estamos paranoicos. Pero que estemos paranoicos no es incompatible con que también haya gente persiguiéndonos.

Con aquel viejo chiste (nada que ver con chistes como el de la tav, claro) se apartó de la ventana, se acercó a mí y me agarró de los brazos como si fueran las asas de una gran ánfora llena de dolor y recelo.

—Es el único que cuenta con la confianza de Gehlen, Jeremias. El único que conoce su casa y puede entrar en ella. El único que puede conseguir explosivos con facilidad. Incluso del propio BND puede conseguir explosivos sin problema. Es probable que aún pueda eliminar al doctor con su propio material.

Soltó el ánfora y le dio un cachete.

—Créame, podría haber hecho muchas cosas en la vida de una manera diferente y mejor. Pero lo que va a hacer ahora es, con mucho, lo mejor que se puede hacer con dinamita.

17

A nadie se le ocurría contravenir las órdenes de Isser Harel. Y eso que rara vez me he encontrado con nadie que desprendiera menos autoridad natural que él. Su forma de vestir era legendaria. Nunca llevaba nada que no fuera de algodón arrugado color arena, y luego pantalones cortos, aparte de las eternas sandalias con calcetines de curiosos estampados y colores que no se podían comprar en ninguna parte. No sabía hacer un nudo de corbata, y aunque trataban de enseñarle una y otra vez —también yo le mostré el nudo Windsor varias veces—, al instante se olvidaba de la primera vuelta necesaria. Al final, lo que hizo durante años fue llevar siempre consigo una corbata con el nudo ya hecho, una que en su día había sido verde oscuro, pero que ya tenía tanto uso y tanta grasa incorporada que se veía brillante, y así, cuando le hacía falta, se la ponía por la cabeza y ajustaba el nudo al cuello como la soga de un ahorcado, sin importarle quién estuviera delante como testigo, y entonces echaba a andar todo tranquilo y orgulloso en dirección al correspondiente banquete oficial si no le quedaba más remedio, pues a diferencia de Reinhard Gehlen odiaba los banquetes.

Mientras que Gehlen, además, apreciaba la buena cocina alemana (¡Venado asado! *Cordon bleu*!), si bien tampoco le hacía ascos a la excelente comida italiana y menos aún a la francesa, todavía más exquisita, y, en Pullach, sentado a la mesa en el círculo de sus sumos sacerdotes, siempre mandaba que le sirvieran a modo de camareros con librea los agentes más jóvenes, a la hora de comer, Harel solía ir solo a la taberna de taxistas más modesta de Jaffa y se alimentaba meses y meses a base de su adorada ensalada de pepino con yogur y crema inglesa de postre.

Se negaba a tener chófer, sino que insistía en ir al volante él mismo adonde fuera. Era un conductor espantoso, iba histérico y hacía lo que le daba la gana, pero nunca quería que lo llevase nadie para que no se supiera quién era; y luego quien iba en el asiento de atrás era su chófer, Yossi, pues en su opinión era mucho más seguro viajar así en caso de atentado... más seguro para él, claro, no así para Yossi. Había aprendido aquel truco en una novela de Agatha Christie.

—Aprender de Miss Marple es aprender a ganar —decía a menudo.

Es una pena que no aprendiera de ella nada de inglés.

Incluso su hebreo era grotesco. Hablaba casi exclusivamente yidis, con el tonillo musical típico de los judíos letones.

Desde hacía bastante tiempo, sabíamos que él y su familia procedían de Dünaburg, y estaba

convencido de que debía estar emparentado con Ev de alguna manera, pues, según él, todos los judíos de Dünaburg eran familia.

A menudo me he preguntado cómo es que el Mosad, que parecía constar de un puñado de holgazanes condescendientes y siempre luchando con problemas de financiación, estaba dirigido por aquel enano de aspecto impresentable y obviamente sin dotes de liderazgo (al margen de su cualidad más destacada: una impaciencia que no tardaba en convertirse en cólera, actitud con la cual no se impone uno ni frente a un tiesto); cómo es posible que de aquel despropósito pudiera surgir un servicio de inteligencia eficiente, aterrador y prodigiosamente útil, es decir: justo el polo opuesto de la Org. Supongo que porque Isser Harel estaba dispuesto a imaginar lo inimaginable. Porque su mente agudísima no era más débil que su voluntad. Y porque el buen gusto, incluso el buen gusto de lo moral (o, como él decía con desprecio, la moralidad del buen gusto), no constituía para él una categoría vinculada al trabajo como obligación.

De ahí que su orden de asesinar a Reinhard Gehlen fuese completamente en serio.

Claro, también es evidente que de esa forma no podía yo llevar la paz a Israel, querido swami.

Resultaba inquietante la devoción que Ev desarrolló a la vista de aquella orden. Por devoción entiendo yo ese celo que de algún modo anula a la persona, una fruición que nunca había visto en Ev, quien siempre había sido demasiado egocéntrica para entregarse a una causa ajena. Estaba demasiado convencida de ser la copa de oro en el campeonato de la vida. Desde el primer día en que llegó a nuestra casa, ya había algo en ella que se antojaba demasiado cautivador, demasiado fácil, demasiado divertido como para que ahora pudiera haberse perdido por completo.

Ev se mareaba con frecuencia, sobre todo en los meses calurosos de Tel Aviv, y entonces tenía que sentarse a la sombra, aunque ahora no se desquiciaba por ello. También se había esfumado todo resto de hipocondría, aunque igualmente podría decir que se había esfumado de ella todo lo divertido.

Me pregunté cómo se le ocurrió ofrecerse voluntaria.

Le hacía mucha ilusión colaborar conmigo en el plan Gehlen, llamado Operation Thanatos, idear e ir ejecutando todos los pasos. Y, sobre todo, hacerlo conmigo. Una mañana le pregunté por qué. ¿Por qué?

Sin decir nada, peló el huevo cocido del desayuno, murmuró algo acerca del apoyo mutuo y de una puesta a prueba crucial, y se comió el huevo. Eso no era una respuesta. Era un signo de distancia. Porque el hecho de que dos personas desayunen juntas por la mañana y vayan a la playa a nadar juntas por la tarde no significa en absoluto que hayan salvado la distancia inherente

a todas las relaciones similares al matrimonio, por no decir que casi es inherente a los rituales de todo tipo.

Comencé a planificar la Operación Thanatos en contra de mi voluntad.

Para ello, dibujé de memoria (y protestando) el plano de planta de la villa de Gehlen en el lago de Starnberg y encontré los puntos adecuados para colocar bombas: 1) en la despensa y 2) en el cuarto de la caldera de la calefacción. Calculando la efectividad de los explosivos, consideré varias opciones de detonación, cuyo brillante resultado parecía merecer la pena si se consideraba factor de eliminación de ciertas cosas insoportables (aquellas veladas para tomar el té con la nobleza del BND de Silesia, por ejemplo, o el condenado perro labrador), si bien requería cierta revisión con respecto a otras (las pavisosas de las hijas o incluso la señora Herta, quien a su vez estaba convencida de ser pariente mía).

Finalmente los daños colaterales inevitables nos condujeron a un callejón sin salida. Descarté, pues, la opción de la dinamita para eliminar al doctor Gehlen, y estudié con Ev si lo mejor en su caso no sería un secuestro clásico.

Ev quería llevar a Gehlen ante los tribunales como fuera, propósito en el que ya había fracasado el desafortunado Otto John, y cuando se lo expuse a Ev —ella estaba sentada a la mesa de nuestra diminuta cocina, untando queso en un trozo de pan (una excepción, pues no solíamos hablar más que durante el desayuno)— lo que deseó con todas sus ganas fue ver colgando de la horca a semejante malnacido. O eso fue lo que gruñó.

—Vamos a ver, cariño... —empecé con cautela y luego guardé silencio durante un rato. De repente me di cuenta de que en todo ese tiempo habíamos hablado muy poco sobre la horca, si bien cuanto hacíamos a fin de cuentas conducía a ello.

—¿Qué te angustia tanto? —preguntó.

—¿Estás segura de seguir adelante con esto?

—Claro que estoy segura.

—Ben-Gurión no lo autorizará nunca. Eso también lo sabes.

—Ya veremos.

—Pero Gehlen nunca les hizo nada a los judíos. Tiene el expediente más limpio que lavado con Persil. Varios expedientes incluso. Y hasta hizo campaña a favor del pago de reparaciones a Israel. Y sin él nunca estarías aquí.

—El que no estaría aquí sin él eres tú.

—¿Y en señal de agradecimiento le echo un saco por la cabeza y me lo cargo yo mismo?

Ev se volvió hacia mí, dejando el pan con queso a medio comer, y sus ojos, pequeños y cansados, me atraparon como unas tenazas.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Te encuentro muy dura, Ev.

—¿Que yo soy dura?

—Te has vuelto muy radical desde que empezaste a trabajar para Harel.

—¿Qué te molesta de eso?

—No sé. ¿Tienes que intentar como sea matar a toda esa gente?

—¿A qué te refieres con «gente»? ¿Nazis?

—Sí.

—Tiene gracia. ¿Quién nos da las direcciones para enviarles sus paquetes regalo?

—No tengo más remedio que hacerlo si queremos sobrevivir. No lo hago nada a gusto.

—¿No lo haces con gusto?

—No.

—Pues yo lo hago encantada.

—Has cambiado, Ev.

—Son unos canallas.

—La gente como Gehlen, a lo sumo, son medio canallas.

Ev golpeó la mesa con la palma de la mano, se levantó de un salto y estiró el dedo índice (el derecho). Me apuntó con él como con una pequeña espada. Ella también quería decir algo, pues de lo contrario el gesto no tiene sentido, pero lo que fuera que estaba pensando no llegó a madurar y ella misma lo descartó riendo, a lo que siguió un resoplido de desprecio, retiró el dedo espada y cruzó los brazos sobre el pecho. Luego respiró hondo para relajarse, caminó unos pasos y acabó quedándose parada bajo el umbral de la puerta, mirándome con el ceño fruncido como si algo le extrañase sobremanera, por ejemplo: constatar que vivía con un ratón humano que ahora estaba sentado a la mesa de su cocina con la mirada fija en un pan con queso.

—¿A qué viene este sermón, Koja? ¿Me lo puedes decir? —me ladró—. Fuiste tú quien me animó a que hiciera algo. Por primera vez desde la muerte de Anna, vuelvo a hacer algo a lo que le veo un sentido.

—Como médico, hiciste algo con mucho más sentido.

—Para mí sólo tenía sentido a medias.

—Mira, Ev, al que se despierta de un coma le importa una mierda si, para el médico, salvarlo tenía sentido a medias o a enteras.

—¿Qué clase de conversación va a ser ésta?

—No sé qué tipo de conversación va a ser. Nosotros ya no tenemos conversaciones, sólo negociamos. Trabajamos juntos y, para serte sincero, no creo que eso sea ir por buen camino.

—¿Hub y tú también trabajabais juntos así?

—¿Cómo?

—Como trabajamos tú y yo.

—¿Quieres decir si hablábamos de las personas que teníamos que matar?

—Yo no he dicho eso.

—Es lo que querías decir.

—Ya basta.

—No me extrañaría nada que también me abrieras un expediente a mí.

—¿Estás loco?

—¡Hauptsturmführer Solm! Nacido en Riga el nueve de noviembre de mil novecientos nueve: Se le acusa de lo siguiente...

—Ya sé qué tipo de conversación va a ser ésta. ¡Una de esas conversaciones en las que no tiene nada que ver en absoluto lo que se dice y lo que se quiere decir!

—¿Soy un número en tus archivos o no?

—¡No hay nada contra ti, ni lo más mínimo!

—Eso es que sí.

Sin fuerzas, se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Por qué me preguntas todo esto?

—Porque yo también soy uno de ellos.

Ev me devolvió una mirada completamente muerta, vacía de toda certeza.

—Un medio canalla.

Pasó un rato. Entonces, su escepticismo se fue desmigajando y dio paso a una leve sonrisa que abrió pequeños círculos concéntricos en su rostro, como cuando se arroja un guijarro al agua, y luego llegaron hasta los ojos, que se tornaron grandes y muy brillantes.

—Pero, cariño... Tu caso es completamente diferente.

Se dio impulso con el hombro en el marco de la puerta para apartarse y sentarse de nuevo a mi lado, y me puso la mano en la mejilla, una mano suave y cálida, sin dedo índice amenazador.

—Tú eres Jeremias Himmelreich —dijo en voz baja—, ya no eres Konstantin Solm. Y Konstantin Solm luchó contra los nazis a pesar de estar obligado a llevar su uniforme: él no mató a nadie.

Claro, eso no era del todo cierto, pero no había forma de remediarlo, con lo cual me limité a señalar:

—Al igual que Gehlen.

—Y Konstantin Solm no le hizo nada más a nadie.

Yo volví a ver el bosque de Bickern, aquella primera luz del sol atravesando las ramas.

—¿O sí?

Los pasos en silencio de aquella gente.

—¿Koja? ¿Hay algo que necesites decirme?

Los gritos y luego los disparos y el bebé junto a la mujer, aquel bebé.

—¿Koja?

—No. Es sólo que no entiendo cómo puedes ser tan despiadada. Si fueras consecuente, también tendrías que ser despiadada conmigo por hacerme pasar por judío. Tendrías que ser despiadada incluso contigo misma por llevar una vida que en realidad no es la tuya. No importa a cuántos canallas envíes a la horca, seguirás viviendo con una identidad falsa.

—Gracias a Dios.

—¿Gracias a Dios?

—Gracias a Dios no hay nada que tengas que decirme.

Me retiró algo de la cara, tal vez un remolino de pelo que tenía cuando era pequeño. Luego me besó, con una ternura lánguida, voluptuosa y engañosa ante la cual yo estaba perdido sin remisión, y a punto estuve de evocar cierta imagen que colgaba con toda nitidez en la pared de mi memoria, pintada por la culpa, la vergüenza y el miedo, con colores que Ev no me había visto utilizar en la vida; y si, en aquel momento, me hubiera susurrado que podía contarle todo, lo que fuera, incluso las cosas más abominables, porque yo era suyo, era su persona en el sentido más puro de la palabra y frente a ella no necesitaba ninguna máscara, estoy seguro de que le habría mostrado aquella imagen; es más, hasta sentí arcadas porque se me quería escapar por la boca, pero ella me la tapó con la suya hasta que me aparté para evitar vomitar entre sus dientes, y la oí susurrar que yo era su rey de la verdad, y claro, ahí yo ya no pude contarle nada.

En medio de toda aquella confusión y después de muchas semanas de concentradas elucubraciones acerca del plan, llegó la entera realidad del veto de Shimon Peres que, vacilante, secundó Ben-Gurión.

Ambos pensaban que un intento de asesinar a uno de los principales representantes del Estado que, clandestinamente, les enviaba donaciones de material de guerra semana tras semana a través del puerto de Marsella, no podía tener sólo repercusiones positivas, más allá de que constituiría una violación del derecho internacional... En suma, los argumentos que esgrimen los políticos cuando les conviene.

Lo que no es óbice, por supuesto, para que me sintiera liberado de ciertas preocupaciones. Mis puntos fuertes nunca se han hallado en el terreno operativo, y el veto también supuso un alivio por eso.

El capitán Harel, por su parte, estaba que se subía por las paredes, se mesaba los cabellos que no tenía, se sacó la camisa de los pantalones cortos e incluso mordió la tela (he ahí una de las razones por las cuales las camisas de Harel siempre estaban arrugadas), gritando una y otra vez: «*A schand! A schand! A schand*...!» hasta que se le quebraba la voz.

—¡¿Me estás diciendo, pedazo de intrigante, que...?! —gritaba al auricular del teléfono, al otro

lado del cual debió de dejar sordo a Peres— ¿que consienta en que ese criminal se vaya de rositas, así sin más?

Aquel gran faro de dimensiones volcánicas que Harel pretendía que surgiera a raíz de la muerte del doctor Gehlen, fuese en una explosión o en la horca, no se materializó.

Cierto es que Ev, quien también se sintió decepcionada, le sugirió como alternativa al canalla de Hans Josef Maria Globke, niño bonito de Adenauer y Jefe de la Cancillería Federal (en tiempos de los nazis había sido alto consejero del Ministerio del Interior y responsable de la gestión de la población judía, es decir: de la «J» que estampaban en todos los pasaportes, así como de la ingeniosa orden de que todos aquellos nombres que sonaban demasiado germánicos fuesen sustituidos en los documentos por otros típicos como «Israel» o «Sarah», y, finalmente, de la ampliación del concepto de «crimen contra la raza» hasta el punto de que también se castigaba con la muerte la «masturbación entre arios y judíos»... justo la tierna y a la vez lujuriosa atención que Ev y yo teníamos el uno con el otro y que nos hacía estremecer hasta la médula en las suaves tardes de invierno en nuestra playa del Mediterráneo).

Al capitán Harel, en cambio, no le hizo gracia la sugerencia de Globke. Le ladró a mi esposa, del todo inexperta en mostrarse arrepentida cuando se había pasado de la raya, que, para el caso, era como si le hubiese propuesto liquidar a Jruschov. Todas las demás propuestas de candidatos de Ev se estrellaron igualmente contra un muro de indignación, bien porque la persona elegida era poco importante o porque estaba en paradero desconocido, como era el caso de Martin Bormann, que había sido el Hans Globke de Adolf Hitler y de quien se sospechaba que vivía en una hacienda en México, dedicado a la sosegada vida del criador de gallinas, aunque luego resultó no ser cierto.

Fui yo quien le recordó en voz baja al furibundo jefe del Mosad que mi jefe de departamento, Hach, nuestro Fritz Palestina, aún conservaba la dirección de Karl Adolf Eichmann en su cajón. No es que no lo hubiera mencionado yo antes, sólo que nadie me había creído. Ni yo mismo me explico cómo no lo tuve en cuenta antes, tal vez porque Eichmann era el único nazi huido, aparte de Mengele, el famoso médico de Auschwitz (a quien Ev no conocía, pues se había ido de allí antes de que él asumiera sus funciones), con quien la Org no había escatimado en atenciones.

Cuando Isser supo que el BND sabía desde hacía años dónde y con qué nombre vivía el máximo responsable de la «solución final», la encarnación de la máxima bajeza humana y de un veneno más letal que el cianuro, le entró tal ataque de rabia que casi se lo lleva por delante incluso siendo un colérico de marca mayor como era.

Al instante llamó a Shimon Peres y, a pesar de que estaba afónico de tanto dar voces, le preguntó a gritos si no podía reconsiderarse el plan de liquidación de Reinhard Gehlen, dado que

aquel cabronazo le había ocultado al pueblo judío el paradero del ARCHIENEMIGO, y cuando decía el ARCHIENEMIGO quería decir el ARCHIENEMIGO: el Obersturmbannführer Karl Adolf ARCHIENEMIGO, jefe de la Sección de ARCHIENEMIGOS de la Oficina Central de Seguridad del Reich, en Berlín.

Peres trató de sosegar a Harel acudiendo al puro sentido común y, finalmente, sugirió anteponer la liquidación del señor Eichmann a la del doctor Gehlen, aunque sólo fuera para no entristecer al ministro de Defensa Strauß, de quien dependían las entregas de armas.

Así fue, pues, como una cosa llevó a la otra.

Me tomó un año entero y dos viajes a Pullach durante el otoño conseguir la información que necesitábamos acerca de nuestro bien conservado hebraísta a través de Fritz, ganándomelo por las buenas (con una pizca de ingenio y una pizca de engaño).

De cómo terminó esa historia supongo que estará bien enterado, mi querido swami amante de los viajes: en sus memorias, que se publicaron el año pasado con el título de *La casa de la calle Garibaldi* (*The House on Garibaldi Street*, The Viking Press, Londres, 1973), ese viejo zorro de Harel responsabilizó a un fiscal alemán de ponerle sobre la pista de Eichmann, un movimiento muy inteligente de su parte, en parte cierto y, sobre todo, poco comprometedor porque el susodicho fiscal lleva mucho tiempo muerto y enterrado.

Cuando Adolf Eichmann, disfrazado de copiloto y bajo la custodia de un comando especial que iba con los pelos de punta de la emoción, aterrizó en un avión de El-Al en el aeropuerto de Lod el 22 de mayo de 1960, Ev y yo fuimos a recoger a nuestro jefe en la pista de aterrizaje. ¡Y ahí sí que lo vimos de buen humor! Isser en persona había dirigido el golpe en Buenos Aires y, como era de esperar en él, traía una maleta del tamaño de una cartera de colegial.

Dejamos que nos llevara en coche, él al volante, a ver al primer ministro para informarlo, henchidos de orgullo, del éxito de la detención.

Desde la antecámara del despacho de Ben-Gurión, a través de una rendija de la puerta, vi sus famosos pelos estilo Einstein, que parecían agitarse de satisfacción. Luego, cuando me ofreció un sorbo de su copa de champán después de que Isser le revelara mi papel en todo aquel espectáculo, parecía la encarnación de la dignidad.

Para celebrar el día, el primer ministro nos acompañó hasta la entrada de su residencia oficial y se quedó perplejo de que su triunfante *memuneh* —o sea, Harel— se pusiera al volante de un Fiat para llevar a casa a sus dos agentes no israelíes, viaje del que por poco salimos mal parados porque en la Bograshov Street se nos cruzó un autobús y nuestros frenos no eran los mejores (además de que a Isser no le gustaba frenar).

Luego lo celebramos un poco más con él en nuestro piso, aunque quizá sea excesivo hablar de

celebración, tratándose de alguien que consideraba el alcohol, los cigarrillos y cualquier tipo de dulce como algo superfluo e incordiante. Admiró los numerosos dibujos de nuestra hija que decoraban las paredes y, más tarde esa misma noche, le hice lo que él entendió como una caricatura, pero era una fiel representación de su peculiarísima apariencia.

También es posible que yo estuviese un tanto desentrenado.

En los cinco años en Tel Aviv apenas había dibujado o pintado. A lo sumo, había hecho cabezas partidas o con el interior en llamas, con muchos ojos y muchas bocas, nada de simples paisajes o retratos.

Al día siguiente, Tel Aviv era un hervidero. La gente corría por las calles dando gritos, el tráfico se colapsó, igual que la red telefónica. Multitudes se reunieron frente a la radio en los bares y tiendas de electrodomésticos y, en la Knéset, un anciano rabino se cayó muerto del sillón porque su arrugado corazón no pudo con una noticia como la detención de Eichmann. Por todas partes se oían las bocinas de los coches y los barcos del puerto hicieron sonar sus sirenas como si se estuviese celebrando la boda del mismísimo rey David, cuando lo cierto era que tan sólo habían capturado a una mala bestia con quien Ev, no hacía mucho, había coincidido en la cola en la panadería de Posen y la había dejado pasar delante como todo un caballero.

Cinco meses después Isser Harel me llamó por teléfono y me dijo que yo era una decepción, un desagradecido y un pedazo de mierda, y que Alemania se dirigía a la catástrofe.

Pero eso ya lo sabía yo, pues había recibido órdenes de urdirla.

18

Cuando Ev y yo llegamos al puerto de Jaffa, el 6 de enero de 1956, había comenzado el principio del fin del *hérem*.

Pocas semanas después, puede que estuviéramos a 30 de enero de 1956, se eliminó la prohibición del uso de la lengua alemana. Se permitió a los *jeckes*, como llamaban a los judíos alemanes, volver a hablar en su lengua hasta que se les rompiera el pico después de haberlo tenido cerrado tantos años, y aunque se mantuvo el veto general a las actuaciones de músicos, actores y bailarines alemanes, se concederían permisos excepcionales. En las universidades se autorizó la introducción de bibliografía técnica en alemán, preferiblemente relacionada con la construcción de reactores nucleares, que habría de resultar útil.

El 26 de marzo de 1957 viajó a Israel la primera celebridad alemana: el candidato a la Cancillería Erich Ollenhauer. Se le concedió un permiso oficial para entrar en el país a título individual, de modo que no lo autorizaron a pasearse demasiado, pero sí a pronunciar (en público, después de todo) un discurso que el público toleró en silencio y premió con escasísimos aplausos: una loa a la socialdemocracia (no la alemana, sino la del Estado de Israel, que lo había invitado).

El 15 de septiembre de 1957, Willi Daume, presidente de la Federación Alemana de Deportes, viajó a Tel Aviv, donde hicieron la vista gorda ante su pertenencia al Partido Nacionalsocialista en una época que él mismo había olvidado hacía mucho. Así se convirtió en el primer representante oficial de la República Federal de Alemania en el nuevo país, además de inaugurar la bella tradición de hacer donaciones como gesto de reconciliación; en su caso, un montón de camisetas azules de la marca Adidas (modelo Lo Siento Mucho).

Ese incipiente acercamiento administrativo entre los dos países, preñado de la frescura, la entrega, la alegría y la libertad inherentes al deporte, permitió que, más adelante, varios diputados del Bundestag entraran en Israel haciéndose pasar por funcionarios deportivos. Por ejemplo, un diputado barrigón y reumático del FDP se presentó en la Federación Israelí de Tenis de Mesa como un gran amante de ese bonito deporte para entregar una donación consistente en quince mil pelotitas que, sin embargo, fueron arrojadas al mar por un indignado superviviente del Holocausto (un acto sin duda poético, aunque con pocas repercusiones más allá de un ligero y fugaz cambio en el oleaje).

El 1 de diciembre de 1957, el Instituto Weizmann invitó al Instituto Max Planck de Múnich a

Israel y, como los institutos evidentemente no pueden viajar, quienes lo hicieron fueron científicos, sobre todo físicos nucleares.

Nadie supo en qué consistió su donación.

Y tampoco la que hizo Franz Josef Strauß después de nuestra entrañable visita navideña de 1957, salvo un reducido círculo de expertos en defensa que siguen encantados hasta hoy con tal muestra de generosidad.

El 1 de enero de 1960, la prohibición de importar marcas alemanas de automóviles por fin pasó también a la historia e Israel autorizó la venta nada menos que del vehículo insignia de la famosa organización nazi Kraft durch Freude (Fuerza a través de la Alegría): el Volkswagen Escarabajo, que se vendió maravillosamente (las donaciones de Volkswagen debieron de hacer llorar de alegría a sus destinatarios).

El 14 de marzo de 1960, David Ben-Gurión y Konrad Adenauer se reunieron en el hotel Waldorf-Astoria de Nueva York para hablar, mientras bebían licor de huevo, de más donaciones de todo tipo, si bien bajo el nombre de «acuerdos económicos» y «relaciones interpersonales».

Para el primer día de septiembre del mismo año, aquel acercamiento casi de gasterópodos entre los dos estados había avanzado tanto que incluso el general en retiro Reinhard Gehlen, casi condenado a muerte por Isser Harel, casi dinamitado por mí y prácticamente condenado a la horca por Ev, sintió la urgente necesidad de contribuir en persona a la amistad germano-israelí; idea que, como bien se podrá imaginar, me llenó de preocupación y aun de horror.

Pullach me acosó telefónicamente en busca de amigos judíos de confianza, pero a mí me pareció más prudente no informar al poco amistoso jefe del Mosad, lo que constituyó uno de los más crasos errores de mi vida.

Poco tiempo después yo estaba en el despacho del ministro de Defensa israelí viendo a Shimon Peres taparse los oídos ante los gritos de un furibundo Isser Harel. Pasaron unos minutos hasta que se quedó tan exhausto que necesitó beber medio litro de agua para no deshidratarse. Peres aprovechó el momento —pese a los ruidosos sorbos del energúmeno— para insistir en las ventajas de la cooperación entre los dos servicios de inteligencia que Alemania había propuesto.

—El BND está dispuesto —dijo extendiendo los brazos para expresar la dimensión de las donaciones que la parte alemana estaba dispuesta a hacer por mor de la reconciliación— a compartir con nosotros toda la información que posean sobre Oriente Medio, a entrenar a nuestros agentes y a ayudar a infiltrarlos en Egipto.

—¡Yo infiltré espías en Egipto cuando el BND aún se llamaba Gestapo!

—El BND no es la Gestapo, sino que trabaja muy de cerca con la CIA y...

—¡Ya sé lo que es el BND, cenutrio! ¡El BND está sentado allí enfrente, pegándomela!

Sólo dejó que sobresaliera en mi dirección su mandíbula inferior, pues tampoco quería darle importancia a quien en otra ocasión había llamado «una decepción, un desagradecido y un pedazo de mierda».

—Amigo Isser... el señor Himmelreich es tu agente más leal y así lo ha demostrado, pero también trabaja para los *goyim*. ¿Qué va a hacer si le piden ponerse en contacto con nosotros? Tú mismo sabes que no eres la persona más receptiva en ese tipo de asuntos.

—Soy el jefe de los servicios secretos israelíes, y si el jefe de un servicio enemigo quiere acercarse a nosotros debería dirigirse al puto jefe, y no a un flojo y un blandengue como tú.

—Tú no quisiste acompañarnos a ver a Strauß cuando fuimos. Y nunca buscarías el contacto con Gehlen.

—Buscaría el contacto con él si llevara suficiente explosivo plástico a mano.

—Ha hecho usted muy bien en informarme, Jeremias —me dijo Peres en tono cortés—. Aunque es cierto que hasta ahora vuestra gente le ha deseado lo mejor a los árabes. No me queda del todo claro qué hay detrás de esta propuesta.

—Sólo me han encargado transmitirles que la Operación Blaumeise implica la donación de recursos de un radio muy amplio y variado.

—¿Operación Blaumeise? ¿Qué pintan aquí los herrerillos azules?

—Todo lo demás desea contárselo el doctor Gehlen personalmente.

Peres se paró un instante a reflexionar, para lo cual cerró un ojo que abrió al cabo de un rato, y luego su mirada indulgente chocó contra el muro que era el capitán Harel.

—Escúchame, Isser, amigo, creo que deberíamos enviar una *klejne delegatsje*, una pequeña delegación a Pullach, a pesar de tus recelos.

—Envía lo que te dé la gana si no tienes ni una pizca de autoestima.

—Tú irías al mando de todo, por supuesto.

—¿Estás mal de la cabeza?

—Eres el jefe de todos nuestros servicios secretos, «y si el jefe de un servicio enemigo quiere acercarse a nosotros debería dirigirse al puto jefe...».

—¡Chúpame el fondo del ojete, Shimon Peres! ¡Un secretario de Estado no va a darme instrucciones a mí! ¡Me voy a ver a Ben-Gurión!

—Yo ya he estado hablando con Ben-Gurión.

Aquello no le hizo ninguna gracia a Harel.

—Menudo mono engreído eres... —bufó—. ¿Quién te crees que eres tan sólo porque tu abuelo era rabino? ¡Mi abuelo también era rabino!

—No discutamos sobre cuál de los dos fue mejor rabino.

—¿Crees que sólo mataron a tu familia?

Isser disparó ambas manos hacia los lados como si se le hubieran roto los muelles.

—¡Mataron a mi tío! ¡A mis tías! ¡Los fusiló el cuñado de este canalla!

Entonces me señaló a mí, y aunque Peres supo disimular su sorpresa, sentí como si unos pequeños cristales de hielo me subieran por el nervio óptico y me congelaran la retina, que se empañó como el cristal de una ventana, así que ya no vi mucho más que el aleteo frenético de Harel.

—¡A mi tío Moshe! ¡Su cuñado fusiló a mi tío Moshe!

—Isser, yo... —quiso decir Peres.

—¡A mi adorado tío Moshe! —lo cortó Harel—. ¡Su cuñado fusiló a mi adorado tío Moshe Jacobsohn y ahora dirige la cantina de Pullach, donde se supone que nuestra pequeña delegación se va a sentar en amor y compaña con ese general nazi a quien más nos valdría ejecutar de una vez, so gilipollas!

Ay, mi sensible swami... ¡quién me habría dicho, un solo día antes, que en el transcurso de mi vida iba a encontrarme de nuevo con Moshe Jacobsohn! O más bien con su nombre, su recuerdo, su figura buscando en los registros de nacimientos de Dünaburg los orígenes de Ev; con su kipá y su *gefilter Fisch*; y luego otra vez, al borde de una fosa, bajo la vigilancia de Stahlecker («Herr *Jugendfirer*! ¡Querido *Jugendfirer*! ¿Se acuerda de mí? ¿Se acuerda? ¿Meyer y Murmelstein?»). Si alguien me lo hubiera dicho un día antes, me habría adentrado nadando en el mar hasta ahogarme en las costas de Chipre.

Pero, a pesar de todo, descubrí que Isser Harel no sólo era de Letonia, igual que yo; que no sólo era de Dünaburg, igual que Ev; sino que su apellido no era Harel, sino Halperin, como su abuelo por parte de padre, el rabino; mientras que su otro abuelo, que no era rabino, sino el mayor comerciante de vinagre de San Petersburgo, se apellidaba Levin.

Y le servía un traguito de vinagre al zar cuando jugaban al bridge, igual que mi abuelo le servía vino (otro pequeño pero cálido detalle que teníamos en común). ¿Qué le sabría mejor al zar? No había manera de obtener respuesta a esa pregunta, así que dejé que Isser Harel, quien había emigrado a Palestina desde Riga siendo aún adolescente con una pistola escondida dentro de una hogaza de pan, siguiera arrojándome su vida en la cara, y así terminé enterándome de otras muchas cosas curiosas en los tres minutos que pasó vociferando hasta que le volvió a entrar la sed.

Peres no se movió ni un milímetro: sabe seguir prestando atención cuando el otro levanta la voz. Y cuando tuvo a Harel resollando y boqueando para tomar aire, le preguntó si se fiaría de mí o no, pues al fin y al cabo ésa era la pregunta clave.

—Yo no me fío ni de mi madre, pero este pedazo de mierda no sólo nos trajo a la señora Himmelreich, sino al ARCHIENEMIGO.

Peres asintió con la solemnidad propia de un jefe de Estado.

—Entonces organiza esa pequeña delegación con él, Isser querido. Como siempre decía mi abuelo: «Cuando sabes agacharte, avanzas a paso de hormiga.»

—¡¿Avanzar a paso de hormiga era a lo que aspiraba ese rabino de pacotilla?!

Inesperadamente, Peres no se levantó, ni rodeó la mesa, ni se plantó delante del capitán Harel, ni lo abofeteó; se quedó sentado acariciándose con el dorso de la mano la barbilla pulcramente afeitada: un movimiento bien ensayado, y luego dijo:

—Quien tiene buenos modales es capaz de soportar los malos. —Después hizo una pausa que duró lo justo para que no pareciera una pausa, sino el tiempo que tarda una idea en tornarse un fruto recién cogido del árbol del conocimiento, y añadió—: Seguro que tu abuelo, el gran rabino, siempre decía eso.

Hay que reconocer que ese Shimon Peres es un hombre muy interesante.

• • •

Ev se apartaba de mí mientras yo le decía:

—¡¿Por qué estás haciendo esto, por qué se lo cuentas a Harel todo sobre el Innombrable, por qué le tienes que decir que dirige la cantina?!

—Está todo en los archivos —susurró ella.

La suavidad con que lo dijo me dejó el corazón sin sangre.

—¿Ah, sí? ¿Recogen también que tiene un hermano? ¿Y que el hermano se esconde en Israel? ¿Y que se ha creado una falsa identidad judía y será condenado por alta traición como lo encuentren? ¿Está todo en esos archivos?

—Lo siento —dijo ella.

Estábamos uno frente al otro, consternados, ella de espaldas a la puerta abierta del balcón de casa, casi como para evitar que yo echase a correr y me tirase por encima de la barandilla.

—¿Qué vamos a hacer si aparece en alguna parte una foto mía, ya puestos, con el cuerpo enfundado en un bonito uniforme de las SS?

—Tú mismo eliminaste todos los rastros.

—¡Yo qué sé qué rastros hay siquiera! Ahora vuelvo a Pullach como si fuera judío, ¿sabes lo que eso significa?

—Sí.

—¡No tienes ni idea!

—No podrás decir la verdad.

—¿La verdad? No. Nunca podremos volver a decir la verdad. De esa idea te puedes despedir de una vez por todas.

—Es importante que en Pullach no pases miedo.

—No me da miedo Pullach. Si allí me encuentro con el Innombrable y me da un beso de Judas o si alguien más me delata, pues se habrá descubierto mi tapadera y me quedaré en Alemania. Pero ¿y tú qué, Ev?

—¿Qué de qué?

—¡Que estás aquí, en Israel! ¡Te colgarán!

—Vaya tontería.

—Te colgarán por espía.

Me cogí la mano en la suya, como si quisiera darle calor a un pajarillo medio congelado.

—Sabrás cómo salir bien airoso, igual que siempre. Creíble e inteligente.

—No podemos decir la verdad. ¡A ver si te entra en la cabeza! ¡Quiero que me asegures que nunca dirás la verdad!

—Está bien.

Ev ya no dijo nada más, tan sólo se dio la vuelta, tiró fuerte de mi mano para atraerme hacia su espalda de manera que ya no pudiera verle la cara. Tampoco vi su sonrisa temerosa, sólo el sudor del cuello y, detrás, el balcón abierto. Me quedé tan cerca de ella que veía cómo el fino vello de su nuca se movía suavemente con mi respiración.

—Algún día me encontrarás —dije en voz baja—. En eso consiste la misión que llevas a cabo aquí. ¿No te das cuenta? Darás conmigo en algún archivo de los que haces para Harel.

—Basta ya, Koja.

—No podremos seguir así para siempre. Algún día sucederá algo terrible.

—Todo va a salir bien. Lo sé.

Los últimos días antes del viaje, Ev dejó de hablar. Nada de desayunar juntos. Nada de ir a la playa por la tarde. Nada de hablar. Nuestros cuerpos dejaron de moverse como cuerpos de carne y hueso. Me hizo la maleta. Me dio el beso de rigor. Incluso me llevó al aeropuerto de Lod, sin decir ni palabra, con el vestido rojo con topitos blancos con el que la había retratado mucho tiempo atrás, dos veces incluso, y que al parecer le dio fuerzas cuando desaparecí detrás del control de seguridad.

19

El lápiz de carboncillo que siempre llevo encima y que a menudo se rompe en pedacitos pequeños, pues lo llevo encima incluso cuando voy a hacerme una radiografía, recorre la hoja de papel, trazando muchas líneas juntas en diagonal para dar más sombra a las zonas oscuras, que en su caso se vuelven cada vez más grandes y densas.

Al hippy se le está quedando la cara hundida. Los ojos se le hunden en las órbitas como si se los absorbiera el vacío del cráneo. Tiene que apoyarse en mí mientras arrastramos los pies hacia nuestro nuevo lugar de reunión, el banco verde del vestíbulo principal. Ya no podemos llegar al parque del hospital, que brilla al otro lado de los cristales como la grieta de un glaciar, e incluso en el pasillo, apoyado con la encorvada espalda contra el frente del ventanal, apenas logra hacer algo más que estar sentado y respirar, en tanto que yo lo inmortalizo en mi bloc de dibujo.

Para un principiante, un moribundo que posa como un reptil dormitando en infinita calma es un motivo aparentemente fácil de dibujar. Sin embargo, yo preferiría mil veces que fuera un gorrión lleno de vida o un mono capuchino saltando de rama en rama. Es incluso posible que esos animales me prestasen más oídos que el hippy, que está el pobre casi como un vegetal.

No me escucha.

Me está volviendo loco con su apatía letárgica.

Tienen que darse prisa con él.

Tienen que fijar fecha para operarlo lo antes posible.

Yo soy capaz de pagar a quien haga falta, si tiene problemas con el seguro médico.

Sólo quiero que me escuche.

¿Es pedir demasiado?

Lo único que le interesa ahora son los retratos que le hago, porque a través de ellos puede ver cómo su estado interior trasluce hacia el exterior. Su progresivo deterioro, por supuesto, también cambia su personalidad, y yo le explico que, en un retrato, no se trata tanto de lograr una reproducción idéntica (ya que esa reproducción está abocada a ser imperfecta, la propia palabra lo sugiere), sino de captar el carácter. Por ejemplo, en la Galería Doria Pamphili de Roma, van cientos de visitantes a diario a admirar retratos como el del Papa Inocencio X de Velázquez. Y no lo admiran por el parecido, que ya no le importa a nadie, puesto que a nadie le importa Inocencio X, a estas alturas poco más que polvo y una calavera dentro de un sepulcro de mármol. La admiración tiene que ver con el carácter de su esencia anterior que recoge el cuadro, con esa

esencia eterna, por más que tampoco sea sino un instante capturado en el óleo, si bien es eso mismo lo que le confiere su valor artístico.

Y así trato yo de caracterizar al hippy en mis bocetos.

—Pero yo no tengo aspecto de Papa —susurra Basti en tono cansino, y parece decepcionado por el retrato que le entrego.

—Usted es un swami.

—Yo tampoco parezco un swami.

—Yo dibujo lo que veo.

—Ve los restos de un ser humano.

—Eso es usted ahora mismo.

—Parezco una caricatura.

—En todo lo que vemos late una caricatura que también tenemos que reconocer. Así lo dijo una vez el gran Ingres.

El hippy nunca ha oído hablar del gran Ingres, pero no le importa.

—Un pintor —prosigo yo imperturbable—, debe tener la sensibilidad para captar los rasgos de una persona y descubrir la caricatura en ellos.

—Parezco un personaje de *Astérix*.

—A usted no le gusta esa idea de captar sólo el carácter. No le gusta que capte su interior.

—Usted no capta mi interior.

—Lo que pasa es que usted no se da cuenta. No es una cosa que duela.

—Usted no accede a mi interior en absoluto. Y si accedo yo al suyo... no sé, creía que sí. Pero ahora me parece que tampoco.

—Porque no me escucha.

—¿Me dejaría dibujarle?

—¿Cómo?

—Deme el papel. El bloc de dibujo. Quiero dibujarle.

—Cómo me va a dibujar, así, sin más. Es como si pretendiera ponerse a tocar el piano sin haberlo tocado nunca.

—A ver, que usted tampoco es una obra de Beethoven...

De modo que el hippy está aprendiendo a dibujar. Siempre dibuja mi fisonomía «sacando conclusiones», con la expresión que emplea él, igual que hacía la pequeña Anna cuando me retrataba a los cinco años. Un punto, otro punto, raya arriba y raya abajo, un círculo y ya está el retrato. El hippy a veces murmura eso. Se creerá que no le escucho. Igual es que está completamente ensimismado.

No es que el swami no tenga imaginación.

Tiene y le sobra.

Por ejemplo, en el primer retrato que me hizo, me puso barras alrededor de la cabeza y dijo que era una jaula para pájaros.

Otras veces me pinta cortes de navaja de afeitar en la cara, pero los cura poniéndome imperdibles (los imperdibles reales que la enfermera Gerda usa para asegurar el vendaje de su cabeza, los clava en el papel).

Luego me dibuja un cuerpo con un vestido de fiesta, pero le hace un agujero donde estaría el pene (y dibuja mi pene de judío circunciso), y al final me decora la cara con un bigotito hitleriano.

Otras veces me dibuja envuelto en un camisón ensangrentado, ahí usa mis ceras rojas. Bailando por encima de mi cabeza dibuja una mesilla de noche de cuyo cajón abierto sale una nube con mariposas, y le gusta en especial pintarles calaveras con huesos cruzados en las alas.

Yo le dejo hacer, escucho el nervioso murmullo de sus lápices (mis lápices) sobre el papel y sigo relatándole mi historia, pues tal como está, al borde del agotamiento, sólo es capaz de concentrarse en las palabras si a la vez dibuja.

—La gente que dibuja suele ser feliz —decía mi padre siempre, tiempo atrás—. Porque así pasa mucho tiempo anhelando.

20

Había helado, como si tuviera que helar cada vez que volvía a Alemania, e incluso estaba nevando, aunque sólo esos copos pequeños que el viento gélido utiliza para aguijonearte los ojos. En letón, «nieve» se dice «*sniegs*», pero la palabra nunca se utiliza sola, sino que siempre se habla de «*sals un sniegs*»: «hielo y nieve», como si la nieve no pudiera existir por su cuenta, y se asegura de que, para apreciar la auténtica belleza del *sals un sniegs*, hay de que, que contemplarlo bajo la luz brillante e incolora del mediodía: la misma que centelleaba ante nuestros ojos a izquierda y derecha de la calle.

Nuestro coche se acercó al gran portón de entrada que a duras penas reconocí.

La vieja garita de madera del guardia había sido demolida y reemplazada por una sólida caseta de vigilancia de ladrillo que recordaba un poco la del campo de concentración de Buchenwald. Así nos lo hizo notar Yossi entre dientes: no en balde había tenido ocasión de examinar *in situ* los detalles arquitectónicos de aquel campo durante dos años.

Esperamos con los motores en marcha y la vista fija en el nuevo edificio, al que habían instalado grandes paneles de cristal blindado. Tras los cristales verdosos se veían pequeños cactus, una maceta y dos lagartijas que contemplaban la nieve como nosotros.

Salieron dos guardias, en vez de los soldados americanos de costumbre. Vestían uniformes de la policía alemana, pero sin el emblema correspondiente; más bien llevaban bordadas en la manga las palabras BAYERISCHES LANDESAMT FÜR FRUCHT UND BODEN: Consejería Comarcal de Fruticultura y Agronomía, o algo por el estilo. Echaron una mirada rápida y displicente al interior del coche (Yossi, a mi lado, se puso a temblar), tras lo cual el guardia nos hizo el saludo militar.

El flamante portón corredizo de acero se abrió chirriando y los dos coches recorrieron la calzada de acceso, recién asfaltada, pasando ante muros y cercas eléctricas que ya no tenían nada que ver con lo que yo había diseñado en su día.

Como los perros guardianes no paraban de ladrar, el forzudo Yossi temblaba sin remedio.

Frente a la villa del doctor Gehlen, el capitán Harel se detuvo y apagó el motor. Sólo el clima le había impedido presentarse a la recepción con sus habituales pantalones cortos de color arena.

Abrió la guantera y sacó su inolvidable corbata lista para ponérsela por la cabeza, pero estaba tan nervioso que, sin querer, deshizo aquel nudo hecho hacía diez años. Lo oí maldecir en voz baja. Me miró a través del retrovisor como si Jeremias Himmelreich, a quien seguía teniendo en

su lista negra, le hubiese infligido una ofensa más. Pasó unos instantes tironeando de la tela para aquí y para allá, pero luego debió de pensar que le daba igual.

Se puso la corbata alrededor del cuello como si fuera una serpiente muerta, salió del coche y, sin abrocharse el abrigo —que le quedaba grande—, avanzó a grandes zancadas entre la nieve y el viento en dirección a un grupo de hombres que nos esperaban.

Reconocí desde lejos a Reinhard Gehlen. Como siempre, llevaba sombrero de ala ancha y gafas de sol —en cuyas esquinas rebotaban los copos de nieve como virutas de metal plateado—. El abrigo negro de piel de castor y los guantes de cuero le conferían cierto aire cardenalicio. De pie junto a él, con gabardinas forradas, muy tiesos y con cara de lerdos, estaban el señor Sangkehl y Fritz Palestina. A cierta distancia, algo encorvado, esperaba Heinz Felfe, a quien no reconocí hasta más adelante.

En ningún momento vi a un hombre con un solo brazo.

Justo antes de que Isser Harel llegara frente a Gehlen, este dio dos pasos hacia delante, pasó de largo y quiso estrecharle la mano a nuestro chófer Yossi, todavía en shock, al que quizá por su impresionante estatura, pero más probablemente porque era quien había venido en el asiento de atrás de nuestro coche, confundió con el jefe del Mosad (nadie podía pensar que era el chófer, puesto que no iba al volante).

—*Nejn, nejn, nejn* —negó Yossi y apartó la mano de Gehlen de un manotazo.

«No, no, no.»

Al hacerlo, también el guante del doctor salió volando y trazó un gran arco en el aire para ir a caer en la nieve, donde se clavó como un miembro amputado en cierta actitud de reproche.

Gehlen parecía más asombrado que molesto, aunque cualquiera sabe qué estaría pasando detrás de sus gafas de sol. Pues sí que empezamos bien, pensé, pero Gehlen dijo:

—El placer es todo mío, caballeros.

Después de aquello se hizo un silencio lo bastante prolongado como para poder aclarar los malentendidos, pues aproveché el momento de recogerle el guante a Gehlen para señalarle al tipo bajito que, un tanto apartado, arrojaba al suelo su corbata verde y a quien, hasta aquel instante, se había ignorado por completo.

—Discúlpeme —dijo Gehlen un tanto inseguro, mirando al enano gruñón de Isser, casi treinta centímetros más bajo que él, mal afeitado, mal vestido y de mal humor, cuya corbata estaba tan caliente y empapada de sudor que la nieve a su alrededor se derretía.

—Entonces, ¿es usted...?

—*Wos sogt der goj in sajn mame-loschn*? —me preguntó el capitán Harel apretando los dientes.

—Quiere saber si es usted el jefe de nuestra delegación, capitán.

—*Ich wejs nit tsi dos is klor: ich red nor in majn mame-loschn*.

—¿Qué dice, Dürer? —preguntó Gehlen.

—Que le gustaría comunicarse con usted en su lengua materna.

—Oh —respondió Gehlen preocupado—, el caso es que no hablo muy bien el inglés.

Le expliqué a mi superior oficial que mi superior extraoficial no hablaba en inglés, sino en yidis, ya que no era inglés, sino judío.

Gehlen se asombró, por un lado, aunque, por el otro, no le pareció tan raro —según dijo—, pues ya había reconocido él la raíz común de las palabras por la fonética, pues a fin de cuentas en ambos casos se trata de lenguas germánicas.

—En fin, no sé yo si se puede decir que el yidis es un idioma germánico; en cualquier caso, mejor sería no hacerlo durante las dos horas siguientes —respondí con cautela, y me ofrecí como intérprete, si bien el doctor Gehlen, tan encantado de haberse conocido como de haber reconocido aquel filológico elemento de unión de los pueblos, estrechó la mano de Harel sin más.

Y lo crea o no, perplejo swami: el capitán Harel tomó impulso y le estrechó al presidente del BND aquella aleta que tenía por mano tan fuerte como lo hubiera hecho Yossi.

No creo yo, amigo sin palabras, que el general Gehlen experimentara semejante grado de efusión todos los días; con frecuencia ya le digo yo que no. Aunque puso cara de que sí.

Sin el menor gesto de disgusto o expresión de dolor inmediato, el doctor continuó de pie frente a su invitado, sonriendo y mostrando todos los signos aparentes de respetuosa paciencia, rodeado por el resto de los anfitriones e invitados, que también esperaban, llenos de intriga, cómo continuarían las cosas; y, de hecho, al cabo de un rato, el jefe del Mosad alzó los ojos al cielo, pues recordaba el efecto calmante del *sals un sniegs*, que tantas veces habría experimentado durante su juventud en Letonia, y después de que algunos copos de nieve se le hubieron derretido en la cara, se prestó con un suspiro y por voluntad propia a sellar la concordia con el consabido ritual. Estiró el brazo para saludar y dijo:

—*A hant wos me ken si nit ophakn, darf men fest drikn*.

—«La mano que no se puede cortar hay que estrecharla con fuerza» —traduje tras un momento de duda.

—Claro, claro —respondió Gehlen, desconcertado, y dejó que Harel le sacudiera la mano vigorosamente.

—*An arabisch wertl*.

—Un proverbio árabe.

—Eso lo he entendido, Dürer. Bien. Por cierto, mi nombre es Schneider.

—¿Schneider? —preguntó Isser sorprendido—. *Nischt Gehlen*?

«¿No Gehlen?»

—Aquí me conocen como el doctor Schneider.

—*Dos hejst mit andere werter, as der goj sogt mir nur sajn indianer nomen*? —me preguntó Isser.

«En otras palabras, ¿este *goj* sólo me da su nombre en clave?»

Yo me apresuré a responderle que no se lo tomara a pecho, puesto que todos los nombres de la Org eran falsos siempre, de toda la vida: uno se sentía más cómodo protegiendo su verdadera identidad o, digamos, pretendiendo que podía proteger su verdadera identidad mediante estrategias tan tontas como ésa, así que tampoco le tomarían a mal que él mismo les diera un alias en vez de su nombre real.

Harel recogió su corbata verde para guardársela en el bolsillo del abrigo y decidió que de ahí en adelante se llamaría Shalom Israel (nombre y apellido).

El doctor Schneider no quiso perder la oportunidad de enseñar personalmente a Shalom Israel y los otros distinguidos invitados sus instalaciones, que el invierno parecía haber transformado en una tumba de hielo.

A pesar de la nevada cada vez más intensa, recorrimos los vastos terrenos del BND, abrigados con nuestras bufandas y gorros y seguidos por una ardilla que se resistía a hibernar. Apenas tenía ya nada en común con el acogedor Camp Nikolaus donde Möllenhauer, mi hermano, yo y todos los demás orcos habíamos construido nuestros nidos en otros tiempos. Hacía mucho que se habían ido los últimos inquilinos de las casitas de campo a lo Goethe. En lo que antes fueran nuestros dormitorios o cuartos de estar había secretarias pasando informes a máquina. El jardín de infancia para los hijos de los agentes, la escuela elemental y la lechería ya no existían, y el gran columpio que construí para mi Anna había sido arrancado para dejar espacio a nuevas dependencias que conectaban los antiguos edificios entre sí.

Al otro lado de la Heilmannstraße, que atraviesa el inmenso parque del BND, se estaban construyendo más oficinas y más oficinas que se alzaban al cielo modernas y austeras como esqueletos: por todas partes se veían edificios en obras cubiertos de nieve. Ni siquiera habían conservado mi viejo muro de ladrillo alrededor del recinto, sino que lo habían reemplazado por otro de hormigón visto (barato y con unas juntas feísimas).

Lo único que quedaba de los primeros tiempos era el derecho, que aún conservan todos los agentes, a tener mascotas; por consiguiente, en nuestro recorrido nos cruzamos con un sinnúmero de teckels, terriers, cockers, schnauzers —y hasta un spaniel alemán— que sus amos sacaban a pasear por los prados nevados y a soltar sus cacas, celebradas con grandes elogios a *Nerón*, *Fifí* o *Thor* ante los atónitos ojos de la delegación de los servicios secretos israelíes.

Al final llegamos a la bien caldeada casa del doctor Gehlen: aquella villa que Martin Bormann mandó revestir, en su día, de roble alemán y maderas de Oriente Medio.

Nos quitamos los abrigos y admiramos el cuarto de baño de mármol de Bormann (la sala de descanso del doctor Schneider) y el dormitorio de Bormann (el despacho del doctor Schneider); comentamos el buen gusto de Bormann contemplando las estatuas de bronce de Afrodita y Galatea ubicadas en el jardín, sobre cuyas cabezas y pechos se habían formado colchoncillos de nieve, y por encima de todo nos preguntamos por el actual paradero de Bormann, de quien el doctor Schneider sospechaba que estaba en Moscú, mientras que Shalom Israel apostaba por la Tierra del Fuego.

Cuando conseguimos entrar en calor, pasamos a la sala de reuniones de la planta baja, de cuya pared principal tuve que correr a descolgar, *in extremis*, el retrato al óleo del almirante Canaris.

Los invitados se sentaron en el lado derecho de la mesa de conferencias; la más animada, por así decirlo. Además del capitán Harel y Yossi —dos montañas de músculos que entretanto habían dejado de temblar—, la delegación israelí también incluía a Shlomo Cohen y a un hombre de apellido Lotz al que apodábamos *Champán*.

Shlomo Cohen era un pintor flacucho —alguna vez exitoso— y con ojos de morfinómano. Provenía de una familia de rabinos, la mayor parte de cuyos integrantes había muerto en las cámaras de gas. Nunca se quitaba el Gauloise del pegajoso labio inferior —había vivido en París como espía del Mosad— y fue el responsable de todo tipo de atentados terroristas en Europa Central.

Champán Lotz, héroe de la guerra de Haganá, era un tipo rubio y de ojos azules; elegante, extrovertido hasta el ridículo y orgulloso de su prepucio intacto. Formaba parte del grupo por ser el mejor agente del Kidon, el departamento del Mosad encargado de las ejecuciones extrajudiciales. Su madre era una actriz judía; su padre, un director de teatro de Westfalia del que había aprendido todas las canciones populares de la zona del Münsterland (en dialecto del norte de Alemania, claro) con las que nos había atormentado durante el viaje.

Yo me senté enfrente de aquel pequeño destacamento de apariencia bastante fauvista: los unos mal vestidos, incluso descuidados; los otros con estética existencialista y el último un sosias de Rainiero de Mónaco.

En mi lado de la mesa —el izquierdo, por no decir el aburrido— había cuatro alemanes ceñudos: el doctor Gehlen; su segundo, Sangkehl; Fritz Palestina y el jefe del Departamento Soviético, Heinz Felfe; todos con las mismas gafas y el mismo traje gris de algodón. Lo único que las dos delegaciones tenían en común eran las gigantescas orejas de sus respectivos líderes.

—Reciban la más calurosa bienvenida a nuestra casa —dijo Gehlen por fin, dando inicio al programa oficial. Creo que no tendría que haber dicho «nuestra casa» porque aún había rastros de esvásticas sobre los dinteles de las puertas, aunque las hubieran retirado—. La seguridad de su

floreciente estado es de suma importancia para nuestro gobierno y en particular para el doctor Strauß, quien me ha encomendado expresamente que les transmita sus mejores deseos.

Los cuatro israelíes recibieron el saludo sin decir nada.

—Como sabrán, la entrega de los suministros acordada con su Departamento de Defensa pasa a través de nuestros canales...

—¿Qué es la Operación Blaumeise? —lo interrumpió el capitán Harel.

El lado animado de la mesa levantó la cabeza con curiosidad.

—Al capitán le gustaría saber —traduje para las horrorizadas caras del lado aburrido de la mesa— en qué consiste la Operación Blaumeise.

Gehlen se tapó la boca con la mano (en la que aún no se habían desvanecido del todo las marcas del efusivo apretón de Harel) para que sus labios no delataran su irritación: con excepción de Adolf Hitler, es muy probable que nadie hubiese osado interrumpirlo hasta entonces, y menos aún darle un toque de atención. Que tolerara ambas cosas tuvo que suponer una suprema muestra de hospitalidad rubricada por sus palabras, pues entonces explicó, mirándome a mí, que estaría encantado de que «nuestros dos países, con tantos intereses en común, vieran florecer una colaboración tan estrecha como provechosa para ambas partes en el ámbito de los servicios de información, de la cual la Operación Blaumeise no era sino el germen», y por difícil de creer que resulte se puso a silbar una melodía imitando a un pajarito... sería un «herrerillo azul» (el lado aburrido de la mesa reaccionó con una risita forzada; el lado animado no daba crédito a lo que estaba oyendo).

A continuación, en cuestión de tres minutos, el divino doctor ofreció a los israelíes su apoyo en todas las áreas. En el entrenamiento de sus agentes, en la adquisición de material militar, en la financiación de operaciones conjuntas, en la revelación de cuanto se sabía sobre los estados árabes vecinos. Dos minutos más tarde su oferta incluso incluía la infiltración en la inteligencia egipcia, que a petición del presidente Nasser había sido reorganizada por la Org. Otros dos minutos después incluso ofreció al Mosad copias del informe de situación que el canciller federal recibía a diario del BND, el documento más ultrasecreto del gobierno alemán. Y no había pasado ni un cuarto de hora cuando le ofreció al capitán Harel todo su apoyo y la completa libertad de acción de sus servicios secretos dentro de Alemania.

—¿A qué actividades secretas se refiere? —Traduje la pregunta de Isser, cargada de desconfianza.

—Creo que usted ya sabe a cuáles me refiero.

El lado animado de la mesa respondió poniendo cara de pesarosa ignorancia.

—Tiene que haber oído —añadió el doctor, armado de paciencia— que varios científicos aeroespaciales alemanes han sido reclutados por el servicio secreto egipcio hace poco...

—Ah, eso.

—Están desarrollando un programa de misiles en Egipto. Un programa de misiles similar al de Adolf Hitler.

El capitán Harel le hizo un gesto con la mano como queriendo decir que eso le daba lo mismo, y miró el reloj.

—La tecnología de esas ojivas nucleares y armas biológicas procede de Baden-Württemberg —explicó Gehlen.

—Eso hemos oído.

—Entonces, tampoco habrá escapado a su atención cuáles son las primeras ciudades israelíes que pretenden aniquilar una vez que se complete el desarrollo...

Un particular regocijo comenzó a brotar en mi interior al darme cuenta de que el BND había descubierto la amenaza para Israel que constituía aquel proyecto del general Nasser con objeto de construir misiles por mil millones de dólares; claro que tampoco había sido tan difícil descubrirlo pues yo mismo les había hecho llegar numerosas pistas, advertencias y mensajes de alarma. También vi cómo el capitán Harel asentía para sus adentros con satisfacción, se inclinaba hacia delante y abandonaba aquella fachada de que la conversación no le interesaba en absoluto.

—Aquí, nuestro agente —dijo Isser, señalando a Champán Lotz— podría aprovechar su ayuda para actuar en El Cairo y ocuparse del problema. Habla con fluidez alemán, francés, inglés, árabe, yidis y hebreo.

—Hablar seis idiomas es muy impresionante, pero no pueden evitar los ataques con misiles —respondió Gehlen sin inmutarse—. Aquí tenemos una lista de todos los involucrados en las investigaciones de Egipto.

Por primera vez en el día, Gehlen mostró aquella sonrisa de caimán que tan bien conocía yo. A continuación, por encima de la mesa, le pasó a Harel un documento que, por su color caramelo de fresa, pronto estaría en boca de todos como «la lista rosa».

—¿Las direcciones están actualizadas? —preguntó Harel perplejo, en tanto sobrevolaba los nombres.

—Compruebe usted mismo lo actualizadas que están.

Todo lo que se oía en la sala era el dedo índice de Harel acariciando la lista. La nevada que caía al otro lado de la ventana reforzaba el efecto de silencio.

—¿Es usted consciente... —preguntó el jefe del Mosad tras un momento de pausa, llevándose el dedo índice a los labios— de que tendremos que emplear todos los medios a nuestro alcance para evitar que esa gente lleve a término su trabajo?

—El herrerillo azul es un pájaro que llega a volar muy lejos —respondió el doctor Gehlen en tono cordial.

—¿Sabe lo que quiero decir con «todos los medios a nuestro alcance»?

—Creo que preferiría no saberlo.

Isser Harel se quitó las gafas, las depositó sobre la mesa delante de él y se lavó la cara con el aire, frotándosela vigorosamente, arqueó las cejas y suspiró. Luego dejó caer las manos, que sacaron la corbata verde enrollada del bolsillo, le hizo un nudo y la arrojó al cenicero.

Por fin, dijo:

—Por evitar malentendidos, doctor Schneider: ¿Nos está ofreciendo eliminar a sus compatriotas en su propio territorio?

—Doy por hecho que corresponderán a nuestra oferta como es debido.

—Créame que pocas veces he estado tan ansioso por saber qué se va a decir a continuación.

El doctor Gehlen se levantó y se quedó de pie detrás de su silla en actitud solemne, obligando al lado aburrido de la mesa a estirar el cuello para mostrarle respeto.

El lado animado de la mesa se limitaba a poner cara de vivo interés.

Gehlen dijo:

—El enfrentamiento decisivo con la Unión Soviética es inminente. Lo presiento. La voluntad de atacar cuanto hace valiosa esta vida que hemos construido se está preparando para dar un gran salto al otro lado de este muro.

Toda la mesa miró hacia la pared revestida de madera que señalaba, detrás de la cual en realidad no había otra cosa que un baño en el que alguien acababa de tirar de la cadena.

—Tengo oído que Lenin prendió fuego a la fábrica de vinagre de su abuelo —preguntó Gehlen a Harel.

—Así es —respondió él—. Aunque sólo le prendió fuego a la fábrica de vinagre. Fueron otros quienes quemaron vivo a mi propio abuelo.

—En cualquier caso —alcanzó a replicar Gehlen, sobresaltado, incluso desconcertado—, puedo imaginar la importancia que conceden en su país a la amenaza mundial que constituye el comunismo...

—Lo que busca es colaborar con nosotros en contra de los soviéticos, ¿me equivoco? —preguntó Harel, impaciente.

Gehlen volvió a sentarse. Parecía alegrarse de que el asiento le proporcionase estabilidad.

—Según he oído —carraspeó—, cuentan ustedes con una excelente red de información en los países del Este.

—Bueno, tenemos unas cuantas opciones.

—¿Estarían dispuestos a compartirlas con nosotros?

Lo cierto es que ahí el lado animado de la mesa ya no podía decirse que lo estuviera en absoluto. Se quedaron sin respiración de golpe, o así me lo pareció. A Shlomo le colgaba el cigarrillo apagado de la boca como una baba. Champán Lotz estiró aún más su espalda de finísimo

caballero. Yossi lanzó una mirada furtiva al capitán Harel. Éste, a su vez, se quedó mirando a su homólogo alemán durante un rato, como se mira una gota de rocío atrapada en una hoja enrollada que sostienes entre las manos y que, en la siguiente fracción de segundo, podrías aplastar con los dedos.

—¿Me está preguntando en serio... —dijo Harel con suma cautela— si pueden hacerse cargo de nuestra red en la Unión Soviética?

—«Participación» es una palabra más adecuada.

Harel volvió a mirar la lista rosa, leyó en voz alta uno de los nombres (profesor Kleinwächter), negó con la cabeza y dijo:

—He oído muchas cosas raras a lo largo de mi carrera, doctor. Ahora bien, en la vida me ha pedido el servicio de inteligencia de otra nación... y, menos aún, de una tan excepcional como la suya, que les proporcionara los resultados de nuestras investigaciones secretas en la Unión Soviética. Sobre todo, porque su país ya tiene la red de espionaje más grande del mundo en la RDA y la Unión Soviética. ¿Para qué necesitan las cuatro cosas que podamos añadir de nuestra parte?

Ahí nos dio la sensación de que el doctor Gehlen hundía la cabeza entre los hombros para desaparecer de escena, aunque sólo fuera mentalmente. Sin embargo, no hizo más que reclinarse hacia atrás con gesto hosco, casi hostil, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin decir ni palabra.

Sangkehl carraspeó, se inclinó hacia delante y dijo:

—Tenemos nuestras razones para considerar de interés la estrecha colaboración con ustedes.

—Pues nosotros no.

—Es una lástima. —Sangkehl suspiró—. Entonces tampoco podremos hacer nada con respecto a las armas de destrucción masiva en cuya construcción desperdician su talento nuestros investigadores en Egipto.

—Ya lo veremos.

—No hay nada que ver —interrumpió de nuevo el doctor Gehlen. Su voz había adquirido un tono más agresivo, volvía a sonar a él mismo—. Los políticos no se pondrán de su lado. Ni se plantea y está clarísimo. Lo sé de primera mano por boca del doctor Strauß.

La voz de Isser se volvió ronca como un lanzallamas y sonó sin lugar a duda como la de quien está perdiendo la paciencia.

—A ver si me aclara una cosa, doctor —siseó aquella voz—. Nos invitan aquí a unas instalaciones más grandes que el Pentágono de Washington. Tienen bajo su mando a más de dos mil empleados que trabajan como espías contra el Pacto de Varsovia. Son la principal fuente de información de la CIA. Tienen cientos de informantes al otro lado del Telón de Acero, recursos infinitos a su disposición y aún se permiten el lujo de que cada uno de sus agentes tenga un perro

para sacarlo a cagar aquí mismo, en la sede de inteligencia más espléndida del mundo occidental. Y, con todo y con eso, ¿quieren toda la información de mi humilde servicio sin ofrecernos antes la suya?

Se oía el ruido de los martillos neumáticos de las obras del exterior. La sede de inteligencia más espléndida del mundo estaba en vías de volverse aún más espléndida, y en la sala no decía nadie nada. Finalmente el doctor Gehlen hizo un chasquido con la lengua en señal de desaprobación. Respiraba con dificultad, parecía estar debatiéndose en su interior, descruzó los brazos y susurró:

—No podemos ofrecerles nuestra información.

—¿Por qué no? —preguntó Harel, asombrado.

—Tenemos un topo.

Aquí surgió cierto revuelto tanto en el lado derecho de la mesa (el animado que se había desanimado) como en el izquierdo (que de pronto se animó), aunque por diferentes motivos en cada uno de ellos.

No obstante, nadie experimentó una erupción interna de la magnitud de quien había sido el agente Cuatro-Cuatro-Tres del KGB, que sintió cómo se desmoronaban, hechas escombros, las oquedades más recónditas y olvidadas de su conciencia (había pasado mucho tiempo sin actividad en ellas). En tanto que luchaba por quitarme de encima los cascotes de aquel antiguo yo, rematado por la muerte del camarada Nikitin, intentaba asimilar también cómo era posible que, después de tantísimos años, hubiesen descubierto la última zarpita de topo que pudiera quedar de mí.

—¿Un topo? —pregunté, pues, fingiendo interés por aquella erupción volcánica, aunque era obvio que debería haber esperado a que hiciera esa pregunta Harel.

Gehlen hizo una seña con la cabeza a Heinz Felfe, quien entonces me pareció que me guiñaba un ojo. Ahí casi provocó una segunda erupción de mi volcán particular.

—Durante los últimos dos años apenas hemos sabido nada del centro de toma de decisiones políticas de la RDA —dijo Felfe, antes de dirigirse al capitán Harel—. La Stasi destruyó casi todas nuestras líneas de información en Berlín Oriental. En la Unión Soviética tenemos aún menos oportunidades de descubrir nada. La mayoría de los canales se han bloqueado y muchas de nuestras fuentes han sido retiradas de la circulación por el KGB. Es probable que el topo sea un miembro de mi misma sección, la sección «Europa Oriental». Alguien de muy arriba.

Un embarazoso silencio se adueñó de la sala.

—El señor Friesen está a salvo de cualquier sospecha —explicó el doctor, pues Felfe se llamaba Friesen en los círculos del BND—. Como el resto de los aquí presentes. Pero justo debajo de esta primera línea, tenemos claro que hay una perforación.

Aquí es donde Gehlen se equivocaba.

Pues si alguien había desarrollado hasta la perfección la vida subterránea como en la madriguera de un topo —tal vez lo haya seguido en la prensa, usted que es tan leído, erudito swami—, ése había sido el señor Friesen, alias Felfe, el que tan fuera de toda duda estaba, y no sólo lo había hecho en un sentido físico (teniendo en cuenta las seis dioptrías de miopía no corregida con las que percibía el mundo como los topos), sino que toda su actitud obsequiosa y escurridiza y, claro, también su forma de actuar, siempre por su cuenta, mostraba signos de una incipiente metamorfosis en el animal que lo representaba. Es curioso, pues durante mucho tiempo yo lo asocié más con un gato, aunque ahora pienso que era capaz de adoptar cualquier forma. Así pues, como jefe del contraespionaje, había conseguido investigarse a sí mismo durante cinco años, imagínese.

En el fondo, ahora no viene al caso, amigo Basti, pero según un informe de daños que los yanquis han publicado recientemente, ese gato-topo traicionó a más de cien agentes rusos de la CIA y del BND, al menos treinta y cuatro de los cuales fueron ejecutados. Además, destapó a noventa y cuatro informantes del BND de todo el mundo, envió trescientos microfilmes Minox con quince mil seiscientas sesenta fotos confidenciales a Moscú y, con su ayuda, prácticamente hundió al Servicio Federal de Inteligencia. Lo más impresionante, sin embargo, fue que, en aquella reunión tan decisiva, el diligente gato-topo tuvo el cuajo de bufarle al capitán Harel:

—Estamos bastante seguros de saber quién podría ser el cerdo traidor.

Después de aquella frase, el cerdo del gato-topo incluso me sonrió, y como ni el camarada Nikitin ni la general Pertia me habían preparado jamás para una sonrisa como aquélla, me empezaron a temblar tanto las manos que me las tuve que meter en los bolsillos del pantalón.

—Estamos pasando de la fase de observación a la fase de planificación de la intervención —siguió gruñendo Felfe—. Pero antes de atacar, necesitamos explorar el terreno.

—De eso se trata precisamente, de sondear el terreno —confirmó el doctor Gehlen.

—No hay mucho que sondear —replicó Isser Harel—, tiene toda la pinta de no ser más que ceniza de un volcán muerto.

Gehlen puntualizó:

—No nos referimos a nuestro terreno, sino al de ustedes.

Felfe añadió:

—Si tapamos la brecha de seguridad en nuestra casa y arrestamos al hombre, perderemos todas las fuentes que aún tenemos al otro lado del Telón de Acero —les explicó a los asombrados representantes del Mosad—. Los soviéticos no se piensan las cosas dos veces. Si su topo muere, nuestros ratones mueren. Y habría muchos ratones muertos.

—Para decirlo sin rodeos —concluyó el doctor en un tono del que nunca lo creí capaz—

estamos a punto de perder toda nuestra red de informantes en Europa Oriental. Por eso les pedimos la suya.

En ese momento entró con discreción la secretaria de Gehlen, Alo, para preguntar a los caballeros si querían un cafecito o un tecito o unas pastitas, se llevó la basura, incluido el cenicero con la corbata de Isser Harel, y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido.

En la sala, parecía caer *sniegs un sals* sobre todos y cada uno de nosotros.

—Esta lista —dijo Harel después de una eternidad, dando unos golpecitos con el dedo en el papel rosa—, esta lista sería la condición *sine qua non* para un... ¿cómo decirlo?... un acuerdo tan particular como el que nos propone.

—Por supuesto.

—Y comprendería también todas las medidas últimas que Israel pudiera sentirse obligado a tomar en territorio alemán.

—Nos hacemos cargo de ello. Absolutamente.

—Nuestro hombre en París —Isser señaló a Shlomo— planificará y coordinará las operaciones. Y Wolfgang Lotz —ése era el nombre de nuestro Champán Lotz— se encargará de introducirle a usted en los círculos de la embajada alemana en El Cairo como agente del BND.

—Estaba a punto de proponerlo yo mismo.

—Necesito hablarlo con mi gobierno, por supuesto.

—Con mucho gusto —dijo el doctor Gehlen antes de cerrar la frase con un «*Lejayim*!», pues al parecer le había preguntado a Fritz cómo se dice «salud» en hebreo.

Levantó su vaso de agua, al igual que todos los del lado aburrido de la mesa, que se esforzaban por esbozar una sonrisa boba, mientras que en el otro lado (el derecho e inicialmente animado) nadie levantó nada ni tampoco sonrió.

—Y otra condición sería —prosiguió Harel imperturbable, examinando con interés los vasos de agua en alto (uno de ellos temblaba, a saber: el mío)— que nuestro grupo no tuviera que ver nunca más ese jardín de Bormann. Necesitamos un domicilio permanente en Múnich.

—Por supuesto.

—Y un oficial de enlace permanente.

—Sin problema.

Aquí ya sí, también Harel agarró su vaso, tuvo que brindar conmigo de entre toda la gente que había y dijo:

—Quizá debería ser el señor Dürer.

21

Si me hace el favor de dejar a un lado ese retrato que no se me parece ni por casualidad (desde luego, salta a la vista que ha leído demasiados tebeos, swami)... si me hace el favor de dejarlo a un lado y levantarse un poco, estaré encantado de ayudarle, asómese y fíjese en la chimenea esa que se ve por ahí detrás. Un poco torcida, un poco renegrida, esa de ladrillo rojo de detrás de esos tejados. Cerca de esa chimenea está el domicilio permanente, no muy lejos de nuestro hospital, en el mismo barrio de Schwabing. Desde aquí tardaríamos media hora a pie (suponiendo que tuviéramos mejores pies, claro).

El domicilio permanente casi siempre está ocupado. También durante los Juegos Olímpicos de hace dos años se alojaron allí dos de nuestros agentes del Kidon, gente de una unidad especial, entrenada para cometer asesinatos, atentados y todo tipo de liquidaciones.

Seguro que usted también siguió los acontecimientos con la boca abierta, pues retransmitieron por televisión y para todo el público mundial cómo unos cuantos policías de tráfico alemanes, todos gordísimos y vestidos con chándales en tonos pastel, trepaban (o mejor dicho: intentaban trepar) a los tejados de la Villa Olímpica con escaleras de mano para sorprender a los secuestradores palestinos, quienes, por cierto, también sabían encender un televisor.

Los agentes del Kidon agarraron sus armas y quisieron correr hacia el estadio olímpico, acción que sólo conseguí evitar empleando la totalidad de mis conocimientos de hebreo, porque de estos jóvenes ya ninguno entiende el yidis.

Así pues, todos contemplamos sin hacer nada cómo masacraban al equipo olímpico israelí.

Fue la primera y única vez que se produjo un motín en el domicilio permanente. Rompieron un armario, hicieron añicos un espejo y también hubieron de sufrir las consecuencias el televisor y los cristales de dos ventanas, pues uno de los hombres del Kidon, en un arrebato de ira, expresó su opinión respecto a lo sucedido en forma de hachazo.

Algún vecino llamó a la policía, pero lo último que deseaban ver en ese momento era a dos sargentos bávaros bigotudos tocando el timbre de la puerta principal, abriéndoles un parte por alteración del orden público y daños a la propiedad, en lugar de estar disparando a unos terroristas cuatro kilómetros más al norte. Así que, al final, uno de ellos, un tipo de mejillas sonrosadas que ceceaba y quería dárselas de eficiente, acabó con el cañón de una Beretta M951 en la boca, lo cual trajo consigo un montón de llamadas telefónicas y casi nos cuesta el hermoso domicilio en aquella ubicación privilegiada.

El edificio, construido en época guillermina como residencia de retiro de un fabricante de armas, constaba de un total de seis pisos repartidos en tres plantas y se accedía por un único portal con una vidriera de estilo Art Nouveau que, mediante un sistema hidráulico que mandamos instalar, podía cerrarse y blindarse con una plancha de acero de forma totalmente automática y en sólo tres segundos.

Las coloridas oficinas de la planta baja otorgaban a todo el edificio un aura de agradable servicio al bien común, ya que eran la sede de la *Asociación Germano-Israelí*, institución sin ánimo de lucro que Ev había decorado con pósteres del desierto de Néguev y con un pequeño olivo que no levantaba cabeza.

Nadie hubiera adivinado que, justo al lado, había algo tan clandestino como la sede de comunicaciones y radio del Mosad, la sala de reuniones y un pequeño gimnasio.

En el primer piso estaban las viviendas de los agentes e instructores, una gran sala común y una armería con puerta blindada y paredes revestidas con planchas de plomo de varios centímetros de grosor.

Y en el segundo piso vivíamos Ev y yo.

Nuestro dormitorio estaba justo encima del arsenal de municiones. Si alguna vez hubieran estallado los cincuenta kilos de TNT que se almacenaban allí, junto con las tres cajas de granadas de mano (puerta de acero aquí, y planchas de plomo allá), habríamos subido al cielo de Múnich como una bola de fuego que luego hubiera caído como lluvia de chispas sobre nuestro pequeño jardín... nada menos que sobre un viejo manzano.

En verano solía sentarme bajo sus ramas, que daban una especie de manzanas ahora poco frecuente: Roter Herbstkalvill; y no dejaba de ser una extraña coincidencia que Großpaping siempre estuviera cerca de mí, o mejor dicho: yo cerca de él, al igual que siempre había buscado estarlo mi madre, que seguía sin superar sus enormes remordimientos de conciencia (y que, de vez en cuando, si yo no tenía que hacerme pasar por el señor Himmelreich, venía de visita).

De aquella manera, claro, también Hub estaba cerca de mí, eso era inevitable. Por eso nunca quise recoger la fruta en otoño, sino que dejaba que cayeran todas las manzanas y luego se pudrieran en el suelo hasta convertirse en una masa marrón, plagada de gusanos y ratones, cuyo olor me paraba a respirar, y, como suele suceder cuando uno se hace viejo, me servía para alimentar las imágenes de mi infancia: las playas de espumosas olas de Riga, Jugla y el bochorno que pasamos allí, el perezoso sol de julio bajo el que se sentaban las inmortales piernas de Ev.

Con Hub me encontré sin haberlo planeado.

Aquel día en que, bajo el mando del capitán Harel y el general Gehlen, decidimos comenzar la Operación Blaumeise, aquel día de *sals un sniegs*, después de la reunión nos tocó atravesar el

gran prado cubierto de nieve hasta el búnker del Führer, porque Gehlen se empeñó en celebrarlo con la gente del Mosad realizando una competición de tiro. Ésa era su idea de coronar felizmente un día de negociaciones logradas.

El área de tiro la había instalado yo mismo, años atrás, en el nivel más bajo del búnker, pero apenas la reconocí. Alguien había puesto una iluminación indirecta. Con paneles de madera de abeto y mucha pintura verde, habían querido darle un aire de bolera típica del sur de Alemania. Olía a bosque, sudor masculino y humo de pistola, y en una pared había una foto del ganador del campeonato del BND del año anterior, si bien tanto a él como a los sonrientes hombres que lo rodeaban les habían cubierto los ojos con una franja negra para que nadie pudiera reconocer su identidad.

Al acercarme al mostrador, me di cuenta de que, al fondo del todo, justo en el extremo opuesto, había otra persona: un tipo grandullón y calvo iluminado por una lámpara de neón que colgaba sobre él un poco torcida. Estaba colocando dianas nuevas y tardaba un poco. Tenía un solo brazo, y reconocí a mi hermano antes de que él me reconociera a mí, lo cual me permitió ver su profunda infelicidad.

En ese momento el capitán Harel, a mi lado, quitaba el seguro a su arma sin levantar la vista, y nadie más pareció darse cuenta de que era el ex jefe de los servicios secretos de Europa Oriental, visiblemente destrozado por el alcohol, al que le habían hecho la merced de ponerlo a cargo de la competición, y Hub tenía el honor de colocar los blancos de tiro, revisar el recogedor de las balas, contar los puntos y recargarles los cargadores a los judíos.

Tambaleándose ligeramente con cada paso, a mí no se dignó ni mirarme.

El capitán Harel y el general Gehlen ya se habían acostumbrado el uno al otro. De buen humor, se turnaron para disparar a dianas de cartón que tenían la cara de Jruschov. Como le dije a Isser que el doctor no debía perder bajo ningún concepto, tampoco perdió, sino que ganó una pequeña copa de plata que él mismo había donado para la ocasión y que, además de una estrella de David y un crucifijo, también llevaba grabada una especie de pollo asado que, por lo visto, representaba al herrerillo común (*Blaumeise* en alemán, nombre científico: *Parus*, o *Cyanistes caeruleus*).

Cuando salimos del búnker del Führer para reunirnos y marcharnos, ya había oscurecido, y, liderados por el feliz ganador de la copa, todo el grupo se dirigió hacia lo que llamaban el «salón social», donde habían preparado una pequeña recepción en honor de los amigos israelíes. Gehlen había invitado a las legiones que constituían sus propios parientes (dieciséis miembros de la familia bien colocados en el BND) y que, con sólo juntarse, enseguida podían organizar una fiesta de impresión en cualquier parte.

Me encontré en las estancias que yo mismo había renovado una década atrás. Prestando atención a los viejos defectos de construcción y anhelando haber sido un poco más crítico conmigo mismo, me tomé una cerveza y, antes de que comenzaran los discursos y los orcos rompieran en aplausos, volví al área de tiro abandonada. A mi espalda oía fragmentos de carcajadas, y la imagen de Hub, en silencio, entregándonos a todos las pistolas cargadas, poniéndose las orejeras con una mano y dibujando las crucecitas detrás de nuestros nombres para anotar los puntos, se mezcló con los recuerdos que tenía de él de otros tiempos muy remotos, cuando al menos quedaba algún rastro de felicidad.

Había dejado de nevar. Las estrellas también parecía que las hubiéramos disparado sobre una pared de papel negro que no tuviera detrás más que luz.

Entré en la sala de tiro, ahora vacía, y llamé a Hub. Nadie respondió. Llamé de nuevo, más fuerte. Oí algo que caía al suelo en alguna parte. Fui a ver.

Entonces oí pasos que se acercaban desde fuera. Alguien se detuvo en la puerta principal y casi me atropella. Era Heinz Felfe.

—¿Dónde se había metido? —jadeó el cerdo del gato-topo en tono de reproche, sin aliento por el alcohol—. Me envían a buscarle.

Yo no entendí la preocupación y menos la urgencia. Un ruido en los vestuarios hizo que Felfe se estremeciera, y cuando traté de interpretar aquel susto al tiempo que él me tiraba de la manga para sacarme a la calle, con su típica sonrisa pastosa, intuí lo que me esperaba.

Me solté de él y fui hacia los vestuarios. La puerta estaba solamente entornada. Al abrirla de una patada, en una fracción de segundo comprendí por qué habían hecho recorrer a Yossi el largo camino de Tel Aviv a Pullach, cuando no había ningún coche que necesitase sus servicios de chófer y cuando era más que obvio que las alitas de su intelecto jamás habrían logrado que la Operación Blaumeise levantase el vuelo. Estaba de pie frente a mi hermano, con las piernas abiertas, y levantaba el puño como una piedra que, en el momento de entrar yo, cayó fulminante sobre la cara de Hub, convirtiéndola en meros jirones de carne, aunque se veía que ya llevaba rato así.

El capitán Harel estaba sentado enfrente en un banco de los vestuarios, fumando un cigarrillo con toda calma. Me lanzó una mirada más que cansina. Yossi también interrumpió la paliza. Su simpática cara de niño tonto no sabía dónde fijar los ojos. Un torrente de sangre brotó del agujero que antes era la boca de Hub, junto con unas cuantas sílabas. Tardé un rato en darme cuenta de que formaban mi nombre.

—Ko... hermano... ja.

Hub me había protegido durante la mitad de mi vida. Siempre había estado ahí cuando necesitaba ayuda, y hasta el día de hoy es para mí la encarnación del arrojo. Una vez, cuando éramos muy pequeños y todo el mundo aún lo llamaba Hubsi, le retorció el pescuezo a un ganso

de la finca de Poll, donde pasábamos las vacaciones de verano, porque me había mordido la mano hasta hacerme sangre. Le rompió el cuello al animal, así que lo castigaron sin salir de casa durante tres días, puesto que aquel ganso no estaba lo bastante gordo como para ser sacrificado.

Vi un ojo de Hub, inquieto, flotando en líquido rojo, buscándome.

—Venga conmigo —oí susurrar a Felfe detrás de mí—, no debería estar aquí.

Miré a Harel, quien desvió la mirada e hizo una señal con la cabeza a Yossi para que siguiera. El chófer apretó los labios con pesar y, con el siguiente golpe, el ojo de Hub desapareció de mi vista. Con el siguiente, le rompió algún hueso de la mandíbula.

Moshe Jacobsohn debía de significar mucho para el capitán Harel.

—Usted no debería estar aquí, en serio.

Sentí la mano de Felfe en mi hombro, aquella mano suave del KGB que no tardarían en descubrir y entregar para ser cortada. Aquella noche, sin embargo, un año antes de su detención y un año y tres días y medio antes de la crucifixión política de Reinhard Gehlen, Felfe estaba a mi lado mirando sin interés aparente a la piltrafa de criatura, manca y que acababa de perder el ojo izquierdo, cuyo puesto había ocupado él gracias a la ayuda de su vengativo, mentiroso y fracasado hermano. Y su zarpa aún avanzó todavía más, hasta rodearme el hombro con el brazo entero, remedando un gesto de Hub de tal manera que se me saltaron las lágrimas.

Y mientras me sacaba de allí con mucho mimo, pude escuchar a Yossi completando su trabajo detrás de mí.

—Ko... hermano... ja.

Felfe quería llevarme de vuelta a la fiesta para que me distrajera. Pero en aquel momento yo no podía encontrarme con Gehlen, no podía encontrarme conmigo mismo, y, desde luego, con quien no podía encontrarme era con Isser Harel, quien volvería a mezclarse con los invitados al cabo de un rato.

Eché a correr dejando atrás las luces, formando remolinos de cristales de nieve de brillantes colores, corrí por debajo de las extrañas chispas que salían de los altavoces con la voz de Freddy Quinn,[33] atravesé corriendo el portón de entrada hasta llegar a la iglesia del pueblo de Pullach, me subí a un taxi y pedí que me llevase a un burdel cercano a la estación de Múnich, donde soporté los zarandeos de una italiana vieja que, como buena católica, me pidió el doble de la tarifa normal por el asunto del prepucio, cuya ausencia le daba miedo.

A la mañana siguiente, todavía borracho como una cuba, llamé a Tel Aviv y le dije a Ev (o al menos mi cerebro trató de decírselo, pues no sé yo si fue mi lengua), que el precio que había puesto Harel a la cooperación germano-israelí era personal: Nuestro hermano. Su salud. Tal vez su vida. Y Gehlen había pagado aquel precio, y yo también, y ella también habría de pagarlo por haber entregado a Hub, sangre de mi sangre, por medio de una canallada de archivo.

Pensé que Ev diría algo al respecto, pero no dijo nada.

Luego le hice saber que no me daban permiso para volver a Israel y siguió sin decir nada.

El que se queda es porque ha sobrevivido a los desastres de todos los demás. Lo que queda es siempre un miserable residuo.

• • •

Morimos muy por encima de nuestras posibilidades, cuando morimos en posesión de nuestras capacidades plenas, eso no debemos olvidarlo nunca, y menos todavía en nuestra profesión; y, por eso, la bala que tengo alojada en el cráneo o el brazo que perdió Hub o el ojo que también perdió y, por supuesto, también ese tornillo que lleva usted en la cabeza, por triste que resulte todo, no deja de ser un *memento* de la infinita belleza y grandeza y perfección que ha desaparecido del mundo, en tanto que nosotros, golpe a golpe, perdíamos todo cuanto en su momento daba sentido o valor o al menos brillo a nuestra existencia, sin lograr nada, nada más que existir a modo de resto.

De Hub, lo cierto es que quedó muy poco.

Poco después de aquellos acontecimientos en el área de tiro tras los cuales acabó en el hospital y que (según hizo constar él mismo en su declaración) eran consecuencia de una caída desde la altura de los ocho metros que tenía el tejado del búnker del Führer, al que había subido estando borracho y, claro, se había caído... por accidente, claro, qué otra cosa iba a ser sino un accidente (jaja...), Hub perdió su trabajo en la Org, habiendo cumplido en ella trece años de servicio.

Al menos le mantuvieron la pensión, motivo al que muy probablemente se debe que el verdadero origen de sus lesiones nunca saliera del silencio de la unidad de cuidados intensivos.

Después de darle el alta, me lo encontré un día esperándome en el vestíbulo de mi hotel: una momia envuelta en escayolas y gasas, con una muleta y un parche negro en el ojo, un personaje que, con todo, no resultaba nada inusual en el Bayerischer Hof de aquel entonces.

Me sobresalté al oír mi nombre completo saliendo de su boca, sin pompas de saliva esta vez, pero también sin los dientes que hacen falta para pronunciar la S sonora de Koja Solm. El nombre que más peligro encerraba para mí en aquellos años.

Me acerqué al sofá donde me esperaba desde primera hora de la mañana y, cuando me paré frente a él, me dijo lo que pensaba de mí y que le había robado a su esposa y a su hija, incluso a su madre, que ya casi no le hablaba; más: le había robado hasta su existencia material, su dignidad, su integridad física y su futuro.

Lo único que le había dejado era su pasado, más que eso, aparte de que su pasado era el mismo que el mío. No había cometido más crímenes de los que yo cometí, y aún había asumido

todos aquellos que así me había evitado cometer. Estaba acusado por la fiscalía y tendría que responder por lo sucedido en Riga. La Org no le brindaría protección alguna.

—Pero tendré consideración contigo, Koja. Diré tu nombre, y ése será el único nombre que diga.

Incluso con la muleta, tenía dificultades para levantarse.

—Tus amados judíos te despellejarán vivo. Eso te lo prometo.

Dio media vuelta y se marchó, se quedó atrapado en la puerta giratoria del hotel, se sonrojó de rabia y vergüenza, volvió cojeando al interior y, a través de todo el vestíbulo, haciendo que los botones, el mozo del ascensor, los recepcionistas y varios huéspedes se volvieran hacia él, me gritó:

—¡Me querías ver muerto, pero morirás antes que yo, y a lo mejor ahí te puedo ayudar y todo, hermanito!

No lo tomé en serio, aunque a la luz de sus palabras mi futuro ya tenía también los días contados, y ésa fue una de las razones por las que me di cuenta demasiado tarde de cómo empezaba a apretarme una soga alrededor del cuello.

22

Ev llegó unas semanas más tarde.

Se ocupó de amueblar el que sería nuestro domicilio permanente.

Compró una bonita cama de matrimonio de haya canadiense. No se trajo nada de Tel Aviv. Dijo que, a la larga, tenía que quedarse en Israel para no volverse loca.

Pero trajo los dibujos de Anna. Los mandó enmarcar todos y los colgó en nuestra pared exactamente en la misma disposición que en Gaets Street (los de ponis arriba, los de flores abajo).

También me acompañaba al cementerio a diario. El polvo de nuestra hija nos condujo a la tumba tlingit cubierta de maleza que Amama había cuidado bien durante todos aquellos años, poniendo flores frescas todas las semanas y llevándole las últimas noticias de aquellos padres que se habían vuelto locos y judíos y que apenas se comunicaban con ella desde que estaban en Israel.

Aunque parezca un cliché, casi siempre que llegábamos al cementerio se ponía a llover. Yo había olvidado cómo huele la tierra cuando la lluvia salpica sobre la lápida, qué sucede cuando una gota cae en el mismo lugar una y otra vez, de manera que la tierra se va reblandeciendo hasta volverse permeable y cede y horada un túnel hacia las profundidades a las que, algunos días, me veo en peligro de caer.

En agosto de 1961, en el decimoctavo cumpleaños de Anna, Ev intentó celebrar la mayoría de edad de nuestra hija, o al menos la mayoría de edad israelí, porque aún le faltaban tres años para alcanzar la alemana.

Ev preparó la tarta de cumpleaños típica del Báltico, compró y encendió velas, incluso compró un vestido ajustado rojo, el último grito de la moda de entonces. Cuando lo colgamos de una percha en la pared e imaginamos lo bien que habría resaltado la esbelta figura de Anna, su vivacidad y su temperamento, lo guapa que habría sido de joven, cómo habría tenido a todos los hombres rendidos a sus pies, cómo habría llevado el típico flequillo estilo Julio César y habría leído a Camus y habría sido amiga de todas esas inconformistas idénticas a Jean Seberg que se veían en las películas de Godard y cómo habría ido la primera de la pandilla a los garitos de jazz, nos consolamos un rato.

Pero fue un rato muy corto.

Sólo duró lo que tardó Ev en cortar el vestido en pedazos y quedarse hecha un ovillo encima

de la alfombra.

Porque la muerte de un hijo es el final. La muerte de un hijo acaba con todas las ilusiones y con el presente. La muerte de un hijo no permite ni una sola celebración de cumpleaños del presente. Sólo deja lugar a un pasado congelado e irrecuperable que no puede hallar consuelo en ningún acontecimiento futuro. El hijo ha desaparecido del mundo y todo aquello que no se ha hecho con ese hijo queda vetado para siempre.

Si nunca pude decirle a Anna que era mi hija, si siempre le oculté lo que significaba para mí incluso contemplar a aquella niña que tenía el mismo cuello de su madre y toda la luz del sol en los ojos (una felicidad muy limitada, de hecho), tampoco habré de revelárselo el día de su dieciocho cumpleaños, ni cuando cumpla veinte ni cuando cumpla treinta. Se lo tendré que ocultar hasta el fin de mis días. Y hasta el fin de mis días llegaré al futuro cargando la losa de lo que me he perdido. Y me temo que esa conexión con mi hija, una conexión cimentada en una eterna ausencia que no puede sino prolongarse un día tras otro (sin admitir siquiera la ilusión de un presente), será difícil de soportar.

Pero a veces ocurren milagros. Y con un milagro terminaron los seis años, nueve meses y seis días. Los seis años, nueve meses y seis días de lluvia que me habían caído encima desde la muerte de Maya.

Terminaron en el decimoctavo cumpleaños de Anna porque Anna volvió a verme la tarde de aquel día, cuando saqué a Ev de la alfombra, le hice tomarse un té caliente y la metí en la cama.

La voz de Anna apareció en mi cabeza, absolutamente presente y clara y en el momento exacto en que estaba a punto de quedarme dormido. Me preguntó, sin más, si no pensaba regalarle nada en un momento tan importante para ella, ni siquiera una foto, y yo me sobresalté y me levanté de la cama en mitad de la noche, me senté al escritorio y dibujé el rostro que todavía era capaz de dibujar de memoria, sobre todo el tono ámbar de aquellos ojos de lista que tenía, y a su rostro le añadí un cuerpo, un cuerpo desnudo como el de Jean Seberg; ésa fue mi sorpresa de cumpleaños, y pensé que ojalá no la viera Ev porque seguro que me regañaba.

Sin embargo, al día siguiente Anna volvió a hablarme para decirme que no me preocupara. Que le gustaba su cuerpo hasta cierto punto, que le había puesto unos pechos demasiado pequeños (eran grandes, pero a ella, como suele pasar, le parecían muy poca cosa), y las costillas un poco salientes que había tenido la mala suerte de heredar de su madre, como también los dedos, de belleza báltica, muy delgados, tanto que podrían romperse en cualquier momento. No me di cuenta de la viveza de nuestra conversación hasta que Ev me indicó amablemente que estaba hablando solo en la mesa del desayuno, o así se lo parecía a ella.

En efecto, Anna me hablaba en los momentos más extraños y, por supuesto, yo tenía que

responder. Ya fuera en la sala de espera de una estación de tren, en la biblioteca municipal o en la consulta del médico que me estaba tratando por mis problemas de espalda.

Una vez tuve que ir a una misión porque el Mosad me ordenó ocuparme de la ejecución de Hans Kleinwächter. Era uno de aquellos científicos dedicados a los misiles que había que eliminar de la lista rosa de Harel uno por uno (o, para usar la palabra de Shlomo, *peu à peu*, como si liquidar en francés fuera más fino).

Kleinwächter vivía en Lörrach, una ciudad que hace frontera entre Baden-Würtemberg y Suiza (casi se ve desde Basilea), adonde viajaba cada pocos meses para relajarse de su trabajo en El Cairo.

En las últimas horas antes del anochecer de un gélido día de febrero me encontraba a la espera de que apareciese, con un pequeño comando. Nos habíamos colocado bajo unas coníferas de un intenso azul oscuro al borde de la carretera de la montaña, por la que el profesor solía viajar hacia su casa los fines de semana desde el Instituto de Investigación de Física de la Propulsión a Chorro (FPS) de Stuttgart, pues era un trayecto sin nada de tráfico y a través del bosque.

Poco antes de la salida hacia Lörrach, detrás de una curva muy cerrada y de escasa visibilidad, habíamos colocado un coche atravesado en la carretera (un Mercedes hasta arriba de explosivos), cortando el paso. Kleinwächter lo vio tarde, pisó el freno, cuyo chirrido se oyó a través del bosque como el de un cerdo que estuvieran degollando, y evitó la colisión por muy poco.

Salí de la oscuridad y me acerqué al coche, que olía a goma quemada. Kleinwächter, a quien incluso a la luz de la luna se veía bronceado, bajó la ventanilla y se asomó desde debajo del ala de su sombrero de pata de gallo, muy preocupado. Las personas preocupadas a menudo miran también con cierto gesto de reproche, pero el profesor realmente quería saber si me había pasado algo. No parecía preocupado por sí mismo, sino por mí. En cualquier caso, aquella mirada interrogante estaba del todo convencida de que allí había ocurrido un accidente terrible y que yo necesitaba ayuda. Mi mirada de respuesta, sin embargo, le dijo que no se preocupara, y, sin perder una palabra, saqué la pistola con silenciador y apreté el gatillo.

Pero no le di.

La bala dio en el reposacabezas, a un centímetro de la oreja del profesor.

Y fue porque, en el momento en que apreté el gatillo, la voz de Anna me preguntó qué demonios estaba haciendo. Sé perfectamente que fue mi hija quien me habló, porque, incluso después de tantos años, todavía recuerdo su voz de reproche, y porque me llamó «papá» varias veces.

Así que debí de pasar unos cuantos segundos hablando con mi hija, que estaba enfadada conmigo, explicándole las cosas al tiempo que bajaba el arma, y el profesor no paraba de gritar,

se agazapaba en la parte de debajo del volante, con las manos cruzadas sobre su gorra de cuadritos, y gritaba y gritaba cada vez más fuerte, con lo cual yo ya apenas podía oír a Anna.

De un segundo coche que habíamos estacionado como vehículo de escape en un camino forestal a veinte metros de distancia saltó a la carretera el agente especial número 1. Se acercaba con una metralleta en alto y gritándome en hebreo que me hiciese a un lado.

Por favor, papá, no te hagas a un lado, decía mi hija en voz alta y clara. Por lo visto, había aprendido hebreo... ¿Qué hacer?

Me quedé allí parado, indeciso, y el ¡doctor Kleinwächter, que ya se había dado cuenta de que a sus verdugos les gustaba discutir, volvió a sentarse en el asiento del conductor (sin sombrero y sin la tez bronceada por el sol del desierto), metió la marcha atrás, pisó el acelerador y arrancó el coche, todavía gritando como un cerdo al que le prenden fuego al rabo.

El agente especial número 1 estaba a punto de abrir fuego cuando pasó por delante de él a toda velocidad el rostro del ingeniero especializado que no volvería a investigar nada relacionado con el lanzamiento de misiles nucleares y ni siquiera volvería a pensar en ellos el resto de su vida (si bien ya entonces, como bien saltaba a la vista, lo que investigaba eran los misterios de la así llamada «energía solar»). Pero al agente se le engatilló el arma. El profesor se nos escapó a la velocidad que tardaron en desaparecer de nuestra vista las luces traseras de su coche.

No es que haya creído yo en Dios alguna vez, aunque por supuesto nunca podría habérselo confesado a Großpaping. Lo que está claro es que mi hija no quería que el señor Kleinwächter muriera; y así lo vi en su momento, y así lo sigo viendo hoy, y creo que ella tenía varias maneras de conseguirlo, sin que ello implique meterse demasiado con la fe en la existencia de una instancia superior, muy a diferencia de usted, por supuesto, con tanta devoción como tiene hacia todo lo divino.

Por lo que me ha enseñado, mi querido swami, supongo que fue la conciencia de mi hija la que entró en contacto conmigo, del mismo modo en que la conciencia de Maya Dzershínskaya está en esos dientes que son un tesoro para mí. No sé, tengo que reconocer que estoy completamente perdido con respecto a los fenómenos de la vida y completamente perdido con respecto al fenómeno de la muerte.

Por aquel entonces, sin embargo, tales fenómenos no me interesaban: sólo quería salir de allí.

Corrí hacia nuestro coche, salté al asiento trasero. Detrás del volante estaba Isser Harel, bañado en sudor. Se puso a gritarme mientras arrancaba el motor y seguía a toda velocidad al Mercedes bomba casera donde el resto del compungido escuadrón se dirigía hacia la frontera (también viajaba en él un agente especial número 2, cuya única misión parecía ser consolar al agente especial número 1).

—¡Habrase visto mayor chapuza! —gritaba Isser—. ¡En mi vida había visto semejante chapuza de principiante! ¿Cómo se puede fallar un tiro así? ¡Es que no me lo explico! ¿A esa distancia de... un *bagel*? ¡Ahí le acierto yo incluso a una hormiga! ¡Pero qué chapuza de principiante! ¿De qué tenían que hablar ustedes ahí parados? ¡Me cago en todo! ¿De qué hay que hablar con un objetivo como para dispararle y no acertar? ¿Es que hay que pedirle que se quede quieto? ¿Cómo pudo engatillarse la maldita Uzi de Tewje —el agente especial número 1—? ¿Cómo es que este proyecto está resultando ser una mierda de semejante calibre?

Yo no fui capaz de responder a tantas preguntas.

Papá siempre decía que el color con que percibimos un cuerpo (y ahí seguro que no se refería sólo a los cuerpos de las mujeres) no sólo depende de las partes del espectro de ondas de color que refleje, como siempre pretenden hacernos creer los insensibles de los físicos, sino que también revela cuál es tu propio estado interior. Nuestra alma nos muestra, sobre todo a los pintores (entre los cuales ya se le podría incluir también a usted, mi querido swami), cómo nos sentimos cuándo, en ciertas etapas de la vida, de pronto nos inclinamos por determinados colores. En el caso de mi padre, por ejemplo, siempre había sido señal de una etapa de especial asco hacia la vida cuando empezaba a utilizar demasiado el rosa.

—Hijo mío —me decía papá—, si alguna vez hay demasiado rosa en tu vida, significa que tu interior está tan negro como el carbón, así que, ahí, vete a la Riviera a pasar unas semanas.

Afirmaba que, en la naturaleza, aparte de los labios que tiene la mujer en un lugar que no es la boca, no hay cosas que sean realmente de color rosa, pues hasta la bella rosa había sido entrenada por el hombre para ser de color malva, como todos los demás alimentos rosados, ya que la carne no es rosada más que cuando se fríe, y, en suma, el rosa es un color artificial y empalagoso que uno debe evitar a toda costa.

Extraña actitud por parte de papá, quien no había utilizado en sus obras menos rosa que Rubens o Fragonard, otros dos artistas a los que, como a él, les habían encargado pintar montones de culos.

Lo cierto es que, en aquellos meses, me encantaba el tono pastel claro y cálido: el albaricoque, el mismo que le habría gustado a mi hija, ella misma me lo dijo.

Y aquel regalo de bienvenida de Reinhard Gehlen del que me correspondió encargarme, la famosa lista de nombres de físicos e ingenieros de renombre, había empezado siendo rosa como el algodón de azúcar, pero a medida que dábamos cuenta de ella se había teñido de oscuro, del rojo sangre de un torrente de catástrofes incomprensibles.

El doctor Kleinwächter no fue, ni mucho menos, el único que hubo de pagar caro figurar en aquel pedazo de papel, por más que consiguiera escapársenos ileso y lleno optimismo.

¡Ay, cuando me acuerdo de Hassan Kamil! Fabricante egipcio de armamento. Multimillonario. Confidente del presidente Nasser. Una víctima perfecta, ya que había pruebas de que pretendía borrar del mapa a Israel, firme propósito para el cual había contratado a toda aquella tropa de científicos e ingenieros alemanes desde Suiza.

El caso es que, en lugar de pulverizar al caballero, la bomba de precisión que yo había conseguido explotó tal como estaba planeado, en lo alto del cielo del bosque de Teutoburgo, es decir: en el avión chárter Air Lloyd del señor Kamil. Sin embargo, para sorpresa de todos, no era él quien viajaba dentro, sino que el único pasajero era su esposa, Su Alteza la Duquesa de Mecklemburgo, Princesa de Wenden, Schwerin y Ratzeburg, Condesa de Schwerin, soberana de los Estados Libres de Rostock y Stargard, Princesa de Mecklemburgo-Strelitz, nieta del káiser Guillermo II y, por desgracia, pariente de la querida esposa de Gehlen, Herta.

También la carta bomba que enviamos al jefe del programa de misiles en El Cairo-Heliópolis, un tal Pals, Puls o Pils, nacido en Hamburgo, no fue abierta por él mismo, sino por su secretaria. Como consecuencia de ello, perdió gran parte de su persona (la vista, la nariz, el labio superior, cuatro dedos), una historia terrible que me pesó mucho, sobre todo porque aquella señorita también llevaba un vestido rosa.

Otro paquete bomba, éste mucho más potente y que, además del personal administrativo del antedespacho, habría hecho saltar por los aires a todos los investigadores de misiles en un radio de diez metros de distancia (incluido el director del proyecto que estaba atrincherado en el despacho contiguo), se le cayó al suelo a un trabajador egipcio distraído en la misma oficina de correos (y no sería porque el paquete no llevaba toda suerte de etiquetas de: «Manipúlese con sumo cuidado», «Muy frágil», «Cuidado de no dejarlo caer»... en alemán todas, claro), creando un cráter en el suelo de tres metros de ancho y un metro de profundidad, haciendo volar por los aires, en un amplio arco, a once árabes y sus respectivas partes del cuerpo, emocionante experiencia de la cual seis de ellos por lo menos sobrevivieron, si bien quedaron mutilados, cada uno de una manera.

No podíamos permitir que nada saliera mal con el mayor distribuidor alemán de misiles, doctor Heinz Krug, jurista y responsable de entregar a Egipto láminas de metal especiales, equipos de medición y control, válvulas y maquinaria.

Aquí mismo, en Múnich, ante mis propios ojos, le pidieron que saliera de su coche. Los dos hombres del Kidon superprofesionales (que me caían muy bien, pues, por ejemplo, siempre dejaban los platos fregados en el domicilio permanente) habían recibido la mejor preparación y podían aprovechar las instalaciones de una acería de Ismaning, que no estaba vigilada por la noche, para llevar a cabo el interrogatorio un tanto teatral que habíamos ideado.

No formaba parte del plan que accidentalmente entrara en escena una tubería de acero de dos toneladas bajo la cual tan sólo habían atado al doctor Krug para meterle miedo y que proporcionara algunos nombres. Con tan mala suerte que la tubería se soltó del brazo de suspensión de la grúa de la que colgaba y, tal como quedó el pobre doctor Krug, no tuvimos más remedio que ayudar a la naturaleza a devolverlo al éter mediante un baño de ácido (incluso la sosa cáustica, que en realidad es incolora, tenía un tono rosado, lo juro).

La paciencia de Gehlen finalmente se agotó cuando se enteró de que a alguien se le había ocurrido invitar al hotel de Basilea a los hijos del profesor Goercke, especialista en metrología electrónica, para rogarle a su papá que volviera a casa desde El Cairo lo antes posible, antes de que le sucediera algo muy malo. Los niños tenían los nombres más inocentes que cabe ponerles a unos niños alemanes, a saber: Heidi y Hans, y la verdad sea dicha: no hay nada más color de rosa que llamar a unos niños Heidi y Hans. En fin, cada país tiene sus tabúes nacionales. Así como Inglaterra considera que la mayor de las ignominias es la traición, o Francia el parricidio e Italia el sexo prematrimonial, el alma alemana contempla la violencia hacia los niños rosados como el crimen capital número uno; y en esto, sin duda, yo estaba predestinado a compartir el tabú del colectivo por mi propia experiencia del dolor, y la voz de Anna (tranquila y cálida) vino a reforzarme en mi postura.

Supongo que por eso me negué a cumplir la orden de Harel de intimidar a aquel profesor, con lo cual le correspondió planear la operación desde París a Shlomo, junto con dos chapuceros que aún fueron tan estúpidos como para acabar detenidos en presencia de la pequeña Heidi y el pequeño Hans.

Ambos hombres fueron a la cárcel.

El Mosad se vio oficialmente en el banquillo de los acusados.

Una idea insoportable para el capitán Harel: ser el verdugo y no la víctima. Y, tachado de verdugo, recibir el castigo en lugar de administrarlo como hasta ahora. Ser acusado moralmente por la nación que había inventado la Shoah.

Eso minó la entereza de Isser, como también la imagen que tenía de sí mismo, según la cual se veía como una versión de Albert Schweitzer sin barba, con instrumentos quirúrgicos en unas manos limpísimas y el corazón, todo pureza.

La última vez que me lo encontré entraba en nuestro edificio con sus características zancadas furibundas, exclamando «*Shalom*!» a voz en grito y acompañado por toda una jauría de periodistas israelíes que acababan de aterrizar en Alemania para visitar las instalaciones de la «Sociedad Germano-Israelí». Los corresponsales del *Haaretz*, el *Ma'ariv* o *Yedioth Achronot*, todos recibieron jugosas informaciones de los archivos de Ev, se alimentaron y se cebaron con

las trayectorias de todos aquellos científicos nazis dedicados a la construcción de misiles que, según Harel, se habían arruinado la vida ellos solos.

Los periódicos israelíes pensaron lo mismo y, a los pocos días, estalló una auténtica tormenta de papel cuya onda expansiva no tardó en llegar a Alemania para sacudir hasta sus cimientos el reino de los orcos.

23

Reinhard Gehlen estaba que se subía por las paredes.

—Dígale al señor Harel que se acabó.

Estábamos sentados en su despacho. Tenía un gesto siniestro y las mejillas tan hundidas como las tuyas, swami; la piel le colgaba como si tuviera dos lagartijas debajo de los ojos.

—Como usted ordene, doctor.

Aparte de nosotros dos, sólo estaba Sangkehl, medio encogido en el borde del sillón a mi derecha, ahogándose en un vaso de agua, como siempre. La cicatriz que le atravesaba la cara le brillaba de excitación (el hoyo que le había quedado de aquel disparo rezumaba un liquidillo que se diría que una babosa se hubiera arrastrado desde su labio superior hasta la fosa nasal). Contemplaba el escritorio de Gehlen con los ojos fijos. Sobre él había una pila de periódicos. Los titulares parecían esas novelas baratas de Perry Rhodan que venden en los quioscos.

SOS DESDE EL ESPACIO: LOS CIENTÍFICOS NAZIS PLANEAN CONSTRUIR UNA ESTRELLA DE LA MUERTE PARA LOS JUDÍOS.

NUBES SOBRE ISRAEL: ¿CONTAMINADO POR RAYOS RADIACTIVOS DURANTE LOS PRÓXIMOS NOVENTA AÑOS?

A PETICIÓN DE EGIPTO, ALEMANIA ORDENA A SUS FÍSICOS RETOMAR LAS FANTASÍAS CÓSMICAS DE HITLER.

Estoy exagerando, pero eran por el estilo.

—Esto es una pesadilla —gruñó Gehlen—. Usted vive en Schwabing con esos descerebrados, ¿no puede detenerlos?

—Yo sólo hago de enlace —mentí—. El Mosad me da poca información sobre sus planes.

—Si este linchamiento mediático no cesa, les vamos a tener que cerrar el domicilio permanente: echamos de Alemania a toda la pandilla y no les volvemos a enviar ni una navaja de bolsillo, faltaría más. Y Adenauer elevará una protesta oficial a las Naciones Unidas, estamos a bien poco de eso.

Hizo un gesto con el pulgar y el índice mostrando lo poco que faltaba.

Se veía que eran unos dedos fuertes que habían mantenido el bote familiar navegando por el lago de Starnberg durante años, pero también le temblaban un poco desde hacía algún tiempo, incluso cuando sostenía una copa de champán o su cigarro habitual o, como ahora, un pedazo de nada.

—Dígaselo a ese criminal de Harel. Y no quiero tener que volver a retirar de un callejón a un profesor muerto, ¿está claro?

—Como la luz del día, doctor.

—¿De dónde ha sacado esa idea estúpida?

—Bueno, nosotros le mostramos la lista rosa.

—Ya, pero ¿quién se la entregó?

Sangkehl y yo miramos al doctor con respeto y admiración. Tenía sesenta y un años, pero aparentaba ochenta y uno. Le asomaban pelillos de las orejas. Se había puesto las manos sobre el estómago en actitud napoleónica. Sangkehl fue el primero en reaccionar:

—Estoy seguro —dijo con su característico tono ingenuo— de que fue Heinz Felfe.

—¡Felfe! —siseó Gehlen venenosamente—. ¡Si la pena es que no podamos rociarlo de gasolina y prenderle fuego! Ése es uno de los grandes inconvenientes del sistema democrático... ¡Ahora estará en la cárcel, esperando tan tranquilo que lo intercambien por otro agente!

—¡Ese asunto del Estado de derecho es una decepción para todos! —supo puntualizar Sangkehl.

—¡Y eso que estuvo en las ss! —exclamó Gehlen con furia—. Mire que de un ss se pueden esperar muchas cosas, pero ¿traicionar a la patria? ¿Venderse a los comunistas? ¡Ese malnacido es capaz de traicionar a todos sus camaradas! Incluso a su jefe, que lo invitó a tomar el té en doce ocasiones. ¿Cuántas veces ha tomado usted el té conmigo, Sangkehl?

—Dos veces, doctor.

—¿Dürer?

—Yo una.

—¡Ahí lo tienen! ¡Felfe doce veces!

Asentimos con la cabeza, muy contritos.

—Hasta bailó con mi hija, que estaba encandilada con él. ¡Creo que hasta hablaron de matrimonio! ¡Maldita sea toda esa panda de antiguos ss! ¡Traidores natos! ¿No estuvo usted también en las ss, Dürer?

—Las ss me metieron en la cárcel, doctor.

—Excelente, excelente de verdad. ¿Sabe qué? Que vamos a cerrar el domicilio permanente ya mismo. Dígale a ese enano saltarín de Tel Aviv que lo cerramos.

—Doctor...

—¿Qué?

—No podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—El Mosad nos da vía libre con los soviéticos, tenemos que corresponder haciendo lo mismo en casa.

—Y lo haremos, ¡pero sin un domicilio permanente en Alemania! ¡Y sin lista rosa!

—Si me permite un comentario, doctor —intervino Sangkehl carraspeando un poco y yo agradecí que aquella alma cándida fuera capaz de reconocer cuándo las cosas se ponían de verdad feas.

—Si los servicios secretos israelíes nos retiran de su circuito de información, es decir, si nos privan de información relativa a la URSS, a medio plazo el gobierno federal se quedará ciego respecto de lo que se cuece en los países del Este. Ciego, sordo y mudo. Necesitamos al menos tres años más antes de poder echar mano de personal propio.

—¡Tonterías! —le espetó Gehlen—. No podemos estar a merced de los israelíes.

Revolvió los periódicos que tenía delante, sacó un tabloide y lo agitó en el aire.

—Aquí dice que el BND está suministrando gas venenoso a los egipcios. En cualquier momento se les ocurrirá decir: «El BND vende a su abuela.» ¡Todo porque Felfe les dio a esos judíos la lista rosa! ¿Cómo se le ocurre? —Fuera de sí ante tamaña bajeza, Gehlen se levantó buscando un sitio donde poder respirar. Lo encontró frente a su ventana (como de costumbre). Se estiró y se asomó a contemplar las instalaciones del BND, en constante expansión—. «Disgrega todo lo bueno en el país enemigo, implica a los representantes de las clases dirigentes en empresas criminales minando su posición y su buen nombre y exponiéndolos a la vergüenza pública ante sus conciudadanos; aprovecha la labor de los hombres más ruines y abominables, infiltra espías por todas partes...» A ver, Sangkehl, ¿de quién son esas palabras?

Sangkehl se llevó sin querer la mano a la cicatriz que le atravesaba la cara y el cuello, ahora cubiertos de sudor, y parpadeó sorprendido como un escolar que no ha estado prestando atención en clase y de golpe le preguntan la fórmula trigonométrica.

—¿De quién son...? —tartamudeó.

—Sí, ¿quién las dijo?

—Es muy probable que las dijera usted mismo, doctor.

—¿Yo?

—¿No?

—¿Cómo voy a haber dicho yo «aprovecha la labor de los hombres más ruines y abominables»?

—¿No?

—Fuera de mi vista, Sangkehl.

—Como usted mande.

Atónito, Sangkehl se puso de pie y estuvo a punto de chocar los talones como en tiempos del Tercer Reich, pero se detuvo a tiempo, hizo una especie de reverencia y salió por la puerta rojo como una manzana del paraíso.

Yo no estaba seguro de si debía irme o quedarme. La silueta del doctor Gehlen se recortaba

contra el rectángulo iluminado de la ventana. Me armé de valor y me levanté.

—Usted no, Dürer.

—Como usted diga.

Volví a sentarme.

Al cabo de un minuto en que me debatí entre el miedo, el disgusto y la compasión, me reveló que la respuesta correcta era Sun Tzu y me preguntó si yo la habría sabido.

—Lo lamento, pero no.

—*El arte de la guerra* data de hace dos mil quinientos años —dijo él asintiendo con la cabeza —, pero describe a la perfección los principios por los que se rige hoy en día la actividad comunista mundial. —Por fin se cansó de asomarse por la ventana, volvió a su escritorio y se sentó. Cogió las gafas de sol y se las puso. Con ellas, su mirada resultaba aún más arrogante—. Toda estrategia bélica se basa en el engaño: si estamos cerca, hay que hacer creer al enemigo que estamos lejos; si estamos lejos, hay que hacerlo creer que estamos cerca. ¿Cuán cerca está usted de mí, señor Dürer?

—Yo no soy su enemigo.

—Su hermano dice lo contrario.

Ahí me decanté por el miedo, aunque hice lo que pude para controlarme y sonreír, más para mí mismo que para Gehlen.

—Desde luego, mi hermano nunca deja de sorprender.

—Me envió unas memorias, gracias a Dios, confidenciales.

Alargó la mano hacia un lado y con gran esfuerzo sacó del cajón de su escritorio un grueso archivador que colocó ruidosamente encima de los periódicos. Contenía papeles, fotos, documentos... No pude ver demasiado porque Gehlen tenía la mano encima.

—Aquí hay un relato de sus tropelías desde que era usted un niño de teta. Su hermano cree que colaboró con el KGB.

Conseguí reírme con elegante sarcasmo.

—Tengo claro que son disparates pero, por lo que sé, pronto se presentarán cargos contra él por crímenes de guerra en el Este y él lo ha incriminado a usted. Tenemos un informante en la policía criminal.

—Mi hermano me metió en la cárcel de la Gestapo y me condenó a muerte. Ésa es la verdad.

—Sun Tzu dice que la verdad es lo que sea que digan los vencedores.

—Doctor —contesté cuidando al máximo mis palabras—, mi hermano no es un vencedor.

—¿Y qué me dice de ese asunto con su hermana?

—¿Disculpe?

—Su hermano también escribe sobre ella, sobre la que hoy es su esposa y antes estuvo casada con él. Desde luego, una hermana así no se encuentra todos los días.

—¿Me permitiría echar un vistazo...?

Gehlen no respondió, así que vi el reflejo invertido de mi brazo en sus gafas de sol, alargándose hacia el archivador y luego, después de un momento de indecisión, replegándose como una serpiente que no encuentra alimento.

—No cree usted... —susurró él con voz repentinamente cansada y despojada de su habitual severidad—, ¿no le parece a usted también que se ha perdido el equilibrio?

—¿El equilibrio?

—Ajá.

—¿Se refiere a la Org?

—Al mundo entero. Me parece que ya no distinguimos el mal del bien. Todo está desquiciado, no me lo negará...

Yo no tenía ni idea de lo que intentaba decirme con aquello del «equilibrio», ni entendí el profundo suspiro que lanzó después: los suspiros no casaban con aquellas gafas de sol y el delgado bigotillo a lo largo del labio superior.

—¿Es cierto —continuó después de dos suspiros más— que la señora Himmelreich se ha puesto a trabajar en el Instituto de Historia Contemporánea?

No pude negarlo.

—¿Y que, utilizando su apellido judío, es decir: el de usted, proporciona documentación para... juzgar a antiguos nazis?

Eso también era cierto.

—Por el amor de Dios, Dürer, ¡no se habrá hecho su esposa comunista!

No, señor, mi esposa ha decidido ser historiadora, una historiadora que a veces me sorprende, pero que es perfectamente neutral en el plano político.

—Historiadora... Su hermano ha declarado que está ayudando en las investigaciones en contra de él.

Eso sí que no me lo podía creer, y así se lo dije al doctor Gehlen.

24

Lo cierto es que sabía exactamente lo que Gehlen quería decir con «equilibrio».

Ev proporcionaba abundante documentación para los juicios a los nazis, pero había dado prioridad a los que hicieron que la desgracia cayera sobre Hub. No se lo había dicho, querido swami; quizá por descuido, por vergüenza o por su peculiar falta de interés.

Ev había conseguido un puesto como investigadora en el prestigioso Instituto de Historia Contemporánea de Múnich (a lo que contribuyeron un título en Historia homologado por el Mosad y una tesis supuestamente defendida en la Universidad de Tel Aviv), lo que le dio acceso a innumerables fuentes nazis. Viajaba mucho (ay, le encantaba viajar) y conseguía material de archivo, documentación de procesos judiciales, declaraciones de testigos y fotografías de todo el mundo (dolor y antídoto al mismo tiempo) que luego tenía que enviar a Israel, donde lo registraban, archivaban y valoraban.

El cuartel general del Mosad sólo pudo dar abasto con esa cantidad de documentos contratando más personal científico. Y ya sabe usted: el aumento del personal da pie a departamentos y éstos a jefes de departamento, a veces incluso jefas... Así, el coronel Harel había nombrado a Ev jefa de la Oficina de Registro NS-01, como llamaron al departamento que crearon para perseguir a los nazis fugados. Por supuesto, Ev tenía que ir a Tel Aviv con frecuencia, pero pasaba la mayor parte del tiempo en Alemania, preparando los juicios con la ayuda de sus documentos y su biblioteca, que ya recordaba a la de Alejandría.

Sé que a los budistas (si me permite considerarlo a usted budista, para simplificar) no les interesan los procesos jurídicos, y menos todavía el concepto de «jurisprudencia»: para ustedes, si uno hace algo malo el karma se ocupa de que luego tenga que arrastrarse por el barro y, ¡zas!, en la siguiente vida le toca ser un grillo: ésa es su idea del «equilibrio».

Pero hay que verlo así, swami Basti: por aquel entonces, el fiscal general de Berlín estaba preparando el proceso penal de mayor envergadura de toda la historia alemana; a saber, el juicio contra la mismísima Oficina Central de Seguridad del Reich, como resultado del cual miles de ciudadanos harto respetados de nuestra república podían convertirse en mil grillos de un solo golpe.

Para hacer frente a semejante transformación kármica, la Fiscalía General del Estado despejó un ala completa del Palacio de Justicia de Moabit. La planta baja entera fue inundada por ciento cincuenta mil archivadores llenos de documentos. En los dos pisos restantes se instalaron once

fiscales, veintitrés policías, dieciocho juristas especializados y sus secretarias, cuatro chóferes y mensajeros, dos taquígrafas y un equipo asesor de cuatro historiadores.

—Y yo soy uno de esos historiadores —había dicho Ev.

—Tú historiadora no eres —la contradije—, eres una impostora.

—En absoluto.

—Ni siquiera sabes qué fue el *Reichsdeputationshauptschluss*.

—¿El qué? —preguntó en un tono que demostraba claramente que no distinguía el *Reichsdeputationshauptschluss* del *Reichssicherheitshauptamt*.[34]

—¿Lo ves? Te descubrirán. Y va a ser de lo más penoso, cariño.

Habíamos discutido sobre estrategias y tácticas, pues aquel proceso contra la Oficina Central de Seguridad del Reich, al que Ev contribuyó con su archivo de nazis fugados (declaraciones de testigos en Israel, entrevistas a supervivientes de Múnich, expedientes de criminales de guerra y otros documentos), también guardaba una estrecha relación con mi karma.

Como usted sabe, yo había trabajado un milenio atrás en las laberínticas instalaciones de la Oficina Central de Seguridad del Reich —dirigida por Reinhard Heydrich—, que todo el mundo llamaba simplemente la Central, no lejos de la turbia sala de baile Haus Vaterland.

Se podría decir que los escritorios de aquellas oficinas destilaban *duhka* puro: la Central había diseñado los mataderos y los había abastecido de *duhka*, la Central había llevado allí a los terneros para entregarlos al *duhka*, la Central había ideado la técnica *duhka*, la legislación *duhka*, la burocracia *duhka* y lo coordinaba todo. La Central hablaba con la Wehrmacht, telefoneaba a Asuntos Exteriores, diseñó las paradisiacas tapaderas para que no se supiera de los campos de concentración y el organigrama que transformó a los carniceros en hombres de Eichmann y a los hombres de Eichmann en una solidaria comunidad de obedientes funcionarios, de modo que después nadie detectara ni el más mínimo rastro de *duhka*... excepto quienes lo percibieran a través de la meditación, aunque ya le digo yo que en las ss lo de meditar no era precisamente habitual.

El caso es que Ev quería sacar a la luz la Oficina Principal de Seguridad del Reich con todo su aparataje: escritorios y sillas de oficina, máquinas de escribir, grupos de operaciones, campos de concentración e individuos, uno por uno...

Y a mí lo que me quitaba el sueño era que, con todo aquello, pudiera sacarme a la luz también a mí.

—Pero, cariño, si tú no hiciste nada —intentaba tranquilizarme Ev—. No he encontrado ni un solo dato que te vincule a la Central.

—Entonces, ¿has buscado esos datos?

—No te afectará en absoluto, créeme.

—Pero a Hub sí.

—Sí —respondió con gesto sombrío—, a Hub sí.

¿Cómo explicarle el derecho penal alemán a un budista y, por si eso fuera poco, a un budista-hinduista-mezcla-de-todo como es usted? Ya nos cuesta entenderlo a los que no somos budistas... En cualquier caso, no se basa en los principios del examen de conciencia y la contrición, swami, eso está claro. Y no considera que las posibles penas puedan hacerse efectivas en una reencarnación posterior: no tiene por objeto que un alma errabunda acabe conminada al cuerpo de una rata, por ejemplo. Quiere un culpable aquí y ahora, en el *continuum* espaciotemporal, lo más rápido posible.

Quiere determinar quién es ese culpable, qué ha hecho y por qué mediante procedimientos que tampoco son fáciles de explicar.

Le diré algo fundamental en términos que no son de jurista: según el derecho penal alemán, el culpable de un crimen es quien tenía más interés en cometerlo.

No es necesario que esa persona que tenía un gran interés en un crimen lo haya cometido después con sus propias manos. El que efectivamente lo cometió puede librarse de cualquier tipo de acusación si actuó de forma desinteresada y sin conocimiento de causa; o sea: sin ese gran interés. En tal caso, esa persona tan sólo es considerada como colaboradora de quien sí tenía un gran interés en el crimen.

Esta interpretación de la ley, mi querido swami, es un regalo del cielo para todos los nazis de este país, pues gracias a ella Adolf Hitler, Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich, conocidos como *Hihihey*, en realidad fueron los únicos culpables de todo, los que tenían mayor interés en el crimen; es decir, los instigadores.

Los instigados por Hihihey, en cambio: el sinnúmero de personas que participaron en los grupos operativos de las SS o en Auschwitz, y sobre todo en la Central, eran meros colaboradores; en el fondo, unos idealistas desinteresados que comparecían ante los perplejos jueces alemanes casi casi como si fueran budistas, pues no podía haber nada más desinteresado y altruista, mayor prueba de buena fe que ser miembro de la Sección Totenkopf de las SS.

Por consiguiente, querido swami, los millones de judíos a los que se fusiló en religioso cumplimiento de esa ley penal alemana que tanto cuesta entender, en el fondo fueron exterminados por budistas con buenas intenciones que hacían lo que hacían en contra de su voluntad, pues, de haberles preguntado, sin lugar a dudas habrían estado muy en contra (pero bueno, ya hemos dicho que tener voluntad y estar en contra no eran lo suyo, tal como el iluminado Siddharta le dice al sabio).

Por lo tanto, mientras no se pudiera probar con certeza absoluta ante un tribunal que una persona había rebanado cuellos o ahogado a niños judíos con toda intención y ferviente

entusiasmo, ésta se libraba de la acusación —incluso en caso de haberse visto en el apuro de tener que degollar o ahogar a algún judío que otro en algún campo de concentración mal gestionado— mientras lo hubiera hecho por puro afán de prestar su ayuda a Hihihey y no por gusto.

Ni en la Cruz Roja se ha visto nunca tanto afán de ayudar como en las benditas SS (creadas para proteger, como sugería su nombre: Schutzstaffel, Escuadrón de Protección). Como resultado, ni por debajo de Hihihey ni por encima de las alimañas extremistas quedaba nadie partidario del *duhka*.

—Esa visión está cambiando —dijo Ev con regocijo, lo que evidenciaba su concepto de «equilibrio»—. Este proceso va a ser un golpe de campeonato para todos aquellos que se justifican diciendo que no hacían más que cumplir obligaciones burocráticas. Todas las connivencias saldrán a la luz. Por eso es tan importante acusar a la Central: ya no se podrá hablar de «colaboradores», se podrá demostrar con pruebas que tus compañeros sabían perfectamente lo que hacían.

Con esa clase de palabras solía quedarse dormida por las noches, a menudo con un tarro de yogur en la mano y la cuchara en la boca, que yo le sacaba con cuidado, como si fuera un termómetro, para no hacerle daño en el paladar mientras ella roncaba bajito. Luego me levantaba de la cama con cautela, lavaba la cuchara, tiraba el tarro de yogur y evitaba volver a acostarme, no fuera a contagiarme de aquella atmósfera suicida que empezaba a reinar en la casa y se intensificaba mientras Ev dormía.

El celo excesivo siempre tiene un regusto a mala conciencia, como bien decía mi padre, quien consideraba el fervor de mamá por mi abuelo (por ejemplo, el *hosanna* de la manzana) algo triste, pernicioso y estúpido; es más: la causa de la muerte de Großpaping.

Yo bajaba las escaleras, pasaba por delante de las habitaciones de nuestros hombres del Kidon —que a esas horas soñaban con los angelitos—, salía del edificio y me sentía un poco mejor en cuanto cerraba la puerta del portal tras de mí.

Paseando por las desiertas calles de Múnich —las noches eran cálidas y las impregnaba el aroma de los tilos— podía volver a hablar con Anna.

En el dormitorio habría sido imposible, pues las veces que sucedía, Ev siempre pensaba que hablaba solo.

Vaya tontería.

No había nada más liberador que pasear por Schwabing por la noche y comentar con mi hija los conflictos que surgían entre su madre y yo. Anna desaprobaba la fijación de Ev por aquella caza de nazis. Mamá es como un jack russell terrier, suspiraba Anna... es ver un pájaro en un arbusto, un conejo entre la maleza, y lanzarse a por él. ¿Dónde has aprendido tú cómo se comporta un jack russell?, le preguntaba yo entonces. Y ella me advirtió que dejara de tratarla

como a una niña. Y sí, fue ella quien me explicó que, antes o después, mamá daría con Hub en algunos archivos, su padre en un grado inexplicable, «pseudopapá» lo llamaba, tal vez por darme una pequeña alegría.

Y con pseudopapá en punto de mira de mamá, las cosas iban a acabar muy mal.

Todo eso me vino a la mente aquel día que me encontré sentado frente al general Gehlen, oyéndolo mencionar por primera vez al estratega chino Sun Tzu, además de aquel expediente de mi hermano que guardaba en un cajón de su escritorio, a la espera de darle uso en algún momento, y, para remate, recordé el empeño que estaba poniendo mi hermana en acabar con Hub para siempre a partir de las pruebas de su vinculación con la Central.

El doctor dejó escapar otro suspiro de hastío, se inclinó hacia delante, agarró el archivador con ambas manos y lo sostuvo en alto como un subastador con ganas de venderlo a quien diera más por él.

—Le pagaremos a su hermano una pensión muy digna. Así que guardará silencio. Silencio, Dürer. Ése es el trato. Reconociendo estas cosas, rompería el trato.

El archivador voló en un alto arco hacia la papelera, que era de un material demasiado delicado para un cartapacio semejante, con lo cual se volcó con todo su contenido. Se escaparon algunas hojas que quedaron esparcidas por la alfombra. Entre ellas, una foto. Vi a Koja y Hubsi cogidos del brazo en Riga, con veintitantos años. Por delante de sus camisas blancas almidonadas se extendía una pequeña bandera con la esvástica, sostenida por nuestra hermana, que estaba de pie detrás de nosotros, justo en el medio de ambos, con la barbilla apoyada en el hombro de Hubsi, agarrando las puntas de la tela con sus finos dedos de belleza báltica, los tres regalándole a la cámara una sonrisa increíblemente joven. Y aquellos ojos... Ojos que parecían llenos de la felicidad más pura.

—Vive usted en Múnich con un nombre falso, Dürer. Bajo el techo de una institución en contra de la cual trabaja como espía. Su hermano no puede seguir constituyendo un peligro para usted. Es lo que le hemos dicho.

Irguió la espalda, recuperó su postura arrogante de siempre y me entregó una tarjeta de visita por encima de la mesa.

—Éste es el abogado que le he conseguido.

Miré la tarjeta.

—Podría ir a hablar con él.

Yo seguía mirando la tarjeta.

—Sneiper. ¿Conoce a ese mono vanidoso?

25

Al oír «Sneiper», el hippy muestra una mínima reacción.

Se ha quedado boquiabierto al escuchar de nuevo ese nombre, y en su perplejidad se refleja la mía.

Deja caer el lápiz con el que intenta dibujar.

Ya sólo puede dibujar garabatos. Se mueve como quien acaba de sufrir una grave caída, se le queda la boca abierta... En muchas cosas me recuerda a mi padre cuando estaba en la silla de ruedas, incluido el indisimulado interés por las mujeres.

—*Snpr*.

—¿Cómo dice?

—*Kps csnpr*.

Reconozco que no sé qué dice el hippy con esa lengua de trapo (hace unos días que ya no puede hablar de otra forma), pero me señala a la guapa estudiante de enfermería que le está quitando el polvo a la palmera del pasillo, a unos pasos de nosotros. Es la enfermera Sabine y lleva poco tiempo en nuestra área. Es pupila de la enfermera Gerda pero, a diferencia de ésta, es muy tímida, y con mucha timidez se acerca a nosotros, recoge el lápiz del suelo y me lo da a mí. No le gusta tocar al hippy, que a veces sufre de erecciones espontáneas si se le acerca demasiado (Sabine huele muy bien, tal vez sea por eso).

—¿Por qué no operan a Basti? —le pregunto a la enfermera Sabine mientras le devuelvo el lápiz al hippy.

—Bueno, está entre los primeros de la lista, pero con los pacientes asegurados... en fin, ya se sabe.

—Pero mire cómo está: apenas puede hablar, apenas puede caminar.

—Francamente, eso tendría que decírselo a los médicos. Es posible que piensen que aún no está tan mal. Todavía rige perfectamente.

—¿*Kps csnpr*?

—¿Qué está diciendo, swami?

—¿*Snpr*?

—¿Sneiper?

—*Snpr*, sss.

Me dirijo a Sabine, quien, hay que reconocerlo, es guapa a rabiar. Ahí está, como la Venus de

La primavera de Botticelli, con esa melancolía pálida y delicada tan típica de los rostros del florentino, con el trapo en la mano como si fueran unas ramitas de mirto recién cortado.

—Verá, enfermera Sabine, sé que le gusta usted mucho a Basti —dije—, pero ahora quiere hablarme de alguien, de un conocido mutuo, por así decirlo, y le pide que comprenda que nos gustaría hacerlo en privado.

—Claro, discúlpenme.

Y se va corriendo asustada. La sigo con la mirada, cómo se aleja flotando por el largo pasillo llevándose su olor y su desnudez (pues la juventud siempre es una forma de desnudez, siempre es sinónimo de transparencia, mientras que la vejez no hay ojo humano que la atraviese).

26

El doctor Erhard Sneiper tenía su bufete en el barrio francés, no lejos de la Orleansplatz, en un enorme edificio de cinco plantas y fachada barroca pomposa y recién pintada.

En el local de los bajos había un restaurante francés cuyo camarero me miró con simpáticos ojos de rana tomándome por un potencial cliente. Una de las plaquitas del portal decía: SNEIPER, MANCELIUS, VON LEYDEN & SOCIOS, 2.º PISO, SE RUEGA UTILIZAR EL ASCENSOR.

La puerta del bufete como tal parecía tallada a mano, como la entrada del palacio de algún príncipe florentino, aunque luego se abría fácilmente apretando un botón. Daba a una antesala que olía a crisantemos frescos y donde había, además de crisantemos (no tan frescos), sillones de cuero verde, varias revistas de caza y navegación (*Jagd & Hund*, *Die Yacht*), un lujoso cenicero cromado y, en la pared, un mapa del Báltico (el mapa de Meyer-Verlag, de 1892) y un grabado de la ciudad de Riga. Incluso la alegre secretaria era oriunda de Goldingen,[35] según me informó de inmediato, y llevaba un colgante de ámbar, como es tradición entre las mujeres bálticas.

Erhard Sneiper me recibió dos puertas más allá, en un despacho de la sencillez tan sólo aparente que caracteriza el estilo Biedermeier. Sólo la alfombra ya valía una fortuna. Su escritorio era sorprendentemente moderno, grande, con una superficie de formica verde menta. Nos dimos la mano como correspondía a dos caballeros de Riga. Los paneles de madera que forraban las paredes hacían juego con su tez bronceada, fruto de vigorizantes excursiones por los Alpes. El aire de jesuita que siempre había tenido parecía más marcado que antes, pues, a diferencia de mí, no había ganado ni un gramo de grasa, sino aún más energía y frialdad. De necesitar alguna vez un abogado implacable, iría a verlo.

—Koja, siéntate, por favor. Me alegro de que hayas venido.

Me pregunté si los gemelos de plata que asomaban por la manga de su chaqueta de verdad tenían pequeñas calaveras,[36] como me pareció desde lejos (aunque luego, al despedirnos, vi que eran mariposas). Charlamos un poco sobre los viejos y los nuevos tiempos, sobre el restaurante francés de abajo, donde servían unas ancas de rana deliciosas, y sobre aquel barrio tan agradable donde calles y plazas llevaban nombres de batallas célebres: Orléans, Balan, Lorraine, Metz, París, aunque también Froeschwiller-Woerth, en Alsacia, donde en su día el príncipe heredero de Prusia había derrotado a toda una brigada de coraceros franceses.

—Les dio una buena paliza —dijo Erhard rememorando la jerga de la hermandad estudiantil

de nuestros años jóvenes, que yo corté de inmediato con cuatro palabras en yidis.

Finalmente, el que fuera mi jefe cuando dirigía las Juventudes Alemanas de Letonia, me preguntó si quería un refresco de cola y, al ver que yo guiñaba los ojos con gesto de sorpresa, me explicó que no tomaba otra cosa más que Coca-Cola, que siempre te refresca y levanta el ánimo, y luego me dediqué a observarlo mientras se tomaba la suya y me preguntaba si quería algo más de él porque no andaba sobrado de tiempo.

—Tu hermano está furioso contigo —me dijo.

—Lo sé, y mató al hijo de Ev.

Vi que su mirada se ensombrecía.

—Es muy de lamentar que la mala fe y el resentimiento se impongan entre hermanos, sobre todo cuando Hub ha hecho tanto por ti.

—Sé lo que hizo por mí... y lo que no hizo por mí.

También sabía lo que no había hecho por Erhard, a saber: mantener la polla alejada de su esposa por respeto a él. Pero no quería pensar en Ev Sneiper ese día: era verano y había salido el sol, así que no la saqué a colación.

—No hay ningún motivo justificado para que hayan acusado a Hub y, por desgracia, la rabia y la decepción lo han movido a inculparte.

—Y como vuelva a hacerlo, Gehlen le arrancará el pellejo.

—Hablemos en términos civilizados, por favor —me reprendió con cierta calidez—. Hub cometió un error. Estoy tratando de encontrar una buena salida para los dos.

Su voz adquirió el tono untuoso propio de los abogados, que parecen engrasarse la laringe con perfume.

—¿Y cuál podría ser esa salida? —pregunté con entera franqueza.

—Una en común.

—Me está entrando la risa...

—Los juicios de Auschwitz celebrados en Fráncfort causaron un enorme revuelo.[37] Desde entonces, los fiscales de izquierda han estado tratando de identificar y acusar a grupos de perpetradores, no sólo a individuos. Sobre esa base, el camino vendrá a ser el mismo para ambos.

—Yo no hice lo mismo que Hub.

—Será procesado como miembro del nebuloso grupo de Riga sólo porque estaba allí en un determinado momento, como tú.

—Sí, pero yo me dedicaba a visitar exposiciones de arte letón, Erhard, no a los asesinatos en masa.

—Ya, pero hay otro proceso abierto del cual no sé si has oído hablar. Ahí sí que se va a armar una buena. Me refiero al de la Oficina Principal de Seguridad del Reich: nuestra Central.

—Yo no me incluyo en ese grupo.

—Es un asunto indignante. ¡Mira que pretender acabar con gente completamente inocente que, además, está en lo más alto de nuestra sociedad!

Le dediqué la sonrisa más floja que jamás le habrá dedicado nadie, aunque él tuvo la generosidad de ignorarla.

—Se trata de un proceso político, Koja. Como llegue a celebrarse, los comunistas que quieran llevarse por delante este país tendrán la puerta abierta de par en par. Ni siquiera la gente como yo estará a salvo, y eso que, como fiscal, me dediqué a aplicar la ley rigurosamente.

—¿Adónde quieres ir a parar, magnánimo Erhard?

—¿Acaso no está metida en el asunto tu esposa, que en su momento fue la mía?

—Sí —dije—, Ev tiene muchas expectativas respecto a ese proceso contra la Central.

—Ahí lo tienes, y por eso necesitamos tu ayuda.

Como usted comprenderá, ahí me entraron de pronto unas ganas tremendas de tener una Coca-Cola en la mano. Claro que no se lo dije, pues no era más que para echársela por la cabeza a aquel tipo que, muy atento y con modales exquisitos, me explicaba que la pacificación del pueblo siempre era un bien jurídico más alto que la expiación y que, desde la Paz de Westfalia, lo suyo era hacer borrón y cuenta nueva con respecto a los desagradables efectos colaterales de cualquier Guerra de los Treinta Años.

Yo le dije que no pensaba prestarle mi ayuda en modo alguno. Ni a él, ni a mi hermano, ni a ningún pez gordo. Que no podía hacer nada por nadie. Por ningún asesinado. Pero tampoco por nadie que instigara al asesinato. Como tampoco por ningún cómplice de asesinato.

—Bueno —respondió Erhard—, quizá no estés muy familiarizado con las sutilezas legales de esta clasificación.

—Oh, sí, te puedo asegurar que sí. Hay asesinados. Hay autores de las órdenes de asesinato. Y hay cómplices de asesinato. Curiosamente, lo que no hay es asesinos.

Más rápido de lo que imaginaba, Erhard sacó un taco de papeles, y como ya me conocía yo la situación por la cantidad de veces que me había encontrado al otro lado del escritorio de un enemigo que me mostraba unos documentos que me cambiaban la vida de golpe, intuí que se avecinaba un mal trago importante.

Claro que, de haber tenido una remota idea de lo que me esperaba, mi querido swami, le aseguro que nunca habría puesto aquella estúpida cara de ingenuo confiado y displicente que, como se vería a continuación, no era ni mucho menos la idónea para los papeles que me tocó leer.

Leí, pues, la declaración jurada de Finnberg, Emil, en la investigación preliminar sobre el sujeto Solm, Konstantin:

Como ya dije en mi interrogatorio del 10 de mayo de 1960, Tomo X, pág. 906, estuve en Riga desde mediados de julio de 1941 hasta finales de marzo de 1942. Durante ese tiempo, conocí a Konstantin Solm como uno de los perseguidores de judíos más crueles y radicales de toda la unidad.

Leí la declaración jurada de Haag, Edmund:

El Obersturmführer Solm, Konstantin, siempre se ofrecía voluntario para participar en todas las ejecuciones de judíos, para estar «en la primera línea de la lucha por la pureza racial», como él decía.

Leí la declaración jurada de Hase, Robert:

Solm, Konstantin, tendría por aquel entonces entre 28 y 32 años de edad, era delgado, ni estrecho ni ancho de hombros, más alto que de estatura media (entre 1,75 y 1,80 m). También recuerdo a Solm, porque siempre se sentaba debajo de los abetos a dibujar, sobre todo abetos. Durante un fusilamiento en masa, en agosto de 1941, vi a Solm arrebatarle a una madre un niño de unos tres años, arrojarlo al aire y atraparlo con su bayoneta.

Siempre decía que hay que ahorrar balas.

Ahí ya no pude más.

Erhard Sneiper había tenido el detalle de ponerse a hojear un catálogo de Porsche, sin duda, planteándose comprar un coche deportivo.

Me explicó que ninguna de aquellas declaraciones que había leído sobre mi persona debía llegar nunca a manos de un tribunal. Las habían hecho aquellos camaradas de mi hermano que no se consideraban camaradas míos. El contenido de verdad que hubiera en ellas quizá no fuera relevante, no así el efecto que tendrían sobre los jueces federales.

Le dije a Sneiper que Koja Solm ya no existía.

—Sí, eso ya me lo dijo tu hermano. Tu nombre ahora es Jeremias Himmelreich.

—Así es. Koja Solm ha muerto.

—Habrá muerto cuando tu hermano esté de acuerdo.

—Hub ha recibido órdenes muy claras al respecto.

—El BND lo ha dejado en la estacada. Las órdenes del BND le dan igual.

—Créeme, sería muy mala idea meterse con el gobierno, Erhard.

—¿Ah, sí? ¿Ahora resulta que te respalda el gobierno, amiguito judío?

Su mirada tenía un brillo casi lujurioso. Me pregunté si alguien se habría abierto la cabeza como un huevo contra una mesa de formica verde menta alguna vez, pero guardé absoluto silencio.

—Déjame expresarlo del siguiente modo, Koja —siseó mi ex cuñado en tono conciliador—, tu

hermano nos está esperando en este fabuloso restaurante francés de abajo. Deberíamos bajar y mantener una charla entre caballeros de la misma hermandad del Báltico.

Así que el camarero de ojos de rana que tan amable y con tanta ilusión me había mirado media hora antes me volvió a ver. Su amabilidad se fue aguando, pues no bebí ni comí nada, en tanto que Erhard pedía una de sus Coca-Colas y un *coq au vin*. En la pared de mi izquierda había un póster de Jeanne Moreau en *Ascensor para el Cadalso*. Junto al codo derecho tenía el codo izquierdo de Hub. Ambos estábamos con los codos apoyados sobre la mesa, pues ninguno queríamos ser el primero en bajarlo, y menos él, teniendo en cuenta que el suyo era una prótesis.

—Amigos, no voy a poder volver a este local. La gente que no consume nada cae fatal. Pedid al menos un poco de *foie gras*.

Ninguno dijo nada. Hub, al menos, tenía un whisky al lado del brazo ortopédico.

—Bien... Os haré una propuesta de acuerdo.

Sneiper se retiró una miga de pan blanco del labio con la servilleta.

—Hub, dejarás a Koja en paz. Se acabaron las acusaciones. Se acabaron las cartas enloquecidas. Se acabó Koja Solm. Larga vida a Jeremias Himmelreich.

Hub no reaccionó, me miraba fijamente de reojo.

—Y tú, Koja, apoyarás el movimiento por la amnistía general.

—¿El qué?

—No pocas personalidades de los círculos más altos de este país están moviendo una amnistía general para todos aquellos que tomaron parte en la guerra. Esto implicaría también a todos aquellos que tal vez no siempre mostraron un comportamiento impecable desde la perspectiva de quienes vencieron.

—¿Y bien?

—Esas personas tienen mucho interés en que nunca haya un juicio contra la Central.

—Yo no puedo hacer nada al respecto.

—Puedes hacer mucho, Koja. Puedes conseguirnos una serie de documentos de tu esposa. Una serie de documentos del BND. Una serie de documentos del Mosad.

—Una serie de documentos para el ingreso en un sanatorio mental es lo que te hace buena falta...

—Tu hermano dice que vives en un edificio judío con tu nueva identidad. ¿Es eso cierto?

Esto no puede ser cierto, pensé, no puede ser cierto que me estén chantajeando de una forma tan descarada. Me volví hacia Hub, o más bien hacia su prótesis.

—No tienes ni idea —le solté— de lo que pasará si sacas a la luz esas cosas.

Hub retiró ambos codos de la mesa, se metió la mano de verdad en el bolsillo del abrigo, sacó

un revólver y me apuntó.

—Hub, no hagas tonterías. —Sneiper se asustó.

Muchos años antes, aquella vez papá trató de pegarnos un tiro en la cabeza y luego pegárselo él, pero fracasó por su incapacidad para tomar decisiones, fue mi hermano quien cogió el arma, plateada y tentadora, y hasta aquel día del restaurante no me di verdadera cuenta de que Hub, mi ángel y mi eterno apoyo, ya de tan pequeño había tenido la experiencia de lo que es no sólo ver cómo te apunta el cañón de una Smith & Wesson modelo 3 (rusa), sino también de apuntar tú con ella, y justo eso era lo que repetía ahora. En sus ojos no había un ápice de maldad, sino tan sólo de una curiosidad que a mí me dejaba helado pero que, a esas alturas de su vida, pasados cuarenta años y docenas de ejecuciones, para él ya se había apagado, y me di cuenta de que, con independencia de lo que sucediera a continuación, mi hermano ni se arrepentiría ni sentiría el menor remordimiento, puesto que siempre había sido inmune a todos esos sentimientos cuya fuente se remontaba a nuestro pasado.

El camarero se acercó por si finalmente pedíamos algo, pero se detuvo en seco a mitad de camino ante lo que vieron sus ojos de rana.

Hub, en cambio, le hizo señas de que se acercara, se guardó la pistola en el bolsillo y le preguntó sin inmutarse si tendría la amabilidad de traerles a él y a su hermano una manzana, a ser posible roja.

27

Lo primero que hice después fue ir a ver a Ev.

Dispuesto a contarle todo.

Por desgracia, unas semanas antes se había enamorado de su psiquiatra, un joven de treinta y tantos años que hasta le había recomendado yo. A uno de los muchachos del Kidon lo había curado de sus ataques de ansiedad.

—Un médico estupendo —había dicho el ejecutor— muy sensible. Vuelvo a disparar con la conciencia absolutamente tranquila.

La noche que Ev me lo confesó, la tenía entre mis brazos. Yo cerré los ojos y apreté la mandíbula temblorosa sobre su cabeza para reprimir el llanto. Ev levantó la cara para asegurarme que no tenía nada que ver conmigo, y yo estaba seguro de que no tenía nada que ver conmigo, pero era obvio que tenía que ver con ella, con el psiquiatra y con todos los demás problemas de este mundo.

Anna se convirtió en un apoyo importante para mí en aquella época difícil.

Siempre respondía cuando la llamaba, me hablaba con frases melodiosas, me tranquilizaba, me pedía que no me cuestionara mi relación con mamá. Me decía que su madre necesitaba producir enormes cantidades de lo que era como morfina para su propio cerebro para sentir algo parecido a la felicidad y compensar la pérdida que todavía la atormentaba por su partida, es decir, por la pérdida de Anna.

—Yo con mamá no puedo hablar, papá. Sólo funciona contigo. No puedo llegar a ella. Creo que hay que tener polla para llegar a ella.

Le dije, espantado, que no debía hacer uso de un lenguaje tan vulgar al hablar de su madre. Anna se disculpó de inmediato, pero pensé: ¿y por qué no debería hablar de pollas también? Después de todo, vive en el interior de mi cabeza, ve lo que yo veo, oye lo que yo oigo, de todas formas, está enterada de todo: de mis dolencias físicas, del problema de la próstata, del dolor de espalda, de la consistencia de mis deposiciones. En algún momento los niños se enteran de todo, hagas lo que hagas, siempre pasa cuando envejeces y te vuelves lo bastante frágil... o también si mueren antes que tú.

Tengo que reconocer, no obstante, que me sorprendió lo mucho que sabía Anna de relaciones sentimentales. De las cosas que unían a una pareja, de la importancia de la intimidad, de veladas románticas en el cine, de los celos. No había nada de lo que no pudiéramos hablar.

—Llevabais un matrimonio entre hermanos, papá —dijo, con su sabiduría precoz—. Mamá está recuperando la capacidad de elegir un amante joven. Eso significa que está superando su depresión. ¿No es fabuloso?

Tuve que admitir que podía parecer realmente fabuloso desde según qué perspectiva.

—Entonces déjala que viva, papá. Déjala que disfrute de su psiquiatrilla.

Se llamaba David Grün, era judío de Schindler, tenía una consulta muy cara en Lehel, con el diván de rigor, cuyo diseño resultó ser óptimo para el coito. Ev había acudido a su consulta, porque quería llegar al fondo de los motivos de su depresión. Sin embargo, eso todavía no lo dijo en la primera sesión, sino que le explicó a David Grün que se sentía escindida entre los dos países que eran importantes para ella y esperaba que él pudiera decirle qué patria era la más adecuada para ella, Tel Aviv o Múnich.

Después de diseccionar su subconsciente en dos tardes, David Grün dijo de Ev que padecía de una «pseudología fantástica» unida a un «estado de ánimo marcado por la depresión crónica». Ev no era capaz de distinguir entre sueño y realidad, por lo cual su sueño (Tel Aviv, simbolizada por la taza de café que el analista sostenía en la mano izquierda) y su realidad (Múnich, simbolizada por la jarrita de leche de la mano derecha) se mezclaban como el café con leche, y como tal debía disfrutar de ellas, preferiblemente caliente y en Alemania (y, en efecto, eso fue justo lo que sucedió a continuación ante los ojos de Ev, que hasta entonces no habían visto todo aquello con el más mínimo entusiasmo).

En realidad, Ev rara vez había escuchado o visto una estupidez tan mayúscula, y eso mismo fue lo que le espetó a David Grün tal cual, aunque él se defendió: Sí, la metáfora era muy simple, pero por desgracia también lo era el cuadro clínico, pues en algunos aspectos la señora Himmelreich no había pasado de la fase de la pubertad, o cómo, si no, podía creerse que de verdad era bienvenida en Israel, siendo la ex esposa de un nazi criminal de guerra y esposa actual de un agente secreto que hasta en una consulta como aquélla sería considerado como persona *non grata*.

—Cuando le solté —me dijo Ev— que, desde mi punto de vista de médico, me parecía un terapeuta espantoso, él me respondió que también yo le parecía una paciente espantosa. Acabamos a gritos. Sin embargo, a los dos días me envió una carta de amor, explicándome que me había tratado tan mal para no desarrollar un vínculo afectivo conmigo, pero que mi ausencia había tenido el efecto contrario, pues de inmediato había advertido mi profunda e irresistible infelicidad, con lo cual deseaba volver a verme, y pronto. Y así fue como lo volví a ver. Espero que no estés enfadado, Koja. Tú y yo siempre estaremos juntos, y siempre seré sincera contigo, siempre, siempre.

—Me parece fabuloso —dije usando aquella palabra fatal de nuestra hija, quien, por supuesto, la había aprendido de mí.

Aquella noche, acostado en silencio junto a Ev, asqueado por el aliento agrio, satisfecho y acompasado que salía de su boca abierta (tanto que coqueteé con la idea de agarrar la cuchara del yogur y, para variar, metérsela bien hasta el fondo de aquella boca mentirosa, y después coger la almohada y apretársela contra la cabeza, sentándome sobre ella incluso, plantándole encima mi culo gordo y todo el peso que había ganado con los años y la buena vida), Anna se despertó y me preguntó qué era lo que siempre había amado de mamá.

Y al instante me vinieron a la mente los detalles más nimios, por ejemplo, cómo, si estaba a punto de quedarse dormida, perdía la capacidad de pronunciar la «r», y así siempre decía «¡*duedme* bien y no *donques*!» antes de que la venciera el sueño. O cómo me miraba a los dieciséis años, en la orilla del Báltico, en cuyas aguas se dejaba caer de espaldas, como si las olas fueran mis brazos. O su letra, que por un lado es muy alargada y, por otro, se parece a la caligrafía de Jane Austen, que en lugar del punto sobre la «i» hacía una especie de caracolillo... sí, esa letra con caracolillos es divina y siempre me ha inspirado.

Sin embargo, cuando entré en su habitación (de vuelta de aquella fatídica conversación con el Innombrable y con Sneiper, totalmente exhausto y aún con la marca del cañón de la pistola de Hub en la frente), Ev no estaba en casa porque se había ido de compras.

Y me sentía tan revuelto que leí la carta que Ev estaba escribiéndole a David. La tenía ahí, encima de su escritorio, y esta vez la letra no me inspiró más que gritos oscuros, pues los caracolillos sobre las palabras «quiero follar contigo» sólo se prestan al goce estético cuando van dirigidos a ti. Así que mi indignación, mi dolor y mi miedo se mezclaron con la indignación, el dolor y el miedo que traía de aquel condenado bufete del barrio francés con olor a crisantemos. Las flores y arriates del miedo, un jardín de miedo infinito; y entonces decidí dejar que pasaran unos días para pensar, y eso que Anna me rogó que no pensara. Para el miedo, pensar es como el estiércol, un abono excelente.

En los días que siguieron, no dejaban de atormentarme las preguntas.

¿Realmente era lo correcto iniciar a Ev en aquel patético chantaje? ¿Me creería siquiera? ¿Y si aquellas declaraciones juradas de mis antiguos camaradas de las SS, que hacían de mí un monstruo, suponían mi ruina? ¿No tendría siempre a su disposición a David Grün, tan lozano y tan joven, con ese pasado asquerosamente inmaculado, una alternativa a mí a la que apenas podría ponerle algún «pero»? Él, que era judío de verdad, ¿no resultaba mucho más adecuado para ella? Él que era psiquiatra, ¿no resultaba mucho más adecuado para ella? Como macho

empotrador, ¿no resultaba mucho más adecuado para ella? ¿No la tenía más grande, más dura, más potente, con más fondo y resistencia al desgaste psicológico que yo?

«Pero, papá —oí decir a Anna en ese momento—. Haz el favor: habla con mamá. Confía en mamá. Practica un poco lo de confiar en alguien. Mamá te quiere. Ella es tu escudo y tu refugio. Ya está empezando a aburrirse de David. El sexo tan sólo es un máximo común denominador.»

«¡No! —exclamé—. ¡Te equivocas! —exclamé—. ¡Vete! ¡Déjame en paz!»

—Cariño, ¿qué pasa? —dijo Ev mientras yo veía escabullirse a Anna.

—Nada.

—No paras de revolverte en la cama. Debes tener cuidado con tu corazón...

—Tú sigue durmiendo.

—No paras de gemir, algo te pasa.

Ev siempre será la persona que mejor ha llegado a conocerme.

—A lo mejor.

—¿Qué es lo que te pasa?

Se encendió la luz. Parpadeé y vi a Ev a mi lado, también parpadeando, tanteando en busca de las gafas. ¿Qué demonios le iba a decir? Tenía dos opciones: dar el martillazo definitivo sobre el yunque y, con unas pocas palabras tontas, hacer pedazos todo nuestro mundo... o podía lanzar el martillo al aire y atraparlo al vuelo antes de caer.

Algo en mi interior se decantó por la segunda.

—¿Qué me quieres decir, cariño? —preguntó Ev medio dormida y cuya mano no encontraba las gafas (era una mano que seguía soñando).

—El que últimamente te hayas aficionado tanto a la felación tiene algo que ver con el Mosad.

Su cuerpo, que acababa de estar pesado y relajado, se enderezó un poco. Se frotó los ojos, ojos de elefante pegados.

—¿Qué acabas de decir?

—Que tu reciente gusto por la felación tiene algo que ver con el Mosad. Te estimula sexualmente. Te excita.

—Son las dos de la mañana —suspiró, dejándose caer sobre la almohada de nuevo—. Además, la felación no me gusta especialmente, cielo.

—Leí tu carta.

Ev no dijo nada.

—No era mi intención, Ev. Llegué a casa y no me encontraba bien y estaba encima de tu mesa a medio escribir. Así que la leí.

Ev no dijo nada.

—Y sí que últimamente te has aficionado a la felación.

—¿Lees mis cartas, Koja?

—¿No se te ocurre preguntarme por qué no me encontraba bien al llegar a casa?

—¿Por qué no te encontrabas bien?

—Venía de ver a Erhard.

—¿Erhard?

—Sneiper.

Esta vez sí se volvió hacia mí, completamente despierta de golpe (y su mano también, por cierto).

—¿Qué haces tú yendo a ver a este abogado de los fascistas?

Era la ocasión perfecta para contarle toda la verdad. ¿Acaso no era verdad que Sneiper me estaba chantajeando? ¿Coaccionando? ¿Amenazando? Podría haberle contado todo acerca de aquel abogado fascista de tan exquisitos gustos. Y, sin embargo, a la hora de elegir entre el orgullo o la verdad, siempre vence el orgullo. Así pues, tan sólo murmuré:

—Es tu ex marido, Ev. Estuvimos hablando de ti.

—¿Lees mi carta y vas a Sneiper para hablar de mí?

—Ev, yo sólo quería...

—¿Sabes que defiende a esos hijos de mala madre que piden la amnistía?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿cómo puedes ir a hablar con ese canalla a mis espaldas? ¿Cómo puedes traicionarme así?

—Echa el freno, Ev. ¿Cómo que traicionarte? ¡Eres tú quien se acuesta con otro!

—¡Pero no a tus espaldas! ¡Te lo he contado todo! Y eso no tiene nada que ver con nosotros.

—Bueno... igual para ti no.

—¡Eres demasiado posesivo!

—¡No soy posesivo!

—David también dice que eres demasiado posesivo.

—Ah, y tú sí puedes hablar de mí con David Grün, ¿no?

—No es que David me permita hablar de ti. Es que necesito hablar de ti con David. Es mi psiquiatra.

—David Grün es tu puto empotrador, y consiento que me pongas los cuernos con él porque todavía te amo, ¡me cago en todo!, y porque quiero que estés mejor.

—Grita más fuerte y nos oirá la mitad del Mosad.

—¡A ver si a estas alturas no voy a poder gritar que te amo! —grité.

En fin, querido swami, aquella conversación aún dio unas cuantas vueltas más por el estilo, no quiero aburrirle con ella. Así que le resumo: Acabé escapando por una de esas pequeñas tangentes que tiene toda pelea matrimonial. Le pedí disculpas como un cobarde, pues simplemente no podía avanzar hacia el grave peligro y hacia el abismo por la vía que ya dos

veces antes había dejado atrás. Más tarde, cuando, acurrucada a mi lado y con la luz apagada, Ev me preguntó a qué había ido a ver a Sneiper, sólo le dije que su ex marido estaba organizando un acto conmemorativo para los alemanes del Báltico y estaba buscando quien lo ayudara, así que, en memoria de papá, que tanto amaba la Curonia, me haría cargo del diseño de las tarjetas de invitación (bajo el lema: *Cantus ex est! Schmollis cantoribus! Fiducit*!).[38]

—Pero tú ya no eres Koja Solm —susurró Ev exhausta—, eres el señor Himmelreich.

—Ya, ya —le dije—; no te preocupes —le dije; y no me moví, esperé a que Anna se uniera a nosotros.

Pero no lo hizo: no quiso molestarnos.

Nunca me he sentido más feliz que teniendo a Ev entre mis brazos, como aquella noche, a pesar de que ya sabía que la iba a traicionar.

28

Erhard Sneiper me dio las gracias con una sonrisa distraída cada vez que fui a presentarle mis respetos en los meses que siguieron. Por lo general, me recibía en su bufete de los crisantemos y tenía el detalle de permanecer discretamente asomado a la ventana mientras yo lo informaba de los derroteros del proceso contra la Central.

Me convencí a mí mismo de que así protegía a Ev. La traicionaba, pero por su bien. ¿Acaso Sneiper y Hub no habrían empleado otros recursos de no ser por mí? ¿No estaba protegiendo a mi hermana al boicotear las investigaciones demasiado pormenorizadas sobre ella? ¿De qué servía, después de todo, la información que yo proporcionaba?

Ev compartía conmigo a quiénes iban a citar para prestar declaración.

Yo le pasaba esa información a Sneiper.

Ev se quejaba de la fiscalía.

Yo le pasaba esa información a Sneiper.

Ev estaba entusiasmada con las detenciones inminentes.

Yo le pasaba esa información a Sneiper.

La Central podía estarme agradecida porque ayudé a que ya no pillaran jamás a los nazis no descubiertos hasta entonces; Sneiper lo dijo varias veces y cada vez que lo dijo lo miré directamente a los ojos.

Encantado con todo, él informaba a su gente.

De Hub no volví a saber nada.

• • •

Para distraerme de mi mezquindad, ponía lo mejor de mí en todo. Le demostraba a Ev cuánto la amaba. Por ejemplo, comencé a diseñar las portadas de los expedientes de los nazis fugados. Ilustré términos genéricos como «camión de gas» y «Operación T4»[39] con dibujos bastante genéricos también, pero otros como «campo de concentración» merecieron dibujos de las vistas de los respectivos lugares (aunque hay que reconocer que pocas vistas había en Sobibor, Treblinka y Auschwitz; en Riga al menos estaba la hermosa catedral, y en Buchenwald podría ir a la cercana Weimar y dibujar la casita de campo de Goethe; una locura, ¿no?).

Después de todo, la angustia ante aquel desmoronamiento de mis principios morales, bastante

frágiles de por sí, me llevó de vuelta al arte. Es probable que se trate de un acto de sublimación del duelo.

Me instalé un pequeño taller en la buhardilla del domicilio permanente del Mosad. El doctor Himmelreich, que había estudiado Medicina y practicado la cirugía, se sabía todos los chistes judíos y era capaz de recitar de memoria capítulos enteros de la *Kulturgeschichte* de Egon Friedell. Sin embargo, nunca había tenido talento para actividades que implicasen una creatividad inmediata, de modo que, siendo su doble, tuve que limitarme a una actividad que revelase poco talento para no levantar sospechas. Así que dibujaba cosillas, pero sólo por el bien de Ev, de Anna y por el mío propio. Sobre todo, hojas de olmo o flores de los parques de Múnich.

Fue la única paz que pude encontrar.

Papá siempre me había advertido contra las hojas de olmo. No olvides que la vida es siempre movimiento, hijo mío. Ése era su credo. Por ejemplo, sombrear olas. Es mejor que sombrear hojas de olmo. Más difícil. Basta con fijarse en Durero. O Da Vinci. El gran Leonardo era capaz de seguir con los ojos el agua que dibujaba, incluso cuando era agua que desbordaba una fuente, sus ojos se desbordaban con ella. No te limites a las hojas de olmo, Koja. No te limites a la naturaleza muerta. Y si es así, al menos toca las cosas. Toca tu hoja de olmo. Y cuando la hayas dibujado, contempla cómo se desintegra. Y vuelve a dibujarla pasados unos días.

Se desintegra igual que tu vida.

Lo más difícil de aquella vida mía que se desintegraba era seguir siendo el señor Himmelreich.

Con Múnich llena de gente que conocía a Koja Solm.

Con la Org llena de gente que conocía a Koja Solm.

Con una calzada entera, desde Riga hasta la misma boca del infierno del bosque de Bickern, pavimentada con las cabezas de color gris perla del sinnúmero de personas que conocían a Koja Solm.

Con cientos de espadas de Damocles pendiendo de su crin de caballo sobre mí.

Otto John, por ejemplo, había huido de la RDA, el tribunal del Estado libre de Hamburgo lo había condenado por traición a la patria y había salido de la cárcel, después de varios años, viejo, maltrecho y solo.

Pero de nuevo en libertad.

«El regreso del pijo pródigo», se burlaba Adenauer.

En algún momento, también Otto vino a Múnich a buscarme. Fue en coche hasta la dirección de mi antigua galería. La Galería Solm de la Salvatorstraße. Encontró una tienda de ropa de caballero. Al no saber qué otra cosa ofrecerle, los dependientes le endosaron un traje de verano a

punto de comenzar el otoño. La Galería Solm ya no existía. Como tampoco existía ya el marchante de arte del mismo nombre. En ningún lado.

Dado que un ex jefe de la Oficina para la Protección de la Constitución sabe bien cómo localizar a la gente desaparecida, Otto John hizo algunas llamadas telefónicas. Puso a gente a buscar recibos, documentos, justificantes de pago de impuestos, cheques o extractos bancarios, nóminas o evaluaciones o certificados de empadronamiento. Preguntó a los funcionarios de Hacienda, que tenían acceso a archivos confidenciales. Incluso llamó a Theodor Heuss por si hubiera oído algo de mi paradero. Se dirigió a la sede del SPD, ya que Koja Solm había sido miembro del partido. Reconstruyó la trayectoria de su viejo amigo y fiel salvador hasta llegar al invierno de 1954. Sin embargo, sobre cualquier tiempo posterior a esa fecha no había más que rumores. El paradero de Konstantin, o Koja, Solm era un misterio.

Incluso cuando frente a la puerta de la casa de mi madre, lo único que llegó a oír Otto John fue que no le pisara la alfombra buena con los zapatos de la calle y que, por cierto, su otro hijo sí que sabía dónde estaba.

Finalmente Otto dio con la dirección de Ev, en calidad de hermana de mi hermano, pues al fin y al cabo lo era.

Yo regresaba de dar un paseo por el Jardín Inglés a la clara luz de una mañana de septiembre, acompañado por Anna. Abrí la puerta del portal (ya sabe usted, la del blindaje automático que se cierra en tres segundos), aunque no reconocí la voz ni el inconfundible dialecto de Hesse que me decía: «¡Bueeeno, esto sí que es estrordinario!» hasta que me encontré en medio de lo que era el despacho de Ev de la planta baja. Otto estaba de espaldas a mí. Iba mal afeitado, se lo veía hinchado; por el sombrero bajo de fieltro y el discreto traje de pana marrón todavía se notaba que era británico, eso sí: un británico sin recursos.

Ev me hizo claras señas con los ojos de que saliera huyendo, pero ya era tarde.

John se volvió hacia mí. Su voz de barítono sonó agradablemente tranquila al tiempo que se daba la vuelta, diciendo mi nombre y contando cómo me había buscado. Sus ojos no se quedaban fijos, apenas me sostuvo la mirada y yo sentí que aquel hombre me traspasaba con los ojos más que mirarme.

Tal vez fue su falta de concentración lo que hizo que volviera de nuevo sin dar muestra alguna de haberme reconocido, sino tomado por algún visitante cualquiera. Yo quedé en estado de shock al oír a Ev diciéndole que no había tenido noticias de su hermano Koja Solm durante mucho tiempo, que se decía que estaba en América del Sur, tal vez en Chile.

Luego le preguntó por qué estaba buscando a Koja, y él respondió con la campechanía y en el dialecto de siempre:

—Nada, no pasa nada, pensé que igual me echaba una manita con un poco de dinero, que ando más pelado que el culo de un alce.

Yo conseguí correr escaleras arriba hasta la buhardilla sin que me viera nadie, con el corazón desbocado. Allí me miré en el espejo. Observé mi peinado, que, tras un costoso trasplante de cabello, comenzaba a transformarse lo que había sido una medio calva en una versión todavía algo despeluchada de un diente de león. La barba gris era bastante pobre en la barbilla, pero tupida en las mejillas. Llevaba unas gafas de Himmelreich, un bastón de Himmelreich, incluso andaba con los andares de Himmelreich, puesto que a las personas no se las reconoce por su fisonomía, sino por la manera de moverse.

Sin duda, se había hecho mucho para que yo siguiera siendo Jeremias Himmelreich.

En la Org, Gehlen incluso se ocupó de que los documentos de mi expediente original fueran destruidos y reemplazados por los de Himmelreich. Allí la mayoría me conocía por el nombre de Dürer, que conservé. Los pocos que sabían que Hub y yo éramos hermanos o estaban jubilados o a punto.

Para evitar que nadie pudiera reconocerme, tuve que renunciar a cualquier aparición pública. Ni siquiera podía acompañar a Ev al teatro o a un concierto, para lo cual ella recurría a David Grün.

El cine era el único sitio al que podíamos escaparnos juntos, siempre después de que empezase la película. De ninguna de las películas de Fellini había visto ni el inicio ni los créditos finales, pues tan pronto como sonaban los primeros compases de la banda sonora de cierre, salíamos corriendo hacia la noche.

Y mientras regresábamos a casa por las calles oscuras, siempre perseguidos por la mentira y el engaño, yo angustiado por aquella traición que no podía dejar que trasluciera en mi comportamiento (no quería que Ev se diera cuenta de nada), entonces a veces nos cogíamos de la mano, y en más de tres ocasiones estuve a punto de confesarle que proporcionaba sus documentos a la Central.

Pero no fui capaz.

El hombre es débil, un corcho que flota en el río. Al fin y a la postre, se trata de caer en la ola correcta.

Aunque los servicios de inteligencia tienen el deber —o al menos es lo que ambicionan— de llevar a cabo sus misiones sin recurrir a medios demasiado legales, el follón que se monta no deja de ser tremendo, cuando los chorros de sangre salpican en público.

El primer ministro David Ben-Gurión se vio tan afectado políticamente por todos aquellos intentos de asesinato fallidos contra los ingenieros alemanes que investigaban sobre los misiles que no tuvo más remedio que despedir al capitán Harel como director del Mosad.

Nos enteramos por Isser en persona, quien nos llamó para despedirse. Fue un bonito día de marzo de 1963. Recuerdo que una urraca respondió con un graznido ronco al otro lado de la ventana abierta cuando Ev me pidió que me acercara al teléfono. A través del auricular, la voz de Isser sonaba aún más aguda de lo que ya era, y después de describirme la perversidad, la inutilidad y la debilidad de carácter de cada uno de los miembros del gobierno de su país (incluido el cabeza del Estado), afirmó que estaba enteramente en paz consigo mismo. Lo único que le fastidiaba era la úlcera péptica que tenía en estómago. Como no le respondí a eso, me preguntó si sabía lo que era una úlcera péptica.

Dije que, por supuesto, cómo no iba a saberlo, siendo doctor en Medicina y especialista en cirugía.

—Si usted es cirujano, Jeremias, entonces yo soy el niño Jesús. —Se rió y colgó.

Su sucesor fue Meir Amit, enemigo íntimo de su antecesor, un tecnócrata con mentalidad de militar y conocedor de todos los entresijos de la obligada jerarquía.

La primera medida oficial que tomó Meir estuvo relacionada con la manera de dirigirse a él. Ni de broma por el nombre de pila, eso ya estaba claro, sobre todo porque su nombre de pila sonaba igual que el apellido alemán más común. Meir quiso que lo llamásemos Ramsad. Jefe Ramsad. Sólo se refería a Isser Harel como «mi antecesor». Oíamos frases del tipo: «Mi antecesor lo hizo fatal» o: «Semejante falta de precisión sólo puede venir de alguien como mi antecesor.»

El jefe Ramsad tenía la misma cara puntiaguda, de un tono blanco grisáceo, aparte de muerto, que aquel manguito de zorro ártico con el que Ev, en su día, me cosió unas botas, dejando la cabecita para decorar la izquierda; y vi por primera vez aquella inexpresiva expresión suya cuando Ev y yo fuimos a hablar a los compañeros de la nueva sede del Mosad en Tel Aviv, en Kaplan Street. La cara de póquer de Ramsad tampoco mostró signos de asombro cuando revelamos quiénes se escondían bajo la identidad de los Himmelreich (me refiero a ciertas manchitas oscuras de nuestros antecedentes familiares). El jefe Ramsad se limitó a farfullar que su antecesor había vuelto a liar un entuerto fino que ahora le tocaba enderezar a él.

Shimon Peres, en cambio, nos protegió.

También los archivos de nazis fugados de Ev nos protegieron. Y el domicilio permanente de Múnich transmitía al jefe Ramsad la sensación de poseer un *wigwam* de élite en pleno corazón del inframundo; poderoso, pero también simple y práctico, ignorado por casi todos, fácil de montar y desmontar, financiado al cien por cien por los orcos, sin responsabilidad directa.

Perfecto para actos de sabotaje, operaciones de alto riesgo, escuadrones de sicarios, etcétera, etcétera.

A Ev y a mí nos dejaron seguir trabajando, sólo que debíamos ser todavía más cautos que antes.

Pero ¿qué significa «más cautos»? Tanto en Tel Aviv como en Pullach se planearon operaciones secretas radicales. Se repartían las tareas como buenos amigos. El Mosad realizó ataques en Europa, en América del Sur y luego en partes de Asia. El BND proporcionó el dinero, las armas, el camuflaje. Y, en calidad de coordinador, instruí a los asesinos israelíes acerca de las costumbres alemanas.

Champán Lotz, por ejemplo. Estuvo un año entero en la sede permanente de Múnich, alojado en nuestra habitación de invitados, y si se convirtió en leyenda fue gracias a mí. Antiguo ayudante de Rommel. Premiado con la Cruz de Caballero. Más tarde, ganadero en Australia. Cosas por el estilo. Todo comprobable. Nada de ello es cierto.

El BND le consiguió los pasaportes, las cartas de agradecimiento de puño y letra de Rommel (falsificadas por mí con todo cariño) e incluso a su Waltraud, una bellísima esposa de Essen-Kettwig.

El Mosad se hizo cargo de la comunicación, de la infraestructura y de Shiva, su otra bellísima esposa, ésta de Haifa, a quien no le hizo ninguna gracia la traición de su esposo y sobrevivió a un intento de suicidio por muy poco.

Champán Lotz se mudó a El Cairo con su Waltraud, se dedicó a criar caballos y conoció a generales egipcios que mostraron el más vivo interés por colaborar con él en todo lo relacionado con sementales árabes, al igual que se interesaron por el Oktoberfest y los buñuelos de mermelada típicos de Múnich que hacía Waltraud o accedieron a responder a todo tipo de preguntas.

Tres años más tarde y por iniciativa propia, Champán Lotz destruyó la fuerza aérea egipcia al completo, revelando sus coordenadas secretas por radio a Israel.

Así que no se crea usted que mis únicas preocupaciones eran el miedo, las hojas de olmo y el amante de mi mujer. Aunque le sumásemos la inocencia traicionada. No olvidemos que yo era el enlace del Mosad en el centro de Múnich, y un agente de enlace no da abasto con la de cosas que le tocan.

Solamente Shlomo, mi colega de París, ya daba un montón de trabajo. Introducía a sus sicarios a través de nuestra casa de Múnich; me pedía que le consiguiera las informaciones personales

sobre los servicios secretos árabes que tenían en la Org; pagaba comisiones secretas a agentes sirios conmigo como mediador; juntos organizamos el secuestro de un empresario libanés que estaba de vacaciones en Füssen para luego preparar un ataque a una sinagoga en París.

Todos los gastos tenían que ser legales, justificables como negocios.

Todos ellos fruto de la amistad germano-israelí.

A cambio, conseguimos las informaciones de primera mano que obtenían en Moscú y una casa de color marrón claro en un suburbio de Leningrado desde la cual, con la ayuda de un transmisor de onda corta reconvertido, se transmitían a Tel Aviv los movimientos de las tropas del Pacto de Varsovia.

Todas esas cosas requerían una ferviente concentración, que no me venía nada mal para mantener la calma interior, una calma que, en efecto, se mantuvo hasta que entró en juego la Central.

29

De los baños de Isarau —las instalaciones conocidas como Müllersches Volskbad— me había hablado precisamente Fritz Palestina, pues una vez a la semana llevaba allí a su perro (un labrador descendiente del labrador de Gehlen), donde se lo bañaban y se lo ponían guapo en la peluquería canina, mientras que él mismo, un piso más arriba, se bañaba en una piscina cuyo fondo lucía el mismo alicatado que la catedral de San Pedro y cuyo entorno no podía estar ornamentado con más lujos.

A mí me gustaba más el baño de vapor romano-irlandés, aunque el elemento irlandés nunca dejó de ser un misterio para mí (tal vez guardaba relación con la posibilidad de acompañar la experiencia del agua con bebidas alcohólicas, más que abundantes).

Una tarde, cuando ya se habían marchado la mayoría de los bañistas y el estricto bañero había anunciado que se acercaba la hora de cerrar, un cuerpo fondón se sentó junto al mío (haciendo chof). Al principio no le presté atención, pues me gustaba sentarme a sudar tranquilamente en la pequeña galería sobre la piscina circular. Sin embargo, el hombre se inclinó hacia mí y pude olerle el aliento a puro (un olor que no deja de resultar extraño en una sauna).

—Hablemos —dijo en voz baja.

—¿Así, en plural?

—Usted y yo.

Con el vapor, apenas se distinguían sus contornos, un rostro harinoso, como de mirlo anciano, mayor que yo, gafas gruesas de montura negra en el medio; debajo, unos pechos gordos y fláccidos y, más abajo aún, un pene que se destacaba entre el regazo, eso es todo lo que conseguí ver.

—Yo no siento necesidad alguna de hablar con usted.

—Erhard Sneiper me dijo que no le buscara. Sin embargo, yo creo que sí es buena idea que entremos en contacto.

—¿Nos conocemos?

—Mi nombre es Achenbach. Soy miembro del Bundestag. Ernst Achenbach.

Levantó su trasero rojizo, se deslizó un poco más hacia mí y susurró:

—Del FDP.[40]

Volvió a aparecer el bañero para decir:

—Cerramos en cinco minutos, caballeros.

Despertó a un anciano que se había quedado dormido en su tumbona y se alejó arrastrando los pies.

—¿Qué quiere usted de mí?

—No se hace una idea de la cantidad de gente que comete una tontería por puro miedo. Alemanes honestos que se ven sometidos a una investigación. Se tiran por un puente. Ponen la cabeza sobre las vías del tren. Tengo fotos en los vestuarios.

—Sneiper tenía razón. Está muy claro que no ha sido buena idea venir a hablar conmigo.

—También tengo fotos suyas, señor Himmelreich.

—Me voy a las duchas.

—O mejor dicho: señor Konstantin Solm.

Me senté de nuevo.

—Circuncidado, en efecto. —Sonrió—. Ya veo que se lo tomó muy en serio.

A pesar de las gafas empañadas, su cara, sin pelo y de facciones blandas, iba bien con los elementos decorativos que tenía de fondo y que imitaban el estilo barroco.

—No se preocupe, su pequeño secretillo está a salvo conmigo. Soy socio del señor Sneiper. Usted es el socio del señor Sneiper. Los socios del señor Sneiper también son mis socios.

—¿Qué tipo de asociación se supone que es la suya?

—Una de índole política. La información que nos aporta usted nos resulta muy útil, la Central tiene mucho que agradecerle.

Por un momento me quedé sin palabras, pues hasta entonces no había caído en la cuenta de que aquel gordo era el célebre iniciador de la propuesta de la amnistía general, jurista y diputado del FDP, sobre quien leíamos de vez en cuando en los periódicos. Sabía por Ev que también había sido el responsable de los asuntos judíos en la embajada alemana en París durante la ocupación nazi.

—Me complace que apoye nuestros esfuerzos, señor Himmelreich. Pero que no falte la diligencia. La diligencia es la clave de todo. Con un poco más de diligencia de su parte, también usted obtendría información útil.

—¿Y ha venido desde Bonn para sentarse aquí en cueros a decirme esas sandeces?

—Por el amor de Dios, no. Justo había venido de visita a Múnich, estuve tomando unas cervezas con Sneiper, qué fabuloso abogado... y él me habló de usted. Así que me dije, voy a conocer más de cerca a ese sinvergüenza, preferiblemente viéndolo como Dios lo trajo al mundo.

—Dios no me trajo al mundo así. Ni a usted tampoco. Dios no crea moles de carne vieja y fofa.

Apareció una vez más el bañero, ahora para ir apagando las calderas.

—Muy bien, señor Himmelreich. Veo que no está del ánimo adecuado. Seamos breves, pues: me gustaría que nos prestara su ayuda en otro punto.

Se puso de pie.

—El señor Sneiper le dará un número de teléfono. Un número de teléfono de Bonn. Llame a este número.

—¿A quién?

—El ministro de Justicia busca a alguien en quien pueda confiar. Tiene que ser alguien que haya sufrido la persecución nazi. Lo ideal es que sea un judío perseguido. Ahí el doctor Sneiper, qué hombre tan magnífico, ha pensado en usted y en su querida esposa.

¿El ministro de Justicia de la República Federal de Alemania?

Fui a ver al magnífico doctor Sneiper en Grünwald, su magnífica residencia de mil habitaciones, en comparación con la cual su bufete se antojaba francamente modesto. Llamé al timbre de la puerta sin que nadie respondiera, salté la valla y me encontré con un sorprendido collie miniatura. A continuación me presenté frente a Sneiper en su salón de ciento veinte metros cuadrados, presidido por una gran chimenea, para preguntarle por qué no me había abierto la puerta. Como no obtuve una respuesta, sino sólo una orden —«¡Fuera de aquí, pero rápido!»—, le pregunté si le tenía mucho apego al perrillo, que gañía y se retorcía entre mis brazos y al que, desde luego, no le hubiera venido nada mal pasar por la peluquería canina del Müllersches Volksbad.

Como Erhard sólo me respondió en su estúpida retórica legal, descolgué de la pared el cuchillo Bowie, regalo de un tal capitán Miller, o al menos eso tenía grabada la hoja de quince centímetros de longitud.

Lo usé para cortarle el cuello al perro.

Entonces sí que se animó el ambiente del salón, y Sneiper me confesó con un gesto del más profundo pesar que les había hablado a varias personas sobre mí, a gente como Werner Best (nunca había oído hablar de él) o al agradable señor Achenbach, por ejemplo, el que se había sentado a mi lado en la sauna para amenazarme de aquella forma tan antiestética.

El collie miniatura, entretanto, se había desangrado sobre la alfombra, y yo le aseguré a Sneiper que de verdad que lo sentía mucho por el animalito, pero que nunca debería haber revelado mi identidad. Nunca. Erhard se echó a llorar. Lloró a pesar de que le insistí en que lamentaba mucho haberle dado semejante disgusto, aunque gracias a Dios que sus hijos ya se habían hecho mayores y no vivían en la casa. Y, bueno, sabía que su esposa estaba en el balneario de Bad Doberan.

—No sé por qué te importa tanto este proceso, Erhard. Te daré toda la información sobre la Central. Cualquier cosa que pueda conseguir. Por ti estoy engañando a mi esposa. Y no me hace ninguna gracia. Yo amo a mi esposa.

Sneiper se sorbió los mocos y se dispuso a secarse las lágrimas con un pañuelo de seda con las iniciales bordadas que sacó del chaleco, pero a mí me hacía más falta para la hoja del cuchillo, así que mientras la limpiaba proseguí:

—Pero que te quede bien claro que no me tienes en tus manos. Ya te lo dije una vez: no tienes idea de con quién te estás metiendo.

Anna estuvo meses enfadadísima conmigo. Ella, que adoraba a los caballos... y traté de que me perdonase, prometiéndole que en mi vida le haría daño a un caballo, sin importar lo que su dueño pudiera haberme hecho.

—Piénsalo así, mi amor, también podría haber decapitado al semental Trakehner de Erhard. Estaba a un kilómetro de distancia nada más, en un establo. Claro que yo nunca habría tenido el corazón para hacer eso. Cómo voy a matar a los animales que adoras.

Para reconciliarnos, llevé a Anna al zoológico de Hellabrunn, como solíamos hacer tiempo atrás, compré su revista de animales favorita *Das Tier und wir*, visité el antiguo foso de los elefantes, a los hipopótamos y los tigres, y Anna me soltó que a ver si me atrevía a meterme allí con uno de esos tigres con un cuchillo Bowie, pedazo de cobarde.

También ellos están llenos de rabia, swami.

Me apena mucho ese incidente. Créame, no quiero parecerle inhumano. Tampoco quiero que piense de mí que soy un cínico. A ver, por favor: yo respeto y amo a todas las criaturas del Señor, incluso respeto a los grillos, sobre todo porque quién sabe si no acabo siendo parte de esa especie yo mismo, qué le voy a decir.

Ahora bien, los perros son otra cosa, a los perros los detesto. Creo que los agentes secretos se reencarnan todos en perros; si no cómo se explica que todos los miembros del BND cuiden con tanto amor a sus amiguitos de cuatro patas, se los lleven a la oficina y a la peluquería de esa insuperable joya del Art Nouveau europeo que son los baños de Isarau, los dejen dormir frente a la chimenea como Gehlen, los traten mejor que a cualquier persona... Yo creo que es porque hasta al chucho más zarrapastroso lo consideramos fiel, una cualidad que muchos de nosotros anhelamos, tanto en nuestra profesión como en la vida, y no es tan fácil de comprar como el pienso y los torreznos.

Imagino que por eso se quedó tan grabado en la mente de Erhard Sneiper el incidente del collie. En cualquier caso, se acabaron para siempre las reuniones en su bufete. Y más vetado aún quedó poner el pie en su domicilio particular. Con lo cual no me quedó otra que ir a casa del Innombrable a pedir aquel número de teléfono que me impondría a ir a Bonn. Erhard insistió. Quería ponérmelo lo más difícil posible.

Hub vivía en el ala interior de un edificio del barrio de Sendling.

Ya había anochecido cuando llegué. En las escaleras no funcionaba ni una sola bombilla. Tuve que subir cuatro pisos a través de una niebla en la que se mezclaban toda suerte de vapores, tanteando unas paredes de las que se descascarillaba el estuco y agarrándome a una barandilla de madera grasienta. Frente a su puerta olía a col y a estufa de carbón, de esas antiguas alicatadas por fuera. El timbre de la puerta estaba arrancado. Después de unos minutos de llamar con los nudillos, abrió Hub. En la oscuridad, el equilibrio inestable de sus movimientos resultaba todavía más irreal. Como un murciélago con una sola ala. Llevaba una camiseta interior manchada y dudó si dejarme entrar.

—El número de teléfono —fue lo único que dije.

Reaccionó con un gruñido y se agarró a la puerta con el brazo de verdad. Luego lo alargó hacia la pared junto a él y encendió la luz, la tenue luz amarilla de una bombilla de 40 vatios. Echó a andar por un pasillo estrecho que parecía el interior de un submarino a punto de hundirse. ¿Qué hacía con la buena pensión que le pagaba el BND? Todo el piso estaba lleno de basura y bolsas de plástico con etiquetas. Las tenía apiladas en estanterías abiertas hasta el techo: CALZONCILLOS, PANTALONES, ZAPATILLAS, COLOR 1, COLOR 2, RESCATE... Vi un pequeño altar: Cristo resucitado vestido de azul cielo, dos velas, portavelas de agua para luces perpetuas. Acumulaba pan en la cocina. Había una botella de vodka sobre la mesa y, junto a ella, la prótesis del brazo.

No me ofreció nada y no me ofreció que tomara asiento.

—Así que ahora trabajas para nosotros, hermanito.

—No deberíamos hablar.

—Tú y Ev os dedicáis a cazar a la gente que os crió, que os amó: a vuestra propia carne y sangre... y aun así trabajas para nosotros.

—Dame ese número de teléfono y me iré.

—Esa estúpida idea de buscar justicia... va a traer un sufrimiento mayor que cualquier injusticia. ¡Qué más da! Lo que importa ahora es que has asesinado a un perro.

—¿Eso te parece importante?

—Hay que tenerlo en cuenta.

—Pues yo no lo veo tan importante.

—Fue una gran estupidez por tu parte: Sneiper es muy poderoso. Adoraba a su perro. Te arrepentirás.

Se rió por lo bajo, para sí mismo, y se puso a abrir los cajones de la alacena de la cocina, buscando el número de teléfono. Vi que guardaba los calcetines con los cuchillos.

—Ese proceso nunca se celebrará: no conseguiréis llevar a juicio a la Central... y a mí tampoco.

—Eso ya lo veremos.

—Han suspendido las investigaciones, por si aún no lo sabes.

Lo miré fijamente.

—¿Han suspendido las investigaciones?

—Por falta de pruebas.

Rebuscó en una lata de café.

—Me alegro por ti —dije.

—Eres un mentiroso, Koja. No te alegras. Te voy a enseñar algo que sí te va a dar una alegría.

No respondí.

—Ven conmigo, ya lo he encontrado.

Desapareció en un cubículo que estaba hacia la derecha, separado de la cocina por una cortina. Encendió la luz y lo oí murmurar. Después de pensármelo unos instantes me acerqué, aparté la cortina y vi una cuerda colgando del techo de la cámara. Acababa con un nudo corredizo hecho por un manco que, por consiguiente, no ganaría un concurso de nudos bien hechos, pero era lo bastante amplio como para meter la cabeza. Bajo la soga había una silla en la que Hub se había sentado con las piernas cruzadas, sonriéndome con su cara de borracho.

—Aquí me siento todas las tardes a inspirarme, y quién sabe, si tienes suerte un día me subo a la silla y así nos salvamos los dos juntos.

Me miró, se dio la vuelta y, sin ponerse de pie, abrió el cajón de una cómoda y sacó un sobre que me tendió con cara de asco. Yo lo desgarré para abrirlo.

—Llevas un abrigo muy bonito, Koja, y unos zapatos buenísimos.

Reconocí, por el pomposo membrete, el papel del bufete de Sneiper. Debajo estaban escritos a mano (con letra que imaginé de la guapa secretaria de Goldingen) un número de teléfono con prefijo de Bonn: 0228-49336 y una nota que decía:

Gustav Heinemann, disponible todos los días a partir de las 9 h. Himmelreich anunciado.

Cuatro semanas más tarde yo era el asesor honorario del ministro de Justicia para asuntos relacionados con los crímenes contra la humanidad cometidos por los nazis.

30

El deterioro del hippy me preocupa: a estas alturas es un pedazo de carne sufriente y atormentado.

Ya no dibuja y apenas puede seguir mi relato; le castañetean los dientes, ve collies miniatura decapitados por todas partes, incluso debajo de su cama, y piensa que el segundo tornillo no le servirá de nada, excepto para controlar también sus sueños. El centro del habla se le ha desconectado definitivamente del resto del cerebro y hace lo que quiere.

«*Kya djmpz*»: así suenan todas sus palabras.

Está en una cama con ruedas en el pasillo, sedado a más no poder, a la espera de entrar en el quirófano. Yo estoy sentado a su lado. Tengo grandes esperanzas puestas en la intervención, sobre todo por lo que respecta a su capacidad de comprender. Lleva un gorro verde de malla quirúrgica parecido a un casco de astronauta. Se lo ata bajo la barbilla, lo que confiere a su rostro un aire de abuelita. Tiene la piel hecha una desgracia. Como apenas se mueve, está infectada y podrida por todas partes, se le forman llagas en los lugares más impensables, tiene manchas y heridas abiertas por todo el cuerpo.

De vez en cuando la enfermera Gerda viene a ver cómo sigue y me asegura que le tocará pronto y que sentir mi mano le hace bien. Lo oigo resollar.

Hace mucho que dejamos de reunirnos en el pasillo del hospital. De pronto perdía el equilibrio y luego afirmaba (cuando aún podía hablar) que era por culpa de mis terribles historias. Pero eso es una tontería: tantos meses de hospital han debilitado mucho sus huesos. Prácticamente ha perdido todo el calcio. La última vez que intenté llevarlo a ver a los bebés de la primera planta se me escurrió de entre las manos y se cayó. Igual no tendría que haber fumado marihuana... o al menos no tanta.

Desde esa caída no ha vuelto a levantarse de la cama y no se puede hablar con él.

¿Escuchará siquiera lo que le digo?

—¿Escucha lo que le digo? —le pregunto.

No reacciona, y eso que aún debería estar parcialmente consciente.

—Dese cuenta, swami —le susurro—, de que, cuando salga del quirófano con la segunda válvula, recuperará su don de irradiar energía. Es posible que aún tenga que pagar un precio por la sacudida que su cerebro sufrió cuando usted se cayó al suelo, pero después de tantas pruebas no hay duda de que ese noble órgano habrá alcanzado, en su caso, un grado de madurez inaudito,

y me alegra pensar que comprenderá mi tragedia en toda su dimensión. Le deseo lo mejor a su cerebro; me comunicaré con él en cuanto termine la operación y le contaré las peripecias con el ministro de Justicia y los momentos tan espantosos que pasé con ese hombre. Y si se queda en coma, no se preocupe: incluso en el caso de que tuviera que contar estas cosas dos veces, lo haré con gusto.

El hippy intenta soltarse de mi mano, pero lo agarro bien fuerte.

La enfermera Gerda llega con paso ligero seguida de Sabine, su guapísima pupila.

Bueno, pues vamos allá.

Desbloquean los frenos de la cama y se llevan al hippy rodando como en una de las imágenes oníricas de Dalí.

31

Yo no quería ir a Bonn: menudo agujero.

El clima es como el británico, con mucha humedad y niebla de noviembre casi todas las estaciones. En verano parece Bangkok, pero en versión nublada y con tormentas tropicales. En invierno no nieva. Hay charcos el año entero. El paisaje urbano es rarísimo, amorfo por una parte y, por otra, un quiero-y-no-puedo de barroco centroeuropeo, pues los príncipes electores de Bonn siempre anduvieron cortos de fondos y construyeron un palacio que en Madrid no habrían querido ni como cárcel.

No fuera a convertirse en una capital como mandan los cánones, el gobierno de la nueva Alemania escatimó cuanto pudo en esfuerzos y gastos y, en efecto, diseñó la «sede provisional de los órganos de gobierno de la RFA» de la manera más provisional posible. A los diputados los apretujaron en lo que había sido una academia de formación de profesores donde ya no cabía ni un alfiler y que se parecía un poco a la sede del PCUS de Minsk, sólo que más pequeña y temporal. Lo de establecer la nueva capital en Bonn era un despropósito y hacía más que patente que la intención de los políticos alemanes era volver a Berlín lo antes posible. A eso se debe que Konrad Adenauer tuviera toda la intención de construir no sólo la sede de gobierno más lamentable de Europa, sino también la más pequeña. Y en efecto, sólo las capitales de Andorra (Andorra la Vieja), Liechtenstein (Vaduz), Islandia (Reikiavik), San Marino (Ciudad de San Marino) y Mónaco (Mónaco) tenían menos habitantes que Bonn, y al menos estaban todas en la montaña o junto al mar, y no en un territorio llano que el Rin corta en dos mitades.

Ev, por otro lado, estaba entusiasmada. Tanto con la ciudad como con el señor Heinemann, a quien le tomó tanta confianza en nuestra primera visita que lo llamó sin querer «señor Heinzelmann».[41]

El ministro de Justicia Heinemann encajaba perfectamente con Bonn, era el típico jurista de manual, se peinaba el pelo blanco hacia atrás con gomina, tenía una piel suave y que no olía absolutamente a nada, llevaba unas gafas horrorosas, pero con dignidad, y habría dado muy bien el tipo pegando sellos en cualquier oficina de correos. Evitaba la música, la poesía, las novelas, el cine, la ópera, el teatro, la danza, los atardeceres y cualquier cosa que pudiera ser bella. Adoraba a Lutero, la teología, los teoremas, las listas, jugar al skat, ir a la iglesia, palabras como «ruptura» y «tentación» y, sobre todo, los discursos que mataban de anodinos y faltos de pasión. Odiaba la energía nuclear, el rearme y al doctor Franz Josef Strauß, despreciaba al BND, a la

gente que se las daba de importante, a todo cuanto supusiera llamar la atención. Casi siempre hablaba solo, podía soltar «chico, chico, chico...» sin razón aparente, se despedía al salir de cada habitación con «rompan filas, cada cual a su paso» y, al presentarnos en la sede de su gobierno, se nos acercó con las palabras: «Habrá que decir "hola" por aquí...»

En otra época, Gustav Heinemann había sido seguidor de Adenauer. Después de su aventura del rearme y de la creación de la Bundeswehr (en opinión de Heinemann: un absurdo total), dejó la CDU por las malas, fundó su propio partido, se pasó a socialdemocracia a la vista de que su partido se hundió y, acababa de convertirse en el primer ministro de Justicia de izquierdas de la República Federal. Su objetivo declarado era poner en marcha una gran reforma del código penal, un proyecto que usted, ya lo sé, no entenderá, por el mero hecho de ser un objetivo, y uno muy ambicioso, además. Para lograr este objetivo, Heinemann necesitaba gente que, en sus propias palabras, «sobre todo moralmente, esté fuera de toda duda».

Ahí era evidente que yo era la persona adecuada.

Un hombre libre de toda culpa y mancha, cornudo por obra de la especialista en cazar nazis huidos más guapa con la que irse a la cama al norte de los Alpes... ¡ay! No puedo evitar que me vengan invectivas así a la cabeza, y así me sucedió también aquel día, sentado en Bonn al lado de Ev, sintiendo su entusiasmo, indignándome para mis adentros por cómo se quedaba fascinada por cuanto soltaba por la boca aquel ministro egocéntrico, aunque la verdad es que la indignación también se debía a su joven galán, pues hay que reconocer que David Grün tenía una boca mucho más bonita.

—Como sabrá, señor Himmelreich —se quejó el ministro de Justicia mientras sorbía una taza un té—, todo mi ministerio está echado a perder por viejos nazis. Todos los jefes de mis secciones fueron miembros del Partido, del NSDAP.

—¿Todos?

—Todos sin excepción. Por desgracia, a los funcionarios no se los puede despedir. Pero están tramando algo.

—Comprendo —dije.

—Le prestará un poco de atención a eso, ¿verdad?

—Lamentablemente, yo no soy abogado. Y como historiadora, sólo entraría en consideración mi esposa.

—Pero usted es judío, judío sí es.

—Eso sí.

—Se dedicará a revisar la correspondencia que recibimos. Sería mi asesor externo, ¿qué le parece?

—Con mucho gusto.

—Eso no es difícil. Justo lo que nos hace falta es la mirada de alguien desde fuera. Sentido

común. Hay que tener cuidado con la gente que hace ofertas extravagantes. ¿Seguro que ha oído hablar de la amnistía?

—Por supuesto.

—¿Achenbach?

Difícilmente podría decir que sólo conocía al señor Achenbach desnudo.

—Un poco.

—Este caballero lleva años tratando de imponer la enmienda de la ley. Tiene muchos amigos en la casa. No podemos consentirlo. No podemos consentirlo.

—Nosotros tampoco —lo secundó Ev—. Estamos bastante familiarizados con el lenguaje jurídico. Actualmente asesoro a la fiscalía de Berlín en el juicio contra la Oficina Central de Seguridad del Reich.

—¡Ése sí que es un acto significativo! —elogió Heinemann.

—Sí —dijo Ev insegura, sin saber exactamente qué quería decir con «significativo».

—Un acto significativo, ese proceso —repitió.

Todos los meses viajábamos a Bonn durante una semana. Allí nos asignaron un pequeño despacho donde siempre había corrientes en Rosenburg, la residencia oficial de Heinemann, y nos dedicábamos a examinar archivos relacionados con un artículo que proponía una pequeña enmienda que afectaba al plazo de prescripción de los procesos en caso de a) asesinato y b) complicidad de asesinato. Leíamos las actas de las reuniones de la comisión que se ocupaba de la «Gro-Stra-Re», como se llamaba familiarmente a la Große Strafrechtsreform: la Gran Reforma del Código Penal. Yo creaba expedientes sobre decenas de funcionarios que, desde el punto de vista de Heinemann, tenían algo turbio que ocultar. Básicamente, éramos la hoja de parra judía de Heinemann, quizá también su policía secreta más secreta, acerca de la cual él, a su vez, no podía saber que compartíamos las informaciones con el Mosad, con el BND y con el grupo a favor de la amnistía de Erhard Sneiper (bueno, no lo hacíamos los dos, sólo su mitad más mentirosa); en otras palabras: con todo el puto mundo.

Muchas veces estuve a punto de contarle a Ev sobre la red cada vez más densa de conspiraciones e intrigas que se me enrollaba alrededor de los tobillos como si fueran cables eléctricos subterráneos que zumbaban y me paralizaban.

Al mismo tiempo, una especie de amenaza no definida parecía cernirse sobre nosotros, como una nube tóxica de color azul oscuro. A pesar de todo, no fui capaz de alargar la mano hacia la barbilla de Ev para hacer que levantara la vista hacia aquel cielo que se nublaba a pasos

agigantados. Subestimé el cataclismo que estaba a punto de producirse. Por otro lado, la posibilidad de que me descubriesen me pesaba más y más. El miedo rara vez tiene explicación lógica, de lo contrario no lo tendríamos. ¿Por qué tener miedo de las arañas o de tu jefe? Nada de lo que a uno le roba el sueño es lógico nunca.

Que una causa traiga consigo un efecto sí me parece lógico, ahí tiene usted la razón. Cuando el sol desaparece, se hace la oscuridad. Cuando llueve, me mojo. Cuando alguien me pega, me duele. Cuando alguien me sonríe, me pongo contento. Llámelo «karma» si insiste, querido amigo.

Sin embargo, no me ponía nada contento cuando Ev me sonreía. Sentía miedo, no alegría. Pensaba en David Grün y Erhard Sneiper, no en la fuerza de la certeza que subyace a cada sonrisa. El sol desapareció cuando envié al señor Achenbach ciertos informes estrictamente confidenciales sobre el señor Achenbach que había escrito Ev, movida por el odio hacia el señor Achenbach; es más, ahí sí que desapareció el sol del todo. Pero no se hizo la oscuridad. No me mojé sólo por el mero hecho de que lloviera. La traición no funciona así. No hay acción-reacción. Como tampoco rige la lógica.

Se puede acabar enredado en situaciones que te superan por todos los lados. Y en aquella época en Bonn, todo me superaba. Porque veía lo feliz que estaba Ev cuando se sentaba frente a mí en mi escritorio en Bonn, convencida de que estaba haciendo del mundo un lugar mejor. Y yo sabía que en realidad la estaba haciendo infeliz al transmitir sus averiguaciones, al revelar sus movimientos, al echar por tierra sus esfuerzos en la caza de nazis.

Claro que ella no era infeliz. No veía nada que la hiciera infeliz. No descubrió nada. No se daba cuenta de que la estaban haciendo infeliz. Fue como si le pegara, pero no le doliera. La causa no hacía patente su efecto. Sólo yo me sumí en la infelicidad, aunque, en el fondo, no podía sentirme más feliz que así, trabajando con mi esposa para atrapar a los nazis soterrados, para democratizar el país, para hacer valer la justicia, para reducir el *duhka*.

Blablablá.

«Si no fuera por David Grün...», pensé.

Si no fuera por David Grün, podría confesárselo todo a Ev.

¡Qué ganas tenía de hacerlo! Y ella no me dejaría, sino que se quedaría a mi lado igual que se había quedado a mi lado en aquellos días de la ocupación bolchevique de Riga. Como se había quedado a mi lado siempre.

Me pasaba las noches discutiendo con Anna porque empezaba a darle vueltas a ciertas ideas. Bueno, eran ideas bastante vagas, pero tenían que ver con que yo sabía muy bien cómo hacer desaparecer a gente. A estas elucubraciones, sin más, no se las puede llamar «karma», querido swami. Aunque luego parecen lógicas muchas cosas.

A David Grün le pegan. Le duele a él (a mí no, ¿por qué?).

David Grün desaparece. Para Ev se hace la oscuridad (para mí no, ¿por qué?).

Anna se echó a llorar.

Dijo que nunca debería haberle rajado el cuello a aquel pobre collie miniatura. No, hija, le dije con un bufido, al que le debería haber rajado el cuello era a Erhard Sneiper. Y a David Grün también le debería rajar el cuello. Él tenía la culpa de que Ev sufriera tanto.

Incluso de la muerte de Eduard Dreher soy responsable por culpa de él.

32

Heinemann nos presentó a Eduard Dreher apenas unas semanas después de nuestra llegada.

—Habrá que decir hola por aquí, señor Dreher —saludó Heinemann a aquel educado caballero con arrogante cara de caballo que llamó a la puerta de su despacho para entrar justo cuando nosotros nos disponíamos a salir.

El ministro nos presentó como «arquitectos de interiores», lo cual admitía muchas interpretaciones, y al instante le preguntó a Dreher qué había soñado la noche anterior. Dreher respondió que había soñado con media jirafa en un viaje al centro del mundo. A Heinemann le pareció harto sugerente tratándose de un consejero ministerial.

—El señor Dreher está escribiendo un pequeño tratado sobre el mundo de los sueños. ¿Cómo era el título...?

—*Aquí se equivoca Sigmund Freud*, señor ministro.

—¿Y dónde se equivocó Sigmund Freud? —quiso saber Ev.

—En el énfasis de lo sexual en los sueños humanos, querida señora.

—¿Eso cree usted?

—No somos criaturas movidas por instintos animales. En los seres humanos, la sexualidad está amalgamada con la conexión personal a largo plazo con una persona del sexo opuesto. Justo eso es lo bueno.

—¿Y en sus sueños no aparece nada relacionado con el sexo?

—En realidad, yo sólo sueño con el derecho penal. Y con la naturaleza más bella.

—Ayer soñó con esas liebres que usted quiere que arresten por complicidad en un robo —le recordó el atento Heinemann sonriente.

—En efecto, señor ministro. —Dreher le devolvió la sonrisa.

—Me tranquiliza saber que, si sueña conmigo —dijo Ev—, no he de temer que tenga una polución nocturna.

El señor Dreher parpadeó varias veces muy deprisa, como si tuviera frío, y Heinemann se balanceó sobre sus talones, primero hacia delante y luego hacia atrás. Después dijo que le resultaba de lo más agradable poder charlar en términos tan distendidos y tan alejados de la jerga jurídica habitual, y que el señor Dreher, alto dirigente del ministerio, era el asesor general de la comisión que estaba revisando el Código Penal y, por lo tanto, cabeza de la Gro-Stra-Re. Su colaborador más cercano. Luego abrió la puerta, nos acompañó hasta la salida a Ev y a mí, y,

detrás de la puerta cerrada, oímos que se saludaban de nuevo en voz bien alta: «¡*Heidewitzka*, capitán!» (a saber, Heinemann), y poco después «¡Impertinente!» (a saber, Dreher).

Cuatro o cinco semanas después, Ev irrumpió en nuestro despacho emocionadísima. Me lanzó un expediente que permitía sacar algunas conclusiones sobre Eduard Dreher, tanto sobre su Yo despierto como sobre su inconsciente. ¡Menudo bello durmiente! En sus oníricos años de fiscal nazi en Innsbruck, había preparado horas inolvidables para las ovejitas negras que llevaba a rastras a los tribunales. En la cocina de las brujas de su tribunal penal hervían a los delincuentes en sofisticados calderos mágicos. Numerosas sentencias de muerte añadían sabor a la pócima, sobre todo aquellas que se imponían sin ningún motivo en absoluto.

El proceso contra Karoline Hauser, por ejemplo. Estaba justo al principio de aquel particular diario donde estaban recogidos sus sueños y que me dejó boquiabierto al hojearlo. Hauser era una trabajadora de fábrica de cuarenta y un años: «parásito» y «peligrosa criminal contra la moral y las buenas costumbres» en opinión del fiscal nazi, Dreher, sin duda, completamente libre de cualquier mala conducta onírica. Hauser se libró por muy poco de la horca que nuestro amiguito soñador no había podido resistirse a solicitar para ella por haber pasado a gente unas cuantas docenas de cartillas para conseguir ropa, sin duda «movida por el más reprobable interés propio y, por consiguiente, con alevosía».

O el proceso contra Josef Knoflach. Fue juzgado como «ladrón reincidente y delincuente violento». El obrero Knoflach, de cincuenta y siete años, había usado una bicicleta «sin previa autorización» para sisar una hogaza de pan y un kilo de tocino. La corte marcial especial quedó convencida con el alegato de Dreher y le impuso la pena de muerte. Por semejante robo de poca monta. Fue gracias a la intervención del *Gauleiter* del Tirol, que odiaba a los alemanes y no estaba dispuesto a que ningún pimpollo nazi mandase decapitar a un compatriota suyo por un pedazo de tocino torpemente sisado, que la sentencia acabó reduciéndose a ocho años de cárcel.

O el proceso contra Anton Rathgeber. Cinco semanas después de un ataque aéreo, aquel viejo borrachín, empleado de un tostadero de café, había sacado un par de prendas de ropa cochambrosas de una caja que había quedado entre los escombros «sin dueño». Dreher acusó a Rathgeber de «parásito» para el pueblo alemán, pues «un acto como el suyo debía considerarse saqueo», y eso que no había ningún punto en la ley que prohibiera calentarse con basura suave. El imaginativo Dreher (pues la imaginación no sólo se manifiesta en los sueños) no permitió que este vacío legal pudiera invalidar su solicitud. Se aferró a una imponente máxima de Hitler, según la cual incluso un comportamiento trivial podía reinterpretarse en términos de delito penal si así lo requería «el sano sentimiento del pueblo ario».

Diez días después de que comenzara el juicio, Dreher solicitó para el acusado su pena

predilecta: la de muerte. Una moción de última hora que apoyaron incluso los jueces especiales para «conmutarla por una sentencia de doce años de cárcel para Rathgeber», fue rechazada por Dreher, quien no vaciló ni un instante en tacharla de misericordia inmerecida. La sentencia se ejecutó dos semanas después y duró un minuto y treinta segundos desde que la víctima fue llevada ante el verdugo hasta que cayó la guillotina.

No es de extrañar que, por las noches, nuestro defensor de la guillotina sólo viera medias jirafas, si lo raro es que aún soñara con bellos paisajes.

—Ahora agárrate fuerte —dijo Ev—, Dreher está en el Ministerio Federal de Justicia desde 1951. Y adivina adivinanza cómo comenzó su carrera en Bonn.

—¿Con la reintroducción de la pena de muerte?

—¡Sigue!

—¿Remodelando las leyes sobre los burdeles?

—No hagas chistes malos. ¡Sigue!

—Yo qué sé... ¿Exigiendo que lo enchufasen para llegar aún más alto?

—¡Amnistía general!

—¡No lo dirás en serio!

Ev me señaló el pasaje relevante. Yo iba leyendo por detrás de su dedo índice, que se deslizaba triunfal a lo largo de los renglones, y así me enteré de que a Eduard Dreher le habían denegado la admisión en el Colegio de Abogados de Württemberg-Norte después del final de la guerra debido a su vinculación con los nazis. Después de una etapa de enredar aquí y allá como abogado en Stuttgart, lo habían contratado en la sección del Ministerio Federal de Justicia que se ocupaba de los asuntos penales. Tareas del cargo: acciones jurídicas en aras de lograr una amnistía general.

Yo estaba impresionado.

—Mira, lee esto.

Ahí desapareció el dedo de Ev, porque no pudo evitar el impulso de mordisqueárselo.

Para Sigmund Freud, cada sueño es la forma que tiene un deseo de cumplirse, como también es el guardián que controla los impulsos del Ello, por si no lo sabía.

—¿Ha mantenido correspondencia con todos? —pregunté con asombro mientras leía el correspondiente pasaje.

—¡Werner Best! —exclamó Ev.

»¡Friedrich Grimm! —exclamó.

»¡Hugo Stinnes! —exclamó.

»¡Ernst Achenbach! —Esto no lo exclamó, sino más bien lo soltó como un bufido venenoso, o al menos así lo percibieron mis conmocionados oídos—. Con todos esos capullos. Juristas todos. Y mira quién sale abajo, ¡ese nombre lo conoces tú bien!

—¿Erhard Sneiper?

—Otro que pertenece a la camarilla. Ahí lo tienes, por escrito y más claro que el agua. ¡Hazme el favor de no aparecer por su casa nunca más!

Delante de mí, Ev iba de un lado para otro emocionada, mordisqueándose la uña del índice. Se movía como los comisarios de *Tatort*, aunque no sé yo si verá usted esa serie, con eso de que es de crímenes,[42] mi querido swami, tan eficaces ellos en sus comisarías, escenarios en sentido literal, claro, casi artificiales, sin sufrir depresiones, sin ironía, sin interés por las conversaciones de la vida real y sin perder un momento en lo que les pasa a sus devotos subcomisarios, los correspondientes Watsons de cada Sherlock.

—Dreher juega a varias bandas —dedujo elementalmente la comisaria jefe Himmelreich.

—Está metido en todo el fregado y él sí que es un parásito, una solitaria en los intestinos del Ministerio de Justicia. ¡Es el enemigo!

El subcomisario Himmelreich miró a su superior con mucho respeto.

—¿Cómo puede llegar a esta posición alguien como él? —preguntó, no porque le importase una puñeta, sino porque se moría por despertar la atención de ella, y ¿qué podría obligar más a atender que buscar una respuesta rápida?

—Y tiene buenas conexiones con el SPD.

—¿Dreher girando hacia la izquierda?[43]

La comisaria Himmelreich negó con la cabeza y empezó a ilustrar a su colega menos capaz para especial regocijo del subcomisario Himmelreich, pues encontró cierto atractivo erótico en verla embriagarse de entusiasmo con aquellos pensamientos (cómo le hubiera gustado acostarse con aquellos pensamientos, hasta con el más banal).

—Sólo finge hacerlo —respondió ella—, ése es hasta la médula del partido marrón.[44] Pero le proporciona una buena tapadera. Y lo desvincula por completo del CDU, ya que fueron ellos quienes lo tenían muy pillado en Stuttgart. Muy inteligente por su parte.

—¿Y los socialistas lo aceptan?

—Adolf Arndt le allanó el camino.

Aquí la comisaria estaba poniendo a prueba a su compañero. ¿Sabría quién demonios era el tal Adolf Arndt?

—¿El que ayudó a venir al mundo a Willy Brandt? —se le ocurrió, gracias al cielo, y así la comisaria le hizo la merced de seguir compartiendo con él sus agudísimas deducciones.

—A nadie le entra en la cabeza por qué —prosiguió ella con sorprendente desconcierto.

—Arndt es socialista, judío y, para colmo, miembro de la ejecutiva del partido. Está en contra de la enmienda de la ley. Está en contra de la amnistía. ¿Cómo es posible que un veterano del SPD de los más duros recomendase a Dreher para que lo contratasen aquí, en el ministerio? No tiene pies ni cabeza. Pero fue así.

—¿Simpatía personal? —sugirió el subcomisario.

Ay, cómo le gustaría pedirle a la comisaria que lo ascendiera a comisario, discutir juntos todas sus estrategias de caza y captura y, en cambio, darle puerta al otro ayudante, al psicólogo de la policía, David Grün.

—Más bien desesperación —dijo la comisaria Himmelreich—. No hay abogados de izquierda en el ministerio. Supongo que por eso el SPD daría el visto bueno a alguien que odia al CDU, qué más da de dónde haya salido. Todo el mundo sabe lo que hizo Dreher en Innsbruck. Sin embargo, hace la vista gorda. Incluso el abuelo Heinemann mira hacia otro lado.

—¿Así que Dreher navega bajo una bandera falsa?

—Y nadie se da cuenta.

—Les meterá un caballo de Troya.

—Él mismo es el caballo de Troya.

—Tenemos que hablar con Heinemann.

—¿Ah sí? —dijo la comisaria en tono venenoso, y su fiel ayudante intuyó de ello que acababa de echar a perder los breves momentos de intensa atención a su persona, pues ella lo contradijo —: Dreher es su colaborador más estrecho. Y, además, un hombre que sabe cómo eliminar a la gente. Como no tengamos cuidado, aun acabará con nosotros.

• • •

A pesar de todo, Ev habló con Heinemann, le entregó nuestro informe y se llevó una reprimenda.

Y yo hablé con Erhard Sneiper, le presenté nuestro informe y recibí sus elogios.

La cortesía con la que el señor Dreher nos trató en lo sucesivo cuando nos encontraba en la cantina era exquisita. Delicadísima. No se podría decir de otra manera.

Nunca supimos con qué soñaría aquella noche.

La comisaria y su subcomisario quedaron a la espera durante meses. Años.

Eran los años sesenta, querido swami. Ahí ya era usted mayorcito. Igual se dedicaba a festejar los acontecimientos como el resto del mundo. ¿El paquete completo? Lo conocerá mejor que yo. Los Beatles y cosas por el estilo. Martin Luther King. El *Apolo 13*. Tiempos de un increíble frenesí. Aunque no para los juristas. Para los juristas el tiempo transcurre más o menos igual que para los glaciares. Avanzan un metro hacia el valle cada año. Al hielo y a los artículos del Código Penal no les afecta en absoluto si se está inventando el rock and roll.

La gran reforma, la famosa «Gro-Stra-Re», comenzó en 1951 y no se había llevado a término en cinco años, ni en diez años, ni en quince años.

Los primeros miembros de la comisión murieron, los segundos dimitieron, porque había

terceros que no les gustaban. A ello se sumaron jubilaciones y ciertas palabras que tuvieron algunos con otros. Nuevos gobiernos y viejas camarillas.

Nunca dimos con ningún proyecto sospechoso. Por ninguna parte encontramos ningún intento expreso de conservar los artículos del Código Penal tal como estaban, adaptándolo así a las necesidades de todos los antiguos nazis cuyos procesos penales surgían como los hongos por toda Alemania. Al contrario. Lo que leíamos en las actas de las reuniones de la comisión sonaba a voluntad de la liberalización del derecho penal alemán, del mismo modo en que todo sonaba a liberalización por aquel entonces.

Ahora bien, la comisaria jefe no se fiaba de aquello. Mandó pinchar varios teléfonos sin decirle gran cosa a Heinemann. Su asistente incluso hizo que dos agentes del Mosad vigilaran la casa de Dreher, si bien cuanto averiguaron fue la hora en que iba a jugar a los bolos y que su mujer tenía un amante.

En aquellos días casi todas las esposas tenían un amante. Se ve que fue un fenómeno de la época. Como resultado, me sentí más identificado con la persona, compañero en el mismo sufrimiento, con independencia de que trabajase para el ministerio. Me hizo falta releer algunos de sus típicos alegatos, siempre escritos en un lenguaje muy claro y explícito («repulsiva chusma no alemana»), para volver a verlo desde la distancia debida.

Nunca vimos ningún caballo de Troya galopando por ninguna parte.

El Proceso contra la Oficina Central de Seguridad del Reich también avanzó, y eso que en alemán es una palabra de treinta y tres letras: *Reichssicherheitshauptamtsprozess*. Tras seis años de preparación, aquel mamut de proceso iba a empezar de una vez. Se llevaron a cabo los últimos registros domiciliarios. Se ordenaron las primeras detenciones.

Y también la comisaría de los Himmelreich estaba firmemente convencida de que todo habría de transcurrir de acuerdo con la ley y el orden.

33

¿Se acuerda aún de 1968, swami?

Debo decir: el primer año bueno desde que salimos de Letonia.

El primer año bueno en dos décadas y media.

Un año lleno de emoción y de arte.

Me pregunto cómo se habría sentido papá, con sus bacanales pastoriles y sus ninfas retozonas, pintadas en cálidos colores al óleo, entre todos los *happenings*, las *performances* y las consignas revolucionarias que irrumpieron en nuestro presente aquel año.

Una vez, en plena plaza de la Münchener Freiheit, se me acercó tambaleándose una chica maquillada en tonos chillones y con una caja de cartón a modo de vestido con unos agujeros que permitían tocarle los pechos. A su lado iba un novio melenudo con un megáfono pegado a la boca, gritándome que le metiera mano durante doce segundos exactos, mano para dentro, pulgares y dedos medios, mano para dentro. Al final le hice el favor, ya que ésa era la intención de aquella obra de arte performativo que de tan sugerente manera tematizaba el papel del cuerpo femenino en la sociedad; a fin de cuentas, el mismo tema al que papá se había dedicado prácticamente toda su vida. A él le hubiera agradado bastante aquella *performance*, aunque bien podría haber prescindido de la caja de cartón y, por supuesto, del novio melenudo del megáfono.

Aquel año de 1968 la calle se convirtió en el escenario de un acontecimiento tras otro. Incluso frente a nuestro domicilio permanente tuvo lugar una manifestación, y alguien rompió el gran ventanal de las oficinas de la Asociación Germano-Israelí.

En aquel momento no teníamos alojado allí más que a un agente del Kidon, uno regordete, pero ágil. Se quedó boquiabierto al ver que, entre todas las banderas de Estados Unidos a las que prendieron fuego frente a nuestro edificio, también ardiera una pequeña bandera israelí. Los enfebrecidos manifestantes gritaban:

—¡Sois unos fascistas, sionistas de mierda!

El agente, en vista de aquella flamante confusión, se subió a la armería.

Menos mal que nadie tiró una segunda piedra a una segunda ventana.

Cada vez que salías por la puerta te encontrabas con hippys como tú, querido swami, y fue Ev quien, a diferencia de mí, perdió todos sus miedos al contacto. Le gustaba incorporarse a las masas solidarizadas con Ho Chi Minh, pues veía que con ellas marchaba una nueva Alemania, antiautoritaria y basada en la democracia de verdad. Podría pasarse horas debatiendo sobre la

propia palabra «marchar», que algunos maoístas querían prohibir (como también la palabra «arrastrarse», por cierto, pues ya sólo debían utilizarse verbos como «moverse», para así no desacreditar ninguna de las maneras de avanzar del ser humano).

Ev accedió con mucho gusto a proporcionar asistencia básica en el Comité de Primeros Auxilios. Sus conocimientos médicos se hicieron muy populares entre aquellos grupos de manifestantes, que no pocas veces necesitaron atención después de que las porras de goma de la policía les dejasen un recuerdo de su postura en forma de tabique nasal roto.

Descuidó su papel como comisaria jefe Himmelreich y se dedicó a leer textos como *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord o *Un ensayo sobre la liberación* de Herbert Marcuse, nuevos cimientos de nuestro ritual del desayuno en común, mientras que por las tardes, a falta de playa del Mediterráneo, salíamos a pasear por el Jardín Inglés, donde el Monóptero de Leo von Klenze ofrecía un curioso escenario para escuchar las canciones de Bob Dylan, o a brillantes recitadores acompañados de jovencitas adornadas con flores, además de bien puestas de marihuana, cuyas vidas se deslizaban como arena entre los dedos de otros jóvenes que tocaban la guitarra.

• • •

El año 1968 fue también el año en que Reinhard Gehlen se retiró. Me llamó una última vez a su despacho, supuestamente para borrar los últimos recuerdos de Koja Solm, por lo que me entregó una bolsa llena de cenizas que en otro tiempo habían sido papeles.

Los tumultos que, en aquellos días revolucionarios, azotaron desde las grandes ciudades hasta las zonas de campo hicieron eco en los pasillos de la Org, despertando la irritación general. El último comunicado de Gehlen, que contenía la orden de equipar a todos los funcionarios hombres de las secciones de investigación con metralletas Uzi y tambores de cien balas del arsenal del BND para que las utilizaran en caso de toparse con alguno de aquellos disturbios antidemocráticos en el camino de vuelta a sus casas, fue arrancado a toda prisa de la máquina de escribir e introducido en la destructora de documentos por quien fue designado como su sucesor.

—Ese mocoso se cree que esto no es más que una revuelta juvenil[45] —resopló el doctor con desdén.

—¿No es así?

—¡Dürer! —me regañó.

—¡Aquí hay una mano larga! ¡Una mano muy larga!

—¿Moscú?

—Está clarísimo. ¿Levantamientos a nivel de toda Europa? ¿Huelgas masivas en Francia y Gran Bretaña? Eso no sale sin el apoyo de Moscú.

—Usted lo veía venir.

—Durante mucho tiempo.

—¡Cuánta experiencia, doctor!

—Me ofrecí a quedarme.

—Qué magnífico.

—Hasta cumplir los noventa, le dije al canciller, me quedo encantado.

—¿Hasta los noventa?

—Salgo a navegar todos los días. Nado. Tengo el corazón de un estudiante, me dice el médico.

—¿Su primo?

—¿Acaso cree usted, Dürer, que iría a un médico con quien no tengo parentesco?

—Claro que no, discúlpeme.

—La democracia, según el canciller, impone los sesenta y seis.

—¿Sesenta y seis?

—Años. El límite para la jubilación. Para el «apaga y vámonos».

—Increíble. A los sesenta y seis.

—Blücher tenía setenta y tres años cuando derrotó a Napoleón en Waterloo.

—Lo sé.

—Moltke tenía ochenta y ocho años cuando dimitió como jefe del Ejército Mayor.

—Qué brillante estratega...

—A mí no me costaría nada seguir haciendo esto hasta los noventa.

Sus ojos se iluminaron un poco ante aquella idea, como los faros de un barco en la niebla, si bien el resto de su apariencia —el cuerpo huesudo, la calva, el rictus de asco y el mal humor marcado en las comisuras de los labios— no resistiría mucho más a la senectud.

Se levantó de detrás del escritorio, dio unos pasos hacia el gran armario de madera tallada para guardar los documentos que una vez diseñé para él y desplegó el mapa del mundo, con aquella decoración tan exquisita y costosa.

—Eso sí que era arte del de verdad —murmuró Gehlen—. Herta lo considera a usted un genio.

—Eso lo dice para halagarme, doctor.

—Yo no le hago halagos a nadie.

Pasó la mano por el Congo, que yo había querido representar con incrustaciones de ébano, y eso que valía una fortuna a finales de la década de 1940. Los dedos de Gehlen temblaban un poco, tal vez por la emoción, o sólo porque lo tenía calculado; eso sí, siempre asociaré aquella última vez que contemplé mi propio mapamundi con sus manos sarmentosas temblando al acariciar el ébano.

Tan sólo cuatro semanas después de mi visita de despedida, mi precioso mueble —con aquellas incrustaciones de maderas de caoba, limonero y cerezo que se entrelazaban con

estudiada sofisticación desde la costa Oeste de Estados Unidos hasta Japón; con sus estados y sus océanos, hasta con un puntito para Pullach y, lo más importante de todo: con la gran «M» sobre Moscú en honor de la pobre Maya— acabaría reducido a leña como resultado de la remodelación del que fuera el despacho de Gehlen.

Cuando ya estábamos de pie en la puerta, el doctor me dijo que también bajo las órdenes del mocoso de su sucesor me correspondería la jefatura del domicilio permanente. Que se había encargado de todo. Que yo era un oficial de enlace fabuloso, no un fraude como mi hermano, aunque, claro, yo no tenía hermanos, puesto que era el señor Himmelreich, por no decir el señor Dürer, y que lo mejor era que arrojase las cenizas de aquella bolsa a las aguas del lago de Starnberg.

Una semana más tarde acudí al acto de despedida oficial. Iban todos sus antiguos colaboradores: Sangkehl; Heinz Herre, *Pinocho*; Fritz Palestina. Yo no podía faltar.

También estaba Alo, la secretaria. Hasta que no vi los lagrimones que corrían por debajo de sus gafas como rastros de caracoles no me di cuenta de que Gehlen era un hombre a quien procuraba una gran satisfacción el reconocimiento de las secretarias, aunque ello le supusiera, a cambio, tener que amarlas. El lío que habían mantenido durante veinte años no habría salido a la luz de no ser porque Alo, alrededor de la medianoche, sufrió un desmayo y Gehlen, muy asustado, soltó en voz alta: «¡Chochito!», una palabra que, sobre todo salida de su boca, causó un trauma importante a algunos de los presentes (más que nadie a su esposa, claro).

El acto tuvo lugar en el flamante casino del edificio principal de las instalaciones del BND. El canciller Kiesinger no quiso acudir, una afrenta que se hizo patente por la silla vacía que quedó al lado del jefe del BND saliente. El ex canciller Adenauer no pudo venir, porque llevaba varios meses muerto. La CIA no envió más que a gente de segunda fila o viejos veteranos que se reían demasiado fuerte. Yo oía desde lejos a Donald Day metiendo ruido, pues ya estaba borracho. El ex jefe de la *Agency*, Allen Dulles, incluso había osado decir que era de especial importancia para él hacer notar que no presentaba sus respetos a la institución en general y, menos todavía, al homenajeado en particular.

No estaba olvidado o perdonado, ni mucho menos, que se hubiera hundido la reputación del BND y echado a perder la totalidad de las líneas de infiltrados americanos al otro lado del Muro por culpa del topo malnacido de Heinz Felfe. Bonn y Washington aún no habían conseguido compensar aquellos daños ni siquiera cinco años después de las detenciones. Gehlen, en cuyo despido se dice que insistía mucho John F. Kennedy, no llegó a ser despedido en el verdadero sentido de la palabra, porque el presidente de Estados Unidos murió antes en el oportuno atentado de Dallas.

Las noticias del bloque oriental que llegaban hasta Pullach con cuentagotas a través de Israel gracias a mis humildes esfuerzos fueron demasiado pocas para mantener con vida una agencia de espionaje y demasiadas para que muriese. El Mosad no contaba más que con fuentes operativas internas comparativamente escasas en Rusia, casi todas en el Ministerio de Salud de Moscú, de modo que la Org descubrió cuántos pacientes rusos eran enviados a Crimea para recibir tratamiento contra la tuberculosis cada año, pero apenas pudo ampliar su radio de conocimiento con respecto a la potencial amenaza militar.

Al propio BND le resultaba imposible reclutar agentes en el Este. A nadie. Cero.

Infiltrar a alguien quedó descartado por completo.

Ningún espía con un mínimo instinto de supervivencia estaba dispuesto a arriesgar su vida a cambio de unos pocos rublos por colaborar con los peores servicios secretos de todo Occidente. Sin olvidar aquí que, además de Heinz Felfe, podría haber más agentes dobles entre las filas de la Org, yo mismo, por ejemplo, pues no podían dejar de contar con mi posible reactivación.

En pocas palabras: las informaciones que llegaban hasta las orillas del BND estaban lejos de ser secretos celosamente guardados por la política soviética. Tengo que reconocerle, querido swami, que, en aquellos tiempos, Pullach habría sacado el mismo provecho leyendo por las mañanas un ejemplar de *Pravda* y del *Neues Deutschland*, sin necesidad de gastarse los fondos conservando a dos mil personas en nómina.

Imagínese el ambiente que reinaba en el casino del BND, mientras el *Master of Disaster* (como solía llamar Donald Day al incombustible doctor Gehlen) esperaba su homenaje, con su esposa Herta al lado, quien, al final de la velada y delante de Alo, aún acabaría dándole un bofetón por inclinarse sobre su fiel secretaria para devolverla del desmayo a la triste vida mediante la reanimación boca a boca.

Antes de eso, sin embargo, pronunció el discurso de rigor el jefe de la Cancillería y ex miembro de las SA, Karl Carstens, un elegante hanseático altísimo y de cejas despeinadas, que sólo llevaba en el cargo desde principios de año y antes no había visto a Reinhard Gehlen en su vida.

El homenajeado estaba tan sorprendido de que pronunciara las palabras de despedida un completo desconocido (pues los completos desconocidos o bien te reciben o bien te insultan, pero no les corresponde el honor de decirte adiós) que se pasó todo el discurso hojeando su breviario de Sun Tzu.

—«En verdad ha tenido que hacer frente a decepciones y contratiempos importantes...» —Carstens leía entretanto una *laudatio* escrita por alguien de la Cancillería que, sin duda, aprovechaba para soltar toda su rabia por el fiasco de Felfe—. «Sin embargo, vista su trayectoria

como un todo...» —Como un todo, querido swami, es decir: en su conjunto, en sí misma, sin tener en cuenta las quiebras y catástrofes, pues eso es lo que significa «vista en su conjunto»— «... vista en su conjunto no pueden considerarse sus destacados méritos sino como una trayectoria admirable y de la máxima relevancia para el destino de nuestro país».

No se le pueden dedicar mejores elogios a un completo fracaso.

El broche final lo puso un hermoso aplauso, y los empleados del BND, incluido yo, la criatura del Reino de los Cielos (Himmelreich) de la que él mismo era creador, regalamos al apasionado bebedor de Earl Grey un lujoso juego de té de plata (que luego daría un trabajo tremendo limpiar), además de dos kilos de azúcar. El canciller, que no había asistido, le hizo llegar una Biblia: la duodécima que le regalaban, según dijo. Donald Day le regaló un Colt de la Guerra de Secesión en nombre de la CIA, y de Tel Aviv le llegó un paquete con un herrerillo azul disecado... un herrerillo árabe, por cierto (esa especie de aves no existe en Israel).

Después de aquello, yo me sentí como liberado.

El viejo Gehlen se había ido.

El nuevo haría valer su posición.

La primavera se adueñó de mi persona. Fue una primavera maravillosa, una primavera de la revolución. Me invadía una sensación de libertad infinita que no creí que volvería a sentir; la última vez había sido al salir por el portón de la Lubianka, recién liberado, si bien por entonces tenía veinte años menos y estaba medio muerto de hambre.

Fue maravilloso despertar a Ev antes del amanecer para partir hacia París en nuestro Citroën a las cinco de la mañana bajo un sol que parecía de Van Gogh. Un sol espontáneo y alegre.

Allí todavía humeaban las últimas barricadas en el Barrio Latino.

La ciudad entera respiraba como un animal que acaba de superar una enfermedad, que despierta del coma.

Nosotros tomamos prestada aquella respiración. Nos alojamos en una pequeña pensión cerca de la Bastilla. Por la mañana vimos pasar una columna de trabajadores en huelga con banderas rojas, cantando a coro y a todo volumen, desfilando por delante de la tienda de quesos donde nos tomamos dos croissants de pie junto a una mesita destartalada y donde el dueño había decorado sus montañas de mantequilla, sus cuencos de *crème-fraîche* y sus pirámides de queso de vaca, oveja y cabra con la sonrisa de Mao y ofrecía un veinte por ciento de descuento revolucionario en cada camembert.

Ev y yo atravesamos los puentes del Sena corriendo como dos niños.

Pensamos en Bonn y en Múnich y creímos de verdad que estábamos cosechando lo mejor de

cada lugar, es decir: que ganábamos en todos los frentes, puesto que lo bueno y nuevo (lo nuevo, por entonces, era sinónimo de lo bueno) ganaba en todos los frentes.

No había visto a Ev tan feliz en años. De nuevo podía dormir de un tirón toda la noche, aunque dejáramos la ventana abierta y se oyeran los disturbios hasta el amanecer.

Los sudores de otros tiempos, las náuseas que le entraban de golpe, los ataques de ansiedad... todo se calmó.

También Anna estaba feliz, veía el coraje renovado en los ojos brillantes y casi libres de preocupación de su madre.

Y por las noches cenábamos de restaurante.

Nos acercábamos a los sesenta años, la mejor edad para salir a restaurantes, conservaran los cristales de las ventanas enteros o no (los manifestantes habían roto muchos).

En el Louvre, que tanto amaba papá por la sección italiana, Ev permaneció sentada a mi lado durante tres horas, viéndome dibujar la Victoria de Samotracia. No le conté nada de mi época en el París ocupado por los nazis, ni nada sobre aquella misión en la que fracasé estrepitosamente como fornicador por falta de deseo, en aquellas semanas de horror que me llevaron hasta allí en una huida de la desesperación y una huida de la propia Ev. Aquellas semanas en las que ella estaba tan mal, tan sumamente mal que la mejor manera de mejorar su suerte que se le ocurrió fue ofrecerse como médica voluntaria en Auschwitz.

Ahora, en cambio, estaba bien. Muy bien. *Merveilleux, excellent, voilà*.

Y así fue como pensé que Ev ya no necesitaba a David Grün.

Incluso puedo decir exactamente en qué momento sentí la absoluta certeza de que ya no necesitaba a David Grün. Estábamos sentados en las Tullerías, ella había recostado su menudo cuerpecito anguloso en uno de esos pequeños bancos parisinos. Esa mañana habíamos hecho el amor como en otros tiempos muy lejanos. Formando un solo cuerpo, una única superficie llena de arrugas y protuberancias y redondeces, y volvíamos a ser capaces de oler nuestros respectivos olores, ahora con más fuerza que antes.

Y allí, en el banco de las Tullerías, podía sumergirme en su respiración a través de la blusa juvenil que llevaba, arrodillado en el suelo frente a ella, con la cabeza apoyada en su vientre, que aún conservaba la tersura, puesto a prueba tan sólo una vez por un parto en vano; podía respirar y oler y sentir su cálido cuerpo, y oí que Anna me susurraba que me quedara allí, sólo un momento, y, justo entonces, la mano de Ev me acarició la cabeza como la primera vez y mi mente echó a volar para remontarse décadas atrás, y desde una gran altura vi a dos niños que se juraban fidelidad en una casita de azúcar embrujada, entregando sus manos y sus cabezas, y ahí supe con certeza absoluta que Ev ya no necesitaba a David Grün.

Sólo que ella aún no lo sabía.

David había llegado a convertirse en una extraña parte de ella en los últimos años. Como cuando a un árbol viejo le sale una ramita verde nueva.[46] Como yo no protestaba, Ev había llegado a la conclusión de que aquello me parecía bien. Debía de pensar de mí que era un poco como su perro. Yo se lo perdonaba.

Lo que no quita que David Grün no me pareciera bien en ningún momento. Sólo quería que Ev no muriera. Sólo quería que estuviera bien.

Pero ahora estaba bien.

Incluso Anna tuvo que admitir que mamá estaba bien.

No hacía falta que nadie supiera lo poco que necesitaba yo a David Grün. No habría servido más que para poner triste a Ev.

La repugnancia que sentía al encontrar en sus jerséis alguno de los cabellos de aquel tipo, largos, ondulados y de un castaño que nunca se volvía gris en absoluto. El labio me temblaba cuando me lo encontraba en la puerta principal, cuando llamaba al timbre como un cartero y yo le abría la puerta y me saludaba «Hola, Jerry» como en una película americana. Incluso me abrazaba. Una Navidad increíble en que los tres nos sentamos frente al árbol y me regaló diez sesiones de terapia gratis; no me quedó más remedio que aceptar el regalo: un vale dibujado y firmado por él mismo. ¡Lo que odiaba yo aquellos vales caseros de David Grün! «Vale por una excursión al castillo Neuschwanstein», «Vale por una buena vida». Dibujaba como un niño de cinco años, y mira que odio que alguien no sepa dibujar, de ti también odio eso, swami, la verdad sea dicha. Odiaba el sonido de sus pasos, que reconocía al otro lado de la puerta de su mansión cuando iba a recoger allí a Ev y ella le daba un beso de despedida. La marca que le dejaron sus dientes en la piel. Una sola vez en todos los años, en la nuca... me quitó el sueño durante semanas. El hecho de que David supiera que mi verdadero nombre era Koja Solm y que supiera a qué me dedicaba, como casi todos mis secretos, y eso que nunca había ido a sus diez sesiones de terapia gratuitas. Ev le había contado todo.

—Es mi terapeuta, cariño, no puedo ocultarle nada.

Odiaba cómo me tenía en sus manos.

Eso es lo que más odiaba. Me tenía en sus manos, y el día que Ev pudiera ser feliz sin él y lo dejara como se deja a un terapeuta, David Grün podría acabar conmigo con una simple llamada telefónica o con alguno de sus vales caseros: «Vale por arrestar a un traidor.»

La desmesura con que lo odiaba, mi ecuánime swami —y por favor no me juzgue antes de tiempo—, no tiene ni cabida en su visión del mundo. Pero quiero ser completamente honesto con usted en estos días invernales. Y por eso debo admitirlo: odiaba y odiaba y odiaba a aquel hombre y quería que se acabara su relación con Ev.

34

En la armería del domicilio permanente también guardábamos ciertas sustancias en frascos de vidrio, a buen recaudo dentro de una caja fuerte del tamaño y la forma de un acordeón. Hasta el día de hoy, los indios del Amazonas sacan esa sustancia de unas ranitas que se llaman «ranas tintadas»; las ensartan en unos pinchos, les prenden fuego y lo que gotea de los pobres bichos lo tenía yo también en mis cinco viales. Ni idea del nombre. Algo acabado en *-toxina*.[47] En su día lo habían almacenado por si surgía la necesidad del consumo involuntario por parte de algún científico espacial goloso, en aquellos días de gloria del capitán Harel. Ahora lo tenían por ahí, sin que nadie le prestara atención, sin etiquetar, sin constar en los registros, bajo mi custodia.

Sentí que iba de maravilla con David Grün. Era compatible con cualquier alimento, completamente insípido y sólo dejaba una ligera sensación de entumecimiento en la lengua. Después, hormigueo en la cara. Trastornos de coordinación. Inestabilidad en el movimiento. Ataxia. Debilitamiento progresivo. Calambres musculares. Afasia progresiva. Parálisis progresiva. Pupilas fijas. Sudoración. Vómitos. Cianosis. Brusca bajada de tensión. Por último, paro cardíaco. No era detectable en la sangre y podían transcurrir meses hasta que aparecieran los últimos síntomas.

Cuando regresamos de París, la feliz Ev y el esposo que la adoraba como a una diosa, tuve acaloradas discusiones con Anna.

Una vez Ev llamó a la puerta del baño porque hablaba solo en voz demasiado alta. Yo solía hacerle mucho caso a la opinión de mi hija, pero esta vez me resultaba muy difícil. Anna me acusaba de ser un completo egoísta. Cruel. Dijo que iba a cruzar ese río italiano que no era un río en absoluto, sólo un arroyo, y que no se acordaba del nombre, pero que es algo que no se debe cruzar (con dulzura, le recordé que era el Rubicón, pues hay que reconocer que, a pesar de su gran talento, el latín y la historia no eran lo suyo).

Hablábamos mucho sobre el comportamiento ético. Le mostré todos los libros recientísimos que Ev tenía por casa y que trataban sobre la violencia contra los objetos y contra las personas y explicaban por qué, en situaciones de emergencia, podía estar justificado recurrir a determinadas medidas. Para cambiar una situación, Anna. Para ponerle fin a una situación insoportable.

Pero Anna sabía bien lo que hacía, me recordó todos los mandamientos cristianos que mi familia llevaba en los genes, al menos de palabra. Invocó a Großpaping ante los ojos de mi imaginación. Sacó, por así decirlo, la artillería pesada de verdad.

Eso sí, cuando me acusó de actuar como un asesino cobarde, por más que yo me viera como un audaz guerrillero urbano, capitulé. Con la boca pequeña y muy a mi pesar, pero Anna me amenazó con no volver a hablarme si me dejaba llevar, o, dicho de un modo más preciso: si dejaba que aquella sustancia se llevara de este mundo a David Grün. Así que cedí a su chantaje.

Saqué los cinco viales de la caja fuerte, los metí en mi maletín, salí de casa con ellos y me dirigí hacia el lago Kleinhesseloher, que estaba a veinte minutos de paseo. Como es habitual en verano, medio barrio de Schwabing también había ido esa tarde al lago a tirarse al sol. Por suerte, no había nadie en el banco donde Ev y yo solíamos sentarnos a contemplar la casa del lago de la orilla de enfrente. Bajé hasta la orilla, saqué los viales de toxina de rana y los fui rompiendo para verter su contenido en el lago. Tras vaciar el cuarto, noté una mano en el hombro y oí que alguien me decía:

—*Hi*, Jerry.

Resultó ser David Grün, con su ropa deportiva, un corredor de fondo sudoroso, guapo y bronceado, como cincelado por el propio Miguel Ángel en mierda congelada.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, tirando medicamentos.

—¿Qué haces tirando medicamentos, Jerry?

—Están caducados.

—Los medicamentos no se tiran nunca. Ev nunca me ha dicho que fueras al médico.

—Es agua pasada.

—Se preocupa, ¿sabes?

—Ev se preocupa por todo.

—Ahora mismo está en una fase muy buena. Le ha sentado tan bien París...

—Sí, lo pasamos muy bien.

—Aunque dice que te nota bastante inestable.

—Vaya tontería.

—¿Hablas solo?

—¿Qué?

—Ev dice que hablas solo.

—No, que yo sepa.

—Parece que incluso discutes.

—¿Qué yo discuto conmigo mismo?

—Con Anna.

—¿Quién es Anna?

—Anna Solm.

No recibe respuesta.

—Cómo no vas a saber quién es Anna Solm, Jerry.

David Grün arrugó la frente al tiempo que sonreía con gesto incrédulo.

—¿Jerry? —insiste.

—¿Te refieres a la hija de Ev?

—Los dos sabemos que no era sólo hija de Ev, Jerry.

No dije nada, sino que me puse a mirar a un ave del lugar (un somormujo lavanco para ser exactos) que, cerca de la orilla, boqueaba para respirar, agitaba las alas y caía redondo hacia un lado.

—Soy tu amigo, Jerry. Y Ev es tu amiga. Ambos somos médicos y ambos podemos ayudarte en todo lo que necesites.

—Gracias, David. Pero Ev es mi esposa, no mi amiga.

—Huy, ahí hay peces muertos flotando en el lago.

—Muertos, en efecto.

—El calor.

—Sin lugar a duda.

—No te cierres tanto, Jerry. Estoy preocupado porque Ev dice que a veces hablas con la voz de otra persona. ¿Sabes lo que es la esquizofrenia?

—¿Y que me enfadara? ¿Eso te parecería normal?

—Disculpa. Lo decía con buena intención. No has venido a tus sesiones de terapia gratis. ¿Por qué no?

—No me hacen falta.

—Hablar solo durante un período prolongado es un síntoma muy claro. ¿Oyes voces? ¿Oyes la voz de Anna Solm en tu cabeza?

—Mira, David, me tengo que ir.

—Nunca asumiste tu dolor. Como sabes, eso puede llevar a la enfermedad. Con la de años que me ha costado que Ev asumiera su dolor y su pérdida. Bien puedes darte cuenta de que ahora está mejor.

—¿Y eres tú el que la ha curado?

—Por favor, no seas tan sarcástico. No la he curado. Pero le he mostrado el camino. Un camino hacia ella misma. Tú estás tan lejos de ti mismo, mi querido amigo.... Necesitas aprender a convivir con el duelo. Necesitas asumir el duelo por la muerte de tu hija.

—No es hija mía.

—No confías en nadie, Jerry. Por nada del mundo. Eso es patológico. Yo estoy de tu lado. De verdad. Me encantaría ayudarte. Ev me ha contado tantas cosas maravillosas sobre ti. Sería terrible que os perdierais el uno al otro.

—Nosotros nunca nos perderemos.

—Puede ser que vuestra relación sea distinta de lo que a ti te parece.

—¿Y cómo me parece?

—Segura.

Ahora salía del agua un perro, con el pelo chorreando y un palo en la boca, tambaleándose levemente. Mientras le daba el palo a su amo, la pata izquierda se le dobló.

—No hay nada seguro en este mundo, Jerry. Ningún sentimiento es seguro para siempre. Ev te tiene miedo. De lo que te está pasando. Creo que deberías saberlo.

—¿Me tiene miedo?

—Hace unos meses me llamó... en mitad de la noche. Incluso quería mudarse.

—¿Mudarse?

—Una reacción absolutamente irresponsable. Dijo que estaba harta de ti. Tuve que trabajar con ella de forma muy intensiva. No puede dejarte por la sencilla razón de que estás mal. Yo no la dejé cuando estaba mal. Y tú tampoco.

—No.

—Sonríes, Jerry. Eso es bueno. Me gusta tu sonrisa.

—No estoy sonriendo.

—Lo había interpretado como sonrisa. Sí, me había parecido una sonrisa. Oye, fíjate qué cantidad de peces muertos hay ahí. Habrá veinte por lo menos...

—¿Cómo empezamos nuestras sesiones de terapia?

—¿Jerry?

—¿Mmm?

—¿Quieres hacer uso de tu vale por varias sesiones de terapia gratis?

—Sí, se me ha ocurrido así, de manera espontánea...

—Gracias, Jerry. Es maravilloso. Que te dejes llevar por un sentimiento espontáneo es maravilloso, de verdad. Ábrete, Jerry, deja salir todo eso que tanto te atormenta...

—¿Qué te parece si vamos al merendero del lago a tomarnos una cerveza?

—Bueno, voy bastante sudado y con la ropa de hacer deporte...

—Pero eso no importa, David.

—No, es verdad que no importa.

—No.

—Nunca nos hemos tomado una cerveza juntos, amigo.

Rodeamos la mitad del lago, pasamos junto a unos cuantos hippys en cueros vivos, junto a chicas con minifaldas, junto a alemanes respetables (de esos que se apellidan Huber o Meier) que miraban a los otros con auténtico estupor y también junto a unos agentes de policía que corrían hacia los nudistas con las porras en alto.

Nos sentamos a una mesa libre, desde donde David no podía ver el lago, enriquecido por

nuevas sustancias y en cuya superficie flotaban montones de tencas, carpas y lucios.

Cuando fue al baño, le eché el quinto vial en el vaso de cerveza de trigo.

35

Cuánto me alegro de que estemos juntos de nuevo.

Me pasé toda su operación cruzando los dedos. Y mientras estaba en coma, le hablé de 1968.

¿Se acuerda?

La enfermera Gerda me ha dicho que, por desgracia, ya no puede hablar. No volverá a hablar. ¿Es así? ¿Ya no puede hablar?

Vaya.

Pero todavía puede oírme.

Fíjese, aquí estamos los dos de nuevo. En nuestra vieja choza, como usted decía.

Ahí está la ventana. Detrás, el aseo. Flores frescas del pequeño invernadero de la enfermera Gerda.

Lo de la marihuana ahora sí que se acabó. Se lo dije lo primero: hachís, maría, costo, todo eso se acabó.

Ahora sí que la melancolía se ha adueñado de usted. Adiós al optimismo, ¿no? Aunque bien podría ser que lo que sufre sea una melancolía de primer nivel. Una ilusión, por tanto, provocada por la alimentación intravenosa, es decir, ese suero que le inyectan. O la sal que le han metido en la azotea, como también decía usted. Por lo visto, un tornillo como el que le han metido produce en el cerebro la misma sensación que la sal. Eso dice el médico griego.

Y ahora lleva dos.

Claro, las personas con mayor capacidad mental que usted alcanzan niveles de infelicidad ligeramente más altos. A mí me desespera estar desesperado, mientras que usted no siente más que un ligero abatimiento. Ahora bien, el ligero abatimiento siempre es buena cosa, es algo que se puede pasar (con una mejor alimentación, si a uno le quitan las válvulas craneales, con medidas para prolongar la vida...).

¿Quiere que le vuelva a contar el chiste de la aleph del señor Himmelreich?

Bueno, pues nada.

Pero ¿mover la cabeza puede?

Bien.

Pero con cuidado.

Le voy a poner la cama en aquel rincón. Desde allí se ve el exterior muy bien. Es una pena que todavía esté nevando, pero las nubes ya tienen algo primaveral, se nota en lo prieto del blanco,

yo lo veo así. Mi motorista falleció hace tres días. Su cama está libre. Por eso han podido volver a ponernos juntos. Mire, ahí hay otra nube de esas prietas. Sí que se mueve deprisa.

De verdad que me hace mucha ilusión tenerlo cerca de nuevo. En silencio me resulta mil veces más soportable. También le tengo guardados algunos anuncios de nacimiento del piso de abajo. Tenga, este chiquitín le gustará.

¿Por qué le gustan tanto los recién nacidos?

¿Por lo inocentes que son?

Me lo imaginaba.

Tuve una larga charla con el doctor Papadopoulos en los días en que estuvo enfadado conmigo. Ah, sí, no me diga que no estaba enfadado conmigo. Le pregunté al griego sobre las posibles razones de su rechazo. Él tampoco se lo explicaba, claro. Pero hablamos de la melancolía y de las formas en que se manifiesta.

Las palabras clave son: «realismo depresivo». «Una persona deprimida —dijo el doctor Papadopoulos—, al menos un depresivo en un grado considerable, es mucho más capaz de captar la realidad que una persona de las que llamamos "feliz".» Así lo prueban los resultados de una investigación que hizo el doctor aquí en el hospital, en serio. La melancolía es un... un... un signo de que se tiene una visión realista del mundo en el sentido habitual de la palabra. Una visión clara de la mierda que es, o sea: de que se está harto del *duhka*.

Por ejemplo, para enviar a alguien a la luna en un cohete, era mucho mejor escoger a sujetos deprimidos, pues resultaban mucho más aptos para estimar la probabilidad de una explosión que los sujetos no deprimidos, quienes irían tan contentos y seguros de que la enorme caja de cartón piedra con etiqueta de la NASA volaría por el espacio. Así pues, usted y yo poseemos ahora una capacidad de juicio más equilibrada que esos aburridos optimistas. Así que alégrese de haber dejado de formar parte de ese grupo de idiotas.

El que ambos estemos convencidos de que vamos a morir a consecuencia de nuestras lesiones cerebrales, y además en breve, pues no deja de ser la constatación de algo que, en parte, es muy inquietante. Claro que, por otra parte, da muestra de nuestra inteligencia, sobre todo de la suya, si valoramos correctamente quién tiene una probabilidad mayor.

Ya no está usted tan alegre ahora como se le veía en verano. En fin. Ahora, que también se puede expresar en términos positivos: se ha vuelto más inteligente. Y eso ha sido gracias a mí. El doctor Papadopoulos mide la inteligencia en función del grado de depresión. Lo que también está claro es que él mismo no está muy deprimido, pero ya sabe usted, cómo va a estar deprimido, siendo griego. El país del ouzo y eso. De los olivos. Siempre con sol, todo el año. La teoría, por supuesto, es mucho más compleja.

Pero baje las manos, hombre. ¿Qué trata de decirme? ¿Un papel? ¿Quiere que le traiga un papel?

Tenga.
No sé qué me ha puesto... ¿Es una «D»?
Ah, claro.
¿David Grün con un signo de interrogación?

36

Bueno, pues responderé a su silenciosa pregunta, mi silencioso swami.

Cuando estuvimos en París, Ev y yo, y cuando celebramos la despedida de Reinhard Gehlen allí, en aquel mayo del sesenta y ocho, tomado por los jóvenes y por la euforia, mientras nosotros coreábamos los vítores por todo tipo de victorias venideras, los cánticos por el vigésimo aniversario de la fundación del Estado de Israel y nos entregábamos al amor en el mundo al revés, en Bonn se reunía el Bundestag. No se trataba de debatir nada, sólo de hacer leyes. Fue lo que el ministro de Justicia, Heinemann, llamó un «consejo ordinario para asuntos de trámite».

En aquel memorable día se sometió a votación el primer decreto de la «Gro-Stra-Re». Una tontería que no retocaba más que aspectos de las infracciones de tráfico, para ser exactos: el estacionamiento indebido. Como todas las leyes, tenía un nombre impronunciable, por lo que despectivamente recibió el mote de «la tontería del tráfico». Al menos fue así como la llamaron algunos periodistas que vieron un aburrimiento tener que informar de aquello, mal acostumbrados como estaban por el tumulto revolucionario de aquellos días; ni que decir tiene que no pensaban lo mismo los juristas que llevaban soñando con la reforma una eternidad tras otra. Eduard Dreher, aquella víbora tan eficiente, había reptado hasta Heinemann durante el invierno para pedirle que aprobara aquella disposición lo antes posible, es más, que le diera preferencia frente a otras medidas canónicas.

—¿Y por qué es conveniente hacer eso? —había preguntado Ev al ministro con cierta suspicacia, extrañada de que, de pronto, se acelerase todo—. ¿Por qué no se someten a aprobación todas las nuevas leyes penales de una vez?

—Porque, en este caso, se trata de delitos muy menores —le explicó Heinemann en tono cordial—. Puede pasar mucho tiempo antes de que sea posible presentar todas las enmiendas a la ley penal.

—Ya ha pasado mucho tiempo.

—Exacto. Y esas infracciones urgen. Chico, chico, chico...

—¿Por qué?

—Constituyen, con diferencia, el mayor número de infracciones de la ley. No me negará que hay más infracciones de tráfico que asesinatos en masa.

—¿El asesinato de masas puede esperar?

—Si no actuamos ahora, dentro de cinco años los taxistas que llevan a la estación a los

viajeros con sus ochenta bártulos serán tratados como ladrones o violadores. Nadie quiere eso, no, eso no lo desea nadie.

—Entonces, ¿es una buena ley?

—Ay, *summum ius summa iniuria*,[48] mi querida señora Himmelreich —dijo el ministro juntando las manos, y suspiró.

Más tarde Ev me pidió que enviara el proyecto de enmienda al Mosad para que un abogado penalista israelí lo examinara a fondo. Era una reacción a la vez ridícula y típica. Mi hermana estaba aterrorizada de que se nos hubiera podido pasar alguna nimiedad. Dejó de estar tan relajada y contenta como la habíamos visto en los últimos tiempos. Ya había sospechado que los colmillos venenosos de Eduard Dreher tenían que ver con las nuevas normativas sobre los horarios de cierre de los restaurantes. Lo creía capaz de cualquier cosa.

Aunque a mí me pareció una exageración, sí que envié todo aquel material por correo a Tel Aviv.

Claro, en Israel, donde la máxima prioridad era todo lo relacionado con la legitimación de su existencia como Estado, las infracciones por no respetar el tiempo de parada de los semáforos de Alemania Occidental, etcétera, etcétera, no parecían desempeñar un papel relevante. Sin duda, por eso pasaron semanas y meses en los que no supe nada de Tel Aviv. Nada en absoluto.

Ni siquiera me llegó un acuse de recibo. Al mismo tiempo, todos los abogados del Ministerio de Justicia de Bonn dieron su aprobación a la propuesta de Dreher. Ahora bien, ¿qué podía haber en ella que se prestara a negarse? Ningún abogado criminalista como tampoco ningún político alemán encontró ningún «pero» que ponerle a aquel decreto relacionado con el estacionamiento indebido.

Nada de nada.

Así pues, aquel punto de la reforma fue aprobado en un tiempo récord y por unanimidad el 10 de mayo de 1968.

Por unanimidad significa que ni uno solo de los más de cuatrocientos diputados del Bundestag mostró objeción alguna.

Nadie.

Ni un alma.

En los días siguientes sucedieron cosas extrañas.

Me crucé con el señor Achenbach (esta vez entera y ejemplarmente vestido) en Bonn, a la orilla del Rin, en la zona de las obras del rascacielos al que el pueblo empezó a llamar Langer

Eugen, Eugenio el Largo, el único lugar en la capital en el que se estaba construyendo algo nuevo. Como un buitre, me preguntó cómo se encontraba mi querida esposa. Después de responderle («¡bien, gracias, pedazo de cabrón!»), me preguntó también (echando la cabeza hacia atrás para apreciar el detallado de las obras del rascacielos y suspirando «¡mira que es feo!») si no me gustaría unirme al FDP tan pronto como terminaran mis funciones en el Ministerio de Justicia, con lo cual cabía contar a corto plazo.

En cuanto llegué a Múnich me llamó Erhard Sneiper. Su voz sonaba como miel en leche tibia y me invitó a dar un paseo por el parque del palacio de Nymphenburg.

—Si puedes encajarlo en tu agenda, Koja.

Fue nuestro primer encuentro después del desafortunado incidente con su amado collie miniatura. Con Erhard venía también su nuevo perro, un dóberman de tres años muy bien adiestrado. El animal sabía hacer todo tipo de gracias, se me acercó lloriqueando para que le tirara un palo, y, como no le hice ni caso, se fue a cazar conejos, y atrapó uno particularmente tonto que debió de tomar por una especie de conejo jefe, de lo contrario no habría ido a por él. Se puso a destrozarlo con los dientes ante nuestros ojos.

Erhard subrayó lo contento que estaba de que yo cooperase tan bien. Si aquella tontería de ley de las infracciones de tráfico entraba en vigor en otoño sin mayores problemas, yo podía confiar en la magnanimidad de Hub, en su tolerancia y en que haría gala de su buena educación báltica.

—Y cuenta con lo mismo de mi parte —añadió, tan encantador él.

Yo le dije lo mucho que me alegraba oír eso.

—Ahora bien, a cambio, tienes que dejar que te muerdan —añadió.

Yo no le entendí.

—Que te muerda *Heinrich.*

Señaló al dóberman, que trotaba delante de nosotros, aún con un jirón de piel de conejo blanco colgando entre las fauces.

—¿Y eso por qué?

—*Quid pro quo*.

—No creerás en serio que voy a permitir que me muerda ese chucho tuyo.

—En revancha, Koja. Es la revancha.

Silbó con los dedos. El perro se quedó quieto, se volvió y clavó la vista en su amo, a la espera de órdenes. Luego adoptó la posición de acecho. Se le marcaban todos los músculos bajo el pelaje negro, y, por un segundo, me vino a la mente Mary-Lou. A ella también le encantaba morderme.

—¿Brazo o pierna?

—A ver, Erhard, que por ahí pasa gente...

—¿Brazo o pierna?

—¿En serio pretendes seguir con esto?

—Zanjamos el asunto y estaremos en paz.

Erhard seguía sin ser consciente de a quién estaba tratando. Es una de las personas más tontas que he conocido. Con lo perspicaz que era para todas las cuestiones legales, de su talento como orador y su gran capacidad de análisis, hay que reconocer que su cerebro hubiera encajado mejor en el cráneo de un chimpancé.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado en el pelo? —preguntó sin venir a cuento.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno... ese nuevo peinado. Esas greñas que llevas ahora. Has cambiado mucho en los últimos años. Es a propósito, ¿no?

Puede que fuera justo esa frase la que me dejó claro del todo que las cosas no podían seguir así con Erhard. Un tipo que podía dar cuenta de mi tremenda transformación física, en la que tanto esfuerzo se había empleado, que sabía tanto de mi verdadera identidad, que conocía, por lo tanto, mi tapadera, mi historia, a mi esposa y, lo más importante de todo: un tipo que ya les había contado todo aquello a otros indeseables como Achenbach constituía un riesgo incalculable. Y los riesgos incalculables hay que minimizarlos. Eso es una de las pocas cosas que aprendí del Mosad.

Así pues, al final me decidí:

—Pierna.

Erhard se alejó un metro de mí, señaló mi muslo con el dedo índice extendido y gritó en medio del gran parque:

—¡*Heinrich*! ¡A por él!

En el hospital, me pusieron la vacuna antitetánica, usaron pinzas para retirar los trozos de tela que se me habían quedado incrustados en la pierna y me dieron una docena de puntos en las heridas abiertas.

El dolor reavivó mi recuerdo de Sneiper. De cómo, mucho tiempo atrás, me había quitado a mi hermano para introducirlo en el paraíso de Hitler. De cómo me había quitado a mi hermana para querer tenerla metida en su cocina. De cómo incluso me había quitado a mi padre, que había muerto durante uno de aquellos abstrusos discursos de Sneiper sobre el glorioso regreso a la madre patria de los alemanes del Báltico, pues aquel ataque que dejó a mi padre en silla de ruedas no fue consecuencia de mi gamberrada con la tintura en la camisa blanca, sino de la soberana idiotez de aquellas consignas nazis... ¿cómo no me habría dado cuenta antes? ¿Por qué me habría pasado la vida fustigándome con los reproches en lugar de pedirle cuentas al verdadero culpable? Y, en tanto me pasaba por la cabeza todo esto, también me acordé de la

armería del domicilio del Mosad. Ofrecía infinitas posibilidades. Los del Kidon hablaban de variaciones, que sonaba como más distinguido.

Incluso Hub me llamó por teléfono. Eso ya fue el colmo de los colmos. Me preguntó si la conversación con Sneiper me había dado que pensar ya.

—¿Por qué debería?

—¿Te duele?

—Sí que me duele, Hub. Me duele si eso te hace feliz.

—Lo que me haría feliz es que no volvieras a andar en tu vida.

—No va a ser para tanto.

—Erhard es demasiado amable contigo. No se hace una idea del pedazo de monstruo que eres.

—¿Para qué me has llamado?

—Punto uno: lo que Erhard te dijo ayer de mi generosidad es una exageración multiplicada por un factor doce.

—¿Qué me dijo ayer?

—Te lo pongo cuando quieras.

—¿Grabó nuestra conversación?

—Incluyendo todos los gritos de dolor. De verdad que no sabes en qué juego te has metido, hermanito.

La liquidación no me iba a quitar el sueño. De pronto, lo vi clarísimo. Me vino a la mente una Walther PI con empuñadura de aleación ligera. Un arma conservadora, profesional, el método más adecuado para Erhard Sneiper.

—Punto dos: no te delataré, mientras le reenvíes a Erhard cada detalle de mierda de lo que sucede en Bonn, palabra por palabra.

—No sólo Erhard es demasiado bueno conmigo. A ti también te noto demasiado amable. ¿Cómo es que estáis todos tan amables conmigo?

—Nadie es amable contigo. Lo que está pasando es que cada vez te hundimos más en la mierda.

—¿De qué se trata?

—¿De qué debería tratarse?

—¿Pretendéis que me crea que es por la tontería de la nueva ley sobre las infracciones de tráfico? Ahí hay algo que no cuadra.

—Ése es el punto tres.

—Volveré a echarle un vistazo.

Oía su respiración entrecortada, era como estar viendo su cuello frente a mí, un pedazo del

grueso y palpitante brazo de un pulpo, a mil metros bajo el mar, atrapado en una grieta entre las rocas.

—Si hicieras eso —dijo con voz ahogada—, incluso si trataras de detener o de retrasar la entrada en vigor...

—A ver, Hub... —lo interrumpí—. Yo también estoy grabando esta conversación. A esta casa llama tanto tarado a amenazarnos o a insultarnos por ser judíos y a decir que ojalá nos devuelvan a todos a Auschwitz... Esto es intolerable.

El brazo del pulpo se volvió muy delgado.

—Traidor a la patria un día, traidor a la patria toda la vida —oí a Hub.

Luego colgó. El tejido muscular desgarrado por el mordisco me dolía tanto por debajo del vendaje que hubiera podido gritar. Pero no grité, no dije nada en absoluto, sino que me quedé largo rato escuchando los pitidos de la línea telefónica ocupada.

Unas semanas más tarde llegó por correo a Múnich un sobre grueso de la embajada de Israel. El remitente era un tal Jossele Rubinroth, catedrático de Derecho en la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Dentro del sobre había copias de varios comentarios legales, dos artículos de revistas especializadas israelíes y una carta bastante breve escrita en alemán:

Estimado señor Himmelreich:

Tengo el gusto de saludarlo desde Eretz Israel. Shalom!

Disculpe que no haya podido responderle antes en persona et in casu. *Por desgracia, he estado en el hospital con cáncer de vesícula biliar, lo cual me mantuvo un tanto alejado del trabajo*.

Sin embargo, recibí y estudié con interés la enmienda al Proyecto de Ley alemana que me presentó en relación con las infracciones de las normas, en este caso, de tráfico (lo que ustedes denominan EGOWIG *1968). Contiene muchos pasajes elegantes. También permite un mayor conocimiento del alma alemana, si se desea (no deja de tener cierto encanto, sobre todo ese párrafo que recoge las consecuencias de no mantenerse en el lado derecho de la carretera por parte de los propietarios de vehículos que padezcan discapacidades mentales)*.

En su conjunto, sin embargo, todo ello no parece ser sino una soberana tontería.

El artículo 1, párrafo 6 del nuevo proyecto de ley contiene, por otra parte, una reformulación de un artículo importante del Código Penal alemán (en adelante, STGB*)*.[49]

La regulación actual del artículo 50, párrafo 2 del STGB *establece que la pena máxima por complicidad en un asesinato es la imposición de cadena perpetua. La enmienda propone hacer una distinción en el caso de que tal complicidad en el delito viniera dada por «determinadas características personales, situaciones dadas o elementos circunstanciales». De no existir esas «determinadas características personales, situaciones dadas o*

elementos circunstanciales», tal complicidad o asistencia en el delito se consideraría mera tentativa, lo cual implicaría también una mayor indulgencia en la imposición de la pena.

Cierto es que, a los ojos de quien sólo ve la superficie, esto está muy bien, por ejemplo, para un alemán que va de copilo- to en un camión que se salta un semáforo en rojo como resultado de lo cual muere, inintencionadamente, otro usuario de la vía que, a su vez, conduce su vehículo; está muy bien que la ley impida condenar a ese copiloto que no reúne «determinadas características personales, situaciones dadas o elementos circunstanciales» cuando el conductor se salta la prioridad en la circulación.

Ahora bien, este tipo de incidentes son más que infrecuentes en la circulación; en Israel, desde luego, no se da nunca nada semejante. De ahí que resulte más que sorprendente que un pasaje de este tipo se haya incluido de manera tan destacada dentro de un texto legal relativo a las infracciones de tránsito y que ustedes, de buena fe, han apodado jocosamente como «la tontería del tráfico».

*Con todo, lamento verme obligado a señalarle que, en mi opinión, de aprobarse la consiguiente reducción del plazo de prescripción de la acusación, que además traería consigo una obligada reducción de la pena —lo cual parece ser el objetivo último en este caso—, lo mismo podría aplicarse a todos los demás delitos recogidos en virtud del Código Penal (*StGB*).*

*Por lo tanto, le aconsejaría de corazón que hiciera cuanto esté en su mano, y de inmediato, por evitar la entrada en vigor de esta pérfida enmienda de la ley que, sin duda, contribuirá a largo plazo a agudizar mi cáncer de vesícula biliar. Cabe esperar que, de lo contrario, según el principio de que toda ley posterior deroga una ley anterior (*lex posterior derogat legipriori*) la modificación se hará extensiva para las ulteriores leyes (*de lege ferenda*) en todos los procesos penales, en curso o futuros, relacionados con los crímenes perpetrados por los nacionalsocialistas.*

Reciba mis más cordiales saludos.
Suyo,

Jossele Rubinroth

Así que el caballo de Troya había pasado por delante de nuestras narices y resoplaba en el interior de la ciudad.

No estaba hecho de madera de galera, sino de sueños, sobre todo de los exaltados sueños de Eduard Dreher. Él y todos los demás taimados aqueos habían esperado a que se hiciera de noche para, al abrigo de la oscuridad, salir por la escotilla de aquel regalo envenenado del caballo y prenderle fuego al mundo. El sol se pondría el primero de octubre. La fecha de entrada en vigor de la ley modificada.

Hasta el día de hoy no me explico cómo aquel condenado bello durmiente de Dreher consiguió saltarse todas las instancias, o mejor dicho: burlar a todas las instancias, o mejor dicho: a todos los cerebros, para colar aquel texto legal en virtud del cual cientos de nazis jamás acusados de nada podrían quedar libres de todas sus preocupaciones de la noche a la mañana, en tanto que los triunfantes troyanos ondearían sus banderas, borrachos de alegría.

Recordemos las palabras: «Una ley aviesa que contribuiría a agudizar el cáncer del profesor Rubinroth.»

Y al mismo tiempo, una verdadera tontería.

¿Cómo pudo suceder algo así, swami?

La felicidad y la desgracia en un mismo punto de la línea temporal.

De un lado, el *sukha*, la máxima felicidad. Del otro, el *duhka*.

¿Qué debía hacer el aterrado señor Himmelreich? Las huestes infernales de Sneiper lo tenían amenazado. Y, sin embargo, el craso error de aprobar la enmienda sobre las infracciones de tráfico todavía podía impedirse. Lo único que tenía que hacer era correr a ver a Heinemann, mostrarle la carta de Rubinroth y cambiar el curso de los acontecimientos. La ley no saldría adelante, y a mí... ¡qué importaba si me atrapaban y me arrancaban la piel a tiras!

El problema es que yo le tenía apego a mi piel, querido swami.

Odiaba separarme de ella, era muy sensible.

¿Cómo se puede representar el papel de héroe trágico sin atenerse al final trágico, cargándose la obra?

Simplemente no podía ser.

Lo uno. O lo otro.

Ahora bien, hacer lo único que es correcto a veces requiere un importante grado de locura. Y yo no lo tenía.

Me sentía demasiado cuerdo como para atraer voluntariamente la venganza de mi hermano, el final de mi existencia, el peligro al que quedaría expuesta mi pobre Ev, a merced de Hub, Sneiper, Achenbach... anacondas más que víboras, y todo por unas pocas palabras en esa jerga jurídica en latín. Una hermenéutica que es como cogérsela con papel de fumar.

Y aunque aquello fue un tormento para mí, querido swami, capitulé; sí, me escondí bajo mis hábitos de siempre, dejé que el tema de la enmienda siguiera su curso y saliera, no levanté la voz, no hice sonar ninguna alarma, seguí saludando al señor Heinemann a diario, olvidé la carta de Jossele Rubinroth y esperé a que pasaran los días y, así, aquel grandioso 1968 perdió para mí su grandiosidad, su arrojo y sus intensos colores.

Hasta que el desatino de la modificación de la ley entró en vigor el 1 de octubre de 1968, tan sólo unos pocos funcionarios subalternos del Departamento de Justicia se dieron cuenta de las posibles consecuencias.

Sin embargo, media semana antes del día señalado, apareció encima del escritorio de Ev una nota de advertencia de un osado asesor jefe del ministerio, que obviamente nadie tomó en serio, con la solicitud escrita a mano de que se la enviara con urgencia al ministro de Justicia. Leí las palabras: «¡Reunión Urgente!»

Como Ev aún no había llegado, me llevé el papel, me pasé el día con él encima, muerto de

desasosiego, lo mantuve guardado en la chaqueta a la hora del almuerzo y al oscurecer me lo encontré, como una bofetada, así que lo rompí en pedazos muy pequeños por la noche y, en señal de protesta, lo hice desaparecer como confeti por el inodoro.

Más adelante estuvimos en otoño y la Gran Tontería en vigor.

No hay nada en el mundo que pueda sacar una ley alemana del Código Penal una vez que ha entrado en él, eso es importante que lo sepa.

Exactamente un día después del *perpetuum*, el equivalente a un «por los siglos de los siglos, amén», fui a ver a Ev y le dije que algunas cosas se me habían pasado por la cabeza durante la noche.

—Cariño —dije con tristeza—, creo que esta ridiculez de decreto al final puede que sí tenga consecuencias fatales de verdad.

Y entonces se derrumbó el mundo tal como Ev lo había conocido.

• • •

El ministro de Justicia, Heinemann, no alcanzó ni a enfurecerse. Por su temperamento, no era capaz de ello. Ya hablaban por sí solos el modo en que se levantó las gafas y el color de la cara de pánfilo que lo caracterizaba.

—¿Cómo ha podido pasar eso? —se lamentó cuando le señalamos la magnitud de la catástrofe —. ¡Para eso les contraté, justo para que no pasara nada como esto!

Todos aquellos mandamases que habían enviado a los judíos a las cámaras de gas y a los opositores políticos al corredor de la muerte, que eliminaron mediante inyecciones letales a gitanos y enfermos psíquicos, que liquidaron a los guerrilleros rusos y a los prisioneros de guerra británicos y que mataron a golpes a los profesores universitarios polacos y a los combatientes de la resistencia francesa..., todos aquellos caballeros y grandes maestros del *ars vivendi* no se cansaban de brindar con champán. Como resultado de la «tontería del tráfico» se abrieron como por arte de magia las esposas y las puertas de las cárceles, se quedaron vacíos los banquillos de los tribunales y se desmoronó todo aquello por lo que la comisaria jefe Ev Himmelreich había luchado sin tregua durante los últimos años.

Los así llamados «criminales de escritorio» (curiosa utilidad de dicho mueble), la mayoría de los cuales estaban siendo investigados por «complicidad de asesinato», volvieron a escabullirse y esta vez para siempre.

De un solo golpe, sus crímenes habían prescrito. Las salvajadas que habían cometido o ayudado a cometer carecían de *«determinadas características personales, situaciones dadas o elementos circunstanciales»*, del mismo modo en que no se dan cuando el usuario de un vehículo estaciona sin maldad en un vado o en zona prohibida.

Así es la jurisprudencia aplicada, venerado swami.

En el curso de unas pocas semanas, Ev recibió la noticia de que, por aplicación de la nueva ley, se suspendía el imponente proceso en el que estaban involucrados los antiguos jefes de departamentos y secciones de la Oficina Central de Seguridad del Reich y cientos de sus adláteres, el corazón entero de aquella maquinaria *duhka*.

También se dejó de investigar a Hub Solm.

La Central salió mejor que bien parada.

Ev informó a los medios de comunicación, con quienes había mantenido el contacto desde los atentados contra los científicos espaciales de Nasser. Se publicaron algunos artículos, pero sólo en las páginas cuatro o cinco de la sección de política. El *Spiegel*, eso sí, informó de lo sucedido señalando que era inexplicable, lo tachó de «la metedura de pata más vergonzosa de la República de Bonn» y dijo que se daría «una amnistía general por imbecilidad sin límites».

Los verdaderos motivos de fondo, sin embargo, nunca llegaron a saberse.

—No se me ocurrió que pudiera ser una trampa semejante —declaró Gustav Heinemann ante la prensa, descorazonado.

Claro que tampoco nadie pidió su dimisión. Todos los miembros del Bundestag y todos los abogados de todos los partidos habían aprobado previamente el proyecto de ley. Habían dicho que sí a todo. Sin pensárselo dos veces. Sin poner ni una pega.

El comunicado oficial sobre los motivos de aquel fiasco: un descuido. Un paso en falso. Un lamentable desliz fruto de la falta de concentración.

Tampoco se produjeron levantamientos populares.

Ni un solo activista de la Oposición Extraparlamentaria, ni un solo miembro del SDS,[50] ni uno solo de aquellos cien mil estudiantes con tantas ganas de protesta se echó a la calle por aquel escándalo: Vietnam ofrecía más bombas de napalm contra las que indignarse, y mejor música.

Y así fue lo que fue: un asunto de tonterías legales.

Y yo no había hecho nada por detenerlo, sino que fui quien abrió las puertas de Troya durante la noche.

Eduard Dreher logró extender el manto del olvido sobre su persona. En aquellos días, imagino que sus sueños debían de sobrevolar los más bellos paisajes del Elíseo.[51] Huelga señalar que con el miembro bien empinado la noche entera. Sea como fuere, se borró todo rastro de su autoría en el texto legal (con mi ayuda). Ev no encontró ni una sola pista documental de que

fuera él quien introdujo con tanta argucia como mala fe las frases cruciales de la «tontería del tráfico» (yo puse lo peor de mi parte).

Las actas de las reuniones de la comisión se traspapelaron y, a día de hoy, siguen sin aparecer (pasaron traqueteando por mi trituradora de documentos).

Nadie acusó de nada al consejero Dreher y mucho menos lo destituyeron. El ministro de Justicia Heinemann ni siquiera se distanció de él, decisión en la que influyó mi intercesión secreta unida a algunas discretas llamadas de la víbora Erhard Sneiper.

37

Hacía años que Ev no reducía a pedazos todos los muebles de una casa. De vez en cuando había lanzado contra el suelo alguna taza de porcelana, a veces llena de líquido —caliente, eso sí—, o te arrojaba a la cara —a la mía en concreto— un trapo cualquiera que tuviera cerca. Esa vez, sin embargo, destrozó nuestro piso del mismo modo en que había hecho pedazos todo lo que teníamos después de la muerte de Anna: con una sierra, un hacha, un atizador, un martillo, una lima de uñas, con quitaesmalte, con cuanto cayó en su mano.

El lunes destrozó la cocina. El martes, nuestros jarrones buenos de Villeroy & Boch con flores decorativas en la porcelana y flores de verdad en el interior. El miércoles les tocó el turno a las cortinas, que rasgó a conciencia. Luego, experimentó una brutal recaída en la depresión. No dormía, se pasaba las noches revolviendo papeles sin encender la luz.

Yo oía las montañas de documentos crepitar como si una rata los royera bajo la luz de la luna.

Luego hubo momentos en los que realmente se desquició por completo: se echaba huevos crudos en los ojos mientras balbuceaba no sé qué disparates sobre «ojos de huevo frito», y luego, cuando sentía el líquido amarillo corriéndole por la cara, se echaba a reír, para finalmente hundirse en la apatía más absoluta.

Se quedaba metida en la cama e imitaba chasqueando la lengua el tictac del reloj despertador durante horas y horas, hasta que yo conseguía que me vendieran un somnífero en alguna farmacia de guardia para calmarla medianamente.

• • •

Un día —regresaba yo de la compra, que ella ya no era capaz de hacer— me la encontré en la cocina, hirviendo las flores que le había regalado dos días antes en una gran cacerola azul y revolviéndolas con una cuchara de madera. Me acerqué y apagué el fuego.

—¿Estás loca?

—¿Qué es esto?

Me tendió la carta que temblaba entre sus dedos.

—¿Qué haces hurgando en mis cajones, Ev?

—¿QUÉ ES ESTO, CANALLA MALNACIDO?

—Ésta es la carta del profesor de Derecho de Jerusalén.

—¿LA CARTA DEL PROFESOR DE DERECHO DE JERUSALÉN? ¡NUNCA ME DIJISTE QUE HUBIERA NINGUNA CARTA DE UN PROFESOR DE DERECHO DE JERUSALÉN!

—Por favor, cálmate, cariño. No es lo que piensas.

Ev había estado llorando; se secó los ojos y se apartó de mí. Su espalda era como el caparazón de una tortuga.

—¡Explícame esto, Koja!

Su cabello parecía un nido de pájaros abandonado. Tenía la bata llena de manchas de café y suciedad.

—Ahora te lo explico.

Cogí la olla azul con las dos manos, con lo cual me escaldé, salí a nuestro balcón, tiré las flores al vapor por encima de la barandilla y vi cómo se quedaban enganchadas en el manzano deshojado de abajo: oropel de la desesperación.

Reflexioné unos instantes.

Volví a la cocina y le dije:

—Esos reparos que expresa el profesor me alarmaron tanto como a ti. Por supuesto que lo llamé de inmediato.

—¿Cuándo?

—El día que llegó la carta.

—¿Lo llamaste?

—Sí.

—¿El día que llegó la carta?

—Sí.

—Quiero verlo.

—¿Qué quieres ver?

—¡Quiero ver la lista de todos los números a los que se llamó desde esta casa el día en que llegó la carta!

—Llamé desde una cabina telefónica.

—Mientes.

—En la Kaiserstraße.

—Mientes.

—Estaba muy alterado, necesitaba saber qué estaba pasando.

—¿Y qué estaba pasando?

—Hablé con él.

—¿Y...?

—Nada, me dijo que se había equivocado.

Ev se echó a reír. De la misma forma que cuando se rompía los huevos crudos en la cara.

—Pues fue así.

—¡Sigo sin dar crédito a las mentiras que eres capaz de soltar!

—Había pasado por alto el pasaje del párrafo cinco. Me dijo que mejor tirase su carta.

—¡Quiero llamar yo a ese profesor Jossele Rubinroth ahora mismo!

—Ev, puedes creerme.

—¡Ahora! ¡Ahora mismo!

—Déjame hablar a mí primero con él.

—No.

—No te conoce. Él no puede valorar tu estado de ánimo.

—Me da igual.

—Trabajaba para el Mosad. No te dirá nada.

—Yo también trabajo para el Mosad.

—Ev, por favor no lo hagas.

Ev se puso las gafas, buscó el número de teléfono en el membrete de la carta y salió de la cocina en dirección a su despacho. La puerta se cerró como la hoja de una guillotina. Yo pude oírla sollozar primero y luego agarrar el teléfono y hablar en voz baja y sollozar de nuevo y hablar en voz baja de nuevo. Coloqué la compra en la nevera. Fregué los platos. Fregué el suelo.

Entonces volvió.

—Ha muerto.

—Por el amor de Dios.

—Cáncer de vesícula.

—¿Tan fulminante?

El rostro de Ev parecía un balde de hojalata lleno de todo tipo de líquidos.

—Lo sabías, ¿no? ¿Sabías que está muerto? ¿Por eso me has contado toda esta historia que, en realidad, es una mentira de mierda?

—Te lo juro, Ev, yo nunca te ocultaría nada.

—Me das miedo, Koja. Me das miedo con tus parlamentos contigo mismo y tus maniobras para engañar y con toda esta locura en que andas metido siempre.

—¿Mi locura? ¡Mírate! ¡Echa un vistazo a nuestra casa!

—¡No te vayas por la tangente, que sé que me estás mintiendo, Koja!

—Siento no haberte mostrado la carta. No quería preocuparte. Lo siento mucho.

—¿Sabes lo poco creíble que me suena? ¿Recibes una carta de un especialista que te advierte de que todo lo relacionado con esa tontería de enmienda de las leyes del tráfico es un crimen y tú no me dices ni palabra? ¡Si sabíamos que Dreher tramaba algo!

—Todos hemos cometido errores en este asunto.

—¡No me dijiste una sola palabra de esa maldita carta! ¡Ni palabra! Y no será porque David

no me advirtió sobre ti.

—¿Cómo está, por cierto?

—Mal.

—¿Le sirvió de algo la dieta a base de leche?

—Le caes bien, Koja, pero dice que eres peligroso.

—Está confundido.

—No está confundido. Está enfermo. Tengo miedo de que suceda algo terrible.

—Por favor, cariño, no te angusties por algo que no tiene por qué pasar.

Ev se echó a llorar de nuevo. Yo ya conocía todo el proceso. Ev podía echarse a llorar igual que otras personas empiezan a hablar. Me acerqué a ella y le acaricié el caparazón de tortuga. Se apartó y fue a sentarse en el sofá. Tenía que mantenerme firme a su lado, así que me dejé caer con ella, le ofrecí mi hombro bueno para que se recostara en él cuando quisiera.

—Es que no me explico lo que le pasa. —Lloró—. Hace meses que no levanta cabeza. Ninguno de sus médicos le encuentra nada. ¿Pues qué mierda de médicos son? Es rarísimo, nadie sabe qué le pasa.

—¿No se intoxicaría con algo?

—Descartado del todo. Los análisis de sangre están bien. Los valores hepáticos también. Pero luego... esos signos de parálisis. Padece apnea del sueño. No hace más que empeorar. Es como si su sistema nervioso estuviera fallando por todas partes. ¡Me culpo a mí misma!

—Pero si te ocupas de él con todo cariño...

—No me ocupo de nada. Estoy aquí tirada como un cadáver. Volviéndome loca. ¿Qué demonios pasa? Al principio pensé que simplemente estaba agotado por exceso de trabajo.

—David se pondrá bien. Un joven deportista como él...

—Está cada vez peor.

—Mira, he traído un hermoso hueso de la carnicería. Con mucho tuétano. Luego lo pongo a hervir para hacer un buen caldo. Y así se lo puedes llevar.

—Qué detalle, Koja.

—Faltaría más.

—Aunque lo de esa carta del profesor de Jerusalén no sé si te lo perdono.

—Y luego nosotros salimos a cenar bien a ese restaurante italiano.

—No me estás mintiendo, ¿verdad?

—Tú eres mi vida, Ev.

—¿Y nunca me mentirás?

—Ev, aquí me tienes. Siempre me tendrás, a tu lado, siempre.

—Creo que te odio. Lo siento mucho, pero te odio.

Pronunció la última palabra en voz muy baja, casi con pesadumbre, de manera que su aliento

agrio se unió a un extraño trance, un tono de voz anhelante que se remontaba a un pasado muy lejano, que tan sólo me pertenecía a mí, a una imagen de mí que Ev estaba viendo y que no se parecía nada a aquella maniobra de ofrecerle mi hombro, sentadito a su lado, no tenía nada que ver con el calor inmediato de nuestros cuerpos. Era una locura haber evocado aquel tono de voz para unirlo a las palabras que dijo. Fue como una renuncia, una retirada bellísima, serena, transparente en su inmenso dolor y que me caló hasta lo más hondo del corazón; sí: incluso diría que fue una despedida, la anticipación de la despedida por venir.

Uno siempre sabe de antemano cuando algo ha terminado.

Son estas corazonadas de las que hablaba tu Buda, estas innumerables corrientes de la conciencia que, de repente, confluyen. Sucede algo, pero resulta que ya había sucedido o va a suceder. Y yo miré a Ev de reojo, vi su perfil, las finas arrugas en las comisuras de su boca, las arrugas de sus ojos, como huellas de un pajarito, más un colibrí que un cuervo, la boca que tanto disfrutaba riendo en otros tiempos, pero que ahora era de cemento y tenía los labios pegados con cemento, y el pequeño lunar cerca del mentón, cubierto de una pelusilla muy suave.

Ahí supe que todo había terminado, aunque los motivos aún estaban por llegar.

Me levanté del sofá, dejé a Ev sosteniendo la carta de Rubinroth, que leía una y otra vez dentro de su burbuja de locura, y bajé a la calle, al manzano. Retiré las flores hervidas de las ramas, me apoyé en el tronco y pensé mucho en David Grün, el judío de Schindler, el as de los deportes, el lúcido doctor de cabello rizado, el analista diez que siempre me debería diez sesiones de terapia gratis.

Aún resistió tres semanas más hasta que, al final, sufrió un fallo multiorgánico... tan sólo la devota entrega de Ev lo mantenía con vida... y murió.

Por lo visto, se interesó por mi bienestar hasta el final.

Y hasta aquí, la respuesta a su silenciosa pregunta sobre David Grün, ¡ay!, mi mudo swami.

38

El año 1969 fue como 1968, pero elevado a una potencia más, y —más allá de la llegada a la luna y del inicio de una era de sustancias alucinógenas con las que tendría algunas experiencias —, a nivel personal trajo consigo muchos acontecimientos de los que pueden calificarse de «esenciales»; «ancestrales», incluso.

Por ejemplo, el doctor Erhard Sneiper fue hallado muerto en su automóvil: eso fue de lo más ancestral.

Alguien, desde el asiento trasero, le disparó en la nuca con una Walther PPK y luego utilizó una sierra para cortarle la cabeza (o más bien lo que quedaba después de que la bala le levantara la tapa de los sesos y dispersara la masa encefálica por el coche) y colocársela en el regazo junto a la cabeza de su dóberman, ésa sí intacta, salvo por el detalle de que también estaba separada del cuerpo.

Como no se encontraron rastros del asesino, la policía dio por hecho que se trataba de uno de esos asesinatos por encargo de la mafia que se producen de tanto en tanto entre los traficantes de armas, y al parecer aquel abogado italianófilo (yo no sabía que Sneiper fuera especialmente italianófilo; de ser el caso, ¿por qué bebía tanta Coca-Cola?) podía estar involucrado en algo así.

La prensa amarilla habló del asunto durante tres días y aprovechó para publicar la biografía del difunto: estado civil, amantes, burdeles favoritos y también origen y tierra natal, nada menos que aquellos Estados Bálticos que en su día fueron territorio alemán; y ya puestos, para publicar un reportaje fotográfico espacial sobre las hermosas ciudades de la antigua Hansa: Riga, Reval, Dorpat, con sus hermosísimos monumentos. (Al día siguiente hicieron lo mismo con Nápoles a causa de un duelo injusto con armas desiguales.)

Poco después Ev recibió una larga carta del Innombrable, en la que le ofrecía todo tipo de motivos para dejarme. Le contó que, tres años antes, yo me había infiltrado en la sección de Gustav Heinemann del Ministerio de Justicia de Bonn, supuestamente a instancia de Erhard Sneiper y con la mediación del señor Achenbach, y que allí había conspirado para la facción partidaria de la amnistía.

Acompañaba la carta una cinta en la que se oía, aunque mal, la grabación de la conversación que había mantenido con Erhard Sneiper en el parque del palacio de Nymphenburg, interrumpida

de cuando en cuando por los alegres ladridos de un dóberman. Se oía con claridad cómo Erhard gritaba: «¡*Heinrich*! ¡A por él!», y cómo luego yo daba gritos. Como posdata, Hub mencionaba que estaba convencido de que yo era el asesino de su amigo de la infancia, además de ex esposo de Ev y otrora amado jefe mío en las Juventudes Bálticas, Erhard Sneiper.

Y como post-posdata: *Quod erat demonstrandum*.

Ev me dejó ese mismo día.

Yo me lo esperaba, como ya te dije antes.

Sin embargo, cuando lo que se espera sucede de verdad, es diferente.

Salí corriendo a la calle detrás de ella. Me arrodillé a sus pies bajo la lluvia. Me lancé sobre el capó de su taxi (cuatrocientos cincuenta y tres marcos cobraron después en el taller por repintarlo). Ella estaba decidida y nunca me miró a la cara, como si yo fuera la Medusa, de ojos de fuego, casco de escamas entre la melena de culebras y largos colmillos... Vaya un día a ver la estatua de la Gliptoteca[52] y entenderá a lo que me refiero.

Ev regresó a Israel. No he vuelto a verla nunca.

Presentó su dimisión en el Mosad, imagino que porque dejó de encontrarle sentido a su colaboración, después de que los nazis escapados se nos volvieran a escapar y esta vez sin remedio.

Creo que ahora trabaja en el Schneider Children's Medical Center de Kaplan Street. Conservó nuestro antiguo piso en Graets Street. Se llevó todos los dibujos de Anna a Tel Aviv. Todos menos la acuarela del autorretrato como reina tlingit, la baronesa Anna von Schilling II, rodeada de sus indios. Ése no.

Anna tampoco volvió a hablarme nunca.

La he llamado a menudo en los últimos años, pronunciando su nombre en todos los tonos en que puede resonar dentro de esa bóveda vacía que es mi corazón, pero en vano.

A veces creo sentir su sonrisa más que verla, y esos días duermo mejor. Pero igual son figuraciones mías. Seguí yendo a su sepultura a diario y siempre le llevaba algo: un caramelo, una piedra semipreciosa, una pipa de espuma de mar comprada en el mercadillo. Una vez desapareció durante la noche un dibujo a pesar de que le había puesto una piedra encima y no hacía viento ni llovía. Pensé que quizá se había tomado el pequeño esfuerzo de llevárselo —hacia abajo o hacia arriba, quién sabe— porque en el dibujo se veían los ojos de su madre.

Seguí viviendo en el domicilio permanente. Hacía lo que me mandaban. Me quedé solo y me convertí en lo que soy.

39

Hace dos años y medio, la mañana del 5 de septiembre de 1972, un comando palestino que se hacía llamar Septiembre Negro (pues se suponía que aquel septiembre sería el más negro que Múnich había visto en mucho tiempo) asaltó la Villa Olímpica de Milbertshofen. Ocho terroristas tomaron como rehenes a casi una docena de atletas israelíes, con los que intentaron escapar a El Cairo en un Boeing 727.

Esa noche, desde el aeródromo militar de Fürstenfeldbruck, me llamó Tzwi Zamir, sucesor del jefe Ramsad, a su vez sucesor de Isser Harel, todopoderoso jefe del Mosad, informante oficial de la unidad de gestión de crisis en Alemania y mi superior directo. Me ordenó con una voz que hervía de ira que movilizara de inmediato a los dos hombres del Kidon que teníamos en Schwabing. Por el teléfono, oía los disparos de rifles de asalto de fondo. Le comenté que los agentes se hallaban en estado de embriaguez total, pues la frustración de no haber estado en el lugar de los hechos aquella mañana los había llevado a liquidar mis reservas de vodka.

—Me da igual lo borrachos que estén —gruñó la voz sombría de Zamir—, nunca dispararán tan mal como los completos idiotas de los alemanes.

También percibí cómo, más de fondo todavía, alguien exclamaba en dialecto bávaro: «¡Danos un respiro, muchacho!», e imagino que sería la de Strauß, ahora portavoz del CSU. Tzwi Zamir llamaba desde el despacho de la unidad de gestión de crisis, que estaba en la torre del aeropuerto y bajo el fuego de los terroristas. Y luego ya no oí a hablar a nadie más, sino explosiones y el ruido de cristales rotos de una ventana próxima. Se cortó la llamada. Luego se quedaron sin línea. Y como uno de mis hombres había arrojado la televisión por la ventana en el ataque de rabia impotente (se acordará de que eso ya se lo conté, swami), tuvimos que enterarnos por la radio de cómo el intento de liberar a los rehenes de la policía alemana acabó en una terrible masacre.

En el tiroteo murieron varios agentes, entre ellos, el piloto de un helicóptero. A un francotirador le dieron sus propios compañeros y resultó herido de gravedad. Otro policía murió en un fuego cruzado. Cinco terroristas perdieron la vida. De los rehenes no sobrevivió ninguno. Todos murieron desangrados, quemados o destrozados por la metralla.

Dos días después de la masacre, me invitaron a un programa de entrevistas en la televisión. A un gran estudio en Múnich-Unterföhring. Las paredes eran blancas y la gente también. Me refiero a sus caras.

Habían pedido a los partidos que tenían representación en el Bundestag que sugiriesen nombres para participar en una mesa redonda de debate. El SPD me recomendó a mí por mi origen judío. Gustav Heinemann, ahora presidente de la RFA, se acordó de mí. Porque, aquella noche, los *goyim* necesitaban un judío que estuviera de su parte. A pesar de la catástrofe de los helicópteros en llamas y el fracaso de las fuerzas del orden, se le pidió al señor Himmelreich que, durante el debate, sostuviera bien alta la bandera: negro, rojo y oro. El símbolo del buen estado alemán (sobre todo: del estado alemán mejor, comparado con el del otro lado del Telón de Acero, cuya bandera era igual, pero con el emblema de la hoz y el compás en el centro).

Antes de que comenzara la grabación, me llamó la atención entre el grupo de periodistas una corresponsal israelí, muy joven, tan joven como Maya en su día, e igual de guapa, con el mismo cabello crespo y rebelde; procedía de un kibutz cercano a Cesarea y en su forma de hablar resonaba el eco de muchos tonos alemanes (es probable que su madre hubiese huido a Palestina desde Colonia, la ciudad de las torres).

Tal vez me invadió la tristeza porque su nombre empezaba por «M» y me acordé de la canción *Mandolika, el otoño aquí está*.[53] Aunque tal vez también estaba triste porque aquel desastre de los atletas olímpicos aún ardía en mi interior, como en el de todo el mundo, o porque desde la partida de Ev mi cabeza no había dejado de estar llena de ruido ni un instante y gracias a aquella periodista recuperé el silencio, un silencio total, sólo porque estaba sentada frente a mí y me miraba fijamente. Las cámaras emitían un zumbido, la voz del presentador era un zumbido, pero yo veía aquellos ojos muy abiertos mirándome.

El Mosad me había encargado representar la postura de Israel en el programa, destacar la vergonzosa incompetencia de la policía bávara y trazar paralelismos con el Holocausto lo más escandalosos posibles. El BND, a su vez, me había pedido encarecidamente hacer justo lo contrario: defender la postura alemana y no permitir que Israel se aprovechara de aquel desastre.

Sin embargo, lo que al final dije fue algo del todo inesperado, o puede que ese algo del todo inesperado hablara por sí solo desde mi interior, fluyó como la miel, la resina o el pus, simplemente me salió. No era mi intención, desde luego, sucedió de manera automática. Cuando formularon una pregunta dirigida a mí como Himmelreich, experto en Israel, lo que dije en medio de la discusión sobre el terrorismo y los muertos fue que no era el señor Himmelreich, que no.

—¿No? —me preguntaron.

Dije que no, que durante muchos años había tenido otro nombre muy distinto, pero que había una buena razón para todo.

—¿Cuál? —intervino Mandolika.

Conté que me llamaba Koja Solm y era nativo de Riga, al igual que el señor Himmelreich, pero, a diferencia de él, descendía de barones alemanes y de un obstinado pastor luterano a quien

los bolcheviques habían metido en un saco y arrojado al agua hasta ahogarlo como se ahoga a un gatito no deseado. Que nunca había sido judío, que el BND me había convertido en judío. Que era un judío del BND, un judío burocrático, por así decirlo, pero no un judío de verdad.

No se imagina usted la que se montó en el estudio.

Y juré mi amor a Israel.

Aunque soy alemán hasta la médula.

Sudando, el presentador miraba sus tarjetitas con las preguntas.

Un periodista del *Frankfurter Allgemeine*, un gordo hedonista con unos ojos de un azul seda divino (enviado por el FDP), quiso saber si, entonces, yo había trabajado... bueno, claro, bajo un nombre falso, como agente secreto de Reinhard Gehlen. Y entonces, ¿quién era el señor Himmelreich?

Me eché a llorar con tal desconsuelo que hasta los cámaras empezaron a hacer pucheros, y también los espectadores que asistían al programa en directo: todos hacían pucheros en sus bancos. Luego hablé de la profunda culpa alemana que latía en mi interior y la totalidad de los presentes pensó que lo decía en un sentido general, que me refería a la culpa colectiva y a todo ese discurso tan de moda en la época, y no a lo que había hecho Koja Solm como individuo, en parte por su propia voluntad.

Tan sólo aquella joven periodista, Mandolika de Colonia y Cesarea, se inclinó hacia mí, me puso la mano en el brazo (con una presión muy suave, casi como una boca cálida...) y se plantó frente a la cámara para decir que yo era un hombre importante, un hombre muy importante, y que la nueva Alemania, la democrática, la socialdemócrata, podría alegrarse de contar con hombres como yo, que dijeran la verdad sin tapujos, sobre todo a la vista de acontecimientos tan terribles como los de Múnich, donde, como israelí, se corría el riesgo de volver a alejarse de la fe.

De la fe en una Alemania buena.

40

El médico griego dice que debemos comportarnos como un equipo deportivo y que así lograremos entendernos.

Claro, hay muy pocos equipos deportivos que sólo consten de dos miembros. Pero los hay. Los de ping-pong, por ejemplo. En dobles, uno se pone a la izquierda y el otro a la derecha. Siempre me ha gustado el ping-pong, porque la idea de convertir una mesa en un aparato deportivo me parece poética. Quiero decir, que ahí están las barras paralelas, la barra fija y el plinto; estás las vallas, los postes, los floretes; hay miles de tipos de palos y de pelotas, de redes y carriles y bolas; hay cuerdas, caballos de carrera, flechas y todo tipo de vehículos increíblemente rápidos. Pero ¿hacer deporte en una mesa? El hombre inventó las mesas para sentarse a ellas a comer, a trabajar, a dibujar, a jugar al ajedrez (ojo, que no es un deporte), jugar al skat (las cartas tampoco son un deporte), apoyarse en los codos y pensar (menos deporte todavía), o para dejar encima cosas como zanahorias, manzanas, botellas de cerveza o partes de cadáveres para su autopsia. La mesa es el aparato menos adecuado del mundo para cualquier tipo de deporte, con la posible excepción de la cama. Y, bueno, en la cama no se hace nada que considere yo un deporte, aunque sí que es verdad que, a veces, dos personas forman un equipo.

Pero está claro que el doctor Papadopoulos no se refería a eso.

Creo que el tenis de mesa sería el deporte idóneo para el hippy si aún pudiera moverse. A mí se me da bien el saque y romper el saque, él es muy bueno en la defensa. Y espero que no me replique que los budistas ni atacan y se defienden. ¿Cómo que no? Los budistas son los mejores jugadores de ping-pong del mundo, todos los campeones mundiales son chinos o coreanos.

El doctor Papadopoulos se refería más al espíritu de equipo cuando nos sugirió lo del deporte. Tenemos que permanecer juntos. No comer solos. No ir al baño solos. No leer solos. No ir a la rehabilitación solos.

En fin, el hippy no puede hablar y no puede levantarse de la cama, pero con los brazos todavía puede hacer de todo. Bueno, eso igual es mucho decir, pero sí que puede mover los dedos. Tiene unos dedos rapidísimos, como Vladimir Horowitz. Como Rajmáninov. ¡Cuánto le gustaba Rajmáninov a mi padre! Si se esfuerza mucho, dicen que pronto mejorará el movimiento de los brazos y piernas. «Dentro de dos o tres años —le digo—, podrá volver a llevar la vida de un caracol.» Es un chiste, pero él no se ríe: su risa, su alegría de vivir, todo eso, lógicamente ha quedado en un segundo plano.

Necesito decir una cosa para sentirme liberado: el doctor Papadopoulos es buena gente. Incluso le hace gracia que ahora lo llame doctor Frankensteinopoulos. Pero es que le ha dejado la cabeza al hippy como la de Boris Karloff en la película, y ¡qué pena da el pobre monstruo! Con tapones por todas partes y esa costura enorme desde la sien hasta la oreja. Se lo he contado al hippy. Le enseño fotos de *La novia de Frankenstein* que he encontrado en el folleto de la programación de la tele. Son bromas: quiero animarlo.

Siempre me decía que yo era una persona maravillosa.

Era él quien lo decía, no yo.

De alguna manera, casi me lo creo. Pero ahora que le he contado todo, me resulta más difícil. Normal, ¿no?

No sé cuánto karma bueno y malo he acumulado. Lo de David Grün está claro que no contribuye al buen karma. Me arrepiento de haberle echado aquel vial en la cerveza, aunque no me arrepiento tanto como hubiera deseado el swami. Tenía lágrimas en los ojos. Tenía lágrimas en los ojos por culpa de aquel cantamañanas. No me lo puedo creer.

Ahora, que también tengo buen karma para compensar. Fui judío durante mucho tiempo. En la Alemania socialdemócrata de ahora eso es un karma de primera, y todos sabemos la mierda de karma que fue durante mil años.

También he acumulado mucho karma del bueno trabajando contigo, Ev. Y con respecto a los atentados contra los científicos espaciales, pues no sabría decir si fue malo en realidad. Igual lo malo fue que fracasáramos. Está claro que fue malo que muriesen las personas equivocadas. Esposas, empleados, dos secretarias... Diría que el resultado es cierto equilibrio en el karma, ¿no? Yo veo una cuenta de karma equilibrada.

Y con lo del programa de la televisión, en pleno debate, después de la masacre olímpica, no me diga que ahí no di un paso de gigante hacia el Nirvana. Al terminar la emisión se me acercaron el presentador sobrecogido, la mágica Mandolika, los compañeros de debate y numerosos espectadores del estudio. Me abrazaron, me dieron palmadas en la espalda y me dijeron todos cuánto los había conmovido y cómo se habían sentido identificados conmigo en aquel hermoso y triste vuelo hacia el fondo de mi alma.

Algún chiflado de buenas intenciones incluso se interesó por mi prepucio.

Tan sólo el inevitable agente del BND (es obligado que vaya alguno siempre que otro orco aparece en público) se quedó mirándome sin decir nada y con los ojos entrecerrados, y luego salió muy decidido en dirección a la cabina de los cámaras para hacerse con las cintas de la grabación. El debate no se retransmitía en directo. Habría sido el no-va-más. Aquel debate jamás se emitió. Nadie me ha visto llorar en la tele.

Esa misma noche me despidieron sin posibilidad de reincorporación.

Revelación no autorizada de identidad protegida.

Traición de secretos oficiales.

Puesta en riesgo de las líneas de investigación clasificadas.

Fue grandioso.

Lo que no fue tan grandioso fue marcharme del domicilio permanente.

El Mosad también se enteró de lo que había dicho, para empezar porque ellos mismos me habían encomendado una misión muy clara. Además, la encantadora Mandolika era una agente del Mosad en el extranjero, aunque había preferido pasar la noche en el lujoso hotel Four Seasons que en nuestro modesto domicilio permanente de Schwabing. ¡Menuda falsa!

El informe que presentó sobre mi comportamiento era una sarta de insultos (*Himmelreich vulgo Solm: típico agente alemán medio incapaz... personalidad egocéntrica y alto grado de proyección de su propia psique... carácter manipulador, deshonesto en todos los sentidos, a pesar de su exposición en público*...).

Como no podía saber que, a fin de cuentas, yo era su superior, y mi papel en la Asociación Germano-Israelí no se limitaba ni mucho menos a hacer pasar por agente al recepcionista de su hotel de Múnich, aquel informe apenas surtió efecto.

El jefe del Mosad, Tzwi Zamir (el jefe Ramsad se había sumergido, hacía años, en los insondables cotos de caza sumergida de la política) se aseguró de que tuviese que presentarme personalmente en Tel Aviv para dar cuenta de lo sucedido. Allí me hizo saber cuánto lo había decepcionado, más que nada, enterarse de lo lejos que estaba mi existencia de ser judía de verdad. Por otra parte, no se podía negar que yo había servido fielmente a Israel durante muchos años. Y eso se tuvo en cuenta a la hora de evaluar mis actos.

En lugar de llevarme al paredón, Tzwi Zamir se limitó a reducirme la pensión que me correspondía. Y luego se me prohibió dar información sobre mis operaciones, sobre el domicilio permanente de Múnich y sobre la identidad de mis compañeros.

La pensión del BND sí que me la concedieron en su totalidad, pues la ley alemana no permite modificaciones. Así que el conjunto final resultó bastante bien. En términos materiales, claro. ¿Quién consigue jubilarse con dos pensiones, para colmo, una alemana y otra israelí? En realidad, sólo los supervivientes del Holocausto.

Eso no sólo te lo digo a ti, Ev. También se lo digo al hippy. Le digo que puedo ocuparme de él, es más: que puedo proporcionarle cualquier tipo de apoyo cuando salga de aquí. He cumplido sesenta y cinco años. Tengo una villa en Bogenhausen, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Una casa de vacaciones en el Tesino. Desde el año pasado, dirijo una nueva galería de arte, muy cerca de las Pinacotecas. Especializada en arte alemán anterior al Tercer Reich, lo que ya se considera la vanguardia clásica.

He renunciado a la tediosa tarea de copista. Además, ya tampoco veo muy bien y, en general, me mantengo alejado de cualquier asunto turbio. También como Koja Solm gozo de una reputación excelente. El hecho de que, incluso pasados tantos meses, sigamos teniendo a la policía al otro lado de la puerta de nuestra habitación (aunque cada vez vienen menos, podría decir que sólo de tarde en tarde) se debe a que cumplen órdenes muy generales. Las fuerzas de seguridad tienen obligación de velar por que a un hombre que, sin estar acusado de nada, ya tiene una bala alojada en el cráneo, no venga nadie a dispararle una segunda. Una simple medida de seguridad, ¿entiende? No estoy bajo vigilancia. ¿Por qué iban a vigilarme? Las circunstancias en que se produjo la muerte del señor Himmelreich (la versión original) jamás se vincularon a mi persona. El que fuera mi apreciado profesor de hebreo quiso abandonar voluntariamente este mundo para no compartirlo con los putos monos de feria, falsos dementes, como nos llamó a todos los orcos. Así lo escribió en su nota de suicidio antes de colgarse en el bosque alemán. Para nosotros, sin embargo, siguió estando en el mundo, y nos vino muy bien que siguiera. Después de todo, mi brillante coleccionista de chistes judíos nos hizo un favor enorme y contribuyó de un modo sin igual al entendimiento entre los pueblos alemán e israelí al quitarse la vida sobre su alfombra de campanillas azules. Y así desapareció de los libros del aquí y el ahora.

Así pues, puedo decir que la vida me va de maravilla y que también en lo personal conseguí un buen arreglo. Hasta que se produjo mi accidente, dos veces por semana recibía a alguna señorita de la agencia Ariadne, discretas, limpias, profesionales.

Me encantaba que orinasen en mi baño, ya que tengo un modelo de inodoro más que adecuado para ello, se oye mucho el chorro, al menos cuando es del género femenino. ¿Que a qué viene eso? Qué más da. El hippy puede estar seguro de que tiene en mí a un amigo de confianza, para toda la vida, y muy acomodado. Por Dios, si podría ser mi hijo...

Por desgracia, solo puede comunicarse escribiendo lo que quiere decirme en unas tarjetitas de cartulina. La enfermera Gerda le ha traído un montón de tarjetas lineadas de una papelería. Verdes, amarillas, azules y rojas. Y también rotuladores verdes, amarillos, azules y rojos. Ha preparado una tarjeta azul con un SIGNO DE INTERROGACIÓN azul y una tarjeta amarilla con un SIGNO DE EXCLAMACIÓN amarillo. ¿Cómo se le ocurre semejante combinación de colores? Las tarjetas de color rojo sangre, que el hippy conserva sobre el pecho y están destinadas a la comunicación conmigo, tienen escritas las siguientes palabras, con rotulador rojo, por supuesto:

¡*Cerdo*!
¡*Asesino*!
¡*Fuera*!
¡*No, gracias!* ¡*No*!
¡*Nunca*!

Yo le digo que así no vamos a llegar a ninguna parte y que eso de comportamiento deportivo tiene muy poco. Ningún jugador de tenis de mesa le dice esas palabras a su compañero (a menos que sea un muy muy mal compañero, y no puede decirse que sea mi caso).

—¡*Vete a la mierda*! —escribe el hippy con dedos temblorosos en una nueva tarjeta roja.

—No me malinterprete, swami. No tengo nada en contra de su rabia. Entiendo su rabia. Está indignado. Le he decepcionado. Pero podemos reconducir eso.

Él se limita a mirarme.

—Podemos reconducir eso para actuar como un equipo. Entrenar juntos. Prepararnos juntos. Como dice el doctor Papadopoulos: ¡Avanzar hacia un objetivo común!

El hippy ríe como si regurgitara pequeñas piedrecitas, como si las acumulara en la boca para escupirlas a continuación.

—Vamos a ver, swami. Usted me habló mucho de Buda. Pero no me dijo que Buda también tendría que morir. Y, claro, como Buda no era una persona normal y corriente, su muerte tampoco fue una muerte normal y corriente.

El hippy toma una tarjeta roja y escribe en ella: *Nirvana*.

—Bueno, pues si eso es lo que usted quiere, alcanzó el nirvana. Ahora, que a mí me da igual si después de eso siguió existiendo o dejó de existir del todo. A lo que voy es lo siguiente: se lo comieron los gusanos exactamente igual que nos comerán los gusanos a usted y a mí. Y luego sí, luego se convirtió en algo especial.

El hippy escribe: ¿*Especial*?

—Por supuesto que es especial. Pero si el propio Buda, con todo lo que tenía de especial, pudo morir como un humano, entonces también podría vivir como un humano. Y entonces también sabría lo que es la rabia.

El hippy escribe: ¿*Rabia*?

—Ya sé que Buda no estaba muy a favor de las pasiones. Pero estoy seguro de que tuvo que conocer lo que son la rabia y el odio infinitos.

El hippy escribe: ¿*Odio*?

—Tuvo que haber conocido el odio, pero claro, como no era una persona corriente, tampoco podría sentir un odio corriente. Sentiría un odio iluminado.

Tengo que esperar cinco minutos porque el hippy se pasa un rato escribiendo: *Lee el Sutra del Mahaparinirvana y toma conciencia de que el odio destruye tu persona, ¡canalla*!

—Claro, claro, me estoy refiriendo precisamente a un odio iluminado, un odio que no te destruye, sino que te lleva a la esencia de tu ser, a lo que realmente eres. El poder que posee una tormenta para renovar, para depurar, tan sólo se reconoce en el odio.

Leo: ¡*Vete a la mierda*!

—También usted me odia.

El hippy mantiene en la mano la tarjeta de ¡*Vete a la mierda*!, lo que no le impide hurgarse en la nariz con el dedo meñique de la otra mano.

—Me odia. Ambos lo sabemos. Y eso es una cosa buena. Y de lo bueno tenemos que hacer que sea aún mejor, tenemos que hacerlo aún mejor en dobles. Yo saco, usted se ocupa de revés: pin, pon, pin, pon. ¡Medalla de oro!

Todavía leo: ¡*Vete a la mierda*! mientras el hippy cierra los ojos.

—Cuando sepa cómo acabé con esta bala en el cráneo, a lo mejor deja de parecerle imposible el odio iluminado.

El hippy deja que un poco de tiempo congelado se deslice entre sus cejas hasta los párpados cerrados, donde se deposita y luego se derrite por el ardor de los ojos, que es como un ácido. Su mirada es pura ansia. Quiere saber lo que pasó. Quiere saberlo todo. Me mira, y temo que la cavidad de detrás de sus ojos esté poblada de criaturas imaginarias que saldrán disparadas hacia mí. La tarjeta de ¡*Vete a la mierda*! se hunde lentamente entre los pliegues del edredón como un abanico entre las manos de una Cleopatra envenenada.

Pero no digo nada más.

Vuelvo a mi cama, enciendo la luz de lectura y sigo con la biografía de Camille Claudel que me fascina desde hace días. Dejo descansar al hippy, que asimile también lo que siente, que el ácido le penetre hasta el fondo del cerebro, veo entrar a la enfermera Gerda, colocarme en mi bandeja la comida del hospital, acercarse al hippy para intentar darle una cucharada de yogur.

Él le escribe una tarjeta.

La enfermera lee: ¡*Sabe a rayos*!

Ella asiente con la cabeza con gesto triste, le coloca el edredón y le pide que no le hable así, si es que a eso se le puede llamar hablar.

El hippy está exaltado y herido y ahora se ha quedado medio ciego, y así lo dejo sumergirse en la noche.

41

Haus der Kunst, ¿conoce ese museo?

¿Lleva veintisiete años viviendo en Múnich y no conoce la Casa del Arte?

Dicen que, en su día, cuando el Führer susurró sobre los tejados del Piazzale Michelangelo, en Florencia: «¡Por fin, por fin entiendo a Böcklin!», también decidió construir un grandioso templo dedicado a las musas en Múnich y llenarlo de guerreros de bronce y ciervas de escayola y cuadros del estilo de un tríptico titulado *Hombre de las SS, hombre de las SA, soldado del Reich*. [54]

Ahí sigue hoy en día, un edificio descomunal de granito y piedra caliza, saqueado, vacío,[55] una mole con veintiún muslos de titanes en lugar de columnas, en un margen del Jardín Inglés. Seguro que usted ha estado sentado alguna vez en las escaleras de fuera. La gente va allí a fumar porros, según me han contado, y a cosas mucho peores. Por dentro es todo de mármol, los marcos de las puertas, las escaleras, los zócalos. Todito de mármol. De mármol alemán del más genuino: mármol rojo de Kehlstein, mármol amarillo de Saalburg y otro mármol más amarillo todavía del lago de Tegern.

Los techos están adornados con unas esvásticas imponentes, pan de oro auténtico sobre mosaico rosa. En los salones te sientes como dentro de un trasatlántico de lujo. Se utiliza para exposiciones de arte, inauguraciones de obras, a veces *performances*. También la Neue Pinakothek, que en su día redujo a polvo una bomba y que, por lo tanto, se quedó sin sede, muestra aquí la colección que conserva de lo que en tiempos fue «Arte degenerado».

No dejaba de ser una casualidad inesperada que fuese precisamente Ignatius Kirchmaier, el gran coleccionista de Starnberg, quien, pocos meses antes, me ofreciera una oportunidad con la que no se me habría ocurrido ni soñar en la vida: exponer la obra de mi padre en el marco de una gran exposición de todas las obras perdidas durante la guerra.

Kirchmaier, un hombre de gran sensibilidad por lo que respecta al arte erótico, añadió a mi propuesta de catálogo otra serie de obras de Solm de temática pastoril, adquiridas por su propio padre. Retratos de jóvenes, retratos de mujeres, retratos de grandes damas de cuya existencia no tenía yo noticia alguna. Mamá, dos mecenas más y el Museo Estatal de Riga contribuyeron con donaciones. Y de los fondos de la Pinacoteca de Múnich salieron paisajes del Báltico a cuyos frondosos bosques insuflaban más vida y emotividad la fugaz presencia de algunos cuerpos de ninfas.

Como una nube vieja, atormentada y a punto de reventar de tanta lluvia como se acumulaba en ella, me quedé parado frente al cuadro de un desnudo femenino que mostraba a mi Ev, a mi amor perdido, cuando todavía no tenía verdadero cuerpo de mujer, a lo sumo habría cumplido dieciséis años. Papá la había pintado en su taller, en una pose que representaba a una diosa de la meditación, con la cabeza apoyada en la misma esquina del sofá donde también a mí me encantaba apoyarla de niño. Llevaba puesta una prenda de seda que apenas podía denominarse ropa.

Mamá, sin embargo, reconoció su vieja *negligé*. De entrada y por principio, se mostró en contra de exponer aquel cuadro que le parecía indecoroso, porque la belleza de la juventud y sus leyes eternas (a saber: que es imposible no quedarse hechizado contemplándola) se veían ensombrecidas por la mirada de Ev, por la pesadumbre de sus ojos, no por la desnudez de su cuerpo. En su sonrisa imperaba el escepticismo, un escepticismo que también latía en sus ojos oscuros, y no me extrañó nada que papá hubiese titulado aquel cuadro *Melancolía*.

A la inauguración habían acudido más de trescientas personas, o igual muchas más. Y a todas las había invitado yo, ya fuera como Jeremias Himmelreich, como Koja Solm o como Heinrich Dürer, a quien aquel acto servía también para recuperar su identidad como Solm.

El único que no estaba invitado era Hub.

Hub estaba citado ante el juez para dar explicaciones sobre lo de los camiones de gas de Riga, o más bien tenía que explicar qué se hacía en Riga con aquellos camiones y por qué el antiguo Standartenführer Solm había insistido tanto a Berlín en que se los enviaran con urgencia.

Mamá apareció vestida con sus mejores galas y maneras, más que nunca convertida en un azor que se alimentaba de la memoria de su esposo y anhelaba reunirse con él. También vi a Herta Gehlen, con el cabello ondulado, y aunque parezca mentira traía del brazo a su malhumorado Heini, que iba de cuadro en cuadro con gesto de repugnancia mayúscula. Incluso a Otto John me pareció atisbarlo entre la multitud. Lo que sí me hizo dar un respingo como movido por un resorte fue advertir, detrás de una nube de devotos del arte que susurraban y murmuraban «amén» como si estuvieran en un templo, las grandes orejas del capitán Isser Harel. ¿Sería cierto? ¿Cabía la posibilidad siquiera de que estuviese allí? Es verdad que le había hecho llegar una invitación, pero sin ninguna esperanza de que acudiese. Con lo lejos que está Israel. Y él no me había contestado a la tarjeta.

El comisario de la exposición, un tipo muy sensible, un *grand guignol* de manual, quiso ponerle el rimbombante título de: *El arte de un ayer eterno: Eros, Tánatos, trascendencia y pose. La*

obra alegórica del artista alemán del Báltico Theo Solm. Al inicio del acto, se dirigió con paso envarado al atril que había para los oradores, una especie de columna de madera bastante sólida, musitó algunas frases introductorias a través del micrófono y, finalmente, me presentó como «el hijo del artista, artista él mismo y de no poco talento».

Así pues, avancé hacia el atril yo también, vestido con mi mejor traje, y por primera vez en la vida di una conferencia sobre mi padre. Sobre mi padre y sobre la esencia Solm de mi padre. La verdad es que se hace muy raro hablar en público del padre de uno, es como si fuera imposible por definición, como si a la bombilla se le pidiera explicar quién fue Thomas Alva Edison y cuál su razón de ser.

Hablé de la alegría que suponía para mí que hubiese acudido tanta gente aquella mañana de domingo en la que nos acompañaba la calidez del Báltico, que no el calor. Me permitiría, a continuación, dedicar algunas palabras (proseguí) a la obra *Melancolía*, el retrato que mi padre había hecho de su querida hija y que estaba colgado justo a mi espalda, como todo el mundo veía.

Desde la conciencia de que la percepción y las capacidades humanas son insuficientes y canalizando esto en un sentido positivo (dije), Theo Solm había sido capaz de captar en la fisonomía de aquella joven, que habría pintado en 1924 o 1925, la esencia del anhelo y la soledad (se me cortó la voz). Hagan el favor de fijarse en la palidez del todo el rostro. Los labios son casi azulados (ilustré al público sobre el color azul, el color de la profundidad, a la que nunca llegamos a acercarnos tanto como en el caso del rojo y que tampoco nos envuelve nunca como el amarillo, que tanto gusta a los niños y que está transido del resplandor del sol). En cierto modo, se antojan enfermos los ojos de la modelo, a eso contribuye la fina línea de color carmesí que los bordea. El temperamento melancólico, según la interpretación de la medicina más antigua, es fruto del predominio de la bilis negra en el organismo, y eso se advierte en el fulgor de la naturaleza mortal del negro de las pupilas y en las sombras que el propio cuerpo arroja, formando un contraste estremecedor con respecto a esa vida representada a través de la carne muy joven. Me atrevo a afirmar (afirmé) que este contrapunto entre polos opuestos se encuentra en todos los cuadros de mi padre, incluso en aquellos que hoy pudieran resultarnos cursis o patéticos en exceso o hasta obscenos, puesto que él mismo era de naturaleza melancólica, un melancólico nato y plenamente consciente de que el ser humano, a pesar de sus múltiples capacidades de pensamiento abstracto o de imaginación de lo inexistente, en el fondo sólo es capaz de orientarse de manera fiable y firme dentro del universo de lo visible.

—Y, no obstante —proseguí—, ¿acaso no es lo invisible lo único que tiene verdadero valor en el ser humano?

Lancé la pregunta al público.

—Lo que no se ve de esta joven, aún medio niña, damas y caballeros, es lo que mi padre, con

su arte, consiguió acercar a la esfera de lo que así conseguimos ver hasta donde nos es posible hacerlo. Si no soy capaz de contener cierta emoción, y por ello me disculpo ante ustedes —dije —, la causa reside precisamente en que esta joven... mi hermana, Ev se llamaba y espero que siga llamándose así durante mucho tiempo, había sido para mí una desconocida en los pasados cincuenta y cinco años. Y ahora me doy cuenta de que, para conocerla, me hubiera bastado con ver este cuadro que mi padre nunca me mostró, que no mostró a nadie de la familia, ni siquiera a mi madre, aquí presente entre el público, llorando igual que yo. En lugar de ello, mi padre se lo vendió a un coleccionista con quien no teníamos relación alguna, al padre de nuestro venerado señor Kirchmaier, quien en este templo hace gran honor a su apellido,[56] a cambio de una manzana y un huevo, como se dice vulgarmente, es decir: por casi nada, cuando es una obra que, en el bello rostro de una joven, representa el dolor del ser humano por su efímera existencia terrenal, por sus limitaciones y porque nace abocado a la frustración. Mal negocio hizo. Aunque no he de lamentarlo. Pues si Kirchmaier padre no lo hubiese comprado en su día, mi hermana Ev, en cuyo interior late esa dualidad, ese desgarro eterno del ser humano del cual ella, además, siempre fue del todo consciente, nunca habría tenido ocasión de conocer a esa niña ancianísima que es la Ev del cuadro que ven a mi espalda, pintado con esos colores, con esa sonrisa que ella no me regaló a mí nunca.

A continuación expresé los agradecimientos de rigor a la ciudad de Múnich, a los señores Kirchmaier padre (muerto) e hijo (vivo), al Museo Haus der Deutschen Kunst (aunque no a Adolf Hitler), a la Pinacoteca de Múnich, al Museo Estatal de Riga, a la embajada de la Unión Soviética en Bonn, al SPD, al BND (eso sólo mediante un leve gesto con la cabeza a Gehlen), a mi madre, al sinnúmero de invitados que habían venido (incluso vi a dos señoritas de la agencia Ariadne entre el público) y, faltaría más, al comisario de la exposición, quien aún tenía preparada otra intervención más académica (en realidad el discurso principal del acto) y ya estaba con ganas de pronunciarla.

• • •

Nunca hubiera imaginado, ni por asomo, que cuanto sucedió después, la gran conmoción y el horror en que degeneró aquel día, obedecía a un plan urdido y bien urdido. El ambiente parecía tan sereno, tal vez hasta un poco aburrido, pero también lleno de distinción, de gozo... casi la única perturbación era la tácita sospecha de que el discurso del comisario de la exposición iba a ser tedioso y, como suele pasar, demostraría que no había entendido de la obra de mi padre nada de nada, como ya se intuyó con las primeras palabras de:

—Distinguidas señoras y caballeros, y dejemos que sea la *ars lunga* de un artista pionero

como fue Theo Solm quien nos hable por sí misma, preguntándonos, pues: ¿es arte verdadero lo que tenemos ante nuestros ojos?

Me acerqué a mi madre, que estaba de pie en primera fila, recuperándose de la llorera por la cual, además, se moría de vergüenza. Las palabras que yo acababa de pronunciar sobre ella en público la habían ofendido. Sobre todo, tenía ganas de reposar un poco, como denominaba a salir de entre aquella multitud, así que acompañé a sus huesos de noventa y cinco años hasta uno de los bancos de mármol que había al fondo del todo de la sala, donde tomó asiento en la misma postura de una estatua perfectamente tiesa y me dijo:

—Déjame en paz, hijo.

Allí el centro de los acontecimientos me quedaba lejos. Craso error.

El comisario de la exposición había entrado en calor con su perorata, o así lo creía él. Saltaba a la vista que lo que él consideraba fulgurantes bengalas que se elevaban por las alturas de la sala más bien caían, hechas copos de ceniza, sobre las cabezas de los asistentes, a quienes ya se estaba pidiendo demasiado. No tardó en extenderse por el público el desasosiego que provocan las ganas de salir por pies cuando ya no se pueden disimular. Un señor mayor que estaba apoyado en una columna, incluso parecía que se había dormido. Mi padre no se merecía una cosa así.

• • •

De pronto, de reojo, me di cuenta de que se le acercaba un joven, un tipo con barba y gorro como el de Mao. Como por arte de magia, sacó un megáfono del pantalón de peto a cuadros que vestía y lo encendió. Sonaron uno, dos chasquidos amenazadores. El espantado orador se quedó con la frase a medias a la altura de «*haut goût* del *kitsch* naturalista» y, como un fauno privado de la palabra, se quedó mirando con pasmo al espontáneo del pantalón de peto. Éste se llevó el megáfono a las barbas y, al tiempo que levantaba el puño apretado, se puso a gritar:

—¡Atención, atención! ¡Arte, arte!

Al menos el aburrimiento se había disipado, y, tonto de mí, lo consideré una buena señal. Sin duda están relacionados con esto mis tiempos de reacción con respecto a los acontecimientos que siguieron, fatídicos, pues bien estuve lento o bien me precipité. El del pantalón de peto volvió a soplar por el megáfono, ahora para gritar:

—¡Esto es un *happening* en honor del artista burgués Solm! ¡Ahora veréis una intervención del grupo Art and Revolution!

De pronto seis revolucionarios más aparecieron a su lado. En un instante se habían quitado la

ropa, a la velocidad del relámpago. Lo único que parecía sorprender a los asistentes a la exposición era que fuesen austríacos, pues capté cómo cuchicheaban a mi lado quejándose de eso, cuando el del pantalón de peto se arrancó a declamar citas de Mao en dialecto vienés. Azuzados por el «Peto Supremo», la pandilla de desnudos empujó al comisario de la exposición a un lado y se colocaron como en escalera para que el más menudo de ellos, un activista que se parecía a Woody Allen, pudiese subirse a la columna atril, que tenía como un metro de altura y se tambaleó peligrosamente. Una vez subido, se puso en cuclillas, con los brazos en jarras y dando el trasero al público, un trasero tal como Dios lo trajo al mundo... En realidad, una estampa que bien podría haber pertenecido al universo creativo y erótico de Theo Solm. Muy concentrado, soltó un chorizo que, al principio, asomó del ano como un topo asustadizo que se escondió de nuevo, pero luego fue saliendo y saliendo con un movimiento fluido que dejó al público sin aliento hasta el punto de que nadie supo qué hacer cuando por fin se estampó contra el suelo de piedra caliza de Solnhofen con que Hitler había encargado pavimentar las salas de su museo (por lo que respecta al color, entonaba a la perfección).

A esas alturas, como tarde, tendría yo que haberme dado cuenta del posible alcance de todo aquello, pues ya era más que obvio para cualquiera que aquellos jóvenes artistas revolucionarios tan fantasiosos no sólo estaban allí para ponerle una nota de color al acto.

Antes de que nadie llegase a reaccionar, otro artista se plantó delante del cuadro *Melancolía* y empezó a masturbarse a conciencia, al tiempo que dos jovencitas, al fondo, se azotaban con sendos látigos, pero, para no hacerse daño, les daban a los cuadros de mi padre. En el momento en que el masturbador se acercó un paso a mi hermana, que contemplaba todo aquello desde su cuadro con gesto de inmenso anhelo y tristeza, aunque no demasiado espeluznada ante la inequívoca intención de aquel tipo de mezclar sus propios fluidos con la veladura aplicada por mi padre cincuenta años atrás, de pronto me encontré al lado a Reinhard Gehlen, más pálido que nunca, y me tendió su pequeña pistolita de bolsillo, la que siempre llevaba encima para incidentes como aquél.

—Un acto inolvidable, Dürer.

Luego añadió que les pegase un tiro en el corazón a todos aquellos descerebrados.

Aquí, querido swami, hemos llegado al punto idóneo para reflexionar sobre el odio iluminado, pues a la vista de las circunstancias que nos han surgido no me parece aconsejable dejar de lado todos mis deseos y pasiones justo en este momento. Acepté el amable detalle de la pistola de Gehlen, me la guardé en el bolsillo superior de la chaqueta y me puse en marcha en el preciso momento en que uno de los asistentes chilló:

—¿Es que no va a venir la policía?

Como quien responde a un santo y seña, los artistas comprometidos se pusieron a gritar:

—¡Policía, policía, a la mierda la burguesía! ¡Policía, policía, a la mierda la burguesía!

La sala entera empezó a bullir y hubo reacciones en contra, pero poco expeditivas. Yo pasé corriendo por delante del tipo del pantalón de peto, le estampé el megáfono contra los dientes con todas mis fuerzas, vi cómo le brotaba la sangre, llegué hasta el que se estaba masturbando y lo agarré del cuello para someterlo, aunque no me sirvió de mucho, porque siguió masturbándose tan campante, y yo me quedé con el brazo alrededor de su cuello, como una bufanda que no apretase más que algodón entre mis brazos de viejo de sesenta y cuatro años. Alguien tiró de mí, luego recibí un golpe en la cabeza. Perdí el conocimiento.

Cuando volví a abrir los ojos, la sala entera, tan marmórea y hitleriana toda ella, se movía y me daba vueltas. Delante de mí, entre muchos pies que correteaban en todas direcciones, vi un diente. Como pensé que podía ser mío, fui a buscarlo a cuatro patas. A continuación alguien de detrás del atril se resbaló con la caca de Woody Allen y recuperó el equilibrio con la elegancia del cisne negro del *Lago de los cisnes*.

Cogí el diente y me puse de pie.

A mi alrededor todo eran golpes, resoplidos, gritos, resuellos.

Desde todas partes me azotaba el oleaje provocado por Art and Revolution. Los artistas burgueses repartían golpes. Los otros artistas se dejaban pegar. Yo volví a caerme, vi cómo una de las jóvenes del látigo la emprendía contra el cuadro de mi hermana con un machete enorme. Al masturbador le llovieron patadas de todos los lados. El del pantalón de peto, con la cara vacía como una bolsa de sangre exprimida, iba de un cuadro de mi padre a otro echando algo que tenía que ser lejía o algo así sobre las sombras de colores.

Muy a lo lejos se oían ya las sirenas de la policía.

Entonces apareció a mi lado Yossi.

Como si fuera lo más natural del mundo.

A Yossi no lo había invitado yo a aquel acto, ¿qué pintaba allí un chófer que, además, nunca había cogido el volante? Pero sin darme ocasión de preguntarle nada, me ayudó a ponerme en pie, me colocó el brazo izquierdo sobre sus hombros de Golem, me agarró de la cintura con la mano derecha y me sacó de aquel hervidero como para ayudarme a escapar.

Claro que yo no quería escapar.

No obstante, escapamos a través de salas más tranquilas, llegamos a una escalera que conducía a los sótanos, bajamos hacia la oscuridad y aterrizamos en un laberinto subterráneo inmenso que apenas se utilizaba desde la guerra.

Yo tampoco quería ir a ningún laberinto subterráneo.

Le dije a Yossi que no quería, pero me tenía sujeto entre el garrote de sus puños hasta que llegamos a la zona del antiguo refugio antiaéreo. Me arrastró hasta la antecámara de entrada a un

búnker y cerró la última puerta de acero detrás de nosotros, la cerró con una pesada barra de hierro y encendió la luz.

42

Sólo se encendió una bombilla en el techo.

Me pareció que estaba en un búnker subterráneo.

Vi hormigón armado en los cuatro puntos cardinales. Sobre el hormigón armado también vi el rótulo en la típica letra gótica manuscrita de tiempos de la guerra: MANTENGAN LA CALMA. Vi a Yossi, esperando junto a la puerta de acero. Vi una única silla, y, sentado en ella, al capitán Harel, cuyas orejas de Micky Mouse arrojaban unas sombras con vida propia sobre la pared. Vi un lavabo con un maletín dentro. Y debajo del lavabo, otro rótulo, esta vez uno antiguo, de esmalte, con el mismo mensaje: MANTENGAN LA CALMA.

Y mantengo la calma.

Issel Harel dice:

—Muchas gracias por la invitación, Jeremias.

Resultaba raro no verlo con sus sandalias, sus pantalones cortos, sus prendas de algodón arrugado, y no verlo en Tel Aviv. Lo raro era el propio hecho de verlo.

Lo saludé y le dije que tenía que volver a subir.

—No, no tiene que subir.

Que tenía que subir para salvar los cuadros de mi padre, repetí, y que me gustaría que él y Yossi me ayudasen.

—No le vamos a ayudar a nada, Jeremias —replicó Isser Harel en tono mecánico—. No le vamos a ayudar. Es más, nosotros hemos mandado venir a esos artistas para que nos ayudaran.

Poco a poco empecé a asumir que el diente que tenía en el bolsillo del pantalón iba a ser mío de verdad.

—¿Con qué nos van a ayudar?

—A usted no. Sólo a nosotros. Nos ayudan con lo que están haciendo. Porque ellos son artistas. Y lo que hacen es arte del de verdad.

Hablaba con su característica voz aguda, pero serena y firme, como si me estuviera diciendo la hora. Luego, con expresión de que todo aquello era lo más natural del mundo, levantó la vista hacia el techo.

—Acabarán con todos esos cuadros de ahí arriba —dijo—, hasta que no quede ni uno.

Lo dijo como ensimismado.

Siguiendo su mirada, percibí el silencio. Dos metros cincuenta de silencio de hormigón

armado. No llegaba ni un solo ruido de arriba. El silencio siempre le pone a uno más fácil lo de mantener la calma.

—¿Es usted quien ha montado todo ese follón? —pregunté consternado.

Harel bajó los ojos, se pasó la mano por la frente y dejó la pregunta sin responder.

—¿Por qué? ¿Qué le han hecho los cuadros?

—Son de su padre.

—Sí, pero ¿qué le han hecho?

—Su padre no era judío. Su padre no se apellidaba Himmelreich. Su padre no perdió la vida en un campo de concentración. Eso, Jeremias, eso es lo que me han hecho los cuadros.

Le mostré mi desprecio dando media vuelta hacia la puerta de entrada al búnker y cojeando hacia ella sin decirle nada. Cuando llegué y quise abrirla, Yossi se abalanzó sobre mí y me pegó un puñetazo en la barbilla. Me caí al suelo y sentí cómo me pegaban patadas con una enorme fuerza en el bajo vientre, el pecho y la cara. Me agarraron de las muñecas, me arrastraron por el suelo de cemento y me dejaron caer como un fardo ante la silla de Isser. Aquello era un asunto serio.

—En ese cuadro ante el que se ha puesto usted tan sentimental —oí la pensativa voz del capitán Harel al cabo de un rato—, ¿es posible que haya reconocido a la señora Himmelreich?

Yo asentí con la cabeza. Me habían roto una o dos costillas. Escupí sangre.

—Trabaja como pediatra en Tel Aviv, ¿verdad?

Yo asentí con la cabeza y me erguí como buenamente pude.

—¿No siguen casados?

Negué con la cabeza.

—Eso está bien. La íbamos a echar de menos.

—¿Se supone que eso es una amenaza?

—Nada de amenazas. Usted está aquí. Nosotros estamos aquí. Cosas que pasan.

—El Mosad me ha licenciado con honores.

—¿Que el Mosad lo ha licenciado con honores?

—Recibiré una pensión.

—Dice que recibirá una pensión, Yossi.

—Me voy.

—Eso será después.

—Ahora.

Volví a ponerme en movimiento.

—Jeremias, esto ya lo hemos vivido.

Yo seguí, arrastrando los pies.

—Cuando llegue a la puerta, Yossi le romperá el brazo.

Yo avancé, iba bien.

—A Yossi le duele el puño cuando le pega. Ya está mayor el puño también.

A mí no me daba la sensación de que a Yossi le doliera mucho pegarme puñetazos en la cara. Volví a aterrizar en el suelo, y allí me quedé tirado.

—¿Qué pretenden? —pregunté exhausto.

Isser se puso de pie.

Siempre que se ponía de pie, producía un efecto de sorpresa, pues al contrario de la mayoría de la gente, al levantarse no ganaba en altura. Al mismo tiempo, eso le daba un punto grotesco, subrayado porque sus gestos sí que explotaban. Se puso a caminar de un lado a otro por delante de mí, sin que se le alterase en nada el tono de voz.

—Usted acudió a mí para colaborar conmigo. Con un nombre falso. Con una identidad falsa. Contándonos hechos falsos. Con una esposa falsa. Como hijo de un pintor de cuadros eróticos. Hermano de un asesino de masas. ¿Adónde cree que va a llegar con eso?

—No es falso que fuera mi esposa.

—Vio cómo Yossi castigaba a su propio hermano. Estuvo presente. Usted mismo vio cómo le sacaba un ojo. Mire que odio a ese hombre. Ahora bien, un hermano como usted no se lo merece ni siquiera él. Es usted escoria, Jeremias Himmelreich, Koja Solm, Heinrich Dürer o comoquiera que se llame.

Lo que sentí, unido a un sentimiento de humillación que lo envolvía todo, fue la boca llena de dientes que se movían, y la parte derecha del pecho, donde la pistola de Gehlen que llevaba escondida en el bolsillo de la chaqueta debía de haberme fisurado o roto las costillas en alguna de las caídas, al tiempo que me resultaba muy tentadora, pues podía darle un giro de ciento ochenta grados a la situación si me lo proponía.

—Le serví fielmente, Isser —dije, haciendo el esfuerzo de incorporarme—. Durante muchos años. He cazado a las grandes bestias nazis para usted, que luego fue quien colgó sus pieles en el despacho. He matado a gente por usted, y no estoy orgulloso de ello. Tampoco lo estoy del día en que machacaron a Hub y no tuve más remedio que mirar cómo lo hacían, no estoy orgulloso. ¿Y qué? ¿Acaso el orgullo tiene algo que ver con nuestra profesión? No. Nunca ha sido el caso. ¿Usted se siente orgulloso de estar aquí y de haber montado todo esto? No sé, igual sí.

Harel me miró, ralentizó sus pasos. Yo me puse de pie agarrándome a Yossi, quien con su cara de borrico bueno no supo cómo reaccionar.

—¡Usted está aquí por orgullo! ¡Es el orgullo el que lo ha traído a la puta Casa del Arte de Hitler! ¡Pues mee ahí en el rincón, si también le inspira tanto orgullo mear sobre el hormigón del Führer!

El capitán Harel guardó silencio. Dejó de moverse de un lado para otro. Era como un torpedo

que hubiesen metido a toda prisa en el cañón y que ahora estaba quieto, ahí esperando a que encendiesen la mecha.

Le hizo una seña a Yossi. El gigantón me agarró y me arrastró hasta el lavabo donde estaba el maletín. Lo cogió, me empujó de vuelta al punto donde daba la luz de la bombilla y allí lo abrió.

La última vez que yo había visto aquellas fotos —treinta años habían pasado— lo que me había mostrado el camarada Nikitin no eran más que copias baratas con mucho contraste. Ahora, sin embargo, se veía hasta el último detalle que, en 1974, aún podía sacarse de unos viejos negativos. El laboratorio se había esmerado. El grano apenas ensuciaba la imagen, se reconocía cada sombra de las facciones de las caras.

—Una de nuestras fuentes locales trabaja en el archivo del KGB —dijo Isser, colocándose a mi espalda—. Hace tres meses nos enviaron esto.

En la cuarta foto reconocí a Moshe Jacobsohn. Sus ojos miraban a la cámara sin expresión, o sin otra expresión que el horror de la muerte inminente. A mí se me veía de perfil. A Hub, a punto de sacar su arma de la pistolera.

—¿Qué me dice al respecto?

Yo no dije nada.

—¿Cómo fue ver morir a mi tío?

Yo no era capaz de decir nada, qué iba a decir.

—Hacía sol. Se nota por estas manchas de luz de aquí que tenía que hacer sol. —Harel dio unos toques sobre el papel con el dedo—. ¿Fue bonito verlo morir? ¿Hacía un bonito día cuando murió mi tío?

Fue terrible. Pero no fue lo más terrible de todo, aún no, dije.

Lo peor fueron las imágenes de después.

El capitán me gritó. Luego dio la vuelta a mi alrededor, se detuvo delante de mí, sacó pecho y me escupió a la cara. Tenía que escupir de abajo a arriba por lo bajito que era, y me dio en el agujero de la nariz. Resolló. Igual estaba llorando.

Después de un largo y desagradable silencio, Harel me dio la espalda.

—No vamos a neutralizarlo, Jeremias —dijo en voz baja y todavía dándome la espalda—. La nueva dirección del Mosad se ha pronunciado en contra a la vista de sus méritos. Ni siquiera le recortarán la pensión.

Le quitó las fotos de las manos a Yossi, las ordenó según la cronología correcta y volvió a guardarlas en el maletín.

—Eso sí, las fotos se las pienso mandar a todo el que pueda estar interesado en ellas. A las autoridades alemanas. A su hermano. A su madre. A todos sus amigos de ahí arriba, esos que se supone que tienen el pasado y la conciencia bien limpios.

Se volvió, de nuevo para quedar frente a mí, y con especial lentitud dijo:

—Y, por supuesto, a la señora Himmelreich.

¿Furioso? Sí, swami, Isser Harel estaba furioso. Estaba tan furioso que hasta tuvo que buscar refugio en el tono irónico para no explotar de rabia. Habría sido un pésimo jefe del Mosad de no haber mantenido esa rabia durante décadas. Me tendrá que reconocer usted que estar rabioso durante décadas no es lo mismo que ser justo durante décadas. Querer ser justo suena mucho mejor que querer estar rabioso. Y ahí me ha de tener usted en cuenta otra cosa: a uno puede moverlo el hambre, la sed, la necesidad de amor. Pero el deseo de justicia no es posible que lo mueva a uno. A no ser que llamemos a ese deseo de justicia por su nombre. Y ese nombre es «rabia».

Claro, la rabia no suena a cualidad especial. Sin duda, quedaría mucho mejor que un antiguo jefe del Mosad acudiera desde Tel Aviv para asegurarse de que se hace justicia, movido nada más que por una iluminación pura, pacífica... llamémosla «budista», ya puestos.

Pero no fue ese noble sentimiento el que motivó el viaje de Isser a Múnich, a aquel búnker nazi húmedo y mohoso donde corría el riesgo de verse enredado en un complot internacional como al del pantalón de peto no le apeteciera ir a la cárcel y quizá diese nombres de contactos... contactos turbios, contactos anónimos, pero contactos israelíes.

La verdad es que el viejo capitán Harel sentía rabia, así de fácil, se moría de rabia y únicamente había venido por eso. Porque es la rabia la que nos mueve y nos da impulso. También a Ev la movió y le dio impulso la rabia, toda la vida. A todos aquellos nazis huidos los persiguió por rabia, no por amor a la humanidad. Esa rabia iluminada, mi querido swami, esa rabia iluminada es nuestro motor, y cuando uno la canaliza en algo que tiene sentido, que sirve, puede hacer algo útil en la vida. Es así de sencillo. No creo yo que Buda lo viera de otra manera.

Por mi parte, es una pena que a mí nunca me saliera nada bien del todo. Tendría que haber aprendido a rabiar, porque igual es mi poca rabia el motivo determinante en toda esa maraña de traiciones que caracteriza mi existencia. Igual es que albergaba en mi interior una excesiva cantidad de bien. La falta de rabia tampoco es cosa sabia... Mire, un pequeño ripio que le vendría bien aprenderse. Rabia iluminada es lo que nos hace falta. No esos ataques de cólera que se adueñan de uno como la fiebre y no hacen sino ponerlo todo peor.

Y eso mismo fue lo que me sucedió entonces, mirando fijamente a aquel soberbio y rabioso enano de mierda que no tenía ni idea de quién era yo en realidad, que no sabía nada de mi amor por Ev y por Anna y por Maya y por Mumu y por Marie-Lou y por Mandolika y por todas aquellas mujeres con M, aquel puto enano que había recorrido el largo camino desde Tel Aviv con el único fin de humillarme y robarle al mundo el cuadro de aquella niña sentada en el sofá de mi padre que nunca dejaré de añorar.

Entonces me llevé la mano al bolsillo de la pechera, saqué la pistola de Reinhard Gehlen, una pistolita en realidad, pero idónea como efecto sorpresa. Yossi se quedó pasmado. Seguro que

conservará ese gesto infantil hasta la tumba. Ahí quedará bien, envuelto en su sábana blanca. Hasta el capitán Harel se quedó perplejo un instante. Yo me puse a gritarles a los dos, allí de pie como dos soldaditos de plomo al rojo vivo. Yossi dio dos pasos hacia delante, alcanzó la bombilla, dio un salto y la aplastó con ambas manos, como si fuera una mosca gigante. ¡Clin!

Y se hizo una negrura total.

Esperé demasiado, en la oscuridad, con el corazón desbocado, tal vez un segundo o dos.

Entonces disparé en la dirección de Yossi.

Pero erré el disparo. La bala dio en una puerta de acero que estaba medio abierta y conducía a antiguos pasillos del búnker. Allí rebotó con un ángulo que no redujo demasiado su velocidad, pero la desvió de tal suerte que fue a dar contra el revestimiento de la cámara, donde el proyectil rebotó de nuevo con el arte de rozar ligeramente una columna de hormigón para, desde allí, volver volando hacia mí casi con la rapidez de un pajarillo, como un búmeran, o también como la carambola de una bola de billar, la negra; y eso es todo.

Con la poca fuerza que le quedaba, me atravesó la tapa del cráneo, y era tan poca la fuerza que yo noté cómo la atravesaba, cómo se abría paso por entre el núcleo viscoso del planeta cerebro, fuegos artificiales de mil colores, y cómo se quedaba ahí alojada en diagonal, clavada en el hueso del lado opuesto... ¡Hay que ver! Y fin.

43

El hippy abre unos ojos como platos.

Yo le llevo el sobre.

Es el sobre que, en su día, me trajo Hub.

Ha pasado mucho tiempo, querido swami y director de nuestro particular coro de ángeles.

Yo siempre guardaba el sobre debajo del colchón, dormía sobre él cada noche, aunque ya sé que no hay seres mágicos que, al despertar, te han dejado un regalito a cambio, algo de chocolate o alguna galletita salada, como cuando se te cae un diente.

Saco las fotos y se las voy mostrando a Basti una tras otra.

Le tiemblan los dedos, le tiemblan los párpados, le tiemblan —entre las tuercas de Frankenstein que lleva en el cráneo— los últimos pelos que le quedan.

Ve el miedo que tengo a la luz del sol, rodeado de hombres de las SS.

También ve a Moshe Jacobsohn y a mí de perfil.

Ve las fotos y no deja de mirarlas.

Ve cómo estiro el brazo con la pistola al borde de la fosa, parece mentira la inmensidad que cabe entre yo y esa mano enfundada en un guante.

Yo mantengo los dos ojos abiertos mientras quito el seguro y apunto, pues entre los SS se consideraba una cobardía guiñar un ojo.

Basti ve a la mujer.

Ve al bebé.

Ve cómo se transforma el bebé con los incontables disparos.

Si vacié el cargador entero sobre aquel bebé...

Ve mi cara y la mira de cerca.

Mi cara de la fotografía, no la otra.

Yo le digo que no pasa nada si deja que la rabia se adueñe de él.

La rabia nos iluminará hacia un mundo mejor.

Buda lo entenderá desde debajo de su árbol Bodhi.

Le digo a Basti que suelte toda su rabia.

Luego es de noche.

Saco el bisturí.

Me meto en la cama con él.

Le muestro el punto donde me tiene que hacer el corte y con qué profundidad.

Ningún ser humano es mejor que otro.

Eso, en cambio, no se lo digo.

Es la rabia la que debe salir a la luz.

A la mañana siguiente, sin embargo, me despierto, y eso que no había contado con ello en absoluto.

El hippy, a mi lado, está iluminado por la luz del sol, pero frío.

Tiene la boca abierta como una piraña.

Se le ha salido todo el líquido del cráneo durante la noche, la almohada está mojada.

Por la tuerca, maldita chatarra.

Voy a llamar a la enfermera Gerda.

Pero antes veo la tarjetita amarilla.

La escribiría durante la noche.

La letra se ve temblorosa y la tarjetita se le ha quedado pegada a la nuca.

Letras amarillas sobre una tarjeta amarilla.

Leo: «*PEACE!*»

Agradecimientos

Son muchas las lecturas que han influido en la forma y el contenido de esta novela, que en gran medida se cimenta sobre el trabajo de otros autores. A todos ellos quiero expresarles mi más sincero agradecimiento, si bien no me es posible mencionarlos a todos.

En el tema histórico me inició, ya en el año 2002, mi mentor Heinz Kroeger, entretanto fallecido, quien puso a mi disposición su vastísimo archivo privado, fruto de años de investigación. A él debo agradecerle también que me diera a conocer el estudio *Deutschbaltische SS-Führer und Alndrej Vlasov 1942-1945* [Los oficiales de las SS alemanes del Báltico y Andrej Vlasov, 1942-1945] de Matthias Schröder, sin el cual nunca habría visto la luz *La fábrica de canallas* (como tampoco la extensa historia familiar inédita que lleva el mismo título [en alemán, *Das kalte Blut*, literalmente: *La sangre fría*], que fui redactando en paralelo y en cuya Bibliografía final se encuentra la lista completa de obras y referencias gracias a las cuales me fue posible investigar a fondo el mundo de los servicios secretos alemanes tanto occidentales como orientales, así como el equivalente en la etapa anterior, el Tercer Reich; véase para ello el enlace: <http://diolink.ch/krausbibliographie>).

Mi principal asesora en las cuestiones científicas surgidas durante todos estos años de trabajo ha sido la periodista e historiadora Anita Kugler, cuya magnífica biografía *Scherwitz. Der jüdische SS-Offizier* [Scherwitz, el oficial judío de las SS] describe la ambigüedad y contradicciones de un personaje que fue víctima y verdugo a la vez. Sería para mí un motivo de especial satisfacción que esta novela contribuyese a difundir entre un público más amplio esa obra que penetra en los muchos y muy complejos campos de la actividad de un personaje como Fritz Scherwitz, miembro del llamado Grupo A de las SS y a la vez salvador de muchos judíos, representante de la energía criminal de los nazis y a la vez enredado en intrigas que rayan en lo grotesco. El personaje de Koja Solm debe mucho a aquel oficial de las SS que hablaba fluidamente alemán, ruso y yidis.

Otra obra cuya influencia debo reconocer, que guarda relación directa con la trama y que, pasados treinta años de su publicación, sigue resultando brillante y pavorosamente actual es *Die kalte Amnestie. NS-Täter in der Bundesrepublik* [La gélida amnistía: criminales del Tercer Reich en la RFA] de Jörg Friedrich, cuyas hipótesis, e incluso frases enteras, recojo en los últimos capítulos de la novela. También quisiera subrayar mi deuda con el libro *The "Final Solution" in Riga* [La «solución final» en Riga] de Andrej Angrick y Peter Klein, del que he tomado varios

detalles sobre la historia de la ocupación de la capital báltica (como también de *The Holocaust in Latvia* [El Holocausto en Letonia] de Andrew Ezergaili).

Un volumen de estudios sobre el SD —el servicio secreto de la Alemania nazi— editado por Michael Wildt: *Nachrichtendienst, politische Elite und Mordeinheit. Der Sicherheitsdienst des Reichsführers SS* [Servicio de inteligencia, élite política y escuadrón de asesinato: el servicio secreto de las SS del Tercer Reich], así como su monumental monografía sobre el cuerpo de oficiales del *Reichssicherheitshauptamt* [la Oficina Central de Seguridad del Reich] titulado *Generation des Unbedingten* [La generación de lo incondicional] nos llevan inevitablemente a preguntarnos cómo fue posible que la sociedad de la nueva República Federal de Alemania consiguiese consolidar la democracia cuando en ella se integraron, sin grandes medidas de desnazificación, muchos cargos importantes durante el régimen de Hitler, y esa pregunta es el motivo de la historia que aquí se narra. Esas obras también me han sido de ayuda respecto a los detalles de la Operación Zeppelin aun cuando ese asunto forma parte de mi historia familiar y yo mismo, como fiscal, he realizado intensivas investigaciones sobre el tema en la Oficina Central de las Administraciones Judiciales para el Esclarecimiento de los Crímenes del Nacionalsocialismo (fue un estudio de Klaus-Michael Mallmann: *Der Krieg im Dunkeln. Das Unternehmen Zeppelin* [La guerra en la oscuridad: la Operación Zeppelin] el que me señaló el camino hacia los fondos que se encontraban en esos archivos).

Algunas obras sobre el nacionalsocialismo que han calado de manera especial en la novela serían, entre otras, las de Götz Aly (sus investigaciones abarcan desde *Biedermann und Schreibtischtäter* [Buen alemán y criminal de escritorio] hasta *Die Belasteten* [Los que ocultan algo turbio] y siempre tienen el objeto de rastrear la pervivencia del régimen nazi en la política de nuestros días), Christopher Browning (*Aquellos hombres grises*), Alexander Dallin (*German Rule in Russia 1941-1945* [La ocupación alemana de Rusia, 1941-1945] fue escrito en una fecha tan temprana como 1958 y hoy sigue siendo una obra de referencia), Peter Longerich (*Politik der Vernichtung* [La política del exterminio]), Raul Hilberg (*La destrucción de los judíos europeos* me acompaña a diario), y Saul Friedländer (cuyo trabajo *Kurt Gerstein oder die Zwiespältigkeit des Guten* [Kurt Gerstein o la ambigüedad del bien] me ha hecho entender el dilema moral que nace de la indisoluble dualidad del ser humano).

Para el estudio de la inmediata posguerra y de la reintegración directa en la nueva república de Bonn de numerosos altos cargos y funcionarios turbiamente vinculados al régimen nazi he utilizado como fuentes clave las obras de Christopher Simpson (*Der amerikanische Bumerang* [El búmeran estadounidense]), Norbert Frei (*Karrieren im Zwelicht. Hitlers Eliten nach 1945* [Carreras en el crepúsculo. Las élites de Hitler después de 1945], Gerd R. Ueberschär (editor de *Der Nationalsozialismus vor Gericht* [El nacionalsocialismo ante los tribunales]), Christina

Ullrich (*Ich fühl mich nicht als Mörder* [Yo no me siento un asesino]) y Annette Weinke (*Eine Gesellschaft ermittelt gegen sich selbst* [Una sociedad se investiga a sí misma]).

La parte central del libro trata del Servicio Federal de Inteligencia (BND), la CIA, el Mosad, la Stasi y el KGB. Me sería imposible aquí seleccionar las fuentes más importantes para la novela de entre el sinnúmero de obras editadas o inéditas que existen, puesto que las considero todas igual de valiosas. No obstante, debo un especial agradecimiento al pormenorizado estudio de Tim Weiner sobre los servicios secretos en Estados Unidos (*Legado de cenizas: la historia de la CIA*), del que entre otras cosas están tomados los detalles de la Operación Red Cap.

Con respecto a la cuarta parte de la novela, «Rojo, negro y oro», me han sido de gran ayuda para narrar la historia de la fundación del Estado de Israel, entre otros, los libros de Tom Segev (*1949: The First Israelis* [1949: los primeros israelíes), de Michael Bar-Zohar (*Spies in the Promised Land* [Espías en la Tierra Prometida]) y de Ari Shavit (*Mi tierra prometida*). De esta última obra he tomado detalles concretos para recrear la llegada de los protagonistas a Israel. A *Rituelle Distanz* [Distancia ritual] de Dan Diner debo detalles sobre las negociaciones entre Alemania e Israel en Wassenaar. El relato de la detención de Eichmann en Buenos Aires que hace el propio Isser Harel en *The House on Garibaldi Street* [La casa de la calle Garibaldi] fue una fuente esencial para los capítulos sobre el que fuera jefe del Mosad. El delicioso libro de Josef Joffe sobre el humor judío (*Mach dich nicht so klein, du bist nicht so groß*! [No te achiques tanto, que no eres tan grande]) me proporcionó algunos de los chistes.

He incluido en la novela incontables citas de las obras de los personajes históricos que aparecen, integradas en gran medida en diálogos inventados; los casos paradigmáticos serían citas de Heinrich Himmler, Reinhard Gehlen, Isser Harel o Shimon Peres.

En cuanto a la historia del BND y la implicación de muchos de sus miembros en crímenes nazis, en los últimos años, desde la aparición de clásicos como el de Heinz Höhne y Hermann Zolling (*Pullach intern* [Pullach, documentación clasificada]), obra de referencia desde hace décadas, se ha multiplicado el número de publicaciones. La Unabhängige Historikerkommission zur Erforschung der Geschichte des Bundesnachrichtendienstes 1945-1968 [Comisión Independiente de Historiadores para la Investigación de la Historia del Servicio Federal de Inteligencia entre 1945 y 1968], por ejemplo, está editando una serie de monografías sobre la prehistoria del BND de la que ya se han publicado los cuatro primeros tomos.

Por desgracia no pude incorporar las revelaciones de muchas de esas publicaciones a la novela, pero es importante señalar que, tras leer muchas de ellas, no he hallado nada que contradiga lo que la novela plantea. Por ejemplo, el minucioso estudio *Phantome des Kalten Krieges* [Fantasmas de la Guerra Fría] de Gerhard Sälter demuestra de un modo aún más

impactante lo que, por mi parte, sólo había podido pergeñar sin conocer la documentación original, como la continuidad de las actividades y posiciones de muchos cargos del Tercer Reich hasta entrados los años sesenta. La aversión que se profesaba en las correspondientes instituciones a cualquier intento de renovación democrática y antifascista es escalofriante. «La organización de Gehlen —escribe Gerhard Sälter— fue, desde sus comienzos, no sólo un servicio secreto o de información, sino una organización política contra las víctimas del nacionalsocialismo.»

Como una especie de epítome de aquella realidad, he incorporado a la acción de la novela el caso de Otto John, que levantó gran revuelo en su día y para el que me he basado en un gran número de estudios, reportajes periodísticos, bibliografía especializada e informes y textos de la prensa del momento, al igual que para la elaboración del caso Dreher o la misión contra los ingenieros alemanes que investigaron sobre misiles para el gobierno egipcio.

Debo mencionar también al menos un nombre esencial para el estudio del trasfondo histórico general, el de mi admirado Harald Welzer, cuyo *Täter. Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden* [Asesinos: de cómo personas enteramente normales se convierten en asesinos de masas] bien podría haber dado título a esta novela.

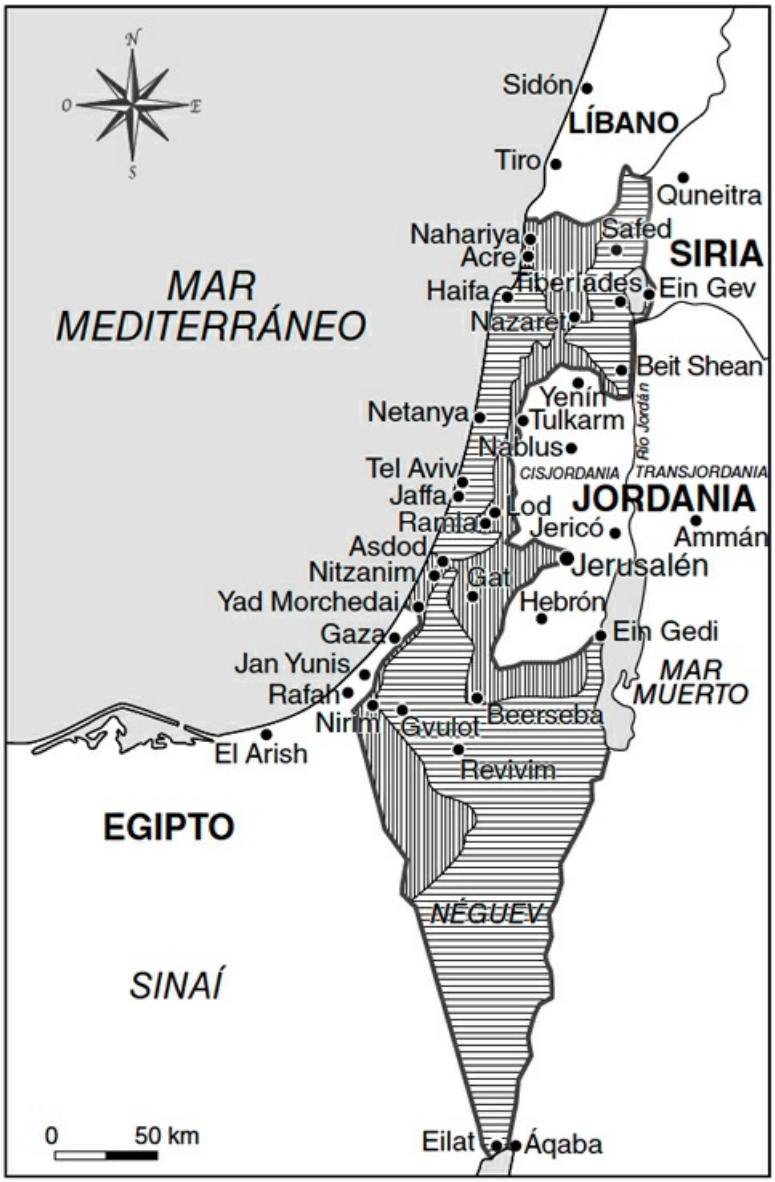
Más allá de las investigaciones especializadas, esta obra ha contado con muchos modelos literarios: los libros de muchos de mis autores favoritos han enriquecido las ideas, los recursos estilísticos y los giros dramáticos de la trama. Creo, por ejemplo, que, sin un monumento literario como es la *Armonía celestial* de Péter Esterházy, ni siquiera habría tenido el valor de emprender una historia de ficción que abarca un siglo entero partiendo de una base enteramente personal. Muchos elementos de la historia de Großpaping Solm provienen de algún modo de Esterházy, como también algunas metáforas. Además, para el final de la segunda parte, «La orden negra», me he permitido parafrasear un hallazgo de Gabriel García Márquez en su *Cien años de soledad*; espero que el maestro del realismo mágico no me tome a mal desde su nube sobre Macondo. También al final del segundo libro cito el poema de Wilhelm Busch «Es sitzt ein Vogel auf dem Leim» («El pájaro en el limo se ha posado»). Si, además, en mis páginas hay huellas de las obras de Oda Schaefer, Vladimir Nabokov, Henry Miller, Uwe Johnson, Don DeLillo, John Irving o cientos de autores más, se debe a que todos los que escribimos, irremediablemente, vamos a hombros de gigantes que nos guían por el mundo, de tal suerte que siempre queda algo de ellos grabado en nuestra memoria. Así pues, vaya mi sincero agradecimiento a mis gigantes, vivos o muertos.

La historia de la familia Solm jamás habría visto la luz de no ser porque, en 2015, casualmente llegó a manos de mi editora Tania Graf un manuscrito pensado como base para mi próxima película. Le agradezco de todo corazón por su insistencia en que aquel montón de papeles podía

transformarse en un proyecto literario que, al cabo, felizmente, quiso publicar la editorial Diogenes, a cuyo editor, Philipp Keel, le agradezco su coraje y el inquebrantable optimismo con que trata a sus autores, a quienes contagia un entusiasmo impenetrable al desaliento. También debo mi agradecimiento a Silvia Zanovello, la editora de mesa de la editorial, no sólo por la minuciosidad de su lectura y el acierto de sus criterios, sino por haberme insistido con tanta delicadeza como firmeza en que los tomara en cuenta. A Tamar Lewinsky le agradezco la lectura y corrección de los pasajes en yidis; a mi agente Uwe Heldt, que depositara su confianza en mí, en general, y en esta novela en particular, Lamento profundamente que no viva para poder leerla. A Rebekka Göpfert le agradezco su gran energía y la lealtad incondicional con que apoyó el proyecto al convertirse en mi agente. Mi prima Sigrid Kraus contribuyó hace años con gran parte de la financiación necesaria para contar esta historia familiar que tenemos en común y terminó haciendo posible la novela en que se ha convertido. Jamás encontraré suficientes palabras para expresarle mi agradecimiento. También me siento en deuda con Kathrin Lemme y Danny Krausz, mis productores y compañeros de batalla en los campos de la industria cinematográfica, por la generosidad que mostraron al liberarme de obligaciones en fases críticas de la producción de nuestra película *Die Blumen von gestern* [Las flores de ayer] para que pudiese terminar este libro.

No sólo ellos, sino cuantos han estado implicados en este proceso, de una forma u otra han tenido que sufrir quebraderos de cabeza por mi causa. En primer lugar, desde luego, mi mujer, Uta Schmidt, quien ha convivido durante los últimos quince años con toda la patulea de locos y desquiciados que puebla este libro. Le doy las gracias por su amor, su cercanía, su paciencia y sus juicios siempre certeros y razonables. Nadie creyó en esta historia con tanta firmeza como ella, y nadie, como ella, me hizo sentir la fuerza de la fe en los momentos de vacilación (que abundaban en algunos días...).

Transformar los acontecimientos históricos en novela implica falsearlos, abreviarlos, simplificarlos o aun contarlos de un modo impreciso. En suma: implica intervenir en la realidad para que funcione en la ficción que el autor quiere construir, más allá de sus posibles errores, incoherencias o licencias poéticas. De todo ello me hago único responsable.



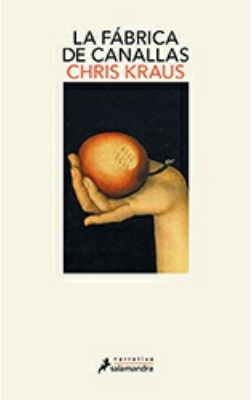
LAS FRONTERAS DEL ESTADO DE ISRAEL, 1949-1967

El territorio del Estado de Israel propuesto por las Naciones Unidas en noviembre de 1947, pero rechazado por los árabes

Territorios más allá de la línea de las Naciones Unidas conquistados por Israel, 1948-1949

Las fronteras del Estado de Israel según los acuerdos de armisticio de 1949

La última revelación literaria de Alemania: «una grandísima novela» (*Le Monde*) que retrata el declive de una época y el advenimiento de una nueva era.



En la línea de *Las benévolas*, de Jonathan Littell, *La fábrica de canallas* es una novela que excede todos los límites, un magnífico fresco histórico y familiar que retrata los años más sombríos del siglo XX.
En 1974, en un hospital bávaro, Koja Solm, un anciano con una bala alojada en la cabeza, decide contarle su vida a su compañero de habitación, un joven hippie y pacifista. A través de episodios entrelazados, desde Riga a Tel Aviv, pasando por Auschwitz y París, *La fábrica de canallas* nos lleva a zonas donde la moral y la integridad son ultrajadas con violencia para contarnos cómo fue todo al final de la Segunda Guerra Mundial.

La crítica ha dicho...
«Una obra maestra cautivadora. Un libro fascinante, de gran poder visual y emocionante. Extraordinario.»
Focus

«Como una serie: ritmo trepidante, giros argumentales y personajes intrigantes. ¡Genial!»
Die Zeit

«Manejada con una brillantez poco común, esta novela trata de una metamorfosis monstruosa, la que convierte a un hombre en nazi.»
Transfuge

«Excepcional. Una historia sensacional, magníficamente contada.»
Neue Züricher Zeitung

«Un gran escritor.»
MDR

«¡Sublime!»
Madame

«¡Una auténtica obra maestra!»
Neon

«Un retrato magistral de las profundidades morales de la política, el amor y la sociedad del siglo XX.»
Donna

«Un retrato excepcional de la pasada centuria.»
Augsburger Allgemeine

¡Una trepidante saga familiar!»
Hörzu

«Un narrador nato.»
Süddeustche Zeitung

«Imprescindible.»
Deustchlandradio Kultur

«Una obra de arte.»
Berliner Morgenpost

«¡La mejor novela que he leído en los últimos años!»
SWR

«Se lee de un tirón.»
Der Tagesspiegel

«Una novela río que acarrea todas las sombras de la historia.»
L'Express

«Fresco histórico, relato de espías, fábula política; en este laberinto literario, uno se pierde con deleite.»
Lire

Chris Kraus (Gotinga, 1963) es director de cine y escritor. Formado principalmente en la Academia Alemana de Cine y Televisión de Berlín (DFFB), entre su extensa y multipremiada producción cinematográfica destacan *Cuatro minutos* (2006), un aclamado largometraje que fue adaptado a la escena con gran éxito, *Las flores de antaño* (2016), que tuvo un importante eco internacional, y el documental *Rosakinder* (2012) sobre el realizador y activista Rosa von Praunheim. En el terreno de la literatura, obtuvo una extraordinaria repercusión crítica en Alemania y en varios países europeos con *La fábrica de canallas* (2017), la tercera de sus cuatro novelas. En la actualidad, Kraus reside en Berlín.

Título original: *Das kalte Blut*

Primera edición: septiembre de 2022

© 2017, Diogenes Verlag AG, Zúrich
All rights reserved
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Isabel García Adánez, por la traducción
Mapa del mar del Norte y del mar Báltico: © Album / The Print Collector / Heritage Images
Mapa de las fronteras del Estado de Israel, 1949-1969: © Patrick Mérienne

Todo parecido con personas reales es pura coincidencia. Los actos de los personajes históricos son en parte de conocimiento público y en parte fruto de la imaginación.

Imagen de portada: © Album/akg-images/Rabatti-Domingie

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18681-50-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Todas las notas son de la traductora

PRIMERA PARTE

[1] Siempre en español en el original.

[2] Se refiere a los incendios provocados en abril de 1968 por activistas políticos como Andreas Baader y Gudrun Enßlin, quienes fundarían más adelante el grupo terrorista conocido como la Fracción del Ejército Rojo (RAF), también conocido como banda Baader-Meinhof.

[3] Al parecer, la locución latina proviene del poeta inglés John Dryden, quien escribió un poema al que tituló así tras el gran incendio y la gran plaga de Londres en 1666. Lo milagroso había sido sobrevivir a un año como ése.

[4] Sería una variante dialectal y cariñosa de «Großpapa», derivado a su vez de «Großvater»: «abuelo».

[5] «Allí mismo, en presencia de todo el mundo.»

[6] «Contra todo pronóstico.»

[7] «De inmediato.»

[8] Ahora Vecumnieki, Letonia.

[9] Un versta ruso equivale a 1,067 km.

[10] Antiguo nombre de Tallin.

[11] En la tradición alemana, los niños nacidos en domingo tienen buena suerte, mientras que en español existe el dicho de «nacer de pie».

[12] Aquí, los lectores alemanes recordarán sin duda que un 9 de noviembre se proclamó la República tras la abdicación del káiser, pero también que, en 1938, tuvo lugar la llamada «noche de los cristales rotos», cuando paramilitares y civiles adeptos al régimen nazi atacaron sinagogas, negocios y propiedades en general de ciudadanos judíos, y, que, en el de 1989, cayó el muro de Berlín.

[13] Lutero sufrió muchos problemas de salud, entre ellos algunos relacionados con el tránsito intestinal, que para él eran obra del demonio. Es una cita literal suya que Dios le haría una merced dándole «un pedo por bastón» para ahuyentar al diablo.

[14] Desde 1920, Daugavpils.

[15] Génesis 1, 1-2.

[16] El Freikorps, la agrupación de «cuerpos libres» o «cuerpos francos» estaba formada por voluntarios del ejército alemán, en parte veteranos de la Primera Guerra Mundial. También se los llamó el Ejército Negro.

[17] «Al mal tiempo, buena cara.»

[18] Hoy Daugava.

[19] *Und wenn wir marschieren* es una marcha militar anónima, anterior incluso a la Primera Guerra Mundial, que demuestra el gran prestigio del que gozaba el ejército en la época del Segundo Imperio. El texto dice: «Cuando desfilamos, se desprende una luz / cuya fuerza atraviesa las nubes y la niebla.»

[20] El movimiento juvenil Wandervögel (Aves Errantes), fundado por el botánico Karl Fischer en 1901, se oponía a la superficialidad de la vida burguesa, a la moda y el consumo de alcohol y, en cambio, preconizaba la vida aventurera, la libertad y la vuelta a la naturaleza. Es posible verlo como un antecedente del movimiento hippy

pero, al contrario que éste, y como tantos movimientos juveniles de la época, tenía toques nacionalistas, en este caso referidos a la grandeza teutónica.

[21] Se trata del estribillo de la pegadiza canción de 1932, *Flieger, grüß mir die Sonne*: «*Flieger, grüß mir die Sonne / grüß mir die Sterne, grüß mir den Mond. / Dein Leben, das ist ein Schweben, / durch die Ferne, die keiner bewohnt*...»

[22] *Die Fahne hoch* (La bandera en alto), conocida también como el *Horst Wessel Lied*, por el nombre de su autor, fue el himno del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y, en 1933, Hitler la elevó por decreto a la categoría de himno nacional de Alemania.

[23] Se trata de otro fragmento de la cancion de Hans Albers: «*Schneller, und immer schneller / dreht der Propeller wie dir's grad gefällt. / Piloten ist nichts verboten / gib Vollgas und flieg um die Welt*.»

[24] Se refiere a la estatua *Prometeo encadenado* (1762) de Nicolas Sébastien Adam, también conocido como Adam el Joven o Adam el Cadete. Se conserva en el Louvre.

[25] El título en ruso es *Wdol Po Piterskoj*. Es una de las canciones tradicionales que hicieron famoso al Coro de los Cosacos del Don, fundado por Serge Jaroff a principios de los años veinte.

[26] Es el santo patrón de Riga, un líder militar de los tiempos de Carlomagno.

[27] Dietrich von Bern es el nombre que recibe la figura histórica del rey ostrogodo Teodorico el Grande (454-526) en las leyendas y la literatura germánica antigua, por ejemplo, en el *Cantar de Hildebrando* (compuesto en torno al año 820) y después en el *Cantar de los Nibelungos* (entre 1220 y 1259).

[28] El nombre actual del lago es Ķīšezers.

[29] «*Die Fahne hoch! Die Reihen fest geschlossen*!», el himno nazi.

[30] Se trata de la dinastía real más antigua de Escandinavia.

[31] En la jerarquía de las ss equivalían a los rangos de comandante y coronel respectivamente.

[32] *Das Narrenschiff* (*La nave de los locos*) de Sebastian Brant, publicada en el año 1494, es la obra fundacional de la sátira moral en lengua alemana. Cuenta la historia de un barco donde cada pasajero representa algún vicio. Dio pie a un famoso cuadro del Bosco con el mismo título (1490-1500).

SEGUNDA PARTE

[1] El distrito de Wartheland (y también Warthegau) fue creado como unidad administrativa (*Gau*) por los nazis a partir de los territorios anexionados en la zona de Poznan en 1939.

[2] En alemán, *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt* es el Frente de Bienestar Social Nacionalsocialista.

[3] Bautizado en referencia a la mitología germánica, el Walhalla es un templo neoclásico descomunal, prácticamente una réplica del Partenón encargada por Luis I de Baviera a Leo von Klenze (1841) y concebida como panteón de los héroes alemanes de todas las épocas. Está a orillas del Danubio, muy cerca de Ratisbona, y todavía conserva unos ciento treinta bustos.

[4] Es el término que recibe la gran explanada central que había en todos los campos de concentración nazis para llamar a congregarse, pasar lista dos veces al día y seleccionar a los presos.

[5] Hauptsturmführer equivale al rango de capitán.

[6] Teniente.

[7] Es equivalente a teniente coronel.

[8] El término Großdeutschland en sí, y el proyecto de unir políticamente todo el territorio de lengua alemana (abarcando toda Prusia, Baviera, Austria, etcétera), data del Congreso de Viena de 1815, pero las demás naciones no lo aceptaron. Los nazis lo retomaron para cimentar su política de anexión de territorios.

[9] Mariscal de campo.

[10] Entonces, la empresa nacional de ferrocarriles alemana; desde 1948 se llama Deutsche Bahn (DB).

[11] Se conocía como Gobierno General tanto a la autoridad que gobernaba los territorios polacos ocupados por la Alemania nazi como a los propios territorios.

[12] Ravensbrück, construido en 1939 a unos 90 kilómetros de Berlín, fue el único campo de concentración exclusivo para mujeres.

[13] «Dirigente de manzana o de barrio.» Se trataba de una de las posiciones de menor rango en la jerarquía nacionalsocialista; los Blockwarte se encargaban no sólo de difundir la propaganda y favorecer su aceptación, sino también de espiar a la población e informar a las autoridades de cualquier actividad antinazi.

[14] Actualmente Oleksiivka, Ucrania.

[15] *Untersturmführer* equivale al rango de subteniente.

[16] *Heut' kommen d'Engerln auf Urlaub nach Wien*, de Franz Ferry Wunsch, aparecía, efectivamente, en el musical *Opereta*, de Willi Forst, que se estrenó en 1940 (con Viena ocupada por los nazis).

[17] Era una publicación nazi y antisemita de lo que hoy se consideraría prensa amarilla. Se publicó entre 1923 y 1945.

[18] Compuesta en 1938, se convirtió en una canción muy popular entre los soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial, como *Lili Marleen* entre los alemanes y después también en el bando aliado.

[19] Es una cita de la Oda II de Horacio: «Ay, Póstumo, Póstumo, cuán fugaces se escapan los años.»

[20] Equivalente al rango de general de brigada.

[21] Génesis 2, 23.

[22] Geheime Staatspolizei, Kriminalpolizei y Ordnungspolizei respectivamente.

[23] «Popo» es la palabra infantil para referirse al trasero. En español sería como «culete», por ejemplo, representada por las siglas QLT.

[24] El rango equivalía a sargento primero o jefe de escuadrón.

[25] Es un tipo de porcelana muy fina, ligeramente craquelada, típica del norte y el este de Alemania.

[26] En la saga de los Nibelungos, Sigfrido posee la capa de la invisibilidad.

[27] La gran mayoría de las frases anteriores provienen del *Cantar de los Cantares* de Salomón, aunque ligeramente modificadas. La primera, por ejemplo, está en Cantar de los Cantares 4, 3: «Tus labios como hilo de grana, / Y tu habla hermosa; / Tus mejillas, como pedazos de granada detrás de tu velo.»

[28] Los Einsatzgruppen, «grupos de operaciones» o «grupos operativos», eran un conjunto de escuadrones itinerantes conformados por miembros de las SS, la SD y la policía secreta dedicados al exterminio de los judíos.

[29] «*Sonderbehandlung*», «tratamiento especial», era el eufemismo del exterminio.

[30] Reichsführer era el rango más alto posible para un oficial en las SS: equivalía a mariscal de campo y sólo se alcanzaba por nombramiento directo de Hitler.

[31] El diseño del portavelas databa de 1907, pero todas las piezas de porcelana producidas por la Porzellan Manufaktur Allach, en la ciudad del mismo nombre, en las afueras de Múnich, se consideraban un símbolo del más puro arte alemán. Las SS compraron la fábrica en 1936 y ésta se encargó de abastecer a las clases pudientes del régimen. Sus directivos fueron llevados ante los tribunales en los Juicios de Núremberg, acusados de tener vínculos con el vecino campo de concentración de Dachau para cuya construcción habían donado los terrenos.

[32] Actualmente, Wrocław, Polonia.

[33] Es una alusión a la novela juvenil de Erich Kästner, *Das fliegende Klassenzimmer*, de 1933. Kästner, uno de los grandes satíricos de la época de la República de Weimar, se ganó la vida como escritor de literatura juvenil desde que los nazis subieron al poder, y hasta la actualidad es uno de los clásicos de la literatura infantil y juvenil en lengua alemana.

[34] Se refiere al protagonista de la novela homónima de James Fenimore Cooper (1826).

[35] *Es ist ein Ros entsprungen*. Se conocen copias impresas del siglo XVI.

[36] Pskov.

[37] El BND (Bundesnachrichtendienst) es el Servicio Federal de Información de la República Federal de Alemania y sigue existiendo después de la unificación en 1990.

[38] Se denomina Hora Cero (*Stunde Null*) a la posguerra inmediata, desde mayo de 1945 hasta la fundación de los dos nuevos estados alemanes, entre los años 1948 y 1949. En un sentido político, porque ni Alemania ni Austria tuvieron consideración de naciones hasta que se retiraron los Aliados; en las artes, porque desde 1933 había estado prohibida toda la vanguardia y no había referentes inmediatos con los que enlazar; en un sentido general, porque todo el territorio estaba reducido a escombros y en la máxima penuria material.

[39] Lubianka —por la plaza Lubianka de Moscú, donde está situada— es el nombre del cuartel general del Servicio Federal de Seguridad, anteriormente KGB, y de la prisión anexa en la plaza, aunque se hace extensivo a la policía secreta que operaba en ella.

[40] Se trata de un edificio racionalista construido entre 1929 y 1931 por Alexander Beer para la comunidad judía. Después de ser sede del SD fue cuartel de los Aliados británicos y, desde los años noventa, funciona como hospital.

[41] Coroneles.

[42] Es un poema de Wilhelm Busch (1832-1908), conocido sobre todo por su obra ilustrada *Max y Moritz*, de un humor bastante grotesco pero muy popular entre niños y mayores. Más adelante aparecerá el texto completo.

[43] Posiblemente llamado Heinrich Vogtherr (o Heinrich Satrapitanus). De él se conserva también un cuadro titulado *La oración del fariseo y del publicano* (1501-1525) en el Museo Lázaro Galdeano de Madrid.

[44] Spāre, en letón.

[45] Daugava.

TERCERA PARTE

[1] Para estos juicios sumarísimos e incluso celebrados por no juristas se creó un término en la Alemania nazi: «*fliegendes Sondergericht*», algo así como «corte marcial especial voladora».

[2] Es una cita de *Alemania, un cuento de invierno*, de 1844, que traduzco con cierta libertad para conservar la rima. Prácticamente durante toda su vida, Heine estuvo prohibido en Alemania. Su pensamiento estaba muy cerca de la doctrina de Saint-Simon, partidario de una religiosidad que no dejara de lado el goce de la vida y a la vez reivindicase la justicia social y el bienestar de las clases trabajadoras.

[3] Una tiroiditis autoinmune.

[4] Es un viento característico del norte de los Alpes. Allí las masas de aire se topan con la cordillera y, obligadas a ascender, se enfrían y el vapor de agua que hay en ellas se condensa y se precipita en forma de lluvia. De ese modo, el aire que desciende por el otro lado está seco y aumenta la presión atmosférica, lo que hace

aumentar también la temperatura. Cuando ese fenómeno se presenta en otras regiones del mundo se lo llama Efecto Föhn.

[5] Las diferencias del bávaro con respecto al alemán estándar son bastante notorias, y una de ellas tiene que ver con el uso de los tiempos verbales.

[6] Son fórmulas de saludo, transcritas según se pronuncian en dialecto: «*servus*», «*habe die Ehre*», «*grüß dich Gott*». Lo más destacado de algunas de estas expresiones dialectales (equivalentes a «buenos días nos dé Dios») es que sólo se dan en la zona católica y resultan muy exóticas a los alemanes del norte.

[7] Es el nombre popular de la Karlsplatz, una de las plazas del centro antiguo.

[8] 1 Pedro 4, 10.

[9] «Sangre y suelo» (o también «sangre y tierra») era uno de esos lemas típicos de la literatura patriótica que los nazis fomentaban y después exigían. Apelaba a los valores nacionalistas y a los orígenes arios. *Der Erlkönig*, *El rey de los Alisos*, es una de las baladas más conocidas de Goethe, entre otras cosas por el *Lied* que Schubert compuso en 1815.

[10] La Abwehr («Defensa», en alemán) se fundó en la época de la República de Weimar y estuvo operativa hasta 1944. Su engañoso nombre se debió a la necesidad de satisfacer las exigencias de las potencias triunfadoras en la Primera Guerra Mundial, que sólo consideraban aceptables las instituciones militares alemanas con propósitos defensivos.

[11] Se refiere al Plan Valquiria, un complot para asesinar a Hitler (mediante una bomba colocada bajo su escritorio) que se saldó con un fracaso el 20 de julio de 1944.

[12] El Fremde Heere Ost (literalmente, Ejércitos Extranjeros del Este). Gehlen fue el primer presidente del BND (Bundesnachrichtendienst, Servicio Federal de Inteligencia): los servicios secretos de la República Federal Alemana.

[13] Se refiere a los participantes del Plan Valquiria.

[14] En la tradición alemana y nórdica en general, la noche del 5 al 6 de diciembre san Nicolás les lleva regalos a los niños.

[15] Abreviatura de Post Exchange, donde recibían productos importados.

[16] Es el término con que el propio Hitler se refería a la Alemania que quería construir, cuya capital sería la Germania, para la que incluso encargó a su arquitecto (A. Speer) un suntuoso proyecto urbanístico cuyas ruinas, pasados los mil años, superarían la grandeza de Grecia y Roma.

[17] «*Vierzig*» significa «cuarenta».

[18] En la división de Alemania en zonas que llevaron a cabo los Aliados, el noroeste era zona inglesa, el suroeste, zona francesa, el sureste (Baviera), americana, y el noreste, soviética. De esta última surgió la República Democrática, conocida después peyorativamente como «la zona».

[19] Es el partido conservador demócrata cristiano (Christlich Demokratische Union Deutschlands), que existe hasta hoy con el mismo nombre.

[20] El Sozialdemokratische Partei Deutschland (SPD); CDU y SPD son los dos partidos mayoritarios en Alemania aún hoy, y en aquella época casi los únicos de peso.

[21] Se refiere a los británicos.

[22] A diferencia de la Constitución de Weimar (de 1919) en la que le correspondía al presidente de la República nombrar al canciller (de hecho, Hitler ocupó ese cargo por designación de Hindenburg, y no como resultado de una elección), la Ley Fundamental de la RFA, de 1949, establece que el canciller también debe ser elegido por el Parlamento. En aquella primera votación, Adenauer recibió 202 votos a favor de un total de 402 diputados, de ahí que se diga que fue su propio voto el que le permitió acceder a la Cancillería.

[23] Pese a que se planteó como provisional, la Ley Fundamental (Grundgesetz) es hoy en día la Constitución Alemana.

[24] Canción de Johannes Daniel Falk.

[25] Las colonias de pequeños huertos urbanos (Schrebergarten o Jardines de Schreber, en honor al pedagogo que las inventó a finales del siglo XIX) son frecuentes en las grandes urbes alemanas desde la fundación del Segundo Imperio, pues apenas quedan espacios verdes en la ciudad y el contacto con la naturaleza se considera esencial. Son especialmente típicas de Berlín y en las dos guerras y posguerras brindaron la posibilidad de cultivar y paliar ligeramente el hambre. De 1945 en adelante, se conservaron sobre todo las que quedaban cercanas a la frontera con el sector soviético y después al trazado del muro.

[26] Esa frase, que se atribuye a Eduardo III de Inglaterra, es lema de la Orden de la Jarretera, una orden de caballería inglesa fundada por él en el siglo XIV.

[27] Käthe Kollwitz (1867-1945) fue una de las principales representantes del arte comprometido durante la República de Weimar, y también una de las primeras mujeres miembros de la Academia de las Artes alemana. En la política, tuvo un papel esencial por su denuncia de la situación de pobreza y dolor de las mujeres, niños y ancianos en las guerras, así como por su postura pacifista y cercana al comunismo. Su marido, el médico Karl Kollwitz, dedicó su vida a la atención gratuita de los más necesitados. Incluso los nazis valoraron su labor social y no enviaron al matrimonio, ya mayor, a un campo de concentración, como les hubiera correspondido según la ley, sino que les permitieron retirarse al campo. Su gran *Pietà* es, hasta hoy, el monumento a las víctimas de la guerra y la tiranía de la Neue Wache de Berlín.

[28] Ya en 1933 se creó la Cámara de Cultura del Reich (*Reichskulturkammer*), cuya cabeza era Joseph Goebbels, con el fin de controlar todas las artes que no proclamaban la ideología nazi ni servían a la propaganda. Además de las conocidas quemas de libros de 1933, se estableció por decreto el calificativo de «degenerado» («*entartet*») para toda la vanguardia, tanto para la música como para la pintura, con independencia del estilo concreto que representase. En 1937, por encargo de Goebbels, se organizó una gran exposición de pintura y escultura en Dresde con el título de *Arte degenerado* para ridiculizar y evidenciar la locura de los pintores de la vanguardia europea en general (Kandinsky, Klee, Mondrian) y alemana en particular (Kirchner, Nolde...). Curiosamente, gracias al catálogo de la exposición se pudieron recuperar más tarde muchas obras, e incluso conocer algunas que se habían destruido.

[29] El Amt Rosenberg, llamado así porque lo encabezaba Alfred Rosenberg, era una sección especial de la Cámara de Cultura del Reich, destinada al control de las artes plásticas.

[30] Después de la guerra, los Aliados llevaron a cabo el proceso de rehabilitación de la práctica totalidad de la población alemana en activo, revisando superficialmente sus implicaciones en el nazismo y proporcionándoles la nueva documentación como garantía de que su pasado estaba limpio. Para esta «desnazificación» se usaba a menudo el término popular y jocoso de «*Persilschein*» o «carné lavado con Persil», detergente que todavía existe. Hasta 1968 y una generación después, no se protesta por lo superficial de ese proceso y por la ligereza con que se concedieron los documentos a muchos antiguos nazis.

[31] Se considera que Múnich es la «ciudad del movimiento nazi» porque allí se produjo ya el primer golpe de Estado de Hitler en 1923, el Putsch de la Cervecería, y luego sería también una de las ciudades con mayor presencia de arquitectura nazi y de instituciones importantes.

[32] Lovis Corinth (1858-1925) es, con Max Liebermann, uno de los pintores más representativos del Realismo y pasó al Impresionismo alemán.

[33] La estación, un gran nudo de comunicaciones justo en el centro de Berlín, estaba abierta tanto al tránsito de la red oriental como occidental y por ella cruzaban los ciudadanos de un sector a otro. Más adelante, al construirse

el muro en 1961, sería el paso que correspondía a los occidentales que pasaban al este con visado para visitar a sus familias o pasar un día allí.

[34] En la historia del arte alemán, el Biedermeier es la época de transición que va del final del Romanticismo o la así llamada Época del Genio (hasta la muerte de Goethe en 1832) y el Realismo. Históricamente, abarca desde la Restauración de 1830 hasta la fundación del Segundo Imperio en 1871, y se caracteriza por la huida hacia la vida privada y sosegada de la burguesía culta, pero desinteresada de la política y muy conservadora. *Bieder* significa «honrado, bonachón», pero con connotaciones negativas de «demasiado convencional». Hoy en día se asocia más con un estilo de decoración propio de esa burguesía refinada que no levanta la vista más allá de sus anodinos asuntos privados.

[35] Abreviatura de Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, el Partido Socialista Unificado (y único) de la RDA.

[36] Representante del SPD, fue el primer presidente la República Federal de Alemania.

[37] La *Union Jack* es la bandera del Reino Unido; el almirante Hornblower es un personaje de ficción, oficial de la Marina británica durante las guerras napoleónicas y protagonista de la serie de novelas de Cecil Scott Forrester, escritas durante los años treinta y muy populares en la época.

[38] El élfico y todas sus variedades son lenguas inventadas, y la frase se corresponde con la inscripción que aparece en la puerta de Moria en *El Señor de los Anillos* de J.R.R. Tolkien, que se publicó en 1955, si bien el círculo de escritores y filólogos de Oxford al que perteneció el autor, los así llamados *inklings*, se formó ya en los años treinta.

[39] En alemán, el adjetivo «*tollkühn*» significa «temerario».

[40] *El Hobbit* de Tolkien es de 1937.

[41] Se trata de un refrán alemán que, en realidad, es al revés: «Hablar es plata, callar es oro.»

[42] Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis pusieron nombres en clave a sus inventos armamentísticos, igual que a las operaciones militares, etcétera. Hydra era un proyecto de construcción de misiles tierra-aire, aunque aquí probablemente se refiera en general a la red de servicios secretos entera.

[43] De las protestas masivas contra los gobiernos socialistas en los países del Este, convertidos en dictaduras y con un férreo y constante control por parte de la Unión Soviética, son mucho más conocidas la revolución húngara de 1956 (u Otoño Húngaro) y más tarde la Primavera de Praga de 1968; sin embargo, el primer levantamiento se produjo ya el 17 de junio de 1953, una fecha que en la historia de la RDA marca el final de la etapa de «construcción» y el comienzo de la que se denomina «de consolidación». Esto implica, aunque el término parezca positivo, que se hace evidente cómo la utopía inicial de construir una democracia alemana independiente y desvinculada del nazismo es un fracaso, pues en realidad es un estado vigilado y a merced de la política soviética. Para poner fin a esta revolución obrera entraron los tanques rusos en Berlín, lo que supuso un gran trauma teniendo en cuenta que no habían pasado ni diez años después de la guerra.

[44] El nombre está relacionado con el patronímico «frisón» (*Friese*). En la cultura popular de lengua alemana, los frisones orientales (*Ostfriesen*) son los protagonistas estereotípicos de los chistes de personas que son cortas de entendederas.

[45] Es un libro de Wolfram Lange-Eichbaum y Kurt Wilhelm: *Genie, Irrsinn und Ruhm. Die geheimen Psychosen der Mächtigen* (Genio, locura y fama: las psicosis secretas de los poderosos), de 1927.

[46] Kommunistische Partei Deutschlands, el partido comunista alemán.

[47] La Kaiser-Wilhelms-Gedächtniskirche es la célebre iglesia en ruinas que se conserva como monumento en el centro de Berlín Oeste, al inicio del Kurfürstendamm; la Clay-Allee marcaba el límite de la zona de administración de los Aliados occidentales. Más allá de esta avenida, el territorio ya formaba parte de la RDA.

[48] *«Heija Bobbaja, schlaachs Gieckelsche dood, lehscht me kaa Eier un frisst me ma Brood!»* Es una canción popular infantil de su región.

[49] El conde Claus von Stauffenberg fue el responsable de colocar, como parte del Plan Valquiria, una bomba bajo la mesa donde iba a sentarse Hitler. Estalló como estaba previsto, pero no mató al canciller.

[50] El conde Helmuth James von Moltke, que en la guerra sirvió a las órdenes del general Canaris, fue una figura clave en la resistencia antinazi como fundador del Círculo de Kreisau (donde también estuvo muy activa su viuda, Freya von Moltke). Fue también uno de los involucrados del fallido atentado a Hitler del 20 de julio de 1944 y, si bien no se pudo probar su implicación, la Gestapo encontró motivos suficientes para ajusticiarlo por alta traición en enero de 1945.

[51] Entre el sector occidental y el soviético de Berlín había siete puntos de control por los que cruzar, desde el norte hasta el sur de la ciudad, y en función de quiénes cruzaban, correspondía pasar por uno u otro. Aparte del mencionado de Friedrichstraße, el más famoso y del que aún se conserva la garita de vigilancia (más bien como atracción turística) es el llamado Checkpoint Charlie, el punto por el que correspondía el paso a los extranjeros.

[52] No hay que olvidar que, en la mitología germánica, quien mata al dragón es Sigfrido, a quien también se alude en varias partes de la novela.

[53] En la mitología griega son un matrimonio de ancianos humildes que recibe a Zeus y su hijo Hermes, quienes han bajado a la tierra decididos a poner a prueba la hospitalidad de los hombres y sólo la encuentran en su humilde choza. Como premio, los dioses les conceden morir a la vez y convertirse respectivamente en un roble y un tilo cuyas ramas no se desenredarían nunca.

[54] Es una cita de la parábola del hijo pródigo en Lucas 15, 23.

CUARTA PARTE

[1] En Alemania, estas palabras despiertan de inmediato la asociación con la bandera nacional. Hasta forman un adjetivo compuesto que únicamente se utiliza en ese contexto.

[2] La palabra viene del sánscrito y se emplea en el budismo e hinduismo para referirse al sufrimiento o al dolor.

[3] Es una pequeña y coqueta ciudad balneario cerca de Múnich, a orillas del Isar y cerca de los Alpes, donde tuvo una villa Thomas Mann, entre otras celebridades (y no pocos altos cargos en la época nazi).

[4] Uno de los grandes debates que siguieron a 1945 fue si la comunidad internacional permitiría el rearme de Alemania y la existencia de un ejército alemán. En 1956 se formó, en paralelo, el de la RDA: la Nationale Volksarmee, aunque el servicio militar obligatorio no se impuso hasta 1962, justo después de la construcción del muro de Berlín.

[5] Friedrich von Bodelschwingh (1877-1946) fue un obispo protestante que se opuso a las leyes eugenésicas nazis; Carl Sonnenschein (1876-1929), el fundador del movimiento católico estudiantil en Alemania y un gran impulsor de la investigación; Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827) es considerado el padre de la pedagogía moderna y Sebastian Kneipp (1821-1897), un sacerdote y médico naturista cuyo nombre aún se encuentra en los preparados de hierbas, caramelos, etcétera, de la parafarmacia.

[6] La Knéset es el Parlamento del Estado de Israel.

[7] Artífice de varios actos terroristas en los años cuarenta, acabó ocupando el cargo de primer ministro de Israel en 1977 y fue el principal responsable de los acuerdos de Camp David ese mismo año, que implicaban la

retirada de las tropas israelíes del monte Sinaí. Junto con el presidente egipcio Muhammad Anwat Al-Sadar. Al año siguiente ambos recibieron conjuntamente el Premio Nobel de la Paz.

[8] El «dorado término medio» o «la dorada medianía».

[9] Fritz es la abreviatura familiar de Friedrich, pero también se utiliza en general en el sentido de «tipo» o para la gente cuyo nombre no se recuerda o no es importante. Aquí sería como «el de Palestina».

[10] Son unos dulces típicos de Ámsterdam, una especie de tortitas fritas en mantequilla.

[11] En el judaísmo, se refiere al acto de justicia social.

[12] Wilhelm Busch (1832-1908) es famoso, sobre todo, por su libro *Max und Moritz*, una historia rimada e ilustrada sobre las travesuras de esta pareja de niños.

[13] Actualmente, Tartu.

[14] El nombre actual es Chernivtsí y pertenece a Ucrania desde 1940, aunque, tras la disolución del Imperio austrohúngaro, ese territorio era Rumanía y allí se estableció una de sus principales universidades. Es conocida por ser la ciudad natal del célebre poeta Paul Celan.

[15] Hebreo moderno.

[16] La vigésimosegunda letra.

[17] Así designaba Hitler a su régimen, pues el Tercer Reich (o tercer imperio, después del carolingio y el guillermino) habría de durar mil años.

[18] En las Leyes de Núremberg, aprobadas en 1935.

[19] La Völkische Bewegung (Movimiento Nacional) era un movimiento de extrema derecha y marcadamente antisemita.

[20] *Shtetl* es un barrio o incluso pueblo con mayoría de población judía.

[21] La Agencia Judía, el Comité de Distribución Conjunta Judío Americano y la Oficina de las Naciones Unidas para el Socorro y la Rehabilitación, respectivamente.

[22] Keren Hayesod es la principal organización mundial de recaudación de fondos para el Estado de Israel. Establecida en 1920, sirve como el brazo recaudador de fondos del Pueblo Judío y del Movimiento Sionista.

[23] «*Murmeln*» significa «murmurar», aunque también «canicas». La terminación en «*stein*» («piedra» y «pieza de») es típica de los apellidos judíos.

[24] Es el título de la autobiografía de Gandhi, publicada en 1927, que recoge su vida hasta 1921.

[25] El Lag Ba'omer, el día 18 de iyar, o el mes de la luz, se celebra una fiesta para interrumpir el Omer, la cuenta del pesar y la tristeza. La fecha dentro del calendario romano varía, igual que la Pascua cristiana o el Ramadán.

[26] Hace referencia a la última revuelta de los judíos contra los romanos en el año 132 d.C.

[27] Se trata de una paráfrasis del principio de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Citamos la versión de Jorge Gimeno.

[28] El Noveno Círculo del infierno es, para Dante, donde se hallan los traidores.

[29] La Universidad de Tartu.

[30] *«Die Anna war als Gouvernant' / Mit mir sehr gut bekannt, / Hab das Mad´l gern geschnupsert, / Na, das ist kei Schand. // Oh, ich bin nicht mehr sehr lustig, / Meine Anna die ist pfutsch, / Meine Anna, meine Anna, / Meine Anna, die ist pfutsch.»*

[31] En la mitología griega son las diosas de la venganza.

[32] Líder de zona del partido nazi.

[33] Fue un cantante de música ligera austriaco, de moda en los años cincuenta y sesenta.

[34] El *Reichsdeputationshauptschluss*, o Informe Final de la Delegación Imperial, firmado en Ratisbona el 25

de febrero de 1803, fue la última ley del Sacro Imperio Romano Germánico. Lo motivaron las guerras napoleónicas, que se habían saldado con la ocupación francesa de parte de los territorios de los príncipes electores eclesiásticos y de todas sus capitales (Colonia, Maguncia y Tréveris). Implicó una reorganización del territorio de lengua alemana, la secularización de tierras y, en cierto modo, fue la base de la progresiva, aunque muy lenta, unificación de esas regiones hasta la fundación del Segundo Imperio Alemán en 1871. El *Reichssicherheitshauptamt* era la Oficina Central de Seguridad del Reich (de Hitler), ya mencionada a lo largo de la novela.

[35] En la actualidad, Kuldīga, Letonia.

[36] La calavera era el símbolo de la 3.ª División,Totenkopf, de las SS. De hecho, la palabra «*Totenkopf*» significa «calavera».

[37] Se celebraron entre 1963 y 1968 y supusieron la primera vez que se juzgó a nazis bajo las leyes alemanas y no sólo en el contexto del derecho internacional.

[38] Es una cita de la novela de Rudolf Herzog *Die Welt in Gold. Eine Studentennovelle aus Marburg* (El mundo en oro. Una novela de estudiantes de la Universidad de Marburgo), de 1922. En su época fue todo un *best-seller* por el retrato que hace de la vida estudiantil, que coincidiría con la edad de los protagonistas de la novela. El lema reproduce la jerga estudiantil de la hermandad y significa: «Ha terminado el canto. Un buen trago a la salud de los cantores. ¡Así sea!»

[39] Se refiere al programa de eugenesia, o más bien de exterminio de todas las personas con algún tipo de enfermedad, necesidades especiales o trastorno mental que se llevó a cabo, sobre todo, entre 1940 y 1941, bajo las órdenes de la Sección T4, cuya central de mando estaba en Berlín y, hasta 1945, mandó asesinar hasta doscientas mil personas en nombre de la «pureza de la raza».

[40] La Freie Demokratische Partei (FDP) es un partido liberal de centro o centroderecha, y en varias ocasiones ha formado coalición con el CDU, la Unión Cristiano Demócrata, algo más conservadora en teoría, a la que pertenecieron tanto Adenauer como, hasta hace poco, Angela Merkel.

[41] En Colonia se cuenta que los «*Heinzelmännchen*» son los duendecillos buenos de los hogares que hacen el trabajo duro mientras los humanos duermen, y así por la mañana encuentran resueltos sus problemas.

[42] *Tatort* (La escena del crimen) es una serie policiaca que se desarrolla en varias ciudades de Alemania. Se lleva emitiendo ininterrumpidamente todos los domingos por la noche, en *prime time*, desde que se estrenó en 1970.

[43] El verbo «*drehen*» significa «girar», así que Dreher sería «el que gira» a la izquierda.

[44] Es decir del partido nazi, cuyos miembros vestían de marrón claro.

[45] En efecto, a diferencia de Francia o Estados Unidos, donde se insistía más en el pacifismo o la educación no autoritaria, la principal reivindicación y consecuencia real de las revueltas de 1968 en Alemania fue la revisión del pasado nazi, aunque también se tradujera en reformas universitarias, educativas, etcétera.

[46] De hecho, «*Grün*» significa «verde», aunque es un apellido bastante común.

[47] Se refiere a las ranas dardo venenosas, cuya piel contienen varios tipos de pumiliotoxinas.

[48] Es una cita de Cicerón (*De officiis* 1, 33, 3) y significa: «Sumo derecho, suma injusticia» o «Excesiva legislación, excesiva injusticia».

[49] Abreviatura de *Strafgesetzbuch*.

[50] En las elecciones a la Cancillería de la RFA de 1966 no obtuvo la mayoría absoluta ningún partido, y para formar gobierno se creó la Gran Coalición entre los dos mayoritarios: el SPD (socialdemócrata o de izquierda) y el CDU (democracia cristiana o derecha). Esto implicaba la desaparición de una oposición propiamente dicha y desencadenó un gran movimiento político de intelectuales y ciudadanos que formaron la Oposición

Extraparlamentaria (APO). A su vez, los estudiantes, ya preparando el Mayo de 1968, crearon la Asociación de Estudiantes Socialistas Alemanes (SDS). El horror que despertó la Gran Coalición se debió a que recordaba a la toma de poder del partido nazi en 1933, que se produjo porque contaron con mayoría absoluta en la cámara baja.

[51] No hay que olvidar que, en la mitología griega, los Campos Elíseos son una de las cuatro partes en que se divide el mundo de los muertos.

[52] Lo que se conserva en la Gliptoteca de Múnich es una copia de la *Medusa Rondanini*, muy famosa en Alemania porque Goethe escribió sobre ella en el *Viaje a Italia*. Hay otra copia en el Museo del Prado de Madrid.

[53] La canción a la que se refiere dice en realidad «*Veronika, der Lenz ist da*»; «Veronika, la primavera aquí está». Es de los Comedian Harmonists, un conjunto vocal masculino muy popular en los años treinta (y hoy casi de culto) tanto por sus arreglos como por la comicidad de sus letras.

[54] Es uno de los varios trípticos que pintó Ferdinand Spiegel para la Cancillería del Reich en 1938.

[55] Aquí hay que tener en cuenta que el narrador habla desde 1974. En la actualidad, el museo está remodelado y, libre de connotaciones nazis, es uno más entre los muchos de la ciudad.

[56] «*Kirche*» significa «iglesia».

Índice

La fábrica de canallas

Nota preliminar del autor

Primera parte. La manzana roja

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Segunda parte. La orden negra

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Tercera parte. La ternera de oro
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Cuarta parte. Rojo, negro y oro
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chris Kraus

Créditos

Notas